

PAULLINA SIMONS

EL JINETE
de BRONCE



de

Leningrado, 1941: la guerra parece lejana en esta ciudad de antigua grandeza, donde espléndidos palacios y avenidas señoriales hablan de otra época, cuando la ciudad era conocida como San Petersburgo.

Dos hermanas, Tatiana y Dasha Metanov, comparten un minúsculo apartamento con su familia. La vida es dura, pero todavía hay cabida para soñar y amar. Todo cambia cuando un comunicado de la radio informa que Alemania ha invadido la URSS.

Ese día Tatiana conoce a Alexandr, un joven oficial del Ejército Rojo de misterioso y turbulento pasado. Tatiana siente que se embarca en un camino de amor tortuoso, de sacrificio y negación, pues Dasha también está enamorada de Alexandr.

Cuando el ejército alemán bloquea la ciudad en el duro invierno, los amantes se encontrarán atrapados en los vaivenes de la historia, y deberán entablar una indómita lucha para realizar su amor y lograr la libertad.



Paullina Simons

El jinete de bronce

El jinete de bronce - 1

ePub r1.2

Carlos. 16.07.14

Título original: *The Bronze Horseman*

Paullina Simons, 2000

Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino

Editor digital: Carlos. para www.epublibre.org

ePub base r1.1



Para mis queridos abuelos, que han sobrevivido a la Primera Guerra Mundial, la Revolución rusa, la guerra civil rusa, la Segunda Guerra Mundial, el sitio de Leningrado y la evacuación, la hambruna y las purgas, a Lenin y Stalin, y en el ocaso dorado de sus vidas, a veinte veranos sin aire acondicionado en Nueva York. Que Dios os bendiga.

*Desde aquí, en una estación de tiempo calmo,
por lejos que estemos tierra adentro,
nuestras almas ven aquel mar inmortal
que nos trajo hasta aquí;
pueden en un momento viajar hasta allí
y ver a los niños jugar en la playa
y escuchar el poderoso rolar de las aguas por siempre jamás.*

William WORDSWORTH

Libro primero

LENINGRADO

Primera parte

EL CREPÚSCULO LUMINOSO

EL CAMPO DE MARTE

1

La luz entró a través de la ventana, desparramando la mañana por toda la habitación. Tatiana Metanova dormía el sueño de los inocentes, el sueño de la alegría, de las cálidas y blancas noches de Leningrado, de los jazmines en junio. Pero sobre todo, rebosante de vida, dormía el sueño exuberante de la intrépida juventud.

No durmió mucho más.

Cuando los rayos del sol cruzaron la habitación hasta los pies de la cama, Tatiana se tapó la cabeza con la sábana, en un intento de mantener apartada la luz del día. Se abrió la puerta del dormitorio y oyó crujir una vez una de las tablas del suelo. Era Dasha, su hermana mayor.

Daria, Dasha, Dashenka, Dashka.

Representaba todo lo que era querido para Tatiana.

Sin embargo, en ese momento, Tatiana quería estrangularla. Dasha intentaba despertarla y desgraciadamente lo estaba consiguiendo. Las fuertes manos de Dasha sacudían vigorosamente a Tatiana, mientras que su voz, por lo general armoniosa, sonaba de una forma muy extraña.

—¡Eh! ¡Tania! ¡Despierta! ¡Vamos, despierta!

Tatiana gimió. Dasha apartó la sábana.

—¡Para ya! —protestó Tatiana, mientras buscaba a tientas la sábana y volvía a taparse la cabeza—. ¿No ves que estoy durmiendo? ¿Quién eres tú? ¿Mi madre?

La puerta del dormitorio se abrió una vez más. Las tablas del suelo crujieron dos veces. Era su madre.

—¿Tania? ¿Estás despierta? Levántate ahora mismo.

Tatiana jamás hubiera dicho que la voz de su madre fuera armoniosa. No había nada suave en Irina Metanova. Era baja, bulliciosa y derrochaba energía. Llevaba un pañuelo en la cabeza para sujetarse el pelo, porque probablemente había estado con su bata azul de verano de rodillas limpiando el baño comunal.

—¿Qué, mamá? —replicó Tatiana, sin levantar la cabeza de la almohada.

El pelo de Dasha rozó la espalda de Tatiana. Dasha mantenía una mano sobre una de las piernas de Tatiana y se inclinó sobre ella como si fuera a besarla. Tatiana sintió una ternura momentánea, pero antes de que Dasha pudiera decir nada, sonó la voz chirriante de la madre.

—Levántate ahora mismo. Dentro de unos minutos transmitirán un anuncio muy importante por la radio.

—¿Dónde estuviste anoche? —le susurró Tatiana a Dasha—. Ya había amanecido cuando regresaste.

—¿Qué culpa tengo yo de que amaneciera a medianoche? Regresé a una hora absolutamente respetable. —Sonrió—. Estabais todos dormidos.

—Amaneció a las tres y tú no estabas en casa.

—Le diré a papá que estaba al otro lado del río cuando levantaron los puentes a las tres —manifestó Dasha después de una pausa.

—Sí, hazlo. Explícale qué estabas haciendo al otro lado del río a las tres de la mañana.

Tatiana se volvió. Dasha estaba especialmente bonita esta mañana. Tenía el pelo castaño oscuro revuelto, ojos oscuros, y un rostro con expresiones para todo. Ahora mismo su reacción era de divertido enojo. El enfado de Tatiana no era tan alegre. Quería continuar durmiendo. Espió de reojo la expresión tensa de su madre.

—¿Qué anuncio?

Su madre comenzó a quitar las sábanas y las mantas del sofá.

—¡Mamá! ¿Qué anuncio? —repitió Tatiana.

—Transmitirán un anuncio del gobierno dentro de unos minutos. ¡Eso es todo lo que sé! —insistió la madre, que meneó la cabeza como si quisiera decir: «¿Qué más hay que saber?».

Tatiana se despertó a su pesar. Un anuncio. No era algo frecuente que interrumpieran los programas musicales para transmitir un anuncio del gobierno.

—Quizás hemos invadido Finlandia otra vez. —Se frotó los ojos.

—Calla —dijo la madre.

—O quizás ellos nos han invadido. Están dispuestos a recuperar las viejas fronteras desde que las perdieron el año pasado.

—Nosotros no los invadimos —señaló Dasha—. El año pasado fuimos allí para recuperar nuestras fronteras. Las que perdimos en la Gran Guerra, y tú no tendrías que escuchar las conversaciones de los adultos.

—No perdimos nuestras fronteras —afirmó Tatiana—. El camarada Lenin se las dio libre y voluntariamente. Aquello no cuenta.

—Tania, no estamos en guerra con Finlandia. Levántate.

Tatiana no se levantó.

—Entonces, ¿Letonia? ¿Lituania? ¿Bielorrusia? ¿No nos quedamos con ellos después del pacto entre Hitler y Stalin del año pasado?

—¡Tatiana Georgievna! ¡Basta! —Su madre siempre la llamaba por el nombre y el apellido cada vez que quería demostrarla a Tatiana que no estaba de humor para bromas.

—¿Qué más queda? —replicó Tatiana, con una seriedad fingida—. Ya tenemos la mitad de Polonia.

—He dicho basta —exclamó la madre—. Basta de juegos. Sal de la cama. Daria Georgievna, ¡saca a tu hermana de la cama!

Dasha no se movió.

La madre dejó la habitación, rezongando. Tatiana puso los ojos en blanco y volvió a tenderse en la cama.

—¡Basta! —dijo Dasha, y se echó sobre Tatiana—. Esto es serio, Tania.

—Sí, de acuerdo. ¿Le conociste ayer cuando levantaron los puentes? —Sonrió.

—Ayer fue la tercera vez.

Tatiana meneó la cabeza, con la mirada puesta en Dasha, cuya alegría era contagiosa.

—¿Quieres hacer el favor de quitarte de encima?

—No, no quiero —respondió Dasha, y le hizo cosquillas—. No hasta que me digas: «Soy feliz, Dasha».

—¿Por qué tengo que decirlo? —exclamó Tatiana, riéndose—. No soy feliz. ¡Basta! ¿Por qué debo ser feliz? No estoy enamorada. ¡Para!

La madre volvió a entrar en la habitación. Traía una bandeja con seis tazas y un samovar de plata.

—¡Basta de juegos! ¿Me habéis oído?

—Sí, mamá —dijo Dasha, mientras le hacía cosquillas por última vez con mucha fuerza.

—¡Ay! —gritó Tatiana—. Mamá, creo que me ha roto las costillas.

—Te romperé algo más dentro de un instante. Ambas sois mayorcitas para estos juegos.

Dasha le sacó la lengua a Tatiana.

—Muy mayor —dijo Tatiana—. Nuestra *mamochka* no sabe que sólo tienes dos añitos.

Dasha mantuvo la lengua afuera. Tatiana tendió una mano y le sujetó la lengua con los dedos. Dasha chilló. Tatiana le soltó la lengua.

—¿Qué os he dicho? —vociferó la madre.

—Espera hasta haberle conocido —le susurró Dasha a su hermana—. Nunca has visto a nadie tan guapo.

—¿Quieres decir que es más guapo que aquel Sergei con el que me dabas la lata? ¿No decías que era guapísimo?

—Cállate —murmuró Dasha. Le dio una palmada en la pierna.

—Por supuesto. —Tatiana sonrió—. ¿No fue la semana pasada?

—Nunca lo entenderás porque todavía eres una chiquilla incorregible.

Sonó otra palmada. La madre gritó. Las chicas abandonaron los juegos.

Georgi Vasilievich Metanov, el padre de Tatiana, entró en el dormitorio. Era un hombre bajo, cuarentón, con el pelo negro rizado en el que se veían las primeras canas. Dasha había heredado los rizos de su padre. Él pasó junto a la cama y miró con expresión ausente a Tatiana, que tenía las piernas tapadas con la sábana.

—Tania, es mediodía. Levántate o tendremos problemas. Necesito que estés vestida en dos minutos.

—Eso es muy sencillo —replicó Tatiana.

Se puso de pie en la cama y le mostró a su familia que aún llevaba puestas la falda y la camisa del día anterior.

Dasha y la madre menearon la cabeza; la madre casi sonrió. El padre miró hacia la ventana.

—¿Qué vamos a hacer con ella, Irina?

«Nada —pensó Tatiana—, nada mientras papá mire en la otra dirección».

—Necesito casarme —dijo Dasha, sentada en la cama—. Así podré tener finalmente mi habitación donde poder vestirme.

—Dices tonterías —proclamó Tatiana, mientras saltaba en la cama—. Te instalarás aquí con tu marido. Yo, tú, él, todos durmiendo en una cama, con Pasha a nuestros pies. ¡Qué romántico!

—No te cases, Dashenka —le recomendó la madre, distraída—. Por una vez, Tania tiene razón. No tenemos sitio para uno más.

El padre no dijo nada, ocupado en encender la radio.

La habitación rectangular tenía una cama de matrimonio donde dormían Tatiana y Dasha, un sofá donde dormían los padres y un catre metálico donde dormía Pasha, el hermano gemelo de Tatiana.

El catre estaba a los pies de la cama de las chicas, así que Pasha decía que era su perrito faldero.

Los abuelos de Tatiana, *babushka* y *deda*, vivían en la habitación contigua separada de la de ellos por un pequeño recibidor. De vez en cuando, Dasha dormía en el sofá instalado en el recibidor si llegaba tarde para no molestar a los padres. De esta manera, se evitaba problemas al día siguiente. El sofá del recibidor sólo medía un metro cincuenta de largo y era más adecuado para Tatiana, que medía un metro cincuenta. Pero Tatiana no tenía que dormir en el recibidor porque casi nunca llegaba tarde, mientras que Dasha era otra historia.

—¿Dónde está Pasha? —preguntó Tatiana.

—Está acabando de desayunar —respondió la madre.

No podía dejar de moverse. Mientras su padre permanecía sentado en el viejo sofá, inmóvil como una roca, su madre iba de aquí para allá: recogía paquetes de cigarrillos vacíos, acomodaba los libros en la estantería, pasaba la mano por la mesa de centro. Tatiana continuaba de pie en la cama. Dasha seguía sentada.

Los Metanov eran afortunados: disponían de dos habitaciones y una parte del vestíbulo comunal. Seis años antes habían instalado una puerta en un tabique al final del pasillo. Era casi como disponer de un apartamento propio. Los Iglenko, al otro lado del vestíbulo, dormían seis en una sola habitación. Eso sí era tener mala suerte.

El sol se filtraba por las vaporosas cortinas blancas.

Tatiana sabía que sólo duraría un momento, una brevísima fracción de tiempo que la bañaría con las posibilidades del día. Al cabo de un momento se habría ido. Un momento y nada más. Sin embargo, el sol que entraba en la habitación, el lejano retumbar de los autobuses, la brisa que entraba por la ventana...

Ésta era la parte del domingo que más le gustaba a Tatiana: el comienzo.

Pasha entró con *deda* y *babushka*. A pesar de ser mellizos, no se parecía en nada a la muchacha. Un muchacho fornido, y de pelo oscuro, que era una versión en pequeño de su padre. Saludó a Tatiana con un gesto mientras le decía:

—Bonito pelo.

Tatiana le sacó la lengua. Aún no había tenido tiempo de arreglarse.

Pasha se sentó en el catre y *babushka* se acomodó a su lado. Por ser la más alta de los Metanov, toda la familia consultaba con ella todos los temas excepto las cuestiones de moralidad, que eran competencia exclusiva de *deda*. *Babushka* era imponente, poco amiga de las tonterías y tenía el pelo blanco. *Deda* era moreno, sumiso y bondadoso. Se sentó junto al padre.

—Es algo grande, hijo —opinó, en voz baja.

El padre asintió, preocupado.

La madre continuó con la limpieza, cada vez más inquieta.

Tatiana miró a *babushka*, que acariciaba la espalda de Pasha.

—Pasha —susurró Tatiana, gateando hasta el borde de la cama hasta situarse junto a su hermano—. ¿Querrás ir más tarde al parque de Táuride? Te ganaré si jugamos a la guerra.

—Ni lo sueñes. Nunca me ganarás.

Sonaron unas descargas estáticas en la radio.

Eran las doce y media del 22 de junio de 1941.

—Tania, siéntate y no abras la boca —le ordenó su padre—. Está a punto de comenzar. Irina, tú también. Siéntate.

El camarada Viacheslav Molotov, ministro de Relaciones Exteriores de José Stalin, comenzó la lectura del comunicado:

Hombres y mujeres, ciudadanos de la Unión Soviética, el gobierno soviético y su dirigente, el camarada Stalin, me han encomendado la lectura del siguiente comunicado. A las cuatro de la mañana, sin una declaración de guerra y sin que se planteara ninguna reclamación a la Unión Soviética, las tropas alemanas han atacado nuestro país, han atacado nuestra frontera en muchos lugares y han efectuado bombardeos aéreos sobre Zitomir, Kiev, Sebastopol, Kaunas y otras ciudades. Este ataque se ha hecho a pesar de la existencia de un pacto de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania, un pacto cuyas cláusulas han sido escrupulosamente respetadas por la Unión Soviética. Hemos sido atacados a pesar de que, durante la vigencia del pacto, el gobierno alemán no ha presentado la más mínima queja sobre el incumplimiento de sus obligaciones por parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El gobierno os llama, ciudadanos y ciudadanas de la Unión Soviética, para que os agrupéis todavía más estrechamente alrededor de nuestro glorioso partido bolchevique, alrededor del gobierno soviético, y alrededor de nuestro gran líder, el camarada Stalin. Nuestra causa es justa. El enemigo será aplastado. La victoria será nuestra.

Acabó la transmisión y la familia permaneció sentada, muda por la sorpresa. El padre fue el primero en romper el silencio.

—Oh, Dios mío —exclamó, y desde el sofá miró a Pasha.

—Tenemos que ir inmediatamente y sacar nuestro dinero del banco —decidió la madre.

—Por favor, otra evacuación no —dijo *babushka* Anna—. ¿Sobreviviremos a otra evacuación? Lo mejor sería quedarse en la ciudad.

—¿Creéis que me darán otra plaza de maestro entre los evacuados? —preguntó *deda*—. Tengo casi sesenta y cuatro años. Ya es tiempo de morir, no de moverse.

—La guarnición de Leningrado no va a la guerra, ¿verdad? —intervino Dasha—. La guerra viene a la guarnición de Leningrado.

—¡La guerra! —gritó Pasha—. ¿Lo has escuchado, Tania? Me voy a alistar. Lucharé por la Madre Rusia.

Antes de que Tatiana pudiese decir lo que estaba pensando —que era un «¡Guau!» de entusiasmo—, su padre se levantó del sofá para responderle a Pasha.

—¿En qué estás pensando? ¿Quién crees que te llevará?

—Venga, *papochka* —replicó Pasha con una sonrisa—. La guerra siempre necesita hombres buenos.

—Hombres buenos, sí. No chiquillos —ladró su padre mientras se arrodillaba en el suelo para mirar debajo de la cama de las chicas.

—La guerra, no, no es posible —manifestó Tatiana lentamente—. ¿El camarada Stalin no firmó un tratado de paz?

—Tania, esta vez es cierto. Es algo real —señaló su madre. Sirvió el té.

—¿Tendremos que... evacuar? —preguntó Tatiana, que hizo todo lo posible por suprimir el entusiasmo de su voz.

El padre sacó una maleta vieja y estropeada de debajo de la cama.

—¿Tan pronto? —preguntó Tatiana.

Sabía qué era una evacuación por las historias que le habían contado *deda* y *babushka* de los disturbios durante la revolución de 1917, cuando se fueron al oeste de los Urales para vivir en una aldea cuyo nombre

Tatiana nunca conseguía recordar. Las esperas en las estaciones cargados con todas sus pertenencias, el cruce del Volga en barcazas...

Era el cambio lo que emocionaba a Tatiana. Era lo desconocido. Había estado en Moscú durante un minuto cuando tenía ocho años. ¿Aquello se contaba? Moscú no tenía nada de exótico. No era África o Estados Unidos. Ni siquiera los Urales. Sólo era Moscú. Más allá de la Plaza Roja, no había nada, ni una sola cosa mínimamente bonita.

Los Metanov, como familia, habían efectuado un par de excursiones a Tsarskoie Selo y Peterhof. Los palacios de verano de los zares habían sido convertidos por los bolcheviques en lujosos museos rodeados de jardines. Cuando Tatiana recorrió los salones de Peterhof, sin casi atreverse a pisar el blanco mármol helado, no podía creer que hubiera existido un tiempo en que la gente tenía todo aquello para vivir.

Pero cuando la familia regresó a Leningrado, a sus dos habitaciones en la calle Quinto Soviet, y antes de que Tatiana pudiera llegar a su habitación, tuvo que pasar por delante de los seis Iglenko que vivían con la puerta abierta.

Tatiana tenía tres años cuando la familia se fue de vacaciones a la misma Crimea que aquella mañana había sido atacada por los alemanes. La muchacha recordaba de aquel viaje que fue la primera vez que comió una patata cruda. También fue la última. Vio renacuajos en una charca y durmió en una tienda, acostada en el suelo y cubierta con una manta. Recordaba vagamente el olor del agua salada. Fue en las frías aguas del mar Negro, en abril, donde Tatiana sintió el roce de su primera y última medusa, que flotó junto a su pequeño cuerpo desnudo y la hizo chillar con un terror delicioso.

La idea de la evacuación emocionaba a Tatiana. Nacida en 1924, el año de la muerte de Lenin, después de la revolución, después de la hambruna, después de la guerra civil, Tatiana nació después de lo peor, pero también antes de lo bueno. Nació en el intermedio.

—Tanechka, ¿en qué estás pensando? —le preguntó *deda*, mientras la miraba con sus ojos negros como si quisiera medir sus emociones.

—En nada —respondió ella, que hizo todo lo posible por mantener una expresión tranquila.

—¿Qué está pasando por tu cabeza? Es la guerra. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo.

—No sé por qué, pero me parece que no. —*Deda* hizo una pausa—. Tania, la vida que conoces se acabó. Escucha lo que digo. A partir de hoy, nada será como habías imaginado.

—¡Sí! —exclamó Pasha—. Mandaremos a los alemanes de regreso al infierno de donde han venido. —Le sonrió a Tatiana, y la muchacha le devolvió la sonrisa.

Sus padres los miraban.

—De acuerdo. ¿Y después qué?

Babushka fue a sentarse en el sofá junto a *deda*. Colocó una de sus manos grandes sobre la suya, frunció los labios y asintió, de una manera que le advirtió a Tatiana que *babushka* sabía cosas y que se las guardaba. *Deda* también sabía, pero aquello que sabían no podía compararse con la excitación de Tatiana. «Está bien —pensó—. Ellos no lo entienden. No son jóvenes».

La madre rompió el silencio de siete personas.

—¿Qué haces, Georgi Vasilievich?

—Demasiados niños, Irina Fedorovna. Demasiados niños de los que preocuparse —le respondió apesadumbrado, mientras forcejeaba con la maleta de Pasha.

—¿De veras, papá? —replicó Tatiana—. ¿De cuál de tus hijos no querrías preocuparte?

El padre no respondió. Se acercó al armario común, abrió los cajones de Pasha y comenzó a sacar prendas al azar, que arrojaba en la maleta.

—Lo enviaré lejos, Irina. Lo enviaré al campamento de Tolmashevo. De todas maneras, tenía que ir allí la semana que viene con Volodia Iglenko. Sólo que irá un poco antes. Volodia irá con él. Nina se alegrará de verles marchar una semana antes. Ya lo verás. Todo irá perfectamente.

La madre abrió la boca y meneó la cabeza.

—¿Tolmashevo? ¿No estaría mejor aquí? ¿Estás seguro?

—Absolutamente —afirmó el padre.

—¡Absolutamente no! —protestó Pasha—. ¡Papá, estamos en guerra! No iré al campamento. Voy a alistarme.

«Bien por ti», pensó Tatiana, pero el padre se volvió violentamente a mirar furioso a su hermano, y Tatiana contuvo el aliento cuando de pronto lo comprendió todo.

El padre sujetó a Pasha por los hombros y comenzó a sacudirlo.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿Alistarte?

Pasha forcejeó para librarse. Su padre no lo soltó.

—Papá, suéltame.

—Pavel, eres mi hijo, y me escucharás. Lo primero que harás es salir de Leningrado. Después discutiremos el alistamiento. Ahora mismo tenemos que coger un tren.

Había algo embarazoso en aquella escena que se desarrollaba en una habitación pequeña y con tantos espectadores.

Tatiana quería apartarse, pero no había donde ir. Se miró las manos y después cerró los ojos. Se imaginó tendida boca arriba en medio de un campo florido mordisqueando un trébol de olor. No había nadie a su alrededor.

¿Tanto cambiaban las cosas en cuestión de segundos?

Abrió los ojos y parpadeó. Un segundo. Volvió a parpadear. Otro segundo.

Hacía unos segundos estaba durmiendo.

Hacía unos segundos había hablado Molotov.

Hacía unos segundos estaba entusiasmada.

Hacía unos segundos había hablado su padre.

Ahora Pasha se marchaba. Parpadeo, parpadeo, parpadeo.

Deda y *babushka* mantenían un silencio diplomático, como siempre. *Deda*, Dios le bendiga, nunca desperdiciaba la oportunidad de estar callado. *Babushka* era todo lo contrario en ese aspecto, pero en esta ocasión en particular era evidente que había decidido seguir su ejemplo. Quizás era porque la mano de *deda* le apretaba la pierna cada vez que ella abría la boca, pero cualquiera que fuera la razón, no hablaba.

Dasha, que no tenía miedo a su padre y no se sentía descorazonada por la distante perspectiva de la guerra, se puso de pie.

—Papá, esto es una locura. ¿Por qué le haces irse? Los alemanes no están cerca de Leningrado. Has escuchado al camarada Molotov. Están en Crimea. Están a miles de kilómetros de aquí.

—Cállate, Dashenka —ordenó el padre—. No sabes nada de los alemanes.

—No están aquí, papá —repitió Dasha con su voz fuerte que no daba lugar a la discusión.

Tatiana deseaba poder hablar tan persuasivamente como Dasha. Su voz tenía un eco suave, como si todavía le faltara alguna hormona femenina. En muchas cosas apenas si las tenía. Hacía sólo un año que había comenzado a menstruar, y así y todo apenas si tenía menstruaciones. Muchas veces le venían cada cuatro meses. Vinieron en invierno, decidieron que no les gustaba y desaparecieron hasta el otoño. Pero en el otoño vinieron y se quedaron como si no quisieran marcharse nunca más. Desde entonces, Tatiana las había visto dos veces. Quizá si vinieran con más frecuencia, Tatiana tendría una voz sonora como la de Dasha. Podías poner el reloj en hora con la puntualidad de las menstruaciones de Dasha.

—¡Daria! ¡No voy a discutir este asunto contigo! —exclamó el padre—. Tu hermano no se quedará en Leningrado. Pasha, vístete. Ponte unos pantalones y una camisa bonita.

—Papá, por favor.

—Pasha, he dicho que te vistas. No podemos perder más tiempo. Te garantizo que todos los campamentos estarán llenos de chicos dentro de una hora, y entonces no conseguiré que te admitan.

Quizá fue un error decirle eso a Pasha, porque Tatiana nunca había visto a su hermano moverse con tanta lentitud. Debió tardar sus buenos diez minutos en encontrar la única camisa de vestir que tenía. Todo el mundo desvió la mirada mientras Pasha se cambiaba. Tatiana volvió a cerrar los ojos y buscó su prado, el agradable olor de las fresas salvajes y las ortigas. Le apetecían unos arándanos. Comprendió que tenía un poco de hambre. Abrió los ojos y miró en derredor.

—No quiero ir —protestó Pasha.

—Será sólo por poco tiempo, hijo. Es por precaución. Estarás seguro en el campamento, libre de cualquier riesgo. Te quedarás allí durante un mes, hasta que veamos cómo va la guerra. Entonces regresarás, y si hay una evacuación, os sacaremos a ti y a tus hermanas.

¡Sí! Eso era lo que Tatiana quería oír.

—Georg —dijo *deda*, en voz baja—. Georg.

—¿Sí, *papochka*? —respondió el padre de Tatiana respetuosamente. Nadie quería a *deda* más que papá, ni siquiera Tatiana.

—Georg. No puedes evitar que llamen al muchacho. No puedes.

—Claro que puedo. Sólo tiene diecisiete años.

—Eso es, diecisiete. —*Deda* sacudió la cabeza canosa—. Se lo llevarán.

El miedo apareció por una fracción de segundo en la expresión del padre.

—No se lo llevarán, *papochka* —afirmó el padre, con voz ronca—. Ni siquiera sé de qué estás hablando.

Era evidente que no podía manifestar lo que en realidad deseaba decir: «Callaos todos de una buena vez y dejadme que salve a mi hijo de la única manera que sé hacerlo».

Deda se recostó en los cojines del sofá.

Tatiana, que se sentía mal por su padre y quería ayudar, comenzó a decir:

—Todavía no...

Pero su madre la interrumpió.

—*Pashechka*, llévate un suéter, cariño.

—No quiero llevarme un suéter, mamá —replicó—. ¡Es verano!

—Heló hace dos semanas.

—Pero ahora hace calor. No lo llevaré.

—Escucha a tu madre, Pavel —dijo su padre—. Las noches serán frescas en Tolmashevo. Llévate el suéter. —Pasha exhaló un fuerte suspiro de rebeldía, pero cogió el suéter y lo metió en la maleta. Su padre cerró la maleta con llave—. Ahora, escuchadme todos. Éste es mi plan...

—¿Qué plan? —exclamó Tatiana, un tanto molesta—. Espero que el plan incluya algo de comida porque...

—Ya lo sé —exclamó el padre—. Ahora calla y escucha. Esto te concierne a ti también. —Comenzó a decirles lo que debían hacer.

Tatiana se dejó caer en la cama. Si no iban a salir de la ciudad en ese instante, no quería escuchar nada más.

Pasha iba a los campamentos de chicos todos los veranos, en Tolmashevo, Luga, o Gatchina. Pasha prefería Luga porque tenía el mejor río para bañarse. Tatiana prefería que Pasha fuera a Luga porque estaba más cerca de su dacha y ella podía ir a visitarlo. El campamento de Luga estaba a sólo cinco kilómetros de la dacha, en línea recta a través del bosque. Tolmashevo, en cambio, estaba a veinte kilómetros de Luga, y allí los monitores eran estrictos y querían que todos se levantaran con el alba. Pasha decía que era un poco como estar en el ejército. Ahora sería casi como alistarse, se dijo Tatiana, sin prestar atención a las palabras de su padre.

Sintió el fuerte pellizco que Dasha le dio en la pierna. Se quejó a viva voz, con la esperanza de que su hermana tuviera problemas por hacerle daño. Nadie le hizo caso. Ni siquiera la miraron. Todas las miradas estaban puestas en Pasha, que permanecía —larguirucho y desmañado con los pantalones marrones y la camisa beige, raída en el cuello y los puños— en el centro de la habitación, con su estampa de adolescente al que todos adoraban. Él lo sabía.

Era el hijo favorito, el nieto favorito, el hermano favorito.

Porque él era el único hijo.

Tatiana abandonó la cama y fue junto a su hermano. Le rodeó la cintura con un brazo.

—Alégrate. Tienes mucha suerte —le dijo—. Te marchas al campamento. Yo no voy a ninguna parte.

El muchacho se apartó un poco, pero sólo un poco, no porque ella le molestara, sino porque no se sentía afortunado. Tatiana sabía que su hermano quería ser soldado por encima de cualquier otra cosa. No quería ir a un campamento para chicos.

—Pasha —añadió alegremente—, primero tendrás que vencerme en la guerra. Después podrás alistarte e ir a pelear contra los alemanes.

—Cállate, Tania —le ordenó Pasha.

—Cállate, Tania —repitió su padre, como un eco.

—Papá, ¿puedo hacer mi maleta? Yo también quiero ir al campamento.

—Pasha, ¿estás listo? Vamos —dijo el padre, sin siquiera responderle a Tatiana. No había campamentos para chicas.

—Tengo un chiste para ti, querido Pasha —anunció Tatiana, poco dispuesta a dejarse vencer por el malhumor de su hermano.

—No quiero escuchar ninguno de tus chistes estúpidos, querida Tania.

—Éste te gustará.

—¿Por qué? Lo pongo en duda.

—¡Tatiana! —intervino el padre, con voz firme—. Éste no es momento para chistes.

Deda intervino en favor de Tatiana.

—Georg, deja hablar a la chica.

—A un soldado lo llevan al paredón. «Vaya tiempo de perros», le dice a la escolta. «Mira quién va a quejarse», replican los otros. «Imagínate para nosotros, que tenemos que volver».

Nadie se movió. Nadie siquiera se sonrió.

Pasha enarcó las cejas, pellizcó a su hermana y susurró:

—Buen chiste, Tania.

Tatiana exhaló un suspiro. Algún día su espíritu relumbraría, pensó, pero hoy no era el momento más adecuado.

2

—Tatiana, nada de despedidas largas. Verás a tu hermano dentro de un mes. Baja y ábrenos la puerta. A tu madre le duele la espalda —le dijo su padre, mientras se preparaban para llevar las cosas de Pasha junto con unas bolsas de comida para el campamento.

—Muy bien, papá.

El apartamento tenía la disposición de un vagón de tren: un pasillo largo al que daban nueve habitaciones. Había dos cocinas, una en la entrada y otra al final. Los baños y los aseos estaban adosados a las cocinas. En las nueve habitaciones vivían veinticinco personas. Cinco años atrás, eran treinta y tres, pero ocho se habían marchado, muerto o...

La familia de Tatiana vivía al final del pasillo. La cocina de atrás era la más grande de las dos, y tenía escaleras que subían a la azotea y bajaban al patio. Tatiana prefería usar las escaleras de atrás porque podía escabullirse sin pasar por delante de la habitación del loco Slavin.

La cocina de atrás tenía los fogones más grandes que la de delante y el baño también era más grande. Sólo otras tres familias compartían la cocina y el baño con los Metanov: los Petrov, los Sarkov y el loco Slavin, que nunca cocinaba ni se bañaba.

Slavin no estaba en ese momento en el pasillo. Bien.

Tatiana pasó por delante del teléfono compartido en su camino hacia la puerta. Petr Petrov lo estaba usando, y Tatiana se dijo que tenía mucha suerte de que su teléfono funcionara. Marina, la prima de Tatiana, vivía en un apartamento donde el teléfono siempre estaba averiado: líneas en mal estado. Era difícil comunicarse con ella, a menos que Tatiana le escribiera

o fuera a verla personalmente, cosa que no hacía a menudo porque Marina vivía en el otro extremo de la ciudad, al otro lado del río.

Cuando Tatiana se acercó a Petr, vio que estaba muy agitado. Era evidente que esperaba que la operadora le pasara la comunicación, y aunque el cordón del teléfono era demasiado corto para permitirle caminar de aquí para allá, él lo hacía con todo el cuerpo sin moverse del sitio. Petr consiguió la comunicación en el momento en que Tatiana pasaba a su lado. La muchacha lo supo porque él gritó:

—¡Luba! ¿Eres tú? ¿Eres tú, Luba?

El grito fue tan inesperado y agudo que Tatiana se apartó de un salto, y se golpeó contra la pared. Se recuperó del golpe y pasó rápidamente pero después acortó el paso para escuchar la conversación.

—Luba, ¿me escuchas? Falla la conexión. Todo el mundo está llamando. ¡Luba, vuelve a Leningrado! ¿Me escuchas? Ha comenzado la guerra. Recoge lo que puedas, deja el resto y coge el primer tren. ¡Luba! No, no dentro de una hora, ni mañana, ahora, ¿me comprendes? ¡Regresa inmediatamente! —Una breve pausa—. Olvídate de nuestras cosas. ¿Me estás escuchando, mujer?

Tatiana se volvió para mirar la espalda rígida de Petr.

—¡Tatiana! —Su padre la miraba con una expresión que decía «Si no vienes aquí ahora mismo...».

Pero Tatiana se demoró para escuchar un poco más.

—¡Tatiana Georgievna! ¡Ven aquí y ayuda!

Lo mismo que su madre, su padre sólo utilizaba su nombre completo cuando quería que Tatiana supiera que hablaba muy en serio. Tatiana se dio prisa, intrigada por la conversación de Petr Petrov mientras se preguntaba por qué su hermano no podía abrir la puerta él mismo.

Volodia Iglenko, que tenía la misma edad de Pasha y que iba al campamento de Tolmashevo con él, bajó las escaleras con los Metanov, cargado con su maleta, y abrió la puerta por sus propios medios.

Eran tres hermanos. Él tenía que ocuparse de hacer sus cosas.

—Pasha, deja que te enseñe —dijo Tatiana en voz baja—. Se hace así. Sujetas el pomo con una mano y tiras. La puerta se abre. Sales y la puerta

se cierra sola. A ver si lo puedes hacer.

—Abre la puerta, Tania —le ordenó Pasha—. ¿No ves que voy cargado con la maleta?

Cuando salieron a la calle, se detuvieron por un instante.

—Tania, coge los ciento cincuenta rublos que te di y ve a comprar algo de comida. Pero no tardes, como siempre. Ve ahora mismo. ¿Me oyes?

—Sí, papá. Iré inmediatamente.

—Volverás a acostarte —le susurró Pasha.

—Venga, no perdamos tiempo —afirmó la madre.

—Sí —dijo el padre—. Vamos, Pasha.

—Hasta la vista. —Tatiana le dio una palmada en el brazo a su hermano.

Pasha gruñó un saludo y le tiró del pelo.

—Será mejor que te peines antes de salir. Asustarás a la gente.

—Cállate, o me afeitaré la cabeza.

Tatiana le dijo adiós a Volodia, saludó a su madre, miró por última vez a su hermano que se alejaba y subió las escaleras.

Deda y babushka salieron del apartamento en compañía de Dasha. Iban al banco para sacar sus ahorros.

Tatiana se quedó sola. Exhaló un suspiro y se tumbó en la cama.

Tatiana era consciente de que había nacido demasiado tarde. Ella y Pasha. Tendría que haber nacido en 1917, como Dasha. Después de ella nacieron otros hijos, pero no vivieron mucho: dos hermanos, uno nacido en 1919 y el otro en 1921, que murieron de tifus. Una niña, nacida en 1922, murió de escarlatina en 1923. Luego, en 1924, mientras Lenin agonizaba, la Nueva Política Económica, aquel breve retorno a la libre empresa se aproximaba a un brusco final y Stalin iba aumentando su poder en el presidium a través de los pelotones de fusilamiento, Irina Fedorovna, de treinta y dos años, agotada por lo laborioso del parto, dio a luz a Pasha y Tatiana con una diferencia de siete minutos. La familia deseaba a Pasha, el varón, pero Tatiana fue una sorpresa que los dejó a todos boquiabiertos. Nadie tiene mellizos. ¿Quién tiene mellizos? Los mellizos eran una cosa de la que nadie oía hablar. Además, no tenían espacio para ella. Pasha y

ella tuvieron que compartir la cuna durante los tres primeros años de vida. Desde entonces, Tatiana dormía con Dasha.

Pero el problema continuaba: ella ocupaba una plaza muy valiosa. Dasha no podía casarse porque Tania ocupaba el espacio donde tendría que dormir el futuro marido de Dasha. La hermana mayor se lo decía a menudo a Tatiana. Le decía: «Por tu culpa moriré solterona». Un comentario al que Tatiana replicaba inmediatamente con: «Espero que sea pronto. Así podré casarme y mi marido dormirá a mi lado».

Tatiana, en cuanto acabó el instituto, se había buscado un empleo para no tener que pasar otro verano en Luga sin hacer nada más que leer, remar y participar en juegos estúpidos con los chicos en la carretera polvorienta. Había pasado todos los veranos de su infancia en la dacha de Luga y en el lago Ilmen, en Vovgorod, donde los padres de su prima Marina tenían una dacha.

En el pasado, Tatiana había esperado con ansia los pepinos en junio, los tomates en julio y quizás algunas frambuesas en agosto; había esperado con ansia ir a buscar setas y arándanos, a pescar en el río; todo un montón de pequeños placeres. Pero este verano sería diferente.

Tatiana era consciente de que se había cansado de ser una chiquilla. Al mismo tiempo, no sabía qué otra cosa podía ser, así que se buscó un trabajo en la fábrica Kirov, en la parte sur de Leningrado. Esto equivalía casi a ser adulto. Ahora trabajaba, leía el periódico y meneaba la cabeza al ver los titulares que hablaban de Francia, el mariscal Pétain, Dunquerque y Neville Chamberlain. Intentaba ser muy seria, asentía con decisión mientras seguía las alternativas de la crisis en el bosque de las Ardenas y el Extremo Oriente. Ésta era la concesión de Tatiana a la edad adulta: la Kirov y el *Pravda*.

Le gustaba el trabajo en la Kirov, el mayor complejo industrial de Leningrado y probablemente de toda la Unión Soviética. Había escuchado rumores de que en algún lugar de la fábrica se construían tanques. Pero lo ponía en duda. No había visto ninguno.

Ella trabajaba en la sección de cubertería. Su trabajo consistía en meter los cuchillos, los tenedores y las cucharas en las cajas. Era la penúltima de

la cadena. La última cerraba las cajas. Tatiana sentía pena por ella; cerrar cajas era muy aburrido. Al menos, ella manejaba tres tipos diferentes de cubiertos.

Trabajar en la Kirov durante el verano sería divertido, pensó Tatiana, cómodamente acostada en la cama, pero no tan divertido como hubiese sido la evacuación.

A Tatiana le hubiese gustado ahora disfrutar de unas pocas horas de lectura. Acaba de comenzar a leer los divertidos y sádicos cuentos cortos de Mijail Zoschenko sobre las irónicas realidades de la vida soviética, pero las órdenes de su padre habían sido muy claras. Miró el libro con expresión nostálgica. En cualquier caso, ¿a qué venía tanta prisa? Los adultos se comportaban como si hubiera un incendio. Los alemanes se encontraban a dos mil kilómetros de distancia. El camarada Stalin no permitiría que el traidor de Hitler se adentrara en el país. Además, Tatiana nunca tenía ocasión de estar sola en casa.

Tan pronto como comprendió que no ordenarían una evacuación inmediata, perdió parte de su entusiasmo por la guerra. ¿Era interesante? Sí, pero *Banya*, el cuento de Zoschenko sobre un hombre que va a una casa de baños, donde además de bañarse, aprovecha para hacer la colada, pero pierde el resguardo, era divertidísimo.

—¿Dónde puede dejar el resguardo un hombre desnudo? El resguardo se deshizo con el agua durante el baño. Sólo queda el cordón.

Le ofrezco el cordón al encargado del guardarropa. No lo acepta.

—Cualquier ciudadano puede aparecer con un trozo de cordón, afirma. No habría bastantes abrigos para todos. Espere a que se marchen los demás clientes. Entonces le daré el abrigo que quede.

Como no habría evacuación, Tatiana leyó el cuento dos veces, tendida en la cama, con los pies en alto apoyados en la pared, agotada de tanto reírse.

Sin embargo, órdenes eran órdenes. Tenía que salir a comprar comida.

Pero hoy era domingo y a Tatiana no le gustaba salir los domingos sin vestirse de gala. Sin pensárselo dos veces, cogió los zapatos rojos de tacón alto de Dasha, aunque parecía un pato mareado cuando caminaba con ellos. Dasha sí que sabía usarlos; estaba mucho más acostumbrada.

Tatiana se cepilló la larga cabellera muy rubia, mientras lamentaba no tener los rizos negros como el resto de la familia. Su pelo era lacio y rubio como el trigo. Siempre lo llevaba recogido en una cola de caballo, o trenzado. Ese día se lo recogió en una cola de caballo. Que tuviera el pelo tan lacio y tan rubio era algo inexplicable. En defensa de su hija, la madre decía que ella también había tenido el pelo rubio y lacio cuando era una niña. Sí, y *babushka* decía que cuando ella se casó sólo pesaba cuarenta y siete kilos.

Tatiana se puso el único vestido de domingo que tenía, se aseguró de que tenía el rostro, los dientes y las manos limpios y salió del apartamento.

Ciento cincuenta rublos representaban una fortuna. Tatiana no sabía de dónde había sacado su padre tanto dinero, pero había aparecido en sus manos como por arte de magia, y no era cosa suya preguntar. Tenía que comprar... ¿Qué había dicho su padre? ¿Arroz? ¿Vodka? Ya se había olvidado.

Su madre se lo había advertido: «Georg, no la mandes a ella. No traerá nada».

Tatiana estuvo de acuerdo: «Mamá tiene razón. Dile a Dasha que vaya, papá».

«¡No! —había exclamado el padre—. Sé lo que hago. No tienes más que ir a la tienda. Lleva una bolsa y trae...».

¿Qué le había dicho que trajera? ¿Patatas? ¿Harina?

Tatiana pasó por delante de la puerta abierta de la habitación de los Sarkov, y vio a Zhanna y Zhenia Sarkov sentados en sendas butacas, con un aspecto realmente plácido, dedicados a tomar té y a leer, como si fuera un domingo cualquiera. Qué afortunados eran al disponer de una habitación tan grande para ellos solos, pensó Tatiana.

Slavin el loco no estaba en el vestíbulo. Perfecto.

Parecía como si el anuncio de Molotov hecho tan sólo dos horas antes fuera una aberración en un día que por lo demás era absolutamente normal. Tatiana casi dudaba de haber escuchado correctamente al camarada Molotov hasta que salió a la calle y llegó a la esquina de Gresheski Prospekt, donde vio a las multitudes que corrían hacia Nevski Prospekt, la calle donde se encontraban la mayoría de las grandes tiendas y bancos de Leningrado.

Tatiana no recordaba cuándo fue la última vez que había visto tanta gente en las calles de la ciudad. Decidió en el acto dar media vuelta y dirigirse hacia Suvorovski Prospekt. Pretendía adelantarse a las multitudes. Si todos iban a las tiendas de Nevski Prospekt, ella iría en la dirección opuesta, hacia la plaza de Táuride donde los comercios, como tenían menos surtido, no tenían tantos clientes. Un hombre y una mujer pasaron a su lado, miraron a Tatiana, tan bonita con su vestido de domingo, y sonrieron. Ella bajó la mirada pero también sonrió.

Tatiana llevaba su precioso vestido blanco bordado con rosas rojas. Tenía el vestido desde 1938, cuando cumplió los catorce años. Su padre lo había comprado en una tienda de una ciudad llamada Swietokrzyskie en Polonia, donde había ido mandado por la compañía de aguas de Leningrado. Había estado en Swietokrzyskie, Varsovia y Lublin. Tatiana creía que su padre era un trotamundos cuando regresó. Dasha y su madre habían sido obsequiadas con bombones de Varsovia, pero los bombones se habían acabado hacía mucho: exactamente dos años y trescientos sesenta y tres días. Pero aquí estaba Tatiana, con su vestido con las rosas rojas bordadas en la gruesa tela de algodón blanco como la nieve. Las rosas no eran pimpollos, sino que estaban abiertas. Era el vestido de verano ideal, sin mangas y con tirantes. Muy entallado de cintura, la falda con mucho vuelo le llegaba justo por encima de las rodillas. Si Tatiana daba vueltas muy rápido, la falda se desplegaba como un paracaídas.

En junio de 1941 sólo había un problema con el vestido: se le había quedado pequeño. Los cordones cruzados de satén de la espalda del vestido, que antes se podían ajustar del todo, ahora tenía que aflojarlos cada vez más.

Le molestaba que su cuerpo, con el que se sentía cada vez más incómoda, pudiera superar los límites impuestos por su vestido favorito. No era que su cuerpo se desarrollara como el de Dasha, que tenía las caderas, los muslos, los brazos y los pechos de una mujer hecha y derecha. No, en absoluto. Las caderas de Tatiana seguían siendo pequeñas aunque más redondeadas, y las piernas y los brazos seguían siendo delgados, pero los pechos aumentaban de tamaño, y aquí estaba el problema. Si los pechos no hubiesen aumentado de tamaño, ahora Tatiana no tendría que aflojar los cordones hasta el punto de dejar a la vista de todo el mundo su espalda desnuda desde los omóplatos hasta la rabadilla.

A Tatiana le encantaba el vestido, le gustaba la sensación que le producía el roce del algodón contra la piel y el tacto de las rosas bordadas cuando las tocaba con los dedos, pero no le gustaba en absoluto sentirse encerrada en algo que le oprimía los pulmones. Con lo que sí disfrutaba era con el recuerdo de cuando, con catorce años y el cuerpo delgaducho de la adolescencia, se había puesto el vestido por primera vez y había salido a pasear por Nevski, una mañana de domingo. Para recordar aquella sensación se había puesto el vestido precisamente en este domingo, el día que Alemania acababa de invadir la Unión Soviética.

A otro nivel, pero muy consciente, había otro detalle del vestido que le encantaba. La etiqueta cosida en el forro que decía: *Fabriqué en France*.

¡*Fabriqué en France!* Resultaba gratificante ser dueña de algo que no estuviese mal hecho por los soviéticos, sino producido bien y románticamente por los franceses; porque ¿quiénes eran más románticos que los franceses? Los franceses eran los maestros del amor. Todas las naciones eran diferentes. Los rusos no tenían rivales en el sufrimiento, los ingleses en su reserva, los norteamericanos en su amor por la vida, los italianos en su amor por Cristo y los franceses en sus esperanzas de amor. Por lo tanto, cuando hicieron el vestido para Tatiana, lo hicieron cargado de promesas. Lo hicieron como si quisieran decirle: Póntelo, *cherie*, y con este vestido tú también serás amada como nosotros amamos; póntelo y el amor será tuyo. Así que Tatiana nunca desesperaba con su vestido blanco con las rosas rojas. Si lo hubiesen hecho los norteamericanos, estaría feliz.

Si lo hubiesen hecho los italianos, hubiese comenzado a rezar, si lo hubiesen hecho los británicos, cuadraría los hombros, pero como lo habían hecho los franceses, nunca perdía las esperanzas.

Sin embargo, en este momento, Tatiana caminaba por Suvorovski con los pechos apretados por el vestido.

El aire era cálido y puro, y era una sorpresa desagradable recordar que en este día lleno de promesas, Hitler estaba en la Unión Soviética. Tatiana meneó la cabeza mientras caminaba. *Deda* nunca había confiado en Hitler y lo había dicho claramente desde el principio: cuando el camarada Stalin firmó el pacto de no agresión con Hitler en 1939, *deda* afirmó que Stalin se había ido a la cama con el demonio. Ahora el demonio había traicionado a Stalin. ¿Por qué era una sorpresa? ¿Por qué habíamos esperado algo más? ¿Por qué habíamos esperado que el diablo se comportara honorablemente?

Tatiana se dijo que *deda* era el hombre más listo del mundo. Desde que Polonia había sido pisoteada en 1939, *deda* no había dejado de proclamar que Hitler vendría a por la Unión Soviética. Unos meses antes, en primavera, había comenzado de pronto a traer alimentos envasados. Demasiadas latas, en opinión de *babushka*. No le hacía ninguna gracia ver que parte de la paga de *deda* se gastaba por un intangible por si acaso. *Babushka* lo reñía. «¿De qué hablas? ¿Una guerra? —decía mientras miraba furiosa las latas de jamón—. ¿Quién se va a comer todo eso? Jamás comeré esta basura. ¿Por qué gastas dinero en basura? ¿Por qué no compras setas marinadas, o tomates?». *Deda*, que amaba a *babushka* más de lo que cualquier mujer merece ser amada por un hombre, agachaba la cabeza, dejaba que ella se desahogara, no decía nada, pero al mes siguiente volvía cargado con más latas de jamón. También compraba azúcar, café, tabaco y vodka. Sin embargo no tenía tanta suerte a la hora de conservar todos estos productos porque cada cumpleaños se abría el vodka, se fumaba el tabaco, se bebía el café y el azúcar se ponía en el pan, el bizcocho y el té. *Deda* era un hombre incapaz de negarle nada a su familia, pero se lo negaba a sí mismo. Así que el día de su cumpleaños, se negaba abrir el vodka. Pero *babushka* abría un paquete de azúcar para prepararle

una tarta de arándanos. La única provisión que se mantenía constante e incluso aumentaba todos los meses en un par de latas era el jamón, que todos detestaban y nadie se comía.

La tarea de Tatiana, comprar todo el arroz y el vodka que pudiera cargar, estaba demostrando ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

No quedaba ni una sola botella de vodka en todas las tiendas de la calle Suvorovski. Tenían queso. Pero el queso no se conservaba. Tenían pan, pero el pan no se conservaba. Había desaparecido todo el salchichón. Tampoco quedaban conservas ni harina.

Tatiana aceleró el paso y recorrió toda la calle, once manzanas en total, más de un kilómetro, y todas las tiendas habían vendido hasta la última lata de conservas. Sólo eran las tres de la tarde.

Pasó por delante de dos bancos. Ambos estaban cerrados. Unos carteles, escritos apresuradamente a mano, anunciaban: «Cerramos más temprano». Esto la sorprendió. ¿Por qué los bancos habían cerrado antes de la hora? No era posible que se quedaran sin dinero. Eran bancos. Se rio para sus adentros.

Comprendió que los Metanov habían esperado demasiado, al entretenerse como habían hecho discutiendo entre ellos, mirándose desconsolados los unos a los otros, y ayudando a preparar el equipaje de Pasha. Tendrían que haberse lanzado a la calle en el acto, pero en cambio se habían preocupado en enviar a Pasha al campamento. Y Tatiana se había entretenido con la lectura de los cuentos de Zoschenko. Tendría que haber salido una hora antes. Si se hubiera dirigido directamente a Nevski Prospekt, ahora mismo estaría en la cola con el resto de la multitud.

Sin embargo, mientras paseaba por Suvorovski, desilusionada por no haber podido comprar ni una caja de cerillas, Tatiana sentía el cálido aire del verano cargado con un extraño olor de un orden de cosas por venir que no sabía ni entendía. Inspiró con fuerza, al tiempo que se preguntaba: «¿Recordaré siempre este día? He dicho lo mismo en el pasado: oh, recordaré este día, pero he olvidado todos los días que creía que no olvidaría. Recuerdo haber visto mi primer renacuajo. ¿Quién lo hubiese

dicho? Recuerdo el sabor del agua salobre del mar Negro cuando la probé por primera vez. Recuerdo cuando me perdí en el bosque por primera vez. Quizá sean las primeras veces lo que recuerdas. Nunca he estado antes en una guerra real. Quizá recuerde ésta».

Dirigió sus pasos hacia las tiendas cercanas al parque de Táuride. Le gustaba esta parte de la ciudad, apartada del bullicio de Nevski Prospekt. Los árboles eran altos y con unas copas muy verdes. El público era escaso. Le gustó disfrutar de un poco de soledad.

Después de entrar en tres o cuatro tiendas, Tatiana estaba dispuesta a dejarlo correr. Consideró seriamente la posibilidad de regresar a casa y decirle a su padre que no había sido capaz de encontrar nada, pero la idea de decirle que había fracasado en la pequeña tarea que le había encargado la llenaba de ansiedad. Siguió caminando. Cerca de la esquina de Suvorovski y Ulitsa Saltikov Schedrin, había una tienda donde se había formado una cola que se extendía por la calle, por lo demás desierta.

Tatiana fue y se colocó en el último lugar de la cola.

Esperó y esperó, preguntó la hora, y esperó y esperó. La cola avanzó un metro. Exhaló un suspiro y le preguntó a la mujer que tenía delante para qué era la cola. La mujer encogió los hombros agresivamente y se apartó de Tatiana.

—¿Qué? ¿Qué? —gruñó, con el bolso apretado contra el pecho como si la muchacha fuera a robárselo—. Haz la cola como todo el mundo y no hagas preguntas estúpidas.

Tatiana esperó. La cola avanzó otro metro. Volvió a preguntar la hora.

—¡Diez minutos más que la última vez que preguntaste! —le respondió la mujer, furiosa.

Tatiana se animó cuando escuchó a la joven que precedía a la mujer gruñona pronunciar la palabra: «Bancos».

—No hay más dinero —le decía la joven a una mujer mayor que la acompañaba en la cola—. ¿Lo sabía? Las cajas de ahorro se han quedado sin dinero. No sé qué harán ahora. Espero que usted tenga algún dinero guardado debajo del colchón.

La mujer mayor meneó la cabeza con una expresión preocupada.

—Tengo doscientos rublos, los ahorros de toda la vida. Eso es lo que tengo ahora conmigo.

—Entonces, compre, compre. Compre todo lo que pueda. Latas de conservas...

La mujer volvió a menear la cabeza.

—No me gustan las conservas.

—Pues compre caviar. Alguien me comentó que una mujer había comprado diez kilos de caviar en Elisei, que está en Nevski. ¿Qué hará con tanto caviar? Que haga lo que quiera. No es asunto mío. Compraré aceite y cerillas.

—Compre sal —le aconsejó la mujer mayor prudentemente—. Se puede tomar el té sin azúcar pero no se pueden comer gachas sin sal.

—No me gustan las gachas —replicó la joven—. Nunca me han gustado. No las comeré.

—Entonces compre caviar. El caviar le gusta, ¿no?

—No. Quizá compre salchichón —dijo la joven pensativa—. Un buen chorizo ahumado. Escuche, hace más de veinte años que el proletariado es el zar. Ahora sé muy bien qué esperar.

La mujer que se encontraba delante de Tatiana soltó un bufido.

Las dos que mantenían la conversación se volvieron para mirarla.

—¡Usted no sabe lo que le espera! —afirmó la mujer con un tono enérgico—. Es la fuerza. —Se echó a reír con una risa que sonaba como un cacareo.

—¿Quién le ha pedido su opinión?

—¡La guerra, camaradas! Bienvenidas a la realidad que les trae Hitler. Compre caviar y mantequilla, y cómaselo esta noche. Porque, y escuche bien lo que le digo, cuando llegue el próximo enero, sus doscientos rublos no le alcanzarán para comprar una barra de pan.

—¡Cállese!

Tatiana agachó la cabeza. No le gustaban las discusiones. Ni en su casa, ni en la calle con extraños.

Dos hombres salieron de la tienda, cargados con grandes bolsas de papel.

—¿Qué han comprado? —les preguntó Tatiana cortésmente.

—Salchichón ahumado —le contestó uno de los hombres con un tono brusco, mientras se alejaba.

Parecía tener miedo de que Tatiana le fuera a perseguir para quitarle por la fuerza su maldito salchichón ahumado. Tatiana no se movió de la cola. No le gustaba el salchichón.

Después de esperar media hora más, se marchó.

Como no quería decepcionar a su padre, fue a toda prisa a la parada del autobús. Cogería el autobús 22 para ir a Elisei, en Nevski Prospekt, porque al menos sabía que allí vendían caviar.

Pero entonces se dijo: ¿Caviar? Tendrían que comérselo durante la semana. El caviar no aguantaría hasta el invierno. ¿Ésa era la meta? ¿Tener comida para el invierno? Decidió que no podía ser; faltaba mucho para la llegada del invierno. El Ejército Rojo era invencible; lo había dicho el camarada Stalin. Echarían a los cerdos alemanes en septiembre.

Cuando llegó a la esquina de Ulitsa Saltikov-Schedrin, se rompió la goma elástica que le sujetaba la cola de caballo y la brisa hizo que el pelo le volara sobre el rostro.

La parada del autobús estaba al otro lado de la calle, el que daba al parque de Táuride. Allí era donde tomaba el autobús 136 para ir a la casa de su prima Marina en el otro extremo de la ciudad. El 22 la llevaría a Elisei, pero tenía que darse prisa. Por lo que habían dicho aquellas mujeres, era posible que incluso se terminara el caviar.

Tatiana vio un poco más allá un quiosco que vendía helados.

¡Helados!

Bruscamente el día se llenó de posibilidades. Un hombre sentado en un taburete leía el periódico debajo de una sombrilla para protegerse del sol.

Tatiana aceleró el paso.

Detrás de ella escuchó el ruido de un autobús. Se volvió. El autobús se encontraba a unos cincuenta metros. No tenía más que correr unos metros para llegar a la parada. Se dispuso a cruzar la calle, luego miró el quiosco, miró el autobús, volvió a mirar el quiosco y se detuvo.

Se moría de ganas de tomar un helado.

Se mordió el labio inferior, mientras dejaba pasar el autobús. «No pasa nada —pensó—. Pasará otro dentro de unos minutos, y mientras tanto, me comeré mi helado».

Se acercó al quiosco.

—¿Tiene helados? —le preguntó, ansiosa.

—El cartel pone helados, ¿no? Estoy sentado aquí, ¿verdad? ¿Qué quiere? —El hombre apartó la mirada del periódico y miró a Tatiana. Su expresión agria se esfumó—. ¿Qué quieres, bonita?

—¿Tiene...? —Se estremeció—. ¿Tiene *crème brûlée*?

—Sí. —Levantó la tapa del carrito—. ¿Quieres vaso o cucurucho?

—Un cucurucho, por favor. —Tatiana dio un saltito.

Le pagó el helado; le hubiera pagado el doble. Mientras se relamía por anticipado, cruzó la calle corriendo, para ir a sentarse en el banco a la sombra de los árboles y así comerse el helado en paz, mientras esperaba el autobús que la llevaría a comprar caviar porque había comenzado la guerra.

No había nadie más esperando el autobús, y agradeció la oportunidad de disfrutar del banquete en solitario. Quitó el envoltorio de papel blanco, lo arrojó en la papelera junto al banco, olió el helado y lamió la dulce crema de caramelo helada. Cerró los ojos con una expresión de éxtasis, sonrió e hizo rodar el helado en la boca, para que se disolviera en la lengua.

«Está muy bueno. Buenísimo».

El viento le alborotó el pelo, y lo retuvo con una mano mientras lamía el helado en círculos alrededor de la cremosa bola. Cruzó y descruzó las piernas, echó la cabeza hacia atrás, para que el helado le llegara a la garganta, y tarareó la canción de moda que todo el mundo cantaba: «Algún día nos encontraremos en Lvov, mi amor y yo».

Era un día perfecto. Durante cinco minutos no hubo guerra, y sólo fue un precioso domingo de junio en Leningrado.

Tatiana desvió la mirada del helado por un momento y vio a un soldado que la miraba desde el otro lado de la calle.

Ver a un soldado en una ciudad de guarnición como Leningrado no tenía nada de particular. Leningrado estaba llena de soldados. Ver soldados en la calle era lo mismo que ver ancianas cargadas con la bolsa de la compra, colas o bares. En cualquier otro momento, Tatiana no le habría prestado la menor atención, pero ese soldado estaba al otro lado de la calle y la miraba con una expresión que nunca había visto antes. Dejó de lamer el helado durante un segundo.

Su lado de la calle ya estaba en sombra, pero el opuesto donde estaba él seguía iluminado por el sol de la tarde. Tatiana le devolvió la mirada sólo por un instante, y en el momento de mirarle a la cara, algo se movió en su interior: le hubiese gustado decir que se había movido imperceptiblemente, pero no era este el caso. Era como si su corazón hubiera comenzado a bombear sangre por las cuatro válvulas al mismo tiempo, le anegara los pulmones y todo el cuerpo. Parpadeó al tiempo que comenzaba a jadear. El soldado se estaba derritiendo en la acera iluminada por el sol.

Llegó el autobús y Tatiana perdió de vista al soldado. Casi gritó de rabia y se levantó de un salto, no para subir al autobús, sino para adelantarse, hacia la calzada, y así volver a verle. Se abrieron las puertas del autobús y el conductor la miró, expectante. Tatiana, que era muy educada y discreta, esta vez casi le gritó que se apartara de su camino.

—¿Subes o no, jovencita? No puedo esperar todo el día.

—¿Subir? No, no voy a subir.

—Entonces, ¿qué demonios haces en la parada? —protestó el conductor, y cerró las puertas.

Tatiana retrocedió hasta el banco. De pronto, el soldado apareció por detrás del autobús.

El soldado se detuvo.

Ella se detuvo.

Las puertas del autobús se abrieron una vez más.

—¿Sube? —preguntó el conductor.

El soldado miró a Tatiana, después al conductor.

—¡Por Lenin y Stalin! —gritó el conductor, que volvió a cerrar las puertas.

Tatiana se quedó de pie, junto al banco. Dio un paso atrás, tropezó y se sentó rápidamente.

—Creía que era mi autobús —comentó el soldado, con un tono informal que acompañó con un encogimiento de hombros.

—Sí, yo también —afirmó Tatiana, con voz ronca.

—Se le está derritiendo el helado.

Así era: las gotas de helado caían por la punta del cono sobre su vestido.

—¡Oh, no!

—Se quitará.

Tatiana intentó quitar el helado con el borde de la mano, pero sólo consiguió que la mancha se hiciera más grande.

—Fantástico —murmuró, mientras advertía que le temblaba la mano.

—¿Hacía mucho que esperaba el autobús? —preguntó el soldado.

Su voz era fuerte, profunda, y tenía un deje que no terminaba de identificar. No era de por aquí, pensó, sin alzar la mirada.

—Sólo unos minutos —respondió en voz baja.

Contuvo el aliento mientras alzaba la mirada para contemplar mejor al soldado y siguió alzándola. Era alto.

Vestía el uniforme de gala, y en la gorra llevaba la estrella roja. Los entorchados de color gris en las hombreras tenían un aspecto impresionante, pero Tatiana no sabía si correspondía a un grado. ¿Era un soldado raso? Cargaba un fusil. ¿Los soldados rasos llevaban fusil? En el bolsillo superior izquierdo de la guerrera llevaba una medalla de plata con el borde dorado.

Tenía el pelo oscuro. La juventud y el pelo oscuro le favorecían, se dijo Tatiana, mientras se fijaba con expresión tímida en sus ojos, que eran de color caramelo, apenas un poco más oscuro que su helado de *crème brûlée*. ¿Eran los ojos de un soldado? ¿Eran los ojos de un hombre? Su mirada era plácida y alegre.

Tatiana y el soldado continuaron mirándose por un momento, pero fue un momento demasiado largo. Los extraños sólo se miraban durante una fracción de segundo antes de desviar la mirada. Tatiana tuvo la sensación de que podía decir su nombre. Se apresuró a desviar la mirada.

—El helado sigue goteando —repitió el soldado, con la mejor intención.

—Ah, helado. No quiero más —replicó apresuradamente, con el rostro arrebolado.

Se levantó y tiró el cucurucho en la papelera con gesto enérgico. Lamentó no tener un pañuelo para limpiarse el vestido manchado.

No acababa de decidir si él tenía más o menos su misma edad: no, parecía mayor. Era un joven que la miraba con los ojos de un hombre. Volvió a sonrojarse, sin desviar la mirada del trozo de acera entre sus zapatos rojos y las botas negras del soldado.

Llegó un autobús. El soldado se volvió para acercarse al vehículo. Tatiana le observó. Incluso su manera de caminar era de otro mundo, el paso era demasiado seguro, la zancada demasiado larga y, no obstante, todo parecía correcto, se veía correcto, lo sentía correcto. Era como encontrar un libro que creías haber perdido. Sí, eso era.

Al cabo de un minuto se abrirían las puertas del autobús, subiría, le diría adiós con un gesto y desaparecería para siempre. «¡No te vayas!», le gritó Tatiana mentalmente.

El soldado acertó el paso a medida que se acercaba al autobús hasta que se detuvo. En el último minuto retrocedió, meneándole la cabeza al conductor, quien hizo un gesto de rabia con las manos, cerró las puertas y puso el vehículo en marcha.

El soldado vino a sentarse en el banco.

El resto del día desapareció de la mente de Tatiana sin siquiera despedirse.

Tatiana y el soldado compartieron el silencio. «¿Cómo podían compartir el silencio? —se preguntó la muchacha—. Acabamos de conocernos. Un momento. No nos conocemos en absoluto. No sabemos

nada el uno del otro. Ni siquiera el nombre. ¿Cómo podemos compartir nada?».

Miró a un lado y otro de la calle, nerviosa. De pronto se le ocurrió que él quizás escuchaba los latidos de su corazón. Era imposible que no los escuchara. El ruido había espantado a los cuervos de los árboles detrás del banco. Los pájaros habían huido aterrorizados, batiendo las alas con desesperación. Lo sabía, había sido ella.

Ahora necesitaba que llegara su autobús. Ahora mismo.

Él era un soldado, de acuerdo, pero había visto soldados antes. Era guapo, sí, pero había visto soldados guapos antes. Incluso durante el verano anterior había conocido a algunos soldados guapos. Uno, había olvidado su nombre de la misma manera que ahora se olvidaba de la mayoría de las cosas, le había comprado un helado.

No era el uniforme del soldado lo que la afectaba y tampoco su apariencia. Era la manera como él la había mirado desde el otro lado de la calle, separados por diez metros de pavimento, un autobús y la catenaria del tranvía.

El soldado sacó un paquete de cigarrillos de un bolsillo de la guerrera.

—¿Quieres uno?

—No, no. No fumo.

Él encendió un cigarrillo y guardó el paquete.

—No conozco a nadie que no fume —comentó sin darle importancia.

Su abuelo era la única persona que conocía que no fumaba. No podía continuar en silencio; era demasiado ridículo. Pero cuando abrió la boca para hablar, todas las palabras que quería decir le parecieron demasiado estúpidas, así que cerró la boca y rogó para sus adentros que apareciera el autobús.

No apareció.

—¿Esperas el autobús 22? —preguntó el soldado cuando el silencio se había vuelto insoportable.

—Sí —respondió Tatiana con una voz apenas audible—. Espera, no.

Vio que se acercaba un autobús de tres dígitos. Era el 136.

—Ya viene. Tomo éste —añadió sin pensar. Se levantó, presurosa.

—¿El 136? —murmuró el soldado a sus espaldas.

Tatiana se acercó a la parada, sacó una moneda de cinco kopeks del bolso y subió. Después de pagar el billete, fue hacia la parte trasera del autobús y se sentó justo a tiempo para ver que el soldado subía.

El soldado pasó a su lado y se sentó un asiento más atrás, en el lado opuesto.

Tatiana miró a través de la ventanilla e intentó no pensar en él. ¿Dónde quería ir con el 136? Ah, sí, era el autobús que cogía para ir a la casa de Marina en Polustrovski Prospekt. Iría allí. Bajaría en Polustrovski y llamaría a la puerta de Marina.

Espió al soldado por el rabillo del ojo.

¿Adónde iría él con el 136?

El autobús pasó por delante del parque de Táuride y dio la vuelta en Liteinii Prospekt.

Tatiana se arregló los pliegues del vestido y siguió con los dedos el bordado de las rosas. Se agachó entre los asientos para ajustarse las hebillas de los zapatos. Pero por encima de todo rogaba, cada vez que el autobús se detenía, que el soldado no se bajara. «Aquí no —se decía—. Aquí no». Aquí tampoco. No sabía dónde quería que se bajara; lo único que sabía era que no quería que se bajara allí.

El soldado no se bajó. Tatiana se daba cuenta de que él continuaba sentado tranquilamente, mirando a través de la ventanilla. De vez en cuando se volvía para mirar al frente; entonces Tatiana estaba segura de que la estaba mirando.

Después de cruzar el Neva por el puente Liteinii, el autobús continuó su recorrido a través de la ciudad. En las pocas tiendas abiertas había unas colas larguísimas.

Poco a poco las calles se veían cada vez más vacías: las calles iluminadas y desiertas de Leningrado.

Fueron pasando las paradas. Se adentraba cada vez más en la zona norte de Leningrado.

En un momento de lucidez se dio cuenta de que se había saltado hacia mucho la parada de Marina cerca de Polustrovski. Ahora ya no sabía

dónde estaba. Inquieta, se removió en el asiento.

¿Adónde iba? No lo sabía, pero no podía bajarse del autobús. En primer lugar, el soldado no había hecho ningún movimiento para tocar la campanilla, y, segundo, ella no sabía dónde estaba. Si se bajaba aquí, tendría que cruzar la calle y tomar el autobús de regreso.

En cualquier caso, ¿qué esperaba? ¿Ver dónde se bajaba y volver otro día con Marina? El pensamiento la hizo estremecer. Volver para encontrar a su soldado.

Era ridículo. Ahora mismo no deseaba otra cosa que una retirada digna y emprender el regreso a su casa.

Poco a poco fueron bajando los demás pasajeros. Finalmente sólo quedaron Tatiana y el soldado.

El autobús aumentó la velocidad. Tatiana ya no sabía qué hacer.

El soldado no se bajaba. «¿En qué me he metido?», se preguntó. Al cabo de un momento decidió bajarse, pero cuando tocó la campanilla, el conductor volvió la cabeza y le dijo:

—¿Quieres bajarte aquí, jovencita? Aquí no hay más que fábricas. ¿Has quedado con alguien?

—Eh, no —tartamudeó.

—Entonces, espera. La próxima es la última parada.

Mortificada, se dejó caer en el asiento.

El autobús entró en una terminal polvorienta.

—Final de trayecto —anunció el conductor.

Tatiana se apeó en la terminal, que no era más que un enorme cobertizo al final de una calle desierta. Tenía que darse la vuelta. Se llevó la mano al pecho para calmar su implacable corazón. ¿Qué debía hacer ahora? No podía hacer otra cosa que tomar el autobús de regreso. Salió de la terminal a paso lento.

Después —y sólo después— de respirar muy profundamente, Tatiana miró finalmente a su derecha, y allí estaba él sonriéndole alegremente. Tenía los dientes muy blancos, algo poco habitual en un ruso. Le devolvió la sonrisa. El alivio debió reflejarse en su rostro. El alivio, la aprensión y la ansiedad; todo eso, y también algo más.

—Está bien, me rindo —dijo el soldado, sin dejar de sonreír—. ¿Adónde vas?

¿Qué podía responderle?

Hablaba con un ligero acento. En un ruso correcto, pero con un ligero acento. Intentó descubrir si el acento y los dientes blancos venían del mismo lugar, y si era así, qué lugar era. ¿Quizá Georgia? ¿Armenia? Tenía que ser algún lugar cercano al mar Negro. Daba toda la impresión de venir de algún lugar donde había agua salada.

—¿Qué has dicho?

—¿Adónde vas? —repitió el soldado, sin abandonar la sonrisa.

Tatiana sintió un pinchazo en el cuello al levantar la cabeza para mirarlo. No era alta, y el soldado la dominaba con su estatura. Incluso con los tacones altos apenas si le llegaba a la base de la garganta. Otra cosa que debía preguntarle, si podía recuperar el habla: la estatura. ¿Los dientes, el acento y la estatura, todos vienen del mismo lugar, camarada?

Se habían detenido como dos tontos en mitad de la calle desierta. No había mucho trajín en los alrededores de la terminal en aquel domingo en el que había comenzado la guerra. En lugar de perder su tiempo en la terminal, la gente hacía cola para comprar comida. Pero ella no. Ella estaba en mitad de la calle como una estúpida.

—Creo que me salté la parada —murmuró Tatiana—. Tengo que volver.

—¿Adónde vas? —insistió él cortésmente, sin apartarse, sin hacer el más mínimo amago de moverse. Permanecía inmóvil. Eclipsaba el sol con su cuerpo.

—¿Adónde? —replicó Tatiana. Tenía todo el pelo alborotado. Ella nunca usaba maquillaje, pero deseó haberse pintado los labios. Algo, cualquier cosa, para no sentirse tan fea y ridícula.

—Salgamos de la calle —dijo el soldado. Llegaron a la acera—. ¿Quieres sentarte? —Le señaló el banco de la parada—. Esperaremos aquí a que venga el autobús. —Se sentaron. Él se sentó muy cerca.

—Es muy curioso —comenzó a decir Tatiana después de muchos carraspeos—. Mi prima Marina vive en Polustrovski Prospekt. Iba a su

casa...

—Eso está a varios kilómetros de aquí. Una docena de paradas.

—No puede ser —protestó Tatiana—. Está a un par de paradas de aquí. El soldado la miró con expresión grave.

—No te preocupes. Irás a la casa de tu prima sin problemas. El autobús vendrá dentro de unos minutos.

—¿Adónde ibas tú?

—¿Yo? Pertenezco a la guarnición. Hoy estoy de servicio. —Le brillaban los ojos.

«Fantástico —pensó Tatiana, y desvió la mirada—. Él está de servicio y yo un poco más y acabo en Murmansk. Vaya estúpida». De pronto, notó un ardor en las mejillas y que se le iba la cabeza. Se miró los zapatos.

—No he comido nada en todo el día, más que el helado —manifestó con voz débil.

Durante unos segundos le pareció que perdería el conocimiento. Sintió el contacto del brazo del soldado en la espalda y su voz calma y firme que le decía: «No te desmayes. Aguanta». Aguantó.

Tatiana, mareada y confusa, no quería ver cómo él se inclinaba, solícito. Olía a algo agradable y masculino y no a sudor o alcohol como la mayoría de los rusos. ¿Qué era? ¿Jabón? ¿Colonia? Los hombres de la Unión Soviética no usaban colonia. No, era él.

—Lo siento —dijo Tatiana débilmente, mientras intentaba levantarse. Él la ayudó—. Gracias.

—De nada. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Sólo un poco hambrienta.

Él continuaba sujetándola. Su mano, que tenía el tamaño de un país pequeño, quizá Polonia, le rodeaba todo el brazo. Tatiana se irguió, con un leve temblor, y él la soltó, dejando un tibio espacio vacío donde había estado su mano.

—En cuanto estés en el autobús, fuera del sol, te sentirás mejor —opinó el soldado con un leve tono de preocupación—. Mira —señaló—. Ahí viene nuestro autobús.

El autobús se detuvo en la parada. El conductor, que era el mismo de antes, los miró enarcando las cejas pero no dijo nada.

Esta vez se sentaron juntos. Tatiana junto a la ventanilla y el soldado con el brazo apoyado en el respaldo del asiento de ella.

Mirarlo desde tan cerca era realmente imposible. No había manera de ocultarse de sus ojos. Pero eran sus ojos lo que Tatiana deseaba ver por encima de todo.

—Por lo general, no suelo desmayarme —comentó Tatiana, mientras miraba a través de la ventanilla.

Era una mentira. Se desmayaba a la primera. Tropezaba con una silla y caía al suelo desmayada. Los maestros de su escuela enviaban a sus padres dos o tres notas al mes en las que informaban de sus desmayos. Ella lo miró.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó el soldado con una sonrisa irresistible.

—Tatiana —respondió. Se fijó en la sombra de la barba, la línea recta de la nariz, las cejas oscuras y la pequeña cicatriz en la frente. La piel bronceada hacía resaltar la blancura de los dientes.

—Tatiana —repitió él con su voz profunda—. Tatiana —dijo suave y gentilmente—. ¿Tania? ¿Tanechka?

—Tania —contestó y le dio la mano.

Él le cogió la mano antes de decirle su nombre. Su mano blanca y pequeña desapareció en la de él, enorme y morena. Estaba segura de que podía oír los latidos de su corazón a través de sus dedos, de su muñeca, de todas sus venas a flor de piel.

—Me llamo Alexandr. —Ella no retiró la mano—. Tatiana. Un nombre ruso muy bonito.

—También lo es Alexandr —dijo ella, con la mirada baja.

Por fin, a regañadientes, apartó la mano. Las manos grandes de dedos largos y gruesos, con las uñas bien cortadas, estaban limpias. Las uñas bien cortadas en un hombre representaban otra anomalía en la vida soviética de Tatiana.

Volvió a mirar la calle. El cristal de la ventanilla estaba sucio. Se preguntó quién se encargaría de limpiarlo, cuándo y con qué frecuencia. Cualquier cosa para no pensar. Sin embargo, tenía la sensación de que él le estaba pidiendo que no se apartara, como si su mano estuviera a punto de acercarse a su cara para volverla hacia él.

Se volvió, sonriente.

—¿Quieres que te cuente un chiste?

—Encantado.

—A un soldado lo llevan al paredón. «Vaya tiempo de perros», le dice a la escolta. «Mira quién va a quejarse —replican los otros—. Imagínate para nosotros, que tenemos que volver».

Alexandr se echó a reír con unas carcajadas muy sonoras, sin desviar su mirada alegre del rostro de Tatiana, y ella sintió por un instante que se derretía por dentro.

—Es muy gracioso, Tania.

—Gracias. —Tatiana sonrió y después se apresuró a añadir—: Sé otro chiste. «General, ¿qué opina de la batalla que está a punto de empezar?».

—Ése lo sé —la interrumpió Alexandr—. El general responde: «Dios sabe que se perderá».

—«Entonces, ¿qué necesidad hay de combatir?» —prosiguió Tatiana.

—«Para saber quién es el perdedor» —acabó Alexandr.

Ambos sonrieron y luego desviaron las miradas.

—Tienes las cintas desatadas —oyó que él le decía mientras ella miraba a través de la ventanilla.

—¿Qué?

—Las cintas. De la espalda del vestido. Se han desatado. Vuélvete un poco más. Te las ataré.

Se volvió un poco más y sintió cómo sus dedos tiraban de las cintas de satén.

—¿Las quieres muy apretadas?

—Así está bien —respondió ella con voz ronca, sin respirar.

Cayó en la cuenta de que él seguramente le estaba mirando la espalda desnuda hasta la rabadilla, y de pronto fue muy consciente de su cuerpo.

—¿Bajarás en Polustrovski? —le preguntó Alexandr, cuando ella se volvió—. ¿Irás a ver a tu prima Marina? Te lo pregunto porque es la próxima parada. ¿O prefieres que te acompañe a tu casa?

—¿Polustrovski? —Tatiana repitió el nombre de la calle como si lo escuchara por primera vez—. Ah, mi prima. —Se llevó la mano a la frente—. No me creerás, pero no puedo volver a casa. Me espera una buena.

—¿Por qué? ¿Te puedo ayudar?

¿Por qué creía que lo decía de verdad? Además, ¿por qué de pronto se sentía más tranquila y segura, y no tenía miedo de volver a casa?

Le habló del dinero que llevaba y del fracaso de su intento de comprar comida.

—No entiendo por qué mi padre me lo encargó —afirmó Tatiana—. Soy la menos indicada de toda la familia para hacer bien lo que sea.

—No te menosprecies, Tatiana. Además, te ayudaré.

—¿Puedes ayudarme?

Alexandr le dijo que la llevaría a un *voentorg*, que eran los economatos del ejército reservados para los oficiales, donde podría comprar casi todo lo que necesitaba.

—Pero yo no soy oficial —señaló Tatiana.

—Tú no, pero yo sí.

—¿Eres oficial?

—Sí. Soy el teniente primero Alexandr Belov. ¿Impresionada?

—Escéptica —replicó Tatiana. Alexandr se echó a reír. Tatiana no quería que tuviera edad para ser un teniente primero—. ¿Por qué te dieron una medalla?

—Es la medalla al valor militar —contestó Alexandr, que encogió los hombros con expresión de indiferencia.

—Vaya. —Tatiana le sonrió con admiración—. ¿Qué hiciste tan militar y valiente?

—Poca cosa. ¿Dónde vives, Tania?

—Cerca del parque de Táuride, en la esquina de Gresheski y Quinto Soviet —respondió en el acto—. ¿Sabes dónde está?

—Hago la ronda por toda la ciudad. ¿Vives con tus padres?

—Por supuesto. Con mis padres, mis abuelos, mi hermana y mi hermano mellizo.

—¿Todos en una habitación? —preguntó Alexandr, con voz monótona.

—¡No, tenemos dos! —exclamó Tatiana alegremente—. Además, mis abuelos están en la lista de espera para que les asignen otra habitación cuando esté disponible.

—¿Desde cuándo están en la lista de espera?

—Desde 1924 —respondió Tatiana, y ambos se echaron a reír.

El autobús se detuvo en la parada.

—Nunca he conocido a nadie que tuviera un hermano mellizo —comentó Alexandr, mientras se apeaban del vehículo—. ¿Estáis muy unidos?

—Sí, pero Pasha puede sacar de las casillas a cualquiera. Cree que porque es un chico siempre tiene que ganar.

—¿Crees que no debería ser así?

—No, si puedo evitarlo —manifestó Tatiana, que desvió la mirada para eludir la mirada burlona de Alexandr—. ¿Tú tienes hermanos o hermanas?

—No. Era el único hijo de mis padres. —Parpadeó, vacilante, y después añadió rápidamente—: Hemos dado la vuelta entera, ¿no? Por suerte, no estamos muy lejos del economato. ¿Quieres caminar o prefieres esperar a que venga el autobús?

Tatiana lo miró. ¿Había dicho «era»? ¿Había dicho «era el único hijo de mis padres»?

—Podemos caminar —propuso Tatiana con voz pausada, mientras miraba su rostro pensativamente y sin moverse. Desde la frente despejada a la barbilla cuadrada, sus huesos faciales eran prominentes y claramente visibles para su mirada curiosa. En este momento todos estos elementos parecían haberse petrificado. Como si él estuviese rechinando los dientes—. ¿De dónde eres, Alexandr? —le preguntó, cautelosa—. Tienes un deje muy leve.

—¿De veras? —replicó él. Le miró los pies—. ¿Crees que podrás caminar con esos zapatos?

—Sí. No me pasará nada.

¿Acaso intentaba cambiar de tema? Uno de los tirantes del vestido se le había deslizado del hombro. Alexandr, con un movimiento inesperado, tendió la mano y con el índice le colocó el tirante en su sitio, rozándole la piel con la yema. Tatiana se ruborizó. Era algo que detestaba. Se ruborizaba por cualquier cosa.

Alexandr la miraba. Su expresión se había relajado. ¿Qué era aquello que veía en sus ojos? Parecía deslumbrado.

—Tania...

—Venga, caminemos —le interrumpió Tatiana, preocupada por lo que quedaba de luz, las ascuas y la voz del soldado. Había algo repugnante en estos sentimientos repentinos que se pegaban a ella como la ropa mojada. Los zapatos le hacían daño, pero no quería que él se diera cuenta—. ¿El economato está muy lejos?

—No, no está lejos. Pero primero debemos pasar por el cuartel. Sólo será un momento. Tengo que firmar la salida. Por cierto, tendré que vendarte los ojos el resto del camino. No puedo permitir que sepas dónde están los cuarteles.

Tatiana no estaba dispuesta a mirar a Alexandr para ver si bromeaba.

—Hemos llegado hasta aquí —dijo, con un tono que pretendía ser despreocupado—, y todavía no hemos hablado de la guerra. —Adoptó una expresión grave—. Alexandr, ¿qué opinas de las acciones de Hitler?

¿Por qué parecía divertirse tanto? ¿Qué había dicho que fuera tan divertido?

—¿De verdad quieres hablar de la guerra?

—Por supuesto. Es un asunto grave.

La mirada de asombro no desapareció de los ojos del soldado.

—No es más que una guerra. Era inevitable. Hace mucho que la esperábamos. Vamos por aquí.

Pasaron por delante del palacio Mijailovski o castillo del Ingeniero, como lo llamaban algunos, y cruzaron el puente del canal Fontanka donde se encontraban los canales Fontanka y Moika. A Tatiana le encantaba el pequeño puente con su arco de piedra y algunas veces lo había cruzado por

el parapeto. Pero hoy no, por supuesto. Hoy no podía comportarse como una niña.

Atravesaron el *Letniy Sad*, el Jardín de Verano, por el extremo oeste y salieron a la amplia extensión del *Marsovo Póle*, el Campo de Marte, donde tenían lugar los desfiles militares.

—Tenemos dos opciones —añadió Alexandr—. Entregarle el país a Hitler, o quedarnos y luchar por la Madre Rusia. Pero si nos quedamos, será un combate a muerte. —Señaló a lo lejos—. Los cuarteles están allá, al otro lado del campo.

—¿A muerte? ¿De verdad? —Tatiana lo miró excitada y acortó el paso. Quería quitarse los zapatos, caminar descalza por la hierba—. ¿Te enviarán al frente?

—Iré donde me manden. —Alexandr también acortó el paso y después se detuvo—. Tania, ¿por qué no te quitas los zapatos? Estarás más cómoda.

—Estoy bien —afirmó ella. ¿Cómo sabía que no podía más del dolor de pies? ¿Era tan evidente?

—Venga, quítatelos —insistió el soldado amablemente—. Caminarás mucho mejor descalza por la hierba.

Tenía razón. Se agachó, se desabrochó las hebillas y se quitó los zapatos con un suspiro de alivio. Después lo miró.

—Así está mucho mejor.

—Eres muy bajita —comentó Alexandr, después de una pausa.

—No soy bajita. Tú eres muy alto. —Desvió la mirada, con el rostro rojo como la grana.

—¿Cuántos años tienes, Tania?

—Soy mayor de lo que crees —replicó ella, con un tono que pretendía ser de persona madura.

La brisa cálida de Leningrado le sopló el pelo rubio sobre el rostro. Como tenía los zapatos en una mano, intentó apartarse el pelo con la otra. Lamentó no tener una goma para sujetarse la cola de caballo. De pie delante de ella, Alexandr tendió la mano y le apartó el pelo del rostro. Su mirada pasó del pelo a los ojos y después a la boca, donde se detuvo.

¿Quizá tenía restos de helado en los labios? Sí, debía ser eso. Qué vergüenza. Se lamió los labios, con la intención de limpiarlos.

—¿Qué? ¿Todavía tengo helado...?

—¿Cómo sabes la edad que creo que tienes? —preguntó Alexandr—. Dime, ¿cuántos años tienes?

—Cumpliré diecisiete dentro de muy poco.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—Ni siquiera tienes diecisiete —exclamó Alexandr, asombrado.

—¡Los cumpliré mañana! —repitió ella, indignada.

—De acuerdo, diecisiete. Qué mayor —opinó el soldado, con una mirada burlona.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintidós. Cumplidos hace muy poco.

—Oh. —Tatiana no disimuló su decepción.

—¿Qué? ¿Soy demasiado viejo? —preguntó Alexandr, incapaz de reprimir la sonrisa.

—Un anciano —replicó Tatiana, incapaz de reprimir la sonrisa.

Sin prisas, cruzaron el Campo de Marte, Tatiana descalza y balanceando los zapatos en la mano.

Se calzó de nuevo en cuanto llegaron a la acera, y cruzaron la calle. Se detuvieron delante de un edificio de cuatro plantas que sólo se distinguía por no tener puerta. Un pasadizo oscuro era la vía de entrada.

—Éste es el cuartel Pavlov —le informó Alexandr—. Aquí está mi regimiento.

—¿Éste es el famoso cuartel Pavlov? —Tatiana contempló la sucia fachada—. No puede ser.

—¿Qué esperabas? ¿Un palacio con las torres nevadas?

—¿Puedo entrar?

—Sólo hasta la verja. Entregaré el fusil y firmaré el registro. Tú me esperarás, ¿de acuerdo?

—Esperaré.

Avanzaron por el lóbrego pasadizo y, a medio camino, llegaron a una verja de hierro. Un centinela joven saludó a Alexandr.

—Adelante, teniente. ¿Quién es la persona que le acompaña?

—Se llama Tatiana. Me esperará aquí, sargento Petrenko.

—Por supuesto que sí —afirmó el centinela, que miró a Tatiana a hurtadillas, pero no tanto como para que ella no se diera cuenta.

Observó a Alexandr, que cruzó un patio, saludó a un oficial y después se detuvo unos momentos para charlar con unos soldados que fumaban, antes de continuar su camino en medio de un coro de risas. Nada distinguía a Alexandr de los demás, excepto que era más alto que todos, tenía el pelo más oscuro, los dientes más blancos, los hombros más anchos y el paso más largo. Nada, salvo que él destacaba y los demás eran como figuras borrosas.

Petrenko le preguntó si quería sentarse.

Tatiana meneó la cabeza. Alexandr le había dicho que esperara aquí, y no iba a moverse. Por supuesto que no iba a sentarse en la silla de otro soldado, aunque le hubiese gustado sentarse.

Mientras miraba a través de la verja, atenta al regreso del teniente, tuvo la sensación de estar flotando en la nube del destino que había llenado su tarde con incertidumbres y deseos.

El deseo de vivir.

Uno de los dichos favoritos de *deda* era: «La vida es imprevisible. Eso es lo que menos me gusta. Desearía que se pareciera un poco más a las matemáticas».

Hoy Tatiana no estaba de acuerdo con su abuelo.

Prefería este día que cualquier otro día en la escuela o en la fábrica. Decidió que prefería este día a cualquier otro de su vida. Dio un paso adelante.

—¿Se permite la entrada de civiles? —le preguntó al centinela.

—Depende de lo que consiga el centinela por permitirlo —respondió Petrenko, que le guiñó un ojo al tiempo que sonreía.

—Ya está bien, sargento —dijo Alexandr, que apareció en aquel momento—. Vamos, Tatiana.

Ya no llevaba el fusil.

Estaba a punto de salir a la calle cuando un soldado salió de una puerta secreta en el pasadizo que Tatiana no había visto, y se abalanzó sobre ellos. La asustó tanto que soltó un grito como si le hubiese picado una abeja.

—¿Por qué, Dimitri? —preguntó Alexandr con un tono de reproche, mientras apoyaba una mano en la espalda de la muchacha.

—¡Vuestros rostros! Por eso. —El soldado soltó una carcajada.

Tatiana se tranquilizó. ¿Era imaginación suya, o Alexandr no sólo se había acercado sino que se había puesto delante de ella como si quisiera escudarla? Qué absurdo. La sensación desapareció.

—¿Quién es tu nueva amiga, Alexandr? —le interrogó el soldado sin dejar de sonreír.

—Dimitri, te presento a Tatiana.

Dimitri estrechó la mano de la muchacha vigorosamente y no se la soltó hasta que ella apartó la suya gentilmente.

Dimitri tenía la estatura media de los rusos y era bajo comparado con Alexandr. Tenía el rostro de ruso típico: facciones anchas y un tanto descoloridas, como si los colores se hubieran desvaído con el tiempo. La nariz ancha y respingona, y los labios muy finos. Parecían dos gomas mal unidas. En la garganta tenía varios cortes de navaja. Debajo del ojo izquierdo tenía una pequeña marca de nacimiento negra. En la gorra de Dimitri no había una estrella roja como la de Alexandr, ni llevaba galones en las charreteras. Las suyas eran rojas, con una raya azul. En la guerrera no llevaba medallas.

—Encantado de conocerte —manifestó Dimitri—. ¿Adónde vais?

Alexandr se lo dijo.

—Si queréis —añadió Dimitri—, os ayudaré a cargar con los paquetes.

—Ya nos arreglaremos, Dima, gracias —respondió Alexandr.

—No, no es nada. —Dimitri sonrió—. Será un placer. —Miró a Tatiana.

—¿Cómo conociste a nuestro teniente? —preguntó Dimitri, que caminaba junto a Tatiana mientras Alexandr los seguía un par de pasos

más atrás.

La muchacha volvió la cabeza y descubrió que él la observaba, preocupado. Sus miradas se cruzaron por un momento. Alexandr aceleró el paso y se colocó en la vanguardia. El economato estaba a la vuelta de la esquina.

—Lo conocí en el autobús —contestó Tatiana—. Se apiadó de mí y me ofreció su ayuda.

—No hay duda de que fue una suerte para ti —comentó Dimitri, con tono burlón—. Nadie está más dispuesto a ayudar a una damisela en apuros que nuestro Alexandr.

—No creo que se me pueda considerar una damisela en apuros —protestó Tatiana por lo bajo, mientras Alexandr la guiaba al interior del establecimiento y daba por terminada la conversación.

Tatiana se quedó boquiabierta al descubrir lo que había detrás de una puerta de cristal con un cartel que decía: «Sólo para oficiales». En primer lugar, no había colas, y en segundo, el economato estaba a rebosar de sacos, cajones, botes, y el olor a jamón ahumado y pescado se mezclaba con el aroma del tabaco y el café.

Alexandr le preguntó cuánto dinero tenía, y ella se lo dijo, convencida de que doscientos rublos le parecerían una fortuna. Pero él se limitó a encoger los hombros.

—Podríamos gastarlos todos en azúcar, pero debemos ser previsores, ¿no te parece? —opinó Alexandr.

—No sé qué debo comprar. ¿Cómo puedo ser previsora?

—Compra como si no fueras a ver nunca más nada de todo esto.

Ella le entregó todo el dinero sin pensárselo dos veces.

Alexandr compró cuatro kilos de azúcar, otros cuatro de harina, tres kilos de avena, cinco kilos de cebada, tres kilos de café, diez botes de setas marinadas y cinco botes de tomate. Ella le pidió que incluyera un kilo de caviar negro, y con los pocos rublos que quedaban compró dos latas de jamón para complacer a *deda*. Como un capricho para ella compró una tableta de chocolate.

Alexandr le dijo sonriente que él le pagaría la tableta de chocolate y le compró cinco más.

El teniente le recomendó que comprara cerillas. Tatiana dijo que era ridículo porque no te podías comer las cerillas. Entonces él le propuso que comprara una lata de aceite lubricante.

Tatiana le replicó que no tenía coche. Él insistió en que lo comprara de todas maneras.

Tatiana se negó. No quería malgastar el dinero de su padre en algo tan tonto como las cerillas y el aceite lubricante.

—Tania, ¿cómo podrás utilizar la harina que acabas de comprar si no tienes una cerilla para encender el fuego? Te costará cocer el pan.

Tatiana cedió cuando descubrió que las cerillas sólo costaban unos pocos kopeks e incluso así sólo compró una caja de doscientas.

—No te olvides del aceite lubricante, Tania.

—Cuando tenga un coche, compraré el aceite lubricante.

—¿Qué harás si cuando llegue el invierno no hay petróleo? —le preguntó Alexandr.

—¿Qué más da? Tenemos electricidad.

—Cómpralo —insistió Alexandr, con los brazos cruzados.

—¿Has dicho este invierno? —Tatiana hizo un ademán de desprecio—. ¿Me hablas del invierno? Estamos en junio. No vamos a estar peleando con los alemanes cuando llegue el invierno.

—Díselo a los ingleses —replicó Alexandr—. Díselo a los franceses, a los belgas, a los holandeses. Llevan combatiendo...

—No creo que precisamente los franceses combatieran mucho.

—Tatiana, compra el aceite lubricante —dijo el teniente, después de celebrar el comentario de ella con una carcajada—. No lo lamentarás.

Ella le hubiese escuchado, pero la voz de su padre en su cabeza era más fuerte al reprocharle haber malgastado su dinero. Se negó.

Le pidió al empleado una goma y se hizo una cola de caballo mientras Alexandr pagaba. Tatiana preguntó cómo harían para llevar todas las provisiones a su casa.

—No te preocupes —intervino Dimitri—. Para eso he venido.

—Dima —dijo Alexandr—. Creo que podemos arreglarnos solos.

—Alexandr —protestó Tatiana—. Tenemos que cargar un...

—Dimitri, la mula de carga, siempre a tu servicio, Alexandr. —El soldado lo dijo con cierto retintín.

Tatiana se dio cuenta y recordó que en el momento de entrar en la tienda, Dimitri se había mostrado tan sorprendido como ella de encontrarse en un economato reservado a los oficiales.

—¿Tú y Alexandr estáis en la misma compañía? —le preguntó mientras metían las provisiones en cajones y salían de la tienda.

—No, no. Alexandr es un oficial y yo no soy más que un vulgar soldado raso. No, él está muchos grados por encima, cosa que le permite —apuntó Dimitri, con el mismo retintín— enviarme al frente de Finlandia.

—No irás a Finlandia —le corrigió Alexandr amablemente—. Tampoco irás al frente. Tienes que comprobar los refuerzos en Lisii Nos. ¿De qué te quejas?

—No me quejo. Alabo tu visión.

Tatiana miró de reojo a Alexandr, sin saber muy bien cómo responder a la expresión irónica de Dimitri.

—¿Dónde está Lisii Nos? —preguntó.

—En el istmo de Carelia —contestó el teniente—. ¿Crees que podrás caminar?

—Por supuesto.

Tatiana no veía la hora de regresar a su casa. Su hermana se moriría cuando la viera aparecer acompañada por dos soldados. Cargaba el cajón más liviano, el que contenía el caviar y el café.

—¿Te pesa demasiado? —Quiso saber Alexandr.

—No.

En realidad, era muy pesado y no tenía claro cómo se las arreglaría para llegar a la parada del autobús. Porque tomarían el autobús, ¿no? ¿No pensarían ir caminando hasta Quinto Soviet desde el Campo de Marte?

Al principio, la acera era tan angosta que caminaban en fila india. Alexandr en cabeza, después Tatiana y Dimitri en la retaguardia.

—Alexandr —jadeó Tatiana. Le faltaba el aliento—. ¿Iremos a casa caminando?

Alexandr se detuvo.

—Dame el cajón.

—No hace falta.

Él dejó su cajón en el suelo, cogió el de Tatiana, lo puso encima y levantó los dos cajones con suma facilidad.

—Los pies te deben estar matando con esos zapatos. Venga, vamos.

La acera se ensanchó, y Tatiana pudo caminar al lado de Alexandr.

—Tania, ¿crees que nuestros esfuerzos se verán recompensados con un poco de vodka? —preguntó Dimitri, que caminaba a su izquierda.

—Sí, creo que mi padre te invitará a una copa de vodka.

—Oye, Tatiana —añadió el soldado—. ¿Sales mucho?

¿Salir mucho? Qué extraña pregunta.

—No mucho —respondió con timidez.

—¿Alguna vez has ido a un local llamado Sadko?

—No, pero mi hermana va con frecuencia. Dice que es bonito.

Dimitri se acercó a la muchacha para hablarle a la oreja.

—¿Quieres ir a Danko con nosotros la semana que viene?

—No, gracias —contestó ella, con la mirada baja.

—Venga —exclamó Dimitri—. Será divertido. ¿Verdad que sí, Alexandr?

El teniente no le respondió.

Continuaron caminando los tres a la par por la ancha acera. Tatiana iba en el medio. Cuando se acercaba algún peatón, era Dimitri quien se apartaba para dejarle paso.

Tatiana observó que Dimitri exhalaba un suspiro de resignación cada vez que se apartaba, como si fuera un último recuerdo, una batalla, como si le estuviera cediendo terreno al enemigo. Al principio, creyó que los transeúntes eran el enemigo, pero no tardó en darse cuenta de que ella y Alexandr eran el enemigo porque nunca se apartaban y continuaban su camino sin separarse, hombro con hombro.

—¿Estás cansada? —le preguntó Alexandr en voz baja.

Tatiana asintió.

—¿Quieres descansar un momento? —Alexandr dejó los cajones en el suelo.

Dimitri imitó a su superior, sin quitarle el ojo de encima a la muchacha.

—Tania, ¿adónde vas cuando quieres divertirte?

—¿Divertirme? No lo sé. Voy al parque. Vamos a nuestra dacha en Luga. —Tatiana miró a Alexandr—. ¿Vas a decirme de dónde eres, o tendré que adivinarlo?

—Creo que tendrás que adivinarlo, Tania.

—De algún lugar donde hay agua salada, Alexandr.

—¿Quieres decir que todavía no te lo ha dicho? —intervino Dimitri, casi pegado a la pareja.

—No consigo que me dé una respuesta clara.

—Eso sí que es sorprendente.

—No está mal, Tania —comentó Alexandr—. Soy de Krasnodar, en la costa del mar Negro.

—Sí, Krasnodar —repitió Dimitri—. ¿Alguna vez has estado allí?

—Nunca he estado en ninguna parte.

Dimitri miró a Alexandr, que recogió los cajones y dijo lacónicamente:

—Vamos.

Pasaron por delante de una iglesia y cruzaron Gresheski Prospekt. Tatiana estaba tan abstraída pensando cómo se las apañaría para ver a Alexandr otra vez, que no se dio cuenta de que había dejado atrás el edificio donde vivía. Estaban a punto de llegar a la esquina de Suvorovski, cuando se detuvo.

—¿Quieres descansar otra vez? —preguntó Alexandr.

—No. Es que hemos dejado atrás mi casa —contestó ella, con una voz que intentaba disimular sus sentimientos.

—¿La hemos dejado atrás? —exclamó Dimitri—. ¿Cómo es posible?

Alexandr agachó la cabeza, sonriente. Volvieron sobre sus pasos sin prisas.

—Vivo en el tercer piso —les informó Tatiana, en cuanto entraron en el vestíbulo—. ¿Podréis subir tan cargados?

—¿Podemos elegir? —replicó Dimitri—. ¿Hay ascensor? Por supuesto que no. Esto no es América, ¿no es así, Alexandr?

—Diría que no —admitió Alexandr.

Los dos jóvenes subieron las escaleras delante de Tatiana. Subían mucho más rápido que ella, incluso cargados con los cajones llenos de comida.

—Gracias —susurró detrás de Alexandr, casi para ella misma.

En realidad, pensaba en voz alta. Sólo que los pensamientos gritaban, nada más.

—No hay de qué —respondió él, sin volverse.

Tania rogó para que el loco Slavin no estuviera tendido en el pasillo cuando abrió la puerta del apartamento comunitario. Esta vez sus plegarias no fueron atendidas. Allí estaba, tendido de cintura para arriba en el pasillo, y las piernas en la habitación, un hombre serpiente, esquelético, sucio, apestoso, con el pelo gris grasiento como un velo sobre el rostro.

—Slavin ha vuelto a arrancarse el pelo —le susurró a Alexandr, que estaba casi pegado a ella.

—Creo que ése es el menor de sus problemas —comentó Alexandr, con el mismo tono.

Slavin dejó pasar a Tatiana con un gruñido, pero sujetó la pierna de Alexandr y comenzó a desternillarse de risa.

—Camarada —dijo Dimitri, que se acercó de inmediato y apoyó la bota sobre la muñeca de Slavin—. Suelta al teniente.

—Déjalo, Dimitri. —Alexandr apartó a Dimitri con el codo—. Ya me encargo.

Slavin chilló de deleite y sujetó la bota más fuerte.

—Nuestra Tanechka trae a casa a un soldado muy guapo —gritó el loco—. Perdón, perdón, ¡dos soldados muy guapos! ¿Qué dirá tu padre, Tanechka? ¿Crees que lo aprobará? ¡No lo creo! ¡En absoluto! No le gusta que traigas chicos a casa. Dirá: dos son demasiados para ti, Tanechka. Dale

uno a tu hermana, cariño, dale uno. —Slavin volvió a soltar la carcajada y Alexandr apartó la bota bruscamente.

Slavin intentó repetir el juego con Dimitri, pero entonces miró el rostro del soldado y apartó la mano sin tocarlo.

Los tres jóvenes avanzaron por el pasillo mientras Slavin les gritaba a voz en cuello:

—Sí, Tanechka, tráelos a casa. ¡Trae más! ¡Tráelos a todos, porque todos estarán muertos en menos de tres días! ¡Muertos! ¡Liquidados por el camarada Hitler, el gran amigo del camarada Stalin!

—Estuvo en no sé qué guerra —explicó Tatiana, más tranquila al haber dejado atrás a Slavin—. A mí no me molesta cuando estoy sola.

—¿Por qué será que no me lo creo? —replicó Alexandr.

—Es verdad —insistió ella, ruborizada—. Está harto de nosotros porque no le hacemos caso.

—¿No es fantástica la vida comunal?

El comentario la sorprendió.

—¿Qué más hay?

—Nada. Esto es lo que hace falta para reconstruir nuestras egoístas almas burguesas.

—¡Eso es lo que dice el camarada Stalin! —exclamó Tatiana.

—Lo sé —afirmó Alexandr, con una falsa expresión grave—. Le cito.

Tatiana, contuvo la carcajada y se detuvo ante la puerta de sus habitaciones. Antes de abrirla, miró a Alexandr y Dimitri, y les dijo entusiasmada:

—Ya estamos. Mi casa. —Abrió la puerta y añadió con una sonrisa—: Pasa, Alexandr.

—¿Yo también puedo entrar? —preguntó Dimitri, burlón.

—Pasa, Dimitri.

La familia de Tatiana se encontraba en la habitación de *babushka* y *deda*, sentada alrededor de la gran mesa de comedor. Tatiana asomó la cabeza.

—¡Estoy en casa!

Nadie se dignó a mirarla.

—¿Dónde has estado? —preguntó su madre con un tono indiferente como si hubiera preguntado: «¿Quieres más pan?».

—¡Mamá, papá! ¡Mirad toda la comida que he comprado!

El padre apartó la mirada de la copita de vodka por un segundo.

—Bien hecho, hija.

Para el caso que le hacía, daba lo mismo haber vuelto con las manos vacías. Miró a Alexandr de pie en el umbral. Exhaló un suspiro. ¿Qué significaba aquella expresión? ¿Pena? No. Era algo más afectuoso.

—Deja los cajones y entra conmigo —le susurró. Luego, entró y procuró mantener el entusiasmo fuera de la voz para la inminente presentación—. Os quiero presentar a Alexandr...

—Y a Dimitri —se apresuró a decir el soldado, como si Tatiana fuera a pasarlo por alto.

—Y a Dimitri —acabó Tatiana.

Todos les estrecharon las manos y miraron incrédulos primero a Alexandr y después a Tatiana. Sus padres continuaron sentados con la botella de vodka y las copitas entre ellos. *Deda* y *babushka* fueron a sentarse en el sofá para que los soldados dispusieran de sillas. A Tatiana le pareció que sus padres estaban tristes. ¿Bebían y comían encurtidos a la salud de Pasha?

—Lo has hecho muy bien, Tania. Estoy orgulloso de ti —manifestó su padre. Se levantó e invitó a los soldados a que entraran con un gesto—. Pasad. Beberéis una copa de vodka.

—No, muchas gracias —dijo Alexandr cortésmente—. Entro de servicio dentro de un rato.

—Pues lo lamento por ti —exclamó Dimitri. Se acercó a la mesa.

El padre sirvió las copas, mientras miraba a Alexandr con el entrecejo fruncido. ¿Qué clase de hombre rechazaba una copa de vodka? Alexandr podía tener sus razones para rechazar su hospitalidad, pero Tatiana sabía que por eso a su padre le gustaría más Dimitri. Un acto insignificante; sin embargo los sentimientos que lo seguirían serían permanentes. Pero, precisamente por haberse negado, a Tatiana le gustaba mucho más.

—Tania, ¿has comprado leche? —preguntó mamá.

—Papá me dijo que sólo comprara alimentos en conserva.

—¿De dónde eres? —preguntó el padre a Alexandr.

—De la región de Krasnodar.

—Viví en Krasnodar en mi juventud. —El padre meneó la cabeza—. No hablas como la gente de allí.

—Pues lo soy —insistió Alexandr suavemente.

—Alexandr, ¿quieres una taza de té? —propuso Tatiana para cambiar de tema—. Puedo preparártelo en un minuto.

El teniente se le acercó y a ella se le cortó el aliento.

—No, gracias —respondió con un tono afectuoso—. No puedo quedarme mucho más. Tengo que regresar al cuartel.

Tatiana se quitó los zapatos.

—Perdona. Los pies me... —Sonrió. Había intentado con todas sus fuerzas demostrar que no le molestaban, pero las ampollas reventadas en el dedo gordo y en el pequeño hablaban por sí solas.

Alexandr le miró los pies y sacudió la cabeza. Después la miró a la cara. Aquella expresión reapareció en sus ojos castaño claro.

—Descalza estarás mucho más cómoda —le dijo en voz muy baja.

Dasha entró en la habitación. Se detuvo bruscamente y miró boquiabierta a los soldados.

Se la veía saludable, radiante como el sol, y de pronto Tatiana pensó que su hermana parecía demasiado saludable y demasiado radiante; pero antes de que pudiera decir una palabra, Dasha exclamó con una voz cargada de placer:

—¡Alexandr! ¿Qué haces aquí?

Dasha ni siquiera dirigió una mirada a Tatiana, que, perpleja, miró a Alexandr.

—¿Conoces a Dasha...? —Pero se interrumpió en mitad de la pregunta al ver la expresión compungida que apareció en su rostro. La muchacha volvió a mirar a su hermana, y después de nuevo a Alexandr. Sintió que palidecía desde lo más profundo de su ser. «Oh, no —quería decir—. ¿Cómo es posible que esto sea posible?».

El rostro de Alexandr se convirtió en una máscara impasible. Le sonrió a Dasha y respondió a la pregunta de Tatiana sin mirarla.

—Sí, Dasha y yo nos conocemos.

—¡Ya lo puedes decir! —Dasha soltó una carcajada y pellizcó el brazo del teniente—. Alexandr, ¿qué haces aquí?

Tatiana miró a los demás para ver si algún otro había advertido lo mismo que ella. Dimitri comía una cebolleta. *Deda* leía el periódico. Su padre se servía otra copa. Su madre abría una caja de galletas, y *babushka* tenía los ojos cerrados. Nadie más lo había visto.

—Los soldados han venido con Tatiana. Han traído comida —explicó la madre.

—¿Sí? —Dasha dirigió a Alexandr una mirada curiosa—. ¿Cómo es que conoces a mi hermana?

—No la conozco. Me crucé con ella en el autobús.

—¿Te cruzaste con mi hermana pequeña? ¡Increíble! ¡Es cosa del destino! —Volvió a pellizcarle el brazo cariñosamente.

—Vamos a sentarnos —dijo Alexandr. Señaló la mesa—. Creo que después de todo, aceptaré esa copa. —Se acercó a la mesa, mientras Dasha y Tatiana permanecían junto a la puerta.

—¡Él es el soldado del que te hablé! —le susurró Dasha a su hermana. Dasha debía creer que susurraba.

—¿Del que me hablaste cuándo?

—Esta mañana —siseó Dasha.

—¿Esta mañana?

—¿Por qué eres tan estúpida? ¡Es él!

Tatiana lo entendió. No era estúpida. No había habido mañana. Sólo sabía que estaba esperando el autobús y encontró a Alexandr.

—Ah —exclamó, dispuesta a no sentir nada. Estaba demasiado aturdida.

Dasha fue a sentarse junto al teniente. Tatiana, después de dirigir una última mirada de pena a la espalda uniformada de Alexandr, se ocupó de guardar las provisiones.

—Tanechka —le gritó su madre—, guárdalo todo donde corresponde y no en cualquier parte.

Tatiana escuchó la conversación de los demás.

—No me hace falta una copita. Prefiero beber en vaso.

—Bien hecho —aprobó el padre. Le sirvió medio vaso de vodka—. Un brindis. Por los nuevos amigos.

—Por los nuevos amigos —brindaron todos.

—Tania, ven a brindar con nosotros —llamó Dimitri.

Tatiana entró en la habitación, pero su padre dijo que no. «Tatiana es demasiado joven para beber».

Dimitri se disculpó. Dasha comentó que ella bebería por las dos y su padre replicó que eso ya lo sabía; todos se rieron excepto *babushka*, que intentaba echar una cabezada, y Tatiana, que deseaba que el día se acabara ya.

Desde el pasillo, mientras llevaba los cajones uno a uno hasta la cocina, continuó escuchando frases sueltas.

—Hay que acelerar los trabajos en las fortificaciones.

—Tendrán que enviar más tropas a la frontera.

—Hay que acondicionar los aeródromos. Instalar piezas de artillería, y todo eso hay que hacerlo ya.

Un poco más tarde, escuchó a su padre que comentaba:

—Sí, nuestra Tania trabaja en la Kirov. Ha terminado el bachillerato un año antes. El año que viene, cuando cumpla dieciocho, quiere ir a la universidad. Nadie lo diría al verla, pero acabó un año antes. ¿Ya lo había dicho?

Tatiana le dedicó una sonrisa a su padre.

—No sé por qué quiere trabajar en la Kirov —comentó su madre—. Está lejos, casi en las afueras de Leningrado. No se sabe cuidar.

—¿Por qué iba a hacerlo, cuando tú te encargas de hacérselo todo? —replicó el padre.

—¡Tania! —gritó la madre—. Ya que estás ahí, aprovecha para lavar los platos de la cena.

En la cocina, Tatiana guardó todo lo que había comprado. Mientras llevaba los cajones, aprovechaba para mirar a Alexandr cada vez que pasaba por delante de la puerta de la habitación. Carelia, los finlandeses y sus fronteras, los tanques, la superioridad de armamento, los traicioneros marjales donde era tan difícil avanzar, la guerra contra Finlandia de 1940...

Seguía en la cocina cuando Alexandr, Dasha y Dimitri salieron de la habitación. Alexandr no la miró. Era como si él fuera una tubería llena de agua y Dasha hubiese cerrado el grifo.

—Tania, despídete —dijo Dasha—. Se marchan.

Tatiana deseó ser invisible.

—Adiós —dijo desde la cocina. Se limpió las manos sucias de harina en el vestido blanco—. Gracias por ayudarme.

—Te acompañaré hasta la calle —propuso Dasha; cogió a Alexandr por el brazo.

Dimitri se acercó a Tatiana y le preguntó si podía llamarla. Ella hubiese podido decir que sí, o asentir. Pero apenas si le escuchó.

—Ha sido un placer conocerte, Tatiana —manifestó Alexandr, que por fin la miró.

Tatiana podría haberle respondido: «Lo mismo digo». Pero no lo sentía.

Los soldados y su hermana se marcharon; Tatiana se quedó sola en la cocina. Al cabo de unos momentos, apareció su madre.

—El oficial se olvidó la gorra.

Tatiana la cogió de manos de su madre, pero antes de que pudiera salir al pasillo, apareció Alexandr sin compañía.

—Me olvidé la gorra.

Tatiana se la dio sin pronunciar palabra y sin mirarlo.

Él cogió la gorra y aprovechó la ocasión para retenerle la mano durante un momento. Tatiana lo miró con expresión de tristeza. ¿Cómo se comportaban los adultos en estos casos? Quería llorar. No podía hacer otra cosa que tragarse las lágrimas y actuar como una persona adulta.

—Lo siento —dijo Alexandr con una voz tan baja que ella creyó que se lo había imaginado. El teniente dio media vuelta y se marchó.

Tatiana descubrió que su madre la miraba desde la puerta de la habitación, con el entrecejo fruncido.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Da gracias de que tengamos un poco de comida, mamá —respondió la muchacha, y comenzó a prepararse algo de comer.

Untó con mantequilla una rebanada de pan, se comió la mitad con una expresión ausente, y después se levantó de un salto y tiró a la basura el resto del pan.

No tenía donde ir. No podía estar en la cocina, en el pasillo, o en el dormitorio. Lo que deseaba era tener una habitación propia donde sentarse a escribir cosas en su diario.

Tatiana no disponía de una habitación propia, y por consiguiente tampoco tenía un diario. Los diarios, por lo que había aprendido en los libros, estaban llenos de reflexiones personales, cargados de palabras privadas. Pero en el mundo de Tatiana no había palabras privadas.

Todos tus pensamientos los guardas en la cabeza mientras te acuestas junto a otra persona, incluso si esa otra persona era tu hermana. Ésta era la primera vez que Tatiana tenía pensamientos personales. Lev Tolstoi, uno de sus autores favoritos, escribió un diario de su vida como niño, adolescente y joven. Dicho diario estaba destinado a ser leído por miles de personas. Tatiana no quería escribir un diario de esa clase. Quería uno donde pudiera escribir el nombre de Alexandr y que nadie más lo leyera. Quería una habitación donde pudiera pronunciar su nombre en voz alta y nadie más lo escuchara. Alexandr. En cambio, volvió a la habitación, se sentó junto a su madre y se comió una galleta.

Sus padres hablaron del dinero que Dasha no había podido sacar del banco, que había cerrado antes de hora, y un poco de la evacuación, pero no dijeron nada de Pasha, porque ¿cómo podrían?, y Tatiana no dijo nada de Alexandr, ¿cómo podría? Su padre habló de Dimitri y de lo bueno que parecía. Tatiana permaneció callada; estaba reuniendo toda su fuerza de adolescente. Cuando Dasha volvió, le indicó a Tatiana con un gesto que se

reuniera con ella en el dormitorio. Tatiana obedeció. En cuanto estuvieron solas, Dasha le preguntó:

—Bueno, ¿qué opinas?

—¿De qué? —replicó Tatiana con voz cansada.

—¡Tania, de él! ¿Qué opinas de él?

—Es agradable.

—¿Agradable? ¡Por favor! ¿Qué te dije? Nunca has conocido a nadie tan guapo.

Tatiana consiguió esbozar una sonrisa.

—Tenía razón, ¿no? —Dasha soltó una carcajada.

—Tenías razón, Dasha.

—¿No es increíble que te cruzaras con él? ¡Vaya coincidencia!

—Sí —admitió Tatiana sin ningún entusiasmo.

Se puso de pie, dispuesta a salir del dormitorio, pero Dasha estaba en la puerta con su cuerpo inquieto. Sin ser consciente, desafiaba a Tatiana, que no estaba de humor para peleas, ni grandes ni pequeñas. No aceptó el reto y permaneció muda. Siempre había sido así. Dasha era siete años mayor. Era más fuerte, más inteligente, más divertida, más atractiva. Siempre ganaba. Tatiana volvió a sentarse en la cama. Dasha se sentó junto a ella.

—¿Qué me dices de Dimitri? ¿Te gusta?

—No está mal. Escucha, no te preocupes por mí, Dasha.

—¿Quién se preocupa? —Dasha alborotó el pelo de su hermana—. Dale a Dima una oportunidad. Creo que le gustas —añadió Dasha, casi con un tono de sorpresa—. Supongo que habrá sido por tu vestido.

—Seguramente. Escucha, estoy cansada. Ha sido un día muy largo.

Dasha apoyó un brazo sobre los hombros de Tatiana.

—Me gusta Alexandr, Tania. Me gusta tanto que no sé cómo explicarlo.

Tatiana se estremeció. Después de conocer a Alexandr, de caminar con él, de sonreírle, comprendía a su pesar que la relación de Dasha con el teniente no era un coqueteo fugaz que no tardaría en concluir en las

escaleras de Peterhof, o en los jardines del Almirantazgo. Tenía muy claro que esta vez su hermana iba en serio.

—No hace falta que me expliques nada, Dasha.

—Tania, algún día lo comprenderás.

Tatiana miró de reojo a su hermana, sentada en el borde de cama. Abrió la boca. Transcurrió un segundo.

Quería decir: «Pero, Dasha, Alexandr cruzó la calle por mí. Subió al autobús por mí, fue hasta el otro extremo de la ciudad por mí».

Sin embargo, Tatiana no podía decirle ni una palabra de todo esto a su hermana mayor.

Lo que quería decirle a Dasha era: «Tú tienes demasiado. Puedes conseguirte otro hombre cuando quieras. Eres encantadora, hermosa inteligente, y todo el mundo te quiere. Pero a él lo quiero para mí».

Lo que ella quería decir era: «¿Qué pasará si yo le gusto más?».

Tatiana no dijo nada. No estaba segura de que nada de todo esto fuese verdad. Sobre todo la última parte. ¿Cómo podía gustarle más Tatiana? Bastaba con mirar a Dasha, con su pelo brillante y la tez perfecta. Quizás Alexandr también había cruzado la calle por Dasha. Tal vez cruzaba toda la ciudad y cruzaba el río por Dasha con las primeras luces del alba cuando estaban levantados los puentes del Neva. Tatiana no tenía nada que decir. Cerró la boca. Qué desperdicio, que broma tan desagradable había sido todo.

—Tania, Dimitri es un soldado —comentó Dasha, mirándola fijamente—. No sé si estás del todo preparada para un soldado.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada. Pero quizá deberíamos arreglarte un poco.

—¿Arreglarme un poco, Dasha? —Tatiana sintió que sus pulmones se quedaban sin aire.

—Sí, ya sabes, quizás un poco de pintalabios, mantener una pequeña charla... —Dasha le tiró del pelo.

—No estaría mal. Pero otro día, ¿de acuerdo?

Tatiana, con su vestido blanco con las rosas bordadas, se acurruco en la cama, de cara a la pared.

3

Alexandr caminaba a paso rápido por Ligovski. Permanecieron en silencio durante unos minutos, y después Dimitri dijo, casi sin aliento:

—Una familia agradable.

—Muy agradable —admitió Alexandr, con voz calma. A él no le faltaba el aliento, y no quería hablar con Dimitri de los Metanov.

—Recuerdo a Dasha —añadió el soldado, que apenas podía mantenerse a la par de su superior—. Creo que te vi con ella unas cuantas veces en Sadko.

—Sí.

—Su hermana no está mal, ¿no te parece?

Alexandr no respondió.

—Georgi Vasilievich dijo que Tania estaba a punto de cumplir los diecisiete años —prosiguió Dimitri. Sacudió la cabeza—. ¡Diecisiete! ¿Recuerdas cuando teníamos diecisiete años, Alexandr?

—Demasiado bien —contestó Alexandr, sin aminorar el paso. Deseó poder acordarse menos de los diecisiete. Dimitri había dicho algo—. No te escuché, perdona. ¿Qué?

—Preguntaba —repitió Dimitri pacientemente— si tú crees que es menor o mayor para su edad.

—En tu caso da lo mismo. Es demasiado joven para ti, Dimitri —manifestó Alexandr con un tono frío.

Dimitri guardó silencio durante unos metros más, pero después volvió a la carga.

—Es muy bonita.

—Sí, pero sigue siendo demasiado joven para ti.

—¿A ti qué más te da? Tú te has ligado a la hermana mayor. Por mi parte, intentaré conocer mejor a la más joven. —El soldado soltó una carcajada—. ¿Por qué no? Podríamos formar un cuarteto, ¿no crees? Dos buenos amigos, dos hermanas, hay una simetría...

—Dima, ¿qué me dices de Elena, la chica de anoche? Me dijo que le gustabas mucho. Si quieres te la presentaré la semana que viene.

—¿Has hablado con Elena? —Dimitri se echó a reír—. No. Puedo tener docenas de chicas como Elena. Además, ¿por qué no también a Elena? No, Tatiana no es como las demás. —Se frotó las manos, sonriente.

En el rostro de Alexandr no se movió ni un solo músculo. No parpadeó, no apretó los labios ni frunció el entrecejo. No se movió nada, excepto sus piernas, cada vez más rápidamente.

Dimitri tuvo que trotar para no quedarse atrás.

—Alexandr, espera. En cuanto a Tania... sólo quiero estar seguro... a ti no te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Dima —respondió Alexandr, con voz calma, sin perder el control—. ¿Por qué iba a importarme?

—¡Eso es! ¿Por qué? —Palmeó la espalda del teniente—. Eres un buen tipo. Una pregunta rápida, ¿quieres que prepare algo para...?

—No.

—Pero si estarás de servicio toda la noche. Venga, nos divertiremos como siempre.

—No esta noche. —Alexandr hizo una pausa—. Otra vez no, ¿de acuerdo?

—Pero...

—Llego tarde. Tendré que correr. Nos veremos en el cuartel.

CORRIENTES DESCONOCIDAS

1

A la mañana siguiente, cuando Tatiana se despertó, la primera imagen que apareció en su mente fue el rostro de Alexandr. No le habló a Dasha, intentó incluso no mirarla, cuando ella, al marcharse, le dijo:

—Feliz cumpleaños.

—Sí, Tanechka, feliz cumpleaños —le gritó su madre, que ya salía del apartamento—. No te olvides de cerrar.

—Tu hermano también cumple hoy los diecisiete —comentó su padre. Le dio un beso en la cabeza.

—Lo sé, papá.

Su padre era ingeniero de la red de suministro de agua de Leningrado. Su madre trabajaba de costurera en el departamento de confección de uniformes del hospital Nevski. Dasha era secretaria de un dentista. Trabajaba para él desde que había dejado la universidad dos años antes. Habían tenido una aventura, pero cuando se acabó, Dasha había seguido a su servicio porque le gustaba el trabajo. Cobraba un buen sueldo y se le exigía poco.

Tatiana se fue a la fábrica, donde pasó toda la mañana asistiendo a asambleas y escuchando discursos patrióticos. Sergei Krasenko, el gerente de su sección, preguntó si alguien quería unirse a los grupos de voluntarios para cavar en el sur las trincheras que ayudarían a derrotar a los odiados alemanes.

Hoy los alemanes eran odiados. Ayer, los amaban. ¿Qué pasaría mañana?

Ayer, Tatiana había conocido a Alexandr.

Krasenko continuó con su discurso. Las fortificaciones al norte de Leningrado, a lo largo de la antigua frontera con Finlandia, volverían al servicio activo. El Ejército Rojo sospechaba que los finlandeses aprovecharían para recuperar Carelia. Tatiana se animó. Carelia, Finlandia. Alexandr los había mencionado ayer. Alexandr... Tatiana se desanimó.

Las mujeres escucharon a Krasenko pero ninguna se levantó para ofrecerse de voluntaria a nada. Nadie, excepto Tamara, la mujer que seguía a Tatiana en la cadena de montaje. «¿Qué puedo perder?», murmuró con fervor y celo mientras se ponía de pie. Tatiana ya sospechaba que el trabajo de Tamara era demasiado aburrido.

Antes de comer, le habían entregado unas gafas, un gorro para el pelo y un guardapolvo marrón. Después de comer, ya no volvió a empaquetar cucharas y tenedores. Ahora le llegaban proyectiles de fusil por la cinta transportadora. Venían por docenas en pequeñas cajas de cartón, y el trabajo de Tatiana era colocar las cajas en grandes cajones de madera.

A las cinco de la tarde, Tatiana se quitó el guardapolvo, el gorro y las gafas, se lavó la cara, se hizo una cola de caballo y se marchó. Fue por Prospekt Stashek, a lo largo de la famosa pared de la fábrica, un muro de cemento de siete metros de altura y una longitud de quince manzanas. Caminó tres manzanas hasta la parada del autobús.

En la parada la estaba esperando Alexandr.

Cuando lo vio, a Tatiana se le iluminó el rostro. Se detuvo por un momento y se llevó la mano al corazón, pero el teniente le sonrió. Ella se ruborizó, apartó la mano del pecho, se tragó lo que fuera que tenía en la garganta y siguió caminando. Advirtió que Alexandr tenía la gorra en la mano. Deseó haberse lavado mejor la cara.

La presencia de tantas palabras en su cabeza la hizo incapaz de charlar, precisamente en el momento en que le era más necesario.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó tímidamente.

—Estamos en guerra con Alemania —respondió Alexandr—. No tengo tiempo para pretensiones.

Tatiana quería decir algo, cualquier cosa para no dejar que sus palabras permanecieran sin respuesta, así que dijo:

—Oh.

—Feliz cumpleaños.

—Gracias.

—¿Tienes algún plan especial para esta noche?

—No lo sé. Hoy es lunes, así que todos estarán cansados. Cenaremos. Tomaremos una copa. —Exhaló un suspiro. Quizás en un mundo diferente, ella le hubiera invitado a cenar para festejar su cumpleaños. Pero no en este mundo.

Esperaron, rodeados de personas sombrías. Tatiana no se sentía como ellas. Mientras contemplaba la cola de hombres y mujeres que esperaban el autobús, pensó: «¿Será éste el aspecto que tengo cuando me encuentre sola, esperando en la cola a que llegue el autobús? ¿Será éste mi aspecto durante el resto de mi vida?». Luego se dijo: «Estamos en guerra. ¿Cómo será el resto de mi vida?».

—¿Cómo sabías que me encontrarías aquí?

—Tu padre me dijo ayer que trabajabas en la Kirov. Pensé que ésta sería la parada donde esperarías el autobús.

—¿Por qué? —preguntó ella, risueña—. ¿Es que tenemos tanta suerte con el transporte público?

—¿Hablas del pueblo soviético? —replicó Alexandr, con una sonrisa—. ¿O te refieres a nosotros dos?

Tatiana se sonrojó. El autobús número 20 llegó con lugar para dos docenas de pasajeros. Subieron tres docenas. Alexandr y Tatiana decidieron esperar.

—Venga, caminaremos —dijo Alexandr, cuando el siguiente autobús apareció repleto.

La cogió del brazo y la apartó amablemente de la parada.

—¿Adónde iremos caminando?

—A tu casa. Quiero hablar contigo de una cosa.

—Estamos a ocho kilómetros de mi casa. —Tatiana lo miró con una expresión de duda y luego se miró los pies.

—¿Hoy calzas zapatos cómodos? —El teniente sonrió.

—Sí, muchas gracias. —Tatiana se maldijo por comportarse como una chiquilla.

—Te diré lo que haremos. ¿Por qué no vamos caminando hasta Ulitsa Govorova y tomamos el tranvía número 1? ¿Puedes caminar unas pocas manzanas? Todos los que están aquí esperan el autobús o el trolebús. En cambio, nosotros tomaremos el tranvía.

—No creo que el tranvía número 1 me deje cerca de casa —comentó Tatiana, después de pensárselo.

—No, no te deja cerca, pero en la estación Varsovia puedes tomar el tranvía número 16 que te llevará hasta la esquina de Gresheski y Quinto Soviet, o puedes tomar conmigo el tranvía número 2 que me dejará a mí cerca del cuartel y a ti en el museo Ruso. —Alexandr hizo una pausa—. Claro que siempre podemos caminar.

—No estoy dispuesta a caminar ocho kilómetros —afirmó Tatiana—. Por muy cómodos que sean mis zapatos. Vamos a tomar el tranvía. —Tenía muy claro que no se bajaría en la estación Varsovia para tomar otro tranvía e ir a su casa sola.

Esperaron el tranvía durante veinte minutos. Tatiana aceptó caminar unos pocos kilómetros hasta la parada del tranvía número 16. Dejaron Govorova para seguir por Ulitsa Skapina, y después caminaron en diagonal en dirección norte hasta que llegaron a la orilla del canal Obvodnoi, el canal circular.

Tatiana no quería tomar el tranvía. No quería que él tomara el suyo. Quería caminar a lo largo del canal azul. ¿Cómo decírselo? Había otras cosas que también quería preguntarle. Siempre procuraba no ser tan directa. Siempre intentaba decir lo correcto, y no confiaba en el péndulo de la etiqueta que oscilaba en su cabeza, así que sencillamente no decía nada, algo que siempre era interpretado por los demás como timidez o altanería. Dasha nunca tenía este problema. Decía lo primero que le venía a la cabeza.

Tatiana era consciente de que debía confiar más en su voz interior. Desde luego sonaba muy fuerte.

Quería preguntarle a Alexandr sobre Dasha, pero él se le adelantó.

—No sé muy bien cómo decírtelo. Puedes creer que soy un presuntuoso. Pero... —se interrumpió.

—Si creo que eres un presuntuoso —replicó Tatiana amablemente—, es probable que lo seas. —El teniente permaneció en silencio—. Dímelo de todas maneras.

—Tienes que decirle a tu padre, Tatiana, que haga que tu hermano vuelva de Tolmashevo.

Mientras escuchaba sus palabras, Tatiana vio al otro lado de la calle la estación Varsovia con la fachada cubierta de símbolos imperiales y pensó fugazmente cómo sería ver Varsovia, Lublin y Swietokrzyskie. Pero de pronto habían aparecido Pasha y Tolmashevo.

Tatiana no se lo esperaba. Había esperado otra cosa. En cambio, Alexandr había mencionado a Pasha, al que no conocía ni siquiera de vista.

—¿Por qué? —preguntó finalmente.

—Porque existe el peligro de que Tolmashevo caiga en manos de los alemanes —respondió Alexandr, después de una pausa.

—¿De qué estás hablando? —Ella no le comprendía, e incluso si lo hacía, no lo deseaba. Prefería no comprender. No quería que nada la alterara. Se sentía tan feliz porque Alexandr había venido a verla por propia voluntad... Sin embargo, había algo en su voz: Pasha, Tolmashevo, alemanes, estas tres palabras unidas en una sola frase, dicha por alguien que era casi un extraño, de mirada afectuosa y en un tono calmo. ¿Había venido hasta la Kirov sólo para asustarla?—. ¿Por qué? ¿Qué puedo hacer? —preguntó.

—Habla con tu padre para que saque a Pasha de Tolmashevo. ¿Por qué lo envió allí? —exclamó el teniente—. ¿Para que estuviera seguro?

Alexandr se estremeció y una sombra fugaz pasó por su rostro. Ella le observaba sin pestañear, atenta a cualquier otra cosa, a una explicación. Pero no había nada más. Ni siquiera palabras. Tatiana carraspeó.

—Allí están los campamentos para los muchachos. Por eso lo envió.

—Lo sé —asintió Alexandr, con expresión impasible—. La mayoría de los padres de Leningrado enviaron ayer a sus hijos a Tolmashevo.

—Alexandr, los alemanes están en Crimea. El camarada Molotov lo dijo en la radio. ¿No escuchaste su discurso?

—Sí, están en Crimea. Pero tenemos una frontera con Europa que tiene dos mil kilómetros de largo. Los ejércitos de Hitler ocupan cada metro de frontera, Tania, desde Bulgaria en el sur hasta Polonia en el norte. —Hizo una pausa. Tatiana esperó—. Ahora mismo, Leningrado es el lugar más seguro para Pasha. Te lo juro.

—¿Por qué estás tan seguro? —replicó Tatiana, con un tono escéptico. Se entusiasmó—. ¿Por qué la radio insiste en proclamar que el Ejército Rojo es el ejército más poderoso del mundo entero? Tenemos tanques, aviones, artillería, armas. La radio no dice lo mismo que tú, Alexandr. — Estas palabras sonaron casi como un reproche.

—Tania, Tania, Tania. —Alexandr meneó la cabeza.

—¿Qué, qué, qué? —replicó ella, y vio que Alexandr, a pesar de su expresión grave, estaba a punto de echarse a reír. Esto hizo que Tatiana casi se echara a reír, a pesar de su propia expresión grave.

—Tania, Leningrado ha vivido durante tantos años con una frontera hostil con Finlandia a tan sólo veinte kilómetros al norte que nos olvidamos de armar el sur, y es allí donde está el peligro.

—Si es allí donde está el peligro, entonces, ¿cómo es que mandas a Dimitri a Finlandia donde, según tú, todo está tranquilo?

Alexandr permaneció callado durante unos momentos.

—Reconocimiento —dijo por fin. A Tatiana le pareció que había omitido algo—. La cuestión —añadió— es que todas nuestras defensas están concentradas en el norte. Pero en el sur y el sudoeste, Leningrado no tiene desplegada ni una sola división, ni un solo regimiento, ni una sola unidad militar. ¿Entiendes lo que te digo?

—No —contestó ella, desafiante.

—Dile a tu padre lo de Pasha —insistió Alexandr.

Caminaron en silencio, uno al lado del otro, por las calles tranquilas. La luz menguaba, estaban quietas las hojas y sólo Alexandr y Tatiana se movían lánguidamente a través del verano. Se demoraban al final de cada

manzana, miraban la acera, observaban los carteles. Tatiana pensaba: «Por favor, que esto no se acabe demasiado pronto. ¿En qué estará pensando?».

—Escucha —dijo Alexandr—, lamento mucho lo de ayer. ¿Qué podía hacer? Tu hermana y yo... no sabía que era tu hermana. Nos conocimos en Sadko...

—Lo sé. Por supuesto. No tienes que explicarme nada —le interrumpió Tatiana. Él había sacado el tema. Eso significaba mucho.

—Quiero hacerlo. Lamento mucho si —hizo una pausa— te he molestado.

—No, no, en absoluto. Todo está bien. Ella me habló de ti. Tú y ella... —Tatiana se interrumpió. Quería añadir que no tenía nada que objetar, pero se quedó sin palabras. En cambio dijo—: ¿Cómo es Dimitri? ¿Es agradable? ¿Cuándo regresará de Carelia? —¿Lo había dicho para provocarlo? Tatiana no estaba segura. Sólo quería cambiar de tema.

—No lo sé. Cuando termine su misión de reconocimiento. Dentro de unos días.

—Escucha, estoy cansada. ¿Podemos tomar el tranvía?

—Por supuesto. Esperaremos a que llegue el número 16.

Estaban sentados en el tranvía, cuando él habló otra vez.

—Tatiana, tu hermana y yo no vamos en serio. Le diré...

—¡No! —exclamó ella con tanta fuerza que los dos hombres sentados delante volvieron las cabezas para mirarla—. No —repitió, un poco más bajo, pero con la misma firmeza—. Alexandr, es imposible. —Se tapó el rostro con las manos durante un segundo—. Es mi hermana mayor. ¿No lo comprendes?

«Era el único hijo de mis padres». Las palabras de Alexandr sonaron en su pecho como la nota quejumbrosa de un violín.

—Es mi única hermana —insistió Tatiana suavemente—. Contigo va en serio. —¿Necesitaba decir algo más? No lo creía, pero a juzgar por la expresión insatisfecha del teniente, se equivocaba—. Habrá otros chicos —añadió finalmente y se encogió de hombros—, pero nunca tendré otra hermana.

—No soy un chico —afirmó Alexandr.

—Entonces, hombres —tartamudeó Tatiana. Esto le resultaba cada vez más difícil.

—¿Qué te hace creer que habrá otros hombres?

—Porque formáis la mitad del mundo —insistió Tatiana, confusa—. Pero es un hecho que sólo tengo una hermana. —Al ver que Alexandr no hacía ningún comentario, añadió—: A ti te gusta Dasha, ¿no es así?

—Por supuesto. Pero...

—Pues ya está —le interrumpió la muchacha—. No hay motivos para seguir hablando del tema —afirmó, aunque no lo sentía en absoluto. Exhaló un suspiro.

—No —admitió Alexandr. Suspiró—. Supongo que no.

—Entonces, todos de acuerdo. —Miró a través de la ventanilla.

Cada vez que Tatiana pensaba en cómo le gustaría ser en su vida, siempre pensaba en su abuelo y en la dignidad de cómo dirigía su sencilla existencia. Su abuelo podría haber sido cualquier cosa, pero había escogido ser profesor de matemáticas. Tatiana no sabía si la enseñanza de las irrefutables verdades matemáticas había hecho que *deda* abordara los temas más intangibles con el mismo código blanco y negro, o si era la propia esencia de su carácter lo que le había llevado a los absolutos matemáticos, pero en cualquier caso, siempre la había maravillado. Cada vez que la gente le preguntaba qué quería ser de mayor, ella respondía invariablemente: «Quiero ser como mi abuelo». Tenía muy claro lo que hubiese hecho *deda*. Él jamás destrozaría el corazón de su hermana.

El tranvía pasó por delante de la plaza de la Insurrección y siguió por Gresheski. Alexandr le pidió que se bajaran unas paradas antes de Quinto Soviet, cerca del hospital Gresheski en Segundo Soviet y Gresheski.

—Nací en este hospital —comentó Tatiana, y le señaló el edificio de ladrillos.

—Dime una cosa, Tania, ¿te gusta Dimitri? —le preguntó el teniente, mientras caminaban uno al lado del otro.

Transcurrió más de un minuto antes de que Tatiana le diera una respuesta.

¿Cuál era la respuesta que quería escuchar Alexandr? ¿Estaba haciendo de espía para Dimitri, o para él mismo? ¿Qué debía decirle? Si era para Dimitri, y decía que no, que no le gustaba, entonces heriría los sentimientos de Dimitri, y ella no quería hacerle daño.

Si era para él mismo y decía que sí, que le gustaba Dimitri, entonces heriría los sentimientos de Alexandr, y tampoco quería hacerlo. ¿Qué se esperaba que respondiera una chica? ¿No se suponía que esto era algo así como un juego? Debía incitar, atraer, disimular.

Alexandr le pertenecía a Dasha. ¿La hermana menor de Dasha debía ofrecerle una respuesta sincera?

¿Él la esperaba?

Sí, la esperaba.

—No —respondió finalmente. Por encima de todo lo demás, Tatiana no quería herir los sentimientos de Alexandr. Por la expresión de su rostro comprendió que le había dado la respuesta correcta—. Sin embargo, Dasha dice que debo darle una oportunidad. ¿Tú qué opinas?

—No —contestó él en el acto.

Se detuvieron en la esquina de Segundo Soviet y Gresheski Prospekt. La cúpula de la iglesia en la parte posterior del templo brillaba a unos pocos centenares de metros más allá. Tatiana no podía soportar la idea de que se marchara. Ahora que había venido para pedir lo imposible y había sido rechazado, tenía miedo de no volverlo a ver nunca más de esta manera. De volverlo a ver a solas como ahora. No podía dejarlo marchar. Todavía no.

—Alexandr —preguntó en voz baja, con la mirada puesta en su rostro—. ¿Tus padres todavía están en Krasnodar?

—No. No están en Krasnodar. —Ninguno de los dos desvió la mirada—. Tania, hay muchas cosas que no puedo explicarte, pero quiero hacerlo.

—Pues explícate —dijo Tatiana suavemente. Contuvo el aliento.

—Quiero que entiendas una cosa. Lo que está ocurriendo ahora mismo en el Ejército Rojo: la confusión, la falta de preparación, la desorganización, nada de todo esto se puede entender si no es a través de los acontecimientos de los últimos cuatro años. ¿Lo ves?

—No, no lo veo. —Tatiana permaneció inmóvil—. ¿Qué tiene que ver todo eso con tus padres?

Alexandr se acercó un poco más, y su cuerpo le ocultó el sol que se ocultaba.

—Mis padres están muertos. Mi madre murió en 1936 y mi padre en 1937. —Bajó la voz todavía más—. Los fusilaron. Los fusiló el NKVD, la policía no tan secreta. Ahora tengo que irme, ¿de acuerdo?

La expresión atónita de Tatiana debió detenerle, porque le palmeó el brazo, y añadió con una sonrisa severa:

—No te preocupes. A veces las cosas no resultan tal como las esperábamos. Por mucho que lo planeemos, o lo queramos. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas —replicó Tatiana. Desvió la mirada. Por alguna razón, estaba segura de que él no sólo hablaba de sus padres—. Alexandr, ¿quieres que...?

—Tengo que marcharme —la interrumpió el teniente—. Ya nos veremos.

Ella sólo quería preguntarle: ¿cuándo?, pero todo lo que dijo fue:

—De acuerdo.

Tatiana no quería volver a su apartamento, entrar en la cocina, estar dentro. Quería estar otra vez en el tranvía, en la parada del autobús, en la calle, en cualquier parte, siempre que no fuera estar en el apartamento sin Alexandr.

En cuanto entró en el vestíbulo, se detuvo como una tonta y trazó en el aire el número ocho, mientras se armaba de coraje para la subida y lo que encontraría más allá. Comenzó a subir las escaleras con un peso en el corazón.

2

La familia discutía sobre la guerra. No había cena de cumpleaños, pero sí abundancia de bebida y opiniones expresadas a voz en cuello. ¿Qué le pasaría a Leningrado? Cuando Tatiana entró en la habitación, su padre y su abuelo discutían las intenciones de Hitler, como si ambos lo conocieran personalmente. A su madre lo único que le interesaba era saber por qué el camarada Stalin no se había dirigido al pueblo. Dasha quería saber si debía continuar trabajando.

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó su padre, irritado—. Fíjate en Tania. No ha cumplido todavía los diecisiete y no pregunta si debe continuar trabajando.

Todo el mundo lamentablemente se fijó en Tatiana, incluida Dasha. Tatiana dejó su bolso en la mesa.

—Los cumplo hoy, papá.

—¡Tienes razón! —exclamó el padre—. Por supuesto. Hoy ha sido un día de locos. Brindemos por la salud de Pasha. —Hizo una pausa—. Y por la de Tania.

La habitación parecía más pequeña porque Pasha no estaba con ellos.

Tatiana se apoyó en la pared, preocupada por saber cuándo sería un buen momento para sacar el tema de su hermano y Tolmashevo. Casi nadie se daba cuenta de que estaba aguantando la pared, excepto Dasha, que la miró desde el sofá y le dijo: «¿Por qué no comes un plato de estofado de pollo? Todavía está caliente», y Tatiana consideró que era una buena idea. Fue a la cocina, se sirvió dos cucharones de patatas, zanahorias y pollo. Después se sentó en el alféizar de la ventana y miró el patio mientras

dejaba enfriar el estofado. Era incapaz de comer nada caliente. Se quemaba por dentro.

Cuando volvió a la habitación, escuchó a su madre que decía a su marido con tono de consuelo:

—Esta guerra no durará hasta el invierno. Se acabará mucho antes.

El padre permaneció callado durante unos momentos, entretenido en alisar los pliegues de la camisa.

—Los ejércitos de Napoleón también invadieron Rusia en junio.

—¡Napoleón! —chilló la madre—. ¿Qué tiene que ver Napoleón con todo esto, Georgi Vasilievich? Por favor, te lo ruego.

Tatiana se dispuso a intervenir, a decir algo sobre Tolmashevo, pero no sólo no estaba segura del mensaje que al parecer debía transmitir a su madura, insufrible y sabihonda familia, sino que de pronto se le ocurrió que quizá tendría que explicar cómo había conseguido esta información sobre el futuro avance de los alemanes en territorio ruso. «¿Quizá?», pensó. Cerró la boca.

El padre, sentado junto a la madre, miraba su copa vacía.

—Tomemos otro trago —manifestó con tristeza—, y brindemos por Pasha.

—¡Vámonos a Luga! —propuso la madre—. Vayamos a nuestra dacha, bien lejos de la ciudad.

¿Cómo podía Tatiana no decir algo ahora?

—Quizá —dijo, con la confianza de un cordero, sorprendida por su propia audacia—, podríamos traer a Pasha del campamento.

Los padres, Dasha, *deda* y *babushka* miraron a Tatiana con expresiones de confusión y remordimientos como si, primero, les sorprendiera que pudiera hablar y, segundo, como si lamentaran haber dicho cosas de adultos en presencia de una niña. La madre se echó a llorar.

—Tendríamos que haberle hecho volver. Dios mío, hoy es su cumpleaños y está totalmente solo.

«Hoy también es mi cumpleaños», se dijo Tatiana. Se levantó, dispuesta a darse un baño.

—¿Adónde vas? —le preguntó su padre.

—A lavar.

—¿A lavar qué? —exclamó su madre, tajante—. Llévate los platos a la cocina.

—Voy a lavarme —contestó Tatiana, mientras recogía los platos sucios de la mesa.

Dasha salió de la habitación. Tatiana no le preguntó adónde iba. Sospechaba que iría a ver a Alexandr. No era de las personas que se compadecían de ellas mismas y no pensaba comenzar ahora. Si había algo que lamentar era que el devenir de los acontecimientos hubiera permitido la entrada del sentimiento en su corazón, sólo para después aplastarlo con las crueles manos del destino. No iba a permitir que la autocompasión sin sentido se cebara en ella.

Tatiana se obligó a releer algunos de los cuentos de Chejov, que nunca dejaban de tranquilizarla con su pasividad. Se quedó profundamente dormida después de leer el séptimo, que trataba de una chica que compartía un banco con un hombre mayor.

Continuó escuchando la discusión sobre la guerra que mantenían *deda* y su padre. *Deda* afirmaba que muchas personas no la consideraban una tragedia. La idea de la guerra era terrible, pero ¿no había la posibilidad de que la guerra acabara por traerles la libertad? ¿No podía ser que en la estela de este nuevo horror les llegara algún bien? ¿Quizá no sería la ocasión para librar a Rusia del salvaje yugo de los bolcheviques, y darle a la nación la oportunidad de emprender una nueva vida, más humana y normal?

Tatiana escuchó la voz de su padre, pastosa de tanto vodka.

—Nada librará a Rusia del salvaje yugo de los bolcheviques. Nada nos devolverá una vida normal.

Tenía a su padre por un pesimista. El vodka sólo hacía que se sintiera más lúgubre.

Algo tendría que darles la oportunidad de gozar una vida mejor. Pero ¿qué? Como si ella lo supiera. Se durmió.

A las dos menos cuarto de la mañana la despertó un sonido que nunca había escuchado antes. Era el ulular de una sirena que atravesaba el cielo

nocturno. Gritó asustada. Su padre entró en la habitación y le dijo que no se preocupara. Sólo era un aviso de ataque aéreo. Ella le preguntó si tenía que levantarse. ¿Los alemanes habían comenzado los bombardeos?

—Duérmete, Tanechka, querida —dijo su padre, pero ¿cómo podía dormir con el ulular de la sirena, y sin que Dasha estuviera en casa?

La sirena dejó de sonar al cabo de unos minutos, y Dasha aún no había vuelto a casa.

3

A la mañana siguiente, durante la reunión matinal en la Kirov, Tatiana recibió la noticia de que la jornada, como contribución al esfuerzo de guerra, se prolongaría hasta las siete de la tarde hasta nuevo aviso. Tatiana adivinó que el nuevo aviso sería el final de la guerra. Krasenko informó a los trabajadores de que él y el secretario del partido de Moscú habían decidido acelerar la producción del tanque KV-1, necesario para la defensa de Leningrado. Krasenko añadió que Leningrado sería defendido con los tanques, las municiones y la artillería que fabricaban en la Kirov. Stalin no desplazaría ni una pieza de artillería del frente sur al frente de Leningrado para defender la ciudad. Todo aquello que Leningrado produjera para defenderse a ella misma —armas y comida— tendría que ser suficiente.

Después de la reunión, fueron tantos los trabajadores que se ofrecieron voluntarios para ir al frente que Tatiana creyó que cerrarían la fábrica. Pero no tuvo esa suerte. Ella y otra trabajadora, una mujer mayor llamada Zina, volvieron a la cadena de montaje.

Durante la tarde, la claveteadora automática se rompió y Tatiana tuvo que clavar los clavos de las cajas con un martillo. A las siete de la tarde le dolían la espalda y el brazo.



Tatiana y Zina caminaban a lo largo del muro de la fábrica. Mucho antes de llegar a la parada del autobús, vio la cabeza de Alexandr que destacaba entre los que hacían cola.

—Tengo que marcharme —anunció Tatiana y aceleró el paso—. Te veré mañana.

Zina murmuró una despedida.

—Hola. —Tatiana saludó a Alexandr con el corazón desbocado, pero la voz calma—. ¿Qué haces aquí? —Estaba demasiado cansada como para fingir desinterés.

Sonrió.

—Hola. He venido para acompañarte a tu casa. ¿Has pasado un bonito cumpleaños? ¿Has hablado con tus padres?

—No.

—¿No a las dos cosas?

—No les dije nada, Alexandr —respondió Tatiana, que prefirió eludir el tema del cumpleaños—. ¿No podría Dasha hablar con ellos? Es mucho más valiente que yo.

—¿Lo es?

—Mucho. Yo soy una cobarde.

—Intenté hablar con ella de Pasha. Le preocupaba todavía menos que a ti. —Se encogió de hombros—. Mira, ya sé que no es asunto mío. Sólo hago lo que puedo. —Miró la cola—. Nunca subiremos al autobús. ¿Quieres caminar?

—Sólo hasta la parada del tranvía. Estoy muy cansada. —Se arregló la cola de caballo—. ¿Hacía mucho que esperabas?

—Dos horas —contestó el teniente, y de pronto Tatiana se sintió menos cansada. Lo miró, sorprendida.

—¿Has esperado dos horas? —Lo que no dijo fue: «¿Me has esperado dos horas?»—. Han alargado la jornada hasta las siete. Lamento que hayas tenido que esperar tanto —añadió suavemente.

Abandonaron la cola, cruzaron la calle y se dirigieron hacia Govorova.

—¿Por qué llevas eso? —preguntó Tatiana. Señalaba el fusil del oficial—. ¿Estás de servicio?

—No entro de servicio hasta las diez. Pero me han ordenado que lleve el fusil en todo momento.

—Todavía no están aquí, ¿verdad? —Tatiana intentó ser jovial.

—Todavía no —respondió él lacónicamente.

—¿Pesa mucho el fusil?

—No. —Alexandr sonrió—. ¿Te gustaría llevarlo?

—Sí. Veamos. Nunca he sostenido antes un fusil. —Cogió el arma, y se sorprendió al comprobar lo pesado que era y lo difícil que era sostenerlo con las dos manos. Lo cargó durante unos minutos y después se lo devolvió a Alexandr—. No sé cómo te las arreglas. Cargar el fusil y el resto del equipo.

—No sólo cargarlo, Tania, sino dispararlo, correr, tirarme al suelo y levantarme con él en las manos, cargado con todas las demás cosas a la espalda.

—No sé cómo te las arreglas —repitió ella. Deseó tener la misma fuerza física. Pasha jamás volvería a derrotarla en su guerra.

Llegó el tranvía. Iba lleno. Tatiana le cedió su asiento a una anciana, mientras que Alexandr no manifestó el menor interés por sentarse. Se sujetaba a la agarradera de cuero con una mano y sostenía el fusil en la otra. Tatiana se sujetaba al asa un tanto oxidada de un asiento. Cada vez que el tranvía se balanceaba bruscamente en una curva, la muchacha chocaba contra el teniente, y se disculpaba. Su cuerpo era tan duro como la pared de la Kirov.

Tatiana quería sentarse con él a solas en alguna parte y preguntarle por sus padres. Por supuesto no podía preguntarle en el tranvía. ¿Saber algo de sus padres sería conveniente? ¿Saber cosas de su vida no la haría sentirse más próxima a él, cuando precisamente lo que necesitaba era alejarse todo lo posible?

No dijo nada mientras el tranvía los llevaba hasta Vosnesenski Prospekt, donde cogieron el tranvía número 2 hasta el museo Ruso.

—Tengo que marcharme —manifestó Tatiana, sin ningún entusiasmo, en cuanto se bajaron.

—¿Quieres sentarte un momento? —le preguntó Alexandr bruscamente—. Podríamos sentarnos en uno de los bancos de los Jardines Italianos.

—De acuerdo. —Tatiana intentaba no saltar de alegría mientras caminaba a su lado con pasos cortos y rápidos.

Se sentaron, y la muchacha se dio cuenta de que él le estaba dando vueltas a algo en su mente, algo que deseaba decir y no podía. Esperaba que no se refiriera a Dasha. «¿No lo habíamos dejado atrás?», pensó. Ella todavía no. Pero él era mayor. Tendría que haberlo hecho.

—Alexandr, ¿qué es aquel edificio? —Señaló al otro lado de la calle.

—El hotel Europeo. Ése y el Astoria son los mejores hoteles de Leningrado.

—Parece un palacio. ¿A quiénes se les permite alojarse allí?

—A los extranjeros.

—Mi padre viajó una vez a Polonia hace unos años por asuntos de trabajo, y cuando regresó, nos dijo que en el hotel de Varsovia había huéspedes que eran polacos de Cracovia. ¿Te lo puedes creer? Nosotros tardamos una semana en creerle. ¿Cómo es posible que los polacos estuvieran alojados en un hotel de Varsovia? —Se echó a reír—. Es como si yo me alojara en el Europeo.

Alexandr la miró con una expresión divertida y de asombro.

—Hay lugares donde las personas pueden viajar como les plazca por su propio país.

—Supongo que sí —admitió Tatiana, sin darle mucha importancia—. Como en Polonia. —Se le hizo un nudo en la garganta cuando se dispuso a tocar el otro tema—. Alexandr, siento mucho la muerte de tus padres. —Le rozó un hombro con la mano—. Por favor, cuéntame cómo fue.

Alexandr dejó escapar un suspiro.

—Tu padre tenía razón. No soy de Krasnodar.

—¿De veras? ¿De dónde eres?

—¿Alguna vez has oído mencionar una ciudad llamada Barrington?

—No. ¿Dónde está?

—En Massachusetts.

Tatiana estaba segura de haber oído mal. Abrió los ojos como platos.

—¿Massachusetts? ¿El Massachusetts de Estados Unidos?

—Sí. El de Estados Unidos.

—¿Eres de Massachusetts, Estados Unidos? —insistió Tatiana, atónita.
—Sí.

Tatiana fue incapaz de articular palabra durante un par de minutos. El latir de la sangre en los oídos la ensordecía. Consiguió no quedarse con la boca abierta.

—Me estás tomando el pelo —opinó finalmente—. No soy tonta.

—No te estoy tomando el pelo.

—¿Sabes por qué no te creo?

—Sí. Estás pensando: «¿Quién querría venir aquí?».

—Eso es exactamente lo que estoy pensando.

—La vida colectiva fue una gran desilusión para nosotros —manifestó Alexandr—. Vinimos aquí, al menos mi padre, llenos de esperanza, y de pronto no había duchas.

—¿Duchas?

—No importa. ¿Dónde estaba el agua caliente? Ni siquiera podíamos darnos un baño en el hotel donde nos alojábamos. ¿Vosotros tenéis agua caliente?

—Por supuesto que no. Calentamos agua en el fogón y la añadimos al agua fría en la bañera. Todos los sábados vamos a bañarnos a la casa de baños. Como todo el mundo en Leningrado.

—En Leningrado, en Moscú, en Kiev y en toda la Unión Soviética —señaló Alexandr.

—Nosotros tenemos suerte. En todas las grandes ciudades hay agua corriente. En cambio, en las ciudades de provincias ni siquiera tienen eso. *Deda* me dijo eso de Molotov.

—Tiene razón —admitió Alexandr—. Pero incluso en Moscú las cisternas sólo funcionan de vez en cuando, y el olor se acumula en los baños. Mis padres y yo nos acomodamos más o menos bien. Cocinábamos en una cocina económica y nos imaginábamos que éramos la familia Ingalls.

—¿Quiénes?

—La familia Ingalls vivía en el oeste norteamericano a finales del siglo pasado. Sin embargo, nosotros estábamos aquí, y ésta era la utopía

socialista. Una vez le dije a mi padre, con cierta ironía: «Tienes razón, esto es mucho mejor que Massachusetts». Me replicó que no se instaura el socialismo en un país sin luchar. Por un tiempo me parece que lo creyó de todo corazón.

—¿Cuándo llegaste?

—En 1930, inmediatamente después de que se hundiera la bolsa en 1929. —Alexandr vio la expresión de la muchacha y suspiró—. No importa. Yo tenía once años, y nunca quise marcharme de Barrington.

—Oh, no —susurró Tatiana.

—Cocinar en un infiernillo acabó con nuestros ánimos. Vivir en la oscuridad, con los olores de la inmundicia, destrozó nuestros espíritus de una manera que ni siquiera podíamos concebir. Mi madre se dio a la bebida. ¿Por qué no? Todo el mundo bebe.

—Sí —admitió Tatiana. Su padre bebía.

—Después de beber, y cuando el lavabo estaba ocupado por otros extranjeros que vivían en nuestro palacio de Moscú, que no se parecía en nada al Europeo, mi madre iba al parque y hacía sus necesidades en las letrinas, mi madre tenía que hacer sus necesidades en un agujero en el suelo.

Se estremeció al recordarlo y Tatiana también se estremeció en el tibio atardecer de Leningrado. Una vez más, tocó suavemente el hombro de Alexandr, y como él no se apartó y estaban completamente solos bajo los árboles, Tatiana apretó sus dedos largos y delgados contra la tela de su uniforme y no los apartó.

—Los sábados —continuó Alexandr—, mi padre y yo, lo mismo que tú, tu madre y tu hermana, íbamos a los baños públicos y esperábamos dos horas en la cola para entrar. Mi madre iba sola los viernes, lamentando, creo, no haber dado a luz a una niña, para no encontrarse tan sola, para no tener que sufrir tanto por mí.

—¿Sufría mucho por ti?

—Muchísimo. Al principio no me quejaba, pero a medida que pasaban los años comencé a culparlos por la vida que llevábamos. En aquel entonces vivíamos en Moscú. Éramos setenta idealistas, y no sólo

idealistas, sino idealistas con hijos, que vivíamos como tú, compartiendo tres cuartos de baño y tres cocinas pequeñas en un solo piso.

—Humm —dijo Tatiana.

—¿A ti te gusta?

«Nosotros sólo somos veinticinco en un piso —pensó Tatiana—. Pero ¿qué puedo decir? Me gusta mucho más nuestra dacha en Luga». Miró al teniente.

—Los tomates son frescos y el aire de la mañana huele a limpio.

—¡Sí! —exclamó Alexandr, como si ella hubiese pronunciado la palabra mágica: limpio.

—Además —dijo Tatiana—, no me gusta estar constantemente con todos los demás. Quisiera disponer de un poco más... —Se interrumpió. No conseguía atinar con la palabra correcta.

Alexandr estiró las piernas y se volvió un poco para mirarla a la cara.

—¿Sabes lo que quiero decir? —preguntó Tatiana.

—Lo sé, Tania —asintió él.

—¿Tú crees que deberíamos alegrarnos de que nos ataquen los alemanes?

—Eso sería como cambiar al diablo por Satanás.

—No permitas que te sorprendan diciendo esas cosas. —Tatiana meneó la cabeza, pero sentía la curiosidad de los adolescentes—. ¿Quién es Satanás?

—Stalin, porque está un poco más cuerdo.

—Tú y mi abuelo —murmuró Tatiana, pensativa.

—¿Qué, tu abuelo está de acuerdo conmigo? —Alexandr sonrió.

—No. —Tatiana le devolvió la sonrisa—. Tú estás de acuerdo con mi abuelo.

—Tania, no te engañes ni por un momento. Hitler puede ser considerado por algunas personas, especialmente la gente de Ucrania, como aquel que los liberará de Stalin, pero ya verás lo pronto que destruirá sus ilusiones, lo mismo que las destruyó en Austria, Checoslovaquia y Polonia. En cualquier caso, después de que se acabe la guerra, cualquiera que sea el resultado para el mundo, tengo la sensación de que aquí en la

Unión Soviética estaremos como estamos ahora. —Alexandr pareció tener dificultades para encontrar las palabras—. ¿A ti te ha protegido tu familia? —preguntó, interesado—. ¿De la realidad de las cosas?

—En realidad no hemos tenido ninguna experiencia personal. —Tatiana le apretó un hombro. No quería hablar del tema. Le asustaba un poco—. Una vez oí comentar que habían arrestado a alguien en el trabajo de papá. También sé que un hombre y su hija que vivían en nuestro apartamento desaparecieron hace unos años. Los Sarkov ocuparon sus habitaciones. —Pensó en lo que había dicho. Su padre insistía en que los Sarkov eran informadores del NKVD—. Sí, me han protegido.

—Pues a mí no —afirmó Alexandr. Sacó un paquete de cigarrillos y el mechero—. En lo más mínimo, y no puedo quitarme de la cabeza a mis padres, que vinieron aquí con tantas ilusiones y que fueron aplastados por las convicciones que defendían casi desde la cuna. —Encendió un cigarrillo—. ¿Te importa si fumo?

—En absoluto. —Tatiana lo miró. Le gustaba su rostro—. ¿Cómo fue que vinieron aquí? —preguntó—. La vida en Estados Unidos no debe ser gran cosa si un norteamericano como tu padre decidió abandonar su país.

Alexandr no dijo palabra hasta que acabó de fumar.

—Te contaré exactamente cómo fue, lo que era el comunismo en Estados Unidos en los años veinte. En lo que llamaban la década roja, el comunismo estaba de moda entre los ricos.

Harold Barrington, el padre de Alexandr, quiso que su hijo ingresara en el grupo de jóvenes comunistas, los Jóvenes Pioneros de América, de su ciudad cuando Alexandr cumplió los diez años. El grupo era muy reducido, le dijo su padre, y necesitaban gente. Alexandr se negó. Ya pertenecía a la agrupación de niños exploradores. Barrington era una ciudad pequeña en la parte este de Massachusetts, bautizada con el nombre de la familia, que vivía allí desde Benjamín Franklin. Un Barrington había participado en la guerra de la Independencia. En el siglo XIX, los Barrington habían dado a la ciudad cuatro alcaldes, y tres de

los antepasados de Alexandr habían combatido y muerto en la guerra civil.

El padre de Alexandr quería dejar su propia huella en el clan de los Barrington. Quería hacer las cosas a su manera. La madre de Alexandr había llegado de Italia a principios de siglo, cuando tenía dieciocho años, dispuesta a abrazar el estilo de vida norteamericano y cuando se casó a los diecinueve con Harold, lo abrazó con todo el corazón. Ella también había dejado a su familia en Italia para hacer las cosas a su manera.

Al principio, Jane y Harold fueron radicales, después se hicieron socialdemócratas y por último comunistas. Vivían en un país que se lo permitía y abrazaron el comunismo con todo su corazón. Jane, que era una mujer moderna y progresista, no quería tener hijos, y Margaret Sanger, la fundadora de Maternidad Planificada, le dijo que no tenía obligación de tenerlos.

Después de ser una radical con Harold durante once años, Jane decidió que quería tener hijos. Tardó cinco años en tener un hijo: Alexandr que nació en 1919, cuando ella tenía treinta y cinco años, y Harold treinta y siete.

Alexandr comió, bebió y respiró la doctrina comunista desde el momento en que fue lo bastante mayor para entender el inglés. En la comodidad de su casa norteamericana, frente a una chimenea donde ardía un buen fuego y bien abrigado con mantas de lana, Alexandr pronunciaba palabras como proletariado, igualdad, manifiesto, leninismo antes de saber siquiera su significado.

Cuando cumplió los once, sus padres decidieron vivir en la práctica las palabras que pronunciaban. Harold Barrington, que había sido arrestado una infinidad de ocasiones por participar en manifestaciones que tenían muy poco de pacíficas en las calles de Boston, acudió finalmente a la Unión Americana de Libertades Civiles y les pidió ayuda para exiliarse voluntariamente a la URSS. Para hacerlo estaba dispuesto a renunciar a la nacionalidad norteamericana y trasladarse a la Unión Soviética, donde sería uno más del pueblo. Nada de clases sociales, desempleo, prejuicios y religión. El ateísmo ya no les agradaba tanto,

pero como eran personas intelectuales y progresistas, estaban dispuestos a dejar a Dios a un lado para ayudar al éxito del gran experimento comunista.

Harold y Jane Barrington entregaron sus pasaportes y, cuando llegaron a Moscú, los recibieron como a miembros de la realeza. Sólo Alexandr pareció notar el olor en los baños, la falta de jabón y el montón de mendigos con los pies envueltos en harapos reunidos al otro lado de las ventanas del restaurante, que esperaban a que retiraran los platos para comerse las sobras. El olor a vómito en los bares a los que Harold llevaba a su hijo era tan deprimente que Alexandr dejó de acompañarle, por mucho que quisiera estar con su padre.

En el hotel donde se alojaban junto con otros expatriados de Inglaterra, Italia y Bélgica recibían un trato especial.

Harold y Jane recibieron sus pasaportes soviéticos, lo que representó cortar definitivamente sus lazos con Estados Unidos. Alexandr, que era menor, no recibiría su pasaporte hasta que cumpliera los dieciséis y fuera llamado a filas para el servicio militar obligatorio.

Alexandr fue a la escuela, aprendió el ruso e hizo numerosos amigos. Se estaba acomodando lentamente a su nueva vida cuando en 1935 informaron a los Barrington de que debían abandonar sus habitaciones gratuitas y arreglárselas por su cuenta. El gobierno soviético ya no podía mantenerlos. El problema fue que los Barrington no pudieron encontrar un alojamiento en Moscú. No había ni una sola habitación disponible en ningún piso compartido. Se trasladaron a Leningrado y, después de ir de un comité de vivienda a otro, acabaron por encontrar dos habitaciones en un edificio miserable en el lado sur del Neva. Harold entró a trabajar en la fábrica Izhorsk. Jane se dio más a la bebida. Alexandr mantuvo la cabeza baja y se concentró en la escuela.

Todo acabó en el mes de mayo de 1936, cuando Alexandr cumplió los diecisiete años.

Jane y Harold Barrington fueron arrestados de la manera más inesperada, pero también la más habitual. Un día, ella no volvió del mercado.

Lo único que quería Harold era hacerle llegar un mensaje a Alexandr, pero habían discutido y hacía tres días que no veía al muchacho.

Cuatro días después de la desaparición de su esposa, llamaron a la puerta de Harold a las tres de la mañana.

Lo que Harold no sabía era que los representantes del comisariado de asuntos internos ya habían venido a buscar a Alexandr.

Un hombre llamado Leonid Slonko dirigió el interrogatorio de Jane en la Casa Grande.

—Qué cosas tan divertidas dice usted, camarada Barrington. ¿Cómo es que sé que usted las diría?

—Que yo sepa no nos conocemos.

—He conocido a miles como usted.

«¿Miles? —pensó ella—. ¿Somos miles los que hemos venido aquí desde Estados Unidos?».

—Miles —insistió Slonko—. Todos vienen aquí. Para que seamos mejores, para vivir libres del capitalismo. El comunismo requiere un sacrificio, usted lo sabe. Debe dejar de lado su estética burguesa y mirarnos como una mujer soviética y no como una norteamericana.

—He abandonado mi estética burguesa —replicó Jane—. He renunciado a mi casa, a mi trabajo, a mis amigos, a toda mi vida. Vine aquí y comencé una nueva vida porque creía. Lo único que tenían que hacer ustedes era no traicionarme.

—¿Cómo lo hemos hecho? ¿Lo hicimos dándole de comer? ¿Lo hicimos vistiéndola? ¿Con darle un trabajo? ¿Un lugar donde vivir?

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Porque es usted quien nos ha traicionado —replicó Slonko—. No podemos consentir su desilusión cuando estamos intentando reformar a la

raza humana para beneficio de toda la humanidad, cuando estamos intentando erradicar la pobreza y la miseria de esta tierra. Permítame que le pregunte, camarada Barrington: Cuando usted manifestó su desprecio por nuestro país al acudir a la embajada norteamericana en Moscú hace unas semanas, ¿quizás olvidó que había renunciado a la lealtad a Estados Unidos al pretender destruir la democracia cuando se unió al Frente Popular? ¿Al renunciar a la nacionalidad norteamericana? Usted ya no es una ciudadana de Estados Unidos. A ellos no les importa si vive o muere. —Slonko soltó una carcajada—. Qué ridículos son todos ustedes. Reniegan de sus gobiernos, de sus costumbres, sus estilos de vida les repugnan. Sin embargo, a la primera dificultad, ¿a quién acuden? —Slonko dio una fuerte palmada en la mesa—. Puede estar segura, camarada, de que usted no existe para el gobierno norteamericano. Han olvidado quién es usted. El expediente sobre usted, su marido y su hijo está metido en una caja del departamento de justicia norteamericano. Ahora ustedes son nuestros.

Era verdad. Jane había acudido a la embajada norteamericana en Moscú, dos semanas antes de su arresto. Había tomado el tren con Alexandr. Seguramente la habían seguido. En la embajada la habían recibido con mucha frialdad. Los norteamericanos no tenían el menor interés en ayudarla, a ella o a su hijo.

—¿Me siguieron? —le pregunto a Slonko.

—¿Usted qué cree? Ha demostrado que su lealtad es algo muy veleidoso. Tuvimos razón al seguirla. Acertamos al no confiar en usted. Ahora será juzgada por traición de acuerdo con el artículo 58 de la constitución soviética. Usted ya lo sabe, y también sabe lo que le espera.

—Sí. Sólo espero que sea pronto.

—¿Qué sentido tendría? —Slonko se rio. Era un hombre grande, imponente, mayor, pero que se veía fuerte y capaz—. Debe comprender lo que usted es para el gobierno soviético. Rompió con el país donde nació, después escupió el país que le acogió a usted y a su familia. Le iba muy bien en Estados Unidos, muy bien —ustedes, los Barrington de Massachusetts—, hasta que decidió cambiar su vida. Vino aquí. De

acuerdo, dijimos. Estábamos convencidos de que todos ustedes eran espías. Los vigilamos porque somos cautos, no vengativos. Los observamos y luego decidimos que se valieran por ustedes mismos. Les prometimos que los cuidaríamos, pero para eso necesitábamos de su inquebrantable lealtad. El camarada Stalin no espera —no, exige— menos.

»Usted fue a la embajada porque cambió su opinión sobre nosotros, de la misma manera que cambió de opinión sobre Estados Unidos. Ellos dijeron: “lo sentimos, pero no la conocemos”. Nosotros decimos: “lo sentimos, pero no la queremos”. ¿Qué puede usted hacer? ¿Adónde puede ir? Ellos no la quieren, nosotros no la queremos. Nos ha demostrado que no se puede confiar en usted. ¿Ahora qué?

—Ahora la muerte —respondió Jane—. Pero le ruego que perdone a mi único hijo. —Agachó la cabeza—. No es más que un muchacho. Nunca renunció a la nacionalidad norteamericana.

—Renunció cuando se alistó en el Ejército Rojo y se convirtió en ciudadano soviético —afirmó Slonko.

—No es un subversivo para el departamento de Estado. Nunca perteneció al Partido Comunista, no forma parte de todo esto. Le suplico...

—Camarada, él es el más peligroso de todos ustedes.

Jane vio a su marido una vez antes de presentarse ante el tribunal presidido por Slonko. Después de un juicio sumario, la llevaron al paredón, le vendaron los ojos y la fusilaron por la espalda.

Hasta su detención, la preocupación de Harold Barrington por su hijo no superó su desesperación por haber terminado con sus sueños por los suelos.

Había estado antes en prisión; era algo que no le preocupaba. Estar en la cárcel por sus ideales era una medalla, y la había exhibido con orgullo en Estados Unidos. «He estado en algunas de las mejores cárceles de Massachussets —solía decir—. En Nueva Inglaterra no hay nadie que

se pueda comparar conmigo en lo que soy capaz de soportar por mis ideales».

La Unión Soviética había resultado ser una tierra de pobreza compartida. El comunismo no funcionaba en Rusia tan bien como se esperaba precisamente porque era Rusia. Hubiera funcionado a lo grande en Estados Unidos, pensó Harold. Aquél era el lugar para el comunismo. Harold quería llevarlo a su hogar.

Su hogar.

No podía creer que todavía siguiera llamándolo su hogar.

La Unión Soviética no estaba mal, pero no era su casa, y los comunistas soviéticos lo sabían. Ellos habían dejado de protegerlo por mucho que se negara a creerlo. Ahora él era el enemigo del pueblo. Lo comprendía.

Harold despreciaba Estados Unidos. Lo despreciaba por su superficialidad y su falsa moral, detestaba la ética individualista y creía que la idea de democracia sólo era aceptada por unas personas muy estúpidas. Pero ahora que estaba encerrado en un calabozo soviético, Harold quería enviar a su hijo de regreso a Estados Unidos, a cualquier precio.

La Unión Soviética no podía salvar a Alexandr. Eso era algo que sólo podía hacer Estados Unidos.

«¿Qué le he hecho a mi hijo? —se preguntó Harold—. ¿Qué le he dejado?». Ahora era incapaz de recordar lo que era el comunismo. Lo único que recordaba era la admiración en el rostro de Alexandr, mientras Harold, subido a una tarima en Greenwich, Connecticut, gritaba barbaridades una tarde de sábado en 1927.

«¿Quién es este muchacho que llamo Alexandr? Si yo no lo sé, ¿cómo lo sabrá él? Encontré mi camino, pero ¿cómo encontrará el suyo en un país que no le quiere?».

Lo único que Harold deseó durante todo un año de interminables interrogatorios, negativas, súplicas y confusión era ver a Alexandr una vez antes de morir. Apeló a la humanidad de Slonko.

—No apele a mi humanidad —respondió Slonko—. No la tengo. Además, la humanidad no tiene nada que ver con el comunismo, con la creación de un orden social superior. Para eso, camarada, hace falta disciplina, perseverancia y una actitud algo distante.

—Más que distante, inexistente.

—Su hijo no vendrá a verle —dijo Slonko, y se rio—. Su hijo está muerto.

Tatiana, muda de la emoción, acarició el brazo de Alexandr con las dos manos.

—Lo siento mucho —susurró por fin, con un deseo enorme de acariciarle el rostro, pero incapaz de hacerlo—. ¿Me escuchas, Alexandr? Lo siento en el alma.

—Te escucho. —Sonrió—. No pasa nada, Tania —dijo, mientras se levantaba—. Mis padres se han ido, pero yo todavía estoy aquí. Ya es algo.

—Alexandr, espera, espera. —Tatiana no se podía mover del banco—. ¿Cómo pasaste de Barrington a Belov? ¿Qué le pasó a tu padre? ¿Los volviste a ver?

—¿Qué le pasa al tiempo cuando estoy contigo? —rezongó Alexandr, en cuanto miró el reloj—. Tengo que salir corriendo. Ya te lo contaré en otra ocasión. —Le tendió una mano para ayudarla a levantarse—. Otro día.

A Tatiana se le iluminaron los ojos. Entonces, ¿habría otro día? Salieron del parque a paso lento.

—¿Le has dicho a Dasha algo de todo esto? —le preguntó ella.

—No, Tatiana —respondió Alexandr, sin mirarla.

—Me alegra que me lo hayas contado a mí.

—A mí también.

—¿Me prometes que me contarás el resto algún día?

—Algún día te lo prometeré. —Sonrió.

—No puedo creer que seas norteamericano, Alexandr. Es algo totalmente nuevo para mí. —Se sonrojó en cuanto lo dijo.

Alexandr se inclinó y la besó suavemente en la mejilla. Sus labios eran cálidos y su barba pinchaba.

—Ten cuidado cuando regreses a casa —le dijo el teniente, y se alejó.

Tatiana asintió con el corazón dolido y le observó marcharse con un sentimiento cercano a la desesperación.

¿Qué pasaría si él volvía la cabeza y la descubría mirándolo? Tatiana pensó que debía tener un aspecto ridículo, de pie en la acera, mirándolo embobada. Antes de que pudiera pensar nada más, él volvió la cabeza. Al ver que la había pillado, intentó moverse, pero la lentitud de los movimientos delataron su confusión. Él la saludó. Tatiana se preguntó qué pensaría al saber que ella le estaba mirando mientras se alejaba. Deseó ser más astuta y se prometió que así sería de ahora en adelante. Después levantó una mano y le devolvió el saludo.

4

Cuando llegó a casa, Dasha se encontraba en la azotea. En todos los edificios ya se habían elegido a los trabajadores de protección civil, que se ocupaban de limpiar las terrazas y tejados, y de vigilar el cielo atentos a la presencia de aviones alemanes.

Dasha estaba sentada en la tela asfáltica; fumaba un cigarrillo mientras hablaba casi a gritos con Antón y Kirill, los dos hijos más jóvenes de los Iglenko. Cerca de ellos había cubos con agua y pesados sacos terreros. Tatiana quería sentarse junto a su hermana, pero fue incapaz de hacerlo.

—Tengo que marcharme —anunció Dasha, levantándose—. ¿Crees que te puedo dejar sola aquí?

—Claro que sí, Dasha. Antón me protegerá. —Antón era el mejor amigo de Tatiana.

—No te quedes aquí hasta muy tarde. —Dasha acarició el pelo de su hermana—. ¿Estás cansada? Llegas a casa tan tarde... Ya sabíamos que la Kirov sería demasiado lejos para ti. ¿Por qué no buscas un empleo con papá? Llegarías a casa en quince minutos.

—No te preocupes, Dasha. Estoy bien. —Sonrió como si quisiera demostrarlo.

En cuanto Dasha se marchó, Antón intentó que Tatiana se animara. Ella no quería hablar con nadie. Sólo quería pensar un minuto, una hora, un año. Necesitaba pensar para librarse de lo que sentía.

Por fin cedió a la insistencia de Antón y jugaron a la ruleta geográfica. Se tapó los ojos y el muchacho le hizo dar varias vueltas hasta que la detuvo bruscamente. Entonces Tatiana apartó las manos de los ojos y

Antón le dijo que señalara en dirección a Finlandia. Después en dirección a Krasnodar. ¿Dónde están los Urales? ¿Dónde está América?

Luego le tocó a Antón dar vueltas y señalar. Nombraron todos los lugares que se les ocurrieron y cuando acabaron el juego, sumaron los aciertos. A Tatiana, que ganó, le tocaba saltar.

Esta noche Tatiana no saltó. Se dejó caer sobre la tela asfáltica. Sólo quería pensar en Alexandr y Estados Unidos.

—No estés tan triste. Todo esto es excitante —le dijo Antón, que era un chico rubio y muy delgado.

—¿Tú crees?

—Sí. Dentro de dos años podré alistarme. Petka se marchó ayer.

—¿Adónde se marchó ayer?

—Al frente. —Antón se echó a reír—. Por si no lo sabes, Tania, estamos en guerra.

—Sí, ya lo sé. —Tatiana se estremeció—. ¿Sabes algo de Volodia? —Volodia estaba con Pasha en Tolmashevo.

—No. Kirill y yo queríamos ir. Kirill no ve la hora de cumplir diecisiete años. Dice que el ejército lo aceptará cuando los cumpla.

—El ejército lo aceptará cuando los tenga —afirmó Tatiana. Se levantó.

—¿Tania, alguien te aceptará con diecisiete años? —Antón sonrió.

—No lo creo, Antón. Te veré mañana. Dile a tu madre que tengo una tableta de chocolate si la quiere. Que venga a buscarla mañana por la noche.

Tatiana bajó las escaleras. Sus abuelos leían tranquilamente en el sofá. Se metió entre los dos. Le encantaba sentarse entre ellos, casi encima de sus regazos.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó su abuelo—. No tengas miedo.

—*Deda*, no tengo miedo. Es que estoy muy confusa. —«Y no tengo a nadie con quien hablar», pensó.

—¿Es por la guerra?

Tatiana reflexionó por un momento. Decírselo a ellos quedaba descartado. Así que respondió:

—*Deda*, tú siempre me dices: «Tatiana, tienes toda la vida por delante. Ten un poco de paciencia». ¿Todavía opinas lo mismo?

Su abuelo permaneció en silencio, y ella adivinó la respuesta.

—Oh, *Deda* —gimió.

—Oh, Tania —dijo *deda*, y la abrazó mientras la abuela le daba unas palmaditas en la rodilla—. El mundo se ha trastocado en un momento.

—Eso parece —admitió Tatiana.

—Quizá tendrías que ser menos paciente.

—Eso es lo que pensaba. —Tatiana sonrió—. De todas maneras, creo que la paciencia está sobrevalorada como virtud.

—Pero no seas menos moral —manifestó *deda*—. Ni menos correcta. Recuerda las tres preguntas que te enseñé para saber quién eres.

Deseó que *deda* no se las hubiera recordado. No tenía ningún interés en formularse las preguntas esa noche.

—*Deda*, en esta familia la corrección te la dejamos a ti —señaló Tatiana, con una sonrisa débil—. No queda nada para nosotros.

—Tania, eso es todo lo que queda. —Su abuelo meneó la cabeza.

Tatiana se acostó con sus pensamientos puestos en Alexandr. Pensaba en él con el deseo de hundirse en su vida, como él mismo estaba hundido en ella. Mientras le escuchaba, Tatiana había dejado de respirar, con la boca entreabierta, para que Alexandr pudiera exhalar su pena —de sus palabras, de su propio aliento— en sus pulmones. Necesitaba a alguien que cargara con el peso de su vida.

La necesitaba a ella.

Tatiana confiaba en estar preparada.

No podía pensar en Dasha.

5

El miércoles por la mañana, cuando iba a la fábrica, Tatiana vio a los bomberos que instalaban nuevos depósitos de agua y lo que parecían bocas de incendio. ¿Es que esperaban que hubiera tantos incendios en Leningrado? ¿Las bombas alemanas iban a incinerar la ciudad? No podía imaginarlo. Era algo tan difícil de imaginar como lo era Estados Unidos.

A lo lejos, la gran catedral y monasterio de Smolni comenzaban a tomar una forma y un aspecto irreconocibles. Los trabajadores los estaban cubriendo con redes de camuflaje pintadas de verde, marrón y gris. ¿Qué harían los trabajadores con las cúpulas de la catedral de San Pedro y San Pablo, y las del Almirantazgo? Por el momento, permanecían a la vista.

Antes de salir de la fábrica, Tatiana se lavó las manos y el rostro con tanto vigor que la piel adquirió un color rosa brillante; después se cepilló la larga cabellera rubia y se dejó el pelo suelto.

Se vistió con la falda estampada y la blusa azul de manga corta con botones blancos. Mientras se miraba en el espejo junto a su taquilla, no acababa de decidir si aparentaba doce o trece años. ¿De quién era la hermana menor? Ah, sí, de Dasha. «Por favor, que me esté esperando», pensó antes de salir corriendo.

Fue caminando a paso rápido hacia la parada del autobús, y allí estaba Alexandr, con la gorra en las manos.

—Me gusta tu pelo, Tania —dijo, sonriente.

—Muchas gracias. Desearía no oler como si me pasara el día trabajando con petróleo. Petróleo y grasa.

—Oh, no. —Alexandr puso los ojos en blanco—. ¿No me digas que has estado fabricando bombas otra vez?

Ella se echó a reír. Miraron la larga cola que esperaba el autobús, después se miraron el uno al otro y dijeron al unísono: «¿El tranvía?».

Cruzaron la calle.

—Al menos nosotros trabajamos —comentó Tatiana—. *Pravda* dice que no hay mucho trabajo en estos días en tu Estados Unidos. En la Unión Soviética no hay paro, Alexandr.

—Así es. —Alexandr se apoyó en ella mientras caminaban—. No hay paro en la Unión Soviética ni en ninguna cárcel, y por la misma razón.

Tatiana quería tildarlo de subversivo, pero no lo hizo. Llegaron a la parada del tranvía.

—Te he comprado algo —dijo Alexandr. Le entregó un paquete—. Ya sé que tu cumpleaños fue el lunes. Pero no tuve tiempo hasta hoy.

—¿Qué es? —Aceptó el paquete, muy sorprendida. Se le hizo un nudo en la garganta.

—En Estados Unidos —replicó él en voz baja— tenemos una costumbre. Cuando recibes un regalo de cumpleaños, lo abres y das las gracias.

Tatiana miró el paquete, cada vez más nerviosa.

—Gracias. —No estaba acostumbrada a los regalos. ¿Un regalo envuelto? Algo desconocido, aunque estuviera envuelto en papel común.

—No. Primero lo abres, después das las gracias.

—¿Qué debo hacer? —Sonrió—. ¿Quito el papel?

—Sí. Lo rompes.

—¿Y después qué?

—Después lo tiras.

—¿Todo el regalo, o sólo el papel?

—Sólo el papel —explicó él lentamente.

—Pero lo has envuelto tan bien... ¿Por qué tengo que tirarlo?

—No es más que papel.

—Si es sólo papel, ¿por qué lo has envuelto?

—¿Quieres hacer el favor de abrir mi regalo?

Tatiana rompió el papel con manos temblorosas. Dentro había tres libros: un volumen grueso de tapa dura que era una antología de Alexandr

Pushkin titulada *El jinete de bronce y otros poemas*, y los otros dos más pequeños: uno titulado *Sobre la libertad* de un autor que nunca había oído mencionar, llamado John Stuart Mili. Estaba en inglés. El tercer libro era un diccionario inglés-ruso.

—¿Inglés-ruso? —Tatiana sonrió—. No será de tanta ayuda como crees. No hablo inglés. ¿Era tuyo y lo trajiste de donde eres?

—Sí, y sin él no podrás leer a Mili.

—Muchas gracias por los tres.

—«El jinete de bronce» era de mi madre. Me lo dio unas pocas semanas antes de que vinieran a buscarla.

Tatiana no sabía qué decir.

—Me encanta Pushkin —murmuró en voz muy baja.

—Me lo suponía. A todos los rusos les encanta.

—¿Alguna vez has leído lo que Majkov escribió sobre Pushkin en el cincuenta aniversario de su muerte?

—No.

Tatiana, emocionada por la expresión de su mirada, intentó recordar las palabras.

—Dijo... espera... «Sus sonidos no parecen estar hechos al estilo de este mundo... como si estuviesen impregnados con su marcha inmortal... todas las materias terrestres —emociones, angustias, pasiones— han sido transmutadas en materia celestial».

—Todas las materias terrestres —emociones, angustias, pasiones— han sido transmutadas en materia celestial —repitió Alexandr.

Tatiana se ruborizó y miró a un extremo de la calle. ¿Dónde estaba el tranvía?

—¿Has leído a Pushkin? —preguntó con una vocecita tímida.

—Sí, he leído a Pushkin —respondió el teniente. Cogió el papel del envoltorio de las manos de la muchacha y lo tiró a la papelera—. «El jinete de bronce» es mi poema favorito.

—¡El mío también! —afirmó Tatiana, mirándole maravillada—. «Había un tiempo, nuestras memorias guardan sus horrores frescos y

cercanos a nosotros, de este relato que ahora os cantaré, gentiles lectores, y será un relato doloroso».

—Tania, citas a Pushkin como una auténtica rusa.

—Soy una auténtica rusa.

Llegó el tranvía.

—¿Quieres caminar un poco? —preguntó Alexandr cuando se bajaron en el museo Ruso.

Tatiana no podía decir que no, incluso si hubiese querido.

Incluso si hubiese querido.

Caminaron hacia el Campo de Marte.

—¿Alguna vez trabajas? —le preguntó Tatiana—. Dimitri está en una misión en Carelia. ¿Tú no haces nada?

—Sí, me quedo aquí —respondió Alexandr con una amplia sonrisa—, y le enseño al resto de los soldados a jugar al póquer.

—¿Póquer?

—Es un juego de cartas norteamericano. Quizás algún día te enseñe cómo se juega. Además, me han designado oficial de reclutamiento y preparación del ejército de voluntarios. Estoy de servicio desde las siete hasta las seis, y me toca hacer guardia todos los días desde las diez hasta la medianoche. —Hizo una pausa.

Tatiana comprendió que esas eran las horas en las que Dasha iba a verlo.

—Por todo esto, me dan los fines de semana libres —se apresuró a añadir el oficial—. No sé cuánto tiempo durará. Sospecho que no mucho. Estoy en la guarnición de Leningrado para proteger la ciudad. Éste es mi puesto. Cuando no queden más hombres en el frente, entonces me mandarán a mí.

«Pero entonces nos quedaremos sin ti», pensó ella.

—¿Adónde vamos?

—Al Jardín de Verano. Espera. —Alexandr se detuvo cuando faltaba poco para llegar al cuartel. Al otro lado de la calle, a lo largo del Campo de Marte, había unos cuantos bancos—. ¿Por qué no te sientas, mientras yo voy a buscar algo para cenar?

—¿Cenar?

—Sí, por tu cumpleaños. Tendremos una cena de cumpleaños. —Alexandr ofreció traerle pan y carne—. Quizás incluso pueda conseguir un poco de caviar. —Sonrió—. Dado que eres una rusa de verdad supongo que te gustará el caviar, ¿no es así, Tania?

—Humm. ¿Qué tal si compras cerillas? —replicó ella, sin pretender que sus palabras parecieran una burla, porque no sabía si él la aceptaría—. ¿No crees que podría necesitar cerillas? —Recordó lo sucedido en el economato.

—Si necesitas encender alguna cosa, la encenderemos en la llama eterna del Campo de Marte. Pasamos por delante el domingo pasado, ¿lo recuerdas?

Tatiana lo recordaba.

—No se puede tocar esa atrevida llama bolchevique —contestó, apartándose—. Sería casi un sacrilegio.

—Algunas veces en las noches de permiso la usamos para asar brochetas. —Alexandr soltó una carcajada—. ¿Eso es un sacrilegio? Además, creía que Dios no existe.

Tatiana lo miró, pero no demasiado. ¿Se estaba burlando de ella?

—Tienes razón. Dios no existe.

—Por supuesto que no. Estamos en la Rusia comunista. Todos somos ateos.

Tatiana recordó un chiste.

—El camarada Uno le dice al camarada Dos: «¿Qué tal va la cosecha de patatas este año?». El camarada Dos le contesta: «Muy bien, muy bien. Con la ayuda de Dios la cosecha le llegará hasta los pies». El camarada Uno le advierte: «¿Qué dices, camarada? Sabes muy bien que el partido proclama que no hay Dios». El camarada Dos replica: «Tampoco hay patatas».

Alexandr celebró el chiste con una gran carcajada.

—Tienes muchísima razón sobre las patatas. No hay. Venga, —añadió gentilmente—. Espérame en un banco. Enseguida vuelvo.

Tatiana cruzó la calle y se sentó en un banco. Se arregló, metió la mano en el bolso, acarició los libros que él le había regalado y se sintió invadida por... ¿Qué estaba haciendo? Se sentía tan agotada que era incapaz de pensar. Alexandr no podía estar allí con ella.

Tendría que estar allí con Dasha. «Es algo que está muy claro —se dijo—, porque si Dasha me pregunta dónde he estado, no podré responderle». Se puso de pie, y ya se alejaba cuando escuchó que Alexandr la llamaba.

El teniente se acercó, sin aliento, cargado con dos bolsas de papel.

—¿Adónde ibas?

No tuvo necesidad de decírselo. Él lo leyó en su rostro.

—Tania, te lo prometo. Te daré de comer y te enviaré a tu casa —manifestó Alexandr amistosamente—. Come conmigo. —Sostuvo las bolsas en una mano, y con la otra le tocó el pelo—. Es por tu cumpleaños. Ven. Por favor.

Tatiana no podía acompañarlo, y lo sabía. ¿Alexandr también lo sabía? Eso era todavía peor. ¿Él sabía en el dilema en que se encontraba, en medio de un indescriptible torbellino de sentimientos y confusión?

Cruzaron el Campo de Marte en su camino al Jardín de Verano. A lo lejos, las aguas del Neva brillaban iluminadas por el sol, aunque eran casi las nueve de la noche.

El Jardín de Verano no era un lugar conveniente para ellos.

No había ni un solo banco desocupado en los largos senderos, entre las estatuas griegas, los olmos y los amantes abrazados, como las ramas de los rosales. Tatiana mantenía la cabeza baja.

Por fin encontraron un banco cerca de la estatua de Saturno. No era el mejor sitio para sentarse, pensó Tatiana, porque Saturno tenía la boca bien abierta y estaba devorando a un niño con un entusiasmo delirante.

Alexandr había traído una botella de vodka, jamón, pan, un bote de caviar negro y una tableta de chocolate. Tatiana tenía hambre. El teniente le dijo que se comiera todo el caviar. Ella protestó, pero sin mucha convicción. Después de comerse más de la mitad con la cucharilla que él había traído, la muchacha le dio el resto.

—Por favor, acábatelo. No quiero más. De veras.

Bebió un trago de vodka directamente de la botella y se estremeció: detestaba el vodka pero no quería que él se diera cuenta de lo niña que era. Alexandr se rio al ver que se estremecía. Cogió la botella y bebió un trago.

—Escucha, no tienes obligación de beberlo. Lo traje para celebrar tu cumpleaños. Lamento haberme olvidado las copas.

Se había acomodado a gusto en el banco y estaba sentado demasiado cerca. Si ella respiraba, una parte de ella le tocaría. Tatiana se sentía demasiado abrumada para hablar, a medida que sus sentimientos, cada vez más fuertes, caían en aquel pozo brillantemente iluminado.

—¿Tania? —preguntó Alexandr con voz suave—. Tania, ¿la comida está bien?

—Sí, bien. —Después de un leve carraspeo, añadió—: Quiero decir que es muy buena, gracias.

—¿Quieres un poco más de vodka?

—No.

Tatiana esquivó la mirada burlona de Alexandr lo mejor que pudo cuando él le preguntó:

—¿Alguna vez has bebido demasiado vodka?

—Humm. —Asintió, sin alzar la mirada—. Tenía dos años. Me bebí medio litro, o algo así. Tuvieron que llevarme al pabellón infantil del hospital Gresheski.

—¿Dos años? ¿No has vuelto a beber desde entonces? —La pierna de Alexandr tocó accidentalmente la suya.

—Así es. —Tatiana se sonrojó.

Apartó la pierna y cambió de tema. Mencionó a los alemanes. Le escuchó suspirar, y luego habló un poco de las cosas que pasaban en la guarnición. Pero cuando Alexandr llevaba el peso de la conversación, Tatiana aprovechaba para mirarle a la cara. Se fijó en la sombra de la barba, y deseó preguntarle si alguna vez se rasuraba, pero decidió que era una pregunta demasiado personal, y no lo hizo. La barba era más acentuada alrededor de la boca, donde el marco negro del pelo facial realzaba el rojo de los labios. Quería preguntarle cómo se había roto el

colmillo izquierdo pero tampoco lo hizo. Quería pedirle que borrara de sus ojos dulces aquella suave sonrisa. Quería devolvérsela.

—Alexandr, ¿todavía hablas inglés?

—Sí, hablo inglés, aunque no tengo muchas ocasiones para practicar. No lo hablo desde que mis padres... —Se interrumpió.

—No, lo siento. —Tatiana sacudió la cabeza—. No pretendía... sólo quería saber si podrías enseñarme algunas palabras en inglés.

Los ojos de Alexandr brillaron con tanta fuerza que Tatiana sintió como si toda la sangre de su cuerpo se le hubiera acumulado en las mejillas.

—Tania, ¿qué palabras te gustaría que te enseñara en inglés? —preguntó él con voz pausada.

Ella no podía responderle, por miedo a tartamudear.

—No lo sé —consiguió decir finalmente—. ¿Qué te parece vodka?

—Vaya, ésa es fácil. Se dice vodka. —Se echó a reír.

Alexandr tenía una risa muy bonita. Una risa sincera, profunda, masculina, que nacía en su pecho y se contagiaba para acabar en el suyo. El teniente cogió la botella de vodka y desenroscó el tapón.

—¿Por qué brindamos? —preguntó con la botella en alto—. Es tu cumpleaños, beberemos por ti. Por tu próximo cumpleaños. *Salut*. Espero que sea muy feliz.

—Muchas gracias. Beberé un sorbo para que así sea —respondió ella. Cogió la botella—. Me gustaría celebrar mi cumpleaños con Pasha a mi lado.

Alexandr guardó la botella sin responder al comentario y con la mirada puesta en Saturno.

—¿No crees que otra estatua hubiese sido más apropiada? Se me atraganta la comida viendo cómo Saturno devora entero a uno de sus propios hijos.

—¿En qué otro lugar hubieras preferido sentarte? —replicó Tatiana, con un trocito de chocolate en la boca.

—No lo sé. Quizá cerca de Marco Antonio, que está allí. —Alexandr miró en derredor—. ¿Crees que habrá una estatua de Afro...?

—¿Podemos irnos? —preguntó Tatiana. Se levantó bruscamente—. Necesito dar un paseo para bajar toda esta comida. —¿Qué estaba haciendo allí?

Pero mientras salían del parque y caminaban hacia el río, Tatiana quería preguntarle si alguna vez lo llamaban de otra manera que no fuera Alexandr. Era una pregunta poco apropiada y no la formuló. Caminar al atardecer por un paseo a la orilla del río tendría que bastarle. No podía preguntar cuál era el apodo cariñoso que a Alexandr le gustaba escuchar.

—¿Quieres sentarte?

—Estoy bien —contestó Tatiana—. A menos que tú quieras sentarte.

—Sí.

Se sentaron en uno de los bancos de cara al Neva. Al otro lado del río se alzaba la cúpula dorada de la catedral de San Pedro y San Pablo. Alexandr ocupaba casi la mitad del banco, con las piernas bien separadas, y los brazos extendidos sobre el respaldo. Tatiana se sentó con delicadeza, atenta a que su pierna no tocara la de él.

Alexandr actuaba con la mayor naturalidad. Se movía como si no se diera cuenta en absoluto del efecto que causaba en una tímida muchachita que acababa de cumplir diecisiete años. Todos sus miembros expresaban una confianza total en el lugar que le correspondía en el universo. Todo esto me ha sido dado, parecía proclamar. Mi cuerpo, mi rostro, mi estatura, mi fuerza. No lo he pedido. No lo he hecho. No lo he construido. No he tenido que pelear para conseguirlo. Es un regalo por el que todos los días doy gracias cuando me lavo y me peino, un regalo del que no abuso ni vuelvo a pensar en él mientras vivo mi día. No me siento orgulloso ni humillado. No me hace arrogante o vanidoso, pero tampoco me hace sumiso ni falsamente modesto.

Sé lo que soy, decía Alexandr con cada uno de los movimientos de su cuerpo.

Tatiana se había olvidado de respirar. Lo hizo ahora mientras dirigía la mirada al Neva.

—Me encanta mirar el río —comentó Alexandr en voz baja—. Sobre todo durante las noches blancas. Sabes, no tenemos nada parecido a eso en

Estados Unidos.

—¿Quizás en Alaska?

—Quizá. Pero esto, el río resplandeciente, la ciudad junto a sus orillas, el sol que se pone detrás de la universidad de Leningrado a la izquierda, y que se levanta delante de nosotros en la catedral. —Meneó la cabeza y dejó de hablar. Permanecieron sentados en silencio durante unos minutos —. ¿Cómo lo describió Pushkin en «El jinete de bronce»? —preguntó Alexandr—. «Y más que dejar que la oscuridad avance... la lustrosa luz dorada del cielo...». —Se interrumpió—. No recuerdo cómo sigue.

Tatiana se sabía «El jinete de bronce» casi de memoria. Ella acabó la frase.

—«El resplandor del atardecer se apresura a seguir al siguiente... y sólo le concede media hora a la noche».

Alexandr volvió la cabeza para mirar a Tatiana, que continuaba mirando el río.

—Tania, ¿de dónde has sacado todas esas pecas? —le preguntó suavemente.

—Son un fastidio. Es el sol —contestó.

Se tocó el rostro arrebolado como si quisiera borrar las pecas que le cubrían el puente de la nariz y se desparramaban por debajo de los ojos. «Por favor deja de mirarme», pensó, asustada de los ojos de él y aterrorizada de su propio corazón.

—¿Qué me dices del pelo rubio? —añadió él, con la misma suavidad —. ¿También es por el sol?

Tatiana tomó buena nota del brazo de Alexandr apoyado en el respaldo detrás de su espalda. Si quería, podía mover la mano unos centímetros y tocarle el pelo que le caía por la espalda. No lo hizo.

—Las noches blancas son fantásticas, ¿verdad? —continuó Alexandr, sin desviar la mirada.

—Las compensamos con el invierno de Leningrado —murmuro ella.

—Sí, el invierno no es muy divertido por aquí.

—Algunas veces, durante el invierno, cuando el Neva se hiela, vamos a patinar sobre el hielo. Incluso en la oscuridad. Iluminados por la aurora

boreal.

—¿Tú y quién?

—Pasha, yo, mis amigos. Algunas veces, Dasha y yo. Pero ella es mucho mayor. No salimos mucho juntas. —¿Por qué había dicho que Dasha era mucho mayor? ¿Intentaba ser mala? «Cállate de una vez», se dijo Tatiana.

—Debes de quererla mucho —opinó Alexandr.

¿Qué había querido decir? Tatiana prefirió no saberlo.

—¿Estás tan unida a ella como lo estás a Pasha?

—Es otra cosa. Pasha y yo... —Se interrumpió. Ella y Pasha comían del mismo plato. Dasha preparaba y les servía aquel plato—. Mi hermana y yo compartimos la cama. Me dice que nunca me podré casar, porque no quiere que mi marido duerma en la cama con nosotras.

Sus miradas se cruzaron. Tatiana no podía apartar la suya. Esperaba que él no viera el rubor en la luz dorada.

—Eres demasiado joven para casarte —manifestó Alexandr en voz baja.

—Lo sé —admitió Tatiana, un poco a la defensiva, como ocurría siempre que hablaban de su edad—. Pero no soy demasiado joven.

¿Demasiado joven para qué?, se preguntó Tatiana, y no había acabado de pensarlo cuando Alexandr dijo con un tono mesurado:

—¿Demasiado joven para qué?

La expresión de sus ojos fue demasiado para ella. Demasiado en el Neva, demasiado en el Jardín de Verano, demasiado para todo.

No sabía que decir. ¿Qué diría Dasha? ¿Qué diría un adulto?

—No soy demasiado joven como para no formar parte del ejército de voluntarios —contestó finalmente con bravura—. Quizá pueda alistarme. ¿Tú serías el instructor? —Se echó a reír y después se hundió en la vergüenza.

—Eres demasiado joven incluso para el ejército de voluntarios —afirmó Alexandr sin sonreír—. No te aceptarán hasta que... —No acabó la frase, y ella comprendió la importancia de la frase inacabada, pero no consiguió captar el significado de la vacilación en su voz, ni del temblor

de los labios. Tenía una marca muy pequeña en el centro del labio inferior, que parecía una grieta suave y acogedora.

De pronto Tatiana fue incapaz de seguir mirando los labios de Alexandr durante un solo segundo más mientras estaban sentados junto al río en la noche iluminada por el sol. Se levantó de un salto.

—Creo que será mejor volver a casa. Se está haciendo tarde.

—De acuerdo —manifestó Alexandr, al tiempo que también se levantaba, pero mucho más lentamente—. Es un anochecer muy bonito.

—Sí —asintió ella en voz baja sin mirarlo.

Comenzaron a caminar a lo largo del río.

—Alexandr, ¿echas de menos tu país?

—Sí.

—¿Te gustaría regresar si pudieras?

—Supongo que sí —contestó él con voz calma.

—¿Podrías?

—¿Cómo podría llegar allí? —El teniente la miró—. ¿Quién me dejaría? ¿Qué derecho tengo sobre mi nombre norteamericano?

Tatiana sintió un deseo muy fuerte de cogerle la mano, de tocarlo, de aliviarlo de alguna manera.

—Cuéntame algo de Estados Unidos. ¿Alguna vez has visto el océano?

—Sí, el Atlántico, y es muy impresionante.

—¿Es salado?

—Sí. Es inmenso, frío, tiene medusas y veleros blancos.

—Una vez vi una medusa. ¿De qué color es el Atlántico?

—Verde.

—¿Verde como las hojas de los árboles?

El teniente miró el Neva, a los árboles, a ella.

—Es un verde que se parece un poco al color de tus ojos.

—¿Un verde terroso? —La emoción le oprimía el pecho y le costaba respirar. «Ahora mismo no necesito respirar —pensó—. He respirado toda mi vida».

Alexandr le propuso regresar a través del Jardín de Verano.

Tatiana aceptó, pero después recordó a las parejas de enamorados que se abrazaban en los bancos.

—Quizá no sea el mejor camino. ¿No hay otro que nos permita atajar?

—No.

Los olmos gigantescos proyectaban unas sombras muy largas. Cruzaron la entrada y siguieron por el sendero entre las estatuas.

—El parque tiene otro aspecto de noche —comentó.

—¿Alguna vez has estado aquí de noche?

—No —admitió Tatiana, y añadió rápidamente—: pero he estado de noche en otros lugares. Una vez...

Alexandr se inclinó hacia ella.

—Tania, ¿quieres saber una cosa?

—¿Qué? —La muchacha se apartó.

—Me gusta que no salgas de noche.

Sin saber qué responder, ella continuó caminando con la mirada puesta en los pies. Alexandr caminó a su lado; acertó su paso militar para no dejarla atrás. El aire era cálido; el brazo desnudo de Tatiana rozó en dos ocasiones la tela áspera de la camisa del soldado.

—Éste es el mejor momento, Tatiana —comentó Alexandr—. ¿Quieres saber por qué?

—Por favor, no me lo digas.

—Nunca más habrá un momento como éste. Tan sencillo, tan poco complicado.

—¿A esto lo llamas poco complicado? —Tatiana meneó la cabeza.

—Por supuesto. —Alexandr hizo una pausa—. Sólo somos unos amigos que pasean por Leningrado en un anochecer luminoso.

Se detuvieron en la salida al otro lado del jardín.

—Te acompañaría hasta tu casa, pero entro de servicio a las diez.

—No, no. No pasará nada. No te preocupes. Gracias por la cena.

Le resultaba imposible mirar el rostro de Alexandr. Agradeció su estatura. Tatiana miró los botones del uniforme. No les tenía miedo.

—Dime una cosa —le preguntó el teniente, después de carraspear—. ¿Cómo te llaman cuando quieren llamarte de otra manera que no sea Tania

o Tatiana?

El corazón le dio un salto.

—¿Cómo me llaman quiénes?

Alexandr permaneció en silencio durante lo que a ella le pareció una eternidad.

Tatiana se apartó y cuando estaba a unos cinco metros, le miró a la cara. Lo único que deseaba hacer era mirar su maravilloso rostro.

—Algunas veces me llaman Tatia.

Alexandr sonrió.

El silencio la atormentaba. ¿Qué debía hacer en los momentos de silencio?

—Eres muy hermosa, Tatia.

—Cállate —replicó ella, con una voz inaudible, mientras le flaqueaban las piernas.

—Si quieres, tú puedes llamarme Shura.

«¡Shura! Qué apodo tan cariñoso. Me encantaría llamarte Shura».

—¿Quién te llama Shura?

—Nadie —contestó Alexandr, mientras le dedicaba un gesto de despedida.

Tatiana no caminó de regreso a casa. Voló. Le crecieron unas resplandecientes alas rojas y con ellas surcó el cielo azul de Leningrado. A medida que se acercaba a su casa, el lastre de su corazón culpable le hizo perder altura y las alas desaparecieron. Se arregló el pelo y se aseguró de que los libros estuvieran en el fondo del bolso. Pero durante un buen rato fue incapaz de subir las escaleras, y permaneció apoyada en la pared del edificio, con los puños contra el pecho.



Dasha estaba sentada a la mesa del comedor. La muchacha se sorprendió al verla en compañía de Dimitri.

—Llevamos esperándote tres horas —exclamó Dasha, petulante—. ¿Dónde has estado?

Tatiana se preguntó si podían oler a Alexandr caminando a su lado a través de Leningrado. ¿Oía a los fragantes jazmines de verano, al cálido sol en sus brazos desnudos, a vodka, a caviar, a chocolate? ¿Veían las pecas que le habían salido en el puente de la nariz? He estado caminando a la luz de la aurora boreal. He estado caminando. Me he calentado el rostro con el sol norteño. ¿Podían ver todo esto en sus ojos angustiados?

—Lamento haberos hecho esperar. Estos días trabajo hasta muy tarde.

—¿Tienes hambre? —preguntó Dasha—. *Babushka* ha preparado chuletas y puré de patatas. Debes estar muerta de hambre. Come algo.

—No tengo hambre. Estoy cansada. Dima, ¿me disculpas? —dijo Tatiana. Fue al baño y se aseó.

Dimitri se quedó dos horas más. A las once, los abuelos quisieron recuperar su habitación, así que Dimitri, Dasha y Tatiana subieron a la azotea y se quedaron allí hasta que desapareció la luz, pasada la medianoche. Conversaron mientras oscurecía. Tatiana no dijo gran cosa. Dimitri se mostró amable y dicharachero. Les mostró a las muchachas las ampollas que le habían salido en las manos de cavar trincheras durante dos días seguidos. Tatiana era consciente de su mirada, de su intento de conseguir el contacto visual, y de su sonrisa cuando lo conseguía.

—Dime una cosa, Dima, ¿estás muy unido a Alexandr? —preguntó Dasha.

—Sí, Alexandr y yo nos conocemos desde hace muchísimo tiempo. Somos como hermanos.

Tatiana, como en una nube, parpadeó dos veces, mientras su cerebro intentaba concentrarse en las palabras de Dimitri.

«Dios —rezó Tatiana aquella noche en la cama, de cara a la pared, y tapada con la sábana y la delgada manta marrón—. Si estás en alguna parte, por favor, enséñame a ocultar aquello que nunca he sabido cómo mostrar».

6

Tatiana pensó en Alexandr durante toda la jornada del jueves, mientras trabajaba en el montaje de los lanzallamas. Cuando salió del trabajo, él la estaba esperando. Esa noche no le preguntó por qué había venido y él no se lo explicó. No traía regalos ni preguntas. Sencillamente vino. Apenas si hablaron; de cuando en cuando sus brazos chocaban y una vez, cuando el tranvía frenó bruscamente, Tatiana cayó sobre él y Alexandr, con el cuerpo firme, la sujetó por la cintura para ayudarle a recuperar el equilibrio.

—Dasha insistió para que vaya a tu casa esta noche —le dijo a Tatiana en voz muy baja.

—Ah, está muy bien. Mis padres estarán encantados de volver a verte. Esta mañana estaban de muy buen humor. Ayer, mamá consiguió hablar por teléfono con Pasha, y al parecer se lo está pasando muy bien... —Se interrumpió. De pronto se sintió demasiado triste como para decir nada más.

Caminaron lo más lentamente posible hasta la parada del tranvía número 16 y viajaron en silencio, codo con codo, hasta que se apearon en la parada del hospital Gresheski.

—Nos vemos, teniente. —Quería decir Shura, pero no se atrevió.

—Nos vemos, Tatia.



Aquella noche fue la primera vez que los cuatro se encontraron en Quinto Soviet y fueron a dar un paseo. Compraron helados, un batido y una cerveza, y Dasha se aferró al brazo de Alexandr como una lapa. Tatiana se

mantuvo a una distancia cortés de Dimitri y utilizó todo su escaso arsenal de facultades para no mirar a Dasha aferrada a Alexandr. Tatiana se sorprendió al comprobar lo profundamente desagradable que le resultaba ver a su hermana tocando a Alexandr. Le parecía infinitamente preferible que Dasha se reuniera con él en algún lugar de un Leningrado nebuloso, inexplorado e inimaginable, fuera de su vista.

Alexandr parecía tan despreocupado y contento como lo estaría cualquier soldado que va del brazo con alguien como Dasha. Apenas si miraba a Tatiana. ¿Qué tal se veían Dasha y Alexandr juntos? ¿Formaban una bonita pareja? ¿Más bonita que ella y Alexandr? No tenía respuestas. No sabía cuál era su aspecto cuando estaba cerca de Alexandr. Sólo sabía cómo era ella cuando estaba cerca de Alexandr.

—¡Tania! —Dimitri se dirigía a ella.

—Perdona, Dimitri, ¿qué has dicho?

¿Por qué le había gritado?

—Tania, te decía si tú no crees que Alexandr tendría que sacarme de la división de fusileros y enviarme a algún otro destino. ¿Quizá con él en la motorizada?

—No sé. ¿Es posible? ¿No tienes que saber conducir un tanque o algo así para estar en la motorizada?

Alexandr sonrió. Dimitri no dijo nada.

—¡Tania! —exclamó Dasha—. ¿Cómo sabes lo que tienes que hacer en la motorizada? Cállate. Alexandr, ¿vas a cruzar ríos y lanzarte sobre el enemigo? —Soltó una risita.

—No —intervino Dimitri—. Alexandr primero me manda a mí. Para comprobar que es seguro. Después va él, y consigue otro ascenso. ¿No es así, Alexandr?

—Más o menos, Dima —respondió Alexandr, que ahora caminaba a la par de su compañero—. Aunque algunas veces cuando voy, te llevo conmigo.

Tatiana apenas si les escuchaba. ¿Por qué Dasha caminaba tan pegada a él? ¿Cómo podía ir y llevar a Dimitri con él? ¿Eso qué significaba?

—¡Tania! —dijo Dimitri—. Tania, ¿me estás escuchando?

—Sí, por supuesto. —¿Por qué insistía en levantar la voz?

—Pareces distraída.

Dasha dirigió a su hermana una mirada fugaz.

—No, no, en absoluto. Es un anochecer muy bonito, ¿verdad?

—Vigila, porque es muy capaz de desmayarse cuando menos te lo esperas.

—¿Quieres cogerte de mi brazo? Parece como si fueras a caerte al suelo.

En cuanto los jóvenes se marcharon, Tatiana se metió en la cama, se tapó la cabeza con la manta y simuló estar dormida incluso cuando Dasha se acostó a su lado y le susurró mientras la sacudía suavemente:

«Tania, Tania. ¿Estás dormida, Tania?». Tatiana no quería hablar con Dasha en la oscuridad propicia a las confidencias. Sólo quería decir su nombre una vez en voz alta. Shura.

7

El viernes, cuando Tatiana fue a la fábrica, advirtió que no quedaba casi nadie apto para el trabajo. Sólo los muy jóvenes, como ella, y los muy viejos. Los pocos hombres que permanecían tenían más de sesenta años, tenían cargos directivos o las dos cosas.

Resultaba muy sospechoso que durante los primeros cinco días de guerra hubiera tan pocas noticias del frente. Los locutores proclamaban grandes victorias soviéticas, pero no decían ni una palabra del poder bélico alemán, nada en absoluto de los avances alemanes en la Unión Soviética, ni una palabra del peligro que se cernía sobre Leningrado o de la evacuación. La radio sonaba todo el día mientras Tatiana llenaba los lanzallamas con gasolina y nitrocelulosa, y unos metros más allá las máquinas volcaban miles de proyectiles de todos los calibres sobre la cinta transportadora.

Escuchaba el tintineo metálico de las balas como el paso de los segundos. Había muchos segundos en su larga jornada y lo único que escuchaba era el tintineo.

Tatiana sólo pensaba en las siete de la tarde.

Durante la comida escuchó en la radio que el racionamiento comenzaría la semana siguiente. También durante la comida, Krasenko comentó a su cada vez más reducido número de trabajadores que probablemente el lunes comenzarían la instrucción militar, y que la jornada laboral se alargaría una hora más, hasta las ocho.

Antes de marcharse, Tatiana se lavó las manos durante diez minutos para quitarse el olor a gasolina, pero no lo consiguió. Salió de la fábrica

con Zina y mientras caminaba a lo largo del muro de la Kirov, deseó hablar con alguien de su ambivalencia y angustia.

Pero se olvidó de todo en el momento en que distinguió la gorra de oficial de Alexandr inclinada a un lado, le vio quitársela y sostenerla en sus manos mientras esperaba que ella se acercara. Tatiana hizo lo imposible para no echar a correr. Cruzaron la calle sin prisas y se dirigieron hacia la calle Govorova.

—Caminemos un poco. —Tatiana no podía creer que ella hubiese pronunciado estas palabras después del día que había tenido. Pero no le pesaba. Sabía que no dispondría de un solo minuto con él durante el fin de semana.

—¿Cuánto es un poco?

Ella inspiró profundamente.

—Hagamos todo el camino.

A paso lento pasearon por las calles casi desiertas, anónimos para todos los demás. Las vías del ferrocarril y los campos de cultivo se encontraban a la derecha, las naves industriales del barrio de Kirov se levantaban a la izquierda. No sonaban las sirenas de ataques aéreos, no había aviones surcando el cielo, sólo el brillo débil del sol. No había nadie más a la vista.

—Alexandr, ¿por qué Dimitri no es oficial como tú?

—Dimitri quería ser oficial —respondió el teniente, después de unos momentos—. Nos presentamos juntos a los exámenes de ingreso.

Tatiana no lo sabía. Le dijo que Dimitri no se lo había mencionado.

—Ni lo hará. Nos presentamos, convencidos de que seguiríamos juntos, pero desgraciadamente Dima no pasó el examen.

—¿Qué pasó?

—No pasó nada. No podía permanecer debajo del agua el tiempo necesario sin asustarse, no podía contener el aliento, no sabía estarse quieto en los ejercicios con disparos de fogeo, era un guerrero demasiado furioso, no sabía conservar la calma, perdía los nervios, su marca en los ocho kilómetros de marcha estaba por encima de la exigida. No podía hacer cincuenta flexiones seguidas. Sencillamente no lo consiguió. En

muchos aspectos es un buen soldado. Mejor dicho —se corrigió Alexandr—, es un magnífico soldado. Pero no está hecho para ser oficial.

—No es como tú —dijo Tatiana. Acentuó el tú, emocionada.

Alexandr meneó la cabeza y la miró con una expresión divertida.

—Yo también soy un guerrero demasiado furioso.

El tranvía llegó a la parada. Subieron a regañadientes.

—¿Cómo se lo tomó Dimitri?

Tatiana renunció a esquivar el cuerpo de Alexandr cada vez que las sacudidas del tranvía los hacían chocar. Ahora vivía para los choques. Cada vez que el tranvía se sacudía, ella se movía hacia Alexandr, apenas sujeta de la agarradera. Él permanecía firme como una pirámide invertida, y le rodeaba la cintura con el brazo. Esa noche llegó un momento en que ya no retiró el brazo. Él la invitó a seguir hablando, pero Tatiana no podía hacerlo hasta que Alexandr retirara el brazo. El teniente lo retiró.

—¿Cómo se tomó qué? ¿No ser oficial?

—No. Que tú lo consiguieras.

—¿Tú qué crees?

El tranvía se detuvo. Esta vez, Alexandr sujetó a Tatiana por el brazo. Ella sintió que se le ponía la carne de gallina. El teniente la soltó.

—Me parece —añadió Alexandr— que Dimitri cree que las cosas me las sirven en bandeja.

—¿Qué cosas? —preguntó Tatiana, sin arredrarse.

—No lo sé. Las cosas en general. El ejército, el campo de tiro... —Se interrumpió.

Tatiana esperó. ¿Qué diría a continuación? ¿Qué otras cosas le servían en bandeja a Alexandr?

—A ti nunca te han puesto las cosas fáciles, Alexandr —acabó por decir Tatiana—. Has tenido una vida muy dura.

—Y apenas si ha comenzado. —Hizo una pausa y, cuando prosiguió, Tatiana se dio cuenta de una nota de calma forzada en su voz—. Escucha, Dimitri y yo compartimos una larga historia. Conozco a Dima, y sé que en algún momento te contará cosas de mí que no querrás creer. Me sorprende que no lo haya hecho todavía.

—¿Cosas que son verdad o que son puras mentiras?

—Eso no te lo puedo responder. Algunas serán verdad, otras puras mentiras. Dimitri tiene el don de salpicar las mentiras con la dosis precisa de verdad y consigue volverte loco.

—Vaya don. Entonces, ¿cómo lo sabré?

—No lo sabrás. Todo te parecerá cierto. —Alexandr la miró—. Si quieres saber la verdad, tendrás que preguntármelo y yo te la diré.

—Si te lo pregunto, ¿tú me responderás con la verdad sea lo que sea?

—Tatiana le sostuvo la mirada.

—Sí.

El corazón de Tatiana había dejado de latir. Se había detenido mientras ella se mordía el labio inferior para no soltar la pregunta. Quería preguntarle: «¿Me quieres?». Quería sumergirse en un horror que la paralizaría y le impediría pensar en un imposible, pero no podía. ¿Él esperaba una pregunta? Ésa era la pregunta que se escapaba por entre los dientes apretados, de su silencio y de su corazón inmóvil.

—¿Tienes una pregunta para mí, Tania? —preguntó él suavemente.

—No —contestó la muchacha con la mirada puesta en el asa metálica y en la cabeza canosa de la mujer sentada en el asiento delante de ella.

—Ya hemos llegado —anunció Alexandr, mientras se bajaban en el canal Obvodnoi. Esta vez no esperaron al segundo tranvía. Emprendieron la marcha de cinco kilómetros de vuelta a casa.

Pasaron por delante de una verja de hierro con una puerta. La verja y la puerta no correspondían a la entrada de un edificio, sino que parecían haber sido construidas en un momento distinto y ahora no conducían a ninguna parte. Alexandr las señaló.

—Estas verjas, estas puertas, todas pueden estar escuchando, hoy, ayer, mañana, a ti en la Kirov, acostados con un vaso contra la pared al otro lado de tu cama.

—Sé que estás bromeando. Mis abuelos están al otro lado de mi cama. No me dirás que son informadores.

—No lo digo. —Alexandr hizo una pausa—. Lo que digo es que no se puede confiar en nadie. Y nadie está seguro.

—¿Nadie? —preguntó Tatiana con un tono provocador, mientras lo miraba—. ¿Ni siquiera tú?

—Sobre todo yo.

—¿No se puede confiar en ti o no es seguro? —Sonrió.

—No es seguro. —El teniente le devolvió la sonrisa.

—¿Pero tú eres un oficial del Ejército Rojo!

—¿Sí? Díselo a los oficiales del Ejército Rojo durante los años 1937 y 1938. Los fusilaron a todos. Por eso nadie quiere ahora asumir la responsabilidad de esta guerra.

—¿Yo estoy segura? —acabó por preguntarle Tatiana después de caminar unos minutos en silencio.

—Tatiana —le susurró él al oído—, nos siguen, siempre, a todas partes. Llegará un día en el que quizás alguien salte sobre ti desde una puerta secreta, y entonces te llevarán ante un hombre sentado detrás de una mesa, y él querrá saber las cosas que Alexandr Belov te decía cuando te acompañaba de regreso a casa.

—Ya me has dicho demasiado, Alexandr Belov —declaró Tatiana, apartándose del joven—. ¿Por qué lo has hecho si crees que en algún momento me llevarán para interrogarme?

—Necesitaba confiar en alguien.

—¿Por qué no se lo dijiste a Dasha y arriesgabas su vida?

—Porque necesitaba confiar en ti —contestó él después de una breve pausa.

—Puedes confiar en mí —afirmó Tatiana alegremente. Le dio un empujoncito con el cuerpo—. Pero hazme un favor, no me cuentes nada más, ¿de acuerdo?

—Ya es demasiado tarde. —Alexandr le devolvió el empujoncito.

—¿Me estás diciendo que estamos condenados? —Tatiana se rio.

—Para toda la eternidad. ¿Quieres un helado?

—Sí, por favor.

—¿*Crème brûlée*?

—Siempre.

Se sentaron en un banco mientras ella se comía el helado, pero después de que se lo acabó, continuaron sentados, charlando, y no se movieron hasta que Alexandr miró su reloj y se levantó.

Eran casi las diez de la noche cuando llegaron a la esquina de Gresheski y Segundo Soviet, a tres calles de su edificio.

—¿Vendrás más tarde? —Tatiana exhaló un suspiro—. Dasha dijo que quizá vendrías.

—Sí. —Alexandr también exhaló un suspiro—. Con Dimitri.

Tatiana no dijo nada. Permanecieron en silencio, cara a cara. Él estaba tan cerca que la muchacha lo olía. Nunca había conocido nadie que oliera tan bien y tan limpio como Alexandr.

Le pareció que él quería decirle algo. Estaba con la boca abierta, la cabeza inclinada hacia delante y el entrecejo fruncido. Ella esperó con el cuerpo en tensión, ansiosa por escucharle, y al mismo tiempo no queriendo escucharle. Se miró los horribles botines de trabajo, y lamentó no llevar las sandalias rojas, pero entonces recordó que las sandalias eran de Dasha y que no tenía unos zapatos bonitos. Deseó estar descalza delante de él, y se sintió invadida por un sentimiento y una culpa que hasta entonces le habían sido desconocidos. Tatiana dio un paso atrás. Alexandr la imitó.

—Vete —le dijo el teniente—. Te veré esta noche.

Tatiana se alejó, consciente de su mirada. Cuando volvió la cabeza por un instante, comprobó que él seguía mirándola.

8

Alexandr y Dimitri se presentaron poco después de las once. Dasha no había vuelto todavía. Su jefe la hacía trabajar hasta más tarde porque se veía desbordado por los clientes que querían recuperar el oro de las dentaduras; en épocas de crisis, las personas preferían tener oro en lugar de dinero en efectivo. El oro mantenía su valor. Dasha trabajaba cada vez más horas, y lo detestaba, porque deseaba que todo el mundo se comportara como si la vida en el verano de Leningrado continuara siendo la misma de siempre: plácida, calurosa, polvorienta, llena de jóvenes enamorados.

Tatiana, Dimitri y Alexandr se quedaron en la cocina sin saber muy bien qué hacer mientras el agua goteaba en el fregadero de hierro.

—¿Qué pasa con vosotros, chicos, que estáis tan tristes? —les preguntó Dimitri.

—Estoy cansada —contestó Tatiana. Sólo era una mentira parcial.

—Y yo estoy hambriento —manifestó Alexandr, con la mirada puesta en la muchacha.

—Tania, vamos a dar un paseo.

—No, Dima.

—Sí. Dejaremos que Alexandr espere a Dasha. —Dimitri sonrió—. No nos necesitan. A estos dos les encantará estar solos, ¿me equivoco, Alexandr?

—Pues aquí no tendrá tanta suerte —murmuró Tatiana. «Gracias a Dios», pensó.

Alexandr se acercó a la ventana para mirar el patio.

—La verdad es que no puedo —protestó Tatiana—. Estoy...

Dimitri no le permitió acabar la frase y la cogió por el brazo.

—Venga, Tanechka. Tú ya has comido. Vámonos. Volveremos pronto, te lo prometo.

Tatiana vio cómo Alexandr cuadraba los hombros. Quería llamarle Shura.

—Alexandr, ¿quieres que te traigamos alguna cosa?

—No, Tania, gracias —contestó el teniente, que la miró por encima del hombro. Por un momento, la tristeza se reflejó en su mirada, pero la controló con un esfuerzo.

—¿Por qué no vamos al apartamento? *Babushka* ha preparado carne *pirozhki*. También hay *borsch*.

Dimitri arrastró a Tatiana por el pasillo. Se acercaron a Slavin, que descansaba tranquilamente tendido en el suelo, y, por un instante, Tatiana creyó que salvarían el obstáculo sin problemas, pero en el último momento, el hombre se movió, levantó la cabeza y la sujetó por el tobillo.

Dimitri, sin ningún miramiento, le dio un pisotón en la muñeca, y Slavin abrió la mano con un grito de dolor.

—¡Quédate en casa, Tanechka querida, es demasiado tarde para que salgas de noche! —vociferó el loco—. ¡Quédate en casa!

No miró a Dimitri, que lo maldijo y volvió a darle otro pisotón en la muñeca.

En la calle, el soldado le preguntó si quería un helado. Ella no quería que se lo comprara, pero respondió:

—Gracias. Un cucurucho de vainilla.

Se comió el helado tristemente mientras caminaban. La noche era cálida. Sólo pensaba en una cosa.

—¿En qué estás pensando?

—En la guerra —mintió—. ¿Y tú?

—En ti —contestó Dimitri—. Nunca he conocido a nadie como tú, Tania. Eres muy diferente a la clase de chicas que suelo conocer.

Tatiana hizo una mueca, murmuró un muchas gracias desabrido y se concentró en el helado.

—Espero que Alexandr coma algo. Quizá Dasha tarde todavía una hora más en volver a casa.

—Tania, ¿es eso de lo que quieres hablar? ¿De Alexandr? —Incluso Tatiana, con su oído poco preparado, notó la frialdad en la voz de Dimitri.

—No, por supuesto que no —añadió apresuradamente—. Sólo lo decía por charlar. —Cambió de tema—. ¿Qué has hecho hoy?

—Cavar más trincheras. La primera línea del norte está casi acabada. La semana que viene estaremos preparados para recibir a los finlandeses. —En su rostro apareció una mueca burlona—. Estoy seguro de saber lo que estás pensando ahora mismo. Te preguntas por qué no soy oficial como Alexandr.

Tatiana permaneció en silencio.

—¿Por qué no me lo has preguntado?

—No lo sé. —El corazón le latió más rápido.

—Da toda la impresión de que ya lo supieras.

—¿Saberlo? No. —Quería arrojar a una papelera lo que le quedaba de helado y correr de regreso a casa.

—¿Has estado hablando de mí con Alexandr?

—No —respondió ella, cada vez más nerviosa.

—¿Cómo es que no has preguntado por qué sólo soy un *frontovik* y él es oficial?

Tatiana no tenía una respuesta. Esto era demasiado estúpido. Odiaba mentir. Ya era bastante difícil no decir nada, mantener el rostro imperturbable y desviar la mirada. Pero ¿mentir descaradamente? Su boca y su garganta no estaban acostumbradas a hacerlo.

—Alexandr y yo teníamos intención de ser oficiales juntos. Ése era el plan original.

—¿Qué plan?

Dimitri no le respondió y la pregunta quedó flotando en el aire, y después se alojó en la mente de Tatiana. Comenzó a temblar. No quería estar sola con Dimitri a esas horas de la noche.

No se sentía segura.

Llegaron a la esquina de Suvorovski y el parque de Táuride. Como el sol todavía estaba alto, abundaban las zonas de sombra entre los árboles del parque.

—¿Quieres dar una vuelta por el parque? —le ofreció Dimitri.

—¿Qué hora es?

—No lo sé.

—¿Sabes? Tengo que volver a casa.

—No tienes que volver.

—Sí, Dimitri. Mis padres no están acostumbrados a que vuelva tarde por la noche. Estarán intranquilos.

—No lo estarán. Les caigo bien. —El soldado se acercó un poco más—. Tu padre me aprecia. Además, están demasiado ocupados pensando en Pasha como para fijarse en tus idas y venidas.

—Me voy. —Tatiana se volvió y comenzó a alejarse por Suvorovski.

—Tania, a mí nadie me deja plantado. —Dimitri la cogió por el brazo. Sin soltarla, añadió—: Ven, vamos a sentarnos en aquel banco junto a los árboles.

—Dimitri —dijo ella, sin moverse—. No voy a sentarme contigo junto a los árboles. ¿Quieres hacer el favor de soltarme?

—Ven a sentarte conmigo.

—No, Dimitri. Suéltame ahora mismo.

Él se acercó, sujetándola muy fuerte, tanto que los dedos se hundieron en su carne.

—¿Y qué pasa si no quiero soltarte, Tanechka? Entonces, ¿qué harás?

Tatiana no se movió. El soldado le rodeó la cintura con el brazo libre y la acercó a su cuerpo.

—Dima —dijo Tatiana, muy compuesta y tranquila, sin desviar la mirada del rostro del joven—, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Sí. —Acercó su boca a la de ella.

Tatiana soltó un grito y ocultó el rostro.

—¡No! ¡Suéltame, Dimitri! —insistió sin levantar la cabeza.

El soldado la soltó cuando menos lo esperaba.

—Lo siento —se disculpó con voz trémula.

—Vuelvo a casa ahora mismo —manifestó Tatiana, caminando a toda prisa—. Dima, eres demasiado viejo para mí.

—No, no. Por favor. Sólo tengo veintitrés años.

—No me refería a eso. Soy demasiado joven para ti. Necesito alguien que... —se interrumpió mientras buscaba las palabras adecuadas— que espere menos.

—¿Cuánto menos?

—Que no espere nada.

—Lo siento, Tatiana, no pretendía asustarte de esa manera.

—Ya pasó —afirmó Tatiana, sin mirarlo—. No soy de la clase de chicas que se sientan junto a los árboles. —«Al menos contigo», pensó con una punzada en el corazón, al recordar el Jardín de Verano.

—Ahora lo sé. Creo que por eso me gustas. Lo que pasa es que hay momentos en que no sé cómo comportarme contigo.

—Sé respetuoso y paciente.

—De acuerdo. Seré paciente como Job. —Dimitri se acercó—. Tanechka, no tengo intención de dejarte sola.

Ella se alejó en dirección a su casa casi a la carrera.

—Espero que a Dasha le guste Alexandr —comentó Dimitri bruscamente.

—A Dasha le gusta Alexandr.

—Porque a él sí que le gusta.

—¿Ah, sí? —replicó Tatiana, con voz débil—. ¿Cómo lo sabes?

—Prácticamente ha abandonado sus incontroladas actividades amorosas de antes. Por favor, no se lo digas a Dasha. Podría herir sus sentimientos.

Tatiana deseó decirle a Dimitri que no tenía ni idea de lo que hablaba, pero estaba segura de que él se lo diría.

Cuando llegaron a casa, Dasha y Alexandr estaban sentados en el pequeño sofá del recibidor, muy entretenidos en la lectura del libro de cuentos cortos de Zoschenko. Lo único que se le ocurrió decir a Tatiana al verlos tan risueños fue decir con tono huraño:

—Ése es mi libro.

Por alguna razón, a Dasha el comentario le pareció muy divertido, e incluso Alexandr sonrió. Tatiana pasó por delante de la pareja; Alexandr tenía las piernas tan estiradas que la muchacha tropezó con ellas y hubiera caído de bruces de no haber sido porque el teniente la sujetó en el acto, para después soltarla con la misma rapidez.

—Tania —preguntó Alexandr—, ¿qué tienes en el brazo?

—¿Qué? Oh, no es nada.

Con la excusa de estar muy cansada, les deseó buenas noches a todos, y desapareció en la habitación de los abuelos, donde se sentó en el sofá entre *deda* y *babushka*, y escuchó con ellos la radio. Charlaron en voz baja de Pasha, y Tatiana no tardó en sentirse mejor.

Más tarde, cuando estaba en la cama de cara a la pared escuchó que Dasha le susurraba:

—¿Tania? ¿Tania?

—¿Qué pasa? Estoy cansada.

Dasha le dio un beso en el hombro.

—Tania, ya nunca hablamos. Desde que se marchó Pasha no hemos vuelto a hablar. Lo echas mucho de menos, ¿verdad? Verás como muy pronto volverá a estar con nosotras.

—Lo echo de menos. Tú estás muy ocupada. Ya hablaremos mañana, Dashenka.

—¡Tania, estoy enamorada! —susurró Dasha.

—Me alegro por ti, Dasha —respondió Tatiana con otro susurro, y se volvió de cara a la pared.

Dasha le besó la coronilla.

—Creo que esta vez es en serio, te lo juro. ¡Oh, Tanechka, no sé qué hacer conmigo misma!

—¿Has probado a dormir?

—Tania, no puedo pensar en otra cosa. Me está volviendo loca. Él es tan... caliente y frío. Esta noche estuvo bien, relajado y divertido, pero hay días en los que sencillamente no lo entiendo.

Tatiana permaneció en silencio.

—Sé que no puedo tenerlo todo de inmediato —prosiguió Dasha—. El solo hecho de que viniera es un milagro. No conseguí que viniera a casa hasta el domingo pasado cuando apareció con Dima y contigo.

Tatiana quiso señalar que no era Dasha la que había conseguido que Alexandr viniera pero, por supuesto, no lo hizo.

—Ya sé que a caballo regalado no se le mira el diente. Creo que le gusta nuestra familia. ¿Sabías que es de Krasnodar? No ha estado allí desde que se incorporó al ejército. No tiene hermanos. Nunca habla de sus padres. Es... no sé explicarlo. Tan callado. No le gusta hablar mucho de sus asuntos. —Hizo una pausa—. Pero sí que se interesa por los míos.

Tatiana soltó una breve exclamación.

—Me dice que ojalá no estuviésemos en guerra.

—Sí —dijo Tatiana—. Todos lo deseamos.

—¡Pero suena esperanzado!, ¿no te parece? Como si fuera posible una vida mejor con él una vez que la guerra se acabe. Tania —añadió Dasha con el rostro apoyado en el pelo de su hermana—, ¿te gusta Dimitri?

Tatiana tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar su voz.

—No está mal —murmuró.

—A él le gustas mucho.

—No es verdad.

—Sí que lo es. Tú no sabes nada de estas cosas.

—Sí que sé algunas, y no le gusto.

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme o preguntarme?

—¡No!

—Tania, no tienes que ser tan vergonzosa —le advirtió Dasha—. Ya tienes diecisiete años. ¿Por qué no cedes un poco?

—¿Ceder a las intenciones de Dimitri? —susurró Tatiana—. No, Dasha.

Tatiana estaba a punto de quedarse dormida cuando comprendió que la asustaba menos lo intangible de la guerra que lo tangible de la desilusión.

9

El sábado, Tatiana fue a la biblioteca central de Leningrado y sacó a préstamo un libro de frases ruso-inglés. Conocía más o menos el extraño alfabeto, porque lo había aprendido en la escuela. Pasó la mayor parte de la tarde dedicada a leer en voz alta unas frases la mar de ridículas. Le costaban mucho las «th», las «w» y las «r». Leer una de las frases del ejemplo fue una tortura.

El domingo, cuando vino Alexandr, se ocupó él solo de pegar tiras de papel en las ventanas para impedir que los cristales saltaran en pedazos como consecuencia de las ondas expansivas provocadas por las bombas, si finalmente bombardeaban Leningrado.

—Todo el mundo tendrá que poner tiras de papel en las ventanas —comentó—. Muy pronto las patrullas comenzarán a recorrer la ciudad para comprobar que todos los cristales estén protegidos. No podremos reponer los cristales rotos si los alemanes toman Leningrado.

Los Metanov lo miraban con mucho interés. La madre no dejaba de comentar lo alto que era, su amabilidad, la firmeza de sus manos y lo bien que mantenía el equilibrio en el alféizar de la ventana. La madre quería saber dónde había aprendido a hacerlo.

—¡Está en el Ejército Rojo, mamá! —le replicó Dasha, impaciente.

—¿Os enseñaban a hacer equilibrios en los alféizares en el Ejército Rojo, Alexandr? —preguntó Tatiana.

—¡Cállate, Tania! —exclamó Dasha, con una carcajada.

Pero Alexandr secundó la risa y no dijo «¡Cállate, Tania!».

—¿Qué es ese dibujo que has hecho en nuestras ventanas? —Quiso saber la madre mientras Alexandr se bajaba del alféizar de un salto.

Tatiana, Dasha, la madre y *babushka* miraron la figura de papel pegada al cristal. En lugar de las tiras blancas cruzadas que las mujeres habían visto en las otras ventanas de Leningrado, el dibujo de Alexandr parecía un árbol. Un tronco grueso, ligeramente inclinado con hojas largas que eran anchas al principio y terminaban en punta.

—¿Qué es eso, joven? —preguntó *babushka* con tono imperativo.

—Eso, Anna Lvovna, es una palmera.

—¿Una qué? —exclamó Dasha, junto al teniente. ¿Por qué siempre estaba tan cerca?

—Una palmera.

Tatiana, que se encontraba junto a la puerta, lo miró sin pestañear.

—¿Una palmera? —repitió Dasha, burlona.

—Es un árbol tropical. Crece en el continente americano y en el Pacífico Sur.

—Vaya —intervino la madre—. Una extraña elección para nuestras ventanas, ¿no le parece?

—Es mucho mejor que las tiras cruzadas —opinó Tatiana.

Alexandr le dedicó una sonrisa y ella se la devolvió.

—Joven, cuando haga nuestras ventanas, olvídense de los dibujos artísticos —dijo *babushka*, con un tono áspero—. A nosotros nos van bien las tiras cruzadas. No necesitamos palmeras.

Alexandr y Dasha se marcharon, y Tatiana se quedó en casa con su familia, cansada y de mal humor. Tatiana se fue a la biblioteca, donde pasó varias horas pronunciando en voz baja los extraños sonidos de las palabras inglesas. Le parecía extremadamente difícil. Leer en ese idioma, hablarlo, escribirlo. La próxima vez que viera a Alexandr, le pediría que le dijera unas cuantas cosas en inglés. Sólo para saber cómo sonaban. Ya estaba pensando en la próxima vez que vería a Alexandr, como si fuera algo garantizado. Se prometió decirle que quizá no debiera ir a esperarla a la salida de la fábrica nunca más. Hizo la promesa aquella noche mientras estaba en la cama de cara a la pared, le hizo la promesa a la pared, con la mano apoyada en el viejo papel; lo acarició suavemente mientras repetía: «Lo prometo, lo prometo, lo prometo». Luego metió la mano entre la cama

y la pared, y tocó el ejemplar de «El jinete de bronce» que le había regalado el teniente. Quizá se lo diría algún otro día. Después de que él le dijera unas cuantas palabras en inglés, después de que él le hablara de la guerra, y después...

Sonaron las sirenas de alarma aérea. Dasha regresó a casa mucho más tarde y despertó a Tatiana, que seguía con los dedos apoyados en la pared.

10

El lunes, cuando llegó a la fábrica, Krasenko la llamó a su despacho y le dijo que, aunque estaba haciendo un buen trabajo con los lanzallamas, tenía que transferirla inmediatamente a la cadena de montaje de tanques porque había llegado la orden de Moscú de que la Kirov debía producir quince tanques al mes, tuviera o no medios y personal para hacerlos.

—¿Quién se encargará de los lanzallamas?

—Ellos se ocuparán —respondió Krasenko. Encendió un cigarrillo—. Eres una buena chica, Tania. Ve a la cantina y come algo.

—¿Cree que me aceptarán en los Voluntarios del Pueblo?

—¡No!

—He escuchado decir que quince mil personas de la Kirov ya se han alistado para ir a cavar trincheras en la línea del Luga. ¿Es verdad?

—La única verdad es que tú no puedes ir. Ahora sal de aquí.

—¿Luga está en peligro? —Pasha se encontraba cerca de Luga.

—No —contestó Krasenko—. Los alemanes están muy lejos. Sólo es una medida de precaución. Ahora vete.

Había muchos más trabajadores dedicados a la producción de tanques y la línea de montaje era mucho más complicada, pero por eso mismo Tatiana tenía menos que hacer. Colocaba los pistones en los cilindros que iban debajo de las cámaras de combustión del motor diesel. El lugar donde montaban los tanques tenía el tamaño de un hangar para aviones, y era gris y oscuro por dentro.

Al final de la jornada, habían acabado medio tanque. El motor diesel estaba en su lugar, gracias a Tatiana; las cadenas estaban montadas en las ruedas y toda la estructura estaba bien remachada, pero era un cascarón

hueco: sin instrumentos, paneles, armas, municiones, ni torreta, nada que lo distinguiera de un vehículo blindado. Pero a diferencia de cuando llenaba cajas con balas de fusil, hacía lanzallamas o engrasaba bombas, hacer medio tanque le producía una sensación de orgullo que no había sentido en todo su primer mes de trabajo en la fábrica. Tenía la sensación de haber hecho un KV-1 ella sola. Otro motivo de orgullo habían sido las palabras de Krasenko, que durante la tarde le había dicho que los alemanes eran incapaces de concebir un tanque tan bien construido, bien armado, tan ágil, tan sencillo, y al mismo tiempo con un blindaje de cuatro centímetros y medio de grosor, y un cañón de 85 milímetros. Creían que sus tanques Tiger eran los mejores. «Tania —le había dicho—, has hecho un trabajo excelente con el motor diesel. Quizá tendrías que hacerte mecánica cuando seas mayor».

A las ocho de la tarde, Tatiana salió corriendo de la fábrica con las manos limpias, el cuello bien arreglado y el pelo peinado, sin creer que fuera capaz de correr después de una jornada de once horas; sin embargo corría, preocupada por la posibilidad de que Alexandr no la estuviera esperando.

Pero estaba.

La estaba esperando, pero no sonreía.

Tatiana, sin aliento, intentó recuperar la compostura. Era la primera vez que estaban a solas desde el viernes, solos en medio de un mar de extraños. Quería decirle: «Me siento muy feliz de que hayas venido a verme». ¿Qué había pasado con «No vengas a verme nunca más»?

Alguien gritó su nombre; Tatiana se volvió a regañadientes. Era Ilia, un chico de dieciséis años que trabajaba a su lado en la cadena de montaje.

—¿Cogerás el autobús? —le preguntó Ilia, con la mirada puesta en el oficial, que permaneció en silencio.

—No, Ilia, pero te veré mañana. —Tatiana le hizo un gesto a Alexandr para que cruzaran la calle.

—¿Quién era ése? —preguntó el teniente.

Tatiana lo miró, intrigada.

—¿Quién? Ah, es sólo un chico de la fábrica.

—¿Te está molestando?

—¿Cómo? No, no. —En realidad, Iliá la había estado molestando—. He comenzado en una sección nueva. Ahora estamos construyendo tanques para la línea del Luga —anunció, orgullosa.

—¿Cuántos fabricáis al día?

—Fabricamos uno cada dos días. Está bien, ¿no?

—Para defender la línea del Luga tendréis que fabricar diez al día.

Tatiana se dio cuenta de que a Alexandr le pasaba algo; intentó deducir qué podía ser, pero no pudo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Nada.

La gente hacía cola en la parada del tranvía. La mayoría fumaba. Nadie hablaba con nadie.

—¿Quieres que vayamos a casa caminando? —propuso Tatiana tímidamente.

Alexandr meneó la cabeza.

—He tenido instrucción militar todo el día.

—Creía que ya estabas en el ejército —replicó Tatiana con un tono risueño. Le empujó suavemente.

—Sí. Pero no era yo quien aprendía. Les enseñaba a los reclutas. Maniobras, uso de las armas, construcción de refugios antiaéreos. —Por alguna razón su voz reflejaba cansancio. ¿Conocía a tal extremo los matices de su voz? ¿Los de su rostro?

—¿Qué pasa? —repitió.

—Nada —insistió Alexandr. Pero luego la cogió por el brazo y le levantó un poco la manga para dejar a la vista los morados—. Tania, ¿qué es esto?

—Ah, nada. —Intentó apartar el brazo. Él no se lo permitió mientras se acercaba todavía más—. La verdad es que no es nada —dijo, incapaz de mirarle a la cara—. Vamos, estoy bien.

—No te creo. Te advertí que no te liaras con Dimitri.

—No estoy liada con él.

Intercambiaron una mirada, y luego Tatiana miró los botones de la guerrera.

—Alexandr, no es nada. Sólo intentaba que me sentara con él.

—Quiero que me lo digas si vuelve a cogerte de esta manera. ¿Está claro? —Alexandr la soltó.

Tatiana no quería que sus dedos largos y fuertes la soltaran.

—Dima no es mala persona. Supongo que está acostumbrado a otra clase de chicas. —Tosió—. ¿Quién no lo está? Escucha, sé cuidar de mí misma, deja que yo me encargue de Dimitri. Estoy segura de que no volverá a ocurrir.

—¿No? ¿Te encargarás de la misma manera que ibas a encargarte de hablar de Pasha con tu familia?

—Alexandr, te dije que me sería muy difícil —manifestó Tatiana después de una pausa—. Tú tampoco has conseguido que lo hiciera mi hermana que tiene veinticuatro años. ¿Por qué no lo intentas tú? Ven a cenar una noche de estas, tomas un par de copas de vodka con mi padre y sacas el tema. Mira cómo se lo toman. Enséñame cómo se hace, porque yo no puedo hacerlo.

—¿No puedes hablar con tu familia de tu hermano, pero puedes encargarte de Dimitri?

—Así es —replicó Tatiana, elevando un poco el tono. «¿Nos estamos peleando? —pensó—. ¿Por qué nos estamos peleando?».

Encontraron un asiento en el tranvía. Tatiana se sujetó al respaldo del asiento que tenía delante. Alexandr mantenía las manos unidas sobre los muslos, sin hablar ni mirarla. Algo continuaba molestándole. ¿Era Dimitri? Así y todo, continuaban sentados muy juntos, el brazo de él apretado contra el suyo y su pierna contra la suya. Tatiana no se apartó; como si pudiera, como si tuviera alguna opción. Estaba pegada a él como atraída por un imán. La pierna de Alexandr parecía estar hecha de mármol. Para aliviar la tensión entre ellos, Tatiana sacó el tema de la guerra.

—¿Dónde está ahora el frente, Alexandr?

—Avanza hacia el norte.

—Pero todavía está lejos, ¿verdad? Lejos de...

—Pese a toda nuestra propaganda bélica, somos un país de civiles. —Resopló, sin mirarla—. Todas nuestras ridículas maniobras, la instrucción, nuestros aviones que no vuelan, nuestros patéticos tanques. Ni siquiera sabíamos a quiénes nos enfrentábamos.

Tatiana se apretó suavemente contra el teniente, como si quisiera absorberlo a través de la piel.

—Alexandr, ¿por qué Dimitri parece tan reacio a luchar? Me refiero que es para conseguir echar a los alemanes de nuestro país.

—A él no le importan los alemanes. Sólo le interesa una cosa. —Se interrumpió. Tatiana esperó pacientemente hasta que él añadió—: Aprenderás una cosa de Dimitri, Tania. Considera la supervivencia como su derecho inalienable.

—Alexandr, ¿qué significa inalienable? —preguntó Tatiana, mirándolo.

—Un derecho que nadie te puede quitar.

—¿Quién lo dice? ¿Nosotros tenemos esa clase de derechos? ¿No están reservados para el Estado?

—¿Nosotros? ¿Dónde?

—Aquí. —La muchacha bajó la voz—. En la Unión Soviética.

—No, Tania. Aquí no los tenemos. Aquí esos derechos están reservados para el Estado. —Alexandr hizo una pausa—. Y para Dimitri. Especialmente la supervivencia.

—Inalienable. Nunca había escuchado a nadie utilizar esa palabra —comentó Tatiana, pensativa.

—No, seguro que no. —La expresión de Alexandr se suavizó—. ¿Qué tal has pasado el domingo? ¿Qué hiciste? ¿Cómo está tu madre? Cada vez que la veo, parece estar a punto de desplomarse.

—Sí, estos días mamá tiene muchas preocupaciones. —Tatiana miró a través de la ventanilla. No quería volver a hablar de Pasha—. ¿Sabes lo que hice ayer? Aprendí unas cuantas palabras en inglés. ¿Quieres escucharlas?

—Bajemos aquí, y sí, claro que quiero escucharlas. ¿Son buenas palabras?

Ella no comprendió del todo lo que había querido decir, pero se ruborizó de todas maneras.

Se bajaron del tranvía, y cuando pasaron por delante de la estación Varsovia, Tatiana vio una muchedumbre formada por mujeres con sus hijos, y ancianos cargados con sus equipajes, que esperaba delante de la puerta.

—¿Qué están esperando?

—A que llegue un tren. Son los más listos. Se marchan de la ciudad.

—¿Se marchan?

—Sí. —El teniente hizo una pausa—. Tania, tú también tendrías que marcharte.

—¿Marcharme para ir adónde?

—A cualquier parte. Lejos de aquí.

¿Por qué tan sólo una semana antes pensar en la evacuación la había emocionado tanto y en cambio ahora le parecía una condena a muerte? No era una evacuación. Era el exilio.

—Por lo que he escuchado —prosiguió Alexandr—, los alemanes nos están arrollando. Nos destrozan. No estamos preparados, no estamos equipados, no tenemos tanques ni armas.

—No te preocupes —replicó Tatiana con un humor forzado—. Mañana tendremos un tanque.

—No tenemos nada más que hombres, Tania. No importa lo que digan con tanta alegría los locutores de la radio.

—Son muy alegres —señaló Tatiana, dispuesta a ser igual de alegre, pero sin conseguirlo.

—¿Tania?

—¿Sí?

—¿Me estás escuchando? Los alemanes acabarán por llegar a Leningrado. No es seguro. Tienes que marcharte.

—¡Pero mi familia no está dispuesta a marchar!

—¿Y? Márchate sin ellos.

—Alexandr, ¿de qué estás hablando? —exclamó Tatiana, y se echó a reír—. ¡Nunca en toda mi vida he estado sola en ninguna parte! Apenas si me dejan ir sola al colmado. No puedo marcharme sola. ¿Adónde iría? ¿A algún lugar en los Urales o donde sea que llevan a los evacuados? ¿Es allí donde quieres que vaya? ¿Quieres que vaya a Estados Unidos de donde eres tú? ¿Estaré segura allí? —Tatiana volvió a reír. La idea era absurda.

—Pues si fueras allí de donde soy, estarías segura —afirmó Alexandr, con una expresión grave.



Aquella noche, en cuanto llegó a casa, Tatiana sacó el tema de la evacuación y de Pasha.

Su padre la escuchó el tiempo que tardó en darle tres chupadas al cigarrillo. Tatiana las contó. Después se levantó y aplastó la colilla con fuerza, como si quisiera dar más énfasis a sus palabras.

—Taniusha, ¿de dónde demonios sacas esas ideas? Los alemanes no vienen hacia aquí. No pienso irme, y Pasha está sano y salvo. Lo sé. Escucha, si eso te hace sentirte mejor, mamá lo llamará mañana para asegurarse de que todo va bien. ¿De acuerdo?

—Tania, yo he pedido que me evacuen al este, al *oblast* de Molotov, cerca de los Urales —intervino *deda*—. Tengo un primo en Molotov.

—Tu primo lleva muerto diez años, Vasili —le recordó *babushka*. Meneó la cabeza—. Desde la hambruna de 1931.

—Su esposa todavía vive allí.

—Murió de disentería en 1928.

—Aquella era su segunda esposa. La primera, Naira Mijailovna, todavía vive allí.

—No vive en Molotov. ¿No lo recuerdas? Ella vivía donde nosotros, en aquel pueblo llamado...

—¡Mujer! —le interrumpió *deda*—. ¿Quieres venir conmigo o no?

—Yo iré contigo, *deda* —proclamó Tatiana alegremente—. ¿Molotov es un lugar bonito?

—Yo también iré contigo, Vasili —admitió *babushka*—, pero no me vengas con el cuento de que tenemos parientes en Molotov. ¿No podríamos ir a Shujotka?

—¿Shujotka? —preguntó Tatiana—. ¿Eso no está cerca del círculo Ártico?

—Sí —dijo *deda*.

—¿No está cerca del estrecho de Bering?

—Sí —repitió su abuelo.

—Entonces, creo que deberíamos ir a Shujotka —opinó Tatiana—. Si es que finalmente vamos a alguna parte.

—¿Shujotka? ¿Quién me dejará ir allí? —protestó *deda*—. ¿Crees que allí podré dar clases de matemáticas?

—Tania es tonta —dijo la madre.

Tatiana guardó silencio. Ella no pensaba en *deda* dando clases de matemáticas. Pensaba en algo tremendamente ridículo, tan absurdo que, de no haber estado delante de su familia, se hubiera echado a reír.

—¿Por qué piensas en el estrecho de Bering, Tania? —Quiso saber el abuelo.

—Siempre está pensando en cosas absurdas —manifestó Dasha—. Tiene una vida interior absurda.

—No tengo vida interior, Dasha. ¿Qué hay al otro lado del estrecho de Bering?

—Alaska —respondió *deda*—. ¿Qué tiene eso que ver con lo que hablamos?

—Sí, Tania, no digas más tonterías —dijo la madre.

A la noche siguiente, el padre de Tatiana regresó a casa con las cartillas de racionamiento para toda la familia.

—¿Os lo podéis creer? Han ordenado el racionamiento. Tampoco está tan mal. Nos apañaremos. Los trabajadores reciben ochocientos gramos de pan al día, un kilo de carne a la semana y medio kilo de harina. Parece bastante comida.

—Mamá, ¿has llamado a Pasha? —preguntó Tatiana.

—Lo hice. Incluso fui al locutorio de Ulitsa Zheliabova. Pero no pude comunicarme. Lo intentaré otra vez mañana.



La información del frente era sombría. Los boletines de guerra —pegados en los tableros repartidos por todo Leningrado donde antes se colgaban los periódicos— eran tan vagos que no informaban de nada. Los locutores anunciaban en la radio que el Ejército Rojo seguía victorioso, aunque las tropas alemanas ganaban terreno.

¿Cómo podía el Ejército Rojo seguir victorioso si los alemanes ganaban terreno?, se preguntó Tatiana.

Al cabo de unos pocos días, *deda* comentó que era casi seguro que le darían un trabajo en Molotov y sugirió a la familia que comenzara a prepararse para la evacuación.

—No me iré sin Pasha —replicó la madre, tajante—. Además —añadió, con una voz más tranquila—, ahora estoy cosiendo uniformes para el ejército. Me necesitan para el esfuerzo de guerra. No pasará nada. La guerra se acabará pronto. Ya habéis escuchado lo que dijo la radio. El Ejército Rojo va ganando. Están rechazando al enemigo.

—Oh, Irina Fedorovna —intervino *deda*—, nos enfrentamos al enemigo mejor armado y mejor entrenado de todo el mundo. ¿No lo has oído? Inglaterra lleva luchando contra ellos dieciocho meses. Sin la ayuda de nadie. Inglaterra, con toda su fuerza aérea, no ha conseguido derrotar al enemigo.

—De acuerdo, *papochka* —dijo el padre, que salió en defensa de su esposa—, pero ahora los nazis se enfrentan a una guerra real, no una guerra aérea. El frente soviético es colosal. Los alemanes lo van a pasar muy mal con nosotros.

—Prefiero que no estemos aquí para ver lo mal que lo pasan.

—Yo no me marchó —insistió la madre.

—Y yo estoy de acuerdo con mamá —afirmó Dasha.

«No me extraña», pensó Tatiana.

Pasha no dijo nada, porque no estaba.

Continuaron reunidos en la habitación. Los padres fumaban. *Baba y deda* meneaban sus cabezas canosas, inquietos. Dasha cosía.

Tatiana pensaba: «Pues yo tampoco me iré». Se había atrincherado. Había cavado a su alrededor una trinchera llamada Alexandr, y no podía marcharse. Tatiana sólo vivía para aquella hora vespertina con él que la impulsaba al futuro y a sus apenas formados y dolorosos sentimientos que no podía expresar ni entender. Amigos caminando en un luminoso atardecer. No podía conseguir nada más de él, y no había nada más que quisiera salvo aquella hora al final de su largo día cuando el corazón le latía deprisa, le faltaba el aliento y ella era feliz.

En el hogar, Tatiana se rodeaba con su familia para protegerse, pero al mismo tiempo se mantenía distante, ansiosa por estar lejos de ellos. Los observaba todas las noches, como hacía ahora, atenta a sus humores, sin confiar en ellos.

—Mamá, ¿has llamado a Pasha?

—Sí, conseguí la comunicación, pero nadie atendió la llamada. Nadie atendió el teléfono en el campamento. Supongo que me pusieron con un número equivocado. También llamé al consejo soviético de Dohotino, donde está el campamento, pero tampoco me atendieron. Lo volveré a intentar mañana. Todo el mundo está intentando llamar. Las líneas estarán sobrecargadas.



La madre lo intentó una y otra vez, pero no consiguió hablar con Pasha. Tampoco eran buenas las noticias que llegaban del frente, y seguía sin disponerse la evacuación.

Alexandr no venía al apartamento. Dasha trabajaba hasta muy tarde. Dimitri se encontraba cerca de la frontera con Finlandia.

Pero todos los días, después del trabajo, Tatiana se peinaba y salía corriendo de la fábrica, con un único pensamiento: «Por favor, que esté allí», y todos los días, después del trabajo, Alexandr estaba allí. Aunque

nunca más le volvió a pedir que fueran al Jardín de Verano, o que se sentaran en un banco bajo los árboles, siempre tenía la gorra en las manos.

Agotados y a paso lento, iban desde el tranvía al canal y otra vez al tranvía, para separarse a regañadientes cuando llegaban a Gresheski Prospekt, siempre a tres calles del apartamento en Quinto Soviet.

Durante las caminatas, algunas veces hablaban de Estados Unidos, de la vida de Alexandr en Moscú; otras de los veranos que había pasado Tatiana en Luga y en el lago Ilmen, y también hablaban de la guerra, pero cada vez menos por la angustia que les provocaba no tener noticias de Pasha, y también había momentos en los que el teniente le enseñaba frases en inglés. Había ocasiones en las que bromeaban y otras en las que apenas decían palabra. Un puñado de veces, Alexandr dejó que Tatiana utilizara su fusil como el contrapeso de un equilibrista mientras caminaba por la barandilla del canal Obvodnoi.

—No se te ocurra caerte al agua, Tania —le dijo una vez—, porque no sé nadar.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó ella, incrédula. Trastabilló.

Alexandr cogió el fusil por la culata y la muchacha recuperó el equilibrio.

—Será mejor no averiguarlo, ¿no te parece? —contestó el teniente, con una sonrisa—. No quiero perder mi fusil.

—No te preocupes —manifestó Tatiana, balanceándose sobre la barandilla—. Nado muy bien. Yo me ocuparé de rescatar tu fusil. ¿Quieres verlo?

—No, muchas gracias.

Algunas veces, cuando Alexandr hablaba, Tatiana descubría que se le había aflojado la mandíbula, y brusca y avergonzadamente comprendía que lo había estado mirando con la boca abierta como una boba.

No sabía qué mirar cuando él hablaba: a sus ojos color caramelo que guiñaban, sonreían, brillaban y eran severos, o su boca expresiva que se movía, se abría, respiraba y hablaba. La mirada de Tatiana iba de los ojos a los labios y circulaba del pelo a la barbilla como si tuviera miedo de perderse algo si no lo miraba todo a la vez.

Había partes de su vida fascinante de las que Alexandr no deseaba hablar, y no lo hacía. No hablaba de la última vez que vio a su padre, de cómo se había convertido en Alexandr Belov, ni de por qué le habían otorgado la medalla al valor. A Tatiana no le importaba, y nunca iba más de allá de alguna amable insinuación. Ella aceptaba lo que el teniente necesitaba darle y esperaba impacientemente el resto.

11

—Mis jornadas son muy largas —le comentó Tatiana a Alexandr un viernes por la tarde, con la sonrisa cansada de alguien que ha trabajado sin parar durante doce horas—. Hoy he construido un tanque entero. Con la estrella roja y el número 36. ¿Sabes conducir un tanque?

—Sé algo mejor. Sé cómo estar al mando.

—¿Cuál es la diferencia?

—No tengo que hacer otra cosa que dar órdenes y conseguir que me maten. —Sonrió.

—¿Qué tiene eso de mejor? —murmuró Tatiana sin devolverle la sonrisa—. Quiero que me trasladen a la elaboración de pan. Hay unos cuantos afortunados que en lugar de hacer tanques, hacen pan.

—Cuantos más, mejor —opinó Alexandr.

—¿Más tanques?

—Más pan.

—Nos han prometido una gratificación si hacemos un tanque entero. Una gratificación. ¿Te lo puedes creer? —Tatiana se rio—. La economía del beneficio durante la guerra. No deja de ser extraño que queramos trabajar más por un par de rublos. Va en contra de todo lo que nos han enseñado desde la cuna, pero ahí está.

—Ahí está, Tania. Pero no te preocupes, no dejarán de adoctrinarte hasta que no quieras trabajar más ni siquiera para conseguir otro par de rublos.

—Deja ya de ser subversivo. —Tatiana sonrió—. No es de extrañar que no seas seguro. En cualquier caso, estuvo a punto de acabar con Zina. Dijo

que estaba dispuesta a unirse a los voluntarios, que nada podía ser peor que esta presión.

Alexandr parecía pensativo. A pesar de que la acera era ancha, caminaban muy juntos, y sus brazos chocaban una y otra vez.

—Zina tiene razón —opinó el teniente, después de una pausa muy larga—. No cometes ningún error. Conoces la historia de Karl Ots, ¿verdad?

—¿Quién?

—Era el director de la Kirov cuando todavía se llamaba Talleres Putilov. Karl Martovich Ots. Después del asesinato de Kirov en 1934, Ots intentó mantener el orden, proteger a los trabajadores de la amenaza de las represalias. No se me ocurre otra palabra mejor.

Tatiana había escuchado el nombre de Sergei Kirov en algunas conversaciones entre su padre y su abuelo.

—¿Arrestos? ¿Ejecuciones?

—Sí a las dos cosas —asintió Alexandr—. La cuestión es que un día, cuando inspeccionaban un tanque T-28, descubrieron que faltaba una tuerca. El tanque estaba a punto de ser entregado al ejército. Por supuesto, se montó un escándalo y comenzaron la búsqueda frenética de los saboteadores enemigos. —Alexandr hizo una pausa. Tatiana esperó—. Ahora bien —prosiguió cuando se detuvieron en una esquina—, Ots sabía que sólo se trataba de un error estúpido, el descuido de algún mecánico que se había olvidado de ajustar la tuerca, y nada más. Ots lo sabía, así que se negó a permitir que hubiera una caza de brujas.

—A ver si lo adivino. Fracasó.

—Fue como entrar en un tornado y decir: «Sólo es una brisa».

—¿Un tornado? —preguntó Tatiana desconcertada.

—Centenares de personas desaparecieron de la fábrica —añadió Alexandr, sin prestar atención a la pregunta.

—¿Ots? —Tatiana agachó la cabeza.

—Así es. Con él desaparecieron su segundo, los jefes del departamento de contabilidad, de los departamentos de producción de tanques, del departamento de personal, de los talleres de tornería, además de los

antiguos trabajadores de la Putilov, aquellos que se habían marchado y estaban empleados en altos cargos del gobierno, como los secretarios del partido de las regiones de Novosibirsk y del Neva, y, ah, no olvidemos al alcalde de Leningrado. Él también desapareció.

El semáforo había pasado de verde a rojo, y otra vez a verde. Cruzaron la calle cuando estaba en rojo, sin volver a tocarse los brazos. Tatiana pensaba en todo lo que le había dicho Alexandr.

—Así que lo que me recomiendas es que tenga cuidado con las tuercas.

—Eso es lo que te recomiendo.

—Zina tiene razón. No necesitamos que nos presionen de esa manera. Está agotada. Lo único que quiere es irse a Minsk y estar con su hermana. —Minsk era la capital de Bielorrusia.

—Dile que se olvide de Minsk —manifestó Alexandr con voz tensa, mientras se acomodaba la gorra—. Que se concentre en los tanques. ¿Cuántos se supone que debéis fabricar mensualmente?

—Primero eran quince, pero ahora quieren treinta. Nos estamos retrasando.

—Os piden demasiado.

—Espera, espera. —Tatiana le cogió por el brazo, y después, sorprendida de sí misma, apartó la mano—. ¿Por qué debe olvidarse de Minsk?

—Minsk cayó en manos de los alemanes hace trece días —le informó Alexandr, con un tono que no admitía discusión.

—¿Qué?

—Sí.

—¿Hace trece días? Oh, no, no. —Tatiana meneó la cabeza—. No, Alexandr, no puede ser. Minsk está a sólo unos pocos kilómetros al sur de... —La muchacha fue incapaz de pronunciar el nombre.

—No está a unos pocos —afirmó Alexandr para consolarla—. Está a centenares de kilómetros.

—No, Alexandr —replicó Tatiana, con la sensación de que las piernas no la sostenían—. No hay tantos. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Tania, es información militar reservada! Te digo todo lo que puedo, pero nada más. No dejas de confiar en que escuches en la radio alguna cosa que se aproxime a la verdad. Cuando sé que no lo has escuchado, te digo un poco más. Minsk cayó después de sólo seis días de combates. Incluso el camarada Stalin se sorprendió.

—¿Por qué no nos lo dijo cuando habló la semana pasada?

—Os llamó hermanos y hermanas, ¿no? Quería que os sintierais furiosos y salierais a luchar. ¿De qué serviría que os dijera hasta dónde había llegado el avance de los alemanes?

—¿Hasta dónde han avanzado?

Al ver que Alexandr no le respondía, le preguntó con una voz apenas audible:

—¿Qué hay de nuestro Pasha?

—¡Tania! —exclamó el joven—. No entiendo lo que quieres de mí. ¡Desde el primer día no hago más que decirte que debéis sacarlo de Tolmashevo!

Tatiana desvió la mirada y se esforzó para contener las lágrimas. No quería que él la viera llorar.

—Los alemanes todavía no han llegado a Luga —añadió Alexandr, más calmado—. Tampoco han llegado a Tolmashevo. Intenta no preocuparte. Sólo te diré que el primer día de la guerra, perdimos mil doscientos aviones.

—No sabía que teníamos mil doscientos aviones.

—Más o menos esa cantidad.

—Entonces, ¿qué haremos nosotros?

—¿Nosotros? —Alexandr la miró, un tanto desconcertado—. Ya te lo dije, Tania. Márchate de Leningrado.

—Y yo te dije que mi familia no se irá sin Pasha.

Caminaron durante un rato en silencio.

—¿Estás cansada? —le preguntó él, en voz baja—. ¿Quieres irte a casa?

«Estoy cansada, y no quiero irme a casa».

Al ver que Tatiana no le respondía, Alexandr añadió:

—¿Quieres ir caminando hasta el puente del Palacio? Creo que aún queda una heladería abierta cerca del río.



Después de comprar los helados, Alexandr y Tatiana continuaron caminando a lo largo del Neva, en dirección al oeste, hacia el ocaso y por delante del esplendor verde y blanco del Palacio de Invierno. En aquel momento, Tatiana vio a un hombre al otro lado de la calle, y se detuvo bruscamente.

Un hombre alto, delgado, de mediana edad, con una larga barba canosa, estaba delante del museo del Hermitage con una expresión del más absoluto desconsuelo.

Tatiana reaccionó inmediatamente ante aquella expresión. ¿Qué podía provocar semejante expresión en un hombre? Estaba junto a la trasera de un camión militar, y miraba atentamente a los jóvenes que salían del museo cargados con grandes cajones de madera. El hombre miraba los cajones con un pesar tremendo, como si estuviera viendo la marcha de su primer amor.

—¿Quién es aquel hombre? —preguntó, tremendamente conmovida por su expresión.

—Es el conservador del Hermitage.

—¿Por qué mira los cajones de esa manera?

—Son la única pasión de su vida. No sabe si volverá a verlos de nuevo alguna vez.

Tatiana miró al hombre. Le entraron unas ganas tremendas de acercarse y consolarlo.

—Tendría que tener un poco más de fe, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo contigo, Tania. —Alexandr sonrió—. Tendría que tener un poco más de fe. En cuanto se acabe la guerra, volverá a ver sus cajones otra vez.

—Por la manera que los mira, en cuanto se acabe la guerra, él mismo se encargará de traerlos de vuelta —declaró Tatiana. Había cuatro

vehículos blindados delante del museo—. ¿Qué crees que está pasando?

Alexandr no respondió, pero le indicó con un gesto que no perdiera de vista la escena. Al cabo de un momento, aparecieron otros cuatro hombres a través de las grandes puertas verdes cargados con cajones que bajaron por la rampa. Los cajones tenían agujeros.

—¿Pinturas?

El teniente asintió.

—¿Cuatro camiones de pinturas?

—Eso no es nada. Estoy seguro de que es sólo una pequeñísima parte del cargamento total.

—Alexandr, ¿por qué se llevan los cuadros del Hermitage?

—Porque estamos en guerra.

—¿Así que por eso se llevan las obras de arte? —preguntó Tatiana, indignada.

—Sí.

—Si les preocupa tanto que Hitler llegue a Leningrado, ¿por qué no se llevan a la gente?

Alexandr le sonrió de una manera que ella casi se olvidó de la pregunta.

—Tania, ¿quién quedaría para combatir contra los nazis si la gente se va? Los cuadros no pueden luchar por Leningrado.

—Espera, nosotros no estamos entrenados para combatir.

—No, pero nosotros sí. Por eso estoy aquí. Nuestra guarnición cuenta con miles de soldados. Levantaremos barricadas por toda la ciudad y lucharemos. Primero enviaremos a los *frontovik*.

—¿Quieres decir a Dimitri?

—Sí, a él. Lo mandaremos a la calle con un arma. Cuando él esté muerto, me mandarán a mí, con un tanque, como el que tú estás fabricando para mí. Cuando yo esté muerto, estén destruidas todas las barricadas y no queden más tanques ni armas, te enviarán a ti con piedras.

—¿Qué pasará cuando yo esté muerta?

—Tú eres la última línea de defensa. Cuando tú estés muerta, Hitler desfilará por Leningrado de la misma manera que desfiló por París. ¿Lo

recuerdas?

—Eso no es justo. Los franceses no lucharon —replicó Tatiana, con tono lúgubre, ansiosa por estar ahora mismo en cualquier otro lugar menos delante de los hombres que cargaban los cuadros del Hermitage en los camiones blindados.

—Ellos no lucharon, Tania, pero tú sí que lucharás. Por cada metro de calle y por cada una de las casas. Y cuando tú caigas...

—El arte estará a salvo.

—¡Sí! El arte estará a salvo —exclamó Alexandr, emocionado—, y algún artista pintará un cuadro precioso, inmortalizándote a ti, con un garrote en la mano alzada, dispuesta a golpear a un tanque alemán que está a punto de aplastarte, todo contra el fondo de la estatua ecuestre de Pedro el Grande. Colgarán el cuadro en el Hermitage, y cuando estalle la siguiente guerra, el conservador volverá a plantarse en la calle, llorando al ver que se llevan sus cajas.

Tatiana miró a los hombres que desaparecían detrás de las puertas verdes y que volvían a bajar la rampa con más cajas al cabo de unos minutos.

—Haces que parezca muy romántico —comentó—. Como si valiera la pena morir por Leningrado.

—¿Para salvar a la Madre Rusia de Hitler y para Stalin? —preguntó Alexandr—. ¿No vale la pena?

—Quizá después de todo no sea tan malo ser nazi. —Tatiana levantó el brazo derecho extendido—. Podemos saludar al Führer. Ahora saludamos al camarada Stalin, ¿no? —Levantó el brazo doblado—. No seremos libres. Seremos esclavos. Pero ¿y qué? Tendremos comida. Estaremos vivos. La vida libre es mejor, pero cualquier vida es mejor que estar muerto. ¿Tengo razón? —Tatiana esperó la respuesta del oficial. Al ver que él la miraba con ojos de asombro, añadió—: No podremos ir a otros países, pero tampoco podemos ahora. ¿Quién quiere ir a las chabolas del disoluto mundo libre occidental, donde la gente se mata por cincuenta...?, ¿cómo es? ¿Céntimos? ¿No es eso lo que nos enseñan en las escuelas soviéticas? —Tatiana miró a Alexandr a los ojos—. Sabes, quizá prefiera

morir delante del Jinete de Bronce con una piedra en la mano, y dejar que algún otro disfrute de una vida libre con la que yo ni siquiera puedo soñar.

—Sí, es lo que harías —afirmó con voz ronca.

En un gesto tan desesperado como tierno, apoyó la palma de la mano en la piel de Tatiana, directamente debajo de la garganta. Tenía la palma tan grande que la tapaba desde la clavícula hasta el comienzo de los pechos. Su corazón casi voló a su mano.

Tatiana lo miró, indefensa, y vio cómo se inclinaba hacia ella, pero en aquel momento un guardia se acercó al bordillo y les gritó desde el otro lado de la calle:

—¡Eh, ustedes dos, muévanse! ¡Venga! ¿Qué están mirando? ¡Aquí no hay nada que ver! ¡Ya está bien! ¡Largo, largo!

Alexandr apartó la mano y se volvió para mirar furioso al guardia, quien se alejó, murmurando que los oficiales del Ejército Rojo debían respetar la ley como todos los demás.

Cuando se despidieron al cabo de unos minutos, no hablaron de lo que había ocurrido, pero Tatiana fue incapaz de mirar a Alexandr, cosa que no tuvo mayor trascendencia, porque el teniente tampoco la miró a ella.

Tatiana llegó a su casa, cenó a toda prisa un plato de patatas y cebollas, y después subió a la terraza y miró el cielo atenta a la aparición de aviones enemigos, pero los bombarderos podrían haber aparecido y arrasado la ciudad sin que ella se diera cuenta, porque lo único que veía Tatiana eran los ojos apasionados de Alexandr, y lo único que sentía era la mano tibia del teniente sobre su palpitante corazón.

La inocencia de Tatiana se perdió en algún momento de aquellas semanas. La inocencia de la sinceridad se esfumó para siempre, porque ella sabía que de ahora en adelante viviría en el engaño. Mentiría en su casa, en la cama, cada vez que su pie tocara el pie de Dasha. Por lo que sentía por él.

Pero lo que Tatiana sentía por Alexandr era verdadero.

Lo que Tatiana sentía por Alexandr no hacía el menor caso de los reproches de la conciencia.

Caminar por Leningrado noche blanca tras noche blanca, el amanecer y el ocaso que se fundían juntos como mineral de platino, pensó Tatiana, de espaldas a la pared, otra vez de cara a la pared, de cara a la pared como siempre. Alexandr, mis noches, mis días, cada uno de mis pensamientos. Te separarás de mí dentro de muy poco. Volveré a ser un todo, y saldré a buscar a algún otro, como hace todo el mundo.

Pero he perdido la inocencia por siempre jamás.

12

Dos días más tarde, el segundo domingo de julio, Alexandr y Dimitri, vestidos de paisano, fueron a buscar a Tatiana y Dasha. Alexandr vestía pantalón de lino negro y camisa de manga corta blanca. Tatiana no lo había visto nunca antes con una camisa de manga corta, no había visto nunca antes su piel más allá de la cara y las manos. Tenía los antebrazos musculosos y bronceados. Iba recién afeitado. Nunca le había visto recién afeitado. Al atardecer siempre tenía sombra de barba. Tatiana pensó, con el corazón desbocado, que era increíblemente guapo.

—¿Adónde os gustaría ir, chicas? Vayamos a algún lugar especial — propuso Dimitri—. Vayamos a Peterhof.

Prepararon una cesta con comida y salieron para ir a tomar el tren en la estación Varsovia. Peterhof se encontraba a una hora de viaje. Los cuatro caminaron unos minutos a lo largo del canal Obvodnoi donde Alexandr y Tatiana paseaban todos los días, Tatiana caminaba en silencio. En una ocasión, cuando Alexandr bajó de la acera y se adelantó con Dasha, el brazo desnudo del teniente rozó su brazo desnudo.

—Tania, dile a Dima y Alexandr cómo llamas tú a Peterhof. Venga, díselo —le rogó Dasha.

La voz de la hermana sacó a Tatiana de su ensimismamiento.

—¿Qué? Ah, sí. Lo llamo el Versalles de la Unión Soviética.

—Cuando Tania era pequeña quería ser una reina y vivir en el Gran Palacio, ¿no es así, Tanechka?

—Mmm.

—¿Cómo te llamaban los chicos en Luga?

—No lo recuerdo, Dasha.

—Te llamaban con un apodo muy gracioso. La reina de... la reina de... Tatiana miró a Alexandr, quien le devolvió la mirada.

—Tania —preguntó Dimitri—, ¿cuál hubiese sido tu primer acto como reina?

—Restaurar la paz en el reino, y después decapitar a todos los opositores.

Todos se echaron a reír.

—Te he echado mucho de menos, Tania —dijo Dimitri.

Alexandr dejó de reír y miró a través de la ventanilla. Tatiana hizo lo mismo. Estaban sentados en diagonal en asientos enfrentados.

—Tania, ¿por qué no llevas el pelo suelto? —prosiguió el soldado, rozando con la mano la cola de caballo—. Te vi una vez con el pelo suelto. Te quedaba precioso.

—Dima, olvídale. Es muy cabezota —intervino Dasha—. Mira que se lo decimos una y otra vez. ¿Para qué te dejas el pelo tan largo si después no lo quieres llevar suelto? Pero, nada, ni por esas, ¿verdad, Tania? —Dasha sonrió.

—Ni por esas, Dasha —respondió Tatiana, que echaba de menos su pared, cualquier cosa, para ocultar su rostro arrebolado de la mirada serena de Alexandr.

—Suéltate el pelo, Tanechka —le rogó Dimitri—. Venga, suéltatelo.

—Adelante, Tania —dijo Dasha.

Tatiana quitó lentamente la goma que sujetaba la cola de caballo y se volvió hacia la ventanilla. No dijo palabra hasta que llegaron a su destino.

En Peterhof renunciaron a una visita guiada. Pasearon por el palacio y por los jardines impecables, hasta que encontraron un lugar a la sombra de los árboles cerca de la enorme fuente de la Cascada.

Disfrutaron de la comida, que consistió en huevos duros, pan y queso. Dasha había traído vodka, y ella, Alexandr y Dimitri bebieron de la botella. Tatiana no quiso beber. Después todos fumaron excepto Tatiana.

—Tania —preguntó Dimitri—, no bebes ni fumas. ¿Qué haces?

—¡Volteretas! —exclamó Dasha—. ¿No es así, Tania? En Luga, Tania le enseñaba a todos los chicos a dar volteretas.

—¿A todos los chicos? —preguntó Alexandr.

—Sí, sí —manifestó Dimitri—. ¿Había chicos en Luga?

—Estaban como moscas alrededor de Tania.

—¿De qué estás hablando, Dasha? —replicó Tatiana, muy avergonzada. Evitó la mirada de Alexandr.

Dasha pellizcó el muslo de su hermana.

—Tania, cuéntale a Dima y Alexandr cómo aquellas bestias salvajes nunca te dejaban en paz. —Soltó una carcajada—. Eras como la miel para los osos.

—Sí, cuenta, cuenta —dijo Dimitri.

Alexandr permaneció en silencio.

—Dasha, yo tenía siete años —aclaró Tatiana, con el rostro encarnado—. Éramos todo un grupo de chicas y chicos.

—Sí, y los chicos no se apartaban de ti ni un segundo —afirmó Dasha, mirando a su hermana con una expresión de orgullo—. Nuestra Tania era una niña preciosa. ¡Tenía los ojos redondos como botones, las mismas pecas que ahora y el pelo tan rubio que parecía platino! ¡Era como una pelota de sol blanca rodando por Luga! Las señoras mayores no podían quitarle las manos de encima.

—¿Sólo las señoras mayores? —preguntó Alexandr, con una voz plácida.

—Da una voltereta, Tania —le pidió Dimitri, con la mano apoyada en la espalda de ella—. Enséñanos lo que sabes hacer.

—¡Sí, Tania! —exclamó Dasha—. Venga. Éste es el lugar perfecto para hacerlo, ¿no te parece? Aquí delante de un palacio majestuoso, las fuentes, el césped tan verde, las gardenias en flor...

—Los alemanes en Minsk —le interrumpió Tatiana, que procuraba no mirar a Alexandr, tendido en la manta, apoyado en un codo. Se le veía tan relajado, tan casero... Sin embargo, al mismo tiempo, absolutamente intocable e inalcanzable.

—Olvídate de los alemanes —manifestó Dimitri—. Éste es el lugar para el amor.

Eso era precisamente lo que le daba tanto miedo.

—Venga, Tania, no te hagas rogar —dijo Alexandr con un tono suave mientras se sentaba con las piernas en la posición del loto—. Veamos esas famosas volteretas. —Encendió un cigarrillo.

—Nunca has dicho que no a una voltereta —le recordó Dasha, para animarla.

Hoy Tatiana quería decir que no. Exhaló un suspiro y se levantó de la vieja manta.

—De acuerdo. Aunque, francamente, creo que mi prestigio como reina quedará por los suelos si mis súbditos me ven dando volteretas.

Tatiana llevaba un vestido, no *el* vestido, sino otro de verano color rosa. Se apartó unos cuantos metros. Desde esa distancia veía cómo la mirada de Alexandr la engullía.

—¿Estáis preparados? ¡Mirad!

Adelantó el pie derecho y se lanzó hacia delante hasta que la mano derecha tocó el suelo, como punto de apoyo para el arco perfecto que trazó su cuerpo por el aire hasta que fue la mano izquierda la que tocó el suelo, y Tatiana continuó dando volteretas sin respirar, y con el pelo al aire, en una trayectoria recta que la llevaba a través de la hierba hacia el Gran Palacio, hacia la infancia y la inocencia, lejos de Dimitri, Dasha y Alexandr.

Mientras regresaba, con el rostro enrojecido y el pelo alborotado, se permitió mirar el rostro de Alexandr por un momento. Todo lo que deseaba ver estaba allí.

Dasha se echó a reír mientras se apoyaba en Alexandr.

—¿Qué te había dicho? Tiene talentos ocultos.

Tatiana agachó la cabeza y se sentó en la manta.

—Tania, ¿qué otras cosas guardas en tu caja de sorpresas? —preguntó Dimitri, mientras le masajeaba suavemente la espalda.

—Eso es todo —contestó ella, con un tono un poco seco.

Durante unos momentos el grupo permaneció en silencio, hasta que Dimitri preguntó:

—Dasha, Tania, para vosotras ¿cuál sería la definición del amor?

—¡Dima! ¿Quién quiere saberlo? —Dasha le sonrió a Alexandr.

—No es más que una pregunta, Dasha. —Dimitri bebió un trago de vodka—. Éste es un buen lugar, un domingo precioso, para hacer esa pregunta. —Le sonrió a Tatiana.

—No lo sé. Alexandr, ¿debo responderla? —le preguntó Dasha.

—Respóndela si quieres —dijo Alexandr, que se encogió de hombros al tiempo que soltaba una bocanada de humo.

Tatiana pensó que la manta era demasiado pequeña para los cuatro. Ella estaba sentada en la posición del loto; Dima, a su izquierda, boca abajo, y Alexandr y Dasha delante de ella. Su hermana reclinada en el teniente.

—De acuerdo. A ver... amor es... —comenzó Dasha—. Ayúdame, por favor, Tania.

—Dasha, tú puedes hacerlo. Sé que puedes. —Tatiana no quería mencionar que Dasha tenía muchísima experiencia.

—Mmmm... amor. Amor es cuando él viene a la hora que dijo que vendría. —Tocó a Alexandr—. Amor es cuando él llega tarde pero dice que lo lamenta. —Sonrió—. Amor es cuando él no mira a ninguna otra chica aparte de mí. —Le dio un par de empujoncitos—. ¿Qué te ha parecido?

—Muy bien, Dasha.

Tatiana carraspeó.

—¡Tania! ¿Qué? ¿Tú no estás satisfecha? —preguntó Dasha.

—No, no. Está muy bien. —Pero la provocadora vacilación se notó claramente en su voz.

—¿Qué, listilla? ¿Qué no he dicho?

—Dasha, lo has dicho todo. Pero a mí me dio la impresión de que describías lo que es ser amado. —Hizo una pausa. Nadie la aprovechó—. ¿No es amor lo que tú le das, y no lo que él te da? ¿Hay alguna diferencia? ¿Estoy completamente equivocada?

—Completamente —afirmó Dasha, con una sonrisa—. ¿Tú qué sabes?

—Nada —admitió Tatiana, sin mirar a nadie.

—Tanechka —intervino Dimitri—. ¿Tú qué crees que es el amor?

Tatiana tuvo la sensación de que le estaban tendiendo una trampa.

—¿Tania? Di algo. ¿Qué significa el amor para ti? —insistió el soldado.

—Adelante, Tania —dijo Dasha—. Dile a Dimitri lo que significa el amor para ti. —Después añadió con un tono afectuoso y también un tanto risueño—: Veamos, para Tania el amor es que la dejen sola todo el verano para leer en paz. El amor es dormir hasta tarde, ese es el amor número uno. El amor es el helado de *crème brûlée*; no, ese es el amor número uno. Tania, di la verdad, si pudieras dormir hasta tarde todo el verano y leer mientras comes helado todo el día, ¿no sería el paraíso? —Dasha se rio—. El amor es, ah, ya lo sé, «*deda*». Él es el número uno. El amor es este Gran Palacio. El amor es contarnos todos esos chistes tontos para hacernos reír. El amor es Pasha, sí, él es claramente el número uno. El amor es ¡dar volteretas desnuda! —proclamó Dasha alegremente.

—¿Volteretas desnuda? —preguntó Alexandr con la mirada puesta en la muchacha.

—¿Podemos ver cómo las das? —dijo Dimitri.

—¡Oh, Tania! ¡Tendrían que verte cómo las das! Cuando estábamos en el lago Ilmen daba cinco volteretas desnuda en el agua. —En el rostro de Dasha había una expresión de deleite—. ¡Espera! ¡Eso es! Ése era el nombre que te habían puesto. Los chicos te llamaban la reina de las volteretas del lago Ilmen.

—Sí —asintió Tatiana, muy tranquila—. Ése era el nombre y no la reina de las volteretas desnuda del lago Ilmen.

Alexandr intentaba no reírse, Dasha y Dimitri se revolcaban en la manta.

Tatiana, con el rostro rojo como la grana, le tiró un trozo de pan a su hermana.

—Tenía siete años, Dasha —protestó.

—Ahora tienes siete años.

—Cállate.

Dasha tumbó a Tatiana y se le echó encima.

—Tania, Tania —chilló, mientras le hacía cosquillas—. Eres la chica más graciosa que conozco. —Acercó su rostro al de Tatiana—. Mira

cuántas pecas tienes. —Dasha las besó—. Cada día tienes más. Debes pasear mucho. No me digas que vuelves a casa caminando desde la Kirov.

—No, y quítate de encima. Pesas demasiado —replicó Tatiana. Consiguió apartarla a fuerza de hacerle cosquillas.

—Tania, no has respondido a la pregunta —le recordó Dimitri.

—Sí. Dejemos que Tania responda a la pregunta —dijo Alexandr.

Tatiana tardó unos segundos en recuperar el aliento.

—El amor es —comenzó por fin, y después con el corazón desbocado pensó en lo que podía decir y qué sería una mentira muy grande. ¿Qué sería la verdad? ¿Una verdad a medias, toda la verdad? ¿Cuánto podía decir en ese momento? Máximo sabiendo quién la escuchaba—. El amor es —repitió lentamente, con la mirada puesta en Dasha—, es cuando él tiene hambre, y tú le das de comer. El amor es saber cuándo tiene hambre.

—¿Qué dices, Tania, si tú ni siquiera sabes cocinar —exclamó Dasha—. El pobre se moriría de hambre.

—¿Qué pasará cuando esté caliente? —preguntó Dimitri—. ¿Qué harás entonces? —Se rio con tantas ganas que le dio un ataque de hipo—. ¿Amor es saber cuándo está caliente? ¿Y darle de comer?

—Cállate, Dimitri —dijo Alexandr.

—Dima, eres un patán —le reprochó Dasha—. No tienes clase. —Se volvió hacia Alexandr, sonrió, lo empujó cariñosamente y le dijo con una voz ansiosa—: Muy bien, ahora es tu turno.

Tania, sentada como un Buda de piedra, miró más allá del teniente, en dirección al Gran Palacio. Pensó en la sala del trono dorado y todos los sueños que había tenido en Peterhof cuando era una niña.

—El amor es que devuelvan amor.

Tatiana, con los labios temblorosos, no podía apartar la mirada del Palacio de Verano de Pedro el Grande.

—Eso es muy bonito, Alexandr —manifestó Dasha, complacida.

Sólo cuando todos se levantaron y recogieron la manta para ir a la estación, Tatiana cayó en la cuenta de que nadie le había pedido a Dimitri que definiera el amor.



Aquella noche, mientras se volvía de cara a la pared, se sintió dominada por el más terrible de los remordimientos. Darle la espalda a Dasha de esa manera era admitir lo inadmisibile, aceptar lo inaceptable, perdonar lo imperdonable. Darle la espalda significaba que el engaño se convertiría en su manera de vivir, mientras tuviera una pared oscura a la que volverse.

¿Cómo podía Tatiana tener una vida, respirar en una vida en la que dormiría cada noche de espaldas a su hermana? Su hermana que la había llevado a buscar setas en Luga doce años atrás con sólo un cesto, sin cuchillo ni una bolsa de papel; «Para que las setas no tengan miedo», le había dicho Dasha. Su hermana, que le había enseñado a atarse los cordones de los zapatos cuanto tenía cinco años, y a montar en bicicleta a los seis, a masticar tréboles. Su hermana, que la cuidaba todos los veranos, que encubría todas sus travesuras, que cocinaba para ella, le hacía las trenzas y la bañaba cuando era pequeña. Su hermana, que una noche la había llevado con ella, para que viera cómo los chicos se comportaban con las chicas. Tatiana se había quedado muy quieta arrimada a una pared de Nevski Prospekt, entretenida en comerse su helado, mientras los chicos mayores besaban a las chicas mayores. Dasha no volvió a llevarla con ella nunca más, y desde aquella noche la protegió más que nunca.

Tatiana no podía continuar así ni un solo día más.

Tenía que pedirle a Alexandr que dejara de ir a esperarla a la salida de la fábrica.

Tatiana se sentía de una manera. Eso era indiscutible. Pero tenía que comportarse de otra. Eso también era indiscutible.

Se volvió hacia Dasha y acarició suavemente los largos rizos de su hermana.

—Que agradable, Tanechka —murmuró Dasha.

—Te quiero, Dasha —susurró Tatiana, mientras sus lágrimas empapaban la almohada.

—Mmmm, yo también te quiero. Duerme.

Y mientras su mente repasaba la ley inexorable de lo bueno y lo malo, Tatiana susurraba su nombre al ritmo marcado por los latidos de su corazón. Shu-ra, Shu-ra, Shu-ra.

13

El lunes siguiente a la excursión a Peterhof, cuando un Alexandr sonriente se encontró con una Tatiana seria a la salida de la Kirov, ella le dijo antes de saludarle siquiera:

—Alexandr, no puedes venir aquí nunca más.

La sonrisa desapareció del rostro del teniente, que permaneció delante de ella sin decir ni una palabra, hasta que por fin le hizo un gesto como invitándola a moverse.

—Venga, caminemos.

Caminaron la larga manzana hasta Govorova.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alexandr, con la mirada baja.

—Alexandr, no puedo seguir con esto. Simplemente no puedo.

Él no le respondió.

—No puedo hacerlo —insistió Tatiana, fortalecida por la acera de cemento debajo de sus pies. Se alegró de que estuvieran caminando, porque así no tenía que mirarlo a la cara—. Me resulta demasiado duro.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Pasmada por la pregunta, guardó silencio. No podía decir en voz alta ninguna de sus respuestas.

—Sólo somos amigos, Tania, ¿no es así? —manifestó el oficial, en voz baja—. Buenos amigos. Vengo porque sé que estás cansada. Has tenido un día muy largo, el camino hasta tu casa también es muy largo y todavía te queda por delante una larga velada. Vengo porque algunas veces sonrías cuando estás conmigo, y creo que eres feliz. Por eso vengo. No es para tanto.

—¡Alexandr! —exclamó Tatiana—. Hacemos ver que no es para tanto. Pero, por favor. —Respiró profundamente—. ¿Por qué entonces no le decimos a Dasha que me acompañas a casa desde la fábrica? ¿Por qué nos separarnos cada día cuando faltan todavía tres manzanas hasta mi edificio?

—Dasha no lo comprendería —manifestó él, con voz pausada—. Lastimaría sus sentimientos.

—Por supuesto que sí. ¡Es lo lógico!

—Tania, esto no tiene nada que ver con Dasha.

Los esfuerzos de Tatiana por conservar la calma hicieron que sus manos se quedaran sin sangre de tanto apretar los puños.

—Alexandr, esto tiene mucho que ver con Dasha. No puedo acostarme con ella noche tras noche en la misma cama, muerta de miedo. Por favor.

Llegaron a la parada del tranvía. Alexandr se detuvo delante de ella.

—Tania, mírame.

—No —contestó ella. Volvió la cabeza en otra dirección.

—Mírame —insistió el teniente, que la cogió de las manos.

Ella le miró. El contacto de sus manos tan grandes era todo un consuelo. Necesitaba que él le devolviera el aliento.

—Tania, mírame y dime: «Alexandr, no quiero que vengas a buscarme nunca más».

—Alexandr —susurró Tatiana—, no quiero que vengas a buscarme nunca más.

Él no le soltó las manos, y Tatiana no hizo nada por apartarlas.

—Después de lo de ayer, ¿no quieres que venga nunca más? —le preguntó Alexandr, con la voz quebrada.

Tatiana fue incapaz de mirarlo mientras le respondía:

—Sobre todo, después de lo de ayer.

—¡Tania, vamos a decírselo! —le propuso él bruscamente.

—¿Qué? —Le pareció que no había oído bien.

—¡Sí! ¡Vamos a decírselo!

—¿Decirle qué? —preguntó Tatiana, con la sensación de tener la lengua helada por el miedo. Se estremeció—. No hay nada que decirle.

—¡Tatiana, por favor! —Los ojos de Alexandr la miraron centelleantes—. Digamos la verdad y vivamos con las consecuencias. Obremos como personas sinceras. Ella se lo merece. Acabará mi relación con ella y entonces...

—¡No! —Tatiana intentó apartar las manos—. Por favor, no. Por favor. Sería una infamia. —Hizo una pausa—. Tenemos que pensar en las otras personas.

—¿Qué me dices de nosotros? —Él le apretó las manos—. Tania —susurró—, ¿qué me dices de tú y yo?

—¡Alexandr! —Tenía los nervios al rojo vivo—. Por favor.

—¡Ya está bien de tanto «por favor»! —exclamó Alexandr—. Estoy harto de todo esto, todo porque no quieres actuar de un modo honorable.

—¿Desde cuándo es honorable herir a otras personas?

—Dasha lo superará.

—¿Lo superará Dimitri? —Al ver que Alexandr no le respondía, insistió—: ¿Lo superará Dimitri?

—Deja que yo me preocupe de Dimitri, ¿de acuerdo?

—Y te equivocas. Dasha no lo superará. Cree que eres el amor de su vida.

—Está en un error. Ni siquiera me conoce.

Tatiana no podía seguir escuchándolo. Apartó las manos.

—No, no. No digas nada más.

—Soy un soldado del Ejército Rojo. No soy un médico en Estados Unidos. No soy un científico en Gran Bretaña. Soy un soldado en la Unión Soviética. Puedo morir en cualquier minuto de mil maneras diferentes. Éste podría ser el último minuto que tendremos juntos. ¿No lo quieres pasar conmigo?

—Ahora mismo, lo único que quiero es meterme en la cama —respondió ella, como si las palabras del teniente la hubiesen hipnotizado.

—¡Sí! —exclamó él, anhelante—. ¡Métete en la cama conmigo!

Tatiana sacudió la cabeza, conmovida.

—No tenemos ningún lugar donde ir —susurró.

Alexandr se acercó y apoyó las manos sobre las mejillas de Tatiana mientras le decía con voz temblorosa pero decidida:

—Encontraremos una solución, Tatiasha, te lo prometo. Ya lo verás.

—¡No! —gritó ella.

El teniente bajó las manos.

—Creo que me has entendido mal —tartamudeó la muchacha—. Quiero decir que no hay futuro para nosotros.

Alexandr desvió la mirada. Ella lo imitó.

—Dasha es mi hermana. ¿Por qué no lo puedes entender? No le romperé el corazón a mi hermana.

—De acuerdo, ya me lo has dicho —manifestó Alexandr. Se apartó—. Habrá otros chicos, pero nunca otra hermana. —Sin decir nada más, se volvió y comenzó a caminar.

Tatiana corrió tras él.

—¡Alexandr, espera!

Él continuó caminando. Tatiana no podía mantenerse a la par.

—¡Por favor, espera! —le gritó. Se apoyó en la pared de un edificio con la fachada amarilla—. Por favor, vuelve —susurró.

Alexandr volvió junto a la muchacha.

—Vamos —dijo con una voz átona—. Tengo que regresar al cuartel.

—Escúchame —insistió Tatiana—. Si lo dejamos ahora, al menos no habrá que decirle nada a las personas cercanas a nosotros, que confían en que no los traicionemos. Dasha...

—¡Tatiana! —Alexandr se le acercó tan bruscamente que ella se apartó de la pared y a punto estuvo de caer al suelo. El teniente la sujetó por el brazo—. ¿De qué estás hablando? —le preguntó, furioso—. La traición es un hecho objetivo. ¿Crees que sencillamente porque no se lo hayamos dicho todavía no es una traición?

—Calla.

—¿Crees que cuando no me miras porque tienes miedo de que los demás vean lo mismo que yo, no es una traición? ¿Cuando se te ilumina el rostro al salir de la fábrica y corres hacia la parada? ¿Cuando te sueltas el

pelo y te tiemblan los labios? ¿Nada de eso te traiciona? —Alexandr jadeaba.

—¡Cállate! —repitió ella con el rostro enrojecido, alterada, ansiosa por separarse del hombre.

—Tatiana, cada uno de los minutos que has pasado conmigo, le has mentado a tu hermana, a Dimitri, a tus padres, a Dios y a ti misma. ¿Cuándo dejarás de hacerlo?

—Alexandr, déjame —susurró Tatiana.

El teniente la soltó.

—Tienes toda la razón —admitió Tatiana, con la voz ahogada por la emoción—. Pero no me he mentado a mí misma. Por eso no puedo seguir con esto. Por favor, no quiero pelear contigo, y no tengo fuerzas para herir a Dasha. No tengo fuerzas para hacer nada de esto.

—¿Fuerzas o deseo, Tania?

—Fuerzas —contestó ella, extendiendo las manos en un gesto de súplica—. Nunca me he mentado de esta manera en toda mi vida. —Al darse cuenta de lo que acababa de admitir, se ruborizó, pero ¿qué podía hacer? Tenía que continuar—. No tienes idea de lo que me cuesta cada día, cada minuto, cada noche ocultárselo a Dasha. La mirada en blanco, los labios apretados, mi aparente despreocupación. ¿Tienes alguna idea de lo que me cuesta?

—La tengo —afirmó él, el más severo de los soldados—. Soy quien sabe la verdad. Por eso quiero acabar con esta farsa.

—Acabarla y después, ¿qué? —exclamó Tatiana, furiosa—. ¿Lo tienes todo pensado? —Alzó la voz—. Acabarla y después, ¿qué? ¡Yo soy quien tiene que seguir viviendo con Dasha! —Se rio con amargura—. ¿Qué te imaginas? ¿Crees que podrás venir a verme después de acabar con ella? ¿Crees que después de decírselo a él, y que yo se lo diga a ella, podrás venir a casa a cenar tan tranquilo? ¿Conversar con mi familia? Alexandr, ¿qué pasará conmigo? ¿Adónde se supone que debo ir? ¿Al cuartel contigo? ¿No comprendes que duermo en la misma cama que ella? ¡No tengo ningún otro lugar donde ir! —gritó—. ¿No lo entiendes? Puedes

hacer lo que quieras, puedes acabar con Dasha, pero si lo haces, no podrás volver a verme nunca más.

—No me amenes, Tatiana —dijo Alexandr con un tono muy alto y una mirada furiosa—. Creía que ese era el objeto de todo esto.

Tatiana gimió, a punto de echarse a llorar.

—De acuerdo, no te alteres —añadió él, más calmado.

Le acarició el brazo.

—¡Entonces deja de alterarme!

El teniente apartó la mano.

—Continúa con tu vida —manifestó Tatiana—. Eres un hombre. — Bajó la mirada—. Sigue con Dasha. Es la que más te conviene. Ella es una mujer y yo soy...

—¡Ciega! —exclamó Alexandr.

Tatiana miró a lo largo de Ulitsa Govorova, mientras fracasaba lamentablemente en la batalla que se libraba en su corazón.

—Oh, Alexandr, ¿qué quieres de mí?

—¡Todo! —susurró él con fiereza.

Tatiana meneó la cabeza. Apretó los puños contra el pecho.

—Tatia, te lo pregunto por última vez —dijo Alexandr. Le acarició el pelo.

—Y yo te lo digo por última vez —replicó ella, casi sin poder pronunciar las palabras.

Alexandr dejó de tocarla. Entonces ella dio un paso adelante y apoyó una mano suavemente sobre su brazo.

—Shura, no soy la dueña de la vida de Dasha. No puedo sacrificar la vida de mi hermana. No puedo hacerlo sólo para complacernos.

—Entendido, lo has dejado bien claro. —Alexandr apartó el brazo—. Ahora comprendo que me equivoqué contigo. Pero te lo digo, lo haré a mi manera, no a la tuya. Romperé con Dasha, y no volverás a verme nunca más.

—No, por favor.

—Vete —dijo Alexandr—. Aléjate de mí. Vete a tu casa. Ve con tu Dasha.

—Shura... —suplicó ella, angustiada.

—No me llames así. —Su voz era fría. Se cruzó de brazos—. Vete. Venga.

Tatiana parpadeó. Todas las noches, cuando se separaban, le costaba tanto respirar que sus pulmones parecían haberse quedado donde estaba Alexandr. Se sentía físicamente vacía en su ausencia. En su casa se rodeaba de los demás para sentirlo menos, para desearlo menos. Pero todas las noches, invariablemente, Tania se acostaba con su hermana en la misma cama y todas las noches se volvía hacia la pared y rezaba para tener fuerza.

«Puedo hacerlo —pensó—. He pasado diecisiete años con Dasha y sólo tres semanas con Alexandr. Puedo hacerlo. Sentir de una manera. Comportarme de una manera».

Tatiana se marchó.

14

Fiel a su palabra, la siguiente vez que Dasha fue a verle, Alexandr la llevó a dar un corto paseo y le dijo que sería mejor que no se vieran durante algún tiempo porque necesitaba pensar mejor las cosas. Dasha lloró, algo que a él le molestó, porque detestaba ver llorar a una mujer, y ella le suplicó, algo que a él tampoco le agradaba. Pero no cedió. Alexandr no podía decirle a Dasha que estaba furioso con su hermana pequeña. Furioso con una chiquilla tímida que le cabía en la palma de la mano si se agachaba, pero que no estaba dispuesta a ceder ni un palmo, ni siquiera por él.

Al cabo de unos días, Alexandr se sintió casi feliz de no ver el hermoso rostro de Tatiana. Se enteró de que los alemanes sólo estaban a dieciocho kilómetros al sur de la mal defendida línea del Luga, que a su vez se encontraba sólo a dieciocho kilómetros al sur de Tolmashevo. Las informaciones recibidas en el cuartel eran que los alemanes habían arrasado la ciudad de Novgorod en cuestión de horas. Novgorod, la ciudad al sudeste de Luga, donde Tatiana había dado volteretas en el lago Ilmen.

El ejército de voluntarios, aunque sumaba decenas de miles de miembros aún no había acabado de cavar las trincheras en Luga.

Para prevenirse de la amenaza de los finlandeses, todos los esfuerzos se habían concentrado en el norte de Leningrado: habían minado los campos, construido trampas antitanques y colocado barreras de cemento. La frontera finlandesa-rusa en el sur de Carelia era la zona mejor defendida de la Unión Soviética y la más tranquila. Dimitri debía estar feliz, pensó Alexandr. Sin embargo, el arrollador avance de las tropas de Hitler por el sur de Leningrado había cogido por sorpresa al Ejército Rojo.

Se habían lanzado a construir una línea defensiva de ciento veinticinco kilómetros a lo largo del río Luga, desde el lago Ilmen hasta Narva. Había unas cuantas trincheras, algunas piezas de artillería, un puñado de trampas antitanques, pero eran como gotas en el mar. El alto mando de Leningrado, consciente de que había que hacer algo y hacerlo inmediatamente, ordenó el traslado de las defensas de cemento desde Carelia al Luga.

Mientras tanto, el Ejército Rojo se retiraba tras días y días de constantes combates.

No se trataba de una simple retirada. Había cedido quinientos kilómetros en las tres primeras semanas de guerra. Carecían de apoyo aéreo y los pocos tanques eran insuficientes, a pesar de los esfuerzos de Tatiana. A mediados de julio, el ejército lanzó al combate a tropas armadas sólo con fusiles para enfrentarse a los *panzer*, la artillería móvil, los aviones y la infantería alemana. La Unión Soviética se estaba quedando sin armas y sin hombres.

La única esperanza de defender la línea del Luga eran los miles de voluntarios que carecían de instrucción militar y, todavía peor, de fusiles. No eran más que una muralla de hombres y mujeres que pretendían enfrentarse a la maquinaria nazi. Las armas de que disponían eran las que recogían de los soldados muertos. Algunos voluntarios tenían palas, hachas y picos, pero la mayoría ni siquiera eso.

Alexandr no necesitaba imaginarse lo que pasaría cuando intentaran atacar los tanques alemanes con palos. Lo sabía.

HUMO Y TRUENO

1

El mundo de Tatiana cambió después de que Alexandr dejara de ir a verla. Ahora era una de las últimas personas en marcharse del trabajo. Mientras cruzaba las puertas de la fábrica a paso lento, aún se volvía expectante, con la esperanza de ver su cabeza, su uniforme, su fusil, la gorra en las manos.

Tatiana caminaba a lo largo del muro de la Kirov. Contemplaba a los pasajeros que subían y bajaban de los autobuses. Esperaba a que él apareciera. Después caminaba los ocho kilómetros hasta Quinto Soviet, atenta a que apareciera en cualquier momento; se imaginaba que lo vería en la siguiente esquina. Cuando llegaba a su casa ya eran las once o más, y la cena que le había preparado su madre estaba fría. En casa todos estaban atentos a lo que decían en la radio, sin hablar, con un mismo pensamiento en la mente de todos: Pasha.

Una noche Dasha regresó a casa hecha un mar de lágrimas. Le dijo a Tatiana que Alexandr quería dejar de verla durante un tiempo. Lloró durante cinco minutos seguidos, mientras Tatiana le daba palmaditas de consuelo en la espalda.

—Pues yo no pienso renunciar, Tania —afirmó Dasha—. De ninguna manera. Significa demasiado para mí. Sé que le pasa algo. Creo que tiene miedo de comprometerse, como la mayoría de los soldados. Pero no voy a renunciar. Dice que necesita un poco más de tiempo para pensarlo y eso no es lo mismo que cortar para siempre, ¿verdad? Sólo hasta que tenga las cosas claras.

—No lo sé, Dashenka. —¿Quién decía que haría algo y después lo hacía? Tatiana no conocía a nadie que lo hiciera.

Dimitri vino a visitarla en una ocasión y pasaron una hora juntos con la familia. Tatiana estaba un tanto sorprendida de que no hubiese venido con más frecuencia, pero él le dio una excusa, que a ella le pareció bastante pobre. Dima parecía distraído. No sabía nada del avance alemán en la Unión Soviética. Cuando le dio un beso de despedida en la mejilla, parecía tan distante como Finlandia.

En la azotea, los chicos del edificio esperaban los bombardeos, ver cómo apagaban las bombas incendiarias. Pero no caía ninguna bomba. Sólo las risas de los chicos y los latidos de su corazón rompían el silencio de la noche.

En la azotea, Tatiana pensaba en el «minuto del atardecer», el minuto cuando atravesaba las puertas de la fábrica, volvía la cabeza a la izquierda incluso antes de girar el cuerpo, y buscaba su rostro. El «minuto del atardecer» cuando caminaba presurosa a lo largo del muro, con una expresión de felicidad en el rostro que le hacía curvar los labios hacia el cielo blanco, impulsada velozmente por las alas rojas, ansiosa por ver su rostro y sonreírle.

Por las noches se acostaba de cara a la pared, dándole la espalda a una Dasha que ya nunca estaba en casa.

Tatiana ya casi se había resignado a seguir soportando ese infierno, cuando una mañana los Metanov escucharon en la radio que los alemanes continuaban con su avance y que, a pesar de la resistencia de los heroicos soldados soviéticos, se encontraban cerca del Luga. No era ésta la noticia que dejó atónita a la familia y le impidió comer o hablar. Lo único que sabían era que Luga se encontraba a unos pocos kilómetros de Tolmashevo, donde Pasha estaría —no, estaba— sano y salvo en el campamento.

Si los alemanes estaban a punto de arrasar Luga, ¿qué pasaría con Tolmashevo? ¿Dónde estaba su hijo, su nieto, su hermano?

Tatiana intentó consolar a la familia con palabras huecas. «Está bien, no le pasará nada». Cuando aquello no funcionó, probó con: «Nos pondremos en contacto con él. Venga, mamá, no llores». Cuando eso tampoco dio resultado, lo intentó con: «Mamá, todo mi cuerpo me dice

que está bien. Es mi hermano mellizo. No le pasará nada». Ninguna de sus palabras dio resultado.

Siguieron sin tener noticias de Pasha, y Tatiana, a pesar de toda su aparente tranquilidad, comenzó a temer cada vez más por su hermano.

En el *Soviet* local no tenían noticias. Tampoco en el *Soviet* del distrito. Tatiana y su madre fueron allí juntas.

—¿Qué les puedo decir? —respondió la funcionaria, una mujer antipática y con un bigote casi masculino—. La información de que dispongo sólo dice que los alemanes están cerca del Luga. No dice ni una palabra de Tolmashevo.

—Entonces, ¿por qué nadie atiende cuando llamamos al campamento? —insistió la madre—. ¿Por qué no funcionan los teléfonos?

—¿Acaso tengo aspecto de ser el camarada Stalin? ¿Cree que tengo todas las respuestas?

—¿Podemos ir a Tolmashevo? —preguntó la madre.

—¿De qué me habla? ¿Quiere ir al frente? ¿Cree que puede tomar un autobús que la llevará al frente? Sí, claro. Le deseo buena suerte. —La mujer soltó una carcajada—. Natalia, ven aquí. No te lo pierdas.

Tatiana quiso responderle con dureza, pero le faltó coraje. Se marcharon, y la muchacha lamentó para sus adentros no haber insistido más en que trajeran a Pasha a casa.



Aquella noche, mientras Tatiana simulaba dormir de cara a la pared, con una mano apoyada en «El jinete de bronce», oyó los cuchicheos de sus padres. Primero oyó el llanto de su madre seguido por el murmullo de consuelo del padre antes de que él también se echara a llorar. Tatiana deseaba estar en cualquier parte menos donde estaba. Los cuchicheos continuaron, y, entre las palabras sueltas, escuchó algunas frases enteras.

—Quizás está bien —comentó la madre.

—Quizás —admitió el padre.

—Oh, Georg, no podemos perder a nuestro Pasha. No podemos —gimió la madre—. Es nuestro hijo.

—Nuestro hijo predilecto —añadió el padre—. Nuestro único hijo.

La madre sollozó. Tatiana oyó el roce de las sábanas y el ruido de su madre al sorberse los mocos.

—¿Qué Dios es éste que permite estas cosas?

—No hay Dios. Venga, Irina —dijo el padre, con tono consolador—. No hables tan alto. Despertarás a las chicas.

—No me importa —afirmó la madre, aunque bajó la voz de todas maneras—. ¿Por qué Dios no se lleva a una de ellas?

—Venga, Irina, no digas esas cosas. No es lo que sientes.

—¿Por qué, Georg, por qué? Sé que tú sientes lo mismo. ¿No darías a Tania a cambio de nuestro hijo? ¿O incluso a Dasha? Tania es tan débil y tímida, nunca llegará a nada.

—De todas maneras, tímida o no, ¿qué clase de vida puede tener aquí? —preguntó el padre.

—Ninguna como la de nuestro hijo —aseveró la madre—. No como la de nuestro Pasha.

Tatiana se tapó la cabeza con la manta para no escuchar nada más. Dasha dormía tranquilamente. Sus padres no tardarían en quedarse dormidos. Pero Tatiana siguió despierta y las palabras de su madre continuaron sonando en sus oídos con un estribillo machacón: «¿Por qué Dios no se lleva a Tania en lugar de Pasha?».

2

Al día siguiente, muerta de miedo, sin creer que fuera capaz de hacerlo, Tatiana fue a los cuarteles Pavlov. Le dijo al sargento Petrenko que la recibió con una sonrisa, que quería ver a Alexandr y esperó, apoyada en la pared, porque las piernas amenazaban con no sostenerla.

Al cabo de unos minutos, Alexandr cruzó la verja. Por un momento desapareció la expresión tensa de su rostro, pero sólo por un momento. Se le marcaban las ojeras.

—Hola, Tatiana —dijo con tono cortés y sin acercarse demasiado en el lóbrego y húmedo pasadizo—. ¿Todo va bien?

—Más o menos —replicó Tatiana—. ¿Cómo estás tú? Pareces un...

—Estoy perfectamente —la interrumpió el teniente—. ¿Cómo estás tú?

—No muy bien —admitió Tatiana, y de inmediato tuvo miedo de que Alexandr pensara que se refería a él—. Hay una cosa... —Hizo lo imposible para que no se le quebrara la voz. Estaba el miedo por Pasha, pero había algo más. No quería que Alexandr lo supiera. Intentaría ocultárselo.

—Alexandr, ¿hay alguna manera de que puedas averiguar algo sobre Pasha?

Él la miró con una expresión compasiva.

—Tania, ¿para qué?

—Por favor, ¿podrías hacerlo? Mis padres están desesperados.

—Más vale no saberlo.

—Por favor —insistió ella—. Papá y mamá necesitan saberlo. No pueden seguir viviendo con la duda. —«Yo necesito saberlo —pensó—. Yo

tampoco puedo seguir viviendo con la duda».

—¿Crees que les resultaría más fácil si lo supieran?

—Claro que sí. Siempre es mejor saber. Porque entonces podrían enfrentarse a la verdad. —Tatiana desvió la mirada—. Esto los está destrozando, la incertidumbre. —Se mordió el labio inferior al ver que el teniente no le respondía—. Si lo supieran, entonces Dasha y yo, y quizá también mamá, nos iríamos a Molotov con *deda* y *babushka*.

Alexandr encendió un cigarrillo.

—¿Lo intentarás, Alexandr? —Se sintió mejor al pronunciar su nombre en voz alta.

Quería tocarle el brazo. Se sentía tan feliz y al mismo tiempo tan desgraciada al ver su rostro... Quería acercarse a él. Sin duda estaba en su habitación cuando lo llamaron, porque llevaba la camisa mal abrochada y por fuera de los pantalones. ¿No podía acercarse a él? No, no podía.

El oficial continuó fumando en silencio, mientras la miraba. Tatiana intentó que no le viera los ojos. Consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Irás a Molotov?

—Sí.

—Bien —asintió Alexandr sin ningún énfasis especial o vacilación—. Tania, averigüe o no qué ha sido de Pasha, tienes que tener muy clara una cosa: debes marcharte. Tu abuelo ha tenido mucha suerte al conseguir un trabajo. A la mayoría de la gente ni siquiera la evacuarán.

—Mis padres afirman que ahora mismo la ciudad es el lugar más seguro. Por eso hay tantos miles que vienen a Leningrado desde el campo —replicó Tatiana, muy convencida.

—No hay ningún lugar seguro en la Unión Soviética —señaló Alexandr, con un tono muy significativo.

—Cuidado —le advirtió la muchacha, en voz baja.

Alexandr se inclinó hacia ella, y Tatiana lo miró, no sólo con ansia sino ávidamente.

—¿Qué? ¿Qué? —susurró, pero antes de que él pudiera responderle, Dimitri cruzó la verja.

—Hola —dijo, y miró a Tatiana con el entrecejo fruncido—. ¿Qué haces aquí?

—Venía a verte —contestó ella, en el acto.

—Y yo aprovecho para fumarme un cigarrillo —comentó Alexandr.

—Tendría que dejar de fumar precisamente cuando tú vienes a verme —manifestó Dimitri. Sonrió—. Me alegra que hayas venido a verme. Estoy conmovido. —La cogió del brazo—. Permíteme que te acompañe a casa, Tanechka. ¿Quieres ir a alguna parte? Hace una tarde perfecta.

—Hasta la vista, Tania —oyó que le decía Alexandr.

Tatiana estuvo a punto de desplomarse.



Alexandr fue a ver al coronel Mijail Stepanov.

Había servido a las órdenes del coronel en la guerra contra Finlandia en el invierno de 1940, cuando Stepanov era capitán y Alexandr subteniente. El coronel había tenido muchas oportunidades de ascenso, podría haber ascendido a teniente general, pero lo rechazó para seguir al mando de la guarnición de Leningrado.

El coronel Stepanov era un hombre alto, casi tanto como Alexandr, delgado, de movimientos suaves, y una mirada triste en los ojos azules que no desapareció mientras le sonreía a su subordinado.

—Buenos días, señor. —Alexandr le saludó en posición de firmes.

—Buenos días, teniente —respondió Stepanov. Se levantó para acercarse a Alexandr—. Descanse. —Se estrecharon las manos. Luego el coronel volvió a sentarse—. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, señor.

—¿Qué pasa? ¿Qué tal le trata el comandante Orlov?

—Todo va bien, señor. Gracias.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Alexandr carraspeó.

—Venía a pedir una información.

—Le he dicho que descanse.

El teniente separó los pies y cruzó las manos a la espalda.

—Se trata de los voluntarios, señor, ¿qué pasa con ellos?

—¿Los voluntarios? Usted ya lo sabe, teniente Belov. Es usted el encargado de entrenarlos.

—En Luga, en Novgorod.

—¿Novgorod? —El coronel meneó la cabeza—. Los voluntarios se han visto envueltos en algunos combates en la zona. La situación en Novgorod no es buena.

—Vaya.

—Mujeres soviéticas sin ninguna preparación militar tirándoles granadas a los tanques *panzer*. Las que no tenían granadas les tiraban piedras. —Stepanov miró atentamente el rostro del joven—. ¿A qué viene su interés en todo esto?

—Coronel —respondió Alexandr, con un sonoro taconazo—. Intento averiguar lo que sea de un chico que se encontraba en un campamento cerca de Tolmashevo. En el campamento no atienden al teléfono y la familia se teme lo peor. —El teniente hizo una pausa con la mirada puesta en el rostro de su superior—. Tiene diecisiete años, señor. Se llama Pavel Metanov. Está en un campamento en Dohotino.

El coronel observó a Alexandr durante unos momentos.

—Vuelva a sus ocupaciones, teniente. Veré lo que puedo averiguar, pero no le prometo nada.

—Muchas gracias, señor.



Aquella misma tarde, Dimitri entró en la habitación que Alexandr compartía con otros tres oficiales. Jugaban a las cartas. Un cigarrillo colgaba lánguidamente de los labios de Alexandr mientras barajaba los naipes. Apenas si volvió un poco la cabeza para mirar a Dimitri, que se puso en cuclillas a su lado.

—Salude a su oficial, Chernenko —dijo el subteniente Anatoli Marazov, sin desviar la mirada de sus cartas.

Dimitri se irguió en el acto y saludó al oficial.

—Señor.

—Descanse, soldado.

—¿Qué pasa, Dima? —preguntó Alexandr.

—Poca cosa —respondió Dimitri en voz baja, mientras volvía a agacharse—. ¿No podemos hablar en otra parte?

—Habla aquí. ¿Todo va bien?

—Bien, bien. Los rumores dicen que nos quedaremos quietos.

—No nos quedaremos quietos, Chernenko —intervino Marazov—. Nos quedamos para defender Leningrado.

—Los finlandeses se han declarado beligerantes. —Dimitri resopló despectivamente—. Si se alían con los alemanes, ya nos podemos dar por muertos. ¿Para qué empuñar las armas?

—Ése es el espíritu que me gusta —proclamó Marazov—. Belov, ¿fuiste tú quien me traspasó a este soldado?

—Marazov tiene razón, Dima —manifestó Alexandr, con un tono seco—. Me sorprende tu actitud. Francamente, no es propia de ti.

—Alexandr —replicó Dimitri, con una sonrisa taimada—. No es precisamente lo que esperábamos cuando nos incorporamos al ejército, ¿verdad? —Ante el silencio del oficial, añadió—: Me refiero a la guerra.

—No, la guerra no era lo que esperábamos. ¿Es que hay alguien que la desee? ¿Es lo que tú esperabas?

—En absoluto, como tú bien sabes. Pero también tenía menos opciones donde elegir.

—¿Tú tienes opciones, Belov? —preguntó Marazov.

Alexandr dejó sus cartas encima de la mesa, apagó el cigarrillo y se levantó.

—Enseguida vuelvo —dijo a los otros oficiales, y salió al pasillo.

Dima lo siguió muy de cerca. Había demasiados oficiales en el pasillo, así que bajaron las escaleras y salieron al patio de armas. Era más de la una de la madrugada. El cielo estaba encapotado.

A unos pocos pasos de ellos, había tres soldados que fumaban. Pero aquella era toda la privacidad que podían conseguir.

—Dima, tienes que acabar con todas estas tonterías. Yo no tengo opciones. Deja de inventarte cosas. ¿Qué elecciones tengo?

—La elección de estar en alguna otra parte.

El teniente no respondió. Deseó estar en cualquier otra parte que no fuera delante de Dimitri.

—Finlandia se ha convertido ahora en un lugar demasiado peligroso para nosotros —comentó Dimitri.

—Lo sé. —Alexandr no quería hablar de Finlandia.

—Hay demasiada vigilancia a ambos lados de la frontera. Los guardias del NKVD están por todas partes. La zona de Lisii Nos está llena de tropas, tuyas y nuestras, y hay alambradas y campos minados. No es segura. No sé qué podemos hacer. ¿Estás seguro de que los finlandeses atacarán Lisii Nos desde Viborg?

Alexandr encendió un cigarrillo y fumó en silencio mientras pensaba.

—Sí, creo que lo harán —afirmó, finalmente—. Querrán recuperar las viejas fronteras. Atacarán Lisii Nos.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Tendremos que esperar a que vengan tiempos mejores. —Una vez más el teniente permaneció callado—. ¿Crees que vendrán tiempos mejores, Alexandr?

—No lo sé, Dima. Tendremos que esperar y ver qué pasa.

—Mientras esperamos —preguntó Dimitri, con un tono de resignación—, ¿crees que podrás sacarme del primer regimiento de fusileros?

—Dima, ya te he sacado del segundo batallón de infantería.

—Lo sé, pero todavía estoy demasiado cerca de una posible zona de combate. Los hombres de Marazov ocupan la segunda línea de defensa. Preferiría estar en intendencia, en el transporte de suministros, o cualquier cosa por el estilo. Creo que la división de transportes no estaría mal.

—¿Quieres estar en el transporte de suministros? ¿Llevar municiones a las tropas en el frente? —preguntó Alexandr, sorprendido.

—Pensaba más en el reparto de correo y de cigarrillos para las unidades en la retaguardia.

—Veré lo que puedo hacer, ¿de acuerdo? —Alexandr sonrió.

—Venga, intenta estar un poco más alegre —manifestó Dimitri, mientras aplastaba la colilla con el tacón de la bota—. ¿Qué pasa contigo estos días? De momento todo está en orden. Los alemanes no han llegado aquí y estamos disfrutando de un verano delicioso. —Alexandr no respondió—. Alex, quería hablar contigo de un asunto. Tania es una chica encantadora, y muy decente.

—¿Qué?

—Tania. Es una chica encantadora.

—Sí.

—Pues yo quiero que lo siga siendo —afirmó Dimitri, después de un silencio—. La verdad es que no tendría que aparecer por aquí, y mucho menos hablar contigo.

—Estoy de acuerdo...

—Sé que somos buenos amigos, y que ella es la hermana pequeña de tu novia pero, francamente, no quiero que tu reputación afecte a mi chica. Después de todo, ella no es como una de esas que tú te ligas por ahí.

—Ya está bien. —Alexandr se acercó a Dimitri, con no muy buen talante.

—Sólo bromeaba. —Dimitri se rio—. ¿Dasha todavía viene a verte? Hace tiempo que no voy por la casa. Tania tiene unos horarios de lo más raros. Dasha sí que viene, ¿no?

—Sí. —Dasha se presentaba todas las noches, y lo intentaba todo para conseguir que volviera con ella. Pero él no estaba dispuesto a contarle a Dimitri sus asuntos con Dasha.

—Pues entonces más razón para que Tania no venga por aquí. Dasha se molestaría si lo descubriera, ¿no te parece?

—Tienes toda la razón. —Alexandr miró a Dimitri, que le devolvió la mirada sin pestañear—. ¿Tienes un cigarrillo?

Dimitri metió la mano inmediatamente en el bolsillo del pantalón y sacó un paquete.

—Encantado. Un teniente primero pidiéndole un cigarrillo a un pobre soldado raso. Me encanta cuando me pides que haga algo por ti.

El teniente fumó en silencio.

—Si no te conociera tan bien diría que sientes algo por la pequeña Tanechka —dijo Dimitri.

—Pero tú me conoces, ¿verdad?

—Supongo. —Dimitri se encogió de hombros—. Pero es que la mirabas de una manera...

—Olvidalo —le interrumpió Alexandr. Dio una larga chupada al cigarrillo—. Son imaginaciones tuyas.

—Lo sé, lo sé. —Dimitri exhaló un suspiro—. ¿Qué puedo decir? La verdad es que estoy colado por esa chica.

—¿Lo estás? —preguntó Alexandr, sin hacer caso del cigarrillo que estaba a punto de quemarle los dedos.

—Sí. ¿Por qué te sorprende tanto? —Dimitri rio de buena gana—. ¿Crees que un tipo como yo es demasiado poco para una chica como Tania?

—No, en absoluto, pero por lo que me han dicho, no has dejado de ir por Sadko.

—¿Qué tiene eso que ver con todo esto? —Antes de que Alexandr pudiera replicar, el soldado se le acercó, para añadir en voz baja—: Tania es joven y me ha pedido que vaya poco a poco. Tengo mucha paciencia con ella y respeto sus deseos. —Enarcó las cejas—. Sin embargo, ya la voy haciendo mía.

Alexandr arrojó la colilla y la aplastó con la bota.

—De acuerdo. Ya no hay nada más que hablar. —Se volvió, dispuesto a volver a su partida de cartas.

Dimitri lo cogió por el brazo. Alexandr se giró con la velocidad del rayo y apartó la mano de Dimitri sin problemas.

—No me sujetes, Dimitri —dijo con una mirada furiosa. El cielo se oscureció un poco más—. Yo no soy Tatiana.

Dimitri se alejó unos cuantos pasos antes de responderle.

—De acuerdo, de acuerdo, no pasa nada. —Se alejó otro paso más—. La verdad es que tendrías que hacer algo con ese temperamento tan endiablado que tienes, Alexandr Barrington. —Pronunció cada una de las sílabas.

Volvió a sonreír cuando se alejó todavía más. En la penumbra parecía más bajo, sus dientes más amarillos y afilados, el pelo más grasiento y los ojos más pequeños.

3

A la mañana siguiente, Tatiana corrió a su trabajo llena de esperanza.

Había aprendido a no prestar atención a los innobles y omnipresentes milicianos del NKVD, vestidos de azul, que vigilaban las puertas de la Kirov con sus fusiles obscenos, que recorrían las naves de la fábrica, casi como si desfilaran, con las armas terciadas. Algunos de ellos la miraban cuando pasaba, y era el único momento de su vida en que deseaba ser más pequeña de lo que era y pasar inadvertida. Miraban a Tatiana sin pestañear, mientras ella pestañeaba cuando pasaba a toda prisa para perderse en el relativo anonimato de la línea de montaje.

Para que los trabajadores no se aburrieran y, por consiguiente, se distrajeran en cualquiera de las facetas de la producción del KV-1, los cambiaban de puesto cada dos horas. Tatiana manejaba la grúa que levantaba el tanque y lo situaba sobre las cadenas durante dos horas y después pasaba a pintar la estrella roja en un tanque acabado. No sólo pintaba a soplete la estrella roja sino también las palabras «¡Para Stalin!» con pintura blanca en la torreta, que contrastaba con el color verde brillante del blindado.

Ilia, el chico delgado con la cabeza rapada, no había dejado sola a Tatiana después de que Alexandr dejara de venir a buscarla por la noche. Le hacía toda clase de preguntas que ella era demasiado cortés para no responder, pero al final, Tatiana dio muestras de una ligera irritación. «Tengo que concentrarme en mi trabajo», le decía la muchacha, al tiempo que se preguntaba cómo era que él siempre se las arreglaba para conseguir estar a su lado, por muchas veces que la cambiaran de lugar en la cadena de montaje a lo largo del día. En la cantina, Ilia recogía su bandeja con la

comida y se sentaba con Tatiana y Zina, que no lo soportaba y muchas veces se lo decía con todas las palabras.

Pero aquel día Tatiana sintió pena por el muchacho.

—Se siente solo, eso es todo —comentó mientras masticaba un trozo de carne con puré—. No parece tener a nadie. Quédate, Ilia.

Así que Ilia se quedó.

Tatiana podía permitirse ser generosa. No veía la hora de que se acabara la jornada. Después de haber ido a ver a Alexandr el día anterior, estaba segura de que él la estaría esperando a la salida de la fábrica. Llevaba su mejor falda y la más fina de sus blusas. Incluso se había bañado por la mañana, a pesar de que ya lo había hecho la noche anterior.

Aquella tarde salió de la Kirov con el pelo rubio peinado y suelto, con el rostro bien lavado y miró sonriente hacia la parada, y Alexandr no estaba allí.

Eran las ocho. Se sentó en el banco y esperó hasta las nueve, con las manos cruzadas sobre la falda. Después se levantó y emprendió el camino a casa.

No había noticias de Pasha, y sus padres eran la viva imagen del desconsuelo. Cuando no era uno era el otro quien lloriqueaba. Dasha no estaba en casa. *Deda* y *babushka* empaquetaban sus cosas sin ninguna prisa. Tatiana subió a la azotea y se sentó a mirar los aviones que volaban como ballenas blancas por el cielo boreal, mientras Antón y Kirill leían *Guerra y paz* de Tolstoi, y recordaban a su hermano Volodia desaparecido en Tolmashevo. Tatiana apenas si los escuchaba, porque pensaba en su hermano Pasha desaparecido en Tolmashevo.

Alexandr no vino a verla. No tenía noticias, o quizá las noticias que tenía eran malas y no se veía con ánimos de decírselas. Pero Tatiana sabía la verdad; no venía a verla porque había acabado con ella. Había acabado con ella, con sus maneras infantiles, había acabado con aquella parte de su vida. Habían sido dos amigos que paseaban por el Jardín de Verano, pero él era un hombre, y ahora todo se había acabado.

Él había hecho bien en no venir, por supuesto, y ella no lloraría.

Pero enfrentarse a la Kirov, día tras día, sin él y sin Pasha, enfrentarse a estar noche tras noche sin él y sin Pasha, enfrentarse a la guerra, enfrentarse a ella misma sin Alexandr y sin Pasha le producía tal sensación de vacío que casi gimió en voz alta, delante mismo de Antón y Kirill que reían.

Ahora sólo necesitaba una cosa: ver al chico que había respirado el mismo aire que ella durante diecisiete años, en la misma escuela, en la misma clase, en la misma aula, en el mismo vientre. Ella quería que volviera su amigo y hermano.

Tatiana creyó que lo sentía mientras continuaba sentada en la azotea en mitad de la noche; las noches blancas habían terminado el 16 de julio. Pasha no había sufrido ningún daño. Esperaba que Tatiana fuera a buscarlo, y ella no lo defraudaría. No iba a ser como el resto de su familia, que no hacía más que fumar y lamentarse, que no hacía nada. Tatiana tenía muy claro que cinco minutos con el corazón alegre de Pasha le harían olvidar gran parte de todo lo ocurrido el último mes.

Olvidaría a Alexandr. Necesitaba hacer alguna cosa para olvidar al teniente.

Tatiana bajó cuando todos los demás se habían ido a la cama, cogió las tijeras de la cocina y comenzó a cortarse el pelo sin piedad. Se acordó de él cuando miraba cómo los largos cabellos rubios se amontonaban en el fregadero. Después, se miró en un espejo pequeño y sucio que apenas si reflejaba una imagen borrosa. Vio sus ojos hundidos que parecían de un color verde más fuerte sin el pelo para enmarcarle el rostro. Sin el pelo todo lo que vio eran sus ojos de mirada triste y los labios apretados que le daban una expresión severa. Destacaban las pecas en la nariz y debajo de los ojos. ¿Se parecía a un chico? Mejor. ¿Parecía más joven? ¿Más débil? ¿Qué pensaría Alexandr si la viera ahora con el pelo cortado al rape? ¿A quién le importaba? Sabía lo que él pensaría. Shura. Shura. Shura.

En el momento en que por el horizonte aparecían las primeras luces del alba, Tatiana se vistió con los únicos pantalones que encontró, metió en un bolso el bicarbonato y el agua oxigenada para los dientes, el cepillo de dientes —nunca viajaba sin su cepillo de dientes—, buscó el viejo saco de

dormir de Pasha, escribió unas líneas para su familia y se marchó a la fábrica.

Durante su última mañana en la Kirov, Tatiana trabajó en la sección de motores diesel. Atornillaba las bujías en los cilindros. Las bujías calentaban el aire comprimido en los cilindros antes de que tuviera lugar la explosión. Era un trabajo que hacía a la perfección, porque lo había hecho antes en numerosas ocasiones, así que lo realizaba mecánicamente mientras pensaba en lo que haría.

Se presentó en el despacho de Krasenko a la hora de comer, acompañada por una muy dispuesta Zina, y le dijo que ambas querían enrolarse en el Cuerpo de Voluntarios. Zina llevaba una semana hablando del tema.

Krasenko le dijo que ella era demasiado joven.

Tatiana insistió.

—¿Por qué haces esto, Tania? —preguntó Krasenko con un tono amable—. Luga no es lugar para una chica como tú.

Tatiana le dijo que estaba al corriente de lo grave de la situación, que había chicos y chicas de catorce y quince años que cavaban trincheras. Los carteles de propaganda repartidos por toda la fábrica decían: «¡A Luga! ¡A las trincheras!». Zina y ella querían hacer todo lo posible para ayudar a los soldados del Ejército Rojo. Zina asintió en silencio. Tatiana era consciente de que necesitaba de un permiso especial de Krasenko.

—Por favor, Sergei Andreevich.

—No.

Tatiana no se dio por vencida. Le dijo a Krasenko que se tomaría las vacaciones que tenía pendientes, a partir del día siguiente, y que se marcharía a Luga. Se iría con o sin su ayuda. No le tenía miedo a Krasenko. Sabía que él la apreciaba.

—Sergei Andreevich, no puedes retenerme aquí. ¿Qué dirían si se enteraran de que no permites a unas voluntarias que defiendan su patria, que ayuden al Ejército Rojo?

Zina volvió a asentir en apoyo de su compañera.

Krasenko exhaló un suspiro y se resignó a la situación. Escribió los pases y permisos para que pudieran salir de la Kirov y les selló los pasaportes internos. Cuando ya estaban a punto de salir, el supervisor les deseó buena suerte. Tatiana quería decirle que iba en busca de su hermano, pero no deseaba que él la hiciera desistir, así que no dijo nada excepto darle las gracias.

Las voluntarias fueron a un pabellón del tamaño de un gimnasio, donde les entregaron picos y palas que Tatiana apenas si podía cargar, y después las llevaron en un autobús a la estación Varsovia donde estaban los camiones militares que transportarían a los voluntarios hasta Luga.

Tatiana se preguntó si serían vehículos blindados como aquellos que había visto que cargaban con los cuadros del Hermitage, o del tipo que Alexandr a veces conducía al sur de Leningrado.

No lo eran. Se trataba de camiones con la caja cubierta con una lona de color caqui, idénticos a los que se veían constantemente por toda la ciudad.

Tatiana y Zina subieron al camión junto con otras cuarenta personas. La muchacha vio que los soldados cargaban unos cajones.

Tendrían que usarlos de asientos.

—¿Qué contienen? —le preguntó a uno de los soldados.

—Granadas —contestó el soldado, sonriente.

Tatiana se levantó de un salto.

Los siete camiones que formaban el convoy salieron de la estación Varsovia y cogieron la carretera en dirección sur que los llevaría a Luga. En Gatchina abandonaron los camiones y se montaron en un tren militar que las llevaría hasta su punto de destino.

—Zina, nos viene de perilla que nos lleven en tren —comentó Tatiana—. Así podremos bajar en Tolmashevo.

—¿Te has vuelto loca? —replicó la mujer—. Nos llevan a Luga.

—Lo sé, pero tú y yo nos bajaremos, y después cogeremos otro tren que nos llevará a Luga.

—No.

—Zina, por favor. Tengo que bajar en Tolmashevo. Tengo que encontrar a mi hermano.

Zina miró a Tatiana con una expresión de asombro.

—¡Tania! —exclamó la mujer, con un destello de furia en sus pequeños ojos oscuros—. Cuando me dijiste que Minsk había caído, ¿te pedí que me acompañaras porque tenía que encontrar a mi hermana?

—No, Zina, pero no creo que Tolmashevo esté en manos de los alemanes. Todavía me queda una esperanza.

—No me bajaré —afirmó Zina—. Iré a Luga con todos los demás, y ayudaré a los soldados, como todos los demás. No quiero que los del NKVD me fusilen por desertar.

—Zina —protestó Tatiana—. ¿Cómo puedes ser una desertora? Eres una voluntaria. Por favor, ven conmigo.

—No bajaré, y se acabó. —Zina le volvió la espalda.

—De acuerdo, pero yo me bajo.

4

Un cabo asomó la cabeza en la habitación de Alexandr y gritó que el coronel Stepanov quería verlo.

El coronel estaba escribiendo su diario. Se le veía mucho más cansado que tres días atrás. Alexandr esperó sin impacientarse. Stepanov levantó la cabeza y Alexandr vio las bolsas moradas debajo de los ojos azules; la tensión reflejada en su rostro hablaba a las claras del tremendo esfuerzo que hacía.

—Teniente, lamento haberlo hecho esperar. Mucho me temo que no tengo buenas noticias para usted.

—Lo comprendo, señor.

El coronel miró por un momento su diario, y leyó:

—La situación en Novgorod era desesperada. En cuanto el Ejército Rojo se dio cuenta de que los alemanes estaban rodeando los pueblos a sólo unos kilómetros de distancia, reclutaron a los jóvenes de los diversos campamentos en los alrededores de Luga y Tolmashevo para cavar trincheras. Uno de los campamentos era Dohotino. No tengo ningún informe específico referente a Pavel Metanov. —El coronel hizo una pausa—. Como usted sabe, el avance alemán fue mucho más rápido de lo que esperábamos.

Era la conversación de doble sentido típica de los soviéticos. Era como escuchar la radio. Decían esto, pero se referían a aquello.

—Coronel, ¿qué pasó?

—Los alemanes avanzaron más allá de Novgorod.

—¿Qué pasó con los muchachos de los campamentos?

—No lo sé, teniente. Es toda la información de que dispongo. ¿Conocía bien al muchacho?

—Conozco a la familia, señor.

—¿Algún interés personal?

—Sí, señor.

El coronel permaneció en silencio. Jugó con la estilográfica, con la mirada puesta en el diario, sin mirar a Alexandr, incluso cuando añadió:

—Lamento no tener mejores noticias. Los alemanes arrollaron Novgorod con los tanques. ¿Recuerda al coronel Yanov? Murió en el ataque. Los alemanes dispararon indiscriminadamente contra soldados y civiles, robaron lo que pudieron y después quemaron la ciudad hasta los cimientos.

Sin apartarse del escritorio, sin desviar la mirada del rostro del coronel, Alexandr manifestó con voz clara:

—A ver si lo he entendido bien. ¿El Ejército Rojo envió a combate a muchachos menores de edad?

—Sin duda, no pretenderá decirnos cómo dirigir la guerra, ¿no es así, teniente? —replicó Stepanov, levantándose de su silla.

—No pretendía ser irrespetuoso, señor. —Alexandr se cuadró y saludó al coronel, pero no se movió—. Pero utilizar a chicos sin preparación militar junto con oficiales fogueados en combate como carnaza para los nazis es una auténtica locura.

El coronel no se movió de detrás del escritorio. Los dos en silencio, uno joven, el otro ya viejo con sólo cuarenta y cuatro años.

—Dígale a la familia que su hijo murió para salvar a la Madre Rusia —manifestó Stepanov, con voz quebrada—. Murió al servicio de nuestro gran líder, el camarada Stalin.



Más tarde, durante la misma mañana, avisaron a Alexandr que lo buscaban en la entrada. Se apresuró a bajar las escaleras, con el corazón en un puño ante la suposición de que podía tratarse de Tatiana. No se veía con fuerzas

para enfrentarse a ella en esos momentos. Tenía la intención de ir a buscarla por la tarde a la salida de la fábrica. Vio a Dasha en compañía de Petrenko. La muchacha parecía muy agitada.

—¿Qué pasa? —le preguntó mientras la llevaba a un aparte. Confió en que ella no le preguntaría por Pasha y lo ocurrido en Tolmashevo.

—Mira esto —contestó Dasha—. Mira lo que ha hecho la loca de mi hermana. —Dasha le entregó un papel.

Él lo cogió. Era la primera vez que veía la letra de Tatiana. Era pequeña, redonda y firme. «Queridos papá y mamá —decía la nota—. Me uniré a los voluntarios para buscar a Pasha y traerlo de vuelta para vosotros. Tania».

Alexandr hizo lo imposible para mantener una expresión serena y le devolvió la nota a Dasha.

—¿Cuándo se marchó?

—Ayer por la mañana. Ya se había marchado cuando nos levantamos.

—Dasha, ¿por qué no habéis acudido a mí inmediatamente? ¿Falta desde ayer?

—Creíamos que se trataba de una broma, que regresaría en algún momento.

—¿Esperabais que regresaría con Pasha? —Alexandr recalcó cada una de las palabras.

—¡No lo sé! A veces se le ocurren las cosas más raras. La verdad es que nunca sé lo que piensa. Pero si no es capaz de ir al colmado sola, ¿cómo podría ir al frente? Mamá y papá están como locos. Estaban tan preocupados por Pasha que sólo les faltaba esto.

—¿Están preocupados o están furiosos?

—Están frenéticos. Les aterra que pueda pasarle algo malo. —Dasha se interrumpió, con lágrimas en los ojos—. Querido —añadió, al tiempo que lo abrazaba. Alexandr aceptó el abrazo con el rostro pétreo como el de una esfinge—. No sé a quién apelar. Ayúdanos, por favor. Ayúdanos a encontrar a mi hermana. No podemos perder a Tania.

—Lo sé.

—Por favor, Alexandr. ¿Lo harás por mí?

El teniente le dio unas palmaditas en la espalda y se apartó.

—Veré lo que puedo hacer.

Alexandr se saltó a su oficial superior, el comandante Orlov, y se presentó en el despacho del coronel Stepanov. Consiguió la autorización para llevarse a veinte voluntarios y a dos sargentos, además de un vehículo blindado con municiones al frente de Luga. Sabía que la línea defensiva necesitaba refuerzos con urgencia. Le dijo a Stepanov que estaría ausente unos cuantos días.

—Regrese cuanto antes y traiga a los hombres sanos y salvos, teniente —le dijo Stepanov—. Como siempre.

—Haré todo lo que pueda, señor. —Saludó a Stepanov. No había visto a muchos voluntarios que regresaran al cuartel.

Antes de marcharse, fue a ver a Dimitri y le ofreció un puesto en el pelotón. Dimitri se negó en redondo.

—Dima, tendrías que venir —insistió Alexandr.

—Iré cuando me lo ordenen —replicó Dimitri—, pero no me ofreceré voluntario para meter la cabeza en la boca del león. ¿Te has enterado de lo que ha pasado en Novgorod?

Alexandr se encargó de conducir el camión blindado. Transportaba a los soldados, treinta y cinco fusiles Nagant, otros treinta y cinco fusiles del nuevo modelo Tokarev, dos cajas de granadas de mano, tres con minas, siete de balas, además de proyectiles de artillería y un barril de pólvora para los morteros. Era una suerte disponer de un vehículo blindado, aunque hubiera preferido que fuera uno de los tanques que había fabricado Tatiana.

La primera de las ciudades camino del frente desde Leningrado era Gatchina, después venía Tolmashevo y la última era Luga. Cuando el convoy llegó a Gatchina, Alexandr escuchó el lejano tronar de la artillería. Los hombres temblaban cuando encaró la carretera de guerra. Escuchó los estallidos de las bombas como un impresionante festival pirotécnico y, como en un sueño, el rostro de su padre se apareció ante sus ojos. Su padre quería saber qué hacía Alexandr cerca de las puertas de la muerte antes de que fuera su hora. Murmuró:

«Papá, voy a buscarla», y el joven y valiente sargento Oleg Kashnikov le preguntó:

—¿Qué ha dicho, teniente?

—Nada, sargento. Algunas veces lo hago. Hablo con mi padre.

—Pero, teniente, no lo dijo en ruso. A mí me pareció que era inglés, aunque quién soy yo para decirlo.

—No era inglés, sargento, sólo jerigonza.

El tronar de la artillería ya no se oía distante cuando Alexandr y sus hombres llegaron a Luga. El terreno era llano, y en el horizonte había humo y ruido. No era un ruido sin significado, pensó Alexandr. Era el tronar de la furia y la muerte.

Al atardecer de un Cuatro de Julio, la familia había salido a navegar por la bahía de Nantucket, y desde la embarcación había presenciado la exhibición pirotécnica. Alexandr, que tenía siete años, había mirado con expresión de asombro y había sido incapaz de imaginar nada más hermoso que aquella magia de color que transformaba la noche en día.

Directamente delante estaba el camino que llevaba al río Luga. A la izquierda se abrían los campos de cultivo, y a la derecha había un bosque. Alexandr vio a niños que no podían tener más de diez años recogiendo lo que quedaba de la cosecha. En el perímetro de los campos, los soldados, los ancianos y las mujeres cavaban trincheras. En cuanto acabaran de recoger la cosecha, minarían los campos.

Alexandr cogió su fusil y ordenó a sus hombres que no se movieran mientras él iba a buscar al coronel Piadishev, que estaba al mando de la línea defensiva que tenía una longitud de doce kilómetros a lo largo del río. El coronel se alegró al saber que le traían armas y mandó a los soldados que descargaran los fusiles y las municiones, y las repartieran.

—¿Sólo setenta fusiles, teniente?

—Es todo lo que tenemos, señor. Le enviarán más.

Luego Alexandr se llevó a los voluntarios a la orilla del río, donde les dieron palas y se dedicaron a cavar durante horas. El teniente observó con los prismáticos el bosque al otro lado del río y llegó a la conclusión de que los alemanes ya habían avanzado lo suficiente para establecer contacto, pero que aún no se habían desplegado en posición de ataque.

Los hombres comieron la comida que habían traído con ellos y bebieron agua del río. Alexandr dejó al mando a los sargentos Kashnikov y Shapkov y fue a buscar al grupo de voluntarios de la fábrica Kirov que habían llegado cuatro días antes.

No encontró a nadie, pero al día siguiente dio con Zina. La mujer estaba en el campo, provista de una azada. Desenterraba las patatas y las metía en un cesto, con tierra y todo. Alexandr le sugirió que primero les quitara la tierra, para tener más sitio para las patatas. Zina lo miró furiosa, dispuesta a decirle que se metiera en sus cosas, pero al ver la estrella roja y el fusil, optó por callarse. Alexandr se dio cuenta de que no lo había reconocido. «No todo el mundo tiene mi memoria para los rostros», pensó.

—Estoy buscando a su amiga —dijo—. ¿Está aquí con usted? La muchacha, Tatiana.

Zina miró al teniente, y el miedo apareció en sus ojos.

—No la he visto. Creo que debe estar por allí. —Señaló hacia un lugar indeterminado.

«¿De qué tendrá miedo?», se preguntó Alexandr, más tranquilo.

—Así que está aquí. ¿Dónde?

—No lo sé. Nos separamos después de bajar del tren.

—¿Dónde se separaron?

—No lo sé. —Estaba tan nerviosa que no atinaba a dar con el cesto, y las patatas cayeron al suelo. Sin molestarse en recogerlas, continuó cavando.

Alexandr pegó dos culatazos contra el suelo.

—¡Camarada! Para. Ponte de pie. Levántate. Deja de moverte. —Zina obedeció en el acto—. ¿No me recuerdas?

Zina meneó la cabeza.

—¿No te extraña que sepa tu nombre?

—Ustedes siempre lo saben todo —murmuró la mujer.

—Soy Alexandr Belov. Solía ir a esperar a Tatiana a la salida de la fábrica. Por eso sé tu nombre. ¿Ahora lo recuerdas?

En el rostro sucio y sudoroso de Zina apareció una expresión de alivio.

—La familia de Tatiana está muy preocupada por ella. ¿Sabes dónde está?

—Escuche —dijo Zina a la defensiva—. Quería que me bajara con ella, pero le respondí que no podía. No soy una desertora.

—¿Bajarse contigo dónde? Y no puedes ser una desertora. Estás en el ejército de voluntarios.

Zina no pareció o no quiso entender.

—En cualquier caso, hace días que no la veo. No vino a Luga con nosotros. Saltó del tren en Tolmashevo.

—Cuándo dices que saltó del tren... —Alexandr se interrumpió con el rostro pálido.

—Quiero decir que cuando el tren aminoró la marcha en un cruce, ella salió a la escalerilla y saltó. La vi rodar por la ladera de la colina. —Zina sacudió la cabeza.

—¿Por qué la dejaste saltar del tren? —preguntó el teniente, con una expresión tensa.

—¿Dejarla? —replicó Zina, casi a gritos—. ¿Quién la dejó? —Se echó a reír—. ¡Quería que saltara del tren con ella! ¿Por qué iba a ir con ella? Yo no estoy buscando a su hermano. Vine para unirme al ejército de voluntarios. Por la Madre Rusia.

—¿Por la Madre Rusia hubieras saltado del tren, camarada? —preguntó Alexandr, apartándose de la mujer.

Zina se quedó sin respuesta. Le volvió la espalda y continuó con la recolección de patatas, mientras musitaba: «No estaba dispuesta a saltar del tren. No quería ser una desertora».

Alexandr fue a reunirse inmediatamente con sus hombres. Ordenó a Kashnikov y a cinco soldados que subieran al camión blindado, y emprendió el viaje en dirección norte, hacia Tolmashevo, que distaba dieciocho kilómetros. La ciudad estaba casi desierta. Recorrieron las

calles de tierra hasta que finalmente encontraron a una mujer cargada con un niño y una maleta. La mujer les dijo que Dohotino se encontraba a tres kilómetros en dirección oeste.

—Pero allí no encontrarán a nadie. Se han marchado todos.

Fueron de todas maneras. La mujer tenía razón. Todas las chozas habían sido abandonadas hacía tiempo, y después habían bombardeado el poblado. Se había producido un incendio que había arrasado una media docena de casas. Así y todo, Alexandr comenzó a dar voces.

—¡Tania! ¡Tatiana!

Miró en el interior de cada una de las chozas, incluidas las quemadas. Sus hombres también dieron voces. A él le resultaba extraño escuchar su nombre en boca de desconocidos. Pero Kashnikov era un buen sargento. No hizo preguntas. Los soldados le ayudaban con gusto; les evitaba la monotonía y la dureza de cavar trincheras.

—¡Tania! ¡Tania! —Sus voces resonaban por la pequeña aldea agrícola entre los campos y el bosque. No vieron ni a un solo ser vivo.

En cambio encontraron todo tipo de restos: mantas, mochilas, cepillos de dientes.

En las afueras de Dohotino había un pequeño cartel con una flecha: «CAMPAMENTO DE DOHOTINO». Los siete hombres caminaron dos kilómetros por un sendero que atravesaba el bosque y salieron a un pequeño prado donde había diez tiendas montadas en hilera a la orilla de un estanque de considerables dimensiones.

Alexandr revisó cada una de las tiendas y descubrió que tendrían que haber sido once en lugar de diez. Alguien había desmontado la tienda y se la había llevado junto con las estacas. La tierra se veía fresca allí donde habían estado las estacas. El teniente pensó que era una buena idea y ordenó a los soldados que desmontaran las tiendas restantes. Eran grandes y estaban hechas con lona de buena calidad.

Las cenizas de la hoguera que habían encendido los campistas estaban frías cuando las tocó, como si hubiesen transcurrido semanas. No había restos de comida ni desperdicios dejados por los muchachos, o Tatiana.

Regresaron a Luga con el crepúsculo. Él y sus hombres montaron las tiendas en el bosque, en la retaguardia del campamento militar. Alexandr se tendió en el suelo, envuelto en su abrigo, pero le costó mucho conciliar el sueño.

En Estados Unidos, cuando formaba parte de los niños exploradores, montaban las tiendas, dormían en el bosque, comían moras y los peces que pescaban en el lago, y encendían hogueras por la noche. Abrían las latas de jamón, y tostaban pan, cantaban canciones, se quedaban levantados hasta tarde y durante el día tenían clases de supervivencia en el bosque o hacían nudos. Cuando Alexandr era un niño de ocho, nueve y diez años tuvo una existencia idílica. Los meses de verano en el campamento de los niños exploradores eran con mucho los mejores meses de la infancia.

Sabía que si Tatiana no se había roto el cuello al saltar del tren, debía haber encontrado el campamento desierto. Quizá si era lista, se había llevado la tienda que faltaba. Pero ¿qué había hecho después? ¿Había emprendido el camino de regreso a Leningrado?

Alexandr no lo veía claro. Si había venido a buscar a Pasha, no era lógico que regresara sin algunas respuestas sobre el paradero de su hermano. Después de Tolmashevo, ¿adónde podía haber ido?

A Luga. No había ningún otro lugar. Iría a Luga porque era allí donde creería que Pasha había ido, a ayudar en la construcción de las defensas.

Mucho más tranquilo, y con renovadas esperanzas, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando amaneció, Alexandr oyó el lejano rumor de los aviones. Rogó para que fueran aviones soviéticos.

No tuvo esa suerte. Las esvásticas negras se veían claramente en las alas de los aviones que volaban a unos trescientos metros de altura. Los dieciséis aparatos en dos formaciones dieron una pasada sobre los campos, y vio que algo caía de ellos. Escuchó los gritos de pánico, pero no se trataba de bombas. Al cabo de unos momentos una lluvia de papeles blancos y marrones cayó del cielo como paracaídas diminutos. Uno cayó

delante de la tienda. Lo recogió. «¡Atención, soviéticos! —decía la octavilla—. ¡Éste es el fin! ¡Uníos a los vencedores y viviréis! ¡Rendíos y viviréis! ¡El nazismo es superior al comunismo! ¡Tendréis comida, trabajo y libertad!».

La otra octavilla era un pase para cruzar las líneas enemigas. Alexandr meneó la cabeza, arrojó las octavillas y fue a lavarse en el arroyo que atravesaba el bosque.

A las nueve de la mañana, aparecieron más aviones con la insignia nazi. Éstos también volaban muy bajo. Los artilleros de los aviones dispararon las ametralladoras contra los trabajadores en el campo.

Todo el mundo corrió a refugiarse en el bosque. Una de las tiendas se incendió. Los nazis no los bombardeaban, pensó Alexandr mientras se ponía el casco y saltaba a una trinchera. No, estaban ahorrando sus preciosas bombas.

Entonces Alexandr vio que quizás estaban ahorrando algunas bombas, pero no las bombas de fragmentación que lanzaban los aviones y estallaban antes de tocar el suelo. El teniente escuchó los gritos en medio del ruido infernal de las explosiones.

Buscó a sus hombres en las trincheras pero no encontró a ninguno conocido. El bombardeo duró treinta minutos y los aviones se marcharon no sin antes lanzar más octavillas. Éstas decían: «¡Rendición o muerte!».

Rendición o muerte.

Las nubes de humo negro, los incendios por doquier, los heridos que agonizaban ofrecían una visión apocalíptica. Los cadáveres flotaban en el Luga. En la orilla del río, junto a las trincheras y los nidos de ametralladoras, había heridos que se revolcaban por el suelo. Alexandr encontró a Kashnikov, vivo pero con media oreja menos. La sangre que manaba abundante de la herida le manchaba la guerrera. Shapkov estaba ileso. Alexandr pasó el resto de la mañana colaborando en el traslado de los heridos a las tiendas de campaña, y lo que quedaba del día en cavar una fosa común. Él y dieciséis de sus hombres cavaron un gran agujero junto al bosque y sepultaron a las veintitrés personas que habían muerto durante

la mañana. Once mujeres, nueve hombres, un anciano y dos niños menores de diez años. No, había ni un solo soldado.

El teniente miró los rostros de cada una de las mujeres muertas, y en cada ocasión, con un nudo en la garganta. Después caminó entre las docenas de heridas, pero tampoco allí encontró a Tatiana. Incluso buscó a Pasha, por las dudas, porque recordaba su cara en una foto de cuando tenía doce años y estaba en la playa con Tatiana, aunque no puso mucho empeño porque sabía que Pasha no estaba en Luga. Tampoco encontró a Zina. Por fin, decidió ir a hablar con el coronel Piadishev.

—Es difícil trabajar en estas condiciones, ¿no es así, señor? —comentó después de saludar al coronel.

—No, teniente —respondió Piadishev, que era un hombre calvo y de aspecto melancólico—. ¿A qué condiciones se refiere? ¿A las condiciones de la guerra?

—No, señor. A las condiciones de estar mal preparados para enfrentarse a un enemigo implacable. Sólo expreso mi solidaridad ante la lucha que tenemos por delante. Mañana volveremos a fortificar la línea.

—Teniente, usted continuará con el trabajo hasta que no haya más luz. ¿Qué se piensa, que mañana es día de fiesta para los nazis? ¿Cree que no volverán a bombardearnos?

Alexandr estaba seguro de que al día siguiente los volverían a bombardear.

—Teniente Belov —añadió el coronel—, acaba de llegar y hoy ha trabajado muy duro.

—Llegué hace tres días, señor —precisó Alexandr.

—Hace tres días. Los alemanes están bombardeando la línea desde hace diez días. Ayer hubo un bombardeo, no sé dónde estaba usted, y anteayer. Todas las mañanas, como un reloj, de nueve a once. Primero lanzan las octavillas para decirnos que nos pasemos a su bando, luego nos bombardean. Pasamos el resto del día enterrando a los muertos y cavando trincheras. Sus unidades principales avanzan hacia nosotros a un ritmo de quince kilómetros por día. Nos barrieron en Minsk, nos barrieron en Brest Litovsk y ahora están acabando de barrernos en Novgorod. Nosotros

somos los siguientes. Tiene usted razón. No tenemos ninguna posibilidad. Pero cuando usted me dice que estamos mal preparados, le respondo que no; hacemos todo lo que podemos, y después morimos. A eso se reduce todo el tema. —El coronel encendió un cigarrillo con manos temblorosas y se apoyó en la mesa de campaña.

—Nosotros continuaremos haciendo todo lo que podamos —afirmó Alexandr, y saludó a su superior.

Antes de que se hiciera noche cerrada, Alexandr y tres de sus hombres recorrieron la primera línea de defensa. Mientras pasaba entre los centenares de soldados que esperaban a los alemanes en las orillas del Luga, y mataban la espera jugando a las cartas y fumando, le sorprendió ver tantos galones en las hombreras. Calculó que uno de cada diez hombres era un oficial. Muchos eran tenientes, pero también había un buen número de capitanes, y unos cuantos comandantes, todos en primera línea dispuestos a enfrentarse al enemigo. La primera línea. ¿Quién quedaba para mandar a las tropas si los comandantes estaban en primera línea? Alexandr prefirió no saberlo.

Recorrió los campos metódicamente: señalaba una cuadrícula y la recorría atento a los rostros de cada una de las personas que recogían patatas o cavaban trincheras. No dio con Tatiana. Alexandr volvió a la tienda del coronel.

—Una pregunta más, señor. Hace cinco días llegaron aquí unos voluntarios de la fábrica Kirov. ¿Hay algún lugar aparte de éste donde los pudieran enviar para colaborar en el esfuerzo bélico? ¿Es posible que a algunos de ellos los enviaran más al este?

—Estoy al mando de estos doce kilómetros de frente. No sé nada del resto. Estos doce kilómetros son la última línea de defensa desde aquí a Leningrado. Más atrás, no hay nada. Sólo queda la retirada, o rendirse.

—No hay rendición que valga, coronel —afirmó Alexandr—. Muerte o victoria.

Ahora le tocó al coronel el turno de pestañear.

—Regrese a Leningrado, teniente Belov. Regrese a Leningrado mientras esté a tiempo, y llévese a los voluntarios que trajo con usted.

Sálvelos.



A la mañana siguiente, cuando Alexandr fue a hablar con el coronel, se encontró con que la tienda había sido desmantelada, habían retirado las estacas y habían rellenado los agujeros de las estacas. Cada vez llegaban más tropas al río, y el frente fue dividido en tres sectores, cada uno con su comandante porque cada vez era más claro que sería muy difícil organizar a tal número de soldados desde un único puesto de mando. La tienda del nuevo comandante se encontraba a cincuenta metros de la vieja tienda del coronel. El nuevo comandante no sólo no sabía donde estaba Piadishev, sino que tampoco sabía quién era Piadishev. La fecha era 23 de julio.

Alexandr no tuvo tiempo de maravillarse ante el rapidísimo trabajo del NKVD porque a las nueve comenzó el bombardeo y esta vez duró hasta el mediodía. Los alemanes intentaban debilitar la primera línea rusa antes de lanzar a las tropas de asalto. Se tomaban su tiempo, pero no tardarían mucho más. Alexandr sospechaba que sólo sería cuestión de días el comienzo de la segunda parte de la guerra relámpago. Tendría que encontrar a Tatiana cuanto antes, o quedarse en Luga y hacer frente a los tanques alemanes.

El teniente recorrió la orilla del río, desanimado. Algunos de los hombres que había traído continuaban cavando trincheras, pero a aquellos que habían recibido instrucción militar les dieron fusiles. Se les advirtió que perder el arma se castigaba con la pena de muerte, pero al siguiente ataque aéreo, vio cómo tres de ellos arrojaban los fusiles mientras corrían a ponerse a cubierto. En cuanto acabó el bombardeo, volvieron a buscar las armas con aire contrito y miraron al teniente, que esbozó una sonrisa.

Pasó otro día. A medida que los soldados ocupaban sus posiciones en las trincheras, montaban las piezas de artillería, minaban los campos de cultivo y cargaban los camiones con todas las verduras que podían para enviarlas a Leningrado, la opresión en el pecho de Alexandr iba en aumento.

Pasha estaba perdido. Pero ¿dónde estaba Tatiana? ¿Por qué no conseguía encontrarla?

5

Tatiana saltó del tren y rodó colina abajo sin mayores consecuencias. Era una tontería comparado con lo que hacían en Luga, donde se lanzaban a la carrera por la empinada ribera pedregosa. La hierba de la colina era muchísimo más mullida. Sólo le dolía un poco el hombro sobre el que había caído.

Encontrar desierto el campamento de Dohotino traumatizó a Tatiana, y se quedó durante un día en una de las tiendas, sin saber qué hacer. Nadó en el estanque y comió arándanos. Había traído pan seco en la mochila, pero se lo reservaba.

Cuando ella y su hermano eran más pequeños, competían en el cruce a nado del río para ver quién era el más rápido. Pasha era un poco más corpulento y fuerte que Tatiana, pero ella tenía lo que a él le faltaba: resistencia. La primera carrera la ganó Pasha. La segunda también. Pero no ganó la tercera. Tatiana sonrió mientras recordaba aquellos tiempos, sonrió al recordar el enfado de Pasha, que gritaba furioso, mientras ella gritaba de alegría.

Todavía no estaba dispuesta a renunciar a su hermano. Llegó a la conclusión de que Pasha y sus compañeros habían sido llevados a trabajar en las trincheras en algún lugar cercano a Luga. Decidió ir a Luga y buscar a Pasha. Quizá también encontraría a Zina. Intentaría convencerla de que regresara a Leningrado. No quería tener a Zina en su conciencia, de la misma manera que tenía a Pasha.

Pero a la mañana siguiente, cuando salía camino de Luga, los aviones alemanes bombardearon el pueblo de Dohotino y el ataque sorprendió a Tatiana en plena calle. Corrió a esconderse en una de las chozas, pero de

pronto una pequeña bomba incendiaria perforó el techo y la pared de madera que tenía delante comenzó a arder. Vio la vieja lámpara de petróleo justo a tiempo. Se olvidó de todo lo de más y salió corriendo como loca de la choza, que estalló al cabo de unos segundos. El incendio arrasó la casa donde había estado, otras tres chozas vecinas y un establo. Se quedó sin la tienda, el saco de dormir, la mochila y el pan seco.

Tatiana se dejó caer entre los arbustos detrás de las chozas, se arrastró boca abajo a través de las ortigas y se ocultó debajo del tronco de un roble caído. Las bombas continuaron cayendo sobre el pueblo y la vecina Tolmashevo durante otra hora. Vio cómo se quedaban las ortigas, las mismas sobre las que se había arrastrado. Las bombas cayeron en el bosque; se incendiaron las ramas más altas, que cayeron con gran estrépito muy cerca de donde estaba Tatiana.

«Voy a morir —pensó—. Sola, en esta aldea, debajo de un tronco. Nadie me encontrará. ¿Quién de mi familia vendrá a buscarme? Moriré aquí sola en el bosque y me convertiré en musgo, y en Quinto Soviet abrirán otra botella de vodka, comerán pepinillos en vinagre y dirán: “Ésta es por nuestra Tania”».

Acabó el bombardeo, pero ella se quedó escondida debajo del tronco durante otra hora, por si acaso volvían los aviones. Sentía como fuego en el rostro y los brazos; era el escozor de las ortigas. Mejor eso que las bombas. Dio gracias por haber tenido la precaución de guardar el pasaporte interior con el sello de Krasenko en el bolsillo de la camisa. No llegaría muy lejos sin documentos; la de tendrían en cualquiera de los muchos controles militares, o quizás en la primera oficina del *Soviet* local.

Tatiana caminó hasta Tolmashevo y llamó a la puerta de una casa, donde pidió algo de comer. La familia la dejó quedarse con ellos hasta la mañana. Al salir vio un camión militar aparcado delante del *Soviet* local. Mostró su pasaporte y pidió que la llevaran hasta Luga. El camión la dejó en el extremo oriental de la línea defensiva, el más cercano a Novgorod.

El primer día recolectó patatas y después cavó trincheras a través del campo. Al no ver a ningún grupo de muchachos vestidos con uniformes de

campistas, le preguntó a un sargento si sabía algo de su paradero. El sargento murmuró algo sobre Novgorod.

—A los voluntarios de los campamentos los enviaron allí.

¿A Novgorod? ¿El lago Ilmen? ¿Era allí donde estaba Pasha? ¿Era allí donde debía ir? Tatiana se bañó en el río y durmió tendida en la hierba junto a un árbol.

A la mañana siguiente los alemanes bombardearon las patatas, las trincheras y a Tatiana.

Las bombas de fragmentación eran algo espantoso de ver; explotaban como si tuvieran la intención de matarla sólo a ella. Comprendió que debía abandonar Luga a cualquier precio. Tatiana caminó entre las nubes de humo mientras se preguntaba cómo se las arreglaría para llegar a Novgorod. Pensaba en el lago Ilmen cuando se le acercaron tres soldados. Le preguntaron si estaba herida y después le ordenaron que fuera con ellos a la tienda del hospital de campaña. Los acompañó sin mucho entusiasmo, y éste desapareció del todo cuando descubrió cuáles eran sus intenciones: que se ocupara de los moribundos. Y había muchos. Soldados, hombres, mujeres, niños y ancianos. Todos apiñados en una tienda levantada a toda prisa, y todos agonizantes.

Tatiana, que nunca había visto la muerte tan de cerca, cerró los ojos y deseó volver a su casa, pero no podía dar marcha atrás. Los milicianos del NKVD custodiaban la entrada, dispuestos a mantener el orden y asegurarse de que una voluntaria como Tatiana permaneciera en el puesto asignado.

Tardó muy poco en aprender a taponar las heridas con gasas esterilizadas. Se cortaba la hemorragia, se formaba un coágulo y el herido moría. Lo que Tatiana no podía hacer era ocuparse de las transfusiones de sangre porque no había sangre. Lo que no podía hacer era evitar las infecciones en los miembros heridos; lo que no podía hacer era evitar el dolor de los heridos. Los médicos se negaban a administrar morfina a los moribundos; tenían orden de administrársela a aquellos cuyas heridas no eran graves, a aquellos que podían volver a la primera línea.

Vio a muchas personas que se podrían haber salvado con una transfusión de sangre, o con aquel nuevo medicamento, la penicilina; a las

que se les podría haber evitado una terrible agonía con una dosis de morfina. Por mucho que apretara los dientes, su primera noche en el hospital de campaña la horrorizó tanto que casi olvidó la pena que sentía por no poder encontrar a su hermano.

A la mañana siguiente, un soldado con una herida mortal en el pecho le preguntó si era un muchacho o una chica.

—Soy una chica —le respondió con voz triste.

—Demuéstramelo —dijo el herido, pero antes de que ella tuviera la oportunidad de demostrárselo, el soldado expiró.

Tatiana escuchó en la radio que había cerca de la tienda de los oficiales las voces con acento alemán que la invitaban en ruso a ir a Alemania. Le arrojaron pases para que cruzara el frente y como ella no lo hizo, intentaron matarla con las bombas y los disparos de ametralladora. Después los alemanes se tomaron un respiro hasta el atardecer, cuando reanudaron el bombardeo de artillería. Entre los ataques, Tatiana lavaba a los moribundos y les vendaba las heridas.

A la tarde siguiente, caminó un kilómetro a campo través para encontrar una patata. Oyó los aviones antes de verlos, y pensó: «Pero si todavía no ha atardecido». Se lanzó de cabeza entre los arbustos y se quedó allí durante quince minutos. En cuanto se marcharon los aviones, Tatiana corrió hacia el hospital de campaña y se encontró con una hoguera gigantesca donde se consumían los heridos.

Centenares de voluntarios cogieron cascos, cubos y cualquier otro tipo de recipiente que pudieron encontrar y corrieron al río para traer agua y apagar el incendio. Tardaron tres horas; entonces ya se había reanudado el bombardeo, que se prolongó hasta que se hizo de noche. Ya no había ninguna tienda para los heridos. Yacían en el suelo sobre una manta o directamente en la tierra, y exhalaban el último suspiro en el aire tibio del verano. Tatiana ya no podía ayudar a nadie. Se puso el casco verde con la estrella roja que había utilizado para traer agua del río, y se sentó junto a una mujer que había perdido a su hija en el bombardeo y que tenía una herida grave en el vientre. Ahora yacía delante de la muchacha y lloraba

por su pequeña. Tatiana se ajustó un poco más el casco y sujetó la mano de la mujer hasta que dejó de llorar por la hija muerta.

Después se levantó para ir hasta el linde del bosque y se tumbó en el suelo. «Yo soy la siguiente —pensó—. Lo presiento. Soy la siguiente».

¿Cómo haría para llegar a Novgorod, que estaba a cincuenta kilómetros de allí?

Se lavó y durmió en el campo con el casco puesto. En cuanto amaneció miró al otro lado del río y vio las torretas y los cañones de los tanques alemanes. Un cabo, que había dormido cerca de ella, agrupó a Tatiana con otro puñado de voluntarios y les ordenó que regresaran inmediatamente a la ciudad de Luga.

Tatiana hizo un aparte con el cabo y le preguntó en voz baja si ella podía marcharse a Novgorod. El cabo la apartó violentamente con el fusil.

—¿Te has vuelto loca? Novgorod está en manos de los alemanes.

La expresión de Tatiana le hizo cambiar de actitud.

—Camarada, ¿cómo te llamas? —preguntó con un tono más razonable.

—Tatiana Metanova.

—Camarada Metanova, escúchame, eres demasiado joven para estar aquí. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Diecisiete.

—Por favor. Regresa a Luga inmediatamente. Creo que todavía hay trenes militares que van a Leningrado. ¿Eres de Leningrado?

—Sí. —No quería llorar delante de un extraño—. ¿Los alemanes ocupan toda la ciudad? ¿Qué ha pasado con nuestros voluntarios?

—¿Quieres hacer el favor de olvidarte de Novgorod? —El cabo volvió a perder los estribos—. No queda ningún soviético en Novgorod, y muy pronto tampoco quedarán soviéticos en Luga, incluida tú. Así que hazte un favor, y sal de aquí. Enséñame tu pasaporte. —Ella se lo dio—. Tienes un permiso de la Kirov. Regresa a la Kirov. Vuelve a tu casa.

¿Cómo podía volver a casa sin Pasha? Pero no podía decírselo al cabo.

Eran nueve en el grupo de Tatiana. Ella era la más pequeña y la más joven. Tardaron todo el día en recorrer a campo través y por el bosque los doce kilómetros que había hasta Luga. Tatiana comentó que llegarían a

Luga a tiempo para el bombardeo vespertino. Ninguno de sus agotados compañeros le hizo caso. Tuvo la sensación de que estaba otra vez con su familia.

El grupo llegó a la estación de Luga a las seis y media. Todos se sentaron a esperar el tren.

El tren no vino, pero a las siete Tatiana oyó los aviones alemanes.

Los voluntarios estaban todos dentro de la pequeña estación, que a primera vista parecía muy segura. El edificio era de ladrillos, y sin duda aguantaría los disparos de las ametralladoras.

Pero durante el ataque, una de las mujeres se asustó tanto que lanzó un chillido y salió corriendo a la calle, donde fue alcanzada inmediatamente por los disparos enemigos. Los ocho restantes miraron horrorizados el cadáver tendido en la acera, pero muy pronto quedó claro que los alemanes querían acabar con la estación que les servía de refugio, y con todo el nudo ferroviario. Los aviones no se marcharían hasta haber arrasado la estación. Tatiana se sentó en el suelo con las rodillas contra el pecho y el casco sobre la frente, y cerró los ojos. Confiaba en que el casco amortiguaría el ruido de la muerte.

La estación se derrumbó como un castillo de naipes. Tatiana se apartó a gatas de las vigas caídas y el fuego, pero no había dónde ir. Era consciente de los cadáveres a su alrededor, ocultos en la nube de humo. Agotada y sudorosa, palpó el suelo para buscar los cuerpos. Los disparos parecían sonar delante mismo de la puerta, pero cuando se desprendió del techo la viga central, se apagaron todos los sonidos, desapareció y ya no tuvo miedo. Sólo le quedó la pena. La pena por Alexandr.

6

Alexandr comenzó a perder las esperanzas. En la distancia, al otro lado del río que marcaba la divisoria natural del frente, vio a los alemanes que agrupaban sus fuerzas: tanques y batallones de soldados aguerridos, bien armados e impecablemente entrenados, que no se detendrían ante nada y mucho menos ante unos centenares de voluntarios desarraigados que sólo disponían de palas.

Hasta donde alcanzaba a ver, sólo había dos tanques soviéticos. Al otro lado del río había al menos treinta *panzers*. El pelotón de Alexandr se había reducido a una docena de hombres, y ahora había campos de minas entre él y Leningrado. Tres de sus soldados habían muerto cuando explotó la mina que estaban colocando. No tenían experiencia en la colocación de minas; sólo sabían utilizar los fusiles, pero sus fusiles se los había quedado el ejército, excepto el suyo y el de los dos sargentos.

Se volvió, sin saber dónde mirar.

Oscurecía cuando lo llamaron para que fuera al puesto de mando. El nuevo coronel no le caía tan bien como Piadishev.

—Teniente, ¿cuántos hombres tiene a su mando?

—Sólo doce, señor.

—Son suficientes.

—¿Suficientes para qué, señor?

—Los alemanes acaban de bombardear la estación ferroviaria de Luga —le informó el coronel—. Ahora los trenes procedentes de Leningrado que transportan hombres y municiones no pueden llegar al frente. Necesitamos que usted y sus hombres se encarguen de retirar los

escombros para que los ingenieros puedan reparar las vías y reanudar el servicio ferroviario mañana por la mañana.

—Está oscureciendo, señor.

—Lo sé, teniente. Lamento no poder ofrecerle luz. Se han acabado las noches blancas, y esto hay que hacerlo inmediatamente. —Alexandr ya se retiraba cuando el coronel añadió como de pasada—: Me han dicho que había un grupo de voluntarios refugiados en la estación cuando las bombas la destruyeron. Quizá quiera usted rescatarlos.



En la estación de Luga, Alexandr y sus hombres utilizaron lámparas de petróleo para valorar los daños. El edificio no era más que un montón de escombros, y los raíles a lo largo de unos cincuenta metros no eran más que un amasijo de hierros.

—¿Hay alguien aquí abajo? —gritó Alexandr—. ¡Responda!

Nadie respondió. Se acercó un poco más.

—¿Hay alguien? —repitió.

Le pareció que había escuchado un gemido.

—Están todos muertos, teniente —señaló Kashnikov—. Mire cómo está esto.

—Sí, pero escuche... ¿Hay alguien? —Comenzó a apartar los escombros—. Venga, ayúdeme.

—Tendríamos que ocuparnos primero de las vías —sugirió el sargento—. Así los ingenieros podrán restablecer el suministro eléctrico de la vía.

—¿Las vías antes que las personas, sargento? —Alexandr miró con frialdad al suboficial.

—Son las órdenes del coronel, teniente —murmuró Kashnikov.

—¡No, sargento! ¡Ahora son mis órdenes! Venga, muévase.

Alexandr apartó cascotes, trozos de ventanas y marcos de puertas. La luz era escasa y resultaba difícil ver. Estaba cubierto de polvo y se cortó con un cristal roto sin siquiera darse cuenta. Advirtió la herida cuando vio

cómo goteaba la sangre. Escuchó algo con toda claridad aparte del canto de los grillos.

—¿Lo escucha? —exclamó Alexandr. Era un gemido suave.

—No, señor —contestó el sargento, que lo miró con una expresión preocupada.

—¿Qué le pasa, sargento? ¿Se ha quedado sin manos? Venga, deprisa. Trabajaron deprisa.

Por fin, debajo de los escombros y las vigas quemadas, encontraron un cuerpo, y otro, y otro más, y después una pila de cadáveres que formaban una pirámide debajo de los escombros. Alexandr se dijo que estaban demasiado bien ordenados. Eso no podía ser obra de las bombas. Los habían colocado de esa manera. No podían haberlo hecho ellos mismos. Se detuvo un momento con el oído atento. Volvió a escuchar el gemido. Apartó el cuerpo de un hombre, después el de una mujer, iluminando sus rostros con la lámpara. Ahí estaba otra vez el gemido.

Abajo de todo, tapada con el tercer cadáver, Alexandr encontró a Tatiana.

Yacía boca abajo y un casco le protegía la cabeza. No reconoció las prendas que vestía ni el casco, pero incluso antes de quitárselo, supo que era ella, por la forma de su cuerpo menudo que había observado apasionadamente durante tantos días.

—Tatia... —exclamó con voz incrédula.

Alexandr retiró los demás cadáveres, quitó la última de las vigas y le apartó el pelo de la cara. Apenas si estaba consciente, y a la luz mortecina de las lámparas, casi no parecía viva, pero era ella la que había gemido, y ahora continuaba haciéndolo cada pocos segundos.

Las prendas, el pelo, los zapatos, el rostro, todo aparecía cubierto de polvo y sangre.

—Venga, Tania —dijo Alexandr, de rodillas junto a la muchacha—. Venga. —Le tocó la mejilla. Estaba tibia. Ésa era una buena señal.

—¿Es ésta Tania? —preguntó Kashnikov.

Alexandr no le hizo caso. Estaba muy ocupado pensando en cuál sería la mejor manera de levantarla. Bañada en sangre como estaba resultaba

muy difícil determinar dónde tenía la herida.

—Creo que se está muriendo —opinó Kashnikov.

—¿Ahora se ha convertido en un maldito médico, sargento? —replicó Alexandr, furioso—. No se está muriendo. Ahora deje de hablar. Coja a los hombres y ocúpese de retirar los escombros. Necesitan su ayuda. Lo dejo al mando, sargento. En cuanto terminen, lléveselos de regreso a Leningrado. ¿Podrá hacerlo? Les hemos dado nuestras armas, a ocho de nuestros hombres y la hemos encontrado a ella. Ya no tenemos nada más que hacer en Luga. Así que dese prisa. —Se inclinó sobre Tatiana y la levantó suavemente. Fue como levantar una muñeca rota que gemía.

—¿Qué hacemos con los heridos, teniente?

—¿Escucha algún otro sonido? Ni siquiera escuchó éste, y ahora de pronto le preocupan los demás. Todos están muertos. Compruébelo usted mismo si quiere. Me llevo a Tatiana al médico.

—¿Quiere que le acompañe? Necesita una camilla.

—No se preocupe. La llevaré en brazos.



Eran las once de la noche cuando Alexandr, después de caminar tres kilómetros con Tatiana en los brazos, llegó al campamento y buscó al médico.

No lo encontró, pero sí encontró a su enfermero, Mark, dormido en una tienda.

—El médico ha muerto —le informó Mark—. Partido en dos por la metralla.

—¿Tenemos algún otro médico?

—No. Tendrá que arreglárselas conmigo.

—Me las arreglaré.

Mark echó una ojeada a las prendas tintas en sangre de Tatiana.

—Está desangrada —opinó—. Déjela afuera. —Volvió a tenderse en el catre.

—No está desangrada. No creo que sea su sangre. —Era obvio que el enfermero quería seguir durmiendo, pero Alexandr no estaba dispuesto a permitírselo.

—Resulta difícil saberlo con tan poca luz —afirmó Mark—. Si mañana está viva, la examinaré.

Alexandr no se movió. Permaneció como una roca con Tatiana en los brazos.

—Cabo, la mirará usted ahora.

—Teniente, es muy tarde —manifestó Mark. Se sentó en el borde del catre y exhaló un suspiro.

—¿Tarde para qué? ¿Tiene una sábana o una cama para ella?

—¿Una cama? ¿Qué es esto? ¿Un hotel de lujo? Le traeré una sábana.

El enfermero extendió la sábana en el suelo. Alexandr se arrodilló con Tatiana en los brazos, y después la dejó sobre la sábana. Mark le examinó la cabeza, el rostro y los dientes. Le miró el cuello y le levantó los brazos. Cuando le levantó una pierna, Tatiana gimió con fuerza.

—¡Ah! —exclamó Mark—. ¿Tiene su cuchillo?

Alexandr le dio el cuchillo.

Tatiana llevaba pantalones largos. El enfermo cortó una pernera a lo largo, y después la otra. Alexandr vio que el tobillo derecho y la pierna hasta casi la rodilla estaban hinchados y la piel amoratada.

—Tiene una fractura múltiple en la tibia —comentó Mark—, pero no es abierta. Veamos el resto. —Le desabrochó la camisa y cortó con el cuchillo la camiseta que una vez había sido blanca, para examinarle el pecho, las costillas y el estómago.

Todo el cuerpo era una mancha de sangre. Alexandr quería desviar la mirada.

—No sé cuál es de ella, y cuál no —dijo el enfermero—. No se ve ninguna herida en las piernas. —Le palpó el estómago y el vientre—. Tiene usted razón. No está frío ni pegajoso.

Alexandr permaneció en silencio, aunque por dentro sentía un gran alivio.

—¿Ve esto? —Mark señaló con el dedo—. Tiene tres costillas rotas del lado derecho. ¿Dónde la encontró?

—Entre los escombros de la estación de trenes. Debajo de una pila de cadáveres.

—Eso lo explica todo. Tiene mucha suerte de estar viva. —Mark se levantó—. No tengo una cama disponible en el hospital de campaña. Llévela allí y déjela en el suelo. Alguien se ocupará de ella por la mañana.

—No la dejaré en el suelo hasta la mañana.

—¿Por qué le preocupa tanto? Las heridas no son tan graves como las de los que están allí. —Mark meneó la cabeza—. Tendría que verlos.

—Soy un oficial del Ejército Rojo, cabo. He visto a hombres heridos. ¿Está seguro de que no tiene un catre en alguna parte?

El enfermero se encogió de hombros.

—No tiene metralla en los ojos, sus heridas no son mortales. No pienso echar a un hombre con una herida en el vientre para hacerle lugar a ella.

—Por supuesto que no.

—Tampoco sé qué podremos hacer por ella mañana. Necesita que la lleven a un hospital. Tienen que operarle las fracturas y enyesarla. Eso es algo que aquí no podemos hacer.

Alexandr sacudió la cabeza. No había trenes como consecuencia del bombardeo y el ejército se había quedado con su camión.

—No se preocupe por lo que hará mañana —dijo—. ¿Puede darme unas cuantas toallas y vendas para esta noche? —Alexandr tapó a Tatiana con la sábana y la levantó en brazos—. Y otra sábana.

Mark fue a buscar su maletín sin disimular su fastidio.

—¿Puede darme una dosis de morfina?

—No, teniente. —El enfermero se rio—. No tengo morfina para ella. No hay morfina para una chica con la pierna rota. Tendrá que soportar el dolor.

Mark dejó tres toallas y unos cuantos rollos de vendas sobre el vientre de Tatiana, y Alexandr se la llevó a su tienda.

La tendió en el suelo sobre la sábana, le abrochó la camisa y después fue a buscar agua al arroyo. Cuando volvió, cortó una de las toallas en

ocho trozos, los mojó en el cubo con agua y comenzó a lavarle la cara y el pelo. Le limpió la frente, las mejillas, los ojos y la boca.

—Tatia —susurró—, ¿cómo puedes ser tan loca?

Alexandr vio que abría los ojos y se miraron en silencio.

—Tatia —repitió.

La muchacha acercó una mano al rostro del teniente.

—¿Alexandr? —preguntó con voz débil, pero sin sorprenderse—.

¿Estoy soñando?

—No.

—No puede ser... —Su voz se apagó por un momento—. Soñaba con tu rostro. ¿Qué ha pasado?

—Estás en mi tienda. ¿Qué hacías en la estación de Luga? Los alemanes la han reducido a escombros.

—Supongo que intentaba regresar a Leningrado —contestó después de una pausa—. ¿Qué haces tú aquí?

Él podría haberle mentado, en otra ocasión lo hubiera hecho, al sentirse tan furioso y traicionado por la forma como ella lo había dejado. Pero la verdad era evidente.

—Te buscaba.

—¿Qué ha pasado? —Las lágrimas aparecieron en los ojos de Tatiana—. ¿Por qué tengo tanto frío?

—Nada —se apresuró a responder el teniente—. Mark, el enfermero, tuvo que cortarte las perneras y la...

Tatiana levantó las manos y las metió entre las prendas desabrochadas. Alexandr desvió la mirada. Se las había arreglado para disimular tan bien en la Kirov, para mantener las distancias, pero no podía fingir que encontrarla viva y cubierta de sangre no significaba nada, que salvarla no significaba nada, que ella no significaba nada.

La muchacha acercó una mano a los ojos y miró la sangre.

—¿Es mía esta sangre?

—No lo creo.

—Entonces, ¿qué pasa conmigo? ¿Por qué no puedo moverme?

—Tienes las costillas rotas.

Tatiana gimió.

—Y también una pierna.

—La espalda —susurró ella—. Algo le pasa a mi espalda.

—¿Qué le pasa? —preguntó el teniente, ansioso y preocupado.

—No lo sé. Me quema.

—Probablemente sean las costillas. El año pasado me rompí una costilla durante la guerra de invierno. La sensación era como si tuviera fuego en la espalda.

—Sangra.

Alexandr dejó el trozo de toalla en el cubo y la miró a la cara.

—Tania, ¿me escuchas con claridad?

—Sí.

—¿Puedes sentarte?

La muchacha intentó sentarse.

—No puedo —susurró. Intentaba mantener cerradas la camisa y la camiseta.

Al teniente se le partía el corazón. La ayudó a sentarse.

—Déjame que te quite la ropa. De todas maneras, no te servirá; está empapada con sangre. No las podrás usar.

Tatiana sacudió la cabeza.

—Tengo que quitártelas —insistió Alexandr—. Te miraré la espalda y te la limpiaré. No querrás tener una infección. Eso te pasará con una herida abierta. Te limpiaré. Te lavaré el pelo, y después te vendaré las costillas y la pierna. Te sentirás mucho mejor en cuanto las tengas vendadas.

Ella se reclinó contra el pecho del hombre, y volvió a menear la cabeza.

—No tengas miedo, Tania. —La abrazó, y al cabo de unos momentos, cuando ella no dijo nada, le quitó la camisa con mucho cuidado y después hizo lo mismo con la camiseta. Pequeña, herida y débil, apoyó su cuerpo desnudo contra él, que puso las manos sobre la espalda cubierta de sangre y notó la piel tibia. «Necesita tanto que cuide de ella... —pensó Alexandr, mientras la palpaba suavemente en busca de algún corte—. Y necesito con desesperación cuidar de ella»—. ¿Dónde te duele?

—Donde me estás tocando —respondió ella—. Justo debajo de tus dedos.

Alexandr se inclinó sobre el hombro para echar una ojeada a la espalda donde la sangre seca se mezclaba con la suciedad.

—Creo que tienes un corte. Te lavaré la espalda en un minuto.

Tatiana levantó una mano y le acarició el rostro con mucha suavidad. Alexandr apretó la cabeza de la muchacha contra su pecho y le besó el pelo húmedo. Después la tumbó sobre la sábana. Ella se cubrió los pechos con las manos y cerró los ojos.

—Tatiasha, tengo que limpiarte.

—Deja que lo haga yo misma —murmuró ella, con los ojos cerrados.

—De acuerdo, pero no tienes fuerzas ni para sentarte.

—Dame una toalla mojada, y lo haré —insistió Tatiana, después de una pausa.

—Tatia, deja que te cuide. Por favor, no tengas miedo. Nunca te haría daño.

—Lo sé —asintió ella, incapaz o poco dispuesta a abrir los ojos.

—Ya sé lo que haremos. No te preocupes. Quédate como estás. Yo me moveré.

Le lavó el pelo, los brazos, el pecho y el estómago, alumbrado por la luz mortecina de la lámpara de petróleo colocada en una esquina de la tienda. Tatiana gimió con fuerza cuando le tocó las costillas rotas. Mientras la limpiaba, Alexandr no dejaba de hablarle.

—Uno de estos días, no digo ahora, pero sí pronto, quizá quieras explicarme qué hacías en una estación de ferrocarril durante un bombardeo. ¿De acuerdo? Quiero que pienses en lo que me dirás. Mira la suerte que tienes. Mueve un poco los brazos. Después de que te seque, te vendaré las costillas. Se curarán solas en cuestión de semanas. Estarás como nueva.

Tatiana, siempre con los ojos cerrados y las manos sobre los pechos, volvió la cabeza. Alexandr le quitó los pantalones rotos, le dejó las bragas y le lavó las piernas. La muchacha hizo una mueca y gimió cuando él le tocó la fractura. Alexandr esperó un momento.

—¿Duele mucho?

—Es como si me la hubieran cortado —respondió Tatiana, con una voz apenas audible—. ¿Tienes algo para el dolor?

—Sólo vodka.

—No me gusta el vodka.

Mientras él le secaba el vientre con la toalla, Tatiana, siempre con los ojos cerrados y las manos sobre los pechos, dijo con voz quebrada:

—Por favor, no me mires.

—Está bien, Tatiasha —respondió él, con el mismo tono. Se inclinó para besarle uno de los pechos por encima de la mano—. Está bien. — Permaneció con los labios contra la piel de la muchacha durante un par de segundos, y después se apartó—. Tengo que darte la vuelta, para lavarte el resto. No creo que sea nada serio.

—No me puedo dar la vuelta sola.

—Yo te giraré. —Lo hizo, y la lavó con la misma cariñosa y suave meticulosidad de antes—. Tu espalda está bien. Tienes muchos cortes sin importancia. Son las costillas las que te producen el malestar.

—¿Con qué me vestiré? —se lamentó Tatiana, con el rostro contra la sábana—. Esto es todo lo que tengo.

—No te preocupes. Mañana encontraremos algo.

La ayudó a sentarse y acabó de secarla. La vendó desde detrás para que su rostro no estuviera a unos centímetros de sus pechos, que Tania continuaba manteniendo tapados. La envolvió con la venda de cintura para arriba, y después la anudó cuidadosamente debajo de los brazos. Sintió el deseo de besarle los hombros, pero no lo hizo.

Acostó a Tatiana, la abrigó con una manta y a continuación le entablilló la pierna fracturada.

—¿Qué te parece? —le preguntó, sonriente—. Te lo dije, quedarás como nueva. Ahora, sujétate a mí. —Ella apenas si pudo levantar los brazos para cogerle del cuello.

Alexandr la llevó hasta su improvisada cama con su abrigo y cuando la acostó, Tatiana lo retuvo por un momento. La tapó con la manta.

—¿Por qué tengo tanto frío? —preguntó la muchacha, con la manta hasta el cuello—. No me voy a morir, ¿verdad?

—No —respondió Alexandr, mientras recogía las sábanas y las toallas—. Te pondrás bien. —Sonrió—. Ahora todo es cuestión de llevarte a la ciudad.

—No puedo caminar. ¿Cómo lo haremos?

—Tania, cuando estás conmigo, no tienes de qué preocuparte —afirmó Alexandr, palmeándole la pierna buena—. Yo me encargaré de todo.

—No estoy preocupada —replicó Tatiana, sin desviar la mirada ni por un segundo del rostro del teniente, alumbrado por la luz de la lámpara.

—Quizá mañana ya vuelvan a circular los trenes. La estación sólo está a tres kilómetros de aquí. Lamento no tener mi camión, pero el ejército se lo quedó. Lo necesitaban con urgencia. Tendremos que marcharnos mañana a primera hora. —Se acercó un poco más—. ¿Dónde estabas antes de acabar bombardeada por los alemanes?

—Estaba río abajo. Bombardeada por los alemanes. —Tatiana tragó saliva—. Están al otro lado del río.

—Lo sé. Mañana, o pasado, estarán de este lado. Tendremos que marcharnos con el alba. Ahora quédate quieta, y no se te ocurra ir a ninguna parte. —Sonrió—. Tengo el infiernillo aquí mismo. Iré al arroyo, me lavaré y traeré agua para hacer té. —Sacó la botella de vodka de la mochila y se la acercó a los labios, levantándole un poco la cabeza para que no le costara tragar.

—No...

—Por favor, bebe. Dentro de un rato te dolerá mucho. Esto te ayudará a mitigar el dolor. ¿Alguna vez te habías roto algo?

—Hace años me rompí un brazo. —Tatiana bebió un par de tragos y se estremeció.

—¿Por qué te cortaste el pelo? —preguntó Alexandr, con la cabeza de la muchacha entre sus manos. Necesitó cerrar los ojos durante un momento para no verla tan cercana.

—No quería que me molestara. ¿Lo detestas? —Lo miró con una mirada dulce e indefensa.

—No lo detesto —contestó el teniente con voz ronca. Necesitó de todas sus fuerzas para no inclinarse y besarla. La acostó sobre el abrigo y salió de la tienda. Necesitaba controlar sus emociones.

La indefensión y la vulnerabilidad de Tatiana habían hecho que sus mal disimulados sentimientos afloraran a la superficie, donde ahora flotaban tentadoramente cerca, dolorosamente lejos. Fue hasta el arroyo, le preparó el té y entró en la tienda. Tatiana parecía estar semiconsciente. Deseó tener un poco de morfina.

—Tengo una tableta de chocolate. ¿Quieres un poco?

Tatiana se colocó sobre el lado menos dolorido y dejó que el chocolate se le disolviera en la boca, mientras Alexandr permanecía sentado junto a ella con los brazos alrededor de las rodillas.

—¿Quieres el resto? —preguntó la muchacha.

Alexandr meneó la cabeza.

—¿Por qué has hecho esta locura, Tania?

—Para encontrar a mi hermano. —Tatiana lo miró de reojo.

—¿Por qué no fuiste al cuartel para preguntármelo a mí?

—Ya había ido una vez. Creí que si sabías algo vendrías a verme y me lo dirías. —Lo miró—. Pero como...

—Lo siento. —El teniente miró el rostro pálido por el sufrimiento. Intentaba ser valiente—. Tania, lo siento de veras, pero a Pasha lo enviaron a Novgorod.

Tatiana reprimió un grito.

—Oh, calla. Por favor, no lo digas nunca más. Por favor. —Comenzó a temblar como una azogada—. Tengo mucho frío. —Apoyó una mano en la bota del oficial—. ¿Puedes darme mi té antes de que me quede dormida?

Él le sostuvo la cabeza y le acercó la taza a los labios.

—Estoy tan cansada... —susurró, recostándose. Su mirada no se apartó del rostro de Alexandr. Como en la Kirov. El hombre se apartó, y de inmediato volvió a sonar la voz de Tatiana—: ¿Adónde vas?

—A ninguna parte. Dormiré aquí, y mañana muy temprano nos marcharemos a casa.

—Tendrás frío si duermes en la hierba. Ven aquí.

Alexandr sacudió la cabeza.

—Por favor, Shura —le rogó ella, con su voz más dulce, y tendiéndole una mano—. Por favor, acércate a mí.

No hubiera podido decir que no aunque quisiera. Apagó la lámpara, se quitó las botas y el uniforme sucio de barro y sangre, buscó en la mochila una camiseta limpia y se acostó junto a Tatiana, debajo de la misma manta.

En la tienda la oscuridad era total. Él yacía boca arriba y ella sobre el lado izquierdo con la cabeza apoyada en el brazo. Alexandr escuchó el canto de los grillos. Escuchó la suave respiración de la muchacha. Sintió su aliento cálido en el hombro y el pecho. Sentía su cuerpo desnudo contra su brazo, contra todo su cuerpo. No podía respirar.

—¿Tania?

—¿Sí? —La voz sonó temblorosa y expectante.

—¿Estás cansada? ¿Demasiado cansada para hablar?

—No estoy cansada para hablar —respondió, con menos expectación.

—Comienza por el principio y no pares hasta que llegues a la estación de Luga. ¿Qué pasó?

Tatiana se lo contó todo, y después de una pausa, Alexandr le preguntó con un tono de franca incredulidad:

—¿Te pusiste a resguardo debajo de la pila de cadáveres antes de que el edificio de la estación se desplomara?

—Sí.

—Una bonita maniobra militar, Tatia.

—Muchas gracias.

Siguió un silencio, y entonces él la oyó llorar. La estrechó contra su cuerpo.

—Lamento mucho lo de tu hermano.

—Shura —dijo Tatiana, con tanta suavidad que él apenas si la escuchó—. ¿Recuerdas que te hablé de las veces que Pasha y yo íbamos al lago Ilmen, en Novgorod?

—Lo recuerdo, Tania. —Le acarició el pelo.

—Mi tía Rita, el tío Boris y la prima Marina.

—¿La prima Marina?

—¿A qué te refieres?

—¿La prima Marina que ibas a visitar cuando nos encontramos en el autobús? —Alexandr sonrió en la oscuridad al sentir que la mano de la muchacha le pellizcaba suavemente en el estómago.

—Sí. Tenían una dacha y bote de remos en el lago. Pasha y yo salíamos con el bote y remábamos por turno. Yo remaba la mitad del trayecto y él la otra mitad. Un día tuvimos una discusión muy tonta sobre dónde era la mitad. Él no quería dejarme remar, así que siguió discutiendo, después comenzó a gritar y finalmente me dijo: «¿Quieres este remo?, pues toma, ya te lo puedes quedar». Me lo arrojó con tanta fuerza que me caí al agua. —Tatiana se estremeció mientras lloraba y reía al mismo tiempo—. Me caí al agua, y no me pasaba nada, pero no quería que él lo supiera, así que contuve la respiración y me sumergí debajo del bote. Escuchaba cómo me llamaba, cada vez más asustado. De pronto, se lanzó al agua para salvarme, y yo salí por el otro lado, me subí al bote, cogí un remo y lo llamé con un silbido. En cuanto se volvió, le pegué en la cabeza con el remo. —Tatiana se limpió el rostro con la mano con la que había tocado a Alexandr—. Como no podía ser de otra manera, con la suerte que tengo, perdió el conocimiento. Llevaba puesto el salvavidas...

—No como tú.

—No como yo. Le vi flotar en el agua boca abajo y creí que me estaba gastando una broma. Quería ver cuánto podía aguantar la respiración. Estaba segura de que no aguantaría tanto como yo. Así que lo dejé flotar un minuto, y otro más. Finalmente me lancé al agua y lo subí a la embarcación. No sé cómo lo hice. Después remé todo el camino hasta la orilla yo sola mientras él se lamentaba de que le había pegado demasiado fuerte. Menuda paliza me dieron mis padres cuando vieron el chichón en la cabeza de Pasha. Pero después de que me castigaran, le dijo a todo el mundo que había fingido y que había estado consciente todo el tiempo. —Tatiana volvió a llorar—. ¿Sabes cómo me siento ahora? Como si estuviese esperando que Pasha salga del agua en cualquier momento y me diga que todo era una broma.

—Tatiana, los malditos alemanes sencillamente le pegaron demasiado fuerte con aquel remo —dijo Alexandr, con voz ahogada.

—Lo sé. Me da mucha pena que estuviera solo sin ninguno de nosotros.

Tatiana se calló, y Alexandr escuchó su respiración hasta que recupero el ritmo normal. «Que estuviera solo sin ti, Tania —pensó Alexandr—. Se hubiera sentido mejor de haber estado contigo».

Oyó que su respiración se interrumpía por un momento, como si fuera a preguntarle algo. Continuó acariciándole el pelo para darle ánimos.

—¿Qué, Tatia?

—Shura, ¿estás dormido?

—No.

—Te eché mucho de menos cuando dejaste de venir a la Kirov. ¿Está bien que lo diga?

—Yo también te eché de menos —afirmó Alexandr. Rozó los labios contra el pelo sedoso de la muchacha—. Y está bien que lo digas.

Tatiana guardó silencio, pero su mano continuó moviéndose suavemente por todo el pecho del hombre. Él la estrechó entre sus brazos. Un gemido de dolor escapó de su boca, después otro y otro.

Pasaron los minutos. Y las horas.

—Shura, ¿estás dormido?

—No.

—Sólo quería decirte una cosa: muchas gracias, soldado.

Alexandr miró en la oscuridad, mientras trataba de recordar los tomentos de su propia vida: su infancia, su madre, su padre, el pueblo de Barrington. No recordó nada. No sintió nada excepto a Tatiana apoyada en su brazo dormido que le acariciaba el pecho. Después ella le apoyó la mano sobre el corazón. Sintió el leve contacto de sus labios contra la camisa, antes de quedarse dormida, y finalmente él también se durmió.

El teniente abrió los ojos con el alba.

—¿Tania?

—Estoy despierta —dijo ella, con la mano todavía apoyada en el pecho del hombre.

Alexandr se levantó y fue a lavarse en el arroyo del bosque donde todavía estaba oscuro. No lo podía hacer en la orilla del Luga. Los alemanes se encontraban al otro lado del río, a tan sólo setenta y cinco metros de distancia, con toda la artillería apuntando a los soviéticos que habían dormido abrazados a las ametralladoras. Él, en cambio, había dormido abrazado a Tatiana.

Regresó a la tienda con un cubo de agua limpia, sentó a Tatiana, le ayudó a lavarse, y después le sirvió té y un trozo de pan.

—¿Cómo te sientes esta mañana? ¿Rozagante? —Sonrió.

—Sí —contestó ella, con voz débil—. Creo que podré saltar con la pierna sana.

Él vio por la expresión de su rostro que el dolor era terrible.

El teniente le dijo que regresaría en unos minutos. Fue a despertar al enfermero, y le pidió ropas para la muchacha y algún medicamento para el dolor. Mark no disponía de medicamentos, pero le encontró un vestido que había sido de una enfermera muerta en uno de los bombardeos.

—Cabo, necesito un miserable gramo de morfina.

—No lo tengo —exclamó Mark—. Te fusilan por robar morfina. No tengo morfina para alguien con una pierna rota, ni para alguien con una bala en las tripas. ¿Quiere que ella reciba un gramo de nuestra preciosa morfina en lugar de un capitán del Ejército Rojo?

Alexandr no respondió a la pregunta.

Regresó a la tienda, sentó a Tatiana y la vistió con mucho cuidado para no aumentar su sufrimiento.

—Eres un buen hombre, Alexandr —afirmó la muchacha. Levantó una mano y apoyó la palma en el rostro del oficial.

—Un hombre ante todo —señaló él en voz baja, apoyándose en su mano. Hizo una pausa—. La pierna te debe doler horrores. Toma un poco de vodka. Mitigaré el dolor.

—De acuerdo. Lo que tú digas.

—¿Preparada? —preguntó Alexandr, en cuanto ella bebió un par de tragos.

—Déjame —respondió Tatiana—. Vete, y déjame aquí. Ya me encontrarán un lugar en el hospital de campaña. La gente se muere, y quedan camas desocupadas.

—¿Crees que he venido hasta Luga sólo para dejarte esperando a que se desocupe una cama? —Recogió el abrigo y la manta, y a continuación desmanteló la tienda, mientras ella esperaba sentada en el suelo—. Te ayudaré a levantarte. ¿Puedes aguantarte en una sola pierna?

—Puedo aguantarme en una sola pierna —afirmó con un gemido.

Tatiana permaneció de pie delante de Alexandr. A duras penas le llegaba a la altura del pecho. El teniente se moría por besarle la cabeza. «Por favor, que no me mire», pensó Alexandr. Ella se balanceaba, y para no caerse se aferraba a los brazos del hombre.

—Ponme la mochila a la espalda —le sugirió Tatiana—. Así te resultará más fácil.

Alexandr le puso la mochila.

—Tania, me agacharé delante de ti, y tú te sujetarás a mi cuello. Sujétate con fuerza, ¿de acuerdo?

—Lo haré. ¿Qué pasa con tu fusil?

—A ti te llevaré a la espalda, y el fusil lo llevaré en la mano. Venga, tenemos que irnos.

Ella se sujetó a Alexandr, y él se levantó con ella a la espalda y el fusil en la mano.

—¿Preparada?

—Sí.

—¿Te duele? —preguntó el teniente al escuchar su gemido.

—Se tolera —respondió ella, y por un momento aumentó la presión de los brazos cariñosamente.

Alexandr cargó a Tatiana a lo largo de los tres kilómetros que había hasta la estación de Luga. Se llevó una desilusión al ver que el servicio ferroviario no se había restablecido.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Tatiana, preocupada, cuando él se detuvo a descansar.

Alexandr le ofreció la cantimplora para que bebiera un poco de agua.

—Ahora caminaremos a través del bosque hasta la próxima estación.

—¿Cuántos kilómetros hay hasta allí?

—Seis.

—Alexandr, no puede ser. —Tatiana meneó la cabeza—. No puedes llevarme otros seis kilómetros cargada a la espalda.

—¿Se te ocurre alguna otra idea? —replicó el teniente, sentado sobre los talones, delante de ella—. Tenemos que seguir.

Marchaban por una pista forestal, en dirección norte, hacia la siguiente estación de ferrocarril, cuando escucharon a los aviones que volaban a baja altura por encima del bosque. Alexandr hubiese seguido caminando, pero no quiso hacerlo con Tatiana a la espalda. Si caía una bomba, ella sería la primera en recibir el impacto.

Se apartó del sendero, buscó la protección de los árboles y sentó a Tatiana junto a un tronco caído.

—Tiéndete —le dijo Alexandr al tiempo que la ayudaba. Se tendió a su lado, sin soltar el fusil—. Ponte boca abajo y tápate la cabeza. —Ella no se movió—. No tengas miedo, Tania.

—¿Cómo puedo tener miedo ahora? —replicó ella con voz entrecortada, tendida de espaldas y sin apartar la mirada del rostro del teniente. No tenía la menor intención de moverse. Apoyó las manos en el pecho del oficial.

—Continúa —la animó él con un tono suave, y devolviéndole la mirada—. ¿Qué? ¿Necesitas que te ayude? Tendría que haber recogido tu casco en la estación.

—Alexandr.

—¿Qué pasa? ¿Cómo es que esta mañana vuelvo a ser Alexandr?

—Oh, Shura —susurró Tatiana, con una mirada indefensa.

Alexandr fue incapaz de contenerse por más tiempo. Bajó la cabeza y la besó.

Sus labios eran tan suaves, jóvenes y carnosos como se los había imaginado. Todo el cuerpo de Tatiana comenzó a temblar mientras lo besaba con tanta ternura, con tanta pasión, con tanta desesperación que un gemido involuntario escapó de los labios de Alexandr. Le resultaba

delicioso sentir la presión de las manos de Tatiana en la cabeza para apretarla contra la suya.

—Oh, Dios —murmuró él en su boca entreabierta.

El silbido de las bombas al caer y las explosiones los hizo separarse. Alexandr agradeció que algo le obligara a separarse. La copa de un árbol cercano se incendió, y las chispas comenzaron a caer como una lluvia de fuego sobre la tierra húmeda muy cerca de ellos. Él la ayudó a ponerse boca abajo, y a continuación se acostó a su lado sobre el musgo para protegerla con su cuerpo a modo de escudo.

—¿Estás bien? ¿Te asustan las bombas?

—Ahora mismo lo que menos me asusta son las bombas —respondió ella, en voz muy baja.

—Vamos, tenemos que llegar al tren —dijo Alexandr, en cuanto acabó el bombardeo—. Hay que darse prisa.

Tatiana fue incapaz de mirarlo mientras se levantaba. El teniente le volvió la espalda y se agachó para que ella se montara. La cargó, con los brazos pasados por debajo de las rodillas de la muchacha, con el fusil en las manos.

—Peso mucho —comentó Tatiana.

—No pesas más que mi mochila —mintió Alexandr, jadeante—. Sujétate bien. No tardaremos en llegar.

De vez en cuando, la culata del fusil tocaba la pierna rota, y Alexandr notaba cómo el cuerpo de Tatiana se estremecía de dolor, pero ella no soltó ni un gemido. Mientras caminaba, sintió que la muchacha apoyaba la cabeza en su espalda. Confió en que estuviera bien.

Alexandr cargó con Tatiana a lo largo de los seis kilómetros hasta la estación, por el bosque en llamas y entre densas nubes de humo negro. Había cesado el bombardeo aéreo, pero el sonido de los disparos de la artillería y el traqueteo de las ametralladoras era incesante.

En la estación, Alexandr la dejó en el suelo y se sentó a su lado. Ella se acercó todo lo que pudo.

—¿Cansado? —le preguntó con voz suave.

Alexandr asintió con un gesto.

Esperaron. Los refugiados abarrotaban el andén: mujeres con bebés en los brazos, ancianos, todos cargados con sus pertenencias. Sucios, cansados, aturcidos por el estallido de las bombas, esperaban a que apareciera un tren. Alexandr partió el trozo de pan que le quedaba y lo compartió con Tatiana.

—No, cómetelo tú —protestó la muchacha—. Lo necesitas más que yo.

—¿Comiste algo ayer? —replicó el teniente—. Por supuesto que no.

—Comí una patata cruda y un puñado de arándanos. Y el chocolate que tú me diste. —Se apretó cuan larga era contra el cuerpo de Alexandr. Apoyó la cabeza en su brazo y cerró los ojos.

—Te pondrás bien —afirmó Alexandr. La rodeó con el brazo y le dio un beso en la cabeza—. Ya lo verás. Dentro de muy poco te curarán la pierna y estarás como nueva. Te lo prometo.

Apareció el tren. Se trataba de un tren de ganado, sin lugar donde sentarse.

—¿Prefieres esperar a un tren de pasajeros? —preguntó el teniente.

—No —respondió ella, con voz desmayada—. No me siento bien. Lo mejor será llegar a Leningrado cuanto antes. Subamos. Me aguantaré en la pierna sana.

Alexandr la subió al vagón y después subió él de un salto. Había docenas de personas en él. Se situaron cerca de la puerta desde donde veían los campos. Durante varias horas viajaron apretados como sardinas. Tatiana se recostaba en Alexandr, con la cabeza contra su pecho, y él la sujetó lo mejor que pudo por los brazos. No podía sujetarla por el tronco ni por la espalda. En un momento dado, advirtió que el cuerpo de la muchacha se aflojaba como si fuera a caerse.

—Aguanta —le dijo, sosteniéndola—. Aguanta.

Tatiana aguantó con los brazos alrededor del cuello de Alexandr.

Las puertas del vagón estaban abiertas por si alguien quería saltar. El tren avanzó lentamente a través de los campos. Las carreteras rurales estaban llenas de campesinos que conducían sus rebaños y de refugiados que tiraban de los carros cargados con sus pobres enseres. Las

ambulancias y los motoristas intentaban abrirse paso entre la muchedumbre. Alexandr vio la expresión sombría en el rostro de Tatiana.

—¿En qué piensas, Tatia?

—Me pregunto por qué todas esas personas van cargadas con sus vidas a la espalda. Si yo me marchara, no me llevaría nada, excepto a mí misma.

—¿Qué me dices de tus efectos personales? —Alexandr sonrió—. Tendrás alguna cosa, ¿no?

—Sí, pero no me llevaría ninguna.

—¿Ni siquiera «El jinete de bronce» que te regalé? Al menos eso tendrías que llevártelo.

—Quizá. —Tatiana miró a su compañero e intentó sonreírle—. Pero me marchó para salvarme, o cargo con cosas que me demorarán y le facilito la tarea al enemigo. ¿No crees que deberíamos preguntarnos cuál es nuestro objetivo? ¿Estamos abandonando nuestro hogar? ¿Vamos a comenzar una nueva vida? ¿O pensamos continuar con la de antes en otro lugar?

—Todas son muy buenas preguntas.

—Lo sé. —Tatiana miró los campos con una expresión pensativa.

Alexandr se inclinó un poco y rozó la mejilla contra la cabeza de Tatiana, mientras la abrazaba un poco más fuerte. Sólo le quedaba una cosa de su vida anterior; por todo lo demás, Estados Unidos sólo existía en su memoria.

—Ojalá hubiese podido encontrar a mi hermano —musitó Tatiana.

—Lo sé —afirmó Alexandr, emocionado—. Ojalá hubiese podido encontrarlo para ti.

El tren llegó a la estación Varsovia mediada la tarde. Se sentaron en el banco que miraba al canal Obvodnoi y esperaron el tranvía número 16 que los llevaría al hospital Gresheski, cerca de la casa de Tatiana.

—¿Quieres subir? —le preguntó Alexandr, cuando llegó el tranvía.

—No.

Continuaron sentados.

Llegó un segundo tranvía.

—¿Éste?

—No.

Apareció el tercero.

—No —dijo Tatiana, antes de que él tuviera ocasión de preguntar, y apoyó la cabeza en su brazo.

Pasaron cuatro tranvías, y ellos continuaron sentados, muy juntos, en silencio, absortos en la contemplación del canal.

—En lo que dura un suspiro —comentó Tatiana finalmente—. Cuando llegue el próximo tranvía me devolverás a mi antigua vida.

Alexandr no le respondió.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Tatiana, con lágrimas en los ojos.

Él siguió sin responder.

—Aquel día —preguntó ella—, cuando discutimos en la Kirov, ¿tenías un plan?

Él quería sacarla de Leningrado. No estaba segura en la ciudad.

—La verdad es que no —contestó.

—No te creo —dijo Tatiana, con la cabeza contra su brazo.

Otro tranvía llegó y se fue.

—Shura, ¿cómo le diré a mi familia lo de Pasha?

Alexandr le acarició el rostro.

—Diles que lo lamentas, que hiciste todo lo posible.

—¿Quizá lo mismo que yo, él está vivo en alguna parte?

—Tú no estás en alguna parte. Estás conmigo.

—Sí, pero hasta ayer, no lo estaba —replicó ella con voz ahogada—. Estaba en alguna parte. —Lo miró, ansiosa—. ¿Quizá?

Alexandr sacudió la cabeza.

—Oh, Tania.

Tatiana desvió la mirada.

—¿Te costó mucho encontrarme?

—No mucho. —El teniente no quiso decirle que había revisado cada palmo de Luga.

—¿Cómo sabías que debías buscarme en Luga?

—También te busqué en Tolmashevo.

—Pero ¿cómo sabías dónde buscarme? —insistió ella.

Alexandr vio que ella le miraba con una expresión de anhelo que no podía soportar.

—Escucha. Fue Dasha quien me pidió que te buscara.

—Oh. —En el rostro de Tatiana apareció la desilusión. Se apartó hasta que ni una sola parte de su cuerpo tocó el del teniente.

—Tatia...

—Mira, ahí llega el tranvía. —Intentó levantarse—. Vamos.

—Deja que te ayude. —Alexandr la sujetó.

—Estoy bien. —Tatiana intentó saltar con la pierna buena, utilizando a Alexandr de bastón, pero el dolor fue tan intenso que soltó un grito...

Se abrieron las puertas del tranvía.

—Espera —le rogó Alexandr—. Te he dicho que me dejes ayudarte.

—Y yo te he dicho que estoy bien.

—Para, o te soltaré —la amenazó.

—Pues suéltame.

El teniente resopló furioso, y se puso delante de ella.

—Deja de jugar a la pata coja. ¿Crees que eso le hace algún bien a tus costillas? Sujétate a mí como antes, y te subiré al tranvía.

Tatiana dejó que la subiera y la acomodara en un asiento.

—¿Por qué estás enfadada?

—No estoy enfadada.

Al cabo de un momento, Alexandr le rodeó los hombros con el brazo. Tatiana continuó mirando a través de la ventanilla.

Después de quince minutos sin hablar, llegaron al hospital. Alexandr la llevó al interior, donde las enfermeras le encontraron rápidamente una cama, le cambiaron el vestido por una bata de hospital limpia y, sin perder ni un instante, le suministraron un calmante.

—Se está mucho mejor con la morfina, ¿no? —Alexandr sonrió—. El médico vendrá en un momento. Te arreglará la fractura y te pondrá un yeso; estarás dormida. Mientras tanto, yo iré a avisar a tu familia de que estás aquí, y después marcharé a recoger a mis hombres. —Suspiró—. Estoy seguro de que siguen varados en Luga.

Tatiana se acomodó la almohada.

—Gracias por ayudarme —dijo, con un tono distante.

Alexandr se sentó en el borde de la cama. Tatiana volvió la cabeza. Él le puso dos dedos debajo de la barbilla y se la volvió a girar. Vio las lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Tania, ¿por qué estás enfadada? De no haber sido porque Dasha me avisó, nunca te hubiera ido a buscar. —Encogió los hombros—. No sé la razón, pero así es como se supone que debe ser. Estás en casa, estás atendida. —Le acarició la mejilla—. Has tenido que hacer frente a demasiadas cosas.

Tatiana se sorbió los mocos e intentó volver la cabeza, pero él no se lo permitió, abrumado por la ternura.

—Ven aquí. —Alexandr la acunó entre sus brazos—. Tatiana, la respuesta es sí a todas las preguntas que te hagas —susurró. Le besó el pelo. Notó que ella intentaba apartarse.

—No tengo ninguna pregunta —replicó ella, con el mismo tono de antes—. Todas han sido respondidas. Lo hiciste por Dasha. Te estará profundamente agradecida.

Alexandr se echó a reír con una expresión de incredulidad. Dejó que Tatiana se reclinara en la almohada.

—¿También te besé por Dasha?

La muchacha se ruborizó.

—Tania —añadió el teniente en voz baja—, no podemos tener esta conversación. No después de lo que hemos pasado juntos.

—Tienes razón. No deberíamos hablar en absoluto. —Tatiana se negó a mirarlo.

—Tendríamos, y no sólo de esto.

—Vete, Alexandr. Vete y dile a mi hermana que me salvaste para ella.

—No te salvé para ella —proclamó él. Se levantó—. Te salvé para mí. No eres nada justa, Tania.

—Lo sé —asintió ella, apenada—. No hay nada justo en todo esto.

Alexandr cogió la mano de Tatiana, y luchó consigo mismo para no volver a besarla, para no causarle más dolor. Al final, con el corazón en un puño, le besó la palma de la mano y se marchó.

EMPALADO EN EL ESPACIO

1

Tras la marcha de Alexandr, Tatiana quiso llorar, pero las costillas le dolían demasiado. Se cubrió el rostro con el brazo cuando vio entrar a la enfermera.

—Vamos, vamos —dijo Vera—, ya verás cómo te pondrás bien enseguida. Tu familia no tardará en llegar. No llores porque te dolerá más. Recuerda que tienes las costillas rotas. ¿Por qué no duermes un rato? Te daré algo para dormir.

—¿Puedes darme un poco más de morfina?

—Ya te he dado dos gramos. ¿Cuánta más quieres? —Vera se rio.

—¿Un kilo?

Tatiana se quedó dormida. Cuando abrió los ojos, vio a toda la familia sentada alrededor de la cama, con expresiones donde se mezclaban el horror y el cariño. Dasha le tenía cogida la mano. Su madre se enjugaba las lágrimas. *Babushka* daba palmaditas en la mano de *deda*. Su padre la miraba con una expresión de reproche.

—Tania, has dormido dos días enteros —comentó Dasha, y le besó la cabeza.

—¿En qué estabas pensando? —dijo la madre con voz lastimera mientras le acariciaba la mano.

—Quería encontrar a nuestro Pasha —respondió Tatiana, apretando la mano de su madre—. Siento mucho no haber podido encontrarlo.

—Tania, dices tonterías —afirmó su padre. Se acercó a la ventana—. ¿No fuiste a la escuela? ¿No acabaste los cursos un año antes? ¿Se puede saber qué te enseñaron? Es evidente que no te enseñaron un poco de sentido común.

—Tanechka, eres nuestra pequeña, la niña de nuestros ojos —manifestó su madre—. ¿Qué hubiéramos hecho si te perdíamos a ti también? —Soltó un sollozo—. ¿Cómo hubiésemos podido seguir adelante?

El padre le dijo a la madre que no dijera más tonterías.

—¡Todavía no hemos perdido a nuestro Pasha! No dejan de volver voluntarios del frente. Todavía nos queda la esperanza.

—Eso díselo a Nina Iglenko —manifestó Dasha—. No puedes salir al pasillo sin escuchar cómo llora por Volodia.

—Nina tiene cuatro hijos —replicó papá con un tono grave—, que no tardarán en marchar al frente si la guerra no se acaba pronto. Será mejor que se acostumbre a ir perdiéndolos. —Agachó la cabeza—. Pero nosotros sólo tenemos uno, y todavía tengo la esperanza de recuperarlo.

Si Tatiana hubiese tenido valor les hubiera dado la espalda, incapaz de enfrentarlos con la verdad de lo que ella había visto en las orillas del río Luga. Si les decía que había visto cómo sepultaban a los muertos en las fosas comunes, que había visto morir a docenas de personas, que había visto los cuerpos destrozados y a los niños ametrallados, su familia no le habría creído. A ella misma le costaba creerlo.

—Debes de estar loca de remate, Tania —opinó Dasha—. Hacernos pasar a todos por este infierno, y arriesgar la vida de mi pobre Alexandr. Él fue a buscarte. Le supliqué que lo hiciera. No quería, tuvo que pasar por encima de su oficial superior.

—Tania, te salvó la vida —afirmó *deda*.

—¿Eso hizo? —preguntó ella, con voz débil.

—Oh, pobrecita mía —exclamó la madre, acariciando la mano de Tatiana—. No recuerdas nada. Georg, no recuerda nada. Por las cosas que habrás pasado.

—Mamá, ¿no lo has oído? —intervino Dasha—. La estación se le cayó encima. ¡Alexandr tuvo que sacarla de debajo de los escombros!

—Ese hombre, Dashenka, es oro en paño —proclamó el padre—. ¿Dónde lo encontraste? No dejes que se te escape.

—No se lo permitiré, papá.

En aquel momento, el hombre que era oro en paño entró en la habitación en compañía de Dimitri. La familia se reunió a su alrededor. El padre y *deda* le estrecharon la mano vigorosamente. La madre y *babushka* lo abrazaron. Dasha lo besó en la boca.

Lo besó y besó. Y siguió besándolo.

—Ya está bien, Daria Georgievna —intervino el padre—. Deja que el pobre hombre respire.

Dimitri se acercó a la cama. Le dio un beso en la frente.

—Tanechka, al menos esta vez has tenido la suerte de salvar la vida —comentó con una expresión risueña.

—Tatiana, creo que tienes algo que decirle al teniente Belov —manifestó el padre, muy solemne.

—A nuestro teniente van a concederle otra medalla al valor militar —anunció Dimitri, con un tono burlón—. Después de traer a Tatiana, fue a buscar a sus hombres, y regresó a Leningrado con once de los veinte que se había llevado, y la mayoría de ellos carecían de cualquier instrucción militar. Mejor que en Finlandia, ¿verdad, Alex?

Alexandr se acercó a la cama.

—¿Cómo estás, Tania?

—Espera, ¿qué pasó en Finlandia? —preguntó Dasha, pegada al brazo del teniente.

—¿Cómo estás, Tania? —repitió Alexandr.

—Muy bien —contestó ella, incapaz de mirarle. Le sonrió a su madre—. Estoy bien, mamá. Muy pronto estaré en casa.

—¿Qué pasó en Finlandia? —insistió Dasha, sin soltar el brazo de Alexandr.

—No quiero hablar del tema.

—Yo se lo contaré —anunció Dimitri, muy contento—. En Finlandia, Alexandr trajo de vuelta a sólo cuatro de los treinta hombres bajo su mando. Sin embargo, se las arregló para convertir aquella derrota en una victoria. Le entregaron una medalla y lo ascendieron. ¿No es así, Alexandr?

El teniente no hizo caso de su compañero.

—¿Cómo está tu pierna?

—Bien. Muy pronto estará como nueva.

—¡No tan pronto! —le advirtió su madre—. En septiembre. Tendrás que llevar yeso hasta septiembre, Tania. ¿Qué harás?

—Llevar yeso hasta septiembre.

La madre volvió a menear la cabeza y sorberse los mocos.

—No, Alexandr la cargó a la espalda, Georg, a la espalda. —Cogió una de las manos del teniente—. ¿Cómo podemos darle las gracias por lo que ha hecho?

—No tiene que darme las gracias —replicó Alexandr, con una sonrisa—. Basta con que cuide a Tania.

—Alex, es una suerte que Tania sólo pese unos tres kilos —comentó Dasha, con una risita.

—Dale las gracias, Tania —insistió su padre, abrumado por la ansiedad y la gratitud—. Por lo que más quieras, agradécele al hombre que te salvara la vida.

Tatiana se olvidó de que Dimitri seguía teniéndola cogida de la mano, miró de frente a Alexandr y con la sombra de una sonrisa le dijo:

—Gracias, teniente.

Antes de que él pudiera decir una palabra, Dasha lo abrazó.

—Alexandr, ¿te das cuenta de lo que has hecho por nuestra familia? ¿Cómo podré agradecértelo? —Sonrió.

Por fortuna, entró la enfermera y anunció que se había acabado el horario de visitas.

Dimitri se agachó y le dio un beso en la comisura de los labios.

—Buenas noches, querida. Mañana vendré a verte.

A Tatiana le entraron ganas de gritar.

Dasha se demoró un poco para arreglarle las mantas de la cama y acomodar mejor un cojín debajo de la pierna enyesada. Parecía inquieta de una manera que Tatiana no había visto en semanas.

—Tania —susurró—. Si hay Dios, le doy las gracias por haberte salvado. Después de que él te trajera, mantuvimos una larga charla; le estaba muy agradecida por haberte encontrado. Le convencí para que le

diera otra oportunidad a lo nuestro; con la guerra tan próxima, le dije, ¿qué podemos perder? Alexandr, mira lo que has hecho por mí, tú no lo hubieras hecho si no sintieras algo por mí. Él me respondió: Dasha, nunca dije que no sintiera algo por ti. —Dasha besó la cabeza de Tatiana—. Muchas gracias, mi niña querida, por mantenerte viva lo bastante como para que él te encontrara.

—De nada —respondió Tatiana, con voz apagada. Si él estaba otra vez en la vida de Dasha, volvería a estar también en la suya. ¿Por qué le sonaba tan mal?

—Tania, ¿crees que Pasha está vivo en alguna parte?

Tatiana pensó en las octavillas que caían del cielo como confeti, en las bombas que estallaban a media altura y descargaban una lluvia de metralla, en los cañones que le apuntaban a ella, a Alexandr y también a Pasha.

—No lo creo. —Tatiana cerró los ojos. Tenía la sensación de que Pasha había desaparecido para siempre.

Tatiana seguía con los ojos cerrados cuando una hora más tarde le pareció que había oído abrirse la puerta. Abrió los ojos y se encontró a Alexandr sentado en el borde de la cama. ¿Cómo se las arreglaba para mover su corpachón y cargar el fusil de una manera tan silenciosa?

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vengo a ver cómo estás.

—¿Acabas de dejar a Dasha?

—Sí. Ahora voy camino de San Isaac. Me toca hacer la guardia de vigilancia aérea en lo más alto de la cúpula, en el balcón que la rodea. Hasta la una. Petrenko tiene el turno anterior. Es un buen soldado. Me cubre si llego un poco tarde. —La catedral de San Isaac era el edificio más alto de Leningrado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió Tatiana.

—Quería asegurarme de que estabas bien. Además, quería hablarte de Dasha.

—Estoy bien. No miento. Y tú no tendrías que hacer esto. Presentarte aquí de esta manera. Dasha tiene razón. Ya he causado bastantes líos. No

tienes que llegar tarde a tu turno de guardia.

—No te preocupes por mí. ¿Cómo te sientes?

—Perfectamente —respondió la muchacha, con furia—. Eres todo un héroe, ¿no es así, Alexandr? Mi familia cree que Dasha no podría haber encontrado a nadie mejor. —Tatiana desvió la mirada.

—Tatia.

—Me dijo que estáis juntos otra vez —manifestó Tatiana con una falsa alegría—. ¿Por qué no? Con la guerra tan próxima, qué podemos perder, ¿no es así? Toda esa historia de Luga sólo sirvió para que las cosas volvieran a su cauce normal.

—Tatia.

—¡Deja ya de llamarme Tatia!

El teniente exhaló un suspiro.

—¿Qué te gustaría que hiciera?

—Dejarme sola, Alexandr.

—¿Cómo podría, Tatiana?

—No lo sé. Pero será mejor que lo averigües. ¿Has visto lo amable que está Dimitri? Esto ha sacado a la luz sus mejores cualidades. Nunca hubiese dicho que pudiera ser tan bondadoso.

—Sí, te besa con mucha bondad —afirmó Alexandr, con una mirada tormentosa.

—Está siendo muy amable.

—Y tú se lo permites.

—¿Ah, sí? Al menos yo no lo acoso.

Alexandr respiró profundamente. Tatiana hizo lo mismo. No podía creer que ella se estuviera comportando de esa manera.

—¿Qué? ¿Ya habéis hecho planes? —preguntó él con un tono cáustico.

Tatiana, asustada, guardó silencio.

Una enfermera abrió la puerta para que «entrara un poco de aire fresco».

—Tania, no sé lo que quieres que haga —manifestó Alexandr en cuanto estuvieron solos otra vez—. Te lo dije desde el principio: no

entremos en este juego. Pero ahora es demasiado tarde. Ahora, Dimitri...
—Se interrumpió. Sacudió la cabeza—. Ahora todo es el doble de difícil.

Lo único que ella quería era que él la besara otra vez.

—Todo esto me lleva por tercera vez a mi última pregunta —afirmó, furiosa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No te enfades.

—¡No estoy enfadada!

Alexandr acercó una mano para tocarla. Ella volvió la cara.

—¡Vaya! —El teniente se levantó—. ¡Así que a mí me vuelves la cara!
—Estaba en la puerta cuando se volvió—. Y para que lo sepas —exclamó—, es imposible que tú le acoses.



La alegre Vera informó a Tatiana que permanecería en el hospital hasta mediados de agosto, hasta que las costillas se soldaran lo suficiente como para permitirle caminar con muletas. Tenía la tibia rota en tres partes y la había enyesado hasta la rodilla.

La familia de Tatiana le traía comida que ella se comía muy a gusto: *pirozhki* con col, pechugas de pollo, hamburguesas y pastel de arándanos. El pastel ya no le gustaba tanto como antes, después de haber vivido prácticamente de comer arándanos durante su temporada en el ejército de voluntarios.

Al principio, sus padres iban a verla todos los días, pero después sus visitas se fueron espaciando. Dasha aparecía radiante, lozana, alegre, del brazo del teniente Alexandr Belov, besaba en la frente a Tatiana y decía que no podía quedarse. Dimitri llegaba, se sentaba a su lado, la abrazaba y después se marchaba con Dasha y Alexandr.

Una noche, cuando para pasar el rato los cuatro jugaban a las cartas, Dasha le comentó a Tatiana que su jefe, el dentista, se había marchado. Le había pedido a Dasha que se fuera con él a Sverdiovsk al otro lado de los Urales, pero Dasha se negó, y había buscado trabajo con la madre en la fábrica de uniformes.

—Ahora no puedo marcharme. Soy indispensable para el esfuerzo bélico —comentó Dasha, sonriéndole a Alexandr. Le mostró a Tatiana un puñado de dientes de oro.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Tatiana.

Dasha le dijo que se los habían dado como pago los pacientes que habían acudido a la visita del dentista durante el último mes, para que les quitaran los dientes de oro.

—¿Aceptaste sus dientes de oro? —Tatiana no salía de su asombro.

—Me los dieron como pago —afirmó Dasha, tan tranquila—. No todos podemos ser tan puros como tú.

Tatiana abandonó el tema. ¿Quién era ella para reprochar la conducta de su hermana?

Llevó la conversación hacia la guerra que era, como el tiempo, algo de lo que siempre se podía hablar. Alexandr dijo que el frente del Luga caería en cualquier momento, y ella una vez más tuvo una sensación de fracaso. Todos los esfuerzos de miles de personas, desperdiciados en unos pocos días. Dejó de preguntar. Estar en el hospital la imbuía de una sensación de irrealidad, incluso más de la que había sentido cuando estaba en las calles desiertas de Dohotino. Estaba entre cuatro paredes grises con una ventana, y no veía a nadie excepto a aquellas personas que venían a visitarla de vez en cuando. No se enteraba de nada salvo de aquello que preguntaba. Quizá si no preguntaba por la marcha de la guerra, se habría acabado para cuando saliera del hospital.

«¿Y después qué? —se preguntaba—. Nada —respondía en mitad de la noche—. Nada excepto la vida que tengo. Volveré al trabajo. Quizás el año que viene vaya a la universidad, como había decidido. Sí, iré a la universidad, estudiaré inglés y conoceré a alguien. Conoceré a algún guapo universitario ruso que estudie ingeniería. Nos casaremos, y nos iremos a vivir con su madre y su abuela, en un piso compartido. Cuando sea el momento, tendremos un hijo».

Tatiana no podía imaginarse esa vida. No podía imaginarse ninguna otra vida más allá de aquella cama de hospital, de aquella ventana con vista a los edificios de Gresheski Prospekt, de las gachas del desayuno, la

sopa de la comida y el pollo hervido de la cena. Lo único que deseaba era que Alexandr viniera a verla y que viniera solo. Quería decirle que ella se había equivocado, que no tenía derecho a portarse mal. Quería sentirlo otra vez cerca de ella.

Leyó los graciosos cuentos cortos de Zoschenko sobre las irónicas realidades de la vida soviética, pero de pronto dejó de verles la gracia.

Tatiana permanecía en la cama un día sí y el otro también. Los días se le hacían eternos, y por la noche no podía dormir. Las lágrimas que veía en los ojos de su madre la destrozaban, y el silencio de su padre la destrozaba todavía más. La sensación de fracaso por no haber encontrado a Pasha la roía por dentro. Pero la ausencia de Alexandr la destrozaba más que todo lo demás.

Al principio, Tatiana sintió pena, después furia. Luego se enfureció con ella misma por enojarse. A continuación se sintió herida, y finalmente se resignó.

Y fue el día que se resignó cuando Alexandr apareció por la tarde cuando ella no lo esperaba en absoluto —inmediatamente después de la comida— y le trajo un helado.

—Muchas gracias —le dijo en voz baja.

—De nada —respondió él con el mismo tono, y después se sentó en la silla junto a la cama y la miró mientras se comía el helado—. Hoy estoy de servicio en la calle. Me aseguro de que todas las ventanas están protegidas.

—¿Lo haces tú solo?

—No. —El teniente puso los ojos en blanco—. Me acompañan siete hombres de cuarenta años que nunca en su vida han llevado un fusil.

—Enséñales cómo se hace, Alexandr. Tú debes ser un buen maestro.

—Acabamos de pasar toda la mañana instalando barreras antitanque en la parte sur de Moscú Prospekt. Ya no pasan los tranvías por allí. Pero la Kirov sigue abierta y continúan fabricando tanques. Ahora acaban de decidir que se llevarán la fábrica al este. Poco a poco van desmontando las demás fábricas y se llevan las máquinas en camiones y en los últimos trenes. —Hizo una pausa—. Tania, ¿me estás escuchando?

—¿Qué? —Tatiana consiguió aislarse del ruido ensordecedor en su cabeza.

—¿Está bueno el helado?

—Muy bueno. Un placer inesperado.

—Creo que esa es una buena manera de pensar sobre muchas cosas de la vida. —Alexandr se levantó—. Tengo que marcharme.

—¡No! —exclamó Tatiana en el acto, y después añadió en voz baja—: Espera.

Alexandr volvió a sentarse.

—Quería hablarte de lo ocurrido la otra noche —dijo Tatiana—. Lo lamento.

El teniente meneó la cabeza.

—Olvidalo.

A Tatiana no se le ocurría nada que decir más allá de palabras desanimadas.

—¿Por qué has tardado tanto en venir?

—¿A qué te refieres? He venido a verte todos los días.

Tatiana no replicó, y él no añadió nada más.

Intercambiaron una mirada.

—Hubiera venido solo —manifestó Alexandr—. Pero me pareció que no tenía ningún sentido. No nos hubiese hecho sentirnos mejor a ninguno de los dos.

Una imagen apareció de pronto, la imagen del hombre inclinado sobre ella para lavarle la sangre de su cuerpo desnudo. Le costó respirar. Otra imagen: dormida a su lado, entre sus brazos, con los labios apretados contra su pecho, con las manos apoyadas en su cuerpo. Sentirse más cerca de él que de cualquier otro en el mundo. Abrazada a él en el tren. Y lo que era todavía peor: la sensación visceral de sus labios contra los suyos. Desvió la mirada.

—Tienes razón, lo sé —susurró la muchacha.

Alexandr se levantó, y esta vez Tatiana no lo detuvo.

—Nos vemos —dijo Alexandr. Se inclinó para darle un beso en la cabeza.

«Un beso en la cabeza; bueno, ya es algo», pensó Tatiana. Cuando Alexandr ya estaba a punto de salir, ella le preguntó:

—¿Volverás si puedes? Aunque sólo sea por unos minutos.

—Tania... —Alexandr apretó la gorra.

—Lo sé. Tienes razón. No vengas.

—Tania, con todas las enfermeras que rondan por aquí, alguien acabará por hablar de mis visitas delante de tu familia. Acabaría mal. Pero se acabaría.

—Tienes toda la razón.

Después de su marcha, Tatiana se mortificó, llena de desprecio hacia ella misma, pensando: «Soy una mala hermana. Siempre me he visto como una buena hermana, pero ahora comprendo que nunca me habían puesto a prueba. Ésta es la primera vez, y mira cómo te comportas».

2

Una semana más tarde, en mitad de la noche, Tatiana se despertó al sentir que le acariciaban las mejillas. Quería abrir los ojos, pero se parecía tanto a un sueño y ella se sentía tan cansada que mantuvo los ojos cerrados. Un hombre con las manos grandes y que olía a vodka le acariciaba el rostro. Sólo conocía a un hombre con las manos grandes. Mantuvo los ojos cerrados, pero sabía que su respiración había cambiado del ritmo tranquilo del sueño para convertirse en agitada. Él dejó de tocarla.

—¿Tatia?

Ella deseaba tanto que continuara la ilusión... La ilusión de que Alexandr la acariciaba en una noche de agosto. Tatiana abrió los ojos.

Era Alexandr. No llevaba la gorra. Una vez más había aquella mirada en sus ojos color melaza; ella la veía incluso en la oscuridad.

—¿Te he despertado? —Sonrió.

—Sí, eso creo. —Tendió una mano para tocarle el brazo—. Debe ser plena madrugada.

—Lo es. —Alexandr miró la manta y ella miró su pelo oscuro—. Son las tres.

Hablaban en murmullos.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Sólo quería saber si tú estabas bien. No puedo dejar de pensar en ti aquí sola. ¿Estás triste? ¿Te sientes sola?

—Sí a las dos cosas. —Tatiana olió el vodka en su aliento—. ¿Has estado bebiendo?

—¡Ajá! —Su mirada parecía un tanto desenfocada—. Por primera vez desde hace no sé cuánto tiempo, me han dado una noche libre. Marazov y

yo salimos a tomar unas copas. —Se interrumpió—. Tatia...

Ella esperó con el corazón en la boca, casi sin respirar. Él tenía las manos sobre la manta. Sus piernas estaban debajo de la manta.

—Shura —dijo, y de pronto, por un instante, se sintió feliz. Como si saliera otra vez de la Kirov, y al volver la cabeza, viera su sonrisa. Feliz.

—No encuentro las palabras correctas. Creía que después de beber unas cuantas copas me sería más fácil.

—Cada una de las palabras que dices es la correcta —afirmó Tatiana—. ¿Qué?

Alexandr le cogió las manos y las apoyó contra su pecho. Mantuvo la cabeza gacha. Permaneció en silencio.

¿Qué hacer? Tatiana era una niña. Cualquiera otra chica hubiera sabido qué hacer. Ella ni siquiera sabía qué era lo correcto en esos casos. «Soy como una recién nacida. Ojalá supiera qué hacer en este precioso momento a su lado. En una cama de hospital, con las costillas vendadas, con la pierna enyesada, de acuerdo, pero sola con él».

El rostro de Dasha apareció entre ellos, como si la conciencia de Tatiana no quisiera que su corazón disfrutara de un momento de alegría robada. Así es como debería ser, se dijo a ella misma, mientras deseaba con desesperación levantarle la cabeza y besarlo. De pronto, el rostro de Dasha se desvaneció. Tatiana se alzó hacia él y le besó el pelo. Olía a jabón y humo. Alexandr la miró. Estaban separados por unos centímetros; ella notó su delicioso aliento que olía a vodka, a Alexandr.

—Me hace tan feliz que hayas venido a verme, Shura... —susurró, mientras sentía una sensación casi dolorosa en el vientre.

Alexandr inclinó la cabeza y la besó en los labios. Le soltó las manos y ella le echó los brazos al cuello, para apretar su cuerpo contra el suyo. Se besaron apasionadamente, se besaron como si el aliento abandonara sus cuerpos.

El dolor en el vientre era insoportable. Tatiana abrió la boca y gimió. Alexandr le sujetó el rostro entre las manos.

—Eres preciosa —murmuró—. Eres absolutamente preciosa. No sé qué hacer, Tania.

Le besó los labios, se los lamió, le besó los ojos, las mejillas y el cuello. Tatiana volvió a gemir, sin soltarlo; sintió como si tuviera fuego en las entrañas. Los labios de Alexandr eran tan insistentes y hambrientos que Tatiana, de pronto, se vio incapaz de respirar o de sentarse, como si estuviera a punto de deslizarse en la cama.

Alexandr la sostuvo. Tatiana sintió cómo las manos del hombre se movían suavemente por su espalda desnuda allí donde la bata estaba entreabierta. Él le desató lentamente los cordones de la bata. El teniente estaba completamente vestido, sentado en la cama, y la besaba mientras le quitaba la bata. Tatiana tuvo la sensación de que flotaba. Se estremeció.

Alexandr apartó el rostro, sin soltarla, sin dejar de hablar, con los ojos centelleantes.

—Tania, eres demasiado para mí. No puedo tomarte, poco o mucho, aquí no, ni en la calle, ni en ninguna parte. —Movié las manos para sujetarle justo por encima del vendaje que le rodeaba las costillas.

—Shura —musitó ella, y su voz reflejó aquel delicioso dolor que sentía en las entrañas—. ¿Qué me pasa? ¿Qué es esto?

Alexandr le cogió los pechos y los sostuvo un momento como si los pesara; después, extendió las manos y le acarició los pezones con las palmas en un movimiento circular. Tatiana gimió. Él se los acarició más fuerte. Luego, se apartó y con la mirada puesta en sus pechos, dijo con una voz apenas audible:

—Oh, Dios, mírate.

Tatiana lo miró mientras él se inclinaba sobre su pecho, se metía uno de sus pezones en la boca y se lo chupaba, mientras le acariciaba el otro pezón con los dedos. Luego le chupó el otro. Ver y sentir los labios de Alexandr en sus pezones la hizo enloquecer. Le sujetó la cabeza con las manos y gimió tan fuerte que el teniente se apartó y apoyó una mano sobre su boca.

—Sshh —susurró—. Te escucharán desde el pasillo. —Su mano derecha no dejó de acariciarla. Con la mano abierta, le acariciaba un pezón con el pulgar, y el otro con el meñique. Tatiana volvió a gemir con la misma fuerza de antes. Él aumentó un poco la presión de la mano

izquierda sobre su boca—. Sshh —repitió, con una sonrisa, y casi sin aliento.

—Shura, me voy a morir.

—No, Tatia.

—Dame tu aliento.

Él se lo dio. Tatiana lo besó con ardor, sin apartar las manos de su pelo. La fricción y la presión de sus dedos en sus pechos la volvía loca; ella gimió con tal abandono que Alexandr se apartó. Tatiana permaneció sentada en la luz azul desnuda hasta los muslos, al tiempo que lo miraba jadeante. Sus manos sujetaban las sábanas.

—Tania —dijo Alexandr, mirándola con asombro y lujuria—. ¿Cómo puedes ser tan inocente en estos tiempos? ¿Cómo puedes ser tan inocente...?

—Lo siento. Desearía saber más.

Alexandr se movió con ella, mientras la abrazaba.

—¿Saber más?

—Tener más experiencia.

—Es una broma, ¿verdad? —susurró Alexandr con un tono feroz—. ¿Es que no entiendes nada? Es tu inocencia lo que me vuelve loco. ¿Es que no lo ves? —Sus manos la acariciaron—. No gimas —añadió, besándola—. Conseguirás que me arresten.

Tatiana quería que él la... pero no tenía el valor de decírselo. Le empujó la cabeza hacia abajo con mucha suavidad. Lo único que pudo decir con un susurro entrecortado fue:

—Por favor.

Alexandr, sonriente, fue a cerrar la puerta con llave. No había llave. Cogió el fusil y lo calzó debajo del pomo. Volvió junto a la muchacha, la tendió en la cama, le tapó la boca y le chupó los pezones hasta que ella casi perdió el conocimiento, sin dejar de estremecerse y de gemir en la palma de su mano.

—Dios, ¿hay más? —jadeó Tatiana.

—¿Alguna vez has tenido más? —replicó Alexandr, con la voz entrecortada por los jadeos.

Tatiana lo miró a la cara. ¿Le diría la verdad? Él era un hombre. ¿Cómo podía decírselo? No quería mentirle. No dijo nada.

Alexandr se levantó, y al mismo tiempo, la levantó a ella.

—¿Lo has tenido? Dime la verdad. Por favor. Necesito saberlo.
¿Alguna vez has tenido más?

Tatiana no quería mentirle.

—No, nunca he tenido más.

En los ojos de Alexandr apareció una mirada de asombro, pena y deseo. Bajó la cabeza.

—Oh, Tania, ¿qué vamos a hacer?

—Shura —respondió Tatiana, que se había olvidado de todo lo demás en el universo. Le cogió las manos y se las apoyó en los pechos—. Por favor, Shura, por favor.

Alexandr apartó las manos de los pechos y las apoyó en los muslos de la muchacha.

—Aquí no podemos.

—Entonces, ¿dónde?

El teniente ni siquiera la miró. Tatiana comprendió que él no tenía la respuesta.

—¿Qué me dices de ti? —le preguntó, con lágrimas en los ojos—. ¿No quieres más? ¿No necesitas algo para ti?

—Sí. —Su voz sonó áspera.

—¿Qué? ¿Qué puedo hacer?

—¿Qué me ofreces? —replicó el teniente, con una sonrisa.

—No lo sé. —Tatiana le tocó tímidamente en el muslo—. Pero haré lo que sea. —Le besó el cuello—. Cualquier cosa —añadió—. Tú dime lo que debo hacer y lo haré. —Movi6 la mano hacia la entrepierna. Le temblaban los dedos.

Ahora le tocó gemir a Alexandr. Le sujetó la mano.

—Tania, espera. ¿Es así como quieres que sea?

—No lo sé —susurró ella, y le lamió los labios.

De pronto se entreabrió la puerta y la luz entró en la habitación. La voz de una enfermera sonó en el pasillo.

—¿Tatiana? ¿Estás bien? ¿Qué le pasa a la puerta?

Tatiana se puso rápidamente el camisón. Alexandr recogió el fusil, encendió la luz y abrió la puerta.

—Todo está en orden —dijo con un tono muy formal—. Sólo vine a darle las buenas noches a Tatiana.

—¿Las buenas noches? —chilló la enfermera—. ¿Es idiota o qué? Son las cuatro de la mañana. No hay horas de visita a las cuatro de la mañana.

—¡Enfermera, compórtese! —replicó Alexandr, en un tono un poco más alto—. Soy oficial del Ejército Rojo.

—Oí gritos —dijo la enfermera, mucho más calmada—. Creía que se había herido.

—Estoy bien —manifestó Tatiana, con voz ahogada—. Sólo nos estábamos riendo.

—Y yo me disponía a irme —añadió Alexandr.

—Despertará a mis otros pacientes —protestó la enfermera.

—Buenas noches, Tatiana —dijo Alexandr, comiéndosela con la mirada—. Espero que la pierna no te duela.

—Buenas noches, teniente. Vuelve cuando quieras.

—Siempre que no sea a las cuatro de la mañana —intercaló la enfermera, que entró para arreglarle la cama a la paciente.

A espaldas de la enfermera, Alexandr le tiró un beso. Después se marchó.

Aquella noche ya no volvió a dormir, ni tampoco a la mañana siguiente. Tatiana hizo que Vera la lavara dos veces, y se cepilló los dientes y la lengua una infinidad de veces durante el día para asegurarse de que no le oliera el aliento. No probó bocado y sólo bebió agua, aunque por la tarde la venció el hambre y comió un trozo de pan que había sobrado del almuerzo.

Tatiana había creído que se sentiría dominada por la culpa, que la fuerza de la conciencia la haría incapaz de enfrentarse a ella misma y a sus pensamientos. Pero no fue así. Lo único que revivía una y otra vez eran los besos ardientes de Alexandr en sus pechos.

Nada en la vida anterior de Tatiana la había preparado para alguien como Alexandr.

Estaba la escuela, el Quinto Soviet y Luga. En Luga, Tatiana había tenido muchos amigos y muchas aventuras tontas durante los larguísimos veranos. En Luga no había habido más que el abandono de la niñez y en cada paso de aquella infancia había estado Pasha, en sus juegos y en sus días.

No es que Tatiana no se hubiera dado cuenta de que con frecuencia alguno de los amigos de Pasha la miraba un poco más de la cuenta, o se le acercaba demasiado. Era ella la que nunca miraba a nadie un poco más de la cuenta.

Hasta que apareció Alexandr.

Él era algo nuevo. Trascendentalmente nuevo. No recordaba en toda su vida a nadie comparable a él. Había creído todo el tiempo que su instantánea familiaridad se basaba en cosas que ella comprendía: compasión, simpatía, aprecio, amistad. Dos personas que se atraían mutuamente por intereses comunes. Que necesitaban sentarse muy juntas en el tranvía, chocar el uno con el otro, hacer que el otro se riera. Que se necesitaban el uno al otro. Que necesitaban ser felices. Que necesitaban ser jóvenes.

Pero ahora Tatiana no podía creer que fuera capaz de sentir aquel deseo sobrenatural. Aquella sofocante necesidad de tenerlo. Sencillamente no lo entendía. El latido en el bajo vientre no se aplacó en todo el día mientras ella se bañaba, se cepillaba los dientes y se peinaba.

Aquella noche, antes de que Vera se marchara, le pidió un lápiz de labios.

Cuando Dasha, Alexandr y Dimitri entraron en la habitación, Dasha miró a Tatiana y comentó:

—Tania, nunca te había visto con los labios pintados. Mira tus labios.

Lo dijo como si acabara de darse cuenta de que Tatiana tenía labios.

Dimitri se acercó y se sentó en la cama.

—Sí, miremos tus labios —dijo, con una sonrisa.

Sólo Alexandr permaneció en silencio. Tatiana no podía interpretar su expresión porque no era capaz de levantar la mirada. Comprendió que la consecuencia de lo ocurrido la noche anterior sería la más absoluta imposibilidad de volver a mirarlo en público.

Sus visitantes se quedaron poco tiempo. Alexandr se levantó y dijo que debía marcharse.

Tatiana se quedó tendida en la cama, con la expresión perdida, hasta que oyó que llamaban a la puerta y entró Alexandr. Ella se incorporó a medias. El teniente se acercó con paso decidido, se sentó en el borde de la cama, y con un gesto tierno y posesivo le limpió el carmín de los labios.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Todas las chicas lo usan —respondió Tatiana, mientras se apresuraba a limpiarse los labios, emocionada al verlo—. Incluida Dasha.

—Pues yo no quiero que te pongas nada en tu cara bonita —replicó él, acariciándole las mejillas—. No lo necesitas.

—De acuerdo. —Acabó de limpiarse los labios y esperó. Apoyó la cabeza en la almohada mientras le observaba con una mirada expectante y le ofrecía los labios ansiosos.

Alexandr permaneció en silencio durante un tiempo que a ella se le hizo eterno. Después exhaló un largo suspiro.

—Tania, en cuanto a lo de anoche...

Ella gimió.

—Lo ves —dijo Alexandr, con una mirada cada vez menos severa—, eso es exactamente lo que no puedes hacer.

—De acuerdo —respondió ella, con voz ronca. Lo sujetó por la manga de la guerrera. Levantó una mano, y siguió el perfil de los labios del hombre con los dedos—. Shura...

Alexandr volvió la cara y después se levantó. El brillo desapareció de sus ojos.

—Lamento mucho lo de anoche —manifestó con un tono distante—. Bebí demasiado. Me aproveché de ti.

—No —replicó Tatiana. Meneó la cabeza.

—Sí que lo hice —afirmó Alexandr—. Fue un error tremendo. No tendría que haber venido aquí, y tú lo sabes mejor que yo.

Tatiana, incapaz de pronunciar palabra, volvió a menear la cabeza.

—Dios, yo lo sé, Tania. —En el rostro de Alexandr se dibujó una mueca—. Pero vivimos una vida imposible. ¿Dónde podemos...?

—Aquí mismo —le interrumpió ella, con el rostro rojo como la grana y sin mirarlo.

La enfermera entró en la habitación para arreglarle la cama. Miró de reojo a Alexandr. Ambos permanecieron mudos hasta que la enfermera se retiró.

—¿Aquí mismo? ¿Con las enfermeras al otro lado de la puerta? Aquí mismo durante quince minutos. ¿Es eso lo que quieres para ti?

Tatiana no respondió. De haber sido por ella hubiera aceptado cinco minutos con las enfermeras a este lado de la puerta. Mantuvo la mirada baja.

—Muy bien, y luego ¿qué? —Alexandr exhaló un suspiro—. ¿Qué haremos después? —Hizo una pausa—. ¿Qué harás tú?

—No lo sé. —Tatiana se mordió el labio inferior para no llorar—. ¿Qué hace todo el mundo?

—¡Todo el mundo lo hace en los callejones contra la pared! —exclamó Alexandr—. En los bancos del parque, en los cuarteles, en los pisos con los padres sentados en el sofá. Nadie más tiene a Dasha en su cama. Ni tampoco tiene a Dimitri. —Desvió la mirada—. Todos los demás no son como tú, Tatiana.

Ella se puso de costado para no verle.

—Te mereces algo mejor que eso.

Tatiana no quería que viera sus lágrimas.

—Vine aquí para disculparme y decirte que no volverá a suceder.

La muchacha cerró los ojos e intentó no temblar, ciega por un momento.

—De acuerdo —asintió.

Alexandr caminó alrededor de la cama para colocarse delante de ella. No soltaba el fusil. Tatiana se enjugó las lágrimas.

—Tania, por favor, no llores —le suplicó el teniente con la voz ahogada por la emoción—. Anoche vine aquí dispuesto a sacrificarlo todo, incluida a ti, para satisfacer el fuego que me quema las entrañas desde el día que nos conocimos. Pero Dios velaba por ti. Él nos contuvo, y lo que es más importante, me contuvo a mí, y yo, en la luz gris del alba, estoy menos confuso. —Alexandr hizo una pausa—. Sólo que un poco más desesperado por ti. —Llenó de aire los pulmones, con la mirada puesta en el fusil.

Ella no le respondió porque se había quedado sin voz.

—Tú y yo... —comenzó Alexandr pero se interrumpió. Sacudió la cabeza—. Pero es el peor momento de todos para nosotros.

Tatiana se puso boca arriba y se tapó el rostro con el brazo. El momento, el lugar, la vida.

—¿Por qué no pensaste en todo esto antes de venir aquí? ¿Por qué no tuviste esta charla contigo mismo antes de presentarte anoche?

—No puedo estar lejos de ti. Anoche estaba borracho. Pero esta noche estoy sobrio. Te repito que lo lamento.

Las lágrimas impidieron que Tatiana le respondiera.

Alexandr se marchó, sin tocarla.

3

Luga había ardido hasta los cimientos. Tolmashevo había caído. Las tropas alemanas al mando del general von Leeb habían cortado la línea ferroviaria entre Kingisepp y Gatchina, y a pesar de los esfuerzos de centenares de miles de voluntarios que cavaban trincheras bajo el bombardeo de los morteros enemigos, ninguna de las líneas de defensa resistiría los embates. A pesar de todas las órdenes para que el ferrocarril no cayera en manos de los invasores, el ferrocarril cayó.

Tatiana seguía en el hospital incapaz de caminar, incapaz de sostener las muletas, incapaz de aguantarse sobre la pierna rota, incapaz de cerrar los ojos y ver alguna otra cosa aparte de Alexandr.

No podía arrancarse el dolor. No podía apagar la llama que la consumía.



A mediados de agosto, unos pocos días antes de la fecha fijada para que Tatiana regresara a casa, *deda* y *babushka* fueron a verla para comunicarle que abandonaban Leningrado.

—Tanechka, somos demasiado viejos para quedarnos en la ciudad durante la guerra —explicó *babushka*—. No sobreviviríamos a los bombardeos, a los combates y al asedio. Tu padre quiere que nos marchemos, y tiene razón, debemos irnos. Estaremos mucho mejor en Molotov. A tu abuelo le han dado un puesto de profesor y durante el verano nos quedaremos en...

—¿Qué hará Dasha? —le interrumpió Tatiana con un tono ilusionado en la voz—. Ella se marchará con vosotros, ¿no?

Deda le dijo que Dasha no estaba dispuesta a dejar atrás a su hermana. «No es a mí a quien no quiere dejar atrás», pensó Tatiana.

Deda añadió que cuando a Tatiana le quitaran el yeso de la pierna — siempre y cuando todavía salieran trenes de Leningrado— ella, Dasha y quizá también la prima Marina, marcharían a Molotov.

—Evacuarte ahora mismo con una pierna rota es demasiado difícil — concluyó su abuelo.

«Sí —pensó Tatiana—. Sin Alexandr para que me cargue, es demasiado difícil».

—¿Así que Marina también se queda en Leningrado?

—Así es —contestó *deda*—. Tu tía Rita está muy enferma, y el tío Boris no puede abandonar la Izhorsk. Le preguntamos si quería venir con nosotros, pero dijo que no podía dejar a su madre en el hospital, y a su padre cuando se prepara para combatir contra los alemanes.

Boris Razin, el padre de Marina, era ingeniero en la Izhorsk, una fábrica muy parecida a la Kirov, y a medida que las tropas nazis se acercaban, los trabajadores, además de fabricar tanques, proyectiles de artillería y lanzacohetes, se entrenaban para el combate.

—Marina tendría que marcharse con vosotros —afirmó Tatiana—. Ella... —Buscó una frase que no fuese ofensiva—. Ella no soporta bien la presión.

—Sí, lo sabemos —admitió *deda*—. Pero como siempre son los lazos de amor, la amistad y los vínculos familiares lo que impide que las personas se salven. Afortunadamente para nosotros, tu abuela y yo sólo tenemos nuestros vínculos. Más que vínculos, diría cadenas. —Le sonrió a su esposa.

—Recuerda una cosa, Tanechka —dijo *babushka*, palmeando la manta—. *Deda* y yo te queremos mucho. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí, *babushka*.

—Cuando vengas a Molotov, te presentaré a mi buena amiga, Dusia. Es vieja, muy religiosa, y te cuidará con toda el alma.

—Fantástico —murmuró Tatiana, que hizo un esfuerzo por sonreír.

—A todos nosotros nos esperan días difíciles —señaló *deda*. Le dio un beso en la frente—. Sobre todo a ti, Tania, y también a Dasha. Ahora que Pasha no está aquí, tus padres te necesitan más que nunca. Tu valor será puesto a prueba, junto con el de todos los demás. Sólo habrá una norma, la de sobrevivir a cualquier precio, y te corresponderá a ti decidir cuál es el precio de la supervivencia. Mantén la cabeza bien alta, y si tienes que caer, cae luchando, consciente de que no has comprometido tu alma de ninguna manera.

—Ya has dicho bastante —afirmó *babushka*. Lo cogió de un brazo para apartarlo de la cama—. Tania, haz lo que sea para sobrevivir, y olvídate del alma. Esperamos verte en Molotov el mes que viene.

—Nunca te comprometas en aquello que tu corazón no te diga que es correcto, mi querida nieta. —*Deda* la abrazó—. ¿Me has escuchado?

—Muy claro, *deda*. —Tatiana le devolvió el abrazo.

A última hora de la tarde, cuando Dasha se presentó en compañía de Alexandr y Dimitri, Tatiana comentó que *deda* le había pedido a las chicas que se unieran a ellos en cuanto a ella le quitaran el yeso en septiembre.

—No podréis marcharos —opinó Alexandr—. No habrá trenes en septiembre.

Por lo general, evitaba hablarle a Tatiana directamente. Mantenía las distancias con mucho cuidado.

A Tatiana le hubiese gustado responder, pero sus sentimientos seguían siendo un confuso torbellino, y no confiaba en que su expresión pudiera ocultarle el temblor de la voz o la dulzura en sus ojos si lo miraba. Así que, como de costumbre, no dijo nada. Dimitri se sentó en el borde de la cama.

—¿Qué has querido decir con eso? —le preguntó Dasha.

—Significa que no habrá más trenes —repitió Alexandr—. Había trenes en junio cuando vosotros hubierais podido marchar, y había trenes en julio, pero entonces fue cuando Tatiana se rompió la pierna. En septiembre, cuando tenga la pierna curada, no habrá ni un solo tren que

salga de Leningrado a menos que ocurra un milagro entre hoy y el momento en que los alemanes entren en Mga.

—¿Qué clase de milagro? —Quiso saber Dasha.

—Que los alemanes se rindan sin condiciones —replicó Alexandr, con tono desabrido—. Cuando perdimos Luga, nuestro destino quedó sellado. Por supuesto que intentaremos contener a los alemanes en Mga, que es el nudo ferroviario que controla toda la comunicación con el resto de la Unión Soviética. Ahora va contra la ley entregar los ferrocarriles a los alemanes. —Alexandr sonrió—. Pero tengo una habilidad increíble para adivinar el futuro. Infringirán la ley, y no habrá trenes en septiembre.

Tatiana escuchó el mensaje oculto en la voz monótona. «Tania, te dije mil veces que abandonarás esta maldita ciudad. No quisiste escucharme y ahora, con la pierna rota, no puedes ir a ninguna parte».

4

La vida que había disfrutado Tatiana en el hospital había sido un paraíso en comparación con lo que se encontró al regresar a su casa a mediados de agosto.

Cuando regresó, caminando torpemente con las muletas, Tatiana se encontró a Dasha que cocinaba para Alexandr, y a él sentado a la mesa comiendo tan feliz, mientras bromeaba con la madre, hablaba de política con el padre, fumaba, descansaba y no se marchaba. Y no se marchaba.

Y no se marchaba.

Tatiana, con expresión de malhumor, picoteaba la comida como una ratita sobrealimentada.

¿Cuándo iba a marcharse? Era muy tarde. ¿Es que no tenía que presentarse en el cuartel a una hora?

—Dimitri, ¿a qué hora debes volver al cuartel?

—A las once —respondió Dimitri—. Pero Alexandr hoy tiene la noche libre.

Ah.

—Tania, ¿lo has oído? Mamá y papá duermen ahora en la habitación de *deda* y *babushka* —dijo Dasha, con una sonrisa—. Tú y yo disponemos ahora de una habitación para nosotras solas.

Había algo en la voz de Dasha que a Tatiana no le gustó.

—No lo sabía. —¿Cuándo pensaba marcharse?

Dimitri se despidió y se marchó al cuartel. Antes de que dieran las once, los padres se prepararon para retirarse. La madre se acercó a Dasha y le susurró al oído:

—No puede quedarse a dormir, ¿me oyes? Tu padre se pondría hecho una furia. Es muy capaz de matarnos a las dos.

—Te escucho, mamá —respondió Dasha—. Se marchará pronto, te lo prometo.

«Nunca será lo bastante pronto», pensó Tatiana.

Los padres se fueron a la cama y Dasha hizo un aparte con su hermana.

—Tania, ¿por qué no subes a la azotea y juegas con Antón? Por favor. Sólo quiero disponer de una hora a solas con Alexandr en una habitación.

Tatiana dejó a Dasha sola con Alexandr. En su habitación.

Fue a la cocina y vomitó en el fregadero, pero el ruido en su cabeza que le había provocado las náuseas continuó incluso después de subir a la azotea y sentarse con Antón, que debía encargarse de la vigilancia nocturna. Antón no era un buen vigía aéreo. Afortunadamente, todo estaba en calma. Hasta allí no llegaban los ruidos de la guerra. Tatiana removi6 la arena en el cubo y lloró en la noche sin luna.

«Yo he hecho esto —pensó—. Todo esto es por mi causa. —Soltó una carcajada amarga y Antón se estremeció dormido—. Me he hecho esto a mí misma, y no puedo echarle la culpa a nadie más».

Si no hubiese decidido por su cuenta y riesgo ir a buscar a Pasha, unirse a los voluntarios, marcharse a Dios sabe dónde, meterse en una estación que acabó destrozada por las bombas y que la dejó con una pierna rota, ella y Dasha se hubieran marchado con *babushka* y *deda* a Molotov. Y lo impensable no estaría ocurriendo ahora mismo en su habitación.

Permaneció en la azotea hasta que apareció Dasha para avisarle de que ya podía acostarse.



Al día siguiente, la madre le dijo a Tatiana que ahora que estaba en casa sola con la pierna rota y sin nada que hacer, tendría que ocuparse de cocinar.

Desde que ella tenía memoria, *babushka* Anna, que no trabajaba, se había encargado de la cocina. La madre cocinaba los fines de semana.

Algunas veces cocinaba Dasha. Durante las fiestas como las de Año Nuevo, todos cocinaban, todos salvo Tatiana, que recogía los platos sucios.

—Me encantaría, mamá, si supiera cocinar.

—No es nada del otro mundo —opinó Dasha.

—Sí, Tania —intervino Alexandr, con una sonrisa—. No es nada del otro mundo. Prepara algo que sea delicioso. Un pastel de col o algo así.

«¿Por qué no?», pensó Tatiana. Mientras su pierna acababa de curarse necesitaba tener las manos ocupadas. Lo intentaría. No podía seguir sentada en el salón y leer todo el día, aunque la lectura fuera el libro de frases ruso-inglés y la relectura de *Guerra y paz*. No podía seguir sentada en su cuarto sin hacer nada más que pensar en Alexandr.

Valerse de las muletas le machacaba las costillas, así que Tatiana las arrinconó. Fue a la tienda de comestibles a la pata coja. La primera cosa que cocinaría en su vida sería un pastel de col. Le hubiera gustado también hacer un pastel de setas, pero no había setas en la tienda.

Necesitó tres intentos y cinco horas para preparar la masa con la levadura. Además, preparó un caldo de pollo para acompañar el pastel.

Alexandr vino a cenar con Dimitri. Tatiana, muy nerviosa porque Alexandr probaría su comida por primera vez, sugirió que quizá los soldados preferirían comer en el cuartel.

—¿Qué, y perderme tu primer pastel? —bromeó Alexandr.

Dimitri sonrió.

Comieron, bebieron, hablaron de los acontecimientos del día, de la guerra, de la evacuación y de las esperanzas de encontrar a Pasha.

Fue entonces cuando el padre comentó:

—Tania, esto está un poco salado.

—No, no, lo que pasa es que no dejó reposar la masa para que levantara —comentó la madre—. Y tiene demasiada cebolla. ¿Por qué no has buscado alguna otra cosa que no fuera col?

—Tania, la próxima vez deja las zanahorias un poco más en el caldo —le aconsejó Dasha—. Y ponle una hoja de laurel. No le has echado una hoja de laurel.

—No está mal para ser el primer intento —opinó Dimitri, con una sonrisa divertida.

Alexandr le pasó el plato a Tatiana.

—Está todo muy bueno. Sírveme un poco más de pastel, y aquí tienes el tazón porque también tomaré más caldo.

Después de cenar, Dasha se llevó a Tatiana a la cocina.

—Por favor, ve con Dimitri a la azotea. Esta noche no tardaremos mucho. Él tiene que regresar al cuartel temprano.

Los chicos del edificio estaban en la azotea a todas horas. Dimitri y Tatiana no estaban solos.

Pero Dasha y Alexandr sí lo estaban.

Lo que Tatiana necesitaba era no ver a Alexandr y a su hermana. A él durante el resto de su vida. A ella por dos semanas. En dos semanas, cuando se acabara el verano, el enamoramiento de Dasha también se acabaría. No había nada capaz de sobrevivir al invierno de Leningrado.

Pero ¿cómo podía Tatiana no ver a Alexandr? Quizá pudiera mentirle a todo el mundo, pero no podía engañarse a ella misma. Contuvo el aliento todo el día hasta el anochecer, cuando finalmente le oyó caminar por el pasillo. Como las dos noches anteriores, él se detuvo ante su puerta, sonriente, y le dijo:

—Hola, Tatiana.

—Hola, Alexandr —contestó Tatiana, con el rostro arrebolado y la mirada puesta en las botas del oficial. No podía mirarle a los ojos sin que le temblara alguna parte del cuerpo.

Después le dio de comer. Luego Dasha se llevó a Tatiana a la cocina y le dijo en susurros que subieran a la azotea.

Tatiana estaba preparada para olvidarse de Alexandr. Sabía muy bien cuál era el proceder correcto, y estaba dispuesta a hacerlo.

Pero ¿por qué tenían que refregárselo por la cara todas las noches?



Tatiana comprendió, a medida que pasaban los días, que era demasiado joven para ocultar bien lo que había en su corazón, pero que era lo bastante mayor para saber que su corazón estaba en sus ojos.

Tenía miedo de mirar a Alexandr y que algo en su mirada captara la atención de Dimitri, algo que le hiciera pensar: «Espera un momento, ¿por qué lo mira ella?». Más grave sería: «¿Qué es eso que hay en sus ojos?». Y lo peor de todo: «¿Por qué desvía la mirada? ¿Por qué no puede mirarlo como todos los demás? ¿Como yo miro a Dasha, y ésta me mira a mí?».

Mirar a Alexandr condenaba a Tatiana, pero no mirarle la traicionaba, incluso más que lo primero.

Dimitri no se perdía nada. La mirada de Dimitri seguía atenta cualquier gesto de los otros dos.

Alexandr era mayor. Tenía más experiencia a la hora de disimular.

La mayor parte del tiempo la trataba como si no la hubiese visto la noche anterior o esa noche, una hora atrás, quizás una hora embrujada, quizás una hora beoda, ciertamente una hora de callar. Pero él se las arreglaba de algún modo para comportarse como si ella no significara nada. Como si él no fuese nada para Tatiana.

Pero ¿cómo?

¿Cómo ocultaba los paseos a la salida de la Kirov, el contacto de los brazos, la vida que le había insuflado, las manos que le acariciaban los pechos, sus labios contra los suyos, y todas las cosas que le había dicho? ¿Cómo ocultaba a los demás todo lo sucedido en Luga? ¿Cuando él le había lavado el cuerpo ensangrentado? ¿Cuando ella yacía desnuda contra su cuerpo mientras él le besaba el pelo y la estrechaba entre sus brazos tiernamente, y su corazón latía desbocado? ¿Cómo ocultaba sus ojos? Cuando estaban solos, Alexandr la miraba como si no hubiera nadie más en el mundo.

¿Aquello había sido una mentira?

¿Era esto una mentira?

Quizás era esto lo que hacían las personas mayores. Te besaban los pechos y después hacían ver que no significaba nada. Y si sabían disimular a la perfección, eso significaba que eran adultos de verdad.

Quizá te besaban los pechos y era verdad que no significaba nada.

¿Cómo era posible? ¿Tocar a otro ser humano de aquella manera y que no significara nada?

Pero quizá si podías hacerlo, significaba que tú también eras un adulto.

Tatiana no lo sabía, pero se sentía desconcertada y humillada por esa actitud, al imaginarse a ella misma en los brazos de Alexandr cuando apenas si se molestaba en llamarla por su nombre.

Tatiana agachaba la cabeza y deseaba que desaparecieran todos. Pero de vez en cuando, mientras Alexandr estaba sentado a la mesa, y ella se encontraba en la habitación, mientras todos los demás hablaban y ella se ocupaba de recoger los platos y las tazas del té, lo miraba de reojo, y por un instante, veía sus ojos verdaderos.

Lo único que Tatiana compartía con Alexandr eran gestos insignificantes. Él le abría la puerta y cuando ella pasaba a su lado, una parte de su cuerpo rozaba el suyo, y esto le daba ánimos para todo un día. Cuando ella le preparaba el té y le ofrecía la taza, las puntas de los dedos de Alexandr tocaban —¿accidentalmente?— las puntas de los dedos de Tatiana, y esto le daba ánimos para otro día más. Hasta la siguiente vez que se vieran. Hasta la siguiente vez que una parte de su cuerpo rozara una parte del cuerpo de ella. Hasta la siguiente vez que él dijera: «Hola, Tania». Pero una vez, cuando Dimitri ya había entrado, y Dasha estaba en otra parte, Alexandr le había dicho con una sonrisa de oreja a oreja: «Hola, Tania. Ya estoy en casa». Esto la había hecho reír, aunque no quería. Y cuando ella lo miró, él también se reía silenciosamente.



Una noche, cuando Alexandr probó los *blinchi* de queso, le dijo: «Tania, creo que esto es lo mejor que has cocinado hasta ahora». Aquello le elevó los ánimos hasta que Dasha besó al teniente y comentó: «Tanechka, eres un regalo del cielo para todos nosotros».

Tatiana no sonrió, y entonces vio que Dimitri había visto que no sonreía, así que sonrió, pero a sabiendas de que no era suficiente. Más

tarde, cuando Dasha y Alexandr estaban sentados juntos en el sofá, Dimitri comentó: «Dasha, debo decir que no he visto nunca a Alexandr tan feliz como cuando está contigo», y todo el mundo sonrió incluido Alexandr, quien no miró a Tatiana que no sonreía. «Sí, y me lo tienen que agradecer a mí», pensó ella amargamente, mientras cruzaba una mirada con Dimitri.

Ella aprendió a cocinar nuevos platos, y sobre todo a preparar pasteles porque comprobó que eran los favoritos de Alexandr, quien se los acababa de una sentada, y los acompañaba después con el té y los cigarrillos.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta? —le dijo Alexandr en una ocasión.

El corazón de Tatiana dejó de latir por un segundo.

—La tarta de patatas.

—No sé cómo se prepara.

¿Dónde estaban todos los demás? Sus padres se encontraban en la otra habitación. Dasha había ido al baño. Dimitri no estaba por allí. Alexandr le sonrió, con una sonrisa contagiosa que sólo era para ella.

—Se hace con patatas, harina, cebolla, sal.

—¿Es un plato típico de...?

Dasha entró en la habitación.

Al día siguiente, Tatiana preparó tarta de patatas bien regada con crema agria y la familia la devoró. Todos afirmaron que nunca habían comido nada tan delicioso.

—¿Dónde has aprendido a hacerla? —preguntó Dasha.

El único pequeño placer que tenía Tatiana durante sus días interminables era dar de comer a Alexandr. El placer era muy intenso y sin el menor rastro del dolor que sentía en las horas previas al regreso de la familia al hogar, cuando preparaba la comida y esperaba con ansia el momento de ver el rostro de Alexandr. Durante la cena, las emociones eran como negros nubarrones, y después de cenar, podían ocurrir dos cosas: que Alexandr regresara al cuartel, lo que era bastante malo, o que Dasha le pidiera quedarse a solas con él, que era todavía peor.

¿Dónde habían ido antes de disponer de una habitación para ellos solos? Tatiana se negaba a aceptar aquello que le había mencionado

Alexandr en el hospital sobre los callejones y los bancos de plaza. Dasha, siempre en su papel de protectora hermana mayor, nunca le hablaba a Tatiana de estas cosas. No le hablaba de nada.

Nadie hablaba de nada con Tatiana.

Tatiana nunca veía a Alexandr a solas.

Él lo ocultaba todo.

Pero una noche, después de cenar, cuando se encontraban todos en la azotea, Antón le preguntó a Tatiana si quería jugar a la ruleta geográfica. Tatiana le respondió que le costaría dar vueltas sobre una sola pierna.

—Venga, inténtalo —dijo Antón—. Yo te sostendré.

—De acuerdo —manifestó Tatiana, que quería marearse un poco.

Dio vueltas y más vueltas sobre la pierna sana, y con los ojos cerrados. Notaba el roce de las manos de Antón, que vigilaba atento para sostenerla si tropezaba. Su amigo se partió de risa cuando ella no acertó ni un solo país, y Tatiana cuando abrió los ojos vio que Alexandr la miraba con una expresión tan sombría que a ella le costó incluso respirar, como si se hubiera roto las costillas otra vez. Se irguió y fue a sentarse junto a Dimitri, con la duda de que quizá ni siquiera los adultos eran capaces de ocultarlo todo.

—Es un juego muy divertido, Tania —opinó Dimitri. Le rodeó los hombros con el brazo.

—Sí, Tania —intervino Dasha—. ¿Cuándo te decidirás a crecer?

Alexandr permaneció en silencio.

Tatiana daba gracias de que la pierna rota le impidiera tener que salir de paseo sola con Dimitri. También agradecía el bullicio en el apartamento que le evitaba estar a solas con él. Pero aquella noche, cuando abandonaron la azotea y bajaron las escaleras, Tatiana descubrió con espanto que sus padres habían salido a dar un paseo para disfrutar de la tibieza de la noche de agosto, y habían dejado solas a las dos parejas.

Vio la sonrisa insinuante de Dimitri y sintió su proximidad. Dasha le sonrió a Alexandr.

—¿Estás cansado?

Tatiana apenas si podía sostenerse sobre la pierna sana. Fue Alexandr quien acudió en su rescate.

—No, Dasha —contestó—. Esta noche tengo que marcharme. Vamos, Dimitri.

Dimitri afirmó que no pensaba marcharse, sin quitarle los ojos de encima a Tatiana.

—Sí, tienes que venir conmigo, Dima. El teniente Marazov quiere hablar contigo esta noche. Vamos.

Tatiana agradeció para sus adentros el proceder de Alexandr. Era como si los alemanes te cortaran las piernas y después quisieran que les dieras las gracias por no matarte.

Cuando sus padres volvieron del paseo. Tatiana les pidió que nunca más salieran del apartamento a esas horas, ni siquiera para ir a tomar una cerveza en una noche de agosto.



Durante el día, Tatiana salía a dar una vuelta a la manzana para fortalecer las piernas, y de paso aprovechaba para ir a las tiendas. Comenzaban a escasear la ternera y el cerdo. Ni siquiera conseguía el cuarto de kilo por semana que le correspondía a cada uno según la cartilla de racionamiento. Sólo de vez en cuando conseguía pollo.

Había col, manzanas, patatas, cebollas y zanahorias, pero casi no se encontraba mantequilla. Comenzó a ahorrar la levadura. Los pasteles no tenían el mismo sabor. Aunque Alexandr se los comía la mar de contento. Compraba harina, huevos y leche, cantidades pequeñas porque no podía cargar. Compraba lo justo para un pastel para la cena, y durante la tarde, dormía la siesta y estudiaba las palabras inglesas antes de encender la radio.

Tatiana escuchaba la radio todas las tardes, porque la segunda pregunta de su padre cuando llegaba a casa era: «¿Alguna noticia del frente?». La primera era: «¿Alguna noticia?» sin añadir el resto. ¿Alguna noticia de Pasha?

Así que Tatiana se sentía en la obligación de escuchar la radio y enterarse de cuales eran las posiciones del ejercito rojo, o hasta donde habían avanzado las tropas del general von Leeb. No quería saberlo, aunque en ocasiones escuchar las malas noticias del frente le animaba. Incluso la derrota a manos de los soldados de Hitler era preferible al infierno que debía soportar dentro de ella misma todos los días. Encendía la radio con la ilusión de que las desgracias ajenas la animarían.

Había aprendido que cuando el locutor comenzaba el informativo con el recitado de las frecuencias, no había ocurrido nada importante durante el día. Por lo general siempre había alguna noticia. Pero incluso antes de que el locutor empezara, se oían unos chasquidos y repiqueteos, como el de una maquina de escribir. El boletín de noticias sólo duraba unos segundos. El tiempo que se tardaba en leer tres frases cortas sobre la situación en el frente ruso-finlandés.

«El ejercito finlandés está recuperando rápidamente todo el territorio perdido en la guerra de 1940».

«Los finlandeses se acercan a Leningrado».

«Los finlandeses se encuentran en Lisii Nos, a sólo veinte kilómetros de la ciudad» después seguían otro par de frases sobre el avance alemán. El locutor las leía lentamente, para estirar el boletín sin noticias y darle un significado que no tenía. Más tarde, daba los nombres de las ciudades al sur de Leningrado que estaban en manos de los alemanes, y Tatiana se valía de un mapa para saber donde se encontraban.

Cuando descubrió que Tsarskoie Selo estaba en poder de los nazis, se quedo de piedra e incluso se olvido de Alexandr durante un momento, mientras intentaba centrarse. Tsarskoie Selo, lo mismo que Peterhof, era un palacio de verano de los antiguos zares, el lugar donde Alexandr Pushkin escribía durante el verano, pero lo peor era que Tsarskoie Selo estaba sólo a diez kilómetros al sudeste de la fabrica de Kirov. ¿Los alemanes estaban a diez kilómetros de Leningrado?

—Si —admitió Alexandr aquella noche— los alemanes están muy cerca.

La ciudad había cambiado en el mes que Tatiana había pasado entre Luga y el hospital. Las cúpulas doradas de San Pedro y San Pablo aparecían pintadas de un color gris plomo. Había soldados en todas las calles y los milicianos del NKVD con sus uniformes color azul oscuro eran mucho más visibles que los soldados. Las ventanas de todos los edificios mostraban las tiras de papel como precaución ante las ondas expansivas de las bombas, y la gente caminaba deprisa y decidida. Tatiana se sentaba algunas veces en un banco cerca de la iglesia al otro lado de la calle y miraba a la gente. En el cielo flotaban los ubicuos globos de las barreras antiaéreas; algunos eran redondos y otros óvalos. Las raciones se redujeron un poco, pero a Tatiana no le faltó harina para hacer tarta de patatas y pasteles de setas y col. Alexandr traía a menudo parte de sus raciones cuando venía a cenar. Había pollo suficiente para hacer un caldo con zanahorias bien cocidas. No quedaban hojas de laurel.



Dimitri consiguió llevarse a Tatiana mientras Dasha y Alexandr se quedaban solos en la habitación de Tatiana.

—Tatiana, por favor, me siento tan triste... —dijo Dimitri, que aprovechó para abrazarla por la cintura—. ¿Cuánto tiempo más he de esperar? ¿Por qué no puede ser esta noche?

—¿Qué pasa? —replico la muchacha.

—Sólo necesito que me consueles un poco —afirmo el soldado, que la abrazo y la beso en las mejillas, mientras intentaba besarla en la boca.

Había algo casi antinatural en la sensación de sentirse tocada por Dimitri, aunque no sabía exactamente qué era.

—Dima —susurró, apartándose un poco al tiempo que le hacía una seña a Antón, que se acercó y comenzó a charlar con ellos hasta que Dimitri, harto del chico, se marchó.

—Gracias, Antón.

—A tu servicio. ¿Por qué no le dices que te deje en paz?

—Antón, no te lo creerás, pero cuanto más se lo digo, más insiste —le explicó Tatiana.

—Los hombres mayores son todos iguales, Tania —afirmó Antón, con autoridad, como si fuese un experto en el tema—. ¿No lo entiendes? Tienes que ceder. ¡Entonces te dejaré en paz! —Se rio.

Tatiana secundó las risas de su amigo.

—Creo que estás en lo cierto, Antón. Me parece que es así como funcionan los hombres mayores.

Tatiana se las arregló para mantener a Dimitri entretenido con los juegos de cartas, los libros, los chistes y el vodka. La bebida era lo más eficaz. Dimitri siempre bebía más de la cuenta y acababa por quedarse dormido en el pequeño sofá del vestíbulo, y Tatiana se abrigaba con el cárdigan de su abuela y subía a la terraza sin él, y se sentaba con Antón, mientras pensaba en Pasha y Alexandr.

Pasaba horas con Antón, le contaba chistes, leía el libro de Zoschenko o *Guerra y paz*, contemplaba el cielo de Leningrado, y se preguntaba cuánto tiempo tardarían los alemanes en llegar a la ciudad.

Se preguntaba cuánto tiempo faltaría para todo lo demás.

Los chicos se iban a dormir y Tatiana se quedaba en la azotea, sentada junto a la lámpara de petróleo, repitiendo en voz baja las palabras inglesas que había aprendido del diccionario y el libro de frases. Sabía decir «estilográfica», «mesa», «amor», «Estados Unidos de América» y «tarta de patatas». Deseó disponer de dos minutos a solas con Alexandr para repetirle algunas de las frases tan divertidas que aprendía.

Una noche, a finales de agosto, mientras Antón dormía a su lado, Tatiana pensó en cómo poner un poco de orden en su vida.

Había tenido orden en tiempos pasados. Todo lo ordenada que podía ser. Repentinamente, después del 22 de junio, todo había sido un caos constante, interminable y desgraciado. Bueno, no tan desgraciado.

Tatiana echaba de menos los paseos con Alexandr a la salida de la fábrica más de lo que estaba dispuesta a admitir incluso a ella misma. Las horas del anochecer cuando se sentaban separados y juntos, caminaban por las calles desiertas; cuando hablaban o guardaban silencio, y el silencio

fluía en sus palabras como el lago Ladoga fluía en el Neva, que fluía en el golfo de Finlandia, que fluía al mar Báltico. Las horas del anochecer cuando sonreían y el blanco de sus dientes la cegaba, cuando él se reía y su risa le llenaba los pulmones, cuando ella nunca le quitaba los ojos de encima, y nadie más la veía excepto él, y a él le parecía bien.

Las horas del anochecer a la salida de la Kirov cuando estaban solos.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía arreglar todo esto? Tenía que comenzar por poner orden dentro de ella misma. Por su propio bien, por el de su hermana y por el de Alexandr.

Eran las dos de la mañana. Tatiana tenía frío, vestida sólo con un viejo vestido de verano y el cárdigan sobre los hombros. Pensaba en que preferiría pasar el resto de su vida en la azotea que abajo con sus padres y sus vanas esperanzas de que Pasha regresaría, o con el murmullo suplicante de Dasha: «Tania, vete para que pueda estar sola con él».

Tatiana pensó en la guerra. Quizá si los aviones alemanes aparecían y bombardeaban el edificio, ella podía salvar a todos los demás, y morir en el intento. «¿Me llorarían? ¿Me echarían de menos? ¿Alexandr lamentaría que las cosas no hubieran sido diferentes?».

¿Cómo de diferentes?

Diferentes, ¿cuándo?

Sabía que Alexandr ya deseaba que las cosas hubiesen sido diferentes. Lo había deseado desde el principio.

Pero incluso al principio, cuando viajaban juntos en el autobús, sin tocarse con nada excepto el uno con el otro, ¿había existido un lugar donde Tania y Shura pudieran haber ido cuando querían estar a solas durante dos minutos para decirse frases en inglés? ¿Algún lugar aparte de volver caminando a casa desde la Kirov?

Tatiana no lo sabía.

¿Lo sabía Alexandr?

Aqué! era un ejercicio inútil que sólo aumentaba su pesar. Como si no tuviera bastante.

«Lo único que quiero es un respiro —pensó Tatiana—. ¿Es pedir demasiado?».

No había nada que le diera un respiro. Ni la indiferencia de Alexandr, ni sus enfados momentáneos con Dasha, ni sus cambios de humor, ni que siempre ganara a las cartas, conseguían disminuir los sentimientos ni la necesidad de tenerle. Él no disponía de muchas noches libres. Por lo general, tenía que regresar al cuartel a las once, y otras noches le tocaba el servicio de vigilancia aérea en lo alto de la iglesia de San Isaac. Sólo disponía de una o dos noches libres a la semana, pero una o dos noches ya era demasiado.

Aquella noche era una de esas noches. «Por favor. Tania, vete para que pueda estar sola con él».

Oyó un lejano retumbar. En el cielo flotaban los globos de la defensa antiaérea.

Las horas de la noche, de la mañana y del día antes de la pausa nocturna, y otra vez las horas. Tenía que hacer algo. Pero ¿qué?

Tatiana abandonó la azotea. Se preparó una taza de té para calentarse las manos heladas y estaba sentada, muerta de cansancio, en el alféizar de la ventana de la cocina, contemplando el patio a oscuras, cuando por el rabillo del ojo vio pasar a Alexandr por delante de la puerta de la cocina. Oyó cómo los pasos del teniente se hacían más lentos y después volvían. Alexandr apareció en el umbral. Ninguno de los dos dijo nada durante un par de minutos.

—¿Qué haces? —le preguntó Alexandr, en voz baja.

—Espero a que tú te marches para poder irme a la cama —respondió ella con un tono tan frío como valiente.

Alexandr entró en la cocina.

Ella lo miró con una expresión furiosa.

El teniente se acercó un poco más. La posibilidad de olerlo hizo que el corazón de Tatiana se ablandara un poco, pero él se detuvo antes.

—Casi nunca me quedo hasta tarde —dijo.

—Bien por ti.

Ahora que nadie la estaba mirando, Tatiana lo miró sin pestañear.

—Tatiasha, sé que esto es muy duro para ti —manifestó Alexandr, con una expresión de remordimiento—. Lo siento. Acepto mi culpa. Pero te lo

dije. Aquella noche no tendría que haber ido a tu habitación en el hospital.

—Porque antes era soportable.

—Era mejor que esto.

—Tienes razón, lo era. —Tatiana quería saltar del alféizar y echarse en sus brazos. Quería viajar con él otra vez en el tranvía, estar sentada en un banco, dormir en una tienda. Quería sentirlo a su lado una vez más. Tenerlo encima otra vez. Sin embargo, lo que dijo fue—: Dime una cosa, ¿es obra tuya que Dima esté en Leningrado todas las noches? Te lo digo porque todas las noches que está aquí, intenta tomarse libertades conmigo.

Los ojos de Alexandr brillaron furiosos.

—Me comentó que te habías tomado algunas tú con él.

—¿De veras? —¿Por eso Alexandr se había mostrado tan distante? ¿Qué le había dicho Dima? Tatiana estaba demasiado agotada como para enojarse con Dimitri. Alexandr se acercó un poco más. «Sólo un poco más —pensó ella—, y podré olerte».

—Olvídalo —dijo Alexandr, dolido.

—¿Creíste que te decía la verdad?

—Dímelo tú.

—Alexandr, ¿sabes una cosa? —Tatiana bajó las piernas y dejó la taza.

El oficial se acercó.

—No, ¿qué, Tatia? —replicó en voz baja.

Tatiana olió su masculinidad, su aroma, su jabón. Esbozó una sonrisa que desapareció casi en el acto.

—Por favor, hazme un favor y aléjate de mí. ¿De acuerdo?

—Hago todo lo que puedo —afirmó él. Dio un paso atrás.

—¡No! —exclamó Tatiana, y se interrumpió por un instante—. ¿Por qué sigues viniendo? —susurró—. Rompe de una vez con Dasha. —Exhaló un suspiro—. Haz como después de la Kirov. Sigue con lo tuyo. Ve a combatir en tu guerra. Y llévate a Dimitri. No me deja en paz y estoy hasta las narices de todo esto. —De todos vosotros, quería decir, pero no lo dijo—. Muy pronto, me cansaré de decirle que no —añadió.

—Ya está bien. Ahora no me puedo marchar. Los alemanes están demasiado cerca. Tu familia me necesitará. —Hizo una pausa—. Tú

también me necesitarás.

—No te engañes. Me irá perfectamente. Por favor, Alexandr, todo esto es demasiado duro para mí. ¿No lo entiendes? Despídete de Dasha, despídete de mí y llévate a Dimitri contigo. Por favor, te lo ruego, vete.

—Tania —dijo Alexandr, con una voz casi inaudible—. ¿Cómo puedo no venir a verte?

Ella parpadeó.

—¿Quién me dará de comer, Tania?

Tatiana volvió a parpadear.

—De acuerdo —replicó, muy alterada—. Te prepararé la cena y me acostaré con tu mejor amigo mientras tú te tiras a mi hermana. ¿Lo he dicho bien? Eso sería perfecto, ¿no crees?

Alexandr se volvió y salió de la cocina sin decir palabra.



Lo primero que hizo Tatiana a la mañana siguiente fue ir al hospital Gresheski para hablar con Vera. Mientras Vera le arreglaba el vendaje de las costillas, la muchacha le preguntó:

—Vera, ¿hay algo que pueda hacer por aquí? ¿Hay algún trabajo para mí en el hospital?

—¿Qué pasa? —replicó Vera, con una expresión bondadosa—. Pareces triste. ¿Es por la pierna?

—No. Estoy... —La bondad de Vera le llegó al alma. Estuvo a punto de abrir la boca y descargar sus penas en los oídos de la inocente y teñida Vera. Casi. Se contuvo—. Me paso las noches en vela. No puedo ir a ninguna parte. Me aburro. Mi único entretenimiento es subir a la azotea y vigilar por si aparecen los aviones alemanes. Dime, ¿no hay nada que pueda hacer aquí?

—Nunca viene mal una ayuda —comentó Vera, pensativa.

Tatiana se animó en el acto.

—¿Qué puedo hacer?

—Hay muchísimo que hacer. Puedes encargarte del papeleo en las oficinas, servir comidas en la cafetería, vendar heridas, ponerle el termómetro a los pacientes, o incluso cuando te quiten el yeso, estudiar enfermería.

—¡Vera, es fenomenal! —Sonrió, pero después frunció el entrecejo—. Pero ¿qué haré con mi trabajo en la fábrica? Se supone que debo presentarme y fabricar tanques en cuanto me quiten el yeso. Por cierto, ¿cuándo me lo quitarán?

—¡Tatiana, el frente está en la Kirov! —manifestó Vera—. Ni se te ocurra aparecer por la fábrica. Si vas allí te darán un fusil y te mandarán a combatir. Te has librado por los pelos. Aquí siempre estamos escasos de personal. Son muchos los que se han marchado voluntarios, y la mayoría no vuelve. —La enfermera sonrió—. No todos tienen como tú a un oficial que los rescate de entre los escombros.

Si Tatiana hubiese podido no volver a casa, lo hubiera hecho.

Aquella noche, mientras cenaban, Tatiana, que apenas si podía contener el entusiasmo, informó a su familia que había encontrado un trabajo cerca de casa.

—¡Eso está muy bien! ¡Ve a trabajar! —dijo el padre—. ¡Ya era hora! Allí te darán de comer y nosotros nos ahorraremos una comida.

—Tania no puede ir a trabajar todavía —manifestó Alexandr—. La fractura no soldará bien, y quedará coja para todo el resto de su vida.

—De acuerdo, ¡pero no puede continuar sin hacer nada y viviendo de las raciones para dependientes! —vociferó el padre—. No podemos darle de comer. En el trabajo corre el rumor de que volverán a reducir las raciones. Las cosas irán de mal en peor.

—Iré a trabajar, papá —señaló Tatiana, con el mismo buen humor—, y comeré menos. ¿Te parece bien?

Alexandr la miró fijamente y clavó el tenedor en las patatas.

—¡Tania, todo esto es culpa tuya! —El padre tiró el tenedor—. Tendrías que haberte marchado con tus abuelos. No pasaríamos la angustia de estar cortos de comida y tú estarías fuera de peligro. —Sacudió la cabeza—. Tendrías que haberte marchado con ellos.

—Papá, ¿se puede saber de qué hablas? —replicó Tatiana, esta vez sin ninguna alegría, y con un tono que nunca había empleado con su padre—. Tú sabes que no podía irme con los abuelos con una pierna enyesada. —Frunció el entrecejo.

—Ya está bien, Tania —intervino Dasha. Apoyó una mano en el brazo de su hermana.

—¡Tania! —La madre tiró el tenedor—. ¡Si no hubieses cometido la estupidez de marcharte, ahora no estarías con una pierna rota!

Tatiana apartó violentamente la mano de Dasha y se encaró con su madre.

—¡Mamá! Quizá si tú no hubieses dicho que preferías verme muerta a mí en lugar de Pasha, no hubiera ido a buscarlo para vosotros.

Los padres miraron atónitos a su hija menor, mientras todos los demás permanecían callados.

—¡Nunca dije tal cosa! —negó la madre, que se levantó de un salto—. ¡Nunca!

—¡Mamá, te escuché decirlo!

—¡Nunca!

—¡Escuché como lo decías! ¡Por qué Dios no se llevó a Tatiana en lugar de Pasha! ¿Lo recuerdas, mamá? ¿Lo recuerdas, papá?

—Venga, Tania —le rogó Dasha, con voz temblorosa—. No lo decían de corazón.

—Vamos. Tanechka, tranquilízate —manifestó Dimitri, con una mano en el brazo de la muchacha.

—¡Tatiana! —gritó el padre—. ¡No te atrevas a hablarnos de esa manera, cuando todo esto ha sido desde el principio culpa tuya!

Tatiana intentó inspirar profundamente para serenarse, pero no lo consiguió.

—¿Culpa mía? —chilló—. ¡Es culpa tuya! Fuiste tú quien envió a Pasha a la muerte, y después te quedaste aquí sentado sin hacer nada para conseguir que regresara.

El padre se puso de pie y le cruzó el rostro de un revés tan fuerte que casi la derribó de la silla.

Alexandr intervino en el acto. Apartó de un empujón al padre de Tatiana.

—Vamos, cálmese.

—¡Salga de aquí! —vociferó el padre—. Esto es un asunto de familia. ¡Lárguese!

Alexandr ayudó a Tatiana a levantarse. Se encontraban entre el sofá y la mesa, cerca de Dasha, que se sujetaba la cabeza con manos temblorosas. No quería levantarse. Ella y Dimitri continuaron sentados. Los padres estaban de pie, juntos; respiraban agitados.

A Tatiana le sangraba la nariz. Pero ahora Alexandr se interponía entre ella y su padre. Se apretó contra el teniente y con una mano apoyada en su brazo, gritó:

—¡Papá, puedes pegarme todo lo que quieras, incluso puedes matarme, si quieres! Pero ni así conseguirás que vuelva Pasha. Y para que lo sepas, nadie se marcha porque no hay ningún lugar donde ir.

El padre fue a por ella hecho un basilisco, pero no pudo superar la barrera de Alexandr.

—No —dijo el teniente, con un brazo extendido hacia atrás, para sujetar a Tatiana, y el otro hacia delante para contener al padre.

Dasha se levantó finalmente y con un grito de dolor corrió hacia su padre y lo sujetó por los brazos.

—*Papochka, papochka*, no, por favor. —Después Dasha se volvió hacia su hermana—. ¡Mira lo que has hecho! —Ella también intentó llegar a Tatiana y Alexandr se lo impidió.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó él, sin levantar la voz.

Dasha lo miró, desconcertada.

—¿Cómo se te ocurre defenderla? —le increpó Dasha—. ¡Mira lo que ha hecho!

La madre lloraba a lágrima viva; el padre continuaba despotricando con el rostro rojo como la grana, y Dimitri no apartaba la mirada del plato. Tatiana estaba detrás de Alexandr mientras él se encaraba con Dasha.

—Basta ya —manifestó Alexandr, con voz firme—. Ella no ha hecho nada. Venga, esto se acabó. Quizá si la hubieran ustedes escuchado en

junio cuando aún había tiempo para traer a Pasha, ahora no estarían aquí peleando, y tal vez el muchacho seguiría con vida. Ahora ya es demasiado tarde. Así que no se les ocurra volver a tocarla. —Miró a Tatiana—. ¿Estás bien? —Cogió una servilleta de la mesa y se la dio—. Póntela sobre la nariz y aprieta para cortar la hemorragia. Venga, hazlo de prisa.

Alexandr esperó a que Tatiana lo hiciera y después se dirigió al padre.

—Georgi Vasilievich, comprendo que usted intentara salvar a su hijo. Créame, sé lo que usted pretendía. Pero no se desquite con Tania.

El padre arrojó la copa de vodka al suelo, maldijo a voz en cuello y se fue al otro cuarto, tambaleante. La madre lo siguió y cerró de un portazo. Tatiana oyó los sollozos de su madre.

—Siempre es así —comentó con voz débil—. Lloro y alguien tiene que ir a disculparse. Por lo general, soy yo.

Dasha continuaba mirando al teniente con una expresión de asombro.

—Sigo sin poderme creer que acabes de ponerte de su parte.

—No me vengas con esa mierda, Dasha —replicó Alexandr—. ¿Crees que me pongo en tu contra porque no te dejo que le pegues a tu hermana que tiene una pierna rota? ¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? ¿Por qué no atreves conmigo? Te diré la razón —añadió, furioso—. Porque sólo podrías hacerlo una vez.

—Tienes razón —exclamó Dasha. Intentó darle una bofetada.

Alexandr le apartó la mano como quien aparta una mosca.

—Más vale que te calmes, Dasha. Me marchó.

Dimitri, que hasta el momento no había dicho ni una sola palabra, exhaló un suspiro y salió con el oficial.

En cuanto los jóvenes salieron de la habitación, Dasha se abalanzó sobre Tatiana, que no pudo hacer frente al ataque y se desplomó sobre la mesa, directamente contra la fuente de puré de patatas que había preparado hacía tan sólo una hora.

—¡Mira lo que has hecho! —chilló Dasha—. ¡Mira lo que has hecho!

La puerta se abrió violentamente y Alexandr volvió a entrar en la habitación. Cogió a Dasha por un brazo y la apartó de Tatiana sin miramientos.

—Tania, por favor, ¿nos dispensas un momento?

La muchacha salió, con la servilleta contra la nariz. Oyó los gritos de Alexandr al otro lado de la puerta y después la voz de Dasha.

Tatiana y Dimitri, que también había vuelto, permanecieron en el vestíbulo, mirándose el uno al otro como atontados.

—Él es así —comentó Dimitri. Se encogió de hombros—. Tiene un temperamento de mil demonios.

Tatiana quería decirle que nunca le había visto perder los estribos de esa manera, pero no abrió la boca porque quería escuchar la discusión.

—No tendría que meterse en las discusiones familiares, ¿no te parece? —añadió Dimitri—. Mañana todo volverá a su cauce.

—Me recuerda aquel viejo chiste —señaló Tatiana—. «Vasili, ¿por qué me pegas? No he hecho nada malo». Y Vasili responde: «Tendrías que estar agradecida. Si supiera lo que haces, te mataría».

El soldado se echó a reír como si fuese la cosa más divertida que hubiese oído en todo el día.

Tatiana oyó la voz de Alexandr, que continuaba gritando a voz en cuello.

—Es que no ves que no es ella quien me aparta de ti, sino que lo haces tú con tu comportamiento. ¿Cómo se te ocurre que me pondré de tu parte cuando veo que le pegas a tu hermana?

Dasha dijo algo ininteligible.

—Dasha, no me vengas ahora con tus estúpidas disculpas. No las quiero. —Siguió una pausa—. Esto se acabó.

Los sollozos histéricos de Dasha se escucharon con toda claridad.

—Por favor, Alex, por favor, no te vayas. Lo siento, tienes toda la razón, amor mío. Por favor, no te vayas. ¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que le pida disculpas?

—Dasha, si vuelves a tocar a tu hermana, no me verás nunca más —afirmó Alexandr—. ¿Lo has entendido?

—Nunca le volveré a pegar —prometió Dasha.

En la habitación reinó el silencio después de la promesa de Dasha.

Tatiana se sintió desconcertada.

Sin saber dónde mirar, se limpió la nariz y después se encogió de hombros.

—No puedes tener ni un segundo de intimidad ni siquiera para pelearte —le comentó a Dimitri—. Bueno, al menos eso ha funcionado. —Se tambaleó.

Dimitri se apresuró a sostenerla. La ayudó a sentarse en el sofá del vestíbulo, le limpió el rostro y le dio unas palmaditas de consuelo, mientras le preguntaba si ya se sentía mejor.

Los Sarkov llamaron a la puerta; querían saber si todo estaba en orden. Todo el mundo se enteraba cuando había una pelea en el piso comunal. Todo el mundo escuchaba lo que se decía. Hasta la última palabra.

—No pasa nada —les informó Tatiana—. No es más que una pequeña discusión familiar. Todo está en orden.

Se abrió la puerta de la habitación y apareció Dasha, que le pidió disculpas a su hermana con una expresión de mal humor. Volvió a encerrarse con Alexandr. Tatiana le pidió a Dimitri que se marchara y después subió a la azotea, donde rogó para que le cayera una bomba.

Vio a Alexandr salir a la terraza y caminar hacia ella. Tatiana estaba conversando con Antón, y aunque el corazón dejó de latirle por un segundo, hizo como si no lo hubiese visto. Antón le tenía cogidas las manos. El muchacho dejó de hablar y le hizo un gesto. Tatiana exhaló un suspiro. Miró al teniente.

—¿Qué? —preguntó con voz triste.

—Dame la mano —susurró Alexandr.

—No.

—Dame la mano.

—Antón, ¿recuerdas a Alexandr, el amigo de Dasha? Salúdalo.

Antón soltó a Tatiana y le estrechó la mano al teniente, quien se apresuró a decirle:

—Antón, ¿nos perdonas un momento?

Antón aceptó a regañadientes y se apartó en cuclillas, pero no lo bastante como para no escucharlos.

—Apartémonos un poco más —propuso Alexandr.

—Me cuesta mucho moverme. Aquí estoy bien.

Sin decir palabra, el teniente levantó a Tatiana y la llevó hasta un rincón, lejos de Antón y de Mariska, la niña de siete años, que prácticamente vivía en la azotea porque sus padres, que compartían una vivienda en el segundo piso, estaban borrachos.

—Dame las manos, Tania.

Tatiana obedeció, sin entusiasmo. Le temblaban las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó el oficial, en voz baja—. ¿Esto ocurre a menudo?

—Estoy bien. Ocurre de vez en cuando. —Tatiana meneó la cabeza—. ¿Por qué?

—No permitiré que nadie te haga daño.

—¿De qué serviría? Ahora todos están furiosos conmigo. Tú acabas de pelearte con Dasha, te marcharás, pero yo tendré que seguir aquí, en aquella cama, en aquella habitación, en aquel vestíbulo. Sigo siendo la basura.

En el rostro de Alexandr se unían la compasión y el cariño.

—No he tenido una simple pelea con Dasha. No dejaré que ninguno de ellos te haga daño. Me importa una mierda si Dasha descubre lo nuestro, o si Dimitri... —Se interrumpió. Tatiana permaneció atenta a sus palabras—. Me importa una mierda si se ha proclamado lo nuestro a todo el mundo. No dejaré que nadie te haga daño. —La miró fijamente—. Tú lo sabes. Por lo tanto, si no quieres que ronde por aquí, o que estropee tus planes para que Dasha no se entere de la verdad, te sugiero que vayas con más cuidado con las personas que pueden pegarte.

—¿De dónde has salido? —replicó Tatiana—. ¿No hacen estas cosas en Estados Unidos? Aquí en Rusia, los padres le pegan a sus hijos y ellos lo aceptan. Las hermanas mayores le pegan a las pequeñas y ellas lo aceptan. Así son las cosas.

—Lo comprendo. Eres demasiado mayor para que nadie te pegue. Además, él bebe demasiado. Lo vuelve más colérico. Tienes que vigilar que no se te acerque demasiado.

El cálido contacto de sus manos la tranquilizó. Entrecerró los párpados, con la mente puesta en una única cosa. Separó los labios en un gemido silencioso.

—Tania, no hagas eso —dijo Alexandr. Aumentó la presión de las manos.

—Shura, me siento perdida. No sé lo que debo hacer. Estoy absolutamente perdida.

De pronto, Tatiana apartó las manos y miró más allá de Alexandr. Dasha acababa de aparecer en la azotea y se acercaba.

—Vengo a ver a mi hermana —anunció. Miró a Alexandr—. No sabía que todavía estuvieras aquí. Habías dicho que te marchabas.

—Tengo que marcharme —replicó el teniente. Se levantó. Le dio un beso a Dasha en la mejilla—. Te veré dentro de unos días. Tania, haz que alguien se ocupe de tu nariz. Asegúrate de que no está rota.

Tatiana apenas si pudo asentir. Dasha se sentó a su lado en cuanto Alexandr abandonó la terraza.

—¿Qué quería?

—Nada. Sólo quería saber si me encontraba bien. —Bruscamente algo dominó a Tatiana, y antes de que pudiera abrir la boca y contárselo todo a su hermana, añadió—: ¿Sabes una cosa, Dasha? Tú eres mi hermana mayor, te quiero, y mañana estaré perfectamente, pero ahora mismo, eres la última persona en el mundo con la que quiero hablar. Me doy cuenta de que lo hago demasiado a menudo: consiento que me digas cuándo quieres que hable, que me marche, o lo que sea. Mañana haré lo que tú quieras, pero ahora mismo no quiero hablar contigo. Sólo quiero quedarme sentada aquí y pensar. —Tatiana hizo una pausa, y después añadió recalcando las palabras—: Así que por favor, Dasha, márchate.

—Escucha, Tania, lo siento, de veras —manifestó Dasha, sin moverse—. Pero no tendrías que haberle dicho a papá y mamá lo que les dijiste. Ya sabes lo mal que lo están pasando con la desaparición de Pasha. Sabes muy bien que se echan todas las culpas.

—Dasha, no me vengas ahora con disculpas.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? Nunca me has hablado de esta manera. A nadie.

—Por favor, Dasha, por favor. Márchate.

Tatiana se quedó en la azotea hasta el amanecer, envuelta en el viejo cárdigan, con las piernas y el rostro helado.

Se sentía asombrada por su inquebrantable intimidad con Alexandr. Aunque no habían hablado mucho, a pesar de que él se había mostrado distante, y las últimas conversaciones mantenidas habían sido amargas, no había tenido ninguna duda mientras se enfrentaba a sus padres, que si necesitaba que la defendieran, el hombre que había ido a buscarla a Luga estaría de su parte. Aquella convicción le había dado fuerzas para gritarle a su padre, decirle aquellas cosas ofensivas aunque fueran ciertas. Por mucho que hubiese deseado decirles, nunca se hubiese atrevido sin contar con la fuerza de Alexandr.

Cuando él se había puesto delante de ella como un escudo, se había sentido como una heroína, sin preocuparse de la sangre que le manaba de la nariz, ni del dolor en las costillas. Tatiana sabía que él no dejaría que Dasha le tocara ni un pelo; saberlo había hecho que de pronto, en mitad de la noche, se sintiera en paz consigo misma, con la vida e incluso con Dasha.

Dimitri, a pesar de su supuesto amor por Tatiana, no había movido un dedo. Pero ella ya lo sabía, y no por eso había cambiado un ápice la opinión que tenía del soldado. Dimitri era un ruso. No podía acusarlo de ser fiel a su naturaleza.

Sin embargo, ella hacía todo lo posible por negar la propia: Tatiana sabía que pertenecía irrevocablemente a Alexandr.

Se empeñaba en creer que podía desligarse, que podría continuar su vida sin él, que el teniente podría continuar con la suya.

Todo era una farsa.

Aquél no era el camino para superar un enamoramiento pasajero con el novio de su hermana mayor. Era la luna de Júpiter y el sol de Venus alineados en el cielo sobre su cabeza.

5

Alexandr entró en su habitación y se encontró a Dimitri acostado en su litera.

—¿Qué pasa? —preguntó el teniente, con tono cansado.

—Dímelo tú.

—No sé. ¿No acabo de verte? Me voy a dormir. Tengo que levantarme a las cinco.

—Entonces iré al grano. —Dimitri saltó de la litera—. Quiero que acabes de una vez con esta payasada que te llevas con mi chica.

—¿De qué me hablas?

—¿Por qué no puedo tener una cosa para mí solo? Tú ya disfrutas de la buena vida. Piensa en todas las cosas que deseabas y tienes. Eres teniente del Ejército Rojo. Tienes a toda una compañía de hombres que obedecen tus órdenes. Yo no estoy en tu compañía...

—No, pero estás en la mía, soldado —intervino Anatoli Marazov, que ocupaba la litera vecina a la de Alexandr. El oficial se levantó—. Es tarde, y a todos nos espera un día muy largo. No tendrías que estar aquí dando voces. Estás aquí como un privilegio.

Dimitri saludó a su superior. Alexandr no abrió la boca.

—Firmes, soldado. —Marazov se acercó—. Cuando te vi entrar creí que sólo pretendías esperar tranquilamente a que llegara tu amigo.

—Es sólo un asunto sin mayor importancia entre el teniente y yo, señor —le explicó Dimitri.

—Es un asunto sin la mayor importancia, soldado, cuando a mí no me despiertan de un sueño que me hace mucha falta. Cuando me despiertan, deja de ser un tema menor, y se convierte en otra cosa muy distinta.

Descansa. —Marazov que iba en calzoncillos largos, caminó alrededor de Dimitri, que vestía el uniforme completo—. ¿Este asunto sin la mayor importancia no puede esperar hasta mañana?

—Teniente —intervino Alexandr—, ¿nos concede unos minutos?

—Los que necesite, teniente —respondió Marazov, que agachó la cabeza para disimular la sonrisa.

—Arreglaremos el tema en el pasillo.

Salieron de la habitación; Alexandr cerró la puerta.

—Dima, ¿se puede saber cuál es el problema? No te metas en líos con tu jefe de compañía.

—Corta el rollo. Dime, ¿cuándo tienes bastante? —Sin acercarse mucho, añadió furioso—: Puedes tener a la chica que quieras, ¿por qué quieres la mía?

Alexandr tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no replicarle con la misma pregunta.

—No sé de qué me hablas. Le hacían daño. Sólo la ayudé.

—No soy más que el último mono —se lamentó Dimitri—. Tengo que obedecer las órdenes de todo el mundo, aguantarme todas las cabronadas. Ella es la única que me trata como a un ser humano.

«No puede evitarlo. Trata así a todo el mundo».

—Pero Dima —contestó Alexandr—, tú también tienes tu vida. Piensa en todas las cosas que no querías y no tienes. No te han enviado al sur, donde los hombres caen como moscas ante las tropas de Hitler. La compañía de Marazov se quedará aquí hasta que el frente llegue a Leningrado. Me he encargado que así sea. Para ayudarte. —Hizo una pausa—. Porque soy tu amigo. —Se acercó a Dimitri—. He sido muy bueno contigo desde hace muchos años. ¿Qué le ha pasado a nuestra amistad?

—Es el amor —replicó Dimitri, en el acto—. Para mí ahora ella es lo más importante. Quiero sobrevivir a esta maldita guerra para estar con ella.

—Oh, Dimitri —exclamó Alexandr. Permaneció callado durante unos segundos—. Sobrevivir para estar con ella. ¿Quién te lo impide?

—Por muy enamorada de ti que pueda parecer, no es real —afirmó Dimitri—. ¿Cómo podría serlo? Ella no sabe quién eres. ¿O sí que lo sabe?

El corazón de Alexandr comenzó a hacer cosas raras, antes de que pudiera dar una respuesta. La bombilla más próxima estaba fundida. Había otra más allá que se encendía y apagaba. Se escuchaban las risas de los hombres en algunas habitaciones. Había un grifo abierto en alguna parte. Los dos jóvenes se miraron en silencio. ¿A qué se refería Dimitri?, se preguntó el teniente. ¿A las indiscreciones en su pasado? ¿A Estados Unidos? Miró a Dimitri fijamente.

—Por supuesto que no lo sabe —respondió al final—. No sabe absolutamente nada.

—Porque si lo sabe, Alexandr, las cosas se pondrían muy difíciles, ¿no te parece? Me refiero a nosotros.

Alexandr avanzó un paso. Dimitri levantó las manos y se apoyó en la pared.

—Dimitri, no me vengas con historias. Ya te lo he dicho: ella no sabe nada.

—No pretendo hacerle mal a nadie —señaló Dimitri con voz débil y sin bajar las manos—. Sólo quiero tener una oportunidad con Tania.

El oficial apretó los labios y volvió a su habitación.

—Alexandr, ¿quieres que me encargue de Chernenko? —le preguntó Marazov, que estaba tendido en su litera con las manos entrelazadas detrás de la nuca—. ¿Te está causando problemas?

—No te preocupes. —Alexandr meneó la cabeza—. Puedo manejarlo.

—Podríamos darle otro destino.

—Ya lo hemos cambiado de destino. En cuatro ocasiones.

—¿Nadie lo quería y me lo diste a mí?

—A ti no, a Kashnikov.

—Sí, y Kashnikov es mío. —Marazov sacó una botella de vodka de la taquilla, bebió un trago y se la pasó a Alexandr—. No tenemos bastantes hombres para defender a Leningrado de los tanques de Hitler. Tendremos que rendirnos, ¿no?

—No, si puedo evitarlo. Lucharemos en las calles con piedras, si es necesario. —Alexandr sonrió.

Marazov lo saludó y después se dejó caer en la almohada.

—Teniente Belov, no te he visto mucho cuando estás libre de servicio. No te creerás lo que son algunas de las chicas que se dejan caer por el club en estos días. —Sonrió.

Alexandr le devolvió la sonrisa mientras sacudía la cabeza.

—Se han acabado para mí.

Marazov levantó la cabeza, sorprendido.

—No comprendo las palabras que salen de tu boca, teniente. Te escucho. Creo que hablas en ruso, pero no puedo creer lo que escucho. ¿Qué demonios está pasando? —Esperó una respuesta y como no la obtuvo añadió—: Eh, un momento. Tú no... ¡oh, no! —Se echó a reír con una risa contagiosa—. Vaya, vaya con el caballere. ¿Qué te pasa? No te estarás muriendo, ¿verdad?

—De lo que puedes estar seguro es de que no duermo —replicó Alexandr.

—¿A quién puedo despertar? Esto es algo que no me lo puedo guardar para mí solo. —Se asomó por el borde de la litera y golpeó al oficial que dormía en la de abajo con una almohada—. Grinkov, despierta. No te lo creerás cuando te lo cuente.

—Muérete —respondió Grinkov, que arrojó la almohada al suelo y se arrebujó en la manta.

—Ya está bien, maldito loco —le dijo Alexandr a Marazov—. Para o haré que te cambien de destino.

—¿Quién es ella?

—No sé de qué me hablas —afirmó Alexandr, y se tapó el rostro con una almohada.

—Espera, ¿es la chica de la que hablas en sueños?

—Yo no hablo en sueños —protestó Alexandr. Apartó la almohada, sorprendido.

—Sí que lo haces. Grinkov, ¿qué murmura Belov cuando duerme?

—Muérete —gruñó Grinkov, que se dio la vuelta para ponerse de cara a la pared.

—No, eso no. Es el nombre de una chica. ¿Cuál es? Alexandr, eres único ocultándole cosas a tus camaradas oficiales.

—Sí, porque sé que se puede confiar en vosotros. —Alexandr se puso de lado.

Marazov dio unas cuantas palmadas.

—Quiero conocer a esa chica. Necesito conocer a la chica que le ha echado el lazo a nuestro errante Alexandr.

Más tarde, mientras yacía en la litera incapaz de conciliar el sueño, Alexandr comprendió que recomponer su maltrecho corazón no era como un paseo por el campo. Ésta era una de las cosas que le había enseñado su vida en la Unión Soviética. Pero lo intentaría, después de hablar con ella. Todo sería mucho más llevadero después de hablar con ella.

Alexandr comprendió que antes de tener luz en lugar de tinieblas, debía merecerse la luz antes que las tinieblas. Era evidente que todavía no había llegado su momento. Aún tenía que ganarse los galones.

6

Por la mañana, su madre le preguntó a Tatiana si estaba complacida consigo misma. No, le respondió la muchacha.

En cuanto se marcharon todos, se preparó para ir al hospital. Llamaron a la puerta y cuando abrió, se encontró con Alexandr.

—No puedo dejarte entrar —dijo Tatiana. Le señaló a Zhanna Sarkova, que había salido de su habitación y ahora les miraba con una expresión de suspicacia. La ansiedad y la excitación se mezclaron por partes iguales en el pecho de Tatiana. No podía dejarle entrar, ni tampoco podía cerrar la puerta, con la Sarkova vigilándolos desde el umbral de su puerta.

—No te preocupes —manifestó Alexandr y entró sin más—. Tengo todo un pelotón que me espera en la puerta. Tenemos que levantar barricadas en las calles de la zona sudeste. —Hizo una pausa—. Las noticias son muy malas. Los alemanes tomaron ayer Mga.

—Oh, no, Mga no. —Tatiana recordaba con toda claridad los comentarios de Alexandr sobre los trenes—. ¿Qué consecuencias tendrá para nosotros?

—Es el final. —Alexandr sacudió la cabeza—. Sólo quería asegurarme de que estabas bien después de lo de ayer. Y —añadió con un tono incisivo— de que no irás a trabajar.

—Iré.

—Tatia, no.

—Shura, iré.

—No. —Él levantó la voz.

Tatiana miró más allá de Alexandr, hacia el pasillo.

—Quiero que sepas que esa mujer le comentará a mi familia que has venido aquí. Te lo garantizo.

—Por eso mismo necesito que me des la gorra que me dejé aquí ayer. Hoy me han multado por no tenerla cuando pasaron revista.

Tatiana dejó la puerta abierta mientras Alexandr iba al dormitorio a buscar la gorra.

—Por favor, no vayas al hospital —le suplicó el teniente en cuanto volvió con la gorra y salió al pasillo.

—Alexandr, me estoy volviendo loca. Cada día, todos los días. Al menos en el hospital veré a personas que sufren de verdad. Eso me distraerá.

—Tu pierna nunca se curará si te pasas el día de pie. Sólo te faltan un par de semanas para que te quiten el yeso. Ve a trabajar entonces.

—No pienso quedarme aquí otras dos semanas. Si lo hago, el único hospital donde me aceptarán será en un manicomio.

—No sabes cuánto lamento que la Kirov esté en el frente —comentó Alexandr en voz baja—. Podrías ir a trabajar allí. Te iría a buscar todos los días. —Hizo una pausa y le sonrió—. Como hacía antes, ¿lo recuerdas?

¿Lo recordaba?

El corazón de Tatiana latía, desbocado. Pero allí estaba Sarkova, en medio del pasillo, que los vigilaba a través de la puerta abierta.

—Se acabó. Estoy harto —anunció Alexandr y cerró la puerta.

Tatiana abrió y cerró la boca varias veces.

—Oh, no —exclamó finalmente—. Los problemas se agravan.

Él se acercó.

Ella se apartó.

Alexandr se acercó otro paso.

—¿Qué tal está tu nariz?

—Bien. No está rota.

—¿Cómo lo sabes? —Se acercó un poco más.

Tatiana levantó las manos para contenerlo.

—Shura, por favor.

Llamaron a la puerta.

—Tanechka, ¿estás bien?

—Bien, gracias —gritó ella.

Se abrió la puerta, y apareció Sarkova.

—Sólo quería preguntarte si quieres que te prepare algo para comer.

—No, muchas gracias, Zhanna —respondió ella, muy compuesta.

Sarkova miró fijamente a Alexandr, quien se volvió hacia Tatiana y puso los ojos en blanco. La muchacha casi se echó a reír.

—Nos vamos ahora mismo —añadió Tatiana.

—Ah... ¿Adónde vas?

—Voy al trabajo...

—No, no irá —la interrumpió Alexandr.

—... y el teniente Belov irá a construir barricadas.

—Barricadas, camarada Sarkova —dijo el teniente, que se acercó a la mujer con sus pasos de gigante—. ¿Sabe lo que son? Unas estructuras de tres metros de altura por cuatro de espesor, que se extienden a lo largo de veinte kilómetros.

Sarkova retrocedió hasta el pasillo.

—Cada barricada está equipada con ocho nidos de ametralladoras pesadas, diez posiciones antitanques, trece emplazamientos de mortero, y cuarenta y seis puestos de ametralladoras ligeras.

—Vaya.

—Es así como protegemos la ciudad que amamos —declaró Alexandr, y le cerró la puerta en las narices.

Tatiana, que se encontraba detrás de él, sacudió la cabeza con una sonrisa de deleite.

—Ahora sí que la has hecho buena. —Cogió el bolso—. Vámonos, constructor de barricadas.

Salieron y cerraron la puerta con llave. Sarkova se quedó en la cocina común, mascullando mientras se preparaba el té.

Alexandr le cogió de la mano cuando la ayudaba a bajar las escaleras. Tatiana intentó soltarse.

—Alexandr...

—No. —El teniente la acercó a su cuerpo en el rellano.

Tatiana sintió un crepitar en su interior, como el de la madera en el hogar.

—Mira —dijo—, le pediré a Vera que me ponga a trabajar en la cafetería del hospital. Quizá puedas venir a comer. —Sonrió—. Yo te serviré.

El joven sacudió la cabeza.

—Aunque hay pocas cosas más placenteras para mí que el hecho de que me des de comer —sonrió—, estaremos demasiado al sur. No podré llegar a tiempo para la comida.

—Shura, suéltame, estamos en el rellano de la escalera de mi casa.

Alexandr no le soltó la mano. Ella comprendió que le pasaba alguna cosa.

—¿Qué pasa?

El teniente vaciló y la muchacha vio la tristeza en su mirada.

—Tania, necesito hablar contigo. —Exhaló un suspiro—. Tengo que hablar contigo de Dimitri.

—¿Qué pasa con él?

—Ahora no puedo explicártelo. Necesito hablar contigo largo y tendido, y a solas. Ven a verme esta noche a San Isaac.

A Tatiana le pareció que su corazón le iba a estallar. ¡San Isaac!

—¡Alexandr, apenas si puedo caminar hasta el hospital que está a tres manzanas de aquí! ¿Cómo se supone que llegaré a San Isaac?

Pero Tatiana lo sabía; aunque tuviera que arrastrarse por la calle, llegaría a la catedral.

—Lo sé. Tampoco pretendo que vayas caminando hasta allí sin ayuda. Las calles son seguras, pero... —Le acarició la mejilla—. ¿Hay alguien que te pueda llevar hasta la catedral? No me refiero a Antón. Una amiga. Una amiga de toda confianza que pueda ayudarte. Podría acompañarte hasta algún lugar más o menos cercano, y después caminar un par de calles por tu cuenta.

—¿Cómo haré para volver a casa? —preguntó Tatiana, después de meditar la propuesta.

Alexandr sonrió mientras la estrechaba contra su pecho.

—Como siempre, yo me ocuparé de traerte a casa.

Tatiana miró los botones de la guerrera del oficial.

—Tania, necesitamos con desesperación disponer de unos minutos a solas, y tú lo sabes.

Ella lo sabía.

—No está bien.

—Es la única cosa que está bien.

—De acuerdo. Vete.

—¿Vendrás?

—Lo intentaré. Ahora vete.

—Levanta tu...

Antes de que él pudiera acabar la frase, Tatiana le ofreció los labios. Se besaron apasionadamente.

—¿Tienes idea de lo que siento? —susurró Alexandr, mientras le acariciaba el pelo.

—No —respondió Tatiana, que se abrazó a él, con las piernas entumecidas—. Sólo tengo idea de lo que siento yo.



Aquella noche ocurrió un milagro. Funcionaba el teléfono de su prima Marina. Tatiana le rogó que viniera a visitarla, y su prima se presentó alrededor de las ocho. Las muchachas se abrazaron.

—Marinka, eres la prueba viviente de que existe un Dios en el cielo —afirmó Tatiana—. Te necesitaba tanto... ¿Dónde has estado?

—Ya sabes que Dios no existe. ¿Que dónde he estado? Suéltame —Marina se echó a reír—. ¿Dónde has estado tú? Me han hablado de tus andanzas por Luga. —Parpadeó—. Lamento mucho lo de Pasha. —Se animó un poco y añadió—: ¿Por qué pareces un chico?

—Tengo muchas cosas que contarte.

—Es evidente. —Marina se sentó a la mesa en la misma habitación donde el día anterior Alexandr había escuchado a Tatiana—. ¿Tienes algo de comer? Estoy hambrienta.

Marina era una muchacha de caderas anchas, pechos pequeños, ojos oscuros, pelo negro corto y unas cuantas marcas de nacimiento en el rostro. Tenía diecinueve años y cursaba segundo año en la universidad de Leningrado. Marina era lo más cercano a una amiga íntima y confidente de Tatiana. Las dos primas y Pasha habían pasado muchos veranos en Luga y Novgorod. La diferencia de edad sólo se había hecho manifiesta hacía un par de años. Tatiana ya no pertenecía al grupo de Marina.

Tatiana se apresuró a servirle un poco de pan, queso y té.

—Marina, come deprisa, porque tengo que salir a dar un paseo. Estás muy bonita con ese vestido. ¿Qué tal te ha ido el verano?

—No podemos ir de paseo. No puedes caminar. Mírate. Habla conmigo aquí. —Los padres estaban con Dasha en la otra habitación, escuchando la radio. Tatiana y Marina estaban solas; la familia de Tatiana no hablaba con ella desde el día anterior. Marina miró a su prima—. Comienza por el pelo —añadió con la boca llena—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo? ¿Por qué llevas la falda tan larga?

—Me corté el pelo, y la falda oculta el yeso. Levántate. Es hora de irnos. —Tatiana cogió a su prima por el brazo. Tenía mucha prisa. Alexandr le había dicho que fuera después de las diez. Ya eran casi las nueve, y ella aún estaba en Quinto Soviet. ¿Estaba preparada para contárselo todo a Marina y conseguir su ayuda? Volvió a tirar del brazo regordete de la muchacha—. Vámonos. Ya está bien de comer.

—¿Cómo te las arreglarás para caminar? Si apenas puedes cojear. ¿Por qué tenemos que ir a alguna parte? ¿Cuándo te quitarán el yeso?

—Pues pasearé a la pata coja. No veo la hora de que me quiten el yeso. ¿Qué tal estoy?

Marina dejó de comer y miró a Tatiana con mucha atención.

—¿Qué acabas de decir?

—He dicho que nos vamos.

—De acuerdo. —Marina se pasó la servilleta por los labios y se levantó—. ¿Qué pasa?

—Nada, ¿por qué?

—¡Tatiana Metanova! Sé que aquí está pasando algo muy raro.

—No sé de qué me hablas.

—¡Tania! Te conozco desde que naciste y jamás me has preguntado qué tal estabas.

—Quizá si tu teléfono no estuviera averiado con tanta frecuencia, lo hubiera hecho. ¿Me responderás, o sencillamente nos vamos?

—Llevas el pelo demasiado corto, la falda demasiado larga y una blusa blanca muy ajustada. ¿Qué demonios pasa aquí?

Tatiana consiguió por fin sacar a Marina a la calle. Caminaron lentamente por Gresheski hasta la plaza de la Insurrección, donde tomaron el tranvía que las llevó por todo Nevski Prospekt hasta el Almirantazgo. Tatiana caminaba apoyada en el brazo de Marina. Le costaba un poco caminar y hablar al mismo tiempo. El caminar le consumía la mayor parte de sus energías.

—Tania, dime una cosa, ¿por qué saltaste de un tren en marcha? ¿Fue así como te rompiste la pierna?

—No me rompí la pierna al saltar, y salté de un tren en marcha porque tenía que hacerlo.

—¿También te cayeron encima toneladas de ladrillos porque tenían que hacerlo? —preguntó Marina, con una risa ahogada—. ¿Fue entonces cuando te rompiste la pierna?

—Sí. ¿Cuándo dejarás de hacerme preguntas?

Marina se echó a reír. Cogió a su prima por la cintura mientras caminaban.

—Siento mucho lo de Pasha, Tanechka —dijo, en voz muy baja—. Era un encanto.

—Sí. Ojalá lo hubiera encontrado.

—Lo sé. —Marina hizo una pausa—. No ha sido precisamente un gran verano. No te he visto desde antes de que comenzara la guerra.

—Casi me viste. Estuve a punto de visitarte el día que estalló la guerra.

—¿Por qué no lo hiciste?

Tatiana deseó poder contárselo todo a Marina, hablarle de sus emociones, sus escrúpulos, del miedo y la confusión. Lo que hizo en

cambio fue hablarle a Marina de Dasha y Alexandr, y de ella y Dimitri, de lo ocurrido en Luga y de cómo Alexandr la había ido a buscar. Lo único que no le dijo a Marina fue la verdad.

Ni siquiera confiaba en que ella misma fuera capaz de no quedar atrapada en la tupida telaraña de constantes mentiras que había tejido para ocultarle la verdad a Dasha. ¿Cómo podía confiar en Marina, que no se jugaba nada? Tatiana no se lo contó, a sabiendas de que la verdad abriría un abismo entre ella y todas las personas que quería. «¿Cómo podía ser? —se preguntó, cuando llegaron al jardín del Almirantazgo y se sentaron en un banco—. ¿Cómo podía ser que el engaño, la traición y el secreto la unieran a los demás seres humanos en lugar de la verdad, la confianza y la franqueza? ¿Cómo podía ser que no pudiera confiar en alguien de su propia familia en un tema personal? Esta vida sólo parecía engendrar desprecio por los otros seres humanos».

El parque del Almirantazgo se extendía a lo largo de la ribera del Neva, entre el puente del Palacio y la catedral de San Isaac. Tatiana no estaba lejos de Alexandr. Quizá si se esforzaba un poco, le escucharía respirar. Sonrió. Las ramas de los frondosos olmos se alargaban sobre los senderos y los bancos de la misma manera que lo hacían en el Jardín de Verano. La diferencia estaba en que, en el Jardín de Verano, Tatiana había paseado y se había sentado con él.

—Tania, ¿hay alguna razón para que estemos aquí?

—No, Marina. Sólo nos hemos sentado para conversar un rato. —Deseó tener un reloj. ¿Qué hora sería?

—Yo solía venir a este parque —comentó Marina—. En una ocasión vine contigo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo —respondió Tatiana, que se sonrojó.

—He disfrutado de algunos buenos momentos en mi vida. No me parecen muy lejanos. ¿Crees que los volveremos a tener?

—Por supuesto, Marinka. Cuenta con ello. Todavía no he tenido ninguno. —Le sonrió a su prima.

—¿Ni siquiera con Dima? —Marina se rio.

—¡Claro que no! —exclamó Tatiana, y no agregó nada más.

Marina apoyó un brazo sobre los hombros de su prima.

—No estés tan triste, Tania. Ya encontrarás la manera de salir de la ciudad.

Tatiana sacudió la cabeza.

—No, es imposible. No hay más trenes, Marinka. Mga está en manos de los alemanes.

—No sabemos nada de papá desde hace tres días —manifestó Marina, con voz apagada—. Está combatiendo en Izhorsk. Eso está cerca de Mga. ¿No es así?

—Sí, así es —murmuró Tatiana.

Marina apretó a Tatiana contra su cuerpo.

—No creo que nadie consiga salir de la ciudad. Mamá está gravemente enferma. Papá está...

—Lo sé —la interrumpió Tatiana. Palmeó la pierna de su prima—. Lo conseguiremos. Marina. Sólo tenemos que ser fuertes.

—Sí, y sobre todo tú —replicó Marina. Agitó la cabeza para borrar de su mente los pensamientos desagradables—. ¿Me dirás por qué me has traído aquí?

—No.

—Tania...

—No, no tengo nada que decir.

Marina le hizo cosquillas en el brazo.

—Tania, háblame de Dimitri.

—No hay nada que contar.

—¡No me puedo creer que tú estés saliendo con un soldado! —Marina soltó una risita y miró a Tatiana de reojo—. Ah, no, ¡no me digas que has quedado para verte más tarde con él aquí!

—¡No! —protestó Tatiana—. Dima y yo sólo somos amigos.

—Sí, claro. Los soldados sólo son amigos de lo que les interesa, Tania. Ahora fue el turno de Tatiana de mirar de reojo a su prima.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas que el año pasado salí con un soldado? —Marina chasqueó la lengua de una forma despectiva—. Tuve un atisbo de cómo

vivía y me dije: «Olvídalo, esto no es para ti». Pero este verano he estado saliendo con un chico muy guapo, un compañero de la facultad. Se alistó y lo enviaron a Fornosovo. —Hizo una pausa—. Desde entonces no he vuelto a saber nada más de él.

—¿Qué has querido decir con eso de que no quieres saber nada de los soldados? ¿Te refieres a la guerra?

—No hablo de la guerra, Tania. Me refiero a las mujeres.

—¿Las mujeres? —repitió Tatiana, con un hilo de voz.

—Las mujeres: las chicas que buscan diversión, las ligonas, las cuarteleras, las prostitutas. Hay mujeres de todas las clases que frecuentan los bares, los clubes y los cuarteles para ofrecerse a los soldados, y ellos las aceptan. Todos ellos. Es lo que hacen. Para ellos es como fumarse un cigarrillo. Cada vez que están fuera de servicio, cada vez que tienen un pase de fin de semana, cada vez que les dan vacaciones. —Marina sacudió la cabeza—. No sé cómo te las arreglas para mantener apartado a Dimitri. Las mujeres fáciles, las difíciles, las jóvenes como tú, para ellos todas son iguales, no son más que otra conquista.

—Marinka, ¿de qué hablas? —preguntó, horrorizada—. No me dirás que hablas de Leningrado. Esas cosas sólo pasan en Occidente. En Estados Unidos.

Marina se echó a reír.

—Tania, te quiero. Te lo juro. Eres tan...

—Alexandr no es así —protestó Tatiana, temblorosa.

—¿Quién? Ah, el chico de Dasha. ¿No? Pregúntale a Dasha. —Marina volvió a reír—. ¿Cómo crees que la conoció?

Dasha había conocido a Alexandr en Sadko.

—No estarás diciendo que...

—Pregúntale a Dasha, Tania.

—¡No sabes lo que dices! —Tatiana lamentó haberla llamado.

—Escucha —dijo Marina—, lo que quiero decirte es que debes tener cuidado con un soldado como Dimitri, mucho cuidado. Ellos esperan obtener ciertas cosas, y si no se las dan, de todas maneras las toman. ¿Lo entiendes?

Tatiana permaneció en silencio. ¿Cómo demonios había comenzado esa conversación?

—¿Todavía te llevas bien con Antón Iglenko? Es un buen chico, y le caes muy bien.

—¡Marina! —Tatiana meneó la cabeza—. Antón es mi amigo. —Comenzó a inspirar profundamente y mantuvo las manos firmes en el regazo—. No le gusto.

Marina sonrió mientras le alborotaba el pelo.

—Eres adorable, Tatiana, y tan ciega como de costumbre. ¿Recuerdas a Misha? ¿Recuerdas lo colado que estaba por ti?

—¿Quién? —Tatiana intentó recordar—. ¿Misha de Luga?

—El mismo. Durante tres veranos seguidos. Pasha se las veía negras para mantenerlo apartado de ti.

—Estás loca. —Tatiana y Misha trepaban juntos a los árboles y se colgaban de las ramas cabeza abajo. Ella le había enseñando a dar volteretas. Y a Pasha también.

—Tatia, ¿alguna vez le has hablado a Dasha de estas cosas?

—¡Dios, no! —exclamó Tatiana.

Intentó levantarse. Sentía como si la estuvieran apuñalando una y otra vez con un utensilio de cocina romo.

Marina la ayudó a levantarse.

—Pues te sugiero que lo hagas. Es tu hermana mayor. Tendría que ayudarte. Pero ten mucho cuidado con Dimitri, Tania. No te conviertas en otra muesca en el cinturón de un soldado.

Tatiana intentó pensar en Alexandr tal como lo conocía. No sabía absolutamente nada de aquella otra faceta. Recordó la imagen de su cabeza cuando le besaba suavemente los pechos mientras ella yacía herida. Sacudió la cabeza. Lo que Marina acababa de describir no tenía nada que ver con su Alexandr.

Pero entonces recordó el comentario de Dimitri sobre las actividades menos confesables del teniente. Le entraron náuseas.

—Vámonos a casa —propuso, desanimada, y caminaron lentamente hasta la parada del tranvía en Nevski. Tatiana le dijo a su prima que no

hacía falta que la acompañara todo el camino hasta su casa—. Estaré perfectamente. Desde la plaza de la Insurrección hasta casa no hay más de cinco minutos. Te lo juro. Escucha, tu autobús llegará en cualquier momento. No te preocupes.

Marina replicó que no podía dejarla sola en el centro de la ciudad en plena noche. A Tatiana no se le había ocurrido que pudiera haber algún peligro.

—Alexandr nos comentó que los actos delictivos se han reducido drásticamente, desde el comienzo de la guerra. Casi no hay.

—Bueno, si Alexandr te lo dijo... —Marina miró el rostro de su prima—. ¿Estás bien?

—Mejor que nunca. Vete. —Respondió Tatiana, pero entonces reparo por primera vez en la profunda tristeza que reflejaba el rostro de Marina. Tan inmersa había estado en sus cosas que no se había dado cuenta. Miró a Marina, pero la oscuridad se lo impidió. Levantó una mano y tocó el rostro de la muchacha. Marina parpadeó— ¿quién está en tu casa, Marina? —preguntó en voz baja— ¿quién te espera?

—Nadie. —Contestó Marina, con el mismo tono— mamá está en el hospital, papá en el frente. En el piso sólo quedan los Lublin.

—Marinka no te quedes sola —le rogó Tatiana—. Ven a vivir con nosotros. Ahora disponemos de una habitación. *Deda* y *babushka* se han marchado. No está bien que vivas sola. Dormirás con Dasha y conmigo.

—¿De veras?

—De veras.

—Tania ¿se lo has consultado a tus padres?

—No hace falta. Recoge tus cosas y vente a casa. Tu madre es la hermana de mi padre. No te dirá que no. Vendrás ¿me lo prometes?

Marina abrazó a Tatiana.

—Muchas gracias —murmuró— me he sentido tan sola y desamparada sin papá y mamá...

—Lo sé —Tatiana le dio unas palmaditas en la espalda—. ¡Mira, ahí viene tu autobús!

Marina cruzó Nevski a la carrera para coger el autobús y Tatiana se sentó en el banco y esperó a que llegara el tranvía que la llevaría de regreso a casa.

Le dolía el estomago.

Llegó el tranvía; se abrieron las puertas. El conductor la miró. Tatiana sacudió la cabeza. El tranvía arrancó.

¿Cómo no podía ir a verlo? No podía estar lejos de él.

Tatiana se levantó, y cojeando pasó por delante del parque del Almirantazgo en dirección a San Isaac.

Vio a dos soldados que venían hacia ella. Se detuvieron frente a Tatiana, golpearon las culatas de sus fusiles contra la acera y le preguntaron dónde iba. Ella les respondió.

Uno de los soldados le dijo que la catedral estaba cerrada a esas horas de la noche. Ella les replicó que ya lo sabía, pero que iba a ver al teniente Belov. Lo conocían y se relajaron.

—Te lo dije, Viktor —comentó uno de los soldados—; tendríamos que habernos apuntado a la academia de oficiales y tú no quisiste hacerme caso.

—Creí que significaría más trabajo —afirmó el otro. Miró a Tatiana—. ¿Tú quién eres?

—Soy su prima de Krasnodar.

—De acuerdo, prima. Ven con nosotros. Te llevaremos con él. Pero no sé cómo harás para subir hasta el puesto de observación con ese yeso. Son doscientos y pico escalones por una escalera de caracol.

—Ya me las arreglaré.

Nunca le había parecido que San Isaac estuviera tan lejos de Nevski, aunque en realidad había menos de un kilómetro. Jadeaba y le dolía la pierna cuando llegaron al templo. Delante de la catedral, en la ribera del Neva, Tatiana vio la silueta de la estatua ecuestre de Pedro el Grande —el jinete de bronce—, que ahora estaba protegida con una estructura de madera rellena con sacos de arena. El jinete de bronce había sido encargado por Catalina la Grande como un homenaje a Pedro el Grande por haber construido Leningrado. Aquella noche no se veía nada del

caballo negro ni de su majestuoso jinete con el brazo extendido; sólo los sacos de arena que protegían a la estatua de los ataques alemanes.

—Mañana ordenarán el toque de queda en toda la ciudad —le informó Viktor—. Se acabarán las citas nocturnas. Así que procura disfrutar de tu encuentro con el teniente Belov, prima.

La hicieron pasar al interior de la enorme catedral. Tatiana oyó el sonido del péndulo que los comunistas habían instalado en el templo para convertirlo en un museo de ciencias. El centinela apostado al pie de la escalera preguntó si Tatiana estaba limpia.

—Supongo que sí. No parece llevar ninguna bomba encima.

—¿La has cacheado?

—Yo lo haré —dijo Viktor.

Le pasó las manos por las costillas, y Tatiana hizo una mueca de dolor. Se sentía cada vez más inquieta. Estar sola con tres soldados en un edificio en penumbras, con Alexandr en el puesto de observación donde no podía escucharla, le hizo temer cosas que ni siquiera podía imaginar. «Es un miedo irracional», pensó, cuando las manos de Viktor le palparon las caderas. El soldado la apretó un poco más, y de pronto el miedo la dominó.

—Quizás alguno de ustedes podría avisarle de que estoy aquí —dijo, al tiempo que intentaba apartarse—. ¿Saben algo? Creo que me iré. Pueden decirle que pasé por aquí.

Una voz se escuchó en las escaleras.

—Soltadla. —Era Alexandr, que apareció en el umbral, fusil en mano.

Tatiana se tranquilizó en el acto.

—No pasa nada, teniente. —Viktor se apartó como si Tatiana quemara—. Sólo la cacheábamos para saber si llevaba algún arma. Dice que es su prima.

—¡Soldado! —Alexandr se acercó a Viktor, que pareció reducirse a la mitad de su estatura—. Tenemos unas normas, incluso en el Ejército Rojo. Dichas normas nos impiden amenazar a las muchachas. A menos que quiera recibir una sanción disciplinaria, procure que no lo vuelva a pillar haciendo nada parecido. —Apoyó una mano en la espalda de Tatiana, mientras añadía—: Ustedes dos, vuelvan a la calle que es donde tienen que

estar. Cabo, usted se quedará aquí hasta que Petrenko y Kapov vengan a relevarlo.

—Sí, señor —respondieron los tres soldados al unísono.

El cabo ocupó su puesto en el umbral. Alexandr intentó disimular la sonrisa.

—Es una subida de cuidado —comentó, guiándola hacia las escaleras—. Ven. —En cuanto atravesaron el umbral y quedaron ocultos de los demás, Alexandr le sonrió—. Tania, me siento tan feliz de que hayas venido a verme...

—Yo también —dijo.

—¿Te asustaron? Son inofensivos. —Alexandr le acarició el pelo.

—Si son inofensivos, ¿por qué has bajado?

—Escuché tu voz y las tuyas. Son inofensivos, pero tú parecías asustada.

La miraba de una manera que Tatiana se derritió por dentro.

—¿Qué? —preguntó ella tímidamente.

—Nada. —Alexandr se puso en cuclillas delante de ella—. Venga, cógete de mi cuello. ¿Recuerdas cómo se hace?

—¿Pretendes subirme doscientos escalones?

—Es lo menos que puedo hacer después de que tú hayas venido hasta aquí. ¿Puedes coger el fusil?

Alexandr se cogió de la balaustrada para levantarse. Tatiana aprovechó para darle un beso en la guerrera.

El teniente la subió hasta la cúpula de cristal con cinco columnas que tapaban parcialmente la visión del horizonte y el cielo. Descargó a Tatiana y después cogió el fusil para dejarlo contra la pared de la cúpula dorada.

—Tenemos que salir al balcón para ver mejor. ¿Estarás bien? —Sonrió—. Estamos muy alto. No tendrás miedo a las alturas, ¿verdad?

—No tengo miedo a las alturas —respondió Tatiana, mirándolo.

Salieron al angosto balcón que rodeaba la cúpula. Una barandilla que no parecía muy sólida era la única protección para no precipitarse al vacío. Desde allí arriba la vista sería sin duda espectacular si no fuese porque Leningrado estaba preparada para la guerra, se dijo Tatiana. No había ni

una sola luz encendida, y la oscuridad era tal que ni siquiera se veían los globos de la defensa antiaérea. El aire era fresco, limpio y olía a agua.

—¿Qué te parece? Bonito, ¿verdad? —dijo Alexandr, acercándose.

Tatiana no podía moverse aunque hubiese querido. Se encontraba entre el hombre y la barandilla.

—Mmm —contestó, con la mirada puesta en la ciudad a oscuras, con miedo a mostrarle a él su corazón—. ¿Qué haces aquí arriba solo cuando estás de guardia?

—Nada. Me siento en el suelo. Fumo. Pienso.

Alexandr le rodeó la cintura con los brazos y unió las manos sobre su estómago, apretándola contra su cuerpo. La muchacha sintió el calor de su aliento en el cuello cuando él murmuró:

—Oh, Tatia.

Qué instantáneo era el deseo. Era como el estallido de una bomba, que fragmentaba y encendía todas sus terminaciones nerviosas.

No era deseo.

Era desear ardientemente a Alexandr.

Tatiana intentó moverse a un lado, pero él la sujetaba muy fuerte. Lo único que deseaba Tatiana era tenderse en el suelo. ¿A qué se debía? ¿Por qué, cada vez que él la tocaba, quería tenderse?

—Shura, espera —dijo, sin reconocer su propia voz, que, cargada de deseo, decía: ven aquí, ven, ven. Tatiana cerró los ojos—. No veo ningún avión —murmuró.

—Yo tampoco.

—¿Vendrán? —preguntó ella suavemente.

—Sí. Por fin los carteles dicen la verdad. El enemigo está a las puertas. —El teniente continuó besándola debajo de los rizos.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de marcharnos?

—Ninguna. Estás atrapada en la ciudad. —El aliento y los labios húmedos de Alexandr en su cuello la hacían temblar.

—¿Cómo será?

Él no respondió.

—Dijiste que querías hablar conmigo —manifestó Tatiana, con voz ronca.

—¿Hablar? —Alexandr aumentó la presión de las manos sobre el estómago de Tatiana.

—Sí, hablar conmigo de... —Ya no lo recordaba—, ¿Dimitri?

Alexandr le desabrochó la blusa y le besó el hombro.

—Me gusta tu blusa —susurró, con la boca contra su piel.

—Basta, Shura, por favor.

—No. —El teniente frotó su cuerpo contra la espalda de Tatiana—. No puedo parar. —Le sopló el pelo—. Es como si quisiera no respirar.

Las manos de Alexandr se movieron para sujetarle los pechos. Las costillas le dolieron un poco pero fue un dolor delicioso. Tatiana no pudo contener un gemido. Él la hizo girar, y con la boca contra su garganta, murmuró:

—No digas nada porque abajo se escucha todo. No puedes dejar que te oigan.

—Entonces aparta las manos, o tápame la boca —murmuró ella.

—De acuerdo, entonces te taparé la boca. —Y Alexandr la besó.

Después de tres segundos, Tatiana creyó que iba a desmayarse.

—Shura —gimió, abrazándolo con todas sus fuerzas—. Dios, tienes que parar. ¿Cómo lo hacemos? —Notaba como un vacío en el estómago que necesitaba llenar.

—No lo hacemos.

—Sí lo hacemos.

—No lo hacemos —repitió él, sin dejar de besarla.

—No me refiero... me refiero a esto. ¿Cómo hacemos para aliviarnos de esto? No puedo seguir viviendo de esta manera, sólo pensando en ti. ¿Cómo conseguiremos aliviarnos?

Alexandr apartó los labios unos milímetros.

—Lo único que deseo más que nada en mi vida —replicó con un tono ardiente— es enseñarte cómo conseguiremos aliviarnos, Tania. —Sus manos la sujetaban como unas tenazas.

Tatiana recordó las palabras de Marina. «No eres más que otra conquista para un soldado», le había dicho. A pesar de ella misma, de su firme convicción en las cosas que creía ciertas, a pesar del brillante momento con Alexandr en lo más alto de la sagrada catedral, casi rozando el cielo de Leningrado, dejó que lo peor de ella se llevara la mejor parte. Incapaz de confiar en sus instintos, asustada y llena de duda, apartó a Alexandr.

—¿Qué pasa? —le preguntó el hombre—. ¿Qué?

Tatiana buscó desesperadamente su coraje, luchó por encontrar las palabras correctas, con miedo de preguntar, de escuchar su respuesta, de hacer que se enfadara. No se lo merecía, y, al final, ella confiaba y creía tanto en él que le pareció indigno dar el más mínimo crédito a las desagradables palabras de la cínica Marina. Sin embargo, las tenía clavadas en el pecho y su estómago revuelto.

Tatiana no quería abrumar más a Alexandr. Ya tenía bastante con lo suyo. Pero al mismo tiempo, no podía dejar que él continuara tocándola. Sus manos la acariciaban suavemente desde los muslos a la nuca, una y otra vez.

—¿Qué pasa? —susurró Alexandr—. ¿Qué?

—Espera, Shura. —Tatiana se hizo a un lado—. Espera, déjalo ya, ¿de acuerdo?

Él no la siguió y Tatiana, después de apartarse un par de metros, se sentó en el suelo y recogió las piernas para apoyar las rodillas contra el pecho.

—Háblame de Dimitri.

—No —replicó Alexandr, que se cruzó de brazos—. No hasta que me digas qué te preocupa.

Tatiana sacudió la cabeza. No era posible que estuviera manteniendo aquella conversación.

—Estoy bien. De veras. —Sonrió. ¿Había sido una sonrisa convincente? No lo parecía por la cara larga de Alexandr—. No es nada.

—Razón de más para decírmelo.

Tatiana inspiró profundamente dos o tres veces, mientras se miraba la falda marrón y los dedos de los pies que asomaban del yeso.

—Shura, esto es muy, pero que muy difícil para mí.

—Lo sé. —Se sentó en cuclillas sin moverse de donde estaba, y apoyó los brazos en las rodillas.

—No sé cómo decírtelo —añadió ella, sin levantar la cabeza.

—Abre la boca y habla conmigo —respondió él—. Como siempre.

—Alexandr, hay muchas cosas por resolver entre nosotros dos, cosas que discutir —manifestó tímidamente. Lo miró por un segundo. Él la observaba con curiosidad y preocupación—. Me cuesta creer que esté desperdiciando nuestros minutos de esta manera. —Se interrumpió—. Pero... —Él esperó—. ¿Soy...? —Era tan estúpido... ¿Qué sabía ella de esas cosas? Exhaló un suspiro—. Escucha, ¿sabes quién me ayudó a venir hasta aquí para que pudiera verte? Mi prima Marina.

Alexandr asintió sin sonreír.

—Muy bien. ¿Qué tiene que ver ella con nosotros? ¿Llegará el día en que me presentes a tu famosa prima?

—Quizá no quieras conocerla después de que sepas lo que me dijo. —Hizo una pausa—. Sobre los soldados. —Lo miró. En el rostro de Alexandr se mezclaban la súbita comprensión, el enfado y la culpa. No era lo que ella había esperado ver—. Me comentó algunas cosas muy interesantes.

—No me cabe la menor duda.

—No hablaba de ti.

—Eso me tranquiliza.

—Intentaba ponerme sobre aviso en lo que se refiere a Dimitri, pero dijo que para los soldados las chicas no eran más que una conquista y una muesca en el cinturón. —Calló. Se consideraba muy valiente por haber sido capaz de decirlo.

Alexandr se acercó a la muchacha lentamente. No la tocó, sólo se sentó a su lado y durante unos instantes permaneció en silencio.

—¿Quieres preguntarme alguna cosa?

—¿Quieres que te pregunte?

—No.

—Entonces, no preguntaré.

—No dije que no contestaría. Dije que no quería que preguntaras.

Tatiana deseó poder mirar el rostro del teniente. Sencillamente no quería volver a ver la culpa. Se preguntó: «¿Qué pasaría, si después de nuestro verano, después de la Kirov y de Luga, después de todas aquellas cosas maravillosas que sentí, qué pasaría si después de todo aquello, ahora descubro que Marina tenía razón también con Alexandr?». No podía preguntar. Sin embargo, cómo no podía preguntar si mucho de lo que ella sentía se basaba en una mentira.

—¿Cuál es tu pregunta? —repitió Alexandr, muy suavemente, con una enorme paciencia, con todo lo que había sido para ella, que Tatiana, animada por él, como siempre, abrió la boca y le replicó con voz de niña asustada:

—Shura, ¿es eso lo que soy, sólo otra conquista para ti? ¿Sólo un poco más difícil? ¿Yo también acabaré siendo otra muesca en tu cinturón? —Lo miró, indefensa.

Alexandr la envolvió entera en sus brazos, como si fuera un paquete pequeño. Le besó la cabeza.

—Tania, no sé qué voy a hacer contigo. —Se apartó un poco y le sujetó el rostro entre las manos. Le brillaban los ojos—. Tatiasha —añadió dulcemente—, ¿de qué hablas? ¿Te has olvidado del hospital? ¿Conquista? ¿Has olvidado que si hubiese querido, aquella noche, a la noche siguiente, o cualquier otra noche, te hubiera tenido? —La miró durante un momento, y después añadió todavía con más dulzura—: Y que tú me lo hubieras permitido. ¿Has olvidado que fui yo quien puso coto a nuestra insensata desesperación?

Tatiana cerró los ojos. Él continuó sujetándole el rostro.

—Venga, abre los ojos y mírame. Mírame, Tania.

Ella abrió los ojos, mortificada, y se encontró con que Alexandr la miraba con infinita ternura.

—Tania, por favor, tú no eres una conquista, ni una muesca en mi cinturón. Sé lo difícil que es, sé lo que sientes. No sabes cuánto desearía

que no te preocuparas tanto por cosas que sabes muy bien que no son ciertas. —La besó apasionadamente—. ¿Sientes mis labios? —susurró Alexandr—. Cuando te beso —volvió a besarla tiernamente—, ¿no sientes mis labios? ¿Qué te dicen? ¿Qué te dicen mis manos?

Tatiana cerró los ojos y gimió. ¿Por qué se sentía tan indefensa cuando estaba a su lado? ¿Por qué? Se le ocurrió que él no sólo tenía razón, que no sólo se hubiera entregado entonces, sino que también se entregaría ahora, en el duro y frío suelo de la cúpula dorada. Cuando abrió los ojos, Alexandr la miraba con una dulce sonrisa.

—Quizás —añadió él—, no tendrías que preguntarme si eres otra muesca en mi cinturón, sino: ¿por qué no soy yo otra muesca en tu cinturón?

La muchacha le cogió de las mangas con manos temblorosas.

—De acuerdo. ¿Por qué?

Alexandr se echó a reír.

—¿Sabes que más me dijo Marina?

—Vaya con la dichosa Marina. —Alexandr exhaló un suspiro y se apartó un poco—. ¿Qué más te dijo tu prima?

Tatiana volvió a doblar las piernas para apoyar el pecho en las rodillas.

—Marina me dijo que todos los soldados lo hacen continuamente con toda clase de mujerzuelas, y que nunca dicen que no.

—Señor, señor. —El teniente sacudió la cabeza—. La tal Marina es un peligro. Es una suerte que no te bajaras del autobús y fueras a verla aquel domingo de junio.

—Estoy de acuerdo contigo. —En el rostro de Tatiana apareció una expresión de ternura al recordar aquel viaje en autobús.

También en el rostro de Alexandr apareció una expresión similar.

¿En qué estaba pensando? ¿Qué estaba haciendo? Tatiana meneó la cabeza, enfadada consigo misma.

—Ahora escúchame. No quería decirte nada de esto, pero... —Alexandr inspiró con fuerza—. Cuando ingresé en el ejército, comprendí que las relaciones sinceras con las mujeres serían muy difíciles debido a la naturaleza de la vida militar... —Se encogió de hombros— y las

realidades de la vida soviética. No hay habitaciones, apartamentos, ni hoteles a los que puedan ir el hombre y la mujer soviéticos. ¿Quieres saber la verdad? Aquí la tienes. No quiero que tengas miedo de la verdad, ni que me temas por saberla. Es muy cierto que durante los permisos de fines de semana, salíamos a tomar unas cervezas y a menudo nos encontramos con toda clase de muchachas que estaban dispuestas a pasárselo bien con los soldados sin ningún tipo de compromisos.

—¿Y tú te lo pasaste bien? —preguntó Tatiana, con voz ahogada.

—Un par de veces —contestó el teniente, sin mirarla—. Por favor, no te alteres.

—No me altero —afirmó la muchacha. Asombrada, sí. Desgarrada por las dudas, sí. Hechizada por él, también.

—Sólo éramos unos chiquillos que se divertían un poco. Siempre mantuve las distancias y eludí los compromisos. Detesto comprometerme.

—¿Qué me dices de Dasha?

—¿Qué pasa con ella? —replicó Alexandr, con una leve nota de cansancio en la voz.

—¿Dasha era...? —Tatiana fue incapaz de acabar la pregunta.

—Tania, por favor. —Alexandr sacudió la cabeza—. No pienses en esas cosas. Pregúntale a Dasha qué clase de chica es. Yo no soy quién para decírtelo.

—¡Pero Alexandr, Dasha es un compromiso! —exclamó—. Hay lazos que te atan a ella. Dasha tiene su corazón.

—No. Te tiene a ti.

Tatiana exhaló un suspiro. Esto era demasiado fuerte para ella; hablar de Alexandr y su hermana. Hablar de las relaciones de Alexandr con chicas insignificantes era mucho más fácil que hablar de Dasha. Continuó sentada con los brazos alrededor de las rodillas. Quería preguntarle por el aquí y ahora pero no le salían las palabras. No quería preguntarle nada. Quería volver a ser como era antes de aquella noche en el hospital, antes de que las ansias de su cuerpo le impidieran ver la verdad de lo que sentía por Alexandr.

—Sé que tienes miedo —prosiguió Alexandr en voz baja mientras le acariciaba los muslos—. Tania, te lo ruego, no dejemos que la estupidez se interponga entre nosotros.

—De acuerdo —asintió ella, arrepentida.

—No dejemos que un montón de tonterías que no tienen nada que ver con nosotros te mantengan apartada de mí. Ya hay demasiadas cosas que te mantienen apartada de mí. —Hizo una pausa—. Todo.

—De acuerdo, Alexandr.

—Dejemos que caigan en el olvido, Tatiana. ¿De qué tienes miedo?

—Tengo miedo de haberme equivocado contigo —susurró ella.

—Tania, ¿cómo es posible que entre todas las personas tú estés equivocada conmigo? —El oficial apretó los puños en señal de frustración—. ¿No ves que precisamente por ser quien soy he venido a ti? ¿Cuál es el problema? ¿No ves mi soledad?

—Apenas —replicó Tatiana, con las manos en el pecho—. A través de la misma. —Se apoyó en la barandilla—. Shura, estoy rodeada de medias verdades e insinuaciones. Tú y yo ya no tenemos un momento para hablar, como hacíamos antes, un momento para estar a solas...

—Un momento de privacidad. —Alexandr pronunció la última palabra en inglés.

—¿De qué? —Tatiana no conocía la palabra. Tendría que buscarla en el diccionario cuando regresara a casa—. ¿Qué me dices de ahora? Además de Dasha, ¿tú todavía...?

—Tatiana, todas esas cosas que tanto te preocupan han desaparecido de mi vida. ¿Sabes por qué? Porque cuando te conocí, supe que si continuaba por el mismo camino y alguna vez una chica buena como tú me lo preguntaba, no podría mirarla a la cara y decirle la verdad. Tendría que mirarla a la cara y mentirle. —Él le miraba la cara.

La verdad se reflejaba en sus ojos.

La muchacha le sonrió. Soltó el aire retenido en los pulmones y con él se fue la opresión y el malestar del estómago. Quería que él la abrazara.

—Lo siento, Alexandr —susurró—. Te pido perdón por mis dudas. Es que soy demasiado joven.

—Eres demasiado de todo —exclamó el teniente—. ¡Dios! Esto es una locura, sin tener nunca un momento para explicarse, de hablar las cosas, de no disponer ni siquiera de un minuto.

«Tuvimos un minuto —pensó Tatiana—. Tuvimos nuestros minutos en el autobús, en la Kirov, en Luga y en el Jardín de Verano. Minutos inolvidables. Lo que queremos ahora es la eternidad».

—Lo siento, Shura. —Le cogió de las manos—. No pretendía inquietarte.

—Tania, si sólo tuviéramos un momento de privacidad —una vez más, pronunció la última palabra en inglés—, no volverías a dudar de mí nunca más.

—¿Qué es eso que llamas privacidad?

Alexandr sonrió con una expresión triste.

—Estar apartado de la vista o de la presencia de otros seres humanos. Cuando queremos estar a solas juntos para tener una intimidad que es imposible en dos habitaciones con otras seis personas —le explicó en ruso—, nosotros decimos que queremos un momento de privacidad.

—Vaya. —Tatiana se ruborizó. Así que ésta era la palabra que había estado buscando desde que le había conocido—. No existe ninguna palabra equivalente en ruso.

—Lo sé.

—¿Hay una palabra para eso en Estados Unidos?

—Sí. Privacidad.

Tatiana permaneció en silencio. Alexandr se acercó un poco más y la rodeó con las piernas.

—Tania, ¿cuándo volveremos a tener un momento a solas? —La miró a los ojos.

—Ahora estamos solos.

—¿Cuándo volveré a besarte?

—Bésame ahora —susurró la muchacha, pero Alexandr no la besó.

—¿Sabes que quizá no será nunca? —señaló él con un tono grave—. Los alemanes están aquí. ¿Sabes lo que eso significa? Se ha acabado la vida tal como tú la conocías.

—¿Qué me dices del verano? —replicó ella con un tono muy significativo—. Nada ha vuelto a ser lo mismo desde el 22 de junio.

—No, no lo ha sido —asintió él, con el mismo tono—. Pero hasta el momento, sólo nos estábamos armando. Ahora es la guerra. Leningrado será el campo de batalla de tu libertad. Al final, ¿cuántos de nosotros quedaremos en pie? ¿Cuántos de nosotros seremos libres?

—¿Por eso has aprovechado todas las ocasiones para venir a casa, aunque significara tener que presentarte con Dimitri?

—Siempre tengo miedo de que sea la última vez que vea tu rostro —respondió Alexandr, con un largo suspiro.

—¿Por qué siempre lo traes contigo? —Tatiana se abrazó más fuerte a las rodillas—. ¿No puedes pedirle que me deje en paz? A mí no me hace caso. ¿Qué voy a hacer con él?

Alexandr no le contestó y Tatiana, ansiosa, buscó su mirada.

—Háblame de Dimitri, Shura —le rogó en voz baja—. ¿Qué le debes?

Alexandr buscó los cigarrillos.

—¿Soy yo lo que le debes?

—Tatiana, Dimitri sabe quién soy.

—Calla —exclamó la muchacha, con un hilo de voz.

—Si te lo digo, no te lo creerás —afirmó el teniente—. Una vez que te lo diga, no habrá vuelta atrás para nosotros.

—Ya no hay vuelta atrás ahora —señaló Tatiana. Le entraron ganas de rezar.

—No sé qué hacer con él.

—Yo te ayudaré —dijo ella, con el corazón asustado pero decidido—. Dímelo.

Alexandr se apartó hasta quedar con la espalda apoyada en la pared de la cúpula, y estiró las piernas. Tatiana continuó sentada contra la barandilla. Se daba cuenta de que él no quería estar demasiado cerca. Se quitó su único zapato y apoyó el pie descalzo contra una de las botas del oficial. Su pie medía la mitad del suyo.

—Cuando detuvieron a mi madre —comenzó Alexandr, sin mirar a Tatiana, temblando como si se enfrentara a una bestia salvaje—, el NKVD

también vino a por mí. Ni siquiera pude decirle adiós. Como te puedes imaginar, no me gusta hablar de mi madre. Me acusaron de distribuir propaganda capitalista cuando tenía catorce años, vivía en Moscú y asistía a las reuniones del Partido Comunista con mi padre. Así que cuando tenía diecisiete y vivía en Leningrado, me detuvieron y me llevaron directamente a Kresti, la ciudad prisión para los delincuentes no políticos. No tenían lugar para mí en Shpalerka, la Casa Grande, el centro de presos políticos. Me condenaron en un juicio sumario que duró tres horas. —Alexandr sonrió con desprecio—. Ni siquiera se tomaron la molestia de interrogarme. Creo que todos sus interrogadores estaban ocupados con detenidos más importantes. Me condenaron a diez años en Vladivostok. ¿Te imaginas lo que es eso?

—No —contestó Tatiana, con toda sinceridad.

—¿Sabes cuántos de nosotros acabamos finalmente en aquel tren con destino a Vladivostok? Un millar. Un hombre me dijo: «Acabo de salir, y ya me llevan otra vez». Me informó de que el campo de prisioneros al que íbamos encerraba a ochenta mil personas. ¡Ochenta mil, Tania! En un solo campo. Le respondí que no me lo creía. Acababa de cumplir los diecisiete. —Alexandr la miró—. Los mismos que tienes tú ahora. ¿Qué podía hacer? No podía pasarme diez años de mi juventud en la prisión, ¿verdad?

—No.

—Siempre había creído que estaba destinado a una vida mejor. Mis padres creían en mí, y yo creía en mí mismo. —Hizo una pausa—. La cárcel nunca entró en este esquema. Nunca robé, ni rompí los cristales de las ventanas, ni asusté a viejecitas indefensas. No había hecho nada malo y no iría a la prisión. Así que, cuando cruzábamos el Volga, cerca de Kazan, a unos treinta metros de altura, comprendí que si no saltaba acabaría en Vladivostok por lo que a mí me parecía para toda la vida. Tenía grandes esperanzas. Por lo tanto, salté de cabeza al río. —El teniente se rio—. Ni siquiera detuvieron el tren. Dieron por hecho que había muerto en la caída.

—No sabían con quién tenían que vérselas. —Tatiana ansiaba abrazarlo, pero él estaba muy lejos—. ¿Fue después del salto cuando descubriste que sabías nadar?

Sonrió y Alexandr le devolvió la sonrisa. Las suelas de sus botas tocaban la planta de su pie descalzo.

—Sabía nadar un poco.

—¿Llevabas algo encima?

—Nada.

—¿No llevabas documentos ni dinero?

—Nada. —A Tatiana le pareció que Alexandr quería referirse a otra cosa, pero continuó con la historia—. Era el verano de 1936. Después de escapar, me dirigí hacia el sur sin apartarme del Volga: en barcas de pesca, a pie, en carros. Hice de pescador, trabajé en granjas, pero sin dejar de moverme hacia el sur. De Kazan pasé a Ulianovsk, donde nació Lenin; una ciudad muy interesante, como un santuario. Después fui a Saratov, que está Volga abajo. Acabé en Krasnodar, cerca del mar Negro. Tenía la intención de atravesar Georgia y llegar a la frontera turca en algún punto de las montañas del Cáucaso.

—Pero no tenías dinero.

—Ni un rublo. Pero gané un poco a lo largo del viaje, y estaba seguro de que hablar inglés me ayudaría en cuanto pisara territorio turco. Sin embargo, en Krasnodar intervino el destino. —Miró a la muchacha—. Como siempre. Fue un invierno durísimo y la familia que me alojaba, los Belov...

—¿Los Belov? —exclamó Tatiana.

—Una muy agradable familia de agricultores. El padre, la madre, cuatro hijos y una hija. —Alexandr carraspeó—. Yo. Todos pillamos el tifus. ¡Todo el pueblo de Belyi Yar, trescientas sesenta personas, pilló el tifus! Murieron doscientos ochenta y ocho habitantes, incluidos los Belov. La primera fue la hija. Los funcionarios del ayuntamiento de Krasnodar, acompañados por la policía, vinieron y quemaron el pueblo, para prevenir que la epidemia se propagara a la ciudad. Quemaron mis prendas y todas mis pertenencias, y a mí me pusieron en cuarentena hasta que me muriera o curara. Me curé. El representante del *Soviet* local vino para hacerme documentos nuevos. Sin pensármelo dos veces, le dije que era Alexandr Belov. Habían quemado el pueblo hasta los cimientos... —Alexandr

enarcó las cejas—. Sólo en la Unión Soviética. La cuestión es que como habían quemado el pueblo, el hombre no podía saber si era verdad o mentira que fuera Alexandr Belov, el hijo menor de la familia. Por lo tanto, me dieron un pasaporte interno flamante y una nueva identidad. A partir de aquel momento me transformé en Alexandr Nikolaevich Belov, nacido en Krasnodar, huérfano a los diecisiete años. —Miró a lo lejos.

—¿Cuál era tu nombre completo norteamericano? —preguntó Tatiana, con voz débil.

—Anthony Alexander Barrington...

—¡Anthony! —exclamó ella.

Alexandr sacudió la cabeza.

—Anthony por mi abuelo materno. Yo siempre fui Alexandr. —Sacó un cigarrillo del paquete—. ¿Te importa?

—Por supuesto que no.

—Regresé a Leningrado y me alojé con los parientes de los Belov. Necesitaba regresar a Leningrado. —Alexandr vaciló—. Te lo explicaré dentro de un minuto. Me alojé con mi «tía», Mira Belov, y su familia. Vivían en la zona de Viborg. Hacía diez años que no veía a sus sobrinos; era perfecto. Para ellos era un desconocido. —Sonrió—. Pero me dejaron quedarme. Acabé la escuela. Fue precisamente en la escuela donde conocí a Dimitri.

—Alexandr, me resulta increíble que vivieras tantas aventuras siendo tan joven.

—Todavía no he terminado. Dimitri era uno de los chicos con los que jugaba en la escuela. Era un adolescente larguirucho, bastante soso y nada popular. Cuando jugábamos a la guerra en los recreos, siempre acababa prisionero. Dimitri «Prisionero de Guerra» Chernenko, le llamábamos. Decíamos que sólo por él la Unión Soviética tendría que haber firmado la convención de Ginebra de 1929, porque siempre acababa herido, muerto o prisionero, cada vez que jugábamos. Siempre se las arreglaba para acabar prisionero sin ayuda de nadie.

—Por favor, continúa.

—Entonces descubrí que su padre era uno de los carceleros de Shpalerka. —Alexandr calló.

Tatiana dejó de respirar.

—¿Tus padres todavía vivían en ese momento?

—No lo sabía. Así que decidí hacerme amigo de Dimitri. Confiaba en que él pudiera ayudarme a ver a mis padres. Estaba seguro de que si aún vivían, estarían preocupadísimos por mi suerte. Quería hacerles saber que me encontraba bien. —Hizo una pausa—. Sobre todo a mi madre —añadió, con una voz forzada—. En un tiempo habíamos estado muy unidos.

—¿Y con tu padre? —Tatiana estaba a punto de echarse a llorar.

—Él era mi padre. —El teniente se encogió de hombros—. Habíamos tenido algunas discusiones en los últimos años. ¿Qué puedo decir? Creía saberlo todo. Él también. Así nos fue.

Tatiana lo miró, traspuesta.

—Shura, tuvieron que quererte mucho.

—Sí. —Alexandr encendió un cigarrillo y le dio una chupada muy larga—. Una vez me quisieron.

A Tatiana se le partía el corazón.

—Poco a poco, me fui ganando la confianza de Dimitri, y nos hicimos muy amigos. A Dima le gustaba que lo hubiera elegido entre todos los chicos para ser mi amigo íntimo.

—Oh, Shura. —Tatiana lo comprendió todo. Se arrastró hasta él y lo abrazó—. Tuviste que confiar en Dimitri.

Alexandr le pasó una mano por la espalda, mientras que en la otra sostenía el cigarrillo.

—Sí, tuve que decirle quién era. No tenía otra opción que confiar en él. Dejaba morir a mis padres o confiaba en Dimitri.

—Confiaste en Dimitri —repitió Tatiana, incrédula. Lo soltó para sentarse a su lado.

—Sí. —Alexandr se miró las manos, como si pretendiera encontrar en ellas la respuesta a su vida—. No quería confiar en él. Mi padre, como buen comunista que era, me enseñó a no confiar nunca en nadie, y aunque

no era fácil, aprendí bien la lección. Pero era una manera muy dura de vivir, y por lo menos quería confiar en una persona. Sólo una. Necesitaba la ayuda de Dimitri. Además, era su amigo. Me dije a mí mismo que si él me hacía ese favor y conseguía ver a mis padres, sería su amigo para toda la vida. Eso fue exactamente lo que le dije. Dima, seré tu amigo para toda la vida. Te ayudaré en todo lo que pueda. —Alexandr encendió otro cigarrillo.

Tatiana esperó mientras el dolor y la angustia crecían en su pecho.

—El padre de Dimitri, Viktor Chernenko, averiguó que ya era demasiado tarde para ver a mi madre. —La voz de Alexandr se quebró por un momento—. Me contó lo que le había pasado. Pero mi padre seguía vivo, aunque al parecer no por mucho tiempo. Llevaba en la cárcel casi un año. Chernenko nos llevó a Dimitri y a mí a Shpalerka.

Nos concedieron cinco minutos con el agitador extranjero, Harold Barrington. Mi padre, yo, Dimitri, Viktor Chernenko y otro guardia. Nada de privacidad para mi padre y yo.

—¿Cómo fue? —Tatiana cogió a Alexandr de la mano.

El teniente miró a lo lejos.

—Ya te lo puedes imaginar —respondió con un tono neutro—, y espantosamente breve.

En la pequeña celda de cemento, Alexandr miró a su padre, y Harold Barrington miró a Alexandr. Harold no se movió del camastro.

Dimitri ocupaba el centro de la celda, con Alexandr a su lado. El guardia y el padre de Dimitri se encontraban detrás de los muchachos. Una bombilla colgaba del techo.

—Sólo estaremos aquí un minuto, camarada —le dijo Dimitri a Harold en ruso—. ¿Lo ha entendido? Sólo un minuto.

—De acuerdo —respondió Harold en el mismo idioma, mientras hacía lo imposible por contener las lágrimas—. Muchas gracias por venir a verme. Me alegra ver a dos muchachos soviéticos. ¿Cómo te llamas, hijo? —le preguntó a Dimitri.

—Dimitri Chernenko.

—¿Y tú, hijo? —Harold miró a Alexandr. Temblaba como una hoja.

—Alexandr Belov.

Harold asintió.

—Ya está bien. Basta de mirar al prisionero. Vámonos —intervino el guardia.

—¡Espera! —dijo Dimitri—. Sólo queremos que el camarada sepa que a pesar de sus crímenes contra nuestra sociedad proletaria, no será olvidado.

Alexandr permaneció en silencio, sin apartar la mirada de su padre.

—Será precisamente por sus crímenes contra nuestra sociedad por lo que no será olvidado —afirmó el guardia.

Harold, que se mordía el labio inferior, miró a Dimitri y a Alexandr, que le daba la espalda al guardia y estaba de cara a su padre.

—Popov, ¿puedo estrecharles las manos? —le preguntó Harold al guardia.

El hombre se encogió de hombros y se adelantó.

—Tendré que vigilarte. Hazlo deprisa.

—Nunca he escuchado a nadie hablar en inglés, camarada Barrington. ¿Podrías decirnos algo en inglés?

Harold se acercó a Dimitri y le estrechó la mano.

—Muchas gracias —dijo en inglés.

Luego se acercó a Alexandr y le cogió de la mano con un apretón muy fuerte. El muchacho apenas si movió la cabeza, en un intento por avisar a su padre de que no perdiera la calma.

—No moriría yo por ti, Absalón, hijo mío, hijo mío.

Los labios de Alexandr se movieron para decir: «Calla».

Harold soltó la mano del muchacho y retrocedió un paso. Intentó no llorar, pero no lo consiguió.

—Te diré algo en inglés a ti también. Unas pocas líneas mal citadas de Kipling.

—Se acabó —exclamó el guardia—. No tengo tiempo...

—«Si puedes soportar oír la verdad que has dicho —*recitó Harold con voz alta y emocionada*—, desfigurada por los bribones para convertirla en un engañabobos... —*Las lágrimas rodaron por las mejillas del hombre*—. O ver rotas las cosas por las que has dado la vida... —*Su voz se convirtió en un susurro*—. ¡Hijo! Agáchate y reconstrúyelas con las herramientas gastadas». —*Harold retrocedió un poco más y bendijo a Alexandr con la señal de la cruz.*

—*¡Vámonos!* —*chilló el guardia.*

Alexandr movió los labios para decirle a Harold en inglés: «Te quiero, papá».

Después, se marcharon.

Tatiana lloraba a lágrima viva. Alexandr la estrechó contra su cuerpo.

—Oh, Tania. —Le enjugó las lágrimas—. Como consecuencia del esfuerzo que hice para mantener la compostura, me rompí un diente. ¿Lo ves? —Se lo enseñó—. Ahora ya puedes dejar de preguntarme cuándo me lo rompí. Así que conseguí ver a mi padre antes de que lo mataran y jamás hubiese podido hacerlo sin Dimitri. —Exhaló un suspiro y apartó el brazo.

—Alexandr —dijo Tatiana, agachándose a su lado—. Hiciste algo increíble por tu padre. —Le temblaron los labios—. Le reconfortaste antes de morir. —Con mucha vergüenza, pero abrumada por la emoción, con el corazón lleno de amor, cogió la mano del hombre, agachó la cabeza y se la besó. Después, con el rostro rojo como la grana, le soltó la mano y lo miró a los ojos.

—Tania, ¿quién eres? —le preguntó Alexandr con voz emocionada.

—Soy Tatiana —respondió ella, y le dio la mano.

Permanecieron en silencio durante unos momentos.

—Hay más —anunció el teniente.

—Ya sé el resto.

Tatiana cogió el paquete de cigarrillos de Alexandr y sacó uno.

Sólo había necesitado conocer una pequeña parte de la verdad para saber el resto. Lo adivinó en cuanto él dijo que le había dado a Dimitri

algo que no había tenido nunca. No se trataba de amistad, compañerismo, o siquiera de hermandad. Le temblaban las manos mientras ponía el cigarrillo entre los labios del hombre. Luego buscó el mechero, le encendió el cigarrillo, y mientras él le daba una chupada, ella le besó en la mejilla y apagó el mechero.

—Gracias. —Alexandr se fumó la mitad del cigarrillo antes de continuar. La besó—. ¿No te molesta el aliento del fumador?

—Aceptaré tu aliento de cualquier manera que quieras dármelo, Shura. —Se ruborizó una vez más—. Deja que yo te cuente el resto. Tú y Dimitri ingresasteis en la universidad. Tú y Dimitri os enrolasteis en el ejército. Tú y Dimitri fuisteis juntos a la escuela de oficiales. Dimitri no lo consiguió. —Tatiana agachó la cabeza—. Al principio, él lo aceptó. Seguisteis siendo buenos amigos. Sabía que tú harías lo que hiciera falta por él. —Hizo una pausa—. Y entonces —añadió Tatiana, con la mirada puesta en Alexandr—, comenzó a pedir.

—Veo que lo sabes todo.

—¿Qué te pidió, Shura?

—Dímelo tú.

No se miraron.

—Te pidió que lo trasladaran aquí, que le buscaras acomodos, te pidió privilegios y un trato especial.

—Sí.

—¿Algo más?

Alexandr permaneció mudo durante unos minutos. Pasó tanto tiempo que Tatiana creyó que había olvidado la pregunta. Esperó con paciencia. Finalmente, el teniente le respondió, con un tono particular.

—Muy de cuando en cuando, alguna chica. Cualquiera hubiese dicho que había para todos, pero de vez en cuando, yo estaba con alguna chica que a Dimitri le interesaba. Me lo decía, y yo le dejaba el campo libre. Me buscaba otra y las cosas seguían como antes.

Tatiana miró a lo lejos con sus ojos verde claro.

—Alexandr, dime una cosa. Cuando Dimitri te pedía una chica, sólo te pedía aquella que a ti te gustaba, ¿no es así?

—¿A qué te refieres?

—No quería cualquiera de tus chicas. Te pedía aquellas que él veía que te gustaban. Entonces te las pedía. ¿Me equivoco?

—Creo que no —contestó el teniente, pensativo.

—Por lo tanto, cuando se interesó por mí, tú te apartaste —señaló Tatiana lentamente.

—Te equivocas. Lo que hice fue poner mi mejor cara de indiferencia, con la esperanza de convencerlo de que tú no me importabas, y conseguir que te dejara en paz. Desgraciadamente, no dio resultado.

Tatiana asintió, después sacudió la cabeza y por último se echó a llorar.

—No eres muy hábil con tus expresiones faciales, Shura. No me dejará tranquila.

—Por favor. —Alexandr la abrazó—. Te avisé de que esto sería un embrollo. Ahora podría irme a Japón, que a él le daría lo mismo. Dimitri se ha enamorado de ti y te quiere para él.

Tatiana observó a Alexandr durante unos momentos y después se apretó contra su cuerpo.

—Shura —dijo en voz baja—. Te diré una cosa ahora mismo, ¿de acuerdo? ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—No contengas el aliento de esa manera. —Esbozó una sonrisa—. ¿Qué crees que te voy a decir?

—No lo sé. Hoy no tengo el día para las adivinanzas. ¿Quizá tienes un hijo que vive con una tía lejana?

Tatiana celebró la salida con una risita.

—No. ¿Estás preparado?

—Sí.

—Dimitri no está enamorado de mí.

Alexandr se apartó y ella meneó la cabeza.

—No, en absoluto. Ni siquiera remotamente. Créeme lo que te digo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué quiere contigo? No me dirás...

—No le intereso. Lo único que Dimitri quiere, y escúchame atentamente, lo único que busca, lo que desea, lo que ansía es poder. Es la única cosa importante para él. Ése es el amor de su vida. El poder.

—¿Poder sobre ti?

—¡No, Alexandr! Poder sobre ti. Yo sólo soy un medio para conseguir un fin. Dimitri no tiene ningún poder —añadió ella, sin hacer caso de la expresión escéptica de Alexandr—. Tú lo tienes todo. Lo único que tiene él es tu juramento de lealtad. Ésa es toda su vida. —Tatiana volvió a sacudir la cabeza—. Pobre, qué triste.

—¿Qué triste? —exclamó Alexandr—. ¿De qué lado estás?

—Shura, mírate, y míralo a él —respondió Tatiana, después de pensar un momento—. Dimitri te necesita, tú lo alimentas, le das cobijo y lo proteges. Si tú eres fuerte, él también lo es. Lo sabe y depende de ti ciegamente por todas las cosas que tú le das sin rechistar. Sin embargo, cuanto más tienes tú, más te odia. La supervivencia puede ser la fuerza que lo anima, pero, de todas maneras, cada vez que tú consigues un ascenso, subes en el escalafón, obtienes otra medalla, conquistas a otra chica, cada vez que te ríes feliz en el pasillo lleno de humo, se mortifica y siente minusvalorado. Por eso cuanto más poder tienes, más quiere de ti.

—Acabará por llegar un día —replicó Alexandr, con una mirada a la muchacha— que pedirá algo que no le pueda dar. ¿Qué pasará entonces?

—Robarte lo mejor que tienes acabará por conducirlo al infierno.

—Sí, y a mí a la muerte. —Alexandr sacudió la cabeza—. Por debajo de sus súplicas y peticiones está siempre la amenaza latente de que una sola palabra suya sobre mi pasado norteamericano al general del NKVD en el cuartel, la más mínima insinuación, conseguirá que desaparezca para siempre en las fauces de la justicia soviética.

—Lo sé —afirmó Tatiana, con voz triste—. Pero quizá si tiene más, no querrá tanto.

—Te equivocas, Tatiana. Tengo el presentimiento de que Dimitri querrá cada vez más, hasta quedárselo todo.

—Ahora eres tú quien se equivoca, Shura. Dimitri nunca te lo quitará todo. Nunca tendrá tanto poder. —«Quizá lo quiera todo —pensó Tatiana

—. Pero no sabe con quién está tratando». Miró a Alexandr con una mirada de veneración—. Además, todos sabemos lo que le pasa al parásito cuando algo le pasa al anfitrión —susurró.

—Sí, que se busca uno nuevo. Permíteme que te pregunte una cosa. ¿Qué crees que Dimitri quiere más de mí?

—Aquello que tú más quieras.

—Pero Tania —replicó Alexandr, emocionado—, lo que más quiero eres tú.

Tatiana lo miró directamente a los ojos.

—Sí, Shura, y él lo sabe. Como te dije al principio, Dimitri no está enamorado de mí. Lo único que desea es hacerte daño.

Alexandr permaneció en silencio por lo que pareció una eternidad bajo el cielo de agosto. Tatiana se encargó de romperlo.

—¿Dónde está tu rostro bravo e indiferente? Adopta esa expresión y él volverá a pedirte aquello que tú más querías antes de conocerme.

El teniente no respondió. Parecía haberse convertido en una estatua.

«Antes de conocerme». ¿Por qué no le respondía?

—¿Shura?

—Tania, basta. No puedo seguir con esta conversación.

A Tatiana le comenzaron a temblar las manos de una forma incontrolada.

—Todo esto, todo esto que hay entre nosotros, y con Dasha también, ahora y para siempre, y sin embargo tú vienes a mí cada vez que puedes.

—Te lo dije. No puedo estar lejos de ti.

Tatiana hizo una mueca al sentir la punzada de la tristeza.

—Dios, tenemos que olvidarnos el uno del otro, Shura. No puedo creer que haya nadie menos destinado a estar juntos que nosotros.

—No me digas... —Alexandr sonrió—. Apostaría mi fusil a que el hecho de que tú acabaras sentada en aquel banco hace dos meses fue la cosa más improbable de tu día.

Alexandr tenía razón; al menos, en gran parte. Tatiana recordaba el autobús al que había decidido no subir para ir a comprarse un helado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque que me acercara a aquel banco fue la parte menos probable del mío. Todo esto que se entromete entre nosotros, y cuando hacemos todo lo posible, apretamos los dientes, nos alejamos el uno del otro, y luchamos por reconstruir nuestras vidas, el destino interviene de nuevo, y caen ladrillos del cielo que yo aparto para rescatarte con vida. ¿Crees que eso no estaba en nuestro destino?

Tatiana ahogó un sollozo.

—Tienes razón —murmuró—. No podemos olvidar que te debo la vida. —Lo miró—. No podemos olvidar que soy tuya.

—Me gusta cómo suena. —Alexandr la abrazó con fuerza.

—Retírate, Shura —susurró Tatiana—. Retírate y llévate tus armas contigo. Sálvame de él. —Hizo una pausa—. Sólo tiene que creer que no te importo y entonces perderá todo interés. Ya lo verás. Se marchará, se irá al frente. Todos tendremos que pasar esta guerra antes de llegar a lo que está al otro lado. ¿Lo harás?

—Lo haré lo mejor posible.

—¿Vas a dejar de venir a casa? —preguntó Tatiana con voz temblorosa.

—No. No puedo apartarme tanto. Sólo límitate a no acercarte a mí.

—De acuerdo. —Se aferró a él, con el corazón en un puño.

—Y perdóname por adelantado por la indiferencia. ¿Puedo confiar en que lo harás?

Tatiana asintió. Frotó la mejilla contra el brazo del teniente.

—Confía en mí —susurró—. Confía en mí, Alexandr Barrington. Nunca te traicionaré.

—Pero ¿me negarás? —le preguntó él cariñosamente.

—Sólo en presencia de mi Dasha y de tu Dimitri.

Alexandr la obligó a levantar la cabeza y con una sonrisa irónica le dijo:

—¿No te alegras ahora de que Dios nos contuviera en el hospital?

—No. —Tatiana esbozó una sonrisa, acurrucada en sus brazos. Se miraron el uno al otro. Ella levantó una mano. Alexandr apoyó la palma de

su mano contra la suya—. Mira —murmuró la muchacha—. Las puntas de mis dedos apenas si te cubren las falanges.

—Ya lo veo —susurró el teniente.

Entrelazó sus dedos con los de ella y le apretó la mano con tanta fuerza que Tatiana soltó un gemido y después se ruborizó.

Alexandr la besó en la nariz.

—¿Te he dicho alguna vez que adoro tus pecas? Son preciosas.

Tatiana ronroneó como una gata satisfecha. Se besaron con los dedos entrelazados.

—Tatiasha —musitó Alexandr—. Tienes unos labios divinos. —Hizo una pausa y se apartó un poco—. Eres... —Ella abrió los ojos a regañadientes para responder a su mirada—. Te olvidas tanto de ti misma... Es una de tus cualidades más encantadoras y también la más irritante.

—No sé a qué te refieres. —A Tatiana ya no le quedaba cerebro—, Shura, ¿cómo puede ser que no haya ni un solo lugar en este mundo al que podamos ir? —Se le quebró la voz—. ¿Qué clase de vida es ésta?

—La vida comunista —replicó Alexandr.

Se acurrucaron un poco más.

—Eres un loco —opinó ella cariñosamente—. ¿Cómo se te ocurrió discutir en la Kirov, cuando sabías que todo estaba contra nosotros?

—Me resistía a mi destino. Es la única cosa que siempre hago. Sencillamente me niego a ser derrotado.

Tatiana quería decirle: «Te quiero, Alexandr», pero no podía. «Te quiero». Agachó la cabeza.

—Tengo un corazón muy joven —susurró.

—Tatia, tienes un corazón muy joven. —La apartó un poco para besarla entre los pechos—. Deseé con toda la fuerza del mío no verme forzado a pasarlo de largo.

De pronto, el teniente se apartó y se puso de pie rápidamente. Tatiana oyó un ruido detrás de ellos, en la cúpula. El sargento Petrenko asomó la cabeza al balcón, para avisar de que era la hora del cambio de guardia.

Alexandr se cargó a Tatiana a la espalda y la bajó por las escaleras. Luego, tomados del brazo, caminaron de regreso a Quinto Soviet. Eran más de las dos de la madrugada. Tenían que levantarse a las seis, pero allí estaban ambos, abrazados en las últimas horas de la noche. Él la llevó en brazos por Nevski Prospekt. Tatiana le llevaba el fusil. Alexandr la llevó cargada a la espalda.

No había nadie más en las calles mientras cruzaban Leningrado a oscuras.

7

A última hora del día siguiente, cuando Tatiana regresó del trabajo, se encontró a su madre llorando en la habitación y a Dasha sentada en el pasillo, llorando a lágrima viva, con una taza de té en la mano. Los Metanov acababan de recibir un telegrama del hacía tiempo desaparecido comando de Novgorod, donde se les informaba que el 13 de julio de 1941, el tren donde viajaban Pavel Metanov y otros varios centenares de jóvenes voluntarios había sido bombardeado por los alemanes. No se habían encontrado supervivientes.

«Una semana antes de que saliera a buscarlo —pensó Tatiana, mientras se paseaba por la habitación, atontada—. ¿Qué hice el día que volaron el tren de mi hermano? ¿Trabajé, viajé en tranvía? ¿Pensé en algún momento en mi hermano? He pensado en él desde entonces. Me di cuenta de que no estaba aquí. Querido Pasha, te perdimos y ni siquiera nos enteramos. Es la pérdida más triste de todas, seguir como si nada durante unas semanas, unos días, una noche, un minuto, y creer que todo está bien, cuando la estructura sobre la que has construido tu vida se ha derrumbado. Tendríamos que haberte llorado, pero en cambio hicimos planes, fuimos a trabajar, soñamos, amamos, sin saber que tú ya eras pasado.

»¿Cómo es que no lo supimos?

¿No hubo una señal? ¿Tu renuencia a marchar? ¿La lentitud en hacer la maleta? ¿El no saber de ti?

Algo que podamos señalar; así la próxima vez podremos decir: espera, aquí está la señal. La próxima vez lo sabremos. Y comenzaremos a llorar desde el principio.

¿Podríamos haberte retenido con nosotros un poco más? ¿Podríamos habernos aferrado todos a ti, abrazarte, jugar una vez más en el parque para retrasar el destino inexorable por unos pocos días, por unos pocos domingos, por unas pocas tardes más? ¿Hubiera valido la pena, tenerte por un mes más antes de que te reclamaran, antes de que te perdiéramos? ¿A sabiendas de un inevitable futuro, hubiera valido la pena ver tu rostro un día, una hora, un minuto más, antes de que desaparecieras en un abrir y cerrar de ojos?

»Sí. Hubiera valido la pena. Por ti, y por nosotros».

Su padre estaba tendido en el sofá, borracho como una cuba. Su madre limpiaba el vómito, mientras sus lágrimas caían en el cubo de agua. Tatiana se ofreció a limpiarlo. Ella la apartó de mala manera. Dasha se encontraba en la cocina y lloraba mientras preparaba la cena. Tatiana tuvo una sensación muy intensa de que se había acabado todo, una aguda ansiedad por los días que vendrían. Cualquier cosa podía suceder en un futuro forjado por el incomprensible presente en el que su hermano mellizo ya no vivía.

Mientras ayudaba a su hermana a preparar la cena, Tatiana le comentó:

—Dasha, hace un mes me preguntaste si creía que Pasha estaba vivo y yo te respondí...

—Como si yo prestara atención a lo que dices, Tania —la interrumpió Dasha.

—¿Por qué me lo preguntaste? —insistió Tatiana, sorprendida.

—Creí que me ofrecerías algún consuelo. Escucha, no quiero hablar de esto. Quizá tú no estés dolida, pero los demás sí lo estamos.

Cuando Alexandr se presentó a cenar, miró a Tatiana con una expresión de curiosidad y ella le habló del telegrama.

Nadie comió la col con un poco de jamón que Dasha había preparado, excepto Alexandr y Tatiana, quien, a pesar de mantener una muy remota esperanza, se había hecho a la idea de la pérdida de Pasha desde Luga.

El padre continuó tendido en el sofá, y la madre, sentada a su lado, escuchaba la radio.

Dasha fue a preparar el té. Alexandr y Tatiana se quedaron solos. Él no dijo nada; sólo inclinó la cabeza un poco y la miró a la cara. Durante unos momentos sus miradas se cruzaron.

—Valor, Alexandr —susurró la muchacha.

—Valor, Tatiana.

Ella salió del piso y subió a la azotea, atenta a la caída de las bombas en la helada noche de Leningrado. Se había acabado el verano. No faltaba mucho para el invierno.

Segunda parte

EL FERROZ ABRAZO DEL INVIERNO

EL ASEDIO

1

¿Qué le costaba al alma mentir? ¿En cada paso, con cada respiro, con cada informativo de la Agencia de Información Soviética, con cada lista de bajas y con cada cartilla de racionamiento?

Tatiana mentía desde que se levantaba hasta que se dormía.

Deseaba que Alexandr no viniera más a la casa. Mentira.

Deseaba que rompiera con Dasha. Otra mentira.

No más visitas a San Isaac. Ésa era una buena noticia. Mentira.

No más viajes en tranvía, ni más canales, ni Jardín de Verano, no más Luga, no más labios, ni ojos, ni jadeos. Bien. Bien. Bien. Más mentiras.

Él se mostraba impertérrito. Tenía la extraordinaria habilidad de actuar como si no pasara nada detrás de su rostro sonriente, de sus manos firmes con la colilla del cigarrillo. Ni el más mínimo gesto ante Tatiana. Eso era bueno. Mentira.

Se había impuesto el toque de queda en Leningrado a principios de septiembre. Volvieron a reducir las raciones. Alexandr dejó de venir todos los días. Eso era bueno. Mentira.

Alexandr, cuando venía, se mostraba extremadamente afectuoso con Dasha, delante de Tatiana y Dimitri. Eso era bueno. Mentira.

Tatiana ponía valerosamente su mejor cara, se daba la vuelta y le sonreía a Dimitri con el corazón en un puño. Ella también podía hacerlo. Mentira.

Servir el té. Un asunto tan sencillo, y sin embargo envuelto en engaños. Servirle el té a algún otro antes que a él. Las manos le temblaban por el esfuerzo.

Tatiana deseaba librarse del hechizo que era Leningrado a principios de septiembre, escapar del cerco de miseria y amor que la rodeaba.

Amaba a Alexandr. Ah, finalmente, una verdad a la que aferrarse.



Después de la noticia de la muerte de Pasha, su padre sólo trabajaba de vez en cuando, porque la mayoría de las veces estaba borracho. Que se quedara en casa era una molestia porque le impedía cocinar, limpiar, estar en las habitaciones, leer. Más mentiras. No era una molestia. Era lo que hacía que todo fuera desagradable. Sentarse en la azotea era casi lo único que le quedaba a Tatiana para disfrutar de un poco de paz, e, incluso entonces, era una paz relativa. No había paz en su interior.

Mientras estaba en la azotea, cerraba los ojos y se imaginaba que caminaba, sin yeso, sin cojear, con Alexandr. Caminaban por Nevski hasta la plaza del Palacio, seguían por la orilla del río, alrededor del Campo de Marte. Cruzaban el puente Fontanka, atravesaban el Jardín de Verano para salir otra vez a la orilla del río, y luego por Smolni, el parque de Táuride, hasta Ulitsa Saltikov-Schedrin, pasaban frente a su banco, y de allí a Suvorovski, para regresar a casa. Y mientras caminaba con él, era como si estuviera caminando durante el resto de su vida.

En su imaginación habían caminado por las calles de su verano mientras permanecía sentada en la azotea y escuchaba el eco de los disparos y las explosiones. Era un pequeño consuelo saber que las balas y las bombas no estaban tan cerca como en Luga. Alexandr tampoco estaba tan cerca como en Luga.

Las visitas de Alexandr se fueron reduciendo lo mismo que las raciones. Él se racionaba de la misma manera que el ayuntamiento de Leningrado racionaba la comida. Tatiana lo echaba de menos, rogaba para tener un segundo, un instante a solas con él, sólo para recordarse a ella misma que el verano de 1941 no había sido una ilusión, que era verdad que ella había caminado a lo largo del canal, cargada con el fusil del teniente, mientras él la miraba y se reía.

Ahora había muy pocos motivos de risa.

—Los alemanes todavía no están aquí, ¿verdad, Alexandr? —preguntó Dasha mientras tomaban el té, el maldito té—. Cuando lleguen, ¿rechazaremos a von Leeb?

—Sí —respondió Alexandr.

Tatiana lo sabía. Otra mentira.

Tatiana miró con expresión severa cómo Dasha le hacía arrumacos a Alexandr. Luego desvió la mirada y le dijo a Dimitri:

—Eh, ¿quieres que te cuente un chiste?

—¿Qué, Tania? No, la verdad es que no. Lo siento, estoy un poco preocupado.

—De acuerdo. No pasa nada. —Espió la sonrisa de Alexandr. Mentiras, mentiras y más mentiras.

Todo lo que hacía Alexandr no era suficiente. Dimitri no la dejaba en paz.

Mientras tanto, Tatiana no tenía ninguna noticia de Marina. Su prima no había respondido a la invitación de alojarse en su casa. En el hospital, Vera y todas las enfermeras estaban muy preocupadas por la guerra. Tatiana también se preocupaba: la guerra ya no era algo que se libraba en las orillas del Luga, que había engullido a Pasha, que libraban los ucranianos en los pueblos incendiados, o los británicos en la lejana Londres. Estaba llegando allí.

«Tampoco está tan mal que llegue aquí —se dijo Tatiana—, porque no puedo seguir viviendo de esta manera».

La ciudad parecía contener su aliento colectivo. Tatiana, desde luego, contenía el suyo.



Durante cuatro noches seguidas, Tatiana preparó col para la cena cada vez con menos aceite.

—¿Qué demonios nos preparas para cenar, Tania? —preguntó su madre.

—¿Llamas a esto cocinar? —protestó el padre.

—Ni siquiera puedo mojar el pan en el aceite. ¿Dónde está el aceite?

—No encontré aceite —respondió Tatiana.

Las noticias que transmitía la radio no podían ser más deprimentes. Tatiana estaba convencida de que los locutores esperaban con toda intención que el comportamiento de las tropas soviéticas fuera realmente deplorable para comenzar a transmitir. Después de la caída de Mga a finales de agosto, Tatiana se enteró de que los alemanes atacaban Dubrovka: su abuela materna, *babushka* Maia, vivía en Dubrovka, un pueblo al otro lado del río, muy cerca de los límites de la ciudad.

Dubrovka cayó el 6 de septiembre.

Entonces, como caída del cielo, Tatiana recibió una buena noticia, y las buenas noticias eran tan escasas como el aceite. ¡*Babushka* Maia vendría a vivir con ella en Quinto Soviet! Lamentablemente, Mijail, el padrastro de su madre había muerto de tuberculosis unos pocos días antes, y cuando los alemanes incendiaron Dubrovka, la abuela Maia había escapado a la ciudad.

Babushka ocupó una habitación; los padres volvieron a la suya, así como Dasha y Tatiana. Se acabó el: «Por favor, Tania, vete».

Babushka Maia había vivido toda su larga vida en Leningrado y dijo que nunca se le había pasado por la cabeza la idea de irse. «Mi vida, mi muerte, todo está aquí», le comentó a Tatiana, mientras deshacía la maleta.

Se había casado con su primer marido a principios de siglo, y había tenido a la madre de Tatiana. Cuando su marido desapareció en la guerra de 1905, no volvió a casarse, aunque vivió con el tío Mijail, que estaba tuberculoso, durante treinta años. Tatiana le había preguntado en una ocasión a su abuela por qué no se había casado con el tío Mijail, y ella le había respondido: «¿Qué pasaría si regresara mi Fedor, Tanechka? Me vería metida en un buen embrollo». *Babushka* pintaba y estudiaba arte; había expuesto sus cuadros en diversas galerías antes de la revolución, pero después de 1917 se había ganado la vida con ilustraciones para los folletos propagandísticos de los bolcheviques. Las veces que Tatiana la

había ido a visitar a su casa en Dubrovka, había visto sus cuadernos de dibujo llenos de bosquejos de sillas, frutos y flores.

Babushka le comentó a su nieta que no había tenido tiempo de rescatar nada de su casa antes de que la incendiaran.

—No te preocupes, Tanechka. Te dibujaré una silla muy bonita.

—¿Quizá podrías dibujarme una deliciosa tarta de manzana? Ahora es el tiempo de las manzanas.

El 7 de septiembre se presentó Marina, minutos antes de la cena. El padre de la muchacha había muerto en los combates alrededor de la Izhorsk: había muerto como auxiliar artillero en uno de los tanques que él mismo había construido. Los Metanov querían muchísimo al tío Boris, y su muerte hubiese sido una noticia trágica para todos ellos, de no haber sido porque la familia continuaba viviendo la pesadilla de la desaparición de Pasha.

La madre de Marina continuaba hospitalizada; agonizaba, víctima de una enfermedad renal que no tenía nada que ver con la guerra. Tatiana se sorprendió de su propia ingenuidad. ¿Cómo podía haber algo ahora que no estuviese relacionado con la guerra? Primero el tío Misha, ahora la tía Rita. Había algo profundamente injusto en todo aquello: que las personas murieran por causas no relacionadas con las trincheras que había cavado Alexandr.

El padre miró la maleta de Marina. La madre miró la maleta de Marina. Dasha miró la maleta de Marina.

—Marinka, te ayudaré a deshacer la maleta —dijo Tatiana.

El padre preguntó si se quedaría un tiempo.

—Eso creo —respondió Tatiana.

—¿Eso crees?

—Papá, su padre está muerto y tu hermana agoniza. Puede quedarse un tiempo con nosotros, ¿no?

—Tania, ¿no le has dicho al tío Georg que me habías invitado? —intervino Marina—. No te preocupes, tío Georg, he traído la cartilla de racionamiento.

El padre miró furioso a Tatiana. La madre miró furiosa a Tatiana. Dasha miró furiosa a Tatiana.

—Ven, Marina, te ayudaré a instalarte —dijo Tatiana.

Aquella noche tuvieron un pequeño problema con la cena. Las chicas habían dejado la comida preparada en la cocina y, al volver, se encontraron con que las patatas fritas, las cebollas y un tomate fresco habían desaparecido. La sartén estaba vacía y sucia. Sólo quedaban pegados en el fondo unos trocitos de patata y unas gotas de aceite. Dasha y Tatiana, asombradas, miraron en todos los rincones. Incluso volvieron al comedor, ante la posibilidad de que hubieran servido la cena y no lo recordaran.

Las patatas habían desaparecido.

Dasha, porque era su manera de ser, se llevó a Tatiana con ella y llamó a todas las puertas del piso, para preguntar qué había pasado con las patatas. Zhanna Sarkova les abrió la puerta, con un aspecto tan macilento y desaseado, que parecía una imitación del pobre Slavin que estaba loco.

—¿Todo va bien? —le preguntó Tatiana.

—¡Fantástico! —gritó Zhanna—. Vienes a preguntar por tus patatas, y mientras tanto mi marido ha desaparecido. No lo habrás visto en Gresheski, ¿verdad?

Tatiana sacudió la cabeza.

—Quizá lo hirieron en alguna parte.

—¿Herido dónde? —Tatiana intentaba ser amable.

—¿Cómo voy a saberlo? Por cierto, no he visto tus condenadas patatas. Les cerró la puerta en las narices.

Slavin estaba tendido en el pasillo; hablaba solo como de costumbre. Su pequeña habitación apestaba a todo menos a patatas fritas.

—¿Cómo hará para conseguir comida? —preguntó Tatiana mientras pasaban junto al pobre hombre.

—No es nuestro problema —respondió Dasha.

Los Iglenko ni siquiera estaban en casa. Después de perder a Volodia, que viajaba en el mismo tren que Pasha, Petr Iglenko se pasaba día y noche en la fábrica donde fundían chatarra para fabricar balas. Acababan

de recibir otra mala noticia. Petka, el hijo mayor, había muerto en Pulkovo. Ahora sólo le quedaban los dos hijos pequeños: Antón y Kirill.

—Pobre Nina —se lamentó Tatiana mientras regresaban a sus habitaciones.

—¡Pobre Nina! —exclamó Dasha—. ¿De qué demonios hablas Tania? Todavía le quedan dos hijos. ¡Tendrías que decir Nina la afortunada!

Llegaron a la puerta que comunicaba con el pasillo.

—Todos mienten —opinó Dasha.

—Todos han dicho la verdad —replicó Tatiana—. Las patatas fritas con cebollas no se esconden así como así.

Aquella noche, los Metanov cenaron pan con mantequilla, y no dejaron de quejarse mientras comían. El padre se enfadó muchísimo con las chicas por haber perdido la comida. Tatiana permaneció en silencio, sin olvidar la advertencia de Alexandr de tener cuidado con las personas que podían hacerle daño.

Después de cenar, la familia adoptó sus precauciones. La madre y la abuela trajeron todos los alimentos envasados, la harina, el azúcar, las legumbres secas, el jabón, la sal y el vodka, y los amontonaron en los rincones y detrás del sofá.

—Es una suerte disponer de una puerta en el pasillo que impida el paso de los saqueadores —opinó la madre—. De lo contrario, no podríamos resguardar nuestras provisiones. Ahora lo veo claro.

Más tarde, cuando se presentó Alexandr y se enteró del robo de las patatas, dijo a los Metanov que cerraran con llave la otra puerta de la cocina.

Dasha le presentó a Marina. Se dieron la mano y se miraron el uno al otro, más de lo que era correcto. Marina, avergonzada, acabó por desviar la mirada y se apartó. Alexandr sonrió, al tiempo que rodeaba la cintura de Dasha con el brazo.

—Dasha, así que ésta es tu prima Marina.

Tatiana estuvo a punto de menear la cabeza en un gesto de advertencia, mientras Marina, perpleja, permanecía muda.

Luego, cuando Tatiana y su prima se encontraron solas en la cocina, Marina le preguntó:

—Tania, ¿por qué Alexandr me mira como si me conociera?

—No tengo ni la más remota idea.

—Es adorable.

—¿Verdad que sí? —intervino Dasha, que en ese momento pasaba por delante de la puerta de la cocina en dirección al baño, mientras Alexandr la esperaba en el pasillo—. Pues más vale que te mantengas apartada de él —añadió alegremente—. Es mío.

—¿Tú qué opinas? —le susurró Marina a Tatiana.

—No está mal. Ayúdame a frotar la sartén.

El adorable Alexandr estaba en el umbral y fumaba tranquilamente mientras le sonreía a Tatiana.

El padre continuó quejándose por la presencia de Marina. Su cartilla de estudiante aportaría muy poco a la familia, y otra boca a alimentar mermaría todavía más sus provisiones.

—Ha venido para comerse las latas de jamón de mi padre —le dijo a su mujer, sin apartar la mirada de las latas.

Tatiana no tenía muy claro si su padre quería comerse las latas o besarlas.

—Es tu sobrina, papá —le dijo en voz muy baja, para que Marina no la oyera—. Es la única hija de tu única hermana.

2

Al día siguiente, 8 de septiembre, la ciudad vivió en un estado de agitación desde primera hora de la mañana. La radio anunció: «¡Ataque aéreo! ¡Ataque aéreo!». Los aviones alemanes volaban muy alto.

—¿Escuchas ese ruido? —le preguntó Vera a Tatiana en cuanto llegó al hospital.

Salieron a la entrada que daba a Ligovski Prospekt, y Tatiana escuchó el distante y fuerte tronar que no se acercaba pero que aumentaba en frecuencia.

—Verochka, sólo son los morteros. Hacen ese ruido cuando disparan las bombas.

—¿Bombas?

—Sí. Montan una máquina en el suelo, no sé muy bien cómo funciona, pero dispara bombas grandes, pequeñas, explosivas, de espoleta rápida o retardada. Las bombas de fragmentación son las peores —le explicó Tatiana—. Pero también disparan unas bombas antipersonas que son más pequeñas. Disparan un centenar a la vez. Son mortíferas.

Vera miró a Tatiana, sorprendida. La muchacha se encogió de hombros.

—Luga —explicó—. Ojalá no hubiese ido. Escucha, ¿no me puedes cortar la pierna?

—¿Qué tal si sencillamente te quito el yeso? —replicó Vera. Entraron en el hospital—. Creo que amputarte la pierna es un poco drástico.

Era la primera vez que Tatiana veía su pierna en más de seis semanas. Deseó tener más tiempo para contemplar su peculiar y enflaquecido miembro sin el yeso, pero mientras intentaba acostumbrarse a la sensación de caminar sin impedimentos, oyó una conmoción en el vestíbulo en el

puesto de las enfermeras. Vio cómo éstas corrían escaleras arriba. Tatiana las siguió lo mejor que pudo. La pierna le dolía cuando apoyaba todo el peso.

En la terraza observó el paso de dos formaciones de ocho aviones. Al otro extremo de la ciudad se produjo una explosión seguida de grandes llamaradas y una columna de humo negro. «Ha llegado el momento de la verdad —pensó—. Los alemanes están bombardeando Leningrado. Creía haber dejado atrás todo esto en Luga, que lo que presencié allí era lo peor que me tocaría vivir. Al menos pude escapar de Luga y regresar a la paz. ¿Adónde iré ahora?».

Tatiana olió un olor acre y se preguntó: «¿A qué huele?».

—Me voy a casa —le dijo a Vera—. Quiero estar con mi familia.

Pero en lo único que pensaba era en aquel olor.

Se enteraron por la tarde. Los alemanes habían bombardeado los almacenes de Badaiev donde se guardaban las provisiones de Leningrado, hasta reducirlos a un montón de escombros humeantes. El olor era de azúcar quemado.

—Papá —preguntó Tatiana, cuando estaban sentados a la mesa, todos con las caras muy largas—, ¿qué le pasará a Leningrado?

Su padre no tenía respuestas.

—Supongo que lo mismo que le pasó a Pasha.

La madre se echó a llorar.

—¡No digas esas cosas! —le reprochó—. Asustarás a las niñas.

Dasha, Tatiana y Marina intercambiaron una mirada.

El bombardeo continuó hasta última hora de la tarde.

Antón fue a buscar a Tatiana y subieron juntos a la azotea. Por extraño que le resultara caminar sin yeso, no había nada más extraño que ver las nubes de humo negro sobre Leningrado.

«Alexandr tenía razón —pensó Tatiana—. Tenía razón en todo. Todo lo que me dijo que pasaría ha pasado». Con el corazón henchido de respeto y afecto, juró tomar buena nota de cada palabra que dijera, pero entonces tuvo miedo.

¿No le había dicho Alexandr que habría una lucha a muerte en las calles?

Dimitri con su fusil, Alexandr con su granada y Tatiana con su piedra.

¿No le había dicho Alexandr que comprara comida, como si no fuera a verla nunca más? Quizás él había exagerado un poco para impresionarla, se dijo, pero eso sólo significó un alivio pasajero. ¿No había insistido él en que debía abandonar la ciudad cuando iba a buscarla a la salida de la Kirov? Mientras el humo negro se extendía como un sudario sobre Leningrado, Tatiana tuvo un presentimiento sobre el futuro de su familia.

Antón vigilaba el cielo con una mirada expectante.

—¡Tania! —gritó—. ¡Lo conseguí! ¡Cayó una bomba incendiaria, y la apagué con esto! —Le enseñó un palo con un semicírculo de cemento en un extremo que parecía un casco de soldado. El muchacho comenzó a dar saltos, agitando el puño en alto, al tiempo que chillaba—: ¡Venga, venid aquí, estoy preparado!

—Antón, estás tan loco como Slavin —opinó Tatiana, con una sonora carcajada.

—Mucho más loco —afirmó Antón, feliz—. Él no está en la azotea.

De pronto, la madre asomó la cabeza por el hueco de la escalera, sin atreverse a salir a la azotea.

—¡Tatiana Georgievna! —gritó—. ¿Te has vuelto loca? ¡Venga, baja ahora mismo!

—No puedo, mamá. Estoy de guardia.

—¡He dicho que bajes, y se acabó!

—Todavía tengo para una hora, *mamochka*. Anda, vuelve abajo.

Mamá protestó con furia y se marchó, pero regresó al cabo de diez minutos, esta vez en compañía de Alexandr y Dimitri. Tatiana, encaramada en una de las chimeneas de ventilación, meneó la cabeza.

—¿Qué haces, mamá? ¿Has ido a buscar refuerzos?

—¡Tatiana! —intervino Alexandr, acercándose—. Baja con nosotros. —Dimitri permaneció en el hueco con la madre. Al ver que ella no se movía, enarcó las cejas y añadió—: Inmediatamente, Tania.

—No puedo dejar solo a Antón. —Exhaló un suspiro.

—¡Estaré perfectamente, Tania! —gritó Antón, que seguía enarbolando el palo—. Estoy preparado para recibirlos.

El teniente ya estaba a punto de bajar cuando se volvió hacia Antón.

—No te olvides de ponerte el casco, soldado.

Los cuatro regresaron al apartamento.

—Tania, querida, no tendrías que subir a la azotea durante un bombardeo —comentó Dimitri.

—Verás, no tiene mucho sentido subir a la azotea en otros momentos —le respondió ella con un leve tono de reproche—. A menos que quiera tomar el sol.

—Vives en una ciudad que no es buena para tomar el sol —manifestó Alexandr con voz cortante—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando? Dimitri tiene razón. Tu madre tiene razón. ¿Quieres dejar a tu familia sin dos de sus tres hijos? No todas las bombas son incendiarias, ni aterrizan suavemente a tus pies como palomas caídas. ¿Te has olvidado de Luga? ¿Qué crees que pasa cuando una bomba estalla a media altura? La onda expansiva destroza cristales, maderas, todo. ¿Para qué pusimos cintas adhesivas en los cristales de toda la ciudad? ¿Qué crees que pasaría si te alcanzara una onda expansiva?

—Quizá podría envolverme el cuerpo con cinta adhesiva, y formar un dibujo como el de una palmera —contestó Tatiana, con un tono desabrido.

—¡Deja de hacerte la lista! —intervino Dasha—. No busques más problemas. No quiero que nuestros valientes muchachos tengan que volver a sacarte de debajo de los escombros. —Apretó el brazo de Alexandr.

—En eso no tuve nada que ver, así que no me puedo adjudicar ningún mérito —declaró Dimitri, con una mirada furiosa—. ¿Verdad que no, Alexandr?

—Tania, ¿por qué no vas a preparar la cena y dejas que los adultos hablemos de nuestras cosas? —dijo su madre—. Marina, ve y ayuda a Tania con la cena.

Tatiana preparó macarrones con un poco de mantequilla, así como judías y zanahorias para el acompañamiento. Le pareció que no había

bastante comida para todos, así que abrió una de las latas de *deda*, que nadie quería, y frió el jamón.

—Tania, ¿a tus padres sigue sin gustarles hablar cuando tú estás presente? —preguntó Marina.

—La verdad es que sólo lo hacen cuando no pueden evitarlo.

—Los soldados se muestran muy protectores contigo. Sobre todo Alexandr —comentó la prima.

—Lo hace con todo el mundo —afirmó Tatiana—. ¿Me puedes traer un poco más de mantequilla? Me parece que no hay bastante.

La cena fue bastante sombría. Alexandr y Dimitri se marchaban al frente y todos tenían miedo de mencionar lo que no se podía decir: que los alemanes tenían sitiada la ciudad y que Alexandr y Dimitri se marchaban al frente. Tatiana sabía que Alexandr, a diferencia de Dimitri, no iría a la primera línea de combate, sino que estaría al mando de una compañía de artillería, pero era un pobre consuelo.

De todas maneras, fue ella quien se las arregló para hacer una pregunta con un poco de ánimo mientras los demás tomaban el té.

—¿Y ahora qué?

—Todos vosotros tendréis que bajar al refugio antiaéreo. Tenéis suerte de disponer de uno en esta casa. La mayoría de los edificios no los tiene. Utilizadlo todos los días, y tú, Dasha, asegúrate de que tu hermana no suba a la azotea. Dile que deje que los chicos se encarguen de las bombas. ¿Me escuchas, Dasha?

—Te escucho, cariño.

Tatiana le escuchaba también. Carraspeó.

—Alexandr, ¿había mucha comida en los almacenes quemados?

El teniente se encogió de hombros.

—Había azúcar, harina. Quizás el abastecimiento de dos días. No es la destrucción de los almacenes Badaiev lo que debe preocuparnos, sino que los alemanes estén rodeando la ciudad.

—¡Alexandr, no me puedo creer que estén aquí, en Leningrado! Durante el verano parecían estar tan lejos...

—Ahora están aquí. El círculo alrededor de Leningrado está completo.

—No creo que sea un círculo —murmuró Tatiana.

—¿Quién demonios eres tú para discutir con un teniente del ejército?
—gritó su padre, borracho.

Alexandr levantó una mano para calmar los ánimos.

—Tu padre tiene razón, Tania. No discutas conmigo. Aunque tengas razón.

Tatiana reprimió la sonrisa.

—Desgraciadamente, los alemanes tienen la geografía de su parte —añadió Alexandr, que tampoco sonrió—. Hay demasiada agua alrededor de la ciudad. —Sonrió—. Lo diré de otra manera. Con el golfo, el lago Ladoga, el río Neva y los finlandeses en el norte, el círculo alrededor de Leningrado está cerrado. —Miró a Tatiana—. ¿Qué te parece? ¿Así está mejor?

La muchacha murmuró algo ininteligible, y por casualidad su mirada se cruzó con la de Marina.

Dimitri estaba sentado junto a Tatiana, con un brazo alrededor de su cintura y con el rostro casi pegado a su pelo.

—El pelo te va creciendo, Tanechka. Déjalo largo otra vez. Me encanta.

Tatiana pensó que por mucho que hiciera Alexandr, no era suficiente. «Todo lo que hacemos no es suficiente. ¿Hasta dónde podremos continuar así? Tenemos que dejar de hablarnos delante de Dima, Dasha y el resto de mi familia, o muy pronto tendremos problemas». Como si hubiera leído los pensamientos de Tatiana, Alexandr acercó su silla un poco más a la de Dasha.

—Alexandr, los alemanes no ocupan toda la orilla del Neva, ¿verdad?
—preguntó Dasha.

—Ocupaban toda la ribera alrededor de la ciudad, y después río arriba hasta el lago Ladoga, hasta Schiisselburg.

Schiisselburg era una pequeña ciudad edificada en un extremo del Ladoga, donde el Neva iniciaba su viaje de setenta kilómetros hasta Leningrado para acabar desaguando en el golfo de Finlandia.

—¿Schiisselburg está en poder de los alemanes? —Quiso saber Dasha.

—No. —Alexandr exhaló un suspiro—. Pero lo estará mañana.

—¿Qué pasará entonces?

—Lucharemos para mantener a los alemanes fuera de Leningrado.

—Ahora que han ardido los almacenes, ¿cómo traerán alimentos a la ciudad? —preguntó la madre de Tatiana.

—No sólo comida, sino también petróleo, gasolina y municiones —señaló Dimitri.

—Primero evitaremos que los alemanes entren en la ciudad —replicó Alexandr— y después nos preocuparemos de todo lo demás.

—Ya pueden entrar si tanto interés tienen. —Dimitri se rio de una manera muy desagradable—. Todos los edificios principales de Leningrado están minados. Todas las fábricas, los museos, las catedrales, los puentes. Si Hitler entra en la ciudad, morirá entre sus ruinas. No vamos a detener a Hitler, sencillamente moriremos a su lado.

—No, Dimitri, vamos a detener a Hitler —afirmó Alexandr—. Antes de que los alemanes entren en la ciudad.

—¿O sea que Leningrado también será tierra arrasada? —preguntó Tatiana—. ¿Qué será de todos nosotros?

Nadie contestó, y Alexandr fue quien rompió el silencio.

—Dimitri y yo salimos mañana para Dubrovka. Los detendremos si está a nuestro alcance.

—¿Por qué tenemos que ser nosotros dos quienes nos interpongamos entre los alemanes y esta ciudad? —exclamó Dimitri—. ¿Por qué no podemos entregar Leningrado? Minsk se rindió. Kiev se rindió. Tallinn se rindió, después de arder hasta los cimientos. Toda Crimen se ha rendido. ¡Toda Ucrania se ha rendido alegremente! —Su agitación crecía por momentos—. ¿Qué sentido tiene matar a todos nuestros hombres para impedir que Hitler entre aquí? Pues que venga.

—Pero Dimochka —señaló la madre—, tu Tania está aquí, y Dasha.

—Sí, y no se olviden de mí —dijo Marina—. Aunque no pertenezca a nadie, yo también estoy aquí.

—Eso es, Dima —manifestó Alexandr, con un tono seco—. ¿Quieres apartarte del camino de Hitler para que él se quede con tu chica?

—Sí, Dima —exclamó Dasha—. ¿No sabes lo que los alemanes le hacen a todas las ucranianas?

—Yo no lo sé. ¿Qué les hacen? —preguntó Tatiana.

—Nada, Tania —le contestó Alexandr con mucha gentileza—. ¿Podrías servirme un poco más de té?

Tatiana se levantó. Dimitri miró su taza vacía.

—También te traeré a ti un poco más de té, Dima.

—Mi pobre padre no pudo detenerlos —comentó Marina, con la mirada puesta en su taza vacía—. Parecen imparables, ¿verdad?

Alexandr guardó silencio.

—¡Son imparables! —proclamó Dimitri—. Sólo tenemos tres patéticas divisiones. Eso no será suficiente, aunque muera hasta el último hombre y se destruya el último tanque.

El teniente se levantó y saludó a la familia.

—Debemos irnos. Olvídate del té, Tania. —Miró a Dimitri—. Venga, soldado, es hora de marchar. Tu vida se interpone entre los Metanov y Hitler. —No miró a Tatiana.

—Eso es exactamente lo que me preocupa —murmuró Dimitri.

—¿Me prometes que volverás sano y salvo? —gritó Dasha, que se abrazó a Alexandr cuando los dos hombres ya salían.

—Haré todo lo posible. —El oficial miró a Tatiana.

La muchacha no lloró, ni le arrancó la misma promesa a Dimitri. En cuanto se marcharon, cogió una galleta y se la comió lentamente.

—Me gusta tu Dima, Tania —opinó Marina—. Es más sincero que cualquier otra persona que conozca. Me gusta eso en un soldado.

Tatiana miró a su prima, desconcertada.

—¿Qué clase de soldado no quiere ir a luchar? Ya te lo puedes quedar, Marina.

3

A la mañana siguiente mientras se vestían, los Metanov se enteraron por la radio de que una bomba incendiaria había caído en el tejado de un edificio de Sadovaia Ulitsa, y que los voluntarios que estaban en la azotea no habían podido apagarla a tiempo. En la explosión habían muerto los nueve voluntarios, todos ellos menores de veinte años.

«Mi hermano tenía menos de veinte años», pensó Tatiana. Se puso los zapatos. Le dolía la pierna.

—¿Lo ves? ¿Qué te dije? —exclamó su madre—. Es peligroso estar en la azotea.

—Estamos en el medio de una ciudad asediada, mamá. Es peligroso estar en cualquier parte.

El bombardeo comenzó puntualmente a las ocho de la mañana. Tatiana aún no había salido a buscar sus raciones. Toda la familia bajó al refugio antiaéreo. Tatiana, inquieta, se mordisqueó las uñas hasta la carne viva, y después marcó el ritmo de una canción en las rodillas, pero no le sirvió de nada. Estuvieron encerrados durante una hora.

Cuando volvieron al piso, el padre le dio su cartilla y le pidió que buscara sus raciones por él.

—Tanechka, ¿podrías traer las mías también? —preguntó la madre—. Tengo que acabar todas estas costuras antes de ir al trabajo. Estoy cosiendo uniformes fuera de hora. —Sonrió—. Un uniforme para nuestro Alexandr, diez rublos para mí.

Tatiana le pidió a Marina que la acompañara a la tienda. Su prima dijo que no, porque tenía que ayudar a *babushka* a vestirse. Dasha se encontraba en la cocina haciendo la colada en el fregadero de hierro.

Tatiana marchó sola. Encontró una tienda grande en el canal Fontanka muy cerca del teatro de la Comedia. Ofrecían una obra de Shakespeare y la función comenzaba a las siete. La cola en la tienda llegaba hasta el río.

Se olvidó de la obra de Shakespeare cuando llegó al mostrador y le dijeron que, como consecuencia de la destrucción de los almacenes Badaiev, las raciones habían sido reducidas.

Su padre recibía medio kilo de pan por su ración de trabajador, pero los demás recibían trescientos cincuenta gramos, mientras que a Marina y *babushka* les correspondía un cuarto de kilo. En total, unos dos kilos de pan para todo el día. Además del pan, Tatiana consiguió comprar unas cuantas zanahorias, habas de soja, tres manzanas, cien gramos de mantequilla y medio litro de leche.

En cuanto llegó a su casa, Tatiana informó a su familia de la nueva reducción de las raciones. No parecieron preocuparse.

—¿Dos kilos de pan? —dijo su madre, mientras guardaba las piezas que estaba cosiendo—. Es más que suficiente. Sobra. No es necesario que nos pongamos como cerdos en tiempos de guerra. Nos ajustaremos el cinturón un poco más. No olvidemos que tenemos nuestras reservas. No tendremos problemas.

Tatiana dividió el pan en dos montones —uno para el desayuno y el otro para la cena— y después dividió cada montón en seis partes. Dio la mayor a su padre y ella se quedó con la más pequeña.

Ya nadie se preocupaba en el hospital de darle clases de enfermera a Tatiana. La pusieron a limpiar los baños de los pacientes y después a lavar la ropa de cama. Ayudaba en la cafetería, donde le daban de comer. Algunas veces, aparecían soldados. Mientras les servía, siempre les preguntaba si pertenecían al cuartel Pavlov.

Durante el día los bombardeos eran intermitentes.

Aquella noche, Tatiana tuvo tiempo de preparar la cena y fregar los platos antes de que sonaran las sirenas de alarma a las nueve. En el refugio, Tatiana no hizo otra cosa que estar sentada. «Sólo llevamos dos días —pensó—. ¿Cuánto tiempo más seguiremos así? La próxima vez que vea a Alexandr, le pediré que me diga la verdad sobre cuánto durará esto».

El refugio era largo y angosto, con las paredes pintadas de color gris, y con dos lámparas de petróleo para sesenta y tantas personas que se sentaban en los bancos o permanecían de pie apoyadas en las paredes.

—Papá —preguntó Tatiana—, ¿cuánto tiempo más crees que durará?

—Se acabará dentro de unas horas —respondió él, cansado.

Tatiana olió su aliento cargado de vodka.

—Papá —insistió Tatiana, con el mismo tono que su padre—, me refiero a los combates, a la guerra. ¿Cuánto durará?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Él intentó levantarse—. ¿Hasta que estemos muertos?

—Mamá, ¿qué le pasa a papá?

—Oh, Tanechka, cómo puedes ser tan ciega. Está así por Pasha.

—No estoy ciega —replicó Tatiana, apartándose—. Pero su familia le necesita.

Tatiana se acercó a Dasha y Marina.

—Dasha, Marinka dice que aquel Misha que conocimos en Luga estaba enamorado de mí. Le respondí que estaba loca. ¿Tú qué crees?

—Está loca.

—Muchas gracias.

—Vosotras dos sois las locas —opinó Marina—. Y tú, Dasha, tendrás que tragarte tus palabras el día menos pensado.

—Tú verás, Tania —dijo Dasha, sin siquiera mirar a su hermana—. Quizá sea Misha y no Dimitri lo que necesites. —Suspiró.

El día siguiente fue idéntico. Esta vez, Tatiana se llevó al refugio un libro de Dostoievski.

Al día siguiente, pensó: «No puedo seguir con esto. No puedo sentarme y repiquetear mi vida en las rodillas». Así que cuando su familia bajaba las escaleras, Tatiana se retrasó un poco y después volvió al apartamento para subir las escaleras que llevaban a la azotea, donde Antón, Mariska, Kirill y un puñado de personas a las que no conocía vigilaban el cielo. Tatiana se dijo que con un poco de suerte su familia no advertiría su ausencia.

El estruendo de las explosiones en la azotea era terrible. Tatiana se quedó durante dos horas. Sin embargo, para desilusión de todos, ninguna bomba cayó cerca.

Tatiana había acertado. Nadie se dio cuenta de que no había bajado al refugio.

—¿Dónde estabas sentada, Tanechka? —le preguntó su madre—. ¿Al otro lado de la lámpara?

—Sí, mamá.



No había noticias de Alexandr y Dimitri. Las chicas estaban fuera de sí. Apenas si se toleraban las unas a las otras, y mucho menos a todos los demás. Sólo *babushka* Maia, incommovible hasta el final, se mantenía tranquila y continuaba pintando.

—*Babushka*, ¿de dónde sacas la paz de espíritu? —le preguntó Tatiana una tarde, mientras cepillaba el pelo de su abuela que comenzaba a mostrar las primeras canas.

—Soy demasiado vieja como para preocuparme de nada, cariño —contestó *babushka*—. No soy joven como tú. —Sonrió—. No le tengo tanto apego a la vida. —Miró por encima del hombro y acarició el rostro de su nieta.

—Abuela, no digas esas cosas. —Pasó al otro lado y abrazó a la anciana—. ¿Qué pasará si regresa Fedor?

—No he dicho que no quiera vivir —replicó *babushka* Maia—. Sólo que no le tengo tanto apego a la vida.



Tatiana estaba un tanto preocupada por Marina, que se marchaba a primera hora de la mañana para ir a la universidad y regresaba por la noche después de visitar a su madre en el hospital.

La madre cosía por la noche. El padre se emborrachaba por la noche. Gritaba y dormía. Dasha y Tatiana escuchaban las noticias por la noche. Los alemanes bombardeaban de noche y Tatiana subía a la azotea.

Durante el día, Tatiana escuchaba los sonidos de la guerra. Ya no había silencio en Leningrado. Los disparos de artillería producían dos sonidos diferentes: distantes y cercanos. Se interrumpían brevemente a la hora de comer y para echar una cabezada por la tarde.

Tatiana trabajaba, traía el pan, ejercitaba la pierna y en general se comportaba como si su vida no se hubiera frenado en seco como el tranvía cerca del canal Obvodnoi.

Babushka Maia tenía una habitación para ella sola. La madre dormía sola en el sofá y el padre dormía solo en el catre de Pasha. Tatiana, Marina y Dasha compartían la cama. Tatiana casi agradecía la barrera entre ella y Dasha, la barrera que le permitía enfrentarse a la crisis de los bombardeos y no ver la crisis de su hermana, que tenía derecho a amar a Alexandr durante la guerra.

No era obstáculo suficiente. Una noche, Dasha pasó por encima de Marina y abrazó a su hermana.

—Tania, cariño, ¿estás dormida?

—No. ¿Qué pasa?

—¿Te los imaginas muertos? —preguntó Dasha en la oscuridad.

—Chicas, que mañana tengo clase —intervino Marina—. Dormíos de una vez.

—Por supuesto. —Tatiana oyó los sollozos de su hermana.

—¿Crees que están muertos? —Dasha abrazó a Tatiana con fuerza.

—No, no lo creo. —Le costaba trabajo respirar. No quería hablar de Alexandr con Dasha. Ni ahora ni nunca—. Dasha, preocúpate de ti. Mira en qué condiciones vivimos. ¿Es que no lo ves? En el hospital, me preguntaron si no me importaba dejar la cocina y subir a la planta donde atienden a las víctimas de los bombardeos. Acepté, pero entonces vi lo que quedaba de ellas. —Hizo una pausa—. ¿Has visto que hoy se hundió un edificio entero al otro lado de Ligovski?

—No lo vi.

—Había una chica, de diecisiete años.

—Como tú. —Dasha la acarició.

—Sí. Quedó enterrada debajo de los escombros. Su padre ayudó a los bomberos en el rescate. Trabajaron todo el día. A las seis, cuando salí del hospital, acababan de encontrarla. Ya estaba muerta. Tenía un agujero en la frente.

Dasha no hizo ningún comentario.

—Tania, ¿dices que te marchaste del hospital a las seis? —preguntó Marina—. Pero si a las seis estaban bombardeando. ¿No bajaste al refugio?

—Marinka, no se te ocurra hablar con ella de ese tema —manifestó Dasha, y agregó con el rostro apretado contra el pelo de su hermana—: Si no bajas al refugio, se lo diré a mamá.

Aquella noche, las sirenas las despertaron a las tres de la mañana. Era evidente que los alemanes querían divertirse un poco. Tatiana se volvió de cara a la pared y hubiese seguido durmiendo de no haber sido porque la familia la sacó de la cama. Se apiñaron en el refugio, y Tatiana pensó que nada podía ser peor que aquello.

4

Alexandr y Dimitri regresaron durante la noche del 12 de septiembre, el primer día completo en que no habían tenido bombardeos. Habían vuelto de Dubrovka sólo por una noche: para recoger más hombres y más piezas de artillería de la guarnición.

Alexandr se presentó para gran alivio de la llorosa Dasha, que no estaba dispuesta a soltarlo ni por un segundo, hasta el punto que se negó a ayudar con la cena. Dimitri se pegó a Tatiana de la misma manera que Dasha se pegaba al teniente, pero a diferencia de Alexandr, que correspondía a los abrazos de Dasha, Tatiana permanecía como un pato mareado y miraba en derredor con aire indefenso.

—De acuerdo, de acuerdo —decía, mientras intentaba con todo su empeño no mirar el pelo negro y el cuerpo atlético de Alexandr, sin conseguirlo. Ver su figura sería su único consuelo. Tendría que pasarse sin sus abrazos.

Cuando Dimitri fue a asearse y Dasha corrió a preparar el té, Marina comentó:

—¿Sabes una cosa, Tania? Tendrías que mostrar un poco más de interés por el hombre que está luchando por ti en el frente.

«Ya muestro mucho interés», pensó Tatiana, que apenas podía apartar la mirada de Alexandr.

—Tu prima tiene razón, Tania —dijo Alexandr, con una sonrisa—. Al menos podrías mostrar el mismo interés que Zhanna Sarkova, que, cuando pasamos por delante de su puerta entreabierta, estaba acostada en la cama con un vaso contra la pared.

—¿Eso hacía?

Alexandr cogió el fusil, descargó un culatazo contra la pared y gritó a voz en cuello:

—¿Conoces este chiste? Un hombre le enseña su apartamento a un amigo. El invitado le pregunta: «¿Para qué es esta enorme escupidera de latón?». El otro le responde: «Es la campana de mi reloj», y con un martillo le da un golpe tremendo.

Alexandr descargó otro culatazo contra la pared. De pronto, desde el otro lado se oyó una voz que gritaba: «¡Son las dos de la mañana, cabrón!».

Tatiana se rio con tantas ganas que tuvo un ataque de tos tan fuerte que Alexandr dejó el fusil y le palmeó la espalda.

—Muchas gracias, Tania —dijo, sonriente—. Estoy muerto de hambre. ¿Qué hay para cenar?

Para ir a la cocina Tatiana tuvo que pasar por delante de la mirada de Marina.

Frio dos latas de jamón con un poco de arroz, hirvió un paquete de fideos y puso a calentar una olla de caldo que una vez había tenido un trozo de pollo. Mientras cocinaba, Alexandr entró en la cocina para lavarse. Tatiana contuvo el aliento. El teniente se acercó a los fogones y levantó las tapas.

—Delicioso. Jamón, arroz, fideos. ¿Qué es esto? ¿Agua? De esto no me sirvas.

—No es agua, es caldo —le explicó Tatiana, en voz baja.

La cabeza del oficial estaba muy cerca de su brazo. Si se movía tres centímetros lo tocaría.

Sin soltar el aliento, se movió tres centímetros.

—Tengo mucha hambre, Tania. —Alexandr la miró, pero antes de poder decirle una palabra más, Marina entró en la cocina.

—Alexandr, te traigo una toalla. Dasha dice que no tienes.

—Gracias, Marina. —Cogió la toalla y salió de la cocina.

Tatiana se quedó mirando el caldo, como si quisiera verse reflejada él. Marina se acercó a la cocina y miró el contenido de la olla.

—¿Contiene algo interesante?

—No, en absoluto. —Tatiana se apartó de la olla.

—Pues por aquí sí que hay muchas cosas interesantes —opinó Marina, mientras salía.

—¿Los combates son encarnizados? —preguntó Dasha, cuando se sentaron a cenar.

—No, aunque resulte curioso —respondió Alexandr, que comía alegremente—. Fueron duros durante los dos primeros días, ¿verdad, Dimitri? Él lo sabe mejor que nadie porque estuvo dos días en las trincheras. Los alemanes intentaban ver si nos movíamos. Cuando comprobaron que no, dejaron de atacar. Según los informes de las patrullas de reconocimiento, por lo visto los alemanes están construyendo fortificaciones permanentes: trincheras y casamatas de cemento.

—¿Permanentes? ¿Eso qué significa? —Quiso saber Dasha.

—Significa que probablemente no vayan a ocupar Leningrado —explicó el teniente, con voz pausada.

La familia se alegró al escucharlo; todos excepto el padre, que estaba adormilado en el sofá, y Tatiana, que vio la vacilación en el rostro de Alexandr, una vacilación que no presagiaba nada bueno, una renuencia a decir la verdad.

—¿A ti te parece bien? —preguntó Tatiana.

—Sí —respondió Dimitri en el acto, como si él hubiese sido el destinatario de la pregunta.

—No, no me lo parece —manifestó Alexandr—. Estaba seguro de que lucharíamos —afirmó—. Luchar como hombres...

—¡Y morir como hombres! —le interrumpió Dimitri, que descargó un fuerte manotazo contra la mesa.

—Y morir como hombres, si fuese necesario.

—Habla por ti. Prefiero tener a los alemanes sentados en sus trincheras durante dos años hasta que Leningrado se muera de hambre que soportar sus disparos.

—¡Venga ya! —exclamó Alexandr. Dejó los cubiertos y miró a Dimitri—. ¿No crees que consumirnos en las trincheras es poco digno? Casi parece un acto de cobardía. —Miró a su compañero con una expresión

desdeñosa, se llevó la servilleta a los labios y después buscó el vodka. Tatiana le acercó la botella.

—Nada de cobardía —afirmó Dimitri—. Es ser inteligente. Te sientas y esperas. Cuando el enemigo se debilita, tú atacas. Se llama estrategia.

—Dimochka, ¿no dirás en serio que los alemanes quieren matarnos de hambre? —preguntó la madre—. No lo has dicho en sentido literal, ¿verdad?

—No, no. Lo dije en sentido figurado.

Tatiana miró a Alexandr, que permanecía en silencio.

—¿Hay más vodka? —Dimitri levantó la botella casi vacía—. Esta noche quisiera emborracharme.

Todos miraron al padre por un instante.

—Alexandr —dijo Tatiana con su voz más alegre. Le gustaba decir su nombre en voz alta—. Hoy se presentó Nina Iglenko para pedir un poco de harina y jamón. Le di de las dos cosas porque nosotros tenemos mucho. Se lamentó de haber sido tan poco previsora y...

—¡Tania! —le interrumpió Alexandr con un tono tan severo que ella se dejó caer en la silla. Su intuición no la había engañado. Él sabía demasiado pero no lo decía—. No se te ocurra darle ni un gramo de comida a nadie, por ningún motivo, ¿me entiendes? Ni siquiera a Nina Iglenko, por mucho que parezca estar más hambrienta que tú.

—Nosotros no pasamos tanta hambre —protestó Tatiana.

—Así es, Alexandr —intervino Dasha—. Ya hemos pasado antes por las penurias del racionamiento. ¿Dónde estabas tú durante la campaña finlandesa del año pasado?

—Luchaba contra los finlandeses —replicó él.

Tatiana se preguntó por qué Dasha nunca pronunciaba la palabra «guerra» y la transformaba en «campaña» o «conflicto». ¿Es que escribía propaganda para la radio?

—Dasha, todos vosotros, escuchadme. Guardad la comida como si fuera lo único que os separa de la muerte, ¿de acuerdo? —añadió el teniente.

—¿Por qué tienes que ser tan serio? —preguntó Dasha, enfadada—. ¿Qué se ha hecho de tu famoso sentido del humor? No nos vamos a morir de hambre. El ayuntamiento de Leningrado se encargará de proporcionar víveres para todos. No estamos totalmente rodeados por los alemanes, ¿verdad?

—Dasha, hazme un favor. —Alexandr encendió un cigarrillo—. Ahorra la comida.

—De acuerdo, querido. Tienes mi palabra. —Le dio un beso.

—Tú también, Tania.

—Muy bien. —«Querido»—. Tienes mi palabra. —Ella no lo besó.

—Alexandr, ¿durante cuánto tiempo bombardearon los alemanes Londres en el verano de 1940? —preguntó Dasha.

—Cuarenta días y cuarenta noches.

—¿Crees que aquí bombardearán durante tanto tiempo?

Ésa era la pregunta que le interesaba a Tatiana, y ni siquiera tuvo que formularla.

—¿Nos vamos a rendir? —añadió Dasha—. Lucharé contra los nazis en las calles de Leningrado si es necesario.

Tatiana pensó que era mucho decir, porque Dasha era la primera en bajar al refugio todas las noches.

—No tendrás que luchar contra ellos, Dasha. —Alexandr sacudió la cabeza—. La guerra casa por casa no sólo es terrible para los sitiados, sino también para los atacantes. Las bajas son enormes, y mientras que nuestro amado líder no pone mucho interés en salvaguardar las vidas de sus soldados, Hitler demuestra un aprecio extraordinario por las vidas de la raza aria. No creo que arriesgue a sus hombres en la conquista de Leningrado. —Miró a Tatiana—. Creo que, después de todo, Dima verá cumplido su deseo —acabó con mal disimulado desaprecio.

Tatiana miró a Dimitri —despatarrado en el sofá, dormido o borracho, junto a su padre— y fue a buscar las tazas para el té.

—¿Será como en Londres? —preguntó Dasha, con los ojos brillantes. Se echó hacia atrás el pelo rizado—. Los alemanes bombardearon Londres, pero la gente seguía con su vida, había clubes y los jóvenes iban a bailar.

Lo vimos en las películas. Todo parecía muy alegre. —Sonrió a Alexandr y le acarició la pierna.

—Dasha, ¿acaso vives en Londres? —exclamó Alexandr, apartándose de la muchacha—. Para ti Londres está tan lejos como Marte. Ahora no tenemos salas de baile en Leningrado. ¿Crees que las abrirán sólo para el bloqueo?

En el rostro de Dasha apareció una expresión agria.

—¿Bloqueo?

—¡Dasha! Londres no estaba rodeada. ¿Comprendes la diferencia?

—¿Nosotros estamos rodeados?

Alexandr no se molestó en responderle.

La madre, Dasha, Marina y *babushka* se apretujaban alrededor de la mesa, sin desviar sus miradas de Alexandr, todos excepto Tatiana que se encontraba en el umbral, cargada con las tazas.

—Estamos sitiados —afirmó sin mirar al oficial—. Por eso los alemanes se han atrincherado. No van a malgastar las vidas de sus soldados. Van a esperar a que muramos de hambre. ¿No es así, Alexandr?

—Ya he respondido demasiadas preguntas para una noche. Sólo os pido que no regaléis la comida.

—Alexandr, me han dicho que los alemanes están en el palacio Peterhof —comentó la madre, incrédula—. ¿Es cierto?

—¿Recuerdas cuando fuimos a Peterhof, cariño? —murmuró Dasha, con la mano de Alexandr entre las suyas—. ¡Fue un día tan feliz! El último día libre de preocupaciones que tuvimos. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo. —Alexandr no miró a Tatiana.

—Nada ha vuelto a ser lo mismo desde aquel día maravilloso —señaló Dasha tristemente.

—Irina Fedorovna, Peterhof está en manos de los alemanes —dijo Alexandr en respuesta a la pregunta de la madre—. Los nazis se han llevado las alfombras del palacio para forrar con ellas sus trincheras.

—Cariño, quizá Dimitri tenga razón. —Dasha bebió un trago de té—. Hay tres millones de personas en Leningrado. Son demasiadas para

sacrificarlas, ¿no te parece? ¿El mando de Leningrado ha considerado la rendición?

Alexandr miró a Dasha. Tatiana intentó descifrar la expresión de sus ojos.

—Me refiero a que si nos rendimos...

—Nos rendimos, y después ¿qué? —exclamó Alexandr—. Dasha, a los alemanes no les somos de ninguna utilidad. Desde luego que a ti sabrán en qué emplearte. ¿Has leído lo que han hecho en el campamento ucraniano?

—Intento no saberlo.

—Yo sí lo sé —murmuró Tatiana.

—Dimitri pensó durante un tiempo que quizá sería una buena idea convertirse en prisionero en un campo alemán. Hasta que se enteró de que los nazis fusilaban a los prisioneros, saqueaban e incendiaban los pueblos, mataban al ganado, arrasaban los graneros y exterminaban a todos los judíos, mujeres y niños.

—Pero primero violaban a todas las mujeres —señaló Tatiana.

Dasha y Alexandr la miraron, asombrados.

—Tania, por favor, pásame la mermelada —dijo Dasha.

—Sí, y no leas tanto, Tania —le aconsejó Alexandr en voz baja, con la mirada puesta en la taza de té.

Dasha se sirvió varias cucharadas de mermelada.

—Si estamos sitiados —preguntó—, ¿cómo harán para traer comida a Leningrado?

—Tenemos comida en abundancia —afirmó la madre—. Hemos hecho una buena provisión.

—No lo sé, mamá —replicó Dasha—. Creo que en esto le doy la razón a Dimitri. Tendríamos que rendirnos.

Alexandr miró apenado a Tatiana, y meneó la cabeza.

—No. ¿Me equivoco, Tania? «No flaquearemos. Seguiremos hasta el final... Lucharemos en los mares, en los océanos y en el aire... Defenderemos nuestra isla cueste lo que cueste».

—«Lucharemos en las playas» —continuó Tatiana con tono decidido, con la mirada puesta en Alexandr—. «Lucharemos en los campos y en las

calles... Lucharemos en las colinas... Nunca nos rendiremos». —Vio que le temblaban las manos—. Churchill.

—Escucha, Churchill, ¿por qué no nos preparas un poco más de té? —dijo Dasha, con un tono agrio.

Marina fue con Tatiana a la cocina para ayudarla a preparar el té y fregar los platos.

—Tania, en toda mi vida no he conocido a nadie más tonto y obtuso que tu hermana.

—No sé a qué te refieres —replicó ella.



Unos pocos días más tarde, Tatiana y Dasha hicieron un recuento de las provisiones que les quedaban, la mayoría de las cuales las había comprado Tatiana con la ayuda de Alexandr, el día que había estallado la guerra, una fecha que ahora parecía muy lejana, como si perteneciera a otra vida, a otra era. Dos meses atrás, y no obstante perdida totalmente en el pasado.

En el presente, los Metanov disponían de cuarenta y tres kilos de jamón, nueve botes de tomates y siete botellas de vodka. Tatiana, sorprendida, recordó que tenían once botellas cuando habían bombardeado los almacenes Badaiev hacía ocho días. El padre debía estar bebiendo en secreto.

Tenían dos kilos de café, cuatro kilos de té y diez kilos de azúcar repartidos en treinta paquetes. Tatiana contó quince latas de sardinas ahumadas. También había cuatro kilos de cebada, seis kilos de avena y diez kilos de harina.

—Parece mucho, ¿verdad? —opinó Dasha—. ¿Cuánto crees que durará el asedio?

—Según Alexandr, hasta el final.

Tenían siete cajas de doscientas cincuenta cerillas cada una.

La madre dijo que también contaban con novecientos rublos en metálico, suficiente para comprar comida en el mercado negro.

—Vamos a comprar lo que podamos, mamá —propuso Tatiana—. Ahora mismo.

Las dos hermanas y la madre fueron a una tienda, que habían abierto en agosto en Oktabrski Rayon, cerca de la catedral de San Nicolás. Tardaron una hora en llegar hasta allí a pie y se quedaron boquiabiertas al ver los precios de los productos en las estanterías. Había huevos, queso, mantequilla, jamón e incluso caviar. Pero el azúcar costaba diecisiete rublos el kilo. La madre se echó a reír y sin dudarlo caminó hacia la salida. Tatiana tuvo que colgarse de su brazo para detenerla.

—Mamá, no seas tacaña. Compra la comida.

—Suéltame, idiota —le ordenó ésta, furiosa—. ¿Me crees tan tonta como para comprar azúcar a diecisiete rublos el kilo? Mira el queso, diez rublos los cien gramos. ¿Se burlan de nosotras? —Miró al empleado y le gritó a voz en cuello—: ¿Se burlan de nosotras? ¡Por eso aquí la gente no hace cola como en las tiendas decentes! ¿Quién comprará comida a estos precios?

—Si no van a comprar, ya pueden marcharse —replicó el empleado.

—Claro que nos vamos.

Tatiana no se movió.

—Mamá, ¿recuerdas lo que nos dijo Alexandr?

Sacó los rublos que había ahorrado del sueldo de la Kirov y el hospital. No era mucho. Sólo le pagaban veinte rublos a la semana, y diez se los daba a sus padres. Pero había ahorrado cien, y con ese dinero compró un saco de harina de cinco kilos por cuarenta rublos («¿Para qué queremos más harina?»), cuatro paquetes de concentrado de carne por diez rublos, un paquete de azúcar por diecisiete y un kilo de jamón en lata por treinta. Le quedaban tres rublos y preguntó qué podía comprar con ese dinero. El empleado le respondió que una caja de cerillas, medio kilo de té o dos barras de pan viejo que podía tostar. Tatiana se lo pensó y se decidió por el pan.

Dedicó el resto del sábado a cortar el pan en rebanadas que tostó en el horno, mientras sus padres e incluso Dasha, se reían de ella.

«Se ha gastado tres rublos en pan viejo, y ahora lo está tostando. ¡Cree que nosotros lo comeremos!». Tatiana no les hizo caso, con la mente puesta en las palabras que le había dicho Alexandr en el economato del ejército: «Compra comida como si no fueras a verla nunca más».

Aquella noche, la madre le contó la historia a Alexandr.

—Irina Fedorovna —dijo el teniente—, tendría que haber gastado hasta el último kopek de sus novecientos rublos en pan viejo. Lo mismo que Tania.

«Muchas gracias, Alexandr», pensó Tatiana. Estaba en el otro extremo de la habitación con la familia al completo. No lo había tocado en días. Intentaba con todas sus fuerzas mantenerse apartada, tal como él le había pedido.

—No me criaron para pagar diecisiete rublos por un kilo de azúcar —afirmó la madre—. ¿No es así, Georgi?

Georgi dormía en el sofá. Una vez más había bebido demasiado.

—¿No tengo razón, mamá?

—Quizás, Irina —respondió *babushka* Maia, sin interrumpir su trabajo de pintura—. Pero ¿qué pasará si resulta que Alexandr es quien tiene la razón?

5

Los alemanes eran de una puntualidad exquisita. Todas las tardes a las cinco sonaban las sirenas.

La espantosa monotonía de las bombas sobre Leningrado sólo era sobrepasada por la espantosa monotonía de las mentiras que Tatiana vivía en su interior, el miedo sobrecogedor por la vida de Alexandr y la frustración con su padre, que se había apartado tanto de la familia y de todo lo que le rodeaba que ni siquiera sabía que todavía era septiembre.

—Es imposible —afirmó una noche mientras sonaban las sirenas—. Llevan bombardeándonos desde hace mil días.

—No, papá, sólo once —le contradijo Tatiana, en voz baja—. Sólo once.

La frustración de Tatiana no era sólo con su padre. Su madre vivía inmersa en su trabajo. *Babushka* pintaba como si la guerra no existiera. Marina sólo pensaba en su madre, y además, Tatiana no quería hablar demasiado con ella. En cuanto a Dasha... bueno, Dasha no tenía ojos más que para Alexandr.

Deda y la otra *babushka* se encontraban sanos y salvos en Molotov. Acababa de recibir una carta de sus abuelos. Pasha había muerto.

Dimitri estaba cada vez de peor humor. Bebía sin parar siempre que venía a la casa. Una noche, prácticamente arrinconó a Tatiana contra la pared junto a la ventana de la cocina, y si Dasha no hubiese entrado en aquel momento, Tatiana no sabía cómo habría terminado aquello.

El único consuelo de Tatiana eran sus amigos de la azotea y Alexandr.

Cuando subió a la azotea, la pequeña Mariska corría de aquí para allá como siempre, atenta a que aparecieran más aviones y cayeran más

bombas. La niña de siete años corría feliz, saludando con la mano a las escuadrillas de aviones.

—¡Aquí! ¡Aquí! —chillaba, con la larga cabellera al viento.

Antón permanecía alerta con su palo con el trozo de cemento en la punta para apagar las bombas incendiarias.

—Pero Antón —dijo Tatiana, mientras se sentaba en la tela asfáltica y sacaba una tostada del bolsillo—, ¿qué pasará si la bomba te cae en la cabeza? Tienes tu maldito palo, pero si la bomba te cae en la cabeza, ¿qué harás? ¿Por qué no te pones el casco ahora mismo y vienes a sentarte a mi lado?

El muchacho no quiso, y continuó hablando con entusiasmo de las bombas de fragmentación que te cortaban a trozos antes de que tuvieras tiempo de levantar la cabeza para ver qué caía. Tatiana hubiera jurado que Antón deseaba ver a alguien cortado a trozos.

Tatiana contempló los juegos de Mariska, tan delgaducha, mientras masticaba una tostada. Mariska se acercó corriendo.

—Eh, Tanechka, ¿qué estás masticando?

—Una tostada. —Tatiana metió la mano en el bolsillo—. ¿Quieres una?

Mariska asintió enérgicamente, y arrebató la tostada de la mano de su amiga. Antes de que Tatiana pudiera decir: «Eso no se hace», la niña se la engulló entera.

—¿Tienes más? —preguntó.

De pronto, Tatiana vio algo en Mariska que no había visto antes. Se levantó y cogió a la niña de una mano.

—¿Dónde están tus papás? —le preguntó mientras caminaba con la pequeña hacia la escalera.

—Supongo que durmiendo. —Mariska se encogió de hombros.

—Ven a mi casa, Mariska. Te daré algo de comer.

—No lo hagas, Tania —le gritó Antón—. Déjala tranquila.

Tatiana se llevó a la niña a la habitación de los padres.

—Mamá, *papochka*, mirad, alguien viene a veros —dijo Mariska.

Mamá y *papochka* no se movieron de la única cama que había en la habitación. Ambos yacían boca abajo entre las sábanas sucias. El cuarto olía como una letrina.

—Ven a mi casa, Mariska. Te daré algo de comer.



Tatiana, vestida y arreglada, se acercó a la cama donde dormía su hermana a las seis y media de la mañana siguiente.

—Dasha, ¿puedo pedirte que no utilices como despertador particular la sirena de alarma de las ocho? Levántate ahora mismo y acompáñame a la tienda.

—¿Para qué, Tania? —rezongó Dasha, sin moverse—. Tú lo haces muy bien sin la ayuda de nadie.

—Venga, dormilonas. —Tatiana apartó las mantas que abrigaban a Dasha y Marina—. No os perdáis la primera función.

Las chicas no se movieron.

—De acuerdo. —Tatiana volvió a taparlas—. Siempre estaréis a tiempo para ver el espectáculo principal a las cinco.

Dasha y Marina ni siquiera abrieron los ojos.

—Claro que si tampoco llegáis a tiempo —añadió Tatiana, mientras salía de la habitación—, recordad que os queda la última sesión que comienza a las nueve en punto.

«Quizás Alexandr esté en Leningrado —pensó Tatiana—. Tal vez venga esta noche y hable conmigo como si todavía estuviese vivo, como si yo estuviese viva. ¿No hay nadie que pueda hablar conmigo? Nadie se siente cercano a mí, todos han desaparecido dentro de ellos mismos, como si yo no estuviese aquí». Tatiana se abrochó el abrigo y caminó con paso enérgico por Nekrasova, donde estaba la tienda. «Ven, Alexandr. Ven, y recuérdame que todavía estoy viva».

Alexandr se presentó aquella tarde, entre dos ataques aéreos, cargado con sus raciones y en compañía de un muy malhumorado Dimitri. La habitación estaba abarrotada, como siempre. Tatiana fue a la cocina para

preparar la cena, consistente en judías y arroz. El teniente la siguió, y el corazón de Tatiana aceleró sus latidos, pero entonces Zhanna Sarkova entró en la cocina, y la siguieron Petr Petrov, Dasha y Marina, así que Alexandr se marchó.

Durante la cena, toda la familia se sentó a la mesa, con la única excepción del padre, que dormía la mona en la otra habitación. Tatiana podía hablar con Alexandr, pero no podía mirarlo, con todos aquellos ojos y todos aquellos rostros presentes. Miraba la comida, o a su madre. No podía mirar a Dasha, a Marina ni a *babushka*, que parecían adivinarlo todo.

El tema de conversación era lo mal preparado que estaba el ejército soviético para defender el Neva de los ataques alemanes.

—Hace dos días, fui con mi batallón Neva arriba, al otro lado de Schiisselburg, para cavar trincheras —explicó Alexandr—. También instalamos unos cuantos morteros pero ¿saben?, nadie estaba en su sitio. Ni siquiera —bajó la voz— el ubicuo NKVD hace mucho acto de presencia por allí.

—No pueden estar en todas partes al mismo tiempo —señaló Tatiana—. Tienen que atender demasiadas funciones: vigilancia de frontera, protección de las fábricas, la seguridad urbana...

—Sí, y hacer de Gestapo —la interrumpió Alexandr—. Tampoco debemos olvidarnos de los ministerios de todos los asuntos internos y de la seguridad interna.

Todos esbozaron una sonrisa; Tatiana le sonrió al plato. Necesitaba tocarle la mano para ayudarle en la transición de su pasado al presente compartido. No podía tocarlo: su familia estaba alrededor de la mesa, y también lo estaba Dimitri. Pero su Alexandr necesitaba que lo tocara. Al cabo de un momento se levantaría para darle lo que necesitaba, y que los demás, que no necesitaban nada de ella, se fueran al infierno.

Comenzó a recoger la mesa. Cuando recogió el plato de Alexandr, apoyó la cadera contra el codo del teniente durante un momento y después se apartó rápidamente.

—Tania, te parecerá increíble —añadió Alexandr—, pero si los alemanes hubiesen atacado de firme durante las dos primeras semanas de septiembre, creo que se hubieran hecho con la victoria. No teníamos desplegados los tanques ni la artillería. Las únicas tropas en posición frente a Schiisselburg eran los restos del ejército que combatió en Carelia, y unos cuantos voluntarios mal armados. —Hizo una pausa—. ¿Te pareció que los voluntarios que enviaron a Luga estaban bien preparados, Tania? Como todos sabemos, no todos tienen la presencia de ánimo de Tania durante los bombardeos.

—¿Cómo se te ocurre hablarle a ella de la guerra? —protestó Dasha—. No hay nada que le interese menos. Háblale de Pushkin, o de cualquier otra cosa. Quizá de cocina. Ahora le gusta cocinar. Ni siquiera es consciente de que estamos en guerra.

—De acuerdo, Tania —dijo Alexandr, con una expresión grave—. ¿Te gustaría hablar de Pushkin?

—Espera, ya que hablamos de cocinar, ¿podrías indicarme alguna tienda segura para ir a hacer la compra? —replicó Tatiana, arrebolada—. No importa dónde vaya a buscar las raciones, siempre acabo en medio de un bombardeo. Es un fastidio.

El teniente se rio.

—Es una manera de ver las cosas —opinó Alexandr—. Mi consejo es que no vayas a ninguna parte. Quédate en el refugio durante los bombardeos.

Nadie más hizo ningún comentario.

—Lo que me gustaría saber es —añadió Tatiana rápidamente para evitar que Dasha metiera baza— desde dónde me bombardean.

—Desde los altos de Pulkovo —le informó el oficial—. Ni siquiera tienen necesidad de enviar a los aviones. ¿Te has fijado que en relación vemos muy pocos aviones?

—La verdad es que sí. Anoche eran unos cien.

—Sí, por la noche, porque nos cuesta más alcanzar a sus aviones durante la noche. Pero no quieren desperdiciar su valioso poder aéreo. Están sentados tan ricamente en los altos de Pulkovo y sus obuses llegan

hasta Smolni. Sabes dónde están los altos, ¿verdad, Tania? Al lado mismo de la Kirov.

Tatiana se sonrojó, con la mirada fija en los platos sucios que llevaba. Alexandr tenía que callarse. «No, que no se calle. Lo necesito para respirar».

—Demos gracias a Dios que ya no trabajas en la Kirov, Tanechka — comentó su madre cuando la muchacha volvió de la cocina.

Alexandr sugirió que Tatiana no fuera a buscar las raciones a Suvorovski. Ella le respondió que no iba allí.

—Voy a la tienda que está en la esquina de Fontanka y Nekrasova — recalcó las palabras—. Voy allí todas las mañanas, a las siete en punto. ¿No es así, Dasha?

—No lo sé —contestó su hermana—. Yo nunca voy.

—No camines por ninguna de las calles que van de norte a sur si puedes evitarlo —señaló Alexandr, que miró a Tatiana fijamente.

Dasha se echó a reír.

—Cariño, casi la mitad de las calles de Leningrado van de norte a sur.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Tatiana con voz suave—. Tú nunca sales hasta que acaba el bombardeo.

Dasha rodeó el cuello de Alexandr con los brazos y le sacó la lengua a Tatiana.

—Eso es porque soy sensata.

—¿Lo haces tú, Tania? —Alexandr mantuvo los brazos de Dasha apartados de su rostro—. ¿Sólo sales cuando se acaba el bombardeo?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Dasha—. Está loca. Pregúntale cuántas veces baja al refugio.

Se hizo un silencio absoluto. Los ojos de Alexandr centellearon.

—Sí que bajo —afirmó Tatiana, molesta. Se encogió de hombros—. Ayer me senté en el hueco de las escaleras.

—Sí, durante tres minutos. Es incapaz de quedarse quieta.

—No habrá subido a la azotea, ¿verdad?

Nadie respondió a la pregunta del teniente. Tatiana se sentó a la máquina de coser.

—¿Puedo ir a Nevski Prospekt? —le preguntó sin mirarlo.

—Nunca. Ésa es la zona que más bombardean. Pero se cuidan muy mucho de tocar el hotel Astoria. Sabes dónde está el Astoria, ¿verdad? Casi al lado de San Isaac.

El rostro de Tatiana se volvió de un rojo intenso.

—No importa —añadió Alexandr rápidamente—. Hitler ha reservado el Astoria para celebrar la victoria después de desfilarse con su bandera por Nevski. Mantente alejada de Nevski, y no se te ocurra caminar por la acera norte de ninguna calle que vaya de este a oeste. Esto es válido para todos.

—¿Para cuándo está fijada la celebración en el Astoria? —preguntó Tatiana.

—Para octubre —respondió el teniente—. Cree que la gente de Leningrado abandonará la ciudad para octubre. Pero te diré una cosa: Hitler tendrá que retrasar la fiesta.

—¿Qué haríamos sin ti, Alexandr? —dijo Marina.

Dasha se acercó a Alexandr y lo abrazó.

—Ya está bien, Marina. Coquetea si quieres con el soldado de Tania.

—Sí, Marina, adelante —murmuró Tatiana, mirando a Dimitri, que permanecía tumbado en el sofá, casi dormido.

—¿Qué, Tania? —preguntó Marina—. ¿Crees que debo coquetear con tu soldado?

«No es lo bastante lejos, Alexandr —pensó Tatiana—. No es lo bastante lejos».

Tatiana recogía las tazas del té, cuando Dimitri despertó de la borrachera. Cogió a la muchacha por un brazo y la atrajo contra su cuerpo.

—Tanechka —murmuró—. Tanechka.

Tatiana luchó por soltarse, pero él la sujetaba con fuerza.

—Tania, ¿cuándo, cuándo? —Su aliento apestaba a alcohol—. No puedo seguir esperando.

—Dima, venga, suéltame. —Tatiana comenzó a hiperventilar—. Tengo un trapo mojado en las manos.

—Vaya comportamiento, Dima —intervino la madre—. Tania, creo que Dima bebe demasiado.

Tatiana notó la presencia de Alexandr detrás de ella. Escuchó la voz del teniente directamente detrás de ella.

—Sí, creo que bebe demasiado. —Apartó los brazos de Dimitri y ayudó a Tatiana a levantarse. Su mano se demoró para apretarle el brazo.

—Gracias, Alexandr.

—¿Qué le pasa, Tania? —preguntó la madre—. Se comporta de una forma bastante extraña. Siempre está enojado, y apenas si habla. Ya no se muestra amable contigo.

Tatiana miró por un momento a Dimitri.

—A medida que ve acercarse su propia muerte, va perdiendo el interés en mí, mamá —declaró.

Se fue a la cocina sin mirar a Alexandr, pero consciente de las miradas de Marina y *babushka*. Dasha estaba en la otra habitación atendiendo al padre.

6

Tatiana creyó que podía soportarlo. Creía que podía soportarlo todo. Pero una noche —dos semanas después del incendio de los almacenes Badaiev— cuando todos habían regresado del trabajo y en lugar de estar preparando la cena, estaban sentados en el refugio, cansados y hambrientos, Dasha se sentó junto a Tatiana y anunció en voz alta para que la escucharan todos:

—¿Sabéis una cosa? ¡Alexandr y yo vamos a casarnos!

Las lámparas de petróleo alumbraban demasiado como para ocultar la explosión dentro de Tatiana. Hasta Marina soltó una exclamación. Sólo Dasha, loca de felicidad, que continuaba sonriendo mientras en el exterior estallaban las bombas, permanecía ajena a los sentimientos de su hermana.

—Es fantástico, Dasha —afirmó Marina—. Enhorabuena.

—Dashenka, por fin una de mis hijas tendrá su propia familia —dijo la madre—. ¿Cuándo será la boda?

El padre, sentado junto a su esposa, murmuró algo.

—¿Tania? ¿Lo has escuchado? —preguntó Dasha—. ¡Voy a casarme!

—Te he escuchado, Dasha. —Tatiana se volvió y se encontró con la mirada piadosa de Marina. No sabía qué era peor. Miró otra vez a su hermana—. Enhorabuena. Debes de sentirte muy feliz.

—¡Feliz! ¡Estoy que reviento de alegría! ¿Te lo imaginas? Me convertiré en Dasha Belova. —Soltó una risita—. Tan pronto como él consiga dos días de permiso, iremos a la oficina del registro civil.

—¿No estás preocupada? —Tatiana mantenía los ojos cerrados.

—No estoy preocupada —replicó Dasha haciendo un gesto con su bien torneado brazo—. ¿Preocupada por qué? Alexandr no está preocupado.

Saldremos adelante. ¿Cuál es el problema? —Dasha rodeó la cintura de Tatiana, que no sabía cómo aún seguía sentada—. No te echaré de la cama. *Babushka* nos dejará su habitación durante un par de días. —Dasha la besó—. ¡Casada, Tania! ¿Te lo puedes creer?

—No me lo puedo creer.

—¡Lo sé! —exclamó Dasha, excitada—. Yo misma casi no me lo creo.

—Estamos en guerra. Podría morir, Dasha.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé? No bromees con su muerte.

—No bromeo. —Tatiana se estremeció.

—Doy gracias a Dios de que finalmente lo hayan sacado del frente de Dubrovka y que ahora esté en Schiisselburg. Allí se está más tranquilo. —Dasha sonrió—. ¿Sabes? Es lo que hago ahora. Cierro los ojos, busco su presencia, y así sé que está vivo. Tengo un sexto sentido —añadió con un tono de orgullo.

Marina comenzó a toser. Tatiana abrió los ojos y miró a su prima con una expresión que cortó en seco el ataque de tos.

—¿Qué quieres, Dasha? —susurró—. ¿Quieres ser la viuda, en lugar de ser sencillamente la chica de un soldado muerto?

—¡Tania!

Tatiana no dijo nada. ¿Quién le traería un poco de alivio? No sería la noche, ni tampoco sus padres; *deda* y la otra *babushka*, que estaban tan lejos; la anciana *babushka* Maia, sólo preocupada por su pintura; Marina, que sabía demasiado sin saber nada; Dimitri, perdido en su propio infierno; y ciertamente no de Alexandr, el imposible, enloquecedor e imperdonable Alexandr.

La ausencia de consuelo era tan desesperante que Tatiana no pudo seguir sentada. Se marchó del refugio en pleno ataque aéreo, y sólo oyó la voz de Dasha, que preguntaba extrañada: «¿Se puede saber qué le pasa?».

¿Cómo lo hizo para pasar la noche de cara a la pared, junto a Marina y Dasha? ¿Cómo lo hizo? No lo sabía. Fue la peor noche de la vida de Tatiana.

A la mañana siguiente, se levantó tarde y en lugar de ir a la tienda de siempre en Fontanka y Nekrasova, fue a otra en Nevski Viejo, cerca de su

antigua escuela. Le habían dicho que el pan que repartían era bueno. Sonaron las sirenas. Ni siquiera se molestó en buscar refugio.

Continuó caminando con la mirada baja. Los silbidos de las bombas, los estallidos, el viento provocado por las ondas expansivas, los ruidos de los edificios que se derrumbaban y los gritos de los heridos no eran nada comparado con el terrible dolor dentro de su pecho.

Tatiana comprendió sin más que la guerra no la asustaba. Esto, el reconocimiento de la ausencia del miedo, era algo nuevo para ella. Pasha siempre había sido intrépido. Dasha, segura de ella misma. *Deda*, de una franqueza despiadada. Su padre, estricto y borracho. Su madre, mandona, y *babushka* Anna arrogante. Tatiana cargaba con las inseguridades ocultas de todos sobre sus hombros delgados. Sí, la inseguridad, la timidez y el miedo de todos. Pero no el propio. No tenía miedo de la guerra. Era como ser alcanzado por un rayo, aunque fuera un rayo que descargaba mil veces por día. No, no era la guerra lo que la aterrorizaba. Era el tremendo caos de su corazón roto en mil pedazos.

Fue a trabajar, y cuando dieron las cinco, se quedó en el trabajo, y siguió allí cuando dieron las seis y las siete. A las ocho fregaba el suelo del puesto de las enfermeras cuando vio entrar a Marina e ir hacia ella. Tatiana no quería ver a Marina.

—Tania, ¿qué haces? Todo el mundo está preocupado por ti. Creen que estás muerta.

—No me han matado. Estoy aquí, fregando suelos.

—Han pasado tres horas desde que se ha acabado tu turno. ¿Por qué no estás en casa?

—¿No ves que estoy fregando el suelo? Apártate, Marina. Te mojarás los zapatos. —Tatiana no apartó la mirada de la fregona.

—Tania, te esperan. Dimitri y Alexandr están en casa. No seas egoísta. La familia no puede celebrar el compromiso de Dasha, porque está muy preocupada por ti.

—De acuerdo —replicó Tatiana, sin soltar la fregona—. Ya me has encontrado. Estoy aquí. Diles que no se preocupen y que celebren todo lo

que quieran. Tengo trabajo que hacer. Hoy tengo turno doble. Llegaré a casa tarde.

—Tania, cariño, ven ahora. Sé que es duro. Pero tienes que volver a casa y brindar por tu hermana. ¿En qué estás pensando?

—¡Estoy trabajando! —gritó Tatiana—. ¡Por qué no me dejas en paz!
—Miró la fregona, con lágrimas en los ojos.

—Tania, por favor.

—¡Déjame sola! —repitió Tatiana—. ¡Por favor!

Marina se marchó a regañadientes.

Tatiana fregó el puesto de enfermeras, el pasillo, los baños y algunas de las habitaciones de los pacientes. Entonces un médico le pidió que le ayudara a vendar a cinco víctimas de los bombardeos y Tatiana fue con él. Cuatro de las víctimas fallecieron en menos de una hora. Tatiana se sentó con la última, un anciano de unos ochenta años, hasta que también murió. El viejo murió cogido de su mano, y antes de expirar, se volvió hacia ella y le sonrió.

Cuando llegó a casa, todos estaban durmiendo. Dimitri y Alexandr se habían marchado hacía mucho. Tatiana durmió en el sofá del vestíbulo, se levantó antes que los demás y salió a buscar las raciones en Nevski Viejo.

Por la tarde, al regresar del trabajo, su padre estaba fuera de sí. Al principio, Tatiana no consiguió entender a qué venía su furia, ni tampoco le importaba mucho. Pero cuando su padre la siguió a la habitación, sin dejar de gritar, llegó a la conclusión de que estaba furioso con ella.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó, hastiada. No podía importarle menos.

A su padre no se le entendían las palabras, pero su madre, que también estaba furiosa, pero sobria, entró para decirle que la noche anterior cuando ella estaba Dios sabe dónde mientras la familia celebraba el compromiso de Dasha, se había presentado una niña llamada Mariska, para pedir comida.

—¡Mariska dijo que alguien llamado Tania la había estado alimentando desde hacía una semana! —gritó la madre—. ¡Una semana con nuestra comida!

—Así es. Los padres de Mariska llevan semanas borrachos y no le dan de comer. —Tatiana miró a sus padres—. Necesitaba comer, y le di un poco de la nuestra. Creí que teníamos bastante.

Entró en la cocina para buscar un cuchillo. Sus padres la siguieron sin interrumpir los gritos ni un instante.



Al día siguiente, Alexandr y Dimitri se presentaron después de cenar para llevar a las muchachas de paseo antes del bombardeo de las nueve y el toque de queda. Tatiana no miró a los soldados.

—¿Qué pasó contigo ayer? —preguntó Dimitri—. Te estuvimos esperando durante horas.

—Ayer me tocó turno doble —le explicó Tatiana. Cogió el cárdigan colgado en el perchero y pasó por delante de Alexandr sin mirarlo.

El atardecer era tranquilo. Los cuatro pasearon en paz por Suvorovski en dirección al parque de Táuride. La paz era relativa porque en Octavo Soviet, un edificio había sido alcanzado por una bomba, y los cristales rotos formaban una capa que brillaba como el hielo por toda la calle.

Dimitri y Tatiana caminaban delante de los otros dos. Dimitri le preguntó por qué caminaba sin levantar la mirada del suelo. La muchacha se encogió de hombros en silencio. Se había peinado de una manera que le tapaba la mitad del rostro.

—¿No te parece fantástico que Alexandr y Dasha se vayan a casar? —preguntó Dimitri, con un brazo en la cintura de Tatiana.

—Sí —respondió ella con un tono frío y en voz muy alta—. Me parece fantástico.

No miró atrás. Era consciente de la mirada de Alexandr, y sencillamente no sabía cómo haría para seguir caminando sin tambalearse.

—Escribí una carta a *deda* y *babushka* —dijo Dasha—. Se alegrarán muchísimo. Siempre les has caído bien, Alexandr. —Sonaron unas risitas. Tatiana tropezó con el bordillo y Dimitri la sujetó por el brazo—. Tania

está un poco triste estos días, Dima —añadió—. Dima, creo que está esperando a que te declares.

—¿Debo hacerlo, Tanechka? —Dimitri le apretó el brazo—. ¿Qué dices? ¿Debo pedirte que te cases conmigo?

Tatiana no contestó. Se detuvieron en una esquina para dejar pasar a un tranvía.

—¿Queréis que os cuente un chiste? —preguntó Tatiana, y continuó antes de que nadie tuviera ocasión de responderle—. «Cariño, cuando nos casemos, estaré a tu lado para compartir todos tus problemas y pesares», dice el hombre. «Pero si no tengo ninguno, amor mío», responde ella. «He dicho cuando nos casemos», le dice él.

—Muy gracioso, Tania —opinó Dasha.

Tatiana se rio sin ganas; al reírse, el pelo se movió lo suficiente para dejar al descubierto un corte negro e hinchado sobre una de las cejas. Dimitri soltó una exclamación. La muchacha agachó la cabeza y se arregló el pelo para que no se viera el golpe.

—¿Qué pasa, Dima? —preguntó Alexandr.

Dimitri no le contestó, así que Alexandr se acercó para ponerse delante de Tatiana.

—No es nada —murmuró ella, sin levantar la cabeza.

—¿Quieres mirarme, por favor? —le pidió el teniente.

Tatiana quería levantar la cabeza y gritar. Pero tenía a Dasha a un lado y a Dimitri al otro, y no podía mirar el rostro de su amado. Sencillamente no podía. Lo único que pudo hacer fue repetir que no era nada.

—Ah, Tania —exclamó Alexandr, con el rostro pálido por el esfuerzo de controlar sus emociones—. Ah, Tania.

—Todo es culpa suya —afirmó Dasha, que se colgó del brazo de Alexandr—. Sabía muy bien que papá estaba borracho. Sin embargo, fue incapaz de no contestarle. Papá le gritó un poco porque había estado alimentando a una niña a escondidas.

—Me gritó por darle de comer a Mariska, pero me pegó por no lavarle las sábanas, que es tu trabajo.

—¿Cómo te hizo el corte en la ceja? —Quiso saber Dimitri, preocupado.

—Eso fue culpa mía —reconoció Tatiana—. Perdí el equilibrio y me caí. Me golpeé con uno de los cajones de la cocina que estaba abierto.

—Ah, Tania —repitió Alexandr.

—¿Qué? —replicó Tatiana, que lo miró con el rostro pálido.

Él bajó la mirada.

—Eh, un momento —dijo Dasha, dispuesta a defenderse—. No hago caso de las cosas que dice papá. Estaba borracho. No iba a discutir con él por una tontería.

—¿Te refieres a discutir por mí? ¿Quieres decir que no pensabas dar la cara y decirle: «Papá, no te lavé las sábanas y lo siento»?

—¿Para qué? ¡Estaba borracho!

—¡Siempre está borracho! —gritó Tatiana a voz en cuello—. ¡Siempre, y estamos en guerra, Dasha! ¿No crees que ya tenemos bastantes problemas? ¡Créeme, tenemos bastantes problemas! —Miró a su hermana—. Olvídalo. Crucemos.

Mientras cruzaban la calle, Tatiana escuchó con toda claridad la respiración furiosa de Alexandr.

—Dasha, vamos —exclamó de pronto. La cogió por el brazo y la apartó de la otra pareja. Echó a correr con Dasha a su lado.

Dimitri y Tatiana se quedaron solos en mitad de Suvorovski.

—¿Qué, Dima? ¿Cómo estás tú? —Tatiana intentó sonreír—. Me han dicho que los alemanes han acabado de atrincherarse. ¿Significa que han cesado los combates?

—Tania, no me digas que quieres hablar de la guerra.

—Sí, sí que quiero. ¿Es verdad que Hitler ha ordenado a sus tropas que borren Leningrado de la faz de la tierra?

—Eso tendrás que preguntárselo a Alexandr. —Dimitri se encogió de hombros.

—He oído no sé... —Tatiana se interrumpió al darse cuenta de algo—. ¿Sabes qué, Dima? Creo que debemos regresar a casa.

—Pues te diré una cosa. Lo mejor será que me vaya al cuartel. A ti no te importa, ¿verdad? Tengo cosas que hacer. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, Dima —respondió Tatiana, que lo miró en su indefensa, distante, inútil proximidad. ¿Había otra persona que a él le importara menos? Estaba segura de que no.

—No sé cuándo volveré —añadió Dimitri—. Corren rumores de que nos enviarán al otro lado del río. Vendré a verte cuando regrese, si es que regreso. Si puedo, te escribiré.

—Hazlo. —Tatiana se despidió de Dimitri en la esquina y lo miró mientras se alejaba. No creyó que volvería a verle pronto.

Regresó a su casa sola, y cuando estaba cerca del edificio, vio salir a Alexandr a la carrera. Estaba a unos diez metros. El teniente se detuvo un momento para recuperar el aliento, y cuando la vio se quedó como fulminado. El control de Tatiana sobre sus emociones era tan frágil que comprendió que no podía enfrentarse a él. Se volvió y comenzó a caminar a toda prisa en la dirección opuesta. Oyó que él la llamaba, y un segundo más tarde, le cortaba el paso.

—Déjame en paz —dijo ella con voz débil y levantó los brazos como si quisiera protegerse—. Por favor, déjame en paz.

—¿Dónde has estado? —le preguntó Alexandr—. He ido a la tienda de Fontanka y Nekrasova tres mañanas seguidas a ver si te encontraba.

—Pues aquí me tienes.

—Tania, mírate, ¿cómo pudiste dejar que te hiciera eso?

—Es algo que me pregunto una y otra vez. Y no sólo de él.

—Tania...

—¡No quiero hablar contigo ahora! —gritó Tatiana. Dio un paso atrás, y con los labios temblorosos, y las lágrimas a punto de rodar por sus mejillas, añadió en voz mucho más baja—: No quiero hablar contigo nunca más.

—Tania, si me dejas...

—No.

—¿Por qué...?

—¡No!

—Tania...

—¡No! —Tatiana se acercó al oficial, rechinando los dientes, con ganas de golpearlo. Apretó los puños. Quería hacerle daño.

Alexandr miró los puños de Tatiana, después miró su rostro, con una expresión incrédula.

—Prometiste que me perdonarías si...

—Te perdonaría —le interrumpió ella, llorosa— por tu rostro valiente y distante, Alexandr. —Gimió de dolor—. Pero no por tu valiente y distante corazón.

Antes de que él pudiera responderle o detenerla, Tatiana se alejó a la carrera, cruzó el portal de su casa y subió de dos en dos los tres tramos de escalera hasta su apartamento.

En casa, su padre estaba tendido en el suelo del pasillo, borracho, pero también inconsciente. Su madre y Dasha lloraban en la habitación. «Oh, Dios mío —pensó Tatiana, enjugándose las lágrimas—. ¿Es que esto no se acabará nunca?».

—¡Tania, menuda pelea! —le susurró Marina—. No te creerás las cosas que dijo Alexandr cuando entró aquí como una tromba. ¡Mira lo que le hizo a la pared! —Señaló emocionada un trozo de la pared del pasillo donde se veía un desconchado—. Alexandr dijo que al darse a la bebida, tu padre le había vuelto la espalda a su familia precisamente cuando más le necesitaban. Que no había cumplido con sus responsabilidades para con aquellas personas a las que se suponía debía proteger, y no hacer daño. ¡Alexandr estaba hecho una fiera! —Marina parecía muy impresionada—. Dijo: «¿Dónde podrá ir si afuera los nazis la bombardean y dentro su propio padre intenta matarla?». ¡Tania, no sabía cómo detenerlo! Le dijo a tu madre que debía ingresar a tu padre en el hospital. «Usted es madre, por amor de Dios, salve a sus hijos». —Tatiana desvió la mirada—. Tu padre estaba muy borracho e intentó pegarle. Alexandr lo sujetó por los hombros y lo lanzó contra la pared, sin dejar de gritarle los peores insultos, y después se marchó, furioso. Te juro que no sé cómo no lo mató. ¿Te lo puedes creer?

—Me lo creo —susurró Tatiana. Alexandr llevaba a su propio padre allí donde iba. Llevaba a su padre, a su madre, a él mismo. Ella era la única persona en el mundo en la que confiaba y que le ayudaba a cargar con su cruz. No mucho, pero lo suficiente para recordarlo en aquel momento. Por un instante —y no necesitó más— Tatiana dejó de autocompadecerse y sufrió por Alexandr, y cuando lo hizo se aplacó la furia que sentía contra él—. ¿Duerme la mona? —le preguntó a su prima mientras se sentaba en el sofá y miraba a su padre.

—No. Creo que se ha desmayado de miedo. Tania, ¿me escuchas? ¡Alexandr parecía a punto de matarlo!

—Te escucho.

—Oh, Tania —susurró Marina, en el pasillo, a dos metros de una habitación y a tres metros de la otra—. Tania, ¿qué harás?

—No sé a qué te refieres. Antes que nada, intentaré ayudar a papá.

Su padre continuaba inconsciente, y la preocupación de los Metanov aumentaba. La madre propuso que le llevaran al hospital durante unos días hasta que recuperara la sobriedad. Tatiana admitió que era una buena idea. Hacía muchos días que el padre no estaba sobrio.

Tatiana le pidió a Petr Petrov, que vivía al otro lado del vestíbulo, que las ayudara a llevar al padre al pabellón de alcohólicos del hospital Suvorovski. No había camas disponibles en el Gresheski, donde trabajaba Tatiana.

Entre las muchachas y Petrov llevaron al padre hasta el hospital, donde lo ingresaron en una sala con otros cuatro alcohólicos. Tatiana pidió una esponja y agua para lavarle la cara. Después, se sentó a su lado y le sostuvo la mano flácida.

—Lo siento mucho, papá —le dijo.

Estuvo mucho rato acariciando la mano de su padre. De vez en cuando se la apretaba suavemente y le preguntaba:

—¿Me escuchas, papá?

Por fin, el hombre gimió de una manera que ella interpretó como un asentimiento. El padre abrió los ojos.

—Estoy aquí, papá. Aquí mismo. Mírame. —Él movió la cabeza en la almohada—. Estarás en el hospital sólo unos días —añadió Tatiana, sin soltarle la mano—. Hasta que estés sobrio. Después te llevaremos a casa. Ya verás como todo volverá a la normalidad.

Tatiana sintió el leve apretón de respuesta.

—Lamento mucho no haber podido traerte de vuelta a Pasha. Pero ¿sabes?, todos los demás estamos aquí.

Vio las lágrimas en los ojos de su padre, que volvió a apretarle la mano. El borracho susurró con voz ronca:

—Todo es culpa mía.

—No, papá querido. —Tatiana le dio un beso en la frente—. No es culpa tuya. Es la guerra. Pero tienes que dejar la bebida. —El padre cerró los ojos y ella se marchó.

En casa, Dasha se enfrentó a Tatiana y comenzó a decirle toda clase de barbaridades mientras Marina intentaba mediar entre sus primas. Tatiana se sentó en el sofá y permaneció en silencio, imaginándose que estaba sentada tranquilamente entre *deda* y *babushka*. En un momento dado, Dasha se enfureció tanto que se acercó para pegarle, y Marina consiguió impedirlo a duras penas.

—Dasha, esto es ridículo. ¡Déjala en paz!

Dasha apartó a Marina sin miramientos.

—¡Déjala en paz! —repitió la muchacha—. ¡Ya está bastante dolida! ¿No ves cómo sufre?

Tatiana miró a su prima con cariño y a su hermana con una expresión severa, y después dejó el sofá para irse a la otra habitación. Necesitaba acostarse y no volver a tener nunca más otro día como aquél, o el de ayer, o el de anteayer. Dasha la sujetó. Tatiana le apartó la mano y miró a su hermana.

—Dasha, dentro de un minuto perderé la paciencia. ¡Déjame tranquila de una vez! ¿Serás capaz de hacerlo?

Miró a Dasha sin parpadear y su hermana la dejó tranquila.

Más tarde, cuando las dos primas estaban en la cama. Marina acarició la espalda de Tatiana y le susurró:

—Todo se arreglará, Tania. Ya lo verás.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Tatiana—. Nos bombardean todos los días, estamos sitiados, muy pronto se acabará la comida, papá no deja de beber...

—No me refería a eso —dijo Marina.

—Entonces no sé de qué me hablas, pero cállate antes de que me lo digas.

Dasha no estaba en la cama.

Tatiana durmió de cara a la pared, con la mano sobre el libro que le había regalado Alexandr. Le dolía la herida en la frente. Pero por la mañana el dolor disminuyó. Se puso un poco de tintura de yodo en el corte y se fue a trabajar, con el rostro manchado de antiséptico.

A la hora de comer, salió del hospital y fue caminando lentamente hasta el Campo de Marte. Ahora estaba irreconocible con las trincheras cavadas a todo su alrededor y los emplazamientos de las piezas de artillería. Habían minado todo el campo y no se podía pasar. No quedaba ni un solo banco. Lo único que Tatiana pudo hacer fue quedarse a varios centenares de metros de la entrada del cuartel de Pavlov y mirar a los soldados que entraban y salían, o que haraganeaban delante de las puertas.

Se quedó allí durante media hora. Luego regresó al hospital. «Ni las bombas ni mi corazón roto —se dijo— podrán robarme el recuerdo de caminar descalza a tu lado a través del Campo de Marte en un mes de junio perfumado por los jazmines».

7

Aquella noche, durante el bombardeo posterior a la cena, alcanzaron el hospital Suvorovski donde estaba ingresado el padre.

Tres bombas hicieron impacto directo en el edificio, que se incendió y continuó ardiendo durante toda la noche a pesar de los esfuerzos de los bomberos. El hospital no estaba hecho de ladrillos, que resistían el fuego, sino de adobe, el material de principios del siglo XVIII con el que se habían construido la mayoría de los edificios de Leningrado. El edificio se hundió como un castillo de naipes, y después comenzó a arder. Sólo un puñado de pacientes, aquellos que podían moverse, saltaron por las ventanas antes de convertirse en teas humanas.

El padre, con cuarenta y tres años de edad, nacido a finales del siglo pasado, consumido por el remordimiento, incapaz de recuperar la sobriedad, ni siquiera se movió de la cama.

Dasha, Tatiana, Marina y la madre corrieron al hospital y observaron horrorizadas e impotentes cómo aquel infierno podía más que los bomberos con sus mangueras y engullía el edificio.

Las muchachas ayudaron a echar cubos de agua a través de las ventanas de la planta baja. Fueron a buscar arena a las terrazas y azoteas de los edificios vecinos, pero todo no era más que un movimiento de cuerpos impulsados por la inercia. Tatiana envolvía los cuerpos calcinados con sábanas mojadas que habían traído del hospital Gresheski. Se quedó hasta el amanecer. Dasha y Marina se llevaron a la madre a casa.

Sólo unos pocos internados consiguieron salvar la vida. El padre no era uno de ellos. Los bomberos ni siquiera encontraron el cadáver y no se

disculparon cuando extinguieron las últimas llamas. No tenían ninguna intención de retirar los cuerpos que yacían sepultados debajo de los escombros.

—Mira lo que queda, chiquilla —le dijo uno de los bomberos—. ¿Crees que podemos sacar lo que sea de allí? No son más que rescoldos. Cuando se enfríen, los tocarás y se convertirán en ceniza negra. —Le dio una palmadita en el hombro, con expresión ausente—. Tu padre, ¿no? No se puede hacer nada. Malditos alemanes. El camarada Stalin tiene razón. No sé cómo, pero nos las pagarán todas juntas.

Mientras Tatiana regresaba lentamente a casa con las primeras luces del alba, pensó en ella misma sepultada debajo de los escombros de la estación de Luga, sintiendo cómo se les escapaba la vida a las tres personas que le servían de escudo. Rogó para que su padre no se hubiera despertado, que no hubiese sufrido ni un segundo.

En cuanto llegó a casa, recogió en silencio las cartillas de racionamiento de toda la familia, excepto la de su padre, y salió a buscar el pan.

Si la vida en las dos habitaciones compartidas había sido difícil antes, ahora se había hecho imposible con la muerte del padre.

La madre estaba inconsolable y no hablaba con Tatiana.

Dasha estaba furiosa y no hablaba con Tatiana.

Tatiana no tenía claro si Dasha estaba furiosa por la muerte del padre o por Alexandr. Desde luego, no lo decía. No hablaba ni una palabra con su hermana.

Marina iba a visitar a su madre todos los días a Viborg y continuaba mirando a Tatiana con una expresión comprensiva.

Babushka pintaba. Pintó una tarta de manzanas tan real que Tatiana le dijo que casi se podía comer.

Unos pocos días después de la muerte del padre, Dasha le pidió a Tatiana que la acompañara a los cuarteles para comunicarle a Alexandr lo ocurrido. Tatiana invitó a Marina para que le diera apoyo. Quería verlo y sin embargo había muy poco que decir. ¿O había mucho? Tatiana no estaba

segura, no podía saberlo sin la ayuda de Alexandr, y tenía miedo de enfrentarse a él.

El teniente no estaba en el cuartel, ni tampoco Dimitri. Anatoli Marazov salió al pasillo y se presentó.

Tatiana sabía quién era por las cosas que le había contado Alexandr.

—¿Dimitri no está bajo su mando? —le preguntó.

—No, está al mando del sargento Kashnikov, que es el jefe de uno de los pelotones que comando, pero todos han sido enviados a Tijvin por el alto mando.

—¿Tijvin? ¿Al otro lado del río?

—Sí, en una barcaza a través del Ladoga. En Tijvin necesitaban refuerzos.

—¿También fue Alexandr? —preguntó Tatiana, sin aliento.

—No, él está en Carelia —contestó Marazov. Miró a Tatiana con atención—. ¿Así que tú eres la chica? —El oficial sonrió—. ¿La muchacha por la que ha abandonado a todas las demás?

—No es ella —exclamó Dasha con un tono rudo, apartando a Tatiana—. Soy yo. Dasha. ¿No me recuerdas? Nos conocimos en Sadko a principios de junio.

—Dasha —repitió Marazov. Tatiana se apoyó en la pared, con el rostro pálido. Marina la miró con los ojos como platos. Marazov se volvió hacia Tatiana—. ¿Tú cómo te llamas?

—Tatiana.

Los ojos de Marazov brillaron por un momento.

—¿Os conocíais? —Quiso saber Dasha.

—No. Nunca nos han presentado.

—Ah —dijo Dasha—. Por un momento me pareció que conocías a mi hermana.

—En absoluto —dijo Marazov, pero su mirada pareció negar sus palabras. Se encogió de hombros—. Le diré a Alexandr que estuvisteis aquí. Me reuniré con él en Carelia dentro de unos días.

—Por favor, dile que nuestro padre ha muerto —le pidió Dasha.

Tatiana se apresuró a salir y se llevó a Marina con ella.



La familia se había fragmentado. La madre no podía moverse de la cama. *Babushka* cuidaba de ella. La madre no quería saber nada de Tatiana, de sus disculpas ni de sus súplicas. Por fin, Tatiana dejó de suplicar.

El vacío que sentía acabó por dominarla; la culpa, el peso de la responsabilidad la aplastaba. «No fue culpa mía, no fue culpa mía», se repetía por las mañanas mientras cortaba el pan, ponía un par de rebanadas en el plato y se las comía en silencio. Tardaba unos treinta segundos en comerse su parte. Luego recogía las migas presionándolas con el dedo índice, y a continuación ponía el plato boca abajo y lo sacudía. Tardaba treinta segundos, y eran treinta segundos de «No fue culpa mía, no fue culpa mía».

La muerte del padre significó que dejaron de recibir el medio kilo de pan diario. La madre acabó por darle doscientos rublos a Tatiana para que fuera a comprar comida. Tatiana regresó con siete patatas, tres cebollas, medio kilo de harina y un kilo de pan blanco, que era tan escaso como la carne.

Tatiana continuó encargándose de ir a buscar las raciones, y un par de veces, mientras hacía la cola, pensó avergonzada que si no hubieran comunicado inmediatamente a las autoridades que su padre había muerto, les hubiesen dado su ración hasta finales de septiembre.

Lo pensaba con vergüenza, pero no dejaba de pensarlo.

Porque cuando septiembre dio paso a octubre, la sensación de vacío continuó a pesar de que la pena había disminuido, y Tatiana comprendió que el vacío no era de pena sino de hambre.

CAE LA NOCHE

1

Incluso durante los cálidos meses del verano, el aire de Leningrado siempre tenía un punto de frío, como si el Ártico quisiera recordarle a la ciudad norteña que el invierno y la oscuridad estaban a sólo unos pocos centenares de kilómetros. El viento traía hielo, incluso en las noches blancas de julio. Pero ahora que octubre estaba allí y que la ciudad chata y desolada era bombardeada todos los días, y se alzaba desierta y silenciosa por la noche, el aire no sólo era frío; el viento algo más que el hielo del Ártico. Traía una nota muy clara de desesperación, de tormento. Cuando salía, Tatiana se ponía un abrigo, la gorra con orejeras de Pasha, y se envolvía el cuello y la boca con una bufanda, pero no podía impedir que la nariz espirara puñales helados.

Habían vuelto a reducir las raciones de pan: trescientos gramos cada una para Tatiana, la madre y Dasha, doscientos gramos cada una para *babushka* y Marina. Menos de un kilo y medio en total para las cinco.

Aparte del pan, las tiendas no daban ni vendían nada más. No había huevos, mantequilla, pan blanco, queso, carne de ningún tipo, azúcar, cebada, centeno, frutas y verduras. En una ocasión, a principios de octubre, Tatiana compró tres cebollas y preparó sopa de cebolla. No estaba mal. Hubiese estado mejor con un poco más de sal, pero Tatiana era muy cuidadosa con la sal.

La familia intentaba reservar al máximo su provisión de alimentos, pero todas las noches tenían que abrir una lata de jamón, y daban gracias a *deda*. Habían dejado de cocinarlo en la cocina porque el olor del jamón se extendía por todo el piso, y entonces aparecían Sarkova, Slavin y los

Petrov, que se quedaban junto a la cocina y le preguntaban a Tatiana: «¿Crees que sobrará un poquitín para nosotros?».

Slavin cloqueaba como una gallina mientras Dasha los enviaba de vuelta a sus habitaciones, cloqueos cargados de burla.

—Eso, eso, cómete el jamón, ricura. Cómete el jamón, porque acabo de recibir el último informe directamente de Hitler en persona. *Herr* Hitler hará coincidir la retirada de sus tropas de Leningrado con tu última lata de jamón. ¿No lo sabías?

Los Metanov compraron una pequeña salamandra de hierro llamada *bourzhuika*, que tenía una manguera para la salida de humos que Tatiana sujetó a una pequeña abertura en el marco de la ventana. La tapa de la estufa servía para cocinar. La estufa consumía muy poca leña; el problema era que sólo calentaba una pequeña parte de la habitación.

Alexandr seguía en Carelia. Dimitri se encontraba en Tijvin. No tenían noticias de ninguno de los dos.

Durante la segunda semana de octubre, Antón vio hecho realidad su deseo. Una bomba de fragmentación estalló sobre Gresheski, y un trozo de metralla alcanzó al muchacho en la pierna. Tatiana no estaba en la azotea. Cuando se enteró, fue a ver a su amigo con una lata de jamón. El herido se comió el jamón en un par de bocados.

—Antón, ¿no le dejas nada a tu madre?

—Ella come en el trabajo. Le dan sopa y gachas.

—¿Y para Kirill?

—¿Qué pasa con él, Tania? —replicó Antón, impaciente—. ¿Para quién has traído el jamón? ¿Para Kirill o para mí?

A Tatiana no le gustaba nada el aspecto de Mariska. Se le caía el pelo. Todos los días le preparaba un plato de gachas. Pero sabía que era imposible seguir alimentando a la niña; la familia de Tatiana ya estaba bastante enfadada. Las gachas tenían un poco de sal y azúcar, pero ni pizca de mantequilla ni leche. Mariska se la comía como si fuera su última comida. Finalmente, Tatiana la llevó al pabellón infantil del hospital Gresheski. Tuvo que cargarla en brazos a lo largo de la última manzana.



Cuando Tatiana era una niña, a veces se olvidaba de comer durante medio día, y entonces, al recordarlo, decía: «Oh, no, me muero de hambre». Los ruidos del estómago vacío, la boca llena de saliva. Devoraba la sopa o el pastel de carne, el puré de patatas, se atiborraba de comida, y cuando se levantaba de la mesa, ya no tenía hambre.

Aquella sensación que Tatiana había notado, débilmente a finales de septiembre y con claridad a principios de octubre, se parecía en que el estómago le hacía ruidos y que tenía la boca llena de saliva. Devoraba el caldo acuoso, el pan negro, las gachas, y cuando acababa, se levantaba de la mesa, pero ahora seguía con hambre. Se comía un par de rebanadas del pan que había tostado. Pero el contenido de la bolsa disminuía por momentos. Las noches eran demasiado largas después del trabajo. Dasha y su madre comenzaron a llevarse unas cuantas tostadas en los bolsillos del abrigo cuando se iban a trabajar. Primero dos, y después más y más. *Babushka* mordisqueaba tostadas todo el día mientras pintaba o leía. Marina se llevaba tostadas a la universidad y también algunas para su madre moribunda.

Después de comprar la estufa, una mañana helada, la madre le dio a Tatiana el resto de su dinero —500 rublos— y le dijo que fuera al centro comercial y que comprara cualquier cosa comestible que tuvieran. El centro comercial cercano a la catedral de San Nicolás quedaba bastante lejos, y cuando Tatiana llegó allí, se encontró con una doble imagen. No sólo el local estaba en ruinas como consecuencia de los bombardeos, sino que había un cartel en uno de los escaparates destrozados con fecha 18 de septiembre que anunciaba: NO HAY COMIDA.

Regresó a su casa sin prisas. El 18 de septiembre. Hacía tres semanas. Su padre estaba vivo. Dasha pensaba en la boda.

La boda con Alexandr.

En casa, la madre no creyó a Tatiana cuando ella le contó que el centro comercial ya no existía, y amago pegarle pero se contuvo en el último momento, y a Tatiana le pareció algo tan maravilloso que se acercó a su

madre, y la abrazó mientras le decía: «*Mamochka*, no te preocupes. Yo cuidaré de ti». Tatiana le devolvió el dinero, distribuyó la ración de pan, cogió la parte más pequeña y la engulló camino del hospital, sin pensar en otra cosa que en la hora de la comida cuando le darían un plato de sopa y un tazón de gachas. Tatiana no pensaba más que en la comida. El hambre acuciante que sentía de la mañana a la noche derrotaba cualquier otra sensación de su cuerpo. Mientras caminaba hacia Fontanka pensaba en el pan, y mientras trabajaba pensaba en el almuerzo, y por la tarde pensaba en la cena, y después de la cena pensaba en la tostada que se comería antes de irse a la cama.

En la cama pensaba en Alexandr.

Una mañana, Marina se ofreció a ir a buscar las raciones.

Tatiana, sorprendida, le entregó las cartillas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. No hace falta.

A su regreso de la tienda, dejó el pan sobre la mesa donde la familia esperaba hambrienta. No habría más de medio kilo de pan.

—Marina, ¿dónde está el resto del pan? —preguntó Tatiana.

—Lo siento. Me lo comí.

—¿Te has comido un kilo de nuestro pan? —Tatiana la miró, incrédula.

—Tenía mucha hambre.

Tatiana miró a Marina sin saber qué más decir. Ella había ido a buscar las raciones de la familia durante seis semanas, y jamás se le había pasado por la cabeza comerse el pan que esperaban cinco personas.

Y mientras tanto, Tatiana tenía hambre.

Y mientras tanto, echaba de menos a Alexandr.

2

A mediados de octubre, muy temprano por la mañana, Tatiana se acercaba a Fontanka, con las cartillas en el bolsillo, y vio a un oficial que caminaba delante de ella entre la bruma del río; el deseo lo transformó en alguien muy parecido a Alexandr. Apuró el paso. Aquel hombre no podía ser él; parecía mucho mayor, con peor aspecto, con el abrigo y el fusil cubiertos de barro. Avanzó con cautela. Era Alexandr.

Cuando llegó a su lado y le miró la cara, vio la expresión de tristeza mezclada con el cariño. Tatiana se acercó un poco más. Le tocó el pecho con la mano enguantada.

—Shura, ¿qué te ha pasado?

—Oh, Tania, olvídate de mí. Mira lo delgada que estás. Tu rostro...

—Siempre he sido delgada. ¿Estás bien?

—Pero tu precioso rostro redondo... —añadió el teniente con la voz quebrada.

—Eso fue en otra vida, Alexandr. ¿Cómo...?

—Brutal. —Alexandr se encogió de hombros—. Mira, mira lo que te he traído. —Abrió el macuto negro y sacó un trozo de pan blanco y, envuelto en papel, ¡queso! Queso y una chuleta de cerdo ahumado. Tatiana miró la comida, casi sin aliento.

—Oh. Espera a que vean esto. Serán muy felices.

—Sí —replicó Alexandr, mientras le daba el pan y el queso—. Pero antes de que lo vean, quiero que te lo comas.

—No puedo.

—Puedes y lo harás. ¿Qué? Por favor, no llores.

—No lloro —negó Tatiana, que intentaba no llorar—. Es que estoy muy emocionada. —Cogió el pan, el queso y la chuleta, y comenzó a comer, embebida de su amor, mientras él la miraba—. Shura, no sé cómo decirte el hambre que he pasado. No tengo palabras para explicarlo.

—Tania, lo sé.

—¿Os dan de comer mejor en el ejército?

—Sí. A las tropas que están en el frente no les falta comida. A los oficiales nos dan de comer un poco mejor. Lo que no me dan, lo compro. El ejército recibe la comida antes que vosotros.

—Es como tiene que ser —afirmó Tatiana, con la boca llena, feliz.

—Calla, y come despacio. Vas a conseguir que te duela el estómago.

Masticó lentamente, sólo un poco. Le sonrió, sólo un poco.

—Para la familia compré mantequilla y una bolsa de harina —dijo Alexandr. Le mostró un paquete que llevaba en el bolsillo interior del abrigo—. Y veinte huevos. ¿Cuándo fue la última vez que comiste huevos?

Tatiana lo recordaba con toda exactitud.

—Fue el 15 de septiembre. Déjame comer un trocito de mantequilla. ¿Puedes hacer la cola conmigo, o tienes que irte?

—He venido a verte.

Se miraron el uno al otro sin tocarse.

Se miraron el uno al otro sin hablar.

—Hay demasiadas cosas que decir —susurró Alexandr finalmente.

—No hay tiempo para decirlas —replicó Tatiana. Miró la larga cola delante de la tienda. Dejó de comer—. He estado pensando en ti —manifestó con voz serena.

—No vuelvas a pensar —dijo Alexandr con un tono resignado.

—No te preocupes. —Tatiana se apartó—. Has dejado muy claro que eso es lo que quieres.

—¿De qué hablas? —La miró, desconcertado—. No tienes idea de lo que estamos pasando allí.

—Sólo sé lo que estamos pasando aquí.

—Nos están matando a todos. Incluso a los oficiales. —Alexandr hizo una pausa—. Grinkov ha muerto.

—Oh, no.

—Oh, sí. —El teniente suspiró—. Hagamos la cola.

Alexandr era el único hombre de la cola. Esperaron juntos durante cuarenta y cinco minutos. Casi no había ruidos en el interior de la tienda; nadie hablaba. Y ellos no podían callar. Hablaron del frío, de los alemanes, de la comida. Pero no podían callar.

—Alexandr, tenemos que conseguir más comida de alguna parte. No me refiero a mí, sino a Leningrado. ¿De dónde la traerán? ¿No pueden traerla en aviones?

—Ya lo hacen. Cada día traen por aire cincuenta toneladas de comida, combustible y municiones.

—Cincuenta toneladas. Parece mucho, ¿no? —Cuando él no le respondió, Tatiana le preguntó—: ¿Lo es?

Comprendió que él intentaba no contestar.

—No es bastante —acabó por decir el oficial.

—¿No es bastante por cuánto?

—No lo sé.

—Dímelo.

—No lo sé, Tania.

—Pues a mí me parece que no está nada mal —señaló Tatiana, con una falsa alegría—. Cincuenta toneladas. Eso es muchísimo. Me alegra que me lo hayas dicho porque Nina no tiene nada para su familia.

—¡Alto! —exclamó Alexandr—. ¿De qué hablas?

—Decía que Nina no tiene nada...

—Cincuenta toneladas te parecen mucho, ¿verdad? —dijo Alexandr, con voz áspera—. Pavlov, el jefe de abastecimientos, está alimentando a tres millones de personas con mil toneladas de harina al día. Saca la cuenta.

—¿Lo que nos reparte ahora suma mil toneladas? —Tatiana estaba atónita.

—Sí. —Alexandr meneó la cabeza y la miró, desconsolado.

—¿Y sólo traen cincuenta toneladas por avión?

—Sí. Cincuenta toneladas, pero no sólo de harina.

—¿Cómo llegan aquí las toneladas que faltan?

—Por el lago Ladoga. Las transportan en barcazas, treinta kilómetros al norte de las líneas alemanas.

—Shura, con esas mil toneladas, si no tuviéramos nuestras provisiones, no podríamos subsistir. No podríamos vivir con lo que nos dan.

Alexandr no le respondió.

Tatiana lo miró por un instante, y luego volvió la cabeza. Quería volver a casa en ese mismo momento y contar cuántas latas de jamón les quedaban.

—¿Por qué no mandan más aviones?

—Porque todos los aviones militares están participando en la batalla de Moscú.

—¿Qué pasa con la batalla de Leningrado? —replicó sin esperar una respuesta y sin conseguirla—. ¿Crees que levantarán el asedio antes del invierno? —preguntó con un hilo de voz—. La radio insiste en que mantengamos hacernos fuertes aquí, conseguir abrir una brecha allá, levantar puentes móviles. ¿Tú qué crees?

Alexandr no le contestó, y Tatiana no volvió a mirarlo hasta que salieron de la tienda.

—¿Me acompañarás a casa?

—Sí, Tania. Te acompañaré a casa.

—Pues vamos. Con la mantequilla que has traído, te prepararé gachas para el desayuno, y te freiré unos huevos.

—¿Todavía te queda cebada?

—Yo diría que cada vez me cuesta más mantenerlas apartadas de las reservas entre comidas. Creo que *babushka* y Marina son las peores. Se comen la harina de cebada sin cocinar, tal como la sacan de la bolsa.

—¿Lo haces tú, Tatia? ¿Comes la harina de cebada directamente de la bolsa?

—Todavía no. —No quiso mencionar lo mucho que deseaba hacerlo, ni cómo metía el rostro dentro de la bolsa y olía el aroma un tanto mohoso de la avena, mientras soñaba con mantequilla, azúcar, leche y huevos.

—Tendrías que hacerlo —afirmó Alexandr.

Caminaron sin prisas a lo largo del canal Fontanka, envueltos en la bruma. A Tatiana le recordaba un poco el canal Obvodnoi, por donde habían paseado las tardes de verano a la salida de la Kirov. A ella se le partía el corazón. A tres calles de la casa, acortaron el paso hasta que se detuvieron. Se apoyaron en la pared de un edificio.

—Desearía que hubiera un banco —dijo Tatiana, en voz baja.

—Marazov me contó lo de tu padre —manifestó Alexandr, con el mismo tono. Al ver que Tatiana no le respondía, añadió—: Lo siento mucho. ¿Me perdonarás?

—No hay nada que perdonar.

—Es mi maldita indefensión —continuó Alexandr—. No hay nada que pueda hacer por protegerte. Y lo he intentado. Desde el primer momento. ¿Recuerdas cuando trabajabas en la Kirov?

Tatiana lo recordaba.

—Lo único que quería entonces era que te marcharas de Leningrado. No lo conseguí. Tampoco conseguí protegerte de tu padre. —Meneó la cabeza—. ¿Cómo tienes el corte? —Levantó una mano y le tocó la costra con las yemas de los dedos.

—Ya casi está cicatrizada. —Tatiana se apartó. Alexandr bajó la mano, y la miró con aire de reproche—. ¿Cómo está Dimitri? ¿Has tenido noticias de Dima?

—¿Qué te puedo decir de Dimitri? —Alexandr sacudió la cabeza—. Cuando me enviaron a Schiisselburg a mediados de septiembre, le dije que me acompañara, que se uniera a mi compañía. Se negó. Dijo que allí no estábamos bien protegidos. De acuerdo, le respondí. Después me ofrecí voluntario para ir a Carelia con un batallón y apartar un poco a los finlandeses. —Hizo una pausa—. Para que los camiones que transportan la comida desde el Ladoga a Leningrado tuvieran el camino despejado. Los finlandeses estaban demasiado cerca. Las escaramuzas entre ellos y los guardias de frontera del NKVD acababan siempre con la muerte de algún pobre camionero que sólo intentaba traer comida a la ciudad. Le dije a

Dimitri que viniera conmigo. Sí, era peligroso, era atacar territorio enemigo, pero si teníamos éxito...

—Os convertiríais en héroes. ¿Triunfasteis?

—Sí —respondió Alexandr modestamente.

Tatiana lo miró, asombrada. Confió en que no fuera escandalosamente evidente lo que sentía en aquel momento.

—¿Tú te ofreciste voluntario?

—Sí.

—¿Al menos te dieron un ascenso?

—Ahora soy el capitán Belov. —Se inclinó—. ¿Quieres ver mi nueva medalla?

—¡No, ya está bien! —En el rostro de Tatiana apareció una sonrisa.

—¿Qué? —Alexandr la miró como si quisiera comérsela—. ¿Qué? ¿Estás orgullosa?

—No sé, no sé. —Tatiana intentó controlar la sonrisa.

—Esto era lo que pretendía que hiciera Dima —añadió Alexandr—. Si funcionaba, lo hubiesen ascendido a cabo. Cuanto más asciendes, más lejos estás de la primera línea.

—Tiene poca vista —afirmó Tatiana.

—Ahora lo tiene peor, porque lo han enviado con Kashnikov a Tijvin. Marazov vino conmigo, y ahora es teniente primero. Pero a Dima lo transportaron en una barcaza a través del Ladoga, y ahora es uno más entre decenas de miles de hombres, que serán carne de cañón para los Schmidt.

Tatiana había escuchado las noticias provenientes de Tijvin. Los soviéticos habían recuperado la ciudad de manos de los alemanes en septiembre y ahora la defendían con uñas y dientes, para mantener abierta la línea por la que circulaban los trenes con los alimentos que transportaban las barcazas. Si la perdían, no entraría ni un kilo de alimento en Leningrado. Hacía rato que no sonreía.

—Lamento que no tuvieras suerte con Dimitri. Un ascenso le hubiera ayudado mucho.

—Estoy de acuerdo.

—Quizá si se convirtiera en un héroe —añadió Tatiana—, tú no tendrías que casarte con mi hermana.

—Oh, Tania —exclamó el oficial, con una expresión desesperada.

—Pero tal como están las cosas —le interrumpió ella sin miramientos—, tú eres capitán y él se encuentra en Tijvin. Tendrás que casarte con ella, ¿no? —Lo miró, implacable.

Alexandr se frotó los ojos con las manos mugrientas. Tatiana nunca lo había visto tan sucio. Se había olvidado completamente de él, preocupada sólo por sus cosas.

—Oh, Shura, ¿qué estoy haciendo? Discúlpame. Vamos a casa. Mírate. Te lavarás. Podrás darte un baño caliente —añadió, con ternura—. Calentaré el agua para ti. Te prepararé unas gachas deliciosas. Ven. —Fue a añadir «cariño», pero no se atrevió. Cásate con Dasha, estuvo a punto de decir, cástate con ella si te ayuda a vivir.

Alexandr no se apartó de la pared.

—Por favor, Shura, vamos.

—Espera. —El capitán se mordió el labio inferior—. ¿Estás enojada conmigo por lo de tu padre?

Él no se defendió, no discutió, no dijo que no era culpa suya. Sencillamente aceptó la responsabilidad y siguió adelante, como si no fuera más que otra carga sobre sus hombros. Claro que sus hombros eran lo bastante anchos como para soportar varias cargas, incluidas algunas de Tatiana y, curiosamente, ver cómo él sacaba pecho hizo que ella aligerara el suyo. El alivio llegó a costa de Alexandr, pero así y todo era un alivio bienvenido. ¿Ella necesitaba consuelo? Pues ya lo tenía.

—No, Shura —dijo ella, con un tono cálido—. Nadie está enojado. Se alegrarán muchísimo cuando vean que estás vivo.

El capitán la miró a los ojos.

—No te pregunté lo que piensan ellos. ¿Estás enojada conmigo?

Tatiana lo miró con una expresión compasiva. Debajo de la armadura, el hombre que mandaba un batallón blindado la necesitaba. Si estaba herido, ella lo vendaría. Si estaba hambriento, ella le daría de comer. Si quería hablarle, allí estaría ella. Pero ahora su Alexandr estaba triste. Ella

quería decirle que no era por su padre por lo que estaba furiosa. Pero no podía, porque lo único que deseaba era ofrecerle consuelo. No quería que estuviera triste ni un segundo más.

Tatiana le cogió la mano. Tenía suciedad debajo de las uñas y rasguños sin cicatrizar, pero su mano era cálida y firme, y le apretó la suya, agradecido.

—No, Shura —dijo Tatiana cariñosamente—. Por supuesto que no te culpo de nada.

—Sólo quiero que estés a salvo —afirmó el capitán, con la espalda contra la pared—. Nada más. Quiero que estés a salvo de todo.

Tatiana se echó a los brazos de Alexandr.

—Lo sé. No me pasará nada —manifestó, con el rostro apoyado contra su abrigo, tan feliz de abrazarlo que tenía miedo de caerse.

Alexandr le apartó el pelo de la frente y le besó la herida.

—No te apartes de mí como antes cuando te tocaba.

—De acuerdo —susurró Tatiana, con los ojos cerrados y los brazos apretados contra su cuerpo.

3

—¡Mirad a quien he encontrado! —anunció Tatiana alegremente, mientras Alexandr entraba en el apartamento.

Dasha soltó un grito y corrió a abrazar a Alexandr.

Tatiana se ocupó de poner el agua a calentar para el baño. Buscó el jabón, toallas limpias y una maquinilla de afeitar, y Alexandr se metió en el baño.

—¿Está bastante caliente? —le gritó desde la cocina, mientras calentaba más agua, por si hacía falta.

—No, apenas tibia —respondió él con un tono divertido—. Venga, tráeme otro cubo. Ven aquí, Tania.

Tatiana, sonrojada y sonriente, llamó a Dasha para que le llevara al capitán más agua caliente.

Alexandr entró en la habitación recién afeitado, con la piel sonrosada después del baño, con el pelo mojado y brillante, los dientes tan blancos, los labios tan húmedos que Tatiana se asombró de ser capaz de no comérselo a besos. Mientras él se sentaba en una silla vestido sólo con los calzoncillos largos y una camiseta térmica, Dasha fue a lavarle el uniforme. Marina, *babushka* y Tatiana lo rodeaban atentas a su menor deseo. La única que se mantenía apartada era la madre, que no abandonaba su expresión hosca.

Tatiana no le dijo a su madre que tenía huevos. Iba a decírselo, pero cuando vio que no estaba dispuesta a perdonar a Alexandr por haberles gritado a ella y al padre, decidió no compartirlos con ella. Primero debía venir el perdón.

Alexandr les dio un kilo de mantequilla. Tatiana lo escondió debajo del saco de harina en el alféizar de la ventana. La madre tomó una taza de té flojo y un trozo de pan con mantequilla, dio las gracias al capitán con voz áspera y se marchó al trabajo.

Babushka metió en un saco unos cuantos cubiertos de plata, una pareja de candelabros del mismo metal, un puñado de billetes y unas cuantas mantas viejas. Se preparaba para salir.

Tatiana tenía que ocuparse del desayuno, pero permaneció en el cuarto, sentada en una silla, muy calladita. Sólo tenía ojos para Alexandr.

—¿Adónde va? —preguntó el capitán.

—A Malaia Ohta, al otro lado del puente Alexandr Nevski —le respondió Dasha, que entraba en ese momento en la habitación. Tatiana se apresuró a desviar la mirada—. Allí tiene amigos, y cambia nuestras cosas por patatas y zanahorias. La abuela fue buena con ellos cuando las cosas le iban bien, y ahora ellos le devuelven el favor. Tus ropas tardarán en secarse. —Le sonrió a su prometido.

—No importa. —Él le devolvió la sonrisa—. No tengo que presentarme en el cuartel hasta dentro de cuatro días. ¿Crees que se habrán secado para entonces?

El corazón de Tatiana saltó de la alegría. ¡Cuatro días con Alexandr!

—Tania, ¿no tienes intención de preparar el desayuno? —preguntó Dasha, mientras salía. Marina se encontraba en la otra habitación, vistiéndose para ir a la universidad.

—Tatiasha, ¿puedo tomar una taza de té? —dijo Alexandr.

Ella se levantó en el acto. ¿En qué estaba pensando, sentada sin hacer nada? Él debía estar cansado y muerto de hambre.

—Por supuesto.

El capitán fumaba con las piernas estiradas. Las tenía tan largas que tocaban el sofá. Tatiana no podía pasar y Alexandr no apartaba las piernas. La muchacha lo miró y él le devolvió la mirada con una sonrisa.

—Perdona, Alexandr —dijo Tatiana en voz baja, mientras hacía todo lo posible por mantener una expresión seria.

—Pasa por encima de ellas, pero ten mucho cuidado de no tropezar. Porque si tropiezas tendré que cogerte en brazos.

Tatiana, con el rostro de un rojo encendido, vio que Marina los observaba desde la puerta.

—Perdona, Alexandr —repitió, con el mismo tono.

Alexandr apartó las piernas a regañadientes.

—Ven aquí, Marina. —Exhaló un suspiro—. Deja que te vea. ¿Qué tal estás?

Tatiana le sirvió una taza de té bien cargado, caliente y con azúcar como a él le gustaba.

—Muchas gracias —dijo él.

—De nada. —Tatiana lo miró.

—¿Mis piernas no te dejan pasar?

—Así es. Eres demasiado grande para esta habitación —dijo Tatiana. Antes de que él pudiera replicar, Dasha entró con las sábanas limpias que había recogido del tendedero.

—Chicas, ¿qué tal se las arregla vuestra abuela al otro lado del río? —preguntó Alexandr. Desvió la mirada de Tatiana y bebió un trago de té.

—Ayer compró cinco nabos y diez patatas —respondió Dasha. Comenzó a doblar las sábanas—. Pero ya no queda nada de la cubertería de plata de mamá y ahora que se ha llevado los candelabros, no sé qué más podrá vender.

—¿Qué me dices de los dientes de oro que te dieron los pacientes del dentista, Dasha? —preguntó Tatiana—. ¿Los campesinos no aceptarían el oro? —Se sentó de forma tal que le daba la espalda a su hermana, y miró al capitán.

—¿Qué harían con el oro?

—¿Qué harán con los candelabros?

—Tener luz, calor —señaló Alexandr—. Podrían utilizarlos como armas contra los alemanes. —Miró a Tatiana y sonrió—. Tania, ¿dónde están las gachas prometidas? ¿Qué ha pasado con los huevos?

Llamaron a la puerta y Tatiana fue a abrir. Era Nina Iglenko que preguntaba si tenían algo de comida para darle a Antón. Tatiana sabía que

Nina tenía muchos problemas para alimentarlo con una cartilla de dependiente después de resultar herido en la azotea. Alexandr salió al pasillo, enorme e imponente, y se detuvo junto a su cuerpo pequeño y frágil envuelto en un viejo suéter. Su brazo se apretaba contra el de Tatiana.

—Camarada Iglenko, todo el mundo recibe las mismas raciones de dependiente. Lo lamento mucho, no tenemos nada. —Alexandr cerró la puerta y miró a Tatiana—. No me habías dicho que Antón estaba herido.

Él estaba muy cerca. Ella no sólo lo olía, sino que lo respiraba, lo inhalaba. En cualquier momento, su pecho le tocaría el rostro.

—Se encuentra bien —respondió Tatiana con un tono que pretendía restarle importancia al tema. Intentó controlar la respiración—. No es más que un rasguño en la pierna. —No quería que Alexandr se preocupara.

—Tania, ¿no sabes que todo el mundo recibe las mismas raciones de dependientes? —Alexandr se acercó un poco más, y Tatiana se apretó contra el perchero.

—Eso me han dicho.

—No tienes más de lo que tiene Nina.

—Lo sé. Perdona pero tengo que prepararte el desayuno. —Tatiana no podía pasar ni un segundo más con Alexandr en el diminuto vestíbulo, mientras él estuviera en calzoncillos.

Salió del apartamento y alcanzó a Nina. Le dio un trozo de mantequilla.

—Dios te bendiga, Tanechka —dijo Nina—. Dios te bendiga mientras vivas. Ya lo verás. Él te protegerá por tu buen corazón.

Tatiana volvió a la cocina; estaba preparando las gachas y los huevos, cuando entró Alexandr y se apoyó en la cocina.

—Ten cuidado, te quemarás la espalda —le advirtió Tatiana, sin mirarlo.

—Tania, sé mejor que nadie cómo eres —afirmó él con un tono áspero—. Sé lo que estás haciendo.

—¿Qué? Te preparo las gachas y los huevos.

Alexandr le puso un dedo debajo de la barbilla y le hizo volver el rostro para que lo mirara.

—No puedes regalar tu comida, ¿lo entiendes? No hay bastante para ti y tu familia.

Tatiana abrió la boca e hizo como si le mordiera el dedo. Alexandr le siguió el juego durante unos segundos.

Tatiana preparó las gachas con un par de cucharadas de leche, un poco de mantequilla, unas cuantas cucharadas de azúcar y agua. Repartió las gachas en cuatro cuencos, pero las cantidades no eran las mismas: la mayor para Alexandr, después Dasha, luego Marina y la más pequeña para ella. El capitán había traído veinte huevos. Frio cinco revueltos con mantequilla y sal. Era como si estuvieran celebrando una fiesta.

Alexandr echó una mirada a su cuenco y dijo que no lo comería. Dasha ya se había acabado las gachas antes de que él terminara de hablar. Marina también, y los huevos.

Sólo Tatiana miraba su cuenco mientras Alexandr miraba el suyo.

—¿Qué pasa con vosotros dos? —preguntó Dasha—. Alexandr, tú necesitas comer más que ella. Tú eres un hombre. Ella es la más pequeña. Necesita menos comida que los demás. Ahora come. Por favor.

—Sí —dijo Tatiana, sin mirarlo—. Tú eres un hombre. Yo soy la más pequeña. Necesito menos comida. Ahora come. Por favor.

El capitán cambió su cuenco por el de Tatiana.

—Ahora come tú. A mí me dan de comer en el cuartel. Come.

Tatiana, agradecida, se comió las gachas. Luego se acabó los huevos.

—Oh, Alexandr, cuánto ha cambiado todo desde la última vez que estuviste aquí —comentó Dasha—. Ahora todo es mucho más difícil. Las personas se comportan de otra manera. Todo el mundo mira sólo para sí mismo. —Exhaló un suspiro, con la mirada distante.

Alexandr y Tatiana la miraron en silencio.

—Sólo recibimos trescientos gramos de pan al día —añadió la hermana mayor—. ¿Crees que las cosas irán a peor?

—Mucho peor —afirmó Tatiana, para ahorrarle a Alexandr la respuesta—. Porque nuestras provisiones no tardarán en acabarse.

—¿Cuántas latas de jamón os quedan?

—Doce.

—Sí, pero hace cuatro días teníamos dieciocho —aclaró Tatiana—. Nos hemos comido seis latas en cuatro días. Por la noche tenemos mucha hambre. —Estuvo a punto de añadir que también tenían hambre cuando se despertaban y durante cada minuto del día, pero no lo hizo.

Las muchachas tenían que ir a trabajar. Tatiana vio cómo su hermana se acercaba a Alexandr, que la cogió por la cintura.

—Oh, Alexandr, estoy tan delgada... —se lamentó Dasha—. Vas a dejar de quererme si sigo adelgazando. Muy pronto me pareceré a Tania. —Le dio un beso—. ¿Estarás bien mientras estamos fuera? ¿Qué harás?

—Me meteré en tu cama y dormiré hasta que regreses a casa —contestó Alexandr, con una sonrisa.



Tatiana corrió de vuelta a casa a las cinco de la tarde, sin preocuparse de si bombardeaban o no.

En casa hacía calor. Alexandr salió de la habitación, con una sonrisa de felicidad.

—¡Hola, Alexandr, estoy en casa! —exclamó Tatiana con una sonrisa de felicidad.

Él se echó a reír.

Ella quería besarlo.

Alexandr había subido del sótano doce paquetes de leña.

Dasha salió de la cocina.

—Se está calentito aquí, ¿verdad, Tania? —Abrazó al capitán.

—Chicas, tendréis que mantener calientes las habitaciones. Hace mucho frío.

—Tenemos calefacción central, Alexandr —le recordó Dasha.

—Dasha, el ayuntamiento de Leningrado ha prohibido que las calefacciones funcionen a más de diez grados centígrados. ¿Crees que es suficiente?

—Tampoco está tan mal —opinó Tatiana. Se quitó el abrigo.

Alexandr le dio unas palmaditas a Dasha en el brazo.

—Traeré más leña del sótano y la dejaré aquí para vosotras. Calentad las habitaciones con la estufa grande, no con la pequeña que no calienta ni a un pingüino. ¿De acuerdo, Tania?

Tatiana se estremeció de pronto como si estuviera helada.

—Alexandr, las estufas de leña consumen mucho —contestó, y salió a toda prisa para prepararle la cena.

Babushka trajo siete patatas de Malaia Ohta. Se comieron una lata de jamón y todas las patatas. Después de cenar, Alexandr les aconsejó que a partir de entonces sólo comieran media lata de jamón al día. Dasha se enfadó. Afirmó que apenas si podía aguantar con una lata entera. Él no le respondió.

Cuando sonaron las sirenas, Alexandr les indicó con un gesto que todas bajaran al refugio, incluida Tatiana. Dasha le pidió que bajara con ella. Alexandr la miró, pensativo.

—Dasha, baja ahora mismo, y no te preocupes por mí. —Dasha insistió, y él le replicó con un tono más firme—: ¿Qué clase de soldado sería si saliera corriendo en busca de refugio cada vez que bombardean? Baja, y tú también, Tania. No habrás estado en la azotea, ¿verdad?

Nadie le respondió mientras salía, y mucho menos Tania.

Más tarde, cuando volvieron del refugio, Dasha le preguntó a su prima:

—Marinka, ¿te importa dormir esta noche con *babushka*? Por favor. Su habitación está mucho más caliente que la nuestra. Quiero que Alexandr duerma a mi lado. A ti no te importa, ¿verdad, mamá? Vamos a casarnos.

—¿Contigo y Tania? —Marina miró a Tatiana y ella hizo como si no la viera.

—Sí. —Dasha sonrió mientras abría el cajón de la cómoda y sacaba sábanas limpias—. Alexandr, ¿a ti te molesta dormir en la misma cama que Tania?

El capitán soltó un gruñido.

—Tanechka, dime, ¿crees que debe dormir entre nosotras dos? —añadió Dasha, con un tono burlón. Comenzó a cambiar las sábanas. Se rio

—. Creo que a Tatiana le gustará. Será la primera vez que duerma con un hombre. —Muy ufana consigo misma, Dasha pellizcó el brazo de Alexandr—. Aunque, cariño, quizá no deba comenzar contigo.

El capitán, sin mirar a Tatiana, murmuró que no estaría cómodo en medio de las dos, y Tatiana, sin mirarlo, murmuró que él tenía razón.

—Tranquilo —dijo Dasha—. No te habrás creído que te dejaría acostarte junto a mi hermana, ¿verdad?

A la hora de irse a dormir, Tatiana se acostó junto a la pared, Dasha en el medio y Alexandr en el otro lado, vestido con la ropa interior. No había espacio para moverse, pero se estaba más caliente, y su presencia tan cercana, y sin embargo tan distante, enterneció los ojos de Tatiana. Los tres permanecieron en silencio escuchando los sollozos de la madre en el sofá.

Más tarde, Tatiana oyó que Dasha le susurraba a Alexandr:

—Antes dijiste que íbamos a casarnos. ¿Cuándo, mi amor, cuándo?

—Tendremos que esperar, Dasha.

—No. Esperar, ¿para qué? Dijiste que nos casaríamos cuando te dieran un permiso. Casémonos mañana. Vayamos al registro civil. Sólo se tarda diez minutos. Tania y Marina serán los testigos. Venga, Alexandr, es una tontería esperar.

Tatiana miró la pared.

—Dasha, escúchame. Los combates son cada vez más intensos. Además, ¿no te has enterado? El camarada Stalin ha decidido que es un delito que te hagan prisionero. Ahora va contra la ley caer en manos de los alemanes. Y como si quisieran impedir que te rindas voluntariamente a los alemanes, nuestro gran líder ha dispuesto que le retiren las cartillas de racionamiento a los familiares de los prisioneros de guerra soviéticos. Si nos casamos y me hacen prisionero, perderás tus raciones. Tú, Tania, tu madre y tu abuela. Todas vosotras. Tendría que dejar que me mataran para que tú recibas tu pan.

—Oh, Alexandr, no.

—Esperaremos.

—Esperaremos, ¿qué?

—Que vengan tiempos mejores.

—¿Habrá tiempos mejores?

—Sí.

Aquí acabó la conversación.

Tatiana se dio la vuelta, hacia Dasha, y miró la nuca de Alexandr. Recordó cuando en Luga había estado en sus brazos, desnuda y herida, con el rostro de él contra su pelo.

Dasha se levantó en mitad de la noche para ir al baño. Tatiana creía que Alexandr dormía, pero él se volvió para mirarla. Aun en la oscuridad, ella vio el brillo de sus ojos. Debajo de la manta, él movió la pierna y tocó la suya; Tatiana llevaba calcetines gruesos y un pijama de franela gruesa. Cuando oyó que Dasha volvía del baño, cerró los ojos. Alexandr apartó la pierna.



A la noche siguiente, Tatiana sólo cocinó media lata de jamón para todos. Equivalía a una cucharada para cada uno, pero al menos era jamón, Dasha se quejó de que no tenía bastante.

—Antón se está muriendo —dijo Tatiana—. Cómete el jamón. Nina Iglenko no ha probado el jamón desde agosto.

Después de cenar, la madre fue a sentarse a la máquina de coser. Desde principios de septiembre, se traía trabajo a casa. El ejército necesitaba uniformes de invierno y la fábrica le ofreció un incentivo si cosía veinte uniformes en lugar de diez. Un incentivo de unos cuantos rublos y una ración extra de comida. Ella trabajaba hasta la una de la madrugada por trescientos gramos de pan y unos cuantos rublos.

Aquella noche se sentó, cogió las piezas de un uniforme y exclamó:

—¿Dónde está la máquina?

Nadie le respondió.

—¿Dónde está mi máquina de coser? Tania, ¿dónde está?

—No lo sé, mamá.

—Irina, la vendí —dijo *babushka*.

—Tú, ¿qué?

—La cambié por las habas de soja y el aceite que comiste esta noche. Estaban muy ricas, Ira.

—¡Mamá! —gritó Irina. Se puso histérica. Comenzó a llorar con verdadera desesperación. Tatiana la miró, desconsolada. Vio la expresión de pena de Alexandr cuando salió del cuarto—. Mamá, ¿cómo pudiste hacerlo? Sabes que cada noche me traigo uniformes para coser, y que cada noche me mato para conseguir algo para mí, para mi familia, ¡para todas nosotras! Me dijeron que me darían una ración de avena todos los días, si conseguía coser veinticinco uniformes. Oh, mamá, ¿qué has hecho?

Tatiana salió de la habitación. Alexandr estaba sentado en el sofá del vestíbulo, fumando. La muchacha cogió un lápiz, fue detrás del sofá, se arrodilló y cogió la bolsa de avena para marcar cuánto quedaba. La avena, la harina y el azúcar desaparecían como por arte de magia.

—Venga, levántate del suelo. Deja que te ayude. Pesa demasiado —dijo Alexandr.

Tatiana se apartó, y él sostuvo la bolsa mientras ella miraba el interior y trazaba una línea negra en el exterior.

—¿Qué opinas, Tatia? —El capitán pronunció su nombre en voz baja—. ¿Tu madre ha puesto en marcha una empresa privada? Quién lo hubiese dicho.

—Ocurre en todas partes. El socialismo no parece funcionar muy bien cuando el país está en guerra.

Señaló el saco de harina, y Alexandr lo levantó.

—Lo mismo pasó durante la guerra civil e inmediatamente después. ¿Te has fijado cómo durante la guerra, para preservar su vida, la bestia se aplaca y se oculta...?

—Sólo hasta que recupera las fuerzas y entonces vuelve a levantar su horrible cabeza. Espera, baja un poco el saco. —La mano con la que sostenía el lápiz rozó la suya, que sostenía el saco.

—¿Qué hará ahora tu madre, Tania?

—No lo sé. ¿Qué hará la abuela? Ya no le queda nada que vender. —Tatiana apartó la mano y se fue a la cocina a lavar los platos de la cena.

En el momento en que se disponía a volver a la habitación, entró Alexandr. Estaban solos. Ella intentó pasar y el oficial se interpuso en su camino. Lo intentó por el otro lado y él volvió a ponerse delante. Tatiana lo miró. Vio la risa en sus ojos.

La muchacha, con los ojos brillantes, amagó pasar por la derecha y después se escabulló ágilmente por la izquierda.

—Tendrás que ser más rápido si quieres pillarme, Shura —le dijo desde la puerta de la cocina, y él soltó una carcajada.



Alexandr se marchó al cuartel cuando se le acabó el permiso, y todas le echaron de menos.

La buena noticia era que permanecería en Leningrado durante una semana para encargarse de diversos trabajos de mantenimiento en el cuartel, cavar trincheras y dirigir la instrucción de los nuevos reclutas. No podía quedarse a dormir, pero venía a cenar, y por las mañanas se presentaba a las seis y media para ir con Tatiana a Fontanka a recoger las raciones.

Una mañana, en cuanto llegó, le dijo:

—¡Me he enterado de que Dimitri está herido!

—¡No!

—Es verdad.

—¿Cómo fue? ¿Cayó en un ataque glorioso?

—Se le disparó el arma y se hirió en un pie.

—Vaya, me olvidaba que él no es como tú.

Alexandr le informó que Dimitri estaba en algún hospital de Voljov, y que no se sabía cuándo volvería a combatir.

—Además de la herida en el pie, tiene distrofia.

—¿Qué es eso?

Tatiana adivinó que a Alexandr no le hacía mucha gracia decírselo.

—La distrofia es una enfermedad degenerativa de la masa muscular. La produce la malnutrición aguda.

—No te preocupes, Shura. —Tatiana le palmeó el brazo—. A mí no me pillaré. Carezco de músculos.

Esperaron pacientemente en la cola.

Alexandr la miraba como si quisiera llamar su atención. Tatiana estaba segura de que él quería alguna cosa, pero ella no sabía qué podía ser y le resultaba imposible adivinarlo.

¿No podía o no quería?

Las raciones de Alexandr las ayudaban a estirar un poco más sus provisiones. Él recibía la ración de un rey: ¡ochocientos gramos de pan al día! Más del doble de lo que recibían ellas para las cinco. También le daban ciento cincuenta gramos de carne, ciento cuarenta de cereales y medio kilo de verduras.

Tatiana se entusiasmaba cuando él iba a cenar y traía su ración del día. ¿Se sentía feliz de verle, o se alegraba porque significaba que comería mejor? Alexandr le daba los alimentos y le pedía que los dividiera en seis partes. «Y, Tania —le decía siempre—, que las seis sean iguales».

La carne que le daban no era ternera sino algo parecido a una pasta de cerdo, y algunas veces un muslo de pollo con la piel muy gruesa. Tatiana tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no darle la parte más grande, pero al menos siempre le daba lo mejor.

No había más candelabros ni vajilla que vender. Las mujeres sólo disponían de cinco platos para ellas y uno para Alexandr. *Babushka* quería vender las mantas viejas y los abrigos, pero la madre se lo impidió.

—No. Hace mucho frío en la ciudad durante el invierno. Nos harán falta.

La temperatura estaba bajo cero en la tercera semana de octubre. Sólo disponían de seis sábanas para las tres camas, y seis toallas. *Babushka* quería cambiar una de las toallas, pero Tatiana se negó, al recordar que Alexandr necesitaba una toalla.

Babushka Maia dejó de ir al otro lado del Neva.

4

Tatiana se encontraba en el vestíbulo cuando oyó que Dasha, Alexandr, Marina, su madre y *babushka* discutían acaloradamente en la habitación. En el momento en que iba a abrir la puerta y entrar con el té, escuchó la voz de Alexandr que manifestaba:

—No, no se lo podéis decir, ahora no es el momento.

Inmediatamente después sonó la respuesta de Dasha por una abertura de la puerta.

—Pero, Alexandr, habrá que decírselo en algún momento.

—¡Ahora no!

—¿Qué más da? —intervino su madre—. ¿Qué importancia tiene? Díselo.

—Estoy de acuerdo con Alexandr —afirmó *babushka*—. ¿Por qué debilitarla ahora cuando necesita todas sus fuerzas?

Tatiana abrió la puerta.

—Decirme, ¿qué?

Todos se quedaron mudos.

—Nada, Tanechka —se apresuró a decir Dasha, con una mirada furiosa a Alexandr, que agachó la cabeza y se sentó.

—¿Decirme qué? —insistió Tatiana, sosteniendo la bandeja con el servicio de té.

—Oh, Tania. —Las lágrimas rodaron por las mejillas de Dasha.

—Oh, Tania, ¿qué?

Nadie dijo nada. Nadie la miró.

Tatiana miró sucesivamente a su abuela, a su madre, a su prima, a su hermana y se detuvo en Alexandr, que fumaba con la mirada puesta en el

cigarrillo. «Que alguien me mire», pensó la muchacha.

—Alexandr, ¿qué no quieres que me digan?

El capitán por fin se decidió a mirarla.

—Tu abuelo ha muerto, Tania. En septiembre. De neumonía.

La bandeja cayó de las manos de Tatiana. Las tazas se hicieron añicos contra el suelo y el té caliente le salpicó los pies. Se agachó y comenzó a recoger los trozos de loza sin decirle nada a nadie, algo que no importaba demasiado, porque nadie le dijo nada. Cuando acabó de recogerlo todo, cogió la bandeja y se fue a la cocina. En el momento que cerraba la puerta, escuchó la voz de Alexandr.

—¿Ya estáis contentos?

Dasha y Alexandr entraron en la cocina donde Tatiana permanecía sentada junto a la ventana, con las manos aferradas al alféizar. Su hermana se acercó a ella.

—Cariño, lo siento. Ven aquí. —La abrazó con todas sus fuerzas—. Todos lo adorábamos —susurró—. Estamos destrozados.

Tatiana correspondió al abrazo de su hermana.

—Dasha, es una mala señal.

—No, Tanechka, no lo es.

—Es una mala señal —repitió Tatiana—. Es como si *deda* hubiese muerto porque no podía soportar lo que estaba a punto de ocurrirle a su familia.

Las muchachas miraron a Alexandr, que les devolvió la mirada sin decir palabra.

A la mañana siguiente, Alexandr y Tatiana fueron en silencio hasta la tienda y esperaron en la cola en silencio. Cuando caminaban de regreso a lo largo del canal de Fontanka, el capitán metió la mano en el bolsillo del abrigo y volvió a sacarla, cerrada.

—Mañana vuelvo al frente, Tania. Pero mira, mira lo que te he traído. —Le mostró la pequeña tableta de chocolate. Tatiana cogió el chocolate, y le sonrió débilmente, con lágrimas en los ojos. El capitán la abrazó—. Ven aquí.

Tatiana apretó el rostro contra el pecho de Alexandr, y lloró a lágrima viva.



La herida en la pierna de Antón no mejoraba. Antón no mejoraba.

Tatiana le llevó un trocito del chocolate de Alexandr. Antón se lo comió, ausente. Ella se sentó en el borde de la cama. Permanecieron en silencio durante un rato.

—Tania, ¿recuerdas el verano del año pasado? —Su voz era débil.

—No. —Tatiana sólo recordaba el último verano.

—En agosto, cuando tú regresaste de Luga, tú, yo, Volodia, Petra y Pasha fuimos a jugar al fútbol en el parque de Táuride. Tú deseabas tanto hacerte con la pelota que me diste un puntapié en la espinilla. Creo que fue en la misma pierna. —Una fugaz sonrisa apareció en el rostro del muchacho.

—Creo que tienes razón —asintió Tatiana, con voz queda—. Tranquilo, Antón. —Le cogió de la mano—. Tu pierna se curará y quizás el próximo verano volveremos a jugar al fútbol en el parque.

—Sí. —Antón le apretó la mano, con los ojos cerrados—. Pero no con tu hermano y los míos.

—Sólo tú y yo, Antón.

—Ni siquiera yo, Tania.

«Te están esperando —quiso decirle Tatiana—. Te están esperando para jugar al fútbol contigo una vez más. Y conmigo».

5

Tatiana salía a las seis y media para ir a buscar las raciones —con la misma puntualidad que los alemanes— de forma que después de hacer la cola, que ahora se extendía a todo lo largo del Fontanka, podía regresar a su casa antes de las ocho cuando aparecían las escuadrillas de bombarderos y sonaban las sirenas de alarma. Pero de pronto cayó en la cuenta de que los bombardeos comenzaban más temprano, o de que ella salía más tarde, porque ya eran tres las mañanas consecutivas que las bombas comenzaban a caer cuando aún se encontraba en Nekrasova en el camino de regreso.

Sólo porque se lo había prometido, le había jurado a Alexandr que lo haría, Tatiana esperaba a que se marcharan los aviones en el refugio de algún otro edificio, con el precioso pan apretado contra el pecho, y con el casco que él le había dado y que le había hecho prometer y jurar que se pondría cuando saliera.

El pan que Tatiana llevaba no era delicioso; no era blanco, ni tierno, ni tenía la corteza dorada, pero así y todo desprendía el aroma de pan recién hecho. Durante treinta minutos permaneció sentada en el refugio mientras treinta pares de ojos la observaban desde todas las direcciones, hasta que una vieja le dijo:

—Vamos, chiquilla, compártelo con nosotros. No te quedes ahí sentada con el botín. Danos un bocado.

—Es para mi familia. Somos cinco, todas mujeres. Esperan que les lleve el pan. Si te lo doy a ti, hoy se quedarán sin comer.

—No te digo todo, chiquilla —insistió la vieja—. Sólo un bocado.

Tatiana fue la primera en salir cuando acabó el bombardeo. Después de la experiencia, procuró no retrasarse nunca más.

Pero a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía llegar a la tienda y volver antes de que comenzaran a caer las bombas.

Ir a las diez era imposible. Tatiana tenía que ir al hospital, allí había personas que también dependían de ella. Se preguntó si Marina podría hacerlo mejor, o quizá Dasha. Quizás ellas pudieran caminar más rápido. Ahora su madre cosía a mano los uniformes por la mañana y la noche. Tatiana no podía enviar a su madre, que prácticamente no dejaba de coser ni un momento, en su empeño de acabar unos cuantos uniformes más que representaban una ración de avena extra.

Dasha dijo que no podía ir porque tenía que ocuparse de la colada. Marina también se negó. Ya casi no iba a la universidad. Cogía su cartilla, hacía la cola para que le dieran su ración de pan y se la comía inmediatamente. Por la noche, cuando regresaba a Quinto Soviet, le reclamaba a Tatiana más comida.

—Marinka, no es justo. Todas tenemos hambre. Sé que es duro, pero tendrás que controlarte.

—Vaya, ¿como te controlas tú?

—Sí —respondió Tatiana, consciente de que Marina no hablaba del pan.

—Lo haces muy bien —afirmó la prima—. Muy bien, Tania. Sigue así. Pero Tatiana tenía la sensación de que no lo estaba haciendo muy bien.

Al contrario, le parecía que lo estaba haciendo muy mal, y sin embargo, la familia alababa sus esfuerzos. Algo no iba bien en el mundo si su familia pretendía hacer un éxito de un tremendo fracaso. No era el hecho de que se moviera lentamente lo que le preocupaba, sino que todo en ella se hacía más lento. Todos sus intentos de moverse rápidamente, de mantener el ritmo, se enfrentaban a una resistencia desconocida, una resistencia planteada por su propio cuerpo.

No se movía con la misma velocidad de antes, y la prueba irrefutable se la daban los bombardeos alemanes, que puntualmente a las ocho

volaban sobre el centro de la ciudad; durante dos horas se escuchaban las explosiones que sembraban el caos por todo Leningrado.

También a las ocho salía el sol. Tatiana iba y venía de la tienda cuando todavía estaba oscuro.

Una mañana, Tatiana caminaba por Nekrasova, y casi sin fijarse adelantó a un hombre que iba en su misma dirección. Era un hombre mayor, alto, delgado y que llevaba sombrero.

Sólo cuando lo pasó, se dio cuenta de que hacía mucho que no adelantaba a nadie en la calle. La gente caminaba a su ritmo, pero nunca adelantaban a los demás. «Estoy caminando más rápido —pensó Tatiana—, o es que él todavía es más lento que yo».

Acortó el paso, y después se detuvo. Se volvió, y en aquel momento vio cómo el hombre se tumbaba como un paracaídas contra la pared de un edificio y luego caía de costado. Se acercó al hombre para ayudarlo a sentarse. El desconocido permaneció inmóvil.

Así y todo, intentó sentarlo. Le quitó el sombrero. Los ojos la miraron sin pestañear. Continuaron abiertos, como lo habían estado unos minutos antes cuando caminaba por la calle. Ahora estaba muerto.

Tatiana, horrorizada, soltó al hombre y el sombrero, y se alejó todo lo rápido que pudo, sin mirar atrás. Recogió las raciones y decidió regresar por Ulitsa Zhukovskogo para no tener que pasar junto al cadáver. Había comenzado el bombardeo, pero no hizo caso y siguió su camino. «Si pretenden robarme el pan en el refugio, no podré hacer nada para impedirlo», pensó, ajustándose el barboquejo del casco que le había dado Alexandr.

En cuanto llegó a casa, comentó que había visto morir a un hombre en la calle. Apenas si le hicieron caso.

—Pues yo vi un caballo muerto en mitad de la calle —dijo Marina—. La gente se disputaba los trozos de carne. Y eso no es lo peor. Me acerqué a ver si quedaba algo de carne para mí.

El rostro del hombre, su andar, su ridículo sombrero, aparecieron en la memoria de Tatiana cuando se fue a dormir. No era su muerte lo que la atormentaba, porque, desgraciadamente, Tatiana había visto la muerte muy

de cerca en Luga, en la abyecta ausencia de Pasha, en el incendio del hospital donde había muerto su padre. Era el andar del hombre lo que Tatiana veía cuando cerraba los ojos, porque cuando murió, caminaba más despacio que ella, pero no mucho más.

6

—¿Cuántas latas de jamón nos quedan? —preguntó la madre.

—Una —respondió Tatiana.

—No puede ser.

—Mamá, comemos una lata todas las noches.

—No puede ser. Teníamos diez hace unos días.

—Nueve días.

Al día siguiente, la madre preguntó:

—¿Queda algo de harina?

—Sí, nos queda poco más de un kilo. La uso todas las noches para preparar galletas.

—¿Es eso lo que son? ¿Galletas? —intervino Dasha—. A mí me saben a harina y agua.

—Están hechas de harina y agua —replicó Tatiana—. Alexandr las llama galletas marineras.

—¿No podrías hacer pan en lugar de esas ridículas galletas? —protestó la madre.

—¿Pan, mamá? ¿Con qué? No tenemos leche. No tenemos levadura. No tenemos mantequilla y, por supuesto, no tenemos huevos.

—Échale un poco de leche de soja, además del agua.

—Nos quedan tres cucharadas.

—Úsalas. Échale también azúcar.

—De acuerdo, mamá. —A la hora de cenar, Tatiana preparó pan sin levadura con azúcar y la leche. Se comieron la última lata de jamón. Era el 31 de octubre.

—¿Qué hay en este pan? —preguntó Tatiana. Partió un trozo de corteza negra y la observó atentamente—. ¿Qué es esto?

Estaban a principios de noviembre. *Babushka* descansaba en el sofá. La madre y Marina ya se habían marchado. Tatiana retrasaba el momento de ir al hospital. Mordisqueaba el pan para que le durara más.

Dasha miró el trozo de corteza y se encogió de hombros.

—¿Quién lo sabe? ¿A quién le importa? ¿Qué gusto tiene?

—Repugnante.

—Cómetelo, ¿o es que prefieres pan blanco?

Tatiana cogió un pellizco de algo que había en la miga, lo aplastó con el dedo, y después se lo puso en la lengua.

—Dasha, Dios mío, ¿sabes qué es esto?

—No me importa.

—Es serrín.

Dasha dejó de masticar, pero sólo por un segundo.

—¿Serrín?

—Sí, ¿y esto de aquí? —Tatiana señaló un filamento grisáceo—. Es cartón. Estamos comiendo serrín y cartón. Trescientos gramos de pan al día y nos dan cartón.

Dasha se comió hasta la última miga del suyo, y miró hambrienta el trozo que Tatiana tenía en la mano.

—Tenemos suerte de que nos lo den. ¿Puedo abrir un bote de tomates?

—No. Sólo nos quedan dos. Además, mamá y Marina no están. Ya sabes que si lo abrimos, nos lo comeremos todo.

—Ésa es la idea.

—No podemos. Lo abriremos esta noche para cenar.

—¿A eso lo llamas tú cenar? ¿Tomates?

—Si no te comieras toda tu ración de serrín por la mañana, quedaría algo para la cena.

—No puedo evitarlo.

—Lo sé. —Se metió el trozo de pan en la boca y lo masticó con los ojos cerrados—. Escucha —dijo, después de tragar—. Me quedan algunas tostadas. ¿Quieres? ¿Tres para cada una?

—Sí. —Las muchachas miraron a la abuela que dormía.

Se comieron siete cada una. Sólo quedaban trozos mezclados con migas en el fondo de la bolsa.

—Tania, ¿todavía menstruas?

—¿Qué?

—¿Menstruas? —Había ansiedad en la voz de Dasha.

—No. ¿Por qué lo preguntas? —replicó Tatiana con la misma ansiedad.

—Yo tampoco.

—Ah.

Dasha permaneció en silencio. Las dos hermanas apenas si respiraban.

—¿Estás preocupada, Dasha? —preguntó Tatiana, sin muchas ganas.

Dasha sacudió la cabeza.

—Eso no me preocupa. Alexandr y yo... —Miró a Tatiana—. No importa. Me preocupaba no tener la regla, que desapareciera sin más.

—No te preocupes —dijo Tatiana, aliviada y también triste por su hermana. Quería que Dasha se tranquilizara—. Volverá cuando comencemos a comer otra vez.

Dasha miró a Tatiana, que no le devolvió la mirada.

—Tania, ¿tú no lo sientes? Como si todo tu cuerpo se fuera apagando.

—Dasha comenzó a llorar—. ¡Apagando, Tania!

Tatiana abrazó a su hermana.

—Cariño, mi corazón todavía late. No me estoy apagando, Dasha, y tú tampoco.

Las muchachas permanecieron en silencio en la habitación helada. Dasha abrazó a su hermana.

—Quisiera tener hambre otra vez. ¿Recuerdas el mes pasado que siempre estábamos muertas de hambre?

—Lo recuerdo.

—Ya no la sientes, ¿verdad?

—No —admitió Tatiana con voz débil.

—Quiero sentirla.

—La sentirás. Cuando volvamos a comer, la sentirás.

Aquella noche, Tatiana regresó a casa con un recipiente lleno de un líquido claro que servían en la cafetería del hospital. Había una patata en el recipiente.

—Es caldo de pollo con un hueso de jamón —le explicó a su familia.

—¿Dónde está el pollo? ¿El hueso de jamón? —preguntó la madre, mirando el líquido.

—Le dan de comer a los niños antes que a nosotros. He tenido suerte de que me dieran esto.

—Sí, Tanechka, tienes razón. Venga, sirve la sopa —dijo la madre.

Tenía sabor a agua caliente con una patata. No tenía sal ni aceite. Tatiana sirvió cinco platos porque Alexandr seguía ausente.

—Espero que Alexandr vuelva cuanto antes para que nos dé un poco de su comida. Tiene mucha suerte de que le den unas raciones tan abundantes.

«Espero que Alexandr vuelva cuanto antes —pensó Tatiana—. Necesito verlo».

—Mira cómo estamos —comentó su madre—. Llevamos esperando comer esto desde el mediodía. Pero alguien tiene que echar una mano en la extinción de los incendios, en barrer los cristales rotos, en la atención de los heridos. Nosotros no ayudamos. Lo único que queremos es comer.

—Eso es exactamente lo que pretenden los alemanes —manifestó Tatiana—. Quieren que abandonemos nuestra ciudad y que lo hagamos a cambio de una patata.

—Yo no puedo irme —señaló su madre—. Tengo que coser a mano cinco uniformes. —Miró con expresión furiosa a *babushka*, que comía su trozo de pan sin decir palabra.

—No tenemos que salir —dijo Tatiana—. Nos quedaremos aquí y continuaremos con nuestro trabajo. No abandonaremos nuestro Leningrado. Nadie se marchará de aquí.

Nadie agregó nada. Cuando sonaron las sirenas de alarma, todas bajaron al refugio, incluso Tatiana, que tropezó con una mujer, que había muerto sentada contra la pared y que nadie se había preocupado de sacar. Tatiana se sentó y esperó en la oscuridad.

7

Dasha le escribía a Alexandr todos los días; todos y cada uno de los días le escribía una carta. «Qué suerte que tiene —pensaba Tatiana—. Poder escribirle, comunicarle sus sentimientos, qué suerte».

Ellas también escribían a *babushka*, que había perdido a su *deda* en Molotov.

Sólo de cuando en cuando recibían alguna carta de la abuela.

El correo funcionaba muy mal.

Hasta que llegó el momento en que dejó de funcionar del todo.

Cuando el cartero dejó de repartir las cartas, Tatiana comenzó a ir a la oficina de correos en Nevski Viejo, donde un anciano sin dientes le dijo que le entregaría las cartas si ella le daba algo de comer. Tatiana le llevaba restos de las tostadas, y un día el viejo le dio una carta de Alexandr para Dasha.

Mi querida Dasha y todas vosotras:

Lo único bueno de esta guerra es que la mayoría de las mujeres no tienen que verla, sólo las enfermeras que nos atienden, y ellas son inmunes a nuestro dolor.

Estamos al otro lado de Schiisselburg, y nuestra tarea es la de llevar municiones a la isla fortaleza de Oreshek. Un pequeño grupo de soldados defiende la isla desde septiembre, a pesar del intenso bombardeo de la artillería alemana emplazada en la orilla del Ladoga, a sólo doscientos metros de distancia. ¿Recordáis Oreshek? Allí

ahorcaron a Alexandr, el hermano de Lenin, en 1887, por participar en el intento de asesinato de Alejandro III.

Ahora que ha comenzado la guerra, los marinos y soldados que vigilan la entrada al Neva son saludados como héroes de la Nueva Rusia, la Rusia después de Hitler. Nos dicen que después de la victoria, todo será muy diferente en la Unión Soviética. Nos prometen una vida mucho mejor, pero para alcanzarla debemos estar dispuestos a morir. «Ofreced vuestras vidas, —nos dicen—, para que vuestros hijos puedan vivir».

«De acuerdo», respondemos. Los combates no cesan, ni siquiera de noche. Tampoco deja de llover. Llevamos empapados día y noche desde hace una semana. No podemos secarnos. Tres de mis hombres han muerto de pulmonía. Parece una injusticia cósmica morir de pulmonía cuando Hitler está tan empeñado en matarnos. Me alegro de no estar en Moscú ahora mismo. ¿Estáis enteradas de lo que pasa allí? Creo que eso nos está salvando. Y os está salvando a vosotras. Hitler ha retirado gran parte de su Grupo de Ejércitos del Norte, incluida la mayoría de los aviones y los tanques, del frente de Leningrado para atacar Moscú. Si Moscú cae, podemos darnos por perdidos, pero por ahora nos ayuda a resistir.

Estoy bien, aunque no me gusta estar empapado. A los oficiales todavía nos dan de comer. Cada vez que hay carne pienso en vosotras.

Cuídate. Dile a Tatiana que camine sin apartarse de los edificios, salvo cuando caigan las bombas. Entonces tiene que detenerse y esperar en un portal. Que no olvide de llevar el casco que le dejé.

Chicas, no se os ocurra repartir vuestra comida, bajo ninguna circunstancia. Manteneos apartadas de la azotea.

Utilizad el jabón que os dejé. Recordad que las cosas siempre nos parecen más llevaderas cuando estás limpio. Me lo dijo mi padre. Aquí es imposible lavarse con tanto frío como hace, pero al mismo tiempo, el frío mata los piojos que transmiten el tifus.

Créeme cuando te digo que pienso en ti cada minuto del día.

Hasta que nos volvamos a ver, permanezco tuyo en la distancia.

ALEXANDR

Tatiana llevaba el casco. Utilizaba el jabón. Esperaba en los portales. Pero por alguna razón en lo único que pensaba con un peculiar y prolongado dolor, mientras no se quitaba las botas forradas, el sombrero de fieltro, y el abrigo a cuadros, que su madre le había hecho cuando tenía máquina de coser, era que Alexandr se pasaba día y noche con el uniforme empapado a las orillas del Ladoga.

LA CIUDAD DE PEDRO, A OSCURAS

1

Ya no se podía negar que lo que estaba ocurriendo en Leningrado era todavía peor que sus más terribles pesadillas.

La madre de Marina murió.

Mariska murió.

Antón murió.

Los obuses seguían cayendo. Las bombas seguían cayendo. Ahora caían menos bombas incendiarias. Tatiana lo sabía porque había menos incendios, y esto lo sabía, porque cuando iba a Fontanka, había menos lugares donde detenerse y calentarse las manos.

Una mañana de noviembre cuando iba a la tienda, Tatiana vio dos cadáveres tendidos en la calle. En el camino de regreso, dos horas más tarde, eran siete. Ninguno de ellos estaba herido. Simplemente estaban muertos. Se persignó cuando pasó junto a los muertos, se detuvo y se preguntó: «¿Por qué acabo de hacer la señal de la cruz sobre unas personas muertas? Vivo en la Rusia comunista. ¿Por qué lo he hecho?». Hizo la señal de la hoz y el martillo mientras se alejaba a paso lento.

No había lugar para Dios en la Unión Soviética. De hecho. Dios estaba decididamente en contra de los principios que regían sus vidas: fe en el trabajo, en vivir juntos, en proteger al Estado de los inconformistas, en el camarada Stalin. En la escuela, en los periódicos, en la radio, Tatiana había escuchado que Dios era el gran opresor, el odioso tirano que había impedido al trabajador ruso ser consciente de todo su potencial durante centurias. Ahora, en la Rusia posbolchevique, Dios no era más que otro obstáculo en el camino del nuevo hombre soviético. El hombre comunista no podía tener una alianza con Dios, porque eso significaría que su lealtad

no era con el Estado. Y no había nada superior al Estado, que no sólo proveería para el pueblo soviético, sino que le daría comida, trabajo y lo protegería del enemigo. Tatiana lo escuchó en el parvulario, a lo largo de los nueve años de colegio, y en las clases de los Jóvenes Pioneros a las que asistía cuando tenía nueve años. Se hizo pionera porque no tenía elección, pero cuando fue el momento de unirse a los jóvenes *komsomoles* en su último año de escuela, se negó. No por el tema de Dios, sino sencillamente porque no quería. En lo más profundo, Tatiana siempre había creído que no sería una buena comunista. Le gustaban demasiado los cuentos de Mijail Zoschenko.

Durante la infancia, en Luga, había conocido algunas mujeres religiosas, que siempre querían acogerla, bautizarla, enseñarle, convertirla. Ella había huido de ellas, se había ocultado entre los arbustos del jardín del vecino, y las había visto alejarse por la única calle del pueblo, pero no sin antes despedirse de ella con la señal de la cruz, sonrisas bondadosas y, de vez en cuando, gritando su nombre cariñosamente: Tatia, Tatia.

Tatiana volvió a persignarse, esta vez para ella misma. ¿Por qué le resultaba tan consolador?

«Es como si no estuviese sola».

Entró en la iglesia que estaba frente a su casa. «¿Las bombas alcanzan las iglesias? —se preguntó—. ¿Alcanzaron a la catedral de San Pablo en Londres? Si los alemanes ni siquiera habían acertado con la magnífica catedral, ¿cómo podrían encontrar la pequeña iglesia donde estaba?». Se sintió más segura.

Tatiana tuvo que saltar por encima de un cadáver para entrar en la oficina de correos. El hombre había muerto directamente en el umbral.

—¿Cuánto tiempo lleva en la puerta? —le preguntó al viejo.

—Te lo diré si me das otra tostada.

—Tampoco me interesa tanto —replicó—, pero le daré la tostada.



En la oscuridad, nadie podía ver lo que les ocurría a sus cuerpos. Nadie quería enfrentarse a lo que les estaba ocurriendo a sus cuerpos. Dasha retiró todos los espejos de las habitaciones y la cocina. Nadie quería verse ni siquiera por accidente. Dejaron de mirarse las unas a las otras. Nadie tenía que ver ni siquiera por accidente lo que le estaba pasando a sus seres queridos.

Para ocultar su cuerpo de ella misma y de todos los demás, Tatiana se vestía con una camiseta de franela, una camisa de franela, su suéter de lana, el suéter de lana de Pasha, medias gruesas, pantalones, una falda encima de los pantalones y el abrigo a cuadros. Se quitaba el abrigo para dormir.

Dasha mencionó que se había quedado sin pechos, y Marina exclamó: «¡Pechos! ¿Ya no tengo madre, y tú hablas de pechos? ¿No cambiarías tus pechos por tu madre? Yo sí». Dasha se disculpó, pero en la cocina se echó a llorar y dijo: «Quiero recuperar mis pechos, Tanechka».

Tatiana acarició suavemente la espalda de su hermana. «Venga, venga. Coraje, Dasha. No lo estamos haciendo tan mal. Mira, todavía nos queda un poco de avena. Ve adentro. Te prepararé gachas».

Después del fallecimiento de la tía Rita, Marina continuó asistiendo a la universidad todas las mañanas, aunque, como le dijo a Tatiana, los profesores no enseñaban nada, no había libros ni clases. Pero en las aulas había un poco de calefacción, y Marina se sentaba en la biblioteca durante unas horas hasta que iba a la cantina para que le dieran un plato de sopa aguada.

—Detesto la sopa —afirmó Marina—. La detesto. Es repulsiva.

—No es repulsiva. Es agua caliente —replicó Tatiana. Se sentó en cuclillas junto al saco de azúcar. Todavía les quedaba algo de centeno—. No toques el centeno. Será nuestra cena durante el mes que viene.

—¡Pero si sólo quedan un par de tazas! —exclamó Marina, incrédula.

—Es una suerte que no te lo puedas comer crudo —comentó Tatiana. Pero estaba en un error. Al día siguiente, había menos centeno en el saco.

2

Los panfletos llovieron sobre Leningrado como había pasado en Luga. Primero los panfletos, después las bombas. La diferencia estaba en que entonces tenía comida y hacía calor. La diferencia estaba en que entonces Tatiana creía en muchas cosas. Creía que encontraría a Pasha. Creía que la guerra se acabaría pronto. Creía en el camarada Stalin.

En la actualidad, sólo creía en una cosa vaga pero inmutable.

En un hombre inmutable.

Ahora los panfletos que llovían de los aviones de la Luftwaffe anunciaban en ruso: «¡Mujeres! Vestid vuestros vestidos blancos. Vestid vuestros vestidos blancos para que cuando caminéis por Suvorovski para que os den vuestros doscientos cincuenta gramos de pan, os podamos ver desde doscientos metros de altura; así no dispararemos contra vosotras ni lanzaremos bombas en vuestro camino».

«¡Ponte tu vestido blanco y vive, Tatiana!», era lo que le gritaban los panfletos.

Tatiana se metió uno de los panfletos en un bolsillo, unos pocos días antes del vigésimo cuarto aniversario de la revolución rusa, el de noviembre. Lo llevó a su casa y lo dejó sobre la mesa sin hacerle más caso. Allí se quedó hasta el día siguiente cuando regresó Alexandr, más delgado de lo que había estado dos semanas antes, con el rostro consumido. Se habían esfumado la mirada brillante, la sonrisa perpetua, el encanto y la animación.

Lo que quedaba era un hombre que abrazó a Dasha e incluso a la madre, que le devolvió el abrazo y dijo:

—Me alegra mucho verte, querido. Se nos hacía insoportable pensar que estabas calado hasta los huesos y pasando frío.

—Aquí no llueve, pero no se está mucho más caliente —respondió el hombre, que abrazó a *babushka* que se apoyaba en la pared del vestíbulo, porque ya no se aguantaba de pie sin apoyo, que besó a Marina en la mejilla y que, cuando se volvió hacia Tatiana que permanecía como una tonta en el umbral, con una mano en el picaporte de latón, fue incapaz de acercarse y tocarla. No lo hizo, a pesar de que su mirada se detuvo en ella. Le dedicó un gesto de saludo. Al menos era algo. Le dedicó un gesto, se volvió, entró en la habitación, dejó el fusil, se quitó el abrigo, se sentó y pidió el jabón.

Las muchachas lo rodearon. Dasha le trajo un trozo de pan, que él se comió de un bocado. Marina miró el trozo de pan antes que él se lo comiera.

—Mañana es el aniversario de la revolución, Alexandr. ¿Crees que nos darán algo más para celebrarlo? —preguntó Dasha.

—Os traeré un poco de comida del cuartel. Os la traeré mañana, ¿de acuerdo?

—¿Y ahora? ¿No tienes nada ahora?

—Acabo de llegar del frente, Dasha. Hoy no tengo nada.

—Alexandr, ¿quieres una taza de té? —ofreció Tatiana—. Yo te la prepararé.

—Sí, gracias.

—¡Yo le prepararé el té! —exclamó Dasha, furiosa, y desapareció.

El capitán encendió un cigarrillo y se lo ofreció a Tatiana.

—Fuma —le dijo en voz baja—. Adelante.

Tatiana sacudió la cabeza. Lo miró, extrañada.

—Tú sabes que no fumo.

—Lo sé, pero te ayudará a matar el hambre. —Hizo una pausa—. ¿Qué? ¿Por qué me miras de esa manera? —Esbozó una sonrisa—. Sigue mirando —susurró.

Tatiana, que lo miraba con sus ojos claros y afectuosos, no pudo evitarlo. Apoyó la mano enguantada en la espalda del oficial y le hizo una

caricia.

—Shura, no tengo apetito. —Apartó la mano. Él se llevó el cigarrillo a los labios.

Babushka y Marina los observaban. A Tatiana no le importaba.

Tenía su rostro para ella sola. Marina se acercó.

—Alexandr, ¿me das un cigarrillo? Para matar el hambre.

Alexandr se quitó el cigarrillo de la boca y se lo dio a Marina.

—Tania, ¿estás segura de que no quieres fumar? —preguntó Marina—. Acaba de estar en su boca.

El capitán miró a las muchachas con una expresión un tanto divertida.

—Marinka, fúmate tu cigarrillo y deja a Tania en paz. —Recogió el panfleto nazi que estaba en la mesa—. Para celebrar el aniversario de la gloriosa revolución, Zhdanov, el jefe del partido en Leningrado, está buscando un par de cucharadas de crema agria para los niños. Quizá... — Se interrumpió. Leyó el panfleto—. ¿Qué es esto?

—Nada importante. —Tatiana se acercó a la mesa.

Marina se había sentado. *Babushka* continuaba apoyada en la pared. La muchacha se desabrochó el abrigo y le mostró a Alexandr el vestido blanco con las rosas rojas bordadas que llevaba debajo.

Alexandr palideció.

—¿Ése es tu vestido? —preguntó con voz quebrada.

Sólo Tatiana, que estaba delante de Alexandr, veía su mirada. Se apartó, al tiempo que sacudía la cabeza muy levemente para decirle: «No, no sigas, esta habitación es demasiado pequeña para nosotros dos. No sigas».

—Sí, es mi vestido. —Tatiana se miró el vestido. Había adelgazado tanto que el vestido le colgaba de los hombros como de una percha.

Se abotonó el abrigo.

Dasha entró cargada con la bandeja del té. Cerró la puerta con el pie.

—Alexandr, aquí tienes el té. No está muy fuerte, pero el té es algo que todavía no nos falta. De todo lo demás ya no queda casi nada... —Se interrumpió—. ¿Qué pasa? —preguntó mientras dejaba la bandeja delante del capitán.

—Nada. —Alexandr miró el panfleto—. ¿Qué es esto?

Dasha miró a Marina, desconcertada, y Marina se encogió de hombros como si dijera: «A mí que me registren».

—Por eso me he puesto el vestido blanco —le explicó Tatiana, que seguía de pie—. Para que no me disparen.

Alexandr se levantó con tanta violencia que se volcó el té caliente sobre la guerrera. Descargó un puñetazo tremendo contra la mesa con la mano donde sostenía el panfleto.

—¿Estás loca? —le gritó a Tatiana—. ¿Es que has perdido el juicio?

Dasha lo sujetó de la manga de la guerrera.

—Alexandr, ¿qué te pasa? ¿Por qué le gritas?

—¡Tania! —volvió a gritar el oficial, que dio un paso adelante con aire feroz. Tatiana no se amilanó.

Dasha se encargó de apartar a Alexandr.

—Siéntate, ¿se puede saber qué te pasa? ¿Por qué gritas?

Alexandr se sentó, sin desviar la mirada de Tatiana ni por un instante. Tatiana fue hasta el sofá, cogió un paño de cocina que había detrás del respaldo y se acercó a la mesa para limpiar el té derramado.

—Tania —añadió su hermana—, no te acerques demasiado, no vaya a ser...

—¿No vaya a ser qué, Dasha? —preguntó el capitán, colérico.

—Olvidalo, Dasha —dijo Tatiana en voz baja.

Recogió la taza de té vacía para ir a buscar más té a la cocina.

Alexandr la cogió por el brazo.

—Tania, deja la taza y ve a cambiarte de vestido. —No le soltó el brazo, pero añadió—: Por favor.

Tatiana dejó la taza.

—Tania. —La mirada de Alexandr la traspasaba. Deseó que él le soltara el brazo y dejara de mirarla—. Tania, ¿recuerdas lo que hicieron los alemanes en Luga? Tú estabas allí, ¿no lo viste? Lanzaron los panfletos sobre las voluntarias y las muchachas que cavaban las trincheras y recolectaban las patatas. «Vestid vuestros vestidos y chales blancos, —decían—. Así sabremos que sois civiles y no os dispararemos». Las

mujeres dijeron «muy bien», y se cambiaron alegremente, y se vistieron de blanco, y los alemanes, cuando aparecieron con sus aviones, vieron los vestidos blancos desde trescientos metros de altura y, las aniquilaron allí mismo, en las trincheras. Les facilitaba muchísimo la puntería.

Tatiana apartó el brazo.

—Ahora ve, y cámbiate, por favor. Ponte algo oscuro y bien abrigado. —Alexandr se levantó—. Yo me prepararé el té. —Miró a Dasha con una expresión fría—. Y tú, hazme un favor, jamás me confundas con alguien que le hizo daño a tu hermana.



—¿Te quedarás? —preguntó Dasha.

—Tengo que presentarme en el cuartel a las nueve.

Comieron una sopa hecha con unas hojas de col, y unas cuantas cucharadas de trigo sarraceno. El pan negro parecía una piedra y el té no tenía azúcar. Le sirvieron a Alexandr una copa de vodka. Él bajó al sótano y trajo leña para la estufa. Por una vez, la habitación estaba caliente. «Notable», pensó Tatiana.

Alexandr estaba sentado a la mesa, con Dasha a un lado, la madre en el otro y Marina, de pie, a sus espaldas. *Babushka* permanecía en el sofá. Tatiana estaba en un extremo de la mesa, con la mirada perdida en su taza de té. Todos estaban alrededor de Alexandr, excepto ella, que ni siquiera podía acercarse.

—Alexandr, querido, debe ser muy duro para ti estar en el frente y pensar continuamente en la comida como nosotras —dijo la madre.

—Irina Fedorovna, te diré un pequeño secreto. —Se inclinó hacia ella—. Cuando estoy en el frente, en lo que menos pienso es en la comida.

—Alexandr, querido —añadió la madre, acariciándole el brazo—, ¿hay alguna manera de que puedas sacar a mis chicas de Leningrado? Ya casi no tenemos comida.

—Es imposible —respondió el capitán—. Además, como sabes, no estoy en el mando del Ladoga. Estoy más abajo, en el Neva, al mando de la

artillería que bombardea las posiciones alemanas al otro lado del río en Schiisselburg. —Se estremeció—. Nos devuelven por duplicado cada cañonazo. Pero hay otra cosa, el lago aún no está helado del todo, y las barcazas que lo cruzan no pueden transportar a los más de dos millones de civiles que todavía quedan en Leningrado. Hasta ahora sólo han evacuado a unos pocos miles, y todos son niños con sus madres.

—Nosotras también somos niñas con su madre —protestó Dasha.

—Quería decir niños pequeños con sus madres —se corrigió Alexandr—. Todas vosotras trabajáis. ¿Quién os dejaría marchar? Tú y Dasha coséis uniformes para el ejército. —Palmeó el brazo de la madre—. Tania trabaja en el hospital. ¿Qué tal te va en el trabajo, Tania? —Miró a la muchacha, que se había apartado de la mesa y ahora estaba junto a la ventana.

—Hoy cosí cuarenta y dos sacos. —Tatiana se encogió de hombros—. Pero no fueron bastantes. Había setenta y ocho muertos. Mamá, no sabes lo mucho que deseo encontrar una máquina de coser para ti.

La madre volvió la cabeza para mirar furiosa a *babushka*.

—A ti te gustaban las patatas que compraba, Irina —se defendió la abuela con voz débil—. Ahora no tengo nada para darte.

—Mañana os traeré patatas del economato —dijo Alexandr—, y un poco de harina. Os traeré todo lo que pueda, pero no os puedo sacar de aquí. ¿Estáis enteradas de lo que sucedió con el *Konstruktor*? Cruzaba el Ladoga con doscientas cincuenta mujeres y niños a bordo, y cuando navegaba a la altura del cabo Ladoga rumbo a Novaia Ladoga, fue atacado por los cazabombarderos alemanes. El capitán consiguió esquivar una de las bombas, pero otra estalló en la cubierta. El barco se hundió en cuestión de segundos, y todos los que iban a bordo murieron ahogados.

—Prefiero arriesgarme a seguir en Leningrado antes que morir en medio del mar helado. —Sentenció Dasha.

—¿Cómo os vais apañando? —preguntó el capitán—. Tú, Marina, ¿qué tal lo llevas?

—Mal —contestó la muchacha—. No tienes más que mirarnos.

—Has tenido días mejores —admitió Alexandr. Miró a Tatiana.

—Antón ha muerto. La semana pasada —le informó ella, sin mirarlo.

—Sí —intervino Dasha—. Quizás ahora Nina dejará de venir a pedirte que le des comida para su hijo.

—Lamento la muerte de Antón, Tania. No estarás repartiendo tu comida, ¿verdad?

Tatiana prefirió no responder, y cambió de tema.

—¿Tienes alguna noticia de Dimitri? No sabemos nada.

—Dimitri está ingresado en el hospital de Voljov, y esperemos que salga con bien. —El capitán encendió un cigarrillo—. Estoy seguro de que no tiene fuerzas ni para escribir. —La pareja intercambió una mirada.

Sonaron las sirenas de alarma. Alexandr miró en derredor. Ninguno de los presentes se movió.

—¿Qué pasa? ¿Ya nadie baja el refugio? ¿Tatiana os ha convencido para que no bajéis? —preguntó, en voz muy alta para hacerse escuchar por encima del agudo ulular de la sirena.

—Marina y yo todavía bajamos —contestó Dasha, ajustándose el abrigo.

—Tania, ¿cuándo fue la última vez que bajaste al refugio? —Quiso saber Alexandr.

—La semana pasada. —La muchacha se encogió de hombros—. Me senté junto a una mujer que no me dirigió la palabra. Intenté hablar con ella tres veces hasta que me di cuenta de que estaba muerta. Y no hacía poco.

—Tania, dile la verdad —manifestó Dasha—. Estuviste cinco segundos, y aquella noche el bombardeo duró tres horas. Y antes de eso, ¿cuándo bajaste?

—En septiembre —dijo la madre mientras se levantaba para reanudar su trabajo de costura.

—¡Mira quién habla! —exclamó Dasha—. Tú tampoco has vuelto a bajar desde septiembre.

—Tengo trabajo que hacer. Intento ganar un poco más de dinero. Tú tendrías que hacer lo mismo.

—¡Lo hago, mamá! Sólo que me llevo la costura al refugio.

—Sí, y he visto lo que hiciste con aquel uniforme; le cosiste una manga al revés. No se puede coser sin luz, Dasha.

Mientras madre e hija discutían, Tatiana y Alexandr se miraban.

—Tania, no te has quitado los guantes en toda la noche, ¿por qué? —preguntó el oficial—. Ahora se está caliente. Apártate de la ventana donde hace frío. Ven y siéntate con nosotros.

—¡Oh, Alexandr! —exclamó Marina, con una mano apoyada en el brazo del hombre—. No te vas a creer lo que hizo tu Tanechka la semana pasada.

—¿Qué hizo?

—¿Tu Tanechka? —dijo Dasha—. Así es, Alexandr, no te lo vas a creer.

—Quiero contárselo —protestó Marina, con un tono petulante.

—Que alguien me lo cuente.

—¿Tengo que escucharlo? —Tatiana gimió. Recogió las tazas—. Alexandr, ¿podrías echar un poco más de leña al fuego?

El capitán se levantó en el acto para ocuparse de la estufa.

—Puedo echar más leña al fuego, y escuchar.

Dasha se apresuró a contárselo antes de que Marina pudiera abrir la boca.

—El sábado pasado, Marinka y yo fuimos a la cantina de Suvorovski. Había dejado a Tania durmiendo tan tranquila en la habitación, pero al regresar nos encontramos con Kostia, el chico del segundo piso, que nos gritó: «¡Corred, corred! ¡Tania se quema, Tania se quema!».

Alexandr volvió a sentarse en su silla. Miró a Tatiana, y ella advirtió que la mirada del capitán era mucho más fría.

—Tania, cariño, ¿por qué no le cuentas tú el resto? —preguntó Dasha—. Creo que será más divertido si se lo dices tú. Cuéntale lo que pasó.

Tatiana, con el pelo corto, los ojos hundidos, el cuerpo consumido y cargada con las tazas de té de toda la familia, respondió:

—No pasó nada.

—¿Por qué no me lo cuentas, Tatiana? —insistió el capitán, con una mirada que rayaba la furia.

—Kostia es demasiado pequeño para estar en la azotea por su cuenta. Subí a ayudarlo. Estalló una bomba incendiaria, que no era gran cosa, y él se aturulló a la hora de apagar el fuego. Le eché una mano, nada más.

—¿Subiste a la azotea? —preguntó Alexandr, en voz baja.

—Sólo durante una hora —le explicó ella con un tono que pretendía ser jovial. Se encogió de hombros y sonrió—. Te juro que no era nada. Un incendio muy pequeño. Cogí un cubo de arena y lo apagué en cinco minutos. Kostia es un histérico. —Miró a Marina—. Y no es el único.

—Tania, deja de mirar a Marina como si quisieras ahogarla. ¿Un histérico? ¿Por qué no te quitas los guantes y le muestras las manos a Alexandr?

El capitán permaneció en silencio.

Tatiana se dirigió hacia la puerta, cargada con las tazas.

—Como si a él le importara ver mis manos —comentó.

—¿Sabéis qué? —Alexandr se levantó—. No quiero ver nada. Me voy. Se me hace tarde.

Recogió el fusil, el abrigo, el macuto y salió de la habitación sin siquiera acercarse a Tatiana.

Dasha miró a su hermana, a su prima, a su madre y a su abuela.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué le pasa?

—Mucho, mucho miedo —le respondió *babushka* desde el sofá.

—Marinka, ¿por qué? —preguntó Tatiana—. Ya sabes cómo se preocupa por todas nosotras. ¿Qué necesidad hay de preocuparle todavía más con tonterías? En la azotea estoy tan bien como en cualquier otro sitio, y mis manos están perfectamente.

—¡Tania tiene razón! —afirmó Dasha—. Por cierto, ¿qué has querido decir con eso de «tu Tanechka»? —Miró a su prima hecha una furia.

—Sí, Marina, ¿qué has querido decir? —Preguntó Tatiana y se encaró con la muchacha, que dijo que sólo era una manera de hablar.

—Vaya manera de hablar más estúpida —opinó Dasha.

3

Aquella noche Tatiana soñó que no dormía, que la noche duraba todo el año y que en la oscuridad la mano de Alexandr encontraba la suya.

Acababa de levantarse cuando llamaron a la puerta. Era Alexandr. Traía dos kilos de pan negro y medio kilo de trigo sarraceno. Todos dormían excepto Tatiana. El capitán la esperó en la cocina, con los brazos cruzados y una mirada fría, mientras ella se cepillaba los dientes. Alexandr comentó que el baño apestaba. Tatiana hacía tiempo que ni lo advertía.

—Shura, no salgas ahora. Hace frío. Puedo cargar con un kilo de pan; al menos, eso creo. Dame tu cartilla. Traeré el tuyo.

—Aún no ha llegado el día en el que tengas que traerme las raciones.

—¿Lo dices en serio? —replicó Tatiana, tajante. Se acercó a él con tanto ímpetu que él retrocedió—. Si tú puedes ir al frente...

—Como si pudiera elegir.

—Como si yo pudiera elegir. Te traeré tu ración. Dame tu cartilla.

—No. Deja que te traiga el abrigo. ¿Cómo están tus manos?

—Están bien. —Se las enseñó. Quería que él se las cogiera, se las tocara, pero no lo hizo; sencillamente la miró con la misma mirada fría.

Salieron a la calle. La temperatura era de diez grados bajo cero. A las siete de la mañana todavía estaba oscuro y soplaba un viento tremendo que traspasaba el abrigo de Tatiana y se le metía en las orejas, que los acompañó con su lamento ártico todo el camino hasta la tienda. En el local sólo tenían a unas treinta personas delante. Tatiana calculó que tardarían unos cuarenta y cinco minutos.

—Sorprendente, ¿verdad? —comentó Alexandr, con un tono de ira mal disimulada—, que estemos a mitad de noviembre, y tú tengas que seguir haciendo esto sola.

Tatiana no le respondió. Tenía demasiado sueño. Se encogió de hombros y se ajustó el chal a la cabeza.

—¿Por qué lo haces? —preguntó el capitán—. Dasha puede hacerlo sin problemas, o por lo menos podría acompañarte. Marina también. ¿Por qué insistes en venir sola?

No sabía qué responderle. Tenía demasiado frío y le castañeteaban los dientes. Al cabo de unos minutos entró en calor pero seguía el castañeteo de los dientes. «¿Por qué vengo sola en medio de la oscuridad y el frío, y durante los bombardeos? —pensó—. ¿Por qué nunca cambiamos?».

—Porque si viene Marina, se come las raciones en el camino de vuelta. Porque mamá cose toda la mañana y Dasha tiene que hacer la colada. ¿A quién se lo voy a pedir? ¿A *babushka*?

Alexandr no le respondió. El enojo no desapareció de su rostro.

Tatiana le tocó el abrigo, y él se apartó.

—¿Por qué estás enojado conmigo? ¿Porque subí a la azotea?

—Porque tú no... —Se interrumpió—. Porque no me escuchas. —Exhaló un suspiro—. No estoy enojado contigo, Tatia. Estoy furioso con ella.

—No lo estés. Simplemente ha sucedido de esta manera. Prefiero estar aquí que no haciendo la colada.

—¿Cómo es que Dasha tiene que lavar tanta ropa? Tú podrías dormir hasta tarde como hace ella seis días a la semana.

—Escucha, lo está pasando bastante mal con todo esto. Comencé a ir...

—Comenzaste a ir porque te lo dijeron, y tú contestaste de acuerdo. Ellos dijeron: «ah, también podrías cocinar para nosotros», y tú contestaste: «de acuerdo», a pesar de tener una pierna enyesada.

—Alexandr, ¿qué te molesta tanto? ¿Que haga lo que me dicen? También hago lo que tú me dices.

—¿Tú haces lo que te digo? —replicó Alexandr, pálido—. ¿Has dejado de subir a la condenada azotea? ¿Bajas al refugio? ¿Has dejado de darle tu

comida a Nina? Sí, ya se ve cómo haces lo que te digo.

—¿Crees que a ellas les hago más caso? —exclamó Tatiana, incrédula. Todavía no era su turno. Había una docena de personas que los precedían en la cola. Doce personas que les escuchaban—. Creía que no estabas enojado conmigo.

—No estoy enojado por eso. ¿Quieres saber por qué estoy enojado?

—Sí —respondió ella, con un tono fatigado. En realidad, no le importaba.

—Porque haces todo lo que te piden.

—¿Y?

—Todo. Ellas dicen ve, y vas. Te dicen dame, y tú les das. Te dicen lárgate, y te largas. Te pegan, y tú las defiendes. Te dicen: «quiero tu pan, quiero tu leche, quiero tu té, quiero tu...».

Tatiana vio dónde quería ir a parar, e intentó detenerlo.

—No, no. —Sacudió la cabeza—. No sigas.

—Dicen: «él es mío» —prosiguió el capitán, implacable—, y tú dices: «de acuerdo, de acuerdo, por supuesto, es tuyo, puedes quedártelo. A mí nada me importa. Ni la comida, ni mi pan, ni yo misma, ni mi vida, y él tampoco, nada me importa». —Acercó su rostro al de la muchacha, y le susurró con un tono feroz—: Yo, Tatiana, estoy luchando por nada.

—Oh, Alexandr —exclamó Tatiana con una expresión de reproche.

Permanecieron en silencio hasta que les entregaron sus raciones. A Alexandr le dieron patatas, zanahorias, carne, pan, leche de soja, mantequilla y crema agria.

El capitán cargó con la bolsa de comida cuando salieron a la calle, y Tatiana caminó a su lado en silencio. Él caminaba tan rápido que a la muchacha le costaba mantenerse a la par. Tatiana comenzó a retrasarse, y cuando vio que el oficial no acertaba el paso, acabó por detenerse.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alexandr, furioso.

—Ve tú. Sigue tú solo. No puedo caminar tan deprisa. Ya llegaré.

Alexandr retrocedió y le ofreció el brazo.

—Vamos. Para sumarse a los festejos de nuestra revolución, los alemanes comenzarán a bombardearnos dentro de unos minutos, y te

aseguro que no se detendrán hasta la noche.

Tatiana enlazó su brazo con el de Alexandr. Quería llorar, deseaba no quedarse atrás, no tener tanto frío. La nieve se colaba en las botas destrozadas que llevaba atadas con un cordel. La pena se colaba en su corazón destrozado que llevaba atado con un cordel. Caminaron por la nieve sin levantar la mirada del suelo.

—Yo no te traicioné, Shura —afirmó Tatiana, al cabo de un rato.

—¿No? —La voz del hombre no podía ser más amarga.

—¿Por qué me haces esto? ¿Cómo puedes convertir en una falta que me comporte correctamente con mi hermana? Tendrías que estar avergonzado de ti mismo.

—Estoy avergonzado de mí mismo.

Ella le apretó el brazo con todas sus fuerzas.

—Se supone que tú eres el fuerte. No veo que luches por mí.

—Peleo por ti todos los días. —El capitán aceleró el paso una vez más.

Tatiana le tiró del brazo para obligarlo a que acortara el paso. Se rio sin sonido; su cuerpo estaba tan debilitado que ya casi no le quedaban ánimos.

—¿Pedirle a Dasha que se case contigo es luchar por mí?

Las sirenas comenzaron a sonar cada vez con mayor insistencia, pero no era nada comparado con las sirenas de su corazón.

—Ahora que Dimitri es un distrófico herido y ha desaparecido de la escena, ¡te las das de valiente! —afirmó la muchacha—. Ahora que crees que no debes preocuparte por él, te estás permitiendo todo tipo de libertades delante de mi familia y ahora te enojas conmigo por cosas que son agua pasada. Pues, mira, no pienso soportarlo. ¿Te sientes mal? Ve y cástate con Dasha. Eso hará que te sientas mejor.

Alexandr se detuvo bruscamente y la metió en un portal.

De pronto se encontraron en medio del bombardeo. Era una auténtica lluvia de bombas.

—¡No le pedí que se casara conmigo! —gritó el capitán—. ¡Acepté casarme con Dasha para que Dimitri te dejara en paz! ¿O es que lo has olvidado?

—¡Así que ése era tu gran plan! —le replicó ella a voz en cuello—. ¡Ibas a casarte con Dasha por mí! ¡Qué bueno eres, Alexandr, qué humano! —Las palabras brotaban furiosas, salían de entre sus pechos helados. Las manos de Tatiana lo sujetaron por el abrigo mientras ella aplastaba su rostro contra el pecho del hombre—. ¿Cómo pudiste? —chilló—. ¿Cómo pudiste? —susurró—. Tú le pediste que se casara contigo.

¿Lo dijo a gritos o lo susurró? Tatiana lo zarandó pero resultaba patético, y le golpeó con sus manos cubiertas con los mitones, pero no eran golpes, sino caricias. Alexandr la estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que la dejó sin aliento.

—Dios mío —susurró—. ¿Qué estamos haciendo? —Él no la soltó.

Tatiana cerró los ojos, con los puños apoyados en su pecho.

—¿Qué pasa, Shura? ¿Tienes miedo por mí? ¿Crees que me ronda la muerte? —Tatiana lo miró mientras esperaban que, en algún momento, cesara el bombardeo.

—No —respondió él, sin mirarla.

—¿Me ves muerta? —Tatiana se apartó y fue a situarse al otro extremo del portal.

Transcurrieron unos segundos antes de que Alexandr le respondiera, y cuando lo hizo, su voz transmitió toda la emoción que lo embargaba.

—Cuando mueras, llevarás tu vestido blanco con las rosas rojas, tendrás el pelo largo y te caerá sobre los hombros. Cuando te maten, en tu maldita azotea o caminando sola por la calle, tu sangre será como otra rosa roja en tu vestido y nadie se dará cuenta, ni siquiera tú cuando te desangres por la Madre Rusia.

—Me quité el vestido, ¿no? —replicó Tatiana con un nudo en la garganta.

Alexandr echó una ojeada a la calle.

—¿Qué más da? Piensa en lo poco que importan las cosas ahora. Mira lo que está pasando. ¿Por qué estamos en este portal? Vamos a tu casa. Vamos con tus trescientos gramos de pan. Vamos.

Tatiana no se movió. Él tampoco.

—Tania, ¿por qué continuamos disimulando? ¿Por qué? ¿Para beneficio de quién? Sólo nos quedan unos minutos, y no son nada buenos. Nos están quitando todo lo que tenemos, y la mayoría de nuestras pretensiones, incluso las mías; sin embargo continuamos con las mentiras. ¿Por qué?

—¡Te diré por qué! ¡Te diré en beneficio de quién! Por ella. Porque ella te quiere. Porque quieres consolarla en los minutos que le quedan. ¡Por eso!

—¿Qué me dices de ti, Tania? —preguntó Alexandr, con la voz quebrada. Hizo una pausa y la miró como si quisiera decirle algo. Ella permaneció muda—. ¿No quieres que te consuele en los minutos que te quedan?

—No —contestó ella débilmente—. Ya no se trata de ti o de mí. —Agachó la cabeza—. Puedo soportarlo. Ella no.

—Yo tampoco puedo.

—Tú puedes soportar esto y más, Alexandr Barrington —afirmó Tatiana con pasión—. Déjalo ya.

—De acuerdo. Lo dejaré.

—Quiero que me prometas una cosa.

El capitán la miró con una expresión de cansancio.

—Prométeme que tú no...

—¿Yo no, qué? —preguntó Alexandr desde el otro lado del portal—. ¿Casarme con ella o romperle el corazón?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Tatiana. Respiró con desesperación como si estuviese a punto de ahogarse. Se arrebujó en el abrigo.

—Romperle el corazón.

Alexandr la miró, incrédulo. Ella tampoco lo podía creer.

—Tania, no me tortures.

—Shura, prométemelo.

—¿Una de tus promesas o de las mías?

—¿Eso qué significa?

—Nada.

—Todavía no he escuchado tu promesa...

—De acuerdo, te lo prometo, si tú me prometes...

—¿Qué?

—Que no te pondrás el vestido blanco nunca más, que nunca más darás tu pan, que nunca más subirás a la azotea. Si lo haces, se lo contaré todo inmediatamente. En el acto, ¿me escuchas?

—Te escucho —dijo Tatiana, convencida de que no era muy justo.

—Prométeme —añadió Alexandr, mientras la cogía de la mano, para acercarla a su cuerpo— que harás todo lo posible por sobrevivir.

—Está bien, te lo prometo —respondió con el corazón en la mirada.

—¿Es una de tus promesas o de las mías?

—¿Eso qué significa?

El capitán le sujetó el rostro entre sus manos. A Tatiana se le aflojaron las piernas.

—Si haces todo lo posible por seguir viva —susurró Alexandr—, no le romperé el corazón a tu hermana.

4

A la mañana siguiente, Tatiana fue sola a la tienda. Acababa de recibir el kilo de pan para su familia, que parecía pesar mucho menos incluso en sus brazos sin fuerzas, y estaba a punto de salir del local, cuando de pronto le dieron un golpe en la nuca y otro en la oreja derecha. Se tambaleó y antes de que pudiera darse cuenta, un muchacho de unos quince años le arrebató el pan y se lo metió en su boca de hiena, con una mirada salvaje. Los otros clientes comenzaron a pegarle con las bolsas, pero el muchacho siguió comiendo sin hacer caso de los golpes hasta que se acabó el pan. Uno de los empleados acudió armado con un palo y comenzó a darle bastonazos. Tatiana gritó: «¡No!», pero el muchacho cayó al suelo sin que se borrara de sus ojos la mirada salvaje y desesperada. Tatiana, sin preocuparse de la sangre que le manaba de la oreja donde había recibido el puñetazo, se inclinó para ayudarlo. Él la apartó bruscamente y huyó del local.

La dependienta no podía darle más pan.

—Luba, por favor. No puedo volver a casa con las manos vacías.

—No puedo hacer nada —respondió la mujer, con una expresión de pena—. Los guardias del NKVD me fusilarán si te entrego otra ración. No sabes lo que es esto.

—Por favor, Luba —suplicó Tatiana—. Es para mi familia.

—Tanechka, si fuera por mí te lo daría, pero no puedo. El otro día fusilaron a tres mujeres por falsificar las cartillas de racionamiento. Ahí mismo, en la calle, y no se molestaron en retirar los cadáveres. Vete, cariño. Vuelve mañana.

«Vuelve mañana», repitió Tatiana para sus adentros al salir de la tienda.

Por un momento, había pensado en utilizar los cupones del día siguiente, pero entonces, ¿qué haría mañana? ¿Y pasado mañana? No podía volver a casa. De hecho, no volvió a casa, sino que se quedó en el refugio y después se fue al hospital. Vera había desaparecido; la tarjeta de control de Tatiana había desaparecido; a nadie le importaba. Se echó a dormir un rato en una de las habitaciones sin calefacción, y en la cafetería le sirvieron un líquido claro y unas cucharadas de gachas que era aguachirle, pero no le dieron nada para llevarse a casa. Buscó a Vera pero fue inútil. Se sentó en el puesto de las enfermeras; después fue a una de las salas y le hizo compañía a un soldado moribundo. Mientras ella le cogía la mano, el hombre le preguntó si era una monja. Le respondió que no, pero que él podía decirle lo que quisiera.

—No tengo nada que contarle. ¿Por qué está sangrando?

Tatiana comenzó a explicárselo, pero no había gran cosa que explicar, así que le dijo:

—Por la misma razón que está usted en el hospital.

Tatiana pensó en Alexandr, en todo lo que hacía por protegerla. De Leningrado, de Dimitri, de trabajar en el hospital: un lugar terrible, infecto, donde existía el riesgo del contagio; de los ladrillos en Luga; de las bombas alemanas; del hambre. No quería que subiera a la azotea. No quería que fuera sola a Fontanka, o sin el ridículo casco que él le había dado, o que durmiera sin todas sus prendas. Quería que se aseara, incluso con agua fría, y quería que se lavara los dientes todos los días aunque no los tuviera sucios con restos de comida. Sólo quería una cosa.

Quería que viviera.

Saberlo le produjo un cierto alivio.

Un poco de consuelo.

Tendría que ser suficiente.

Cuando regresó a su casa, alrededor de las siete de la tarde, se encontró con que su familia estaba muy preocupada por ella.

—Lo hubiéramos comprendido, hija mía. Lo importante eres tú, no el pan —comentó su madre.

Dasha le dijo que había enviado a Alexandr a buscarla.

—No lo hagas nunca más, Dasha —le rogó Tatiana, con un tono de fatiga—. Conseguirás que lo maten.

Tatiana se sorprendió al ver que su familia no estaba furiosa por la pérdida del pan. No tardó en averiguarlo. Alexandr había traído aceite, habas de sojas y media cebolla. Dasha había preparado un estofado delicioso, con una cucharada de harina y un poco de sal.

—¿Dónde está el estofado? —preguntó Tatiana.

—No había mucho, Tanechka —respondió Dasha.

—Creímos que habías comido allí donde estabas —señaló la madre.

—Tú has comido, ¿no? —intervino *babushka*.

—Teníamos mucha hambre —admitió Marina.

—Sí, no os preocupéis por mí —manifestó Tatiana, con un tono de desaliento.

Alexandr se presentó alrededor de las ocho. La había estado buscando durante tres horas. Lo primero que le preguntó fue:

—¿Qué te ha pasado?

Tatiana se lo dijo.

—¿Dónde has estado todo el día? —Alexandr le hablaba como si no hubiera nadie más en la habitación.

—Fui al hospital. Para ver si podían darme un poco de comida.

—No te dieron.

—Un poco. Comí unas gachas. —Aguachirle.

—De acuerdo. —Alexandr se quitó el abrigo—. Hay estofado.

Se escucharon unas toses. La familia se hizo la disimulada. Alexandr no entendía nada. Miró a Dasha.

—Te traje habas de soja, Dasha. Dijiste que prepararías un estofado.

—Lo prepararé —dijo Dasha con un tono contrito—. Pero había poco. Nos lo comimos.

—¿Os lo comisteis y no dejasteis nada para ella? —El oficial enrojeció de furia.

—Alexandr, no pasa nada —manifestó Tatiana, ansiosa—. Tampoco dejaron nada para ti.

Dasha soltó una risita nerviosa.

—Tú comes en el cuartel, y ella dijo que había comido, cariño.

—Ella es una mentirosa —gritó Alexandr.

—Ya comí —afirmó Tatiana.

—¡Eres una mentirosa! —vociferó Alexandr—. Te lo prohíbo. Te prohíbo que vayas a buscarles la comida. Devuélveles las cartillas y diles que vayan ellas a buscarse su maldita comida. No quiero que vayas nunca más a buscarles el pan si son incapaces de guardarte un poco de la comida que traigo.

Tatiana permaneció callada. Se sintió tan gratificada que por un momento se olvidó del pan.

—¿Quién irá a buscar tu pan si ella muere? —le increpó a Dasha—. ¿Quién te traerá una olla de caldo a casa, quién te traerá puré de verduras?

—Yo traigo el puré de verduras de la fábrica —señaló la madre, con un tono desabrido.

—¡Sí y se come la mitad antes de poner un pie en esta casa! —gritó el capitán—. ¿Cree que estoy ciego? ¿Cree que no sé que Marina acaba los cupones antes de que termine el mes y entonces le pide pan a Tatiana, que recibe una paliza mientras ustedes duermen?

—Yo no duermo. Coso —replicó la madre—. Me paso toda la mañana cosiendo.

—Tania, no les irás a buscar las raciones nunca más, ¿está claro? —Una vez más, Alexandr le hablaba como si no hubiera nadie en la habitación.

Tatiana murmuró algo sobre lavarse y salió. Cuando volvió, Alexandr estaba sentado a la mesa, fumando. Parecía más tranquilo.

—Ven aquí —le dijo en voz baja.

Marina estaba en la otra habitación con su tía. *Babushka* había ido al apartamento de Nina Iglenko.

—¿Dónde está Dasha? —preguntó Tatiana. Se acercó a él lentamente, atenta a su mirada.

—Ha ido a pedirle un abrelatas a Nina. Acércate más.

—Shura, por favor —le rogó la muchacha, cuando llegó a su lado—. ¿Qué se ha hecho de tu expresión indiferente? Me lo prometiste.

Él mantuvo la mirada fija en el suéter de Tatiana.

—No te preocupes —susurró ella—. Estoy bien.

—Haces que me sienta peor. No lo hagas. —Alexandr apoyó una mano en la cadera de la muchacha y soltó un gemido muy suave.

Tatiana se inclinó y apoyó la frente en la del capitán.

Permanecieron inmóviles por un momento. Ella apartó la cabeza. Él hizo lo mismo.

—Mira lo que tengo para ti, Tania. —Alexandr sacó una lata del bolsillo del abrigo.

—Aquí tienes el abrelatas —anunció Dasha, desde el umbral—. ¿Para qué lo necesitas?

Alexandr abrió la lata y, con un cuchillo, cortó el contenido en trocitos. Le entregó la lata a Tatiana.

—Adelante, Pruébalo.

—¿Qué es? —preguntó ella. Tenía ganas de sonreír. Era la cosa más exquisita que había probado en toda su vida. No era jamón, ni mortadela boloñesa, ni cerdo, sino una mezcla de las tres cosas, bañada en manteca y gelatina. La lata era pequeña, no podía contener más de cien gramos—. ¿Qué es esto? —repitió. Su mirada expresaba con toda claridad un deleite para el que no tenía palabras.

—*Spam*.

—¿*Spam*? ¿Qué es *Spam*?

—Es parecido a un paté de jamón. En ruso, se llama *tushonka*.

—Esto es mucho más rico que el jamón.

—¿Puedo probarlo? —preguntó Dasha.

—No. —Alexandr no se volvió—. Quiero que tu hermana se lo coma todo. Tú ya has comido, Dasha. No es posible que tengas hambre después de llenarte de estofado.

—Sólo quería un trocito. Para probarlo.

—No.

—Tania, por favor. Lamento haberme comido tu parte del estofado. Sé que estás enfadada.

—No estoy enfadada, Dasha.

—Pues yo sí. —Alexandr se encaró con su prometida—. Eres una mujer adulta. Esperaba otra cosa de ti.

—Dije que lo lamentaba —refunfuñó Dasha.

Tatiana comió varios trozos. Todavía quedaba media lata.

—¿Alexandr?

—No, Tatiana.

Comió otro par de trozos. Ahora quedaban dos. Tatiana lamió la manteca y la gelatina. Cogió uno de los trozos y se lo ofreció a Alexandr, que lo rechazó con un gesto.

—¿Uno para ti y otro para Dasha?

Dasha le arrebató el trozo de la mano. Tatiana le dio el último a Alexandr, que se lo comió. La muchacha lamió la lata.

—Esto es delicioso. ¿Dónde lo has conseguido?

—De los norteamericanos, a través del acuerdo de Préstamo y Arriendo. Una caja de *Spam* para Leningrado y dos camiones militares.

—Hubiese preferido más cajas de esto.

—No lo sé. Los camiones son muy buenos. —Alexandr sonrió.

Tatiana se quedó con las ganas de devolverle la sonrisa. Miró a su hermana.

—Dasha, cariño, ¿qué tal está Nina?

—Muy mal.

Alexandr se marchó al cuartel al cabo de unos minutos. La mañana siguiente, cuando Tatiana salió para ir a buscar las raciones, Dasha la acompañó.

El segundo día, Dasha se quedó en la cama, pero en la calle un soldado esperaba a Tatiana en el portal.

—¡Sargento Petrenko! —Tatiana sonrió—. ¿Qué hace aquí?

—Ordenes del capitán. —El sargento la miró con afecto—. Me dijo que la acompañara a la tienda.

Al tercer día, Petrenko no estaba en el portal, pero Alexandr la estaba esperando en Fontanka. La acompañó a casa y luego volvió al cuartel. Al cuarto día, se presentó en el apartamento.

En el camino de regreso de la tienda, el capitán la dejó sola unos instantes para ayudar a una mujer que tiraba de dos trineos por Ulitsa Nekrasova. En uno había un cadáver envuelto en una sábana, y en el otro, una *bourzhuika*. Alexandr se acercó para decirle que debía decidirse por uno de los dos, y que más le valía llevarse primero la estufa y luego ocuparse del cadáver.

Tatiana lo esperaba pacientemente y sola, apoyada contra una pared, cuando vio a tres adolescentes que se acercaban con paso decidido. Miró a Alexandr, que estaba a unos cien metros de distancia, de espaldas a Tatiana, y muy ocupado arrastrando uno de los trineos. Gritó el nombre del capitán, pero el viento era muy fuerte y soplabla en contra, así que él no la escuchó.

Se volvió hacia los muchachos. Reconoció a uno: era el mismo que le había robado en la tienda. La calle estaba desierta, y la nieve, arrastrada por el viento, formaba montones de varios metros de altura. Los montones ocultaban los cadáveres. No había coches, ni autobuses. Sólo Tatiana. Exhaló un suspiro. Pensó en cruzar la calle a la carrera, pero se le hizo un mundo. No tenía fuerzas para correr. Así que no se movió.

En cuanto llegaron a su lado, les ofreció las raciones de pan, la suya y la de Alexandr, sin decir palabra. Dos de los asaltantes la metieron en el portal. El tercero, la hiena de antes, cogió el pan pero después la miró con una expresión bestial y le dijo a sus compañeros:

—¿Preparados? Vamos allá. —La hoja de una navaja brilló ante los ojos de la muchacha.

Tatiana miró al muchacho directamente a los ojos sin siquiera pestañear.

—Vete, márchate de aquí antes de que sea demasiado tarde. Vete ahora mismo. Él te matará.

—¿Qué? —exclamó el muchacho, sorprendido.

—¡Vete! —gritó Tatiana, pero en aquel mismo momento, el muchacho recibió un tremendo culatazo en la cabeza y se desplomó, fulminado. Los otros dos no tuvieron tiempo para soltarla. Alexandr tumbó a uno y

después al otro. En cuestión de segundos, los tres yacían tumbados en la nieve.

El capitán hizo salir a Tatiana del portal.

—Apártate, por favor. —Amartilló el arma y apuntó a uno de los asaltantes.

—¡No! —exclamó Tatiana. Puso una mano sobre la pistola.

—Tatiana, por favor. —Le apartó la mano—. Si no lo hago, mañana volverán a aterrorizar a alguna otra persona. Apártate.

—Shura, por favor, no. Les vi los ojos. No vivirán hasta mañana. No manches tus manos con su sangre.

Alexandr enfundó la pistola a regañadientes. Recogió la bolsa con el pan y, con un brazo alrededor de la cintura de Tatiana, la acompañó a su casa en medio de la ventisca.

—¿Sabes lo que te hubiera ocurrido de no haber estado yo contigo?

—Sí. —Quería mirarle a la cara, pero se sentía tan débil que no tuvo fuerzas ni para levantar la cabeza—. Lo mismo que me pasa cuando estoy contigo.

A la mañana siguiente, Alexandr le trajo un arma. No era una pistola Tokarev como la suya, sino una automática P-38 alemana que había conseguido cerca de Pulkovo dos meses atrás.

—No olvides que los chicos son todos unos cobardes, se meterán contigo porque creen que pueden. No tienes que usar la pistola, sólo mostrársela. No volverán a meterse contigo.

—Shura, yo nunca he usado un arma.

—¡Estamos en guerra, Tania! ¿Recuerdas cuando jugabas a la guerra con Pasha? ¿No jugabas a ganar? Pues ahora juega. Lo único diferente es que ahora todos nos jugamos algo más. —El capitán le entregó un puñado de rublos.

—¿Qué es esto?

—Ahí tienes mil rublos. Es la mitad de mi paga. No hay comida, pero todavía se consiguen cosas en el mercado negro. Ve, y no te preocupes de los precios. Compra lo que necesites. Me han dicho que están vendiendo harina, y quizás otras cosas. Me preocupa dejarte, pero debo hacerlo. El

coronel Stepanov quiere que lleve los camiones con tropas de refresco al lago Ladoga.

—Muchas gracias —susurró Tatiana.

—Tu hermana y tu prima tienen que acompañarte a la tienda, Tania. — El rostro de Alexandr se veía tenso—. Por favor, no vayas sola. No volveré hasta dentro de una semana o diez días. Quizá más. —Las palabras que no querían decir flotaban en el aire helado—. No te preocupes por mí. La mala noticia es que hemos perdido Tijvin. Dimitri se disparó en el pie justo a tiempo. Tijvin fue... —Se interrumpió—. No importa.

—Me lo imagino.

—Ahora no hay ferrocarril para ir al otro lado del lago. La única manera de traer alimentos a Leningrado es a través del Ladoga, pero ahora no podemos transportar los abastecimientos hasta el lago. El pan que comes lo hacen con las reservas de harina. Necesitamos recuperar Tijvin y el ferrocarril. Sin ellos, es imposible abastecer la ciudad.

—Oh, no.

—Sí. Mientras tanto, el alto mando ha ordenado que construyamos una carretera que pasará por las aldeas casi despobladas que están muy al norte, cerca de Zaborie, para llegar al otro lado del lago. Nunca se ha intentado hasta ahora construir allí una carretera, pero no podemos elegir. Si no la construimos, significará la muerte para todos.

—¿Cómo hacéis para transportar los abastecimientos a través de un lago que aún no está helado del todo? —Tatiana se estremeció.

Alexandr la miró con ojos de cordero degollado.

—Si no reconquistamos Tijvin, no habrá abastecimientos que transportar por muy helado que esté el lago. No tenemos ninguna probabilidad sin la ciudad —dijo Alexandr, sin tocar a Tatiana. Después añadió—: Vigila las reservas de comida como si fueran oro en paño. Volverán a reducir las raciones.

—No nos queda gran cosa, Shura.

Caminaron hasta la esquina de Nevski y Liteinii. Alexandr, que debía marcharse al cuartel, le dijo antes de despedirse:

—Ayer me llamaste Shura delante de toda la familia. Tienes que ir con más cuidado. Tu hermana acabará por darse cuenta.

—Sí —admitió ella, con un tono triste—. Tendré que ir con más cuidado.

Tatiana compró menos de medio kilo de harina por quinientos rublos. Doscientos cincuenta rublos por cada taza, y pagó trescientos por medio kilo de mantequilla, medio litro de leche de soja y un paquete de levadura pequeño.

En casa quedaba un poco de azúcar. Preparó pan.

Aquello era lo que habían conseguido los Metanov con mil rublos, la mitad de la paga de Alexandr por defender Leningrado: una hogaza de pan untada con un poco de mantequilla. La cena de una noche. Al menos Alexandr les había traído un poco de leña para la estufa y medio litro de petróleo.

Dividieron el pan en cinco porciones, las sirvieron en platos y se las comieron con cuchillo y tenedor. Cuando acabaron de comer, Tatiana agradeció a Dios haberle dado a Alexandr.

5

Estaban en la tercera semana de noviembre y por las mañanas tardaba en clarear. Había tapado las ventanas con mantas para que no entrara el frío, pero al hacerlo también impedían el paso de la luz.

«¿Qué luz?», se preguntó Tatiana, mientras caminaba lentamente de la cama a la cocina con el cepillo de dientes y la botella de agua oxigenada. Siempre había usado agua oxigenada y bicarbonato, pero una noche había dejado el bicarbonato en el alféizar de la ventana, y alguien se lo había comido.

Tatiana abrió el grifo. Le dio vueltas y más vueltas.

No había agua.

Exhaló un suspiro y emprendió el camino de regreso, arrastrando los pies, con el cepillo y el agua oxigenada, y se metió otra vez en la cama. Dasha y Marina rezongaron en sueños.

—No hay agua —anunció Tatiana.

A las nueve, cuando ya había luz, Tatiana y Dasha fueron hasta las oficinas del distrito. Una mujer demacrada y con llagas en el rostro les informó de que habían cerrado la central eléctrica del barrio porque no había combustible en Leningrado.

—¿Eso qué tiene que ver con que no tengamos agua? —preguntó Dasha.

—¿Con qué funcionan las bombas de suministro? —replicó la mujer.

—Me rindo —dijo Dasha, desconcertada—. ¿Qué es esto? ¿Un examen?

—Vamos, Dasha. —Tatiana cogió a su hermana por el brazo. Miró a la empleada—. Volverán a dar la electricidad, pero las tuberías estarán

totalmente congeladas —afirmó con un tono acusador—. No volveremos a tener agua hasta que se descongelen las tuberías en primavera.

—No se preocupe —comentó la empleada—, ninguna de nosotras estará viva cuando llegue la primavera.

Tatiana les preguntó a los vecinos del edificio si tenían agua, y se enteró de que en el primer piso sí tenían; el problema era que no había bastante presión para hacerla subir al tercero. Así que a la mañana siguiente, Tatiana bajó a la calle y recogió un cubo de nieve que derritió en la estufa, y utilizó el agua para el inodoro. Luego bajó al primer piso, llenó un cubo de agua potable en la casa de un vecino y la llevó a su casa para lavarse ella y que se lavaran Dasha, su madre, Marina y la abuela.



—Dasha, ¿puedes levantarte y venir conmigo? —le preguntó Tatiana, una mañana.

Dasha se tapó la cabeza con la manta.

—Oh, Tania —protestó—. Hace tanto frío... Cuesta horrores levantarse con este frío.

Tatiana tenía cada vez más problemas para llegar al hospital antes de las diez, porque ahora además de ir a buscar las raciones, tenía que encargarse de acarrear los cubos de agua.

Ya no les quedaba avena; sólo un par de tazas de harina, un poco de té y dos botellas de vodka.

Dasha, su madre y ella, recibían cada una trescientos gramos de pan al día. La ración de Marina y *babushka* era de doscientos gramos para cada una.

—Estoy engordando —anunció Dasha.

—Yo también —afirmó Marina—. Tengo los pies tres veces su tamaño normal.

—Y yo. No me puedo calzar las botas —dijo Dasha—. Tania, hoy no podré ir contigo.

—No te preocupes, Dasha. Yo no tengo los pies hinchados.

—¿Por qué me hincho? —se lamentó Dasha, con tono de desesperación—. ¿Qué me está pasando?

—¿A ti? —exclamó Marina—. ¿Qué me dices de Tania? Ése es el problema contigo, Dasha, nunca te fijas en las personas que te rodean.

—Mira quién habla. La ladrona de pan, la que se come la avena. Espera a que le diga a Tania cuánta avena nos has robado, ladrona.

—Puede que yo tenga hambre, pero al menos no estoy ciega.

—¿Qué demonios has querido decir con eso?

—Chicas, chicas —intervino Tatiana—. ¿Qué más da quién está más hinchada, o quién sufre más? Las dos tenéis razón. Ahora volved a la cama y esperad a que vuelva. Y haced el favor de mantener la boca cerrada, sobre todo tú, Marina.

6

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la madre una noche, cuando la abuela estaba en la otra habitación y las muchachas en la cama.

—¿De qué hablas? —preguntó Dasha.

—De *babushka*. Ahora que ya no va nunca al otro lado del Neva, está en casa todo el día.

—Sí, y ahora que está en casa, se come lo que queda de la harina de Alexandr cucharada a cucharada —criticó Marina.

—Marina, cállate —le ordenó Tatiana—. No nos queda harina. La abuela se come el polvo que queda en el fondo del saco.

—Vaya —Marina cambió de tema—. Tania, ¿crees que es verdad? ¿Que las ratas han abandonado la ciudad?

—No lo sé, Marina.

—¿Has visto perros o gatos?

—No queda ni uno —dijo Tatiana—. Lo sé. —Lo había comprobado.

La madre se acercó a la cama, se sentó en el borde y sacudió la cabeza.

—Escuchadme con atención. —La voz de su madre ya no sonaba orgullosa, tampoco era estridente ni fuerte. Apenas era una voz, y desde luego no era la voz que Tatiana reconocía como la de su madre. El pañuelo seguía recogándole el pelo—. Hablo del frío. Ella está aquí todo el día. ¿Tenemos bastante leña para mantener encendida la estufa para ella todo el día?

—No. —Dasha se incorporó a medias, apoyada en un codo—. No tenemos. Necesitamos toda la leña para cocinar nuestra comida, apenas si nos alcanza. ¿Cuánto tiempo hace que nos podemos calentar toda la casa con la estufa grande?

«Desde que Alexandr estuvo aquí la última vez —pensó Tatiana—. Siempre consigue leña, enciende la estufa y hace que tengamos la casa caliente».

—Tendremos que decirle que tenga la estufa encendida todo el día —afirmó la madre, muy preocupada.

—Se lo diremos, mamá —prometió Tatiana—, pero muy pronto nos quedaremos sin leña.

—Tania, la pobre se huela en la casa. ¿Has visto cómo camina? Apenas si se mueve.

—Antes solía ir a la cantina, y se pasaba allí las horas. A veces le daban un plato de sopa, o un puré de verduras —dijo Dasha—. Hoy no la he visto levantarse del sofá, ni siquiera para cenar. Tania, ¿podríamos ingresarla en tu hospital?

—Podemos intentarlo. Pero no creo que haya camas disponibles. Están destinadas a los niños y a los heridos.

—Lo intentaremos mañana, ¿de acuerdo? —sugirió la madre—. Al menos en el hospital estará caliente. Todavía tienen calefacción en el hospital, ¿no?

—Han cerrado tres alas —contestó Tatiana. Se levantó—. Sólo mantienen una abierta y está llena.

Fue a ver a su abuela. Las mantas se habían caído al suelo, y *babushka* Maia descansaba en el sofá cubierta sólo con el abrigo. Tatiana recogió las mantas y abrigó a la anciana hasta el cuello, remetiéndola bien las mantas. Se arrodilló en el suelo.

—*Babushka*, háblame —susurró.

Babushka gimió débilmente. Tatiana apoyó una mano en la frente de su abuela.

—¿No te quedan fuerzas? —preguntó.

—Muy pocas.

—*Babushka*, recuerdo cuando me sentaba a tu lado mientras pintabas. —La muchacha sonrió—. Los olores de las pinturas eran muy fuertes, y tú siempre olías a pintura. A mí me gustaba sentarme a tu lado para compartir los olores. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo, cielo. Eras una niña encantadora. —Sonrió.

Tatiana no apartó la mano de la frente de la anciana.

—Me enseñaste a dibujar un plátano, cuando tenía cuatro años. Yo no había visto nunca un plátano y no sabía cómo dibujarlo. ¿Lo recuerdas?

—Dibujaste un plátano muy bonito, a pesar de que nunca habías visto uno. Oh, Tanechka... —Se interrumpió.

—¿Qué, *babushka*?

—Oh, ser joven otra vez.

—No sé si te habrás fijado, pero a los jóvenes tampoco les va muy bien.

—No hablo de ellos. —La abuela abrió los ojos por un momento—. Me refiero a ti.

A la mañana siguiente, Tatiana subió dos cubos de agua, fue a buscar las raciones y cuando regresó *babushka* estaba muerta. Yacía en el sofá, abrigada con las mantas que le había arreglado Tatiana, inmóvil y helada.

—Entré a despertarla y no se movió —explicó Marina, llorando a moco tendido.

Tatiana y su familia velaron el cadáver durante unos momentos.

Marina se enjugó las lágrimas y se acercó a la mesa.

—Venga, desayunemos.

—Sí, desayunemos —dijo la madre—. He preparado un poco de achicoria. Sarkova encendió la cocina con su leña para preparar el desayuno, así que aproveché el calor que quedaba.

Se sentaron a la mesa. Tatiana cortó la hogaza por la mitad; medio kilo para el desayuno y el otro medio para la cena. Dividió el medio kilo en cuatro partes y se las comieron.

—Marina, trae tu pan entero a casa, ¿me oyes? —le advirtió Tatiana.

—¿Qué hacemos con la parte de la abuela? ¿Por qué no la divides y nos la comemos ahora?

Se la comieron en un santiamén. Tatiana le dijo a su madre que iría a las oficinas del *Soviet* local para comunicar el fallecimiento de *babushka* y pedir que enviaran a recoger el cadáver. La madre apoyó una mano sobre el brazo de la muchacha.

—Si envían a recoger el cadáver, sabrán que está muerta.

—Por supuesto.

—¿Qué pasará con sus raciones? Nos las retirarán.

—Mamá, todavía tenemos sus cupones del mes. Nos quedan diez días de su pan.

—Sí, pero después, ¿qué?

—Mamá, ¿sabes algo? No puedo pensar a tan largo plazo. —Tatiana se levantó y comenzó a recoger los platos y las tazas.

—No te molestes en recoger, Tania —dijo Dasha—. No hay agua para lavar nada. Deja los platos. Sólo los hemos usado para el pan. Los volveremos a usar para la cena tal como están. —La muchacha miró a su madre—. Si no viene alguien de los servicios funerarios, ¿quién vendrá? Nosotras no podemos moverla. Tampoco podemos dejarla aquí, ¿verdad? No podemos comer y coser con el cadáver de la abuela en el sofá.

—Mejor que esté aquí y no tirada en medio de la calle —opinó su madre, sin fuerzas.

Tatiana dejó los platos y fue a buscar una sábana de la cómoda.

—Mamá, no podemos dejarla aquí. A los muertos hay que enterrarlos, incluso en la Unión Soviética —afirmó, apenada—. Dasha, ¿quieres ayudarme? Tenemos que envolverla antes de que se la lleven. La envolveremos con la sábana.

Dasha recogió el abrigo y las mantas de la abuela.

—Nos quedaremos con las mantas. Nos harán falta.

Tatiana echó una ojeada a la habitación. Vio el desorden: los libros fuera de los estantes, las prendas en el suelo, los platos y las tazas en la mesa. ¿Dónde estaba lo que estaba buscando? Ah, allí. Se acercó a la ventana y recogió un dibujo pequeño. Era el esbozo del pastel de manzana que *babushka* había pintado en septiembre. Dejó el dibujo sobre el pecho de la abuela.

—Venga, acabemos con esto.

Las muchachas envolvieron a *babushka*. La madre cosió los dos extremos. Tatiana se persignó, se enjugó las lágrimas a toda prisa y se marchó a comunicar el fallecimiento de su abuela.

Por la tarde se presentaron dos hombres enviados por el consejo. Mamá les pagó con dos copas de vodka a cada uno.

—Me parece imposible que usted todavía tenga vodka, camarada — comentó uno de los hombres, entusiasmado—. Es la primera vez que nos sirven una copa en todo el mes.

—¿Sabe que el vodka es lo que mejor se paga? —dijo el otro hombre—. Podrían conseguir una buena cantidad de pan a cambio de vodka si es que tienen más.

Las mujeres intercambiaron una mirada. Tatiana sabía que aún quedaban dos botellas. Después de la muerte del padre y con Dimitri en el frente, nadie más de la casa bebía vodka salvo Alexandr cuando venía, y él sólo bebía una copita.

—¿Dónde la llevarán? —preguntó la madre—. Los acompañaremos. —Ninguna de ellas había ido a trabajar.

—Tenemos un camión lleno de cadáveres. No hay lugar para ustedes. La llevaremos al cementerio más cercano. Es el de Starorusskaia. Vayan a verla allí.

—¿Tendrá una tumba? ¿Un ataúd?

—¿Un ataúd? —El hombre casi se rio—. Camarada, ni siquiera a cambio de todo su vodka podría conseguirle un ataúd. ¿Quién lo fabricará? ¿De dónde sacarán la madera?

Tatiana asintió. Cogería un ataúd y lo quemaría a trozos en la estufa antes que utilizarlo para enterrar a su abuela. Se abrochó el abrigo, aterida.

—Al menos, tendrá una tumba, ¿no? —preguntó la madre, con el rostro ceniciento y la voz quebrada.

—Camarada, ¿ha visto usted la nieve, el suelo helado? Baje con nosotros y eche una mirada. Y de paso, eche una ojeada al camión.

Tatiana se adelantó. Apoyó una mano en el brazo del hombre.

—Camarada —dijo en voz baja—. Sólo ocúpense de bajarla hasta la calle, que es lo más difícil. Bájenla a la calle y nosotras nos encargaremos del resto.

Subió al desván, donde antes tendían la colada. Ahora ya no había prendas en el tendedero, pero encontró lo que buscaba: el trineo de la

infancia. Era de un color azul brillante con los patines rojos. Lo bajó hasta la calle, con mucho cuidado para no resbalar. Los hombres habían dejado el cadáver en la acera cubierta de nieve.

—Venga, chicas —dijo a Marina y Dasha—. A la una, a las dos y a las tres.

Marina estaba tan débil que ni siquiera hizo el gesto de levantar.

Tatiana y Dasha colocaron el cadáver en el trineo y lo llevaron a lo largo de tres manzanas hasta el cementerio, escoltadas por su madre y Marina. Tatiana, a pesar de la repugnancia, había echado una ojeada a la caja del camión. La pila de cadáveres tenía tres metros de altura.

—¿Éstas son las personas que han muerto hoy? —le preguntó al conductor.

—No. Sólo son las que recogimos esta mañana. —El hombre se inclinó hacia ella—. Ayer recogimos mil quinientos cuerpos en la calle. Vende el vodka que tengas, chica, y compra pan.

No se podía entrar al cementerio porque la montaña de cadáveres obstruía las puertas. Eran pocos los que estaban envueltos en sábanas.

Tatiana vio a una madre con su hijo pequeño: habían llevado al padre muerto hasta el cementerio y habían muerto congelados en la entrada. La muchacha cerró los ojos y sacudió la cabeza para borrar la espantosa imagen de su mente. Quería regresar a casa.

—No podemos pasar, ni abrírnos camino. Dejaremos aquí a nuestra *babushka*. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Las dos hermanas levantaron el cadáver de la abuela y lo dejaron lo más cerca posible de la entrada. La velaron durante unos minutos y después emprendieron el camino de regreso a casa.

Vendieron las dos botellas de vodka y compraron dos hogazas de pan blanco en el mercado negro. Ahora que Tijvin estaba en manos de los alemanes, ni siquiera había pan en el mercado negro.

7

Transcurrió una semana. No había agua para echar en el inodoro. Tatiana no podía lavarse los dientes. No podía asearse. A Alexandr no le haría ninguna gracia. No tenían ninguna noticia del capitán. ¿Estaría bien?

—¿Cuándo crees que repararán las tuberías? —le preguntó Dasha una mañana.

—Ruega para que tarden —le respondió Tatiana—. De lo contrario, tendrás que volver a ocuparte de la colada.

Dasha abrazó a su hermana.

—Te quiero. Todavía tienes ánimos para contar chistes.

—Bastante malos. —Tatiana le devolvió el abrazo.

Apañárselas con cubos de agua era duro, que las tuberías estuvieran congeladas era peor, pero lo realmente insoportable era el agua que se derramaba cuando los vecinos cargaban con el agua hasta sus viviendas. El agua caía sobre los escalones y se congelaba. La temperatura oscilaba entre los quince y los veinte grados bajo cero, y las escaleras estaban permanentemente cubiertas de hielo. Todas las mañanas, para ir a buscar el agua, Tatiana cogía el cubo vacío en una mano, con la otra se cogía del pasamanos y luego se deslizaba escaleras abajo sobre el trasero.

Subir con el cubo lleno era mucho más difícil. Se caía por lo menos una vez y tenía que volver por más agua. Cuanta más agua se derramaba más gruesa era la capa de hielo y más fácil resultaba resbalar. Las escaleras de atrás eran todavía más traicioneras. Una mujer que vivía en el cuarto piso resbaló y se rompió una pierna. Imposibilitada de moverse, murió congelada, y nadie pudo sacarla de allí ni antes ni después.



Tatiana, Marina, Dasha y la madre, sentadas muy juntas en el sofá, escuchaban la radio, que sólo transmitía música. De vez en cuando, ofrecían un boletín donde decían cosas sensatas como: «Moscú resiste el ataque enemigo», y otras estúpidas como: «Se han fijado las nuevas raciones de pan: 125 gramos para los dependientes y 200 gramos para los trabajadores».

También escuchaban otras palabras: «Daños, pérdidas, Churchill».

Stalin hablaba de abrir un segundo frente en Voljov, pero no antes de que Churchill abriera un segundo frente para distraer a los alemanes en los países del norte de Europa. Churchill había dicho que no disponía de los hombres ni de los recursos necesarios para abrir un segundo frente, pero que estaba dispuesto a resarcir a Stalin por las pérdidas materiales de la Unión Soviética. A estas manifestaciones, Stalin había contestado que ya se encargaría él de presentarle la factura al Führer en persona.

Moscú se defendía con uñas y dientes, dispuesta a no claudicar ante los nazis. La aviación alemana se ensañaba con la capital con verdadero furor.

—Hace un mes que no tenemos noticias de *babushka* Anna —comentó Dasha una tarde, a finales de noviembre—. Tania, ¿tú has tenido alguna noticia de Dimitri?

—Por supuesto que no, y te diré más: no creo que vuelva a tener noticias tuyas nunca más. Por cierto, que tampoco sabemos nada de Alexandr.

—Yo sí —exclamó Dasha—. Hace tres días. Me olvidé de decírtelo. ¿Quieres leer su carta?

Querida Dasha y todas vosotras:

Espero que estés bien cuando recibas esta carta. ¿Aguardas mi regreso? No veo la hora de estar otra vez contigo.

Mi comandante me envió a Kokkorevo, una aldea de pescadores donde ya no quedaba ni uno. Los bombardeos habían convertido el lugar

en un montón de escombros. Casi no teníamos camiones, ni tampoco combustible para los que había. Éramos unos veinte con dos caballos. Nos enviaron para comprobar la capa de hielo, para ver si podía soportar el peso de un camión cargado con alimentos y municiones, o por lo menos un trineo tirado por un caballo.

Caminamos por el hielo. Hacía tanto frío que cualquiera hubiese dicho que el hielo ya se habría consolidado, pero no. En algunos lugares era muy fino. Perdimos un camión y dos caballos inmediatamente; entonces nos quedamos en la orilla del lago y miramos la extensión de hielo que se abría ante nosotros, y dije: «Basta ya de tonterías, dadme el maldito caballo». Me monté y cabalgué durante cuatro horas sobre el hielo hasta la mismísima Kobona. La temperatura era de doce grados bajo cero. Decidí que el hielo aguantaría.

Tan pronto como regresé con un trineo cargado con alimentos, me pusieron al mando de un regimiento de transporte, otro nombre para un millar de voluntarios. Nadie destinaría soldados de verdad a una cosa como ésta.

Antes de que la capa de hielo fuese lo bastante gruesa como para resistir el paso de los camiones, los voluntarios tuvieron que montar en los caballos que arrastraban los trineos hasta Kobona para recoger la harina y otros víveres y volver. Os juro que vuestra abuela lo hubiese hecho mejor que algunos de aquellos hombres. Estoy seguro de que la mayoría no había montado nunca a caballo, ni habían soportado tanto frío, porque no sé cuántos accidentes tuvimos con los hombres que se cayeron de los caballos, o que pisaron allí donde el hielo era quebradizo y se ahogaron. El primer día perdimos un camión con un cargamento de petróleo. Intentábamos llevar combustible a Leningrado. Carecer de combustible es casi tan malo como no tener alimentos. Sin petróleo no se pueden encender los hornos para cocer el pan.

Dijimos: «Dejemos los camiones por unos cuantos días, y usemos sólo los caballos». Poco a poco, los caballos recorrieron los treinta kilómetros que hay desde Kobona a Kokkorevo. Un día transportamos más de veinte toneladas de víveres. Sé que parece una minucia, pero al

menos es algo. Ahora estoy en Kobona, ocupado en cargar los víveres en los trineos, en buscar harina, y siempre consciente de que vosotras no tenéis ni un gramo en casa. A las tropas que están en el frente les han reducido las raciones a medio kilo de pan al día. Me han dicho que la ración de los dependientes es de ciento veinticinco gramos por día. Intentaremos conseguir que suba.

Ni qué decir tiene que a los alemanes no les ha gustado nada nuestra carreterita de hielo. La bombardean sin piedad, día y noche, aunque menos por la noche. Durante la primera semana, perdimos más de tres docenas de camiones con todos los cargamentos de víveres. Por fin, se han dado cuenta de que ponerme a conducir un camión no es aprovechar al máximo mi capacidad. Ahora estoy al mando de una sección de artillería antiaérea. Manejo una batería Zenith, y me sentí muy orgulloso cuando abatí un cazabombardero alemán que estaba a punto de ametrallar un camión que llevaba víveres para vosotras.

Ahora la capa de hielo es bien sólida, salvo en unos tramos muy cortos, y además tenemos buenos camiones. Alcanzan velocidades de cuarenta kilómetros por hora a través del lago. Los soldados han bautizado la carretera con el nombre de «Camino de la vida». Suena bien, ¿verdad?

En cualquier caso, sin Tijvin, no podemos transportar gran cosa a Leningrado. Debemos reconquistar Tijvin. ¿Crees, Dasha, que debería ofrecerte como voluntario para esa misión? ¿Cargar contra los alemanes montado en mi yegua gris, y con mi flamante ametralladora Shpagin en las manos? Es una broma, desde luego, pero la Shpagin es un arma soberbia.

No sé cuándo podré regresar a Leningrado, pero cuando lo haga, llevaré comida conmigo, para todas, así que coraje y adelante.

Tuyo,

ALEXANDR



«Camina, camina, no levantes la vista —se dijo Tatiana—. Tápate la cara con el pañuelo, tápate los ojos si es necesario, pero no levantes la vista, no mires Leningrado, no mires el patio donde se amontonan los cadáveres, no mires las calles donde los cuerpos yacen en la nieve, levanta el pie y pasa por encima de ellos. Rodéalos. No mires, no quieres ver». Aquella mañana, Tatiana había visto el cadáver de un hombre que había muerto hacía poco, en medio de la calle, y al que le faltaba casi todo el pecho. No había sido obra de una bomba. Le habían cortado la carne con un cuchillo. Tatiana avanzó en silencio, con una mano sobre la pistola que llevaba en el bolsillo, y sin levantar la vista del suelo.

Tuvo que esgrimir la pistola un par de veces cuando caminaba sola por la calle en dirección a la tienda.

El último día de noviembre, la onda expansiva de una bomba destrozó el cristal de la ventana de la habitación donde comían. Taparon el agujero con las mantas de *babushka*. No tenían nada más. La temperatura en la habitación bajó treinta grados.

Tatiana y Dasha trasladaron la *bourzhuika* a su habitación, y la colocaron delante del sofá de su madre, para que estuviera caliente mientras cosía los uniformes. La dirección de la fábrica, en su política de incentivar la iniciativa privada, le pagaba veinte rublos por cada uniforme que cosía por encima de la cuota. La madre tardó todo un mes para coser cinco uniformes y le dio los cien rublos a Tatiana para que fuera a ver qué encontraba en las tiendas.

Tatiana regresó con un vaso donde había un polvo negro. Era el polvo mezclado con el azúcar fundido cuando los alemanes bombardearon los almacenes Badaiev en septiembre.

—Una vez que se asiente el polvo, tomaremos el té dulce —afirmó Tatiana, con todo el ánimo que pudo.



«Avanza y no levantes la vista, Tatiana, avanza y no pierdas el lugar; si lo pierdes, no tendrán pan para ti, y entonces tendrás que recorrer toda la

ciudad para encontrar otra tienda. Quédate, no te vayas, ya vendrá alguien para limpiar todo esto». Había caído una bomba en la calle donde Tatiana estaba haciendo la cola, directamente en Fontanka, y la explosión había destrozado a media docena de mujeres.

«¿Qué se debe hacer? ¿Cuidar de los vivos? ¿De su familia? ¿Apartar a los muertos? No levantes la vista, Tatiana. No levantes la vista, Tatiana, mira la nieve, y no mires otra cosa que tus botas destrozadas. Antes mamá te hubiera hecho otro par. Pero ahora mamá ni siquiera es capaz de coser a mano un uniforme, con o sin la ayuda de Dasha, con o sin mi ayuda, cuando en octubre cosía a máquina diez todos los días».

«Alexandr, quiero mantener la promesa que te hice. Quiero seguir viva, pero aunque necesite muy poco, no veo cómo mi metabolismo puede hacerlo con doscientos gramos de pan al día, cuando una cuarta parte es celulosa: serrín y corteza de pino. Pan mezclado con semillas de algodón que antes se consideraban venenosas para los humanos, pero ya no lo son. Pan que no es pan sino harina y agua. Tú lo llamas galletas de marinero. Pan que es negro y pesado como un adoquín. No puedo vivir con doscientos gramos de ese pan».

«No puede vivir con caldo claro. No puedo vivir con puré de verduras aguado».

«Luba Petrova no pudo. Vera no pudo. Kirill no pudo. Nina Iglénlo no pudo. ¿Podrán mamá y Dasha? ¿Podrá Marina?».

«Lo que he estado haciendo hasta ahora no es suficiente».

«Si quiero vivir necesitaré algo más, algo que no es de este mundo. Una fuerza capaz de eliminar el frío con nada, de saciar el hambre con nada».

El hambre dio paso a una desazón terminal, a un infeccioso desinterés por todo y por todos. Tatiana no prestaba la más mínima atención a los bombardeos. No tenía fuerzas para correr, no tenía fuerzas para echarse al suelo, ni para ayudar a mover los cadáveres o levantar a las víctimas. La apatía la había envuelto en un muro que sólo conseguían atravesar unas punzadas que parecían sentimientos.

Su madre le pellizcaba el corazón; Dasha removía sus afectos; Marina —incluso Marina, a pesar de su detestable codicia— despertaba algo en Tatiana, que no la juzgaba pero que la había desilusionado. Se había apiadado un poco de Nina Iglenko mientras la pobre mujer esperaba que muriera su último hijo antes de morir ella también.

Tatiana debía dejar de sentir. Apretaría los dientes y seguiría adelante. Claro que tendría que apretarlos muy fuertemente porque ya no había más comida. «No pienso acobardarme. No agacharé la cabeza. Encontraré la manera para volver a levantar la vista. Dentro de mí no quedará nada, excepto tú, Alexandr».

LA FORTALEZA DERRUMBADA

1

El reverso de las noches blancas: diciembre en Leningrado. Las noches blancas: la luz, el verano, el sol, el cielo color pastel. Diciembre: la oscuridad, las ventiscas, el cielo encapotado.

Una luz grisácea aparecía alrededor de las diez de la mañana. Se mantenía hasta eso de las dos, y después se marchaba para dejar paso una vez más a la oscuridad.

La oscuridad más total. A principios de diciembre se interrumpió el suministro eléctrico en Leningrado, no por un día, sino al parecer para siempre. La ciudad se encontró sumergida en una noche eterna. Dejaron de circular los tranvías. Hacía meses que los autobuses no funcionaban por falta de combustible.

Redujeron la semana laboral a tres días, luego a dos, y finalmente a uno. Consiguieron restablecer el suministro eléctrico en algunos sectores esenciales para el esfuerzo bélico: la Kirov, la panificadora, las estaciones de bombeo del agua, la fábrica donde trabajaba la madre, un ala del hospital donde trabajaba Tatiana. Pero los tranvías habían dejado de circular de forma permanente. No había luz ni calefacción en el apartamento de los Metanov. Para tener agua había que bajar por las escaleras convertidas en un tobogán de hielo hasta el primer piso.

Aquellos días eran como un sudario que apagaba el espíritu de Tatiana. Le resultaba imposible pensar en otra cosa más allá de su propia mortalidad.

A principios de diciembre, Estados Unidos por fin declaró la guerra a los países del Eje, por algo ocurrido en la isla de Hawai con los japoneses.

—Ah, quizás ahora que tenemos a Estados Unidos de nuestra parte...
—comentó la madre, mientras cosía.

Tijvin fue reconquistada pocos días después de la entrada de los norteamericanos en la guerra. Éstas eran palabras que tenían un significado evidente para Tatiana. ¡Tijvin! Significaba trenes, carretera de hielo, comida. ¿Significaba también un aumento de las raciones?

No, no llegó a tanto. Continuaron recibiendo ciento veinticinco gramos de pan al día.

La interrupción del suministro eléctrico significó que la radio dejó de funcionar. Se acabaron los informativos. Ahora, además de no tener electricidad, agua, madera y comida, tampoco tenían noticias.

Permanecían sentadas y se miraban las unas a las otras. Tatiana sabía lo que se preguntaban.

¿Quién será la siguiente?

—Cuéntenos un chiste, Tania.

—Un cliente le dice al charcutero: «Por favor, póngame cinco gramos de chorizo». «¿Cinco gramos? —repite el charcutero—. ¿Me está tomando el pelo?». «En absoluto —responde el cliente—. Si le quisiera tomar el pelo, le pediría que me los cortara en rodajas».

—Muy gracioso, hija mía.



Tatiana volvió al apartamento cargada con el cubo de agua. Al pasar por delante de la habitación de Slavin, vio la puerta cerrada y recordó que llevaba días cerrada. Pero la puerta de Petr Petrov estaba abierta. El hombre, sentado en una silla, intentaba liar un cigarrillo.

—¿Quieres que te ayude? —Tatiana dejó el cubo en el suelo y entró en la habitación.

—Gracias, Tanechka —respondió Petrov, con un tono de derrota.

Le temblaban las manos.

—¿Qué pasa? Vete a trabajar, allí te darán algo de comer. Todavía os dan de comer en la Kirov, ¿no?

La Kirov estaba casi en ruinas como consecuencia de los bombardeos de la artillería alemana, que disparaba desde los altos de Pulkovo, pero los soviéticos habían reconstruido una fábrica más pequeña en el interior del enorme recinto, y hasta hacía unos pocos días, Petrov había tomado el tranvía de la línea 1 para ir hasta la fábrica.

Tatiana recordaba vagamente el tranvía de la línea 1.

—¿Cuál es el problema? ¿No quieres ir?

—No te preocupes por mí, Tanechka. —El hombre meneó la cabeza—. Ya tienes bastantes problemas.

—Dímelo. ¿Es por los bombardeos?

Petrov volvió a sacudir la cabeza.

—¿No es por la comida ni por los obuses? —Miró el rostro consumido de su vecino y fue a cerrar a la puerta—. Dímelo, ¿qué pasa? —insistió en voz baja.

Petr le explicó que lo habían trasladado a la Kirov hacía poco para reparar los motores de los tanques, aunque no disponían de piezas de recambio.

—Encontré la manera de adaptar los motores de avión a los tanques, y después reparé los motores para utilizarlos en los tanques y también en los aviones.

—Eso estuvo muy bien. Supongo que te lo recompensaron dándote la ración de un trabajador, ¿no? Trescientos cincuenta gramos de pan.

El hombre hizo un gesto y después le dio una chupada al cigarrillo.

—Lo que me preocupa no son las raciones, sino esos hijos de Satanás, los del NKVD. —Soltó un escupitajo—. Fusilaron a todos los pobres desgraciados que no pudieron reparar los motores. Cuando me llamaron, los muy cabrones se quedaron allí con sus fusiles, dispuestos a pegarme un tiro si no conseguía reparar los motores.

Tatiana escuchó las palabras de su vecino, con una mano apoyada en el hombro de Petrov, con los huesos y el corazón helados.

—Pero tú los arreglaste, camarada.

—Sí, pero ¿qué hubiese pasado si no lo conseguía? ¿No tenemos bastante con el frío, el hambre y los alemanes? ¿Cuántas maneras más hay

para matarnos?

Tatiana se dirigió a la puerta y la abrió.

—Lamento mucho lo de tu esposa —le dijo desde el umbral.

Aquella tarde, cuando regresó del hospital, la puerta seguía abierta. Petr Pavlovich Petrov continuaba sentado a la mesa, con el cigarrillo que Tatiana le había liado a medio consumir. Estaba muerto. Tatiana lo bendijo con la señal de la cruz y se marchó, sin olvidarse de cerrar la puerta.



Se miraban las unas a las otras desde el sofá, desde la cama, a través de la habitación. Las cuatro. Ahora comían y dormían todas juntas. Comían el pan de la cena con los platos sobre el regazo y después, reunidas delante de la *bourzhuika*, miraban las llamas a través de la rejilla de la salamandra. Era la única luz de la que disponían en la habitación. Tenían cerillas y mechas, pero no tenían qué quemar. Aunque no hubiesen tenido más que un poco de...

«Nada que quemar —pensó Tatiana—. Oh, no».

El aceite lubricante. Recordó aquel domingo de junio cuando aún había helados, sol y un poco de alegría, en el que Alexandr le había dicho que comprara una lata de aceite lubricante. Se lo había dicho y ella no había querido escucharle. Allí estaban las consecuencias.

—Marina, ¿qué estás haciendo?

La prima estaba muy ocupada arrancando el papel que revestía las paredes. Cogió un trozo, después metió la mano en el cubo de agua, y se dedicó a humedecer el reverso del papel.

—¿Qué estás haciendo? —repitió Tatiana.

Marina se hizo con una cuchara y comenzó a raspar el papel humedecido.

—Una mujer que estaba delante de mí en la cola del pan comentó que la pasta de pegar la hacen con harina de patata. —La muchacha raspaba el papel, a un ritmo frenético.

Tatiana le quitó el trozo de papel.

—Harina de patata y cola —le explicó.

Marina recuperó el trozo de papel de un manotazo.

—No lo toques. Ve y arranca un trozo si te apetece.

—Harina de patata y cola —repitió, apartándose de su prima.

—¿Y?

—La cola es tóxica.

Marina se rio casi para sus adentros, mientras raspaba la pasta con la cuchara y se la comía.



—Dasha, ¿qué estás haciendo?

—Enciendo la salamandra. —Dasha, de pie junto a la estufa, arrancaba las páginas de un libro y las echaba al fuego.

—¿Estás quemando los libros?

—¿Por qué no? Necesitamos calentar la casa.

—No, Dasha, déjalo. —Tatiana sujetó la mano de su hermana—. No quemes los libros, por favor. No podemos llegar a estos extremos.

—¡Tania! Si tuviera fuerzas suficientes, te mataría y después te comería a filetes. —Dasha arrojó otro libro al fuego—. No me digas...

—No, Dasha —replicó Tatiana, sin soltar la muñeca de la otra—. No quemes más libros.

—No tenemos madera —afirmó Dasha, con el tono de alguien que constata un hecho evidente.

Tatiana fue a toda prisa a mirar debajo de la cama. Su Zoschenko, John Stuart Mili, el diccionario de inglés. Recordó que el sábado por la tarde había estado leyendo a Pushkin y que había dejado despreocupadamente el precioso volumen junto al sofá. Miró a Dasha que, implacable, seguía arrojando libros al fuego.

Vio horrorizada el ejemplar de «El jinete de bronce» en la mano de su hermana.

—¡Dasha, no! —gritó al tiempo que se abalanzaba sobre ella.

¿De dónde había sacado las fuerzas para gritar, para abalanzarse? ¿De dónde había sacado las fuerzas para emocionarse?

Cogió el libro, se lo arrebató de las manos.

—¡No! —exclamó con el libro apretado contra su pecho—. Dios mío, Dasha, es mi libro —afirmó, temblorosa.

—Todos son nuestros, Tania —replicó Dasha, con un tono apático—. ¿Qué más da? Lo único importante es estar caliente.

Tatiana se había llevado tal susto que no pudo hablar durante unos minutos. Se lamió los labios.

—Dasha, ¿por qué los libros? —le preguntó—. Tenemos todo el juego de comedor. Una mesa y seis sillas. Nos durará todo el invierno si somos prudentes. —Se pasó la mano por los labios, y se asustó al ver las manchas de sangre.

—¿Quieres quemar el juego de comedor? —Dasha arrojó a las llamas el *Manifiesto Comunista* de Karl Marx—. Adelante, tú misma.

Algo le estaba pasando a Tatiana. No quería asustar a su madre ni a su hermana. Sabía que Marina estaba más allá del miedo. Tatiana esperaba a Alexandr. Le preguntaría qué le estaba pasando. Pero antes de que él regresara y ella tuviera la oportunidad de preguntárselo, vio que también Marina sangraba por la boca.

—Venga, Marina, vayamos al hospital.

Después de mucho esperar, las atendió un médico.

—Es el escorbuto, chicas, todo el mundo lo tiene. Os estáis desangrando por dentro. Los capilares se adelgazan tanto que se rompen. Necesitáis vitamina C. Le diré a la enfermera que os ponga una inyección a cada una.

Cada una recibió una dosis de vitamina C.

Tatiana mejoró.

Marina no.

—Tania, ¿me escuchas? —le susurró en mitad de la noche.

—¿Qué pasa, Marinka?

—No quiero morir —musitó, y de haber podido hubiese llorado. Pero sólo fue capaz de emitir un gemido—. ¡No quiero morir, Tania! Si no me

hubiera quedado aquí con mamá, ahora mismo estaría en Molotov con *babushka* y no me moriría.

—No te vas a morir. —Tatiana apoyó una mano en la frente de su prima.

—No me quiero morir sin haber sentido al menos una vez lo que tú sientes. —Marina hizo un esfuerzo por recuperar el aliento—. ¡Sólo por una vez en mi vida, Tania!

La voz de Dasha llegó hasta ellas como de muy lejos.

—¿Qué es lo que siente Tania?

Marina no le hizo caso.

—Tanechka, ¿qué se siente?

—¿Cómo se siente qué? —preguntó Dasha—. ¿El frío? ¿La indiferencia? ¿Consumirse?

Tatiana continuó acariciando la frente de su prima.

—Es como si nunca estuvieses sola —susurró—. Venga, ¿dónde está tu fuerza? ¿Recuerdas cuando estábamos en el lago con Pasha? Yo remaba, mientras tú y Pasha nadabais junto a la barca. ¿Dónde está aquella fuerza, Marinka?

A la mañana siguiente. Marina estaba muerta.

—Nos quedan sus raciones hasta final de mes —comentó Dasha, sin la menor muestra de emoción ante el cadáver de su prima.

—Ya se las había comido —le informó Tatiana—. Estamos a mediados de mes. No le quedaba hasta enero.

Tatiana envolvió a su prima en una sábana estampada. La madre cosió los dos extremos y bajaron el cuerpo deslizándolo por el hielo que cubría los escalones. Después, intentaron cargarlo en el trineo, pero no pudieron levantarlo. Tatiana bendijo a Marina con la señal de la cruz, y dejaron el cadáver en la acera cubierta de nieve.

2

Un día más, otra inyección de vitamina C. Otros ciento veinticinco gramos de pan negro. Tatiana iba al trabajo para recibir la ración de los trabajadores, pero en el hospital no tenía nada que hacer, excepto acompañar a los moribundos, y eso era lo que hacía.

Una semana después de la muerte de Marina, Tatiana, Dasha y su madre estaban sentadas en el sofá delante de la salamandra donde sólo quedaban unos rescoldos. Ya no quedaban más libros, salvo aquellos que Tatiana tenía escondidos debajo de la cama. Los rescoldos no alcanzaban a alumbrar la habitación. La madre cosía en la oscuridad.

—¿Qué estás cosiendo, mamá? —preguntó Tatiana.

—Nada, nada importante. ¿Dónde están mis chicas?

—Aquí, mamá.

—Dasha, ¿recuerdas Luga?

Dasha lo recordaba.

—Dashenka, ¿recuerdas cuando Tania se atascó con una espina de pescado y no conseguíamos sacársela?

—Tania tenía cinco años —dijo la hermana mayor.

—¿Quién me la sacó, mamá?

—Pasha. Tenía las manos muy pequeñas. Te metió la mano en la garganta y la sacó sin más.

—Mamá, ¿recuerdas cuando Tania se cayó de la barca en el lago Ilmen, y todos nos arrojamos al agua, porque creíamos que no podía nadar, y resultó que ella nadaba como los perros?

—Tania tenía dos años —recordó la madre.

—Mamá, ¿recuerdas cuando cavé un agujero en el patio para atrapar a Pasha y después, como me olvidé de tapanlo, tú te caíste dentro? —preguntó Tatiana.

—No me lo recuerdes, porque todavía me enfado.

Las tres intentaron reírse.

—Tania —dijo la madre, sin interrumpir su tarea—. Cuando tú y Pasha nacisteis, nos encontrábamos en Luga, y mientras toda la familia se reunía alrededor de Pasha, y todos decían que era un niño precioso, Dasha, que tenía siete años, te cogió en brazos y dijo: «Ya os podéis quedar con el negro, que yo me quedo con el blanco. ¡Este bebé es mío!». Todos nos echamos a reír. Alguien dijo: «Dasha, ¿la quieres? Pues tendrás que ponerle un nombre». —La voz de la madre se quebró—. Y nuestra Dasha respondió: «Quiero que mi bebé se llame Tatiana».

Un día más, otra inyección de vitamina C para Tatiana, a quien le sangraban los dedos mientras cortaba las raciones de pan para las tres.

Otro día más. Una bomba incendiaria cayó en la azotea del edificio de Quinto Soviet. Esta vez no estaban Antón, Mariska, Kirill, Kostia o Tatiana para apagarla. El incendio se propagó rápidamente, y quemó todo el cuarto piso que daba a la iglesia de Gresheski Prospekt. Nadie acudió a apagarlo. Ardió un día entero, y después se extinguió poco a poco.

¿Eran imaginaciones suyas o había más silencio? Sólo había dos explicaciones posibles: que se estuviera volviendo sorda, o que hubieran disminuido los bombardeos. Aún bombardeaban todos los días, pero los ataques eran más breves y menos intensos, como si los alemanes estuvieran aburridos de seguir con todo aquello. ¿Por qué no? ¿Quién quedaba por bombardear?

Quedaba Tatiana.

Y Dasha.

Y la madre.

No, la madre, no.



Sus manos sujetaban el uniforme de camuflaje blanco que estaba cosiendo, y debajo del gorro de lana llevaba su pañuelo. Casi pegada a la salamandra para aprovechar el calor, la madre anunció:

—No puedo. Se acabó, no puedo más.

Las manos dejaron de moverse, ladeó la cabeza. Sus ojos continuaron abiertos. Tatiana vio cómo la respiración se hacía cada vez más entrecortada hasta que cesó del todo.

Las dos hermanas se arrodillaron junto a su madre.

—¿Sabemos alguna plegaria, Dasha?

—Sé una parte de algo que llaman el Padrenuestro.

Tatiana notaba en la espalda el calor de la salamandra, pero por delante estaba helada.

—¿Qué parte sabes?

—Aquella que dice: «El pan nuestro de cada día dánoslo hoy».

Tatiana apoyó la mano sobre el regazo de su madre.

—La enterraremos con la costura.

—Tendremos que enterrarle en su costura —replicó Dasha con voz débil—. Mira, se estaba cosiendo un saco.

—Dios mío. —Tatiana sujetó la pierna fría de su madre—. «El pan nuestro de cada día dánoslo hoy». —Hizo una pausa—. ¿Qué más, Dasha?

—Es todo lo que sé. ¿Qué tal si dices: «amén»?

—Amén —dijo Tatiana.

A la hora de cenar, cortaron el pan en tres trozos. Tatiana se comió el suyo. Dasha el de ella. Dejaron el trozo de la madre en el plato.

Aquella noche, las hermanas se abrazaron en la cama.

—No me dejes, Tania. No saldré con bien sin ti.

—No voy a dejarte, Dasha. No nos dejaremos la una a la otra. No podemos quedarnos solas. Tú sabes que todos necesitamos a otra persona. Alguien que nos recuerde que todavía somos seres humanos y no bestias.

—Sólo quedamos nosotras dos, Tania. Tú y yo.

Tatiana abrazó a su hermana con todas sus fuerzas. Tú. Yo. Y Alexandr.

3

Alexandr regresó unos pocos días después de la muerte de la madre. Las enormes ojeras y la espesa barba negra le daban el aspecto de un bandido romántico, pero por lo demás parecía estar bien. Tatiana se sintió mejor con sólo verlo. Dasha estaba en el recibidor y él la abrazó, mientras Tatiana se mantenía a un lado y los miraba. Alexandr le devolvió la mirada.

—¿Cómo estás? —le preguntó Tatiana, con voz ahogada.

—Estoy bien. ¿Cómo están mis chicas?

—No muy bien, Alexandr —respondió Dasha—, no muy bien. Ven, mira a nuestra madre. Lleva muerta cinco días. Ya no vienen a recoger los cadáveres. Nosotras no podemos moverla.

Alexandr siguió a su prometida, y al pasar junto a Tatiana, le acarició el rostro con la mano enguantada.

Levantó el cadáver de la madre envuelto en la tela del uniforme de camuflaje, y lo bajó a la calle, con mucho cuidado para no resbalar en el hielo acumulado en los escalones. Después lo cargó en el trineo azul y rojo de Tatiana, y lo arrastró hasta el cementerio de Starorusskaia, escoltado por las hermanas. Apartó los cadáveres de la entrada para pasar el trineo, y una vez dentro, la tumbó en la nieve. Rompió dos ramas y las sostuvo en alto cruzadas delante de Tatiana para que la muchacha las atara con un cordel. Luego depositó la cruz improvisada sobre el pecho de la madre.

—¿Sabes alguna oración, Alexandr? —le preguntó Tatiana—. Para nuestra madre.

Alexandr miró a Tatiana, y después sacudió la cabeza. Ella vio cómo se persignaba y a continuación musitaba unas palabras.

—¿De verdad que no sabes ninguna plegaria? —insistió cuando salían del cementerio.

—En ruso, no —contestó él en voz baja.

Alexandr se animó en cuanto entraron en el apartamento.

—Chicas, no os podéis imaginar lo que os he traído sólo para vosotras.

Les había traído un saco de patatas, siete naranjas que sólo Dios sabía dónde las había encontrado, medio kilo de azúcar, un cuarto de kilo de cebada y aceite de girasol. Por último, y con una amplia sonrisa para Tatiana, sacó una lata con tres litros de aceite lubricante.

Tatiana le hubiera devuelto la sonrisa si hubiera podido.

Alexandr le enseñó cómo hacer un candil. Echó unas cuantas cucharadas de aceite en un plato, colocó una mecha que sobresalía un poco en el aceite, y después puso otro plato encima del primero para sujetar la mecha y la encendió. El candil daba luz suficiente para leer o coser. A continuación salió de la habitación y volvió media hora más tarde cargado con un montón de madera. Les explicó que había encontrado unas cuantas tablas rotas en el sótano. Les trajo agua.

Tatiana quería tocarlo, pero de eso ya se ocupaba su hermana. Dasha no le dejaba ni un momento. Tatiana ni siquiera podía devolverle las miradas. Buscó un cazo, preparó té y le echó azúcar; una delicia. Hirvió tres patatas y un poco de avena. Cortó el pan. Comieron. Después calentó agua en la salamandra, le pidió a Alexandr una pastilla de jabón, y se lavó la cara, el cuello y las manos.

—Muchas gracias, Alexandr. ¿Sabes algo de Dimitri?

—No se merecen. No, no sé nada. ¿Y tú?

Tatiana sacudió la cabeza.

—Alexandr, se me cae el pelo —dijo Dasha—. Mira. —La muchacha se llevó una mano a la cabeza y, sin esfuerzo, se arrancó un mechón.

—Dasha, no hagas eso. —El capitán miró a Tatiana—. ¿A ti también se te cae el pelo? —Su mirada era tan ardiente como el fuego de la salamandra.

—No —respondió ella suavemente—. No me lo puedo permitir. Mañana estaría calva. En cambio, sangro. —Miró a Alexandr y se pasó la

mano por los labios—. Quizás una naranja me sentaría bien.

—Cómetelas todas, pero poco a poco. Por cierto, chicas, ni se os ocurra salir de noche. Es demasiado peligroso.

—No saldremos.

—No olvidéis cerrar la puerta con llave.

—Siempre la cerramos.

—Entonces, ¿cómo es que entré tan fresco?

—Es cosa de Tatiana. La dejó abierta.

—Deja de culpar de todo a tu hermana, y cierra la maldita puerta.

Después de cenar, Alexandr trajo un serrucho de la cocina y serró la mesa y las seis sillas del comedor en trozos pequeños para que cupieran en la salamandra. Mientras trabajaba, Tatiana permaneció a su lado. Dasha se acomodó en el sofá, envuelta en mantas. Hacía mucho frío. Ya no estaban nunca en esa habitación. Comían, leían y dormían en el otro cuarto donde las ventanas tenían cristales.

—Alexandr, ¿cuántas toneladas de harina traen ahora para alimentarnos? —preguntó Tatiana, mientras apilaba los trozos de madera en un rincón.

—No lo sé.

—Alexandr.

—Quinientas. —Alexandr suspiró, resignado.

—¿Quinientas?

—Sí.

—Quinientas toneladas es mucha harina —comentó Dasha.

—¿Alexandr?

—Oh, no.

—¿Cuántas toneladas de harina nos dieron con las raciones de junio?

—Tatiana estaba dispuesta a averiguarlo.

—¿Quién soy? ¿Acaso soy Pavlov, el jefe de abastecimientos de Leningrado?

—Respóndeme. ¿Cuántas?

—Siete mil doscientas. —Alexandr volvió a suspirar.

Tatiana miró a Dasha, sentada en el sofá. «Dasha se está encerrando», pensó, al ver la mirada perdida de su hermana.

—Hay que verlo desde el lado bueno —manifestó Tatiana, con su tono más alegre—. Quinientas dan mucho de sí.



Los tres estaban acurrucados en el sofá delante de la salamandra, alumbrados sólo por el débil resplandor que escapaba a través de la rejilla. Alexandr estaba entre las dos hermanas. Tatiana llevaba el abrigo que su madre le había cosido y pantalones acolchados. Se había encasquetado el sombrero de fieltro para que le tapara las orejas y los ojos. Sólo la nariz y la boca quedaban expuestas al aire. Una manta tapaba las piernas de los tres. Hubo un momento en que Tatiana casi se quedó dormida; sin darse cuenta inclinó la cabeza hacia la derecha, como si quisiera apoyarla en el hombro del capitán. La mano de Alexandr se apoyó en su regazo.

—Como dicen en el cuartel —comentó Alexandr—, me gustaría ser un soldado alemán al mando de un general ruso, con armamento británico y raciones norteamericanas.

—Me conformo con las raciones norteamericanas —afirmó Tatiana—. Alexandr, ¿ahora que Estados Unidos ha entrado en guerra, crees que las cosas mejorarán para nosotros?

—Sí.

—¿Lo sabes a ciencia cierta?

—Por supuesto. Ahora que los norteamericanos están en guerra, tenemos una esperanza.

—Si salimos de ésta, Alexandr, juro que nos marcharemos de Leningrado, y nos iremos a Ucrania, al mar Negro, a algún lugar donde nunca haga frío —dijo Dasha.

—No hay ningún lugar así en Rusia —replicó el oficial. Llevaba el abrigo acolchado caqui sobre el uniforme y se cubría la cabeza con su *shapka*. Cuando Dasha insistió, le dijo—: No. Estamos demasiado al norte. Los inviernos son muy rigurosos en Rusia.

—¿Hay algún lugar en la tierra donde no haga bajo cero en el invierno?

—Arizona.

—Arizona. ¿Está en África?

—No. —Alexandr exhaló un suspiro muy suave—. Tania, ¿sabes dónde está Arizona?

—En Estados Unidos. —El calor que recibía le llegaba a través de la rejilla de la salamandra y de Alexandr. Apoyó la cabeza en su brazo.

—Sí. Es un estado. Cerca de California. Es tierra desértica. Cuarenta grados en verano y veinte durante el invierno. Todos los años. Nunca hay nieve.

—Basta —exclamó Dasha—. Nos estás contando un cuento chino. Soy demasiado vieja para que me engañen con cuentos chinos.

—Es verdad. Nunca.

Tatiana escuchaba la resonante cadencia de la voz de Alexandr.

No se cansaba nunca de escucharla. «Tienes una voz muy bonita —pensó—. Me siento transportada al descanso eterno, sólo con escuchar tu voz tranquila, mesurada, valiente, profunda, que me dice: Ve, Tatiana, ve».

—Eso es imposible —afirmó Dasha—. ¿Qué hacen en invierno?

—Llevan camisas de manga larga.

—Basta ya. Ahora sé que me mientes.

Tatiana apartó el ala del sombrero que le tapaba los ojos, y miró la luz dorada que salía de la salamandra...

—¿Tatia? —Alexandr le habló en voz baja—. Tú sabes que digo la verdad. ¿Te gustaría vivir en Arizona, la tierra de la fuente pequeña?

—Sí.

—¿Cómo la has llamado? —preguntó Dasha, con un tono apático.

—Tatiana.

—No. —Dasha sacudió la cabeza—. El acento no estaba en el lugar correcto. Has dicho «Tatia». Nunca te había escuchado llamarla así.

—La verdad, Alexandr, ¿qué te ha dado? —Tatiana se tapó el rostro con el sombrero.

—No me importa —manifestó Dasha, incorporándose—. Llámala como más te guste. —Salió de la habitación para ir al baño.

Tatiana no se movió, pero apartó la cabeza del brazo de Alexandr.

—Tatia, Tatiasha, Tania, ¿me escuchas?

—Te escucho, Shura.

—Vuelve a apoyar la cabeza en mi brazo. Venga.

Ella obedeció.

—¿Cómo lo llevas?

—Ya lo ves.

—Ya lo veo. —Alexandr cogió una de sus manos y se la besó—.

Coraje, Tania, coraje.

«Te quiero, Alexandr», pensó ella.



Al día siguiente, Alexandr se presentó a última hora.

—¡Chicas! —gritó alegremente—. Sabéis qué día es hoy, ¿verdad?

Lo miraron, desconcertadas. Tatiana había ido al hospital durante unas horas pero no recordaba qué había hecho. Dasha parecía todavía más confusa. Ambas intentaron sonreír, sin conseguirlo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Dasha.

—Es Nochevieja.

Las hermanas lo miraron fijamente.

—Venga, mirad. He traído tres botes de *tushonka*. —Sonrió—. Una para cada uno, y también vodka. Pero sólo un poco, porque no creo que os convenga beber en exceso.

Tatiana y Dasha continuaron mirándolo con la misma expresión.

—Escucha, Alexandr —dijo Tatiana—, ¿cómo podemos saber cuándo es Nochevieja? Sólo tenemos un reloj despertador que no funciona bien desde hace meses, y la radio no transmite.

—Yo me rijo por la hora militar —manifestó Alexandr. Les mostró su reloj de pulsera—. Siempre sé la hora exacta. Venga, alegrad esas caras. Ésta no es manera de comportarse cuando tenemos una fiesta por delante.

Ya no había mesa que poner, pero se sirvieron la comida en los platos y se sentaron en el sofá, delante de la salamandra, para disfrutar de su cena

de Nochevieja consistente en *tushonka*, pan blanco y mantequilla. Alexandr le dio a Dasha un paquete de cigarrillos, y a Tatiana, con una sonrisa, una barrita de caramelo, que ella comenzó a chupar con placer. Charlaron tranquilamente hasta que Alexandr miró su reloj y se levantó para servir tres copas de vodka. En la habitación en penumbras, los tres se pusieron de pie un par de minutos antes de las doce, dispuestos a brindar por 1942.

Contaron los últimos diez segundos, chocaron las copas y bebieron. Alexandr abrazó y besó a Dasha, y Dasha abrazó y besó a su hermana.

—Venga, Tania, no tengas miedo —dijo Dasha—, dale un beso a Alexandr por el Año Nuevo.

Dasha volvió a sentarse en el sofá, mientras Tatiana miraba a Alexandr, que se inclinó y con mucha dulzura la besó en los labios. Era la primera vez que se besaban desde su encuentro en San Isaac.

—Feliz Año Nuevo, Tania.

—Feliz Año Nuevo, Alexandr.

Dasha seguía sentada en el sofá con los ojos cerrados, con un cigarrillo en una mano y la copa en la otra.

—Brindo por 1942.

—Por 1942 —respondieron Alexandr y Tatiana, que intercambiaron una mirada antes de que él fuera a sentarse junto a su prometida.

Más tarde, se acostaron juntos. Tatiana de cara a Dasha, y ésta de cara a Alexandr.

«¿Queda alguna capa? —se preguntó—. Si apenas nos queda vida, ¿cómo puede haber algo que cubra nuestros restos?».



El día de Año Nuevo, Alexandr y Tatiana fueron caminando lentamente hasta la oficina de correos. Tatiana iba una vez a la semana para ver si había alguna carta de *babushka*, y para enviarle una. Tras la muerte de *deda*, sólo habían recibido una carta de la abuela, donde les informaba de

que había abandonado Molotov para irse a vivir a una aldea junto al río Kama.

Las cartas de Tatiana eran breves; era incapaz de escribir más que unos pocos párrafos. Le contaba cosas del hospital, de Vera, de Nina Iglenko, y un poco del loco Slavin, quien antes de su inexplicable desaparición dos semanas antes, había pasado los días y las noches en el suelo del pasillo, con medio cuerpo dentro de la habitación, indiferente a las bombas y al hambre, y cuya única concesión al invierno había sido taparse el cuerpo esquelético con una manta. Tatiana escribía de todo, menos de ella misma y de su familia. Eso se lo dejaba a Dasha, que siempre tenía algunas frases alegres que añadir a los severos párrafos de Tatiana, que no sabía cómo ocultar el Leningrado de octubre, noviembre y diciembre de 1941. En cambio, Dasha lo ocultaba todo, y sólo escribía alegremente de Alexandr y los planes de boda. Ella era una persona adulta, y los adultos disimulaban muy bien.

La carta que Tatiana llevaba aquel día no tenía ningún añadido de Dasha, que no se había visto con fuerzas para escribir.

La pareja avanzaba con mucho cuidado, las cabezas gachas para protegerse el rostro del viento helado. La nieve se metía en las botas destrozadas de la muchacha y no se derretía. Sin soltar el brazo de Alexandr, Tatiana pensaba en la siguiente carta. Quizás en ella le escribiría a la abuela de la muerte de su madre, Marina, la tía Rita y *babushka* Maia.

La oficina de correos estaba en el primer piso de un edificio antiguo de la calle Nevski. Antes estaba en la planta baja, pero los bombardeos habían destrozado todas las cristaleras, y como no se podían reemplazar, habían trasladado la oficina al primer piso. El inconveniente radicaba en la dificultad del acceso. Las escaleras estaban cubiertas de hielo y cadáveres.

—Se está haciendo tarde. Debo marcharme —anunció Alexandr, al pie de las escaleras—. Tengo que presentarme en el cuartel a mediodía.

—Faltan horas para el mediodía —dijo Tatiana.

—No, ahora son las once. Tardamos una hora y media en llegar hasta aquí.

—De acuerdo. —La idea de quedarse sola hizo que Tatiana se estremeciera—. Ve, Shura, resguárdate del frío.

—No vayas a las tiendas —le recomendó el capitán, mientras le arreglaba la bufanda—. Ve derecha a casa. Ya tienes mi ración, y nos hemos gastado todo mi dinero.

—Lo sé. Volveré a casa.

—Por favor.

—Sí. ¿Vendrás esta noche?

—Esta noche salgo para el frente. —Alexandr meneó la cabeza—. Mi artillero...

—No lo digas.

—Volveré tan pronto como pueda.

—Muy bien. ¿Me lo prometes?

—Tatia, intentaré sacarte a ti y a tu hermana de Leningrado en uno de los camiones. Aguanta hasta que lo consiga, ¿de acuerdo?

Se miraron. Ella quería decirle lo feliz que se sentía al mirarle a la cara, pero no le quedaban fuerzas. Asintió con un gesto y se volvió dispuesta a subir las escaleras. Alexandr no se movió de donde estaba. Tatiana resbaló en el segundo escalón y cayó de espaldas. Alexandr la sujetó a tiempo. La muchacha se asió al pasamano y después volvió la cabeza. Algo parecido a una sonrisa apareció en su rostro.

—La verdad es que puedo arreglármelas sin ti —comentó—. Ya lo ves.

—¿Qué me dices de los chicos famélicos que te siguen hasta casa?

Esta vez, Tatiana lo miró con una mirada que revelaba toda la verdad.

—La verdad es que no estoy bien sin ti —admitió—. No puedo arreglármelas.

—Lo sé. Sujétate al pasamano.

Tatiana subió las escaleras con mucho cuidado. Cuando llegó al rellano, se volvió para comprobar si Alexandr seguía allí. Estaba. La muchacha se llevó la mano a los labios y le sopló un beso.



Al día siguiente de la visita a la oficina de correos, Dasha no pudo levantarse de la cama.

—Dasha, por favor.

—No puedo. Ve tú.

—Por supuesto que iré, pero, Dasha, no quiero ir sola. Alexandr no está aquí.

—No, ya lo sé.

Tatiana la abrigó bien con las mantas. Era consciente, incluso mientras le rogaba que se levantara, que su hermana no iría a ninguna parte. Dasha mantenía los ojos cerrados y yacía en la misma posición que cuando se había acostado la noche anterior. También había estado muy callada. Sólo había tosido, con una tos seca.

—Por favor, levántate. Tienes que levantarte.

—Ya me levantaré más tarde. Ahora mismo no puedo —replicó Dasha, sin abrir los ojos.

Tatiana trajo agua del primer piso. Tardó casi una hora. Encendió el fuego en la salamandra con la pata de una silla y puso a hervir el agua para el té.

En cuanto lo tuvo preparado, llenó una taza con el té que apenas si tenía color, le añadió un poco de azúcar y se lo hizo beber a Dasha a cucharadas. Después se marchó sola a la tienda. Eran las diez de la mañana, pero seguía oscuro. «A las once ya habrá luz —pensó Tatiana—. Cuando regrese con el pan ya habrá luz». «El pan nuestro de cada día dánoslo hoy». «Lamento no haberlo sabido antes. Podría haberla rezado todos los días desde septiembre».



Ahora siempre estaba oscuro. ¿Era tarde? ¿Era temprano? ¿Era la tarde, o la noche? Miró el reloj despertador. No veía las manecillas en la oscuridad. «No veo luz. Por la mañana está oscuro, y cuando subo el cubo de agua, está oscuro, y cuando le lavo la cara a Dasha, voy a la tienda y caen las bombas, está oscuro. Entonces se incendia un edificio, y voy y me

acercó para calentarme un poco. El calor del fuego me enrojece la cara, y me estoy allí... ¿Cuánto rato? Hoy me quedé hasta el mediodía. No me presenté en el hospital hasta la una. Quizá mañana encuentre algún otro incendio donde calentarme. Pero en casa está oscuro. Suerte que tengo el candil de Alexandr. Al menos podré sentarme y leer, o ver el rostro de mi hermana. ¿Por qué me mira de esa manera? Desde hace cinco días no es ella. No se ha movido de la cama desde hace tres. Sus ojos son cada vez más oscuros. ¿Qué hay en ellos? Me mira como si no supiera quién soy».

—Dasha, ¿qué pasa?

Su hermana la miró sin responder, inmóvil.

—¡Dasha!

—¿Por qué me gritas? —preguntó Dasha débilmente.

—¿Por qué me miras de esa manera?

—Ven aquí.

Tatiana se arrodilló junto a la cama y acercó el rostro al de su hermana.

—¿Qué necesitas, cariño? ¿Qué quieres que te traiga?

—¿Dónde está Alexandr?

—No lo sé. ¿En Ladoga?

—¿Cuándo regresará?

—No lo sé. ¿Mañana?

Dasha la miraba con una fijeza inquietante.

—¿Qué pasa? —insistió Tatiana.

—¿Quieres que muera?

—¿Qué? —Tatiana se quedó boquiabierta—. Por supuesto que no. Tú eres mi hermana. Sabes muy bien que todos necesitamos a una segunda persona para seguir siendo humanos.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Tú eres mi segunda persona, Tania.

—Sí.

—¿Cuál es la tuya, Tania? —susurró Dasha.

Habían llegado al final del camino.

—Tú —contestó Tania, con una voz que apenas si se escuchó.

A TRAVÉS DE AQUEL FORMIDABLE MAR

1

—Te vi, Tatiana —manifestó Dasha, en la oscuridad—. Te vi a ti y a él, los dos juntos.

—¿De qué hablas? —A Tatiana se le paralizó el corazón.

—Te vi. Tú no sabías que te estaba mirando. Pero te vi hace cinco días en la oficina de correos.

—¿Qué oficina de correos?

—Fuiste a la oficina de correos.

Tatiana, arrodillada junto a la cama, intentó hacer memoria. Oficina de correos, oficina de correos. ¿Qué había pasado en la oficina de correos? No lo recordaba.

—Sabías que íbamos a la oficina de correos. Te lo dijimos antes de salir.

—No hablo de eso. Él va contigo a todas partes.

—Lo hace para protegernos.

—¿Proteger... nos?

—Sí, Dasha, protegernos. Está muy preocupado por nosotras. Tú sabes por qué me acompaña. ¿Te has olvidado de la comida que nos trae?

—No estoy hablando de nada de eso —replicó Dasha, cansada.

—Gracias a él, nadie me quita mi pan. Nadie nos roba nuestras cartillas de racionamiento. ¿Cómo crees que te alimento? Él me protege de los caníbales.

—No quiero hablar de eso —insistió la hermana.

—Dasha —dijo Tatiana, poco dispuesta a abandonar el tema—, él me trae el pan de los soldados muertos para que te lo dé a ti, y cuando no lo consigue, me da la mitad de su ración.

—Tatiana, te la da para que lo quieras.

—¿Qué? —Tatiana se quedó de una pieza, pero se recuperó rápidamente—. Te equivocas. Lo hace para que tú vivas.

—Oh, Tania.

—No me vengas con oh, Tania. ¿Por qué me seguiste a la oficina de correos?

—Me sentía culpable por no haberle escrito a *babushka*. Ella espera que yo le escriba. Tus cartas son demasiado deprimentes. No eres capaz de ocultar la verdad como yo, o al menos eso creía. Le escribí una carta muy alegre. No te seguí. Te vi cuando llegabas a la oficina de correos.

—Primero fuimos a la tienda.

Tatiana se levantó para echar al fuego otra pata de silla. No duraría toda la noche, pero tenían que racionar la madera. Cuando Alexandr había cortado la mesa, Tatiana no se había dado cuenta de lo mucho que deseaban estar calientes. Ya habían quemado la mesa. Sólo les quedaba la madera de cuatro sillas.

Cuando Alexandr les trajo comida, Tatiana no se había dado cuenta de lo mucho que deseaban tener el estómago lleno. Las patatas habían desaparecido. Las naranjas habían desaparecido. Sólo les quedaba un poco de avena.

Cuando Tatiana volvió a la cama, arregló otra vez las mantas y los abrigos para que su hermana estuviera bien abrigada, y después se acostó. Quería estar de cara a la pared, pero no lo hizo.

Permanecieron en silencio durante unos minutos. Dasha se volvió hacia su hermana.

—Quiero que muera en el frente —susurró Dasha.

—No digas esas cosas. —Tatiana sintió el deseo de persignarse, pero fue incapaz de sacar el brazo de debajo de la manta que la abrigaba.

Muy pronto se apagaría el fuego. Volverían a quedar sumergidas en la oscuridad. Se dijo que estaban demasiado débiles como para partirse el corazón. Pero cuando Dasha le dijo: «Os vi a los dos. Vi cómo os mirabais el uno al otro», Tatiana comprendió que no estaban demasiado débiles.

—Dashenka, ¿de qué hablas? —añadió—. No hubo ninguna mirada. El sombrero me tapaba la mitad del rostro. Ni siquiera sé a qué te refieres.

—Él se quedó al pie de las escaleras. Tú subiste dos escalones. Cuando resbalaste en el hielo, él te sostuvo. Te dijo algo y tú asentiste. Y después os mirasteis. Tú subiste las escaleras. Él se quedó abajo sin dejar de mirarte. Lo vi todo.

—Dasha, cariño, estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—¿Eso crees? Tania, dime, ¿cuánto tiempo llevo absolutamente ciega? Tatiana sacudió la cabeza en la oscuridad.

—No.

—¿He estado ciega desde el principio? ¿Desde el día que entré en la habitación y lo vi delante de ti? ¿Desde entonces y a lo largo de todos los días siguientes? ¡Oh, Dios, dímelo!

—Estás loca.

—Tania, puede que haya estado ciega, pero no soy estúpida. ¿Crees que no me doy cuenta? Nunca había visto esa mirada en sus ojos. Te miró mientras subías las escaleras con tanta añoranza, con tanta ternura, con tanto amor, que me volví y hubiese vomitado en la nieve de haber tenido algo que vomitar.

—Te equivocas —repitió Tatiana, con voz desmayada.

—¿Eso crees? Cuando tú lo mirabas en la oficina de correos, ¿qué había en tus ojos, hermana?

—No sé a qué viene toda esta historia de la oficina de correos. Me acompañó hasta allí. Nos dijimos adiós. Subí las escaleras. En mis ojos no había más que un adiós.

—No era un adiós. Tania.

—Dasha, basta. Soy tu hermana.

—Sí, pero él a mí no me debe nada.

—Sólo se muestra protector conmigo.

—No te protege, Tania. Se muere por ti.

—No.

—¿Has estado con él?

—¿A qué te refieres?

—Respóndeme. Es una pregunta bien sencilla. ¿Has estado con Alexandr? ¿Te has acostado con Alexandr?

—Dasha, por supuesto que no. Mira, esto es sólo...

—Me has mentido durante mucho tiempo. ¿Me estás mintiendo ahora también?

—No te miento.

—¿Cuándo? ¿Antes? ¿Ahora?

—Ni antes ni ahora —contestó Tatiana, con un esfuerzo enorme.

—No te creo. —Dasha cerró los ojos—. Oh, Dios, no puedo soportarlo —susurró—. Todos aquellos días, todas aquellas noches, todas aquellas noches que pasamos todos juntos, que dormimos en la misma cama y comimos del mismo plato, ¿cómo puede ser que todo haya sido una mentira? ¿Cómo?

—¡No fue una mentira! Dasha, él te quiere. Mira cómo te besa, cómo te toca. ¿No te amaba con el amor más dulce? —Para Tatiana cada una de estas palabras era como una puñalada.

—Me besaba. Me tocaba. No hemos estado juntos desde agosto. ¿Por qué?

—Dasha, por favor.

—Estos días no estoy para que me toquen —afirmó Dasha—. Y tú tampoco.

—Estos días se acabarán.

—Sí, y yo me acabaré con ellos. —Dasha tuvo un ataque de tos.

—No digas esas cosas.

—Tania, ¿qué harás cuando yo no esté? ¿Todo será más fácil?

—¿De qué estás hablando? Tú eres mi hermana. —Tatiana se hubiera echado a llorar, de haber tenido lágrimas—. ¡No me he marchado, no he desaparecido! Estoy aquí contigo. No estoy en otro sitio. No te dejaré, y no nos vamos a morir. Él te quiere. —Tatiana se llevó la mano al pecho para contener un gemido.

—Sí, pero lo que quiero es que él me ame de la manera que te ama a ti —manifestó Dasha, con voz quebrada.

Tatiana no contestó. Escuchaba el crepitar de la madera en la salamandra. Intentaba calcular cuánto tiempo quedaba para que la pata de la silla se consumiera del todo. Cuando el silencio se le hizo insoportable, dijo con voz hueca:

—No me quiere.

—Dime, ¿cuánto tiempo más piensas ocultármelo?

«Hasta el final».

—No hay nada que ocultar, Dasha.

—Oh, Tania. ¿Cómo es posible que, en un momento como éste, en la oscuridad, cuando estamos tan cerca del otro mundo, tú todavía tengas fuerzas para mentir, y yo todavía tenga fuerzas para estar furiosa? Ni siquiera me puedo levantar, pero en cambio tú puedes mentir y yo enfurecerme.

—Bien, eso te hará circular la sangre. Siente tu furia, ódiame si es necesario. Ódiame con todas las fuerzas que te queden, si eso te puede ayudar.

—¿Debo odiarte? —Dasha apenas si movió los labios—. ¿Hay alguna razón por la que deba odiarte?

—No. —Tatiana se volvió de cara a la pared. Tenía que seguir mintiendo hasta el final.

2

Dasha tampoco consiguió levantarse al día siguiente. Quería hacerlo, pero no pudo. Tatiana le apartó las mantas y los abrigos. Eran las nueve de la mañana. Una vez más, no habían oído las sirenas del ataque de las ocho.

Tatiana acabó por marcharse sola a la tienda. Cuando llegó eran las doce, y se encontró con que ya no había pan. Habían recibido una cantidad menor de la habitual y se acabó antes de las ocho.

—¿No tiene nada para darme? ¿No me puede ayudar? —le preguntó a la mujer que atendía el mostrador. No era Luba. La empleada ni siquiera le contestó.

Tatiana salió de la tienda y fue en busca de la única persona que podía ayudarla.

—Busco al capitán Belov —le dijo al centinela apostado en la reja del pasillo—. ¿Está aquí?

—¿Belov? —El centinela, un soldado que Tatiana no había visto antes, consultó el registro—. Sí, está aquí. Pero en este momento no tengo a nadie para que vaya a llamarlo.

—Por favor —le rogó la muchacha—. Por favor, hoy no había pan, y mi hermana es...

—¿Qué crees, que el capitán tiene para ti? No tiene pan. Vete de aquí.

—Mi hermana es su prometida —replicó Tatiana, sin moverse.

—Me parece muy bien. ¿Por qué no me cuentas la historia de tu vida?

—¿Cómo te llamas?

—Soy el cabo Kristoff —respondió—. Cabo —repitió.

—Muy bien, cabo. Sé que no puedes abandonar tu puesto. Por favor, ¿podrías dejarme pasar para que vea al capitán?

—¿Dejarte entrar en el cuartel? Tú estás loca.

—Sí —contestó Tatiana, aferrada a la verja. Tuvo la sensación de que se iba a desplomar: había caminado mucho para llegar hasta allí. Pero no estaba dispuesta a regresar a su casa sin comida para su hermana—. Sí, estoy loca. Pero mírame. No te estoy pidiendo que te quites el pan de la boca. Ni siquiera te pido que te muevas si no quieres. Lo único que te pido es que me dejes ver al capitán Belov. Sólo es un pequeño favor. No es mucho pedir, ¿verdad?

—Escucha, chica, ya está bien de tanta charla. —Kristoff empuñó el fusil—. Será mejor que te largues ahora mismo, ¿está claro?

Tatiana, sin soltar la reja, quiso mover la cabeza pero no pudo. Sólo consiguió mover los labios.

—Cabo Kristoff, esperaré aquí. El sargento Petrenko, el teniente Marazov, el coronel Stepanov, todos ellos me conocen. Ve y diles que no dejas pasar a la hermana de la prometida del capitán, que se está muriendo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó el cabo, incrédulo. La apuntó con el fusil.

—¡Cabo! —gritó un oficial que cruzaba el patio de armas—. ¿Qué pasa aquí? ¿Algún problema?

—Sólo le decía a esta chica que se largara de aquí, señor.

El oficial miró a Tatiana.

—¿Para qué has venido aquí?

—Quiero ver al capitán Belov, señor.

—El capitán Belov está arriba, cabo. ¿Le ha avisado?

—No, señor.

—Abra la reja.

El oficial hizo pasar a Tatiana.

—Entra. ¿Cómo te llamas?

—Soy Tatiana.

—Tatiana. ¿Kristoff te ha molestado?

—Sí, señor.

—No hagas caso. Es demasiado nervioso. Ahora mismo vuelvo.

El oficial subió a la habitación de Alexandr. El capitán dormía después de haber estado de guardia toda la noche.

—Capitán —llamó el oficial.

Alexandr se despertó, sobresaltado.

—Abajo hay una joven que le espera, señor. Sé que va contra las reglas. ¿La hago subir? Dice que se llama Tatiana.

Alexandr se levantó de un salto y comenzó a vestirse.

—¿Dónde está?

—Abajo. La hice pasar. Supuse que a usted no le importaría.

—No me importa.

—El imbécil de Kristoff estaba a punto de dispararle. Apenas tuve...

—Gracias, teniente. —El capitán salió de la habitación.

Tatiana estaba sentada en el primer escalón, con la cabeza apoyada en la pared.

—Tatia, ¿qué ha pasado?

—Dasha no puede levantarse. No había pan en la tienda. —No tenía fuerzas ni para mirarlo.

—Ven. —Alexandr le tendió la mano.

Ella se la cogió, pero así y todo no consiguió incorporarse. Alexandr la sujetó por debajo de los brazos y la levantó.

—Has tenido que caminar mucho. —Ella asintió—. Vamos a la cantina.

Alexandr le trajo una rebanada de pan negro con mantequilla, media patata asada con un poco de aceite y una taza de café solo con azúcar. Tatiana comenzó a comer.

—¿Y para Dasha?

—Come. Tengo comida para Dasha. —Le dio otro trozo de pan negro, media patata, y un puñado de judías que Tatiana se guardó en el bolsillo del abrigo—. Me gustaría acompañarte, pero no puedo. Hoy no puedo salir del cuartel.

—No te preocupes —respondió Tatiana, mientras pensaba: «No creo que pueda regresar a casa. Seguro que no podré».

Todavía no era la hora del almuerzo, y en la cantina se estaba muy bien. Sólo había unos pocos soldados junto al mostrador.

Tatiana quería preguntarle a Alexandr qué tal le había ido la semana, por Petrenko, al que no veía desde hacía mucho tiempo, y por Dimitri. Quería hablarle de lo ocurrido con el cabo Kristoff, de la muerte de Zhanna Sarkova. Ya era hora de ir otra vez a la oficina de correos, pero no podía ir hasta allí sola.

Tatiana quería hablarle de Dasha. Pero el esfuerzo de continuar aquella conversación era demasiado grande, incluso mentalmente. Hacer que las palabras salieran de su boca, y después seguirlas con más palabras y más pensamientos, la parecía un imposible cuando ni siquiera tenía fuerzas para masticar el pan que necesitaba para vivir. No podía pensar en nada más allá de la rebanada de pan negro que tenía delante. «Se lo diré en otro momento».

Permanecieron sentados a la mesa sin pronunciar palabra.

Alexandr la acompañó hasta la reja. Tatiana casi se cayó de bruces cuando tropezó con sus propios pies.

—Oh, Dios mío, Tatia.

Ella no le respondió, pero el solo hecho de que la llamara Tatia hizo que su corazón latiera más rápido. Recuperó el equilibrio y se apoyó en su brazo.

—Ya estoy bien. No te preocupes.

—Espera aquí. —Alexandr la sentó en un banco junto a la reja, y se alejó. No tardó en volver con un trineo—. Ven, te llevaré a casa. Stepanov me ha dado dos horas de permiso. —Le pasó un brazo por la cintura—. Vamos. No tienes que hacer nada. Yo me ocuparé de todo. Sólo tienes que sentarte.

Alexandr firmó en el registro de entradas y salidas en la sala de guardia.

—Lamento mucho lo de antes —le dijo el cabo a Tatiana, mientras miraba al capitán con una expresión temerosa.

Alexandr abrió la boca para decir algo, pero Tatiana le tiró de la manga del abrigo. No sacudió la cabeza, ni dijo una palabra, sólo le tiró de la

manga. Él la apartó un poco, cerró la boca y le dio un puñetazo a Kristoff en la barbilla. El cabo cayó al suelo.

—Volveré dentro de dos horas, cabo, y ya ajustaremos cuentas.

El capitán le dijo que se sentara, pero ella se tendió en el trineo. Pensó: «No quiero que me lleve tumbada. Todavía no soy un cadáver. Todavía no». Sin embargo, siguió tumbada, porque no podía sentarse.

Tatiana yacía de costado, y Alexandr tiró del trineo por las calles cubiertas de nieve. Eran las primeras horas de la tarde y no se veía a nadie. «Peso demasiado para él —se dijo la muchacha—. Siempre es él. Cuando nos conocimos, cargó con mi comida por estas mismas calles. Y ahora me lleva a mí». Quería tender la mano y tocar el abrigo de Alexandr. En cambio, se quedó dormida. Cuando despertó, vio a Alexandr en cuclillas a su lado, con una mano tibia sobre su mejilla helada.

—Tatia, vamos. Ya estamos en casa.

«Voy a morir con la mano de Alexandr en mi cara —pensó Tatiana—. No es una mala manera de morir. No puedo moverme. No me puedo levantar. Sencillamente, no puedo». Cerró los ojos y tuvo la sensación de que flotaba.

La voz de Alexandr llegó hasta ella como si surgiera de la bruma.

—Tatiana, te quiero. ¿Me escuchas? Te quiero como no he querido a nadie en toda mi vida. Ahora levántate. Hazlo por mí, Tatia. Por favor, levántate y ve a cuidar de tu hermana. Ve, que yo cuidaré de ti. —Le dio un beso en la mejilla.

La muchacha abrió los ojos. Él estaba muy cerca, y su mirada no podía ser más sincera. ¿Lo había dicho, o ella lo había soñado? Había soñado tantas noches de cara a la pared que él le decía: «te quiero...». Había anhelado escuchar estas palabras desde los tiempos de la Kirov. ¿Era posible que sólo fuera su deseo de ver otra vez el sol de las noches blancas?

Tatiana se levantó. Él no podía cargarla a la espalda en las escaleras cubiertas de hielo. Alexandr la cogió por la cintura y ella, ayudándose con el pasamano, consiguió subir. Recorrieron el largo pasillo hasta el

apartamento, y cuando iban a entrar en el pequeño recibidor, Tatiana se detuvo.

—Entra tú. Yo esperaré aquí. Entra y mira si... —No acabó la frase.

Alexandr la hizo pasar y luego entró en el dormitorio. Al cabo de un momento, oyó la voz del capitán que la llamaba:

—Ven, Tania, pasa. Dasha está bien.

Tatiana entró en la habitación y fue a arrodillarse junto a la cama.

—Dasha, mira, te ha traído comida.

Dasha, con los ojos como dos grandes platos castaños, dos grandes platos castaños vacíos, movió los labios sin emitir sonido alguno, mientras su mirada iba del rostro de su hermana al del hombre.

—Tengo que irme —dijo Alexandr—. Mañana id a buscar el pan temprano. Tenéis comida suficiente para hoy. ¿Os habéis comido toda la avena? —Besó a Dasha en la frente—. Mañana os traeré más.

—No te vayas. —Dasha le tendió los brazos en un gesto de súplica.

—Tengo que irme. Te recuperarás. No te olvides de ir a buscar las raciones. Vendré a verte en cuanto pueda. Tania, ¿necesitas ayuda? ¿Puedes levantarte?

—Por supuesto.

—Muy bien. —Alexandr la sujetó por debajo de los brazos—. Venga, arriba.

Tatiana se levantó. Quería mirarlo, pero era consciente de que su hermana los vigilaba, así que miró a Dasha. Era más fácil, porque ya tenía la cabeza gacha.

—Gracias, Alexandr.

3

Yacían debajo de las mantas en un estado de semiinconsciencia. En mitad de la noche, Tatiana se despertó al oír que llamaban a la puerta. Tardó varios minutos en apartar las mantas y los abrigos. Se levantó, y tambaleándose cruzó el recibidor a oscuras.

Abrió la puerta y se encontró con Alexandr vestido con su uniforme de combate blanco. Llevaba un gorro con orejeras, y en las manos sostenía una manta.

—¿Qué pasa? —Se llevó una mano al pecho. Al verle, los latidos de su corazón se aceleraron, incluso a esas horas. Se despertó del todo—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Venga, preparaos para marchar. ¿Dónde está Dasha? Tiene que prepararse.

—¿Adónde vamos? Dasha no puede levantarse. Ya lo sabes. No deja de toser.

—Se levantará —replicó el capitán—. Venga. Hay un camión de municiones que sale esta noche del cuartel. Te llevaré al Ladoga, y de allí irás a Kobona. ¡Tania, te sacaré de Leningrado!

Alexandr cruzó el recibidor y entró en el dormitorio. Dasha seguía en la cama, debajo de la montaña de mantas y abrigos. Sus labios no se movían, sus ojos no se abrían.

—Dasha —susurró Alexandr—. Dashenka, cariño, despierta. Tenemos que marcharnos. Ahora mismo. Nos vamos. Deprisa.

—No puedo levantarme —protestó Dasha, sin abrir los ojos.

—Puedes y te levantarás —afirmó el oficial, con un tono firme—. Hay un camión que espera en el cuartel. Te llevaré al lago Ladoga. Después te

llevaremos a través del lago. Esta noche. Irás a Kobona, donde hay comida, y después tú y hermana podréis ir con vuestra abuela en Molotov. Pero ahora tienes que levantarte, Dasha. Vamos, vamos. —Apartó las mantas y los abrigos.

—No puedo caminar hasta el cuartel.

—Tania tiene un trineo. Y mira. —Metió una mano en el bolsillo y sacó un trozo de pan blanco. Cogió un trozo de miga y lo metió en la boca de Dasha—. ¡Pan blanco! Come. Te dará fuerzas.

Dasha comenzó a masticar poco a poco sin abrir los ojos, y entonces tuvo un ataque de tos. Tatiana permanecía cerca de la cama, con el abrigo puesto y con una manta sobre los hombros. Miraba el trozo de pan con la misma pasión con que miraba a Alexandr. Quizá Dasha no se lo acabaría. Quizá quedaría algo para ella. Pero era un trozo pequeño y Dasha se lo comió todo.

—¿Hay más? —preguntó.

—Sólo la corteza.

—Dámela.

—No podrás masticarla.

—Me la tragaré entera.

—Dasha, quizá quieras compartirla con tu hermana —comentó Alexandr.

—Ella está de pie, ¿no?

El oficial miró a Tatiana, que se encontraba a su lado. Tatiana meneó la cabeza, mientras miraba la corteza de pan con una expresión de nostalgia.

—Dásela. Yo estoy de pie.

Alexandr exhaló un suspiro, le dio la corteza a Dasha y después se levantó.

—Vamos —le dijo a Tatiana—. ¿Qué te llevarás? ¿Necesitas que te ayude?

—No tengo nada. Ya estoy preparada. Tengo las botas y el abrigo puesto. Lo hemos vendido todo, y hemos quemado el resto.

—¿Todo? —le preguntó Alexandr en la oscuridad; una palabra cargada del pasado.

—Tengo los libros... —Se interrumpió.

—Tráelos —le indicó Alexandr. Después, le murmuró al oído—: Mira la contracubierta de Pushkin cuando estés muy necesitada de consuelo. ¿Dónde los tienes?

El capitán se metió debajo de la cama para recoger los libros, mientras Tatiana buscaba la vieja mochila de Pasha. Luego sacó a Dasha de la cama y la obligó a mantenerse de pie. Acabaron los preparativos en la oscuridad. Sólo los jadeos y la tos intermitente de Dasha rompían el silencio. Por fin, Alexandr la cogió en brazos y la sacó del apartamento. Se deslizaron por las escaleras convertidas en un tobogán de hielo. En la calle el frío era tremendo. Alexandr tumbó a Dasha en el trineo y la abrigó con la manta que había traído. Tatiana y el capitán cogieron las cuerdas y comenzaron a arrastrar por las calles cubiertas de nieve el trineo azul con patines rojos de la infancia de Tatiana.

—¿Qué le pasará a Dasha? —preguntó Tatiana en voz baja.

—En Kobona hay comida y un hospital. En cuanto mejore, os llevarán a Molotov.

—Parece estar muy mal.

Alexandr no dijo nada.

—¿Por qué tose de esa manera? —dijo Tatiana, y ella también tosió.

Alexandr siguió sin decir nada.

—Hace muchísimo tiempo que no sabemos nada de *babushka*.

—Está bien. Mucho mejor que tú —afirmó el capitán—. ¿Te cuesta tirar? Suelta la cuerda, y camina a mi lado.

—No. —El esfuerzo era tremendo—. Deja que te ayude.

—Ahorra fuerzas. —La obligó a soltar la cuerda—. Cógete de mi brazo —dijo Alexandr, y ella le obedeció.

El frío era muy intenso. Tatiana no notaba los pies. Leningrado estaba en silencio y casi a oscuras, porque las bandas luminosas de la aurora boreal cruzaban el cielo. Volvió la cabeza para mirar a Dasha, que yacía inmóvil en el trineo.

—Se la ve tan débil...

—Lo está.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó Tatiana en voz baja—. ¿Cómo te las arreglas para cargar tu fusil, montar guardia, combatir, estar siempre pendiente de nosotras?

—Te doy lo que más necesitas de mí —respondió Alexandr.

Siguieron su marcha a través de la ciudad helada. Alexandr acertó el paso. Tatiana cogió la segunda cuerda, y esta vez, él no protestó.

—Me sentiré mucho más tranquilo sabiendo que estáis fuera de Leningrado. Me sentiré mejor sabiendo que estás a salvo. ¿No crees que será mejor para todos?

Tatiana no contestó. «Mejor porque tendría comida. Mejor para Dasha que comería. Pero no mejor para Alexandr ni para mí, porque no lo vería». Sin embargo, se lo calló.

Pero cuando le oyó decir: «Lo sé», sintió ganas de llorar, aunque sabía que era imposible. Sus ojos expuestos a la helada negra, doloridos por el viento, y entrecerrados por el frío, estaban secos.

Cuando por fin llegaron al cuartel al cabo de una hora de marcha, el camión estaba a punto de partir. Alexandr subió a Dasha a la caja del vehículo cubierto. Había seis soldados sentados en el suelo y una mujer con un bebé en brazos, junto a un hombre, que parecía estar moribundo. «Está mucho peor que Dasha», pensó Tatiana, pero cuando miró a Dasha, vio que su hermana ni siquiera podía mantenerse sentada. Cada vez que Alexandr la sentaba, Dasha se caía hacia un lado. Tatiana necesitaba que alguien la ayudara a subir. No podía saltar, ni alzarse con los brazos. Necesitaba que alguien la levantara. Todos los ocupantes del camión parecían no darse cuenta de su situación, incluido Alexandr, que se preocupaba solícitamente de que Dasha abriera los ojos. Alguien en el patio gritó: «En marcha», y el camión arrancó lentamente.

—¡Shura! —gritó Tatiana.

Alexandr se movió a gatas por el suelo de la caja, cogió a Tatiana por los brazos y la subió.

—¿Te habías olvidado de mí? —preguntó, y entonces vio que Dasha había abierto los ojos.

Bajaron la lona que cerraba la parte de atrás y en el interior del camión reinó la oscuridad más total. Tatiana se arrastró hasta donde estaba su hermana.

Alexandr estaba sentado con el fusil a un lado. Dasha yacía en el suelo cubierto de serrín con la cabeza apoyada en los muslos del capitán. Tatiana levantó las piernas de su hermana para sentarse junto a Alexandr, y después las apoyó sobre las suyas, de forma tal que así Dasha casi no tocaba el suelo. Alexandr sostenía su cabeza, y Tatiana entre sus piernas. Alexandr se apoyaba en la pared de la cabina y Tatiana en la pared de la caja. Recogió un trozo de serrín y se lo metió en la boca. Tenía el mismo gusto del pan. Cogió otro trozo.

—No lo comas, Tania —dijo Alexandr. ¿Cómo la había visto?—. Es repugnante.

Pasaban los minutos. De vez en cuando, los faros de otro vehículo iluminaban el interior, y entonces Tatiana veía que Alexandr la miraba. Sin decirse una palabra, sin tocarse, esperaban el momento que apareciera alguna luz para mirarse el uno al otro.

—¿Qué hora es? —le preguntó Tatiana.

—Las dos de la mañana. No tardaremos en llegar.

Tatiana quería comer y no pasar más frío. Quería que su hermana se curara. Al mismo tiempo, marcharse a Molotov parecía una separación definitiva.

Esperó a que pasara algún vehículo para mirar a Alexandr durante un par de segundos. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, y distinguió su silueta, la cabeza y el gorro, sus brazos que sujetaban a Dasha. Tatiana sacudió las piernas de Dasha, primero suavemente, después con más fuerza. Dasha se movió un poco y tosió. Tatiana cerró los ojos y los abrió al instante. No quería cerrar los ojos. Al cabo de muy poco, estaría al otro lado del Ladoga, lejos de él. «Si muevo un poco la mano podría tocarlo».

—¿Tania?

—¿Sí, Alexandr?

—¿Cómo se llama el pueblo donde vive tu abuela?

—Lazarevo. —Tatiana extendió la mano. Él extendió la suya.

—Lazarevo. —Brilló una luz. Alexandr y Tatiana se tocaron. Otra vez la oscuridad.

Alexandr se quedó dormido. Dasha estaba dormida. Todos los ocupantes del camión tenían los ojos cerrados, excepto Tatiana, que no podía apartar la mirada del capitán dormido. «Quizás estoy muerta —se dijo—. Los muertos no pueden cerrar los ojos. Quizá por eso no puedo dormir. Estoy muerta». Pero no podía cerrar los ojos. No podía dejar de mirarlo. Alexandr sujetaba la cabeza de Dasha con las dos manos.

«Alexandr, ¿por qué no te compras un helado tú también?».

«No quiero un helado».

«Entonces, ¿por qué miras el mío con tantas ganas?».

«No estoy mirando tu helado».

«¿No? ¿Quieres probarlo?».

«Sí. —Se inclinó para lamer el helado».

«¿A que está bueno?».

«Muy bueno, Tania».

Por fin el camión se detuvo. Alexandr abrió los ojos. Los demás ocupantes comenzaron a moverse. La mujer con el bebé fue la primera en levantarse. Le susurró a su marido:

—Viktor, venga, cariño, es hora de cruzar, levántate, amor mío.

Alexandr se apartó con cuidado para no molestar a Dasha, se levantó y le tendió la mano a Tatiana.

—Levántate, Tatia —dijo con voz dulce—. Ha llegado la hora. —La sujetó al ver que ella se tambaleaba de la debilidad.

—Shura, ¿qué voy a hacer con Dasha en Kobona? No puede caminar, y yo no soy como tú. No puedo llevarla en brazos.

—No te preocupes. Habrá soldados y médicos que te ayudarán. Mira a esa mujer. Lleva a su bebé, pero su marido no puede caminar, lo mismo que Dasha. Sin embargo, se las apañará. Ya lo verás. Ven, te ayudaré a bajar.

Alexandr saltó al suelo y extendió los brazos para coger a Tatiana, que no podía saltar por mucho que lo intentara. La dejó en el suelo, pero no la soltó.

—Ve a buscar a Dasha, Shura —susurró Tatiana, sin moverse.

—¡Venga, venga! ¡Hay que moverse! —gritó un sargento detrás de la pareja.

Alexandr soltó a Tatiana y se volvió con una expresión severa. El sargento se disculpó en el acto al ver que se trataba de un capitán.

Tatiana vio cuatro camiones con los faros encendidos aparcados en un campo cubierto de nieve. Entonces se dio cuenta de que no era un campo, sino el lago Ladoga. Era el «Camino de la vida».

—¡Vamos, vamos, camaradas! Caminad hacia el lago. Allí os está esperando un camión. Cuanto antes subáis, antes nos iremos. Hay treinta kilómetros, dos horas de viaje por el hielo, pero al otro lado hay mantequilla, y quizá también un trozo de queso. ¡Venga, deprisa!

La mujer con el bebé ya caminaba colina abajo, con su marido a la zaga. Alexandr bajó a Dasha del camión.

—Aguántala de pie, Shura. Tenemos que hacerla caminar.

El capitán lo intentó, pero las piernas de Dasha parecían de goma.

—Ven, Dasha, camina conmigo —dijo Tatiana—. Hay mantequilla al otro lado, ¿me oyes?

Dasha soltó un gemido y abrió los ojos cubiertos con una película gris.

—¿Dónde estoy? —susurró.

—Estás en el «Camino de la vida». Vamos, ven. Dentro de muy poco, nos darán de comer, y estaremos muy bien. Te verá un médico.

—¿Vienes con nosotras, Alexandr? —preguntó Dasha.

—No, Dasha, me quedo —respondió el capitán sin soltarla—. Mi batería antiaérea está aquí mismo. Pero escíbeme tan pronto como llegues a Molotov y cuando me den un permiso, iré a verte —añadió sin mirar a Tatiana.

Dasha dio unos pocos pasos y se desplomó sobre la nieve.

—No puedo.

—Puedes y lo harás —afirmó Tatiana—. Venga. Demuéstrale a Alexandr que tu vida significa algo. Enséñale cómo puedes caminar hasta el camión para salvarte. Venga, Dasha. —Entre los dos levantaron a Dasha.

La mujer lo intentó de nuevo y se detuvo.

—No —susurró.

Alexandr y Tatiana cogieron a Dasha, y la bajaron por la traicionera pendiente hasta el lago donde esperaba el camión. El capitán levantó a Dasha, la acostó en el suelo de la caja y después se bajó para ayudar a Tatiana, que apenas si se aguantaba de pie. La muchacha se apoyó contra la lona, escuchó gritos. El conductor del camión dio un par de acelerones.

—Vamos, Tania, te ayudaré. Tienes que estar fuerte para atender a tu hermana. —Alexandr se acercó.

—Lo estaré.

—No te preocupes por los bombardeos. Casi nunca bombardean de noche.

—No estoy preocupada. —Tatiana se echó en sus brazos.

—Tienes que ser fuerte para mí, Tatiana —dijo Alexandr con voz ronca mientras la abrazaba—. Sálvate para mí.

—Es lo que hago, Shura. Me salvo para ti.

Alexandr se inclinó, pero ella ni siquiera pudo mirarle. Él le dio un beso en el sombrero. Se abrazaron.

—¡Es la hora! —gritó alguien.

Alexandr subió a Tatiana al camión. Después, subió él también para instalar a las hermanas lo más cómodamente posible. Movié a Dasha para que su cabeza reposara sobre los muslos de Tatiana.

—¿Estáis bien?

—Sí —respondieron las hermanas al unísono.

El capitán se arrodilló junto a Dasha.

—Quiero que recordéis una cosa: cuando os den de comer en Kobona, comed bocados pequeños, no engulláis, porque podría perforaros el estómago. Comed bocados pequeños y masticad bien. Tenéis que darle tiempo al estómago para que se acomode, y después ya podréis comer normalmente. Tomad la sopa a cucharaditas. ¿De acuerdo?

Dasha le cogió una mano. Él le dio un beso en la frente.

—Hasta pronto, Dasha.

—Adiós —susurró Dasha—. ¿Cómo te llamó mi hermana? ¿Shura?

Alexandr miró a Tatiana.

—Sí. Shura.

—Adiós, Shura. Te quiero.

Tatiana cerró los ojos para no verle hablar. De haber podido, también se hubiera tapado los oídos.

—Yo también te quiero. No te olvides de escribirme.

—Dile adiós a Tania —dijo Dasha, cuando él se puso de pie—. ¿O ya te has despedido?

—Adiós, Tatiana.

—Adiós, Alexandr.

—Dasha, tan pronto como llegues a Molotov, quiero tener noticias tuyas. ¿Me lo prometes? —Alexandr se bajó del camión.

—¡Alexandr! —gritó Dasha.

—¿Sí?

—Dime, ¿cuánto hace que quieres a mi hermana?

Alexandr miró alternativamente los rostros de las dos hermanas. Abrió la boca para decir algo, pero después la cerró, al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Cuánto hace? —insistió Dasha—. Dilo. ¿Qué secretos pueden quedar ya entre nosotros? Dímelo, amor mío.

—Dasha, nunca he querido a tu hermana —respondió Alexandr, con voz firme—. Nunca. Te quiero a ti.

—Me dijiste que nos casaríamos el próximo verano. ¿Es verdad?

—Claro que es verdad. El verano que viene nos casaremos. Ahora, vete.

Le sopló un beso a Dasha y desapareció, sin siquiera mirar a Tatiana, que deseaba con desesperación que él la mirara aunque sólo fuera por un segundo, para sentir su mirada en la oscuridad y saber la verdad. Pero él no la miró. Ni siquiera le dedicó el más mínimo gesto. Alexandr la había rechazado.

Bajaron la lona, el camión se puso en marcha, y una vez más se encontraron a oscuras. Excepto que ahora no estaba Alexandr entre la oscuridad y luz, que no había luna, sólo el tronar de la artillería y el ruido de las explosiones en la distancia que Tatiana apenas si oía, porque lo

apagaba el ruido dentro de su pecho. Cerró los ojos para que Dasha, que yacía con los ojos abiertos, no viera en ellos lo que debía ser tan evidente en su rostro.

—¿Tania?

No respondió. Le dolía la nariz de respirar el aire helado. Entreabrió los labios y comenzó a respirar por la boca. Le dolía el pecho.

—¿Tanechka?

—¿Sí, Dasha, querida? ¿Estás bien?

—Abre los ojos, hermana.

No podía, no quería.

—Ábrelos.

Tatiana abrió los ojos.

—Dasha, estoy muy cansada. Tú llevas horas con los ojos cerrados. Ahora me toca a mí. Te he llevado en trineo, te he sostenido las piernas y te he ayudado a bajar la colina. Ahora estás apoyada en mí, y yo sólo quiero cerrar los ojos durante unos segundos. ¿De acuerdo?

Dasha la miró con una lucidez sorprendente. Tatiana acarició el rostro de su hermana y cerró los ojos, mientras la oía toser.

—¿Qué has sentido, Tania, cuando él dijo que nunca te había querido?

Tatiana consiguió reprimir un gemido en el último segundo.

—¿Por qué iba a sentir algo? —mintió con voz ronca.

—Entonces, ¿por qué te encogiste como si te hubiese pegado?

—No sé a qué te refieres —afirmó Tatiana, con un tono poco convincente.

—Abre los ojos.

—No.

—Lo amas desesperadamente, ¿verdad? ¿Cómo has podido ocultármelo, Tania? Es imposible que puedas amar más a un hombre.

«No podría amar más a un hombre».

—Dasha —respondió Tatiana, con un tono firme pero amable—, a ti te quiero más. —Lo dijo con los ojos cerrados.

—Y no me lo ocultaste. En absoluto. Pusiste tu amor por él en un estante, no en un armario. Marina tenía razón. Estaba ciega. —Cerró los

ojos, pero su voz le llegaba a la mujer con el bebé y el marido, a Tatiana, al conductor—. Lo dejaste para que lo viera en un millar de lugares. Ahora es cuando lo veo. —Comenzó a llorar pero el llanto dio paso inmediatamente a un nuevo ataque de tos—. ¡Pero si eras una niña! ¿Cómo es posible que una niña se enamore? —Soltó un gemido.

«Crecí, Dasha —le contestó Tatiana para sus adentros—. En algún lugar entre el lago y el comienzo de la guerra, la niña se hizo mayor».

En el exterior el retumbar de los cañones, el estallido de los obuses era constante. Dentro del camión reinaba el silencio.

Tatiana se preguntó por el bebé en los brazos de la madre, una joven de piel cetrina y llagas en las mejillas. El marido se apoyaba en su hombro; en realidad, más que apoyarse, se caía encima de ella, y por mucho que ella intentaba mantenerlo sentado, no lo conseguía. La mujer se echó a llorar. El bebé no se movía.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó Tatiana.

—Escuche, usted ya tiene sus propios problemas —respondió la mujer con un tono brusco—. Mi marido está muy débil.

—Yo no soy ningún problema —intervino Dasha—. Ayúdame a sentarme, Tania. Estaré más cómoda. Me duele mucho más el pecho si estoy acostada. Ve y ayúdala.

Tatiana se acercó a gatas a la mujer y al marido. La madre no dejaba de apretar al bebé contra su pecho.

Sacudió al hombre, intentó sentarlo con la espalda apoyada en el lateral de la caja, pero esta vez el hombre se cayó directamente al suelo. Iba muy abrigado con una bufanda y el abrigo abrochado hasta el cuello. Tatiana tardó diez minutos en desabrocharlo. La mujer le hablaba de carrerilla.

—Mi marido no está bien, y mi niña no está mucho mejor. No tengo leche para darle. ¿Sabe?, nació en octubre, ¡vaya suerte! ¡Es tener muy mala pata para un bebé nacer en octubre! Cuando me quedé embarazada en febrero, nos sentimos muy felices. Creímos que era una señal de Dios. Nos habíamos casado en septiembre. Estábamos tan entusiasmados... ¡Nuestro primer bebé! Leonid trabajaba en la compañía de aguas; no podía

marcharse y recibía una ración abundante, pero entonces se interrumpió el servicio y se quedó sin trabajo. ¿Por qué le está desabrochando el abrigo?

Sin darle tiempo a Tatiana para que le respondiera, prosiguió:

—Me llamo Nadezhda. Cuando nació mi hija, resultó que yo no tenía leche. ¿Qué podía darle de comer? Probé con la leche de soja, pero le producía unas diarreas tremendas, así que dejé de dársela. Y mi marido necesitaba comer. Gracias a Dios, hemos conseguido que nos llevaran en este camión. Llevábamos esperando turno desde hace mucho tiempo. Ahora, las cosas serán distintas. Alguien dijo que en Kobona nos darán pan y queso. No sé qué daría por un trozo de pollo, o cualquier otro plato caliente. No me importaría comer carne de caballo. Quiero que Leonid coma algo.

Tatiana apartó la mano que tenía apoyada en el cuello del hombre. Le abrochó el abrigo y luego le colocó la bufanda. Lo apartó un poco para que no se apoyara en las piernas de la esposa, y fue a sentarse otra vez junto a Dasha. En el camión reinaba el silencio. Lo único que escuchaba Tatiana era la respiración agónica de Dasha y la voz de Alexandr diciendo que nunca la había amado.

Las hermanas cerraron los ojos para no ver a la mujer con su bebé y su marido muertos. Tatiana apoyó una mano en la cabeza de Dasha y ésta no se la apartó.

Llegaron a Kobona con el alba, una niebla rojiza en el horizonte. Los rasgos de Dasha se desdibujaron. ¿Cómo era que de pronto Tatiana parecía muy interesada en la respiración agónica de su hermana?

—¿Puedes levantarte, Dasha? Ya hemos llegado.

—No puedo.

Nadezhda gritaba para que alguien acudiera en su ayuda. No fue nadie, o mejor dicho, apareció un soldado que levantó la lona que tapaba la parte de atrás de la caja y les dijo con voz áspera:

—Abajo todo el mundo. Tenemos que cargar el camión.

—Venga, Dasha, levántate. —Tatiana la cogió por el brazo y tiró con todas sus fuerzas.

—Ve y busca a alguien que nos eche una mano, Tania. No puedo moverme.

Después de mucho tironear, Tatiana consiguió que Dasha se pusiera a cuatro patas.

—Gatea hasta el borde, y te ayudaré a bajar.

—¿Puedes ayudar a mi marido? —le suplicó Nadezhda—. Ayúdale, por favor. Tú eres muy fuerte. Ya ves que está enfermo.

—No podré con él. Pesa demasiado.

—Oh, por favor, tú te mueves. Ayúdanos. No seas egoísta.

—Espera un momento. Ayudaré a bajar a mi hermana, y después te ayudaré con tu marido.

—Déjala en paz —le dijo Dasha a Nadezhda—. Tu marido está muerto. Deja en paz a mi pobre hermana.

Nadezhda soltó un grito desgarrador.

Dasha se arrastró por la caja del camión como un soldado bajo el fuego enemigo. Cuando llegó al borde, Tatiana la ayudó a volverse para que quedara con las piernas fuera, y después la bajó poco a poco, pero en cuanto la soltó, su hermana se desplomó sobre la nieve y se quedó allí, en posición fetal.

—Vamos Dasha, por favor. No puedo levantarte yo sola, —dijo Tatiana.

El conductor del camión apareció en aquel momento y levantó a Dasha como quien levanta una pluma.

—De pie, camarada. Venga, camina hasta la tienda de campaña. Allí te darán comida y té. Vamos, adelante.

—¡No se olviden de que estoy aquí! —gritó Nadezhda desde el interior del camión.

Tatiana no quería quedarse y ver cómo Nadezhda descubriría que su marido y su bebe estaban muertos.

—Ven, Dasha, te haré de muleta. Cógete del cuello. —Le señaló una pendiente muy suave—. Mira, estamos en el río Kobona.

—No puedo. Si no pude bajar contigo y Alexandr por la cuesta del otro lado, cómo quieres que ahora suba sólo contigo.

—No tenemos que subir. Es una bajada. Usa la furia que sientes. Úsala y baja la maldita pendiente, Dasha.

—Para ti es muy fácil, ¿no?

—¿Eso crees? —Tatiana sacudió la cabeza.

—Es muy fácil. Quieres vivir, y eso es todo.

«Quiero vivir, pero eso no es todo». Avanzaron a trompicones, Dasha colgada del cuello de su hermana.

—¿Y tú? ¿Tú no quieres vivir?

Dasha no le respondió.

—Venga, lo estás haciendo muy bien. No hay nadie que pueda echarnos una mano. —Sujetó a su hermana cariñosamente—. ¡Sólo estamos tú y yo, Dasha! —afirmó con pasión—. Los soldados tienen otras cosas que hacer, los demás atienden a los suyos. Como yo. Y tú quieres vivir. Alexandr vendrá a Molotov en el verano y se casará contigo.

Dasha reunió las fuerzas suficientes para reírse.

—Tania, no hay nada que te frene, ¿verdad?

—Nada.

Dasha se desplomó. Ni siquiera intentó levantarse.

Tatiana miró en derredor, desesperada. Vio a Nadezhda que caminaba sola, sin el bebé ni el marido. Se acercó.

—Nadezhda, por favor, ayúdame. Échame una mano. Dasha se ha caído y no puedo levantarla.

La mujer apartó a Tatiana de un manotazo.

—Apártate de mí. ¿No lo ves? No tengo a nadie conmigo.

—Por favor, ayúdame —suplicó Tatiana.

—Tú no me ayudaste, y ahora están todos muertos. Déjame en paz. — Nadezhda se alejó.

De pronto, Tatiana oyó una voz conocida.

—¿Tatiana? ¿Tatiana Metanova?

Se volvió en dirección a la voz y vio a Dimitri que se acercaba. El soldado utilizaba el fusil como si fuera una muleta.

—¡Dimitri! —Fue a su encuentro. Él la abrazó—. Ayúdame, Dima, por favor. ¡Mi hermana! ¡Se ha caído y no puede levantarse!

Dimitri se acercó a Dasha, lo más rápido que le permitía la cojera.

—Todavía estoy convaleciente —dijo—. No puedo levantarla yo solo. Llamaré a un soldado. —Abrazó otra vez a Tatiana—. No puedo creer que nos hayamos encontrado. —Sonrió—. Es cosa del destino.

Dimitri buscó a un soldado, que levantó a Dasha y la llevó hasta el hospital de campaña, mientras Tatiana los seguía en la luz rosada que alumbraba el cielo.



Un médico atendió a Dasha en el hospital de campaña instalado en la orilla del Kobona. Le auscultó el pecho, le tomó el pulso, le abrió la boca. Después meneó la cabeza y dijo:

—Padece una tuberculosis galopante. Está acabada.

—¿Acabada? —Tatiana se encaró con el médico—. ¿De qué habla? Dele alguna cosa, un poco de sulfamidas.

—Todos vosotros sois iguales. —El médico se echó a reír, y después añadió con un tono que no admitía réplica—: ¿Crees que voy a gastar una dosis de mis valiosas sulfamidas en un caso terminal? ¿Te has vuelto loca? Mírala. No le queda ni una hora de vida. No le daría ni un mendrugo de pan. ¿Has visto la cantidad de flema que echa? ¿Has escuchado cómo respira? Estoy seguro de que tiene el hígado destrozado. Ve a la cantina y come un plato de sopa y verduras. Quizá tú te salves, si comes.

Tatiana miró al médico durante un momento.

—¿Estoy bien? —preguntó con voz débil—. ¿Puede auscultarme? No me siento bien.

El médico le desabrochó el abrigo y le apoyó el estetoscopio en el pecho. Luego repitió la operación en la espalda.

—Tendrás que tomar sulfamidas, muchacha. Tienes neumonía. Le diré a la enfermera que se encargue de ti. ¡Olga! —Ya se marchaba, cuando añadió—: No te acerques más a tu hermana. La tuberculosis se contagia.

Tatiana se tumbó en el suelo, mientras Dasha disponía de una cama limpia. Al cabo de un rato, comenzó a tener mucho frío. Apartó un poco a

su hermana en el catre y se acostó de lado, bien apretada a ella.

—Dasha, cada vez que tenía pesadillas, me acurrucaba a tu lado como ahora. ¿Lo recuerdas?

—Sí, Tania. Eras una niña muy dulce.

Fuera de la tienda la luz no era tan azul. Había unas manchas azules en el rostro de Dasha. Escuchó la voz ronca de su hermana.

—No puedo respirar.

Tatiana se arrodilló en el suelo, abrió la boca de Dasha y le sopló su aliento frío, brusco, entrecortado, lamentable, un aliento sin tierra, sin raíces, sin comida. Insufló el aire de sus pulmones en los de su hermana. Intentó llenar al máximo sus pulmones, pero no podía. Durante unos minutos que se hicieron eternos, Tatiana sopló en la boca, en los pulmones de Dasha, el aliento que la mantenía viva.

Apareció una enfermera que la apartó de Dasha.

—Déjalo ya —le dijo con un tono cariñoso—. ¿No te dijo el médico que la dejaras? ¿Tú eres la enferma?

—Sí —susurró Tatiana sin soltar la mano helada de Dasha.

La enfermera le dio tres píldoras blancas, un vaso de agua y una rebanada de pan negro.

—Está remojado en agua con azúcar.

—Gracias —dijo Tatiana, entre jadeos remojados en dolor.

—Ven conmigo. —La enfermera le pasó un brazo por los hombros—. Te buscaré un lugar donde puedas descansar un rato antes del desayuno.

Tatiana sacudió la cabeza.

—No se te ocurra darle tu pan. Cómetelo tú.

—Lo necesita más que yo.

—No, cariño, no lo necesita.

En cuanto la enfermera se marchó, Tatiana aplastó las píldoras de sulfamida hasta hacerlas polvo, las echó en el agua, y después de beber un trago, levantó un poco la cabeza de Dasha y le hizo beber el medicamento.

Luego cortó un trozo pequeño de pan y se lo dio a Dasha, que lo tragó con mucha dificultad. Se ahogó y al toser la sangre de los esputos manchó

la sábana. Tatiana le limpió la boca y la barbilla, y una vez más sopló en la boca de su hermana.

—¿Tania?

—Sí.

—¿Esto es morir? ¿Es así como se siente la muerte?

—No, Dasha —replicó Tatiana, y miró los ojos velados de Dasha, sin saber que más decir.

—Tania, cariño, eres una buena hermana —murmuró Dasha.

Tatiana continuó respirando en la boca de su hermana. No escuchaba la respiración laboriosa de Dasha, sólo la suya. Una mano tibia se apoyó en su espalda y una voz le dijo:

—Ven. No te creerás lo que tengo para ti. Es hora de desayunar. Hay *kasha* de trigo sarraceno, pan y mantequilla. Tomarás té con azúcar, y tal vez te consiga un poco de leche de verdad. Ven. ¿Cómo te llamas?

—No puedo dejar a mi hermana.

—Vamos, querida —insistió la enfermera pacientemente—. Me llamo Olga. Ven, la hora del desayuno no dura eternamente.

Tatiana dejó que la mujer la levantara. Se aguantó de pie durante un segundo y se dejó caer otra vez al suelo.

La boca de Dasha seguía abierta tal como la había dejado. También tenía los ojos abiertos y su mirada parecía contemplar el cielo púrpura más allá de la lona de la tienda, más allá de Tatiana.

Tatiana le cerró los ojos, le besó los párpados y le trazó la señal de la cruz en la frente. Después, se marchó de la mano de Olga.

En la cantina, se sentó a la mesa y miró el plato vacío. Olga le trajo un tazón de trigo sarraceno. Tatiana se comió la mitad. Cuando la enfermera le pidió que comiera más, le respondió que guardaba el resto para Dasha, y perdió el conocimiento. Se despertó al cabo de un rato, bien abrigada en una cama. Apareció Olga con un trozo de pan y una taza de té. Tatiana se negó a comer.

—Si no comes, morirás —le advirtió la enfermera.

—No voy a morir —proclamó Tatiana, con voz débil—. Dáselo a mi hermana.

—Tu hermana está muerta.

—No.

—Ven conmigo, te enseñaré dónde está.

Tatiana fue con la enfermera hasta lo que parecía un patio rodeado con lonas, donde sobre el suelo helado yacía el cadáver de Dasha junto con otros tres.

Preguntó quién se encargaría de enterrarlos. Olga se echó a reír.

—Las cosas que se te ocurren. Nadie, por supuesto. ¿Te has tomado las píldoras que te dio el médico?

La muchacha sacudió la cabeza.

—Olga, ¿podrías conseguirme una sábana? Para mi hermana.

Olga le trajo una sábana, más píldoras, una taza de té con azúcar y pan con mantequilla. Esta vez, Tatiana se tomó las píldoras y se comió el pan, sentada en una silla de hierro junto a los cadáveres. Cuando acabó de comer, desplegó la sábana en el suelo e hizo rodar el cadáver de Dasha hasta dejarlo encima de la tela.

Durante un buen rato sostuvo la cabeza de su hermana entre las manos.

Después, la envolvió en la sábana bien prieta, rasgó los extremos y los anudó. Tatiana abandonó el hospital de campana y salió en busca de Dimitri. En Kobona, la pequeña ciudad costera, encontró a muchos soldados, pero ninguno era Dima. Necesitaba su ayuda. Regresó a la orilla del Kobona. Detuvo a un oficial y le preguntó dónde podía encontrar a Dimitri Chernenko. No lo sabía. Le preguntó a diez soldados, pero ninguno de ellos lo conocía. El undécimo la miró y dijo:

—¿Tania? ¿Qué demonios te pasa? Soy Dimitri.

Ella no lo había reconocido.

—Ah. Necesito que me ayudes —dijo con un tono neutro.

—¿No me has reconocido, Tania?

—Sí, claro que sí —respondió con el mismo tono—. Acompáñame.

Él la acompañó, con un brazo sobre los hombros encorvados de la muchacha.

—¿No vas a preguntarme por la pierna?

—Dentro de un momento, de acuerdo. —Lo hizo entrar en el patio que servía de depósito y le enseñó el cadáver de Dasha envuelto en la sábana junto a los demás cadáveres destapados—. ¿Me ayudarás a enterrar a Dasha? —preguntó con voz quebrada.

Dimitri contuvo el aliento.

—Oh, Tania —exclamó. Sacudió la cabeza.

—No puedo llevármela, pero tampoco puedo dejarla aquí. Por favor, ayúdame.

—Tania. —Dimitri abrió los brazos en un gesto de impotencia. Tatiana se apartó—. ¿Dónde vamos a enterrarla? El suelo está helado. Ni siquiera una excavadora podría abrir una tumba en este suelo.

Tatiana pensó en silencio hasta que se le ocurrió una idea.

—Los nazis bombardean el «Camino de la vida», ¿no es así?

—Sí.

—La capa de hielo del lago se rompe, ¿no?

—Sí. —Dimitri comenzó a entender lo que se proponía.

—Entonces, vamos.

—Tania, no puedo.

—Sí que puedes. Si yo puedo, tú también.

—No entiendes...

—Dima, eres tú el que no lo entiende. No puedo dejarla tirada aquí, ¿verdad que no? No puedo dejarla aquí, y si no la dejo no podré salvar mi vida. —Tatiana se encaró al soldado—. Dime, Dimitri, cuando yo me muera, ¿sabrás envolverme en una sábana que me sirva de mortaja? Cuando yo me muera, ¿me dejarás tirada en un patio con otro montón de cadáveres? ¿Harás eso conmigo?

—Oh, Tania. —Dimitri golpeó el suelo con la culata del fusil.

—Por favor, ayúdame.

—No puedo. Mírame. He estado en el hospital casi tres meses. Acaban de dejarme salir, me han destinado al servicio de vigilancia, y ahora tengo que caminar durante horas. Me duele el pie, y los alemanes bombardean el lago día y noche. No pienso ir. No puedo correr si hay un ataque.

—¿Puedes conseguirme un trineo? ¿Puedes hacer eso por mí? —le preguntó Tatiana con una voz glacial. Fue a sentarse junto a Dasha.

—Tania.

—Dimitri, sólo te pido un trineo. No creo que te cueste tanto.

Dimitri regresó al cabo de un rato con un trineo. Tatiana se levantó.

—Gracias. Puedes irte.

—¿Por qué haces esto? —Quiso saber Dimitri—. Está muerta. ¿A quién le importa? Deja de preocuparte por ella. Esta condenada guerra ya no puede hacerle daño.

—¿A quién le importa? —Tatiana lo miró, furiosa—. A mí me importa. Mi hermana no murió sola. Yo estoy todavía aquí, y no la dejaré hasta haberla enterrado.

—Y después, ¿qué harás? No parece estar muy bien. ¿Te irás con tus abuelos? ¿Dónde estaban? ¿En Kazan? ¿En Molotov? No creo que te convenga ir. Me han contado algunas historias espantosas de los refugiados.

—No sé lo que haré. No te preocupes por mí. —Dimitri ya se marchaba, cuando Tatiana lo llamó—. Dimitri, un último favor. Cuando veas a Alexandr, cuéntale lo de mi hermana.

—Por supuesto, Tanechka. Eso está hecho. Lo veré la semana que viene. Lamento no haber podido ayudarte más.

Tatiana le volvió la espalda bruscamente.

Buscó a Olga para que la ayudara a subir el cadáver en el trineo, después lo dejó deslizar cuesta abajo, y cuando se detuvo junto a la orilla del río, sujetó las riendas, y bajo el cielo encapotado comenzó a arrastrar el trineo con el cuerpo de Dasha, envuelto en una sábana, por el lago Ladoga. Estaba muy oscuro a pesar de que eran las primeras horas de la tarde. No había aviones alemanes a la vista. Encontró un agujero a unos doscientos cincuenta metros. Desató las ligaduras que sujetaban el cadáver y lo empujó hasta hacerlo caer en el hielo.

Se arrodilló junto a su hermana muerta y apoyó una mano sobre la sábana.

«Dasha, ¿recuerdas cuando yo tenía cinco años y tú doce, y me enseñabas a zambullirme de cabeza en el lago Ilmen? Me enseñaste a nadar debajo del agua porque a ti te encantaba la sensación del agua a tu alrededor, que te daba una sensación de paz inmensa. Después me enseñaste a aguantar la respiración más tiempo que Pasha, porque decías que las chicas siempre tenían que vencer a los chicos. Pues ahora, ve y nada debajo del agua, Dasha Metanova».

Las lágrimas que rodaban por las mejillas de Tatiana comenzaron a helarse con el viento ártico.

—Desearía saber una plegaria —murmuró—. Necesito una plegaria ahora mismo, pero no sé ninguna. Dios, por favor, deja que mi única hermana Dasha nade en paz, y que nunca más vuelva a tener frío, y por favor, ¿puedes darle el pan nuestro de cada día que quiera?

Tatiana empujó el cuerpo de Dasha hacia el agujero. Por un efecto de la luz, la tela blanca parecía azul. Dasha se sumergió lentamente, como si no quisiera separarse del mundo de los vivos. Tatiana permaneció de rodillas hasta que desapareció del todo. Luego, se levantó y emprendió el camino de regreso a la orilla.

Libro segundo

LA PUERTA DORADA

Tercera parte

LAZAREVO

EN OLOR DE PRIMAVERA

1

Alexandr fue a Lazarevo llevado por la fe.

No tenía nada más. Absolutamente nada: ni una carta, ni la más breve nota de Dasha o Tatiana para decirle que habían llegado a Molotov. Tenía serias dudas de que Dasha lo hubiera conseguido, pero había visto cómo Slavin había sobrevivido al invierno, así que cualquier cosa era posible. Era la ausencia de las cartas de Dasha lo que le preocupaba. En Leningrado, ella le había escrito casi a diario. Ahora, aquí, habían transcurrido enero y febrero, y seguía sin tener noticias.

Una semana después de la marcha de las hermanas, Alexandr llevó un camión a través del lago helado hasta Kobona. Las buscó inútilmente entre los enfermos y los muertos en las orillas del Kobona. No encontró nada.

En marzo, angustiado y deprimido, Alexandr le escribió una carta a Dasha a Molotov. También telegrafió al ayuntamiento de Molotov, para pedir información de Dasha o Tatiana Metanova, pero no recibió la respuesta hasta mayo y por carta. Una sola frase le informó de que no disponían de ninguna información sobre el paradero de Dasha o Tatiana Metanova. Envió un segundo telegrama para preguntar si se podían enviar telegramas al pueblo de Lazarevo. Esta vez la respuesta llegó al día siguiente: «No». Stop.

Cuando tenía unas horas de permiso, Alexandr, que disponía de una llave que le había dado Dasha, iba al piso colectivo de Quinto Soviet. Limpió el apartamento, fregó los suelos y lavó toda la ropa que encontró cuando en marzo la compañía de aguas reparó las tuberías. Colocó los vidrios en la ventana del segundo dormitorio. Encontró un viejo álbum de

fotos de la familia, y miró unas cuantas fotos hasta que de pronto lo cerró. ¿En qué había estado pensando? Era como mirar fantasmas.

Era así como se sentía. Veía sus fantasmas en todas partes.

Cada vez que regresaba a Leningrado, Alexandr iba a la oficina de correos en Nevski Viejo para preguntar si tenían alguna carta para los Metanov. El viejo empleado estaba harto de verlo.

En el cuartel, Alexandr no dejaba pasar un día sin preguntarle al sargento a cargo de la estafeta si tenía alguna carta para él de los Metanov. El sargento a cargo de la estafeta estaba harto de verlo.

Pero nunca había nada para Alexandr: ni cartas, ni telegramas, ni noticias. En abril, murió el viejo encargado de la oficina de correos. Nadie comunicó su muerte y el viejo continuó sentado en su silla al otro lado de la ventanilla, rodeado de cartas y paquetes; en el mostrador se apilaban las sacas de correspondencia sin abrir.

Alexandr se fumó treinta cigarrillos mientras revisaba todas y cada una de las cartas. No encontró nada.

Regresó a Ladoga, para participar en la defensa del «Camino de la vida», convertido ahora en una vía acuática, y esperó a que le dieran unos días de licencia, mientras veía el fantasma de Tatiana por todas partes.

Leningrado se libraba poco a poco del cerco mortal, y el ayuntamiento comenzó a temer —con toda razón— que los miles de cadáveres sin enterrar, las cloacas destruidas y las aguas residuales en las calles provocaran una gravísima epidemia cuando subiera la temperatura. Las autoridades atacaron el problema de frente.

Todas las personas aptas fueron destinadas a los trabajos de retirar los escombros de los edificios bombardeados y los cadáveres de las calles. Se arreglaron las tuberías del agua, se restableció el suministro eléctrico. Volvieron a circular los tranvías y los trolebuses. Los tulipanes y las coles brotaron en el parque delante de la catedral de San Isaac, y Leningrado pareció renacer. Alexandr pensó que a Tatiana le hubiese gustado ver los tulipanes delante de la catedral. Las raciones de la población civil fueron aumentadas a trescientos gramos de pan para los dependientes. No porque dispusieran de más harina, sino porque eran menos los habitantes.

El día que estalló la guerra, el 22 de junio de 1941, el mismo día que conoció a Tatiana, Leningrado tenía tres millones de habitantes. Cuando los alemanes cercaron la ciudad el 8 de septiembre, el número de habitantes se había reducido a dos millones y medio.

En la primavera de 1942, quedaban un millón de personas.

Medio millón de evacuados habían pasado por el camino a través del Ladoga, para encontrarse librados a su suerte en Kobona.

Y el asedio no se había acabado.

En cuanto comenzó el deshielo, al capitán le encomendaron la tarea de abrir con dinamita doce fosas comunes en el cementerio de Piskarev. En las fosas sepultaron a casi medio millón de cadáveres. Piskarev no era más que uno de los siete cementerios de Leningrado.

Y el asedio no se había acabado.

Los alimentos norteamericanos —cortesía del acuerdo de Préstamo y Arriendo— llegaban poco a poco a Leningrado después de recorrer un largo y enrevesado camino. Durante la primavera, los habitantes de la ciudad recibieron de vez en cuando leche en polvo, huevos liofilizados, pastillas de caldo. Alexandr se hizo con unos cuantos de estos artículos y le compró a uno de los conductores de los camiones un libro de frases inglés-ruso. Pensó que a Tatiana le gustaría tener otro libro de frases. Había progresado mucho en sus estudios de inglés.

El ayuntamiento reconstruyó Nevski Prospekt con fachadas falsas para tapar los enormes boquetes de los obuses alemanes, y Leningrado se preparó para vivir el verano de 1942.

Los bombardeos aéreos y de artillería continuaban implacables.

Enero, febrero, marzo, abril, mayo.

¿Cuántos meses más de ignorancia? ¿Cuántos meses más sin noticias, sin una palabra, sin un aliento? ¿Cuántos meses más de vivir de esperanzas, y de admitir para sus adentros que lo inevitable y lo inimaginable podía haber ocurrido, quizás había ocurrido y, finalmente, que debía haber ocurrido? Veía la muerte en todas partes. Sobre todo en el frente, pero también la muerte sin esperanzas en las calles de Leningrado.

Vio cuerpos mutilados, helados y famélicos. Lo vio todo. Pero a pesar de todo, Alexandr seguía creyendo.

2

En junio, Dimitri fue a verlo al cuartel. Alexandr se quedó asombrado y confió en que su rostro no lo reflejara. Dimitri parecía un viejo. Caminaba inclinado a la derecha debido a la cojera. Su cuerpo se había consumido y le temblaban las manos.

Pero mientras miraba a Dimitri, pensó: «Si Dimitri ha sobrevivido, ¿por qué no también Dasha y Tania? Si él pudo, ¿por qué no ellas? Si yo pude, ¿por qué no ellas?».

—Ahora mi único pie bueno es el izquierdo —le dijo Dimitri—. Vaya estupidez la mía, ¿no te parece? —Le sonrió a Alexandr, y el capitán lo invitó de mala gana a sentarse en una de las literas. Había confiado en que no volvería a ver nunca más a Dimitri, pero por lo visto no había tenido esa suerte. Estaban solos, y en los ojos de Dimitri había una mirada pensativa que él hubiera preferido no ver—. Por lo menos —añadió Dimitri alegremente—, nunca más me mandarán a combatir en primera línea. Me gusta mucho más así.

—Bien, eso es lo que querías. Estar en la retaguardia.

—Vaya retaguardia. En cuanto salí del hospital, me mandaron a trabajar con los evacuados en Kobona.

—¡Kobona!

—Sí. ¿Por qué? ¿Kobona tiene algún significado especial aparte de ser el lugar donde llegan los camiones del Préstamo y Arriendo?

Alexandr observó a Dimitri.

—Sí. No sabía que habías estado en Kobona.

—Hace tiempo que tú y yo no nos vemos.

—¿Estabas allí en enero?

—Ya no lo recuerdo. Ha pasado tanto tiempo...

Alexandr se levantó para acercarse a Dimitri.

—Dima, envié a Dasha y Tatiana a través del lago...

—Deberían estar muy agradecidas.

—No sé si están agradecidas. No te habrás cruzado con ellas, ¿verdad?

—¿Me estás preguntando si vi a dos chicas en Kobona, por donde pasan miles de evacuados? —Dimitri se echó a reír.

—No hablo de dos chicas anónimas —replicó el capitán, con un tono desabrido—, sino de Dasha y Tania. Las hubieras reconocido, ¿no?

—Claro que sí, Alexandr.

—Entonces, dime, ¿te cruzaste con ellas? —Alzó la voz.

—No, no las vi, y deja ya de gritarme. —Meneó la cabeza—. Pero me parece que meter a dos chicas indefensas en un camión y enviarlas a... ¿adónde iban?

—A algún lugar en el este. —Alexandr no estaba dispuesto a revelar su punto de destino.

—¿A algún lugar en el campo? No lo sé, Alexandr, ¿en qué estabas pensando? —Dimitri se rio—. Me parece imposible que quisieras verlas muertas.

—Dimitri, ¿de qué estás hablando? —replicó el capitán—. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿No estás enterado de lo que ha sido Leningrado durante el invierno? ¿De lo que está pasando ahora mismo?

—Estoy enterado. —Dimitri sonrió—. ¿Estás seguro de que no hubieses podido hacer otra cosa? ¿El coronel Stepanov no te pudo ayudar?

—No, no pudo. —Alexandr estaba harto—. Escucha, tengo...

—Sólo digo, Alexandr, que los evacuados que recibíamos estaban casi todos a las puertas de la muerte. Sé que Dasha es una muchacha fuerte, pero ¿Tania? Me sorprende que consiguiera hacer la primera etapa del viaje. —Dimitri se encogió de hombros—. Hubiese dicho que ella hubiera sido... quiero decir, que incluso yo sufrí una distrofia. La mayoría de las personas que pasaban por Kobona estaban enfermas y muertas de hambre. Después, tenían que viajar hacinadas en camiones durante un trayecto de sesenta kilómetros hasta la estación de ferrocarril más cercana, donde las

subían a los vagones de ganado. —El soldado bajó un poco la voz—. No sé si será verdad, pero según los rumores el setenta por ciento de las personas que embarcamos en los trenes murió de frío o de alguna enfermedad. —Sacudió la cabeza—. ¿Y tú querías que Dasha y Tania pasaran por todo eso? Menudo marido hubieses sido. —Dimitri se rio.

Alexandr apretó los labios para contener la furia.

—La verdad es que estoy muy feliz de no seguir allí. Kobona nunca me gustó demasiado.

—¿Qué? —exclamó el capitán con un tono de desprecio—. ¿Demasiado peligroso para ti?

—No, no lo era. Los camiones se retrasaban en el lago, porque los evacuados eran condenadamente lentos. Se suponía que nosotros debíamos ayudarles a bajar. Pero no podían caminar, estaban todos medio muertos. —Con la mirada fija en Alexandr, añadió—: Sólo en el mes pasado, los alemanes destruyeron tres de los seis camiones cuando hacían el viaje. Menuda retaguardia. Así que finalmente pedí que me destinaran a abastecimientos.

Alexandr le volvió la espalda y comenzó a poner orden en sus prendas.

—Abastecimientos tampoco es muy seguro. Por otro lado —añadió mientras pensaba: «¿Qué demonios estoy diciendo? Que se vaya a abastecimientos»—, quizá sea lo que más te convenga. Serás el tipo que vende cigarrillos. Te harás muy popular.

El abismo que los separaba se había hecho inmenso. Ya no quedaban puentes. Alexandr esperó a que Dimitri se marchara o le preguntara por la familia de Tatiana. No hizo ninguna de las dos cosas.

El capitán se cansó de esperar.

—Dima, ¿no tienes ni el más mínimo interés en saber qué ha sido de los Metanov?

—Supongo que les habrá pasado lo mismo que a la mayoría de los habitantes de Leningrado. —Dimitri se encogió de hombros—. Están muertos, ¿no? —Podría haber dicho: «Se han ido de compras, ¿no?»—. Alexandr agachó la cabeza—. Estamos en guerra —prosiguió Dimitri—. Sólo sobreviven los más fuertes. Por eso mismo renuncié a Tania. No

quería hacerlo, me gustaba y todavía me gusta; la recuerdo con cariño, pero apenas si tengo fuerzas para seguir adelante. Hubiese sido otro motivo de preocupación saber que pasaba hambre y frío.

«Qué bien lo caló Tatiana. Él nunca tuvo el menor interés por ella», se dijo Alexandr. Guardó las prendas en la taquilla, sin mirar al soldado.

—Por cierto, Alexandr, ahora que ha salido el tema de la supervivencia, hay algo de lo que te quiero hablar.

«Ya estamos —pensó el capitán—. A ver qué querrá ahora».

—Desde que los norteamericanos han entrado en la guerra, las cosas pintan mejor para nosotros, ¿verdad?

—Por supuesto. El acuerdo de Préstamo y Arriendo significa una gran ayuda.

—No, no. —Dimitri se levantó, excitado—. No me refería en general, sino a nosotros dos. Para nuestros planes.

—No he visto a muchos norteamericanos por aquí —comentó Alexandr, como si no hubiese entendido.

—¡Por aquí no, pero están por toda Kobona! —afirmó Dimitri—. Traen abastecimientos, además de tanques y *jeeps*, desde Murmansk hasta la costa este del Ladoga, y también a Petrozavodsk y Lodeinoie. Hay docenas de ellos en Kobona.

—¿Eso es verdad? ¿Docenas?

—Quizá no docenas, pero hay muchos y son norteamericanos. Nos podrían ayudar.

El oficial se acercó a Dimitri.

—¿De qué manera? —preguntó, tajante.

—¿De qué manera? —repitió Dimitri, con una sonrisa—. Pues al estilo americano. Quizá si tú vas a Kobona...

—Dima, voy a Kobona, y ¿qué? ¿Con quién hablo? ¿Con los camioneros? Crees que si un soldado soviético comienza a hablarles en inglés, dirán: «Vaya, fantástico, vente con nosotros en el barco. Te llevaremos de vuelta a casa». —Alexandr le dio una chupada al cigarrillo—. Incluso si por un milagro ocurriera algo así, ¿cómo haríamos para sacarte a ti? Aun en el caso de que un desconocido estuviera dispuesto a

jugarse el cuello por mí llevado por la voluntad de ayudar a un compatriota, ¿eso en qué te ayudaría a ti?

—No estoy diciendo que sea un buen plan —protestó Dimitri, sorprendido—. Pero es un principio.

—Dima, estás lisiado. Mírate. —Alexandr lo miró de la cabeza a los pies—. No estás en condiciones para combatir, ni tampoco estás en condiciones para... correr. Tendremos que olvidarnos de nuestros planes.

—¿De qué estás hablando? —replicó Dimitri, frenético—. Sé que tú todavía quieres...

—¡Dimitri!

—¿Qué? Tenemos que hacer algo, Alexandr —insistió el soldado—. Tú y yo teníamos planes.

—¡Dimitri! —repitió el capitán—. Nuestro plan era abrirnos paso entre los guardias de frontera del NKVD y ocultarnos en los pantanos minados de Finlandia. Ahora que estás herido en el pie, ¿cómo crees que lo haríamos?

Alexandr agradeció que Dimitri no tuviera una respuesta preparada. Se apartó.

—De acuerdo —admitió Dimitri—. Quizá la ruta de Lisii Nos sea más difícil, pero creo que podríamos sobornar a los recaderos del Préstamo y Arriendo.

—¡No son recaderos! —gritó Alexandr, furioso. Se contuvo. No valía la pena—. Esos hombres son combatientes bien entrenados que se arriesgan todos los días a ser bombardeados mientras recorren más de dos mil kilómetros por la zona ártica y el norte de Rusia para traerte tu *tushonka*.

—Sí, y son los mismos que nos pueden ayudar. —Dimitri se acercó al capitán—. Y yo necesito a alguien que me ayude, y pronto. —Se acercó un poco más—. No tengo la menor intención de morir en esta maldita guerra. —Miró a Alexandr con sus ojos rasgados—. ¿Tú sí?

—Moriré si es necesario —respondió el oficial, implacable.

Dimitri lo observó. Alexandr detestaba que lo observaran. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Miró a Dimitri con una mirada tan

fría que el otro se apartó.

—¿Todavía tienes dinero? —preguntó el soldado.

—No.

—¿Podrás conseguirlo?

—No lo sé. —Alexandr sacó otro cigarrillo. La conversación había acabado.

—Tienes uno sin encender en la boca —comentó Dimitri, con un tono desagradable.



A Alexandr le dieron treinta días de permiso. Le pidió al coronel Stepanov algunos días más. Se los concedió: del 15 de junio al 24 de julio.

—¿Tendrá suficiente? —le preguntó el coronel, con una sonrisa.

—Puede que sea más que suficiente, señor, o que no me alcance.

—Capitán, cuando regrese... —Stepanov encendió un cigarrillo y le dio otro a Alexandr—. No podemos seguir acuartelados. Ya ha visto lo que le ha pasado a la ciudad. No podemos pasar otro invierno como el anterior. Es algo que no podemos permitir. —Hizo una pausa—. Tendremos que romper el bloqueo. Todos nosotros. En cuanto comience el otoño.

—Estoy de acuerdo, señor.

—¿Lo está, Alexandr? ¿Ha visto lo que le ha pasado a nuestros hombres en Tijvin y Mga durante el invierno y la primavera?

—Sí, señor.

—¿Está enterado de lo que están pasando nuestros hombres ahora mismo en Nevski Patch al otro lado del río, cerca de Dubrovka?

—Sí, señor.

Nevski Patch cerca de Dubrovka era un enclave del Ejército Rojo detrás de las líneas enemigas, un lugar que los alemanes utilizaban todos los días como campo de tiro para su artillería. Los soldados rusos morían a razón de doscientos al día.

—Tendremos que cruzar el Neva en barcazas. No disponemos casi de artillería, sólo la que está a sus órdenes. Carecemos de fusiles de

repetición.

—Yo no, señor. Tengo una ametralladora Shpagin y un fusil automático. —Sonrió.

El coronel le devolvió la sonrisa.

—Se lo estoy poniendo muy feo.

—Es que lo es, señor.

—Capitán, no se asuste ante una buena pelea, aunque sea desigual.

Alexandr miró a su comandante.

—¿Alguna vez lo he hecho, señor?

Stepanov se levantó de la silla y se acercó a Alexandr.

—Si tuviéramos más hombres como usted, esta guerra se hubiera acabado hace tiempo. —Le estrechó la mano—. Váyase. Que tenga un buen viaje. Nada será igual cuando regrese.

3

Alexandr no dejaba de preguntarse mientras cruzaba media Unión Soviética si Dasha o Tatiana no le hubieran escrito si estuviesen vivas.

Las dudas le atacaban como bombas de mortero.

Viajar mil seiscientos kilómetros en dirección este, a través del Ladoga, los ríos Onega, Dvina, Sujona, Unzha, y Kama, y luego cruzar los Urales, viajar sin haber sabido nada durante seis meses, medio año, sin escuchar una palabra de sus labios, ni leído una palabra de su pluma, ¿era una locura?

Sí, sí que lo era.

Durante los cuatro días de viaje hasta Molotov, Alexandr recordó cada uno de los segundos que había pasado con ella. Fueron mil seiscientos kilómetros de recordar los paseos junto al canal Obvodnoi, de ir a buscarla a la Kirov, de su tienda en Luga, de cargarla a la espalda, de la habitación en el hospital, de la cúpula de la catedral de San Isaac, de verla comer su helado, de llevarla en el trineo, casi moribunda. Mil seiscientos kilómetros de verla repartir su comida sin quedarse nada para ella, de verla saltar en la azotea mientras las escuadrillas alemanas soltaban las bombas. También había algunos recuerdos del invierno en Leningrado que le espantaban un poco, pero no los rehuía: ella caminando a su lado después de llevar el cadáver de la madre al cementerio; ella inmóvil delante de los tres muchachos con navajas.

Había dos imágenes que aparecían en su mente con una insistencia machacona.

Una: Tatiana con el casco, vestida con prendas ajenas, cubierta de sangre, escombros, vigas, cristales rotos y cadáveres, pero con el cuerpo

tibio, todavía con un hálito de vida.

La otra: Tatiana en la cama del hospital, desnuda bajo sus manos, gimiendo bajo su boca.

Si había alguien capaz de sobrevivir, ¿no sería la muchacha que durante cuatro meses se había levantado a las seis y media de la mañana y había recorrido las calles cubiertas de nieve de Leningrado para ir a buscar las raciones de pan de su familia?

Pero si había sobrevivido, ¿por qué no le había escrito?

La muchacha que le había besado la mano, que le había servido el té, que no respiraba cuando él hablaba y lo miraba de una manera como no le había mirado nunca nadie, ¿aquella muchacha había desaparecido?

¿Había desaparecido su corazón?

«Dios mío —rezó Alexandr—, permite que no me quiera, pero haz que viva».

Era una plegaria terrible para Alexandr, pero no podía imaginarse un mundo sin Tatiana.

Sucio, mal alimentado, después de pasar cuatro días en cinco trenes diferentes y cuatro camiones militares, Alexandr llegó a Molotov el viernes 19 de junio de 1942. Era mediodía y se sentó en un banco de la estación.

No se veía con ánimos de afrontar la caminata hasta Lazarevo.

No podía soportar la idea de que hubiera muerto en Kobona, después de salir de la ciudad sitiada y encontrarse tan cerca de la salvación. No podía hacerle frente.

Y lo que era peor: era consciente de que no sería capaz de seguir adelante si ella había muerto. No podría soportar el regreso. ¿Regresar a qué?

Alexandr llegó a considerar la idea de marcharse de regreso en el primer tren. El coraje que necesitaba para avanzar era mucho más que el que necesitaba para mandar una batería de lanzacohetes Katiusha o una ametralladora antiaérea Zenith, y saber que cualquiera de los aviones alemanes podía acabar con su vida en el acto.

No tenía miedo de morir.

Pero sufría por ella. La posibilidad de que estuviese muerta minaba por completo su coraje.

Si Tatiana estaba muerta, significaba que Dios estaba muerto, y Alexandr se sabía incapaz de sobrevivir a una guerra en un universo gobernado por el caos, sin un propósito. Moriría como había muerto el pobre Grinkov, alcanzado por una bala perdida cuando regresaba a la retaguardia.

La guerra era el último caos, un infierno destructor de almas, que acababa con los cadáveres de los hombres destrozados insepultos en la tierra helada. No había nada más cósmicamente caótico que la guerra.

Tatiana encarnaba el orden. La materia finita en el espacio infinito. Tatiana era el portaestandarte de la bandera de la gracia y el valor que marchaba en la vanguardia, la bandera que Alexandr había llevado a lo largo de mil seiscientos kilómetros hasta el río Kama, hasta los Urales, hasta Lazarevo.

El capitán permaneció sentado durante dos horas en un banco de la provinciana Molotov, con las calles de tierra flanqueadas de robles.

Regresar era imposible.

Seguir adelante era impensable.

Sin embargo, no podía ir a ninguna otra parte.

Se levantó, recogió sus pertenencias y se persignó.

Cuando Alexandr decidió por fin dirigir sus pasos hacia Lazarevo, sin saber si Tatiana estaba viva o muerta, se sintió como un hombre que camina hacia el patíbulo.

4

Lazarevo estaba a diez kilómetros de distancia, en medio de un bosque de pinos.

En realidad, en el bosque no sólo había pinos. Estaba salpicado con olmos, robles, álamos, almeces y arándanos: sus olores y formas deleitaban los sentidos del viajero. Alexandr iba cargado con el macuto, el fusil, la pistola, los cargadores, la tienda de campaña, la manta, el casco y una bolsa con la comida que le habían dado en Kobona. Escuchó el rumor del Kama entre los árboles. Pensó en ir al río y lavarse, pero en aquel momento era necesario seguir avanzando.

Cogió un puñado de arándanos y se los comió mientras caminaba. Tenía hambre. El sol brillaba con fuerza, hacía calor y pronto sintió nuevas esperanzas. Apuró el paso.

Llegó al linde del bosque y se encontró con una carretera rural polvorienta, con pequeñas casas de madera a ambos lados, con jardines donde abundaban los hierbajos y viejas cercas caídas.

A la izquierda, más allá de los pinos y los olmos, vio el reflejo plateado del río, y al otro lado, al fondo, por encima de los árboles, las cumbres de los Urales.

Aspiró profundamente. ¿Lazarevo olía a Tatiana? Olió la madera que ardía en una hoguera, el agua fresca, las agujas de pino, el pescado. Vio la chimenea de una fábrica de pescado en las afueras del pueblo.

Continuó caminando por la carretera. Pasó junto a una mujer sentada en un banco delante de su casa. Ella lo miró con los ojos como platos. Era comprensible. ¿Cuántas veces había visto a un oficial del Ejército Rojo? La mujer se levantó.

—¡Oh, no! —exclamó—. Usted no será Alexandr, ¿verdad?

Por un momento, el capitán no supo qué contestar.

—Sí —dijo finalmente—. Soy Alexandr. Busco a Tatiana y Dasha Metanov. ¿Sabe usted dónde viven?

La mujer se echó a llorar.

—Le preguntaré a algún otro —murmuró Alexandr, mientras se alejaba.

La mujer corrió tras él.

—¡Espere, espere! —Señaló hacia el centro del pueblo—. Los viernes van al círculo de costura en la plaza. Es todo recto. —Sacudió la cabeza mientras retrocedía.

—¿Así que están vivas? —manifestó Alexandr con voz débil pero con un profundo alivio.

La desconocida no le respondió. Se tapó el rostro con las manos y corrió hacia su casa.

¿Había dicho «van»? Él le había preguntado por las dos hermanas; ella le había respondido: «Van». Alexandr acertó el paso, bebió un trago de la cantimplora y encendió un cigarrillo. Cuando estaba a unos treinta metros de la plaza, se detuvo.

No podía aparecer sin más por la carretera. Todavía no.

Si estaban vivas, entonces al cabo de un momento tendría que enfrentarse a un problema muy diferente a todos los que había imaginado, convencido de que los había imaginado todos. Lo afrontaría como había afrontado siempre todos los demás, pero primero...

Alexandr se metió en el jardín de alguien, murmuró una disculpa y salió por la parte de atrás. Quería llegar a la plaza dando un rodeo. Quería mirar a Tatiana sin que ella lo viera. Antes de que apareciera Dasha, quería tener un instante para mirarla como él deseaba, sin ocultarse.

Quería una prueba de la existencia de Dios antes de que Dios mirara al hombre con sus propios ojos.

Los olmos formaban una gran marquesina verde alrededor de la plaza. Un grupo de personas estaban sentadas ante una mesa muy larga instalada en la sombra. Todas eran mujeres excepto un muchacho. «Es un círculo de

costura», pensó Alexandr, mientras se acercaba a la mesa para echar una ojeada.

Una cerca y las ramas de un arbusto de lilas le impedían la visión. Metió la cabeza entre las flores y olió su fragancia. No vio a Dasha por ninguna parte. Vio a cuatro ancianas sentadas a la mesa, a un muchacho, a una chica y a Tatiana que estaba de pie.

Al principio, no pudo creer que fuera su Tania. Parpadeó varias veces y forzó la mirada. Tatiana caminaba alrededor de la mesa, señalaba esto, mostraba aquello, se inclinaba. En un momento dado, se irguió para enjugarse el sudor de la frente. Llevaba un vestido amarillo de manga corta. Iba descalza, y la falda corta dejaba al descubierto sus piernas delgadas hasta más arriba de la rodilla. La piel de los brazos desnudos tenía el color de la miel. Su pelo rubio parecía casi blanco de tanto sol. Ahora lo llevaba peinado en dos trenzas que le llegaban hasta los hombros. Incluso desde esa distancia, veía las pecas en la nariz. Era de una belleza arrebatadora.

Y estaba viva.

Alexandr cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir ella seguía allí, inclinada sobre el trabajo del muchacho. Ella dijo algo, todos se rieron alegremente, y el capitán vio cómo el brazo del joven tocaba la espalda de Tatiana. Ella sonrió, y sus dientes blancos resplandecieron al sol. Alexandr no sabía qué hacer.

Tania estaba viva, era evidente.

Entonces, ¿por qué no le había escrito?

Y ¿dónde estaba Dasha?

Alexandr no podía seguir oculto en el arbusto de lilas.

Volvió a la carretera, aspiró con fuerza, apagó el cigarrillo y caminó hacia la plaza, sin apartar la mirada ni por un segundo de las trenzas de Tatiana. El corazón le latía como cuando iba a la batalla.

Tatiana levantó la vista, lo vio y se tapó el rostro con las manos. Alexandr vio cómo todos se levantaban y corrían hacia ella; las viejas demostraron poseer una agilidad y una rapidez sorprendentes. Ella las apartó, apartó la mesa, apartó el banco y corrió hacia él. El capitán estaba

paralizado por la emoción. Quería sonreír, pero tenía la sensación de que en cualquier momento caería de rodillas y se echaría a llorar. Dejó caer toda la impedimenta, incluido el fusil. «Dios —pensó—, dentro de un segundo la sentiré contra mi cuerpo». Y fue entonces cuando sonrió.

Tatiana se lanzó a sus brazos y Alexandr la levantó en el aire con la fuerza de su abrazo. No podía apretarla lo bastante fuerte, no podía respirar su olor todo lo que deseaba. Ella le echó los brazos al cuello y apretó el rostro contra la mejilla barbuda. Unos sollozos secos estremecieron todo su cuerpo. Tatiana pesaba mucho más que la última vez, cuando la había levantado para subirla al camión en el lago Ladoga. Ni siquiera con las botas, los pantalones, la chaqueta y el abrigo había pesado tanto como pesaba ahora.

Su olor era delicioso. Olía a jabón, a sol y caramelo.

La sensación que le producía su cuerpo era increíble. Alexandr frotó su rostro contra las trenzas, mientras murmuraba palabras sueltas.

—Vamos, vamos... Tatiana... por favor.

—Oh, Alexandr —respondió ella contra su cuello, las manos entrelazadas en la nuca del capitán—. Estás vivo.

—Oh, Tania. —Alexandr la abrazó más fuerte, si es que era posible. Sus brazos envolvían todo su cuerpo que olía a verano—. Estás viva.

Sus manos le acariciaron la espalda desde el cuello hasta la rabadilla. El vestido era de un algodón muy fino, y casi sentía el contacto de la piel de melocotón.

Por fin dejó que sus pies tocaran otra vez el suelo, pero sus manos permanecieron cogidas a su cintura de avispa. No estaba dispuesto a soltarla. ¿Siempre había sido así, tan diminuta?

—Me gusta tu barba —dijo Tatiana. Le tocó el rostro con una sonrisa avergonzada.

—Me encanta tu pelo. —Alexandr le devolvió la sonrisa mientras le tiraba muy suavemente de una de las trenzas.

—Estás sucio.

—Y tú estás preciosa. —No podía apartar la mirada de los labios de Tania, que tenían el color de los tomates maduros.

Se inclinó hacia ella, pero entonces recordó a Dasha. Dejó de sonreír, soltó la cintura de Tatiana y se apartó un poco.

La muchacha lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Dónde está Dasha, Tania?

Alexandr miró a Tatiana a los ojos y, como si fuera una película, vio pasar por ellos el dolor, la tristeza, la pena, la culpa y la furia —¿contra él?— y, un segundo después, había concluido todo y un velo helado nublaba sus ojos. Presenció cómo algo se cerraba dentro de Tatiana para dejarlo fuera. Lo miró con frialdad, y aunque todavía le temblaban las manos, su voz era firme cuando dijo:

—Dasha murió, Alexandr. Lo siento.

—Oh, Tania. Lo siento.

El capitán tendió una mano para tocarla, pero ella se apartó. Más que apartarse dio un salto para que no la tocara.

—¿Qué pasa? —preguntó él, perplejo—. ¿Qué pasa?

—Alexandr, de verdad, siento mucho lo de Dasha. —Tatiana no pudo mirarle a la cara—. Has venido hasta aquí...

—¿De qué estás hablando?

Pero antes de que él pudiera continuar, o que Tatiana pudiera contestar, los otros miembros del círculo de costura los rodearon.

—¿Tanechka? —dijo una mujer regordeta con ojos pequeños y redondos, y el pelo canoso—. ¿Quién es? ¿Es el Alexandr de Dasha?

—Sí. Es el Alexandr de Dasha. —Tatiana miró al oficial—. Alexandr, te presento a Naira Mijailovna.

—¡Oh, pobre hombre! —Naira se echó a llorar. No le dio la mano, sino que lo abrazó—. Pobre hombre.

Alexandr miró a Tatiana, asombrado.

—Naira, por favor —le rogó Tatiana, que se alejó un poco más.

—¿Lo sabe? —le susurró Naira a Tatiana. Se sorbió los mocos.

—No lo sabía, pero ahora lo sabe —replicó la muchacha. Su respuesta provocó nuevos sollozos. Tatiana continuó con las presentaciones—. Alexandr, estos son Vova, el nieto de Naira, y Zoe, la hermana de Vova.

Vova era precisamente la clase de muchacho fornido que más detestaba Alexandr. De cara redonda, ojos redondos y boca redonda, era una versión en moreno de su abuela. Vova le estrechó la mano.

Zoe, una muchacha robusta y de pelo negro, abrazó a Alexandr, aplastando sus grandes pechos contra la guerrera del capitán. Lo cogió de la mano.

—Estamos encantados de conocerte, Alexandr. Hemos escuchado muchas cosas de ti.

—Todo —afirmó entusiasmada una mujer de pelo rizado, a quien Tatiana presentó como la hermana mayor de Naira, Axinia—. Lo sabemos todo de ti. —Ella también abrazó al capitán.

Otras dos mujeres aparecieron ante Alexandr. Ambas tenían el pelo blanco y aspecto frágil. Una de ellas padecía algún trastorno porque le temblaban las manos, la cabeza y la boca al hablar. Se llamaba Raisa. Su madre se llamaba Dusia, que era más un poco más alta y gruesa que su hija. Llevaba una gran cruz de plata sobre el pecho. Dusia bendijo al oficial.

—Dios cuidará de ti, Alexandr. No te preocupes.

Alexandr quería decirle a Dusia que después de haber encontrado viva a Tatiana, no tenía nada de que preocuparse, pero antes de que pudiera abrir la boca, Axinia le preguntó cómo se sentía, cosa que fue seguida con otra ronda de abrazos y llantos.

—Me siento bien —afirmó—. La verdad es que no hay motivos para llorar.

Por el caso que le hicieron, fue como si hablara chino. Continuaron llorando.

Alexandr miró a Tatiana, cada vez más sorprendido. Pero ella no sólo se mantuvo apartada sino que ahora tenía a Vova a su lado.

—Tú eres el... no, no puedo —gimió Naira.

—Entonces no digas nada, Naira Mijailovna —le aconsejó Tatiana, con un tono cariñoso—. Está bien. Míralo. Está bien.

—Tania tiene razón —afirmó Alexandr en el acto—. Estoy bien.

—Oh, pobrecito mío. —Naira le cogió la manga de la guerrera—. Ha viajado tanto... Debe estar agotado.

No lo había estado hasta cinco minutos antes. Miró a Tatiana.

—Tengo hambre. —Sonrió.

—Por supuesto. Vamos a comer. —Tatiana no le devolvió la sonrisa.

Alexandr, cansado, hambriento, y absolutamente desconcertado por lo que estaba pasando, perdió la paciencia.

—Perdóneme, por favor —le dijo a Axinia, que le decía alguna cosa, y se abrió paso entre las mujeres para acercarse a Tatiana.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Vamos, te prepararé la cena. —Tatiana se apartó una vez más, sin mirarlo.

—¿Podemos hablar... —Alexandr tenía dificultades para pronunciar las palabras— un momento, Tania?

—Alexandr, por supuesto —intervino Naira—. Hablaremos. Ven, querido, ven a nuestra casa. —Lo cogió del brazo—. Éste debe ser sin duda el peor día de tu vida.

Alexandr no sabía qué pensar de su día.

—Nosotras cuidaremos de ti —añadió Naira—. Nuestra Tania es muy buena cocinera.

—Lo sé —afirmó el capitán. «¿Nuestra Tania?».

—Comerás, beberás. Hablaremos. Hablaremos mucho. Te lo contaremos todo. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—No lo sé. —Alexandr ni se preocupó de buscar la mirada de Tatiana.

Se movieron en grupo, y en la confusión se olvidaron del trabajo de costura.

—Oh, sí —exclamó Tatiana distraída, y regresó a la mesa.

Alexandr la siguió, con Zoe a su lado.

—Zoe, necesito hablar a solas con Tania —dijo Alexandr, y sin esperar una respuesta, apuró el paso hasta alcanzarla.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó.

—Nada.

—¡Tania!

—¿Qué?

—Dime algo.

—¿Qué tal ha sido el viaje hasta aquí?

—No me refería a eso. El viaje ha estado bien. ¿Por qué no me escribiste?

—Alexandr, ¿por qué no me escribiste tú?

—No sabía si estabas viva —replicó el capitán, sorprendido.

—Yo tampoco sabía si tú estabas vivo —afirmó ella, con una voz que podía pasar por tranquila, si él no hubiese visto a través del velo.

Debajo había una tormenta a la que ella no le dejaba acercarse.

—Se suponía que eras tú quien debía escribirme para informarme de que habíais llegado sanas y salvas. ¿Lo recuerdas?

—Perdona —dijo Tatiana, con un tono incisivo—. Era Dasha la que debía escribirte para decírtelo. ¿Lo recuerdas? Pero murió, así que no pudo. —La muchacha recogió las agujas, los carretes de hilo, los botones, las tijeras y los patrones, y lo metió todo en una bolsa.

—Siento mucho lo de Dasha. —Alexandr le tocó la espalda.

Tatiana se encogió como si la hubiese golpeado. Contuvo las lágrimas.

—¿Qué le pasó? ¿Conseguisteis salir de Kobona?

—Yo sí —respondió ella en voz baja—. Dasha murió a la mañana siguiente de llegar allí.

—Dios mío.

Permanecieron en silencio unos instantes, sin mirarse.

Habían bajado a Dasha por la pendiente hasta el Ladoga, le habían suplicado que resistiera, que caminara, mientras la propia Tatiana apenas si podía mantenerse de pie, y sin embargo, ayudaba a su hermana para que no se rindiera, que siguiera viviendo.

—Lo siento, Tatia —repitió Alexandr.

—Verte me lo recuerda todo —señaló Tatiana—. Las heridas todavía están frescas. —Fue entonces cuando ella lo miró a los ojos, y Alexandr vio las heridas.

Fueron a reunirse con los demás, sin darse prisa.

—¿Qué tal va la guerra? —le preguntó Vova al capitán mientras le daba una palmada en el hombro.

—La guerra va bien, gracias.

—Hemos oído que a nuestros muchachos no les va muy bien. Los alemanes se encuentran cerca de Stalingrado.

—Sí. Los alemanes son muy fuertes.

—Veo que te mantienen en buen estado físico para la guerra. —El muchacho volvió a palmearle el hombro—. El mes que viene me llamarán a filas. Cumpliré diecisiete años.

—Estoy seguro de que el Ejército Rojo te convertirá en un hombre —opinó Alexandr, con un tono que pretendía ser alegre. Miró a Tatiana cargada con la bolsa de la costura—. ¿Quieres que te la lleve?

—No, yo puedo. Tú ya tienes bastante con tus cosas.

—Te he traído algo.

—¿A mí? —Tatiana no lo miró cuando lo dijo.

«¿Qué está pasando?», se preguntó el capitán.

—Alexandr, mañana es el día que vamos a la *banya*, ¿podrás esperar? —preguntó Naira.

—No. Esta noche me iré a bañar al río.

—¿Seguro que no puedes esperar un día?

El capitán sacudió la cabeza.

—He pasado cuatro días viajando en tren. Es demasiado tiempo sin bañarse.

—¡Cuatro días! —exclamó Raisa, estremecida—. ¡Este hombre ha estado viajando en tren cuatro días!

—Sí —gritó Naira. Se le saltaron las lágrimas—. ¿Y para qué? ¿Para qué? Oh, qué terrible es la guerra, qué desperdicio, qué tragedia.

Las otras mujeres se sorbieron los mocos como manifestación de asentimiento.

Alexandr oyó el suave gemido que escapó de los labios de Tatiana. Quería que ella lo mirara, quería mirarla a la cara. Quería que le dijera qué estaba mal entre ellos. Quería tocarle los brazos desnudos. Necesitaba

tocarla con verdadera desesperación, pero tenía las manos ocupadas con sus cosas.

—Tatia —susurró, con la boca casi sobre su pelo.

Escuchó cómo su respiración se detenía por un momento, pero luego ella se apartó.

Él se irguió, un tanto molesto al ver que Vova no se apartaba del lado de Tatiana, y que ella no hacía nada por separarse.

Continuaron su camino por la carretera. A medida que pasaban por delante de las casas, los vecinos salían a la calle. Algunos sacudían las cabezas, otros lo señalaban, había quienes se enjugaban las lágrimas. Muchos lo saludaban. Una mujer madura se acercó para darle un abrazo.

—Nos haces sentirnos orgullosos —le dijo un anciano. ¿Por qué Alexandr tenía la sensación de que no era por su participación en la guerra?—. Haber venido hasta aquí para buscar a su Dasha. —El viejo le estrechó la mano—. Cualquier cosa que necesite, lo que sea, venga a verme. Soy Igor.

—Tania, ¿por qué tengo la impresión de que aquí todo el mundo me conoce? —preguntó el capitán en voz baja.

—Porque es así —contestó Tatiana, con la mirada al frente—. Tú eres el capitán del Ejército Rojo que ha venido a casarse con mi hermana. Todos lo saben. Desgraciadamente, ella ha muerto, y también lo saben. Todos lo lamentan muchísimo. —La voz de la muchacha no vaciló.

Los sollozos de Dusia detrás y Naira delante sonaron más fuertes.

—Alexandr —dijo Naira—, cuando llegemos a casa podrás tomar todo el vodka que quieras. Nosotras te lo contaremos todo.

—¿Nosotras? —El oficial miró a Tatiana. ¿De dónde había sacado la idea absurda de que estarían los dos solos?—. Tania, ¿cómo estás? ¿Cómo...?

—Ahora está muchísimo mejor —le interrumpió Vova. Rodeó la cintura de Tatiana con su brazo.

Alexandr miró al frente, con la visión nublada. Poco a poco le iba dominando la furia.

Fue en aquel momento, cuando volvió el rostro con los labios apretados, que Tatiana se apartó de Vova para acercarse a Alexandr y le apoyó una mano en el brazo.

—Debes estar agotado, ¿no? —Lo miró a la cara—. Cuatro días viajando en tren. ¿Has comido?

—Comí algo por la mañana —contestó él sin mirarla.

—Te sentirás mejor cuando te bañes y comas algo. —Le sonrió—. Y te afeites. —Le apretó el brazo.

Alexandr se sintió mejor en el acto y le devolvió la sonrisa. Tendría que hablar con ella sobre Vova. Vio en la mirada de Tatiana muchas cosas sin resolver. La última vez que habían tenido tranquilidad y fuerzas para resolver algo había sido en la catedral de San Isaac. Bastaría un momento con ella a solas para aclarar las cosas, pero tendría que solucionar lo de Vova.

—Alexandr, salvamos a nuestra Tanechka de las garras de la muerte —manifestó Axinia. Se escuchó un sonoro lamento colectivo.

El capitán miró a Tatiana, que caminaba a su lado, y sintió como si un líquido caliente le recorriera todo el cuerpo.

—Por favor, deja que te la lleve.

Ella estaba a punto de darle la bolsa de costura cuando Vova se metió de por medio.

—Yo la llevaré.

—Tania, ¿por alguna casualidad te encontraste con Dimitri en Kobona?

Naira se volvió rápidamente y le chistó, con lágrimas en los ojos.

—Shh. Nosotras no hablamos de Dimitri.

—¡El malnacido! —exclamó Axinia.

—¡Axinia, por favor! —le reprochó Naira, que después miró a Alexandr y asintió—. Aunque tiene toda la razón: es un malnacido.

Alexandr miró a las mujeres, con los ojos como platos.

—Tania, ¿debo suponer que sí que te encontraste con Dimitri en Kobona?

—Humm —fue la respuesta de la muchacha.

Alexandr meneó la cabeza. Era un malnacido.

—Otra razón por la que nos hablamos de Dimitri es porque Vova está coladito por Tania —le susurró Zoe con un tono conspirador.

—¿De veras? —El capitán se apartó de Zoe para acercarse a Tatiana.

La casa de Naira estaba en el extremo del pueblo más cercano al río. Era una casa de madera, de planta cuadrada, pintada de blanco y pequeña.

—¿Todos vivís aquí? —preguntó Alexandr, con la mirada puesta en Tatiana que caminaba en la vanguardia.

—No, no —respondió Naira—, sólo nosotras y nuestra Tania. Vova y Zoe viven con su madre al otro lado de Lazarevo. A su padre lo mataron en Ucrania el verano pasado.

—*Babushka*, no creo que en tu casa tengas lugar para Alexandr —comentó Zoe.

El capitán miró la casa. Quizá Zoe tuviera razón. En el jardín había dos cabras, y tres gallinas en un corral. Los animales parecían disponer de mucho espacio.

Siguió a Tatiana y subió los dos peldaños para acceder a una amplia galería con cristaleras donde había dos divanes pequeños en un extremo y una gran mesa rectangular en el otro. Se asomó al umbral y miró la habitación que servía de sala, comedor y cocina.

Al fondo había una cocina económica que ocupaba casi toda la pared. En el centro estaba el fogón donde se encendía la leña y a ambos lados los hornos. Una parte de la superficie de la cocina estaba cubierta con mantas y cojines. En muchas casas rurales de la Unión Soviética utilizaban parte de las cocinas como cama. El rescoldo de los fogones mantenía la cama bien caliente.

Delante de la cocina había una mesa donde preparaban la comida, y a la izquierda una máquina de coser, un silla y un baúl negro. A la derecha había dos puertas que comunicaban con los dormitorios.

—A ver si lo adivino —le dijo a Tatiana—. Tú duermes allí.

—Sí —replicó ella, sin mirarlo—. Es cómodo. Pasa un momento.

Fue hasta la mesa.

—Espera, espera —dijo Naira—. Zochka tiene razón. La verdad que no disponemos de mucho espacio.

—No se preocupe, tengo mi tienda de campaña —respondió Alexandr, que siguió a Tatiana.

—No, no, nada de tiendas. ¿Por qué no te vas con Vova y Zoe? Tienen un dormitorio que podrías disfrutar tú solo. Con una cama de verdad y todo lo demás.

El capitán se volvió para mirar a la dueña de la casa.

—No, pero muchas gracias.

—Tanechka, ¿no crees que estaría mucho más cómodo? Podría...

—Naira Mijailovna, ya te ha dicho que no.

—Lo sabemos —admitió Axinia, desde el umbral—. Pero la verdad es que...

—No —repitió Alexandr—. Dormiré en mi tienda. No se molesten.

Tatiana le hizo una seña para que se acercara y al capitán le faltó tiempo para hacerlo. Aprovecharon los segundos de que disponían para estar solos.

—Duerme aquí, encima de la cocina. Se está muy bien y caliente.

—¿Y dónde dormirás tú? —preguntó Alexandr, con voz calma.

La muchacha se ruborizó, y él, sin poder contenerse, se echó a reír y le dio un beso en la mejilla, cosa que la hizo ruborizar todavía más.

—Tania, eres la chica más graciosa que conozco.

Ella casi retrocedió hasta la otra habitación.

—Escucha, voy a... —comenzó Alexandr.

—¿Ir a la casa de Zoe y Vova? —dijo Naira, que entraba en aquel momento—. Es una idea magnífica. Sabía que nuestra Tanechka acabaría por convencerte. Es capaz de convencer al mismísimo demonio. ¡Zoe!

—¡No! —exclamó Tatiana.

Alexandr le hubiese dado un beso.

—Naira Mijailovna, Alexandr no se va —añadió la muchacha, con un tono firme—. No ha hecho todo este viaje para quedarse en la casa de Vova y Zoe. Se quedará aquí. Dormirá en la cocina.

—Oh. —Naira se quedó cortada—. ¿Y tú?

¿Es que no podía dejar de sonrojarse? No, no podía.

—Dormiré en la galería.

—Tania, si Alexandr se queda, cambia la ropa de cama, así dormirá con sábanas limpias.

—De acuerdo.

—Ni se te ocurra tocarlas —susurró Alexandr.

Naira dijo que iba a buscar una toalla limpia para el capitán y salió de la habitación.

Se volvieron el uno hacia el otro inmediatamente. Ella no lo miraba, pero al menos la tenía cerca, y ¿qué estaba haciendo? ¿Le olía?

—Voy a lavarme un poco, y vuelvo —dijo el capitán con una sonrisa. No sabía qué hacer con las manos. Quería coger la de ella—. No te vayas.

—Aquí me encontrarás. ¿Tienes jabón?

—De sobra.

—Ya me lo parecía. Pero mira qué otra cosa tengo para ti. —Abrió el cajón de la mesa y sacó un frasco de champú pequeño—. Lo encontré en Molotov. Me costó veinte rublos. —Le dio el frasco—. Champú auténtico para tu pelo.

—¿Gastaste veinte rublos en un frasco de champú? —exclamó con una falsa expresión de sorpresa, mientras le cogía la mano.

—Es mucho más barato que pagar doscientos cincuenta rublos por una taza de harina —replicó ella, que se apresuró a apartar la mano.

—¿Eran veinte de mis rublos?

—Sí —respondió Tatiana, en voz baja—. Los rublos ocultos en tu libro me vinieron de perlas. Muchas gracias. —No lo miró—. Muchas gracias por todo.

—Me alegro de que lo hicieras, y no me des las gracias. —No podía apartar la mirada—. Tatiasha, estás tan rubia...

—Es el sol —afirmó ella, sin darle importancia. Se encogió de hombros.

—Y tan pecosa.

—El sol.

—Y tan...

—Te enseñaré por dónde se va al río.

—Espera. Te enseñaré lo que te he traído. —Se puso en cuclillas junto al macuto y lo abrió para mostrarle el contenido: varias latas de *tushonka*, un paquete de azúcar, sal, cigarrillos y vodka—. También te conseguí otro libro de frases inglés-ruso. ¿Has estado practicando tu inglés?

—La verdad es que no he tenido tiempo —comentó Tatiana—. No me puedo creer que hayas cargado con todo eso. Muchas gracias. Ven, salgamos.

La muchacha le dio la toalla que había traído Naira, salieron de la casa y la rodearon para dirigirse al jardín trasero. Alexandr se mantuvo lo más cerca posible sin que su cuerpo rozara el de ella. Sabía que seis pares de ojos los vigilaban desde la galería. Tatiana señaló hacia el río. El capitán ni siquiera miraba en aquella dirección. Sólo tenía ojos para sus cejas rubias. Quería acariciarlas.

Quería acariciarla toda.

Contuvo la respiración cuando le tocó la tenue cicatriz sobre la ceja de la herida que se había hecho en la pelea con su padre.

—Ya casi ha desaparecido del todo —comentó en voz baja—. Casi ni se ve.

—Si no la ves —replicó Tatiana, con un tono despreocupado—, ¿por qué la tocas? —No lo miró—. Alexandr, ¿podrías tener la bondad de mirar donde señalo? Está directamente al otro lado del pinar. ¿Quieres mirar? Cruza la carretera y encontrarás un sendero. Tendrás que caminar unos cien metros hasta un claro. Allí es donde lavo la ropa. Es imposible perderse. El Kama es un río muy grande.

—Estoy seguro de que me perderé —le dijo el capitán al oído—. Acompáñame, así me enseñas el camino.

—Tania tiene que preparar la cena —manifestó Zoe, acercándose a la pareja—. Yo te enseñaré el camino.

—Sí —dijo Tatiana. Se apartó—. Zoe te enseñará el camino. Tengo que dedicarme a la cocina si queremos cenar esta noche.

—No, Zoe. Perdónanos un momento. —Se llevó a Tatiana a un aparte—. Ven conmigo al río —insistió—. Me explicarás lo que te inquieta, y entonces...

—Ahora no, Alexandr —susurró ella—. Ahora no.

El capitán exhaló un suspiro y se marchó solo. Cuando volvió, limpio, afeitado y vestido con el uniforme de calle, vio que Zoe se interesaba por él de la forma más descarada. No le sorprendió. En un pueblo sin hombres jóvenes, Zoe se hubiera interesado por él aunque fuera tuerto y cojo. Tatiana era otra historia. Se obstinaba en no mirarlo a los ojos.

—Te has afeitado —comentó Tatiana, muy ocupada con las ollas y las sartenes.

—¿Cómo lo sabes? —Le miraba la espalda y las nalgas prietas y redondas. La falda corta dejaba al aire el comienzo de las nalgas cada vez que se inclinaba sobre los fogones. Alexandr se estremecía con cada latido de su corazón—. Tania, veo que la vida campesina te sienta muy bien.

Tatiana se apartó de la cocina y ya se disponía a salir a la galería, cuando él le cogió una mano y la apoyó en su mejilla.

—¿Te gusta más sin barba? —Le frotó la mano contra la mejilla y luego le besó los dedos.

Ella intentó apartar la mano con mucha suavidad.

—No he tenido muchas ocasiones de verte bien afeitado —murmuró—. En cualquier caso, no está mal. Alexandr, tengo las manos sucias de cebolla. No quiero mancharte. Estás muy limpio y elegante. —Carraspeó al tiempo que desviaba la mirada.

—Tania, soy yo —dijo el capitán, sin soltarle la mano—. ¿Qué pasa?

La muchacha lo miró. Alexandr vio el dolor en sus ojos: dolor, ternura y tristeza, pero sobre todo dolor.

—Tania, ¿qué...? —comenzó.

—Alexandr, querido, ven aquí con nosotras —gritó Naira, desde la galería—. Deja que Tania acabe de preparar la cena. Ven, te serviré una copa.

El oficial salió a la galería. Naira le ofreció una copa, pero Alexandr sacudió la cabeza.

—No beberé sin Tatiana. ¡Tania! ¡Ven!

—Ella ya beberá con nosotros cuando tomemos la segunda ronda.

—No, beberá la primera. Tania, ven aquí.

Tatiana salió a la galería; toda ella olía a patatas y cebollas.

—Nuestra Tanechka ni siquiera bebe —señaló Naira.

—Beberé por Alexandr —manifestó Tatiana, sin alzar la voz. El capitán le ofreció su copa. Sus dedos se rozaron. Naira le sirvió otra. Levantaron las copas—. Por Alexandr —brindó la muchacha, con voz ahogada y lágrimas en los ojos.

—Por Alexandr —corearon todos—, y por Dasha.

—Y por Dasha —repitió él.

Bebieron, y Tatiana volvió a ocuparse de los fogones.

Una docena de vecinos se presentaron antes de la cena, ansiosos por conocer a Alexandr. Todos y cada uno de ellos le llevó un regalo. Una mujer le dio un huevo. Un viejo, un anzuelo. Otro, un sedal. Una chiquilla le regaló una golosina. Todos le estrecharon la mano, y algunos se inclinaron ante él. Una mujer se arrodilló a los pies de Alexandr, se persignó y luego besó la copa del capitán. Alexandr se sintió conmovido por el gesto, pero también un tanto agotado de tantas cortesías. Sacó un cigarrillo.

—Si vas a fumar será mejor que salgamos —dijo Vova—. A nuestra Tania no le sienta bien que se fume en la casa.

Alexandr guardó el cigarrillo, maldiciendo por lo bajo. Lo único que le faltaba era que Vova se preocupara por la salud de Tatiana. Pero antes de que pudiera decir una palabra, sintió la mano de la muchacha en el hombro y vio su rostro cuando se agachó para dejar un cenicero sobre la mesa.

—Fuma, Alexandr. Fuma.

—Pero, Tania, el humo te perjudica —protestó Vova, petulante—. Por eso todos fumamos fuera.

—Lo sé, y te lo agradezco, Vova —declaró Tatiana—. Pero no ha venido hasta aquí en plena guerra para tener que fumar en el jardín. Fumará donde le plazca.

—No quiero fumar —manifestó Alexandr. Meneó la cabeza. Lo que deseaba era sentir la mano de Tatiana en el hombro y ver su cara ante la suya—. Tania, ¿necesitas ayuda?

—Sí. Puedes sentarte a la mesa y comer mi comida antes de que se enfríe. Es hora de cenar.

Las cuatro mujeres mayores se sentaron a un lado en uno de los bancos.

—Tatiana siempre se sienta en el extremo —comentó Zoe, con una sonrisa—. Así le resulta más fácil levantarse para servir la comida.

—Me sentaré junto a Tatiana —dijo Alexandr.

—Yo soy quien siempre se sienta a su lado —protestó Vova.

Alexandr se encogió de hombros sin hacerle el menor caso. Miró a Tatiana con las cejas enarcadas.

La muchacha se secó las manos en el delantal.

—Me sentaré entre Alexandr y Vova.

—Muy bien —exclamó Zoe—. Yo me sentaré junto a Alexandr.

—De acuerdo —asintió el capitán.

Tatiana había preparado una ensalada de tomates y pepinos, y chuletas de cerdo con una guarnición de patatas y cebollas. Abrió un frasco de setas marinadas. Había pan blanco en abundancia, mantequilla, leche, queso y huevos duros.

—¿Qué te sirvo? —preguntó Tatiana, mientras se sentaba a su lado—. ¿Quieres ensalada?

—Sí, por favor.

—¿Te apetecen las setas marinadas? —Tatiana se levantó.

—Sí, por favor.

Tatiana le sirvió la ensalada, de pie a su lado. La única razón por la que Alexandr dejó que le sirviera en lugar de hacerlo él mismo fue que su pierna desnuda le tocaba el pantalón y su cadera se apoyaba contra su codo. Estaba dispuesto a repetir todas las veces que hiciera falta para sentirla junto a él. Quería rodearle la cintura con el brazo, pero en cambio cogió el tenedor.

—Sírvenme también unas cuantas patatas. Ya está bien. Un poco de pan, magnífico, y mantequilla.

Alexandr creyó que Tatiana se sentaría, pero, en cambio, se ocupó de servir a las cuatro mujeres mayores.

Como si no fuera bastante, le sirvió la comida a Vova. Alexandr sintió una opresión en el pecho cuando la vio servirle a Vova como si tal cosa. El muchacho le dio las gracias y Tatiana lo miró a la cara, con una sonrisa.

A Vova lo miraba. A Vova le sonreía. «Por todos los santos», pensó el capitán. La única cosa que le impidió sentirse peor fue que en los ojos de Tania no vio nada por Vova.

Por fin, se sentó.

—Tania —dijo—, me alegra mucho ver que una vez más tienes delante un plato de comida.

—A mí también.

La oscuridad en la habitación le impedía verla con claridad, pero veía la sangre que le corría por la comisura de los labios mientras cortaba el pan negro para él, para Dasha y, finalmente, para ella. Ahora comía pan blanco, mantequilla y huevos.

—Doy gracias a Dios por esto, Tania.

—Sí —respondió ella, en voz muy baja—. Gracias a ti.

Zoe no dejaba de tocar a Alexandr con el codo. Parecía muy experta en el juego. El capitán, irritado, se preguntó si Tatiana hacía algún caso del comportamiento de la muchacha.

Alexandr se apartó de Zoe para acercarse un poco más a Tatiana.

—Me corro para que esté más cómoda —le explicó con una sonrisa indiferente.

—Sí, pero mira —intervino Naira, desde el otro lado de la mesa—, ahora apretujas a la pobre Tanechka.

—Estoy muy cómoda —afirmó Tatiana.

Debajo de la mesa tenía una pierna apoyada contra la del hombre que, de vez en cuando, se la empujaba cariñosamente.

—Bien —dijo Alexandr, que comía con un hambre canina—, ¿he bebido lo suficiente como para que me cuentes lo que te ocurrió?

La pregunta provocó las lágrimas de las cuatro mujeres mayores.

—¡Oh, Alexandr! Tendrás que beber mucho más si quieres estar preparado para escucharlo.

—¿No puedo escuchar ni siquiera una parte?

—A Tania no le gusta que hablemos de lo ocurrido —le explicó Naira—. Tanechka, ¿podemos contarle a Alexandr lo que pasó?

—Ya que se trata de Alexandr, se lo podéis contar. —Tatiana exhaló un suspiro.

—Quiero que sea Tatiana quien me lo cuente. ¿Quieres otra copa de vodka?

—No —contestó ella. Le sirvió una copa al capitán—. En realidad, no hay mucho que contar. Como te dije antes, llegamos a Kobona. Dasha murió. Vine aquí y estuve enferma durante un tiempo.

—A las puertas de la muerte —exclamó Naira.

—Naira Mijailovna, por favor —protestó Tatiana—. Sólo estuve enferma unos días.

—¿Unos días? —gritó Axinia—. Alexandr, la pobre niña llegó aquí en enero y se debatió entre la vida y la muerte hasta marzo. ¿Qué no tuvo? Primero el escorbuto...

—¡Se desangraba! —proclamó Dusia—. Como nuestro viejo zar Alejandro.

—Eso es lo que te hace el escorbuto —apuntó Alexandr con un tono amable.

—El zar no tenía escorbuto —le corrigió Tatiana—. Era hemofílico.

—¿Has olvidado que tuvo una pulmonía doble? —preguntó Axinia—. ¡Tenía los dos pulmones afectados!

—Axinia, por favor —dijo Tatiana—. Sólo era un pulmón.

—Fue la neumonía la que casi acabó con ella. No podía respirar —afirmó Naira. Estiró la mano y palmeó la de Tatiana.

—¡No fue la neumonía la que casi la mató! —protestó Axinia—. Fue la tuberculosis. Naira, te olvidas de todo. ¿No recuerdas que estuvo escupiendo sangre durante semanas?

—Dios mío, Tania —susurró Alexandr.

—Alexandr, estoy bien. Sólo fue un caso de tuberculosis leve. Me la curaron antes de que me dieran el alta por la neumonía. El médico dijo que para el año que viene no quedaría ni rastro de la tuberculosis.

—¿Y querías dejarme que fumara aquí dentro?

—¿Por qué no? Siempre has fumado en la casa. Estoy acostumbrada.

—¿Cómo que por qué no? —exclamó Axinia—. Tania, estuviste un mes en una tienda de oxígeno. Estuvimos a su lado, Alexandr, mientras tosía y escupía sangre.

—¿Por qué no le cuentas cómo te contagiaste de tuberculosis? —sugirió Naira.

Alexandr vio cómo Tatiana se estremecía.

—Ya se lo contaré más tarde.

—¿Cuándo? —le susurró Alexandr disimuladamente, pero ella no le respondió.

—¡Tania! Cuéntale todo lo que pasaste para llegar aquí. Díselo —sugirió Axinia.

—Cuéntamelo, Tania —dijo Alexandr, emocionado.

De no haber sido que la comida que había preparado Tatiana era exquisita, hubiera perdido el apetito.

—Pues verás, a mí y a otros centenares de refugiados nos subieron a los camiones para llevarnos a una estación ferroviaria, cerca de Voljov.

—Dile lo del tren.

—No era un tren de primera. Éramos muchos...

—Dile cuántos.

—No sé cuántos eran.

—Dile lo que hacían cuando la gente moría en el tren. —Dusia se persignó.

—Los arrojaban a las vías. Para tener más espacio.

—Dispusieron de mucho más espacio cuando llegaron al Volga. —Naira se sorbió los mocos.

—Alexandr, habían volado el puente ferroviario que cruza el Volga y los trenes no podían pasar —le explicó Axinia—. Todos los evacuados, incluida nuestra Tanechka, tuvieron que abandonar el tren y cruzar el río helado a pie, muertos de hambre y enfermos como estaban. ¿Qué te parece?

El capitán no dejaba de mirar asombrado el rostro de Tatiana, que mostraba una expresión risueña pero también como si estuviera harta de

repetir la historia.

—¿Cuántas personas consiguieron cruzar el río, Tania? ¿Cuántas personas murieron en el hielo? Díselo.

—No lo sé, Axinia. No las conté.

—Nadie. Estoy segura de que nadie sobrevivió al cruce —afirma Dusia.

—Tania sobrevivió —apuntó Alexandr, con el codo contra el brazo de Tatiana y la pierna contra la de ella.

—También sobrevivieron más personas —afirmó Tatiana, para después añadir en voz baja—: No muchas.

—Tania, vamos, cuéntale —la apremió Axinia— cuántos kilómetros tuviste que caminar, tuberculosa, con una neumonía, azotada por una tormenta de nieve, hasta la siguiente estación de trenes porque no tenían bastantes camiones para trasladar a todos los enfermos. Diles cuántos. —Abrió los ojos como platos—. ¡Fueron unos quince!

—No, querida —le corrigió Tatiana—. No llegaron a tres. Y tampoco en una tormenta de nieve. Sólo frío.

—¿Te dieron algo de comer? —preguntó Axinia—. ¡No!

—Sí que me dieron de comer, pero poco.

—¡Tania! Cuéntale lo del tren, cómo no tenías un lugar donde sentarte, y tuviste que viajar de pie durante tres días desde Voljov hasta el Volga.

—Viajé de pie tres días desde Voljov hasta el Volga —admitió Tatiana. Clavó el tenedor en un trozo de patata.

—Después de cruzar el Volga —comentó Dusia, con los ojos llorosos —, murieron tantos, que Tatiana dispuso de una litera en el tren donde acostarse, ¿no es así, Tania? Se acostó...

—¡Y no se levantó nunca más! —afirmó Axinia.

—Querida, sí que me levanté. —Tatiana sacudió la cabeza.

—No —insistió Axinia—. Ahora sí que no exagero. No te levantaste. El revisor se acercó para preguntarte dónde ibas y no pudo despertarte.

—Pero acabó por despertarme.

—Sí, pero creyó que estabas muerta —replicó Axinia.

—Se apeó del tren en Molotov —añadió Raisa—. Cuando preguntó a qué distancia estaba Lazarevo y le dijeron que a diez kilómetros se...

Las cuatro mujeres gimieron al unísono.

—Lamento que tengas que escuchar todo esto, Alexandr —se disculpó Tatiana.

Alexandr dejó de comer. Le dio unas palmaditas en la espalda, y en cuanto vio que ella no se encogía, ni se apartaba, ni se ruborizaba, dejó la mano apoyada durante unos momentos. Luego cogió el tenedor otra vez.

—Alexandr, ¿sabes lo que hizo cuando le dijeron que Lazarevo estaba a diez kilómetros?

—A ver si lo adivino. —El capitán sonrió—. Se desmayó.

—¡Sí! ¿Cómo lo sabes? —Axinia lo miró fijamente.

—Me desmayo continuamente —afirmó Tatiana—. Soy una cobardica.

—Después de que la sacaran de la tienda de oxígeno —dijo Naira—, nos sentábamos a su lado en el hospital y le sosteníamos la mascarilla de oxígeno para que pudiera respirar. —Se enjugó las lágrimas—. Cuando murió su abuela...

El tenedor cayó de la mano de Alexandr, que se quedó mudo con la mirada fija en el plato, incapaz de girar la cabeza para mirar a Tatiana. Esta vez fue ella quien lo miró con una dulce expresión de pena.

—¿Dónde está la botella de vodka, Tania? —preguntó el capitán—. Está claro que no he bebido bastante.

Tatiana le sirvió una copa y otra más pequeña para ella. Brindaron, al tiempo que se miraban, en recuerdo de Leningrado, de Quinto Soviet, de las familias de ambos, del Ladoga y de la noche.

—Animo, Shura.

Alexandr se bebió el vodka de un trago. Los demás permanecieron en silencio hasta que el visitante preguntó:

—¿De qué murió?

—Disentería. El diciembre pasado. —Naira resopló—. Creo que después de morir el abuelo de Tania, ya no tuvo fuerzas para seguir adelante. —La mujer miró a Tatiana—. Sé que Tania está de acuerdo conmigo.

—Quería morir —asintió Tatiana, en voz baja—. No quería seguir viviendo.

Naira le sirvió otra copa al oficial.

—Cuando Anna agonizaba, me dijo: «Naira, me gustaría mucho que conocieras a mis nietas, pero probablemente nunca conocerás a nuestra pequeña Tania. Nunca conseguirá llegar hasta aquí. Es muy delicada».

—Anna —opinó Alexandr, después de beber un buen trago— se equivocó al juzgar a sus nietas.

—Nos dijo —prosiguió Naira—: «Si aparecen mis nietas, cuidad de ellas. Mantened mi casa preparada para ellas».

—¿Casa? —Alexandr se animó en el acto—. ¿Qué casa?

—Ellos tenían una isba.

—¿Dónde está la isba?

—En el bosque, muy cerca del río. Tania te la mostrará. Cuando Tania salió del hospital y vino a Lazarevo con nosotras, quería irse a vivir a esa casa... —la mujer hizo una pausa y abrió mucho los ojos para recalcar la importancia de lo que venía a continuación— sola.

—¿En qué estaría pensando? —exclamó Alexandr.

Las mujeres, complacidas por la aprobación del capitán, asintieron ruidosamente.

—Ninguna nieta de nuestra Anna vivirá sola —proclamó Naira—. ¿Qué tontería es esa? ¿Quién vive solo? Le dijimos: «tú eres de la familia. Tu amado *deda* era primo de mi primer marido. Tú vivirás con nosotras. Estarás mucho mejor aquí», y es verdad, ¿no es así, Tanechka?

—Claro que sí, Naira Mijailovna. —Tatiana sirvió más patatas en el plato de Alexandr—. ¿Todavía tienes hambre? —le preguntó en voz baja.

—Si quieres que te diga la verdad, ya ni siquiera sé quién soy. Por supuesto que comeré más.

—Nuestra Tania está mucho mejor ahora, pero tiene que cuidarse. Todavía va a Molotov todos los meses para un control. La tuberculosis puede aparecer en cualquier momento. Por eso no fumamos en la casa.

—Y estamos encantados de hacerlo —señaló Vova, con el brazo sobre los hombros de Tatiana.

Era evidente que Alexandr tendría que hablar con Tatiana del tema de Vova, y cuanto antes, mejor.

—Alexandr, no tienes idea de lo delgada que estaba cuando vino a nosotras —comentó Axinia, con una sonrisa.

—Yo diría que sí —respondió el capitán—. ¿No es verdad, Tania?

—Si tú lo dices, Shura —susurró ella.

—Era pura piel y huesos —manifestó Dusia.

Axinia volvió a sonreír mientras miraba a Tatiana afectuosamente.

—Pero aquí la engordamos, ¿no es así, cariño? Huevos todos los días. Leche. Mantequilla. Ahora casi está regordeta, ¿tú qué dices, Alexandr?

—Hummm. —Alexandr deslizó una mano por debajo de la mesa y apretó el muslo de Tatiana.

—Es como un bollo caliente —añadió Axinia.

—¿Un bollo caliente? —repitió Alexandr.

Miró sonriente a Tatiana, que se había ruborizado hasta la raíz del pelo. Su vestido corto no llegaba a cubrirle los muslos. Continuó acariciándole la pierna desnuda, debajo de la mesa, delante de seis extraños. Al final tuvo que retirar la mano porque comenzaba a jadear y estaba a punto de perder el control.

—Alexandr, ¿quieres más? —Tatiana se levantó para coger la sartén. Le temblaban las manos—. Hay comida de sobra. —Le sonrió.

—Creo que me tomaré una copa. —Por una vez, él fue incapaz de mirarla.

—Alexandr, queremos que sepas que no estábamos de acuerdo con Tanechka. Queremos que sepas que estábamos de tu parte.

—Tania, ¿qué hiciste para molestar a estas encantadoras señoras? —preguntó el capitán, risueño.

¿Por qué Tania había dejado de sonreír y miraba a Axinia con cara de pocos amigos?

—Le dijimos que te escribiera —le explicó Naira, con la boca llena de patatas fritas—, para contarte lo que le había pasado a Dasha, y así evitarte que vinieras hasta aquí con la idea de casarte con la mujer amada y acabar

con el corazón roto. Se lo dijimos. ¡No le hagas cruzar medio país inútilmente, escríbele y cuéntale la verdad!

—¡Se negó en redondo! —exclamó Axinia.

Alexandr, con el corazón dividido entre la pasión y el temperamento, miró a Tatiana.

—¿Por qué se negó, Axinia?

—No quiso decirlo. Pero te diré una cosa, era un tormento para todas nosotras pensar que vendrías aquí a buscar a tu Dasha. No hablábamos de nada más.

—Nada más, Alexandr —repitió Tatiana, recalcando las palabras—. ¿Otra copa?

—Quizá si me hubieses escrito, hubieran dejado de hablar —le respondió, con un tono poco amistoso—. Sí, quiero otra copa.

Tatiana se la sirvió con tanta prisa que a punto estuvo de derramar la bebida.

A Alexandr le daba vueltas la cabeza.

—Leímos todas las cartas que Dasha le escribió a Anna —añadió Naira—. Estaba loca por ti. —Sacudió la cabeza—. Para ella eras un caballero andante.

El capitán se acabó la copa de vodka en un par de tragos.

—¡Tania, te dijimos que le escribieras! —le recordó Dusia—. Pero a veces puede ser testaruda.

—¿Algunas veces? —Alexandr cogió la copa de Tatiana y se la bebió.

—Yo le dije: hazlo, puedes escribirle una carta. —Dusia se persignó—. Pero respondió que no. Ni siquiera con la ayuda de Dios. —Miró a Tatiana con expresión de reproche—. Alexandr, rogábamos a Dios para que murieras en el frente y te evitaras el dolor.

Alexandr enarcó las cejas.

—¿Esperabais que me mataran en el frente?

—Tania y yo rezábamos por tu alma todos los días. No queríamos que sufrieras.

—Os agradezco la buena intención. Tania, ¿tú rezabas todos los días para que me mataran?

—Por supuesto que no, Alexandr —replicó ella en voz baja, incapaz de ser fría, de mentir, de mirarle o de tocarle. Había algo dentro de ella que se lo impedía.

El capitán miró a los reunidos.

—Oh, Alexandr —dijo Axinia—. Acabo de recordar una carta que le enviaste a Dasha. Eres todo un poeta. ¡Estaba tan llena de amor! Cuando leímos que no había fuerza en el mundo capaz de impedirte que vinieras para casarte con ella este verano, se nos partió el corazón.

—Sí, Alexandr. ¿Recuerdas aquella carta tan poética? —le preguntó Tatiana.

Él la miró. Le costaba pensar con claridad.

—Sí. —La había escrito con la intención de tranquilizar a Dasha. Había querido evitar que Tatiana tuviera que enfrentarse sola a su hermana—. Tendrías que haberme escrito, Tania —le reprochó—, y contarme lo de Dasha.

Tatiana se levantó de un salto y comenzó a recoger la mesa.

—Bueno, ya pasó —opinó Alexandr. Se encogió de hombros—. Quizá Tatiana tenía mucho que hacer. ¿Quién tiene tiempo para escribir? Sobre todo cuando vives en un pueblo en el campo. Tienes que ocuparte de la costura, de la cocina...

—¿Qué tal has cenado, Alexandr? —Tatiana le recogió el plato—. ¿Estaba todo a tu gusto?

Demasiadas cosas que decir.

Ningún lugar donde decirlas.

Lo mismo que antes.

—Sí, muchas gracias. ¿Quieres una copa?

—No —replicó Tatiana, tajante—. No, muchas gracias.

—Alexandr, ¿qué harás ahora que sabes lo de Dasha? —preguntó Vova—. ¿Te marchas?

Alexandr advirtió el cambio en la respiración de Tatiana. Él también contuvo el aliento por un instante.

—No lo sé.

—Quédate todo el tiempo que quieras —lo invitó Naira—. Te queremos como si fueras de la familia. Para nosotras es lo mismo que si fueras el marido de Dasha. Eso es lo que sentimos por ti.

—Pero no lo es —anunció Zoe alegremente y con mucha coquetería. Apoyó la mano en el brazo de Alexandr y le sonrió—. No te preocupes, Alexandr. Ya nos encargaremos de alegrarte la estancia. ¿Cuánto tiempo tienes de permiso?

—Un mes.

—Zoe, ¿qué tal está tu amigo Stepan? —preguntó Tatiana—. ¿Irás a verlo esta noche?

La muchacha apartó la mano del brazo de Alexandr, que miró a Tatiana con una expresión divertida. «O sea que sí se ha fijado en Zoe», pensó.

Tatiana continuó recogiendo la mesa. El oficial miró a los demás. Nadie se movió. Ni siquiera Zoe o Vova. Alexandr hizo el gesto de levantarse.

—¿Adónde vas? —le preguntó Tatiana en el acto—. Fuma en la mesa.

—Iba a ayudarte a recoger.

—No, no, no —gritaron los demás a coro—. ¡Vaya ocurrencia! No. Ya lo hace Tania.

—Ya lo sé. Pero no quiero que lo haga ella sola.

—¿Qué? —exclamó Naira, sorprendida a más no poder.

—Vamos, Alexandr —dijo Tatiana—. No has hecho todo el viaje hasta aquí para recoger la mesa.

—Admito que estoy un poco cansado. —El capitán se sentó—. ¿Podrías ayudarla? —le preguntó a Zoe.

No le sonrió, pero eso pareció agradarle todavía más a la muchacha, que le dedicó una gran sonrisa, casi tan grande como sus pechos, y se levantó para echar una mano, aunque con escaso entusiasmo.

Tatiana preparó el té y le sirvió primero a Alexandr, después a las cuatro mujeres mayores, luego a Vova y Zoe, y por último se sirvió el suyo. A continuación trajo el frasco de jalea de arándanos y se disponía a sentarse junto al capitán cuando Vova le dijo:

—Tanechka, antes de sentarte, ¿podrías servirme otra taza de té?

Tatiana, con una pierna por encima del banco, cogió la taza de Vova y ya iba a levantarla cuando Alexandr la sujetó por la muñeca. La taza golpeó contra el platillo.

—¿Sabes, Vova? —dijo Alexandr, sin soltar la muñeca de la muchacha—. Tienes la tetera en la cocina. Siéntate, Tania. Ya has hecho bastante. Vova puede servirse el té él solo.

Tatiana se sentó.

Todos los presentes miraron a Alexandr.

Vova se sirvió el té sin rechistar.

Por fin, llegó el momento de que Zoe y Vova se fueran a su casa. El capitán no veía la hora de que se marcharan, hasta que Vova preguntó:

—Tania, ¿me acompañas hasta la puerta?

Tatiana acompañó a Vova, sin mirar a Alexandr. El oficial hacía ver que escuchaba a Zoe y Naira, pero no perdía de vista a la muchacha.

Deseó no haber bebido tanto vodka. Necesitaba hablar con Tatiana. Cuando volvió, Alexandr quería que lo mirara. Ella no lo hizo.

—Alexandr, ¿quieres salir a fumar y de paso damos un paseo? —le propuso Zoe.

—No.

—Mañana, iremos un grupo a nadar al estanque. ¿Querrás venir?

—Ya veremos —respondió él, sin comprometerse.

Ni siquiera la miró, y la muchacha acabó por marcharse al cabo de un par de minutos.

—Tania, ven aquí y siéntate. Aquí, a mi lado.

—Ahora voy. ¿Quieres algo más?

—Sí, que te sientes.

—¿No quieres otra copa? Tenemos una botella de coñac.

—No, gracias.

—¿Te apetece una...?

—Tania, siéntate.

Tatiana se sentó lentamente y él se le acercó.

—Debes estar muy cansada —añadió, con un tono cariñoso—. ¿Quieres que salgamos? Quiero fumarme un cigarrillo.

Antes de que Tatiana pudiera contestar, intervino Naira:

—Te diré, Alexandr, que al principio fue muy duro para nuestra Tania. Tatiana exhaló un suspiro y desapareció en uno de los dormitorios.

—No le gusta que saquemos el tema —susurró Axinia.

—Por supuesto que no —admitió Alexandr. A él tampoco le gustaba. Las mujeres continuaron sin hacerle el menor caso.

—Estaba muy mal. Parecía un fantasma. —Todas asintieron, con lágrimas en los ojos. La situación incluso podía ser cómica de no haber sido porque le impedía hablar dos palabras a solas con Tatiana—. No sé si puedes imaginarte lo que significa perder toda...

—Me lo imagino —la interrumpió Alexandr.

No quería seguir hablando del tema con esas mujeres. Se levantó dispuesto a excusarse para ir en busca de Tatiana.

—Alexandr, y eso no es todo —se apresuró a susurrarle Naira—. La verdad es que a Tania no le gusta que hablemos de lo que pasó en Kobona. No quisimos decirlo antes, pero...

—¡El tal Dimitri es un malnacido! —exclamó Axinia, una vez más.

—Contádmelo de una vez —les rogó Alexandr.

Tatiana volvió a la habitación con un portazo.

—Lo siento, Tanechka —dijo Axinia—, pero si lo tuviera a mano lo molería a palos.

—Por favor, basta ya de hablar de Kobona.

—Que caigan sobre Dimitri todas las maldiciones —proclamó Dusia—. Algún día acabará por caer, y no habrá nadie a su lado para que lo ayude.

Tatiana puso los ojos en blanco y abandonó la habitación con otro portazo.

—Creo que ese malnacido le destrozó el corazón. Me parece que ella lo amaba.

A Alexandr le costaba cada vez más trabajo mantenerse de pie.

—¡No digas tonterías! —Dusia sacudió la cabeza con vehemencia—. El tal Dimitri no la hubiera engañado ni por un momento. Nuestra Tania sabe calar a las personas en cuanto las ve.

—Sí que lo sabe. Dusia, tienes toda la razón —opinó el capitán.

—Creo que en todo esto hay otra historia por medio —añadió Axinia en voz baja—. Quizás algún romance.

—¿Un romance? —Alexandr hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos.

—Eso lo creerás tú, Axinia. —Naira meneó la cabeza—. Pero yo digo que no. No estoy de acuerdo. La chica lo perdió todo. Estaba destrozada. Para ella se había acabado el amor.

—Pues yo creo que sí que hay un romance —insistió Axinia, poco dispuesta a dar el brazo a torcer.

—Te equivocas.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué va a la estafeta un día sí y el otro también para ver si ha llegado alguna carta para ella? Si no le queda nadie, ¿de quién espera recibir una carta?

—Bien dicho —intercaló Alexandr.

¿Tenía que hacer algo? No lo recordaba. El día había sido muy largo. Ahora mismo no recordaba la última cosa que había dicho.

—¿Os habéis fijado cómo cada vez que nos reunimos en la plaza, ella siempre se sienta en un sitio donde pueda ver la carretera? —añadió Axinia.

—¡Sí, sí! —asintieron las otras tres—. Sí, eso es lo que hace. Mira continuamente hacia la carretera, como si estuviese esperando a alguien.

Alexandr levantó la vista. Tatiana estaba detrás de las ancianas, con su mirada eterna y expresiva puesta en él.

—¿Eso es lo que haces, Tatiasha? —le preguntó con un tono apasionado—. ¿Esperas a alguien?

—Ya no —replicó ella, con el mismo tono.

—¿Lo veis? —exclamó Naira, complacida—. ¡Os dije que no había ningún romance de por medio!

Tatiana se sentó junto a Alexandr.

—Tanechka, no te importa que hablemos de ti, ¿verdad? —dijo Naira—. Sabes, tú eres lo más interesante que hemos tenido en Lazarevo en años. Vova no se cansa de repetirlo. —La mujer se echó a reír y le

comentó al capitán—: Mi nieto está enamorado perdido de la hermana menor de Dasha.

Alexandr le guiñó el ojo a Tatiana sin decir palabra. Le hubiera dicho alguna de habersele ocurrido.

Lo único que deseaba era disponer de dos segundos, quizás un segundo, sobrio y a solas con Tatiana. ¿Era mucho pedir? Quizá sobraba lo de sobrio, pero ¿acariciar su cuerpo sano y cálido era mucho pedir?

Salió a fumar y a lavarse. Cuando volvió, quería desnudarse, quitarse las botas. Pero tuvo que aguantar una interminable retahíla de: «Tanechka, cariño, ¿podrías alcanzarme el jarabe?», «Tanechka, cariño, ¿podrías acomodarme las mantas?», «Tanechka, bonita, ¿podrías traerme un vaso de agua?». Alexandr no pudo esperar más. Se quitó las botas. «Tatia», alcanzó a decir mientras apoyaba la cabeza en la mesa. Se quedó dormido en el acto. Se despertó cuando alguien lo sacudió suavemente, lo acarició con ternura. Era noche cerrada.

—Ven, Shura —susurró Tatiana. Le ayudó a levantarse del banco—. Venga, ¿podrás hacerlo? Por favor, despierta y ven a acostarte. Por favor.

Alexandr se levantó y avanzó tambaleándose hasta la cocina. Se tumbó en la cama dispuesta sobre el metal caliente y se quedó dormido con el uniforme puesto. En sueños, sintió cómo ella le quitaba los calcetines, le desabrochaba la guerrera y el cinto con la pistola. Sintió el roce de sus labios suaves en los párpados, en las mejillas, en la frente, sintió un roce como el de unos hilos de seda en el rostro, y se dijo que debía ser su pelo. Quería despertarse, pero le resultó imposible.

5

A la mañana siguiente, Alexandr abrió los ojos y miró su reloj. Era tarde; las ocho. Miró en derredor en busca de Tatiana. No se la veía por ninguna parte, pero vio que estaba abrigado con su manta y que tenía la cabeza apoyada en su almohada. Se puso boca abajo, sonriente, con la cara contra la almohada. Olía a jabón, a aire puro y a Tatiana.

Salió al jardín. Hacía una mañana deliciosa; el aire era como el de antes de la guerra; los cerezos y las lilas llenaban el jardín con su olor. Al mirar las lilas se sintió feliz; el Campo de Marte estaba poblado de lilas a finales de primavera. Las olía desde el cuartel. Era uno de sus olores favoritos, el de las lilas en el Campo de Marte. Pero su olor favorito era el del aliento de Tatiana mientras ella le besaba. Las lilas no podían competir con ese olor.

La casa estaba en silencio. Después de asearse, Alexandr salió en busca de Tatiana. La encontró en la carretera, de regreso a casa cargada con dos cubos de leche tibia recién ordeñada. Alexandr sabía que estaba tibia porque metió los dedos en uno de los cubos. Tatiana llevaba el pelo rubio platino suelto, y se había vestido con una falda corta azul y una camisola blanca que le dejaba al descubierto el ombligo. Los pechos firmes y redondos se marcaban claramente debajo de la fina tela. Tenía el rostro arrebolado. Estaba tan bonita que a Alexandr le parecía increíble. Se hizo cargo de los cubos. Caminaron en silencio durante unos minutos. Alexandr comenzó a jadear.

—Supongo que después de esto, irás a traer agua del aljibe.

—¿Ir? ¿Con qué te has afeitado esta mañana?

—¿Quién se afeitó?

—Al menos, te habrás lavado los dientes, ¿no? —Tatiana sonrió.

—Sí, con el agua que tú trajiste del aljibe. —Se echó a reír, y luego añadió con voz ronca—: Quiero que me enseñes la casa de tus abuelos. ¿Está lejos?

—No, no está lejos —respondió la muchacha, con una expresión impenetrable.

Alexandr no estaba acostumbrado a que Tatiana se mostrara impenetrable. Su trabajo era hacerla penetrable.

—Humm.

—¿Para qué quieres verla? Está cerrada a cal y canto.

—Trae la llave. ¿Dónde has dormido?

—En uno de los divanes de la terraza. ¿Estabas cómodo? No lo creo. Te quedaste dormido con el uniforme. Pero no conseguí despertarte por mucho que lo intenté.

—¿Lo intentaste? —preguntó Alexandr con un tono mesurado.

—Casi tuve que coger tu pistola y disparar al aire para que te subieras a la cama.

—Tania, nunca dispaes al aire —le recomendó el capitán—. Las balas acaban por bajar. —Al recordar sus besos, añadió—: Me quitaste los calcetines y el cinturón. —Sonrió—. Ya que estabas, podías haberme hecho un poco más.

—No podía levantarte —replicó Tatiana, con el rostro arrebolado—. ¿Qué tal te sientes esta mañana después de beber tanto vodka?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Humm. —Tatiana lo miró de reojo—. ¿Tienes más prendas aparte de tus uniformes?

—No.

—Hoy te lavaré tu uniforme de paseo. Pero si piensas quedarte unos días, te daré prendas de paisano.

—¿Quieres que me quede unos días?

—Por supuesto —contestó Tatiana, serena—. Has venido hasta aquí. No tiene ningún sentido marcharse inmediatamente.

—Tania. —Alexandr se acercó hasta casi tocarla—. Ahora que estoy sobrio, cuéntame lo de Dimitri.

—No. No puedo. Lo haré, pero...

—Tania, estuve con él hace dos semanas, y no me dijo nada de que te había visto en Kobona.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Le pregunté si te había visto a ti, o a Dasha, y me respondió que no.

Tatiana sacudió la cabeza, con la mirada perdida en la distancia.

—Sí que nos vio. Puedes estar seguro.

Se derramó un poco de leche de uno de los cubos.

Mientras caminaban, Alexandr le habló de Leningrado, de las bajas causadas por los alemanes, de los huertos que crecían en todos los parques, las plazas y en todos los trozos de tierra disponibles.

—Tania, han plantado coles y patatas delante mismo de la catedral de San Isaac. —Sonrió—. Y tulipanes amarillos. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —respondió con un tono que no reflejaba ningún vínculo con San Isaac. Impenetrable.

Alexandr no quería que ella se sintiera triste esa mañana. ¿Cuántos escollos debía superar para conseguir arrancarle una sonrisa?

—¿Cuáles son las raciones? —preguntó Tatiana, sin alzar la vista.

—Trescientos gramos para los dependientes. Seiscientos para los trabajadores. Pero dentro de poco comenzarán a repartir pan blanco. El ayuntamiento lo prometió este verano.

—Desde luego es mucho más fácil alimentar a un millón de personas que a tres.

—Ahora son menos de un millón. Están evacuando a la población en barcazas a través del lago. —Cambió de tema—. Veo que en Lazarevo tenéis pan blanco. Aquí hay de todo en abundancia.

—¿Los han enterrado a todos?

Alexandr exhaló un suspiro.

—Yo mismo me encargué de dirigir las excavaciones en el cementerio de Piskarev.

—¿Las excavaciones?

No se le pasaba ni un detalle.

—Utilizamos explosivos para abrir...

—¿Fosas comunes?

—Venga, Tania, sigamos.

—Tienes razón, ya no vale la pena hablar de todo aquello. Mira, ya estamos en casa. —Apuró el paso.

Alexandr, que no compartió su entusiasmo, la alcanzó.

—¿Podrías enseñarme esas prendas que mencionaste? Me gustaría ponerme alguna otra cosa.

Entraron en la casa. Tatiana apartó el baúl que estaba junto a la cocina y se disponía a abrirlo cuando la voz de Dusia sonó en la otra habitación.

—¿Tanechka? ¿Eres tú?

Un segundo más tarde, Naira salió del dormitorio.

—Buenos días, querida. Está mañana no he olido el café. Me desperté, cariño, porque no olí el café.

—Ahora mismo lo prepararé, Naira Mijailovna.

También Raisa salió del dormitorio.

—Cuando tengas un minuto, cariño, ¿podrías acompañarme al lavabo?

—Por supuesto. —Tatiana bajó la tapa del baúl—. Te las enseñaré más tarde.

—No, Tania —protestó Alexandr, impaciente—. Me las enseñarás ahora.

—Alexandr, ahora no puedo —respondió ella. Empujó el baúl contra la pared—. Raisa no puede ir al lavabo sola. Mira cómo tiembla. Pero tú sí que puedes esperarte sentado cinco minutos, ¿no?

¿A qué venía aquello? ¿No había tenido bastante paciencia?

—Puedo esperar sentado mucho más que eso. Ayer me pasé toda la noche sentado contigo y tus nuevos amigos.

Tatiana se mordió el labio inferior.

—De acuerdo, de acuerdo. —Alexandr exhaló un suspiro—. ¿Tienes almirez y mazo? —No podía evitarlo; estaba demasiado contento, y tan

loco por ella que era incapaz de seguir enfadado por mucho tiempo—. ¿Quieres que te mueva los granos de café?

—Sí, muchas gracias. —Tatiana no estaba para bromas—. Me evitarás trabajo. ¿Podrías encender el fuego, por favor? Para que pueda preparar el desayuno.

—Por supuesto, Tania.

Tatiana acompañó a Raisa al lavabo y después le dio el jarabe.

Vistió a Dusia.

Hizo todas las camas, y a continuación preparó huevos fritos con patatas. Alexandr no se perdió detalle. Cuando se sentó en el banco de la galería, y encendió un cigarrillo, Tatiana le trajo una taza de café.

—¿Cómo te gusta?

Alexandr la miró con los ojos brillantes. Era un deleite verla tan sana, alegre y vital.

—¿Cómo me gusta qué?

—Tu café.

—Me gusta el café con la crema espesa y tibia, y mucho azúcar. —Hizo una pausa—. La crema que forma una capa en la leche recién ordeñada, Tatiasha. Pero caliente, y en abundancia.

Las manos que sostenían la taza comenzaron a temblar.

Penetrable.

Era lo único que Alexandr podía hacer para no echarse a reír a carcajadas, para no cogerla entre sus brazos y apretarla contra su pecho.

Después de desayunar, la ayudó a recoger la mesa y a fregar la vajilla. Tatiana tenía las manos sumergidas en el agua jabonosa cuando Alexandr, que la miraba desde hacía rato, también metió las manos en el agua y buscó las de ella.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, con voz ronca.

—Nada —respondió el capitán, con una expresión inocente—. Te ayudo a fregar los platos.

—Mucho me temo que no seas un buen ayudante —comentó Tatiana, pero no retiró las manos, y mientras Alexandr la miraba, vio por fin cómo se abría una brecha en aquel muro de dolor.

La acarició muy fuerte entre los dedos, cada vez más enardecido por la pelusilla rubia que le cubría los brazos y las cejas rubias.

—Creo que los platos estarán más limpios que nunca —opinó el capitán, con la mirada puesta en las cuatro mujeres sentadas al sol, que conversaban animadamente a unos pocos metros de ellos. Alexandr acarició cada uno de los dedos de Tatiana, desde el nudillo hasta la punta, y con los pulgares le trazó círculos en las palmas, mientras Tatiana apenas si respiraba, con la boca entreabierta y la mirada vidriosa. Alexandr tenía la sensación de estar quemándose por dentro—. Tatia, tus pecas están tan marcadas y son tan...

Axinia se acercó a Tatiana y le pellizcó el trasero.

—Nuestra Tanechka es pecosa porque hasta el sol quiere besarla —afirmó la anciana.

Maldita sea. Alexandr ni siquiera podía susurrarle sin que ellas lo escucharan. Pero cuando Axinia les volvió la espalda, Alexandr aprovechó para besarle las pecas. Dejó que ella apartara las manos y se alejara, sin secárselas. Él tampoco se las secó, y siguió a la muchacha.

—¿Ahora es un buen momento para que me enseñes las prendas?

Tatiana abrió una vez más el baúl y sacó una camisa de algodón blanca de manga corta, otra de manga larga, una tercera de lino crudo y tres pantalones con cordones en la cintura, también de lino. Sacó también dos polos sin mangas y varios pantalones cortos.

—Son bañadores —le aclaró ella—. ¿Qué te parece?

—Están muy bien. —Alexandr sonrió—. ¿Dónde los conseguiste?

—Los hice yo.

—¿Tú los hiciste?

Tatiana se encogió de hombros como si no le diera importancia.

—Mamá me enseñó a coser. No fue muy difícil. La única dificultad fue recordar tus medidas.

—Creo que las has recordado muy bien —afirmó el capitán con voz pausada—. Tania, ¿hiciste todas estas prendas para mí?

—No sabía seguro si vendrías, pero si venías deseaba que tuvieras algo cómodo para vestirte.

—El lino es muy caro —opinó él, complacido.

—Había mucho dinero en tu libro de Pushkin. —Tatiana hizo una pausa—. Compré unas cuantas cosas para todos.

—¿Incluido Vova? —Esta vez su voz no sonó muy complacida.

Tatiana desvió la mirada con una expresión culpable.

—Ya lo veo. —Alexandr dejó caer las prendas en el interior del baúl—. ¿Le compraste cosas a Vova con mi dinero?

—Sólo una botella de vodka, y ciga...

—¡Tatiana! —Alexandr aspiró a fondo—. Aquí no. Espera a que me cambie —dijo, y le volvió la espalda—. Sólo tardaré un minuto.

Tatiana salió mientras él se ponía el pantalón y la camisa de algodón blanco, que le venía un poco justa en el pecho, pero que por lo demás le quedaba muy bien.

Cuando Alexandr salió de la casa, las ancianas comentaron alegremente lo guapo que estaba. Tatiana estaba llenando un cesto con la colada.

—Tendría que haberlas hecho una talla más grande. Estás guapo. —Bajó la vista—. Creo que no te he visto nunca vestido de paisano.

Alexandr miró en derredor. Allí estaba: su segundo día con ella, de palique con cuatro ancianas y él seguía sin averiguar qué la preocupaba, sin resolver nada de lo que les preocupaba a los dos.

—Me viste de paisano una vez. En Peterhof. ¿Acaso te has olvidado de Peterhof? —Le tendió la mano—. Venga, vamos a dar un paseo.

Tatiana se acercó, pero no le dio la mano. Él tuvo que inclinarse para cogérsela. Estar tan cerca de ella le embriagaba un poco.

—Quiero que me muestres dónde está el río.

—Tú sabes dónde está el río. Fuiste ayer a lavarte. —Apartó la mano—. Shura, no puedo. Tengo que tender la colada de ayer y hacer la de hoy.

—No. Vamos. —Volvió a cogerla de la mano.

—¡Shura, no, por favor!

Alexandr se detuvo. ¿Qué demonios era lo que había percibido en su voz? ¿A qué le había sonado? No era enfado. ¿Qué era? ¿Miedo? La miró a la cara.

—¿Qué pasa contigo? —Se la veía muy agitada y le temblaban las manos. Se negaba a mirarlo. Le soltó la mano y la sujetó por la barbilla, para obligarle a levantar el rostro—. ¿Qué...?

—Shura, por favor —susurró Tatiana, mientras hacía lo posible para no mirarle a los ojos.

Fue entonces cuando Alexandr comprendió lo que pasaba. La soltó, para después apartarse, con una sonrisa.

—Tania —dijo, con un tono cariñoso—. Quiero que me enseñes la casa de tus abuelos. Quiero que me enseñes el río. Un prado, una maldita roca, me da lo mismo lo que sea. Quiero que me lleves a un lugar donde tengamos dos metros cuadrados, sin nadie más a nuestro alrededor, para que podamos hablar. ¿Lo comprendes? Eso es todo. Necesitamos hablar y no puedo hablar, ni hacer nada, delante de tus nuevos amigos. —Hizo una pausa sin dejar de sonreír—. ¿De acuerdo?

Tatiana, con el rostro como la grana, no levantó la vista.

—Bien. —La cogió de la mano.

—Tanechka, ¿adónde vais? —preguntó Naira.

—Vamos a buscar moras para la tarta de esta noche —le gritó Tatiana.

—Pero, Tanechka, ¿no harás la colada?

—¿Volverás a mediodía para darme mi jarabe? —Quiso saber Raisa.

—¿Cuándo volveremos, Alexandr?

—Cuando hayamos arreglado todo lo nuestro. Díselo: «Volveré cuando Alexandr me arregle».

—Me parece que ni siquiera tú serás capaz de arreglarme, Alexandr —opinó Tatiana, y su voz sonó fría.

El capitán se alejó de la casa con paso decidido.

—Espera, tengo que...

—No.

—Sólo será un... —Intentó apartar la mano, pero él no se lo permitió. Lo intentó de nuevo.

—Tania, esto no lo podrás ganar —afirmó, y le apretó la mano con fuerza—. Podrás vencerme en muchas otras cosas, pero no me vencerás

cuando se trata de fuerza física, y doy gracias a Dios porque si no fuera así, estaría en apuros.

—Tania —gritó Naira—. ¡Vova vendrá a buscarte dentro de un rato! ¿A qué hora le digo que volverás?

Tatiana miró a Alexandr, que le devolvió la mirada y se encogió de hombros, indiferente.

—¿Yo o la colada? A ti te toca decidir. Sé que la elección es dura. O se trata de mí o Vova. —Le soltó la mano—. ¿Esa elección también es difícil? —Estaba harto. Habían dejado de caminar y ahora se enfrentaban, a un metro de distancia. Alexandr se cruzó de brazos—. ¿Qué será, Tania? Tú decides.

—¡Volveré dentro de un rato! —le respondió Tatiana a Naira a voz en cuello—. Dile que lo veré más tarde. —Exhaló un suspiro y le indicó a Alexandr que la acompañara con un ademán.

Él caminaba demasiado rápido y la muchacha no podía seguirle.

—¿Por qué tanta prisa?

La furia ardía en el pecho de Alexandr, como la mecha de una bomba a punto de explotar. Respiró varias veces profunda y lentamente para calmarse, para apagar la mecha.

—Te diré una cosa ahora mismo. Si no quieres tener problemas, tendrás que decirle a Vova que te deje en paz. —Alexandr esperó una respuesta, y cuando ella no le respondió, se detuvo y la cogió de un brazo—. ¿Me escuchas? —Alzó la voz—. ¿No será que quieres decirme a mí que te deje en paz? Porque eso es algo que puedes hacer ahora mismo, Tatiana.

—Lamento lo de Vova —manifestó Tatiana, sin alzar la vista y sin intentar apartarse—. No te alteres. Sabes muy bien que lo único que intento es no herir sus sentimientos.

—Sí, te preocupas de los sentimientos de todos, menos de los míos —afirmó Alexandr, con un tono mordaz.

—No, Alexandr —replicó Tatiana, y esta vez lo miró con una expresión de malhumorado reproche—. No quiero herir tus sentimientos de ninguna manera.

—¿Qué demonios has querido decir con eso? —Alexandr le apretó el brazo—. De una manera u otra, tendrá que dejarte en paz para siempre, si es que queremos arreglar lo que no funciona entre nosotros.

—Alexandr, no sé por qué te preocupas por él —manifestó Tatiana, mientras intentaba aflojar los dedos que le oprimían el brazo.

—Tania, si no tengo motivos para preocuparme, entonces demuéstramelo. Pero no estoy dispuesto a seguir adelante con estos juegos. Aquí no. No en Lazarevo. No lo haré aquí en beneficio de un grupo de extraños, ¿me comprendes? No pienso preocuparme por los sentimientos de Vova como me preocupé por los de Dasha. Si no se lo dices tú, que sería lo mejor, se lo diré yo, que será mucho peor. No quiero tener que vérmelas con él —añadió el capitán cuando vio que Tatiana se mordía el labio inferior y no le respondía—. Y tampoco quiero hacerme el tonto cuando Zoe me frota con las tetas. No lo haré para mantener la paz en esta casa.

—¿Zoe hace qué? —Tatiana levantó la vista. Sacudió la cabeza—. Vova no se frota contra mí.

—¿No? —Se acercó a ella. Comenzó a respirar deprisa. También Tatiana comenzó a respirar deprisa, y Alexandr rozó su cuerpo con el de la muchacha suavemente—. Le dirás que te deje en paz, ¿está claro?

—Está claro —admitió ella, en voz baja. Alexandr la soltó, y continuaron caminando—. Pero francamente, creo que Vova es nuestro problema menos importante.

Llegaron a la carretera y Alexandr volvió a acelerar el paso.

—¿Adónde vamos?

—Dijiste que querías ver la casa de mis abuelos.

Alexandr se rio sin demasiada alegría.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó Tatiana.

—No creí que fuera posible —respondió—. No lo creí, después de lo que vi en Quinto Soviet, pero de algún modo has conseguido hacerlo.

—¿Hacer qué? —Esta vez el tono de Tatiana fue enérgico.

—Explícame como lo haces —replicó él, con viveza—. ¿Cómo te las apañas para encontrar y rodearte de personas más necesitadas que tu

familia?

—No hables de mi familia de esa manera, ¿de acuerdo?

—¿Por qué todo el mundo tiene que girar a tu alrededor? ¿Me lo puedes explicar?

—A ti no.

—¿Por qué te integras en sus vidas de esta manera?

—No voy a discutirlo contigo. Estás comportándote de una manera mezquina.

—¿Alguna vez tienes un momento para ti en esa puñetera casa? —exclamó Alexandr—. ¡Un momento!

—¡Ni un solo! —gritó Tatiana—. ¡Gracias a Dios!

Recorrieron el resto del camino en silencio, resentidos el uno con el otro. Pasaron por delante de la casa de baños públicos, la oficina del *Soviet* local, la pequeña casa que albergaba la biblioteca y el edificio con una cruz dorada en la cúpula blanca.

Entraron en el bosque y siguieron por el sendero que conducía hasta el Kama. Por fin llegaron a un claro rodeado de pinos muy altos y sauces. Los peñascos y los álamos marcaban la orilla de la corriente que resplandecía al sol.

En el lado izquierdo del claro, y a la sombra de los pinos, se alzaba una isba con las ventanas tapiadas. Había un cobertizo adosado para guardar la leña, pero no había troncos.

—¿Es ésta? —Alexandr dio toda la vuelta a la casa con treinta zancadas—. No es muy grande.

—Sólo estaban ellos dos —le explicó Tatiana, que empleó cincuenta pasos cortos para la misma distancia.

—Pero esperaban la llegada de sus tres nietos. ¿Cómo hubierais hecho para vivir todos aquí dentro?

—Lo hubiéramos hecho. ¿Cómo vivimos en la casa de Naira?

—Muy apretados —declaró Alexandr.

Metió una mano en el macuto y sacó la pala de campaña. Comenzó a arrancar las tablas que tapiaban las ventanas.

—¿Qué estás haciendo?

—Quiero ver cómo es por dentro.

Alexandr la observó mientras Tatiana se acercaba a la orilla, se sentaba en la arena y se quitaba las sandalias. Después, encendió un cigarrillo y continuó arrancando las tablas.

—¿Has traído la llave del candado? —le gritó. No escuchó la respuesta. Harto, se acercó a la muchacha y le dijo furioso—: Tatiana, estoy hablando contigo. Te he preguntado si has traído la llave del candado.

—Y yo te contesté —replicó ella, sin mirarlo—. Dije que no.

—Muy bien. —Cogió la pistola semiautomática y accionó el seguro—. Si no has traído la llave, volaré el maldito candado.

—Espera, espera. —Tatiana se quitó el cordel con una llave que llevaba alrededor del cuello—. Ten. ¡No dispaes! —Le volvió la espalda—. Por si no te has enterado, aquí no estamos en el frente. No tienes que llevar esa cosa a todas partes.

—Claro que sí. —Se alejó en dirección a la casa, pero se detuvo para mirar por encima del hombro. Admiró el pelo rubio, la espalda desnuda hasta la cintura, los hombros. Se guardó la llave del candado en el bolsillo del pantalón y, con la pistola en una mano y la pala en la otra, entró en el agua, con las botas puestas, y se plantó ante ella con las piernas separadas—. Muy bien. Suéltalo de una vez —dijo, con un tono decidido.

—¿Soltar qué? —Tatiana, que se había sentado, se apartó un poco arrastrándose sobre las nalgas.

—¿Cómo que qué? —exclamó el capitán—. ¿Por qué estás enojada? ¿Qué he hecho o dejado de hacer? ¿Qué he hecho demasiado o no he hecho bastante? Dímelo, y dímelo ahora.

—¿Por qué me hablas de esta manera? —Tatiana se levantó de un salto—. No tienes ningún derecho a estar enfadado conmigo.

—¡Y tú tampoco tienes ningún derecho a estarlo conmigo! —replicó él casi a gritos—. Tania, estamos desperdiciando nuestro precioso aliento. Y estás en un error: tengo muchos motivos para estar enfadado contigo. Pero a diferencia de ti, me siento tan agradecido por el hecho de que estés viva y tan feliz de verte que no puedo enfadarme contigo.

—Yo también tengo razones para estar enfadada. —La muchacha hizo una pausa—. Y también doy gracias porque estés vivo. —Se lo dijo sin levantar la vista—. Verte me hace muy feliz.

—Me cuesta creerlo, porque has levantado una barrera que no consigo atravesar. —Tatiana permaneció muda—. ¿Te das cuenta de que he venido a Lazarevo a pesar de que no tuve ni una sola noticia tuya en seis meses? —Alzó la voz—. ¡Ni una palabra en seis meses! Cualquiera otro hubiera creído que las dos estabais muertas, ¿no?

—No sé lo que tú creías, Alexandr —replicó Tatiana, con la mirada puesta al otro lado del río.

—Te diré lo que creía, Tatiana. Por si acaso no lo tienes claro. ¡Durante seis meses no supe si estabas viva o muerta, porque no quisiste tomarte la molestia de coger la maldita pluma!

—No sabía que querías que te escribiera —dijo Tatiana. Recogió un par de guijarros y los arrojó al agua.

—¿No lo sabías? —repitió el capitán. ¿Le estaba tomando el pelo?—. ¿De qué hablas? Hola, Tatiana. Soy Alexandr. ¿No nos hemos conocido antes? ¿No sabías que me hubiese gustado enterarme de que estabas viva o que Dasha había muerto?

Vio cómo ella se encogía al escuchar sus palabras.

—¡No estoy dispuesta a hablar de Dasha contigo! —Se alejó.

—Si no es conmigo, ¿con quién? —preguntó el oficial, que la siguió—. ¿Quizá con Vova?

—Mejor con él que contigo.

—¡Qué encantador! —Alexandr intentaba conservar la calma a cualquier precio, pero si ella seguía diciendo esas cosas, acabaría por perder los estribos.

—Escucha, no te escribí porque creía que Dimitri te lo había contado. Dijo que lo haría. Así que di por hecho que estabas enterado.

Daba toda la impresión de que se guardaba algo más, pero el enfado de Alexandr le impidió averiguarlo.

—¿Creíste que Dimitri me lo diría? —repitió el capitán, incrédulo.

—¡Sí! —afirmó ella, desafiante.

—¿Por qué no te tomaste la molestia de contármelo tú misma? —le gritó. Se acercó a ella y la dominó con su estatura—. Cuatro mil rublos, Tatiana, ¿no crees que al menos me merecía una maldita carta de tu parte? ¿No crees que mis cuatro mil rublos daban para comprar una pluma y no sólo vodka y cigarrillos para tu amante campesino?

—¡Baja las armas! —le gritó ella a su vez—. ¡No te atrevas a acercarte a mí con esas cosas en tus manos!

Alexandr arrojó la pistola y la pala a la orilla, y se acercó a ella haciéndola retroceder; sin tocarla, pero obligándola a seguir retrocediendo.

—¿Qué pasa Tania? ¿Te abrumo? ¿Me acerco demasiado? —Hizo una pausa, y la miró a la cara—. ¿Te asusto? —añadió, mordaz.

—La respuesta es sí a las tres cosas.

Alexandr recogió un puñado de guijarros y los arrojó al agua, en un gesto de impotencia.

Durante unos minutos ninguno de los dos habló mientras recuperaban el aliento. Alexandr esperó a que ella dijera algo, y cuando no lo hizo, intentó atraerla otra vez a lo que habían sentido cuando eran sólo ellos dos, en la Kirov, en Luga, en San Isaac.

—Tania, cuando me viste llegar... —Su voz se apagó un momento—. Parecías muy feliz.

—¿Qué te descubrió mi felicidad? —preguntó ella, en voz alta—. ¿Mi llanto?

—Sí. Creí que llorabas de felicidad.

—¿Has visto mucho de eso, Alexandr? —comentó Tatiana, y por un segundo, sólo por un momento, él se preguntó si sus palabras ocultaban un doble sentido, pero estaba demasiado confuso para pensar con claridad.

—¿Qué dije?

—No lo sé. ¿Qué dijiste?

—¿Es necesario que juguemos a las adivinanzas? —exclamó él, exasperado—. ¿No puedes decírmelo sin tantas vueltas? —Alexandr exhaló un suspiro ante su silencio—. Lo único que pregunté fue dónde estaba Dasha.

Tatiana se estremeció como si le hubiera pegado.

—Tania, si se sientes desgraciada porque te hago recordar cosas que quieres olvidar, entonces nos ocuparemos de...

—Si sólo...

—¡Espera! —gritó Alexandr, y levantó una mano—. Dije si es que era eso. Pero si hay algo más... —Se interrumpió. A Tatiana se la notaba alterada. Controló la voz para que sonara tranquila, le enseñó las manos abiertas y la miró con todo lo que sentía por ella—. Escucha. ¿A ver qué te parece? Te perdonaré por no haberme escrito, si tú me perdonas por la única cosa que te preocupa. —Sonrió—. Sólo es una, ¿no?

—Alexandr, son tantas las cosas que me preocupan que ni siquiera sé por dónde empezar.

El capitán comprendió que así era efectivamente, y una vez más vio que la herida seguía abierta en su mirada.

Ahora Alexandr reaccionó a la mirada de Tatiana; era la misma que había visto en la acera de Quinto Soviet cuando ella le había gritado que podía perdonarlo por su rostro indiferente pero no por la indiferencia de su corazón. ¿No había dejado atrás todo aquello? Él llevaba su corazón como una medalla en el pecho; ¿no habían dejado atrás todas las mentiras?

¿Qué otras cosas había más allá de la acera de Quinto Soviet?

Alexandr pensaba que más allá sólo estaba la muerte. Nunca habían acabado aquella riña, ni todas las cosas que la habían precedido, o las que la habían sucedido.

Y por todas estas cosas pasaba Dasha, a la que Tatiana había intentado salvar sin conseguirlo, a la que Alexandr había intentado salvar y no había podido.

—Tania, ¿todo esto es porque Dasha y yo íbamos a casarnos?

Ella no le respondió. Ajá.

—¿Todo esto es por la carta que le escribí a Dasha?

Ella no le respondió. Ajá.

—¿Hay algo más?

—Alexandr —dijo Tatiana. Sacudió la cabeza—. Qué baladí haces que suene todo esto. Qué trivial. Todos mis sentimientos han quedado reducidos a un despectivo «todo esto».

—No es despectivo —exclamó él, sorprendido—. No es trivial. No es baladí, pero todas son cosas del pasado...

—¡No! —gritó Tatiana—. ¡Está todo aquí, ahora mismo, alrededor y dentro de mí! Ahora vivo aquí —afirmó, levantando todavía más la voz—. Y aquí todos te han estado esperando para que te casaras con mi hermana. No me refiero sólo a las viejas, sino a toda la gente del pueblo. Desde que vine a vivir aquí, es lo único que he escuchado, y no todos los días, sino en la comida, en la cena, en la plaza. Dasha y Alexandr, Dasha y Alexandr. ¡Pobre Dasha! ¡Pobre Alexandr! —Se estremeció—. ¿A ti te parece que eso es el pasado?

Alexandr intentó razonar.

—¿Eso es culpa mía?

—Vaya, ¿quizás ellos le pidieron a Dasha que se casara contigo?

—Te lo dije. Yo no le pedí que se casara conmigo.

—¡Ahora no pretendas darle la vuelta, Alexandr, no juegues conmigo! Tú le dijiste que te casarías con ella este verano.

—¿Y por qué lo hice? —le preguntó él, furioso.

—¡Calla de una vez! En San Isaac acordamos que nos mantendríamos alejados. ¡Pero como no podías mantenerte alejado de mí, urdiste el plan de casarte con mi hermana!

—Él te dejó en paz en cuanto se habló de matrimonio, ¿no es así? —afirmó el capitán, con una expresión grave.

—También me hubiera dejado en paz, si tú no hubieras vuelto nunca más a mi casa —gritó ella.

—¿Qué hubieras preferido?

Ella le miró, incrédula, y por un instante, dejó de moverse.

—¿Me lo preguntas de verdad? —dijo Tatiana, con la voz ahogada por la furia—. ¿Qué hubiera preferido? —Abrió los ojos como platos—. ¿Me preguntas si hubiera preferido que te casaras con mi hermana antes que no volver a verte?

—¡Sí! En San Isaac estabas dispuesta a suplicarme que no me alejara de ti. Así que ahora no me vengas con toda esta mierda. Ahora que ya ha pasado, es muy fácil decirlo.

—Vaya, ¿así que es fácil? —Tatiana caminaba en círculos en medio del claro, con tanta furia que Alexandr, a pesar de sus zancadas, comenzaba a marearse.

—¡Deja de moverte! —le ordenó. Tatiana se detuvo—. Ya lo veo. Tú fijas las reglas y después te enojas porque las sigo. Pues tendrás que vivir con tu carga.

—Ya vivo con ella —replicó la muchacha—. Todos y cada uno de los días desde que te conocí.

—Ah, ¿ésta es la pelea que buscas? —vociferó Alexandr—. ¿Precisamente ésta? Pues no la ganarás, porque ésta se remonta a cuando tú...

—¡No quiero escucharlo!

—¡Claro que no!

—Tú le dijiste a Dasha que os casaríais, ella se lo dijo a mi abuela, y mi abuela se lo contó a todo el pueblo. —Tatiana estaba hecha un basilisco—. Le escribiste una carta diciendo que venías para casarte. Las palabras tienen un significado, ¿no lo sabías? —Hizo una pausa—. Incluso las palabras que para ti no significan nada.

¿Por qué él creyó que Tatiana no estaba hablando ahora de Dasha?

—Si te lo tomaste tan a mal —manifestó el capitán—, ¿por qué no me escribiste una carta para decirme: «¿Sabes, Alexandr? Dasha está muerta, pero yo estoy aquí»? Hubiese venido mucho antes, y no hubiese pasado los seis meses que pasé, sin saber si estabas viva.

—Después de la carta que le escribiste —protestó Tatiana, incrédula—, ¿esperabas que te escribiera para pedirte que vinieras aquí? ¿Crees que después de aquella carta sería capaz de pedirte algo? Hubiese sido una idiota para hacer algo así, ¿no? Una idiota, o... —Se detuvo.

—¿O qué? —preguntó Alexandr.

—Una niña —respondió ella, sin mirarlo.

Alexandr sacudió la cabeza.

—Oh, Tania.

—Todos estos juegos a que jugáis los mayores —añadió ella, apartándose—. Todas estas mentiras. Jugáis demasiado bien. —Agachó la

cabeza—. Sois demasiado buenos para mí.

Lo único que Alexandr deseó en aquel instante fue tocarla. Sus labios, su furia, su rostro; quería tocarlo todo.

—Tania —susurró, tendiéndole los brazos—. ¿De qué hablas? ¿Qué juegos, qué mentiras?

—¿Por qué viniste aquí, por qué? —dijo ella, con un tono frío.

A Alexandr se le atragantaron las palabras.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—¿Cómo? Porque la última cosa que escribiste fue que venías para casarte con Dasha. Lo mucho que la amabas. Que era la mujer de tu vida. La única mujer en el mundo. Leí aquella carta. Eso fue lo que escribiste. Porque una de las últimas cosas que te escuché decir en el lago Ladoga fue que tú nunca...

—¡Tatiana! —gritó Alexandr, desbordado finalmente por la furia—. ¿De qué demonios estás hablando? ¿Te olvidas de que me hiciste jurar que mentiría hasta el final? Tú me lo hiciste prometer. A finales de noviembre yo todavía te decía: «digamos la verdad». ¡Pero tú! «Miente, miente, miente, Shura, cástate con ella, haz lo que sea, pero no le rompas el corazón a mi hermana». ¿No lo recuerdas?

—Sí, y tú lo hiciste rematadamente bien —dijo Tatiana, con voz desabrida—. ¿Tenías necesidad de ser tan convincente?

Alexandr se mesó los cabellos, atónito.

—Sabes muy bien que no lo decía de verdad.

—¿Qué parte? —le gritó. Se encaró con él, furiosa, sin miedo—. ¿La parte donde le decías que te casarías con ella? ¿Aquella donde decías que la amabas más que a nadie? ¿Cuál de todas esas mentiras no me tengo que creer?

—Por amor de Dios —exclamó Alexandr—. ¿Qué querías que le dijera cuando ella agonizaba en tus brazos?

—Era la única respuesta que podías darle —afirmó Tatiana—. La única que querías darle, en tu vida de mentiras.

—Ambos vivimos aquella vida de mentiras, Tatiana, porque tú lo quisiste —gritó él a voz en cuello. Le entraron ganas de tirarle de los pelos

—. Pero tú sabes que no lo decía de verdad.

—Creí que no lo decías de verdad —afirmó Tatiana, con la misma furia de antes—. Pero puedes entender que fue la única cosa que escuché durante todo el viaje en tren a Molotov, cuando crucé el Volga helado y a lo largo de los dos meses que pasé en el hospital mientras luchaba por respirar, ¿lo puedes entender?

Ahora también luchaba por respirar, mientras Alexandr la observaba, dominado por un remordimiento insoportable.

—No me hubiera importado —prosiguió Tatiana—. Te lo dije. No necesito mucho. No necesito mucho consuelo. —Apretó los puños y la herida apareció en sus ojos—. Pero necesito un poco. —Le tembló la voz—. Necesito un poco para mí, y entonces hubieras podido decirle a Dasha lo que querías decirle, como tuviste que decirle. —Hizo una pausa para recuperar el aliento—. Quería que me miraras un segundo para hacerme saber que te importaba, para darme un poco de fe. Pero no —añadió con frialdad—. Me trataste como siempre haces, como si no estuviera allí.

—No te trato como si no estuvieras allí —negó Alexandr, cada vez más desconcertado—. ¿De qué estás hablando? Te oculté de todo el mundo. Eso no es la misma cosa.

—Sí, una sutil diferencia para una chica como yo. Pero si puedes ocultar tu corazón tan bien incluso de mis ojos, entonces quizá también puedes ocultar tu corazón por Dasha, de la misma manera. Y quizá por Marina y por Zoe, y por todas y cada una de las chicas con las que has estado. Quizás eso es lo que hacéis los hombres adultos: en privado nos miráis de una manera, y después nos rechazáis en público, como si no fuésemos nada. —Miró al suelo.

—¿Te has vuelto loca? —replicó Alexandr—. ¿Te olvidas de que la única persona que no vio la verdad fue tu hermana, que estaba ciega? En privado, en público. Marina tardó cinco minutos en darse cuenta. —Hizo una pausa—. Ahora que lo pienso mejor, creo que las dos únicas personas que no vieron la verdad fuisteis tu hermana y tú, Tatiana.

—¿Qué verdad? —Tatiana se apartó un paso. Le temblaban las manos, por mucho que apretara los puños—. No podía hacerlo. Me refiero a

mentir tan bien. Pero tú eres un hombre. Tú lo hiciste. Me rechazaste con tus últimas palabras, y me rechazaste con tu última mirada. Y por un tiempo casi me pareció correcto. ¿Cómo podías sentir algo por mí?, me pregunté. ¿Quién podía sentir nada después de que Leningrado...? —Hizo una pausa. Jadeaba—. ¡Así y todo deseaba tanto creer en ti! Por eso, cuando recibimos tu carta para Dasha, la abrí, con la esperanza de que estuviera en un error, rogué que hubiera una palabra para mí. —Tatiana alzó la voz—. Una sola palabra, una sola sílaba que pudiera guardar para mí. La necesitaba con desesperación, porque me demostraría que toda mi vida no había sido una mentira de principio a fin. —Se interrumpió—. ¡Una sola palabra! —gritó, golpeando el pecho del capitán con los puños. Él no se movió—. ¡Sólo una palabra, Alexandr!

Él intentó recordar lo que había escrito. No pudo. Pero era la herida en los ojos de Tatiana lo que deseaba curar por encima de todo lo demás. La cogió entre sus brazos. Ella se debatió con todas sus fuerzas; después se echó a llorar.

—Tania, por favor. Sabía lo mucho que sufrías...

Pero ella estaba tan desesperada, tan furiosa, que consiguió escapar de su abrazo.

—¿Yo lo sabía? ¿Cómo podía saberlo?

—Se supone que tú lo sabías y punto. —Se le acercó—. Eso es de lo que se trata en ti.

—¿Y qué es de lo que se trata en ti? —replicó ella, con un grito lastimero.

—Pues si no lo recuerdas, te diré que te abracé con todo mi corazón en mis ojos en la trasera de aquel maldito camión en el Ladoga y te supliqué que te salvaras para mí.

—¿Cómo sé que no se lo pediste a todas las chicas que enviaste por el «Camino de la vida» que se salvaran para ti con esos ojos que tienes?

—Oh, por favor, Tatiana.

—No conozco a nadie más aparte de ti —afirmó ella, con la voz quebrada—. No sé fingir, jugar ni contar mentiras. —Agachó la cabeza—. Tú me enseñaste una cosa en privado y después sin más decides casarte

con mi hermana. En Ladoga, le dijiste que nunca habías sentido nada por mí, que ella era tu único amor, no me miraste cuando me dejabas enfrentada a la muerte, y después ni siquiera me escribiste una palabra. ¿Cómo esperas que alguien como yo sepa cuál es la verdad sin un poco de ayuda de tu parte? ¡Lo único que he conocido en mi vida son tus malditas mentiras!

—¡Tatiana! —exclamó el capitán—. ¿Te has olvidado de San Isaac?

—¿Cuántas chicas te fueron a visitar allí, Alexandr?

—¿Te has olvidado de Luga?

—No era más que otra damisela en apuros —le respondió ella, con un tono amargo—. Dimitri me dijo lo mucho que te gustaba ayudar a las chicas.

Alexandr estaba a punto de perder el control totalmente.

—¿Por qué crees que iba a Quinto Soviet cada vez que podía para llevarte toda mi comida? —gritó—. ¿Por quién crees que lo hacía?

—¡Nunca dije que no tuvieras piedad de mí, Alexandr!

—¿Piedad? —repitió él—. Por todos los diablos, ¿piedad?

—Así es. —Tatiana se cruzó de brazos.

—¿Sabes algo? —dijo Alexandr, fuera de sí—. La piedad es algo demasiado bueno para ti. Ése el precio que debes pagar por vivir en la mentira. No te gusta, ¿verdad?

—No, lo detesto —exclamó Tatiana, sin retroceder ni un centímetro—, y sabiendo que lo detesto, ¿por qué demonios se te ocurrió venir aquí? ¿Para torturarme un poco más?

—¡Vine aquí porque no sabía que Dasha había muerto! —vociferó Alexandr—. ¡Porque tú no quisiste tomarte la maldita molestia de escribirme una carta!

—Por lo tanto, viniste para casarte con Dasha —manifestó Tatiana, con voz serena—. ¿Por qué no lo dijiste desde el principio?

Alexandr, sin saber ya qué más decir, apretó los puños, rabioso. Se apartó rápidamente.

—No te aclaras con tantas mentiras, ¿no? —le dijo ella con un tono mordaz.

—Tatiana, no entiendes nada de nada. Te dije desde el primer día que nos conocimos: digamos la verdad, no vivamos inmersos en la mentira. Escojamos el camino correcto. Te lo dije. Vayamos con la verdad por delante y vivamos con las consecuencias. Fuiste tú la que dijo que no. No me gustó, pero dije que de acuerdo.

—¡No, tú no dijiste que de acuerdo, Alexandr! Si lo hubieses dicho, no hubieses venido cada día a la Kirov contra mis deseos.

—¿Contra tus deseos? —Alexandr se tambaleó de la sorpresa.

—Eres increíble —afirmó Tatiana. Sacudió la cabeza—. ¿Cómo se te ocurre que podías no conquistar a una chica, Alexandr Barrington, con tu fusil, tu estatura y tu vida aventurera? ¿Crees que sólo porque yo, una chiquilla de diecisiete años, me quedé boquiabierta y te miré con los ojos como platos como si nunca hubiera visto nada parecido, tenías el derecho de pedirle a mi hermana que se casara contigo? ¿Crees que porque soy muy joven no me haría daño? ¿Crees que yo no necesitaba nada de ti, mientras tú no hacías más que tomar, tomar y tomar de mí...?

—No creo que necesitaras nada de mí, y no he tomado, tomado, y tomado de ti —señaló Alexandr. Estaba tan tenso que los músculos del cuello parecían a punto de reventar.

—¡Lo has tomado todo menos eso! —gritó ella—. ¡Y eso no te lo mereces!

—También podría haberlo tomado —afirmó, acercándose.

—Tienes razón. —Tatiana lo apartó de un empujón—. Para destrozarme del todo.

—¡Deja ya de empujarme!

—¡Y tú deja de amenazarme! ¡Apártate de mí!

—Nada de todo esto estaría pasando, si me hubieras escuchado desde el principio. ¡Nada! Digámosles la verdad, te lo avisé.

—Y te respondí —replicó Tatiana, con vehemencia— que mi hermana era más importante para mí que algunas de tus necesidades que yo no podía comprender. Ella era más importante para mí que algunas de mis propias necesidades que tampoco podía comprender. Lo único que quería de ti era que respetaras mis deseos. ¡Pero tú a lo tuyo! No dejaste de venir

y venir, y poco a poco, me fuiste haciendo pedazos, y cuando aquello no fue suficiente, te presentaste en el hospital, para destrozarme un poco más, y cuando eso tampoco fue suficiente, me hiciste subir a la cúpula de San Isaac para acabar de rematarme.

—No te rematé.

—Para rematar a mi pobre corazón de una vez para siempre —añadió Tatiana—. Tú lo sabías. Y cuando lo tuviste todo, y me tuviste a mí, y lo sabías, fue entonces cuando me demostraste lo mucho que significaba para ti urdiendo un plan para casarte con mi hermana.

—Pero bueno, ¿qué te crees? —gritó Alexandr—. ¿Qué crees que pasa cuando no puedes luchar desde el principio por lo que quieres? ¿Qué crees que pasa cuando renuncias a las personas que quieres? ¡Eso es lo que pasa! Siguen con sus vidas, se casan, tienen hijos. ¡Tú querías vivir esa mentira!

—¡No me digas que quería vivir esa mentira! Estaba viviendo la única verdad que conocía. ¡Tenía una familia a la que no quería sacrificar por ti! Por eso luchaba.

Alexandr se tambaleó como un borracho. No podía creer las palabras que salían de la boca de Tatiana.

—¿Ésa era tu única verdad, Tatiana?

Tatiana parpadeó y desvió la mirada.

—No. Tú viniste a mí, y yo no te aparté lo suficiente. ¿Cómo podía? Me metí en esto con los ojos abiertos, y mis ojos sólo te veían a ti. Confiaba en que fueras más listo, pero vi que tampoco lo eras tanto, así que continué contigo, a sabiendas de que estaría a tu lado y creería en ti. Te daría cualquier cosa que necesitaras y te pediría muy poco para mí. — Ahora no podía mirarlo con el mismo coraje de antes—. Con una mirada al final de tu declaración de amor por alguna otra, hubiese tenido bastante. Una palabra en tu carta de amor para mí, hubiese sido más que suficiente. Pero sentías tan poco por mí que no sabías que necesitaba muy poco.

—¡Tatiana! —le gritó él a la cara—. Me quedaré aquí y dejaré que me acuses de cualquier cosa, pero no te atrevas a decirme que sentía muy poco por ti. No te creas ni por un segundo que podrás decir semejante mentira y que al salir de tu boca se convierta en verdad. Todo lo que he hecho con mi

condenada vida desde que te conocí fue por lo que sentía por ti, así que si continúas soltándome todas estas estupideces, juro por Dios...

—No lo haré —dijo ella débilmente, pero fue demasiado tarde.

Alexandr la cogió y la sacudió sin piedad. Tatiana se sentía vulnerable, entregada en sus brazos. Absolutamente derrotado por la furia, el remordimiento y el deseo, él la apartó bruscamente, soltó una maldición, recogió sus cosas del suelo y echó a correr por el sendero.

6

Tatiana corrió tras él, sin dejar de llamarlo:

—¡Shura, por favor, espera! ¡Por favor!

No pudo alcanzarle. Alexandr desapareció en el bosque. Tatiana fue corriendo hasta la casa. Sus cosas seguían allí, pero no había ni rastro del capitán.

—¿Qué pasa, Tanechka? —le preguntó Naira, cargada con una cesta de tomates.

—Nada —contestó Tatiana, con la respiración entrecortada. Cogió la cesta de Naira.

—¿Dónde está Alexandr?

—Se quedó en la casa de los abuelos. Está quitando las tablas de las ventanas.

—Espero que las vuelva a clavar —dijo Dusia, que leía la Biblia—. Cuando acabe. Por cierto, ¿por qué las está quitando?

—No lo sé. —Tatiana se volvió para que no le vieran el rostro—. ¿Quieres el jarabe, Raisa?

—Sí, por favor.

Tatiana le dio a Raisa el jarabe para los temblores, un jarabe que no servía para nada. Luego plegó las sábanas que había lavado el día anterior, y a continuación —temerosa de que él volviera, dispuesto a recoger sus cosas y marcharse— escondió el fusil y la tienda en el cobertizo detrás de la casa. Hecho esto, fue al río y le lavó los uniformes.

Alexandr aún no había vuelto.

Tatiana se llevó su casco al bosque y recogió arándanos hasta llenarlo. Regresó a la casa y preparó una tarta de arándanos y compota.

Alexandr seguía sin aparecer.

Tatiana peló unas cuantas patatas para un pastel.

Vova entró en la cocina y le preguntó si quería ir a nadar. Rechazó la invitación, y cosió otra camisa para Alexandr una talla más grande.

Sin noticias de Alexandr.

¿Por qué no se había quedado para acabar la pelea? Ella no se iba a ninguna parte; se quedaba hasta el final, ¿por qué no había hecho él lo mismo? Notaba un vacío tremendo en el estómago. No estaba dispuesta a dejarlo marchar hasta que acabaran la pelea. Le daba lo mismo que se enfadara.

Llegó la hora de ir a la *banya*. Le dejó una nota. «Querido Shura: Si tienes hambre, por favor cómete la sopa y el pastel de patatas. Estamos en los baños. Si quieres esperarnos, cenaremos todos juntos. Encima de la cama tienes una camisa nueva. Espero que te vaya mejor. Tania».

En los baños, se frotó para él hasta que le quedó la piel de un color rosa brillante.

Zoe le preguntó si Alexandr se reuniría con ellos aquella noche alrededor de la hoguera.

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a él.

—Es guapísimo —comentó Zoe, enjuagándose el jabón de los pechos—. ¿Crees que se siente muy mal por lo de Dasha?

—Sí.

—¿Quizá necesita que le consuelen un poco?

Tatiana miró a Zoe directamente a la cara. Como si Zoe tuviera idea de la clase de consuelo que necesitaba Alexandr.

—No sé a qué te refieres —contestó, con un tono desabrido.

—No, ya me lo suponía. No tiene importancia. —Zoe se echó a reír y fue a vestirse.

Tatiana la siguió al cabo de un momento. Se peinó el pelo húmedo y dejó que le cayera sobre los hombros. Después se puso un vestido de algodón azul estampado que se había confeccionado ella misma: sin mangas, muy escotado por la espalda y la falda corta. Cuando salieron de la casa de baños, Alexandr la estaba esperando. Tatiana lo miró con un

profundo alivio pero luego, incapaz de comprender su expresión, desvió la mirada.

—¡Aquí estás! —exclamó Naira—. ¿Dónde has estado todo el día?

—¿Cómo has dejado las ventanas de la casa? —preguntó Dusia.

—¿Ventanas? ¿Casa? —repitió él, con un tono áspero.

—La casa de Vasili Metanov. Tania dijo que estabas quitando las tablas de las ventanas.

—Ah. —Alexandr no dejaba de mirar a Tatiana, que intentaba ocultarse detrás de la temblorosa Raisa.

—¿Tienes hambre? ¿Has comido? —le preguntó la muchacha con una vocecita débil. No podía encontrar otra más sonora.

Él sacudió la cabeza como única respuesta.

Emprendieron el camino de regreso a casa, a paso lento. Axinia caminaba cogida del brazo de Alexandr. Zoe se acercó para preguntarle si él iría a sentarse con los jóvenes del pueblo alrededor de la hoguera.

—No —respondió Alexandr, que se apartó de Zoe para acercarse a Tatiana—. ¿Qué has hecho con mis cosas? —le susurró al oído.

—Las escondí —le murmuró ella, con el corazón en un puño. Quería tocarlo, pero tenía miedo de que Alexandr perdiera el control, y comenzara una pelea delante de todo el mundo.

—Tania prepara una sopa de pescado deliciosa —comentó Naira—. ¿Te gusta la sopa de pescado?

—Y su tarta de arándanos es algo extraordinario —afirmó Dusia—. Estoy hambrienta.

—¿Por qué? —preguntó Alexandr.

—¿Por qué, qué? —Quiso saber Dusia.

—No tiene importancia —dijo Alexandr, y se apartó del grupo.

Cuando llegaron a casa, Tatiana se ocupó de poner la mesa. Miró por un momento la cama para ver si él había leído la nota y había recogido la camisa. La nota había desaparecido. La camisa seguía donde la había dejado.

Alexandr entró en la habitación. Las cuatro mujeres mayores se habían instalado en la galería.

—¿Dónde están mis cosas?

—Shura...

—Calla. Dame mis cosas para que pueda marcharme.

—Alexandr, ¿puedes venir un momento? —Naira asomó la cabeza—. Necesitamos tu ayuda para abrir la botella de vodka. La tapa se ha atascado.

El capitán salió a la galería. A Tatiana le temblaban tanto las manos que se le cayó la fuente que sostenía en aquel momento. El ruido del metal contra el suelo se escuchó por toda la casa.

Llegó Vova. En la galería sonaban las voces alegres y las risas.

Alexandr entró una vez más. Se disponía a hablar cuando Tatiana le avisó con un gesto de que tenía a alguien detrás. Era Vova.

—Taniusha, ¿necesitas que te ayude? —preguntó el muchacho—. ¿Quieres que lleve algo a la mesa?

—Sí, Taniusha —dijo Alexandr con un tono agrio—. ¿Vova te puede echar una mano?

—No, gracias. ¿Nos disculpas un minuto?

—Venga —le dijo Vova a Alexandr, que no se había movido—. Ya la has escuchado. Quiere que la disculpes un minuto.

—Sí —replicó el capitán, sin volverse—. Un minuto conmigo.

Vova salió de la habitación con cara de pocos amigos.

—¿Dónde están mis cosas?

—Shura, ¿por qué te marchas?

—¿Por qué? Porque no hay lugar para mí en esta casa. Lo dejaste muy claro. Me cuesta trabajo creer que no me hayas hecho el equipaje para que me vaya cuanto antes. No soy de las personas a las que haya que decirle las cosas dos veces, Tania.

—Quédate y cena con nosotros. —Le temblaban los labios.

—No.

—Por favor, Shura —le rogó ella, con la voz quebrada—. Te he preparado un pastel de patatas.

Tatiana se le acercó.

—No. —Alexandr parpadeó.

—No puedes marcharte. No hemos terminado.

—Sí que hemos terminado.

—¿Qué puedo decir para que quede más claro?

—Ya lo has dicho todo con una claridad meridiana. Lo más apropiado ahora sería decir adiós.

La mesa se interponía entre ellos. Tatiana pasó al otro lado.

—Shura —dijo en voz baja—, por favor, deja que te toque.

—No. —El capitán se apartó.

Naira volvió a asomar la cabeza.

—¿Está la cena preparada?

—Casi, Naira Mijailovna. —Miró a Alexandr—. Dijiste que no te marcharías hasta arreglarme —señaló—. Arréglame, Shura.

—Tú misma me dijiste que nada de lo que hiciera arreglaría lo que está mal dentro de ti. Bueno, me has convencido. ¿Dónde están mis cosas?

—Shura...

Alexandr se acercó a la muchacha.

—¿Qué quieres. Tania? —le preguntó, furioso—. ¿Quieres que monte una escena?

—No. —Tatiana intentó contener las lágrimas.

—¿Una de esas escenas espantosas como las que había en tu casa?

—No —susurró ella, sin mirarlo.

—Pues entonces dame mis cosas, y me marcharé discretamente. No tendrás que explicarle nada a tus amigos ni a tu amante. —Al ver que ella no se movía, el capitán, le ordenó—: ¡Ahora!

Tatiana, avergonzada e inquieta, llevó a Alexandr hasta el cobertizo detrás de la casa, donde quedaban ocultos de las miradas.

—¿Dónde vas, Tanechka? Ya es hora de servir la cena.

—¡Ahora mismo vuelvo! —gritó Tatiana.

En cuanto estuvieron detrás de la casa, intentó coger la mano de Alexandr, pero él la apartó de un manotazo. Se tambaleó por un momento, pero no cedió. Corrió a ponerse delante de él y le rodeó la cintura con los brazos. El oficial intentó apartarla.

—Por favor, no te vayas —le dijo con una mirada de súplica—. Por favor, te lo ruego. Llevo esperándote cada segundo del día desde que salí del hospital. Por favor. —Apoyó la frente en el pecho del hombre.

Alexandr no le respondió. Ella no se atrevió a levantar la vista. Las manos del capitán no se apartaron de sus brazos desnudos.

—¡Por Dios, Alexandr! ¿Cómo puedes ser tan obtuso? ¿No te das cuenta de por qué no te escribí?

—En absoluto. ¿Por qué?

—Temía muchísimo que si te contaba lo de Dasha, decidieras no venir a Lazarevo —respondió con el rostro apretado contra el pecho del soldado. Deseó tener la valentía de mirarlo a la cara, pero no quería verlo enfadado. Le cogió una mano y se la apoyó en la mejilla, y cuando su tibieza le infundió valor, lo miró—. Leningrado casi acabó con todos nosotros. Creía que si tú no sabías nada de la muerte de Dasha y venías aquí, y yo me curaba, como el verano pasado, quizá volverías a sentir por mí lo que sentías antes.

—¿Volver a sentir? —exclamó Alexandr, con voz ronca—. ¿Cómo se te ocurre? —Su mano permaneció sobre la mejilla de Tatiana, pero la otra se deslizó por su espalda desnuda, acariciando su piel al tiempo que la apretaba contra su cuerpo—. No te das cuenta... —Se interrumpió. No podía decir nada más. Tampoco era necesario. Ella lo entendía todo.

Permanecieron en silencio durante un par de minutos. El capitán fue el primero en hablar.

—Tatia, me ganaré tu perdón. Lo arreglaré todo. Haré lo que sea, pero tú tienes que dejarme. No puedes mantenerme apartado como lo has hecho. No es posible.

—Lo siento. Por favor, tienes que comprenderlo. —Lo abrazó todavía más fuerte—. Eran demasiadas mentiras, demasiadas dudas.

—Mírame. —Ella obedeció—. Tania, ¿de qué dudas hablas? Estoy aquí única y exclusivamente por ti.

—Entonces, por favor, quédate. Hazlo por mí.

Alexandr, jadeante, agachó la cabeza, y ella le ofreció su pelo húmedo para que se lo besara. Sus labios permanecieron apoyados en el pelo de la

muchacha unos segundos.

—¿Qué es esto? ¿El lago Ladoga? —preguntó.

—Shura, estamos en una casa llena de gente.

Los dedos del capitán le apretaban los omoplatos desnudos de una manera tan rotunda que ella se sentía cada vez más débil.

—Levanta tu cara en este mismo instante.

Ella levantó la cara en aquel mismo instante.

—Tania, ¿podríamos cenar, por favor? —La voz de Naira, enojada y hambrienta, les llegó desde la galería—. ¡Se está quemando la comida!

Alexandr la besó con tanta furia que, por un momento, sólo se aguantó de pie porque él la abrazaba. Sus piernas ya no la sostenían.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Nos estamos muriendo de hambre. ¡Tatiana!

Por fin consiguieron separarse. Tatiana, como en una nube, recogió las cosas que había ocultado en el cobertizo y volvieron a la casa.

Tatiana le sirvió la sopa primero a Alexandr. Le puso el cuenco delante y le dio la cuchara. Después sirvió a todos los demás mientras el capitán esperaba a que ella se sentara para empezar a comer.

—Dime, Alexandr, ¿qué hace un capitán del Ejército Rojo? —le preguntó Vova.

—No sé qué hace un capitán del Ejército Rojo. Sé lo que yo hago.

—Alexandr, ¿quieres un poco más de crema agria? —le ofreció Tatiana.

—Sí, por favor.

—¿Qué haces tú? —insistió Vova.

—Sí, dínos qué haces —intervino Axinia—. Todo el pueblo se muere por saberlo.

—Estoy en armas pesadas, en una brigada destructora. ¿Sabéis lo que es?

Todos, salvo Tatiana, sacudieron la cabeza.

—Estoy al mando de una compañía acorazada. Damos apoyo a la infantería. —Alexandr engulló un bocado de pastel de patatas—. Al menos, eso es lo que se espera de nosotros.

—¿En qué consiste el apoyo? —preguntó Vova—. ¿Carros de combate?

—Sí. Carros y vehículos blindados. Tania, ¿queda sopa? También nos ocupamos de las baterías antiaéreas, los morteros y demás piezas de artillería de campaña. Cañones, ametralladoras pesadas. Yo me encargo de una batería de lanzacohetes.

—Impresionante —opinó Vova—. O sea, que tienes el mejor trabajo. Mucho menos peligroso que el de los soldados que están en primera línea.

—El mío es mucho más peligroso que cualquier otro. ¿A quién crees que los alemanes intentan eliminar primero? ¿A un pobre recluta con un fusil Nagant de un solo disparo, o a mí que los machaco con quince cohetes por minuto?

—Alexandr, ¿quieres algo más?

—No, Tatiasha... —Se interrumpió. Ella se interrumpió—. Estoy lleno, Tania, muchas gracias.

—Alexandr, nos han dicho que Stalingrado está a punto de caer —comentó Zoe.

—Si cae Stalingrado, habremos perdido la guerra —afirmó el capitán—. ¿Hay más vodka?

Tatiana le sirvió una copa.

—Alexandr, ¿cuántos hombres estamos dispuestos a perder en Stalingrado para detener a Hitler? —preguntó Dusia.

—Todos los que haga falta.

La anciana se persignó.

—Moscú fue un baño de sangre —dijo Vova, arrebolado.

Tatiana oyó cómo Alexandr contenía el aliento. «Oh, no —pensó—. Que no discutan».

—Vova —respondió el capitán, que se inclinó por delante de Tatiana, quien aprovechó para apretarse contra él, para mirar al muchacho con una expresión de furia—. ¿Sabes lo que es un baño de sangre? Moscú tenía una guarnición de ochocientos mil soldados antes de que comenzara la batalla por la capital en octubre. ¿Sabes cuántos quedaban cuando detuvieron a Hitler? Noventa mil. ¿Sabes a cuántos hombres mataron sólo en los

primeros seis meses de guerra? ¿A cuántos jóvenes mataron antes de que Tania saliera de Leningrado? Cuatro millones. Tú podrías haber sido uno de esos jóvenes, Vova, así que no hables de baños de sangre, como si se tratara de un juego.

Todos los comensales guardaron silencio. Tatiana, apoyada en Alexandr, le preguntó:

—¿Quieres otra copa?

—No. Ya he bebido bastante.

—Bueno, recogeré la mesa.

Alexandr deslizó una mano por debajo de la mesa y la apoyó en el muslo de Tatiana, para que no se moviera. Sacudió la cabeza.

Tatiana se quedó sentada. Alexandr no apartó la mano. Al principio, el vestido de algodón estaba entre su mano y el muslo de ella, pero evidentemente a Alexandr no le gustaba que fuera así, porque le levantó el vestido lo suficiente para sujetar el muslo desnudo con la mano. La sensación de vacío en el estómago de Tatiana aumentó.

—Tanechka, ¿no recoges los platos, querida? Queremos probar la tarta y tomar el té. —Dijo Naira.

La mano de Alexandr la apretó un poco más y se deslizó un poco más arriba.

Tatiana apretó los labios. En un segundo gemiría en la mesa, delante de las cuatro ancianas.

—Tatiana nos ha preparado una cena deliciosa —comentó Alexandr—. Se ha superado a ella misma. Está cansada. ¿Por qué no dejamos que descanse un rato? Zoe, Vova, ¿quizá vosotros podríais recoger los platos?

—Pero, Alexandr, no comprendes que... —comenzó Naira.

—Lo comprendo perfectamente bien. —La presión de la mano del capitán no cedió.

Tatiana se sujetó al borde de la mesa.

—Shura, por favor —dijo, con voz ronca.

Su mano le apretó el muslo con más fuerza. Ella apretó la mesa con más fuerza.

—No, Tania —añadió Alexandr—. No, es lo menos que pueden hacer.
—Miró a Naira—. ¿No crees tú lo mismo, Naira Mijailovna?

—Creía que Tanechka disfrutaba con las pequeñas cosas que hace.

—Sí —asintió Dusia—. Creíamos que disfrutaba.

—Dusia, disfruta muchísimo. No tardará en ponerse de rodillas para lavaros los pies. Pero ¿no crees que de vez en cuando los discípulos deben servir a Jesús?

—¿Qué tiene que ver Jesús con todo esto? —tartamudeó Dusia.

La mano de Alexandr aumentó la presión.

Tatiana abrió la boca y...

—De acuerdo. Nosotros recogeremos los platos —dijo Zoe con un tono desabrido.

Alexandr soltó el muslo de Tatiana y le dio un palmadita.

Tatiana soltó el aliento. Al cabo de unos segundos, separó las manos de la mesa. No sólo no miró a Alexandr, sino que fue incapaz de mirar a los demás.

—Zoe, Vova, muchas gracias. —Alexandr le sonrió a Tatiana, que permaneció inmóvil—. Saldré un momento a fumar un cigarrillo.

En cuanto salió de la habitación, las cuatro ancianas se inclinaron hacia Tatiana.

—Tania, Alexandr es muy agresivo —señaló Naira, en voz baja.

—El problema es que no hay Dios en el Ejército Rojo —opinó Dusia—. La guerra lo ha convertido en un hombre duro. Escuchadme bien, muy duro.

—Sí —admitió Axinia—. Pero fijaos cómo se preocupa por nuestra Tanechka. Es adorable.

Tatiana las miró, desconcertada. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué decían? ¿Qué había pasado?

—Tania, ¿nos escuchas?

Tatiana se levantó. Su único defensor en el mundo, su fusilero, su caballero merecía todo su apoyo.

—Alexandr no es duro, Dusia, y tiene toda la razón. No tendría que hacerlo todo yo sola.

Tomaron el té y la tarta, que estaba tan rica que se la acabaron en un santiamén. Después, las cuatro ancianas salieron a fumar a la galería. Zoe cogió un momento el brazo de Alexandr y con una sonrisa coqueta, le preguntó una vez más si iría a sentarse con los demás alrededor de la hoguera. Alexandr le apartó la mano y repitió que no iría.

Tatiana quería que Zoe se marchara de una vez por todas.

—Vamos, ven —insistió Zoe—. Hasta Tania irá. Con Vova.

—No lo creo —susurró Alexandr, con la mirada puesta en Tatiana, que le estaba echando el azúcar en el té.

—Tania, cuéntale a Alexandr aquel chiste tan malo que nos contaste la semana pasada —dijo Vova—. Te ríes de lo malo que es.

—Creía haber escuchado todo los chistes malos de Tatiana —comentó el capitán, en voz baja.

Había algo tan reconfortante y familiar en estar sentada contra su brazo que Tatiana sintió el deseo de apoyar la cabeza en su hombro. No lo hizo.

—Cuéntale el chiste, Tania.

—No sé.

—¡Venga! —Vova le hizo cosquillas—. Le hará gracia.

—Vova, para. —Tatiana miró a Alexandr, que tomaba el té en silencio.

—No se lo contaré —respondió ella.

De pronto le dio vergüenza. Sabía que a Alexandr no le gustaría el chiste. No quería molestarlo y mucho menos con un chiste estúpido.

—No, no. —Alexandr dejó la taza y la miró—. Me encantan tus chistes. —Sonrió—. Quiero escucharlo.

Tatiana exhaló un suspiro y contó el chiste, con la mirada fija en la mesa.

—Chapaiev y Petka están peleando en la guerra civil española. Chapaiev le dice a Petka: «¿Por qué gritan? ¿A quién saludan?». «A una tal Dolores Ibárruri», le responde Petka. «¿Qué les grita ella?», pregunta Chapaiev, y Petka le contesta: «Grita: “Es mejor hacerlo de pie que no de rodillas”».

Vova y Zoe se desternillaron de risa.

Alexandr mostraba una expresión pétrea, mientras golpeaba con la uña la taza de té.

—¿Éstos son los chistes que contáis los sábados por la noche alrededor de la hoguera?

Tatiana no le respondió. Rehuyó su mirada. Sabía que no le gustaría el chiste.

—Tania, iremos allí esta noche, ¿no? —Vova la empujó suavemente.

—No, Vova, esta noche no.

—¿Cómo que no? Si siempre vamos.

Antes de que Tatiana pudiera decir nada más, Alexandr intervino en la conversación, con la taza de té en la mano y la mirada puesta en el muchacho.

—Ya te ha dicho que esta noche no. ¿Cuántas veces más tendrá que repetírtelo para que lo entiendas? Zoe, ¿cuántas veces más tendré que repetírtelo para que me entiendas?

Vova y Zoe miraron a Alexandr y Tatiana.

—¿Qué pasa? —preguntó Vova, desconcertado.

—Venga, largaos los dos de aquí. Id a vuestra hoguera. Ya.

Vova pareció dispuesto a protestar, pero Alexandr se levantó y miró a Vova mientras le repetía con un tono que no admitía réplica:

—He dicho que os vayáis.

Vova y Zoe se marcharon en el acto sin rechistar.

Tatiana sacudió la cabeza. No salía de su asombro.

—¿Qué te ha parecido? —dijo Alexandr. Se inclinó para darle un beso en la cabeza, antes de salir a fumar.

Tatiana se preparó la cama en la galería y después acompañó a las ancianas a sus habitaciones. Cuando acabó, Alexandr seguía sentado en el banco fuera de la casa. El coro de grillos sonaba muy fuerte aquella noche. La muchacha oyó el aullido lejano de un lobo y el ulular de un búho. Comenzó a lavar los platos del postre.

—Tania, ¿quieres dejar de una vez lo que estás haciendo y venir aquí?

Tatiana salió al jardín, nerviosa, con las manos mojadas. El implacable latido en la boca del estómago no se apaciguaba.

—Más cerca —dijo Alexandr, sin apartar la vista de su rostro. Tiró la colilla y la sujetó por las caderas, acercándola entre sus piernas abiertas.

Tatiana apenas si se aguantaba de pie.

Alexandr apoyó el rostro debajo de sus pechos.

La muchacha, que no sabía qué hacer con las manos, las apoyó suavemente en la cabeza del capitán. Tenía el pelo corto, grueso, duro y seco. A Tatiana le gustaba la sensación que le producía tocarlo. Cerró los ojos, mientras intentaba respirar con normalidad.

—¿Está bien? —susurró.

—Muy bien. Tatia, en lugar de pensar en ti misma, ¿no podrías haber pensado en mí por lo menos una vez? ¿No podrías haberte imaginado tan sólo durante cinco segundos lo que pasé durante seis meses?

—Podría haberlo hecho. Lo siento.

—Si lo hubieras hecho, si hubieras pensado en mí y me hubieras escrito, yo hubiera podido responderte y despejar todos y cada uno de tus temores. Y tú hubieses podido despejar los míos.

—Lo sé. Lo lamento.

—Creí sinceramente que sólo podía haber dos explicaciones para tu silencio: una, que estabas muerta, y dos —hizo una pausa— que habías encontrado a otro. Nunca se me pasó por la cabeza que te creyeras ninguna de las mentiras que dije y escribí. Creí que tenías la capacidad de ver claramente la verdad.

—¿Tengo esa capacidad? —replicó ella suavemente, mientras le acariciaba la cabeza—. ¿Cuál es la tuya?

Alexandr acarició con la frente los pechos de Tatiana.

—¿Cómo te llamó Axinia? ¿Un bollo caliente?

Tatiana no podía respirar.

—Sí —murmuró—. Bollo caliente.

Las manos de Alexandr le oprimieron las caderas con una fuerza que aumentaba por momentos.

—Un pequeño bollo caliente —susurró.

Tatiana le acarició el pelo con sus manos temblorosas, muy suavemente. Su respiración era tan débil que no conseguía llevar aire a los

pulmones.

—Esto es demasiado apretado, incluso para las normas de Quinto Soviet —opinó el capitán.

—¿Qué? —Tatiana susurraba para no alterar la tranquilidad de la noche—. ¿Nosotros? ¿La casa?

—¿Nosotros? —exclamó él, sorprendido—. No. La casa.

Tatiana se estremeció.

—¿Tienes frío?

Ella asintió, mientras rogaba que él no le tocara la piel ardiente.

—¿Quieres entrar?

Tatiana asintió una vez más, sin mucho entusiasmo. Lo único que quería era que sus manos continuaran sobre ella, bien apretadas a sus caderas, a su cintura, a su espalda, a sus piernas, por todas partes, bien apretadas y permanentemente.

Alexandr levantó la cabeza. Ella entreabrió los labios y...

Tatiana oyó a tiempo el chancleteo de Naira Mijailovna en la galería. Alexandr apartó las manos y bajó la cabeza. La muchacha se apartó de mala gana, en el momento en que Naira bajaba los peldaños.

—Me había olvidado de ir otra vez —rezongó la anciana.

—Por supuesto —dijo Alexandr, sin molestarse en sonreír.

Naira miró a Tatiana por un momento.

—Tanechka, ¿qué haces aquí? Tienes que irte a la cama, cariño. Ya es muy tarde, y sabes que todas nos levantamos muy temprano.

—Ahora iré a acostarme, Naira Mijailovna.

En cuanto Naira desapareció por una de las esquinas de la casa, Tatiana miró a Alexandr, que la contemplaba con una expresión triste. Ella se encogió de hombros, resignada. Entraron en la casa. Tatiana abrió el baúl y sacó su camión blanco. «¿Dónde me cambiaré?», se preguntó. Alexandr no tenía esos problemas. Se quitó la camisa delante de ella y se metió en la cama sin quitarse los pantalones. Tatiana nunca lo había visto sin el uniforme, la camisa, los calzoncillos largos; nunca había visto a Alexandr desnudo. Era muy musculoso. ¿Recuperaría alguna vez el aliento? Le pareció que no.

No podía quitarse el vestido para ponerse el camisón. Decidió acostarse vestida.

—Buenas noches —dijo. Redujo al mínimo la llama de la lámpara de petróleo. Alexandr no le respondió.

Naira, que volvía del lavabo, cruzó la habitación para ir a su dormitorio y le deseó buenas noches. Tatiana la saludó. Alexandr continuó en silencio.

Tatiana ya se había acostado en el diván de la galería cuando escuchó la voz profunda de Alexandr que la llamaba.

—Tatia.

Se levantó y se detuvo en el umbral, dominada por una súbita timidez.

—Ven aquí. —La voz de Alexandr se quebró un momento.

Lo único que deseaba ella era acercarse. Pero tenía mucho miedo. Rodeó la mesa.

—Súbete al escalón.

Tatiana se subió al escalón, con la cara a la misma altura que la de él, y sin darle tiempo a nada, lo besó, sujetándole la cabeza con las manos.

—Ven aquí —susurró el capitán, mientras la besaba. Intentó levantarla.

—Oh, Shura, no puedo... Montaremos un escándalo. —Ella tampoco podía dejar de besarlo.

—Tania, me importa un pimiento si sale publicado en los periódicos de mañana. Ahora quiero que estés aquí conmigo.

La cogió por los brazos, y en cuanto la tuvo en la cama, la sujetó con todos sus miembros, la engulló con su corpachón mientras se besaban, locos de pasión.

—Dios, Tatia —susurró Alexandr—. Oh, Dios, te he echado tanto de menos...

—Yo también —afirmó ella, con los labios abiertos, y acariciándole la espalda—. Tanto...

Alexandr dejó de besarla por un momento y se apretó contra la muchacha, como si quisiera acogerla en un nido en su pecho. A Tatiana le parecía imposible que le resultara tan delicioso tocar la espalda, los hombros y los brazos desnudos del capitán.

Él la estaba aplastando contra su cuerpo, sus labios cada vez más exigentes, sus manos reclamando cada vez más. ¿Sólo tenía dos? Entonces, ¿cómo era que estaban en todas partes a la vez? Ella se dejó envolver en su cuerpo, incapaz de mantener los ojos abiertos, aunque lo único que deseaba era verlo, no dejar de verlo ni por un segundo. Alexandr le levantó el vestido hasta la cintura y le tocó la pierna desnuda. Ella separó las piernas en un acto inconsciente y gimió en sus labios.

—Tania, gime todo lo que quieras, pero no muy alto —le susurró Alexandr, sonriendo—. Espera, no tan alto.

Ella separó las piernas un poco más. Su mano le acarició la entrepierna.

—No —gimió—. Para, por favor.

Él le lamió los labios.

—Tania, tus muslos... —susurró él. Su mano subió un poco más.

Tatiana intentó apartarse, por no tenía dónde ir.

—Shura, por favor, para.

—No puedo. ¿Tienen el sueño pesado?

—No, en absoluto. Basta el cricrí de un grillo en la casa para que se despierten. Además, se levantan por lo menos cinco veces para ir al lavabo. Por favor. No puedo callarme. Tendrías que amordazarme si no quieres que me escuchen.

Continuaron hablando con las bocas muy juntas.

—Para, para. —No podían parar.

Alexandr apartó la mano de la entrepierna de Tatiana y la apoyó en el vientre de la muchacha por debajo del vestido.

—Me gusta tu vestido.

—No me estás tocando el vestido.

—¿No? Me agrada. Es muy suave, Quítatelo.

—No. —Lo apartó un poco.

Permanecieron quietos unos minutos mientras recuperaban el aliento.

La mano de Alexandr volvió a acariciarle la pierna.

—Deja de acariciarme la pierna —susurró Tatiana. Notaba un latido desde los muslos al ombligo—. Deja de tocarme.

—No puedo. He esperado demasiado tiempo para esto. —Le besó la garganta—. ¿No me deseas, Tania? Dime que no me deseas. —Comenzó a bajarle el vestido de los hombros—. Quítatelo.

—Por favor —jadeó Tatiana—. Venga, Shura, no puedo quedarme callada. Tienes que parar.

Él no quería. Le bajó el vestido de un hombro y después del otro.

Le cogió una mano y se la apoyó en el pecho.

—¡Tania, siente mi corazón! ¿No quieres apoyarte contra mi pecho? —le suplicó—. Tus pechos desnudos contra mi pecho, tu corazón junto al mío. Venga, sólo por un segundo. Después podrás ponerte otra vez el vestido.

Tatiana lo miró en silencio en la penumbra, miró sus ojos brillantes, los labios húmedos. ¿Cómo podía decirle que no a Alexandr? Levantó los brazos y él le deslizó el vestido por encima de la cabeza. Intentó cubrirse los pechos, pero sus manos se lo impidieron.

—Mantén las manos abajo. —Se tendió boca arriba—. Ven, ponte encima de mí.

—¿No quieres ponerte tú encima de mí? —le preguntó ella, con voz dulce.

—No, si quieres que me detenga.

Tatiana se tendió sobre el cuerpo de Alexandr. No dejaba de gemir.

—Oh, Tania —exclamó Alexandr apasionadamente, rodeándola con los brazos—. ¿Notas eso?

—Sí —murmuró ella, convencida de que el corazón le estallaría en cualquier momento.

Sus manos le acariciaron la espalda hasta las nalgas, se las acarició a través de las bragas; se las bajó un poco para acariciarle los glúteos. La apartó un poco para acariciarle los pechos.

—Llevó soñando un año entero con tus preciosos pechos —le dijo, con una sonrisa y la voz ahogada.

Tatiana quería decirle que ella había soñado con sus preciosas manos que la acariciaban durante un año entero, pero no podía hablar. Quería decirle que había soñado con su preciosa boca chupándole los pezones

durante un año entero, pero no podía hablar. Lo que deseaba hacer era inclinarse sobre él y meterle un pezón en la boca, pero era demasiado tímida para hacerlo. Todo lo que podía hacer era mirarlo y jadear.

—Tatia, por favor, calla. —Alexandr cerró los ojos—. No puedo esperar más. —Le acarició los pezones. Ella gimió tan fuerte que él se detuvo, pero no por mucho tiempo. Alexandr la apartó para que se pusiera boca arriba—. Mírate. —Le chupó los pezones durante unos segundos. Las manos de la muchacha retorcían las sábanas. Alexandr le tapó la boca con una mano, mientras que con la otra volvía a acariciarle la entrepierna—. Tania, ¿crees que estoy hambriento?

—Ummm... ummm —respondió ella en la palma de su mano.

—No estoy hambriento —susurró Alexandr—. Estoy famélico. Ahora cuidado. No hagas ni un solo ruido. —Se montó sobre la muchacha—. Tania, te taparé la boca, así, y tú me cogerás los brazos, así, mientras yo te... así...

Tatiana gritó tan fuerte que Alexandr se detuvo, se dejó caer sobre la cama, se tapó la cara con el brazo y gimió por lo bajo.

Permanecieron acostados uno al lado del otro, sólo tocándose las piernas, las de él cubiertas con los pantalones, las de ella desnudas. Alexandr no apartó el brazo de la cara.

Tatiana se vistió muy a su pesar.

—Me voy a morir —le dijo él—. Me moriré, Tatiana.

«¿Tú te morirás?»», pensó ella, mientras se deslizaba hacia el borde para bajarse. Alexandr la detuvo.

—¿Dónde vas? Duerme conmigo.

—No, Shura.

—¿Por qué? —Alexandr sonrió—. ¿No te fías?

—Ni por un segundo. —Le devolvió la sonrisa.

—Te prometo que me comportaré como un ángel.

—No. La primera que salga para ir al lavabo, nos verá.

—¿Ver qué? ¿Qué pueden hacer? —Él no la soltaba—. Tatia, aquí. —Se dio unas palmaditas en el pecho—. Como lo hicimos en Luga. ¿Lo

recuerdas? Tú me llamaste, me dijiste que me acercara a ti. Ahora soy yo quien te pide que vengas.

Tatiana se acercó a él con mucho cuidado y apoyó la cabeza en su pecho. Alexandr la abrigó con las mantas y la abrazó. Ella apoyó una mano sobre su pecho y sintió lo rápido que le latía el corazón.

—Shura, cariño...

—Estaré bien —dijo, aunque su tono lo desmentía.

—Como en Luga. —Le acarició el pecho con mucha ternura.

—¿Quizás un poco más abajo? Era una broma —se apresuró a decir cuando Tatiana dejó de acariciarlo—. Me encanta sentir el roce de tu pelo —susurró. Le acarició el pelo, le dio un beso en la sien—. Me encanta sentir tu cuerpo junto al mío.

—No, Shura, por favor —murmuró Tatiana. Le besó el pecho y cerró los ojos. Estar entre sus brazos le producía una sensación de paz infinita. Las caricias en la cabeza la empujaban al sueño—. Es muy agradable.

Pasaron los minutos. Minutos o...

Quizá segundos.

Momentos.

Abrió los ojos.

—Tania, ¿estás dormida?

—No.

Se miraron el uno al otro y sonrieron. Ella entreabrió los labios dispuesta a besarlo y él sacudió la cabeza.

—Aparta los labios, si quieres mantenerme apartado.

Tatiana le besó el hombro y lo acarició, mientras él la acariciaba.

—Shura, me hace tan feliz que vinieras a buscarme...

—Lo sé. Yo también me siento feliz.

Ella le rozó la piel con los labios.

—Tania, ¿quieres hablar?

—Sí.

—Cuéntamelo todo. Comienza por el principio y no pares hasta el final.

Tatiana comenzó por el principio, pero no pudo ir más allá de cuando llevó el trineo hasta el agujero en el hielo.

Tampoco pudo Alexandr.

Entonces se quedó dormida, y se despertó con el canto del gallo.

7

—Dios mío. —Tatiana intentó apartar los brazos de Alexandr—. Suéltame. Tengo que irme. Deprisa.

Alexandr, que dormía profundamente, no se movió. Tatiana se había fijado en que dormía a pierna suelta. Consiguió deslizarse por debajo del brazo y saltó al suelo.

Se puso un vestido limpio y corrió a buscar agua del aljibe. Después corrió a ordeñar la cabra, y corrió a cambiar la leche de cabra por leche de vaca. Cuando regresó a la casa, Alexandr se estaba afeitando.

—Buenos días —la saludó el capitán.

—Buenos días —respondió ella, demasiado avergonzada para mirarlo—. Espera, deja que te ayude. —Se sentó en una silla delante de él y sostuvo un pequeño espejo rajado sobre el pecho para que él se viera. Alexandr se cortaba cada cinco segundos, como si la navaja estuviera poco afilada—. Vas a matarte con esa cosa —comentó—. ¿Eso es lo que os dan en el ejército? Quizá te convendría más dejarte crecer la barba.

—No es la navaja. Está bien afilada.

—Entonces, ¿qué es?

—Nada, nada.

Tatiana vio que él le miraba los pechos.

—Alexandr... —dijo ella y apartó el espejo.

—Ah, ahora que es de día, vuelvo a ser Alexandr, ¿no?

Tatiana no podía mirarlo, pero eso no le impedía sonreírle. Aquella mañana se sentía tan vigorosa que prácticamente había vuelto a casa corriendo cargada con los dos cubos de leche.

Alexandr preparó el café. Le sirvió una taza y se sentaron a beberlo, con los cuerpos apenas rozándose.

—Hace una mañana bonita —comentó Tatiana, en voz baja.

—Es una mañana gloriosa —afirmó él, radiante.

Naira la llamó y Tatiana fue a ayudarla, mientras Alexandr recogía sus cosas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, un tanto preocupada.

—Nos vamos de aquí. Ahora mismo.

—¿Nos vamos? —Una sonrisa iluminó el rostro de Tatiana.

—Sí.

—No puedo. Tengo que hacer la colada. Preparar el desayuno.

—Tania, a eso me refería. Tengo que estar por delante de la colada, por delante del desayuno. —La miró.

—Escucha, échame una mano. Terminaré mucho antes si me ayudas.

—Si lo hago, ¿vendrás conmigo?

—Sí —murmuró muy bajo.

Pero Alexandr le sonrió. La había escuchado.

Tatiana preparó huevos y patatas fritas para todos. Alexandr se engulló el desayuno en dos bocados.

—Ahora a ocuparnos de la colada.

Sin perder ni un segundo, cogió el cesto con la ropa sucia y emprendió la marcha hacia el río. Tatiana llevaba la tabla de lavar y el jabón. A duras penas podía seguirlo.

—¿Desde cuándo cuentas chistes indecentes en presencia de los jóvenes?

—Shura, sólo fue un chiste muy estúpido. No me di cuenta de que te molestaría.

—Sí que lo sabías. Por eso no querías contármelo.

—No quería molestarte —afirmó ella. Corría para mantenerse a la par.

—¿Por qué iba a molestarte? ¿Alguna vez me han molestado tus otros chistes?

Tatiana hizo una pausa antes de contestarle porque quería descubrir qué era aquello que le molestaba de una forma tan evidente. ¿Que fuera

inapropiado? ¿Que fuera indecente? ¿Que se lo hubiera contado a Vova? ¿A unas personas que Alexandr no conocía? ¿Que no era propio de ella? ¿Que no encajaba con lo que sabía de ella? Sí, decidió Tatiana. Era esto último. Él había sacado el tema porque algo le preocupaba. No dijo nada hasta que llegaron al río.

—Apenas sé el sentido del chiste.

—Pero sí lo suficiente para entenderlo, ¿no?

«Ajá —pensó Tatiana—. Está preocupado por mí». No hizo ningún comentario y se metió en el agua para mojar la tabla de lavar y el jabón. Alexandr la miró mientras fumaba.

—¿Cómo consigues que no se te moje el vestido blanco?

—Sólo se moja un poco el bajo de la falda. ¿Por qué? —Se sonrojó—. ¿Qué estás mirando?

—¿El vestido entero no se moja? —Alexandr sonreía.

—No. No acostumbro a lavar la ropa metida en el agua hasta el cuello.

Alexandr tiró la colilla. Después se quitó la camisa y las botas.

—Espera, déjame a mí. Tú sólo pásame las prendas, ¿de acuerdo?

Había algo tan encantador e incomprensible en él, que un capitán del Ejército Rojo estuviera metido en el Kama, con el agua hasta las rodillas, descamisado, haciendo el trabajo de una mujer, mientras Tatiana estaba bien seca y muy cómoda pasándole las prendas sucias... Le resultaba tan divertido que, cuando a él se le escapó una funda de almohada y se agachó para recogerla, ella se acercó sigilosamente y le dio un empujón. Alexandr cayó de cabeza en el agua.

Cuando salió, Tatiana tenía tal ataque de risa que tardó unos segundos más de la cuenta en emprender la huida. Alexandr le dio caza en tres zancadas.

—No tienes mucho equilibrio que se diga, grandullón —comentó Tatiana, riéndose—. ¿Qué hubiese pasado si hubiese sido un nazi?

Sin decir palabra, Alexandr la cogió en brazos y la llevó hasta el río.

—Ni se te ocurra. Déjame ahora mismo. Llevo un vestido muy bonito.

—Así es —admitió Alexandr, y la arrojó al agua.

Tatiana se acercó a la orilla, calada hasta los huesos.

—Mira lo que has hecho —exclamó, y comenzó a dar manotazos en el agua para salpicarlo—. Ahora no tengo nada para ponerme.

Alexandr la cogió entre sus brazos, la levantó en el aire y comenzó a besarla. Tatiana se dio cuenta de que comenzaban a resbalar. Se fueron inclinando cada vez más y más hasta que acabaron metidos en el agua, y cuando asomaron las cabezas para respirar, se olvidaron del decoro. Tatiana se le echó encima dispuesta a hundirlo, pero no pesaba lo suficiente. Él la apartó como si fuera una pluma y le hundió la cabeza en el agua durante unos segundos mientras ella intentaba cogerle las piernas.

—¿Te rindes? —le preguntó Alexandr, cuando le dejó salir a la superficie para que respirara.

—¡Nunca! —gritó ella, y el capitán volvió a hundirla.

—¿Te rindes?

—¡Jamás!

Otra vez abajo.

Después de la cuarta vez, cuando ya no le quedaba aliento, Tatiana gritó:

—¡Espera, espera, la ropa!

La pareja vio cómo las prendas pasaban a su lado, arrastradas por la corriente.

Alexandr fue a recogerlas. Tatiana regresó a la orilla, chorreando agua la mar de contenta.

El capitán salió del agua en cuanto acabó de recoger las prendas, las dejó en el suelo y se acercó a Tatiana.

—¿Qué? —le preguntó ella, asombrada por la expresión en el rostro de su amado—. ¿Qué?

—Mírate —contestó él con un tono ardiente—. Mírate los pezones, mírate el cuerpo con ese vestido. —La levantó en brazos—. Rodéame con las piernas.

—¿Que haga qué? —Tatiana le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a besarlo.

—Abre las piernas y sujétame con ellas. —Le puso una mano en las nalgas para sostenerla, y con la otra le levantó una pierna y se la apoyó en

la cintura—. De esta manera.

—Shura, bájame.

—No.

No podían dejar de besarse.

Cuando abrieron los ojos, Alexandr tuvo que dejar a Tatiana en el suelo, porque en el claro habían aparecido seis mujeres del pueblo, cargadas con los cestos de la ropa sucia, que los miraban con una expresión de reproche unánime.

—Ahora mismo nos marchábamos —murmuró Tatiana, mientras Alexandr le echaba algo sobre los hombros para tapar el vestido que se transparentaba.

Nunca llevaba sostén, ni siquiera tenía uno, y por primera vez en su vida, fue consciente de que se le veían los pezones y todo el cuerpo a través de la ropa. Fue como si de pronto se viera a ella misma con los ojos de Alexandr.

—Mañana seré la comidilla de todo Lazarevo —comentó ella en voz baja—. ¿Puede haber algo más humillante?

—Yo diría que sí —replicó el capitán—. Podrían haber aparecido tres minutos más tarde.

Tatiana, ruborizada hasta las raíces del pelo, no le contestó. Él se echó a reír.

Las cuatro ancianas parecían muy mortificadas cuando vieron aparecer a Tatiana con un vestido que se transparentaba, y a Alexandr, vestido sólo con los pantalones empapados.

—La colada se cayó al río —explicó Tatiana, sin mucha convicción—. Tuvimos que meternos en el agua para recogerla.

—Nunca había escuchado que pudiera ocurrir algo así —manifestó Dusia. Se persignó—. En todos los años que tengo.

Alexandr entró en la casa y reapareció al cabo de cinco minutos, vestido con el pantalón del uniforme, las botas y la camisa sin mangas que le había hecho Tatiana. Ella lo espía mientras tendía las sábanas sin orden ni concierto. El capitán se había puesto en cuclillas y rebuscaba en el macuto. Tatiana contempló su perfil, los brazos musculosos, su cuerpo de

soldado, el pelo negro erizado como el de un puercoespín, con un cigarrillo entre los labios. Era tan hermoso que cortaba la respiración. Él volvió la cabeza y sonrió.

—Tengo un vestido seco para ti —dijo Alexandr, y le enseñó el vestido blanco con las rosas rojas bordadas.

Le explicó cómo había ido a buscarlo al piso de Quinto Soviet.

—No creo que pueda ponérmelo —comentó ella, muy emocionada—. Pero me lo probaré otro día, ¿de acuerdo?

—Como quieras. —Alexandr guardó el vestido—. Ya te lo pondrás para mí cualquier otro día. —Recogió el fusil y el resto de su impedimenta—. Tú no necesitas nada. Ya has acabado aquí. Vámonos.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de aquí —respondió él en voz baja—. A algún lugar donde estemos solos y no nos interrumpa nadie. —Intercambiaron una mirada—. Coge el dinero —añadió.

—¿No acabas de decir que no cogiera nada?

—Y coge también tu pasaporte. Quizá vayamos a Molotov.

El entusiasmo que sentía disipó todas las culpas de Tatiana cuando le dijo a las cuatro ancianas que se marchaba.

—¿Volverás para la hora de la cena? —le preguntó Naira.

—No lo creo —respondió Alexandr. Se echó el fusil al hombro y cogió la mano de Tatiana.

—Pero, Tania, esta tarde a las tres se reúne el círculo de costura.

—Lamento decirles que Tania no asistirá, pero espero que se lo pasen ustedes muy bien.

Corrieron en dirección al río. Tatiana no miró atrás ni una sola vez.

—¿Adónde vamos?

—A la casa de tus abuelos.

—¿Por qué allí? Estará todo sucio y desordenado.

—Ya lo veremos.

—Además, allí fue donde ayer nos peleamos.

—No. —Él la miró—. ¿Sabes lo que tuvimos ayer allí?

Tatiana lo sabía, así que no le respondió. En cambio, le apretó la mano.

Cuando llegaron al claro, Tatiana entró en la isba, que estaba vacía pero inmaculadamente limpia. Era una cabaña de madera de una sola habitación, con cuatro ventanas grandes y una gran cocina económica que también hacía de estufa, en el centro. No había ni un solo mueble, pero el suelo de madera estaba fregado, los cristales de las ventanas se veían limpios, e incluso las cortinillas blancas habían sido lavadas y ya no olían a moho. Tatiana asomó la cabeza. Alexandr estaba muy ocupado clavando una estaca de la tienda. Ella se llevó una mano al pecho mientras le miraba trabajar. «Venga, cálmate», se dijo. No podía.

Salió de la cabaña y comenzó a recoger leña por si él quería encender el fuego.

La dominaban el miedo y el amor mientras recorría la orilla del Kama cubierta de pinaza, iluminada por el sol de un mediodía de junio.

Se quitó las sandalias y metió los pies en el agua fresca. En ese momento no podía acercarse a Alexandr, pero quizá más tarde nadarían un rato. «¡Cuidado!», le oyó gritar, y un segundo más tarde, el capitán pasó a su lado a toda carrera, vestido sólo con los calzoncillos, y se zambulló de cabeza en el agua.

—Tatiana, ¿quieres nadar? —le gritó.

Ella sacudió la cabeza. Estaba segura de que el corazón le estallaría en cualquier momento.

—Veo que nadas muy bien —comentó, mientras Alexandr nadaba a espalda.

—Claro que sé nadar. —La miró entre brazada y brazada—. Ven, te echo una carrera. —Sonrió—. Por debajo del agua. Hasta la otra orilla.

De no haber sido porque estaba tan nerviosa, le hubiera tomado la palabra. Le sonrió.

Alexandr salió del agua y se pasó las manos por el pelo mojado. Su pecho desnudo, sus brazos desnudos, sus piernas desnudas, todo brillaba. Se reía; a Tatiana le pareció que estaba iluminado por un brillo interior. No podía apartar la mirada de aquel cuerpo escultural. Los calzoncillos mojados se le pegaban a la piel.

No, ella no lo conseguiría.

—El agua está muy buena —comentó el hombre, acercándose—. Ven, vamos a nadar.

Tatiana sacudió la cabeza y se alejó con paso inseguro hasta el borde del claro, donde comenzó a recoger arándanos de los arbustos más bajos. «Por favor, tranquilízate —se repitió una y otra vez—. Por favor».

—Tatia —dijo él en voz baja, a sus espaldas. Tatiana se volvió. Alexandr se estaba secando. La muchacha le ofreció un puñado de arándanos; él los cogió, pero no le soltó la mano, sino que tiró suavemente hacia abajo para hacerla sentar en la hierba—. Siéntate un momento.

Tatiana se sentó en la hierba y Alexandr se arrodilló delante de ella. Se inclinó para besarla en los labios con mucha suavidad. Ella apenas si respiraba.

—Tatia... Tatiasha. —La voz del capitán sonaba cada vez más ronca. Le cogió las manos y se las besó; le besó las muñecas y los antebrazos. —¿Sí? —dijo ella, con el mismo tono.

—Estamos solos.

—Lo sé. —Reprimió un gemido.

—Tenemos intimidad.

—Humm.

—¡Intimidad, Tania! —exclamó Alexandr, emocionado—. Por primera vez en nuestras vidas, tú y yo estamos a solas. Lo estuvimos ayer y lo estamos ahora.

Ella no soportaba la pasión en sus ojos color caramelo. Bajó la vista.

—Mírame.

—No puedo.

Alexandr le cogió el rostro pequeño con sus manos enormes.

—¿Tienes miedo?

—Estoy aterrorizada.

—No. Por favor, no me tengas miedo. —La besó en los labios tan profundamente, con tanto amor, que Tatiana sintió cómo se encendía una vez más la hoguera en su vientre. Se tambaleó, físicamente incapaz de mantenerse sentada—. Tatiasha, ¿por qué eres tan hermosa? ¿Por qué?

—Soy un espantajo —replicó ella—. Tú sí que eres hermoso.

—Dios, qué cosa tan bonita. —La abrazó durante un momento, y después volvió a cogerle las manos—. Tania, tú eres mi milagro. Tú eres el regalo que me ha enviado Dios para sostener mi fe. —Hizo una pausa—. Te envió para redimirme, para consolarme y curarme, y eso es sólo una parte. —Sonrió—. Apenas si puedo contenerme. Deseo tanto hacerte el amor... —Se interrumpió—. Sé que tienes miedo. Nunca te haría daño. ¿Vendrás a mi tienda conmigo?

—Sí —asintió Tatiana en voz baja.

Alexandr la llevó en brazos hasta la tienda, la acostó sobre la manta y después cerró los faldones. En el interior reinaba la penumbra, sólo un rayo de sol se colaba por uno de los ojetes.

—Te hubiera llevado a la casa —añadió con una sonrisa—, pero no tenemos mantas ni almohadas. No hay nada más que la madera y la plancha de hierro de la cocina.

—Mmmm —murmuró Tatiana—. La tienda no está mal. —En ese momento le hubiese dado lo mismo estar acostada en el suelo de mármol del palacio Peterhof.

Alexandr la abrazaba, pero ella lo único que quería era estar acostada junto a él. ¿Cómo lo hacía?

—Shura —musitó.

—¿Sí? —dijo él, que le besaba el cuello.

Pero él no hacía nada más, como si estuviese esperando, pensando, o...

Alexandr se apartó, y ella comprendió por la reserva en su mirada que algo le preocupaba.

—¿Qué pasa?

Alexandr rehuyó su mirada.

—Ayer me acusaste de tantas cosas terribles... no es que no me las mereciera...

—No te las merecías todas. —Tatiana sonrió—. ¿Qué?

El capitán exhaló un suspiro.

—Venga, pregúntamelo. —Ya sabía lo que esperaba Alexandr.

Él continuó con la cabeza gacha.

—Levanta la cabeza. Mírame. —Alexandr obedeció. Tatiana se arrodilló delante del hombre. Le sujetó el rostro con las manos y lo besó —. Alexandr, la respuesta es sí. Por supuesto que me salvé para ti. Te pertenezco. ¿Qué pensabas?

La mirada del joven cambió en el acto. Se reflejó en ella la alegría, el alivio, el entusiasmo.

—Oh, Tania. —Por un momento, le fallaron las palabras—. No tienes idea de lo que significa para mí.

—Shh... calla. —Ella lo sabía.

—Tú tenías razón —manifestó él con los ojos cerrados—. No me merezco lo que tienes para darme.

—Si no es para ti, ¿para quién si no? —Tatiana lo abrazó—. ¿Dónde están tus manos? Las quiero.

—¿Mis manos? —Sonrió y volvió a besarla ardientemente—. Levanta los brazos.

Le quitó el vestido y la tumbó en la manta, abrió las piernas y se puso de rodillas sobre ella, la besó el rostro y la garganta con los labios hambrientos, le acarició todo el cuerpo con sus manos hambrientas.

—Ahora, necesito que estés completamente desnuda, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Él le quitó las bragas de algodón blanco y Tatiana lo miró en su debilidad, que a su vez la miraba.

—No, no podré aguantarlo —exclamó.

Alexandr apoyó una mejilla en su pecho.

—Los latidos de tu corazón suenan como descargas de artillería. —Le chupó los pezones—. No tengas miedo.

—De acuerdo —susurró Tatiana, con las manos puestas en el pelo húmedo del hombre.

—Dime lo que quieres que haga, y lo haré —dijo Alexandr, inclinado sobre ella—. Iré tan poco a poco como necesites. ¿Qué quieres?

Tatiana no podía responderle. Quería que él le procurara un alivio instantáneo para el fuego que ardía en su vientre, pero no podía. Tenía que confiar en Alexandr.

—Mira cómo tienes los pezones: duros, erguidos —dijo Alexandr con una mano apoyada en el vientre de la muchacha—. Me están suplicando que los chupe.

—Chúpalos —gimió Tatiana.

El capitán no se hizo rogar.

—¡Sí, sí! Gime, gime todo lo fuerte que quieras. Nadie te escuchará excepto yo, y he viajado mil seiscientos kilómetros para escucharte gemir, así que gime, Tania. —Su boca, su lengua, sus dientes, devoraron sus pechos mientras su espalda, su pecho y sus caderas se arqueaban hacia él.

Alexandr se tumbó a su lado y metió una mano entre los muslos apretados.

—Espera, espera —le rogó ella, intentando mantener las piernas juntas.

—No, ábrelas. —Alexandr le separó los muslos y comenzó a acariciarle muy suavemente la entrepierna mientras le pasaba un brazo alrededor del cuello—. Tania, estás temblando. —La tocó con un dedo. El cuerpo de ella se puso rígido. Alexandr dejó de respirar. Tatiana dejó de respirar—. ¿Sientes lo suavemente que te acaricio? —murmuró con los labios en su mejilla—. Eres completamente rubia.

Tatiana apretaba los puños sobre el estómago. Mantenía los ojos cerrados.

—¿Sientes eso, Tatia?

Ella gimió.

Alexandr la acarició arriba y abajo y después en círculos.

—Eres deliciosa.

Tatiana apretó todavía más los puños.

Él la acarició un poco más fuerte.

—¿Quieres que pare? —Alexandr también gimió.

—¡No!

—Tania, ¿me sientes junto a tu cadera?

—Sí, creía que era el cañón de tu fusil. —Notaba el calor de su aliento en el cuello.

—Lámalo como más te guste; para mí ya está bien. —Se inclinó sobre ella y volvió a chuparle los pezones mientras continuaba con las caricias.

Siempre en círculo...

Él apartó los dedos, la boca, todo el cuerpo.

—No, no, no. No pares ahora —murmuró Tatiana.

Abrió los ojos. En la palpitante tensión de la carne había comenzado a sentir como un fuego y cuando él se detuvo, la dominaron unos temblores tan fuertes que Alexandr tuvo que echarse encima de ella para calmarla, con la frente apoyada en la de ella.

—Tranquila, tranquila. Todo va bien. —Volvió a tenderse en la manta—. Dime lo que quieras que haga.

—No lo sé —respondió Tatiana, con voz trémula—. ¿Qué más me ofreces?

—De acuerdo. —Se quitó los calzoncillos y se arrodillo delante de ella.

En cuanto lo vio, Tatiana se sentó como impulsada por un resorte.

—Oh, Dios mío, Alexandr —murmuró, incrédula. Retrocedió.

—No pasa nada. —Alexandr sonrió—. ¿Adónde vas? —La sujetó por las piernas.

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza, sin dejar de mirarlo boquiabierto—. No, no, por favor.

—En su infinita sabiduría —comentó Alexandr—. Dios se ha asegurado de que todo funcione como debe.

—Shura, no es posible. Eso nunca...

—Confía en mí —replicó Alexandr, con una mirada de lujuria—. Lo haré. —La hizo acostar—. No puedo esperar más. Ni un segundo más. Necesito estar dentro de ti ahora mismo.

—Oh, Dios. No, Shura.

—Sí, Tania, sí. Dilo. Sí, Shura.

—Oh, Dios. Sí, Shura.

Alexandr se puso encima de ella y se apoyó en los codos.

—Tania —susurró apasionadamente—, estás desnuda y yo encima de ti. —Lo dijo como si él mismo no se lo creyera.

—Alexandr —dijo ella, que seguía temblando—, estás desnudo y encima de mí. —Sintió el roce del miembro en los muslos. Se besaron.

—No me lo puedo creer —afirmó él, con la respiración agitada—. Me parece imposible que por fin haya llegado el día. Sin embargo, no puedo imaginármelo. Estás viva y debajo de mí. Tatia, tócalo, cógelo en tus manos.

Tatiana no tardó ni un segundo y se lo cogió.

—¿Sientes lo duro que está? Es por ti.

—Dios, sí —asintió, cada vez más asombrada. Verlo había sido una sorpresa tremenda. Sentirlo en sus manos, era demasiado—. Es imposible —murmuró, mientras lo acariciaba—. Me matarás.

—Sí. Déjame que lo haga. Separa las piernas.

Ella le obedeció.

—Un poco más. —Alexandr la besó—. Ábrete para mí, Tania. Adelante, ábrete para mí.

Tatiana separó más las piernas, sin dejar de acariciarlo.

—¿Estás preparada?

—No.

—Sí que lo estás. Suéltame. —Sonrió—. Cógete de mi cuello. Bien fuerte.

Él comenzó a penetrarla lentamente, poco a poco, muy poco a poco. Tatiana se cogió a sus brazos, a la manta, a su espalda, a la hierba más arriba de su cabeza.

—Espera, espera, por favor.

Alexandr esperó lo mejor que pudo. Tatiana tenía la sensación de que la estaban desgarrando por dentro, pero también había algo más: un ansia tremenda de tener a Alexandr todo dentro de su cuerpo.

—Ya está —anunció Alexandr—. Ya estoy dentro de ti. —Le dio un beso y aspiró profundamente—. Estoy dentro de ti, Tatiasha.

La muchacha gimió suavemente, abrazada a su cuello.

—¿De verdad que estás dentro de mí?

—Sí. —Él se apartó un poco—. ¿Lo notas?

—No puedo creer que encajes.

—Muy justo, pero sí —respondió Alexandr, con una sonrisa. La besó en los labios. Respiró. Mantuvo los labios apoyados en los suyos—. Es como si Dios mismo hubiera unido nuestra carne... —Volvió a respirar— y hubiera dicho: tú y ella seréis uno.

Tatiana se quedó muy quieta, con los labios de Alexandr en la frente. ¿Había más? Su cuerpo seguía tenso. No había alivio. Sus manos lo apretaron un poco más. Miró el rostro arrebolado de su amante.

—¿Ya está? ¿Esto es todo lo que hay?

—No del todo —respondió Alexandr. Respiró su aliento—. Sólo estoy... Tania, hemos deseado esto con tanta desesperación —le susurró en la boca—, y es un momento que nunca se repetirá. —La miró a la cara—. No quiero que se acabe.

—De acuerdo —murmuró ella. Le latía todo el cuerpo. Levantó un poco las caderas.

Otro momento.

—¿Preparada? —Se retiró un poco y muy despacio, después empujó.

Tatiana apretó los labios, pero así y todo se oyó el gemido.

—Espera, espera.

Alexandr sacó la mitad y volvió a empujar.

—Espera...

Él lo sacó casi todo y volvió a empujar hasta el fondo, y Tatiana, asombrada, casi gritó, pero tenía demasiado miedo a que él se detuviera si creía que sufría. Le escuchó gemir, y esta vez no tan despacio lo volvió a sacar y lo volvió a meter hasta el fondo. Ella se aferró a sus brazos, sin dejar de gemir.

—Oh, Shura. —Ella no podía respirar.

—Lo sé. Abrázate a mí.

Más rápido. Sin tantos miramientos.

El dolor que sentía era como si la quemaran.

—¿Te hago daño?

—No —respondió Tatiana, mareada.

—Voy todo lo despacio que puedo.

—Oh, Shura. —«Quiero respirar, ¿por qué no puedo respirar?».

—Tania... Dios, estoy perdido, ¿verdad? —El aliento de Alexandr la abrasaba—. Estoy perdido para siempre.

Sin ningún miramiento.

Tatiana se abrazó a él, la boca abierta en un grito mudo.

—¿Quieres que pare?

—No.

Alexandr se detuvo.

—Espera —dijo, con la cabeza contra su mejilla—. Aguanta —susurró. Permaneció quieto—. Oh, Tania.

Y entonces bruscamente comenzó a entrar y a salir de ella con tanta fuerza y con tanta rapidez que Tatiana creyó que se desmayaría. Gritó de dolor y de pasión mientras sujetaba la cabeza del hombre hundida en su cuello.

Un momento que le pareció eterno.

Otro más.

Y otro.

El corazón le latía con un ritmo enloquecido; tenía la garganta seca, los labios húmedos, y poco a poco volvía a respirar, a escuchar, a sentir, a oler.

Abrió los ojos.

Alexandr se movió cada vez más despacio hasta detenerse, respiró con fuerza y después permaneció encima de ella durante unos minutos.

Ella continuó abrazándolo.

Notó un cosquilleo agrisado donde él había estado. Tatiana sintió remordimientos; quería tenerlo otra vez dentro de ella; había sido tan intruso y absoluto...

Alexandr se apartó. Le sopló suavemente en la frente y el pecho sudorosos.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Le besó las pecas—. Tania, cariño, dime que estás bien.

Ella no podía responderle. El contacto de sus labios en su rostro era delicioso.

—Estoy bien —contestó al fin, con una sonrisa tímida, mientras lo abrazaba—. ¿Tú estás bien?

—En la gloria. —Le acarició a lo largo de todo el cuerpo desde el rostro hasta las pantorrillas, una y otra vez—. Nunca me he sentido mejor. —Su sonrisa brillante reflejaba tal felicidad que a Tatiana le entraron ganas de llorar. Apretó su rostro contra el de su amado. La mano de Alexandr descansó en la cadera de Tatiana—. Has estado muchísimo más callada de lo que esperaba.

—Intentaba no desmayarme —respondió Tatiana.

—Creía que lo harías. —Alexandr se rio.

—Shura, ¿fue...? —Tatiana se puso de lado.

Alexandr le besó los ojos.

—Tania, estar dentro de ti, acabar dentro de ti fue mágico, tú sabes que lo fue.

—¿Cómo esperabas que fuera? —Ella lo empujó con mucha suavidad.

—Esto fue mucho mejor que cualquier cosa que pudiera inventar mi patética imaginación.

—¿Te lo habías imaginado?

—Ya lo puedes decir. —La abrazó—. Olvídate de mí. Dime, ¿tú qué esperabas? —Sonrió, le dio un beso y rio encantado—. No, voy a estallar. Cuéntamelo todo. ¿Te lo habías imaginado? —preguntó con un tono de lujuria.

—No. —Lo empujó otra vez. Desde luego, no había imaginado eso. Hizo correr sus dedos con mucha suavidad desde la garganta hasta el vientre de Alexandr. Lo único que quería era su permiso para tocarlo otra vez—. ¿Por qué me miras de esa manera? ¿Qué quieres saber?

—¿Qué esperabas?

—La verdad es que no lo sé —contestó después de pensarlo.

—Venga, sin duda esperabas algo.

—No esto.

—Entonces, ¿qué?

Tatiana se sentía muy avergonzada y deseó que Alexandr no la mirara con tanta adoración, como si se le cayera la baba.

—Tenía un hermano, Shura. Sabía cómo sois todos: callados, discretos y muy... —Tatiana buscó la palabra adecuada— poco alarmantes.

Alexandr se echó a reír.

—Pero nunca había visto a ninguno...

—... ¿alarmante?

—Hmmm. —¿Por qué se reía de esa manera?

—¿Qué más?

—Supongo que creí que esta cosa poco alarmante... No lo sé, que sería... —Tosió—. Digamos que el movimiento también resultó toda una sorpresa para mí.

Alexandr la besó, feliz.

—Eres una muchacha la mar de graciosa. ¿Qué voy a hacer contigo?

Tatiana lo miró en silencio, el fuego en su interior continuaba ardiendo. Estaba fascinada con el cuerpo del hombre. Le acarició el vientre con la punta de los dedos.

—¿Y ahora qué? ¿Hemos acabado?

—¿Quieres que se acabe?

—No —respondió ella, en el acto.

—Tatiana, te quiero —exclamó Alexandr.

—Muchas gracias —susurró ella, con los ojos cerrados.

—No me vengas con esas. —La obligó a levantar la cabeza—. Nunca te he escuchado decírmelo.

«No podía ser verdad —pensó Tatiana—. Te he amado cada minuto del día desde que nos conocimos».

—Te quiero, Alexandr.

—Muchas gracias —murmuró él, sin dejar de mirarla—. Dímelo otra vez.

—Te quiero. —Lo abrazó—. Te quiero, mi adorable grandullón. —Le sonrió—. Pero ¿sabes una cosa? Nunca te he escuchado decírmelo.

—Te equivocas. Me escuchaste decírtelo.

Pasó un momento.

Ella no habló, ni respiró, ni parpadeó.

—¿Sabes cómo lo sé?

—¿Cómo?

—Porque tú te levantaste de aquel trineo.

Transcurrió otro momento de silencio.

La segunda vez que se amaron, le dolió menos.

La tercera, Tatiana experimentó un momento incandescente de un placer y un dolor exquisitos que la pilló por sorpresa.

—Dios, no pares, por favor —gritó.

—¿No? —replicó Alexandr y se detuvo.

—¿Qué haces? —le preguntó ella. Lo miró con los labios entreabiertos —. Te dije: «No pares».

—Quiero escucharte gemir otra vez —murmuró él—. Quiero escucharte suplicar que no pare.

—Por favor —susurró Tatiana, apretando los muslos contra los del hombre, con las manos alrededor de su cuello.

—¿No, Shura, no? ¿O sí, Shura, sí?

—Sí, Shura, sí. —Tatiana cerró los ojos—. Te lo suplico, no pares.

Alexandr volvió a entrar y salir lenta y profundamente. Ella gritó.

—¿Así?

Ella no podía hablar.

—¿O...?

Cada vez más rápido. Tatiana gritó.

—Tania, ¿qué te parece?

—Es tan delicioso...

—¿Cómo lo quieres?

—De cualquier manera. —Sus manos lo sujetaron con todas sus fuerzas.

—Gime por mí, Tania —susurró Alexandr, con un cambio de ritmo y velocidad—. Adelante, gime por mí.

No se lo tuvo que pedir dos veces.

—No pares, Shura... —suplicó ella, indefensa.

—No pararé, Tania.

No se detuvo, y finalmente se produjo. Tatiana sintió cómo todo su cuerpo se tensaba para después estallar en una llama convulsiva, seguida

por un torrente de lava. Tardó unos minutos en dominar los temblores que la sacudían.

—¿Qué fue eso? —le preguntó, con la respiración agitada.

—Eso fue mi Tania descubriendo lo que tiene de fantástico hacer el amor. Eso fue el alivio —afirmó él, apretando su mejilla contra la mejilla de la muchacha.

Tatiana lo abrazó, volvió el rostro y murmuró mientras lloraba de felicidad:

—Oh, Dios mío, Alexandr.



—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—No lo sé. ¿Unos minutos?

—¿Dónde está tu famoso reloj tan exacto?

—No lo tengo. No quería que pasara el tiempo —respondió Alexandr con los ojos cerrados.



—Tania, no estás dormida, ¿verdad?

—No. Sólo tengo los ojos cerrados. Me siento tan relajada...

—Tania, ¿me dirás la verdad si te la pregunto?

—Por supuesto. —Sonrió, sin abrir los ojos.

—¿Alguna vez habías tocado antes a un hombre?

Tatiana abrió los ojos y se rio discretamente.

—Shura, ¿de qué estás hablando? Aparte de mi hermano cuando éramos pequeños, jamás había visto antes a un hombre.

Tatiana estaba acurrucada en sus brazos. Le tocó con los dedos la barbilla, el cuello, la nuez. Apretó el dedo índice en la arteria que latía casi a flor de piel en el cuello. Se movió un poco para besarle la arteria, y luego dejó los labios apoyados, para sentir su latido. «¿Por qué es tan adorable? —se preguntó—. ¿Por qué huele tan bien?».

—¿Qué pasó con todas aquellas hordas de bestias juveniles que te perseguían en Luga? ¿Ninguno de ellos?

—¿Ninguno de ellos, qué?

—¿Tocaste a alguno de ellos? —preguntó el capitán.

Tatiana sacudió la cabeza.

—Shura, ¿por qué eres tan gracioso? No.

—¿Quizás a través de la ropa?

—¿Qué? —Tatiana no apartó la boca de su cuello—. Por supuesto que no. —Hizo una pausa—. ¿Qué estás intentando sacarme?

—Las cosas que hiciste antes de conocerme.

—¿Había vida antes de Alexandr? —replicó ella con tono burlón.

—Dímelo tú.

—De acuerdo. ¿Qué más quieres saber?

—¿Quién más ha visto tu cuerpo desnudo? Alguien que no sea de tu familia. Otros que no fueran cuando tú tenías ocho años y dabas volteretas desnuda.

¿Era eso lo que él quería? ¿Toda la verdad? Había tenido tanto miedo a confesársela... ¿Querría escucharla?

—Shura, el primer hombre que me vio semidesnuda fuiste tú en Luga.

—¿Eso es verdad? —Él se apartó un poco para mirarla a los ojos.

Ella asintió mientras le rozaba el cuello con los labios.

—Es verdad.

—¿Nadie te ha tocado?

—¿Tocado?

—Tocado los pechos, tocado tu... —La mano de Alexandr se metió entre sus piernas.

—Shura, por favor. Por supuesto que no.

Tatiana notó que su corazón se aceleraba por la rapidez de los latidos de la arteria contra sus labios. Sonrió. Se lo contaría en ese mismo momento, si tanto le interesaba saberlo.

—¿Recuerdas el bosque de Luga?

—¿Cómo podría olvidarlo? —replicó él con voz ronca—. Fue el beso más dulce de toda mi vida.

—Alexandr, fue el primer beso de mi vida —susurró ella, con el rostro hundido en su cuello.

Él sacudió la cabeza y luego se puso de lado, para mirarla con una expresión de escepticismo e incredulidad emocional, como si la muchacha le hubiese escamoteado parte de la verdad. Tatiana se volvió.

—¿Qué pasa? —le preguntó, sonriente—. Me estás avergonzando. ¿Ahora, qué?

—No me digas que...

—De acuerdo, no te lo diré.

—¿Me lo dirás, por favor?

—Te lo acabo de decir.

Alexandr continuó mirándola, estupefacto.

—Cuando te besé en Luga...

—¿Sí?

—Dímelo.

—Shura. —Tatiana apretó todo su cuerpo contra el de su amante—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres escuchar la verdad, o alguna otra cosa?

—No te creo. —Alexandr meneó la cabeza—. Sencillamente no te creo.

—De acuerdo. —Tatiana se tendió de espaldas y entrelazó las manos debajo de la nuca.

—Creo que me lo dices sólo porque te imaginas que es lo que quiero escuchar. —Se puso de lado y comenzó a acariciarle los pechos y el vientre. Sus manos no dejaban de moverse ni un solo instante.

—¿Es eso lo que quieres escuchar?

—No lo sé —contestó Alexandr, después de unos momentos de silencio—. No. Sí. Dios me ayude —añadió—. Pero sobre todo lo demás quiero la verdad.

Tatiana le palmeó la espalda alegremente.

—Pues ya la sabes. —Sonrió—. En toda mi vida no me ha tocado nadie más que tú.

Pero Alexandr no sonreía. Sus ojos color caramelo parecían derretirse, cuando le preguntó con voz entrecortada:

—¿Cómo es posible?

—No sé cómo es posible. Lo es y ya está.

—¿Qué hiciste? ¿Salir del vientre de tu madre para venir directamente a mis brazos?

—Casi, casi. —Se echó a reír—. Alexandr, te quiero —prosiguió, mirándole a la cara—. ¿Lo entiendes? Nunca he querido besar a nadie antes que a ti. Deseaba tanto besarte en Luga que no sabía qué hacer. No sabía cómo decírtelo. Me pasé media noche despierta mientras pensaba en cómo conseguir que me besaras. Por fin, cuando estábamos en el bosque, me dije que no podía renunciar a conseguirlo. Pensé: «si no puedo conseguir que mi Alexandr me bese en el bosque, ya puedo perder toda esperanza de que alguien me bese». —Tatiana respondió a sus caricias.

—¿Por qué me haces esto? —preguntó Alexandr apasionadamente—. Tienes que dejar de hacerlo ahora mismo. ¿Por qué me haces esto?

—¿Qué me estás haciendo tú a mí? —Tatiana apretó los dedos en la espalda del hombre.

Cuando Alexandr volvió a poseerla, sus labios no dejaron ni por un momento los suyos, y fue su clímax tan apasionado, que ella apenas si notó la explosión del suyo. Tatiana estaba segura de haberle escuchado gemir como si estuviera a punto de echarse a llorar. Él le susurró en la boca:

—No sé cómo sobreviviré, Tatiana.



—Amor mío —murmuró Alexandr, sin bajarse de ella—. Abre los ojos. ¿Estás bien?

Tatiana no le respondió. Escuchaba atentamente la amorosa cadencia de su voz.

—Tania... —añadió él, trazando círculos con los dedos en su rostro, en el cuello, en los pechos—. Tienes la piel de un bebé. ¿Lo sabías?

—No —contestó ella.

—Tienes la piel de un recién nacido, el aliento más dulce y el pelo como la seda. —Se puso de rodillas y le chupó los pezones—. Eres divina de los pies a la cabeza.

Ella le escuchaba en el colmo de la felicidad.

—Tatiana, te lo ruego, perdóname —dijo Alexandr, con lágrimas en los ojos—, por herir tu corazón perfecto con mi rostro frío e indiferente. Te tenía en mi corazón, y nunca fue indiferente. No te merecías nada de lo que se te dio, de lo que tuviste que soportar. Nada. De tu hermana, de Leningrado, y desde luego de mí. No tienes idea de lo que me costó no mirarte por última vez cuando cerré la lona de aquel camión. Tenía muy claro que si lo hacía, se acabaría todo. No hubiese podido ocultar mi rostro de ti o de Dasha. No hubiese podido mantener la promesa que te había hecho. No fue que no te quise mirar. No podía hacerlo. Te había dado tanto cuando estuvimos solos... Confiaba en que sería suficiente para que siguiera adelante.

—Lo fue, Shura. —Las lágrimas rodaron por las mejillas de Tatiana—. Estoy aquí, y será suficiente en el futuro. —Apoyó la cabeza del hombre en su pecho—. Lamento mucho haber dudado de ti. Pero ahora mi corazón se ha descargado de cualquier peso.

Alexandr la besó entre los pechos.

—Me has arreglado. —Tatiana sonrió.



Tatiana yacía feliz debajo del cuerpo de Alexandr, después de haber sido querida y aliviada una y otra vez.

—Vaya, y yo que creía que antes te amaba.

—Esto le añade toda una nueva dimensión, ¿verdad?

La besó en la sien, sin apartar las manos de su cuerpo. Nada de él se había separado de su cuerpo. La sostenía con las manos debajo de las nalgas, sin dejar de moverse dentro de ella.

Tatiana volvió su rostro hacia él y una sonrisa iluminó su cara, una sonrisa llena de juventud y éxtasis.

—Alexandr, tú eres mi primer amor. ¿Lo sabías?

Él le apretó las nalgas, la penetró más profundamente, le lamió la sal del rostro.

—Lo sé.

—¿Sí?

—Tatia, lo supe antes que tú. —Sonrió—. Antes de que por fin encontraras la palabra para describirte a ti misma lo que sentías. Lo supe desde el principio. ¿Cómo sino podías ser tan tímida e inocente?

—¿Inocente?

—Sí.

—¿Tanto se me notaba?

—Sí. —Alexandr volvió a sonreír—. No podías mirarme en público, y sin embargo adorabas mi rostro cuando estábamos juntos como ahora. —La besó—. Tu vergüenza ante las cosas más pequeñas. Ni siquiera podía tocarte la mano en el tranvía sin que te ruborizaras. Tus dedos sobre mi mano cuando te hablé de Estados Unidos, y tu sonrisa, tu sonrisa, Tania, cuando corriste hacia mí a la salida de la Kirov. —Sacudió la cabeza al recordarlo—. Creaste para mí una jaula de oro con tu primer amor.

Ella lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Así que te crees la parte del primer amor, pero tienes un problema con la parte del primer beso —comentó con un tono burlón—. ¿Qué clase de chica te crees que soy?

—La más adorable de todas.



—¿Estás preparado para más?

—Tania. —Alexandr meneó la cabeza con una expresión incrédula—. ¿Qué te ha dado?

Tatiana se echó a reír. Le acarició el vientre.

—Shura, ¿estoy pidiendo demasiado?

—No, pero vas a matarme.

Tatiana ansiaba algo, pero no sabía cómo vencer su timidez para pedírselo. Continuó acariciándolo mientras pensaba. Por fin se decidió.

—Amor mío, ¿puedo ponerme encima de ti?

—Por supuesto. —Alexandr abrió los brazos con una sonrisa—. Ven aquí. Ponte encima de mí.

Ella se puso encima del hombre y le lamió los labios muy suavemente.

—Shura —susurró—. ¿Te gusta así?

—Ummm.

Sus labios le rozaron el rostro, la garganta, el pecho.

—¿Sabes cómo es tu piel para mí? Es como mi helado favorito. Cremosa, suave. Todo tu cuerpo tiene el color del caramelo, como mi *crème brûlée*, pero no eres frío como el helado, sino caliente. —Frotó los labios contra su pecho.

—¿Qué? ¿Es mejor que el helado?

—Sí. —Tatiana sonrió y volvió a besarlo en los labios—. Me gustas mucho más que el helado. —Después de darle un beso muy largo, le chupó la lengua tiernamente—. ¿Te ha gustado? —preguntó.

Él asintió con un gemido.

—Shura, amor mío —preguntó, con mucha timidez—, ¿hay alguna otra parte donde quizá te gustaría que hiciera eso?

Él la apartó para mirarla, atónito. Tatiana le miró en silencio, complacida de su expresión de incredulidad.

—Creo que podría haber una parte donde me gustaría que hicieras lo mismo —respondió, espaciando las palabras.

Ella le sonrió, al tiempo que intentaba ocultar su excitación.

—Sólo tendrás que decirme lo que debo hacer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Tatiana besó el pecho de Alexandr, escuchó su corazón, se movió un poco más abajo, apoyó la cabeza en su estómago musculoso. Bajó un poco más, le acarició con el pelo rubio y después frotó sus pechos contra su miembro; notó cómo se hinchaba entre sus pechos. Le besó la línea de vello negro que bajaba desde el ombligo, y luego le rozó el miembro con los labios.

Se puso de rodillas y se lo sujetó con las dos manos. Era extraordinario.

—¿Y ahora qué hago?

—Ahora métetelo en la boca —respondió él, sin dejar de mirarla.

—¿Todo? —susurró, casi sin respirar. Se lo metió en la boca hasta donde pudo.

—Ahora muévete arriba y abajo.

—¿Así?

—Sí —respondió él, después de una pausa muy larga.

—O...

—Sí, así también.

Tatiana sintió cómo se le endurecía el pene entre sus labios ardientes y sus manos, que no dejaban de acariciarlo.

—Oh, sí —murmuró ella, y gimió mientras intentaba meterlo más adentro.

—Lo estás haciendo muy bien, Tatia. Sigue, no pares.

Ella se detuvo. Alexandr abrió los ojos.

—Quiero escucharte suplicar que no pare —le dijo Tatiana, sonriendo.

Alexandr se sentó y la besó en la boca.

—Por favor, no pares. —Luego la empujó hacia abajo, mientras él se tendía en la manta.

Un segundo antes de acabar, le apartó la cabeza.

—Tania, voy a acabar.

—Acaba —susurró Tatiana—. Acaba en mi boca.

Después, mientras ella yacía acurrucada contra su pecho, Alexandr le dijo al tiempo que la miraba con asombro:

—He decidido que me gusta.

—A mí también.



Tatiana permaneció tendida a su lado durante un buen rato, estremecida por las caricias de sus dedos, que eran como plumas que se deslizaban por

su piel.

—¿Por qué nos hemos pasado dos días discutiendo cuando podríamos haber estado haciendo esto?

Alexandr le alborotó el pelo.

—Aquello no fue discutir, Tatiasha. Fue el aperitivo.

Se besaron.

—Lo siento —murmuró Tatiana.

—Yo también.

Tatiana calló.

—¿Qué pasa? —Quiso saber Alexandr—. ¿En qué piensas?

«¿Cómo me conoce tan bien? —se preguntó ella—. Basta que pestañee para que él sepa que estoy pensando, que estoy inquieta o angustiada».

—Shura, ¿has amado a muchas otras chicas? —le preguntó con una voz casi de niña.

—No, carita de ángel —respondió Alexandr apasionadamente, y la acarició—. No he amado a muchas chicas.

—¿Amaste a Dasha? —Sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Tania, no lo hagas —le rogó Alexandr, después de una pausa—. No sé qué respuestas quieres escuchar. Te diré lo que tú quieras.

—Sólo dime la verdad.

—No, no amé a Dasha. La estimaba, pasamos algunos ratos agradables.

—¿Muy agradables?

—Agradables.

—La verdad.

—Sólo agradables —repitió él. Le pellizcó un pezón—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que Dasha no era mi tipo?

—¿Qué le dirás de mí a tu próxima chica?

—Le diré que tenías los pechos perfectos. —Sonrió.

—Basta. No digas más.

—Que tenías unos pechos increíbles, duros, erguidos, con los pezones muy sensibles y grandes como cerezas —añadió él, mientras volvía a

ponerse encima de ella y le levantaba las piernas—. Que tenías los labios de los dioses y los ojos de las reinas. Le diré —afirmó Alexandr, con un tono fogoso, al tiempo que la penetraba— que no eras de este mundo.

★

—¿Tienes idea de la hora que es?

—No lo sé —contestó él, somnoliento—. Debe estar anocheciendo.

—No quiero volver con ellas.

—¿Quién va a volver? —preguntó Alexandr—. No nos moveremos de aquí. Nunca.

—¿No?

—Intenta marcharte.

★

Antes de que se hiciera noche cerrada, salieron de la tienda. Tatiana se sentó en la cama con la guerrera de Alexandr sobre los hombros. Él encendió una hoguera con la pinaza y la leña seca que la muchacha había recogido unas horas antes. En cinco minutos, el fuego ardía vigorosamente.

—Sabes encender una buena hoguera —comentó Tatiana en voz baja.

—Gracias. —Sacó del macuto dos latas de *tushonka*, un pan seco y la cantimplora—. Veamos qué más hay por aquí. —Abrió un paquete hecho con papel de aluminio. Dentro había una tableta de chocolate.

—¡Oh! —exclamó Tatiana, y lo miró asombrada, sin preocuparse por el chocolate.

Comieron en silencio.

—¿Dormiremos en la tienda? —Quiso saber Tatiana cuando acabaron de comer.

—Si quieres, encenderé el fuego en la casa. —Sonrió—. ¿Has visto cómo la limpié para ti?

—Sí. ¿Cuándo lo hiciste?

—Ayer, después de la pelea. ¿Qué pensabas que hice durante el resto de la tarde?

—¿Después de la pelea? —Tatiana lo miró, desconcertada—. ¿Antes de que vinieras a casa y me dijeras que te devolviera tus cosas para marcharte?

—Sí.

Tatiana le golpeó suavemente en las costillas.

—Sólo querías escucharme decir...

—No lo digas —susurró Alexandr—, aquí y ahora, te volveré a hacer el amor. Te juro que no sobrevivirás.

A punto estuvo de no sobrevivir.



Sentada delante del fuego, y acurrucada en sus brazos, Tatiana lloraba contra el pecho de Alexandr.

—Tania, ¿por qué lloras?

—Oh, Shura.

—Por favor, no llores.

—Está bien. Echo de menos a mi hermana.

—Lo sé.

—La tratamos bien, ¿verdad? Hicimos todo lo posible por ella, ¿no?

—Lo hicimos lo mejor posible. Tú lo hiciste todo y más. ¿Qué crees? ¿Que nosotros lo quisimos? ¿Destrozar nuestros corazones, lastimar a otras personas, enamorarnos de esta manera? Luché contra mis sentimientos. Quería amar a tu hermana. Dios la bendiga, pero no pude hacerlo porque era imposible.

Tatiana se apartó para contemplar el fuego, el Kama y la luna llena.

—Intenté no amarte por ella.

—Pero no pudiste.

—Sí. Shura, ¿me quieres?

—Vuélvete. —Ella le obedeció—, Tatia, te adoro. Estoy locamente enamorado de ti. Quiero que te cases conmigo.

—¿Qué?

—Sí. Tatiana, ¿te casarás conmigo? ¿Quieres ser mi esposa? —Hizo una pausa—. No llores. —Otra pausa—. No me has contestado.

—Sí, Alexandr, me casaré contigo. Quiero ser tu esposa.

—Ahora, ¿por qué estamos llorando?

8

Tatiana se despertó con el alba. Se tambaleó hasta el río. Notaba como si entre las piernas estuviera en carne viva.

Alexandr la siguió. El agua estaba fría. Ninguno de los dos se había molestado en vestirse.

—He traído el jabón —dijo él.

—Oh.

Alexandr le enjabonó todo el cuerpo.

—Con este jabón te lavo —murmuró con voz somnolienta—. Te lavo de todos los horrores que han caído sobre ti, y te lavo de tus pesadillas. Te lavo los brazos, las piernas, tu corazón que da el amor y tu vientre que engendra la vida.

—Dame el jabón. Ahora me toca a mí.

—Espera, ¿cómo seguía? ¿Qué le dijo Dios a Moisés?

—No tengo ni idea.

—No tendrás miedo del terror por la noche, ni de la flecha que vuela durante el día. —Alexandr se interrumpió—. No recuerdo el resto. Y muchos menos en ruso, por supuesto. Algo de los diez mil que caen ante tu mano derecha. Tendré que desempolvar la Biblia, para contarte el resto. Creo que te gustará. Pero tú ya entiendes lo que quiero decir.

—Lo entiendo —asintió Tatiana—. No tendré miedo. —Lo miró—. ¿Cómo puedo tener miedo ahora? —susurró—. Mira lo que me has dado. Pásame el jabón.

—No me aguanto de pie —se quejó Alexandr—. Estoy acabado.

Tatiana comenzó a enjabonarlo más abajo.

—No tan acabado.

Alexandr se dejó caer de espaldas en el agua.

—Cansado, no hay duda —añadió Tatiana, que se le tiró encima—. Pero no acabado.



Tatiana se abrazaba a Alexandr en el agua fría. Sus pies no tocaban el fondo, colgada del cuello del hombre.

—Mira cómo el sol asoma por encima de la montaña. Es bonito, ¿verdad? —murmuró. Él estaba con los pies en el agua.

La muchacha vio que su amante no hacía caso del amanecer. La sujetaba con una mano mientras la acariciaba con la otra.

—Encontré a mi verdadero amor en las orillas del Kama —dijo Alexandr, sin dejar de mirarla.

—Yo encontré a mi verdadero amor en Ulitsa Saltikov-Schedrin, mientras estaba sentada en un banco y comía un helado.

—Tú no me encontraste. Ni siquiera me buscabas. Yo te encontré.

—Alexandr, ¿me buscabas? —preguntó Tatiana después de una pausa muy larga.

—Toda mi vida.



—Shura, ¿cómo podemos estar tan próximos? ¿Cómo podemos estar tan conectados? Desde el primer momento.

—Lo nuestro no es proximidad.

—¿No?

—No. Lo nuestro no es conectar.

—¿No?

—No. Lo nuestro es comunión.



Alexandr encendió una hoguera en la fresca y brumosa mañana a la orilla de la plácida corriente del río. Comieron unos trozos de pan seco y bebieron agua. Él encendió un cigarrillo.

—La verdad es que no hemos venido muy preparados —opinó Tatiana—. No tenemos ni una taza, ni una cuchara, ni platos, ni café. —Sonrió.

—No sé tú, pero yo he traído todo lo que necesitaba.

Tatiana se sonrojó.

—No, no lo hagas —le pidió Alexandr, con sus manos entre las suyas—. Nunca nos marcharemos de aquí.

—¿Vamos a vivir aquí?

—Vamos a vestirnos. Iremos a Molotov.

—¿A Molotov? —«¿Lo de anoche había sido sólo un sueño? ¿Qué le había dicho él a la luz de la luna y las estrellas?»—. ¿Para qué? —contuvo la respiración.

—Necesitamos comprar un par de cosas.

—¿Qué cosas?

—Mantas, almohadas, cacerolas, sartenes, platos, vasos y tazas. Un cesto para la ropa sucia. Comida. Anillos.

—¿Anillos?

—Sí, anillos. Para tus dedos.

9

Emprendieron el camino a Molotov a paso lento. Tatiana iba del brazo de Alexandr. El sol asomó por encima de los pinos.

—Shura, he estado practicando mis lecciones de inglés.

—¿Sí? Me dijiste que no habías tenido tiempo, y después de ver cómo vivías, te creí.

Tatiana se aclaró la garganta y recito su frase en inglés: «Alexander Barrington, yo querer para siempre amar a ti».

Alexandr se rio y le dio un abrazo.

—Sí, yo también —le respondió en inglés, y la miró.

—¿Qué? —preguntó ella, devolviéndole la mirada.

—Caminas muy despacio. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Se sonrojó. No lo estaba—. ¿Qué?

—¿Quieres que te lleve un trecho? —preguntó Alexandr con voz ronca. Sonrió.

—Sí, pero esta vez en tus brazos —replicó Tatiana, con una expresión de ternura.

—Algún día —dijo Alexandr, mientras la cogía en brazos—, tendrás que explicarme por qué tomaste el autobús número 126 y cruzaste todo Leningrado hasta la terminal.

—Algún día —manifestó Tatiana—, tendrás que explicarme por qué me seguiste.



—¿Una qué? —preguntó Tatiana, incrédula, cuando él la dejó en el suelo y caminaba a su lado.

—Una iglesia. Tenemos que encontrar una.

—¿Para qué?

Alexandr la miró de reojo.

—¿Dónde pretendes casarte?

Tatiana se lo pensó.

—Como todo el mundo en la Unión Soviética. En el registro civil.

—¿Qué sentido tiene eso? —exclamó, divertido—. Para eso damos media vuelta y seguimos como estábamos.

—Es una idea —murmuró Tatiana. La mención de la iglesia la había inquietado. Él la cogió de la mano—. ¿Por qué la iglesia, Shura?

—Tania —dijo Alexandr con la mirada puesta en la carretera—, ¿ante quién quieres aceptar la alianza del matrimonio? ¿Ante la Unión Soviética o ante Dios?

Ella se quedó sin respuesta.

—¿En qué crees, Tania?

—En ti.

—Pues yo creo en Dios y en ti, Nos casaremos por la iglesia.

Encontraron una pequeña iglesia ortodoxa cerca del centro de la ciudad: la iglesia de San Serafín. Entraron y el sacerdote, después de que Alexandr le explicara lo que deseaban, los observó detenidamente.

—Otro matrimonio de prisa y corriendo, ¿no? —Miró a Tatiana—. ¿Tienes la edad legal para casarte?

—Mañana cumpliré dieciocho años —respondió Tatiana, con una voz que parecía de una niña de diez.

—¿Tenéis a los testigos? ¿Tenéis los anillos? ¿Tenéis el certificado de matrimonio del registro civil?

—No tenemos nada de todo eso —manifestó Tatiana. Dio tirones al brazo de Alexandr para que se fueran, pero él le apartó la mano y le preguntó al sacerdote dónde podían comprar los anillos.

—¿Comprar? —exclamó el sacerdote, sorprendido. Se llamaba padre Mijail. Era alto, calvo, con los ojos azules de mirada penetrante, y una

larga barba gris—. ¿Comprar los anillos? En ninguna parte, por supuesto. Hay un joyero en la ciudad, pero no tiene oro.

—¿Dónde está la joyería?

—Hijo, permíteme una pregunta. ¿Por qué quieres casarte por la iglesia? Ve al registro civil como todo el mundo. Te darán el certificado en treinta segundos. Creo que el empleado hace de testigo.

Tatiana permaneció inmóvil junto a Alexandr. Escuchó su respiración agitada.

—De donde vengo, el matrimonio es una ceremonia pública y sagrada. Sólo haremos esto una vez, así que queremos hacerlo correctamente.

«¿Queremos?», pensó Tatiana. No conseguía entender sus dudas.

—De acuerdo, hijo. —El padre Mijail sonrió—. Me alegrará casar a dos jóvenes que quieren iniciar una vida juntos. Vuelve mañana con los anillos y los testigos. Ven mañana a las tres y te casaré.

Tatiana comentó mientras bajaban la escalinata de la iglesia:

—Bueno, qué le vamos a hacer. No tenemos los anillos. —Iba a exhalar un suspiro de alivio cuando escuchó la voz de Alexandr.

—Los tendremos —afirmó el capitán. Sacó cuatro dientes de oro del macuto—. Esto bastará para hacer dos anillos.

Tatiana miró los dientes, muda de asombro.

—Me los dio Dasha. No pongas esa cara de susto.

Pero ella estaba horrorizada.

—¿Nos haremos los anillos con los dientes que Dasha le robó a los pacientes de su dentista?

—¿Se te ocurre alguna otra idea?

—Quizá fuera mejor esperar.

—¿Esperar qué?

Tatiana no supo que responder. Efectivamente, ¿esperar qué? Siguió a Alexandr sin mucho entusiasmo.

El joyero tenía instalado el taller en su casa. Miró los dientes, miró a la pareja, y les dijo que les haría los anillos por el precio de otros dos dientes.

Alexandr le respondió que no tenía otros dos dientes de oro, pero le ofreció a cambio una botella de vodka. El joyero se negó en redondo y le devolvió los cuatro dientes, así que el capitán, a su pesar, sacó otros dos dientes del macuto.

Le preguntó si había alguna tienda en Molotov donde vendieran enseres domésticos.

—Probablemente te pedirán un diente de oro por una manta —protestó Tatiana en voz baja.

El joyero les presentó a su esposa, una mujer obesa llamada Sofía, que les vendió dos mantas, un juego de sábanas, y almohadas todo por doscientos rublos.

—¡Doscientos rublos! —exclamó Tatiana—. Fabriqué diez tanques y cinco mil lanzallamas y nunca me pagaron todo ese dinero.

—Sí, pero yo destruí diez tanques y utilicé cinco mil lanzallamas, y me dieron dos mil rublos por hacerlo. Nunca pienses en el dinero. Gástalo en lo que necesites y se acabó.

También compraron una cacerola, una sartén, una tetera, platos, tazas, cubiertos y una pelota de fútbol.

Alexandr consiguió que Sofía incluyera en el precio dos cubos de metal.

—¿Para qué los queremos? —preguntó Tatiana, extrañada por los dos cubos que entraban uno dentro del otro.

—Ya lo veras. —Sonrió—. Es una sorpresa para tu cumpleaños.

—¿Cómo haremos para llevar todo esto a casa?

—Cuando estás conmigo, no tienes que preocuparte de nada. —Alexandr le besó la nariz—. Yo me encargaré de todo.

Sofía les vendió dos kilos de tabaco, pero no tenía comida para vender. Los envió a un puesto donde compraron manzanas, tomates, pepinos, pan y mantequilla. Con todo esto y una lata de *tushonka* disfrutaron de un banquete sentados en una manta en un rincón tranquilo en las afueras de la ciudad, junto al río.

—Una cosa que me asombra —comentó Tatiana, mientras cortaba un trozo de pan— es que me diste el libro de Pushkin para mi cumpleaños del

año pasado.

—¿Sí?

—¿Cómo llegaron los rublos al libro? —Le sirvió una taza de *kvas*.

—El dinero ya estaba en el libro cuando te lo regalé.

La muchacha lo miró con expresión pensativa.

—¿De veras?

—Por supuesto.

—Pero si apenas me conocías, ¿cómo se te ocurrió darme un libro lleno de dinero? —Quería que él le explicara algo del dinero que había encontrado en el libro. Pero Alexandr no le contestó. Tatiana ya había aprendido una cosa del capitán: a menos que estuviera dispuesto, no decía nada. Lo miró. Lo deseaba.

—¿Qué?

—Nada, nada —se apresuró a contestar, desviando la mirada.

Alexandr se acercó a gatas y le quitó la taza y el pan de las manos.

—Te enseñaré una cosa más —dijo, sonriente—. Cada vez que quieras algo de mí, y te dé mucha vergüenza pedirlo, guíñame el ojo tres veces.

10

Habían pasado la noche en la tienda junto al río. Después de nadar, se habían quedado dormidos antes de que se pusiera el sol y durmieron quince horas seguidas.

A media mañana, dejaron todas sus compras en el bosque antes de ir a la ciudad a casarse.

Tatiana se puso el vestido blanco con las rosas bordadas.

—Te dije que ahora el vestido me vendría pequeño. —Le sonrió a Alexandr que la miraba, acostado en la manta. Se arrodilló a su lado, de espaldas—. ¿Podrás atarme las cintas, por favor? Pero no muy apretadas. No como aquella vez, en el autobús. —Él no se movió. Tatiana volvió la cabeza—. ¿Qué?

—Dios, qué bien te queda el vestido —respondió él, con los dedos en las cintas cruzadas que apretaban la espalda desnuda. Le anudó las cintas, le besó los hombros y le dijo que estaba tan preciosa que el funcionario querría casarse con ella. Tatiana se deshizo las trenzas y dejó que el pelo le cayera sobre los hombros. Alexandr se vistió con su uniforme de gala y la gorra. Le hizo el saludo militar—. ¿Qué te parece?

Ella le contestó al saludo.

—Creo que eres el hombre más guapo que he visto nunca.

—Dentro de dos horas seré el marido más guapo que hayas visto nunca —dijo con una voz que rezumaba amor. Le dio un beso—. Feliz cumpleaños. —La felicidad que sentía era evidente en su rostro.

—No me puedo creer que nos casemos el día de mi cumpleaños.

Lo abrazó.

Alexandr la estrechó entre sus brazos.

—Así nunca me olvidarás.

—Oh, sí, como si fuera posible. ¿Quién podría olvidarte, Alexandr?



El funcionario sentado ante un pequeño escritorio en una de las oficinas del registro civil les preguntó indiferente si ambos estaban en su sano juicio y si se casaban libremente. Escuchó sus respuestas, se encogió de hombros y les selló los pasaportes.

—Y tú querías casarte delante de él —le susurró Alexandr mientras salían.

Tatiana no le respondió. No estaba muy segura de aquella parte de estar en su sano juicio.

—Alexandr, ahora que nos han sellado los pasaportes... Casados, 23 de junio de 1942. El mío pone tu nombre, y el tuyo el mío.

—¿Sí?

—Alexandr, ¿qué pasará si Dimi...?

—Shh. —Él apoyó dos dedos sobre los labios de Tatiana—. ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Dejar que ese cabrón nos detuviera?

—No —admitió ella.

—No menciones su nombre, ¿de acuerdo?

Tatiana estuvo de acuerdo.

—Pero no tenemos testigos —le recordó.

—Encontraremos a algunos.

—Podríamos volver a casa y pedirle a Naira Mijailovna y a las demás que sean testigos.

—¿Te propones estropearme el día completamente, o quieres casarte conmigo?

Tatiana no contestó. Alexandr la cogió por el brazo.

—No te preocupes. Conseguiré unos testigos de primera.

Alexandr le ofreció al joyero y a su esposa una botella de vodka a cambio de que fueran con ellos a la iglesia para ser los testigos. El

matrimonio aceptó encantado y Sofía incluso ofreció llevar la cámara de fotos.

—Ustedes dos son de cuidado —comentó Sofía, mientras caminaban hacia la iglesia de San Serafín—. Deben tener muchas ganas de casarse para tomarse todas estas molestias. —Miró a Tatiana con el entrecejo fruncido y una expresión suspicaz—. No estará embarazada, ¿verdad?

—Sí que lo está —anunció Alexandr con todo descaro, antes de que Tatiana pudiera protestar—. ¿No es evidente? —Le palmeó el vientre—. Éste será nuestro tercer hijo. —Sonrió, complacido—. Pero el primero que no será natural.

Aceleraron el paso, y Tatiana, con el rostro encarnado a más no poder, arrancó un pelo del brazo del capitán.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Qué? —replicó él, con aire risueño—. ¿Avergonzarte para el resto del camino?

—Sí —dijo ella, que procuró no sonreír.

—Tatia, lo dije porque no quiero que nadie sepa nada de nosotros. No quiero dar ni una pizca de nosotros a nadie. A ningún extraño, ni a las viejas con las que vives. A nadie. Esto no tiene nada que ver con ellos. Esto es solamente entre tú y yo. Y Dios —añadió.



Tatiana y Alexandr se detuvieron ante el altar. El sacerdote todavía no estaba en la iglesia.

—No vendrá —le susurró al capitán.

Miró en derredor. El joyero y su esposa estaban de pie muy cerca de la puerta de la pequeña iglesia. Sofía era quien llevaba la botella de vodka.

—Ya vendrá.

—¿Uno de nosotros no tiene que estar bautizado? —preguntó Tatiana.

—Yo lo estoy —contestó él—. Soy católico, gracias a la previsión de mi precavida madre italiana. Además, ¿no te bauticé ayer en el Kama?

Ella se sonrojó.

—Ésta es mi chica. Aguanta. Ya casi lo hemos logrado.

Alexandr miró el altar con la mirada firme, la cabeza bien alta, los labios apretados. Esperó como un buen soldado.

Tatiana pensó que todo era un sueño.

Mejor dicho, una pesadilla de la que no conseguía despertarse. Pero no era su pesadilla. Era de Dasha.

¿Cómo podía Tatiana casarse con el Alexandr de Dasha? La semana pasada, le hubiera sido imposible imaginar que en algún momento de su vida esto sería posible. No podía evitarlo. Tenía la sensación de estar viviendo una vida que no había estado destinada para ella.

—Shura, vaya integridad la mía —comentó Tatiana, en voz baja—. Persigo al novio de mi hermana hasta que ella se muere, y después lo reclamo como mío.

—Tania, ¿en qué estás pensando? ¿Dónde estás? —le preguntó él, desconcertado. La miró de reojo—. Nunca fui de Dasha. Siempre fui tuyo. —Le cogió la mano.

—¿Incluso durante el asedio?

—Sobre todo entonces. Lo poco que tenía en mí era todo para ti. Tú eras la que pertenecía a todos los demás. Yo sólo era tuyo.

Alexandr y Tatiana habían vivido un amor imposible. De pronto, el matrimonio. Una proclama al mundo, un estandarte. Se conocieron, se enamoraron, ahora se casaban. Como si desde el principio hubiese estado dispuesto así. Como si la traición, el engaño, el hambre, la muerte, y no sólo la muerte sino la muerte de todos aquellos que había amado, hubiesen sido su cortejo.

La resolución de Tatiana se debilitaba por momentos.

Habían existido otras vidas y los corazones de otras personas. Pasha, que había perdido su vida antes siquiera de comenzar, y su madre, que había luchado tanto para salir adelante después de la muerte de su hijo favorito. El padre, sumido en una culpa alimentada con el alcohol que ninguna guerra hubiese podido solucionar, y Marina, que había echado de menos a su propia madre, a su casa, incapaz de encontrar un pequeño lugar para ella sola en sus habitaciones atestadas.

Estaba *babushka* Maia, pintando su vida, medio esperando que su primer amor regresase. Estaba su *deda*, muriendo lejos de su familia, y *babushka*, muriendo también porque no tenía sentido vivir la guerra sin él.

Y después había estado Dasha.

Si las cosas eran como se suponía que debían ser, ¿por qué la muerte de Dasha le resultaba tan antinatural? ¿Por qué parecía romper el orden establecido en el universo?

¿Alexandr tenía razón y ella estaba equivocada? ¿Era ella la culpable, con su integridad perdida, su inexplicable compromiso con su hermana? ¿Debía haber dejado que Alexandr le dijera a Dasha: «Me gusta más Tania»?

¿Debía Tatiana haberle dicho a Dasha desde el primer día: «Lo quiero para mí»?

¿Hubiese sido lo correcto?

¿Dar la cara con la verdad, en lugar de ocultarse detrás de su miedo?

«No —pensó Tatiana, mientras esperaban al sacerdote—. No. Entonces él era demasiado para mí. Yo no era más que una chiquilla encandilada, como si hubiese tenido doce años. Era lo correcto que mi Dasha lo tuviera. En la superficie, ella parecía la adecuada para él, no yo.

»Yo estaba bien para el parvulario, la camarada Perlodskaia, que me besaba todos los días y me hacía saltar en su regazo. Yo estaba bien para *deda*, porque cuando él me decía: “Tania, tienes que ser de esta manera”, yo le contestaba: “sí, seré de esta manera”».

—¡Egoísta! —exclamó en el silencio de la iglesia. Alexandr la miró—. Egoísta hasta el final —repitió—. Dasha está muerta, y yo me pongo en su lugar. Con mucho cuidado, me pongo en su lugar, preocupada por no molestar a Vova que está enamorado de mí, de estropear las ilusiones que Naira se hace de mí, o de contrariar los deseos de Dusia para que acuda a la iglesia. Me pongo en su lugar pero digo: «espera, antes asegúrate de que mi amor por ti no interfiera con mi círculo de costura de las tres».

—Tatiana, te garantizo —dijo Alexandr, y la luz en sus ojos se apagó por una fracción de segundo— que tu amor por mí interferirá con todo lo demás.

Ella lo miró, embelesada. Tatiana seguía siendo una chiquilla encandilada. Alexandr seguía siendo demasiado para ella. Ahora más que nunca.

—Shura —susurró.

—¿Sí, Tatia?

—¿Estás seguro de esto? ¿Bien seguro? No tienes que hacerlo por mí si no quieres.

—Sí quiero. —Le sonrió—. Como marido tendré ciertos derechos inalienables que nadie me podrá quitar.

—Hablo en serio.

—Nunca he estado más seguro en toda mi vida. —Le besó la mano.

Ahora Tatiana lo vio todo claro: si Alexandr le hubiese dicho la verdad a Dasha desde el principio, él hubiese tenido que seguir su propio camino. Entonces, nunca hubiese sido parte de la vida de Tatiana en aquel triste apartamento con todas sus grandes traiciones y heridas.

Tatiana lo hubiera perdido, y Dasha, también. Ella no hubiese podido seguir viviendo con su hermana, con el conocimiento de que Dasha, con sus pechos, con su pelo, con sus labios y la bondad de su corazón no era bastante para el hombre que amaba. El abismo que hubiera creado el saberlo hubiese destrozado la familia de Tatiana, y ningún puente hubiese podido cruzarlo, ni siquiera el puente del amor entre hermanas.

No, Tatiana no hubiera podido reclamarlo para ella. Lo sabía.

Pero ahí estaba la clave: ella no había reclamado a Alexandr. Tampoco lo reclamaba ahora. No iba a la tienda del amor para decir: «Creo que es mío. Me lo llevaré. Servirá». Tatiana no había presentado una reclamación para poseer su corazón.

Había sido Alexandr quien había venido a ella, mientras ella estaba inmersa en su vida pequeña y solitaria, para enseñarle que era posible algo más grande que la vida. Alexandr había sido quien había cruzado la calle para decirle: «Soy tuyo».

Alexandr era el elegido.

Tatiana lo miró mientras él esperaba paciente, seguro, íntegro y perfecto. El sol se filtraba por las vidrieras de la iglesia. Olió el débil olor

del incienso de tiempos pasados. Dusia la había llevado a la iglesia de Lazarevo y todas las tardes, después de cenar, Tatiana había ido voluntariamente, dispuesta a rezar como Dusia le enseñaba, mientras se sentía atormentada por la aplastante tristeza y la duda.

Un verano en Luga, cuando Tatiana era niña, su amado *deda*, al verla deprimida e incapaz de encontrar su camino, le había dicho: «Hazte estas tres preguntas, Tatiana Metanova, y sabrás quién eres. Pregúntate: “¿En qué creo? ¿Qué espero conseguir?”, pero sobre todo, pregúntate: “¿A quién quiero?”».

—¿Cómo lo llamaste, Shura? —le preguntó—. Nuestra primera noche juntos, dijiste que tú y yo teníamos algo, lo llamaste...

—La fuerza vital —contestó él.

«Sé quién soy —pensó. Cogió la mano de su prometido, y miró el altar —. Soy Tatiana. Creo, confío y amo a Alexandr».



—¿Estáis preparados, hijos míos? —El padre Mijail salió por la puerta de la sacristía—. ¿Os he hecho esperar?

Ocupó su puesto delante de ellos. El joyero y Sofía se acercaron. Tatiana estaba segura de que se habían bebido toda la botella de vodka.

—Hoy es tu cumpleaños. —El sacerdote se dirigió a Tatiana, con una sonrisa en el rostro—. Es un bonito regalo, ¿verdad?

Ella apretó la mano de Alexandr.

—Algunas veces siento que mis poderes están limitados por la ausencia de Dios en las vidas de los hombres en estos tiempos de prueba —comenzó el padre Mijail—. Pero Dios sigue presente en mi iglesia, y veo que Él está presente en vosotros. Me hace muy feliz que hayáis acudido a mí, hijos míos. Vuestra unión la dispone Dios para vuestra mutua alegría, para que os ayudéis y consoléis el uno al otro en la prosperidad y la adversidad, y cuando sea la voluntad de Dios, para la procreación de los hijos. Quiero iniciaros en el camino correcto de la vida. ¿Estáis preparados para comprometeros el uno con el otro?

—Lo estamos.

—El vínculo y el contrato del matrimonio fue establecido por Dios en la creación. Cristo en persona santificó esta manera de vivir con su primer milagro en la boda de Canaán de Galilea. El matrimonio es el símbolo del misterio de la unión entre Cristo y su Iglesia. ¿Comprendéis que aquello que ha unido Dios ningún hombre lo puede separar?

—Lo comprendemos.

—¿Tenéis los anillos?

—Los tenemos.

—Dios Todopoderoso —continuó el sacerdote, sosteniendo la cruz por encima de sus cabezas—, mira con favor a este hombre y a esta mujer que viven en el mundo por el que tu Hijo dio la vida. Haz que su vida juntos sea una señal del amor de Dios en este mundo de pecado y destrucción. Defiende a este hombre y a esta mujer de cualquier enemigo. Guíalos a la paz. Deja que el amor que sienten el uno por el otro sea un sello en sus corazones, un manto sobre sus hombros y una corona en sus cabezas. Bendícelos en el trabajo y en la amistad, en el descanso y en la vigilia, en sus alegrías y en sus pesares, en la vida y en la muerte.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Tatiana. Confiaba en que Alexandr no se diera cuenta. El padre Mijail sí que las veía.

Alexandr se volvió hacia Tatiana y le cogió las manos, emocionado al ver la felicidad en el rostro de su flamante esposa.

En cuanto salieron de la iglesia, él la cogió en brazos y comenzó a dar vueltas mientras se besaban, arrobados. El joyero y Sofía aplaudieron con muy poco entusiasmo desde la acera. Tenían prisa por marcharse.

—No la abrace tan fuerte. Conseguirá que suelte al niño —le gritó Sofía. Levantó la voluminosa cámara de fotos—. Espere, espere. Deje que le haga una foto a los recién casados.

Disparó la cámara una vez.

Dos.

—Venga a verme la semana que viene. Quizá para entonces tenga papel para hacerle las copias. —Agitó una mano en señal de despedida.

—¿Qué? ¿Todavía crees que debía casarnos aquel funcionario? —
Alexandr sonrió—. ¿Con toda esa historia de estar en su sano juicio?

—Tenías toda la razón. Esto fue perfecto. ¿Cómo lo sabías?

—Porque Dios quiso que tú y yo nos conociéramos —respondió el capitán—. Ésta es nuestra manera de darle las gracias.

—¿Sabes que tardamos menos en casarnos que en hacer el amor la primera vez?

—Mucho menos —admitió Alexandr, mientras la hacía dar vueltas en el aire—. Además, casarse es la parte más sencilla. Es como hacer el amor. Lo duro no fue conseguir convencerte para que hicieras el amor conmigo. Fue conseguir que te casaras conmigo.

—Lo siento. Estaba muy nerviosa.

—Lo sé. —Él seguía sin bajarla—. Calculé que las probabilidades de que quisieras casarte conmigo eran de diez a uno.

—¿Diez a favor?

—Diez en contra.

—Tienes que tener más fe, maridito mío —afirmó Tatiana, y lo besó.

11

Regresaron a casa por la carretera a través del bosque, cargados con las compras a la espalda. Alexandr lo llevaba casi todo. Tatiana cargaba con las dos almohadas.

—Tendríamos que ir a casa de Naira Mijailovna —comentó Tatiana—. Estarán muy preocupadas.

—Ya estás otra vez preocupándote por los demás —replicó el capitán, con un tono ligeramente irritado—. Por otras personas que no son yo. ¿Quieres regresar a aquella casa el día de nuestra boda? ¿En nuestra noche de bodas?

Alexandr tenía razón. ¿Por qué era algo que hacía constantemente? ¿En qué estaba pensando? Lo hacía solamente porque no le gustaba que otras personas lo pasaran mal. Se lo explicó.

—Tatia, lo sé. Pero no pasa nada. No puedes pretender que todo el mundo se sienta bien. Te diré lo que haremos. Comienza conmigo. Dame de comer. Cuídame. Ámame. Después iremos a ver a Naira Mijailovna.

Ella caminó a su lado, sin decir palabra, pensativa.

—Tatiasha, iremos a verlas mañana si quieres. ¿De acuerdo? —Alexandr exhaló un suspiro.

Llegaron a la isba en el claro alrededor de las seis de la tarde. Encontraron una nota de Naira Mijailovna clavada en la puerta: «Tania, ¿dónde estás? Estamos muy preocupadas. N. M.».

Alexandr arrancó la nota y la rompió.

—¿No entramos? —preguntó Tatiana.

—Sí, pero... —Él sonrió—. Espérame un momento. Tengo que hacer una cosa, y después entraremos.

—¿Qué?

—Espera un momento, y lo verás.

Alexandr cogió los bultos, las mantas, las almohadas, y desapareció en el interior de la casa. Mientras lo esperaba, Tatiana aprovechó para preparar unos bocadillos con pan blanco, mantequilla, *tushonka* y queso. Él seguía dentro.

Tatiana comenzó a bailar en círculos por el prado, a la música de una canción que sonaba en su memoria: «Algún día nos encontraremos en Lvov, mi amor y yo». Vio cómo se levantaba la falda y, sonriendo, comenzó a dar vueltas cada vez más rápidamente, con un deleite extravagante, mientras miraba cómo las rosas se levantaban en el aire debajo de sus manos. Cuando levantó la vista, descubrió a Alexandr de pie junto a la puerta de la cabaña, que la devoraba con los ojos.

—Mira —le dijo Tatiana con una sonrisa—. Te he preparado un bocadillo. ¿Tienes hambre?

Alexandr sacudió la cabeza, se acercó y le tendió la mano. Ella corrió hacia el hombre y le echó los brazos al cuello.

—No me puedo creer que estemos casados, Shura.

Él la levantó en brazos y la llevó hasta la puerta.

—Tania, en Estados Unidos tenemos una costumbre. El recién casado cruza el umbral de su nuevo hogar con su esposa en brazos.

Tatiana le dio un beso en la mejilla. Él era más hermoso que el sol de la mañana.

Alexandr la cargó a través del umbral y cerró la puerta de un taconazo. El interior estaba sombrío como un sueño. «Necesitamos una lámpara de petróleo —pensó la muchacha—. Nos hemos olvidado de comprarla. Mañana tendremos que ir a comprar una en Lazarevo».

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella. Frotó su mejilla contra la suya. Le había crecido la barba desde la mañana—. Veo que has hecho la cama. Muy considerado de tu parte.

—Hago lo que puedo.

La llevó hasta la cama que había preparado sobre la cocina, se subió al escalón y la sentó en el lecho con las piernas separadas mientras él se

ponía entre ellas, con la cabeza apoyada en el pecho de la muchacha. Le levantó el vestido hasta la cintura.

Tatiana quería mirarlo, pero el deseo la obligaba a cerrar los ojos.

—¿No vas a subir aquí conmigo?

—Todavía no. Reclínate. Así. —Alexandr le quitó las bragas y hundió la cabeza entre los muslos de ella.

Tatiana sólo escuchó durante unos momentos la respiración acelerada de su marido. Tendió una mano para tocarle la cabeza.

—¿Shura? —La mirada fija en ella, su respiración contra sus muslos, la debilitaban por momentos. Ahora notó la caricia de sus dedos.

—Todo esto debajo de tu vestido blanco con rosas rojas —murmuró Alexandr—. Mírate. —La besó muy suavemente—. Tania, eres una muchacha tan hermosa...

Sintió el contacto de sus labios húmedos y ardientes. El pelo y la barba rozaron el interior de sus muslos. Era demasiado. El fuego y la erupción fueron prácticamente instantáneos.

No habían desaparecido los temblores cuando Alexandr subió a la cama y apoyó su mano firme sobre su vientre tembloroso.

—Dios mío, Alexandr —susurró ella—. ¿Qué me haces?

—Eres increíble.

—¿Lo soy? —Tatiana lo empujó hacia abajo—. Por favor. Otra vez. —Lo miró y cerró los ojos cuando vio su sonrisa—. ¿Qué? —Le devolvió la sonrisa—. No soy como tú. No necesito un período de descanso.

Sus manos le sujetaron la cabeza.

—Tatia, eres muy rubia. ¿Te he dicho antes lo mucho que me gustas?

Ella gimió; su boca era tan suave, tan exquisitamente excitante...

—Oh, Shura.

—¿Sí?

Tatiana no pudo responder, porque no podía contener su suave exaltación.

—¿Qué pensaste la primera vez que me viste con este vestido?

—¿Qué pensé?

Ella gimió.

—Pensé... ¿me escuchas?

—Oh, sí.

—Pensé...

—Oh, Shura.

—Dios, si existes, pensé, por favor, permite que algún día le haga el amor a esta muchacha cuando lleve el vestido blanco.

—Oh.

—Tatiasha, ¿no es hermoso saber que hay un Dios?

—Oh, sí, Shura, sí.



—Alexandr —dijo ella, tendida de lado, con los párpados entrecerrados, la boca seca, incapaz de llenar los pulmones como es debido—. Necesito que ahora mismo me digas que me has mostrado todo lo que hay. Porque ya no puedo más.

—¿Te puedo sorprender? —Alexandr sonrió.

—¡No! Dime que no hay nada más. —Ella vio aquella mirada en sus ojos.

Alexandr la tumbó de espaldas y se puso encima de ella.

—¿Nada más? —La besó con desesperación; le separó las piernas—. Todavía no he empezado, ¿lo comprendes? Hasta ahora te lo he puesto fácil.

—¿Me lo has puesto fácil? —repitió ella, incrédula.

Lanzó un grito cuando él la penetró. Se aferró al hombre, al tiempo que gemía bajo su peso, y su cuerpo comenzó a fundirse con el fuego de la hoguera que ardía en su interior.

—¿Es demasiado? ¿Me abrazas como si...?

—Sí, es demasiado.

—Tania... —La boca de Alexandr estaba en sus hombros, en su cuello, en sus labios—. Es nuestra noche de bodas. Ten cuidado conmigo porque no quedará nada de ti cuando acabe. Sólo el vestido.

—¿Me lo prometes, Shura?



—En Estados Unidos, cuando dos personas se casan, dicen sus votos — comentó Alexandr, con las manos de ella entre las suyas, y le tocaba el anillo—. ¿Sabes lo que son?

Tatiana apenas si escuchaba. Había estado pensando en Estados Unidos. Quería preguntarle si había pueblos en Estados Unidos, pueblos con cabañas en las orillas de los ríos. En Estados Unidos, donde no había guerra, ni hambre, ni Dimitri.

—¿Me estás escuchando? El sacerdote pregunta: «Tú, Alexandr, tomas a esta mujer como tu legítima esposa...», y después decimos nuestros votos. ¿Quieres que te diga cuáles son?

—¿Cuáles son? —Tatiana se llevó a los labios los dedos de su marido.

—Tienes que repetirlos después de mí: Yo, Tatiana Metanova, tomo a este hombre como mi esposo...

—Yo, Tatiana Metanova, tomo a este gran hombre como mi esposo. — Le besó el pulgar, el índice y medio. Tenía unos dedos preciosos.

—Para vivir juntos en la alianza del matrimonio...

—Para vivir juntos en la alianza del matrimonio. —Le besó el anular.

—Lo amaré, consolaré, honraré, cuidaré...

—Lo amaré, consolaré, honraré, cuidaré. —Le besó el anillo; el meñique.

—Y lo obedeceré.

Tatiana sonrió, con los ojos en blanco.

—Y lo obedeceré.

—Renunciaré a todos los demás, y le seré fiel hasta que la muerte nos separe.

Le besó la palma de la mano. Se enjugó las lágrimas con la palma de su mano.

—Renunciaré a todos los demás, y le seré fiel hasta que la muerte nos separe.

—Yo, Alexander Barrington, tomo a esta mujer como mi esposa.

—No, Shura. —Se sentó sobre las piernas del hombre y le rozó el pecho con el suyo.

—Para vivir juntos en la alianza del matrimonio.

Lo besó en el centro del pecho.

—La amaré... —A Alexandr se le quebró la voz—. La amaré, consolaré, honraré, cuidaré.

Apretó la mejilla contra su pecho y escuchó los latidos de su corazón.

—Renunciaré a todas las demás, y le seré fiel hasta que...

—No lo digas, Shura. —Le había empapado el pecho con sus lágrimas—. Por favor.

—Hay cosas peores que la muerte —afirmó él, con las manos por encima de la cabeza.

Tatiana notó un peso en el corazón. Se sintió abrumada. Recordó el cuerpo de su madre caído sobre la costura. Recordó las últimas palabras de Marina: «No quiero morir sin haber sentido lo que tú sientes». Recordó la risa de Dasha mientras le hacía las trenzas, hacía un siglo.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Para empezar, la vida en la Unión Soviética.

—También es tu vida. Prefiero tener una mala vida en la Unión Soviética que una buena muerte. ¿Tú no?

—Si es una vida contigo, entonces sí.

—Además, nunca he visto una buena muerte.

—Sí que la has visto. ¿Qué te dijo Dasha antes de morir?

Tatiana se apretó contra él. Quería meterse en su interior, tocarle su corazón magnánimo.

—Dijo que era una buena hermana.

Las manos de Alexandr le sujetaban la cabeza con mucha suavidad contra su cuerpo.

—Tú fuiste una buena hermana. Te dejó bien. —Hizo una pausa—. Tuvo una buena muerte.

Tatiana besó la piel sobre su corazón.

—¿Qué me dirás a mí, Alexander Barrington, cuando me dejes sola en este mundo? —susurró ella—. ¿Qué me dirás para que yo lo sepa, para que

pueda escucharlo?

Alexandr la tendió de espaldas y se inclinó sobre ella.

—Tania, te quiero. No existe la muerte, aquí en Lazarevo. No hay muerte, ni guerra, ni comunismo. Sólo estamos tú, yo, la vida. —Sonrió—. La vida de casados. Vamos a vivirla. —Saltó de la cama—. Ven afuera conmigo.

—De acuerdo.

—Ponte el vestido. —Él se puso el pantalón del uniforme—. Sólo el vestido.

Ella le sonrió. Saltó de la cama.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a bailar.

—¿A bailar?

—Sí. Siempre se baila en las bodas.

Juntos salieron al claro. La noche era fresca. Tatiana oyó el rumor del agua, el crujir de las ramas de los pinos, olió el aroma de las piñas.

—Mira qué luna, Tatia. —Alexandr señaló el valle distante entre los Urales.

—La estoy mirando —mintió ella, sin apartar la mirada de su marido—. Pero no tenemos música. —Le sonrió, con sus manos en las suyas.

Alexandr la estrechó entre sus brazos.

—A la luz de la luna, bailaré con mi esposa vestida con su traje nupcial.

Él entonó la letra de un vals y comenzaron a bailar en el claro, iluminados por la enorme luna roja que asomaba por encima de las montañas.

Alexandr cantaba en inglés y Tatiana entendió casi todas las palabras.

—Shura, cariño, tienes una voz tan bonita... Conozco la canción. En ruso, la llamamos *El Vals del Danubio*.

—Me gusta más en inglés.

—A mí también. —Tatiana se apretó contra su pecho desnudo, y levantó la cabeza para mirarle a la cara—. Tienes que enseñármelo, para que te lo pueda cantar.

—Ven, Tatiasha —dijo él. Le cogió la mano.

Aquella noche no durmieron. Los bocadillos quedaron sin probar en el suelo, junto a los árboles, donde ella se había sentado a prepararlos.

Alexandr.

Alexandr.

Alexandr.

Los años en la dacha, su barca, el lago Ilmen, donde una vez había sido la reina, todo cayó para siempre en el abismo de la infancia desaparecida mientras Tatiana, con trémulo asombro y respeto, se entregaba a Alexandr, quien, alternando la voracidad y la ternura, derrochó pródigamente sobre su carne hambrienta milagros que ella ni siquiera podía imaginar... Como si estuvieran imbuidas de su marcha inmortal... todas las materias terrestres —las emociones, la angustia, la pasión— se habían transmutado en materias celestiales.

12

Tatiana estaba sentada en la manta delante del río, de un azul cristalino, acunando la cabeza de Alexandr entre sus manos, alumbrada por las primeras luces del alba.

—Cariño mío, ¿quieres ir a nadar?

—Lo haría encantado —contestó él, con la cabeza apoyada en los muslos de la muchacha—, si pudiera moverme.

Después de dormir unas horas y de nadar un buen rato, se vistieron y se encaminaron hacia la casa de Naira. Las viejas se encontraban en la galería. Tomaban café mientras chismorreaban.

—Hablan de nosotros —le comentó Tatiana, que se adelantó un paso.

—Espera a que les demos un buen motivo para cotillear —dijo Alexandr. Le dio un empujoncito y le cogió las nalgas.

Las ancianas se mostraron muy disgustadas con Tatiana. Dusia alternó las lágrimas con los rezos. Raisa tembló más de lo habitual. Naira miró a Alexandr con un gesto de reproche. Axinia se estremeció de la excitación, como si no pudiera esperar hasta la tarde para contárselo a sus amigas.

—¿Dónde has estado? No sabíamos lo que había sido de ti. Creímos que te habían matado —manifestó Naira.

—Tania, díselo. ¿Te han matado? —dijo Alexandr, que intentaba no sonreír.

Las mujeres, incluida Tatiana, lo miraron con expresión severa. El capitán las saludó y fue a afeitarse. Tatiana pensó que a ellas debía parecerles un pirata con la barba negra. ¿Qué hacer? ¿Disimular? ¿Darles una explicación? ¿Era algo que podía soportar? ¿Podía explicarles a esas mujeres bienintencionadas los episodios de su vida? Creían que su mundo

con ellas era una cosa, y ahora estaba a punto de decirles que era otra. Hacía tan sólo unos días, habían sufrido por Alexandr al creer que tenía el corazón destrozado después de viajar mil seiscientos kilómetros para casarse con su novia, sin saber que ella estaba muerta, y de pronto, esto. Desde luego, no los dejaría muy bien parados a ninguno de los dos.

—Tatiana, ¿quieres explicarnos por favor dónde has estado?

—En ninguna parte, Naira Mijailovna. Fuimos a Molotov a comprar algunas cosas: comida, latas, una botella de vodka. Nosotros...

¿Qué más podía decir?

—¿Dónde has dormido? ¡Llevas tres días fuera de casa! No sabíamos ni una palabra de lo que te había pasado.

Alexandr entró en la galería.

—¿Les has dicho que nos hemos casado? —preguntó sin rodeos.

La mayor parte del oxígeno de la galería fue absorbido por los pulmones de las cuatro viejas, que exclamaron al unísono:

—¡Aaaahhh!

Tatiana se frotó los ojos, sacudió la cabeza. Lo mejor era dejarlo en manos de Alexandr. Se sentó en una silla junto al diván y exhaló un suspiro.

—Estoy hambriento —anunció Alexandr, y entró en la casa—, Tatia, ¿hay algo de comer? —Volvió a salir masticando un trozo de pan.

Le dio un trozo a ella, se sentó junto a Dusia en el diván, y le rodeó los hombros con el brazo mientras comentaba:

—Señoras, en los pueblos les encantan los recién casados, ¿no es así? Quizá podríamos organizar una fiesta. —Sonrió.

—Alexandr, no sé si te habrás dado cuenta —replicó Naira, con un tono agrio—, pero estamos muy disgustadas y tristes.

—¡Casados! —exclamó Axinia.

—¿Qué quieres decir con casados? —preguntó Dusia. Se persignó—. No hablarás de mi Tanechka. Mi Tanechka es pura.

Alexandr comenzó a toser. Se puso de pie.

—Tania, por favor, vamos a comer.

—Shura, espera.

Él volvió a sentarse.

—Tatiana Georgievna, dime que no es verdad —dijo Dusia—. Dime que sólo es una broma, que él se burla de nosotras para convertirnos en viejas antes de tiempo.

—No creo que esté bromeando, Dusia —manifestó Naira Mijailovna. Tatiana miró a Alexandr. Sacudió la cabeza.

—Dusia, por favor no te disgustes...

—Espera —la interrumpió Alexandr. Miró a Dusia, que estaba sentada a su lado—. ¿Qué motivos tienes para estar disgustada? Nos hemos casado, Dusia. Es una buena cosa.

—¿Buena? —exclamó la anciana—. Tania, ¿qué me dices de Dios?

—¿Qué me dices de tu hermana? —preguntó Naira, indignada.

—¿Qué me dices del decoro y las convenciones? —preguntó Axinia, con un tono entusiasta, como si el decoro y las convenciones fueran las dos cosas que menos quería ver en Lazarevo.

—Tania, el recuerdo de tu hermana todavía no está frío. —Raisa se estremeció.

—Alexandr, creíamos que habías venido para casarte con Dasha, Dios la tenga en la gloria —insistió Naira, con un tono de crítica.

A Tatiana le bastó una mirada para darse cuenta de que su marido estaba a punto de perder la paciencia.

—Un momento, un momento —dijo apresuradamente—. Ahora os lo explicaré todo...

Pero ya era demasiado tarde. Se interrumpió al ver que Alexandr se levantaba.

—No. Ya se lo explico yo. Vine a Lazarevo por Tatiana. Vine a casarme con ella. Ya no tenemos nada más que hacer aquí. Vámonos, Tania. Yo llevaré el baúl. Más tarde, vendremos a recoger la máquina de coser.

—¿Llévate el baúl? Ni hablar; ella no se marcha de aquí —gritó Naira.

—Sí que se irá —afirmó Alexandr.

—¡No tiene motivos para marcharse!

—Señoras —añadió el capitán, con un brazo alrededor del cuello de Tatiana—, somos unos recién casados. —Enarcó las cejas—. ¿De verdad queréis que nos quedemos en vuestra casa?

Naira soltó una exclamación. Dusia se persignó. Raisa tembló y Axinia aplaudió entusiasmada.

—Espera un momento —le susurró Tatiana a su marido. Le apretó el brazo—. Por favor. Sal al jardín. Déjame hablar un segundo a solas con ellas. ¿De acuerdo?

—Quiero irme.

—Nos iremos. Sal al jardín.

—No entiendo por qué tienes que marcharte —opinó Naira—. Puedes quedarte con mi dormitorio. Yo dormiré en la cama de la cocina.

Antes de que Tatiana pudiera impedirselo, Alexandr volvió a intervenir en la conversación:

—Naira Mijailovna, créeme, no nos querrás en tu casa... ¡Ay!

—¡Alexandr! Sal al jardín, por favor. —Tatiana le acarició el brazo donde lo había pellizcado. Se sentó—. Escucha —le dijo a Naira—, estaremos mejor en la cabaña. —Estuvo a punto de decir que así tendrían más intimidad pero ellas no lo entenderían—. Si necesitáis cualquier cosa, avisadnos. Alexandr quiere reparar la cerca. Si queréis que vengamos a cenar, no tenéis más que avisarnos.

—Tanechka, estamos muy preocupadas por ti —afirmó Naira—. ¡Nada menos que tú con un soldado!

Dusia murmuró el nombre de Jesús.

—No sé nada de él —añadió Naira—. Creíamos que querías a alguien más de tu estilo.

—Pues a mí me parece que eso es exactamente lo que ha encontrado —señaló Axinia, complacida.

—No os preocupéis por mí. Estaré bien segura con él.

—Por supuesto que queremos que vengáis a cenar —dijo Naira—. Te queremos.

—Dios te evite los horrores del lecho nupcial —le deseó Dusia.

—Muchas gracias —respondió Tatiana, que mantuvo a duras penas una expresión respetuosa, mientras Alexandr se desternillaba en el jardín.



Alexandr iba cargado con el gran baúl, y, por lo tanto, se encontraba indefenso, que era precisamente como quería ella que estuviera porque lo estaba riñendo a voz en cuello.

—¿Por qué no me dejaste arreglar las cosas a mi manera? ¿Por qué?

—¡Porque hacerlo a tu manera significaba ordeñar las vacas durante horas, hacerles la colada, coserles prendas nuevas, y sólo Dios sabe qué más!

—No lo entiendo. Creía que después de casarnos te calmarías un poco, serías menos protector, no serías tanto... tú. Que abandonarías un poco ese estilo americano que te hace destacar como un mirlo blanco.

Alexandr se echó a reír.

—No entiendes nada —comentó—. ¿Por qué creías tal cosa?

—Porque estamos casados.

—Lamento destrozar tus ilusiones, pero te advierto ahora mismo que todo se multiplicará por cien ahora que eres mi esposa. Todo.

—¿Todo?

—Sí. La protección. La posesión. Los celos. Todo. Cien veces. Tal es la naturaleza de la bestia. No quise decírtelo antes, por miedo a que pudieras asustarte.

—¿Pudiera?

—Así es. Ahora es tarde para anular el matrimonio. —Alexandr la miró con los ojos brillantes de pasión—. Ahora no, después de haberlo consumado tan a fondo.

No pudieron esperar a llegar a la cabaña. Alexandr descargó el baúl entre los pinos y se sentó. Tatiana se montó a horcajadas.

—No grites demasiado en el bosque —le dijo él, mientras la penetraba.

—Fue como pedirte que te quitaras las pecas por un día, ¿no? —comentó Alexandr cuando acabaron.



Las cuatro mujeres fueron a visitarlos durante la tarde. Alexandr y Tatiana estaban jugando al fútbol. Tatiana acababa de quitarle la pelota y chillaba mientras procuraba retenerla, y él por detrás intentaba arrebatársela. La había levantado en brazos y la apretaba contra su cuerpo mientras ella chillaba. El capitán iba en calzoncillos, y ella en camiseta y bragas.

Tatiana, aturullada, se colocó delante de Alexandr, en un intento de ocultar su cuerpo casi desnudo a la mirada de cuatro pares de ojos abiertos como platos. Él permaneció detrás, con las manos sobre los hombros de ella.

—Diles... —manifestó Alexandr—; no, olvídalo, yo lo haré.

Antes de que ella pudiera abrir la boca, el capitán se adelantó hacia las visitantes. Las doblaba en tamaño, y se plantó ante ellas sin preocuparse en lo más mínimo de que lo vieran casi desnudo.

—Señoras, de ahora en adelante, quizá prefieran que seamos nosotros quienes vayamos a visitarlas.

—Shura, ve a vestirte —le susurró Tatiana.

—Ver un partidillo de fútbol probablemente será lo más inocente que verán —les comentó Alexandr a las mujeres, que no salían de su asombro. Entró en la casa. Cuando salió al cabo de cinco minutos, adecuadamente vestido, le dijo a Tatiana que iría al pueblo a buscar unas cuantas cosas que necesitaban, entre ellas, hielo y un hacha.

—¡Vaya extraña combinación! —exclamó ella—. ¿Dónde piensas conseguir el hielo?

—De la fábrica de pescado. Tienen que guardar el pescado en frío, ¿no?

—¿Y el hacha?

—Se la pediré a aquel hombre tan amable, Igor —le gritó Alexandr desde el claro. Le sopló un beso.

—No tardes.

Naira Mijailovna se disculpó apresuradamente. Dusia musitó a una plegaria. Raisa tembló. Axinia la miró sonriente. Tatiana las invitó a tomar

una copa de *kvas*.

—Pasad. Veréis lo bien que Alexandr ha dejado la casa. Y mirad, ha reparado la puerta. Tenía la bisagra de arriba rota.

Las cuatro mujeres miraron en derredor en busca de algo donde sentarse.

—Tanechka —dijo Naira, inquieta—. No hay muebles.

Axinia se rio, feliz.

Dusia se santiguó.

—Lo sé, Naira Mijailovna. No necesitamos muchas cosas. —Bajó la vista—. Tenemos algunas. Tenemos mi baúl. Alexandr dijo que hará un banco. Cuando traiga la mesa con la máquina de coser, estaremos bien.

—Pero ¿cómo...?

—Oh, Naira —intervino Axinia—. ¿Quieres dejar a la pobre chica en paz?

Dusia miró las sábanas hechas una bola encima de la estufa. Tatiana sonrió. Alexandr tenía razón. Era mucho mejor que ellos fueran de visita. Preguntó cuándo les vendría bien que fueran a cenar.

—Esta misma noche, por supuesto —contestó Naira—. Celebraremos tu matrimonio. Pero podéis venir todas las noches. Aquí no podréis comer. No tienes donde sentarte ni donde cocinar. Te morirás de hambre. Venid todas las noches. Eso no es mucho pedir, ¿verdad?



—Sí, es mucho pedir —opinó Alexandr cuando regresó sin el hielo («Vuelva mañana»), pero con el hacha, un martillo, una caja de clavos, un serrucho, un cepillo de madera y una cocina de petróleo—. No me casé contigo para ir allí todas las noches. —Se echó a reír—. ¿Las invitaste a pasar? Algo muy valiente de tu parte, esposa mía. ¿Al menos hiciste la cama antes de que entraran? —Se rio estrepitosamente.

Tatiana estaba sentada en la cocina económica. Sacudió la cabeza.

—Eres imposible.

—¿Yo soy imposible? No voy a ir a allí a cenar, olvídalo. ¿Por qué no las invitaste a que vinieran después de cenar, para presenciar el vodevil?

—¿Vodevil?

—Déjalo. —Descargó todo lo que traía en un rincón—. Invítalas a que vengan para disfrutar del espectáculo. Adelante. Mientras te hago el amor, ellas pueden pasearse alrededor de la cocina, mientras cotillean a placer. Naira dirá: «Vaya, vaya, le dije que se fuera con mi Vova. Sé que él lo hubiese hecho mejor». Raisa querrá decir algo, pero no podrá porque temblará demasiado. Dusia exclamará: «Oh, Jesús, te ruego que le evites los horrores del lecho nupcial». Axinia comentará...

—Esperad a que le cuente a todo el pueblo las cosas que hacen —dijo Tatiana, molesta.

Alexandr se fue a nadar un rato.

Tatiana se quedó en la cabaña a poner orden. Hizo la cama, se cambió para ir a casa de Naira, y estaba sentada junto a la cocina, esperando a que hirviera el agua para preparar el té, cuando regresó Alexandr. Él se quitó el pantalón de baño mojado y se le acercó. Tatiana lo miró, y de inmediato el corazón le latió más deprisa. Alexandr la tocó con la pierna.

—¿Qué?

—Nada. —Tatiana se apresuró a mirar la tetera. Pero él volvió a tocarla.

Ella deseaba tanto mirarlo...

Deseaba tanto saborearlo...

Tatiana superó la timidez, se arrodilló en el suelo de madera delante de Alexandr y le cogió el miembro con sus manos tibias.

—¿Todos los hombres son tan hermosos, o sólo tú? —susurró apasionadamente.

—Sólo yo —replicó Alexandr, con una sonrisa—. Todos los demás hombres son repelentes. —La levantó del suelo—. Te harás daño en las rodillas.

—¿En Estados Unidos tienen alfombras?

—De pared a pared.

—Alcánzame una almohada, Shura —murmuró Tatiana.



Fueron a cenar a casa de Naira. Tatiana se encargó de preparar la cena mientras Alexandr reparaba la verja. Vova y Zoe llegaron al cabo de un rato, al parecer muy confundidos por la retorcida mano del destino que había permitido que la pequeña, sencilla, e inocente Tania se casara con un oficial del Ejército Rojo.

Tatiana vio que todos seguían atentamente cada uno de los movimientos de ella y Alexandr, y cómo se comportaban entre ellos. Por lo tanto, cuando le sirvió a su marido y se quedó a su lado mientras él la miraba, ella no lo miró, con el cuerpo excitado por el recuerdo. Tenía miedo de que los demás descubrieran en el acto lo que recordaba.

Después de cenar, Alexandr no le pidió a nadie que la ayudara. La ayudó él, y cuando salieron a fregar los platos, él le puso una mano en la barbilla y la obligó a que volviera la cabeza.

—Tania, no me vuelvas la cara nunca más. Ahora eres mía, y cada vez que te miro, necesito ver en tus ojos que eres mía.

Tatiana lo miró con adoración.

—Aquí estoy —añadió él, y la besó, con las manos entrelazadas debajo del agua tibia y cubierta de espuma.

13

A la tarde siguiente, Alexandr con el torso desnudo y los pies descalzos estaba en cuclillas muy atareado con los dos cubos de metal, mientras Tatiana no dejaba de dar saltitos a su alrededor, y le preguntaba una y otra vez qué estaba haciendo. Estaba convencida de que no le gustaban las sorpresas. Al fin, Alexandr tuvo que levantarse, la sujetó por los hombros y se la llevó en dirección a la cabaña, al tiempo que le pedía que cocinara algo, leyera, practicara sus clases de inglés, que hiciera cualquier cosa menos incordiarlo durante la siguiente media hora.

Tatiana se negó en redondo. Dejó de saltar pero se mantuvo cerca, y de vez en cuando se acercaba para espiar por encima del hombro de su marido.

Alexandr echó leche, crema, azúcar y huevos en el cubo más pequeño y batió los ingredientes con energía.

Tatiana se levantó la camisa y frotó sus pechos contra la espalda desnuda de Alexandr.

—Hummm, no está mal —dijo él—, pero ahora lo que necesito es una taza de arándanos.

Tatiana los fue a buscar, complacida por la oportunidad de colaborar. Alexandr llenó el cubo grande con hielo picado y sal gruesa, después metió el cubo pequeño en el grande, y con una espátula de madera comenzó a darle vueltas al contenido.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cuándo me lo dirás?

—Lo sabrás muy pronto.

—¿Cuándo? Dímelo ahora.

—Eres imposible. Lo sabrás en media hora. ¿No puedes esperar media hora?

—¿Treinta minutos? ¿Qué vamos a hacer durante treinta minutos?
Comenzó a dar saltitos otra vez.

—Eres demasiado. —Alexandr se rio—. Mira, tengo que mezclar esto. Vuelve dentro de treinta minutos.

Tatiana comenzó a dar vueltas por el claro, sin perderle de vista.

Se sentía tremendamente feliz. No tenía palabras para describir la infinita felicidad que la hacía estremecer.

—Shura, ¿me estás mirando? ¡Mira! —Dio una voltereta, y se quedó cabeza abajo apoyada en una mano.

—Sí, cariño. Te estoy mirando.

Alexandr la llamó pasados los treinta minutos.

Tatiana se acercó corriendo y echó una ojeada al contenido del cubo pequeño.

—¿Qué es?

Alexandr recogió un poco de la crema que tenía parte del color azul de los arándanos.

—Prueba.

Ella lo probó.

—¿Es helado? —preguntó, incrédula.

—Helado —asintió él, muy ufano.

—¿Me has hecho helado?

—Sí. Feliz cumpleaños. —Hizo una pausa—. ¿Se puede saber por qué lloras? Come. Se derretirá.

Tatiana se sentó en la hierba con el cubo entre las piernas, y se comió el helado, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Alexandr la miró durante unos momentos, perplejo, y después fue a lavarse.

—Te he guardado un poco de helado. Come —dijo Tatiana, llorosa, cuando él regresó.

—No, cómetelo todo.

—Es demasiado para mí. Me he comido más de la mitad. Cómete el resto. Si no, ¿qué vamos a hacer con el resto?

—Estaba pensando —dijo Alexandr, arrodillándose a su lado— que me gustaría desnudarte, desparramar el helado por todo tu cuerpo y lamértelo.

Tatiana dejó caer la cuchara.

—Me parece una forma muy tonta de desperdiciar un buen helado.

Sin embargo, no opinó lo mismo cuando él acabó de lamerla.

Después se fueron a nadar un rato. Luego, Alexandr se sentó en la orilla a fumar un cigarrillo.

—Tatia, enséñame cómo dabas tus volteretas desnuda.

—¿Dónde?, ¿aquí? No, éste no es un buen lugar.

—Si no es aquí, ¿dónde? Venga, hazlas en el río.

Tatiana se puso de pie, en toda su resplandeciente desnudez, y levantó los brazos.

—¿Estás preparado? —le preguntó y luego se lanzó a dar volteretas; las salpicaduras formaban una cortina multicolor con cada una de sus vueltas.

—¿Qué te ha parecido? —le gritó Tatiana desde el agua.

—Espectacular —respondió Alexandr, que fumaba sentado en la orilla sin apartar la vista de su esposa.

14

Alexandr, que incluso sin su reloj respetaba el horario militar, se levantó con el alba y fue a lavarse y a fumar, mientras Tatiana le esperaba adormilada, hecha un ovillo como un bollo caliente recién sacado del horno. Cuando él se metió otra vez en la cama, de inmediato pegó su cuerpo helado contra ella. Tatiana lanzó un grito e intentó apartarse, pero fue inútil.

—¡Por favor, no! Esto es una crueldad. Espero que te multen por hacerlo en el cuartel. Estoy segura de que no te atreves a hacerlo con Marazov.

—Ya puedes estar segura. Pero no tengo derechos inalienables con Marazov. Tú eres mi esposa. Ahora vuélvete.

—Me volveré si me sueltas.

—Tania, no necesito que te des la vuelta. —Continuó apretándose contra ella—. No te dejaré ir hasta haberme saciado. Hasta que me hayas calentado de dentro afuera, y de afuera adentro.

Después, Tatiana le preparó el desayuno, doce tortitas de patatas, y luego se sentó a su lado en la manta en el resplandeciente amanecer, cada día más cálido que el anterior. Alexandr, más que comer, devoraba. Ella lo miraba.

—¿Qué?

—Nada. —Sonrió—. ¿Siempre tienes tanta hambre? ¿Cómo hiciste para sobrevivir el invierno pasado?

—¿Que cómo sobreviví el invierno pasado? —repitió el capitán, sorprendido.

Ella le dio el resto de sus tortitas. Alexandr protestó pero no por mucho tiempo, cuando Tatiana se le acercó y comenzó a darle de comer, sin apartar la mirada de su rostro ni por un segundo. Tenía la sensación de que se derretía por dentro.

—¿Qué pasa, Tatia? —le preguntó dulcemente, mientras tomaba el último bocado del tenedor en sus manos. Sonrió—. ¿Hice algo que te gustó?

Tatiana sacudió la cabeza, ruborizada, soltó un gritito de alegría y le besó la mejilla barbuda.

—Ven, marido, te afeitaré.

Mientras le afeitaba, comentó:

—¿Te dije que Axinia ofreció encender la caldera de la *banya* mañana por la mañana si queremos darnos un baño caliente, y que montará guardia delante de la puerta para que nadie nos moleste?

—Me lo dijiste. Me gusta Axinia, pero sabes que se quedará junto a la puerta para escucharnos.

—Por lo tanto, tendrás que ser un poco más discreto, ¿no? —dijo Tatiana. Le quitó los restos de jabón de la mejilla.

—¿Yo tendré que ser más discreto?

Una vez más el rostro de Tatiana se puso rojo como una amapola, y él sonrió.

—¿Qué haremos hoy? —preguntó Tatiana mientras acababa de afeitarle la otra mejilla y se la secaba—. ¿Podríamos ir más tarde a buscar arándanos para hacer una tarta?

—Iremos. Pero primero quiero arrastrar aquel tronco hasta al agua para tener un lugar donde sentarnos y lavarnos los dientes. Después haré una mesa para limpiar el pescado. Tú te irás a tu maldito círculo de costura con tus mujeres. Y me quedaré aquí la mar de infeliz.

—Regresaré en un par de horas —dijo Tatiana.

—Entonces volveré a ser feliz.

—Tu trabajo consiste en ser feliz.

—Sólo tengo un trabajo en Lazarevo —afirmó Alexandr, que la cogió por la cintura—. Hacerle el amor a mi juvenil esposa.

Tatiana estuvo a punto de soltar un gemido.

—Sí, sí, aquí mucho hablar pero...



—¿Qué tal mi inglés? —le preguntó Tatiana en ese idioma.

—Muy bien —contestó Alexandr también en inglés.

Faltaba poco para el mediodía, y caminaban por el bosque a lo largo de la ribera, con dos cubos para los arándanos. El plan era hablar únicamente en inglés, pero utilizó el ruso cuando dijo:

—Creo que me resulta mucho más fácil leerlo que hablarlo. Ahora John Stuart Mill me resulta sencillamente ilegible en lugar de ininteligible.

—Una distinción muy sutil —opinó Alexandr. Arrancó un par de setas —. Tania, ¿éstas se pueden comer?

Tatiana se las quitó de las manos y las arrojó al suelo.

—Sí, pero sólo las comerás una vez.

Alexandr se echó a reír.

—Tendré que enseñarte a buscar setas, Shura. No puedes arrancarlas del suelo como si tal cosa.

—Tengo que enseñarte a hablar en inglés, Tania.

—Éste es mi nuevo marido, Alexander Barrington —dijo ella, en inglés.

Alexandr le replicó en el mismo idioma y con una sonrisa orgullosa:

—Y ésta es mi joven esposa, Tatiana Metanova. —Le besó las trenzas, y añadió en ruso—: Tatiana, ahora di las otras palabras que te he enseñado.

—No —respondió con firmeza, en inglés, y ruborizada hasta las cejas —. No las diré.

—Por favor.

—No. Busca arándanos. —Siempre en inglés.

Vio que a Alexandr no podían importarle menos los arándanos.

—¿Qué tal más tarde? ¿Me las dirás más tarde? —preguntó él, con un tono insinuante.

—Ni ahora, ni más tarde —replicó Tatiana, valiente. Pero no lo miró.

—Más tarde —continuó Alexandr en inglés, al tiempo que la abrazaba —, insistiré en que me complazcas utilizando tu lengua de habla inglesa en la cama conmigo.

—Está muy bien que no comprenda lo que me dices —señaló Tatiana, que simuló apartarlo.

—Te enseñaré lo que quiero decir. —Alexandr dejó el cubo en el suelo.

—Más tarde, más tarde. Ahora, recoge tu cubo. Coge arándanos.

—De acuerdo —dijo Alexandr, sin soltarla—. Y se dice cubo. Vamos, Tania, di las otras palabras. Tu timidez es como un afrodisíaco para mí. Dilas.

—Muy bien —respondió Tatiana, que comenzó a jadear—. Recoge tu cubo. Volvamos a casa. Practicaré el amor contigo.

—Haré el amor contigo, Tania —le corrigió Alexandr, riéndose—. Haré el amor contigo.



La tarde era calurosa y tranquila. Alexandr estaba cortando un tronco en trozos pequeños. Tatiana no se apartaba de su lado.

—¿Qué?

Ella le empujaba.

—¿Qué? Eres como mi sombra en pequeño. Déjame acabar. Tengo que hacer un banco para que podamos sentarnos y comer.

—¿Quieres jugar?

—No. Tengo que hacer esto.

—Podemos jugar a Alexandr dice. —Sonrió con aire seductor.

—Más tarde.

—¿Jugamos al escondite?

—Más tarde.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de perder otra vez, capitán? —Sonrió.

—Serás...

—¿Quieres retozar? —Al ver la mirada de Alexandr, enrojeció—. Me refería a retozar, a jugar en el agua. Quiero que me sostengas en la palma de la mano y me levantes por encima de tu cabeza...

—Sólo si después me dejas que te folle.

—Nunca había escuchado llamarlo de esa manera, pero de acuerdo, ya tienes una compañera de juegos.

Él se echó a reír, sin soltar el serrucho.

—Haremos eso y más, pero, primero, tengo que acabar de cortar esta maldita madera.

Tatiana sólo aguantó un segundo callada.

—¿Quieres enseñarme cómo haces flexiones? —Hizo una pausa—. ¿Cincuenta seguidas?

—Sólo si me das un incentivo.

—Muy bien. ¿Ahora?

—Eres demasiado. Más tarde.

Permaneció callada otro segundo.

—¿Quieres echar un pulso?

—¿Un pulso? —Alexandr la miró con una sonrisa incrédula—. Estás bromeando, ¿no?

—Venga, grandullón. ¿Qué pasa? ¿Eres un gallina? —Le hizo cosquillas.

—Para.

Tatiana volvió a hacerle cosquillas, mientras cacareaba como una gallina.

—Clo, clo, clo.

—Se acabó. —Dejó el serrucho, pero ella ya le había sacado medio prado de ventaja, y seguía corriendo mientras chillaba como una chiquilla. Él echó a correr—. ¡Ruega para que no te pille!

Ella, feliz a más no poder, se dejó alcanzar en cuanto entraron en el bosque.

—No está permitido que me hagas cosquillas cuando tengo un serrucho en las manos —le dijo.

—Pero, Shura, siempre tienes algo en las manos. Si no es un serrucho, es un cigarrillo, un hacha, o...

Él le cogió las nalgas.

—Sí, o...

Él le cogió los pechos.

—¿Ves lo que quiero decir? —añadió Tatiana casi sin aliento—. ¿Quieres tumbarme? —Hizo una pausa—. Como a ti te gusta. —No pudo recuperar el aliento cuando él la abrazó. Alexandr no era consciente de su propia fuerza, o bien tenía miedo de no ser capaz de estrecharla lo suficiente contra su cuerpo. Confió en que sería lo primero—. Estoy aquí, Shura, estoy aquí. —Lo acarició—. Venga, vamos.

Él la soltó, y Tatiana permaneció de pie delante de él por un momento.

—De acuerdo. —Alexandr sonrió—. Ya has conseguido apartarme de mi trabajo. ¿Ahora qué? ¿Flexiones, retozar, qué?

Permanecieron inmóviles. Los ojos de Tatiana brillaron. Los ojos de Alexandr brillaron. Ella se movió a la izquierda, a la derecha...

Pero esta vez él fue más rápido.

—Tendrás que mejorar mucho si quieres pasar —le dijo, al tiempo que la tumbaba en el suelo—. ¿Quieres probar otra vez?

Se movió a la derecha, otra vez a la derecha, a la izquierda...

Seguía sin ser lo bastante rápida.

—¿Otra vez? —Alexandr sonreía.

Tatiana permaneció inmóvil durante unos segundos hasta que hizo el gesto de tirar por la izquierda y salió disparada por la derecha antes de que él pudiera mover una mano.

Se echó en sus brazos dando chillidos de alegría cuando él la persiguió.

—Ahora juguemos a que yo te vendo los ojos, te hago dar varias vueltas, y tú me tienes que encontrar en el claro. —Se echó a reír—. Deja ya de hacerme cosquillas.

—Estoy cansado de que siempre me vendas los ojos —protestó Alexandr, sin dejar de hacerle cosquillas—. ¿Qué te parece si yo te vendo los ojos a ti, te doy de comer, y tú me dices qué te pongo en la boca?

Tatiana se echó a reír incluso antes de que él terminara. Alexandr la miró con una expresión inocente.

—¿Qué pasa?

—¡Shura! —exclamó ella—, qué te parece si te digo antes de que me vendas los ojos lo que me pondrás en la boca.

Alexandr secundó sus risas y la llevó a la casa.

—Pues a jugar se ha dicho. Pero sólo si llamas a lo que tengo en la boca por su nombre en inglés. —Le metió las manos debajo del vestido y la acarició.

—¿Shura?

—¿Sí?

—Suéltame. Tengo que ir a esconderme, y tú tendrás que encontrarme.

—¿Por qué tengo que encontrarte? Ya estás aquí. —Le acarició las nalgas.

—Shura, me sujetas demasiado fuerte. No puedo moverme.

—Lo sé. No quiero que te vayas a ninguna parte.

—¿Qué clase de juego es éste?

—El mismo juego que jugamos todo el día.

—¿Que es...?

—Nos levantamos, hacemos el amor. Nos asearnos, hacemos el amor. Cocinamos, comemos, hacemos el amor. Nadamos, hacemos el amor. Jugamos al fútbol, hacemos el amor; jugamos a la gallina ciega, hacemos el amor.

—Sí, pero ahora vamos directamente a hacer el amor. ¿Qué tiene de divertido?

15

Se habían levantado temprano, y después de ir a pescar y nadar un rato, Tatiana estaba en cuclillas junto al hogar, muy entretenida enseñándole a Alexandr cómo se preparaba la pasta para las tortitas. No sabía qué le pasaba, pero él no le prestaba atención.

—¡Shura! No pienso pasarme todo el día enseñándote cómo se preparan las tortitas. ¿Por qué te niegas a aprender?

—Soy un hombre. Soy incapaz físicamente de aprender a cocinar para mí —le respondió con una sonrisa. Estaba acostado en el suelo de madera, muy cerca de Tatiana, mientras ella batía la leche tibia con la harina y el azúcar.

—Pero bien que hiciste helado para mí.

—Porque era para ti. Me refería a cocinar para mí.

—¡Shura!

—¿Qué?

—¿Por qué me miras a mí y no a la pasta? —Él estaba despatarrado en el suelo, y la miraba con una expresión muy tierna.

—No puedo apartar mi mirada de ti —afirmó él plácidamente—, porque me resultaba muy excitante que cocines para mí con tanto abandono. Lo que yo quiero. No puedo apartar mi mirada de ti —añadió, un poco más agitado—, porque ya no tengo hambre de tortitas.

—Deja de mirarme —replicó Tatiana, cada vez más agitada—. ¿Qué harás cuando te encuentres solo en el bosque y tengas que comer?

—¿Es necesario que aprenda a preparar la pasta de las tortitas? Comeré cortezas, bayas, setas.

—Hazme un favor, no comas setas. ¿Quieres mirar, por favor?

Alexandr echó una mirada a la olla.

—¿A ver? ¿Leche, harina, azúcar? ¿Eso es todo lo que necesita? ¿Lo he dicho bien? ¿Puedo volver a mirarte?

Tatiana, como si fuese por accidente, movió la espátula, y le salpicó la cara con unas gotas de la pasta.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Cuidado!

Alexandr la miró con una expresión incrédula, después metió la mano en la olla, cogió un puñado de pasta y se la arrojó a la cara.

—¿Con quién te crees que te las tienes?

—No lo sé —respondió ella con voz pausada. Se quitó la pasta de los ojos y continuó batiendo mientras añadía—: Pero creo que no tienes idea de con quién te las tienes en esta casa.

Antes de que él pudiera reaccionar, Tatiana cogió la olla, le vació el contenido sobre la cabeza y salió corriendo de la casa.

Alexandr chorreaba pasta de tortitas por todo el cuerpo cuando la alcanzó en el claro. La levantó en el aire y frotó todo su cuerpo contra el de ella, mientras le tapaba la boca para que no se riera, pero ella no podía parar, dominada por el deleite y el deseo. Se retorció de risa, y tenía muy claro que a su marido le recordaba cómo se retorció su cuerpo de placer, porque él ya estaba en el paso siguiente, cuando ella aún continuaba riéndose. Temblorosos, sucios y pegajosos, con los pechos juntos, se volcaron el uno en el otro como crema espesa y azúcar caliente, se lamieron, resbalando el uno sobre el otro, y después Alexandr, saciado y jadeante, le preguntó alegremente:

—Si no nos comemos las tortitas, pero sí la pasta cruda, ¿cuenta como desayuno?

—Estoy casi segura de que sí —contestó Tatiana, casi sin resuello.



El sol estaba en lo más alto de su trayecto. Alexandr limpiaba las truchas en la mesa pequeña que había construido. Utilizaba su cuchillo militar para cortarles la cabeza y vaciarles las tripas. Tatiana permanecía a su

lado, con una bolsa para los desperdicios y una cacerola con agua para echar los pescados limpios. Iba a preparar sopa de pescado con patatas. Disponía de un solo cuchillo, y Alexandr lo manejaba con mucha habilidad.

—Mientras no tengas que cocinar la comida que caces o pesques, nunca te morirás de hambre, ¿no es así, Shura? —le preguntó ella, que lo miraba con admiración.

—Tania, si es necesario, cocinaré este pescado en la hoguera que encenderé. —La miró—. ¿Qué?

—Alexandr, tú pescas, enciendes fuego, haces muebles, peleas, cortas leña. ¿Hay algo que no sepas hacer? —Tatiana se ruborizó antes de acabar la pregunta.

—Dímelo tú. —Alexandr se inclinó y comenzó a besarla, y no se detuvo hasta que ella gimió en su boca—. No seas tan deliciosa —susurró.

—Tengo que dejar de ruborizarme —comentó ella en voz baja.

—Por favor, no. Por cierto, hay una cosa que no sé hacer: la pasta de las tortitas. —Le sonrió.

—¿Cuándo iremos a Molotov para recoger las fotos de la boda que nos sacó la mujer del joyero?

—Querrá que le demos nuestras alianzas de oro a cambio de las fotos. Ya lo verás.

Tatiana le besó el brazo, apretó el rostro contra su hombro.

—¿Tenemos bastante petróleo para la cocina?

—Mucho, ¿por qué?

—Después de que prepare la sopa, ¿podríamos salir un rato? —Tatiana se armó de valor—. Shura, Dusia me preguntó si podía echarle una mano en la iglesia. —Miró a Alexandr—. Por favor. Siento remordimientos porque ya no voy casi por su casa y...

—Vas demasiado. —Él dejó de sonreír.

—Creía que era tu sombra.

—Excepto cuando te vas allí. —Alexandr exhaló un suspiro—. ¿Qué necesita esta vez?

—El cristal de una de las ventanas está a punto de caerse —le informó Tatiana, más tranquila—. Me preguntó si tú podías repararlo. Es la única vidriera de la iglesia.

—Vaya, así que esta vez me necesita.

—Yo iré contigo. Dice que te dará una botella de vodka por la molestia.

—Dile que te deje en paz, y cerramos el trato.

Tatiana lo dejó por un momento y volvió con un cigarrillo y un encendedor.

—Ten, abre la boca.

—Cómo hablas —dijo Alexandr, y abrió la boca.

Tatiana lo observó mientras él daba unas cuantas chupadas. Después, sin saber qué hacer con el cigarrillo, lo olió, se lo llevó a la boca, le dio una chupada, y de inmediato comenzó a toser. Él le cogió el cigarrillo, le dio tres o cuatro chupadas y dijo:

—Ya está. Y no vuelvas a intentarlo otra vez. Escucho cómo respiras por la noche: tus pulmones suenan como fuelles.

—Eso no es por la tuberculosis. —Tatiana aplastó la colilla—. Es por la fuerza de tus abrazos. —Desvió la mirada.

Alexandr no hizo ningún comentario.



En la iglesia, Tatiana ayudó a Alexandr a sostener el pequeño cristal emplomado. Estaba subida a una escalera, mientras él ponía en el marco una mezcla hecha con piedra pómez pulverizada, arcilla y agua.

—¿Shura? ¿Puedo hacerte una pregunta hipotética?

—No.

—¿Qué habiéramos hecho si Dasha estuviera viva? ¿Alguna vez te lo has planteado?

—No.

—Pues yo sí. Algunas veces.

—¿Cuándo?

—Ahora, por ejemplo. —Tatiana insistió al ver que él no le contestaba —. ¿No quieres preguntártelo? ¿Qué hubiéramos hecho?

—No quiero pensarlo.

—Hazlo.

—¿Por qué disfrutas torturándote? —Alexandr exhaló un suspiro—. ¿Crees que la vida ha sido demasiado buena contigo?

—La vida ha sido demasiado buena conmigo —respondió ella, con voz pausada y sin dejar de mirarlo.

—Sostén el cristal bien firme. Es la única vidriera de Dusia. No creo que te perdone si la rompes. ¿Pesa demasiado para ti?

—No, ya puedo. Espera, deja que me acerque un poco más al marco.

—Aguanta un poco más. Ya casi he terminado.

Tatiana se movió en la escalera, resbaló y se cayó, soltando el cristal, que se desprendió del marco. Alexandr lo cogió al vuelo, lo dejó en el suelo y después ayudó a Tatiana a levantarse del suelo. Se había pegado un buen susto, pero no se había hecho daño, salvo un pequeño rasguño en el tobillo. Sin embargo, miraba a su marido con el entrecejo fruncido.

—¿Qué? —dijo Alexandr—. ¿Qué te han parecido mis reflejos? A partir de ahora, Dusia rezará por mi vida todos los días. —Intentó quitar el polvo del vestido de Tatiana, pero sólo consiguió ensuciarla más—. Mira mis manos, me quedaré pegado a ti si no voy con cuidado. —Sonrió mientras le besaba la clavícula.

Tatiana continuó mirándole con una expresión ceñuda.

—¿Qué pasa?

—Me encantan tus reflejos. Rápidos como una centella. Bien hecho. Sólo que me gustaría señalar que puestos a elegir entre el cristal y tu esposa, has escogido el cristal con una rapidez digna de encomio.

Alexandr se echó a reír. La ayudó a subir a la escalera y se quedó de pie detrás de ella. No la tocó con las manos sucias de argamasa, pero le mordió suavemente las nalgas a través del vestido.

—Yo no escogí el cristal. Tú ya estabas en el suelo.

—Pues no vi que tus reflejos legendarios intentaran sujetarme mientras caía en picado como un cohete.

—¿Ah, sí? Dime, ¿qué hubiese pasado si el cristal se te cae encima? Entonces sí que no hubieras estado muy contenta conmigo.

—Tampoco estoy muy contenta contigo ahora —replicó ella, pero con una sonrisa.

Alexandr le mordió de nuevo en las nalgas y volvió a ocuparse de la colocación de la vidriera. Por fin, el cristal quedó bien sujeto.

Dusia, que también estaba en la iglesia, se acercó para darle las gracias, e incluso le dio un beso en la mejilla, mientras le decía que era un buen hombre.

Alexandr aceptó el cumplido con la mirada puesta en Tatiana.

—¿Qué te había dicho?

—Venga, buen hombre —dijo Tatiana, que lo cogió de la camisa—. Vamos. Es hora de lavarte.

Regresaron a casa por el sendero a través del bosque que olía a resina de pino. En cuanto llegaron, Tatiana entró para buscar el jabón y una toalla.

—Tania, ¿me puedes dar de comer primero?

—Shura, no puedes comer así de sucio.

—Pruébalo. Sé muy bien cómo va esto del baño. Tardaremos dos horas en comer y me estoy muriendo de hambre. Sirve la sopa en el cuenco, coge una cuchara y dame de comer.

—Bueno, si no puedes esperar dos horas... —protestó Tatiana por lo bajo, que ya sentía como se reavivaba la llama en su vientre.

—Dame de comer, Tatia. Ya me reñirás más tarde. —Alexandr enarcó las cejas. Los ojos le brillaban como dos ascuas.

Tatiana, con el corazón henchido de gozo, cogió la cuchara, y mientras le daba de comer, volvió a la carga.

—No has respondido a mi pregunta hipotética.

—Afortunadamente, la he olvidado.

—Sobre Dasha.

—Ah, eso. —Masticó un trozo de patata y pescado y se lo tragó—. Creo que ya sabes la respuesta.

—¿La sé?

—Por supuesto. Sabes que si estuviera viva, hubiera tenido que casarme con ella, como le había prometido, y tendrías que haberte ido a la cama con el buenazo de Vova.

—¡Shura!

—¿Qué?

—No voy a hablar contigo de esto si no te lo tomas en serio.

—Está bien. ¿Puedo tomar un poco más de sopa?

Después de comer, fueron al río y él se lavó las manos mientras Tatiana le enjabonaba la espalda.

—Nunca me hubiese casado con Dasha si tú estuvieras viva —manifestó Alexandr—. Lo sabes. Mi verdad hubiera salido a la luz aquí, en Lazarevo. ¿La tuya también?

Tatiana no le respondió.

Estaban sentados en el río, cerca de la orilla. Alexandr cogió la botella de champú. Le pidió que se volviera y comenzó a lavarle la cabeza.

—¿La echas de menos? —le preguntó mientras le frotaba el pelo.

—La echo de menos. Me pregunto cómo hubiese sido estar en Lazarevo con ella. —Se apoyó en el hombre—. Echo de menos a mi familia. —Hizo una pausa cuando se le quebró la voz—. De la misma manera que tú seguramente echas de menos a tus padres.

—No tuve tiempo para echarles de menos. Estaba demasiado ocupado intentando salvar mi vida. —Le echó la cabeza hacia atrás para enjuagarle el pelo.

Sin embargo, Tatiana sabía la verdad.

—¿Sabes?, algunas veces tengo una sensación muy curiosa cuando pienso en Pasha.

—¿Qué sensación?

Ella se puso de pie y le cogió el jabón de las manos.

—No lo sé. Bombardearon el tren, no encontraron ningún cadáver. Es como si el no saber a ciencia cierta lo que le pasó hiciera que su muerte parezca menos real.

Alexandr también se levantó y la condujo a aguas más profundas.

—¿Me estás diciendo que sólo lo crees cuando ves morir a las personas que quieres?

—Algo así. ¿Tiene sentido?

—En absoluto. No vi morir a mi madre, ni tampoco vi morir a mi padre. Pero están muertos de todas maneras.

—Lo sé. —Ella lo enjabonó con mucho cariño, como si quisiera consolarlo—. Pero Pasha es mi hermano mellizo. Es como mi otra mitad. Si está muerto, ¿qué pasa conmigo? —Se enjabonó los pechos y frotó sus pezones duros y erguidos contra el pecho de su marido.

—Eso tiene fácil respuesta. Estás muy viva. —Alexandr sonrió—. Te diré una cosa. ¿Quieres seguir jugando a las preguntas hipotéticas? Tengo una pregunta para ti. —Le cogió el jabón de las manos y lo tiró a la orilla—. Digamos que Dasha está viva, y que tú y yo todavía no estamos casados, pero... —Alexandr se interrumpió mientras levantaba a Tatiana, que inmediatamente le rodeó la cintura con las piernas—, yo, Tania, te había hecho el amor de pie. De esta manera. —Ambos gimieron—. Aquí, en nuestro río... dime, oh, mi muy viva esposa, ¿qué hubieras hecho? ¿Me hubieras dejado ir, sabiendo...?

Ella gritó.

—¿... esto? —acabó Alexandr.

Como si Tatiana pudiera soñar en responder.

—No quiero jugar a este juego nunca más —dijo, aflojando un poco la presión de las piernas, pero con los brazos bien sujetos alrededor de su cuello.

—Bien —asintió Alexandr.

Más tarde, Tatiana se sentó en el agua menos profunda con la espalda apoyada en una piedra que afloraba del río y Alexandr se tumbó delante de ella, con la nuca apoyada en su pecho. Conversaron en murmullos y contemplaron el Kama y las montañas hasta que, en un momento dado, Tatiana advirtió que Alexandr estaba muy callado. Se había quedado dormido, con las piernas sumergidas en la suave corriente y el torso apretado contra su cuerpo. Lo abrazó, y con una sonrisa de felicidad, le besó suavemente la cabeza, y dejó los labios apoyados en el pelo húmedo.

Permaneció sentada durante mucho rato sin moverse, hasta que el fin aspiró a fondo y se llenó los pulmones con el aire que olía a savia, aguas frescas y cerezos en flor. A hierba mojada, hojas secas, arena y a Alexandr.

—Había una vez —susurró— un hombre, un príncipe resplandeciente entre los campesinos, que era adorado por una frágil doncella. La doncella escapó al país de las lilas y la leche, y esperó, impaciente, que su príncipe viniera para darle a ella el sol. No tenían adónde ir y sí mucho de lo que escapar; no tenían refugio ni salvación; no tenían nada más allá de su diminuto reino en el que vivían, excepto dos personas: el amo, la señora y dos esclavos. —Tatiana hizo una pausa y abrazó más fuerte a Alexandr—. Cada día era un glorioso milagro de Dios. Ellos lo sabían. Entonces llegó el momento en que el príncipe tuvo que marcharse, pero no había de qué alarmarse porque la doncella... —Tatiana se interrumpió. Por un momento le pareció que le había oído contener la respiración—. ¿Shura?

—No te detengas —murmuró él—. Estoy muy interesado en saber cómo sigue. ¿Por qué no había de qué alarmarse? ¿Qué iba a hacer la doncella?

—¿Qué te ha parecido hasta ahora?

—No está mal. Mi parte favorita es esa que habla de un amo.

Tatiana le besó la mejilla.

—Me reservo la opinión hasta el final. —Alexandr frotó la nuca contra los pechos de la muchacha—. Dime por qué no había de qué alarmarse.

—No había de qué alarmarse —continuó Tatiana, pensando deprisa— porque la doncella esperó pacientemente su regreso.

—Es un cuento de hadas. ¿Qué más?

—Él regresó.

—¿Y...?

—¿Tiene que haber un «Y...» después de eso? Y vivieron felices por siempre jamás.

—¿Dónde? —preguntó Alexandr después de una pausa que a ella le pareció eterna.

Tatiana miró las montañas, sin responder a la pregunta.

—No está mal, Tania —afirmó Alexandr, mientras se levantaba y se volvía para mirarla.

—¿No está mal? ¿Por qué no lo pruebas tú?

—No soy muy bueno contando cuentos.

—Sí, tú siempre prefieres exagerarlo todo. Adelante, inténtalo.

—De acuerdo. —Se sentó con las piernas cruzadas, se echó agua en la cara, la mojó a ella y comenzó—: Veamos. Había una vez una doncella muy hermosa y muy rubia. —La miró—. Una doncella que todas las demás envidiaban. Y un caballero mercenario renegado tuvo la fortuna de ser amado por ella. —Sonrió—. Una y otra vez.

Tatiana lo empujó con el pie, pero su sonrisa era incluso más amplia que la de Alexandr.

—El caballero se marchó para proteger al reino de los invasores. —Hizo una pausa—. Y no regresó. —Dejó de mirar a Tatiana, y dirigió la vista a la orilla—. La doncella esperó a su caballero durante un tiempo adecuado...

—¿Más o menos cuánto?

—No lo sé. ¿Cuarenta años?

—No digas tonterías. —Tatiana le pellizcó la pierna.

—¡Ay! Pero finalmente ella no pudo esperar más y se entregó al señor del castillo.

—Después de cuarenta años, ¿quién la querría?

Alexandr miró a Tatiana.

—Pero, atención, ¡sorpresa! Regresó su caballero y se encontró a su dama convertida en señora del castillo y en la cama con otro tipo.

—Como en *Evgeni Onegin* de Pushkin —dijo Tatiana.

—Oh, excepto que, a diferencia de Onegin, este caballero, poco dispuesto a quedar como un idiota, desafió al señor a un duelo, luchó por el honor de la dama, si es que le quedaba, y perdió. Después, lo descuartizaron delante de los ojos de la dama, que se enjugó las lágrimas con su pañuelo de seda, mientras recordaba vagamente el país de las lilas donde habían vivido antaño, y a continuación, se encogió de hombros y se

fue a tomar el té. —Alexandr se echó a reír—. ¡Esto es lo que yo llamo un cuento!

—Sí —dijo Tatiana, que se levantó para volver a la cabaña—. Un cuento muy estúpido.



Alexandr encendió un cigarrillo mientras ella se vestía para salir.

—¿Por qué siempre tienes que ir a ese estúpido círculo de costura?

—No siempre. Es sólo una hora. —Tatiana sonrió, al tiempo que lo abrazaba—. Puedes esperar una hora, ¿no, capitán? —le susurró con voz ronca.

—Hummm. —Él la sujetó con una mano, porque en la otra sostenía el cigarrillo—. Por todos los diablos, ¿no pueden arreglárselas sin ti?

Tatiana le besó la frente perlada de sudor.

—Shura, ¿te has fijado en que cada día hace más calor?

—Sí. ¿Por qué no puedes coser aquí? Te traje la máquina de coser, tu mesa de costura. Te he hecho un taburete. Te he visto coser; precisamente el otro día te vi cosiendo todas aquellas prendas oscuras. Por cierto, ¿qué eran?

—Nada, una tontería.

—Pues cose tonterías aquí.

—Les estoy enseñando a pescar, Alexandr.

—¿Qué?

—Dale a un hombre un pescado, y comerá un día. Enséñale a pescar, y comerá toda la vida.

Alexandr sacudió la cabeza. Exhaló un suspiro.

—De acuerdo. Te acompañaré.

—Ni hablar. La iglesia es una cosa, pero ningún soldado marido mío asistirá a un círculo de costura. Perderías la virilidad. Además, tú ya sabes pescar. Quédate en casa. Juega con tu fusil, o lo que sea. Regresaré en una hora. ¿Quieres que te prepare algo delicioso de comer antes de que me vaya?

—Sí, y sé exactamente lo que quiero. —La tumbó en la manta sobre la hierba. El sol ardía sobre sus cabezas.

—Shura, llegaré tarde.

—Diles que tu marido estaba muerto de hambre y tuviste que darle de comer.

16

—¿Qué llevas en tus alforjas, grandullón? —preguntó una tarde muy calurosa, mientras estaba sentada en la manta en el claro con su macuto y la caja de mapas entre las piernas, y sacaba las cosas de una en una.

Tatiana estaba sedienta. En Lazarevo hacía muchísimo calor. Las mañanas eran ardientes, las tardes asfixiantes, y sólo por las noches refrescaba un poco. Dormían desnudos tapados con una sábana fina, y con las ventanas abiertas de par en par. Se pasaban el día en el agua. Así y todo, siempre tenían calor.

Alexandr está serrando dos troncos bastante largos.

—Nada que tenga interés —le contestó, sin volverse.

Tatiana sacó la pistola semiautomática, la estilográfica, unas hojas de papel, una baraja, dos cajas de balas, el cuchillo, todos los mapas y dos granadas de mano.

Los mapas fueron la primera cosa que despertó su interés, pero antes de que tuviera la oportunidad de desplegarlos, Alexandr se acercó con el serrucho en una mano y el cigarrillo en la boca, y con mucho cuidado le quitó las granadas.

—¿Por qué no jugamos a algún otro juego donde no necesitemos artefactos explosivos?

—De acuerdo. —Tatiana se levantó de un salto—. Me has enseñado a disparar con tu pistola. ¿Puedes enseñarme ahora a disparar con tu fusil? —Miró los mapas sobre la manta—. ¿Cuántos disparos puede hacer uno tras otro?

—Treinta y cinco. —Alexandr tiró la colilla.

—Podrías enseñarme a disparar con tu mortero, pero no llevas un mortero en el macuto. —Ella sonrió.

Alexandr se echó a reír.

—No, no llevo mi mortero en el macuto.

—Sin embargo, llevas tus mapas. —Tatiana volvió a mirarlos.

—¿Y...?

—Shura, me gustaría mucho que no siguieras en la artillería. —Lo abrazó—. ¿El coronel Stepanov no puede convertirte en correo, o algo así? ¿No puedes decirle que te has casado con una chica que no puede vivir sin su soldado?

—De acuerdo, lo haré.

Tatiana lo llevó a la casa cogido de la mano. Le quitó el serrucho y lo tiró al suelo.

—Todavía no he acabado —protestó él. Le señaló los troncos.

—¿Y qué? Eres mi marido, ¿no?

—Sí. ¿Y...?

—¿Acaso no tengo yo también unos derechos inalienables?



Tatiana estaba sentada desnuda encima de Alexandr, con las manos apoyados en su pecho.

—¿Cómo funciona?

—¿Cómo funciona qué?

—Un mortero. ¿No le dijiste a Vova que estabas a cargo de un mortero? ¿Cómo funciona?

—Un mortero es una de las armas que manejo. ¿Qué quieres saber?

—¿Tiene el cañón corto como los cañones, o el cañón largo?

—Tiene el cañón largo.

—De acuerdo. Así que tienes el cañón largo, y ¿qué haces?

—Lo apuntas en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—¿Y después?

—Metes una granada en el cañón. Cae hasta el fondo, golpea en el percutor, estalla la carga impulsora y...

—Ya sé lo que pasa después. La granada sale disparada a una velocidad de setecientos metros por segundo.

—Algo así.

—A ver si lo he entendido bien. Cañón largo. Apuntas. Cargas. Disparas. Pum.

—Sabía que lo entenderías.

—Otra vez. Largo. Arriba. Cargas. Disparas. Pum. Aprendo rápido.

—Eso no se discute.

—¿Shura?

—¿Sí?

—¿Por qué el cañón tiene que ser tan largo?

—Para aumentar la velocidad de salida. ¿Sabes lo que es?

—Tengo una idea.



De nuevo en el exterior, Tatiana bebió un vaso de agua y volvió a los mapas de Alexandr. Él volvió a sus troncos. La muchacha tenía cada vez más calor; necesitaba darse un baño en el río. Estudió los mapas, fascinada.

—Shura, ¿por qué todos tus mapas son sólo de Escandinavia? Mira, éste es de Finlandia, otro de Suecia, y este otro es del mar del Norte entre Noruega e Inglaterra. ¿Por qué?

—Sólo son mapas de campaña.

—Pero ¿por qué de Escandinavia? —Lo miró—. No estamos en guerra con Escandinavia, ¿verdad?

—Estamos en guerra con Finlandia.

—Ah, y aquí hay un mapa del istmo de Carelia.

—¿Y...?

—¿No combatiste tú en Carelia, cerca de Viborg, en la guerra del invierno de 1940?

Alexandr dejó los troncos y se tendió boca abajo en la manta a su lado. La besó en el hombro.

—Así es.

Tatiana permaneció en silencio unos instantes. Al parecer, intentaba recordar algo.

—El año pasado, cuando estalló la guerra, ¿no enviaste a Dimitri a varias misiones de reconocimiento a la zona de Carelia, a Lisii Nos?

Alexandr recogió todos los mapas.

—¿Alguna vez olvidas algo de lo que te digo?

—Ni una sola palabra.

—Ojalá me lo hubieses avisado antes.

—¿A qué vienen todos estos mapas? —insistió.

—Sólo son mapas de Finlandia, Tania. —Alexandr se levantó y la ayudó a levantarse—. ¿Tienes calor?

—Y Suecia, Shura. Sí, tengo calor.

—Una parte de Suecia. —Le sopló la frente y el cuello.

—También de Noruega e Inglaterra, Shura. —Cerró los ojos y se apoyó en él—. Tu aliento es caliente.

—¿Qué quieres saber?

—Suecia se ha declarado neutral en esta guerra, ¿no?

Alexandr la llevó a la casa.

—Sí, Suecia intenta mantenerse neutral. ¿Alguna cosa más?

—No lo sé. —Tatiana sonrió. Tenía la garganta seca—. ¿Qué más tienes?

—Ya lo has visto y probado todo. —La subió a la cama—. ¿Qué quieres? —Sonrió—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hummm —ronroneó ella, acariciándolo, consciente de las gotas de sudor que le resbalan por todo el cuerpo—. ¿Puedes hacer aquello con lo que consigues que los dos acabemos juntos?

—Muy bien, Tatiasha. —Alexandr se inclinó sobre ella—. Haré aquello para que los dos acabemos juntos.



Se separaron, saciados y sudorosos. Permanecieron tumbados de espalda mientras recuperaban el aliento, y después se miraron el uno al otro y sonrieron felices.

Alexandr fue a buscar un poco de agua, y al cabo de un rato, cuando Tatiana volvió a respirar normalmente, le suplicó que le contara cómo había conseguido su primera medalla al valor.

El capitán permaneció mudo durante unos minutos. Tatiana esperó. Soplabla una suave brisa que levantaba las cortinas, pero el aire era caliente. El cuerpo de Alexandr chorreaba sudor. Lo mismo le pasaba a Tatiana. Necesitaban con urgencia sumergirse en el agua fresca del Kama. Pero Tatiana no estaba dispuesta a abandonar la cama hasta no conocer la historia de lo ocurrido en Carelia.

Alexandr se encogió de hombros.

—No fue nada del otro mundo. —Su voz era tranquila—. Nos habíamos abierto paso a través de los pantanos cerca del golfo, desde Lisii Nos casi hasta Viborg. Conseguimos que los finlandeses retrocedieran hasta la ciudad, pero entonces nos atascamos en los pantanos del bosque. Ellos estaban bien atrincherados, tenían municiones y suministros, nosotros estábamos metidos en el barro hasta el cuello y no teníamos nada. La batalla en las afueras de Viborg fue una carnicería. Perdimos casi dos tercios de nuestros hombres. Nos vimos forzados a suspender el ataque y emprender la retirada. En realidad fue una estupidez. Era marzo, y sólo faltaban unos días para la firma del armisticio fijada para el día trece, y allí estábamos nosotros, perdiendo centenares de hombres sin ningún motivo aparente. Por aquel entonces, yo estaba en infantería. No teníamos más armas que los fusiles de un solo disparo. —Sonrió—. Y un par de morteros.

Tatiana le devolvió la sonrisa. Tenía una mano apoyada en el pecho del capitán.

—Mi pelotón contaba con treinta hombres cuando salimos. Me quedaban cuatro después de dos días de combate. Cuando salimos de los pantanos para retirarnos a Lisii Nos, nos enteramos de que uno de los hombres que se habían quedado en los pantanos cerca de la línea defensiva

de Viborg era el hijo del coronel Stepanov, Yuri. Tenía dieciocho años y acababa de entrar en el ejército.

Alexandr hizo una pausa.

¿Era una pausa, o el final?

Tatiana esperó, con la mano en el pecho de su marido. Notó cómo se le aceleraban los latidos.

Entonces Alexandr le apartó la mano de su corazón.

Tatiana no volvió a ponerla.

—Así que regresé a los pantanos, lo estuve buscando durante unas horas, y al final lo encontré vivo, pero malherido. Lo trasladamos de vuelta al campamento. —Alexandr apretó los labios por un segundo—. No se salvó —añadió sin mirar a Tatiana.

—Oh, no —exclamó ella, que sí lo miraba.

—Me dieron la medalla al valor por Yuri Stepanov.

Los ojos de Alexandr perdieron el brillo, todo su rostro se endureció. Tatiana sabía lo que estaba haciendo: se blindaba. Volvió a poner la mano sobre su pecho.

—¿El coronel te agradeció que fueras a buscar a su hijo?

—Sí. —La voz de Alexandr tenía un tono impersonal—. El coronel ha sido muy bueno conmigo. Me trasladó del regimiento de fusileros a una división motorizada, y cuando lo nombraron comandante de la guarnición de Leningrado, me llevó con él.

Tatiana permaneció muy quieta, y muy callada. Apenas si respiraba. No quería saber. No quería preguntar. Pero no podía evitarlo.

—No fuiste solo a los pantanos —dijo, y exhaló un suspiro—. ¿A quién te llevaste contigo?

—A Dimitri.

Pasó un buen rato antes de que Tatiana volviera a hablar.

—No sabía que estaba en tu pelotón.

—No estaba. Le pregunté si quería acompañarme en la misión, y aceptó.

—¿Por qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué dijo que sí? Me resulta difícil creer que Dimitri aceptara participar en una misión peligrosa cerca de las líneas enemigas para rescatar a un soldado herido.

—Pues es lo que hizo —respondió Alexandr, después de unos segundos.

—A ver si lo entiendo. ¿Tú y Dimitri fuisteis solos a los pantanos para rescatar a Yuri Stepanov? —Tatiana intentó mantener una voz calma, pero no lo sabía hacer tan bien como Alexandr. Su voz tembló.

—Sí.

—¿Esperabas encontrarlo? —Parecía dolida.

—Pues no lo sé. ¿Estás buscando una respuesta específica, Tatia? ¿Algo que no te he dicho?

—¿Hay algo que no me has dicho?

Alexandr siguió sin mirarla. Miraba el techo.

—Fuimos a los pantanos, buscamos durante un par de horas. Lo encontramos. Lo trajimos de vuelta. Eso fue todo.

—¿Fue entonces cuando a Dimitri lo hicieron soldado de primera?

—Sí.

Tatiana comenzó a trazar círculos grandes, medianos y pequeños en la piel de Alexandr, con la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Shura?

—Oh, no.

—Después del armisticio de 1940, Viborg estaba en la frontera soviética con Finlandia, ¿no?

—Sí.

—¿Qué distancia hay de Viborg a Helsinki?

—No lo sé.

Tatiana se mordió el labio inferior.

—No parece muy lejos en el mapa.

—Es un mapa. Nada parece lejos en los mapas —replicó él, impaciente—. Quizás unos trescientos kilómetros.

—¿Qué distancia...?

—Tania.

—¿Qué? ¿Qué distancia hay de Helsinki a Estocolmo?

—¡Dios bendito! ¿Estocolmo? —exclamó él, pero sin mirarla—. Quizás otros trescientos. Pero a través del agua. Tienes que cruzar el mar Báltico y el golfo de Bosnia.

—Sí, está el golfo y está el mar. Tengo una pregunta más.

—¿Qué? —El tono del capitán no era muy alentador.

—¿Dónde está ahora la frontera?

Alexandr no le respondió.

—Los finlandeses avanzaron desde Viborg hasta Lisii Nos, ¿verdad? ¿No fue allí donde enviaste a Dimitri en misión de reconocimiento el año pasado?

—Tatiana, ¿hay algún objetivo en tus preguntas? —le preguntó él, con un tono brusco—. Ya está bien de tanto preguntar.

Ella se sentó bruscamente, se apartó e intentó bajarse de la cama.

Alexandr la sujetó por un brazo.

—¿Dónde vas?

—A ninguna parte. Hemos acabado, ¿no? Quiero refrescarme un poco, y después prepararé la cena.

—Ven aquí.

—No, tengo que...

—Ven aquí.

Tatiana cerró los ojos. Alexandr tenía aquella voz. Tenía aquella voz, aquellos ojos, aquellas manos, aquella boca. Tenía todo aquello.

Ella obedeció.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó, mientras la hacía acostar a su lado y la acariciaba—. ¿Qué es lo que quieres averiguar?

—Nada. Sólo estaba pensando.

—Me preguntaste por mi medalla. Te respondí. Me preguntaste por las fronteras. Te respondí. Me preguntaste por Lisii Nos. Te respondí. Ahora, olvídate de tanto pensar. —Le acarició un pezón entre el pulgar y el índice.

Alexandr la besó. Todavía estaban sudorosos de antes, agotados, sedientos y muertos de calor.

—¿Tienes más preguntas, o has acabado?

—No lo sé.

Él volvió a besarla; un beso más largo, más ardiente, más profundo; un beso apasionado, interminable.

—Quizás haya terminado —susurró ella. Esto era lo que él le hacía: besarla hasta que el fuego líquido fundía su carne. Él lo sabía. Todo lo que le hacía a ella, lo hacía incesantemente hasta que la disolvía. Ella se encontraba indefensa, y él lo sabía. Con sus labios pegados a los de ella, Alexandr le separó los muslos y la penetró con dos dedos; los sacó, los volvió a meter—. Creo que ahora sí he terminado.

17

Al cabo de unos pocos días de un calor sofocante, Tatiana estaba saltando otra vez.

—¿Ahora qué estás haciendo? Ya has hecho un banco. Deja ya de hacer cosas. Vamos a nadar. ¡A nadar! Venga, incluso el Kama está caliente en estos días. Vamos a zambullirnos. A ver si esta vez aguanto sumergida más tiempo que tú.

Alexandr se encontraba en el interior de la casa. Acaba de traer los dos troncos que había aserrado con tanto esfuerzo; medían casi un metro de largo. Puestos de pie le llegaban a la altura de las caderas.

—Más tarde. Tengo que hacer esto.

—¿Qué estás haciendo? —repitió Tatiana.

—Espera y lo verás.

—¿Por qué no me lo dices y acabamos antes?

—Un mostrador.

—¿Para qué? Lo que necesitamos es una mesa. —Volvió a dar saltitos—. Seguimos comiendo en el suelo. ¿Por qué no haces una mesa? Mejor todavía, ven a nadar conmigo. —Comenzó a tirarle del brazo.

—Quizá más tarde. ¿No hay de beber? Dios, qué calor.

Tatiana salió un momento y volvió con un vaso de agua y un pepino cortado.

—¿Quieres un cigarrillo?

—Sí.

Le llevó un cigarrillo.

—Shura, no necesitamos un mostrador. Necesitamos una mesa.

—Haré una mesa alta. O podremos usar esto como un banco alto.

—¿Por qué directamente no lo haces un poco más bajo?

—Espera y verás. Tania, ¿nunca te ha dicho nadie que la paciencia es una virtud?

—¡Sí! —exclamó ella, impaciente—. Dime lo que estás haciendo.

Alexandr la sacó de la casa sin responderle.

—¿Puedes traerme un poco de pan, por favor? Estoy hambriento.

—Muy bien. Pero tendré que ir a casa de Naira. No nos queda pan.

—Pues entonces ve a casa de Naira. Pero no tardes mucho.

Tatiana no tardó en volver con pan, mantequilla, huevos y una col.

—¡Shura! Esta noche prepararé un pastel de col.

—¡Que sea deprisa! Me estoy muriendo de hambre.

—Siempre estás muerto de hambre. No hay manera de llenarte. —
Sonrió—. ¿Tienes calor? Quítate la camisa.

—Me estoy asando.

—¿Ya has acabado?

—Casi. Ahora lo estoy cepillando.

Tatiana se acercó al mostrador, lo miró y después miró a Alexandr.

—¿Cepillando?

—Lo aliso. No queremos clavarnos una astilla.

—¿No queremos? —Tatiana estaba intrigada—. Shura, ¿sabes lo que me ha dicho Dusia?

—No, cariño. ¿Qué te ha dicho Dusia?

—Que éste es el verano más caluroso que han tenido en Lazarevo en setenta y cinco años, ¡desde 1867! Desde que ella tenía cuatro años.

—¿De veras? —Cogió la cantimplora que le ofreció Tatiana. Se la bebió toda y pidió más. Dejó la cantimplora llena a su lado y continuó con el pulido de la madera.

—No lo entiendo —comentó Tatiana, atenta a su trabajo—. Me llega a la altura de las costillas. ¿Por qué lo has hecho tan alto?

Alexandr sacudió la cabeza y dejó el cepillo. Fue a lavarse las manos y la cara en el cubo de agua.

—Ven aquí —le dijo, cuando acabó de refrescarse—. Te ayudaré a subir. —La sentó en el mostrador y se colocó delante de ella—. Bueno,

¿qué te parece?

—Tengo la sensación de ser muy alta —respondió Tatiana. Miró los ojos serenos y la sonrisa en los labios de su marido—. Pero no me da miedo la altura. —Hizo una pausa—. Y mi cara está casi al mismo nivel que la tuya. Me gusta. Acércate, soldado.

Alexandr le separó las piernas y se puso entre ellas. Por un momento, se miraron con los ojos casi a la misma altura, y después se besaron. Él le metió las manos debajo del vestido y le acarició los muslos hasta las caderas. Ella no llevaba ropa interior.

—Humm. —Jugó con ella un momento y después se desató los cordones del pantalón corto—. Dime, Tatiasha —murmuró Alexandr, mientras la penetraba y la atraía hacia él—. ¿Esto te parece bastante cerca?

—Creo que sí —contestó ella con voz ronca. Sus manos se aferraron al borde del mostrador.

Alexandr la sujetaba por las caderas mientras se movía rítmicamente y después le bajó el vestido hasta la cintura para poder chuparle los pezones.

—Quiero sentir tus pezones mojados contra mi pecho. Cógete del cuello. —Ella no pudo—. Cógete, Tania —insistió él, acelerando el ritmo—. ¿Todavía crees que el mostrador es demasiado alto? —Ella no le pudo contestar—. Eso era lo que pensaba —murmuró, encerrando el cuerpo desnudo en sus manos ávidas—. De pronto, parece tener la altura exacta, ¿no es así, mi querida e impaciente esposa, no es así?

Después, mientras Alexandr seguía de pie entre las piernas de ella, cansado y sudoroso, Tatiana, también cansada y sudorosa, le dio un beso en la garganta y le preguntó:

—Dime, ¿lo has hecho sólo para esto?

—No del todo. —Alexandr bebió un buen trago de la cantimplora y después vació el resto del agua sobre el rostro y los pechos de Tatiana—. Podemos poner patatas encima.

—Se da el caso de que no tenemos patatas —dijo Tatiana, riéndose.

—Pues es una lástima.



—Shura, tenías toda la razón. ¡El mostrador tiene la altura perfecta! Por fin tengo un lugar para amasar la pasta de mis pasteles. —Tatiana le sonrió mientras se enharinaba las manos. La masa leudada había subido, y ahora, finalmente, se disponía a preparar el pastel de col.

Alexandr estaba sentado en el mostrador; balanceaba las piernas como un chiquillo.

—Tatiana, ¡no intentes cambiar de tema! ¿Me estás diciendo sinceramente que Pedro el Grande no tendría que haber construido Leningrado y de paso modernizar Rusia?

—No estoy diciendo nada de eso —afirmó Tatiana—. Cuidado, no metas la pierna en la harina. Lo dice Pushkin. Nuestro Pushkin tenía una postura ambivalente cuando escribió «El jinete de bronce».

—¿Cuánto tiempo tardará en estar listo el pastel? —preguntó Alexandr sin moverse ni un milímetro. Arrojó un pellizco de harina al rostro de Tatiana—. Y Pushkin no era ambiguo al respecto. En «El jinete de bronce» insiste en la necesidad de que Rusia entre en el mundo moderno, por mucho que chille y patalee.

—Pushkin no creía que Leningrado hubiera sido construido a un precio justo, y no comiences —dijo, arrojándole un puñado de harina—, porque sabes que llevas las de perder. —Sonrió—. El pastel estará listo en cuarenta y cinco minutos.

—Sí, después de que lo metas en el horno. —Alexandr se quitó la harina de la cara y balanceó las piernas más rápidamente, sin apartar la mirada de Tatiana—. Mira lo que escribió Pushkin: «¿No fuiste tú, un ídolo imponente, templado ante el abismo, quien con mano de hierro elevó a Rusia a su destino?». Destino, Tania, destino. No se puede luchar contra el destino.

—Shura, apártate un poco, por favor. —Tatiana cogió el rodillo para estirar la masa—. Pushkin también escribió: «Los generales del emperador fueron corriendo a salvar al pueblo que, sin hacer caso, dominado por el miedo, se ahogaba allí donde vivía». Miedo, Alexandr, ¡se ahogaba! A eso

me refiero cuando hablo de ambivalencia. Pushkin escribió que las personas no querían ser salvadas ni modernizadas.

Alexandr no se movió. Al contrario, golpeaba el rodillo con el muslo cada vez que se acercaba.

—Tania, hay una ciudad donde no había ninguna. Hay civilización donde antes sólo había pantanos.

—¡Deja de golpear el rodillo! Díselo a Evgeni. Se volvió loco. Díselo a Parasha. Ella se ahogó.

—Evgeni era débil. Parasha era débil. No he visto que nadie les haya levantado una estatua. —No dejó de golpear el rodillo.

—Quizá. Pero Shura, no me negarás que el propio Pushkin era ambivalente. Preguntaba si el precio en vidas humanas que se había pagado por la construcción de Leningrado no había sido demasiado alto.

—Claro que lo negaré —afirmó él, poco dispuesto a dar el brazo a torcer—. No creo que fuera ambivalente en absoluto. ¿El pastel llevará algún relleno, o simplemente pondrás la masa en el horno?

Tatiana dejó de estirar la masa y lo miró fijamente.

—Shura, ¿cómo puedes decir eso?

—¿Cómo puedo decirlo? No veo el relleno.

La muchacha le tocó la pierna con el rodillo.

—Ve a buscarme la sartén. ¿Cómo puedes decir que no era ambivalente? —repitió Tatiana, con la mirada puesta en Alexandr—. Mira lo que escribe Pushkin. ¡Es el significado de todo el poema! —Cogió aire—. «Y en el pálido resplandor de la luz de la luna, cabalga en la bestia al galope, la mano extendida en medio del clamor, el jinete de bronce en feroz persecución». Pushkin no acaba el poema como lo empezó con los hermosos parapetos de piedra, las cúpulas doradas de Leningrado, las noches blancas y el Jardín de Verano. —Tatiana sonrió con el corazón henchido de gozo al recordar el Jardín de Verano, y Alexandr le devolvió la sonrisa—. Pushkin acaba el poema diciéndonos que sí, Leningrado fue construido, pero la estatua de Pedro el Grande nace como en una pesadilla y persigue a Evgeni, nuestro pobre desgraciado, por toda la eternidad, a lo largo de las hermosas calles de Leningrado. «Y durante toda aquella larga

noche, no importa la calle que pueda escoger el pobre desgraciado, se escuchará el terrible galopar del jinete de bronce en su estela». —Tatiana se estremeció. ¿Por qué se estremecía? Hacía mucho calor.

Alexandr le ofreció la sartén de hierro.

—Tania, ¿puedes discutir conmigo y rellenar el pastel al mismo tiempo? No pretenderás que esté de acuerdo contigo para que acabes de preparar la cena.

—¡Shura, ése fue el precio que se pagó por Leningrado! Parasha ahogada. Evgeni perseguido por el jinete de bronce por toda la eternidad. —Tatiana echó el relleno en el pastel y comenzó a cerrar los bordes—. Creo que Parasha hubiera preferido seguir viva, y que Evgeni hubiera preferido seguir cuerdo, aunque representara continuar viviendo en un pantano.

Alexandr volvió a sentarse en el mostrador, con las piernas bien separadas.

—«Aquí yace mi desafortunado bribón, y aquí enterraron caritativamente el cadáver helado en la fosa común» —recitó. Se encogió de hombros—. En cualquier caso, insisto en que sacrificar a Evgeni es un precio justo por tener un mundo libre.

—¿Sacrificar a Evgeni también es un precio justo para imponer el socialismo en un país? —le preguntó Tatiana, en voz baja.

—¡Eh, no me vengas con ésas! —exclamó Alexandr—. No puedes comparar a Pedro el Grande con Stalin.

—Respóndeme.

—¡Por mucho que chille y patalee, Tatiana, pero en el mundo libre, Tatiana! —Alexandr se bajó del mostrador—. ¡No por mucho que chille y patalee en la esclavitud! Es una diferencia vital, esencial, crucial. Es la diferencia entre morir por Hitler y morir por detenerlo.

—Pero no deja de ser morir, ¿verdad, Shura? —Tatiana se le acercó—. No deja de ser morir.

—Yo también me moriré si no como algo pronto —protestó Alexandr.

—Ahora mismo lo meto en el horno. —Metió el pastel en el horno y después se puso en cuclillas para lavarse la cara y las manos en el cubo. En

la cabaña no se podía estar del calor que hacía con el horno encendido. No servía de nada tener la puerta y las ventanas abiertas. Miró a su marido—. Tendremos que esperar cuarenta y cinco minutos. ¿Qué quieres hacer? No, espera. Olvídalo. Bueno, de acuerdo, pero ¿puedes esperar a que limpie el mostrador? Me estoy poniendo perdida de harina. A ti te gusta, ¿no? Oh, Shura, eres insaciable. No podemos hacer esto a todas horas.

»Oh, Shura, no podemos...

»Oh, Shura...

»Oh...



—Sé que quieres llevarme la contraria —comentó Tatiana mientras cenaban fuera de la casa, en el claro iluminado con los últimos reflejos del día y con la luna en cuarto creciente que asomaba por encima de las montañas. La muchacha había preparado una ensalada de tomate y cebolla, además del pastel de col, y rebanadas de pan negro con mantequilla—. Para ti morir por Hitler o hacerlo por Stalin equivale a la misma cosa.

—Efectivamente, pero no es lo mismo morir por detener a Hitler. —Engulló un bocado de pastel—. Soy un aliado de Estados Unidos. Lucho en el bando de Estados Unidos. —Asintió con un gesto, muy decidido—. Acepto esa pelea.

Tatiana miró el pastel de col.

—Creo que no lo he tenido en el horno el tiempo necesario —opinó en voz baja.

—Son las nueve de la noche. Me lo hubiese comido crudo hace cuatro horas.

Tatiana, poco dispuesta a abandonar la discusión, porque sabía que ella estaba en lo cierto, comentó:

—Volvamos a Pushkin. Rusia, tal como está representada en el personaje de Evgeni, no quiere ser modernizada. Pedro el Grande hubiera hecho bien en dejarla como estaba.

—¿Hubiera hecho bien? —exclamó Alexandr—. ¡Pero si Rusia no existía! Mientras el resto de Europa estaba en la Ilustración, Rusia seguía enterrada en el Medievo. Después de que Pedro construyera Leningrado, aparecieron como por arte de magia el francés, la cultura, la educación y los viajes, la economía de mercado, una cada vez más floreciente clase media, una aristocracia muy sofisticada. Había música y libros. Los libros, Tania, que tanto te gustan. Familias felices que sirvieron de tema a Tolstoi. Él nunca hubiese podido escribir sus libros de no haber sido por lo que Pedro el Grande construyó cien años antes. El sacrificio de Evgeni y Parasha significó que prevaleciera un orden mundial mucho más beneficioso. —Hizo una pausa—. El triunfo de la luz sobre las tinieblas.

—Sí, a ti te resulta muy fácil hablar de su sacrificio. A ti no te persigue un trozo de bronce.

—Míralo de otra manera —dijo Alexandr, con la boca llena de pan—. ¿Qué estamos cenando, si es que a estas horas se puede llamar cena? Pastel de col. Pan. ¿Por qué? ¿Sabes por qué?

—No veo que...

—Ten paciencia, y lo verás en un minuto. Estamos cenando comida de conejos porque no quisiste levantarte a las cinco de la mañana. Te lo dije. Tenemos que ir ahora si queremos pescar unas cuantas truchas. De lo contrario, los peces se marcharán. ¿Me escuchaste?

—Algunas veces te escucho...

—Sí, y los días que me escuchas, comemos pescado. ¿Tenía razón? Por supuesto. Claro que es terrible levantarse tan temprano. Pero después tenemos comida de verdad. —Alexandr se engullía el pastel alegremente—. Ahí es donde quiero ir a parar: todas las grandes cosas que vale la pena tener requieren un sacrificio. Es eso, lo siento por Leningrado. Valía la pena el sacrificio.

—¿Stalin? —apuntó Tatiana, después de una pausa.

—¡No, no y no! —Alexandr dejó el plato sobre la manta—. Dije todas las grandes cosas que vale la pena tener. Sacrificarse por el orden mundial de Stalin no sólo es execrable, sino que no tiene sentido. ¿Qué dirías si yo te mandara levantarte, te obligara, te dijera que no tienes otra opción,

tienes que levantarte, agotada y con los ojos somnolientos, y salir con un frío tremendo, no a pescar, sino a buscar setas? Y no las setas que tú quieres, sino las setas que yo recojo, las venenosas que arranco del suelo, las que te destrozan el hígado y te matan en cinco minutos. —Alexandr se echó a reír—. Dime, ¿querrías levantarte?

—Tampoco quiero levantarme ahora —manifestó Tatiana. Le señaló el plato—. Come. Ya sé que no es pescado...

—No, es el delicioso pastel que hace mi Tania —afirmó él, con la boca llena, mientras le guiñaba un ojo alegremente—. Hay algunas batallas que por mucho que no quieras librarlas, tienes que hacerlo. Que vale la pena sacrificar tu vida por ellas.

—Si tú lo dices... —Tatiana desvió la mirada.

Alexandr tragó el bocado y dejó el plato.

—Ven aquí.

—No hablemos más de esto —le rogó Tatiana, abrazándolo con todas sus fuerzas.

—No hablemos más —dijo Alexandr—. Vamos a zambullirnos en el Kama.



A la mañana siguiente, Tatiana chillaba con verdadera desesperación en el interior de la cabaña. Sus alaridos llegaron hasta Alexandr, que se encontraba en el bosque cortando leña, y se hicieron escuchar por encima del ruido de los hachazos. Dejó caer el hacha y corrió de regreso a la casa. Al entrar, se encontró a Tatiana acurrucada encima del mostrador. Las rodillas casi le tocaban el cuello.

—¿Qué pasa? —le preguntó, sin resuello.

—Shura, un ratón ha pasado entre mis pies cuando estaba cocinando.

Alexandr miró los huevos sobre la cocina, el pote con el café que hervía en la cocina, los tomates cortados en los platos, y después a Tatiana, a un metro de altura. En su rostro comenzó a dibujarse una sonrisa.

—¿Qué estás...? —Se interrumpió porque cada vez le resultaba más difícil contener la risa—. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

—¡Te lo he dicho! —chilló ella—. Pasó un ratón y me rozó —se estremeció al recordarlo— la pierna con la cola. ¿Puedes encargarte de ese bicho asqueroso?

—Sí, pero ¿qué estás haciendo ahí arriba?

—Apartarme del ratón, ¿qué crees? —Frunció el entrecejo, con una expresión de desdicha—. ¿Vas a quedarte ahí sin hacer nada o vas a cogerlo?

Alexandr se acercó al mostrador y la cogió en brazos. Tatiana se aferró a su cuello, sin poner los pies en el suelo. Él la abrazó, la besó y la volvió a besar con muchísimo cariño.

—Tatiasha, cobardica, los ratones pueden trepar, ¿no lo sabías?

—No, no pueden.

—He visto a los ratones subir al mástil de la tienda del comandante en Finlandia, para comerse el trozo de queso que había en la punta.

—¿Qué hacía un trozo de queso en la punta del mástil de una tienda?

—Nosotros lo pusimos.

—¿Por qué?

—Para ver si los ratones trepaban.

Tatiana casi se rio.

—Pues ya puedes despedirte de desayunar, tomar café o estar conmigo en esta casa hasta que no desaparezca ese ratón.

Alexandr sacó a su esposa de la casa y después fue a buscar el desayuno. Se sentaron a comer en el banco.

—Tania, ¿los ratones te dan miedo? —le preguntó, incrédulo.

—Sí. ¿Lo has matado?

—¿Cómo quieres que lo haga? Nunca mencionaste que le tenías miedo a los ratones.

—Nunca me lo preguntaste. ¿Que cómo quiero que lo mates? Por amor de Dios, tú eres un capitán del Ejército Rojo. ¿Qué os enseñan en la academia?

—A matar seres humanos, no ratones.

—Pues no sé, lánzale una granada, o algo así —propuso Tatiana, que apenas si había probado el desayuno—. Utiliza tu fusil. No lo sé. Pero no voy a entrar ahí para convivir con un ratón.

—Recorriste las calles de Leningrado mientras los alemanes lanzaban bombas de quinientos kilos, ni parpadeaste cuando las bombas descuartizaron a no sé cuántas mujeres que hacían la cola contigo, te enfrentaste a los caníbales, saltaste de un tren en marcha para ir a buscar a tu hermano, pero ¿te dan miedo los ratones?

—Veo que lo tienes claro —replicó Tatiana, desafiante.

—No tiene sentido. —Alexandr sacudió la cabeza—. Si una persona no tiene miedo ante los grandes peligros...

—Una vez más vuelves a equivocarte. ¿Has acabado de hacer preguntas? ¿Quieres preguntar o añadir algo más?

—Sólo una cosa más. —El capitán mantuvo la expresión grave—. Me parece que hemos encontrado tres usos para el mostrador que hice ayer. —No aguantó más y se echó a reír.

—Adelante, ríe —exclamó Tatiana—. Adelante, aquí estoy para que el caballero se ría. —Le brillaban los ojos.

Alexandr dejó su plato en el banco, hizo lo mismo con el de ella y después la hizo ponerse de pie entre sus piernas. Tatiana seguía enfurruñada.

—Tania, ¿tienes idea de lo graciosa que eres? —Le besó los pechos—. Te adoro.

—Si es verdad que me adoras —replicó ella, mientras intentaba inútilmente librarse de sus brazos—, no estarías aquí coqueteando conmigo en vez de decretar la ley marcial en la cabaña.

—Antes de ocuparme de ese bicho, te advierto que no se dice coquetear después de que le has hecho el amor a una chica.

En cuanto Alexandr entró en la cabaña, Tatiana se sentó en el banco y acabó de desayunar tranquilamente. Al cabo de unos minutos, Alexandr salió de la casa con el fusil en una mano, la pistola en la otra y la bayoneta entre los dientes. El ratón colgaba de la punta de la bayoneta.

—¿Qué te parece? —le preguntó él con una voz apenas audible.

—Está bien, está bien —respondió Tatiana, que se ahogaba de la risa—. No es necesario que me muestres tu botín de guerra.

—Ah, lo traigo porque sé que no creerías en la muerte del ratón si no lo ves con tus propios ojos.

—¿Quieres hacer el favor de no citar mis palabras? Shura, tú me lo dices, y yo te creo. Ahora vete, aparta esa cosa de mi vista.

—Una última pregunta.

—Oh, no. —Tatiana se tapó el rostro, mientras intentaba no reírse.

—¿Crees que este ratón muerto vale un ratón asesinado?

—¿Quieres marcharte de una vez?

Tatiana escuchó sus carcajadas a lo largo de todo el camino hasta el bosque.

18

Estaban sentados en su roca favorita, dedicados a pescar, o por lo menos a intentarlo. Tatiana vigilaba la boya. Alexandr había dejado su sedal y, acostado en la roca, le acariciaba la espalda desnuda. Desde que ella se había confeccionado un vestido nuevo de color azul y escotado desde el cuello hasta más abajo de la cintura, su marido parecía incapaz de concentrarse en las tareas sencillas, pero indispensables, como cazar y recolectar. No quería que se vistiera con ninguna otra prenda, pero tampoco hacía nada más.

—Shura, por favor, no hemos pescado nada. No quiero que Naira Mijailovna pase hambre porque tú te niegues a pescar.

—Precisamente en ella estaba pensando. Te advertí que debíamos habernos levantado a las cinco.

Tatiana exhaló un suspiro, sonrió, contempló la brillante superficie del río.

—Dijiste que leerías para mí. Ahí tienes el libro de Pushkin. Léeme «El jinete de bronce». —Recitó una frase para animarlo—. «Hubo un tiempo, en el que nuestras memorias mantuvieron los horrores frescos y cercanos a nosotros...».

—Preferiría...

—Lee. Yo me ocuparé de cazar y recolectar.

Alexandr le besó la espalda.

—Deja el sedal. No aguanto más.

—Son casi las seis, y no tenemos cena.

—Venga. —Le quitó el sedal de las manos—. ¿Cuándo te has negado?

—Alexandr se tendió de espaldas—. Quítate el vestido, y siéntate encima

de mí. —Soltó un gemido, y después dijo—: No, así no. Vuélvete. Siéntate de cara al río, de espaldas a mí.

—¿De espaldas a ti?

—Sí. —Alexandr cerró los ojos—. Quiero verte la espalda cuando te tengo encima.

Después, mientras seguía dándole la espalda, Tatiana, relajada pero perpleja, comentó:

—Quizá podría haber continuado pescando. Después de todo, miraba en la dirección correcta.

Alexandr no le respondió, entretenido como estaba acariciándole la espalda justo por encima de las nalgas.

Tatiana se levantó.

—¿Quieres besarme? —le preguntó.

—Sí —contestó él con los ojos cerrados, pero no se movió—. ¿Cuántos días nos quedan, Tatiana? —preguntó con voz hueca.

La muchacha se volvió rápidamente hacia el río y recogió el sedal.

—No lo sé —respondió, con la vista en el agua—. No llevo la cuenta.

—¿Quieres que te lea? —dijo Alexandr—. Oh, mira. Aquí hay un pasaje que te gustará.

¿Casarme? ¿Yo? Y sin embargo, ¿por qué no?

Por supuesto no será una vida fácil.

Pero ¿qué más da? Soy joven y fuerte,

no me importa trabajar mucho y duro.

Muy pronto construiré, aunque no mañana,

un nido sencillo para el dulce descanso

y mantendré...

Alexandr hizo una pausa. Tatiana sabía que la mujer del poema de Pushkin se llamaba Parasha. Esperó, con los ojos velados por el dolor que sentía en su corazón. Él reanudó la lectura, en un tono más bajo y la voz entrecortada.

*Y mantendré a Tatiana libre de toda pena,
y en un par de años, quién sabe,
quizás obtenga una buena posición,
y será de Tatiana la misión
criar y educar a nuestros hijos.
Así viviremos, y para siempre
seremos uno, hasta que la muerte nos separe
y los nietos nos pongan a descansar...*

Alexandr calló. Tatiana oyó el golpe del libro cuando lo cerró.

Así...

—Sigue leyendo, soldado —le pidió Tatiana, mientras sujetaba el sedal con manos temblorosas—. Que no te dé miedo.

—No —dijo Alexandr a sus espaldas.

Tatiana no se volvió para mirarlo. En cambio, sin desviar la vista del río, recitó lo que faltaba de la estrofa:

*Así corrían sus recuerdos. Sin embargo, apenado,
aquella noche deseó que el viento callara
su triste aullido, y que la lluvia no castigara
la ventana con furia enloquecida.*

Alexandr y Tatiana no pronunciaron palabra hasta que volvieron a la cabaña.

Fueron a cenar a casa de Naira, y regresaron tarde. Alexandr encendió el fuego. Tatiana preparó un té, y se sentaron. Tatiana en la posición del loto, con Alexandr a su lado. Le pareció que él estaba muy callado, más de lo habitual.

—Shura —le dijo suavemente—. Ven. Apoya tu cabeza aquí. Como siempre.

Él se acostó, con la cabeza apoyada en los muslos de su mujer. Tatiana le acarició el rostro con mucha ternura.

—¿Qué pasa, soldado? —susurró mientras se inclinaba para olerlo. Olía a té y cigarrillos. Acunó su cabeza entre los muslos y los pechos, y le besó los ojos—. ¿Qué te preocupa?

—Nada —contestó, sin añadir nada más.

Tatiana exhaló un suspiro.

—¿Quieres que te cuente un chiste?

—Siempre que no sea uno que le hayas contado a Vova.

—Los paracaidistas van a la nave donde pliegan los paracaídas, y le preguntan al encargado: «Eh, ¿sus paracaídas son buenos?». «¿Qué quieren que les diga? Hasta ahora no he tenido quejas».

—Muy gracioso, Tania. —Se levantó ágilmente y le cogió la taza—. Voy a fumar.

—Fuma aquí. Deja las tazas. Ya las fregaré más tarde.

—No quiero que las friegues más tarde —anunció—. ¿Por qué siempre tienes que hacerlo?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Por qué siempre tienes que servirle a Vova? —preguntó Alexandr, antes de marcharse—. ¿Por qué? ¿Le pasa algo en las manos? ¿No se puede servir solo?

—Shura, les sirvo a todos. —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: A ti primero. —Miró a su marido—. ¿Qué pensarían si sirvo a todos menos a él?

—Me importa un pimiento lo que piensen, Tania. Sólo quiero que no lo hagas.

Tatiana no le replicó. ¿Estaba disgustado con ella?

Continuó sentada delante del fuego con las piernas cruzadas. No había más luz que el círculo alrededor de la hoguera y de la luna en el cielo. El aire olía a agua fresca, a madera y a noche. Sabía que Alexandr estaba sentado en el banco junto a la casa, a sus espaldas, y que la miraba. Lo

hacía cada vez con más frecuencia. La observaba mientras fumaba, fumaba y fumaba.

Volvió la cabeza. Alexandr la observaba y fumaba.

Tatiana se le acercó y se detuvo junto a sus piernas. Se subió a sus pies y le preguntó tímidamente:

—Shura, ¿quieres entrar?

Él sacudió la cabeza.

—Ve tú primero. Me quedaré aquí un rato más, hasta que el fuego se apague.

Tatiana lo miró, lo observó, se fijó en sus ojos, en los labios, en las manos que parecían temblar. Se mordió el labio inferior una vez más, sin moverse.

—Ve tú —repitió Alexandr.

Ella le separó las piernas y se puso de rodillas. La respiración de Alexandr se aceleró. Tatiana comenzó a acariciarle las piernas mientras le miraba a la cara.

—¿Qué me encanta? —preguntó.

Alexandr no respondió.

—¿A ti qué te encanta?

—Tenerlo en tu boca —contestó él, con voz ronca.

—Mmm. —Tatiana le bajó el pantalón—. ¿Está demasiado oscuro, o me ves?

—Te veo —dijo él, sujetándola por la cabeza mientras ella se lo metía en la boca.

—¿Shura?

—¿Humm?

—Te quiero.

19

Alexandr había ido al bosque a recoger leña. Tatiana lo llamó varias veces, sin obtener respuesta. Quería verlo antes de ir un momento a casa de Naira. Le dejó en el banco un plato con patatas fritas, dos tomates y un pepino. Siempre tenía hambre cuando volvía del bosque. Junto al plato, dejó una taza de té solo con azúcar, un cigarrillo y el mechero.

El gracioso marido de Tatiana había perdido el interés por las cosas graciosas. Aún le interesaba fumar y cortar leña. Ahora era todo lo que hacía. Fumaba para él y cortaba leña para ella. De vez en cuando, se despertaban antes del alba y salían a pescar cuando la superficie del Kama parecía un cristal y el aire era húmedo y azul. Caminaban somnolientos y silenciosos hasta su roca en un recodo del río que semejaba una piscina, al lado mismo del claro. Alexandr tenía razón. Era la mejor hora para ir a pescar. Pescaban media docena de truchas en cinco minutos. Él las conservaba vivas metidas en una bolsa de red sumergida en el agua y que colgaba de la rama de un árbol. Luego se sentaba a fumar mientras Tatiana se cepillaba los dientes y volvía a la cama.

Después de fumar y nadar un rato, Alexandr volvía a la cama, y Tatiana, como siempre, lo recibía después de esperarlo, de estar atenta a sus pasos, de rezar por él. Alexandr la excitaba de una manera increíble. Él era su amo y señor. Tatiana aceptaba lo que quisiera darle aunque fuera al alba y con hielo.

Pero mientras que antes Alexandr había disfrutado con el juego de tocarla con sus miembros helados, no hacía mucho que había comenzado a tocarla como si ella estuviera al rojo vivo, como si se consumiera al tocarla. Se sentía atraído por el fuego, no podía dejar de tocarla, pero

ahora la tocaba como si supiera que las quemaduras le dejarían cicatrices para toda la vida, si es que primero no lo mataban.

¿Qué le había pasado al Shura que la perseguía, la tumbaba en el suelo, y la lamía y le hacía cosquillas? ¿Qué le había pasado al Shura que quería amarla a plena luz del día para verla con toda claridad? ¿Dónde estaba el hombre que reía, el hombre que bromeaba, el hombre descarado, el hombre despreocupado? Poco a poco, se había ido apagando para resucitar después convertido en el Alexandr que parecía estar satisfecho con fumar, cortar madera y mirarla.

Algunas veces, cuando Tatiana estaba profundamente dormida, bien acurrucada contra su cuerpo, feliz y contenta, Alexandr la despertaba bruscamente en mitad de la noche. Ella no se movía ni le decía palabra alguna. Sabía que él estaba despierto, sin poder respirar, la ahogaba, le robaba el aliento con su abrazo. Ella escuchaba su respiración entrecortada, sentía el roce de sus labios contra su pelo, y deseaba ser capaz de dejar de respirar para siempre.

Tatiana le preparaba los tomates, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. De pronto, escuchó su voz:

—¿Vas a alguna parte?

Alexandr era un soldado demasiado sigiloso. Ella se enjugó las lágrimas en un santiamén y se tragó el nudo que le oprimía la garganta.

—Espera un momento, ya acabo. —La luz era escasa; quizá no vería las huellas de las lágrimas. Volvió la cabeza y le sonrió. Alexandr chorreaba sudor y estaba cubierto de astillas—. ¿Has estado recogiendo más leña? —El corazón comenzó a latirle deprisa—. ¿Cuánta leña voy a necesitar? —Se acercó y le besó el pecho—. Mmm, hueles tan bien... — jadeó, encantada con su olor, con su presencia.

—¿Por qué tienes el rostro enrojecido?

—Estuve cortando cebollas para acompañar los tomates. Ya sabes lo que pasa con las cebollas.

—Sólo veo un plato. ¿Vas a alguna parte? —Lo dijo sin sonreír.

—Por supuesto que no.

—Espera un momento, voy a lavarme.

—No te preocupes. —Se acercó descalza a Alexandr. Se sentía vulnerable y excitada—. Siempre me siento pequeña cuando llevas las botas —susurró, mirándolo con adoración.



El cuerpo de Alexandr la aprisionó toda entera. La mano izquierda le sujetaba la cabeza, la derecha le sujetaba las nalgas, su cuerpo estaba sobre y dentro de ella. No podía hacer el menor movimiento si él no se lo permitía. Tatiana se sometió totalmente, mientras sentía cómo Alexandr con cada uno de sus movimientos le transmitía su amor, la necesidad que tenía de ella. Ahora comprendía que Alexandr conocía muy bien su fuerza.

Tatiana apretó los labios contra su cuello.

—Oh, Shura, te necesito tanto...

—Estoy aquí —respondió él, con la voz quebrada—. Siénteme.

—Te siento, soldado —susurró ella—. Te siento.

Tatiana sintió demasiado pronto la ola ardiente que la inundaba y apretó los labios para suprimir los gemidos. Pero sabía que Alexandr también la sentía, porque abrazándola con todas sus fuerzas se detuvo y se apartó. «Aquí comienza —pensó Tatiana, que abrió las manos en una súplica muda—. Aquí comienza y dura toda la noche hasta que él finalmente suave y brutalmente, rítmica y entrecortadamente, descarga su hambre y su añoranza en mí, hasta que nos agotamos, hasta que los dos no podemos apartarnos de su doloroso pesar».



Anocheceía. Tatiana miraba fijamente a Alexandr acostado boca abajo, con el rostro vuelto hacia ella y los ojos cerrados. Ella permanecía en silencio atenta a su respiración, en un intento por determinar si dormía. Le parecía que no. Cada tres o cuatro inspiraciones, Alexandr se sacudía, como si estuviera pensando. Tatiana no quería que pensara. Con mucha suavidad y

lentamente dibujó con los dedos círculos pequeños en su espalda. Alexandr murmuró algo y giró la cabeza para el otro lado.

«¿Qué necesita? —se preguntó—. ¿Qué puedo darle?».

—¿Quieres que te haga un masaje? —Le besó el antebrazo y le pasó la mano por los hombros musculosos—. ¿Me oyes?

Él se volvió otra vez y abrió un ojo.

—¿Sabes hacer un masaje?

—Sí. —Tatiana sonrió. Él estaba en calzoncillos. Se montó sobre las nalgas.

—Tatia, ¿qué sabes tú de masajes?

—¿A qué te refieres? —replicó ella con un tono de burla. Le pellizcó las nalgas—. He dado muchísimos masajes.

—¿Sí?

Sabía que eso le llamaría la atención.

—Sí. ¿Preparados? Raíl, raíl —cantó Tatiana mientras que con la punta de los dedos trazaba dos líneas paralelas a la columna vertebral desde la nuca a la cintura elástica de los calzoncillos.

»Traviesas, traviesas, traviesas. —Trazó líneas perpendiculares.

»Aquí llega el tren. —Una línea en zigzag hasta abajo.

»Y vuelca todo el grano. —Le hizo cosquillas en la espalda.

Alexandr se echó a reír, con las manos en la cabeza.

Tatiana quería besarlo, pero no formaba parte del juego.

—Vinieron las gallinas y comenzaron a picotearlo. —Le pinchó con los dedos.

»Llegaron los gansos y lo pellizcaron. —Le pellizcó por todas partes.

—¿Qué clase de masaje es éste?

—Aparecieron los niños y los pisotearon. —Le hundió las palmas en la espalda.

—¡Eh! ¿Por qué me pisotean?

—Llegaron los ladrones, le echaron sal y pimienta, y se lo comieron — chilló Tatiana, y le hizo cosquillas.

Él se retorció. «Me encanta que tenga cosquillas», pensó Tatiana. No pudo resistirse, le mordió la espalda. Era demasiado hermoso. Le

encantaba tenerlo debajo de ella y ver cómo se retorció mientras le hacía cosquillas. Cuando lo mordió, él ronroneó de placer.

—Aquí llega Dedushka, que recoge los granos. —Volvió a golpearle con los dedos—. Aquí viene el guardián del zoológico.

—Oh, no, el guardián del zoológico, no —protestó Alexandr.

—Se sienta y comienza a escribir. —Tatiana dibujó una mesa y una silla. Le pasó el dedo por la espalda como si escribiera.

»Por favor, dejad que mi hija entre en el zoo, y, por favor, recolectad el grano. Varios puntos... —Le pinchó en las costillas. Él saltó. Tatiana se echó a reír—. Pega el sello.

Le dio una palmadita. Alexandr volvió a saltar.

—¡Es hora de echarla al buzón! —Tatiana tiró del elástico del calzoncillo y lo soltó. La goma le azotó suavemente. Le bajó un poco el calzoncillo y le acarició las nalgas.

Alexandr se quedó muy quieto.

—¿Se ha acabado? —preguntó con voz ahogada.

Tatiana se tumbó sobre él sin dejar de reír.

—Sí. —Lo besó entre los omóplatos—. ¿Qué te ha parecido? —Le encantaba sentir su espalda desnuda debajo de su cuerpo, como si fuera una cama muy dura. «Él me cargó a la espalda —pensó—. Me cargó durante nueve kilómetros, a mí y a su fusil». Tatiana frotó la mejilla contra sus omoplatos color caoba. Todo un mes tomando el sol. Parpadeó.

—Muy interesante. ¿Es algún tipo especial de masaje ruso?

Tatiana le dijo que ella y los chicos en Luga se lo hacían los unos a los otros veinte veces al día, cada vez un poco más fuerte y con más cosquillas. Pero no mencionó que era uno de los juegos favoritos de ella y Dasha.



Alexandr se apartó de debajo de Tatiana.

—Es mi turno.

—¡Oh, no! —chilló ella—. Prométeme que serás bueno.

—Date la vuelta.

Tatiana se volvió, con el vestido puesto.

—Espera. Levántate, levántate. Quítate el vestido. —Él la ayudó.

Tatiana permaneció boca abajo delante de Alexandr con las trenzas atadas con cintas blancas, el cuello al aire, la espalda suave, satinada, al aire. Tenía pecas en los hombros de tanto sol, pero el resto era color marfil. Alexandr se inclinó sobre ella y trazó una línea con la lengua desde el omóplato al cuello. Le desató las cintas del pelo.

—Espera, también quitaremos esto —dijo, agitado, tirando de las bragas de seda azul.

—Shura —preguntó Tatiana, que levantó un poco las caderas para ayudarle—, ¿cómo podrás tirar del elástico si me quitas las bragas?

Alexandr, perdido como siempre cuando la veía levantar las caderas, le mordió suavemente la piel de la clavícula.

—Dado que no tenemos un tren cargado con grano, ni osos pisoteándote la espalda, quizá también podamos imaginar el elástico de tus bragas, ¿no? —Vio que ella sonreía, con los ojos cerrados. Él le dio un beso, al tiempo que se quitaba el calzoncillo con una mano.

—No estás jugando de acuerdo con las reglas —protestó Tatiana, cuando él continuó besándola entre los omóplatos.

Alexandr, sin hacerse rogar, se sentó sobre los muslos de Tatiana, apoyado en las rodillas para no aplastarla.

—Muy bien. ¿Cómo empieza?

—Raíles, raíles —dijo Tatiana.

Alexandr trazó las dos líneas desde el cuello hasta la rabadilla.

—Muy bien, pero no hace falta que bajes tanto.

—¿No? —replicó él, sin apartar las manos de los glúteos.

—No —repitió ella, pero su voz sonó agitada.

—Las gallinas. ¿Qué hacen?

—Picotean.

Alexandr la golpeó con los dedos suavemente. Apoyó las manos en la espalda de Tatiana, y las movió desde la columna hacia las costillas, para después deslizarlas hasta sus pechos.

—¿Qué pasa con los gansos?

—Pellizcan. —Él le pellizcó los pezones con mucho cuidado—. Shura, tendrás que hacerlo mejor si quieres que parezca un ganso. —Levantó un poco el cuerpo. Él la pellizcó otra vez sin tantos miramientos—. Mmm, mucho mejor.

—Aparecieron los ladrones... —Alexandr se levantó un momento, para separarle las piernas y meterse entre ellas, otra vez de rodillas—. Le echaron sal. —Le levantó las caderas—, le echaron pimienta —añadió, penetrándola por detrás. Tatiana soltó un grito y retorció la sábana con los puños—. Y se la comieron, una vez, y otra, y otra más.

Alexandr se inclinó sobre ella sin detenerse, le apoyó las manos en la espalda y las deslizó hacia arriba hasta tocarle el pelo rubio resplandeciente. Cerró los ojos y volvió a erguirse, sujetándole las caderas con manos de hierro.

—¿Eso qué era? ¿Algún tipo de masaje norteamericano? —le preguntó ella, cuando acabaron—. Porque eso no figuraba en las reglas.

Él se echó a reír, sin abrir los ojos.

—¿Sabes una cosa? —añadió ella—. Este juego ya nunca me parecerá el mismo.

—¿De la misma manera que ya no te parece lo mismo jugar al escondite?

—Sí, también lo has estropeado. Te quiero.

—Yo también te quiero —afirmó Alexandr, que se inclinó para abrazarla por detrás, todavía dentro de ella, y con la sensación de que no podía abrazarla todo lo fuerte que quería.

20

Tania y Shura jugaban una partida de póquer y apostaban las prendas que vestían. Tania, Tania, Tania. La que desafiaba a la muerte, la que reafirmaba la vida, la hacedora de estrellas, la indomable, la extravagantemente hermosa. Tania, que detestaba perder en cualquier juego. Y era espléndida perdiendo en el póquer. Alexandr necesitaba centrarse en las cartas y no en ella.

Después de perder la camisa, su adorable esposa estaba sentada en el suelo, apoyada en los brazos, mientras Alexandr, de rodillas, le chupaba los pezones suavemente. Estaban en el claro, delante de la hoguera, alumbrados por la gibosa luna creciente.

—Llévame adentro —susurró ella.

—No hasta que pierdas otra mano. —Pero él no podía apartarse—. Mírame, Tania. Estoy en un estado gaseoso cuando estoy contigo.

—No todo está en un estado gaseoso —replicó ella, que lo cogió al tiempo que se tumbaba sobre la mano—. No estoy dispuesta a perder otra mano para no obtener nada.

El juego no había favorecido mucho a Tatiana, pero sí a Alexandr. Ahora a ella sólo le quedaba jugarse las bragas.

—Las bragas y mi anillo de bodas —comentó ella—. Creo que a partir de ahora cambiará mi suerte.

—Quítate el anillo, y ponlo a buen recaudo —le dijo Alexandr mientras repartía las cartas.

La observó mientras ella estudiaba las cartas. Alexandr apenas si podía prestar atención a las suyas. Junto al fuego, el rostro poético de Tatiana estaba centrado en las cartas, que mantenía muy cerca de los pechos para

impedir que él las espiera. Alexandr quería que bajara las cartas. Inspiró profundamente. No tardaría en tenerla.

—¿Cómo se dice...? «pégame» —le preguntó ella en inglés. Sonrió—. «Dos veces».

Se concentró en las cartas con mucha diligencia. De pronto, su rostro se despejó. Lo miró con los ojos muy brillantes y le dijo en ruso:

—Muy bien. Ahí van dos kopeks.

—Los veo —contestó Alexandr, que hacía lo imposible por mantener una expresión grave—. Venga, Tatiana, enséñame lo que tienes. —Sonrió.

—¡Ajá! —Tatiana echó las cartas sobre la manta. Tenía un ful.

—¡Bah, eso no es nada! —afirmó Alexandr y le mostró sus cartas—. Cuatro reyes.

—¿Qué? —Tatiana frunció el entrecejo.

—Yo gano. Póquer de reyes. —Le señaló las bragas—. Venga, fuera bragas.

—¿Qué quieres decir?

—El póquer gana al ful.

—¡Serás mentiroso! —protestó, furiosa. Cogió las cartas y se las tiró. Después se tapó los pechos.

—Esto no es Luga —le recordó Alexandr, mientras le apartaba las manos—. Ya te los he visto. —Sonrió—. Yo...

Ella volvió a taparse los pechos.

—Ahora por fin comprendo cómo ganas todas las veces. Haces trampa.

Alexandr no podía controlar las carcajadas. Era incapaz de seguir barajando.

—¿Cuántas veces tendré que explicártelo, camarada-yo-recuerdo-todo-lo-que-me-dices? ¿Eh? —Le cogió las bragas—. Las reglas son las reglas. Venga, fuera bragas.

Tatiana se apartó.

—Sí, las reglas de los tramposos —afirmó, con un tono de desafío—. Juguemos otra vez.

—Jugaremos otra vez, pero tendrás que jugar en cueros, porque esta mano la has perdido.

—¡Shura! El otro día le dijiste a Naira Mijailovna que tu ful le ganaba a su póquer. Eres un tramposo de tomo y lomo. No pienso jugar contigo si haces trampas.

—Tania, el otro día, Naira Mijailovna tenía un trío, y no un póquer, y yo tenía un ful, y el ful gana al trío. —Alexandr la miró con una sonrisa de oreja a oreja—. No necesito hacer trampas para ganarte al póquer. Al dominó, sí, pero no al póquer.

—Si no necesitas hacer trampas, entonces, ¿por qué las haces? —le acusó ella.

—Se acabó —dijo Alexandr. Dejó las cartas sobre la manta—. Tienes que quitarte las bragas. He ganado limpiamente.

—Querrás decir que has hecho trampas limpiamente.

Alexandr estaba desnudo hasta la cintura. Tatiana seguía tapándose los pechos con las manos pero sus labios estaban húmedos y entreabiertos, y su mirada se regodeaba con la visión de su torso.

—Tania, ¿quieres que te haga cumplir las reglas?

—Sí —replicó ella. Se levantó de un salto—. Me gustaría ver cómo lo intentas.

A Alexandr le encantaba su espíritu de lucha. Ella sólo le llevaba unos segundos de ventaja cuando él se levantó, pero Tatiana estaba dispuesta a no dejarse pillar. Ya se había metido en el río cuando él aún no había cruzado la mitad del claro. Su marido se detuvo en la orilla.

—¿Te has vuelto loca? —vociferó.

—¡Sí, y tú haces trampas en el póquer sólo para conseguir que me quite la ropa! —le gritó ella desde el río.

—¿Crees en serio que necesito hacer trampas en el póquer para que te quites la ropa? —Alexandr se cruzó de brazos—. ¡Si no hay manera de evitar que te desnudes!

—Serás mentiroso... —escuchó él que le decía.

—Venga, sal. —Se echó a reír, pero no la veía. No era más que un espacio oscuro en el agua—. Vamos, sal de una vez.

—Ven y sácame si eres tan listo.

—¿Crees que me he vuelto loco? No pienso meterme en el río de noche. Ven.

Tatiana imitó el cloqueo de una gallina.

—De acuerdo. —Alexandr dio media vuelta y se alejó de la orilla.

Fue hasta la hoguera, y recogió la baraja, los cigarrillos y las tazas de té. Se llevó todo, incluida la manta, a la casa; y después volvió a salir. El claro estaba en silencio. El río también. Ahora las noches eran un poco más frescas.

—¡Tania! —gritó.

Nada.

—¡Tania! —gritó, un poco más fuerte.

Nada.

Alexandr caminó a paso rápido hacia el río. No veía nada; ni siquiera un espacio oscuro. La luz de la luna era muy débil; las estrellas no se reflejaban en el agua.

—¡Tatiana! —gritó a voz en cuello.

Silencio.

Entonces, sin más, Alexandr recordó la velocidad de la corriente en el centro del río, los peñascos ocultos bajo la superficie, los troncos que arrastraba el agua y se dejó llevar por el pánico.

—¡Tatiana! ¡Esto no tiene ninguna gracia! —Esperó con el oído atento a un chapoteo, a una respiración, a un movimiento.

Nada.

Se metió en el agua sin siquiera quitarse los pantalones.

—¡Ya puedes empezar a correr si ésta es otra de tus bromas!

Nada.

Alexandr nadó contra corriente, sin interrumpir sus gritos.

—¡Tania! ¡Tania!

Miró hacia la orilla.

Allí estaba ella.

De pie, vestida con una camisa larga, secándose el pelo mientras lo miraba. Él no podía verle la expresión porque la hoguera estaba detrás, pero cuando habló, Alexandr se dio cuenta de que sonreía socarronamente.

—Creí que no querías meterte en el agua con los pantalones puestos, so tramposo.

Él estaba mudo. Aliviado pero mudo.

Alexandr salió corriendo del agua y se le acercó con tanta rapidez que ella retrocedió, asustada, y acabó sentada en el suelo. Tatiana lo miró y la sonrisa desapareció de su rostro.

Él la miró durante unos segundos, mientras recuperaba el aliento. Sacudió la cabeza.

—Tania, eres un demonio. —Le tendió una mano para ayudarla a levantarse, pero no volvió a mirarla cuando la soltó, y emprendió el camino de regreso a la cabaña, calado hasta los huesos.

Ella lo siguió y Alexandr la escuchó protestar.

—Sólo era una broma.

—¡Menuda gracia!

—Hay gente que no sabe apreciar una broma —murmuró ella.

—¿Crees que me parecería gracioso que te ahogaras? —gritó él, que se volvió hecho una furia—. ¿Cuál crees que era la parte que me haría más gracia? —Alexandr la sujetó un momento, la soltó y entró en la casa. La escuchó detrás de él, y después ella se le puso delante.

—Shura —susurró, mirándolo con ansia. Le cogió una mano y se la metió debajo de la camisa. No llevaba las bragas. Alexandr contuvo el aliento. Era incorregible. Dejó las manos entre sus muslos—. Se suponía que tú te meterías en el agua para rescatarme —añadió Tatiana, contrita. Le desabrochó el pantalón—. Te olvidaste de la parte en que el caballero rescata a la débil doncella.

—¿Débil? —Alexandr la acarició entre los muslos, mientras la estrechaba contra su cuerpo—. Sin duda hablas de otra persona. Te olvidas de que tu única obligación como doncella es hacerle el amor, no aterrorizar, al caballero.

—No pretendía aterrorizar al caballero —afirmó ella, mientras Alexandr la levantaba para ponerla en la cama. Tatiana le abrió los brazos.

Alexandr contempló el cuerpo desnudo de su esposa, alumbrado con la luz vacilante de la lámpara de petróleo, tumbada en la cama, que

temblaba, que se abría, que gemía por él. Llevaban horas amándose, y sabía que a ella ya casi no le quedaba nada, después de haberse consumido una y otra vez en la ola. Sólo podía pensar en Tania. Apoyó una mano en los dedos de los pies de la muchacha, y después fue subiendo por las piernas, los muslos, entre los muslos, muy suavemente, para que no saltara, por el vientre hasta el pecho. Separó los dedos para abarcarle los pechos, y continuó con el recorrido, siempre muy despacio, hasta que le rodeó la garganta con la mano.

—¿Qué, Alexandr? ¿Qué, amado mío? —susurró ella.

Alexandr no le respondió. Mantuvo la mano sobre la garganta de la muchacha.

—Estoy aquí, soldado. —Tatiana apoyó la mano sobre la de él—. Siénteme.

—Te siento. Tania —afirmó él, en voz muy baja—. Te siento.

—Por favor, ven a mí —gimió Tatiana—. Por favor, ven, tómame como a ti te gusta. Tómame como a mí me gusta. Adelante, pero como a mí me gusta, Shura.

Él la tomó como a ella le gustaba, y después cuando estaban bien abrigados debajo de las mantas, agotados, abrazados y saturados el uno en el otro, dispuesto a dormirse, Alexandr abrió la boca para hablar, pero Tatiana se le adelantó.

—Shura, lo sé todo. Lo comprendo todo. Lo siento todo. No digas nada.

Se unieron en un feroz abrazo, sus cuerpos desnudos no simplemente apretados con fuerza el uno contra el otro, sino en un trance, dispuestos a intentar una fundición Bessemer, en la que el calor los alearía y uniría, y quizás acabar templados en su delicioso y triste enfriamiento.

Alexandr no se sentía templado. Sentía como si cada día lo soplaran con una masa de arena incandescente para transformarlo en un cristal todavía tibio.

21

Así vivían, de la mañana a la noche, desde la primera crecida del río al último canto de la alondra, desde el olor de las ortigas al de las piñas, desde el plácido sol de la mañana hasta la pálida luna azul en el claro. Así pasaban Alexandr y Tatiana sus días lilas.

Alexandr cortaba leña para ella y la disponía en paquetes atados con juncos. Ella le preparaba tartas de arándanos, compota de arándanos, y tortitas de arándanos. Ese verano abundaban los arándanos.

Él fabricaba cosas para ella, y ella le horneaba pan.

Jugaban al dominó. Se sentaban en la galería de Naira y jugaban al dominó los días de lluvia, y Tatiana le ganaba todas las partidas; por mucho que lo intentara, él no conseguía ganarle. Cuando estaban solos, jugaban al strip-póquer. Tatiana siempre perdía.

Jugaban al escondite, el juego favorito de Alexandr.

Tatiana le hizo cinco camisas y dos pares de calzoncillos. «Para que me sientas debajo del uniforme», le dijo.

Buscaban setas juntos.

Él le daba clases de inglés. Le enseñó los poemas en inglés que recordaba; algunos de Robert Frost: «Los bosques son hermosos, oscuros y profundos, pero tengo promesas que cumplir y millas que recorrer antes de poder dormir».

Y otros de Emma Lazarus: «Aquí en nuestras puertas bañadas por el mar, se alzaré una poderosa mujer».

Alexandr encendía el fuego en la cabaña y le leía páginas de Pushkin mientras ella preparaba la cena. Pero al cabo de un tiempo, él abandonó la lectura de «El jinete de bronce». Era demasiado para ambos.

Alexandr encontró en el libro una foto suya que le había dado a Dasha el año anterior. Aparecía en el momento de recibir la medalla al valor por Yuri Stepanov.

—¿Mi esposa está orgullosa de su marido? —le preguntó, mientras le enseñaba la foto.

—Revienta de orgullo —le contestó ella, con una sonrisa—. Piensa en esto, Shura. Cuando yo era una niña que remaba en el lago Ilmen, tú ya habías perdido a tus padres, había ingresado en el ejército y te habías convertido en un héroe.

—No eras una niña que remaba en el lago Ilmen —afirmó él, y la abrazó—. Eras una reina que remaba en el lago Ilmen, que esperaba mi aparición.

—¿Sabes que todavía no tenemos las fotos de la boda?

—¿Quién tiene tiempo para ir a Molotov? —replicó Alexandr.

No hablaban de su marcha, pero de todas maneras pasaban los días. Al final no pasaban, sino que parecían correr delante de ellos al triple de velocidad, como si las agujas del implacable reloj giraran enloquecidas.

Alexandr y Tatiana no hablaban del futuro.

No, no lo hacían.

No podían.

No después de la guerra, no durante la guerra, no después del 20 de julio. Alexandr descubrió que apenas si podía hablar con Tatiana del día siguiente. No tenían pasado. No tenían futuro. Sencillamente eran, y punto. Jóvenes en Lazarevo.

Mientras comían y jugaban, hablaban y contaban chistes, pescaban y luchaban, caminaban por el bosque y mejoraban el conocimiento del inglés de Tatiana, nadaban desnudos a través del río, mientras él la ayudaba a hacer la colada de los dos, y la colada de las cuatro ancianas, cargaba con el cubo de agua y los cubos de leche, le cepillaba el pelo todas las mañanas, y le hacía el amor varias veces al día, sin cansarse nunca, sin dejar de sentirse excitado por ella, Alexandr comprendió que estaba viviendo los días más felices de su vida.

No se hacía ilusiones. Lazarevo no iba a volver nunca más, para ninguno de los dos.

Tatiana se hacía ilusiones.

Se dijo que era mejor tenerlas.

Que lo miraran a él.

Y que la miraran a ella.

Tatiana hacía tantas cosas por él —sonreírle, tocarle, reír, incluso mientras sus ciclos lunares de veintinueve días giraban rápidamente alrededor del eje de la pena— que Alexandr se preguntaba si ella alguna vez pensaba en el futuro. Sabía que ella algunas veces pensaba en el pasado. Sabía que ella pensaba en Leningrado. Tenía una callada tristeza que no había tenido antes, pero, en cuanto al futuro, parecía verlo de color de rosa o, como mínimo, mostraba una complaciente despreocupación.

«¿Qué haces?», le preguntaba ella mientras él permanecía sentado en el banco con un cigarrillo en los labios. «Nada», le respondía Alexandr. «Nada, aparte de alimentar mi dolor», pensaba.

Fumaba y la deseaba.

Era como el deseo que sentía por Estados Unidos cuando era unos años más joven.

El deseo de una vida con ella, una vida llena exclusivamente con ella, una sencilla y larga vida de casados donde pudiera olerla, saborearla, escuchar la lira de su voz y ver la miel de su pelo. Sentir su tremendo consuelo. Todo, todos los días.

¿Podría encontrar la manera de volverle la espalda a Tatiana y conseguir que su rostro leal lo dejara libre? ¿Lo perdonaría? ¿Por dejarla, por morir, por matarla?

Sentía como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago cada vez que la veía salir desnuda de la cabaña y lanzarse al río dando alaridos, y después verla salir y cruzar el claro para acercarse a él y sentarse en el tronco muerto que era su corazón. Rechinaba los dientes cuando veía sus pezones duros por el frío, su cuerpo perfecto que esperaba tembloroso a que él lo abrazara, y sonreía y daba gracias a Dios porque cuando la estrechaba entre sus brazos, ella no podía verle el rostro crispado.

Alexandr fumaba y la observaba desde su banco hecho con un tronco seco.

—¿Qué haces? —le preguntaba ella.

—Nada —le respondía él. «Nada aparte de alimentar mi dolor hasta convertirlo en locura».

Cada día estaba de peor talante.

Le enfurecía ver que ella atendía a otras personas. Tatiana, al ver su enfado, se esforzaba todavía más en servirlo, hasta el punto de abrumarlo. «¿Qué quieres que te traiga?», «¿Qué más te puedo traer?», «¿Qué necesitas?», eran preguntas que repetía incesantemente.

Él le contestaba: «No, no necesito nada». Y ella venía con un cigarrillo, se lo ponía en la boca, se lo encendía y le besaba en la comisura de los labios, con sus ojos llenos de amor a unos centímetros de los suyos, torturados. Alexandr quería decirle: «Basta, apártate. ¿Qué será de ti cuando me haya ido y te quedes sin mí? ¿Qué te quedará cuando yo no esté, y tú me lo hayas dado todo?».

Alexandr era consciente de que Tatiana no sabía cómo darle de otra manera. Ella tenía una manera, y eso era lo que había. Su adoración por él era indeleble; su incapacidad para ocultar su verdadero ser era la razón por la que se había enamorado de ella. «Muy pronto tendrá que aprender», pensaba Alexandr cuando levantaba el hacha y la descargaba centenares de veces al día. Aprender a ocultar, incluso a él, su verdadero ser.

Se enfadaba con ella por las cosas más tontas. Su invariable alegría era una fuente de irritación permanente. Siempre estaba cantando y saltando a su alrededor con aquella magia infantil. No podía comprender cómo ella podía mostrarse tan despreocupada cuando sabía que él se marcharía al cabo de quince, diez, cinco, tres días.

Sentía unos celos tan tremendos que él mismo estaba sorprendido. No soportaba que nadie la mirara. No podía soportar ver que le sonreía a otras personas. No podía soportar verla hablar con Vova, y mucho menos que lo sirviera. Perdía los estribos con una regularidad cronométrica, pero no podía estar enfadado con ella más de cinco minutos. El arsenal que

utilizaba Tatiana para sacar a Alexandr de su agujero sin fondo tenía demasiadas armas.

Alexandr nunca conseguía estar cerca de ella todo lo que deseaba. Ni cuando caminaban, comían, dormían o hacían el amor. Sus sentimientos, que oscilaban entre una tremenda ternura y una lujuria descarada, le empujaban a necesitarla muchas veces al día. Experimentaba un dolor físico cuando tenía que estar sin ella porque había ido al círculo de costura o a ayudar a las cuatro ancianas. La tímida ansia de Tatiana, su incomparable dulzura, su abierta vulnerabilidad, destrozaban el corazón de Alexandr. Lo único que deseaba era sentir su carne contra su cuerpo mientras gritaba: «¡Oh, Shura!».

Llegó un momento en que no podía acabar cuando estaba encima y le veía el rostro, y veía cómo ella lo miraba a él. Para acabar ahora necesitaba ponerse detrás, para que ella no lo mirara.

Lo único que pretendía con todo esto era sentirse mejor ante el hecho de dejarla.

Dejarla era impensable.

Alexandr se había formulado la pregunta tantas veces, que ahora casi no recordaba la respuesta.

¿Cuál era el precio que debía pagar por Tatiana?

Al principio la respuesta había sido clara.

Tatiana era la respuesta.

Pero éste ya no era el principio. Era el final.

Tatiana había ido a la fábrica de pescado porque había oído que quizá tuvieran arenques, mientras Alexandr se había quedado en el claro, como aturdido, mientras esperaba a que volviera. Entró en la casa y buscaba algo en el baúl de Tatiana que le ayudara en la espera cuando encontró algo casi en el fondo, como si hubieran querido ocultarlo. El baúl había pertenecido al abuelo de Tatiana, así que Alexandr no le dio mucha importancia, pero después de quitar los juegos de sábanas, las prendas, unos cuantos papeles y tres libros, encontró una mochila de lona negra. La abrió, impulsado por una súbita curiosidad. En el interior encontró su vieja pistola P-38, vodka,

botas de invierno, quince latas de *tushonka*, galletas, una cantimplora y un fajo de rublos. También había prendas de invierno, todas de color oscuro.

Alexandr se fumó diez cigarrillos mientras esperaba su regreso.

Oyó a Tatiana antes de verla. Silbaba el vals que él había cantado para ella.

—¡Shura! —gritó ella alegremente—. ¡No te lo creerás! ¡Traigo un arenque! ¡Un arenque de verdad! Esta noche nos daremos un banquete. — Corrió a echarse en sus brazos y le rodeó el cuello con los suyos.

Alexandr la besó, con la sensación de que se le partía el alma. Le pareció notar que el rostro de Tatiana estaba un poco húmedo y después le enseñó la mochila.

—¿Qué es esto?

Tatiana miró la mochila.

—¿Qué?

—¡Esto! ¿Qué es?

—¿Has estado hurgando en mis cosas? Déjalo y ayúdame con el arenque.

—No pienso tocar el arenque hasta que me digas qué es esto.

—Te lo diga o no, tenemos que comer. Tardé treinta...

—¡Tatiana!

La muchacha exhaló un suspiro.

—Es mi mochila.

—¿Para qué? ¿Piensas ir de camping?

—No... —Dejó el arenque y se sentó en el banco.

Alexandr sacó todas las prendas oscuras y un sombrero marrón.

—¿A qué viene un conjunto tan atractivo? —Vio cómo ella se ponía tensa.

—Sólo para pasar más inadvertida.

—¿Más inadvertida? Entonces más te vale ocultar esos labios que dicen bésame. ¿Adónde vas?

—¿Se puede saber qué te ha dado?

—¿Adónde vas, Tania? —La voz de Alexandr subió de tono.

—Sólo quería estar preparada.

—¿Para qué?

—No lo sé. —Agachó la cabeza—. Para ir contigo.

—¿Para ir conmigo adónde? —exclamó el capitán.

—A cualquier parte. —Alzó la vista—. A cualquier parte donde tú vayas, iré contigo.

Alexandr intentó hablar pero no pudo; no encontraba las palabras.

—Pero, Tania..., regreso al frente.

—¿Eso harás, Alexandr? —preguntó ella en voz baja.

—Por supuesto. ¿A qué otro lugar podría ir?

Sus ojos lo miraron con una profunda emoción.

—Dímelo tú.

Alexandr parpadeó al tiempo que se apartaba, como si el estar demasiado cerca de ella lo dejara indefenso.

—Tania, regreso al frente —insistió, sin soltar la mochila—. El coronel Stepanov me dio un permiso más largo para que pudiera venir aquí. Le di mi palabra de que regresaría.

—Algo muy importante para vosotros, los norteamericanos. Siempre mantenéis vuestra palabra.

—Sí, es algo muy importante para nosotros —admitió Alexandr, con un tono amargo—. Ahora no sirve de nada discutirlo. Sabes que debo regresar.

Tatiana lo miró, temblorosa.

—Entonces, regresaré contigo —afirmó con una voz apenas audible—. Regresaré a Leningrado. —Sin duda había interpretado su silencio como un asentimiento—. Me dije que si tú estabas en el cuartel...

—¡Tatiana! —gritó él, pasmado—. ¿Lo dices en serio? ¿Me tomas por un imbécil?

Alexandr estaba tan alterado que se marchó al bosque durante unos minutos hasta que recuperó el control. Cuando volvió, ella estaba limpiando el arenque. Muy típico. Se sintió mortificado. Se acercó y de un manotazo le hizo soltar el pescado.

—¡Ay! —gritó ella—. ¡Basta! ¿Qué te pasa?

Alexandr volvió una vez más al bosque para calmarse. La observó mientras ella recogía el arenque, lo lavaba para quitarle la arena y la suciedad, y continuaba limpiándolo.

En cuanto regresó, cogió el condenado arenque, lo dejó sobre un papel en el suelo, hizo levantar a Tatiana y la sujetó de los hombros.

—Mírame, Tania. Intento mantenerme sereno, ¿de acuerdo? ¿Te das cuenta de lo que me cuesta? —Hizo una pausa—. ¿Qué demonios estás pensando? No puedes regresar conmigo.

Ella sacudió la cabeza, pero lo que dijo suavemente se escuchó con toda claridad:

—Regresaré contigo.

—¡No! ¡De ninguna manera! No, mientras me quede un soplo de vida en el cuerpo. Tendrás que matarme para que te lleve conmigo. Olvídalo. Vendré a verte cuando me den otro permiso.

—No. No regresarás nunca más. Morirás allí sin mí. Lo presiento. No me quedaré aquí.

—Tania, ¿quién te dejará regresar? Yo no. ¿Te olvidas de que Leningrado sigue cercada? No puedes regresar a Leningrado. ¡Todavía estamos evacuando a la gente! ¿Lo has olvidado? ¿Has olvidado lo que era Leningrado? No me lo puedo creer, porque han pasado sólo seis meses y todavía te despiertas en mitad de la noche. Leningrado es una ciudad sitiada. Todavía la bombardean todos los días. No hay vida en Leningrado. Es muy peligroso, y tú no vas a volver allí. —Alexandr jadeaba.

—De acuerdo, avísame si se te ocurre alguna otra idea. Tengo que limpiar este arenque.

Alexandr cogió el arenque y a punto estaba de arrojarlo al río, cuando Tatiana le sujetó el brazo.

—¡No! Es nuestra cena y si lo tiras aquellas pobres ancianas se quedarán sin comer.

—No vendrás conmigo y se acabó. No quiero hablar más de este tema. —Puso la mochila boca abajo y vació todo el contenido en el suelo.

Tatiana lo miró sin inmutarse.

—¿Quién va a recoger todo eso?

Sin decir palabra, Alexandr recogió las prendas y las hizo pedazos con su cuchillo.

Tatiana siguió observándolo desde el banco, con una expresión decidida a pesar del miedo.

—Ah, ¿a esto le llamas tú estar calmado? Shura, por si no lo sabes, puedo confeccionar otras prendas.

Alexandr soltó una maldición y se enfrentó a ella con los puños cerrados.

—Por todos los demonios, ¿estás intentando provocarme?

Alexandr recogió la mochila, dispuesto a cortarla en pedazos, pero esta vez Tatiana puso una mano directamente sobre la hoja del cuchillo.

—No, no, por favor. —Intentó arrebatarse el cuchillo, al tiempo que con la otra mano sujetaba la mochila.

No era rival para el soldado, y Alexandr estuvo a punto de apartarla de un empujón, pero se detuvo al ver que ella continuaba luchando a pesar de que estaba en inferioridad de condiciones. Para detenerla, tendría que hacerle daño. Dejó que le quitara el cuchillo y la mochila. Tatiana volvió a ocuparse de limpiar el arenque. Con su cuchillo.

Alexandr no habló mucho mientras cenaban en la casa de Naira; estaba demasiado inquieto. Cuando Tatiana le ofreció un poco más de tarta de arándanos, él le replicó con un «¡Ya te he dicho que no!» furioso, y vio el reproche en la mirada de su esposa. Quiso disculparse pero no pudo.

Recorrieron en silencio el camino de regreso a través del bosque, pero en la cabaña, mientras se desnudaban para irse a la cama, Tatiana le preguntó:

—No sigues enojado, ¿verdad?

—¡No! —respondió Alexandr. No se quitó los calzoncillos. Se tapó con las mantas y le volvió la espalda.

—Shura... —Le acarició la espalda y le besó la cabeza.

—Estoy cansado. Quiero dormir.

No quería que ella dejara de acariciarlo, y, por supuesto, ella no lo hizo. ¿Cómo podía?

—Venga —susurró Tatiana—. Venga, grandullón. Tócame, estoy desnuda. ¿Lo notas?

Alexandr se volvió para ponerse boca arriba, sin mirarla.

—Tatiana, quiero que me prometas que te quedarás aquí; estarás fuera de cualquier peligro.

—Sabes que no puedo quedarme —replicó ella, en voz baja—. No puedo estar sin ti.

—Por supuesto que puedes, y lo harás. Lo mismo que antes.

—No existe un antes.

—Calla. No entiendes nada.

—Entonces, cuéntamelo todo.

Alexandr no respondió.

—Dímelo —le suplicó ella, con su mano pequeña y tibia sobre sus brazos, su estómago, más abajo.

—Sólo nos quedan tres días —manifestó él. Le apartó la mano—. No pienso arruinarlos de esta manera.

—No, pero estás dispuesto a arruinarlos con tu mal humor y tu antagonismo. —Su mano lo acarició una vez más, como una muestra de su disposición a perdonarlo.

De pronto, Alexandr, cuando volvía a apartarle la mano, lo comprendió todo.

—Ah, ¿así que por eso estabas tan contenta, como si no te importara nada mi marcha? ¿Creías que me acompañarías?

Ella apretó su cuerpo contra el de su marido; le besó el brazo.

—Shura, ¿cómo crees que he podido vivir estos días contigo? No hubiese podido si aceptaba que te marcharías sin mí. Marido mío —su voz sonó como un pozo sin fondo—, te he dado todo lo que tenía. Si te marchas, te lo llevarás todo.

Alexandr tenía que levantarse si no quería volverse loco. Saltó de la cama.

—¡Pues será mejor que consigas más de donde sea, Tania! —gritó—. Porque yo me marché, y me marcharé sin ti.

Ella sacudió la cabeza sin decir palabra.

—¡A mí no me sacudas la cabeza! —Alexandr estaba fuera de sí—, ocultarme tus secretos. ¡Tatiana, no voy a discutir esto contigo! ¿Lo entiendes?

—¡No!, ¿por qué te casaste conmigo si todo lo que querías era continuar con las mentiras?

—¡Me casé contigo para follarte cada vez que me venía en gana! —vociferó el capitán—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Cuando me venía en gana! ¿Crees que un soldado de permiso puede querer otra cosa? ¡Si no me hubiera casado contigo, todo Lazarevo estaría ahora comentando que tú eres mi puta!

Alexandr tuvo suficiente con ver el rostro para saber que ella no podía dar crédito a las palabras que acababan de salir de su boca. Ella se apoyó en la pared para no desplomarse, mientras no sabía qué taparse primero: si la cara o el cuerpo.

—¿Te casaste conmigo para hacer qué?

—Tatia... —Alexandr comenzó a temblar.

—¡Ahora no me vengas con Tatia! Primero me insultas y después Tatia... ¿Tu puta, Alexandr? —Gimió, indefensa, y se cubrió el rostro con las manos.

—Tania, por favor...

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo? ¿Que no sé que pretendes que te odie? Pues, ¿sabes? —le dijo Tatiana, furiosa—. Después de intentarlo durante tantos días, creo que por fin lo has conseguido.

—Tania, te lo ruego...

—¡Llevas días apartándome para que te resulte más fácil dejarme!

—Volveré —señaló Alexandr con voz ronca.

—¿Quién querrá aceptarte? ¿Es cierto que volverás? ¿Estás seguro de que no has venido aquí por esto? —Corrió al baúl, rebuscó en el interior hasta dar con el ejemplar de «El jinete de bronce» y sacó del libro un puñado de billetes de cien y mil dólares—. ¿Era esto? —gritó, arrojándole el dinero a la cara—. ¿Has venido por esto, por tu dinero norteamericano? ¿Por los diez mil dólares que encontré en tu libro? ¿Viniste por esto, para

poder escapar a Estados Unidos sin mí? ¿Acaso pensabas en dejarme un poco por haber abierto las piernas?

—Tania...

La muchacha cogió el fusil por el cañón, se acercó a Alexandr y le golpeó el estómago con la culata al tiempo que apuntaba el arma hacia ella.

—Quiero que me devuelvas lo que me quitaste. —Calló por un momento, ahogada por la furia—. Lamento haberme salvado para ti, pero ahora mátame, mentiroso y ladrón, porque después de todo, eso es lo que quieres. Aparta tu maldita mano de mi garganta y aprieta el gatillo. —Volvió a golpearlo con la culata en el plexo solar, y esta vez se apoyó la boca del fusil entre los pechos—. Adelante, Alexandr, dispara las treinta y cinco balas directamente a mi corazón.

Él le quitó el arma de las manos sin decir palabra. Tatiana lo abofeteó con todas sus fuerzas.

—Quiero que te marches ahora mismo —añadió, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. Disfrutamos de unos momentos muy buenos, que ciertamente no volveremos a tener. Me has follado —dijo con un tono feroz— cada vez que te ha venido en gana. Ahora lo entiendo. Era la única cosa que querías desde el primer día. Conseguiste lo que querías, ya has terminado, así que vete. —Tatiana se arrancó el anillo del dedo y se lo arrojó a la cara—. Ten, ¡ya puedes dárselo a tu próxima puta!

Se subió a la cama, con el cuerpo sacudido por unos temblores tremendos y se envolvió con la sábana, como alguien muerto de inanición.

Alexandr abandonó la cabaña y se fue a nadar al Kama, con el deseo de que el agua helada se llevara a la tundra su dolor, su remordimiento, su amor, toda su vida. A la luna le faltaban tres días para ser llena. «Si me quedo en el agua —pensó—, quizás el río me lleve flotando hasta el Volga, hasta el mar Caspio, y nadie me encontrará. Flotaré sostenido por el dolor y mi corazón; flotaré sin sentir nunca más. Es todo lo que quiero. No sentir nunca más».

Regresó a la casa y buscó el anillo entre los billetes de cien y mil dólares.

Después se metió en la cama y se tendió en silencio junto a su Tania, atento a su respiración. De vez en cuando, ella se sacudía como alguien que ha llorado mucho rato. Yacía en posición fetal, de espaldas a él y de cara a la pared.

Por fin, le quitó la sábana y se abrazó a ella. Le separó un poco las piernas, y la penetró con la boca apretada primero en la nuca y después en la cabeza. Deslizó la mano izquierda por debajo de su cuerpo para tocarle los pechos mientras que con la derecha le sujetaba la cadera. La acunó contra su cuerpo, como siempre, de la misma manera que ella lo acunaba, como siempre.

Tatiana apenas si se movió. No se apartó, pero tampoco emitió el menor sonido. «Me está castigando —pensó Alexandr, con los ojos cerrados—. Me merezco algo mucho peor». No obstante, era insoportable escuchar su silencio. Le besó la cabeza, el pelo, los hombros. No podía hundirse lo suficiente en la tibieza de su cuerpo para encontrar la paz. Por fin, ella no pudo evitarle; soltó un gemido y le cogió la mano, y él esta vez no reprimió la descarga. Luego, él continuó dentro y escuchó su llanto.

—Tatiasha, lo lamento tanto. Lamento haberte dicho todas esas cosas horribles. No las dije de verdad. Ni una sola palabra. Tú lo sabes. —Le apretó el estómago.

—Las dijiste de verdad —replicó Tatiana—. Eres un soldado. Las dijiste de verdad, todas y cada una de ellas.

—No, Tania —insistió Alexandr, que se detestaba a sí mismo—. Por encima de todo lo demás, soy tu marido. No las dije en serio. —La apretó contra sí—. Siénteme, Tania, siente mi cuerpo, mis manos, mis labios, mi corazón; no las decía en serio.

—Shura, quisiera que no dijeras más cosas que no sientes.

Él olió todos sus olores; frotó el rostro contra su pelo.

—Lo sé. Lo siento.

Tatiana no le respondió, pero tampoco apartó la mano.

—¿Quieres darte la vuelta? —le preguntó. Se apartó un poco para dejarle sitio.

—No.

—Por favor. Vuélvete, por favor, y dime que me perdonas. —Se apartó otro poco para dejarle sitio.

Tatiana se volvió; tenía los ojos hinchados.

—Oh, cariño... —Alexandr se interrumpió. No podía soportar su expresión—. Dame tu aliento —susurró—. Quiero sentir tu aliento de arándano en mi rostro.

Ella lo hizo. Alexandr inhaló el cálido espíritu de los pulmones de ella en su boca y en sus pulmones. La abrazó.

—Por favor, dime que me perdonas, Tania.

—Te perdono. —Su voz sonó inexpresiva.

—Bésame. Quiero sentir que tus labios me perdonan.

Ella lo besó. Alexandr vio que tenía los ojos cerrados.

—No me has perdonado. Otra vez.

Tatiana lo volvió a besar suavemente. Lo besó; entonces sus labios se abrieron y soltó un leve gemido de perdón. Bajó las manos para sujetarlo. Lo acarició, lo acarició y siguió acariciándolo.

—Muchas gracias —dijo él, con la vista fija en su rostro—. Dime: «Shura, sé que no lo decías en serio. Sólo estabas furioso».

—Sé que no lo decías en serio. —Tatiana exhaló un suspiro.

—Dime: «Sé que me quieres con locura».

—Sé que me quieres.

—No, Tania —exclamó él, con una voz que era pura emoción—. Te quiero con locura. —Pasó sus labios por sus cejas de seda, incapaz de respirar, temeroso de perder el aliento de ella que guardaba en los pulmones.

—Siento haberte pegado.

—Me sorprende que no me mataras.

—Alexandr, ¿por eso viniste aquí? —La voz se le quebró pese a sus esfuerzos—. ¿Por tu dinero?

—Tania, déjalo ya. —Alexandr la apretujó entre sus brazos, con la mirada puesta en la pared—. No, no vine por mi dinero.

—¿Dónde conseguiste los dólares?

—Me los dio mi madre. Te dije que mi familia tenía dinero en Estados Unidos. Mi padre decidió que vendría a la Unión Soviética sin nada, y mi madre estuvo de acuerdo, pero trajo el dinero con ella por si surgía algún contratiempo. Nunca se lo dijo. Fue la única cosa que me dejó, unas pocas semanas antes de que la detuvieran. Lo ocultamos en la tapa del libro de Pushkin. Diez mil dólares en una y los cuatro mil rublos en la otra. Creyó que me ayudarían si llegaba el momento en que decidiera marcharme.

—¿Dónde dejaste el libro cuando te arrestaron en mil novecientos treinta y seis?

—Lo escondí en la biblioteca de Leningrado, y allí se quedó hasta que te lo di a ti.

—Oh, mi previsor Alexandr. Me lo diste justo a tiempo, ¿no es así? La biblioteca sacó de Leningrado sus libros más valiosos, incluida toda la colección de Pushkin, en julio pasado, y el resto de los libros los guardó en los sótanos. Tu dinero se hubiera perdido hace tiempo.

Alexandr no hizo ningún comentario.

—¿Por qué me lo diste? ¿Querías guardarlo en algún lugar seguro?

El capitán volvió la vista hacia ella.

—Porque quería confiarte mi otra vida.

Tatiana reflexionó durante unos momentos.

—El libro no estuvo siempre en la biblioteca, ¿no es así?

Una vez más, Alexandr no respondió.

—En 1940, cuando fuiste a combatir contra los finlandeses, te llevaste el dinero contigo, ¿verdad?

Él siguió sin responder.

—Oh, Alexandr. —Tatiana hundió el rostro en su pecho.

Alexandr quería hablar. Pero sencillamente no podía, y Tatiana habló por él.

—Una cosa más que Dimitri no te perdonó, como si no fueran bastantes. Cuando fuiste a buscar al hijo de Stepanov, te llevaste a Dimitri contigo porque los dos ibais a escapar a través de Finlandia, ¿no es así?

Alexandr no movió ni un músculo.

—Ibais a escapar, a través de los pantanos, con la intención de llegar a Viborg, después a Helsinki y luego a Estados Unidos. Tenías el dinero, estabas preparado. Era el momento con el que soñabas desde hacía años. —Le besó el pecho—. ¿No fue así, esposo mío, mi corazón, mi Alexandr, mi vida entera aquí en esta cabaña, no fue así? Dímelo. —Lloraba.

El capitán había perdido la voz. Estaba a punto de perderlo todo. Nunca había querido hablar de aquello con Tatiana.

—Era un plan magnífico —prosiguió Tatiana—. Hubieras desaparecido y nadie se hubiera preocupado de ir a buscarte; hubieran dado por hecho que estabas muerto. No contaste con que Yuri Stepanov estuviese vivo. Lo creías muerto. Ir a buscarlo sólo fue una excusa para regresar al bosque. Pero resultó que él estaba vivo. —Tatiana se rio por lo bajo—. Dimitri debió sorprenderse mucho cuando le dijiste que llevarías a Yuri de regreso. Seguramente te dijo: «¿En qué estás pensando? ¿Estás loco? ¡Hace años que sueñas con volver a Estados Unidos, aquí tienes la oportunidad, aquí está mi oportunidad!». ¿Me equivoco?

Alexandr hundió el rostro en el pelo de la muchacha. Después de una pausa bastante larga, susurró con un tono de asombro:

—Es como si hubieses estado allí. ¿Cómo lo has sabido?

—Porque yo, mejor que nadie, sé cómo eres. —Le sujetó el rostro entre sus manos—. Regresaste a la Unión Soviética con el hijo de Stepanov, convencido de que tendrías otra oportunidad. ¿Qué tuviste que hacer, Shura? ¿Prometerle a Dimitri que, si no te mataban, conseguirías de una manera u otra llevarlo a Estados Unidos?

Él le apartó las manos y se tendió de espaldas, con los ojos cerrados.

—Tania, basta. No puedo seguir con esto, sencillamente no puedo.

Ella se interrumpió sólo para recuperar el control de la voz.

—Así que ahora, ¿qué?

—Ahora nada —contestó Alexandr, sombrío, con la vista puesta en las vigas del techo—. Ahora tú te quedarás aquí y yo regresaré al frente. Dimitri está lisiado. Ahora lucho por Leningrado. Ahora muero por Leningrado.

—¡Dios! ¡No digas eso! —Tatiana lo cogió por los brazos, para volverlo hacia ella, y, llorando, se abrazó a su pecho. Lo estrechó todo lo que pudo, pero no fue bastante para ninguno de los dos—. ¡No digas eso, Shura! —Ahora lloraba sin control—. Shura, por favor, no me dejes sola en la Unión Soviética.

Alexandr nunca había visto a Tatiana tan alterada. No sabía qué hacer.

—Ven —le dijo con la voz quebrada, con el corazón roto. «Ven, Tatiana, no me quieras tanto, déjame ir, déjame libre».

Pasaron las horas. En mitad de la noche, Alexandr la amó otra vez.

—Sigue —susurró él—, separa las piernas como a mí me gusta. —Ella tenía un sabor como si hubiese estado llorando lágrimas de néctar en su garganta—. Promete —le dijo, mientras le besaba el vello rubio y le lamía la parte interior de los muslos—, prométeme que no dejarás Lazarevo.

La única respuesta de Tatiana fueron unos gemidos ahogados.

—¿Eres mi nena buena? —le preguntó; sus dedos cada vez más suaves, más insistentes—. ¿Eres mi nena adorable? —susurró; su boca más gentil, más insistente, su aliento cálido dentro de su cuerpo—. Prométeme que te quedarás aquí y me esperarás. Prométeme que serás una buena esposa y esperarás a tu marido.

—Te lo prometo, Shura. Te esperaré.

Más tarde, la voz entrecortada de Tatiana volvió a escucharse en la noche:

—Te esperaré mucho tiempo, aquí sola en Lazarevo —dijo sin sentir el menor alivio.

Alexandr la abrazó con tanta fuerza que ella casi no podía respirar.

—Sola, pero a salvo —afirmó él, sin sentir el menor alivio.

Ninguno de los dos sabía cómo habían hecho para pasar aquellos tres días. Envueltos en una marea de hostilidad y desesperación, lucharon, discutieron y destrozaron sus cuerpos, incapaces de encontrar un solo instante de solaz.

22

La mañana de la marcha de Alexandr, no se podían tocar.

Tatiana se sentó en el banco junto a la cabaña mientras él preparaba el equipaje. Alexandr se vistió con el uniforme que ella le había lavado y planchado con una plancha calentada en el hogar, se peinó y se puso la gorra. Comprobó que llevaba el casco bien sujeto y la tienda a la espalda; que no se dejaba la pistola, las municiones, el pasaporte, las granadas, el fusil.

Le dejó todo su dinero salvo el puñado de rublos que le iba a costar el viaje de regreso.

En cuanto salió de la casa, Tatiana abandonó el banco y entró en la cabaña, para reaparecer al cabo de unos minutos con una taza de café con leche y azúcar, y un plato con pan blanco, tres huevos y un tomate abierto en dos.

Alexandr cogió el plato de sus manos. Se ahogaba.

—Gracias.

—Come. —Tatiana se sentó pesadamente, con las manos en el estomago—. Te espera un viaje muy largo.

Él comió, distraído. Estaban sentados juntos, pero sus cuerpos apuntaban en direcciones opuestas.

—¿Quieres que te acompañe a la estación?

—No. No puedo.

—Yo tampoco —asintió Tatiana.

Alexandr acabó de comer y dejó el plato en el suelo.

—Tienes madera en abundancia, ¿no crees? —comentó, volviéndose hacia ella para señalarle el cobertizo que hacía las veces de leñera,

adosado a la cabaña.

—En abundancia. Tendré leña para todo el invierno.

Alexandr le quitó con mucha suavidad las cintas de satén blanco que le sujetaban las trenzas. Sacó el peine y le peinó el pelo rubio, deslizando los dedos por los sedosos mechones.

—Tania, ¿cómo haré para enviarte el dinero? Me pagan dos mil rublos mensuales. Es mucho dinero para ti. Te enviaré mil quinientos, y yo me quedaré quinientos para cigarrillos.

—No lo hagas. —Tatiana sacudió la cabeza—. Sólo conseguirás meterte en más problemas. Leningrado no es Lazarevo, Shura. Protégete todo lo que puedas. No le digas a nadie que estamos casados. Quítate el anillo. No querrás que Dimitri se entere, ¿verdad? No tenemos que buscarte más líos. Ya tienes bastantes. No necesito tu dinero.

—Sí que lo necesitas.

—Entonces, envíamelo cuando me escribas.

—Imposible. Lo robarían los censores.

—¿Los censores? ¿Eso significa que no podré escribirte en inglés?

—No, si quieres que viva.

—Es la única cosa que deseo —manifestó Tatiana, sin volverse.

—Enviaré el dinero al consejo del *Soviet* local en Molotov. Ve allí una vez al mes y pregunta, ¿de acuerdo? Diré que lo envío a la familia de Dasha. —Alexandr besó el pelo brillante, con los ojos cerrados—. Será mejor que me vaya. Sólo sale un tren al día.

—Te acompañaré hasta la carretera. ¿Lo tienes todo?

—Sí.

Hablaron sin mirarse.

Caminaron por el sendero a través del bosque. Antes de que el claro desapareciera de la vista, Alexandr se volvió una última vez para contemplar el río azul, el verde oscuro de los pinos, la cabaña de madera, el banco, el tronco en el agua, el lugar donde había estado plantada su tienda hasta el día anterior y la hoguera.

—Escríbeme. Hazme saber qué tal te van las cosas. —El capitán hizo una pausa—. Así no me preocuparé.

—De acuerdo —asintió ella, con los brazos apretados contra el estómago—. Tú también.

Llegaron a la carretera. Las agujas de pino olían muy fuerte, en el bosque reinaba el silencio. Se detuvieron uno delante del otro. Tatiana con su vestido amarillo, con la vista clavada en sus pies descalzos. Alexandr con su uniforme, el fusil al hombro, con la mirada perdida en la carretera.

Tatiana levantó una mano y le palmeó suavemente el pecho, como si quisiera tocarle el corazón.

—Te quiero vivo, soldado. —Lloraba a lágrima viva.

Alexandr le cogió la mano y la acercó a sus labios. Ella llevaba su anillo. No podía hablar, no podía pronunciar su nombre.

Tatiana apoyó su mano temblorosa en el rostro de su esposo.

—Todo irá bien, amor mío —susurró—. Todo irá bien.

Ella apartó la mano. Él le soltó la suya.

—Vuélvete y regresa a casa. No quiero que me mires. No podré marcharme si te quedas aquí.

—Adelante. —Tatiana se volvió—. No te miraré.

Alexandr no podía acercarse a ella.

—Por favor, no puedo dejarte aquí. Por favor, regresa a casa.

—Shura, no quiero que te vayas.

—Lo sé. Yo tampoco quiero irme, pero, por favor, déjame marchar. Saber que estás a salvo me da la única posibilidad de seguir vivo. Volveré, pero tú tienes que estar segura. —Se interrumpió—. Ahora debo irme. Venga, levanta la cabeza. Levanta la cabeza y sonríe.

Tatiana lo miró con el rostro bañado en lágrimas y sonrió.

Se miraron durante una eternidad. Tatiana parpadeó. Alexandr parpadeó.

—¿Qué es eso que veo en tus ojos?

—Miro cómo bajan todos mis cajones por las escalinatas del palacio de Invierno —susurró ella.

—Tienes que tener un poco más de fe, Tatiana. —Alexandr se llevó la mano temblorosa a la sien, a los labios, al corazón.

OLAS ATORMENTADAS

1

Tatiana regresó a la cabaña, se acostó en la cama y no se levantó.

Durante su duermevela, oía la charla de las cuatro viejas en la habitación. Hablaban en voz baja mientras le arreglaban las mantas, le acomodaban las almohadas debajo de la cabeza, le acariciaban el pelo.

Dusia dijo: «Necesita confiar en Dios Nuestro Señor. Él la sacará de esto».

Naira dijo: «Le advertí que no era una buena idea enamorarse de un soldado; lo único que hacen es romperte el corazón».

Raisa dijo temblorosamente: «Creo que el problema no es que él sea un soldado, sino que ella lo ama demasiado».

Axinia susurró mientras le daba una palmadita en el hombro:

—Eres una chica muy afortunada.

—¿Qué tiene esto de bueno? —protestó Naira, indignada—. Si nos hubiese hecho caso y se hubiera quedado en casa, nada de todo esto hubiese ocurrido.

—Si sólo me hubiera acompañado a la iglesia con más frecuencia... —apuntó Dusia—. El báculo y la vara del Señor la hubieran consolado.

—¿Tú qué opinas, Tanechka? —le preguntó Axinia, que estaba junto a la cama—. ¿Crees que el báculo y la vara del Señor te consolarían en este momento?

Naira dijo: «Esto no sirve para nada. No la estamos ayudando».

Dusia: «Nunca me cayó bien».

Naira: «A mí tampoco. Nunca entenderé qué pudo ver Tania en él».

Raisa: «Es demasiado buena para él».

Naira: «Es demasiado buena para cualquiera».

Dusia: «Podría ser incluso mejor, si se acercara un poco más a Dios».

Naira: «Mi Vova es un chico bueno y cariñoso. Él la quiere».

Raisa: «Estoy segura de que Alexandr no regresará. La ha abandonado para siempre».

Naira: «En eso tienes toda la razón. Se casó con ella...».

Dusia: «La mancilló...».

Raisa: «Y la abandonó».

Dusia: «Siempre sospeché que era un hombre sin Dios».

—La única cosa capaz de impedirle volver es la muerte —le aseguró Axinia al oído.

«Gracias, Axinia —pensó Tatiana. Abrió los párpados, que le pesaban como el plomo, y se levantó de la cama—. Pero eso es exactamente lo que me da más miedo».

A las viejas no les costó mucho convencerla para que volviera a vivir con ellas. Vova la ayudó a llevar el baúl y la máquina de coser a casa de Naira.

Al principio, enfrentarse al día le requería un enorme esfuerzo físico. No había ningún consuelo dentro de ella, y lo sabía. No había ningún lugar dentro de ella misma para abandonar la oscuridad. Ningún grato recuerdo, ni una broma, ni una canción. No había ninguna parte de su cuerpo que pudiera tocar sin estremecerse. Ningún lugar al que dirigir la vista sin ver a Alexandr.

Esta vez no tenía el hambre para amortiguar su pena. No tenía los pulmones enfermos. Su cuerpo sano no tenía más ocupación que la de rechinar los dientes cada mañana, cargar los cubos con agua, ordeñar la cabra, servirle la leche tibia a Raisa que no podía servirse sola, tender la colada y escuchar cómo las ancianas comentaban por la noche lo bien que olían las prendas, gracias a que Tatiana las había tendido al sol.

Tatiana cosía para las viejas, y para ella; leía para las viejas, y para ella; las bañaba, y se bañaba; cuidaba el jardín, se ocupaba de las gallinas, recogía las manzanas de los árboles, y poco a poco, cubo a cubo, camisa a camisa, libro a libro, volvió a sumergirse en las necesidades de los demás y encontró el consuelo.

Lo mismo que antes.

2

La primera carta de Alexandr llegó al cabo de dos semanas.

Tatiasha:

¿Puede haber algo más duro que esto? Extrañarte es un dolor que me coge muy temprano por la mañana y ya no me abandona hasta que respiro por última vez despierto.

Mi consuelo en estos días vacíos del verano es saber que tú estás segura, viva y sana; lo peor, que tienes que soportar la servidumbre con cuatro viejas bienintencionadas.

Los paquetes de madera más livianos son los que están primeros en la pila. Los más pesados son para el invierno. Resérvalos para el final; se necesita ayuda para cargarlos, así que, por mucho que me pese, llama a Vova. No te hagas daño, y no llenes los cubos de agua hasta arriba. Pesan demasiado.

En cuanto me presenté, me enviaron al Neva, donde estuvimos preparando el ataque durante seis días. Intentamos cruzar el río en barcazas, y nos aplastaron en dos horas. No tuvimos la más mínima oportunidad. Los alemanes bombardearon las barcazas con sus Vanyushas, que son su versión de mis lanzacohetes. Hundieron todas las barcazas, perdimos un millar de hombres, sin conseguir absolutamente nada. Ahora estamos buscando otros lugares para cruzar el río. Estoy bien, pero llueve desde hace diez días, y estoy hundido en el barro hasta la cintura de la mañana a la noche. No hay ningún lugar donde dormir, que no sea en el fango. Nos acostamos sobre los abrigos y confiamos en

que en algún momento deje de llover. Sucio y empapado, casi siento lástima de mí mismo hasta que pienso en ti durante el asedio.

He decidido que a partir de ahora haré eso. Cada vez que piense que lo estoy pasando muy mal, recordaré cuando tuviste que enterrar a tu hermana en el lago Ladoga.

No sabes cuánto deseo que no tuvieras que cargar con la cruz de Leningrado durante el resto de tu vida.

Tendremos un período de calma durante las semanas venideras, hasta que nos reagrupemos. Ayer cayó una bomba en el puesto de mando. El comandante no estaba. Sin embargo, la inquietud no desaparece. ¿Cuándo caerá la próxima?

Juego a las cartas y al fútbol. Fumo. Pienso en ti.

Te envié dinero. Ve a Molotov a finales de agosto.

No te olvides de comer bien, mi bollo caliente, mi sol de medianoche. Bésate la palma por mí, y después apóyala en tu corazón.

ALEXANDR

Tatiana leyó la carta de Alexandr un centenar de veces, se aprendió de memoria todas y cada una de las palabras. Dormía con el rostro apoyado en ella para que le infundiera valor.

Mi amor, mi Shura:

No hables de mi cruz, primero quítate la tuya de los hombros.

¿Cómo sobreviví el invierno pasado? No lo sé, pero ahora lo recuerdo casi con nostalgia. Porque me movía. Había movimiento dentro de mi cuerpo. Tenía energía para mentir, para fingir delante de Dasha, para mantenerla viva. Caminaba. Estaba con mamá. Estaba demasiado ocupada y no tenía tiempo para morir. Estaba demasiado ocupada ocultando mi amor por ti.

Pero ahora me despierto y pienso en cómo pasar el resto del día hasta la hora de dormir.

Para adaptarme otra vez a la vida, me he rodeado con las personas del pueblo. Tú creías que era malo. Desde la mañana a la noche cuido a Irina Persikova. Le amputarán una pierna en el hospital de Molotov, porque tiene una infección o algo así. Creo que ella me gusta porque lleva el nombre de mi madre.

Pienso en Dasha. Echo de menos a mi hermana.

Pero su rostro no es el último que veo antes de dormirme. Es el tuyo.

Tú eres mi granada de mano, mi fuego de artillería. Has reemplazado mi corazón con tu ser.

¿Piensas en mí con tu fusil en tus manos?

¿Qué podemos hacer? ¿Cómo conseguir que no te maten? Estos pensamientos ocupan mi mente durante todas las horas que estoy despierta. ¿Qué puedo hacer desde aquí para mantenerte vivo?

Vivo o muerto, los soviéticos te abandonarán en el campo de batalla.

¿Quién te curará si caes?

¿Quién te enterrará si mueres? Enterrarte como mereces, rodeado de reyes y héroes.

Tuya,

TATIANA

Tatia:

Me preguntas cómo me las arreglo para seguir vivo. Yo diría que bastante mal, pero así y todo mejor que Iván Petrenko.

Mi comandante me dice: «Escoja a sus mejores hombres»; lo saludo, y lo hago. Entonces los matan. ¿A mí eso en qué me convierte?

Hoy nos hemos vistos sometidos a un fuego de artillería despiadado. Todavía me cuesta creer que estoy vivo para escribirte estas palabras. Estamos aprovisionando a las tropas al otro lado del río. Íbamos en botes de remo cargados con comida, armas, municiones y soldados de reemplazo. Pero los alemanes son implacables con su artillería

instalada en los altos de Siniavino, no podemos eludirlos ni llegar hasta ellos; se sientan en las colinas como buitres y nos disparan sus obuses. Por lo general, no suelo participar en estas misiones suicidas, no estoy tan loco y el comandante lo sabe, pero hoy no había nadie más para guiar a las embarcaciones.

Petrenko está muerto. Ya estábamos camino de regreso a nuestra orilla, cuando lo alcanzó un trozo de metralla. Le arrancó un brazo. Me lo cargué a la espalda, y, en mi desesperación y locura, me agaché para recoger el brazo. Lo recogí, y él se cayó de mi espalda. Mientras lo miraba tendido en el fondo de la embarcación, me pregunté: «¿Qué estoy haciendo? ¿Quién le coserá el brazo en su sitio?».

Comprendí que no quería verlo a él y al brazo reunidos. Sólo quería que los enterraran juntos. No hay ninguna dignidad en un hombre destrozado. El hombre debe estar entero para que el alma pueda encontrarlo. Lo enterré con su brazo en el bosque, cerca de un pequeño abedul. Me había comentado una vez que le gustaban los abedules. Me llevé su fusil; apenas si nos quedan armas, pero le dejé el casco.

Me gustaba. ¿Qué justicia es ésta que deja morir a un hombre bueno como Petrenko, y permite que viva alguien como Dimitri, que está enfermo y lisiado?

¿Sabes qué pensé mientras estaba en aquel bote?

Pensé: «Tienes que seguir vivo. Tatiasha nunca te lo perdonaría».

Pero la guerra es injusta, como has podido ver. Un hombre bueno tiene tantas probabilidades de morir como uno malo. Quizá más.

Quiero que sepas que si me ocurriese algo, no debes preocuparte por mi cuerpo. Mi alma no regresará a él, ni a Dios. Volará directamente a ti, donde sabe que puede encontrarte, en Lazarevo. No quiero estar con los reyes y los héroes, sino con la reina del lago Ilmen.

ALEXANDR

3

No llegaron más cartas de Alexandr.

Agosto dejó paso a septiembre, sin que llegaran más cartas. Tatiana hizo todo lo posible por centrarse en las ancianas, en los habitantes del pueblo, en los libros, en sus clases de inglés, en John Stuart Mill. Iba al bosque y lo leía en voz alta, complacida al comprobar que lo entendía casi todo.

Sin embargo, seguía sin tener noticias de él. Su alma no podía controlar la inquietud ni encontraba consuelo.

Un viernes, mientras estaba con el grupo de mujeres que hacían calceta, Tatiana concentrada en el suéter que tejía para Alexandr, oyó que Irina Persikova le preguntaba si había recibido alguna carta de su marido.

—Hace un mes que no recibe ninguna —comentó Naira, en voz baja—. Pero calla, nunca hablamos del tema. En la oficina del *Soviet* local de Molotov no tienen noticias. Ella va allí todas las semanas para ver si saben algo. No digas nada.

—En cualquier caso. Dios está con él —opinó Dusia.

—No te preocupes, Tatiasha —intervino Axinia, con un tono jovial—. Ya sabes lo mal que funciona el correo. Las cartas tardan una eternidad.

—Lo sé, Axinia —contestó ella con la vista puesta en las agujas—. No estoy preocupada.

—Te contaré una historia que hará que te sientas mejor. Hasta unos pocos meses antes de que tú vinieras, vivía aquí una mujer llamada Olga. Su marido estaba en el frente. Ella esperaba y esperaba sus cartas, pero nada. Lo mismo que tú, no podía más de la impaciencia, y entonces recibió diez cartas juntas.

—¿No sería fantástico? —exclamó Tatiana, con una sonrisa—. ¡Recibir diez cartas de Alexandr a la vez!

—Claro que sí, cariño. —Axinia sonrió—. Así que no te preocupes.

—Sí, tienes razón —intervino Dusia—. Olga ordenó las cartas cronológicamente y comenzó a leerlas. Leyó nueve. La décima era del comandante, para informarle de que su marido había muerto en el frente.

Tatiana palideció. Un «¡Oh!» escapó de sus labios.

—¡Dusia! —Axinia miró a la beata con una expresión de reproche—. Por todos los santos, ¿es que no tienes sentido común? Sólo te falta contarle cómo se suicidó Olga arrojándose al Kama.

Tatiana dejó el suéter sobre la mesa y se levantó.

—Ustedes acaben lo que están haciendo, mientras yo me ocupo de la cena. Voy a preparar un pastel de col.

Regresó a la casa con paso vacilante, y sin perder ni un segundo, sacó del baúl el libro de Pushkin. Alexandr le había dicho que el dinero estaba allí. Después de mucho mirar la tapa, exhaló un suspiro y cortó el papel con una cuchilla de afeitar. El dinero estaba allí. Mucho más tranquila, lo cogió.

Después lo contó.

Cinco mil dólares.

Sin alarmarse, volvió a contar los billetes nuevos, separándolos uno por uno. Diez billetes de cien dólares. Cuatro billetes de mil dólares.

Cinco mil dólares.

Los volvió a contar.

Cinco mil dólares.

Tatiana comenzó a dudar de ella misma: por un momento se dijo que tal vez siempre habían sido cinco mil dólares, que se había equivocado en la cantidad.

Todo hubiese estado en orden de no haber sido que la voz de Alexandr en la noche iluminada con la luz de la lámpara de petróleo continuaba sonando en su memoria: «Fue la última cosa que me dejó mi madre antes de que la arrestaran. Escondimos el dinero juntos. Diez mil dólares, y cuatro mil rublos».

Tatiana se tendió en la cama, con la vista puesta en las vigas del techo.
Él le había dicho que le dejaba todo el dinero.

No, él no le había dicho tal cosa. Le había dicho: «Te dejo el dinero».
Ella le había visto pegar la tapa.

¿Por qué se había llevado sólo cinco mil dólares?

¿Para tranquilizarla? ¿Para que no se preocupara? ¿Para que no le montara otro escándalo? ¿Para que no regresara a Leningrado con él?

Tatiana cerró los ojos, con el dinero contra su pecho, e intentó averiguar qué había en el corazón de su marido.

Alexandr era el hombre que, cuando estaba a unos pocos metros de la libertad, de Estados Unidos, había elegido volverle la espalda al sueño de toda su vida. Sentía de una manera. También se comportaba de una manera. Quizás Alexandr soñaba con Estados Unidos, pero creía más en él mismo. Amaba a Tatiana por encima de todo lo demás.

Él sabía quién era.

Era un hombre que mantenía su palabra.

Y se la había dado a Dimitri.

Cuarta parte

EL ABIERTO DESAFÍO

TORTURADA POR EL TERROR Y LAS DUDAS

1

Tatiana no estaba dispuesta a quedarse sola ni un segundo más en Lazarevo.

Le escribió a Alexandr diez cartas alegres, amorosas, tranquilizadoras, con comentarios que seguían un orden cronológico y de acuerdo con las estaciones. Se hizo con la ayuda de Naira Mijailovna para que se las enviara a su marido, una a una, a intervalos de una semana.

Tenía muy claro que si se marchaba sin decir palabra, las ancianas le escribirían a Alexandr o, todavía peor, encontrarían la manera de enviarle un telegrama para comunicarle su desaparición, y si él todavía estaba vivo y lo leía, su reacción incontrolable podría costarle la vida. Así que le dijo a las mujeres que se trasladaría a Molotov para trabajar en el hospital y que regresaría para Navidad. No estaba dispuesta a admitir protestas y, después de responder brevemente a las pocas preguntas de Dusia, no se habló más del tema.

Naira Mijailovna quiso saber por qué Tatiana no enviaba las cartas directamente desde Molotov. La muchacha le contestó que Alexandr no quería verla fuera de Lazarevo y que se inquietaría mucho si descubría que estaba trabajando en la ciudad. No quería inquietarlo mientras luchaba y, por lo tanto, era mejor que no viera otros matasellos en las cartas.

—Ya sabes lo protector que puede llegar a ser, Naira Mijailovna.

—Protector e irrazonable —manifestó la anciana, que sacudió la cabeza enérgicamente. Estaba muy dispuesta a formar parte de un plan que veía como una manera de esquivar el carácter intransigente del capitán. Aceptó enviar las cartas.

Tatiana se confeccionó un montón de prendas nuevas, y después de meter en la mochila todas las botellas de vodka y latas de *tushonka* que podía cargar, se marchó una mañana muy temprano. Se despidió de las cuatro ancianas. Dusia rezó una oración y la bendijo. Naira lloró. Raisa lloró mientras temblaba. Axinia le susurró al oído: «Estás loca».

«Loca por él», pensó Tatiana. Se marchó vestida con pantalones de color marrón oscuro, medias marrones, botas marrones y un abrigo bien grueso color marrón. Se cubrió el pelo rubio con un pañuelo color marrón. No quería llamar la atención. Había guardado los dólares en un bolsillo cosido en el interior del pantalón. Antes de marcharse se quitó el anillo y lo ensartó en un cordel que se colgó alrededor del cuello. Mientras lo besaba antes de metérselo debajo de la camisa, susurró: «De esta manera te tendré junto a mi corazón, Shura».

Mientras caminaba por la carretera a través del bosque, pasó junto al sendero que llevaba al claro. Se detuvo por un momento. Pensó en acercarse al río y echar una última ojeada. El solo hecho de pensarlo, de imaginarlo, fue demasiado. Sacudió la cabeza y continuó su camino.

Había algunas cosas que no podía hacer.

Había visto cómo Alexandr había echado una última mirada: ella no podía. Desde que Vova había cargado con el baúl hacía ya dos meses, Tatiana no había vuelto más al lugar donde había vivido con Alexandr. Vova se había encargado de tapiar las ventanas, echar el candado y de llevar la leña que había cortado Alexandr a casa de Naira.

Lo primero que hizo al llegar a Molotov fue ir a la oficina del *Soviet* local para ver si había llegado el dinero de Alexandr del mes de septiembre.

Para su gran sorpresa, ahí estaba.

Preguntó si había alguna carta o telegrama además del dinero. No había nada.

Si él aún recibía la paga, era evidente que seguía vivo y que no había desertado. Tatiana cogió los mil quinientos rublos mientras se preguntaba por qué su marido le había enviado el dinero, pero no le había escrito. Entonces recordó los meses que habían tardado las cartas de su abuela en

llegar a Leningrado. Bueno, no le importaba si recibía treinta cartas de Alexandr a la vez, una por cada día de septiembre.

En la estación de Molotov, Tatiana le dijo al inspector del partido que se ocupaba de los pasaportes interiores que en Leningrado necesitaban enfermeras y que regresaba para reincorporarse a su puesto. Le enseñó el sello de la oficina de personal del hospital Gresheski que aparecía en el pasaporte. Él no tenía por qué saber que su trabajo había consistido en fregar suelos, lavabos, platos y coser los sacos de los cadáveres. A cambio de su ayuda, Tatiana le ofreció una botella de vodka.

El funcionario le pidió que le enseñara la carta del hospital donde la invitaban a regresar a Leningrado. Tatiana le contestó que la carta se había quemado, pero que allí tenía las credenciales de la fábrica Kirov, del hospital Gresheski, además de una mención al valor del Cuarto Ejército de Voluntarios y otra botella de vodka por las molestias.

El inspector le selló el pasaporte interior y ella compró el billete.

Antes de subir al tren fue a ver a Sofía, que aparentemente tenía por delante todo el tiempo del mundo. Tuvo la sensación de haber envejecido mientras esperaba. Estaba segura de que acabaría por perder el tren, pero Sofía por fin encontró las dos fotos que había sacado de Alexandr y Tatiana en la escalinata de la iglesia de San Serafín el día de la boda. Tatiana las metió en la mochila y regresó a la estación a toda prisa.

El tren era mucho mejor que el otro en el que había llegado. Se parecía más a un tren de pasajeros y se dirigía al sudoeste, a Kazan. El sudoeste no era el rumbo más adecuado para Tatiana, que necesitaba ir al norte. Pero Kazan era una ciudad importante y allí podría tomar otro tren. Su plan era llegar a Kobona y una vez allí encontrar sitio en una de las barcas que cruzaban el lago Ladoga hasta Kokkorevo.

Tatiana miró a través de la ventanilla cuando el tren salió de la estación. A lo lejos se veían los pinos y los abedules en las orillas del Kama, y se preguntó: «¿Volveré a ver Lazarevo alguna vez?».

No lo creía.



En Kazan, Tatiana subió a un tren que iba a Nizhni Novgorod, no el Novgorod de su infancia y la de Pasha, sino otro Novgorod, que entonces se llamaba Gorki. Ahora se encontraba a menos de trescientos kilómetros al este de Moscú. Cogió otro tren, había uno de carga que la transportó al nordeste hasta Yaroslavl, y de allí viajó en autocar hacia el norte hasta Vologda.

Allí, Tatiana se enteró de que podía tomar un tren a Tijvin, pero que la ciudad estaba sometida al bombardeo de los alemanes día y noche. Y desde Tijvin al parecer era imposible llegar a Kobona. Los trenes dejaban de circular varias veces al día debido a los ataques de los aviones alemanes, con grandes pérdidas de vidas humanas y de abastecimientos. Dio gracias al cielo porque el taquillero que le vendió el pasaje a Tijvin estuviera dispuesto a charlar con ella.

Le preguntó cómo transportaban la comida a Leningrado si no podían utilizar la ruta de Kobona, batida por la artillería alemana.

En cuanto el taquillero se lo explicó, Tatiana decidió que lo mejor era seguir a la comida. Desde Vologda tomó un tren que iba a Petrozavodsk, en el extremo norte de la orilla occidental del lago Onega, y se apeó antes, en Podporozhie, para emprender la caminata de cincuenta kilómetros hasta Lodeinoie Pole, que estaba a diez de la orilla del lago Ladoga.

En Lodeinoie Pole, Tatiana sintió el temblor de la tierra debajo de sus pies y supo que estaba cerca.

Tatiana se detuvo a tomar un plato de sopa y un poco de pan en una cantina, y mientras comía escuchó a cuatro camioneros que conversaban en la mesa vecina. Al parecer, los alemanes casi habían suspendido del todo el bombardeo a Leningrado para concentrar todo su poderío aéreo y su artillería en el frente de Voljov, que era precisamente el lugar al que iba ella. El Segundo Cuerpo de Ejército soviético, al mando del general Meretskov, se encontraba a tan sólo cuatro kilómetros del Neva, y el mariscal de campo Manstein no estaba dispuesto a que las tropas rusas lo desalojaran de sus posiciones a lo largo del río.

—¿Estáis enterados de lo que le ocurrió a la división 861? —dijo uno de los hombres—. ¡No consiguieron arrancarle ni un palmo de terreno a

los alemanes, que los bombardearon durante todo el día! ¡Al final tuvieron que retirarse después de perder el sesenta y cinco por ciento de sus hombres y a todos los oficiales!

—¡Eso no es nada! —afirmó otro—. ¿Sabéis cuántos hombres perdió Meretskov durante agosto y septiembre en Voljov? ¿Cuántos muertos, heridos y desaparecidos en acción? ¡Ciento treinta mil!

—¿Eso te parece mucho? —terció un tercero—. En Moscú...

—¡Más de ciento cincuenta mil!

Tatiana ya había escuchado más que suficiente, pero necesitaba una pequeña información. Trabajó conversación con los camioneros y se enteró de que las barcazas que cruzaban el Ladoga con los suministros zarpaban al sur de una ciudad pequeña llamada Siastroi, unos diez kilómetros al norte del frente de Voljov. Siastroi se encontraba unos cien kilómetros al sur de donde Tatiana estaba en ese momento.

Tatiana iba a pedirle a los hombres que la llevaran, pero no le inspiraron confianza, y sobre todo la manera que uno de ellos la miraba, a pesar de su pañuelo marrón.

Se limpió los labios, les dio las gracias y se marchó. Se sintió mejor al recordar que llevaba la P-38 de Alexandr en el bolso.

Tatiana tardó tres días en recorrer a pie los cien kilómetros hasta Siastroi. Estaban a principios de octubre y el aire era frío, pero aún no habían caído las primeras nevadas y la carretera era de cemento. Muchas otras personas caminaban con ella: aldeanos, refugiados, trabajadores itinerantes y, de vez en cuando, algún soldado que regresaba al frente. Caminó medio día con uno que volvía de permiso. Parecía tan triste como seguramente había estado Alexandr. Después se montó en un camión militar cuyo conductor se ofreció a llevarlo, y Tatiana continuó caminando.

Las bombas y los obuses que estallaban no muy lejos hacían vibrar el suelo mientras ella caminaba, con la mochila a la espalda y la vista fija en el pavimento. Por muy malo que pareciera, eso era mucho mejor que correr a través de los campos de patatas en Luga. Era mejor que estar sentada en la estación ferroviaria de Luga, consciente de que los alemanes

no se marcharían hasta que ella estuviera muerta. Era mejor que aquello, pero no mucho. Siguió caminando, con la vista fija en el pavimento.

Caminaba incluso de noche, todo estaba más tranquilo por la noche; después de las once cesaban los bombardeos. Caminaba dos o tres horas, hasta que encontraba algún granero donde dormir. Una noche se quedó con una familia que le dio de cenar y le ofreció a su hijo mayor. Tatiana se comió la cena, pasó del hijo y a cambio les ofreció dinero. Ellos lo aceptaron.

Diez kilómetros al oeste de Siastroi, en la orilla del río Voljov, Tatiana encontró una pequeña barcaza que se disponía a cruzar el lago por la ruta del cabo de Novaia Ladoga. El patrón estaba desatando las amarras. Esperó a que fuera a retirar la pasarela y entonces corrió hacia el hombre. Le dijo que tenía comida para colaborar en el esfuerzo bélico, para resistir el asedio. Sacó de la mochila las cinco latas de jamón y una botella de vodka. El patrón miró la botella de vodka con una expresión nostálgica y Tatiana se la regaló a cambio de que la llevara a Leningrado, porque quería ver a su madre agonizante. La mentira surtió efecto porque todo el mundo tenía algún pariente moribundo en la ciudad. El hombre aceptó el vodka agradecido y la invitó a subir a bordo.

—Te advierto que es una travesía muy dura. Demasiado tiempo de navegación y los alemanes se ensañan con las barcasas.

—Lo sé. Estoy preparada.

La travesía se realizó sin incidentes y la barcaza atracó en el muelle de Osinovets, al norte de Kokkorevo, donde Tatiana le ofreció las cuatro latas de *tushonka* que le quedaban y otra botella de vodka a un camionero que transportaba comida a Leningrado. El hombre la invitó a sentarse en la cabina e incluso compartió con ella un trozo de pan.

Tatiana miraba a través de la ventanilla. ¿Conseguiría por fin llegar a su apartamento en Quinto Soviet? Como si tuviera alguna otra opción. No tenía ningún otro lugar adonde ir.

Pero ¿regresar a Leningrado?

Se estremeció. No quería ni pensarlo. El camionero la dejó en la estación de Finlandia, al norte de la ciudad. Tomó el tranvía para ir hasta

Nevski Prospekt y después se fue caminando hasta su casa de la plaza de la Insurrección.

Leningrado se veía triste y desierta. Era de noche y las calles apenas si estaban iluminadas, pero al menos había electricidad. Había llegado en un buen momento, porque reinaba la calma; no había bombardeos. Pero mientras caminaba vio tres incendios que todavía humeaban, y muchos agujeros donde antes habían estado las ventanas y las puertas.

Confiaba en que el edificio de Quinto Soviet siguiera en pie.

Lo estaba. Con el mismo color verde, los mismos desconchados y la misma suciedad.

Tatiana se detuvo un momento en la puerta doble de la entrada. Intentaba encontrar aquello que Alexandr llamaba coraje.

El coraje para subir los tres tramos de escaleras hasta las dos habitaciones donde habían latido seis corazones. Cuartos llenos de chistes, vodka, cenas, pequeños sueños, pequeños deseos y vida.

Miró a un lado y a otro de la calle. Más allá de Gresheski, la iglesia seguía en pie y sin ningún daño aparente. Volvió la cabeza hacia Suvorovski. Vio a unas pocas personas que entraban en sus edificios, personas que volvían a casa después del trabajo. Muy pocas, quizás unas tres. El pavimento se veía limpio y seco. El aire frío le hacía cosquillas en la nariz.

Era por él.

Su corazón seguía latiendo y la llamaba.

Él sería su coraje.

Asintió para sus adentros y abrió la puerta. El vestíbulo pintado de un color verde oscuro olía a orina. Tatiana subió poco a poco, ayudándose con el pasamano, los tres tramos de escaleras hasta su apartamento colectivo.

Abrió con su llave la puerta de la vivienda.

No se escuchó ningún ruido. No había nadie en la cocina de delante y las puertas de las otras habitaciones estaban cerradas. Todas excepto la de Slavin, que estaba entreabierta. Tatiana llamó y asomó la cabeza al interior.

Slavin estaba tumbado en el suelo; escuchaba la radio.

—¿Quién eres? —le preguntó él, con una voz aguda.

—Tatiana Metanova, ¿me recuerdas? ¿Quién eres tú? —Ella sonrió. Había cosas que no cambiaban nunca.

—¿Dónde estabas tú en la guerra de 1905? ¡Ah, menuda paliza le dimos a aquellos japoneses! —Señaló la radio—. Escucha, escucha con atención.

En la radio sólo transmitían el sonido del metrónomo.

Tatiana se retiró discretamente. Recordó que los rusos habían perdido aquella guerra. Slavin la miró desde el suelo.

—Tendrías que haber venido el mes pasado, Tanechka. Durante el mes pasado sólo cayeron siete bombas en Leningrado. Hubieras estado bien segura.

—No te preocupes. Si necesitas cualquier cosa, estoy al otro lado del vestíbulo.

Tampoco había nadie en su cocina. Se llevó una sorpresa al descubrir que la puerta de su vestíbulo y de las dos habitaciones estaban cerradas sin llave. En el sofá del vestíbulo, se encontró con dos extraños: un hombre y una mujer que tomaban té.

Tatiana los miró por un momento, desconcertada.

—¿Quiénes sois vosotros?

Le respondieron que eran Inga y Stanislav Krakov. Ambos rondaban los cuarenta y tantos; él tenía barriga y se estaba quedando calvo; ella era pequeña y enjuta.

—Pero ¿quiénes sois vosotros? —insistió Tatiana.

—¿Y tú quién eres? —replicó Stanislav, sin molestarse en mirarla.

—Éstas son mis habitaciones. —Tatiana dejó la mochila en el suelo—. Estás sentado en mi sofá.

Inga se apresuró a explicarle que habían vivido en Séptimo Soviet y Suvorovski.

—Teníamos un apartamento muy bonito, nuestro propio apartamento. Nuestro baño, una cocina y un dormitorio.

Al parecer, el edificio se había derrumbado con el impacto directo de una bomba en agosto. Dada la escasez de viviendas en Leningrado debido

a los edificios derrumbados por los bombardeos, el ayuntamiento había asignado a Inga y Stanislav las habitaciones de los Metanov, que estaban vacías.

—No te preocupes —le dijo Stanislav, que seguía sin mirarla—. Dicen que no tardarán en encontrarnos otro apartamento, quizás incluso uno con dos dormitorios. ¿No es así, Inga?

—Pues yo ya estoy aquí. Las habitaciones ya no están desocupadas.

«Alexandr lo había limpiado todo tan bien...», pensó con tristeza.

—¿Sí? ¿Y dónde se supone que debemos irnos ahora? —preguntó Stanislav—. Estamos registrados en el consejo como los ocupantes de estas habitaciones.

—¿Por qué no os mudáis a alguna de las otras habitaciones? —preguntó, mientras echaba una ojeada al vestíbulo. Las otras habitaciones cuyos ocupantes habían muerto.

—Están todas ocupadas —dijo Stanislav—. Escucha, ¿qué necesidad hay de seguir hablando de todo este asunto? Aquí hay espacio para todos. Puedes disponer de una habitación para ti sola. ¿Qué sentido tiene quejarse?

—Así y todo, las dos habitaciones son mías —puntualizó Tatiana.

—En realidad, no —replicó Stanislav. Bebió un trago de té—. Ambas habitaciones pertenecen al Estado. Y el Estado está en guerra. —Soltó una carcajada que no tenía nada de alegre—. No estás siendo una buena proletaria, camarada.

—Stanislav y yo somos miembros del partido. Pertenecemos al cuerpo de ingenieros de Leningrado —le informó Inga.

—Eso es fantástico —opinó Tatiana, que de pronto se sintió muy cansada—. ¿Qué habitación es la mía?

Inga y Stanislav habían ocupado su antigua habitación, donde había dormido con Dasha, su madre, su padre y Pasha. También era la única que tenía calefacción. La estufa de la habitación que había sido de sus abuelos estaba rota. Pero aunque no lo hubiera estado, Tatiana tampoco tenía leña para encenderla.

—¿No podría al menos recuperar mi *bourzhuika*?

—Si te la damos, ¿qué usaríamos nosotros? —contestó Stanislav.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —preguntó Inga.

—Tania.

—Escucha, Tania —añadió Inga, con una clara expresión de vergüenza—, ¿por qué no instalas el catre junto a la pared que da a la estufa de nuestra habitación? La pared está caliente. ¿Quieres que Stanislav te ayude?

—Inga, ya está bien, sabes que me duele la espalda —exclamó Stanislav, irritado—. Ya lo moverá ella si quiere.

—Sí —admitió Tatiana.

Movió el sofá de *deda* lo justo para encajar el catre que había sido de Pasha entre el respaldo del sofá y la pared.

Efectivamente, la pared estaba caliente.

Tatiana durmió diecisiete horas seguidas tapada con tres mantas y el abrigo.

En cuanto se levantó fue a las oficinas del ayuntamiento para registrarse una vez más como residente de Leningrado.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó la mujer que atendía el mostrador con un tono desabrido mientras rellenaba los documentos para darle una cartilla de racionamiento—. Por si no te has enterado, los alemanes mantienen el asedio.

—Lo sé, pero faltan enfermeras. La guerra continúa. —Hizo una pausa—. Alguien tiene que cuidar de los soldados, ¿no?

La mujer se encogió de hombros, sin alzar la vista. «¿Es que nadie en esta ciudad va a mirarme? —se preguntó Tatiana—. Sólo una persona».

—El verano fue mejor —comentó la empleada—. Había más comida. Ahora no conseguirás patatas.

—Tampoco es tan grave —respondió Tatiana. Sintió una punzada al recordar el mostrador que Alexandr había hecho en Lazarevo.

Salió de las oficinas y fue a la tienda Elisei, en Nevski, con la cartilla en la mano. Le asustaba la idea de ir a la tienda de Fontanka y Nekrasova, donde el año pasado había ido a buscar las raciones para toda la familia. En Elisei ya no quedaba pan, pero le dieron leche de vaca, judías, una

cebolla y cuatro cucharadas de aceite. Compró una lata de *tushonka* por cien rublos. Como todavía no trabajaba, su ración de pan era de trescientos cincuenta gramos; la de los trabajadores era de setecientos gramos. Tatiana estaba dispuesta a conseguir un trabajo.

Intentó comprar una salamandra, pero no tuvo suerte. Fue incluso al centro comercial de Gostini Dvor, al otro lado de Nevski, delante de Elisei, pero tampoco tenían una estufa. Le quedaban tres mil rublos del dinero de Alexandr y hubiera gastado con gusto la mitad para conseguir una salamandra que la mantuviera caliente. Cargada con la bolsa de comida, cruzó Nevski, pasó por delante del hotel Europeo, siguió por Mijailovskaia Ulitsa, cruzó la calle para entrar en los Jardines Italianos y se sentó en el banco donde Alexandr le había hablado de Estados Unidos.

No se movió, ni siquiera cuando comenzó el bombardeo, ni tampoco cuando las bombas cayeron en Mijailovskaia y en Nevski. Vio cómo una bomba explotaba en mitad de la calle y se alzaba una columna de humo negro del boquete abierto en el pavimento. Apenas si sacudió la cabeza. «Alexandr se enfadará conmigo cuando se entere de que estaba aquí», pensó Tatiana. Finalmente se levantó y emprendió el camino a casa. Pero lo quería vivo; le daba lo mismo si él la mataba. Conocía el temperamento de Alexandr; le había dado muestras más que sobradas durante sus últimos días en Lazarevo. Le costaba imaginar cómo había hecho Alexandr para recuperar la cordura, si es que la había recuperado.

Volvió a trabajar en el hospital Gresheski. Había acertado. Necesitaban enfermeras. En la oficina de personal vieron el sello que certificaba que ya había trabajado en el hospital y le preguntaron si era enfermera. Tatiana contestó que había sido ayudante de enfermera y que tardaría muy poco en ponerse al día. Pidió que la destinaran a la sala de pacientes terminales. Le dieron un uniforme blanco y acompañó a una enfermera llamada Elizaveta durante un turno de nueve horas, y después estuvo otras nueve horas con una enfermera llamada María. Ninguna de las dos miró a Tatiana.

Pero sí los pacientes.

Después de dos semanas de trabajar dieciocho horas diarias, le asignaron sus propias rondas y le dieron fiesta los domingos por la tarde.

Por fin, reunió el valor necesario para ir a los cuarteles de Pavlov.

2

Tatiana sólo quería averiguar si Alexandr estaba bien y cuál era su destino.

No conocía al centinela de la reja; se llamaba Viktor Burenich. El joven se mostró amable y muy dispuesto a ayudarla. A ella le gustó. El centinela repasó el registro de entradas y salidas, y le informó de que Alexandr Belov no se encontraba en el cuartel. Tatiana le preguntó si sabía dónde estaba. Burenich le respondió con una sonrisa que no lo sabía.

—¿Sabes al menos si está bien?

—Supongo que sí —contestó el soldado—. Pero a nosotros no nos dicen estas cosas.

Tatiana le preguntó si Dimitri Chernenko estaba vivo, y contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta.

Lo estaba. Tatiana soltó el aire retenido en los pulmones. Burenich le dijo que Chernenko no estaba en ese momento en el cuartel, pero iba y venía con los suministros.

Tatiana intentó recordar el nombre de algún otro conocido.

—¿Está Anatoli Marazov?

Esta vez le sonrió la fortuna. Marazov estaba.

Al cabo de unos pocos minutos lo vio aparecer al otro lado de la reja.

—¡Tatiana! —exclamó el oficial, que pareció alegrarse al verla—. Vaya sorpresa encontrarla aquí. Alexandr me dijo que la habían evacuado con su hermana. —Hizo una pausa—. Siento mucho lo de su hermana.

—Gracias, teniente. —Las lágrimas asomaron en sus ojos. Sentía un profundo alivio. Si Marazov había mencionado a Alexandr con tanta despreocupación, eso significaba que todo estaba bien.

—No pretendía alterarla, Tania.

—No, no es nada. —Estaban en el pasillo.

—¿Quiere dar una vuelta a la manzana? —le propuso Marazov—. Dispongo de unos minutos.

Salieron a dar un paseo por la plaza del Palacio, con los abrigos abrochados.

—¿Ha venido a ver a Dimitri? Ya no está en mi unidad.

—Oh, lo sé —tartamudeó. ¿Cómo podía recordar todas las mentiras?—. Sé que lo hirieron. Me encontré con él en Kobona hace unos meses. —«Si no estaba aquí para ver a Dimitri, ¿a quién venía a ver?».

—Sí, ahora está de este lado. Está en suministros. Y también se siente desgraciado. Sencillamente no sé qué quiere sacar de esta guerra.

—¿Todavía está usted en la compañía blindada de Alexandr?

—No, Alexandr ya no está al mando de ninguna compañía. Resultó herido... —Marazov se interrumpió al ver que Tatiana se tambaleaba—. ¿Está usted bien?

—Lo siento. Sí, por supuesto. Tropecé —manifestó. Cruzó los brazos y se apretó el estómago. Estaba segura de que en cualquier momento se desmayaría. Tenía que controlarse a cualquier precio—. ¿Qué le pasó?

—Se quemó las manos durante un ataque en septiembre.

—¿Las manos? —«Sus manos».

—Sí. Sufrió quemaduras de segundo grado. Se pasó semanas sin poder sostener ni un vaso de agua. Ahora está mejor.

—¿Dónde está?

—De regreso en el frente.

—Teniente, quizá sea la hora de volver —dijo Tatiana, incapaz de aguantar ni un segundo más—. Debo marcharme.

—Como usted quiera —dijo Marazov, intrigado, mientras daban la vuelta—. Por cierto, ¿cómo es que decidió regresar a Leningrado?

—Faltan enfermeras. Volví para trabajar de enfermera. —Aceleró el paso—. ¿Está usted destinado en Schiisselburg?

—Por el momento. Tenemos una nueva base de operaciones para el frente de Leningrado, en Morozovo.

—¿Morozovo? Me alegro de que esté usted bien. ¿Cuál es su próximo destino?

El teniente sacudió la cabeza.

—Hemos perdido a tantos hombres en el intento de romper el asedio, que nos estamos reagrupando constantemente. Pero creo que cuando salga para el frente volveré a estar con Alexandr.

—¿Sí? —Tatiana notó que le flaqueaban las piernas—. Espero que así sea. Me alegro mucho de haberle visto.

—Tania, ¿está usted bien? —Marazov la miró y en sus ojos apareció aquella extraña expresión que Tatiana recordaba de cuando se lo habían presentado en septiembre del año anterior. La había mirado como si la conociera de antes.

—Por supuesto. Estoy bien. —Esbozó una sonrisa. Se acercó y apoyó una mano en el brazo del oficial—. Muchas gracias, teniente.

—¿Le digo a Dimitri que vino a verle?

—¡No! ¡No es necesario!

Marazov asintió. Tatiana ya se alejaba cuando él le gritó:

—¿Se lo digo a Alexandr?

Tatiana se volvió.

—Por favor, no —le contestó con voz débil.



A la noche siguiente, cuando Tatiana regresó del hospital, se encontró a Dimitri que la esperaba en el vestíbulo con Inga y Stanislav.

—¿Dimitri? —Tatiana se quedó boquiabierta—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Miró a Inga y Stanislav con una expresión de mal disimulada furia.

—Le dejamos entrar, Tanechka —le explicó Inga—. Dijo que os veíais el año pasado.

Dimitri se acercó para abrazarla. Tatiana dejó los brazos caídos.

—Me enteré de que habías preguntado por mí. Me sentí muy conmovido. ¿Quieres que hablemos en tu habitación?

—¿Quién te lo dijo?

—Burenich, el soldado que estaba de guardia. Me dijo que una muchacha había preguntado por mí. No le diste tu nombre, pero él te describió. Estoy conmovido, Tania. Éstos han sido unos meses muy duros para mí.

No hacía falta que lo dijera, porque bastaba verle el rostro demacrado y ojeroso.

—Dimitri, éste no es buen momento para mí —afirmó, con otra mirada de furia a Inga y Stanislav—. Estoy muy cansada.

—Seguramente tienes hambre. ¿Quieres cenar?

—Cené en el hospital —mintió Tatiana—, y en casa no tengo casi nada. —¿Cómo conseguiría que se fuera?—. Mañana tengo que levantarme a las cinco. Hago dos turnos de nueve horas seguidas. Estoy de pie todo el día. Quizás en otra ocasión.

—No, Tania. No sé si habrá otra ocasión. Venga. Quizá podrías prepararme una taza de té. ¿Alguna cosilla de comer? ¿Por los viejos tiempos?

Tatiana no quería ni pensar en la reacción de Alexandr cuando descubriera que Dimitri había estado en la misma habitación que ella. Enfrentarse a Dimitri no figuraba en sus planes. No sabía qué hacer con él. Pero entonces pensó: «Alexandr todavía tiene que enfrentarse a él, así que a mí también me toca. No es sólo un problema de Alexandr. Es de los dos».

Tatiana le preparó un puñado de habas de soja en la pequeña cocina a petróleo que le había pedido prestada a Slavin a cambio de guisar para él de vez en cuando. Le añadió un par de zanahorias y media cebolla pasada. Le dio una rebanada de pan negro con mantequilla. Cuando Dimitri le preguntó si tenía vodka, Tatiana le respondió que se le había acabado, porque no quería que se emborrachara mientras estaban a solas. La única luz de la habitación la suministraba la lámpara de petróleo; tenían electricidad, pero Tatiana no había encontrado ni una sola bombilla en las tiendas.

Dimitri comenzó a comer con el plato sobre las rodillas. Ella se sentó en el otro extremo del diván. Se dio cuenta de que no se había quitado el abrigo. Se lo quitó y mientras él comía aprovechó para ir a prepararse una taza de té.

—¿Cómo es que hace tanto frío en esta habitación? —preguntó Dimitri.

—No tenemos calefacción —le informó Tatiana. Llevaba el uniforme blanco de las enfermeras y el pelo recogido debajo de la cofia.

—Cuéntame, Tania, ¿qué tal has estado? Tienes buen aspecto. Ya no pareces una niña. —Sonrió—. Estás hecha toda una mujer. Pareces mayor.

—La vida te curte y no puedes evitarlo.

—Pues a ti se te ve estupenda. Esta guerra te sienta bien. —Dimitri volvió a sonreír—. Has ganado peso desde la última vez que nos vimos...

Tatiana le dirigió una mirada que lo frenó en seco.

—Dimitri, la última vez que me viste, yo estaba en Kobona —le recordó en voz baja—. Te pedí que me ayudaras a enterrar a mi hermana. Quizá tú lo has olvidado, pero yo no.

—Tania, lo sé —dijo, con un gesto indiferente—. Simplemente hemos perdido el contacto. Pero nunca dejé de pensar en ti. Me alegro de que consiguieras salir de Kobona. Muchas personas no lo consiguieron.

—Mi hermana fue una de ellas.

Tatiana quería preguntarle cómo demonios había podido mirar a Alexandr a la cara y mentirle sobre Dasha, pero Tatiana no podía soportar el decir el nombre de su esposo delante de Dimitri.

—Lamento lo de tu hermana. Mis padres también murieron. Así que sé cómo te sientes. —Dimitri hizo una pausa. Tatiana esperó. Esperó a que él terminara de comer y se marchara—. ¿Cómo conseguiste regresar a Leningrado?

Tatiana le relató el trayecto que había seguido, pero no quiso hablar de sí misma. No quería hablar de nada. ¿Dónde estaba Dasha, dónde estaba Alexandr, dónde estaban sus padres, para rodearla y evitar que ella estuviera sola con Dimitri en la habitación?

Se armó de valor y le preguntó qué hacía ahora, que tenía una lesión permanente.

—Estoy en abastecimientos. Soy furriel. ¿Sabes qué es?

Tatiana lo sabía, pero sacudió la cabeza. Mientras hablara de él mismo no le formularía más preguntas.

—Llevo suministros al frente. Los recojo en las unidades de la retaguardia y los reparto en diferentes puntos.

—¿Los repartes? ¿Aquí en Leningrado?

—Aquí también. Hay otros puntos de reparto a este lado del Neva y Carelia, cerca de Finlandia. —Miró a Tatiana de reojo—. ¿Ahora entiendes por qué soy tan desgraciado?

—Por supuesto. La guerra es peligrosa. No quieres estar metido en esta guerra.

—No quiero estar en este país —murmuró Dimitri, con una voz casi inaudible. Pero audible.

—¿Dices que llevas suministros a la frontera con Finlandia? —La voz de Tatiana reflejó la debilidad que la dominaba.

—Sí, a las tropas fronterizas en el istmo de Carelia. También llevo cosas a nuestro nuevo cuartel general en Morozovo, desde donde dirigen las operaciones en el Neva. Construyeron el puesto de mando allí mientras planean nuestro próximo movimiento.

—¿En qué parte del istmo de Carelia?

—No sé si has oído mencionar un lugar llamado Lisii Nos.

—Conozco el nombre. —Tatiana apretó con fuerza el brazo del sofá.

—Allí distribuyo los suministros a pie entre los puestos de mando. ¿Sabes?, incluso llevo suministros a los generales. —Dimitri enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? —dijo ella, casi sin escucharlo—. ¿Alguien interesante?

—Me estoy haciendo muy amigo del general Mejlis —afirmó Dimitri, como si revelara un gran secreto—. Le llevo recado de escribir, y si consigo algún extraordinario, tú ya me entiendes, también se lo llevo. Nunca le pido que me pague. Cigarrillos, vodka, lo que quiera. Ahora espera ansioso mis visitas.

—Vaya. —Tatiana no tenía idea de quién podía ser el tal Mejlis—. ¿El general Mejlis está al mando de algún cuerpo de ejército?

—Tania, ¿me tomas el pelo?

—No. ¿Por qué? —Tatiana no daba más del cansancio.

—¡Mejlis está al mando del ejército del NKVD! —susurró Dimitri, entusiasmado—. ¡Es el brazo derecho de Beria!

Tatiana había tenido miedo de las bombas, del hambre y de la muerte. Había tenido miedo de perderse en el bosque. También había tenido miedo de que un ser humano quisiera hacerle daño por puro placer.

El daño era el medio y el fin.

Esa noche, Tatiana no sentía miedo por ella misma.

Pero al observar el rostro depravado y malévolos de Dimitri, tuvo miedo por Alexandr.

Hasta esa noche había tenido remordimientos por haber dejado Lazarevo y haber roto la promesa hecha a su marido. Pero ahora se convenció de que Alexandr no sólo necesitaba tenerla cerca, sino que la necesitaba más de lo que ella misma había creído posible.

Alguien tenía que proteger a Alexandr, no sólo de la muerte en el combate, sino de la destrucción deliberada.

Sin moverse, sin parpadear, sin encogerse, Tatiana observó a Dimitri. Le observó mientras él dejaba la taza y se movía un poco en el sofá. Entonces, parpadeó y salió de su ensimismamiento.

—¿Qué estás haciendo?

—Es evidente —respondió él— que ya no eres una niña.

Ella no movió ni un solo músculo de la cara cuando él se acercó un poco más.

—Inga y Stanislav me han dicho que trabajas tantas horas en el hospital porque sales con uno de los médicos. ¿Eso es verdad?

—Si Stanislav e Inga te lo dijeron, debe serlo —replicó Tatiana, con un tono cáustico—. Los comunistas nunca mienten, Dimitri.

El soldado se acercó todavía más.

—¿Qué estás haciendo? —Tatiana se levantó del sofá—. Escucha, es muy tarde.

—Venga, Tania. Estás sola. Yo también. Odio esta vida, odio cada minuto de ella. ¿Tú no sientes lo mismo de vez en cuando?

«Sólo esta noche», pensó Tatiana.

—No, Dima. Estoy bien. Dentro de todo, tengo una buena vida. Trabajo, en el hospital me necesitan, mis pacientes me necesitan. Estoy viva. Tengo comida.

—Pero, Tania, debes estar muy sola.

—¿Cómo puedo estar sola? Estoy constantemente rodeada de personas. Además, ¿no dices que salgo con un médico? Escucha, acabemos de una vez. Es tarde.

Dimitri dejó el sofá e intentó acercarse a ella. Tatiana levantó las manos.

—Dimitri, aquello se acabó. No soy la mujer que te conviene. —Lo miró significativamente—. Siempre lo has sabido y sin embargo nunca has dejado de insistir. ¿Por qué?

Dimitri soltó una risa que pretendía ser simpática.

—Quizá porque esperaba, querida Tania, que el amor de una buena mujer como tú pudiera redimir a un truhán como yo.

Tatiana lo miró con una expresión rayana en el desprecio.

—Me alegra oírtelo decir, porque eso significa que crees que aún te puedes redimir.

—Ya ha pasado la oportunidad de redimirme. —Dimitri volvió a reírse—. Porque no tuve el amor de una buena mujer como tú. —La miró—. Pero ¿quién lo tuvo? —añadió en voz baja.

Tatiana no le respondió, de pie en el lugar donde había estado la mesa de comedor, antes de que Alexandr la hiciera pedazos para que ella y Dasha la utilizaran como leña. Había tantos fantasmas metidos en aquel pequeño cuarto en penumbras que parecía como si estuviera lleno de sentimientos, deseos y hambre.

—No lo entiendo —manifestó Dimitri, con un tono cercano al enojo—. ¿Por qué fuiste al cuartel y preguntaste por mí? Creí que era esto lo que querías. ¿Estás intentando pescarme? ¿Quieres provocarme? —Su voz sonó demasiado fuerte para quedar contenida dentro de las cuatro paredes.

Se acercó—. En el ejército tenemos un nombre para las chicas que nos provocan. —Se echó a reír—. Las llamamos mamás.

—Dima, ¿en qué estás pensando? He sido muy clara contigo desde el principio. Fui al cuartel y pregunté por ti, por Marazov. Sólo quería ver un rostro conocido. —Tatiana no iba a echarse atrás, aunque por dentro se sentía indiferente y muy lejana a Dima.

—¿Quizá también preguntaste por Alexandr? —le increpó Dimitri, a voz en cuello—. Porque si lo hubieras hecho, no lo hubieses encontrado en el cuartel. Alexandr está en Morozovo si tiene servicio, y si no, en todos los prostíbulos de Leningrado.

—Pregunté por todos los que conozco —replicó Tatiana, que palideció por dentro y por fuera, mientras rogaba que Dimitri no se diera cuenta.

—Preguntaste por todos excepto por Petrenko —señaló Dimitri, como si lo supiera—. A pesar de que te habías hecho amiga de él después de tratarlo tanto el año pasado. ¿Por qué no preguntaste por tu amigo, Iván Petrenko? Antes de conseguir que lo mataran, me contó que algunas veces te acompañaba a la tienda a buscar las raciones. Por orden del capitán Belov, por supuesto. Os ayudó mucho a ti y a tu familia. ¿Cómo es que no preguntaste por él?

Tatiana se quedó pasmada. De pronto necesitó a Alexandr con auténtica desesperación, necesitó que algo o alguien la protegiera de ese hombre, porque ella no sabía qué responder.

Tatiana era consciente de que no había preguntado por Petrenko porque el sargento estaba muerto. Pero sólo podía saber que estaba muerto por las cartas de Alexandr y era imposible que él le escribiera.

¿Qué hacer? ¿Qué podía hacer para acabar con esa repugnante mentira que la aprisionaba?

Tatiana estaba tan harta, tan frustrada, tan cansada, tan desesperada, que a punto estuvo de abrir la boca y hablarle a Dimitri de Alexandr. La verdad era mejor que eso. Decir la verdad y vivir con las consecuencias.

Fueron las consecuencias lo que la contuvo.

—Dimitri, ¿qué demonios intentas sonsacarme? —Se encaró con el soldado con una expresión desdeñosa—. Deja ya de querer manipularme

con tus preguntas insidiosas. Pregunta directamente lo que quieras saber o calla de una vez. Estoy demasiado cansada para aguantar tus juegos. ¿Qué quieres saber? ¿Por qué no pregunté por Petrenko? Porque primero pregunté por Marazov y en cuanto me dijeron que estaba en el cuartel dejé de preguntar. ¡Ahora basta!

Dimitri la miró sorprendido e inquieto a la vez.

Llamaron a la puerta. Era Inga.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz somnolienta, abrigada con un albornoz gris raído—. He escuchado los gritos. ¿Pasa alguna cosa?

—No, no pasa nada; muchas gracias. Inga —respondió Tatiana y le cerró la puerta en las narices. Ya se ocuparía de Inga más tarde.

—Lo siento, Tania —dijo Dimitri. Se acercó—. No pretendía inquietarte. Sólo malinterpreté tus intenciones.

—De acuerdo, Dimitri. Es tarde. Buenas noches.

Dimitri intentó acercarse todavía más y Tatiana se apartó. Al ver su movimiento, él también se apartó, al tiempo que se encogía de hombros.

—Siempre deseé que esto hubiera funcionado, Tania.

—¿De verdad, Dimitri?

—Por supuesto.

—¡Dimitri! ¿Cómo...? —Tatiana se interrumpió.

Dimitri estaba en la habitación donde había pasado muchas veladas durante el último verano a cuerpo de rey. Se había sentado con la familia de Tatiana, que lo había invitado a su casa y lo había hecho parte de su vida. Llevaba allí más de una hora. Había hablado sin tapujos de él mismo, había acusado a Tatiana de Dios sabe qué. Le había dicho cosas que sonaban a mentiras. Ella no lo sabía. Lo que no había hecho era preguntarle qué le había sucedido a las seis personas que en otro tiempo habían estado en esa habitación con él. No le había preguntado por su madre, su padre o sus abuelos. Ni tampoco por Marina, o la madre de su madre. No le había preguntado cómo había salido adelante en Kobona en enero, ni cómo estaba ahora. Si conocía su destino, no había pronunciado ni una sola palabra de conmiseración, no había hecho ni un solo gesto de consuelo. ¿Cómo podía Dimitri pensar que las cosas hubiesen podido

funcionar para él y cualquiera, pero sobre todo para él y Tatiana, cuando él era incapaz de mirar ni por un segundo más allá de él mismo, en la vida y el corazón de los demás? A Tatiana no le importaba que no hubiese preguntado por su familia. Lo que quería era que no le mintiera, como si ella no supiese la verdad.

Tatiana quería decírselo, pero no valía la pena.

No obstante, sospechó que la verdad estaba muy clara en sus ojos, porque Dimitri agachó la cabeza y pareció encorvarse todavía más cuando tartamudeó:

—Por lo visto, nunca acierto a decir las palabras correctas.

—Di buenas noches —replicó Tatiana, con un tono frío— y acertarás.

Dimitri caminó hacia la puerta y Tatiana lo siguió.

—Tania, creo que esto es un adiós. No creo que nos volvamos a ver nunca más.

—Nos veremos si lo quiere el destino. —Tatiana notaba el cuerpo entumecido. Le flaqueaban las piernas.

—Me voy a un lugar, Tatiana, donde no me verás nunca más —afirmó el soldado, en voz baja.

—¿Sí? —A Tatiana ya no le quedaban más fuerzas.

Se marchó por fin y Tatiana, dominada por la más negra desesperación, se acostó vestida en el catre encajado entre la pared y el respaldo del sofá, con su anillo de bodas apretado en la mano, pero no pudo pegar ojo.

3

En Morozovo, Alexandr estaba sentado frente a su mesa de trabajo en la tienda cuando entró Dimitri con varios paquetes de cigarrillos y una botella de vodka. El capitán llevaba puesto el abrigo y tenía las manos entumecidas por el frío. Había pensado en ir al comedor para comer algo y calentarse, pero no podía abandonar la tienda. Era viernes y tenía una reunión con el general Govorov al cabo de una hora para discutir los preparativos de un nuevo asalto a las posiciones alemanas al otro lado del río.

Era noviembre, y después de cuatro intentos fallidos para cruzar el Neva, las tropas del 67 Ejército esperaban impacientes que el río se helara. Por fin, el alto mando en Leningrado había decidido que sería mejor atacar con la infantería desplegada en lugar de utilizar las barcazas, que eran un blanco fácil para la artillería enemiga.

Dimitri dejó el vodka y los cigarrillos encima de la mesa. Alexandr le pagó. Quería que Dimitri se marchara. Había estado leyendo una carta de Tatiana que lo había intrigado. No le había escrito durante las semanas que había tenido las manos vendadas, aunque hubiera podido pedirle a una enfermera que escribiera la carta por él. Alexandr tenía muy claro que si Tatiana veía una carta con la letra de otra persona, se volvería loca en un intento por descubrir entre líneas cuál era la verdadera gravedad de sus heridas. Para no preocuparla, le había enviado el dinero correspondiente a septiembre y después había esperado a que le quitaran los vendajes. Le había escrito de su puño y letra hacia finales de mes.

Le escribió que las quemaduras habían sido una muestra de la protección divina. Imposibilitado para el manejo de las armas, no había

intervenido en ninguno de los dos desastrosos ataques a través del Neva en septiembre, que habían diezmado al Primer y Segundo ejércitos hasta el punto de que debieron recurrir a todas las tropas de reserva de la guarnición de Leningrado. También el mando del frente del Voljov les hubiera enviado gustosamente tropas, de haberlas tenido. Pero después de las órdenes de Hitler a Manstein para que mantuviera las posiciones a lo largo del Neva y el asedio a Leningrado a cualquier precio, ya casi no quedaban soldados en el Segundo Ejército de Meretskov en Voljov.

En los demás frentes, Stalingrado estaba a punto de caer. Toda Ucrania estaba en manos de Hitler. Leningrado se aguantaba de milagro. El Ejército Rojo estaba muy debilitado. Govorov planeaba otro ataque contra los alemanes a través del Neva y Alexandr estaba sentado delante de su escritorio, muy ocupado en descubrir qué demonios pasaba con su esposa.

Estaban en noviembre y en ninguna de sus cartas que llegaban puntualmente, aunque escritas con un poco menos del cándido fervor habitual, hacía la menor mención a sus heridas. Se devanaba los sesos intentando descifrar algo entre líneas, cuando Dimitri entró con los cigarrillos y la bebida. Y ahora Dimitri no parecía dispuesto a marcharse.

—Alexandr, ¿me invitas a una copa? ¿Por los viejos tiempos?

El capitán sirvió dos copas, la suya más pequeña, con evidente desgana. Dimitri se sentó en una silla delante del escritorio. Hablaron del siguiente ataque y de las terribles batallas libradas contra los alemanes al otro lado del Neva, en el frente del Voljov.

—Alexandr, ¿cómo puedes estar tan tranquilo sabiendo lo que te espera? Han intentado cruzar el Neva en cuatro ocasiones, hemos perdido la mayoría de nuestras tropas y alguien me comentó que el quinto, que se hará en cuanto el río se hiele, será el último. No permitirán que regrese ni un solo hombre hasta que rompan el cerco. ¿Lo sabías?

—Sí, yo también escucho los rumores.

—No puedo seguir aquí ni un minuto más. Ayer mismo, cuando llevaba los suministros hasta el Neva para las tropas de Nevski Patch, los cohetes alemanes disparados desde Siniavino, al otro lado del río, mataron a todos los miembros de un pelotón que se disponía a embarcar. Yo me

encontraba a unos cien metros, y mira... —Le mostró los cortes en el rostro—. Esto no se acaba.

—No, Dimitri, no se acaba.

—¡Alexandr, no te creerás lo desprotegida que está ahora mismo la zona de Lisii Nos! —añadió Dimitri, en un tono más bajo—. Le llevo los suministros a las tropas que vigilan la frontera y he visto a los finlandeses en el bosque. No hay más de una docena de hombres. Es obra de la providencia. Podrías venir conmigo en el camión; antes de llegar a la frontera, abandonaremos el camión y entonces...

—¡Dima! ¿Abandonar el camión? Mírame. Apenas si puedes caminar sobre terreno llano. Hablamos de esto en junio.

—No sólo en junio. Hablamos de esto hasta el agotamiento. Estoy cansado de esperar, no puedo esperar más tiempo. Vámonos de una vez por todas. Si nos sale bien, fantástico, y si no lo conseguimos, nos matarán. ¿Cuál es la diferencia? Al menos de esta manera, tendremos una oportunidad.

—Escúchame. —Alexandr se levantó.

—¡No, escúchame tú a mí! Esta guerra me ha cambiado...

—No me digas.

—Sí. Me ha demostrado que debo luchar si quiero sobrevivir. De la manera que sea. Todo lo que he hecho hasta ahora no ha funcionado. Ni los traslados de compañía en compañía, ni la herida en el pie, ni los meses en el hospital, ni la temporada en Kobona. Hago todo lo posible por resguardar mi vida hasta que lo volvamos a intentar. Pero los alemanes parecen decididos a matarme y no pienso dejarles que lo hagan. —Dimitri volvió a bajar la voz—. Hace que tu pequeña farsa con el ahora muerto y olvidado Yuri Stepanov resulte todavía más estúpida. —Ahora apenas si se le escuchaba—. Él está muerto y nosotros seguimos aquí. Todo porque a ti se te ocurrió traerlo de vuelta. Ahora estaríamos en Estados Unidos, si no fuese por ti.

Alexandr se acercó a Dimitri, mientras hacía todo lo posible por contener su furia. Se inclinó sobre el soldado.

—Entonces te dije lo mismo que te digo ahora. Te lo he repetido hasta el agotamiento. ¡Vete! ¡Márchate! Te daré la mitad de mi dinero. Conoces el camino para llegar a Helsinki y Estocolmo como la palma de la mano. ¿Por qué no te marchas de una vez?

Dimitri se apartó de Alexandr con silla y todo.

—Sabes muy bien que no me puedo marchar por mi cuenta. No hablo ni una palabra de inglés.

—¡No necesitas hablar inglés! No tienes más que ir a Estocolmo y pedir asilo. Te aceptarán, Dimitri, aunque no hables inglés. —Alexandr se apartó un poco.

—Pero la pierna...

—Olvídate de la pierna. Arrástrala si es necesario. Te daré la mitad del dinero...

—¿Darme la mitad del dinero? ¿De qué demonios me hablas? Se suponía que íbamos a marcharnos juntos, ¿lo recuerdas? Ése era el plan. Irnos juntos. —Dimitri hizo una pausa—. ¡No me iré solo!

—Si no quieres irte solo —replicó Alexandr, furioso—, entonces tendrás que esperar a que yo diga cuál es el momento correcto. —Abrió los puños—. Éste no es el momento adecuado. En primavera...

—¡No pienso esperar a que llegue la condenada primavera!

—¿Qué otra opción te queda? ¿Quieres salir con bien o condenarte al fracaso por las prisas? Sabes muy bien que los soldados del NKVD fusilan a los desertores en el acto.

—Estaré muerto cuando llegue la primavera —afirmó Dimitri—. Tú estarás muerto cuando llegue la primavera. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué mosca te ha picado? ¿Ya no quieres marcharte? ¿Acaso prefieres morir?

Alexandr no le contestó. Intentaba controlar el tormento interior.

—Hace cinco años, cuando no eras nada, cuando no tenías a nadie, cuando me necesitaste, te hice un favor, capitán del Ejército Rojo.

Alexandr dio un paso adelante y se acercó tanto a Dimitri, que el soldado se cayó de culo en la silla. Miró al capitán, casi con miedo.

—Sí, lo hiciste, y nunca lo he olvidado.

—De acuerdo, está bien. No hace falta que...

—¿Me he explicado con toda claridad? Esperaremos el momento oportuno.

—¡Pero la frontera en Lisii Nos está desprotegida ahora! —insistió Dimitri—. ¿A qué estamos esperando? Ahora es el momento ideal para largarse. Más adelante, los soviéticos traerán más tropas, los finlandeses traerán las suyas, se reanudarán los combates. Ahora las cosas están en punto muerto. Yo digo que nos marchemos ahora antes de que la batalla de Leningrado te mate.

—¿Quién te detiene? ¡Vete!

—Alexandr, por última vez, no me marcharé sin ti.

—Dimitri, por última vez, no me iré ahora.

—Entonces, ¿cuándo?

—Ya te diré cuándo. Primero tendremos que romper el cerco. Sí, nos costará todo lo que tenemos, pero lo conseguiremos, y entonces, cuando llegue la primavera...

Dimitri se echó a reír.

—Quizá tendríamos que enviar a Tania para que lo hiciera.

Por un momento, Alexandr creyó haber oído mal. ¿Dimitri acababa de mencionar a Tatiana?

—¿Qué acabas de decir? —preguntó con voz pausada.

—Dije que quizá tendríamos que enviar a Tania. Es una experta en esquivar el cerco.

—¿De qué hablas?

—De esa chica —respondió Dimitri, con admiración—. Estoy convencido de que podría marcharse ahora mismo a Australia si se lo propusiera. —Volvió a soltar una sonora carcajada—. Antes de que nos diéramos cuenta habría establecido un servicio de distribución de comida entre Molotov y Leningrado.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Te digo, Alexandr, que en lugar de desperdiciar a doscientos mil hombres, incluidos tú yo, tendríamos que encargarle a Tatiana Metanova que rompa el asedio.

El capitán aplastó la colilla.

—No tengo idea de lo que me hablas. —Apretó los barrotes de la silla con tanta fuerza que los nudillos se quedaron sin sangre.

—Le dije: «Tania, tendrías que alistarte. Llegarías a general en menos que canta un gallo». Y ella me respondió que estaba pensando en unirse a...

—¿Qué quieres decir...? —Alexandr le interrumpió. Le costaba trabajo hablar—. ¿A qué te refieres con eso de ella te dijo?

—Hace una semana. Me preparó la cena en Quinto Soviet. Por fin le arreglaron las tuberías. En el apartamento están viviendo unos extraños, pero... —Dimitri sonrió—. Se ha convertido en toda una cocinera.

Alexandr apeló a sus últimas reservas de energía para mantenerse impasible.

—¿Estás bien? —le preguntó Dimitri, con una expresión risueña.

—Perfectamente. Pero ¿de qué hablas, Dima? ¿Es otra de tus pequeñas mentirijillas? Tania no está en Leningrado.

—Alexandr, créeme. Reconocería a Tania en cualquier parte. —Sonreía—. Tiene un aspecto estupendo. Me dijo que sale con un médico. —Se echó a reír—. ¿Te lo puedes creer? Nuestra pequeña Tanechka. ¿Quién hubiera dicho que sería la única en salvarse?

A Alexandr le hubiera gustado decir: «Cállate», pero no confiaba en su voz. No dijo nada, con las manos aferradas a los barrotes de la silla.

Había recibido una carta de ella el día anterior. ¡Una carta!

—Tania fue a buscarme al cuartel. Me preparó la cena. Dijo que llevaba en Leningrado desde mediados de octubre. No quieras saber cómo llegó a la ciudad. —Dimitri se echó a reír—. Vino a pie por el frente del Voljov, como si Manstein y sus bombas de mil kilos no existieran. —Sacudió la cabeza—. Si me veo metido en un combate, la quiero tener a mi lado.

—¿Cuándo crees que tú participarás en un combate? —replicó Alexandr a punto de perder el dominio sobre sí mismo.

—Muy gracioso.

—Dimitri, me importa un comino. Esto no tiene ninguna importancia. Pero acabo de darme cuenta de que se me hace tarde. Tengo una reunión

con el general Govorov dentro de unos minutos. Tendrás que perdonarme.

Alexandr dio rienda suelta a su furia en cuanto Dimitri salió de la tienda. Cogió la silla donde se había sentado Dimitri y la destrozó contra el suelo.

Ahora ya sabía lo que estaba mal en las cartas de su esposa. Temblaba de furia y no tuvo tiempo para calmarse antes ni después de su reunión con el general Govorov. La furia le impedía pensar con claridad. Después de la reunión fue a ver al coronel Stepanov.

—Oh, no —exclamó el coronel en cuanto lo vio entrar. Se puso de pie—. Conozco bien esa mirada, capitán Belov. —Sonrió.

—Señor, ha sido usted muy bueno conmigo —manifestó Alexandr con la gorra en la mano—. No he tenido ni un solo día de permiso desde julio.

—Pero, Belov, disfrutó de un permiso de cinco semanas en julio.

—Lo único que le pido, señor, son un par de días. Si usted quiere, puedo conducir un camión con suministros a Leningrado. De esa manera, también sería un tema militar.

—¿Qué pasa, Alexandr? —preguntó Stepanov en voz baja mientras se acercaba a su subordinado.

Alexandr sacudió la cabeza.

—Todo va bien, señor.

—¿Tiene alguna relación con el dinero que envía todos los meses a Molotov? —El coronel lo observó atentamente.

—Quizá tendríamos que suspender las transferencias a Molotov.

—¿Tiene algo que ver con el sello del registro civil de Molotov que vi en su pasaporte interior cuando se lo firmé?

—Señor, necesito ir con urgencia a Leningrado. —Hizo una pausa para recuperar el control de sus nervios—. Sólo serán un par de días.

—Si no se presenta cuando pasen lista el domingo a las diez...

Stepanov exhaló un suspiro.

—Señor, estaré aquí. Es tiempo más que suficiente. Muchas gracias. No le fallaré y tampoco olvidaré nunca este favor.

—Ocúpese de sus asuntos personales, hijo —le dijo el coronel cuando Alexandr se marchaba—. No tendrá otra oportunidad para hacerlo hasta

que rompamos el cerco.

4

Tatiana arrastraba los pies. Seguía atendiendo a sus últimos pacientes a pesar de que había pasado hacía mucho su hora de salida. Tenía hambre, pero cocinar para ella sola le molestaba tanto que deseó alimentarse por vía intravenosa como hacían con algunos de los heridos. Atender a los hombres y mujeres en estado crítico era preferible a estar sola en su habitación.

Por fin se marchó del hospital, sin levantar la cabeza, y caminó lentamente de regreso a su casa en medio de la oscuridad.

Entró en el apartamento colectivo. Inga estaba sentada en el diván del vestíbulo. Tomaba una taza de té. ¿Por qué estaba en la casa de Tatiana? Era incongruente que ella y Stanislav siguieran allí.

—Hola, Inga —saludó con voz cansada. Se quitó el abrigo.

—Hola. Ha venido alguien a verte.

—¿Hiciste lo que te pedí y no lo dejaste entrar?

—Sí. Pero no pareció gustarle mucho. Otro soldado.

—¿Qué soldado?

—No lo sé.

—¿Quién era? —susurró Tatiana, acercándose a la mujer—. ¿No era el mismo soldado?

—No. Era otro. Muy alto.

El corazón de Tatiana le dio un brinco. ¡Muy alto!

—¿Adónde...? —tartamudeó—. ¿Adónde fue?

—No lo sé. Le dije que no podía entrar. No quiso escuchar nada más. Tienes un montón de soldados que te siguen, ¿no?

Tatiana se volvió sin preocuparse de recoger el abrigo, abrió la puerta y se encontró de cara con Alexandr.

—¡Oh! —exclamó. Se le doblaron las rodillas—. ¡Oh, Dios! —Al ver la expresión de sus ojos, comprendió lo que él sentía. No le importó. Llorosa, apoyó la cabeza en su abrigo. Él ni siquiera levantó los brazos.

—Ven —dijo Alexandr con un tono frío—. Entremos.

—Tania me dijo que no dejara entrar a nadie, capitán —intervino Inga—. Tania, ¿no vas a presentarnos? —Dejó la taza de té.

—No —contestó Alexandr, que empujó a Tatiana al interior de la habitación y cerró la puerta de un puntapié.

Ella se le acercó, con los brazos temblorosos abiertos, el rostro empapado por el llanto. Apenas si pudo pronunciar su nombre porque la embargaba la emoción.

—Shura.

—No te acerques a mí. —Alexandr levantó las manos.

Tatiana se acercó sin hacer el menor caso de la advertencia.

—Shura, estoy feliz de verte. ¿Cómo están tus manos?

Él la apartó sin miramientos.

—¡No, Tatiana! —gritó—. ¡Apártate de mí!

El capitán cruzó la habitación para ir hasta la ventana. Hacía frío junto a la ventana. Tatiana lo siguió. La necesidad que tenía de tocarlo y de que él la tocara llegaba a tal punto que se olvidó del dolor que le había provocado la visita de Dimitri, la desaparición de los cinco mil dólares y su propia confusión.

—Shura, ¿por qué me apartas? —le preguntó con la voz quebrada.

—¿Qué has hecho? —La mirada de Alexandr era amarga y furiosa—. ¿Por qué estás aquí?

—Tú sabes por qué estoy aquí. Me necesitabas y he venido.

—¡No te necesito para nada aquí! —vociferó Alexandr. Cogió unos libros y los arrojó contra la pared. Tatiana se encogió un poco ante aquella manifestación de mal genio, pero no se apartó—. No te necesito aquí —repitió—. ¡Necesito saber que estás segura!

—Lo sé. Por favor, tócame.

—Apártate de mí.

—Shura, te lo dije, no puedo estar lejos de ti. No creo que puedas sentirme si estoy en Lazarevo. Necesitas que esté cerca de ti.

—¿Cerca de mí? No cerca de mí, Tatiana —manifestó él, con un tono desagradable, de pie contra el marco de la ventana.

Estaba oscuro en la habitación. La única luz era la que entraba de la calle. El rostro de Alexandr estaba en la sombra, sus ojos estaban en la sombra.

—¿De qué hablas? —Su voz tembló con la súplica—. Cerca de ti, por supuesto. ¿De quién, sino?

—¿Cómo demonios se te ocurrió presentarte en el cuartel y preguntar por Dimitri? —la acusó el capitán.

—¡No pregunté por Dimitri! —protestó ella débilmente—. Fui a buscarte a ti. No sabía lo que te había pasado. Dejaste de escribirme.

—¡No me escribiste en seis meses! —replicó él, airado—. Podrías haber esperado un par de semanas, ¿no?

—Fue más de un mes y no pude esperar. Shura, estoy aquí por ti. —Se acercó un paso—. Por ti. Tú me dijiste que nunca apartara la vista de ti. Aquí estoy. Mírame a los ojos y dime lo que siento. —Le extendió las manos en un gesto de súplica—. ¿Qué siento, Shura?

Alexandr parpadeo y apretó las mandíbulas hasta que se hizo daño.

—Mira mis ojos y dime lo que siento, Tatiana.

Ella unió las manos.

—¡Me lo prometiste! —añadió Alexandr, furioso—. Me lo prometiste. ¡Me diste tu palabra!

Tatiana recordaba la promesa. Miró el rostro de su amado. Ella era tan débil... y lo necesitaba. Y veía que él también la necesitaba, incluso más. Él simplemente no veía más allá de su furia. Como siempre.

—Alexandr, esposo mío, soy yo. Soy tu Tania. —Casi se echó a llorar mientras le enseñaba las palmas—. Shura, por favor.

Al ver que no le contestaba, se quitó los zapatos y se acercó para ponerse delante de él, frente a la ventana. Se sentía más vulnerable que nunca, vestida con su uniforme blanco delante de él, con el pelo negro, las

botas negras y el abrigo negro, que la dominaba con su estatura, tan emocionado, tan inquieto.

—Por favor, no peleemos. Me siento tan feliz de verte... Sólo quiero... —No podía bajar la vista—. Shura —añadió temblorosa—, no me rechaces.

Él volvió el rostro. Tatiana se desabrochó el uniforme y le cogió una mano.

—«Besa la palma de tu mano y pónitela sobre tu corazón», me escribiste una vez. —Le besó la palma y después apoyó su mano grande, morena, tibia, la mano que la había llevado y acariciado, sobre los pechos desnudos, y al sentir su contacto cerró los ojos y gimió.

—Oh, Dios mío, Tatiana. —Alexandr la estrechó contra su cuerpo. La tumbó sobre el diván, con los labios apretados con los de ella, con las manos en su pelo—. ¿Qué quieres de mí? —Le arrancó el uniforme y la ropa interior, y la dejó totalmente desnuda excepto el ligero. Le sujetó los muslos desnudos más arriba de las medias—. Tania, ¿qué quieres de mí?

Tatiana no le respondió; sentir el peso de su cuerpo sobre el suyo la había dejado muda.

—Estoy furioso contigo. —La besaba como si se estuviera muriendo—. ¿No te importa que esté furioso contigo?

—No me importa... descarga tu furia en mí —gimió Tatiana—. Adelante, descárgala en mí, Shura. Ahora.

La penetró en cuestión de segundos.

Las manos de Tatiana le sujetaban la cabeza.

—Tápame la boca —le pidió, consciente de que no podría contener los gritos.

Alexandr no se había quitado el abrigo ni las botas.

Llamaron a la puerta.

—Tania, ¿estás bien?

—¡Márchese! —rugió Alexandr con la boca sobre la de Tatiana.

—Tápame la boca, Shura —susurró Tatiana, que lloraba de felicidad—. Oh, Dios, tápamela.



—No, no te apartes, por favor, no te apartes —murmuró ella. Se cogió a su abrigo, a su cabeza, a cualquier parte de su cuerpo—. ¿Cómo están tus manos? —No podía verlas en la oscuridad. Las notaba ásperas.

—Están bien.

Tatiana le besó los labios, la barbilla, la barba, los ojos, no podía apartar los labios de sus ojos; le apretó la cabeza contra su cuerpo.

—Shura, cariño, no te apartes, por favor. Te he echado mucho de menos, quédate aquí. Quédate donde estás. —Durante unos momentos oscuros, Tatiana se apretó contra su marido—. No te apartes de mí. ¿Sientes lo caliente que estoy? No me arrojes al frío. —Permaneció debajo de él e intentó no llorar. No lo consiguió—. ¿Por eso no me escribiste? ¿Por tus manos?

—Sí, no quería que te preocuparas.

—¿No pensaste que no recibir tus cartas me volvería loca?

—Confiaba en que esperarías. —Se apartó.

—Cariño, amor mío, ¿tienes hambre? No puedo creer que te esté tocando otra vez. No puedo tener tanta suerte. ¿Qué quieres que te prepare? Tengo chuletas de cerdo, patatas. ¿Quieres comer?

—No. —Alexandr la ayudó a sentarse—. ¿Por qué hace tanto frío en esta habitación?

—La estufa está rota y la *bourzhuika* está en la otra habitación. Slavin me deja usar su cocina de petróleo para cocinar. —Sonrió, mientras pasaba las manos por el abrigo del capitán—. Shura, cariño, ¿quieres que te prepare una taza de té?

—Tania, te helarás. ¿No tienes nada más que ponerte? ¿Algo abrigado?

—Estoy ardiendo —contestó ella, sin apartar las manos del abrigo—. No tengo frío. —Lo abrazó.

—¿Por qué está el sofá en medio de la habitación?

—Mi cama está detrás del sofá.

Alexandr miró detrás del sofá. Cogió una manta del catre y la echó sobre los hombros de su esposa.

—¿Por qué duermes entre el sofá y la pared?

Al ver que ella no le respondía, Alexandr se inclinó para tocar la pared con la mano. Se miraron el uno al otro en la oscuridad.

—¿Por qué les diste a ellos la habitación con la estufa, Tania?

—No se la di. Ellos la tomaron. Son dos, y yo una sola. Están tristes. Él tiene mal la espalda. Shura, ¿quieres que te prepare un baño caliente? Pondré a calentar el agua.

—No. Vístete. Ahora mismo.

Alexandr se abrochó el cinturón y salió del dormitorio con el abrigo puesto. Tatiana lo siguió, mientras terminaba de abrocharse. El capitán pasó junto a Inga, que estaba en el vestíbulo, y entró en el otro dormitorio, donde Stanislav leía el periódico. Le dijo a Stanislav que cambiara de habitación con Tatiana. Stanislav le respondió que no tenía la menor intención de moverse. Alexandr le replicó que se cambiaría, por las buenas o por las malas, y con la ayuda de Tatiana comenzó a trasladar todas las cosas de la pareja a la habitación helada, y las cosas de Tatiana a la habitación caliente.

Tatiana escuchó durante quince minutos las protestas de Stanislav, que estaba de pie en el vestíbulo junto con su mujer, y una de las veces oyó que Inga susurraba: «Stanislav Stepanich, calla, por favor. No lo provoques».

Stanislav no hizo caso de la advertencia. Cuando vio pasar a Alexandr con su baúl, le increpó:

—¿Quién se cree que es? Usted no sabe con quién está tratando. No tiene ningún derecho a tratarme de esta manera.

Alexandr dejó caer el baúl, cogió el fusil y aplastó a Stanislav contra pared con la boca del arma debajo de la barbilla.

—¿Quién demonios se cree que es usted, Stanislav? —le gritó—. ¡No sabe con quién está tratando! ¿Qué, acaso cree que yo también le tengo miedo, imbécil? Se ha equivocado de hombre. Ahora, vaya a la otra habitación y no me moleste más porque no estoy de humor. —Rechinó los dientes—. Y no vuelva a molestarla a ella nunca más, ¿me oye? —Le

golpeó en la barbilla con la boca del fusil y se apartó, para después volcar el baúl de un puntapié—. ¡Tenga, cargue usted con su maldito baúl!

Tatiana, que miraba a su marido, no acudió al rescate de Stanislav, aunque pensó que Alexandr estaba tan furioso que acabaría por hacerle daño.

—¿Qué clase de enfermos vienen a verte, Tania? —murmuró Inga—. Vamos, Stanislav.

Stanislav se frotó la garganta y se dispuso a decir algo, pero Inga no le dio oportunidad.

—¡Venga, Stanislav! —gritó—. ¡Cierra la boca y ven!

En el dormitorio bien caldeado, Tatiana se apresuró a quitar las sábanas de Stanislav e Inga, las arrojó al vestíbulo y puso sábanas limpias en su vieja cama.

—Esto está mucho mejor, ¿no te parece? —comentó Alexandr. Se sentó en el sofá y palmeó el cojín para indicarle que fuera a sentarse a su lado.

—Eres incorregible —exclamó Tatiana—. ¿Quieres comer?

—Más tarde. Ven aquí.

—¿Esta vez te quitarás el abrigo?

—Ven aquí y lo averiguarás.

Tatiana se lanzó a sus brazos.

—Déjate puesto. Déjate todo puesto.



Tatiana preparó un baño caliente para su marido. Lo llevó de la mano hasta el baño, lo desnudó, lo enjabonó, lo enjuagó, lloró y lo besó. No dejaba de repetir: «Oh, tus pobres manos». Le parecía que los dedos enrojecidos tenían muy mal aspecto, pero Alexandr le aseguró que cicatrizarían casi sin dejar marcas. Llevaba el anillo de bodas colgado de un cordel alrededor del cuello, lo mismo que ella.

—¿La temperatura del agua está bien?

—Perfecta.

—Puedo calentar más. —Sonrió—. Después vendré y te echaré toda el agua caliente encima. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo —dijo él, sin sonreír.

—Oh, Shura. —Tatiana le besó la frente mojada y le hizo volver el rostro hacia ella mientras se arrodillaba junto a la bañera—. Ya lo sé —exclamó, más animada—. Jugaremos a un juego.

—Ahora mismo no estoy para juegos.

—Éste te gustará. Haremos como si estuviésemos en Lazarevo, y yo soy tú que me acaricias los dedos en el fregadero. ¿Lo recuerdas? —Tatiana metió los brazos hasta los codos en el agua caliente y jabonosa.

—Lo recuerdo —admitió Alexandr, que cerró los ojos y sonrió.

Mientras él se secaba y se cambiaba de ropa, Tatiana fue a la cocina y le preparó la cena. Cocinó casi toda la comida que tenía: patatas, zanahorias y carne de cerdo. Después llevó la cena al dormitorio y se sentó a su lado en el sofá, para verlo comer.

—No tengo hambre —le explicó Tatiana—. Cené en el hospital. Come, cariño, come.



Durante la noche, Tatiana le contó a Alexandr todo lo que le había dicho Dimitri: el general del NKVD, Lisii Nos y otras alusiones. Alexandr la escuchaba con la vista fija en el techo.

—¿Esperas que te responda antes de que me preguntes?

—No voy a preguntarte nada —dijo Tatiana. Estaba acostada entre sus brazos, entretenida en hacer dar vueltas al anillo de Alexandr.

—No voy a hablar contigo de Dimitri aquí.

—Me parece bien.

—Porque las paredes tienen oídos. —Alexandr dio varios golpes contra la pared.

—Pues entonces ya lo han escuchado todo.

El capitán le besó la frente.

—Todo lo demás que te ha dicho, sobre todo de mí, no es verdad.

—Lo sé. —Tatiana se rio suavemente—. Pero, Shura, dime, ¿cuántos prostíbulos hay en Leningrado y por qué tendrías que haber ido tú a todos?

—Tania, mírame.

Ella lo miró.

—No es verdad. Yo...

—Shura, cariño, lo sé. —Lo besó en el pecho y subió las mantas para taparlos a los dos—. Sólo hay una única cosa cierta en estos días, Alexandr.

—Sólo una —susurró él, mirándola fijamente en la oscuridad—. Oh, Tatia.

—Shhh.

—¿Tienes aquí alguna foto tuya? ¿Una foto que pueda llevarme?

—Mañana te buscaré una. Me da miedo preguntar, pero ¿cuándo te marchas?

—El domingo.

—¿Tan pronto? —A Tatiana se le encogió el corazón.

—Mi comandante se juega la cabeza cada vez que me da un permiso especial.

—Es un buen hombre. Dale las gracias de mi parte.

—Tatiana, algún día tendré que explicarte qué significa mantener una promesa. Cuando das tu palabra, tienes que cumplirla. —Le acarició el pelo.

—Sé lo que significa mantener una promesa.

—No, sólo sabes lo que significa hacer una promesa. Eres muy buena haciendo promesas. El problema lo tienes con mantenerlas. Me prometiste que te quedarías en Lazarevo.

—Te lo prometí porque eso era lo que querías que hiciera —comentó ella, con una expresión pensativa. Intentó acomodarse en el pliegue del codo—. En el momento aquel que me pediste la promesa, te hubiera prometido cualquier cosa. —No estaba cómoda. Se puso encima de él—. Y lo hice. —Lo besó tiernamente—. Querías que te lo prometiera. Te lo prometí. Siempre hago lo que tú quieres que haga.

Alexandr le acarició la espalda hasta las nalgas.

—No, tú siempre haces lo que quieres. Lo que sí haces son los ruidos correctos.

—Hmmm. —Tatiana se frotó contra su cuerpo.

—Sí, es lo que haces. —Las manos de Alexandr se hicieron más insistentes—. Desde luego siempre dices las cosas correctas: «Sí, Shura; por supuesto, Shura; lo prometo, Shura; quizás incluso te quiero, Shura», pero después haces lo que quieres.

—Te quiero, Shura —dijo Tatiana, y sus lágrimas cayeron sobre el rostro de su marido.



Tatiana se guardó todas las palabras de aflicción que había querido decirle a Alexandr, un tanto sorprendida de que él también se guardara sus propias palabras de angustia, y se daba cuenta de que tenía muchas. Pero sabía que la interminable noche de noviembre en Leningrado era demasiado breve para los lamentos, demasiado breve para lo que sentían, demasiado breve para ellos. Alexandr quería escucharla gemir, y gimió para él, indiferente a la presencia de Inga y Stanislav al otro lado del tabique. A la suave luz del fuego que ardía en la salamandra, Tatiana le hizo el amor a su Alexandr. Se entregó a él, se abrazó a él, incapaz de evitar las lágrimas cada vez que ella acababa, cada vez que él acababa, cada vez que acababan juntos. Le hizo el amor con el abandono de una golondrina que hace su último vuelo hacia el sur y sabe que si no consigue llegar al calor le espera la muerte.

—Tus pobres manos —susurró mientras le besaba las costras en los dedos y las muñecas—. Tus manos, Shura. Se curarán, ¿verdad? ¿No te quedarán cicatrices?

—Tus manos sanaron. Las tuyas no tienen cicatrices.

—La verdad es que no sé cómo no tengo cicatrices —comentó Tatiana, mientras recordaba cómo apagó la bomba incendiaria en la azotea del edificio el año anterior.

—Yo sí lo sé. Tú las curaste. Ahora cura las mías, Tania.

—Oh, mi soldado. —Tatiana estaba encima de su marido, con la cabeza del hombre apretada contra sus pechos desnudos.

—No puedo respirar.

Ella lo abrazaba de la misma manera que él la había abrazado en Lazarevo, y por la misma razón.

—Abre la boca —susurró, inclinándose sobre su rostro—. Yo respiraré por ti.

5

A la mañana siguiente, antes de salir al pasillo, Tatiana abrazó a Alexandr y le dijo mientras abría la puerta del dormitorio:

—Sé amable.

—Siempre soy amable —replicó el capitán.

Inga y Stanislav estaban en el vestíbulo. Stanislav se puso de pie, le tendió la mano a Alexandr, se presentó, le pidió disculpas por el incidente y lo invitó a sentarse y a fumar. Alexandr no se sentó, pero sí que aceptó el cigarrillo que le ofrecía el otro.

—Vivir de esta manera es muy duro para todos, lo sé, pero no será para siempre. ¿Sabe usted lo que dice el partido, capitán? —Stanislav le sonrió, en un intento por congraciarse.

—No, ¿qué dice el partido, camarada? —Alexandr miró a Tatiana, que estaba a su lado, cogida de su mano.

—El ser determina la conciencia, ¿no es así? Si vivimos así durante un tiempo bastante largo, acabaremos por acostumbrarnos, y entonces nos convertiremos en otras personas.

—Pero, Stanislav, ¡yo no quiero vivir de esta manera! —se lamentó Inga—. Teníamos un apartamento muy bonito. Quiero tenerlo otra vez.

—Ya lo tendremos, Inga. El ayuntamiento nos ha prometido uno con dos dormitorios.

—¿Cuánto tiempo cree usted, Stanislav, que tendremos que vivir de esta manera antes de cambiar? ¿En qué nos convertiremos? —replicó el oficial.

Miró a Tatiana, y ella, al ver la expresión de su marido, se apresuró a intervenir.

—Shura, me queda un poco de *kasha*. Cariño, ¿quieres que te prepare un tazón?

Alexandr asintió mientras fumaba como si fuera su desayuno. A ella no le gustó nada la expresión de sus ojos.

Cuando volvió con dos tazones de *kasha* y una taza de café para él, Stanislav le comentaba a Alexandr que Inga y él llevaban veinte años casados, que ambos eran ingenieros y que eran miembros del Partido Comunista de la Unión Soviética desde la juventud.

Alexandr apenas si se molestó en murmurar una disculpa antes de irse a comer su *kasha* al dormitorio. Tampoco le pidió a Tatiana que lo acompañara.



Tatiana se comió su tazón de *kasha* con Inga y Stanislav, sin responder a las preguntas que Inga, dominada por la curiosidad, le hizo sobre Alexandr. Después fregó los platos de la noche anterior, limpió la cocina y por último, y a regañadientes, fue a reunirse con él en el dormitorio. Era consciente de que estaba escurriendo el bulto. No quería enfrentarse con su marido a solas.

Él estaba guardando las cosas de Tatiana en la mochila negra.

—¿Has querido volver para esto? —le preguntó en cuanto la vio entrar—. ¿Echabas de menos a estos extraños? ¿A estos extraños del Partido Comunista, que escuchan todas y cada una de tus palabras, cada uno de tus gemidos; echabas de menos esto, Tania?

—No. Te echaba de menos a ti.

—Aquí no hay lugar para mí. Apenas si hay lugar para ti.

Después de observarlo durante unos momentos, Tatiana le preguntó qué hacía.

—Preparo tu equipaje.

—¿Mi equipaje? —repitió ella en voz baja.

Cerró la puerta. «Ya estamos —pensó Tatiana—. No lo quería. Deseaba no tener que llegar a esto. Pero aquí está».

—¿Adónde vamos?

—Al otro lado del lago. Puedo conseguir llevarte sin mayores problemas hasta Siastroi, y después te llevaré hasta Volodga en un camión del ejército. Allí tomarás el tren. Tenemos que irnos ahora mismo. Tardaré en el viaje de regreso, y debo presentarme en Morozovo mañana por la noche.

Tatiana sacudió la cabeza vigorosamente.

—¿Por qué sacudes la cabeza? —exclamó Alexandr, impaciente.

Ella volvió a sacudirla.

—Tatiana, te lo advierto. No me provoques.

—De acuerdo. Pero no voy a ninguna parte.

—Sí que irás.

—No, ni lo sueñes —manifestó ella en voz baja.

—¡Irás! —gritó Alexandr.

—A mí no me levantes la voz —le advirtió Tatiana, sin cambiar de tono.

Alexandr dejó caer la mochila al suelo de madera, se acercó a ella y se inclinó para espetarle a la cara:

—Tatiana, dentro de un segundo te voy a levantar algo más que la voz.

Tatiana se sentía triste por dentro. Pero cuadró los hombros y no desvió la mirada.

—Alexandr, no te tengo miedo —afirmó, con voz tranquila.

—¿No? —El capitán apretó los dientes por un momento—. Pues a mí me aterrorizas.

Se apartó para recoger la mochila. Tatiana recordó el primer día de la guerra, recordó a Pasha cuando le dijo a su padre: «No, no quiero ir», pero lo hicieron marchar, y acabó muerto.

—Alexandr, déjalo. No iré a ninguna parte.

—Claro que irás, Tania. —Se volvió hacia ella, con el rostro desfigurado por la furia—. Irás. Te llevaré a Vologda, aunque tenga que cargarte a hombros, y me da lo mismo que chilles y patalees.

Tatiana se apartó, pero no mucho.

—Muy bien. No chillaré ni patalearé. Pero en cuanto tú te vayas, emprenderé el camino de regreso.

Alexandr lanzó la mochila contra la pared, muy cerca de la cabeza de Tatiana. Se acercó a ella con los puños apretados y descargó un puñetazo a sólo unos centímetros de su rostro que atravesó el tabique.

Tatiana, con las piernas temblorosas y los ojos cerrados, retrocedió otro medio paso y se detuvo.

—¡Maldita sea! —vociferó Alexandr, al tiempo que descargaba otro par de puñetazos contra el tabique—. ¿Qué hace falta para que me escuches, aunque no sea más que una condenada vez, qué hace falta para que hagas lo que te digo? —La sujetó por los brazos y la empujó contra la pared.

—Shura, esto no es el ejército —susurró Tatiana, con voz trémula, con miedo de mirarlo.

—¡No te quedarás aquí!

—Me quedaré —insistió ella, casi sin fuerzas.

Llamaron a la puerta. Alexandr la abrió.

—¿Qué? —gritó.

—Sólo quería saber si Tania estaba bien —respondió Inga con el rostro rojo de vergüenza—. Escuché los gritos y los golpes.

—Estoy bien. Inga. —Tatiana se apartó de la pared.

—Escuchará mucho más antes de que acabemos con esto —le dijo Alexandr, furioso—. No tiene más que apoyar el maldito vaso en la pared.

Le cerró la puerta en las narices. Se volvió otra vez y fue hacia Tatiana, que se apartó al tiempo que levantaba las manos. La muchacha susurró: «Shura, por favor», pero él, sin atender a razones, la lanzó sobre el diván de un empujón. Ella cayó sentada. Se cubrió el rostro con las manos en una actitud defensiva. Alexandr se la apartó de un manotazo.

—¡No te tapes la cara! —chilló. La cogió por las mejillas y la sacudió—. ¡No hagas que me vuelva todavía más loco!

Tatiana soltó un grito e intentó apartarlo, pero fue inútil.

—¡Basta! ¡Déjame!

—¿Segura o muerta? —gritó el capitán—. ¿Segura o muerta? ¿Qué prefieres?

Tatiana se aferró a sus brazos; quería responderle pero no podía. «Muerta, —quería decirle—. Muerta, Shura».

—¡Ves lo que me haces al estar aquí! —Alexandr le apretó el rostro cada vez con más fuerza mientras ella intentaba soltarse—. Lo ves, pero te importa una mierda.

Tatiana dejó de resistirse. Apoyó sus manos sobre las de su marido.

—Por favor —susurró, intentando mirarle a los ojos—. Por favor, para. Me haces daño.

Alexandr aflojó la presión, pero no la soltó, ni Tatiana se apartó, aunque apenas si podía respirar. Tatiana yacía en el diván debajo de su marido, con la respiración entrecortada. Él la cubría con su cuerpo, con la respiración entrecortada. A través del ruido ensordecedor de la sangre en su cabeza, Tatiana escuchó apenas el aullido de las sirenas y el estallido de las bombas en el exterior. Apartó un poco la boca de las manos de Alexandr para respirar mejor. Levantó los brazos para abrazarlo.

—Oh, Shura —susurró.

Alexandr soltó a su esposa; permaneció inmóvil delante de ella durante unos segundos, con una expresión desgarradora, y después se dejó caer de rodillas.

—Tatiana, este pobre desgraciado —dijo, con la voz ahogada por la emoción— te suplica que te vayas. Si me quieres, aunque sólo sea un poco, por favor, regresa a Lazarevo. Ponte a salvo. No tienes idea del peligro que corres.

Tatiana, sin aliento, temblando como una hoja, con el rostro dolorido, se sentó en el borde del diván y atrajo a Alexandr hacia ella. La estaba destrozando ver su sufrimiento.

—Me duele verte enojado —dijo, mientras le sujetaba el rostro entre sus manos—. Por favor, no te enojés conmigo.

—¿No escuchas las bombas? —replicó el capitán, que le apartó las manos—. ¿Las escuchas, o estás sorda? ¿No ves que no hay comida?

—Sí que hay comida —contestó ella. Volvió a apoyar las manos en el rostro de su marido—. Me dan una ración de setecientos gramos al día. Además, como y ceno en el hospital. Me arreglo bastante bien. —Sonrió—. Mucho mejor que el año pasado. Y no me preocupan las bombas.

—Tatiana.

—Shura, deja ya de mentirme. No son los alemanes ni las bombas lo que te asusta. ¿De qué tienes miedo?

Los estallidos se sucedían en el exterior. Una bomba cayó muy cerca. Tatiana sujetó a Alexandr.

—Escucha —dijo, y apretó la cabeza del capitán entre sus pechos—. Escucha mi corazón.

Alexandr la abrazó. Ella permaneció quieta durante un momento, abrazada a su esposo, con los ojos cerrados. «Dios, permite que sea fuerte por él —rezó—. Necesita mi fuerza; por favor, no dejes que me debilite». Lo apartó suavemente y se levantó para acercarse a la cómoda.

—Te dejaste algo en Lazarevo, Shura. Aparte de mí.

Alexandr se levantó del suelo, y se dejó caer pesadamente en el diván.

Tatiana rasgó la bolsa cosida en la parte interior de los pantalones y sacó los cinco mil dólares.

—Mira, regresé para darte esto. —Lo miró fijamente—. Sólo te llevaste la mitad. ¿Por qué?

Calma. Respira. Espira.

Los ojos color bronce de Alexandr eran como lagos de amor y sufrimiento.

—No estoy dispuesto a hablar de esto con Inga pegada a nuestra puerta —dijo, casi sin mover los labios.

—¿Por qué no? Hacemos todo lo demás con Inga en la puerta.

Cada uno miró en una dirección opuesta. Tatiana comprendió que ambos se estaban desmoronando. ¿Quién recogería los trozos? Ella. Ella se encargaría de recogerlos. Tatiana dejó el dinero sobre la cómoda, se acercó a él, se sentó sobre sus muslos con las piernas separadas y apoyó la cabeza de Alexandr contra su pecho.

—Esto no es Lazarevo, ¿verdad, Shura? —susurró, con los labios contra el pelo del hombre.

—¿Qué es, Tatia? —replicó Alexandr, con la voz ahogada. La abrazó.

Tatiana le hizo el amor, arrodillada sobre él, apretando su frágil ser contra su cuerpo. Rezó por él. Quería que él la engullera, que la empalara, que la salvara y la matara, lo quería todo de él, y sin embargo, no quería nada para ella, sólo darle, sólo devolverle su vida. Al final, lloró otra vez, agotadas las fuerzas.

—Tatiasha —susurró Alexandr, sin dejar de moverse—, deja de llorar. ¿Qué debe pensar un hombre que cada vez que le hace el amor a su esposa, ella se echa a llorar?

—Que él es la única familia de ella —replicó Tatiana, acunándole la cabeza—. Que él es toda su vida.

—Como ella es la de él. Pero no lo ves llorar. —Se volvió. Tatiana no le veía el rostro.

En cuanto sonaron las sirenas para avisar de que había terminado el bombardeo, se abrigaron bien y salieron.

—Hace mucho frío —comentó Tatiana.

—¿Por qué no llevas el sombrero?

—Para que veas mi pelo. Sé que te gusta. —Sonrió.

Alexandr se quitó el guante y le pasó la mano por el pelo.

—Ponte el pañuelo. —Él la ayudó a atarlo—. Así no tendrás tanto frío.

—Estoy bien. —Lo cogió del brazo—. Me gusta tu abrigo nuevo. Es grande, como una tienda. —Bajó la cabeza, apenada. No tendría que haber pronunciado la palabra «tienda». Demasiados recuerdos de Lazarevo. Algunas palabras eran así. Tenían añadidas vidas enteras. Fantasmas, vidas, éxtasis y penas. Una palabra tan sencilla, y de pronto se quedó sin habla—. Parece cálido —añadió, en voz baja.

—La semana que viene —manifestó Alexandr, con una sonrisa—, tendré algo mejor que una tienda. Me darán una habitación en el cuartel general, a tan sólo cinco puertas de Stepanov. El edificio tiene calefacción. Estaré bien caliente.

—Me alegro. ¿Tienes una manta?

—Uso el abrigo como manta, y tengo otra. Estoy bien, Tania. No olvides que estamos en guerra. ¿Dónde quieres ir?

—A Lazarevo, contigo —respondió ella, incapaz de mirarlo—. La segunda opción es el Jardín de Verano.

—Pues entonces al Jardín de Verano. —Alexandr exhaló un suspiro.

Caminaron en silencio durante muchos minutos. Tatiana, cogida del brazo, apretaba la cabeza contra la manga de Alexandr, pero después se decidió a hablar.

—Habla conmigo, Alexandr. Dime, ¿qué pasa? Ahora estamos solos. No hay nadie que nos espíe. Dime, ¿por qué te llevaste la mitad del dinero?

Alexandr no contestó. Tatiana esperó. Nada. Apoyó el rostro en el abrigo de lana. Nada. Miró la nieve sucia a sus pies, al autobús que pasaba, al policía a caballo que los adelantó al trote, a los cristales rotos que cubrían las aceras, la luz roja del semáforo. Nada. Nada. Nada.

Exhaló un suspiro. ¿Por qué a él esto le resultaba tan difícil? Más difícil de lo habitual.

—Shura, ¿por qué no te llevaste todo el dinero?

—Porque te dejé lo que era mío —respondió él lentamente.

—Es todo tuyo. Todo el dinero es tuyo. ¿De qué estás hablando?

Silencio.

—¡Alexandr! ¿Para qué cogiste los cinco mil dólares? Si vas a escapar, lo necesitarás todo. Si no te vas a escapar, no lo necesitas. ¿Por qué te llevaste la mitad?

Ninguna respuesta. Como en Lazarevo. Tatiana preguntaba y él respondía, entre dientes y pensativo. Entonces ella se pasaba una hora intentando descifrar lo que había entre las palabras sueltas: Lisii Nos, Viborg, Helsinki, Estocolmo, Yuri Stepanov, polisílabos con Alexandr oculto entre ellos, sin decir nada.

—¿Sabes qué? —Tatiana se apartó, enfadada—. Estoy cansada de este juego. Se acabó. Me lo cuentas todo sin reservarte nada, sin todas esas estúpidas adivinanzas cuando tengo que descubrir cómo son las cosas y me equivoco. Dímelo todo ahora mismo, o da media vuelta, recoge tus cosas y

aléjate de mí. Adelante. La decisión es tuya. —Tatiana se detuvo cerca del canal Fontanka, se cruzó de brazos y esperó.

Alexandr también se detuvo, pero no replicó.

—¿Te lo estás pensando? —Le tiró del brazo, al tiempo que intentaba ocultar su sufrimiento. Después lo soltó, y le dijo con una voz que reflejaba claramente su angustia—: Sé, Alexandr, que cuando llevas esas prendas, tu uniforme de soldado, las llevas como una armadura contra mí, para no tener que decirme nada. También sé que cuando estás desnudo y me haces el amor, estás completamente indefenso, y si yo fuera más fuerte, podría preguntarte lo que fuera, y tú me lo dirías. El problema es... —Su voz se quebró—. No soy más fuerte. Me encuentro indefensa ante ti. Así que tú, temeroso de que vea la verdad y tu agonía, temeroso de que vea que me dices adiós, tratas de engañarme porque crees que si no lo veo, no puedo sentirlo. —Se echó a llorar. «No lo estoy haciendo bien —pensó—. ¿Dónde está mi fuerza?».

—Por favor, calla —susurró Alexandr, sin mirarla.

—Pues lo siento, Shura. —Tatiana se enjugó las lágrimas y le cogió la mano. Él la apartó—. Viniste aquí, sí, furioso; desesperado, sí, porque creías que me habías dicho adiós para siempre en Lazarevo.

—No es por eso por lo que estoy furioso y desesperado.

—Pues tal como han resultado las cosas, ahora tendrás que decirme adiós en Leningrado. Pero ahora tendrás que decírmelo a la cara, ¿de acuerdo?

Tatiana vio el tormento en los ojos de su marido.

Dio un paso adelante. Él retrocedió. Era como si estuvieran bailando un vals en la mañana helada. Pero el corazón de Tatiana era fuerte: podía soportarlo.

—Alexandr, lo sé ¿Crees que no lo sé? No tengo otra cosa que hacer que pensar en lo que me dices. Llevas queriendo escapar a Estados Unidos desde el momento en que pisaste la Unión Soviética. Fue la única cosa que te ha sostenido durante todos los años anteriores a que me conocieras, durante todos tus años en el ejercito. La idea de que algún día regresaras a casa. —Le tendió la mano. Él la aceptó—. ¿Tengo razón?

—Tienes razón —admitió Alexandr—. Pero entonces te conocí.

«Entonces te conocí. Alto, alto. Oh, el verano pasado, las noches blancas junto al Neva, el Jardín de Verano, el sol del norte, tu rostro sonriente». Tatiana miro su rostro hermoso. Quería hablar. ¿Dónde estaban todas las palabras que conocía?, ¿dónde estaban ahora cuando más las necesitaba?

—Tania, ahora es demasiado tarde para mí —el capitán sacudió su cabeza— desde el momento en que mi padre decidió abandonar la vida que teníamos en Estados Unidos, nos condenó a todos. Yo fui el primero en saberlo, incluso entonces. Mi madre fue la segunda. Mi padre el tercero, el último, pero quien más lo sufrió. Mi madre podía aliviar su pena acusándolo a él. Yo creí que podía aliviar la mía alistándome en el ejército y porque era joven, pero ¿a quién tenía mi padre para señalar con el dedo?

Tatiana se acercó y le cogió del abrigo. Respiraba con mucha suavidad para no perder ni un solo aliento de su marido. Alexandr la abrazó.

—Tania, cuando te encontré, sentí durante aquel par de horas que estuvimos juntos, antes de Dimitri, antes de Dasha, que las cosas iban a cambiar en mi vida —sonrió con amargura— tuve una sensación que no puedo explicar ni comprender, algo relacionado con la esperanza y el destino —ya no sonreía— entonces se metió por medio nuestra vida soviética. Tú lo viste, intenté mantenerme apartado. Pensé: «Debo apartarme, tengo que apartarme» antes de Luga. Después de Luga. Mira como lo intenté después de aquella visita al hospital. Intenté mantener la distancia entre nosotros después de San Isaac, después de que los alemanes cerraran el cerco de Leningrado. —Hizo una pausa. Sacudió la cabeza—. No sé cómo, pero tendría que...

—No querías hacerlo —apuntó Tatiana, con voz débil.

—Oh, Tatia, si no hubiese ido a Lazarevo...

—¿De qué estás hablando? ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo puedes lamentar...? —No pudo acabar. ¿Cómo podía lamentarlo? Lo miró, perpleja, con el rostro ceniciento.

—Vaya destino —exclamó el capitán—. No he hecho más que destrozar tu corazón desde el día en que nos conocimos, y lo que es peor, te he arrastrado a mi propia destrucción —sacudió la cabeza tan fuerte que se le cayó la gorra.

Tatiana recogió la gorra, le quitó la nieve sucia y se la devolvió.

—¿De qué hablas?, ¿destrozar mi corazón? Olvida todas esas tonterías, Alexandr. Vine aquí voluntariamente —frunció el entrecejo— ¿destrucción? No estoy condenada —afirmó Tatiana lentamente, sin comprender—. Soy una mujer afortunada.

—Estás ciega.

—Entonces, ábreme los ojos. Como hiciste antes —se ajustó el pañuelo alrededor del cuello. Quería abrigarse, estar junto al fuego, estar en Lazarevo.

Tatiana vio cómo Alexandr se tragaba el miedo. El capitán desvió la mirada y comenzó a caminar por la acera que daba al canal.

—Me llevé los cinco mil dólares porque iba a dárselos a Dimitri. Intento convencerlo para que se vaya solo.

Tatiana se echó a reír, con una risa amarga, sacudió la cabeza.

—No digas más. Sospechaba que ése era el motivo para llevarte la mitad del dinero. ¿El hombre que no fue capaz de caminar medio kilómetro conmigo en el hielo? ¿Ése es el hombre que tú crees capaz de marcharse solo a Estados Unidos? Francamente, Shura —se detuvieron junto a un semáforo en rojo, un poco más allá del Castillo de los Ingenieros, que durante el invierno anterior había servido de hospital y que los bombarderos habían convertido en un montón de escombros—, Dimitri jamás se marchará por su cuenta. Te lo avisé. Es un cobarde y un parásito. Tú eres su valor y su anfitrión. ¿Cómo se te ocurre? En cuanto Dimitri se dé cuenta de que tú no te irás, sabrá que él tampoco, y si tiene que quedarse en la Unión Soviética sin ninguna esperanza de que algún día escapará, irá a ver inmediatamente a su nuevo amigo Mejlis del NKVD, y tú acabarás...

Tatiana se interrumpió, con la mirada fija en Alexandr. Poco a poco se hizo la luz en su mente. La expresión de Alexandr era demasiado

compungida.

—Tú lo sabes. Sabes que nunca se irá sin ti. Tú ya lo sabías.

Alexandr no le respondió.

Reanudaron su paseo y cruzaron el puente de Fontanka, eludiendo escombros y los agujeros provocados por las bombas.

—Entonces ¿de qué estás hablando? —Tatiana lo empujó suavemente.

Lo miró a la cara, donde se reflejaba una expresión de miedo que no comprendía. Le parecía imposible que Alexandr temiera por él mismo. ¿Por quién sentía miedo?

—No estarás pensando en mí... —Tatiana quería continuar, pero las palabras se le atravesaron en la garganta.

Se abrieron sus ojos, se abrió su corazón.

Entró la verdad, pero no la verdad que había conocido con Alexandr. No. Era la verdad que iluminaba el terror. La verdad que iluminaba los siniestros rincones de una habitación horrible, con la madera podrida, la pintura desconchada y los muebles carcomidos. En cuanto la vio, en cuanto vio lo que quedaba...

Se colocó delante de Alexandr y lo detuvo. Había demasiadas cosas que se estaban aclarando en ese sábado desolado en Leningrado. Alexandr pensaba en ella. Sólo pensaba en ella.

—Dime, ¿qué le hacen a las esposas de los oficiales del Ejército Rojo arrestados como presuntos sospechosos de alta traición, detenidos como presuntos espías extranjeros? ¿Qué le hacen a las esposas de los norteamericanos que saltan de los trenes cuando los trasladan a la cárcel?

Alexandr no dijo nada. Cerró los ojos.

De pronto, el reverso. Él tenía los ojos cerrados y ella los tenía abiertos.

—Oh, Shura, no. ¿Qué le hacen a las esposas de los desertores?

Alexandr no respondió. Intentó esquivarla, pero Tatiana se lo impidió, apoyando las manos sobre el pecho de su marido.

—No me vuelvas la cara. Dime, ¿qué le hace la Comisaría de Asuntos Internos a las esposas de los soldados que desertan, de los soldados que

corren a través de los bosques y los pantanos para refugiarse en Finlandia, qué le hacen a las esposas soviéticas que dejan detrás?

Alexandr continuó sin responderle.

—¡Shura! —gritó—. ¿Qué hará el NKVD conmigo? ¿Lo mismo que les hacen a las esposas de los desaparecidos en combate? ¿A las esposas de los prisioneros de guerra? ¿Lo que Stalin llama custodia preventiva? Ese eufemismo, ¿qué oculta?

El capitán no abrió la boca.

—¡Shura! —Tatiana no estaba dispuesta a dejarle salir del puente bombardeado—. ¿Es un eufemismo de fusilamiento? ¿Lo es?

Tatiana miró a Alexandr, incrédula, muda, mientras respiraba el aire húmedo y helado, con la nariz dolorida por la escarcha, y recordó el Kama, la sensación del agua fresca en su cuerpo desnudo que también lo bañaba a él, pensó en todo lo que Alexandr había intentado ocultarle en los rincones de su alma donde confiaba que ella no miraría. Pero en Lazarevo, los ojos de Tatiana sólo veían el amanecer en el río. Era sólo ahí, en la desgarrada Leningrado, donde todo quedaba a la vista, la oscuridad y la luz, el día y la noche.

—¿Me estás diciendo que tanto si te vas como si te quedas, estoy condenada?

Alexandr volvió la cabeza en un intento por ocultar su expresión atormentada. El pañuelo de Tatiana cayó al suelo. Lo recogió, aturdida, y lo retuvo en las manos.

—No me extraña que no quisieras decírmelo. ¿Cómo es posible que no me diera cuenta? —susurró.

—¿Cómo? Porque nunca piensas en ti —dijo Alexandr, con el fusil en la mano, apoyándose alternativamente en un pie y en el otro, sin mirarla—. Por eso quería que te quedaras en Lazarevo. Quería que te mantuvieras lo más lejos posible de aquí, lo más lejos de mí que fuera posible.

Tatiana se estremeció. Metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—¿Qué pensaste? —preguntó en voz muy baja—. ¿Que estaría segura si me dejabas en Lazarevo? —Sacudió la cabeza—. ¿Cuánto tiempo crees que tardaría el comité local, que está al lado mismo de la casa de baños, en

recibir un telegrama transmitido por la red instalada gracias al acuerdo de Préstamo y Arriendo, para que me citaran a responder unas cuantas preguntas?

—Por eso me gustaba tanto Lazarevo —señaló él, sin mirarla—. El comité soviético del pueblo no tiene telégrafo.

—¿Por eso te gustaba tanto Lazarevo?

Alexandr agachó la cabeza hasta tocar el pecho con la barbilla. La mirada de sus ojos se enfrió, su aliento no era más que una tenue nubecilla de vapor. Apoyó la espalda en el murete de piedra.

—¿Ahora lo ves? ¿Ahora lo entiendes? ¿Ahora tienes los ojos abiertos?

—Ahora lo veo todo. Ahora lo comprendo todo. Mis ojos están abiertos.

—¿Ves que sólo se abre un camino ante nosotros?

Tatiana guardó silencio, con la mirada puesta en su marido; dio un paso atrás, sus pies se enredaron con el pañuelo y cayó en el pavimento del puente bombardeado y desierto. Alexandr fue a ayudarla, pero después se contuvo. No podía tocarla. Tatiana se dio cuenta, y, por un momento, ella tampoco pudo tocarlo. Pero fue sólo un momento. Al principio se sintió como sumida en la más negra oscuridad, pero dentro de su cabeza comenzó a verlo todo claro. De pronto, en la oscuridad se hizo la luz, ¡la luz! La vio delante, y voló hacia ella, sabiendo lo que era, y antes de decir nada, sintió un alivio tremendo, como si le hubieran quitado a ella —y a él— una carga tremenda.

Tatiana miró a Alexandr con sus ojos más claros.

Él le devolvió la mirada, sorprendido. Tatiana le tendió los brazos.

—Shura, mira, mira aquí —le dijo, muy suavemente.

El capitán la miró.

—Estás rodeado de oscuridad —añadió Tatiana—, pero delante de ti, estoy yo.

Él continuó mirándola.

—¿Me ves? —le preguntó ella débilmente.

—Sí —contestó Alexandr con idéntica debilidad.

Tatiana se le acercó entre los escombros. Alexandr se dejó caer de rodillas. Ella lo observó durante unos segundos, y después se arrodilló delante de su marido, que se cubrió el rostro con manos temblorosas.

—Cariño, soldado, marido. Oh, Dios, Shura, no tengas miedo. Por favor, ¿me escucharás? Mírame.

Alexandr se resistió.

—Shura —prosiguió Tatiana, con los puños apretados para mantener la compostura. Respira. Espira. Rogó a Dios para que le diera fuerzas—. ¿Crees que tu muerte es nuestra única opción? ¿Recuerdas lo que te dije en Lazarevo? ¿No te acuerdas de mí en Lazarevo? No puedo soportar la idea de que tú mueras. Haré todo lo que esté a mi alcance en mi patética e indefensa vida para evitar que suceda. No tienes ninguna posibilidad de conseguirlo en la Unión Soviética. Ninguna. Si no te matan los alemanes, lo harán los comunistas. Ése es su único objetivo. Y si tú mueres en la guerra, tu muerte significará que me pasaré el resto de mi vida comiendo setas venenosas en la Unión Soviética, sola y sin ti. ¡Y tú lo sabes! ¡Tu sacrificio supremo servirá para que viva en las tinieblas! —«¡Venga, Tatiana, sé fuerte!», pensó—. ¿Querías que te dejara marchar? ¿Querías que mi parte leal te liberara? —Le costaba evitar que la voz se le quebrara—. ¡Pues aquí me tienes! ¡Aquí está mi cara! —Deseó que él la mirara—. ¡Vete, Alexandr, vete! —exclamó apasionadamente—. ¡Escapa a Estados Unidos, y nunca mires atrás! —Inspira. Espira. Otra vez. Ni siquiera podía enjugarse las lágrimas. «De acuerdo, estoy llorando, pero lo he hecho bien —se dijo Tatiana—. Además, no me mira».

Alexandr apartó las manos del rostro y la miró con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Tatiana, ¿te has vuelto loca? Necesito que ahora mismo —dijo, marcando cada una de las palabras— dejes de decir cosas ridículas. ¿Podrás hacerlo por mí?

—Shura, nunca imaginé que pudiera amar a nadie como te amo a ti. Daría mi vida por ti con los ojos cerrados. Hazlo por mí. ¡Vete! Regresa a tu casa y no vuelvas a pensar nunca más en mí.

—Tania, calla, no lo dices en serio.

—¿Qué? —exclamó ella, de rodillas—. ¿Qué parte crees que no es verdad? ¿Que te prefiero vivo en Estados Unidos antes que muerto en la Unión Soviética? ¿Crees que no lo digo de verdad? Shura, es la única manera, y tú lo sabes. —Hizo una pausa, pero él no dijo nada—. Yo sé lo que haría si estuviese en tu lugar.

—¿Qué harías si estuvieses en mi lugar? —replicó Alexandr—. ¿Me dejarías morir aquí? ¿Me abandonarías en el apartamento de Quinto Soviet, con Inga y Stanislav, solo y huérfano?

Tatiana se mordió el labio inferior con fuerza. Había que elegir entre el amor o la verdad.

Venció el amor.

—Sí —respondió con el resto de valor que le quedaba—. Escogería Estados Unidos antes que a ti.

—Ven aquí, mentirosa. —Alexandr la estrechó entre sus brazos.

El hielo comenzaba a formarse en el canal Fontanka cuando se cayeron contra el parapeto de piedra.

—Shura, escúchame —dijo Tatiana con los labios pegados al pecho de su marido—. Si por mucho que intentemos evitarlo seguimos enfrentados a esta decisión imposible, si, no importa lo que hagamos, no me puedo salvar; entonces te ruego, te suplico...

—¡Tania! ¡Dios, no pienso seguir escuchándote ni un segundo más! —gritó. La apartó con violencia y se levantó de un salto, con el fusil en las manos.

Ella lo miró con una expresión de súplica, de rodillas en el hielo.

—Tú te puedes salvar, Alexandr Barrington. Tú. Mi marido. El único hijo de tu padre. El único hijo de tu madre. —Tatiana levantó las manos como si suplicara a Dios—. Soy Parasha —susurró—, y soy el precio a pagar por el resto de tu vida. ¡Por favor! Una vez salvé mi vida para ti. Mírame, estoy de rodillas. —Se echó a llorar—. Por favor, Shura, por favor. Salva tu única vida para mí.

—¡Tatiana! —Alexandr la levantó con una fuerza tan tremenda que los pies de la muchacha perdieron el contacto con el suelo. Ella se aferró a él, con alma y vida—. ¡Tú no serás el precio por el resto de mi vida! —gritó

apasionadamente mientras la dejaba en el suelo—. Ahora, quiero que dejes de hacer esto.

—No lo haré. —Tatiana sacudió la cabeza contra su pecho.

—Oh, sí que lo harás. —La apretó contra su cuerpo.

—¿Prefieres que nos maten a los dos? —protestó Tatiana—. ¿Es eso lo que prefieres? ¿Prefieres todo el sufrimiento, todo el sacrificio, y no tener a Leningrado al final? —Lo sacudió—. ¿Te has vuelto loco? ¡Tienes que marcharte! ¡Te irás para comenzar una nueva vida!

Alexandr la apartó y se distanció unos pasos.

—Si no te callas ahora mismo, juro por Dios que te dejaré aquí y me marcharé —señaló el otro lado del puente— y no volveré nunca más.

Tatiana apuntó inmediatamente en la misma dirección.

—Eso es exactamente lo que quiero. Vete, pero lejos, Shura —susurró—. Lejos.

—¡Por amor de Dios! —gritó Alexandr. Descargó un culatazo contra el hielo—. ¿En qué clase de mundo loco vives tú? ¿Crees que puedes venir aquí, volando con tus alitas, y decir: «muy bien, Shura, vete», y que yo me iré sin más? ¿Crees que puedo dejarte? ¿Crees que sería capaz de hacerlo? Si no fui capaz de dejar morir a un extraño en el bosque, ¿cómo crees que podría dejarte aquí?

—No lo sé —respondió Tatiana, tranquila. Se cruzó de brazos—. Pero más te vale encontrar la manera, grandullón.

Guardaron silencio. ¿Qué hacer? Ella lo miró con un cierto distanciamiento.

—¿No es lo imposible lo que propones? —manifestó el oficial—. ¿Lo ves, o has perdido completamente la cabeza?

Ella tenía muy claro lo imposible de la propuesta.

—He perdido completamente la cabeza. Pero tú debes irte.

—Tania, no iré a ninguna parte sin ti —proclamó él con vehemencia—, excepto al paredón.

—Basta. Debes irte.

—Si no te callas... —vociferó Alexandr.

—¡Alexandr! —gritó ella a voz en cuello—. Si no te callas tú, volveré ahora mismo a Quinto Soviet, y me ahorcaré en la bañera, para que puedas marcharte a Estados Unidos sin mí. Lo haré el domingo, a los cinco segundos después de que te marches, ¿está claro?

Se miraron el uno al otro, sin decir palabra.

Tatiana miró a Alexandr.

Alexandr miró a Tatiana.

Entonces él abrió los brazos y ella se echó en ellos; él la levantó en el aire, y se abrazaron. Durante muchos minutos se abrazaron en silencio en el puente de Fontanka. Alexandr fue el primero en hablar.

—Hagamos un trato, Tatiasha, ¿de acuerdo? Te prometo que haré todo lo posible por mantenerme con vida, si tú me prometes que no te acercarás a la bañera.

—Trato hecho. —Tatiana lo miró a la cara—. Soldado —dijo, sin soltarlo—, detesto insistir en lo que es evidente en un momento como éste, pero debo señalar que yo tenía toda la razón. Eso es todo.

—No, estabas absolutamente equivocada. Eso es todo. Te dije que algunas cosas merecían el mayor de los sacrificios. Ésta no es una de esas cosas.

—No, Alexandr. Lo que tú me dijiste, tus palabras exactas fueron que todas las grandes cosas merecían los más grandes sacrificios. ¿No crees que tu vida...?

—Tania, ¿por qué demonios no piensas un poco? Me refiero a que sólo por un segundo, salgas del mundo en que vives, y entres en el mío, aunque sólo sea una fracción de segundo, y me digas: ¿qué clase de vida crees que podría tener en Estados Unidos a sabiendas de que te dejé en la Unión Soviética para que murieras, o te pudieras de asco? —Sacudió la cabeza—. El jinete de bronce me perseguiría a través de toda aquella larga noche hasta llevarme a la locura.

—Sí, y ese sería tu precio por tener la luz en lugar de la oscuridad.

—No voy a pagarlo.

—En cualquier caso, Alexandr, mi destino está sellado —afirmó Tatiana sin ningún resentimiento ni amargura—, pero tú tienes una

oportunidad, ahora mismo, cuando todavía eres tan joven como para besarme la mano y marcharte con la bendición de Dios porque estás hecho para grandes cosas. —Tomó aliento—. Eres el mejor de los hombres. — Estaba colgada del cuello de su marido y sus pies no tocaban el suelo.

—Oh, sí —manifestó Alexandr, estrechándola contra su cuerpo—. Abandono a mi esposa y me largo a Estados Unidos. Un tipo fantástico.

—Eres sencillamente imposible.

—¿Yo soy imposible? —susurró Alexandr. La dejó en el suelo—. Venga, caminemos un poco antes de que nos quedemos congelados. —Ella le cogió del brazo mientras caminaban lentamente por la nieve a lo largo del Fontanka hasta el Campo de Marte. Cruzaron en silencio el canal de Moika y llegaron al Jardín de Verano.

Tatiana fue a decir algo, pero Alexandr sacudió la cabeza.

—No digas ni una palabra. ¿Cómo se nos ocurre venir a pasear por aquí? Vamos, deprisa.

Con las cabezas gachas y con el brazo de Alexandr sobre los hombros de Tatiana, caminaron rápidamente por el sendero entre los enormes árboles desnudos, y pasaron por delante de los bancos vacíos y la estatua de Saturno que devoraba a su hijo. Tatiana recordó que la última vez que habían estado allí, cuando hacía calor, había deseado que él la tocara, y ahora que hacía frío, ella lo tocaba y sentía que no era merecedora de lo que le habían dado: una vida en la que la amaba un hombre como Alexandr.

—¿Qué te dije entonces? —le preguntó él—. Te dije que era el mejor momento. Y tenía razón.

—Estabas en un error —replicó Tatiana, sin mirarlo—. El Jardín de Verano era el mejor momento.

Ella estaba sentada sobre los hombros desnudos de su marido en el agua, atenta a que él la arrojara al Kama. Alexandr no se movía. «Shura —le dijo—, ¿a qué estás esperando? —Él siguió sin moverse—. ¡Shura!».

«Tú no vas a ninguna parte —le respondió él—. ¿Qué hombre sería tan tonto como para arrojar al agua a una chica que esta sentada desnuda sobre sus hombros?».

«¡Un hombre que tiene cosquillas!», gritó ella.

Salieron por las rejas doradas que daban a la avenida junto al Neva, y caminaron en silencio río arriba. Tatiana, cada vez más débil, tiró del brazo de su marido para que aflojara el paso.

—No puedo seguir caminando contigo por nuestras calles —afirmó con voz ronca.

Dejaron la avenida para seguir a lo largo de la verja de hierro forjado en dirección al parque de Táuride. Pasaron por delante de su banco en Ulitsa Saltikov-Schedrin, avanzaron un poco más, se detuvieron y dieron la vuelta. Se sentaron sobre los abrigos. Tatiana aguantó un minuto sentada junto a su marido. Después se montó sobre sus muslos.

—Así está mejor —dijo con la frente apoyada en la de Alexandr.

—Sí —asintió él—. Así está mejor.

Permanecieron sentados en su banco a pesar del frío glacial. El cuerpo de Tatiana hacía todo lo posible por resistirse a la pena.

—¿Por qué? —susurró en la boca del capitán—, ¿por qué no podemos tener nosotros lo que incluso tienen Inga y Stanislav? Sí, en la Unión Soviética, pero llevan juntos veinte años.

—Porque Inga y Stanislav son espías al servicio del partido —replicó Alexandr—. Porque Inga y Stanislav vendieron sus almas por un apartamento de dos dormitorios, y ahora ni siquiera tienen eso. —Hizo una pausa—. Tú y yo esperamos demasiado de esta vida soviética.

—No quiero nada de esta vida, excepto a ti —afirmó Tatiana.

—Me quieres a mí, y también quieres grifos de agua caliente, electricidad, una cabaña en el desierto y un Estado que no te pida la vida a cambio de estas cosas pequeñas.

—No —insistió Tatiana, sacudiendo la cabeza—. Sólo a ti.

Alexandr le arregló el pelo debajo del pañuelo y la miró a la cara.

—Y a un Estado que no reclame tu vida a cambio de la mía.

—El Estado tiene que pedirnos algo —señaló ella, con un suspiro—. Después de todo, nos protege de Hitler.

—Sí —dijo Alexandr con un tono grave—. Pero, Tania, ¿quién nos protegerá a ti y a mí del Estado?

Tatiana se abrazó un poco más fuerte. De una manera u otra, tenía que ayudar a Alexandr. Pero ¿cómo? ¿Cómo ayudarlo? ¿Cómo salvarlo?

—¿No lo ves? Vivimos en un estado de guerra. El comunismo está en guerra contigo y conmigo —añadió Alexandr—. Por eso quería que te quedaras en Lazarevo. Sólo intentaba salvar mi obra de arte hasta que se acabara la guerra.

—Pues la estabas escondiendo en el lugar equivocado —opinó Tatiana—. Tú mismo me dijiste que no hay ningún lugar seguro en la Unión Soviética. —Hizo una pausa—. Además, esta guerra será muy larga. Nos llevará mucho tiempo reconstruir nuestras almas.

—Tengo que dejar de hablar contigo —murmuró él, mientras la acariciaba—. ¿Nunca olvidas nada de lo que te digo?

—Ni una sola palabra. Cada día tengo miedo de que sea lo único que me quede de ti.

Continuaron sentados. Tatiana se animó.

—Alexandr, ¿quieres que te cuente un chiste?

—Encantado.

—Cuando nos casemos, yo estaré contigo para compartir todos tus problemas y tus penas.

—¿Qué problemas? No tengo ningún problema —protestó Alexandr.

—Dije cuando nos casemos —replicó Tatiana, que le apretó el brazo, con los ojos brillantes—. Estarás de acuerdo conmigo en que a ti te maten en el frente para que yo pueda vivir en la Unión Soviética, o que yo me ahorque en la bañera para que tú vivas en Estados Unidos no deja de ser una ironía, ¿no te parece?

—Puede, pero dado que no dejaremos a nadie detrás, no habrá nadie para que la cuente.

—Así es, pero de todas maneras, no deja de ser muy extraño por nuestra parte, ¿verdad? —Sonrió y le apretó la barbilla.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Alexandr, intrigado—. Encontrar consuelo. Pase lo que pase. ¿Cómo?

—Porque me consuela el amo —contestó ella suavemente. Le dio un beso en la frente.

—Menudo amo estoy hecho. Ni siquiera he conseguido que la renacuaja que tengo por esposa se quedara en Lazarevo.

Tatiana vio que él la miraba con mucha atención.

—¿Qué, marido? ¿En qué estás pensando?

—Tania, tú y yo sólo tuvimos un momento. Un único momento en el tiempo, en tu tiempo y en el mío, un instante, cuando todavía hubiese sido posible otra vida. —Alexandr la besó en los labios—. ¿Sabes de qué te estoy hablando?

Cuando Tatiana levantó la vista de su helado, vio a un soldado que la miraba desde el otro lado de la calle.

—Recuerdo aquel momento —murmuró Tatiana.

—¿Lamentas que cruzara la calle para acercarme a ti?

—No, Shura —contestó ella—. Antes de conocerte, no podía imaginarme viviendo una vida diferente a la de mis padres, de mis abuelos, Dasha, yo, Pasha, nuestros hijos. No hubiera podido concebirla. —Sonrió—. No soñé con alguien como tú ni siquiera cuando era una niña en Luga. Tú me enseñaste, en un instante, en nuestro temblor, una vida hermosa. —Le miró a los ojos—. En cambio, ¿qué te enseñé yo?

—Que hay un Dios —susurró Alexandr.

—¡Claro que lo hay! —exclamó Tatiana—. Sentí que me necesitabas desde el otro lado de la estepa. Estoy aquí por ti. De una manera u otra, arreglaremos este asunto. —Lo apretó—. Ya lo verás. Tú y yo arreglaremos todo esto, juntos.

—¿Cómo? Y ahora, ¿qué? —Sonó la voz de Alexandr en su cabeza.

Tatiana respiró una bocanada de aire helado, y cuando habló, lo hizo con el tono más alegre posible.

—¿Cómo? No lo sé. En cuanto a ahora, nos lanzaremos ciegamente a cruzar el bosque donde al otro lado nos espera el resto de nuestra breve pero deliciosa estancia en esta tierra. Tú ve y lucha una bonita guerra para mí, capitán, procura seguir vivo, como me prometiste, y quítate a Dimitri de encima.

—Tania, podría matarlo. No creas que no lo he pensado.

—¿A sangre fría? Sé que no podrías, y aun si pudieras, ¿cómo crees que Dios te trataría en la guerra? ¿Y a mí en la Unión Soviética? —Hizo una pausa para recuperar el control de sus sentimientos.

No es que ella no lo hubiera pensado, pero tenía el presentimiento de que no era el Todopoderoso quien mantenía vivo a Dimitri.

—¿Qué me dices de ti? —preguntó Alexandr—. ¿Qué harás? Supongo que no querrás considerar la posibilidad de regresar a Lazarevo, ¿verdad?

Tatiana sacudió la cabeza y le sonrió.

—No te preocupes por mí. Debes tener presente que después de sobrevivir al invierno pasado en Leningrado, estoy preparada para lo peor. —Siguió con la mano enguantada el contorno de las mejillas de Alexandr, mientras pensaba: «Y también para lo mejor»—. Y aunque algunas veces me pregunto —añadió— qué me espera en el futuro si necesité a Leningrado para que allanara el camino... no tiene importancia. Estoy aquí para lo bueno y lo malo. Estoy aquí para quedarme. Estoy preparada. —Tatiana lo abrazó con el corazón henchido de gozo—. ¿Lamentas haber cruzado la calle por mí, soldado?

—Tatiana, me sentí hechizado por ti desde el primer momento en que te vi. —Alexandr le cogió la mano entre las suyas—. Allí estaba yo, viviendo una vida disoluta, y la guerra acababa de comenzar. Todo el cuartel era un desorden, la gente iba de aquí para allá, cerraba las cuentas, se llevaba el dinero, agotaba las existencias de comida en las tiendas, compraba el Gostini Dvor entero, se presentaba voluntaria al ejército, enviaba a sus hijos al campo. —Se interrumpió por un momento—. Y en medio de mi caos, ¡allí estabas tú! —afirmó, apasionado—. Tú estabas

sentada sola en aquel banco: joven, rubia, adorable, y comías un helado con tanto abandono, con tanto placer, con un deleite tan místico que no podía creer lo que veían mis ojos. Como si no pasara nada más en el mundo en aquel domingo de verano. Te diré una cosa: si alguna vez en el futuro necesitas fuerzas y yo no estoy, no busques muy lejos. Tú, con tus sandalias rojas de tacón alto, con tu precioso vestido, comiendo tu helado antes de la guerra, antes de ir vete a saber dónde para buscar quién sabe qué, pero sin dudar ni un momento de que lo encontrarás. Por eso crucé la calle, Tatiana. Porque creí que lo encontrarías. Creí en ti.

Alexandr le enjugó las lágrimas. Después le quitó el guante y apoyó sus labios cálidos en la palma de su mano.

—Pero aquel día hubiera vuelto con las manos vacías de no haber sido por ti.

—No —negó Alexandr. Sacudió la cabeza—. Tú no comenzaste conmigo. Vine a ti porque tú ya te tenías a ti misma. ¿Sabes qué te traje yo?

—¿Qué?

—Ofrendas —respondió el capitán, con la voz ahogada por la emoción.

Alexandr y Tatiana permanecieron sentados mucho tiempo con los rostros fríos y húmedos juntos, los brazos de él alrededor de su esposa, y ella con la cabeza de su esposo entre las manos, mientras el viento arrancaba las últimas hojas muertas de los árboles y los nubarrones oscurecían el cielo de noviembre.

Pasó un tranvía. Tres personas pasaron a lo lejos por delante del monasterio de Smolni, oculto bajo los andamios y las lonas de camuflaje. Abajo, el río estaba encerrado en su caparazón de hielo, y más allá del Jardín de Verano la llama eterna ardía silenciosa en el Campo de Marte cubierto de nieve sucia.

UNA VENTANA A OCCIDENTE

1

Alexandr se marchó, y Tatiana le escribió una carta todos los días hasta que se le acabó la tinta. Cuando se quedó sin tinta, cruzó la calle para ir al apartamento de Vania Rechnikov. Le habían dicho que tenía estilográficas y que, de vez en cuando, las prestaba. Vania estaba muerto con la cabeza apoyada en la hoja de papel que había estado escribiendo. Tatiana no pudo quitarle la pluma de los dedos rígidos.

Tatiana iba todos los días a la oficina de correos, con la ilusión de encontrar alguna carta de Alexandr. No soportaba el silencio entre carta y carta. Alexandr le escribía como una plácida corriente, pero se convertía en un aluvión por culpa del maldito servicio de correos.

Se quedaba en su habitación cuando no iba al trabajo, y practicaba el inglés. Durante las incursiones aéreas leía el libro de cocina de su madre. Comenzó a prepararle la cena a Inga, que estaba sola y enferma.

Una tarde, el funcionario de la oficina de correos no quiso darle ninguna de las cartas de Alexandr, y le ofreció entregarle las cartas y un saco de patatas si ella a cambio accedía a sus deseos.

Le escribió a Alexandr para informarle de lo sucedido, y preocupada por la posibilidad de que no le entregaran más sus cartas.

Tania:

Por favor, ve al cuartel y pregunta por el teniente Oleg Kashnikov.

Creo que está de servicio de ocho a seis. Tiene tres balas en una pierna y ya no puede seguir combatiendo. Fue él quien me ayudó a

sacarte de entre los escombros en Luga. Pídele que te dé comida. Te prometo que no te pedirá nada a cambio. Oh, Tatia.

También dale tus cartas. Él me las traerá en un día. Por favor, no vuelvas más a la oficina de correos.

¿Qué quieres decir con que Inga está sola? ¿Dónde está Stanislav?

¿Por qué sigues trabajando tantas horas? El invierno es cada vez más duro.

Me gustaría que supieras cuánto solaz me produce pensar que no estás lejos de mí. No voy a decir que hiciste bien en regresar a Leningrado, pero... ¿Te he dicho ya que nos han prometido diez días de permiso después de romper el cerco?

¡Diez días, Tania!

Espero que mientras llega el momento encuentres un lugar donde consolarte. Pero aguanta hasta entonces.

No te preocupes por mí; no hacemos otra cosa que transportar tropas y municiones para nuestro ataque a través del Neva que será a principios del Año Nuevo.

¡Espera a leer esto! Ni siquiera sé qué hice para merecerlo, pero no sólo me han dado otra medalla, sino también un ascenso. Quizá Dimitri tenga razón, y siempre me las arreglo para convertir las derrotas en victorias, aunque no sé cómo.

Estábamos probando la resistencia de la capa de hielo del Neva. No parecía muy fuerte. Aguantaría a un soldado, a un fusil, quizás incluso un Katiusha, pero ¿aguantaría un carro de combate?

Dijimos que sí. Después que no. Otra vez sí. Entonces a un general de ingenieros que había diseñado el metro de Leningrado, se le ocurrió la idea de que podríamos mover el carro de combate sobre traviesas clavadas en tableros colocados en el hielo como si fuera una vía ferroviaria de madera, para distribuir el peso del carro en movimiento. Todos estuvimos de acuerdo en que era una buena idea.

Clavamos las traviesas en los tableros.

¿Quién se encargaría de conducir el carro para probarlo en el hielo?

Me levanté sin pensármelo dos veces y dije: «Yo, señor. Me encantará hacerlo».

Al día siguiente, mi comandante no pareció muy complacido cuando se presentaron cinco generales para presenciar nuestra demostración, incluido el nuevo amigo de Dimitri. El comandante me dijo: «No lo estropee».

Así que subí a nuestro más nuevo y mejor carro, el KV-1. ¿Lo recuerdas, Tatia? Conduje el monstruo por el hielo con mi comandante caminando junto a él y los cinco generales detrás, que no dejaban de repetir: «Bien hecho, bien hecho».

Recorrí unos ciento cincuenta metros, y entonces el hielo comenzó a resquebrajarse. Oí el ruido y pensé: «Vaya». Los generales que venían detrás le gritaron a mi comandante: «¡Corra, corra!».

Así que él echó a correr, los generales echaron a correr, mientras el carro abría un boquete en el hielo y se hundía... bueno, como un carro de combate.

Y yo con él.

La torreta estaba abierta, así que salí nadando.

Mi comandante me sacó y me dio vodka para calentarme.

Un general dijo: «Que le den a este hombre la medalla de la Estrella Roja». También me ascendieron a comandante.

Marazov dice que me he convertido en una persona realmente insufrible, que creo que todos deben escucharme sólo a mí. Dímelo tú, ¿crees que puedo ser así?

ALEXANDR

Querido comandante Belov:

Sí, comandante, por supuesto que me lo creo.

Estoy muy orgullosa de ti. A este paso llegarás a general.

Muchas gracias por dejar que le lleve mis cartas a Oleg. Es un hombre muy bondadoso y cortés. Ayer me dio una caja de huevos

deshidratados. Me resultó divertido, aunque no sabía muy bien qué hacer con ellos. Mezclé el polvo con agua, y los cociné sin aceite en la cocina de Slavin. Me los comí. Estaban gomosos.

Pero a Slavin le gustaron y dijo que el zar Nicolás se los hubiera comido encantado en Sverdiovsk. Algunas veces no sé qué pensar del «loco» Slavin.

Alexandr, hay un lugar donde me consuelo. Me duermo y me despierto. Allí estoy en paz y me siento amada en tus brazos.

TATIANA

2

En diciembre, la Cruz Roja Internacional llegó al hospital Gresheski.

Quedaban muy pocos médicos en Leningrado. Los tres mil quinientos que había antes de la guerra se habían reducido a dos mil, y había más de doscientas cincuenta mil personas ingresadas en los diversos hospitales de la ciudad.

Tatiana conoció al doctor Matthew Sayers cuando ella curaba la herida en la garganta de un joven cabo.

El médico entró, y antes de que abriera la boca, Tatiana sospechó que era norteamericano. En primer lugar olía a limpio. Era delgado, bajo, de pelo rubio oscuro, y la cabeza era un tanto desproporcionada con respecto al resto del cuerpo, pero transmitía una confianza y una seguridad en sí mismo que Tatiana no había visto en ningún otro hombre salvo en Alexandr, y ahora este hombre, que entró en la sala, estudió el informe diario, miró al paciente, la miró a ella, volvió a mirar al herido, chasqueó la lengua, sacudió la cabeza, puso los ojos en blanco y comentó en inglés:

—No tiene buena pinta, ¿verdad?

Tatiana lo entendió perfectamente, pero permaneció muda, al recordar las advertencias de Alexandr.

El médico repitió el comentario en un ruso macarrónico.

—Creo que se salvará —le respondió Tatiana—. Los he visto peores.

—No me cabe la menor duda. —El médico soltó una sonora carcajada muy poco rusa, y se acercó a ella con la mano extendida—. Estoy con la Cruz Roja. Soy el doctor Matthew Sayers. ¿Puede decir Sayers?

—Sayers —dijo Tatiana con una pronunciación perfecta.

—¡Muy bien! ¿Cómo se dice Matthew en ruso?

—Matvei.

—Matvei. —Sayers le soltó la mano—. ¿Le gusta?

—Me gusta más Matthew —contestó, mientras volvía a ocuparse del paciente.

Tatiana había acertado con el médico; era competente, amigable, y mejoró al instante la atención de enfermos y heridos, porque había traído con él un montón de milagros: penicilina, morfina y plasma. También acertó con el cabo herido. Vivió.

3

Querida Tania:

No tengo noticias tuyas. ¿Qué estás haciendo? ¿Va todo bien? Oleg me dijo que hace días que no te ve. No puedo preocuparme por ti también. Ya tengo bastantes locuras en mis manos.

Por cierto que mejoran por momentos.

Escríbeme inmediatamente. No me importa si se te han caído las manos. Te perdoné una vez que no me escribieras, pero no sé si podré ser tan caritativo otra vez.

Como sabes, ya casi es la hora. Necesito tu consejo: vamos a enviar un grupo de reconocimiento de seiscientos hombres. Es realidad es algo más que una fuerza de reconocimiento, es un ataque de prueba para tantear las defensas alemanas mientras los demás esperamos. Si las cosas van bien, nosotros los seguiremos.

Tengo que escoger los batallones que irán.

¿Alguna idea?

P. D. No me has dicho qué pasa con Stanislav.

Querido Shura:

No envíes a tu amigo Marazov.

¿Puedes enviar algunas unidades de suministro? Ah, perdona, no tiene ninguna gracia.

En el mismo sentido, debemos tener presente que nuestro muy correcto Alexandr Pushkin desafió a duelo al barón Georges D'Anthes, y no vivió para escribir un poema al respecto. Por lo tanto, más que buscar venganza, sencillamente debemos mantenernos apartados de aquello que puede hacernos daño, ¿de acuerdo?

Estoy bien. Tengo muchísimo trabajo en el hospital. Apenas si paso por casa. Allí no me necesitan. Shura, cariño, por favor, no te vuelvas loco de preocupación por mí. Estoy aquí, y espero con ansia el momento de volver a verte. Eso es todo lo que hago, Alexandr, esperar el momento de volver a verte.

Ahora está oscuro de la mañana a la noche, con sólo una hora de luz al mediodía. Pero pensar en ti es mi sol, así que mis días son siempre soleados y calurosos.

TATIANA

P. D. A Stanislav lo reclamó la Unión Soviética.

Querida Tania:

Pushkin no necesitó volver a escribir después de «El jinete de bronce», y nunca lo hizo, dado que murió muy joven. Pero tienes razón: los justos no siempre trazan el sendero hacia la gloria, aunque a menudo lo hacen.

No me importa lo ocupada que estés, tienes que escribirme más de un par de líneas a la semana.

ALEXANDR

P. D. Y tú que querías tener lo mismo que tienen Inga y Stanislav.

Queridísima Tatiasha:

¿Qué tal has pasado el Año Nuevo? Confío en que hayas comido algo delicioso. ¿Has ido a ver a Oleg?

No estoy muy feliz que se diga. Pasé el fin de año en el comedor de campaña con un montón de personas, y ninguna de ellas eras tú. Te echo de menos. Algunas veces sueño con una vida en la que tú y yo chocamos nuestras copas en un brindis por el Año Nuevo. Tomamos algunas copas de vodka y fumamos no sé cuántos cigarrillos. Brindamos porque 1943 resulte mejor que 1942.

Brindé mientras recordaba el verano de 1942.

ALEXANDR

P. D. Perdimos a los seiscientos. No envié a Tolia. Dijo que me lo agradecerá cuando se acabe la guerra.

P. D. Maldita sea, ¿dónde estás? Hace diez días que no tengo noticias tuyas. No te habrás marchado a Lazarevo ahora que me había acostumbrado a tener tu espíritu valiente a sólo setenta kilómetros de distancia. Por favor, escíbeme una carta cuanto antes, Tania. Sabes que nos vamos y que no volveremos hasta que los frentes del Voljov y Leningrado se den la mano. Necesito tener noticias tuyas. Necesito una palabra. No me envíes al hielo sin una palabra tuya, Tatiana.

¡Mi adorado Shura!:

Estoy aquí, estoy aquí, ¿no me sientes, soldado?

Pasé el Año Nuevo en el hospital, y sólo quiero que sepas que brindo contigo todos los días.

Trabajo no sé cuántas horas al día. Muchas veces me quedo a dormir en el hospital y ni siquiera aparezco por casa.

¡Shura! Tan pronto como regreses, tienes que venir a verme deprisa y corriendo. Aparte de las razones evidentes, tengo algo fantástico, sorprendente y maravilloso de lo que necesito hablarte con urgencia. ¿Necesitas una palabra mía? Te daré una, la palabra es ESPERANZA.

Tuya,

TANIA

BATALLAS LEGENDARIAS

1

Alexandr consultó su reloj. Eran las primeras horas del 12 de enero de 1943, y la Operación Chispa —la batalla de Leningrado— estaba a punto de comenzar. Ya no habría más intentos. Éste sería el definitivo. El camarada Stalin había ordenado romper el cerco alemán, y no volverían hasta haber cumplido la orden.

El comandante había pasado los últimos tres días con sus respectivas noches en un búnker de madera en la orilla del Neva, junto con Marazov y seis cabos. El emplazamiento de la artillería estaba delante mismo del búnker y, ocultos a los ojos del enemigo, había dos morteros de 120 mm de retrocarga, dos morteros portátiles de 81 mm de avancarga, una ametralladora antiaérea pesada Zenith, un lanzacohetes Katiusha y dos cañones ligeros de 76 mm. La mañana del ataque, Alexandr no sólo estaba dispuesto a combatir contra los alemanes, sino que se hubiera enfrentado al propio Marazov, si con eso pudiera salir del encierro del búnker. Jugaron a las cartas, fumaron, hablaron de la guerra, contaron chistes, durmieron, y así pasaron las primeras seis horas, pero llevaban encerrados setenta y dos. Alexandr pensó en la última carta de su esposa. ¿Qué demonios había querido decir con «Esperanza»? ¿Cómo podía ayudarlo? Era evidente que ella no había podido explicárselo, pero deseó que ella no hubiera excitado su imaginación cuando no sabía en qué momento volverían a encontrarse.

Necesitaba llegar hasta ella.

Se asomó un momento, vestido con el uniforme blanco de camuflaje. El río estaba disfrazado como Alexandr; la costa sur apenas era visible en la luz gris. Él se encontraba en la orilla norte del Neva al oeste de Schiisselburg. La unidad de artillería de Alexandr cubría el flanco más

alejado del cruce del río y el más peligroso; los alemanes estaban muy bien atrincherados y defendidos en Schiisselburg. Alexandr veía la fortaleza de Oreshek a un kilómetro de distancia en la desembocadura del lago Ladoga. Unos pocos centenares de metros delante de la fortaleza yacían los cadáveres de los seiscientos hombres que habían fracasado en el ataque por sorpresa realizado seis días antes. Alexandr quería saber si habían fracasado gloriosamente, o en vano. En una muestra de valor extraordinario y sin apoyo, habían avanzado a través del hielo, y habían caído uno tras otro. ¿La historia los recordaría?, se preguntó Alexandr mientras mantenía la vista fija al frente.

Ese día tenía encomendada la vigilancia aérea. Marazov se encargaría de lanzar los cohetes de combustible sólido de la Katiusha. Sabía que era la hora decisiva. Lo sentía. Romperían el cerco o morirían en el intento. Las tropas del 67 Ejército avanzarían a través del río a lo largo de un frente de ocho kilómetros a cualquier precio. La estrategia del ataque era encontrarse con el Segundo Ejército al mando de Meretskov en el Voljov, que atacaría al mismo tiempo al Grupo de Ejércitos Norte de Manstein, por la retaguardia. El ataque lo iniciarían cuatro divisiones de infantería con el apoyo de carros blindados ligeros. Dos horas más tarde los seguirían otras tres divisiones de infantería, esta vez con el apoyo de tanques medianos y pesados, incluidos seis de los que estaban bajo el mando directo de Alexandr. Por su parte, él permanecería junto a su ametralladora antiaérea. Cruzaría el río con la tercera oleada, en un tanque T-34, al mando de una sección acorazada.

Faltaban un par de minutos para las nueve de la mañana, y apenas si se veía una débil pincelada de luz en el horizonte.

—Comandante, ¿tu teléfono funciona? —preguntó Marazov. Apagó el cigarrillo y se reunió con Alexandr.

—El teléfono funciona perfectamente, teniente. Vuelve a tu puesto. — Le sonrió. Marazov le devolvió la sonrisa.

—¿Cuántos kilómetros de cable telefónico le pidió Stalin a los norteamericanos? —preguntó el teniente.

—Cien mil —replicó Alexandr. Le dio una larga chupada al cigarrillo.

—Y así y todo tu teléfono todavía no funciona.

—¡Teniente!

—Estoy preparado, comandante —Marazov lo saludó y se acercó al lanzacohetes—. Cien mil kilómetros son muchos, ¿no?

Alexandr arrojó la colilla a la nieve, y se preguntó si tendría tiempo de encender otro cigarrillo.

—Eso no es nada —comentó—. Los norteamericanos tendrán que poner más del triple para poder servirnos.

—Cualquiera diría que podrían haberte dado un teléfono que funcionara —murmuró Marazov, sin mirar al comandante.

—Paciencia, soldado.

Alexandr intentó calcular si el Neva era más ancho que el Kama. Decidió que lo era, pero no por mucho. Había tardado unos veinticinco minutos en llegar hasta la otra orilla del Kama y volver, a pesar de la fuerza de la corriente. ¿Cuánto tiempo tardaría en cruzar los seiscientos metros de hielo del Neva, batido por la artillería alemana?

Alexandr llegó a la conclusión de que debía tardar menos de veinticinco minutos.

Sonó el teléfono. Alexandr sonrió. Marazov sonrió.

—Por fin —exclamó el teniente.

—Todas las cosas buenas acaban por llegar si se sabe esperar —manifestó Alexandr. Su corazón voló por un momento hasta Tatiana—. Venga, soldados —gritó—. A vuestros puestos. Ha llegado la hora. —Ocupó su lugar en el sillín de la batería antiaérea y accionó el mecanismo que movía el cañón de la Zenith—. Valor, muchachos.

Cogió el teléfono y transmitió la orden de abrir fuego a los cabos al mando de los morteros. Los artilleros dispararon tres bombas de humo que estallaron al otro del río, y cubrieron inmediatamente las líneas alemanas con una densa cortina de humo gris. En el acto, los soldados del Ejército Rojo bajaron hasta la orilla y avanzaron por el hielo en una hilera de ocho kilómetros de largo. Un pelotón pasó al lado mismo de la posición de Alexandr.

Durante dos horas las descargas de los cuatro mil quinientos fusiles no cesaron un momento. El ruido de los morteros era ensordecedor. Alexandr se dijo que los soldados soviéticos se estaban comportando mejor de lo esperado; muchísimo mejor. A través de los prismáticos vio los cadáveres que se amontonaban en el hielo, pero también vio a muchos que subían por la orilla opuesta y desaparecían entre los árboles.

Tres cazas alemanes hicieron una pasada rasante, disparando sus ametralladoras contra los soldados soviéticos y el hielo, donde las balas abrían boquetes que harían más difícil el paso de los camiones y de los hombres. «Un poco más bajo, venga un poco más bajo», pensó Alexandr mientras disparaba contra los cazas. Uno de los aviones estalló en pleno vuelo, y los otros subieron rápidamente para no ser alcanzados. Alexandr cargó una bala explosiva en la Zenith y disparó. Un segundo caza se incendió y acabó por estallar al cabo de unos segundos. El último siguió subiendo hasta alcanzar una altura desde donde no podía disparar, así que el piloto puso rumbo a alguno de los aeródromos en el lado alemán del Neva. Alexandr encendió un cigarrillo.

—Lo estáis haciendo muy bien —le gritó a sus hombres, que no dejaban de cargar y disparar sus armas ni un segundo, y en el estrépito no oyeron la felicitación. Él casi no se oía a sí mismo, porque llevaba orejeras para protegerse los oídos.

A las once y media de la mañana, el estallido de un cohete verde transmitió la orden para que las divisiones motorizadas avanzaran a través del Neva en la segunda oleada de ataque.

La orden de avanzar se había anticipado, pero Alexandr confiaba en que el elemento sorpresa actuaría a su favor, siempre que pudieran cruzar el río rápidamente. Le indicó a Marazov que avanzara con sus hombres.

—¡Adelante! —gritó Alexandr—. ¡Cabo Smirnoff! —El soldado se volvió—. Llévese las armas.

Marazov saludó a Alexandr, recogió la ametralladora pesada, llamó a sus hombres, y todos corrieron hacia el río helado. Los otros dos cabos llevaban los morteros de 81 mm. Los de 120 mm los dejaron en sus emplazamientos. Pesaban demasiado y hacía falta un camión para

transportarlos. Los tres soldados que corrían en la vanguardia iban armados con metralletas.

Alexandr vio cómo Marazov caía alcanzado por una ráfaga, cuando no había recorrido más de treinta metros.

—¡Dios, Tolia! —gritó al tiempo que alzaba la vista.

El caza alemán que volaba a muy baja altura se cebaba con los soldados de Marazov. Antes de que el piloto tuviera tiempo para elevar el avión e iniciar una segunda pasada, Alexandr hizo girar el cañón antiaéreo y disparó. Fue un disparo certero. El aparato se convirtió en una bola de fuego que se precipitó sobre el río.

Marazov permanecía inmóvil en el hielo. El comandante vio que los hombres de Marazov miraban a su jefe, sin saber qué hacer, mientras se sucedían las descargas de la artillería alemana.

—¡Por Dios bendito! —exclamó. Le ordenó al cabo Ivanov que se ocupara de la Zenith, cogió el fusil y echó a correr hacia su camarada herido, mientras le gritaba a los soldados que continuaran avanzando—: ¡En marcha! ¡En marcha! ¡Adelante!

Los soldados recogieron los morteros, la ametralladora pesada, y corrieron hacia la orilla opuesta.

Marazov estaba tendido boca abajo. Alexandr comprendió por qué sus hombres lo habían observado, impotentes. Se arrodilló a su lado. Por un momento, pensó en darle la vuelta pero la respiración era tan laboriosa que tuvo miedo de tocarlo.

—¡Tolia! —dijo—. ¡Tolia, aguanta!

Marazov tenía una herida en el cuello. El casco se le había caído. Alexandr miró con desesperación a uno y otro lado para ver si había algún enfermero cercano que pudiera darle una inyección de morfina.

Alexandr vio a un hombre que corría por el hielo, pero en lugar de ir armado con un fusil, llevaba un maletín de médico. El hombre vestía un grueso abrigo de lana y sombrero. ¡Ni siquiera llevaba casco! Corría a la derecha del comandante hacia un grupo de hombres tumbados cerca de un agujero en el hielo. Pensaba en lo ridículo de la escena, ver a un médico en el hielo, y se dijo que era un loco, cuando oyó a los soldados, detrás de él,

que le gritaban al médico: «¡Tírese al suelo! ¡Tírese al suelo!». Pero el estallido de los obuses era ensordecedor, las nubes de humo negro lo tapaban todo, y el médico que seguía de pie, se volvió y gritó en inglés:

—¿Qué? ¿Qué dicen? ¿Qué?

Alexandr vaciló sólo un instante. Vio al médico en el hielo, en medio del fuego enemigo, pero lo que era más importante, el borde de la trayectoria de los obuses que disparaban del lado alemán. Fue consciente de que sólo tenía una fracción de segundo para pensar. Se levantó de un salto y gritó a voz en cuello en inglés: «¡Al suelo!».

El médico escuchó la orden y se tiró cuerpo a tierra. Justo a tiempo. El proyectil cónico pasó a un metro por encima de su cabeza y estalló al impactar en el hielo unos pocos metros más allá. El médico salió despedido como una bala humana y cayó de cabeza en el agujero.

Alexandr miró a Marazov, quien, con los ojos velados, escupía sangre. Trazó la señal de la cruz sobre el cuerpo de su amigo, recogió su fusil y corrió veinte metros por el hielo, cayó de bruces y se arrastró los otros diez metros hasta el agujero.

El médico flotaba en el agua, inconsciente. Alexandr intentó sujetarlo, pero el hombre estaba boca abajo y demasiado lejos. El comandante dejó caer el arma, las municiones y la mochila, y saltó al agujero. El agua helada actuó como un anestésico instantáneo, y en un segundo notó todo el cuerpo dormido como si le hubiesen inyectado morfina. Sujetó al médico por el cuello, lo arrastró hasta el borde y con una mano lo lanzó fuera del agua mientras que con la otra se aferraba al hielo. Luego, él también salió del agua y se desplomó sobre el cuerpo del otro, agotado por el esfuerzo. El médico recobró el conocimiento. Soltó un gemido.

—Dios, ¿qué ha pasado? —preguntó en inglés.

—Silencio —le ordenó Alexandr, también en inglés—. No se mueva. Tenemos que llevarle hasta aquel vehículo blindado que está sobre las traviesas de madera, ¿lo ve? Hay que recorrer veinte metros. Si podemos ponernos detrás, estaremos a salvo. Aquí nos encontramos desprotegidos.

—No puedo moverme —afirmó el médico—. Me estoy congelando.

Alexandr, que también notaba cómo el frío iba penetrando cada vez más en su cuerpo, miró en derredor. La única protección eran los tres cadáveres junto al agujero. Se arrastró por el hielo, acercó uno de los cadáveres y lo puso sobre el médico.

—No se mueva, mantenga el cadáver sobre usted. No se mueva.

Acercó otro de los muertos, se lo cargó a la espalda y después recogió la mochila, el arma y las municiones.

—¿Está preparado? —le preguntó al médico, en su idioma.

—Sí, señor.

—Cójase del abrigo, y no lo suelte porque le va en ello la vida. Vamos a patinar un poco.

Lo más aprisa que pudo con el peso de un cadáver a la espalda, Alexandr arrastró al médico y al otro cadáver hacia el vehículo blindado.

Tenía la sensación de que se estaba quedando sordo, el ruido de las explosiones a su alrededor sólo le llegaba a rachas a través del casco para entrar en su mente. Tenía que hacerlo. Tatiana había atravesado el cerco, sin un cadáver como escudo. «Puedo hacerlo», pensó, arrastrando al médico cada vez más rápido entre el estrépito y las balas. Oyó el rugir de un avión en vuelo rasante y se preguntó por qué Ivanov no lo abatía de una vez por todas.

Lo último que recordó fue un silbido agudo que sonaba muy cerca, una explosión y luego un impacto indoloro que lo arrojó con una fuerza tremenda contra un costado del vehículo acorazado. «Es una suerte que cargue con un muerto», se dijo Alexandr.

2

Abrir los ojos casi acabó con todas sus energías. Fue un esfuerzo tan grande, que no había acabado de abrirlos cuando los volvió a cerrar, y durmió durante una semana, o un año. No lo podía decir. Oyó voces lejanas, sonidos distantes; olió débilmente el olor a alcohol y alcanfor. Alexandr soñó con su primer viaje en la montaña rusa, la estupenda Cyclone en la costa de Revere Beach, en Massachusetts. Soñó con la arena de la bahía de Nantucket. Había una pasarela de tablas, y en la pasarela un puesto donde vendían algodón de azúcar. En su sueño, compró tres bolas rojas y se las comió las tres; de vez en cuando, olía algo que no era algodón de azúcar ni agua salada, y en lugar de montarse otra vez en la montaña rusa, de ir a nadar, o de jugar a policías y ladrones, Alexandr intentaba reconocer aquel olor.

También había otros recuerdos: de un bosque, un lago, una barca. Y otras imágenes: recolectar piñas, colgar una hamaca, pisar una trampa para osos. Estas imágenes no eran suyas.

A través de los ojos y el cerebro cerrados, oyó suaves voces femeninas que hablaban a su lado, y también voces masculinas; en una ocasión, oyó el estrépito de algo pesado al chocar contra el suelo; en otra, el latido de un corazón; debía ser el metrónomo. Después recordó un viaje en coche a través del desierto durante su infancia; apretado entre sus padres. Era el desierto de Mojave; no era bonito, pero era caliente y en el coche el calor era sofocante. Sin embargo, él tenía frío. ¿Por qué tenía frío?

Pero el desierto... Por algún motivo, el mismo olor otra vez en el desierto. No era el olor del algodón de azúcar, ni del agua salada, era el olor de...

Un río al amanecer.

Abrió los ojos una vez más. Antes de cerrarlos, intentó enfocar la vista. Una visión borrosa, donde no se distinguía ningún rostro. ¿Por qué no veía rostros? Lo único que veía eran manchas blancas. Pero ahí estaba otra vez el olor. Una sombra que se inclinaba cariñosamente sobre él. Cerró los ojos y hubiera jurado que había escuchado a alguien susurrar: «Alexandr». Luego un ruido metálico. La sensación de que le sostenían la cabeza.

Le sostenían la cabeza.

De pronto, su cerebro salió del sueño. Abrió los ojos. Estaba tendido boca abajo. Por eso no veía los rostros. Otra vez la visión borrosa. La silueta de algo blanco y pequeño. El susurro de una voz. «¿Qué? ¿Qué?», quería decir, pero no tenía voz. Aquel olor. Era un aliento, un aliento dulce, cercano a su rostro. El olor del consuelo, un consuelo que sólo había tenido una vez en la vida. Esto hizo que en sus ojos apareciera una expresión alerta. No consiguió enfocar, pero al menos ahora la mancha blanca no se movía.

—Shura, por favor, despierta —susurró la voz—. Alexandr, abre los ojos. Amor mío, abre los ojos. —Sintió el roce de unos labios como plumas en la mejilla.

Alexandr abrió los ojos. El rostro de su Tatiana estaba junto al suyo.

Sus labios pronunciaron un «no» silencioso, y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Tenía que abrirlos. Ella lo llamaba.

—Shura, abre los ojos. Ahora mismo.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital de campaña de Morozovo.

Alexandr intentó sacudir la cabeza. No pudo moverse.

—¿Tatia? —susurró—. No puedes ser tú.

Se durmió.



Alexandr estaba acostado boca arriba. Tenía a un médico delante, que le hablaba en ruso. Se concentró en la voz. Sí. Un médico. ¿Qué le decía? No lo tenía muy claro. No recordaba el ruso.

Al cabo de unos segundos, cuando su interlocutor pronunció las palabras con más claridad, de una forma más comprensible, el ruso dejó de ser un idioma extranjero.

—Creo que ya está saliendo del sueño. ¿Cómo se siente?

Alexandr intentó concentrarse.

—¿Cómo he estado? —replicó lentamente.

—No muy bien.

El comandante miró en derredor. Se encontraba en lo que parecía un edificio de madera rectangular con unas pocas ventanas pequeñas y alargadas. Las camas, ocupadas por personas con vendajes blancos y rojos, formaban dos hileras con un pasillo central.

Intentó mirar a las enfermeras en la distancia. El médico insistió en que le prestara atención. Alexandr miró al médico. No quería responder a ninguna pregunta.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro semanas.

—¿Qué demonios ocurrió?

—¿No lo recuerda?

—No.

El médico se sentó en el borde de la cama.

—Me salvó la vida —dijo en inglés con un tono agradecido.

Alexandr recordó vagamente el hielo, el agujero, el frío. Sacudió la cabeza.

—Por favor, sólo hable en ruso. No quiero cambiar su vida por la mía.

—Lo comprendo —asintió el médico. Le apretó la mano—. Volveré dentro de unos días cuando esté usted un poco mejor. Entonces me podrá contar más cosas. No me quedaré aquí mucho tiempo, pero no estaba dispuesto a marcharme hasta verlo fuera de peligro.

—¿Cómo se le ocurrió meterse en el hielo? —preguntó el comandante—. Tenemos enfermeros que se ocupan de eso.

—Sí, lo sé —respondió el doctor—. Intentaba salvar a mi enfermero. ¿De quién cree que era el cadáver que me echó a la espalda cuando me arrastró hasta el camión acorazado?

—Vaya.

—Sí. Era mi primera experiencia en el frente. ¿Se lo puede creer? —El médico sonrió. Una buena sonrisa norteamericana.

Alexandr quiso devolverle la sonrisa.

—¿Se ha despertado por fin nuestro paciente dormilón? —preguntó una enfermera de expresión alegre, pelo negro y ojos como cuentas, que se acercó a la cama, y con una sonrisa le tomó el pulso—. Hola. Soy Ina. ¡Es usted un hombre muy afortunado!

—¿Lo soy? —exclamó Alexandr. No compartía la misma opinión—. ¿Por qué tengo la boca llena de algodón?

—No la tiene llena de algodón —le informó el médico—. Le hemos estado suministrando morfina durante un mes, y comenzamos a reducirle las dosis hace una semana. Creo que estuvo muy cerca de convertirse en adicto.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Alexandr.

—Matthew Sayers. Estoy con la Cruz Roja. —Hizo una pausa—. Me comporté como un idiota, y a usted casi le costó la vida.

Alexandr sacudió la cabeza. Miró a un lado y a otro. Todo estaba tranquilo. Quizá lo había soñado. Quizá sólo había soñado con ella.

Quizá lo había soñado todo.

¿No sería fantástico? Ella nunca había estado en su vida. Él nunca la había conocido. Él podía volver a lo de antes. A ser como había sido. ¿Cómo había sido? Aquel hombre estaba muerto. Alexandr no lo conocía.

—Un proyectil estalló directamente detrás de nosotros, y a usted lo alcanzó un trozo de metralla —le explicó Sayers—. Usted salió despedido y fue a chocar de cabeza contra el camión; suerte que llevaba el casco. Por mi parte, no podía moverme. —Su dominio del ruso no era muy bueno, pero se las apañaba—. Hice señales para que vinieran en nuestra ayuda. No quería dejarlo, pero... —El médico lo miró—. Digamos que necesitaba una camilla para usted con urgencia. Una de mis enfermeras se arriesgó a

cruzar el hielo para ayudarnos. —Sayers sacudió la cabeza—. Esa chica es de cuidado. Se acercó a gatas. «Vaya, es usted mucho más lista que yo», le dije. —El médico se inclinó sobre el paciente—. Y no sólo eso. ¡Se acercó, empujando una caja de plasma!

—¿Plasma?

—Fluido sanguíneo sin sangre. Dura más que la sangre entera, y se congela muy bien en el invierno de Leningrado. Un milagro para los heridos como usted; restituye el fluido perdido hasta que se pueda realizar una transfusión.

—¿Yo necesitaba una restitución de fluido? —preguntó Alexandr.

La enfermera le palmeó el brazo alegremente.

—Sí, comandante, necesitaba una restitución de fluido.

—No hace falta explicar nada más, enfermera —le advirtió el doctor Sayers—. En Estados Unidos tenemos la regla de que no debemos inquietar al paciente. ¿Conoce usted esa regla?

Alexandr interrumpió al médico antes de que pudiera decir alguna imprudencia.

—¿Estuve muy grave?

—Digamos que no tenía usted muy buen aspecto —comentó el médico en un tono jovial—. Dejé a la enfermera con usted, mientras yo iba, mejor dicho, me arrastraba —se corrigió Sayers con una sonrisa— a buscar una camilla. No sé cómo, pero ella me ayudó a cargarla. Ella llevaba el extremo donde estaba su cabeza. Cuando por fin llegamos a la orilla, la pobre tenía todo el aspecto de necesitar plasma.

Alexandr, dispuesto a aliviar la preocupación del médico, dijo:

—Te arrastres o no, si te alcanza un obús, estás muerto.

—Pues a usted no le faltó mucho —señaló la enfermera—. Le alcanzó un obús.

—¿Usted gateó por el hielo? —le preguntó Alexandr. Quería palmearle la mano como una muestra de su agradecimiento.

—No, yo no estoy destacada en primera línea. —La mujer sacudió la cabeza—. No pertenezco a la Cruz Roja.

—Fue la enfermera que traje conmigo de Leningrado —le explicó Sayers. Sonrió—. Se ofreció voluntaria.

—Ah. ¿En qué hospital estaba usted? —Alexandr comenzó a perder la conciencia.

—En el hospital Gresheski.

Alexandr no pudo evitarlo; soltó un gemido de dolor, y continuó gimiendo hasta que Ina le inyectó otra dosis de morfina. El médico, que lo observaba atentamente, le preguntó si se sentía bien.

—Doctor, la enfermera que vino con usted...

—¿Sí?

—¿Cómo se llama?

—Tatiana Metanova.

De los labios de Alexandr escapó otro gemido que sonó como un sollozo.

—¿Dónde está ella ahora?

—Diga mejor, ¿dónde no está? —Sayers se encogió de hombros—. Supongo que ahora estará trabajando en la construcción del ferrocarril. Rompimos el cerco. Seis días después de que a usted lo hirieran. Los dos frentes establecieron contacto, e inmediatamente después, mil cien mujeres comenzaron a construir el ferrocarril. Tania está ayudando por este lado...

—La verdad es que ella no comenzó inmediatamente —señaló Ina—. La mayor parte del tiempo estuvo aquí con usted, comandante.

—Sí, pero ahora que usted está mejor, ha ido a echar una mano. —El médico sonrió—. Lo han bautizado con el nombre de ferrocarril de la Victoria. Algo en mi opinión un tanto apresurado, a la vista del estado de los hombres que traen aquí.

—¿Puede traer aquí a esa enfermera cuando vuelva de trabajar en el ferrocarril? —Alexandr hizo una pausa. Quería dar una explicación, pero se sentía destrozado. Estaba destrozado—. ¿Dónde dijo que me hirieron?

—En la espalda, prácticamente le destrozó el lado derecho. Pero tuvo la suerte de que el trozo de metralla primero destrozó el cadáver que usted llevaba a modo de escudo. —Sayers hizo una pausa—. Tuvimos que

trabajar de firme para salvarle el riñón. —Se inclinó un poco sobre la cama—. Supongo que no le hubiera apetecido enfrentarse otra vez a los alemanes con un solo riñón, ¿verdad, comandante?

—Muchas gracias, doctor. ¿Cómo lo hizo? —Alexandr intentó pensar en lo que le dolía más—. La espalda me duele.

—Muy lógico, comandante. Sufrió quemaduras de tercer grado en toda la zona alrededor de la herida. Por esa razón lo tuvimos boca abajo durante tanto tiempo. Hace muy poco que comenzamos a darle la vuelta. —El médico le dio unas palmaditas en el hombro—. ¿Qué tal la cabeza? Menudo golpe se dio contra aquel camión. Así y todo, le aseguro que quedará como nuevo en cuanto cicatricen la herida y la quemadura, y le vayamos retirando la morfina. Calculo que más o menos dentro de un mes le daremos el alta. —Sayers vaciló mientras estudiaba a Alexandr, que detestaba que lo escrutaran—. Ya hablaremos en otro momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuró Alexandr.

—Por cierto —exclamó el médico alegremente—, le han concedido otra medalla.

—Me parece muy bien siempre que no sea póstuma.

—También me han dicho que en cuanto salga del hospital, le ascenderán. Ah, ya me olvidaba —añadió Sayers—, hay un tipo de abastecimientos que no deja de preguntar por usted casi todos los días. Un tal Chernenko.

—Envíeme a la enfermera, por favor —replicó Alexandr, con los ojos cerrados.

3

Pasó una noche entera antes de que él la volviera a ver. Alexandr se despertó, y allí estaba ella, sentada a su lado. Se miraron el uno al otro.

—Shura, no empieces. No te enfades conmigo.

—Oh, Dios mío —exclamó Alexandr—. Eres implacable.

—Implacablemente casada —afirmó Tatiana, en voz baja.

—No. Sólo implacable.

Tatiana se inclinó sobre su marido.

—Implacablemente enamorada. Me necesitabas y vine.

—No te necesitaba aquí —protestó Alexandr—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Necesito que estés segura.

—¿Y quién se encargará de que tú estés seguro? —Cogió la mano de su marido entre las suyas, con una sonrisa. Después de mirar a un lado y al otro para comprobar que no hubiera ningún médico o enfermera a la vista, le besó la mano y la apoyó contra su rostro—. Te pondrás bueno del todo, grandullón. Sólo tienes que aguantar.

—Tania, en cuanto salga de aquí, pediré el divorcio. —No estaba dispuesto a soltarle la cara por nada en el mundo.

—Lo lamento mucho, pero no podrás —afirmó Tatiana—. ¿No querías una alianza con Dios? Pues la tienes.

—Tatiasha...

—¿Sí, cariño, sí, Shura? Me hace tan feliz escuchar tu voz, escuchar tus palabras...

—Dime la verdad. ¿Estuve grave?

—No diría tanto —contestó Tatiana con una sonrisa, pero con el rostro muy pálido.

—¿En qué estaría pensando cuando fui a socorrer a Marazov? Tendría que haber dejado que sus hombres se ocuparan de él. Pero se habían quedado pasmados. No avanzaban, ni tampoco lo traían de vuelta. —Hizo una pausa—. Pobre Tolia.

—Recé una oración por Tolia —le dijo Tatiana, sin dejar de sonreír, aunque en sus ojos había una expresión de pena.

—¿También rezaste una por mí?

—No, porque tú no ibas a morir. Recé por mí. Rogué: «Dios, por favor, ayúdame a curarlo». —Le apretó la mano—. Alexandr, tú no podías evitar ir en ayuda de Marazov, de la misma manera que no pudiste evitar gritarle en inglés al médico, lanzarte al agua y arrastrarlo hasta el camión blindado. No pudiste evitarlo de la misma manera que no dejaste de ir a buscar a Yuri Stepanov. Recuerda, Shura, que todos somos la suma de nuestras partes. ¿Qué dicen de ti tus partes?

—Que soy un maldito loco. Siento como si tuviera fuego en la espalda. —Sonrió—. ¿Son los cortes, Tania?

—Te quemaste —respondió Tatiana, que vaciló un segundo—. Pero te curarás. —Apretó la mano de su marido contra su rostro—. Dime la verdad, dime que no estás feliz de verme.

—Lo diría, pero sería una mentira. —Le acarició las pecas, mientras la miraba sin parpadear.

Tatiana sacó una ampolla de morfina y la añadió a la bolsa de suero.

—¿Qué haces?

—Es una dosis de morfina para que no te duela la espalda.

El comandante se sintió mejor en cuestión de segundos. Tatiana volvió a apoyarse en su mano.

Alexandr no dejaba de mirarla. Tatiana irradiaba una tibieza evanescente pero duradera por todos los poros; su presencia, la sensación de su piel satinada en la palma de la mano hacía que no le doliera tanto la espalda. El brillo de sus ojos, las mejillas arreboladas, sus preciosos labios entreabiertos. Alexandr la miró, con los ojos bien abiertos, el alma bien abierta, su corazón henchido de amor.

—Eres un ángel venido del cielo, ¿verdad?

Una sonrisa eléctrica iluminó el rostro de la muchacha.

—Y ni siquiera sabes la mitad de la historia —susurró—. No tienes idea de las cosas que tu Tania ha imaginado. —Estaba tan feliz y orgullosa, que casi gritó de deleite.

—¿Qué has estado imaginando? No, no te levantes. Quiero sentir tu rostro.

—Shura, no puedo. Estoy casi encima de ti. Debemos ser cuidadosos. —La sonrisa se borró un poco—. Dimitri aparece por aquí continuamente. Entra, sale, pregunta como estás, se marcha, vuelve. ¿Por qué se preocupa tanto? Se sorprendió mucho al verme aquí.

—No fue el único. ¿Cómo llegaste aquí?

—Todo forma parte de mi plan, Alexandr.

—¿Qué plan es ese, Tatiana?

—Estar contigo cuando muera de vieja —susurró ella.

—Ah, ese plan.

—Shura, tengo que hablar contigo. Necesito hablar contigo cuando estés lúcido. Necesito que me escuches con toda tu atención.

—Dímelo ahora.

—Ahora no puedo. Dije cuando estés lúcido. —Sonrió—. Además, ahora tengo que irme. Estuve sentada aquí una hora, esperando a que te despertaras. Volveré mañana. —Echó una ojeada a la cama—. Conseguí que te pusieran en este rincón, para que tuvieras una pared a un lado, y un poco de intimidad. —Señaló la ventana—. Sé que está un poco alta, pero se ve un trozo de cielo y dos árboles. Creo que son pinos boreales. Pinos, Shura.

—Pinos, Tania.

—El hombre que tienes al costado está ciego y sordo. —Tatiana se levantó—. Incluso sería un milagro que pudiera hablar. —Sonrió—. Además, está metido en una tienda con oxígeno para que respire mejor. Yo misma instalé la tienda para ayudarlo, pero al mismo tiempo, te oculta de la mitad de la sala. Casi dispones de más intimidad que en Quinto Soviet.

—Por cierto, ¿cómo está Inga?

Tatiana se mordió el labio inferior.

—Inga ya no está en el apartamento de Quinto Soviet.

—Ah, ¿finalmente se ha mudado?

—Sí —dijo Tatiana—. La mudaron.

Se miraron el uno al otro, y asintieron al unísono. Alexandr cerró los ojos. No quería, no podía dejar que se fuera.

—Tania, ¿es verdad que te lanzaste a cruzar el hielo? ¿Te arrastraste por el hielo, en medio de la feroz batalla por Leningrado?

Tatiana se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Sí, mi buen valiente soldado de mi corazón. Por Leningrado.

—Tatia —dijo Alexandr, conmovido—. Mañana no esperes una hora para despertarme.

4

Alexandr no pensó en otra cosa que no fuera el momento en que volvería a verla al día siguiente. Tatiana se presentó alrededor del mediodía con la bandeja de la comida.

—Yo le daré de comer, Ina —le dijo alegremente a la enfermera que le estaba tomando la temperatura.

Ina no pareció muy complacida, pero Tatiana no le hizo caso.

—La enfermera Metanova cree que es la dueña de mi paciente —protestó mientras anotaba la temperatura en el parte diario.

—Le pertenezco, Ina —señaló Alexandr—. ¿No fue ella la que me llevó el plasma?

—No sabe usted ni la mitad —murmuró Ina malhumorada. Miró a Tatiana con una expresión severa y se marchó.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó el comandante.

—No lo sé —contestó Tatiana—. Abre la boca.

—Tania, puedo comer solo.

—¿Quieres comer solo?

—No.

—Deja que te mime —le dijo Tatiana cariñosamente—. Deja que haga lo que tú sabes que me muero por hacer. Deja que lo haga por ti.

—Tania, ¿dónde está mi anillo de boda? Lo llevaba colgado de un cordel alrededor del cuello. ¿Lo perdí?

Tatiana metió la mano por debajo del cuello del uniforme y sacó un cordel donde estaban ensartados los dos anillos.

—Yo los guardaré hasta que podamos volver a llevarlos —comentó con una sonrisa.

—Dame de comer —le pidió él con la voz ahogada por la emoción.

El coronel Stepanov apareció en aquel momento antes de que pudiera servirle el primer bocado.

—Me avisaron de que estaba despierto. —El oficial miró a Tatiana—. ¿Llego en mal momento?

Tatiana sacudió la cabeza, dejó la cuchara en la bandeja y se levantó.

—¿Es usted el coronel Stepanov? —preguntó. Miró alternativamente al militar y a su marido.

—Sí —respondió el coronel, intrigado—. ¿Y usted es...?

Tatiana cogió la mano del coronel entre las suyas.

—Soy Tatiana Metanova. Sólo quiero darle las gracias, coronel, por todo lo que ha hecho por el comandante Belov. —No le soltó la mano, y él no hizo nada por retirarla—. Muchas gracias, señor.

Alexandr sintió un deseo enorme de abrazar a su esposa.

—Coronel —dijo sonriente—, mi enfermera sabe que mi comandante ha sido muy bueno conmigo.

—Nada que usted no se merezca, comandante —replicó Stepanov. No apartó la mano hasta que Tatiana se la soltó—. ¿Ha visto su medalla?

La condecoración colgaba del respaldo de una silla junto a la cama de Alexandr.

—¿Por qué no esperaron a que recuperara el conocimiento para dármele? —preguntó Alexandr.

—No sabíamos si...

—No es una medalla cualquiera, comandante —le interrumpió Tatiana—. Es la condecoración más alta. ¡La medalla de Héroe de la Unión Soviética! —exclamó arrebolada.

Stepanov miró a Tatiana y después a su subordinado.

—Su enfermera parece estar muy orgullosa de usted, comandante.

—Sí, señor. —Alexandr intentó no sonreír.

—Le diré lo que vamos a hacer —añadió Stepanov—. Vendré en otro momento, cuando usted no esté tan ocupado.

—Espere, por favor, señor —dijo Alexandr, que apartó la vista de Tatiana por un momento—. ¿Qué tal están nuestras tropas?

—Muy bien. Han disfrutado de sus diez días de permiso, y ahora intentan desalojar a los alemanes de Siniavino. Una misión muy difícil. Pero ya sabe, poco a poco —Stepanov hizo una pausa— las noticias mejoran: von Paulus se rindió en Stalingrado el mes pasado. —Stepanov se rio—. Hitler nombró a von Paulus mariscal de campo dos días antes de la rendición. Dijo que ningún mariscal de campo se había rendido en toda la historia de Alemania.

—Es evidente que von Paulus quería hacer historia. —Alexandr sonrió—. Desde luego, son buenas noticias. Stalingrado resistió hasta alcanzar la victoria. Leningrado ha roto el cerco. Quizás incluso lleguemos a ganar esta guerra. —Permaneció en silencio durante unos momentos—. Claro que será una victoria pírrica.

—Por supuesto. —Stepanov estrechó la mano de Alexandr—. Con las bajas que tenemos no sé quién quedará para celebrar la victoria aunque sea pírrica. —Exhaló un suspiro—. Recupérese cuanto antes, comandante. Le espera otro ascenso. Pase lo que pase, conseguiremos sacarle de la primera línea.

—No quiero que me aparten del combate, señor.

Tatiana le tocó en el hombro.

—Quiero decir... sí, muchas gracias, señor.

Stepanov miró a la pareja una vez más.

—Me alegra verlo de tan buen ánimo, comandante. No recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi tan alegre. Está visto que las heridas casi mortales le sientan bien.

El coronel se marchó.

—Bueno, has dejado al coronel sin aliento —comentó Alexandr, con una sonrisa orgullosa—. ¿Qué quiso decir con una herida casi mortal?

—Una exageración. Tenías toda la razón. Es un hombre agradable. —Tatiana miró a su marido con una falsa expresión de reproche—. Por cierto, que te olvidaste de darle las gracias por mí.

—Tania, somos hombres. No vamos por ahí dándonos palmaditas en la espalda.

—Abre la boca.

—¿Qué me has traído de comer?

Tatiana le había traído sopa de col y patatas, pan blanco y mantequilla.

—¿De dónde has sacado tanta mantequilla? —Había un cuarto de kilo en el plato.

—A los soldados heridos les dan doble ración de mantequilla, y tú tienes una triple.

—¿Como la triple dosis de morfina? —comentó el comandante, con una sonrisa.

—Piensa que tienes que recuperarte cuanto antes.

Cada vez que ella acercaba la mano con la cuchara a su boca, Alexandr inspiraba a fondo, en un intento por oler sus manos por encima del olor de la sopa.

—¿Has comido?

—¿Quién tiene tiempo para comer? —replicó ella con un tono despreocupado, al tiempo que se encogía de hombros. Acercó la silla un poco más a la cama.

—¿Crees que los demás pacientes se quejarán si mi enfermera me da un beso?

—Sí —contestó Tatiana, y se apartó un poco—. Creerán que beso a todo el mundo.

Alexandr echó una ojeada. El ocupante de la cama al otro lado del pasillo, que había perdido las piernas, agonizaba. Los médicos lo habían desahuciado. En la tienda de oxígeno instalada en la cama vecina un hombre respiraba afanosamente. Le recordaba los jadeos de Marazov.

—¿Qué le pasa?

—¿A Nikolai Ouspenski? Ha perdido un pulmón —le informó Tatiana. Carraspeó—. Se pondrá bien. Es un buen hombre. Su esposa vive en una aldea vecina. Siempre le envía cebollas.

—¿Cebollas?

Tatiana se encogió de hombros.

—Campesinos. Qué te voy a contar.

—Tania, Ina dijo que había necesitado una reposición de fluidos. ¿Es que...?

—Estarás como nuevo mucho antes de lo que imaginas —le interrumpió Tatiana—. Perdiste un poco de sangre, eso es todo. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza como si quisiera borrar un mal recuerdo—. Escucha —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, escucha con mucha atención.

—¿Por qué no estás aquí conmigo todo el día? ¿Por qué no eres tú mi enfermera?

—Espera un momento. ¿Hace dos días me dijiste que me fuera, y ahora quieres que me quede permanentemente?

—Sí.

—Cariño —murmuró ella, sonriendo—. Él está aquí a todas horas. ¿Es que no me escuchaste cuando te lo dije? Procuro mantener un distanciamiento profesional. Ina es una excelente enfermera de cuidados intensivos. Muy pronto estarás en condiciones de que te trasladen a una sala de convalecientes si tú quieres.

—¿Es allí donde estás tú? Mejoraré en una semana.

—No, Shura, no estoy allí.

—¿Dónde estás tú?

—Escucha, necesito hablar contigo, y tú no haces más que interrumpirme.

—No te interrumpiré —prometió Alexandr—, si me das la mano por debajo de la manta.

Tatiana metió la mano debajo de la manta y le cogió la mano, entrelazando el dedo meñique con el de su marido.

—Si yo fuera más fuerte y grande como tú —murmuró dulcemente— te hubiera cogido en brazos y te hubiera llevado hasta la orilla yo misma.

—No me hagas sufrir, ¿de acuerdo? —Alexandr le apretó la mano—. Me siento muy feliz de ver tu hermoso rostro. Por favor, dame un beso.

—No, Shura. ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

—¿Cómo puedes estar tan preciosa? ¿Cómo es que rezumas tanta felicidad? No creo haberte visto nunca tan feliz.

Tatiana se inclinó sobre su marido, con los labios entreabiertos.

—¿Ni siquiera en Lazarevo? —preguntó con voz ronca.

—Basta. Conseguirás hacer llorar a un hombre hecho y derecho. Pareces resplandecer.

—Estás vivo. Estoy extasiada. —Parecía extasiada.

—¿Cómo conseguiste llegar al frente?

—Si te callas, te lo diré. —Sonrió—. Cuando me marché de Lazarevo, tenía muy claro que quería ser enfermera en la unidad de cuidados intensivos. Después de que tú vinieras a verme en noviembre, decidí alistarme. Iba a estar en el frente donde tú estabas. Si tú ibas a luchar en la batalla de Leningrado, yo también. Iba a estar en el hielo con los camilleros.

—¿Ése era tu plan?

—Sí.

—Me alegro de que no me lo dijeras entonces y, por supuesto, me cuesta escucharlo ahora. —Alexandr sacudió la cabeza.

—Vas a necesitar muchas más fuerzas cuando escuches lo que voy a decirte. —Tatiana apenas si podía contener la excitación—. Así que cuando el doctor Sayers vino a Gresheski, le pregunté inmediatamente si necesitaba una enfermera. Vino a Leningrado a petición del Ejército Rojo para colaborar en la atención de los heridos que calcularon que se producirían en este ataque. —Tatiana bajó un poco la voz—. Entre nosotros, creo que los soviéticos se equivocaron muchísimo en sus cálculos. Sencillamente no hay lugar para atender ni a un solo herido más. La cuestión es que después de que el doctor Sayers me dijera que vendría al frente de Leningrado, le pregunté si había algo en lo que yo pudiera ayudar. La única enfermera que había traído con él cayó enferma, y tal como se desarrollaron las cosas, necesitaba mi ayuda. No es ninguna sorpresa dado el frío que hace en Leningrado. La pobre mujer pilló una tuberculosis. —Tatiana sacudió la cabeza—. Imagínatelo. Ahora está mejor, pero se quedó en Gresheski. La necesitaban. Como todavía no me había alistado, vine aquí como su enfermera suplente. Mira. —Tatiana le mostró orgullosa el brazalete blanco con la cruz roja—. En lugar de ser una enfermera del Ejército Rojo, ¡soy una enfermera de la Cruz Roja! ¿No es fantástico? —Su expresión era radiante.

—Me alegro de que disfrutes tanto de estar en el frente, Tania — comentó el comandante.

—¡Shura! No estoy en el frente. ¿Sabes de dónde viene el doctor Sayers?

—¿De Estados Unidos?

—Me refiero desde dónde vino a Leningrado con su camión de la Cruz Roja.

—Renuncio.

—¡Helsinki! —exclamó ella, emocionada.

—Helsinki.

—Sí.

—De acuerdo.

—¿Y sabes adónde regresará dentro de poco?

—No. ¿Adónde?

—¡A Helsinki, Shura!

Alexandr no dijo nada. Volvió la cabeza en la almohada lentamente y cerró los ojos. Escuchó que ella lo llamaba. Abrió los ojos y la miró. A Tatiana le brillaban los ojos, tenía el rostro arrebolado y respiraba deprisa mientras sus dedos acariciaban el brazo de su marido.

Él se echó a reír.

Una enfermera al otro extremo de la sala se volvió.

—No, no te rías —le advirtió Tatiana—. Calla.

—Tatia, Tatia, te lo ruego. No sigas.

—¿Quieres escucharme? En cuanto conocí al doctor Sayers comencé a pensar.

—Oh, no.

—Oh, sí.

—¿En qué pensabas?

—En Gresheski. Pensé y pensé, con la intención de encontrar algún plan...

—Oh, no, otro plan no.

—Sí, otro plan. Me pregunté a mí misma: «¿Puedo confiar en el doctor Sayers?». Me dije que sí, que podía confiar en él porque parecía un buen

norteamericano. Iba a confiar en él, le hablaría de nosotros, y le rogaría que te ayudara a regresar a casa, que nos ayudara a llegar a Helsinki. Sólo hasta Helsinki. Desde allí, tú y yo nos apañaríamos para seguir viaje hasta Estocolmo por nuestra cuenta.

—Tania, no pienso seguir escuchándote.

—No, me escucharás —susurró ella—. No sabes que Dios está con nosotros. En diciembre trajeron a Gresheski a un piloto finlandés herido. Continuamente traen a pilotos para que mueran en el hospital. Intentamos salvarlo, pero las heridas que tenía en la cabeza eran mortales. Se estrelló con su avión en el golfo de Finlandia. —La voz de Tatiana apenas si se escuchaba—. Me guardé su mono de vuelo y la placa de identificación. Los oculté en una caja de vendas en el camión del doctor Sayers. Allí es donde están ahora, esperándote.

Alexandr miró a Tatiana, boquiabierto.

—Lo único que me daba miedo era pedirle al doctor Sayers que arriesgara su vida por dos absolutos desconocidos. No sabía muy bien cómo hacerlo. —Tatiana se inclinó para darle un beso en el hombro—. Pero entonces tú, mi heroico marido, apareciste en escena. Tú salvaste al doctor. Ahora estoy segura de que te ayudará a salir de aquí, aunque tenga que cargarte a hombros.

Alexandr se había quedado mudo.

—Te vestiremos con el uniforme finlandés, te convertirás en Tove Hanssen durante unas horas, y nosotros te llevaremos a través de la frontera finlandesa en el camión de la Cruz Roja del doctor Sayers hasta Helsinki. ¡Shura, voy a sacarte de la Unión Soviética!

Alexandr seguía sin recuperar el habla.

—¿No es un golpe de suerte fantástico? —Tatiana se rio en silencio. Señaló el brazalete de la Cruz Roja, y apretó la mano de su marido—. Según lo fuerte que estés, en Helsinki podemos sacar pasaje en un barco mercante si ha comenzado el deshielo en el Báltico, o viajar en un camión en uno de los convoyes que van a Estocolmo. Suecia es neutral, ¿lo recuerdas? —Sonrió—. Y no, nunca olvido ni una sola de las palabras que me dices. —Le soltó la mano, para aplaudir—. ¿No es el mejor plan que

has escuchado en tu vida? Mucho mejor que tu idea de esconderte en los pantanos durante meses.

Alexandr la miró con una expresión donde se mezclaban la ilusión y la incredulidad.

—¿Quién es esta mujer que tengo sentada delante de mí?

Tatiana se levantó de la silla y se inclinó para darle un beso en los labios.

—Soy tu muy amada esposa.



La esperanza era un remedio sorprendente.

De pronto a los días le faltaban horas para que Alexandr intentara levantarse, caminar, moverse. No podía abandonar la cama, pero intentó apoyarse en los brazos, hasta que acabó por sentarse y comer con sus propias manos, y vivía para los minutos en que aparecía Tatiana para estar con él.

La ociosidad lo estaba volviendo loco. Le pidió a Tatiana que le trajera trozos de madera y cuchillo, y mientras la esperaba, pasaba las horas tallando los trozos de madera para convertirlos en palmeras y pinos, cuchillos, estacas y figuras humanas.

Ella iba a diario, varias veces al día, y le comentaba cosas como: «Shura, en Helsinki saldremos a dar un paseo en un trineo a caballo, ¿no crees que será muy bonito? ¡También podríamos ir a una iglesia de verdad! El doctor Sayers me dijo que la catedral del emperador Nicolás en Helsinki se parece mucho a San Isaac. ¿Shura, me escuchas?».

Alexandr asentía con una sonrisa y tallaba figuras de madera.

Tatiana iba y le susurraba: «Shura, ¿sabías que Estocolmo está construido todo de granito, como Leningrado? ¿Sabías que nuestro propio Pedro el Grande arrebató a los suecos la tan disputada península de Carelia en 1725? Es una ironía, ¿no te parece? Ya entonces, estábamos peleando por la tierra que ahora nos convertirá en personas libres. Cuando lleguemos a Estocolmo, será primavera, y al parecer en el puerto hay un

mercado por las mañanas donde venden frutas, verduras, pescado, y sabes qué más, Shura, jamón ahumado, y algo llamado beicon. Me lo dijo el doctor Sayers. ¿Alguna vez has comido beicon? Shura, ¿me estás escuchando?».

Alexandr asentía con una sonrisa y tallaba figuras de madera.

—Y en Estocolmo iremos a ese lugar, que se llama..., ahora mismo no lo recuerdo, ah, sí, que se llama el Riddarholm, donde entierran a los reyes. —El rostro de la muchacha mostraba una expresión de deleite—. Los reyes y los héroes de Suecia. Estoy segura de que te gustará. ¿Iremos a verlo?

—Sí, amor mío —asintió Alexandr. Dejó a un lado el cuchillo y el trozo de madera y la cogió por los brazos para acercarla—. Iremos a verlo.

5

—¿Alexandr? —dijo el doctor Sayers, que se sentó en la silla junto a la cama—. Si hablo en voz baja, ¿puedo hablar en inglés? Hablar en ruso me cuesta un esfuerzo tremendo.

—Por supuesto —contestó Alexandr en inglés—. Me gusta escuchar el idioma otra vez.

—Lamento no haber podido venir antes. —Sayers sacudió la cabeza—. Cada vez me encuentro más hundido en el infierno que es el frente soviético. Me estoy quedando sin suministros de todo tipo, los cargamentos de Préstamo y Arriendo no llegan lo bastante rápido. Estoy comiendo comida rusa, no tengo un colchón donde dormir.

—Tendrían que darle un colchón.

—Los colchones son para los heridos. A mí me han dado un trozo de cartón grueso.

Alexandr se preguntó si Tatiana también dormía en un trozo de cartón grueso.

—Creía que a estas alturas ya me habría marchado, pero míreme, todavía sigo aquí. Hago jornadas de veinte horas al día. Pero, por fin, he conseguido un rato libre. ¿Quiere hablar?

Alexandr se encogió de hombros, mientras estudiaba al médico.

—¿De dónde es usted, doctor Sayers?

—De Boston. —El médico sonrió—. ¿Conoce Boston?

—Sí —asintió Alexandr—. Mi familia era de Barrington.

—Ah, bueno —exclamó Sayers—. Prácticamente somos vecinos. —Hizo una pausa—. Cuénteme. ¿Es una historia muy larga?

—Bastante larga.

—¿Me la quiere contar? Me muero por saber cómo un norteamericano ha acabado como comandante del Ejército Rojo.

Alexandr volvió a estudiar al médico.

—¿Cuánto tiempo lleva sin poder confiar en nadie? Confíe en mí — dijo el médico con un tono amable.

Alexandr se lo contó. Si Tatiana confiaba en ese hombre, eso ya era una garantía.

—Una situación un tanto complicada —comentó el médico, cuando el comandante acabó su relato.

—Ya lo puede decir.

Ahora fue el doctor Sayers quien estudió a Alexandr.

—¿Hay alguna cosa en la que le pueda ayudar?

El comandante no contestó.

—¿Quiere usted regresar a casa?

—Sí —respondió Alexandr—. Quiero volver a casa.

—¿Qué puedo hacer? —repitió Sayers.

—Hable con mi enfermera —respondió Alexandr, con la mirada fija en el médico—. Hable con ella. Ella le dirá lo que debe hacer. —¿Dónde estaba su enfermera? Necesitaba mirarla.

—¿Ina?

—No, Tatiana.

—Ah, Tatiana. —En el rostro del médico apareció una expresión de afecto—. ¿Ella está enterada de todo esto?

Alexandr se sorprendió por un momento al ver la expresión del otro, y después se rio por lo bajo, al tiempo que meneaba la cabeza.

—Doctor Sayers, creo que tendré que confiar en usted hasta el final. Tendrá dos vidas en sus manos. Tatiana...

—¿Sí?

—... es mi esposa. —Estas palabras fueron una corriente cálida que le infundió nuevas fuerzas.

El médico lo miró, incrédulo.

—¿Es su esposa?

El comandante observó, un tanto divertido, cómo cambiaban las expresiones del médico hasta que acabó por aceptar la situación con un cierto aire de tristeza.

—Oh, qué estúpido por mi parte —manifestó Sayers—. Tendría que haberme dado cuenta de que Tatiana era su esposa. Ahora de pronto se entienden muchas cosas. —Un tanto agitado, añadió—: Bueno, bueno, mejor para usted.

—¿Cómo...?

—No, comandante. Me refiero a que usted es un hombre afortunado.

—Nadie lo sabe excepto usted, doctor. Hable con ella. Ella no toma morfina. No está herida. Ella le dirá lo que quiere que haga.

—De eso no me cabe la menor duda —afirmó Sayers—. Veo que ya no me marcharé tan pronto como esperaba. ¿Hay alguien más al que quiera que ayude?

—No, muchas gracias.

El doctor Sayers estrechó la mano de Alexandr y se marchó.



—Ina —le preguntó Alexandr a la enfermera que lo atendía entre las visitas de Tatiana—, ¿cuándo me trasladarán a la sala de convalecientes?

—¿Qué prisa tiene? Apenas si ha recuperado el conocimiento. Aquí lo cuidaremos mejor que en cualquier otra parte.

—Lo único que perdí fue un poco de sangre. Déjeme salir de aquí. Iré caminando por mi propio pie.

—Comandante Belov, tiene un agujero en la espalda del tamaño de mi puño —contestó Ina—. Usted no irá a ninguna parte.

—Usted tiene el puño pequeño. ¿A qué viene tanto escándalo?

—Yo le diré a qué viene tanto escándalo. Usted no irá a ninguna parte, y se acabó. Ahora dese la vuelta para que pueda limpiarle esa horrible herida que tiene.

Alexandr se puso boca abajo.

—¿Cómo es de horrible?

—Espantosa, comandante. La metralla le arrancó un trozo de carne.

—¿Me arrancó una libra de carne, Ina? —Alexandr sonrió.

—¿Una qué?

—No me haga caso. Dígame la verdad, ¿estaba muy malherido?

—Estaba muy grave —afirmó Ina, mientras le cambiaba el vendaje—. ¿Qué, la enfermera Metanova no se lo dijo? Esa chica es imposible. El doctor Sayers le echó una mirada cuando lo trajeron y opinó que usted no se salvaría.

Alexandr no se sorprendió lo más mínimo. Había flotado mucho tiempo en la periferia de la consciencia. Aquello no se había parecido mucho a la vida, pero morir le había parecido algo inconcebible. Permaneció muy quieto boca abajo, atento a las palabras de Ina mientras le limpiaba la herida.

—El doctor es un buen hombre, y quería salvarlo, porque se sentía personalmente responsable. Pero dijo que usted había perdido demasiada sangre.

—Ah, ¿por eso estoy en cuidados intensivos?

—Ahora está en cuidados intensivos. —Ina sacudió la cabeza—. No vino aquí cuando lo trajeron. —Le palmeó el hombro—. Lo llevaron directamente a la sala de los casos terminales.

—Vaya. —La sonrisa de Alexandr desapareció.

—Todo por esa Tatiana —añadió Ina—. Ella es... bueno, francamente, creo que se centra demasiado en los casos terminales. Tendría que estar ayudando en cuidados intensivos, pero siempre está en la sala de los terminales intentando salvar a los que ya no tienen salvación.

Así que allí era donde trabajaba.

—¿Qué tal le va? —murmuró Alexandr.

—No muy bien. Mueren constantemente. Pero ella se queda con los pacientes hasta el final. No entiendo por qué lo hace. Se mueren, pero...

—¿Mueren felices?

—Felices no, pero... no sé cómo explicarlo.

—¿Sin miedo?

—¡Sí! —La enfermera se inclinó sobre Alexandr—. Eso es. No tienen miedo. Yo le digo: «Tania, si se van a morir de todas maneras. Déjalos, y no pierdas más el tiempo». Y no se lo digo sólo yo. El doctor Sayers le pide continuamente que venga a trabajar a cuidados intensivos. Pero ella no quiere ni oír hablar del tema. —Inga bajó la voz—. Ni siquiera cuando se lo dice el doctor.

Este último comentario hizo que la sonrisa reapareciera en el rostro de Alexandr.

—Además, tiene una boca que hay que ver. No sé cómo le toleran la décima parte de las cosas que le dice a ese pobre hombre que se mata trabajando en este hospital. Cuando a usted lo trajeron aquí, como le dije antes, el doctor lo miró, sacudió la cabeza y dijo: «Se ha desangrado». Y lo dijo con tristeza. Ví que lo sentía mucho.

«¿Desangrado?». Alexandr palideció.

—«Está desahuciado. No podemos hacer nada», dijo. —La enfermera se detuvo por un momento—. ¿Y sabe usted lo que le dijo Tatiana?

—No me lo puedo ni imaginar. ¿Qué?

—No sé quién se cree ella que es —manifestó, indignada—. Se encaró con él, lo miró a los ojos y le dijo en voz baja: «Pues es una suerte, doctor, que él no dijera lo mismo de usted cuando estaba flotando inconsciente en el río. Fue muy bueno para usted que él decidiera no volverle la espalda cuando se cayó al agua, doctor Sayers». —Ina se echó a reír—. No me lo podía creer. Hablarle de esa manera a un médico...

—¿En qué estaría pensando? —murmuró Alexandr, con los ojos cerrados para imaginarse mejor a su Tania.

—Ella estaba muy decidida. Como si fuera una cuestión personal —opinó la enfermera—. Le dio al doctor un litro de sangre para usted.

—¿De dónde lo consiguió?

—Era de ella, por supuesto. —Ina sonrió—. Afortunadamente para usted, comandante, la enfermera Metanova tiene grupo universal.

«No podía ser de otra manera», pensó Alexandr, con los ojos bien cerrados.

—El doctor le dijo que no podía dar más, y ella le replicó que con un litro no tenía bastante, y él le dijo que de acuerdo, pero que no podía dar más, y ella contestó: «Daré más». Él insistió en que no, y ella en que sí, y al cabo de cuatro horas, se presentó con otro medio litro de sangre.

Alexandr continuó boca abajo, sin perderse palabra, mientras Ina le ponía las vendas limpias. Apenas si respiraba.

—El doctor le dijo: «Tania, está perdiendo el tiempo. Mire la quemadura. Se le infectará». No podíamos darle penicilina hasta que no tuviera el nivel de sangre suficiente. —Alexandr escuchó la risa incrédula de la enfermera—. Así que mientras estaba haciendo la ronda nocturna, ¿a quién me encontré junto a su cama? A Tatiana. Estaba sentada con una jeringa en el brazo, enganchada a un catéter. La miré, y le juro por Dios que no me creerá cuando se lo diga, comandante, pero el catéter lo tenía conectado a la aguja de entrada del suero. —Ina abrió los ojos como platos—. Vi cómo trasvasaba sangre de su arteria radial a sus venas. Me acerqué y le dije: «¿Estás loca? ¿Es que has perdido el juicio? ¿Le estás bombeando tu sangre?». Ella me respondió con ese tono suyo de «no estoy dispuesta a discutir»: «Ina, si no lo hago, morirá». Yo le grité: «Hay treinta soldados en cuidados intensivos que necesitan suturas, vendajes y que limpien las heridas. ¿Por qué no te ocupas de ellos, y dejas que Dios se ocupe de los muertos?». «No está muerto —insistió—. Está vivo, y mientras viva, es mío». ¿Se lo puede creer, comandante? Pues es lo que dijo. «Por todos los santos —exclamé—. De acuerdo, muérete tú también si tanto te empeñas». A mí no me importaba. Pero a la mañana siguiente, cuando fui a quejarme al doctor Sayers de que ella no seguía los procedimientos habituales, le conté lo que había hecho y él salió a buscarla para aclarar las cosas.

Ina hizo una pausa para tomar aliento, y luego añadió con un tono todavía más incrédulo:

—La encontramos inconsciente en el suelo junto a su cama. Parecía estar en coma, pero en cambio usted mostraba una recuperación asombrosa. Todas sus constantes vitales habían subido hasta los valores casi normales. Tatiana se levantó del suelo, pálida como la muerte, y le

dijo al doctor con un tono frío: «¿Quizás ahora pueda suministrarle la penicilina que necesita?». Vi que el doctor estaba atónito, pero accedió. Le dio la penicilina, más plasma y más morfina. Después decidió que haría la intervención para sacarle los fragmentos de metralla, y así fue como le salvó el riñón. Ella no se movió de su lado ni un momento. El doctor le dijo que había que cambiar los vendajes cada tres horas para ayudar al drenaje y evitar la infección. Sólo había dos enfermeras en la sala de terminales, ella y yo, así que tuve que ocuparme de todos los demás pacientes, mientras ella se ocupaba exclusivamente de usted. Durante quince días con sus respectivas noches ella se encargó de limpiarle la herida y de cambiarle los vendajes cada tres horas. Al final parecía un fantasma. Pero usted se salvó. Entonces fue cuando lo trajeron a cuidados intensivos. Yo le dije: «Tania, este hombre tendría que casarse contigo después de todo lo que has hecho por él», y me respondió: «¿Tú crees?». —Ina hizo una pausa—. ¿Está usted bien, comandante? ¿Por qué llora?



Aquella tarde, cuando Tatiana fue a darle de comer, Alexandr tomó su mano y durante largo rato no fue capaz de decir palabra.

—¿Qué pasa, cariño? —le susurró—. ¿Qué te duele?

—El corazón —dijo él.

Desde su asiento, ella se inclinó hacia él.

—Shura, cielo, deja que te dé de comer. Tengo que atender a otras diez personas muy enfermas después de ti. Una de ellas ni siquiera tiene lengua. Imagina lo difícil que tiene que ser eso. Volveré esta noche si puedo. Ina me conoce. Cree que me he encariñado de ti. —Tatiana sonrió—. ¿Por qué me miras de esa forma?

Alexandr seguía sin poder hablar.

Más tarde, aquella misma noche, Tatiana volvió. Las luces estaban apagadas y todos dormían; se sentó junto a Alexandr.

—Tatia...

Con gran serenidad, ella dijo:

—Ina es una bocazas. Le dije que no molestara a mi paciente. No quería que te preocuparas. No ha podido contenerse.

—No te merezco.

—Alexandr, ¿qué crees? ¿Crees que iba a dejarte morir sabiendo que tenemos que salir de aquí? No podía acercarme tanto y después perderte.

—No te merezco —repitió él.

—Marido mío, ¿te has olvidado de Luga? ¿Te has olvidado de Leningrado? ¿De nuestro Lazarevo? Yo no. Mi vida te pertenece.

6

Alexandr abrió los ojos y se encontró con Tatiana sentada en la silla. Dormía profundamente con la cabeza apoyada en el borde de la cama, el pelo rubio cubierto por la toca blanca de las enfermeras. En la sala en penumbra reinaba el silencio y hacía frío. Le quitó la toca y le acarició el mechón que le caía sobre los ojos, las pecas; siguió con la punta de los dedos el perfil de las cejas, de la nariz respingona y de los labios carnosos. Tatiana se despertó.

—Humm —dijo. Levantó una mano y le dio una palmadita en la suya—. Será mejor que me vaya.

—Tania —susurró él—, ¿cuándo volveré a sentirme sano?

—Cariño, ¿no te sientes sano? —replicó ella, con un tono tranquilizador. Se inclinó sobre él y lo acunó—. Abrázame, Shura, abrázame fuerte. —Hizo una pausa y después añadió con pasión—: Como a mí me gusta.

Alexandr la rodeó con sus brazos. Tatiana le echó los brazos al cuello mientras le besaba tiernamente en la cara, con su pelo rozándole el suyo.

—Dime un recuerdo —le pidió Alexandr.

—¿Qué clase de recuerdo estás buscando?

—Ya sabes lo que busco.

Ella continuó besándole en el rostro mientras le susurraba entre beso y beso:

—Recuerdo una noche de lluvia cuando regresamos de casa de Naira y extendimos nuestras mantas delante del fuego, y tú me hiciste el amor de la manera más dulce, y me decías que no dejarías de amarme hasta que yo

te lo suplicara. —Tatiana sonrió, con los labios apoyados en la mejilla de su marido—. ¿Te supliqué que pararas?

—No —dijo él, con voz ronca—. No eres persona dada a suplicar, Tatiasha.

—Ni tú. Y después, te quedaste dormido encima de mí. Me quedé despierta durante no sé cuánto tiempo abrazada a tu cuerpo dormido. No te moví para nada. Me quedé dormida y por la mañana tú seguías encima de mí. ¿Lo recuerdas?

—Sí. —El comandante cerró los ojos—. Lo recuerdo.

«Lo recuerdo todo, cada palabra, cada aliento, cada sonrisa, cada beso que me diste, cada juego que jugamos, cada pastel de col que cocinaste. Lo recuerdo todo».

—Ahora cuéntame tú un recuerdo. Pero hazlo en voz baja, porque si no al ciego, al otro extremo de la sala, le dará un ataque.

Alexandr le apartó el pelo de la cara y sonrió.

—Recuerdo a Axinia en la puerta de la *banya*, mientras nosotros estábamos dentro, bien calientes y enjabonados, y yo tenía que chistarte continuamente para que callaras.

—Shhh —susurró Tatiana, con la mirada puesta en el hombre que dormía en la cama al otro lado del pasillo.

Alexandr advirtió que ella intentaba apartarse.

—Espera —le dijo, sujetándola. Echó una ojeada a la sala en penumbras—. Necesito algo.

—¿Sí? ¿Qué podrá ser? —Tatiana sonrió. Alexandr sabía que ella conocía el significado de su mirada—. Te estás curando por momentos, soldado.

—Mucho más rápido de lo que te imaginas.

—Claro que me lo imagino —replicó Tatiana con el rostro casi pegado al de su marido.

Alexandr comenzó a desabrocharle la pechera del uniforme. Tatiana se apartó.

—No, no lo hagas —le dijo suavemente.

—¿Cómo que no lo haga? Tania, desabróchate el uniforme. Necesito tocar tus pechos.

—No, Shura. Cualquiera que se despierte nos verá. Entonces, nos meteremos en problemas. Ten por seguro que alguien nos verá. Quizá como enfermera podría pasar que te tuviera cogida la mano, pero esto sería muy mal visto. Creo que incluso el doctor Sayers lo encontraría reprochable.

—Necesito mi boca en tu cuerpo —insistió Alexandr, sin soltarle la mano—. Quiero sentir tus pechos contra mi cara, sólo por un segundo. Venga, Tatiasha, ábrete la pechera del uniforme, inclínate sobre mí como si me estuvieras acomodando la almohada y déjame sentir tus pechos en mi cara.

Tatiana exhaló un suspiro y, visiblemente incómoda, se desabrochó el uniforme. Alexandr deseaba tanto tocarla que se había olvidado de cualquier recato. «Todo el mundo está dormido», pensó, mientras observaba cómo ella se desabrochaba el uniforme hasta la cintura, y después, inclinándose sobre la cama, se alzaba la camiseta.

Alexandr soltó una exclamación tan sonora cuando le vio los pechos que Tatiana se apartó rápidamente y se bajó la camiseta. Sus pechos eran el doble de su tamaño anterior; los tenía hinchados y de un color blanco lechoso.

—Tatiana —gimió Alexandr, y antes de que ella pudiera apartarse más la sujetó por un brazo y la acercó.

—Shura, basta, suéltame —protestó.

—Tatiana —repitió el comandante—. Oh, no. Tania.

Tatiana dejó de resistirse a su mano. Se inclinó para darle un beso.

—Venga, déjame —murmuró.

Alexandr no la soltó.

—Oh, Dios mío, estás...

—Sí, Alexandr. Estoy embarazada.

Él miró el rostro radiante de su esposa, sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué demonios vamos a hacer? —preguntó por fin.

—Nosotros —respondió Tatiana, besándolo— vamos a tener un hijo. ¡En Estados Unidos! Así que date prisa y cúrate pronto, para que podamos marcharnos de aquí.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —Quiso saber Alexandr, a falta de una pregunta mejor.

—Desde diciembre.

A Alexandr le corrió un sudor frío por la espalda.

—¿Lo sabías antes de venir al frente?

—Sí.

—¿Te lanzaste a cruzar el hielo sabiendo que estabas embarazada?

—Sí.

—¿Me diste tu sangre sabiendo que estabas embarazada?

—Sí. —Tatiana sonrió—. Sí.

Alexandr volvió la cabeza hacia la tienda de oxígeno, lejos de la pared, de la silla y de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Shura, es por esto por lo que no te lo dije. Sabía que te volverías loco de preocupación por mí, y sobre todo porque todavía no estás bien. Sufrirías por no poder protegerme. Pero estoy bien —afirmó, sin dejar de sonreír—. Estoy muy bien, y todavía es pronto. El bebé no nacerá hasta agosto.

Alexandr se tapó los ojos con el brazo. No podía mirarla. La oyó murmurar:

—¿Quieres mirarme los pechos otra vez?

—Ahora quiero dormir —anunció Alexandr, mientras sacudía la cabeza en respuesta a la pregunta—. Ven a verme mañana. —Ella le besó en el antebrazo.

Tatiana se marchó, y Alexandr se quedó despierto hasta el amanecer.

¿Cómo podía Tatiana no comprender los terrores que le acosaban, el miedo que le helaba el corazón mientras se imaginaba el intento de esquivar a guardias fronterizos del NKVD y cruzar Finlandia, un país hostil, con una esposa embarazada? ¿Qué había pasado con su sentido común, con su sensatez?

«¿Qué estoy pensando? Ésta es la misma chica que caminó tan tranquila ciento cincuenta kilómetros por una zona bombardeada por las tropas de Manstein para traerme el dinero que necesitaba para huir y dejarla a ella atrás. Una auténtica insensata».

«No voy a sacar a mi esposa y a mi hijo de Rusia a pie», se prometió Alexandr firmemente. Sus pensamientos volaron en un instante al apartamento colectivo de Quinto Soviet, a la mugre, el hedor, las sirenas de alarma antiaérea que sonaban por la mañana y por la noche, el frío. Recordó haber visto a una joven madre, sentada en la nieve, congelada, con su bebé congelado en los brazos, y se estremeció. ¿Qué era peor para él como hombre: permanecer en la Unión Soviética o arriesgar la vida de Tatiana para llevarla a casa?

Alexandr, un valiente, un oficial condecorado en el ejército más grande del mundo, se sintió despojado de su hombría al verse enfrentado a unas opciones imposibles.



A la mañana siguiente, cuando Tatiana fue a darle el desayuno, Alexandr le comentó en voz baja:

—Confío en que me comprenderás si te digo que no iré a ninguna parte contigo embarazada.

—¿De qué me hablas? Por supuesto que irás.

—Olvídalo.

—Dios, Shura, por eso no quería decírtelo. Sé cómo te pones.

—¿Cómo me pongo, Tatiana? —replicó él, furioso—. Dime, ¿cómo me pongo? No puedo levantarme de la cama. ¿Cómo quieres que me ponga? Estoy aquí, indefenso, mientras mi esposa...

—¡No estás indefenso, Alexandr! —afirmó ella—. Sigues siendo todo lo que eres, aunque estés herido. Así que no me vengas con ésas. Todo esto es transitorio. Tú eres permanente. Así que coraje, soldado. Mira lo que encontré para ti: huevos. El doctor Sayers me ha garantizado que son huevos de verdad, no deshidratados. Espero tu opinión de experto.

Alexandr se estremeció mientras pensaba en el viaje en camión desde Helsinki a Estocolmo por carreteras cubiertas de hielo, a lo largo de quinientos kilómetros, bajo el fuego de los alemanes. Ni siquiera aguantaba mirar los huevos que ella le ofrecía.

La escuchó suspirar.

—¿Cuál es la naturaleza de tu bestia? —le preguntó ella—. ¿Por qué siempre te pones de esta manera?

—¿Cómo me pongo?

—Así —afirmó Tatiana, mientras le daba el tenedor para los huevos—: Come, por favor.

Alexandr cogió el tenedor y lo arrojó en la bandeja metálica.

—Tania, ve y que te practiquen un aborto —dijo inflexible—. Dile al doctor Sayers que se encargue. Ya tendremos más bebés. Tendremos muchos, muchos bebés, te lo prometo; lo único que haremos es tener bebés, haremos como los católicos, de acuerdo, pero no podemos seguir adelante con nuestros planes si tú estás embarazada; sencillamente no podemos. Al menos, yo no puedo. —Le cogió la mano, pero ella la apartó bruscamente y se levantó.

—¿Estás bromeando?

—Por supuesto que no. Las chicas abortan continuamente. —Hizo una pausa—. Dasha tuvo tres abortos. —Alexandr, al ver la expresión de su esposa, comprendió que estaba horrorizada.

—¿Contigo? —preguntó con una voz apenas audible.

—No, Tatia —respondió él, fatigado. Se frotó los ojos—. Conmigo no.

Tatiana exhaló un suspiro de alivio, aunque su rostro no recuperó el color normal.

—Creía que la práctica del aborto era ilegal desde mil novecientos treinta y ocho.

—¡Por Dios! —exclamó el comandante—. ¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—Eso es. Sí. Muy bien —dijo ella. Le temblaban las manos mientras intentaba recuperar el control de sus nervios—. Quizá tendría que haber

tenido yo también tres abortos ilegales antes de conocerte. Tal vez así hubiese conseguido parecer más atractiva y menos ingenua.

Alexandr tuvo la sensación de que un puño helado le apretaba el corazón.

—Lo siento, no quería decir tal cosa. —Hizo una pausa. Ella estaba demasiado lejos y demasiado alterada como para que él pudiera cogerle la mano—. Creía que Dasha te lo había dicho.

—No, no me lo dijo. —La voz de Tatiana reflejaba su sufrimiento—. Nunca me hablaba de esas cosas. Mi familia me protegía lo mejor que podían. Claro que en el apartamento colectivo, donde vivíamos todos apiñados, acababas enterándote. Sé que mi madre tuvo media docena de abortos en los treinta. Nina Iglenko tuvo ocho, pero no es de eso de lo que estoy hablando.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? ¿De qué estás hablando?

—¿Crees que es algo que yo podría hacer, sabiendo lo que siento por ti?

—No, por supuesto que no. ¿Por qué ibas a hacerlo? —Alexandr alzó la voz—. ¿Por qué ibas tú a hacer algo que me diera un poco de paz?

—Tienes toda la razón. —Tatiana se inclinó sobre su marido, con una expresión de furia—. Tendrás que escoger entre la paz y tu hijo. No creo que te cueste mucho escoger. —Arrojó el plato con los huevos sobre la bandeja y se marchó sin decir nada más.



Tatiana no apareció en todo el día, y Alexandr llegó a la conclusión de que no podía soportar que su esposa estuviera enfadada con él, ni por un minuto, y mucho menos durante las dieciséis horas que tardó en presentarse. Le pidió a Ina y al doctor Sayers que la llamaran, pero al parecer estaba muy ocupada y no podía acudir.

Tatiana apareció en mitad de la noche, con una rebanada de pan blanco y mantequilla.

—Estás enfadada conmigo —dijo Alexandr, mientras cogía la rebanada de pan.

—Enfadada no. Desilusionada.

—Eso es todavía peor. —Alexandr sacudió la cabeza, resignado—. Tania, mírame. —Tatiana le miró, y allí, en los bordes de los iris como corrientes marinas vio cómo fluía el amor por él—. Lo haremos exactamente como tú quieras —añadió—. Como siempre.

Tatiana se sentó en el borde de la cama, con una sonrisa complacida, y sacó un cigarrillo del bolsillo.

—Mira lo que te he traído. ¿Quieres fumar?

—No, Tania —contestó Alexandr, que tendió los brazos y la atrajo hacia él—. Quiero sentir tus pechos en mi cara. —Le dio un beso. Comenzó a desabrocharle el uniforme.

—Esta vez no te espantarás, ¿verdad?

—Tú calla e inclínate sobre mí.

La sala estaba en penumbras y todo el mundo dormía. Tatiana se levantó la camiseta. Alexandr se quedó sin aliento. Ella se inclinó para apretarse contra el rostro de su marido. Con los ojos bien abiertos, él hundió el rostro entre los pechos rotundos y tibios. Inspiró a fondo, mientras besaba la piel blanca sobre su corazón.

—Oh, Tatiasha...

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también te quiero, soldado. —Frotó suavemente sus pechos sobre la boca, la nariz, las mejillas de su esposo—. Tendré que afeitarte. Estás muy barbudo y me pinchas con la barba.

—Y tú eres tan suave... —murmuró Alexandr, metiéndose en la boca uno de sus pezones.

Se dio cuenta de que Tatiana hacía lo imposible por no gemir. Pero cuando no pudo controlarse, y soltó un gemido, Tatiana se apartó rápidamente y se bajó la camiseta.

—Shura, no, no me excites. Te aseguro que se despertarán todos los hombres de la sala. Pueden oler el deseo.

—Yo también —replicó Alexandr con la voz ronca.

Tatiana, con el uniforme abrochado y muy compuesta, lo abrazó.

—Shura, ¿no lo entiendes? Nuestro bebé es una señal de Dios.

—¿Lo es?

—Por supuesto —afirmó ella, con el rostro brillante.

De pronto, Alexandr lo comprendió todo.

—¡Eso explica el brillo! —exclamó—. ¡Por eso eres como una llama cuando caminas por este hospital! ¡Es el bebé!

—Sí —reconoció ella—. Eso es lo que significa para nosotros. Piensa en Lazarevo. ¿Cuántas veces hicimos el amor durante aquellos veintinueve días?

—No lo sé. —El comandante sonrió—. ¿Cuántas? ¿Cuántos ceros detrás del veintinueve?

Tatiana se rio silenciosamente.

—Dos o tres. Hicimos el amor como dos locos, y sin embargo no me quedé embarazada. Pero después viniste a verme un fin de semana, y ya ves el resultado: una diana perfecta.

—Muchas gracias, pero a ti te la debo. Pero, Tania, debo recordarte que también hicimos el amor no sé cuántas veces durante aquel fin de semana.

—Sí.

Se miraron el uno al otro en silencio y sin sonreír. Alexandr lo sabía. Ambos se habían sentido muy cerca de la muerte durante aquel gris fin de semana en Leningrado. No obstante, ahí estaba el resultado.

—Esto es Dios que nos dice que nos vayamos —manifestó Tatiana, como si le hubiese leído el pensamiento—. ¿No lo sientes tú también? Nos está diciendo: «¡Éste es vuestro destino! No permitiré que nada le pase a Tatiana mientras lleve al hijo de Alexandr en su vientre».

—¿Ah, sí? —dijo el comandante mientras acariciaba suavemente el vientre de su esposa—. ¿Dios dice eso? ¿Por qué no se lo dices a aquella mujer que viajó contigo y Dasha en el camión hasta Ladoga, con su bebé muerto en los brazos desde el cuartel hasta Kobona?

—Me siento más fuerte que nunca —afirmó Tatiana, dándole un abrazo—. ¿Dónde está tu famosa fe, grandullón?



—Tania, ¿has hablado con el doctor Sayers? —Alexandr le acariciaba las manos debajo de la manta; le tocaba los dedos, los nudillos, las muñecas, las palmas.

—Por supuesto. No hago otra cosa que hablar con él para repasar los detalles. Estamos esperando a que tú puedas caminar. Todo lo demás está listo. Ya ha rellenado mi documentación como enfermera de la Cruz Roja, con mi nuevo nombre. —Tatiana ronroneó como una gata satisfecha—. Oh, qué agradable, Shura. Creo que me quedaré dormida.

—No te duermas. ¿Cuál es tu nuevo nombre?

—Jane Barrington.

—Muy bonito. Jane Barrington y Tobe Hanssen.

—Tove.

—Mi madre y un finlandés. Vaya pareja que hacemos.

—¿Verdad que sí? —Ella entrecerró los ojos—. ¡Qué agradable, Shura! —murmuró—. No pares, por favor.

—No voy a parar —susurró él clavando sus ojos en ella.

Esto la movió a abrir los ojos.

Un instante. Se miraron, recordando. Un parpadeo.

Tatiana sonrió.

—Por favor, ¿en América podré llevar tu nombre? —susurró ella.

—En América insistiré en que lo lleves. —Él estaba pensativo.

—¿Qué pasa?

—No tenemos pasaportes.

—¿Y? Iremos al consulado de Estados Unidos en Estocolmo. Todo irá bien.

—Lo sé. Pero aún tenemos que pasar de Helsinki a Estocolmo. No podemos quedarnos en Helsinki mucho tiempo. Es demasiado peligroso. Cruzar el mar Báltico no va a ser fácil.

Tatiana sonrió.

—¿Qué pensabas hacer con tu demonio renqueante? Pues lo mismo conmigo. —Hizo una pausa—. «Evgeni llama al barquero... y éste, con

una despreocupación temeraria, está deseando pasarlo, por un cuarto de chelín, al otro lado de ese formidable mar». —Con una sonrisa de felicidad, dijo—: Tu madre, tú, tus diez mil dólares nos llevarán de vuelta a tu América. —Sus delicadas manos estaban enlazadas a las de él.

Alexandr se sentía abrumado por el peso de su amor.

—Shura —dijo Tatiana con voz trémula—, ¿te acuerdas del día en que me diste tu libro de Pushkin? ¿Cuándo me diste de comer en el Jardín de Verano?

—Como si fuera ayer —Alexandr sonrió—. Fue la noche que te enamoraste de mí. —Tatiana se sonrojó y se aclaró la garganta.

—¿Hubieras... si yo no fuera tan recatada... me hubieras...? —Se interrumpió y por un momento apartó la mirada.

—¿Qué? ¿Qué? —Él le oprimió la mano—. ¿Si te hubiera besado?

—Mmm...

—Tatia, me tenías tanto miedo... —Alexandr meneó la cabeza al recordarlo, con el cuerpo dolorido—. Estaba loco por ti. ¿Besarte? Me habría tirado encima de ti en aquel mismo banco junto a Saturno si me hubieras dado alguna señal.

7

Alexandr recuperaba fuerzas día a día. Ahora era capaz de dejar la cama y aguantarse de pie cada vez un poco más, pero le habían suprimido del todo la morfina y sentía un dolor permanente en la espalda que le recordaba su mortalidad. Tallaba madera a todas horas. En aquel momento acababa de tallar una cuna. Pronto, muy pronto, se repetía para sus adentros. Quería que lo trasladaran a la sala de los convalecientes, pero Tatiana le hizo desistir del empeño. Le dijo que allí recibía una atención que no encontraría en ninguna otra parte.

—Recuerda —le dijo Tatiana una tarde mientras se encontraban de pie junto a la cama y él la tenía cogida por la cintura—. Tienes que recuperarte sin que nadie se dé cuenta de que estás mejor, porque de lo contrario, antes de que te enteres, te enviarán otra vez al frente con tu estúpido mortero —añadió con una sonrisa.

Alexandr apartó el brazo y se separó de su esposa. Acababa de ver a Dimitri, que se dirigía hacia ellos.

—Animo, Tatiana —le susurró.

—¿Qué?

—¡Tatiana! ¡Alexandr! —exclamó Dimitri—. ¿No os parece increíble? Los tres juntos otra vez. Sólo nos falta Dasha.

Alexandr y Tatiana permanecieron en silencio, sin mirarse.

—Tania, ¿qué tal van tus pacientes terminales? Acabo de dejar en tu sala un cargamento de sábanas.

—Gracias, Dimitri.

—También he traído cigarrillos para ti, Alexandr. No te molestes en pagármelos. Sé que seguramente no tienes dinero encima. Si quieres,

puedo ir a recoger tu paga y traértela.

—No te preocupes, Dimitri.

—No es ninguna molestia —dijo Dimitri sin moverse de los pies de la cama del comandante, pero con la mirada atenta a cualquier gesto de la pareja—. Por cierto, Tania, ¿qué estás haciendo en cuidados intensivos? Creía que sólo te ocupabas de los terminales.

—Así es. Pero también vengo a ver a los que trasladan aquí. A Lev, el paciente de la cama treinta y dos, lo habían dado por muerto, y ahora está aquí. El pobre no deja de pedir que lo venga a ver.

—Tania, no sólo Lev. —Dimitri sonrió—. Todo el mundo pregunta por ti. —Tatiana no hizo ningún comentario. Tampoco Alexandr, que se sentó en la cama. El soldado continuó observándolos—. Me alegro mucho de haberos visto a los dos. Alexandr, ya vendré mañana a verte otra vez, ¿de acuerdo? Tania, ¿me acompañas hasta la puerta?

—No puedo. Tengo que cambiarle el vendaje a Alexandr.

—Vaya. Es que te buscaba el doctor Sayers. «¿Dónde está mi Tania?», preguntaba el doctor Sayers. —Dimitri sonrió, burlón—. Ésas fueron exactamente sus palabras. Te has hecho muy amiga de él, ¿no? —Enarcó las cejas—. Ya sabes lo que dicen de los norteamericanos.

Tatiana mantuvo una expresión impenetrable. Se volvió hacia el comandante.

—Por favor, acuéstate.

Alexandr no se movió.

—Tania, ¿me has oído? —preguntó Dimitri.

—¡Te he oído! —respondió ella, sin mirarlo—. Si ves al doctor Sayers, dile por favor que me reuniré con él en cuanto pueda.

Dimitri se marchó. Alexandr y Tatiana intercambiaron una mirada.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él.

—En que tengo que cambiarte el vendaje. Acuéstate.

—¿Quieres saber en qué estoy pensando?

—En absoluto —contestó ella.

—Tania, ¿dónde está la mochila con mis cosas? —le preguntó el comandante, tendido boca abajo.

—No lo sé. ¿Por qué? ¿Para qué la necesitas?

—La llevaba a la espalda cuando me hirieron...

—No la llevabas a la espalda cuando te recogimos. Lo más probable es que se perdiera, cariño.

—Sí... —Alexandr no parecía muy convencido—. Pero, por lo general, las unidades de retaguardia se encargan de recogerlo todo después de las batallas. Recogen cosas como éstas. ¿Podrías preguntarlo?

—Por supuesto. —Le retiró el vendaje sucio—. Se lo preguntaré al coronel Stepanov. —Hizo una pausa y Alexandr la oyó ronronear—. Sabes, Shura, en la única cosa en que pienso cuando te veo la espalda es en jugar a «¡Raíles, raíles!». —Le besó el hombro desnudo.

—La única cosa que quiero hacer cuando te veo la espalda —declaró Alexandr con los ojos cerrados— es jugar a «¡Raíles, raíles!».



Aquella misma noche, algunas horas más tarde, cuando ella estaba sentada junto a su cama, Alexandr le dijo:

—Tatiana, tienes que prometerme que si me pasa cualquier cosa, Dios no lo quiera, tú seguirás adelante. —Se lo dijo mientras la abrazaba.

—No seas ridículo. ¿Qué te podría pasar? —Se lo dijo sin mirarlo.

—¿Pretendes hacerte la valiente?

—En absoluto. Nos marcharemos en cuanto estés en condiciones. El doctor Sayers está listo para partir al primer aviso. De hecho, no ve la hora de marcharse. Es un protestón de cuidado. No deja de protestar ni un momento. No le gusta el frío, no le gusta la comida, no le gustan las enfermeras, no le gustan... —Tatiana se interrumpió—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué te podría pasar? No permitiré que regreses al frente, y no me marcharé sin ti.

—En eso mismo estaba pensando. Por supuesto que te marcharás.

—Por supuesto que no.

—Tania, escúchame... —Le cogió la mano.

Tatiana intentó levantarse, pero él no le soltó la mano.

—No quiero escucharte. —La muchacha volvió la cabeza—. Alexandr, por favor, no me asustes. Intento ser todo lo valiente que puedo. Por favor —manifestó Tatiana, con una voz que pretendía ser tranquila.

—Tania, hay muchas cosas que pueden salir mal. —Hizo una pausa—. Sabes muy bien que siempre está el peligro de que me arresten.

—Lo sé. Pero si te detienen los sicarios de Mejlis, te esperaré.

—¿Esperar qué? —exclamó Alexandr, dominado por la frustración.

Había aprendido por las malas que sólo podía confiar en que Tatiana estuviera de acuerdo con él. Si ya se había formado una opinión, entonces ya no podía hacer nada al respecto.

Sus emociones debieron de reflejarse en su rostro, porque ella le cogió las manos curtidas por la guerra entre las suyas tan blancas y suaves, y se las besó, para después repetir: «Te esperaré». Luego, ella intentó apartarse, pero él no se lo permitió. La hizo levantar de la silla, para que se sentara a su lado en la cama.

—¿Me esperarás, dónde?

—En Leningrado. En mi apartamento. Inga y Stanislav se han marchado. Dispongo de dos habitaciones. Te esperaré, y cuando tú regreses, yo estaré allí con tu hijo.

—El ayuntamiento se quedará con el recibidor y la habitación con la estufa.

—Entonces te esperaré en la habitación que queda.

—¿Durante cuánto tiempo?

Tatiana dirigió la vista a los pacientes dormidos, a las ventanas oscuras. Lo miró todo menos a él. En la sala no se escuchaba otro sonido excepto el de su respiración y la de su marido.

—Te esperaré todo lo que haga falta —afirmó sencillamente.

—¡Por todos los demonios! ¿Prefieres acabar convertida en una vieja en una habitación sin estufa ni agua corriente, en lugar de buscarte una vida mejor?

—Sí —proclamó ella, muy decidida—. No hay otra vida para mí, así que ya puedes olvidarte del tema.

—Tania, por favor... —No podía continuar—. ¿Qué pasará cuando Mejlis vaya a por ti? ¿Qué harás entonces? —susurró el comandante.

—Iré allí donde me manden. Iré a Kolima —dijo—. Iré a la península de Taimir. Algún día el comunismo acabará por caer...

—¿Estás segura de eso?

—Sí. Llegará un momento en que no tendrán más gente para la reconstrucción, y entonces me dejarán salir.

—Dios mío —murmuró Alexandr—. Piensa en que ya no eres tú sola. ¡Tienes que pensar en nuestro bebé!

—¿De qué estás hablando? El doctor Sayers no va a llevarme sin ti. No tengo ningún derecho a que me acojan en Estados Unidos. Alexandr, iré contigo a cualquier parte del mundo. ¿Quieres ir a Estados Unidos? Sí. ¿Quieres ir a Australia? Sí. ¿A Mongolia? ¿Al desierto de Gobi? ¿A Daguestán? ¿Al lago Baikal? ¿A Alemania? ¿Al infierno? Te preguntaré: «¿Cuándo nos vamos?». Allí donde quieras ir, iré contigo. Pero si tú te quedas, también me quedo yo. No pienso dejar al padre de mi bebé en la Unión Soviética.

Tatiana se inclinó sobre Alexandr y apretó los pechos contra su rostro, mientras le besaba la cabeza. Después volvió a sentarse y le besó las manos temblorosas.

—¿Qué me dijiste en Leningrado? ¿Qué vida podría construirme sabiendo que te he dejado morir o pudrirte en la Unión Soviética? Te estoy citando. Ésas fueron tus palabras. —Sonrió—. Y en este punto, estoy plenamente de acuerdo contigo. —Tatiana asintió—. Si te dejas, no importa la ruta que tome, con sonoro galope me perseguirá el jinete de bronce durante toda la larga noche.

—Tatiana, estamos en guerra —replicó Alexandr, emocionado—. Estamos en medio de una guerra. —No podía mirarla—. Los hombres mueren en las guerras.

Una lágrima rodó por la mejilla de Tatiana, a pesar de su intento por no llorar.

—Por favor, no te mueras —le suplicó—. No creo que pueda enterrarte. Ya he enterrado a todos los demás.

—¿Cómo puedo morir cuando tú has vertido tu sangre inmortal en mis venas? —preguntó el comandante con voz entrecortada.



Dimitri apareció una mañana muy fría, con la mochila de Alexandr en la mano. Llevaba un brazo vendado y cojeaba mucho de la pierna derecha. El recadero de los generales, el lacayo inútil, que llevaba cigarrillos, vodka y libros de cuartel en cuartel en la retaguardia, el sirviente que se negaba a llevar armas. El soldado se acercó al lecho y le entregó la mochila al comandante.

—Vaya, así que al final la encontraron —comentó Alexandr, con voz tranquila—. ¿Qué te ha pasado en el brazo?

—No te lo vas a creer. Una tontería. Unos tipos que estaban cabreados por no sé qué. Mírame la cara.

Alexandr vio los moretones.

—Dijeron que les cobraba demasiado por los cigarrillos. Tened, os los podéis quedar todos, les dije. Se los quedaron, pero de todas maneras me dieron una paliza. Pero, no tardarán en lamentarlo —afirmó Dimitri con una sonrisa siniestra. Se sentó en la silla debajo de la ventana—. Tatiana me arregló el brazo de maravilla. Mira qué vendaje. —Había algo en la voz de Dimitri que le revolvía el estómago a Alexandr—. Es fantástica, ¿verdad?

—Sí, es una buena enfermera —admitió Alexandr.

—Una buena enfermera, una buena mujer, una buena... —Dimitri se interrumpió.

—Muchas gracias por traerme la mochila.

—No se merecen. —Dimitri se levantó como si fuera a marcharse, pero después, como si se lo hubiera pensado mejor, volvió a sentarse—. Quise asegurarme de que tenías todo lo que necesitabas en la mochila: tus libros, tu estilográfica, papel. Resultó que no tenías papel ni pluma, así que hice bien en mirar, porque te puse una pluma nueva y unas cuantas hojas de papel. Por si quieres escribir alguna carta. —Sonrió

amigablemente—. También encontrarás un par de paquetes de cigarrillos y otro mechero.

—¿Has revisado mis cosas? —preguntó Alexandr con una mirada sombría. La sensación de asco fue en aumento.

—Sólo pretendía ser útil. —Dimitri hizo como si fuera a irse una vez más—. Pero sabes, encontré algo muy interesante.

Alexandr desvió la vista. Había quemado todas las cartas de Tatiana, pero había una cosa que había sido incapaz de quemar. Un faro de esperanza que siempre llevaba con él.

—Dimitri —dijo Alexandr, que arrojó la mochila sobre la cama para después cruzarse de brazos y mirar al soldado con una expresión de desafío—. ¿Qué quieres?

Dimitri, sin alterarse lo más mínimo, recogió la mochila, abrió la solapa y sacó el vestido blanco con las rosas bordadas de Tatiana.

—Mira lo que encontré en el fondo.

—¿Y qué? —preguntó Alexandr con una expresión imperturbable.

—Muy cierto. ¿Y qué? ¿Por qué no ibas a llevar en tu mochila un vestido que es de la hermana de tu novia muerta?

—¿Eso es lo que te sorprende, Dimitri? ¿Que encontraras el vestido? No creo que te haya sorprendido mucho —manifestó el comandante con un tono desabrido—. Sobre todo cuando revisaste mis pertenencias personales para ver si lo encontrabas.

—Bueno, no voy a negarlo —admitió Dimitri, jovial—. Pero en cualquier caso, me sorprendí un poco.

—¿Sorprendido por qué?

—Me dije que era muy interesante. El vestido, y Tatiana está aquí en el frente, trabajando codo con codo con un médico de la Cruz Roja, y tenemos a Alexandr en el mismo hospital. Sospeché que no podía ser una coincidencia. Siempre he creído que os caíais bien. —Miró a Alexandr—. Siempre. Desde el primer momento. Así que fui a ver al coronel Stepanov, que me recordaba de los viejos tiempos, y que se mostró muy amable. Me cae bien ese hombre. Le dije que iba a recoger tu paga para que pudieras comprarte tabaco, mantequilla, vodka o lo que te hiciera falta y él autorizó

para que me entregaran la paga. Pero cuando vi que me daban sólo quinientos rublos y comenté que era muy poco sueldo para un comandante, ¿sabes lo que me dijeron?

Alexandr esperó un momento para recuperar el control y después preguntó:

—¿Qué te dijeron?

—¡Que habías dado la orden de que transfirieran el resto de tu paga a una tal Tatiana Metanova en Quinto Soviet!

—Así es, efectivamente.

—Eso digo yo. Así que fui otra vez a ver al coronel Stepanov. «Coronel —le dije—, ¿no es fantástico que nuestro disoluto Alexandr haya encontrado por fin a una muchacha buena, como la enfermera Metanova?», y el coronel me contestó que él también se había sorprendido mucho cuando se enteró de que te habías casado en Molotov durante el permiso de verano y de que no se lo hubieras dicho a nadie.

Alexandr permaneció en silencio.

—¡Sí! Eso es lo que me dijo —exclamó Dimitri cortés y alegremente—. Le comenté que desde luego era sorprendente porque yo era tu mejor amigo y no lo sabía, y el coronel estuvo de acuerdo en que eras un tipo muy reservado. «No tiene usted idea cuánto, señor», le dije.

El comandante desvió la vista para mirar a los soldados que yacían en las camas. Se preguntó si podría levantarse. ¿Podría? ¿Podría caminar? ¿Qué podía hacer?

—¡Escucha, es fantástico! —afirmó Dimitri. Dejó la silla—. Sólo quería felicitarte. Ahora mismo iré a buscar a Tatiana para felicitarla a ella también.



Tatiana fue a ver a Alexandr a última hora de la tarde. Después de darle de comer fue a buscar un cubo de agua caliente y jabón.

—Tania, no cargues con ese cubo. Pesa demasiado para ti.

—Calla —le respondió ella con una sonrisa—. Cargo con tu bebé. ¿Crees que un cubo es demasiada carga para mí?

No hablaron mucho. Tatiana le lavó el cuerpo con una esponja, lo afeitó y después le secó el rostro. Él mantuvo los ojos cerrados para evitar que descubriera sus pensamientos, pero de vez en cuando olía su aliento cálido y notaba el roce de sus labios en las cejas y en los dedos. Sintió sus caricias en la cara, y la oyó suspirar.

—Shura, hoy he visto a Dimitri —dijo con un tono compungido.

—Sí. —No era una pregunta.

—Sí. Estaba... —Se interrumpió—. Me comentó que tú le habías dicho que estábamos casados y que se sentía muy feliz por nosotros. —Exhaló un suspiro—. Supongo que era inevitable que acabara por enterarse.

—Así es, Tatiana. Hicimos todo lo posible por ocultarnos de Dimitri, pero a sabiendas de que acabaría por enterarse.

—Escucha, quizás esté en un error, pero no parecía tan nervioso como antes. Como si ya no le importáramos para nada. ¿Tú qué opinas? —preguntó con un tono ilusionado.

Alexandr sintió el deseo de preguntarle: «¿Crees que esta guerra lo ha convertido en un ser humano? ¿Crees que esta guerra es una escuela de humanitarismo y que Dimitri está preparado para graduarse con honores?». Pero entonces Alexandr abrió los ojos y vio la expresión atemorizada de su esposa.

—Creo que tienes razón —mintió mientras le cogía una mano—. Me parece que ya ha perdido cualquier interés por nosotros.

Tatiana se aclaró la garganta. Apoyó una mano en el rostro afeitado de su marido. Se inclinó un poco hacia delante.

—¿Crees que tardarás mucho en levantarte? No es que quiera meterte prisa. Ayer vi que intentabas caminar. ¿Te duele cuando estás de pie? ¿Te molesta la espalda? Te estás curando, Shura. Lo haces muy bien. En cuanto estés preparado, nos marcharemos. Y entonces no lo volveremos a ver nunca más.

Alexandr la miró durante unos minutos que se hicieron eternos.

—Shura, no te preocupes —añadió Tatiana, sin darle tiempo a que abriera la boca—. Mis ojos están bien abiertos. No me llamo a engaño. Veo a Dimitri tal como es.

—¿Seguro?

—Sí. Porque él, como todos los demás, es la suma de sus partes.

—No se le puede redimir, Tania. Ni siquiera tú eres capaz de hacerlo.

—¿Eso crees? —Tatiana intentó sonreír.

—Él es exactamente como quiere ser. —Alexandr le apretó la mano—. ¿Cómo se le puede redimir cuando ha construido toda su vida sobre lo que él cree que es la única manera de vivir? No la tuya, ni la mía, sino la suya. Se ha hecho a sí mismo a base de mentiras, engaños, manipulaciones, malicia, de desprecio hacia mí y falta de respeto hacia ti.

—Lo sé.

—Vete con mucho cuidado con él, ¿de acuerdo? Y no le digas nada.

—De acuerdo.

—¿Qué haría falta, Tatiana, para que tú lo rechazaras, para que le volvieras la espalda? Para decir: no puedo cogerlo de la mano porque él no quiere la salvación. ¿Qué?

—Sí que quiere la salvación, Shura. Sólo que no tiene ninguna esperanza de conseguirla.



Dimitri fue a ver a Alexandr al día siguiente. Caminaba con la ayuda de un bastón. «Esto se está convirtiendo en parte de mi vida. Están combatiendo al otro lado del río, atienden a los heridos en la sala vecina, los generales elaboran sus planes, los trenes transportan comida a Leningrado, los alemanes nos diezman desde las alturas de Siniavino, el doctor Sayers se prepara para abandonar la Unión Soviética, Tatiana cuida de los soldados que agonizan, mientras una nueva vida crece en su vientre, y yo estoy aquí en mi cama, donde me cambian las sábanas todos los días, mientras veo cómo el mundo pasa a mi lado. Veo cómo los minutos pasan raudos a mi lado». Alexandr estaba tan harto que apartó las mantas y dejó la cama.

Estaba desenganchando la bolsa de suero, cuando Ina se acercó corriendo y lo obligó a meterse en la cama, mientras le decía que no volviera a intentarlo nunca más. «O se lo diré a Tatiana», susurró antes de marcharse y dejarlo solo con Dimitri, que se dejó caer en la silla.

—Alexandr, necesito hablar contigo. ¿Estás lo bastante fuerte como para escucharme?

—Sí, Dimitri. Estoy lo bastante fuerte como para escucharte —respondió Alexandr, que apeló a todas sus fuerzas para volver la cabeza hacia su visitante. Pero no pudo enfrentarse a su mirada.

—Escucha, me siento muy feliz porque tú y Tania estéis casados. Lo digo de todo corazón. Pero, Alexandr, como tú sabes, hay una cosa todavía pendiente entre nosotros.

—Lo sé —admitió el comandante.

—Tania es muy buena, sabe mantener la compostura. Creo que la he subestimado. Es mucho más fuerte de lo que creía.

Dimitri no tenía idea.

—Sé que vosotros dos estáis planeando alguna cosa. Lo sé. Es una sensación que tengo. Intenté hablar con ella. Insistió en que no sabía de qué le estaba hablando. Pero ¡lo sé! —Dimitri parecía excitado—. Te conozco, Alexandr Barrington, así que te pregunto si quizás hay un lugar para tu viejo amigo en tus planes.

—No sé de qué me estás hablando —respondió Alexandr sin vacilar, mientras pensaba: «Hubo un tiempo en el que no podía confiar en nadie más que en este hombre, y puse mi vida en sus manos»—. Dimitri, no tengo planes.

—De acuerdo, pero verás, ahora comprendo muchas cosas —afirmó Dimitri con una sonrisa servil—. Tatiana es la razón por la que arrastras los pies en lugar de correr. —Hizo una pausa—. ¿Estás buscando la manera de escapar con ella? ¿No quieres largarte y dejarla a ella atrás? En cualquier caso, no te culpo. —Se aclaró la garganta—. Pero lo que digo ahora es que debemos irnos, todos juntos.

—No tenemos ningún plan —insistió Alexandr—. Pero si hay algún cambio, te lo haré saber.



Dimitri volvió una hora más tarde, pero esta vez con Tatiana. La hizo sentarse en la silla, y él se puso en cuclillas junto a la muchacha.

—Tatiana, necesito que hagas entrar en razón a tu marido —manifestó Dimitri—. Explícale que lo único que quiero de vosotros dos es que me saquéis de la Unión Soviética. Veréis, cada vez estoy más inquieto y nervioso, porque no soporto la idea de que vosotros dos os marchéis y me dejéis aquí, en mitad de una guerra. ¿Lo comprendéis?

Alexandr y Tatiana permanecieron callados.

El comandante miraba la manta. Tatiana miraba a Dimitri. Y entonces, cuando él vio que Tatiana miraba a Dimitri sin pestañear, se sintió fuerte y también miró a Dimitri.

—Tania, estoy de tu parte —añadió Dimitri—. No quiero que a ti ni a Alexandr os pase nada. Todo lo contrario. —Sonrió—. Os deseo la mejor de las suertes. Es muy difícil para cualquiera encontrar la felicidad. Lo sé. Lo he intentado. Lo que vosotros habéis conseguido, no sé cómo, es un milagro. Ahora lo único que quiero es una oportunidad para mí también. Es lo único que siempre he querido. Sólo quiero que me ayudéis.

—La supervivencia de uno mismo es un derecho inalienable —afirmó Alexandr.

—¿Qué? —exclamó Dimitri.

—Nada —replicó el comandante.

—Dimitri, la verdad es que no sé qué tiene que ver todo esto conmigo —señaló Tatiana.

—Pues tiene que ver todo, mi querida Tanechka, todo tiene que ver contigo. A menos, por supuesto, que estés dispuesta a escapar con ese médico norteamericano tan sano y apuesto, y no con tu esposo herido. Has estado elaborando planes para marcharte con Sayers cuando él regrese a Helsinki, ¿no es verdad?

La pareja no le contestó.

—No tengo tiempo para estos juegos —afirmó Dimitri, que se levantó con la ayuda del bastón—. Tania, te hablo a ti. Si no me llevas contigo,

mucho me temo que Alexandr tendrá que quedarse en la Unión Soviética conmigo.

Tatiana permaneció sentada estoicamente en la silla, con la mano cogida a la de Alexandr. Después miró a su marido y luego se encogió de hombros.

Alexandr le apretó la mano con tanta fuerza que ella soltó un quejido.

—Vamos, vamos —dijo Dimitri—. Ése es el momento que quiero ver. Ella te convence, porque milagrosamente lo ve todo. Tatiana, ¿cómo lo haces? ¿Cómo es que tienes esa habilidad sorprendente de verlo todo? Tu marido, que no la tiene, intenta resistirse, pero al final acaba cediendo al saber que es la única manera.

Alexandr y Tatiana no dijeron ni una palabra. Él aflojó la presión sobre la mano de su esposa. Dimitri se cruzó de brazos.

—No me marcharé de aquí sin una respuesta —anunció—. ¿Qué dices, Tania? Alexandr es amigo mío desde hace seis años. Os aprecio a los dos. No quiero tener problemas. —Dimitri puso los ojos en blanco—. Creedme, detesto los problemas. Lo único que quiero es una pequeña parte de lo que estáis planeando para vosotros. Eso no es mucho pedir, ¿verdad? Sólo quiero una parte muy pequeña. ¿No tendrás remordimientos, Tania, si me niegas la oportunidad de una nueva vida? Venga, tú, que el año pasado le diste las gachas que te quedaban a Nina Iglenko para que no se muriera de hambre, ¿vas a negarme tan poco cuando tienes tanto? —añadió con la vista puesta en Alexandr.

—Tania, no lo escuches —declaró Alexandr, en cuyo corazón el dolor y la furia estaban librando un duro combate—. Dimitri, déjala en paz. Esto es algo entre nosotros. Esto no tiene nada que ver con ella. —Dimitri estaba callado. Tatiana acariciaba la palma de su marido, pensativa, fuerte, rítmicamente. Abrió la boca—. No digas ni una palabra, Tatiana —le ordenó él.

—Dila, Tatiana —insistió Dimitri—. Te toca a ti. Por favor, déjame escuchar tu respuesta, porque no me queda mucho tiempo.

Alexandr miró a Tatiana, que se puso de pie.

—Dimitri —respondió Tatiana, sin pestañear—, pobre de aquel que está solo cuando cae, porque no tiene a nadie que lo ayude a levantarse.

El soldado se encogió de hombros.

—Debo entender que eso significa que tú... —Se interrumpió—. ¿Qué? ¿Qué me estás diciendo? ¿Es un sí o un no?

—Mi marido te hizo una promesa —contestó Tatiana, en voz muy baja y con la mano cogida a la de Alexandr—. Él siempre cumple su palabra.

—¡Sí! —exclamó Dimitri, al tiempo que intentaba acercarse a la muchacha. Alexandr vio cómo ella se apartaba rápidamente.

—Las personas nobles nunca olvidan las buenas acciones —afirmó Tatiana—. Dimitri, ya te informaré de nuestros planes más adelante. Pero tienes que estar preparado para partir al primer aviso, ¿de acuerdo?

—Ya estoy preparado —dijo Dimitri, entusiasmado—, y va en serio. Quiero marcharme cuanto antes mejor. —Le extendió la mano izquierda a Alexandr, que hizo como si no la viera. No tenía la intención de estrechar la mano del soldado.

Fue Tatiana la que se encargó de unir las manos de ambos.

—Todo irá bien —señaló con voz temblorosa—. Todo irá bien.

Dimitri se marchó.

—Shura, ¿qué podemos hacer? —preguntó ella mientras le daba de comer—. Tendrá que funcionar. Cambia las cosas un poco, pero ya le buscaremos alguna solución. —Alexandr la miró. Ella asintió—. Quiero sobrevivir por encima de todo lo demás. Tú mismo me lo dijiste.

«¿Qué más me dijiste, Tatiana? —pensó Alexandr—. ¿Qué me dijiste en la cúpula de San Isaac bajo el cielo oscuro de Leningrado?».

—Lo llevaremos con nosotros. Nos dejará en paz. Ya lo verás. Ahora ocúpate de sanar cuanto antes.

—Vámonos, Tania —le rogó el comandante—. Dile al doctor Sayers que nos marcharemos cuando diga. Ya me encargaré yo de estar preparado.

Tatiana marchó.



Pasó un día.

Al siguiente, volvió Dimitri.

Se sentó en la silla junto a Alexandr, que no lo miró. El comandante miró a larga, media y corta distancia la manta de lana marrón, mientras intentaba recordar el último nombre del hotel de Moscú donde había vivido con sus padres. El hotel cambiaba de nombre cada dos por tres. Había sido una fuente de hilaridad y confusión para Alexandr, que ahora intentaba borrar de su mente a Tatiana y a la persona que ocupaba la silla a un metro de él. «Oh, no», pensó Alexandr, con una punzada de dolor.

Recordó el último nombre del hotel.

Era Kirov.

Dimitri carraspeó. El comandante esperó.

—Alexandr, ¿podemos hablar? Esto es muy importante.

—Todo es importante —afirmó Alexandr—. Lo único que hago es hablar. ¿Qué pasa? —No miraba a su visitante.

—Se trata de Tatiana.

—¿Qué pasa con ella?

Alexandr miró el frasco de suero. ¿Cuánto tiempo tardaría en desconectarlo? ¿Se desangraría? Echó una ojeada a la sala. Acababan de comer, y los demás pacientes dormían o leían. La enfermera de turno también leía sentada en una silla junto a la puerta. Alexandr se preguntó dónde estaría Tatiana. No necesitaba el suero. Tatiana se lo había dejado para obligarle a permanecer en la sala de cuidados intensivos, para mantenerlo en la cama. «No, no pienses en Tatiana». Se sentó en la cama, con la espalda apoyada en la pared.

—Alexandr, sé lo que sientes por ella.

—¿Lo sabes?

—Por supuesto.

—No sé por qué, pero lo dudo. ¿Qué pasa con ella?

—Está enferma.

Alexandr no dijo nada.

—Sí, está enferma. Tú no sabes lo que yo sé. No ves lo que yo veo. Es como un fantasma que ronda por el hospital. Se desmaya continuamente.

El otro día se quedó desmayada en la nieve durante no sé cuánto tiempo. Un teniente tuvo que levantarla. La llevamos para que la viera el doctor Sayers. Intentó hacerse la valiente.

—¿Cómo sabes que estaba tendida en la nieve?

—Me lo contaron. Lo escuché todo. También la veo en la sala de terminales. Se apoya en la pared cuando camina. Le dijo al doctor Sayers que no le dan bastante comida.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo Sayers.

—Por lo que se ve, tú y el doctor Sayers os habéis hecho grandes amigos.

—No. Yo sólo le traigo los suministros médicos que llegan a través del lago. Nunca parece tener bastante. Hablamos unos minutos, pero eso es todo.

—¿A qué viene todo esto?

—¿Tú sabías que no se encontraba bien?

Alexandr mostraba una expresión pensativa. Sabía la razón por la que Tatiana no tenía bastante comida, y sabía el motivo de los desmayos. Pero lo último que estaba dispuesto a hacer era confiar a Dimitri cualquier cosa relacionada con Tatiana. El comandante retrasó un poco más la respuesta, y después preguntó a su vez:

—Dimitri, ¿tienes algo concreto que decir?

—Sí que lo tengo. —Dimitri bajó la voz, y acercó la silla un poco más a la cama. Alexandr contuvo el impulso de apartarse—. Lo que estamos planeando es peligroso. Requiere fuerza física, coraje, entereza.

Alexandr miró a Dimitri.

—¿Sí? —dijo, sorprendido de que una palabra como «entereza» pudiera salir de la boca de Dimitri—. ¿Y qué?

—¿Crees que Tatiana será capaz de salir adelante?

—¿De qué estás hablando? —Alexandr palideció.

—¡Alexandr, escúchame un segundo! Espera, antes de decir nada más. Escucha. Ella es débil y nos espera un viaje muy arduo. Incluso con la ayuda de Sayers. ¿Sabes que hay seis puestos de control desde aquí a Lisii

Nos? Seis. En cuanto diga la más mínima cosa, estaremos perdidos. Alexandr —Dimitri hizo una pausa—, ella no puede venir.

—No pienso escuchar más estupideces —manifestó Alexandr.

—No me estás escuchando.

—Tienes razón. No te escucho.

—Deja de ser tan obstinado. Sabes que tengo razón.

—¡En absoluto! —exclamó Alexandr, con los puños apretados—. Sé que sin ella... —Se interrumpió. ¿Qué estaba haciendo? ¿Intentaba convencer a Dimitri? Hablar bajo le requería un esfuerzo que no estaba dispuesto a hacer—. Estoy cansado —afirmó en voz alta—. Acabaremos esta conversación en otro momento.

—¡No hay más momentos! —siseó Dimitri—. ¡No levantes la voz! Se supone que nos marcharemos dentro de cuarenta y ocho horas. Te lo advierto, no estoy dispuesto a jugármela porque tú no veas las cosas claras.

—Las veo claras como el cristal, Dimitri —replicó Alexandr, con un tono que no admitía discusión—. Ella está bien, y vendrá con nosotros.

—Se vendrá abajo en cuanto llevemos seis horas de camino.

—¿Seis horas? ¿Dónde has estado? Está aquí las veinticuatro horas del día. No está sentada en un camión, fumando y bebiendo vodka en las horas de trabajo. Duerme sobre un trozo de cartón, come lo que los soldados no se acaban, y se lava la cara en la nieve. No me vengas con eso de que no aguantará.

—¿Qué pasará si ocurre algún incidente en la frontera? ¿Qué pasará si a pesar de los esfuerzos de Sayers nos detienen para interrogarnos? Tú y yo podemos utilizar nuestras armas, podemos luchar si es necesario.

—Se hará lo que debamos hacer. —Alexandr miró furioso el bastón de Dimitri, su rostro lleno de morados, el cuerpo encorvado.

—Sí, pero ¿qué hará ella?

—Ella hará lo que tenga que hacer.

—¡Se desmayará! Caerá de bruces en la nieve, y tú no sabrás si disparar contra los guardias o correr en su ayuda.

—Haré las dos cosas.

—No puede correr, no puede disparar, no puede luchar. Se desmayará en cuanto surja el primer problema, y créeme que siempre aparecerá algún problema.

—¿Puedes correr, Dimitri? —preguntó Alexandr, con un tono que reflejaba el odio que sentía.

—Sí. Todavía soy un soldado.

—¿Qué me dices del doctor? Él tampoco puede luchar.

—¡Él es un hombre! Francamente, me preocupa muy poco lo que le pueda pasar.

—¿Estás preocupado por Tatiana? Me alegra saberlo.

—Me preocupa lo que pueda hacer.

—Ah, ésa es una diferencia muy sutil.

—Me inquieta que tú estés tan preocupado por ella que acabes por estropearlo todo con algún error estúpido. Ella nos retrasará, hará que te pienses dos veces los riesgos que podemos asumir. El puesto de control en el bosque de Lisii Nos está mal defendido, pero no sin defensas.

—Tienes razón. Quizá tengamos que luchar por nuestra libertad.

—Entonces, ¿estás de acuerdo?

—No.

—Alexandr, escúchame. Ésta es nuestra última oportunidad. Lo sé. Tenemos un plan perfecto, podría funcionar muy bien. Pero ella nos llevará a la ruina. No está a la altura. No seas estúpido ahora que estamos tan cerca. —Dimitri sonrió—. ¡Esto es lo que estábamos esperando! Se acabaron los ensayos, los mañanas y la próxima vez. Esta vez va en serio.

—Sí. Esta vez va en serio. —Cerró los ojos un momento, pero le costó volver a abrirlos.

—Así que escúchame.

—No te escucharé.

—¡Me escucharás! —exclamó Dimitri—. Tú y yo venimos planeando esto desde hace mucho tiempo. ¡Aquí está nuestra oportunidad! No te digo que dejemos a Tania para siempre en la Unión Soviética. En absoluto. Lo que digo es que nosotros, dos hombres, hagamos lo que debemos hacer para escapar. Para escapar, y lo que es más importante, ¡escapar vivos! Tú

no le servirás de nada muerto y yo no disfrutaré en Estados Unidos si me matan. Vivos, Alexandr. Además, si tenemos que ocultarnos en los pantanos...

—Vamos a ir a Helsinki en camión. ¿De qué pantanos hablas?

—He dicho si tenemos. Tres hombres y una muchacha débil, ¡somos una muchedumbre! Más que ocultarnos, estamos pidiendo que nos atrapen. Si algo le ocurre a Sayers, si a Sayers lo matan...

—¿Por qué nadie iba a matar a Sayers? Es un médico de la Cruz Roja.
—Alexandr observó a Dimitri atentamente.

—No lo sé. Pero si tenemos que abrirnos paso a través del mar Báltico, en el hielo, a pie, ocultos en camiones, bueno, dos hombres pueden conseguirlo, pero ¿tres personas? Llamaríamos mucho la atención. Nos detendrán en menos que canta un gallo. Y ella no lo conseguirá.

—Consiguió cruzar el cerco. Consiguió cruzar el Volga helado. Sobrevivió a Dasha. Lo conseguirá —manifestó Alexandr, aunque en su corazón no estaba tan seguro. Los peligros que señalaba Dimitri eran los mismos que provocaban su ansiedad en cuanto a Tatiana—. Todo lo que dices puede que sea cierto —añadió con un gran esfuerzo—, pero te olvidas de dos cosas muy importantes. ¿Qué crees que le pasará a ella en cuanto informen de mi desaparición?

—¿A ella? Nada. Se sigue llamando Tatiana Metanova. —Dimitri asintió con una expresión taimada—. Tú te has ocupado a conciencia de que nadie esté enterado de vuestro matrimonio. Eso te ayudará mucho.

—A ella no la ayudará.

—Nadie lo sabrá.

—Te equivocas —señaló Alexandr—. Yo lo sabré. —Apretó los dientes para reprimir el gemido de dolor.

—Sí, pero tú estarás en Estados Unidos. Tú habrás vuelto a casa.

—Ella no se puede quedar —insistió el comandante.

—Claro que puede. Estará bien, Alexandr. No conoce otra vida que ésta.

—¡Tú tampoco!

—Saldrá adelante, y será como si nunca te hubiera conocido.

—¿Cómo?

Dimitri se echó a reír.

—Sé que te tienes por un gran tipo, pero ella lo superará. Otras lo han hecho. Sé que seguramente te quiere mucho, pero con el paso del tiempo conocerá a algún otro y estará bien.

—¡Deja de comportarte como un idiota! ¡La arrestarán al tercer día! La esposa de un desertor. Tres días. Y tú lo sabes. Deja de decir idioteces.

—¡Nadie sabrá quién es!

—¡Tú lo descubriste!

—Tatiana Metanova regresará al hospital Gresheski, y continuará con su vida en Leningrado. Y si todavía la quieres cuando estés instalado en Estados Unidos, después de que la guerra se acabe, puedes enviarle una carta formal invitándola a visitar a una tía lejana que está muy enferma. Viajará por los medios convencionales, si puede, en tren y en barco. Piensa en esto como una separación temporal, hasta que llegue el momento oportuno para ella. Para todos nosotros.

Alexandr se rascó la nariz con la mano izquierda. «Que alguien venga y me rescate de este infierno», pensó. Comenzó a tener dificultades para respirar.

—Dimitri. —Alexandr lo miró a la cara—. Tienes la oportunidad, por segunda vez en tu vida, de hacer algo decente. Aprovéchala. La primera fue cuando me ayudaste a ver a mi padre. ¿Qué más te da que venga con nosotros?

—Tengo que pensar en mí mismo, Alexandr. No puedo pasarme todo el tiempo pensando en cómo proteger a tu esposa.

—¿Cuánto tiempo has dedicado a pensar en protegerla? —exclamó Alexandr—. Nunca has pensado en nadie más que en ti mismo.

—Mira quién habla. —Dimitri se rio.

—Ven con nosotros. Ella te tendió su mano.

—Para protegerte.

—Sí, pero eso no significa que no te la extendiera. Cógela. Ella conseguirá sacarnos de aquí. Todos seremos libres. Tendrás aquello que más ambicionas: vivir en libertad lejos de la guerra. Es lo que más deseas,

¿no? —Alexandr recordó las palabras de Tania en San Isaac. «Quiere que le des lo que tú más quieres». Pero Alexandr no se dejaría derrotar. «Nunca te lo quitará todo, Alexandr —le había dicho su Tatiana—. Él nunca tendrá tanto poder»—. Vivirás en libertad por ella. No moriremos por ella.

—Nos matarán a todos por ella.

—Te lo garantizo; tú no morirás. Aprovecha esta oportunidad, vive tu vida. No te estoy negando lo que te pertenece legítimamente. Te prometí que te sacaría y lo haré. Tatiana es muy fuerte, y no nos fallará. Ya lo verás. No flaqueará. Sólo tienes que decir que sí. Ella y yo haremos el resto. Tú mismo lo dijiste: «ésta es nuestra última oportunidad». Estoy de acuerdo. Ahora más que nunca.

—No lo dudo —afirmó Dimitri despectivamente.

—¡Deja que te guíe alguna otra cosa! —dijo Alexandr en un intento por disimular la rabia—. Esta guerra te ha encerrado en ti mismo, te has olvidado de las demás personas. Recuérdalo. Aunque sólo sea una vez. Tú sabes que si se queda aquí, morirá. Sálvala, Dimitri. —Alexandr estuvo a punto de agregar: «por favor».

—Si viene con nosotros, moriremos todos —opinó Dimitri, con toda frialdad—. Estoy convencido.

Alexandr movió el cuerpo hacia delante, y una vez más se enfrentó a la media distancia. Sus ojos se nublaron, se aclararon, volvieron a nublarse.

Lo envolvió la oscuridad.

—Alexandr, piensa en esto como en morir en el frente. Si tú hubieras muerto en el hielo, ella hubiera tenido que buscar la manera de continuar viviendo en la Unión Soviética, ¿no? Pues es la misma cosa.

—Es toda la diferencia del mundo. —Alexandr miró sus manos agarrotadas. Porque ahora había luz delante de ella.

—Para ella, no habrá diferencia alguna. De una manera u otra, está sin ti.

—No.

—¡Ella es un precio muy pequeño que pagar por América! —exclamó Dimitri.

Alexandr se estremeció, pero no abrió la boca. Su corazón amenazaba con estallar en cualquier momento.

—Ella nos condenará a todos.

—Dimitri, ya he dicho que no —replicó el comandante, con voz acerada.

Dimitri entrecerró los párpados.

—¿Es que no quieres darte por enterado? Ella no viene.

—¡Por fin! —Alexandr se rio—. Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en proferir tus inútiles amenazas. ¿Dices que no puede venir?

—No, no puede.

—De acuerdo. Entonces yo tampoco. La cosa queda cancelada. Se acabó. El doctor Sayers se marcha a Helsinki inmediatamente. Dentro de tres días, me enviarán de nuevo al frente. Tania volverá a Leningrado. —Miró a Dimitri con una mirada de odio y desprecio—. No irá nadie. Ya puedes marcharte, soldado. Nuestra entrevista ha concluido.

Dimitri miró a Alexandr, boquiabierto.

—¿Me estás diciendo que no te marcharás sin ella?

—¿Qué pasa? ¿Estás sordo?

—Vaya. —Dimitri hizo una pausa y se frotó las manos. Se inclinó sobre la cama—. ¡Me subestimas, Alexandr! Veo que no quieres atender a razones. Peor para ti. Quizás entonces tenga que ir a hablar con Tania y explicarle cuál es la situación. Ella es mucho más razonable. En cuanto Tania vea que su marido está en grave peligro, vaya, estoy seguro de que ella misma propondrá quedarse. Y...

Dimitri no acabó la frase. Alexandr sujetó el brazo de Dimitri. El soldado gritó, al tiempo que intentaba levantar la otra mano, pero ya era demasiado tarde. Alexandr le sujetaba las dos.

—A ver si lo entiendes —dijo Alexandr mientras retorció la muñeca de Dimitri—. Me importa una mierda que hables con Tania, con Stepanov, con Mejlis o con toda la Unión Soviética. ¡Diles lo que quieras! No me marcharé sin ella. Si ella se queda, yo me quedo. —Alexandr dio un tirón salvaje y le rompió el cubito. Incluso en su furia, Alexandr oyó el chasquido. Sonó como un hachazo contra un tronco de pino en Lazarevo.

Dimitri soltó un alarido. Alexandr no lo soltó—. ¡Tú me has subestimado, maldito cabrón! —Volvió a retorcerle la muñeca hasta que el hueso roto perforó la carne.

Dimitri seguía chillando. Comenzó a darle puñetazos en la cara y el gancho de izquierda hubiera hecho que el hueso roto de la nariz se clavara en el lóbulo frontal de Dimitri de no haber sido porque el impacto lo amortiguó un enfermero, que sujetó el brazo del comandante justo a tiempo; y después casi se echó encima de Alexandr mientras gritaba:

—¡Basta! ¿Qué está haciendo? ¡Suéltelo, suéltelo!

Alexandr apartó a Dimitri de un empujón y el soldado cayó al suelo.

—Apártese de mí —le ordenó al enfermero que lo miraba, atónito.

En cuanto el otro se apartó, Alexandr comenzó a limpiarse las manos. Se había arrancado la aguja del suero y ahora la sangre goteaba de la vena abierta. «¿Así que sangra?», pensó.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —gritó la enfermera acercándose a la carrera—. ¿Qué escándalo es éste? El soldado viene a visitarlo, y ¿esto es lo que usted le hace?

—La próxima vez no lo deje pasar —replicó Alexandr. Apartó las mantas y se levantó de la cama.

—¡Métase en la cama ahora mismo! Mis órdenes son que usted no debe levantarse de la cama bajo ninguna circunstancia. Espere a que venga Ina. Nunca había trabajado en cuidados intensivos. ¿Por qué siempre tiene que pasar todo en mi turno?

Después de media hora de discusiones se llevaron a Dimitri, que seguía inconsciente, y el enfermero en persona se encargó de ordenar las cosas mientras rezongaba que ya tenía bastante trabajo como para que los heridos convirtieran en heridos a hombres perfectamente sanos.

—¿A eso llamas sano? —le preguntó Alexandr—. ¿Has visto cómo cojea? ¿Has visto cómo tiene la cara? Pregunta por ahí. No es la primera vez que le dan una paliza y te garantizo que no será la última.

Pero Alexandr sabía que su intención no había sido darle una paliza. De no haberlo evitado el enfermero hubiera matado a Dimitri con sus propias manos.



Alexandr se quedó dormido. Cuando se despertó echó una ojeada a la sala.

Era la primera hora de la tarde. Ina estaba junto a la puerta, charlando con tres hombres de paisano. Alexandr los miró. No habían tardado mucho.

Inmóvil y solo, permaneció sentado en la cama con las dos manos metidas en la mochila: sujetaba el vestido blanco con las rosas bordadas. Por fin tenía la respuesta a la pregunta.

Sabía cuál era el precio a pagar por Tatiana.



El coronel Stepanov fue a verlo al cabo de unas horas, con los ojos hundidos en el rostro ceniciento. Alexandr saludó a su comandante, que se sentó pesadamente en la silla.

—Alexandr, casi no sé cómo decirle esto. Comprenda que no estoy aquí como su comandante, sino como alguien que...

—Señor —le interrumpió Alexandr respetuosamente—, su sola presencia es un bálsamo para mi alma. Más de lo que se imagina. Sé por qué está aquí.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—Entonces, ¿es verdad? El general Govorov vino a verme y me dijo que Mejlis —Stepanov pareció escupir el nombre— fue a verle con la información de que usted había escapado de la prisión donde estaba por ser un agente provocador extranjero, que era norteamericano. —Stepanov se echó a reír—. ¿Cómo puede ser? Dije que era ridículo.

—Señor, he servido con orgullo durante seis años en el Ejército Rojo.

—Ha sido un soldado ejemplar, comandante —afirmó Stepanov—. Se lo dije a ellos. Les dije que no podía ser cierto. Pero como usted sabe —Stepanov se interrumpió— la acusación lo es todo. ¿Recuerda el caso de Meretskov? Ahora es el comandante general del frente del Voljov, pero

hace nueve meses, estaba sentado en un calabozo del NKVD, a la espera de que se desocupara algún paredón.

—Conozco el caso de Meretskoy. ¿Cuánto tiempo calcula que me queda?

Stepanov permaneció callado durante unos momentos.

—Vendrán a buscarlo por la noche. No sé si usted está familiarizado con su modo de actuar.

—Desgraciadamente, señor, lo conozco de sobra —contestó Alexandr, sin mirar a su comandante—. Hay que hacerlo todo con el máximo silencio y discreción. No sabía que disponían de instalaciones en Morozovo.

—Un tanto rudimentarias, pero las tienen. Las tienen en todas partes. Sin embargo, usted tiene un rango muy alto. Lo más probable es que lo lleven a través del lago hasta Voljov. A través del lago.

—Muchas gracias, señor. —Consiguió sonreírle a su comandante—. ¿Cree que primero me ascenderán a teniente coronel?

—De todos mis hombres es usted de quien siempre he esperado lo mejor, comandante.

—No tendré más ocasiones para demostrárselo, señor. Por favor, hágame un favor. Si le interrogan, comprenda —buscó las palabras— que a pesar de su valor, hay algunas batallas que están perdidas desde el principio.

—Sí, comandante.

—Mientras lo comprenda, no desperdiciará ni un segundo en defender mi honor, ni mi hoja de servicios. Distánciese todo lo que pueda, señor. —Alexandr desvió la vista—. Y llévese todas sus armas con usted.

Aún quedaban cosas sin decir entre ellos.

Alexandr no podía pensar en él mismo, no podía pensar en Stepanov. Tenía que preguntar por lo que no le había dicho.

—¿Sabe usted si se hizo alguna mención a mí...? —No pudo continuar. Stepanov lo entendió de todas maneras.

—No —respondió en voz baja—. Pero sólo es una cuestión de tiempo.

Así que Dimitri no los había denunciado a los dos. Lo que había querido era que no se tuvieran el uno al otro, pero seguía queriendo escapar. «Nunca te lo quitará todo, Alexandr». Aún quedaban esperanzas.

—¿Puedo hacer algo por ella? —Oyó que le preguntaba Stepanov—. ¿Que arregle un traslado a un hospital de Leningrado, o quizás a un hospital de Molotov? ¿Que la saque de aquí?

Alexandr contuvo un espasmo, y después le habló a su comandante, sin mirarlo.

—Sí, señor, hay algo que puede hacer para ayudar a mi esposa.



Alexandr no tenía tiempo para pensar, ni tenía tiempo para sentir. Sabía que si lo hacía se quedaría sin tiempo. En esos momentos sólo podía actuar. En cuanto Stepanov se marchó, llamó a Ina y le pidió que fuera a buscar al doctor Sayers.

—Comandante —dijo Ina—, no sé si le permitirán visitas después de lo de esta tarde.

Alexandr miró a los hombres de paisano.

—No fue más que un pequeño accidente, Ina. Nada importante. Pero hágame un favor. No se lo diga a la enfermera Metanova, ¿de acuerdo? Ya sabe como las gasta.

—Sé cómo las gasta. Más le vale portarse bien a partir de ahora o se lo diré.

—Prometo ser bueno, Ina.

Sayers apareció al cabo de unos minutos y se sentó en la silla.

—¿Qué pasa, comandante? —preguntó alegremente—. ¿A qué viene toda esa historia de un soldado con un brazo roto? ¿Qué pasó?

—Echamos un pulso y perdió. —Alexandr se encogió de hombros.

—Ya vi cómo perdió. ¿Qué me dice de la nariz rota? ¿También fue por un pulso?

—Doctor Sayers, escúcheme. Olvídese de él por un momento. —Alexandr apeló a la voluntad que le quedaba para hablar. Toda su fuerza se

había ido con una muchacha pecosa—. Doctor, la primera vez que hablamos...

—No lo diga. Lo sé.

—Usted me preguntó si podía ayudarme, ¿lo recuerda? Le dije que no me debía nada. Pues resulta que me equivoqué. Necesito su ayuda con desesperación.

—Comandante Belov, ya hago todo lo que puedo por usted. Su enfermera terminal es muy persuasiva. —Sayers sonrió.

«Mi enfermera terminal».

—No, escúcheme con atención. Sólo quiero que haga una cosa por mí, y sólo una.

—¿De qué se trata? Si puedo, lo haré.

—Saque a mi esposa de la Unión Soviética —dijo Alexandr con un hilo de voz.

—Es lo que haré, comandante.

—No, doctor, me refiero a ahora mismo. Llévase a mi esposa... —le costó un triunfo decirlo—, y llévase a Chernenko, el cabrón con el brazo roto. Sáquelos de aquí.

—¿De qué está hablando?

—Doctor, tenemos muy poco tiempo. En cualquier momento se acercará alguien para decirle que se vaya y no podré acabar.

—Usted vendrá con nosotros.

—No iré.

Sayers se dejó llevar por la sorpresa y se expresó en inglés.

—Comandante, ¿de qué demonios está hablando?

—Shh. Tendrá que marcharse mañana como muy tarde.

—¿Qué me dice de usted?

—Olvídese de mí —respondió Alexandr sin vacilar—. Doctor Sayers, Tania necesita su ayuda. Está embarazada, ¿lo sabía?

Sayers sacudió la cabeza.

—Pues lo está, y pasará mucho miedo. Necesitará que usted la proteja. Por favor, sáquela de la Unión Soviética y cuídela. —Alexandr desvió la vista.

Sus ojos se llenaron con... el río Kama, con el cuerpo de Tania enjabonado. Se llenaron con... sus brazos alrededor de su cuello y su cálido aliento en la oreja, mientras susurraba: «¿Tortitas de patata, Shura, o huevos?».

Se llenaron con ella en el momento en que salía del hospital Gresheski en noviembre, pequeña, sola, vestida con un abrigo enorme, con la vista fija en el suelo; ella ni siquiera podía levantar la vista cuando pasó a su lado, camino a su vida en Quinto Soviet, sola a su vida en Quinto Soviet.

—Salve a mi esposa —susurró Alexandr.

—No entiendo nada —protestó el doctor Sayers.

—¿Ve usted a aquellos hombres de paisano que están junto a la puerta? Son hombres del NKVD. ¿Recuerda lo que le dije del NKVD, doctor? ¿Lo que les pasó a mis padres y a mí?

Sayers perdió el color.

—El NKVD impone la ley en este gran país y dirige los campos de concentración. Han venido a por mí, otra vez. Mañana ya no estaré aquí. Tania no se puede quedar aquí ni un minuto más después de que me lleven. Está en grave peligro. Tiene que sacarla de aquí.

El doctor seguía sin comprenderlo. Protestó, sacudió la cabeza, se puso cada vez más nervioso.

—Alexandr, llamaré personalmente al consulado estadounidense. Los llamaré mañana en su nombre.

Alexandr comenzó a preocuparse por el doctor. ¿Podría hacer lo que se necesitaba? ¿Sabría mantener la compostura cuando más la necesitara? En ese momento no parecía muy compuesto.

—Doctor —dijo Alexandr, que hizo lo posible por no perder su compostura—. Sé que no lo entiende, pero no tengo tiempo para explicaciones. ¿Dónde está el consulado? ¿En Suecia? ¿En Inglaterra? Para cuando usted los llame y ellos se pongan en contacto con el Departamento de Estado, los muchachos de Mejlis no sólo me habrán llevado a mí, sino a ella también. ¿Qué tiene que ver Tatiana con Estados Unidos?

—Ella es su esposa.

—Yo sólo tengo mi nombre ruso, el nombre con el que me casé con ella. Cuando los representantes norteamericanos se reúnan con los del NKVD para aclarar la confusión, ya será demasiado tarde para ella. Olvídense de mí. Sólo cuide de ella.

—No. —Sayers no podía estarse quieto. Comenzó a arreglar las mantas.

—Doctor, no tiene tiempo para pensarlo. Lo sé. Pero ¿qué cree que le pasará a una muchacha rusa en cuanto se descubra que está casada con un hombre sospechoso de ser norteamericano y que se ha infiltrado en el alto mando del Ejército Rojo? ¿Qué cree que hará la Comisaría de Asuntos Internos con mi esposa rusa embarazada?

Sayers se había quedado mudo.

—Yo le diré lo que hará. La utilizarán como un arma contra mí cuando nos interroguen. «Confíeselo todo o su esposa será juzgada “con toda severidad”». ¿Sabe lo que significa eso, doctor? Significa que me veré forzado a contarle todo. No tendré la menor oportunidad. Me usarán a mí contra ella. «A su marido no le pasará nada, pero sólo si nos dice la verdad». Ella lo hará. Después...

—¡No! —exclamó el médico—. Lo subiremos a mi ambulancia ahora mismo y lo trasladaremos a Leningrado, a Gresheski. Ahora mismo. Levántese. De Leningrado iremos a Finlandia.

—De acuerdo. Pero aquellos hombres —los señaló con un gesto— vendrán con nosotros. Nos acompañarán todos y cada uno de los pasos del camino. No conseguiré sacarnos a ninguno de los dos.

Alexandr vio que el doctor Sayers hacía todo lo posible por entender la situación. Lo vio mirar a Ina, a los hombres que fumaban mientras charlaban con la enfermera. Sacudió la cabeza. Sayers no lo entendía.

—¿Qué me dice de Chernenko? —preguntó el médico—. ¿Por qué tengo que llevarlo? No lo conozco ni le debo nada.

—Tiene que llevarlo —insistió Alexandr—. Después de esta tarde, acabo de entenderlo de una vez por todas. Creía que la sacrificaría para salvarme a mí mismo porque no podía imaginar otra cosa. Ahora sabe la verdad. También sabe que no la sacrificaré a ella para destruirlo a él. No le

impediré que se vaya para evitar que él escape. Y tiene razón. Así que lléveselo. La ayudará, y a mí me importa un pimiento todo lo demás.

El doctor Sayers no sabía qué decir.

—Doctor —añadió Alexandr suavemente—, deje de luchar por mí. Ella ya lo hace. No quiero que usted se preocupe por mí, mi destino está sellado. Pero el de ella está abierto. Preocúpese sólo de ella.

Sayers se rascó la mejilla y volvió a sacudir la cabeza.

—Alexandr, he visto a esa chica... —Se le quebró la voz—. La he visto quedarse sin sangre para dársela a usted. Lucho por usted porque sé lo que le hará a ella...

—¡Doctor! —Alexandr estaba muy cerca de perder la paciencia—. No me está ayudando. ¿Se cree que no lo sé? —Cerró los ojos. «Todo lo que tenía me lo dio a mí».

—Comandante, ¿cree que ella se iría sin usted?

—Nunca. —En aquel momento, Alexandr amó a Tatiana más que nunca.

—¡Dios! Entonces, ¿qué haré? —exclamó el médico.

—No debe saber que me han arrestado. Si se entera, no se irá. Se quedará para descubrir qué me ha pasado, para ayudarme de alguna manera, para verme por última vez, y entonces será demasiado tarde.

Alexandr le dijo a Sayers lo que debían hacer.

—¡Comandante, no puedo hacer tal cosa!

—Sí, claro que puede. ¡Para usted, no serán más que palabras, doctor! Palabras y un rostro impassible.

Sayers sacudió la cabeza.

—Muchas cosas pueden salir mal, y así será. No es un plan perfecto, ni seguro. Pero no tenemos otra opción. Si queremos ganar, tendremos que usar todas las armas a nuestro alcance. Incluso aquellas que no necesitan munición.

—Comandante, está usted loco. Nunca me creerá.

—¡Eso dependerá de usted, doctor! —Alexandr le cogió la muñeca—. La única posibilidad que tiene ella de seguir viviendo es que usted la saque de aquí. Si vacila, si es poco convincente, si da señales de flaqueza cuando

se enfrente a su dolor, y ella vea durante una fracción de segundo que no le está diciendo la verdad, no se irá. Si cree que estoy vivo, no se irá. Recuérdelo, y si ella no se va, no olvide que tendrá los días contados. Cuando vea mi cama vacía se vendrá abajo ante sus ojos, caerá la fachada, y ella lo mirará con su carita llorosa y le dirá: «Me está mintiendo. Sé que me está mintiendo. Siento que él todavía está vivo», y será entonces cuando usted la mirará y querrá consolarla, porque la ha visto consolar a tantos. Usted no podrá soportar su pena. Ella le rogará: «Dígame la verdad e iré con usted a cualquier parte». Si usted vacila, parpadea o frunce los labios, tenga presente que en aquel instante la habrá condenado a ella, y a nuestro bebé, a la cárcel o a la muerte. Es muy persuasiva y es muy difícil decirle que no. Ella insistirá hasta que usted ceda. Pero en cuanto la consuele con la verdad, la habrá matado. —Casi sin voz, añadió—: Si quiere salvarla, me ayudará.

El comandante vio las lágrimas en los ojos del médico cuando se levantó.

—Este condenado país es demasiado para mí —afirmó.

—Para mí también. —Alexandr le tendió la mano—. Ahora, ¿puede ir a llamarla? Necesito verla por última vez. Pero venga con ella. Venga con ella y no se aparte de mi lado. Es tímida cuando hay otras personas presentes. Tendrá que mostrarse distante.

—¿Quizás un minuto a solas?

—Doctor, ¿recuerda lo que le dije de mirarla a los ojos? No puedo enfrentarme a ella solo. Quizás usted pueda ocultarle algo, pero yo no.



Alexandr mantuvo los ojos cerrados. Al cabo de unos diez minutos, oyó pasos y luego su voz antes de abrir los ojos.

—Doctor, le dije que estaba durmiendo. ¿Qué le hizo pensar que estaba inquieto?

—¿Comandante? —llamó Sayers.

—Sí —dijo Tatiana—. Comandante, ¿está despierto? —Alexandr sintió el contacto de sus manos tibias en la cabeza—. No está caliente. Parece estar bien.

Alexandr puso su mano sobre la de ella.

Aquí está, Tatiana.

Aquí está mi rostro bravo e indiferente.

Alexandr se armó de valor y abrió los ojos. Tatiana lo miraba con tanto amor que volvió a cerrar los ojos.

—Sólo estoy cansado, Tatia. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Abre los ojos, soldado —le dijo Tatiana cariñosamente—. ¿Tienes hambre?

—Tenía hambre, pero tú me diste de comer. —Temblaba como un azogado debajo de las mantas.

—¿Por qué no tienes puesto el suero? —Tatiana le cogió la mano—. ¿Por qué tienes la mano morada, como si te hubieras arrancado la aguja? ¿Qué has estado haciendo esta tarde mientras yo no estaba?

—Ya no necesito el suero, Tania. Casi estoy recuperado del todo.

—Sí que parece tener un poco de frío, doctor —comentó Tatiana, que volvió a tocarle la frente—. ¿Quizá podríamos ponerle otra manta?

Tatiana desapareció. Alexandr abrió los ojos y vio la expresión angustiada de Sayers. Le ordenó con un gesto que se contuviera.

La muchacha volvió con la manta y observó a su marido durante un momento.

—Estoy bien —afirmó Alexandr—. Tengo un chiste para ti. ¿Qué tienes cuando cruzas un oso blanco con un oso negro?

—Dos osos felices —contestó ella.

Se sonrieron. Alexandr no desvió la vista.

—¿Me prometes que estarás bien? —le preguntó Tatiana—. Mañana por la mañana vendré a darte el desayuno.

Alexandr sacudió la cabeza.

—No, no vengas por la mañana. Nunca adivinarás adónde me llevarán mañana por la mañana. —Sonrió.

—¿Adónde?

—A Voljov. Ya sé que no estás muy orgullosa de tu marido, pero finalmente han decidido ascenderme a teniente coronel. —Alexandr miró al doctor Sayers, que estaba al pie de la cama, pálido a más no poder.

—¿Eso harán? —La expresión de Tatiana era radiante.

—Sí. Para que haga juego con mi medalla de Héroe de la Unión Soviética que me dieron por ayudar a nuestro doctor. ¿Qué te parece?

Tatiana se inclinó sobre él, con una amplia sonrisa de felicidad.

—Te convertirás en una persona realmente insufrible, y yo tendré que obedecer todas y cada una de tus órdenes.

—Tania, para conseguir que obedezcas todas mis órdenes, tendré que llegar a general.

—¿Cuándo regresarás?

—Pasado mañana.

—¿Por qué? ¿Por qué no mañana por la tarde?

—Sólo cruzan el lago de madrugada. Es algo más seguro. No bombardean tanto.

—Tania, debemos irnos —dijo Sayers con voz débil.

Alexandr cerró los ojos. Escuchó la replica de Tatiana.

—Doctor Sayers, ¿puedo estar un momento a solas con el comandante Belov?

«¡No!». Alexandr dirigió al médico una mirada muy expresiva.

—Tatiana, tenemos que irnos. Tengo que hacer la ronda de las tres salas.

—Sólo tardaré un segundo. Mire, Lev en la cama número treinta lo está llamando.

El doctor se alejó. Alexandr pensó: «Ni siquiera es capaz de decirle que no cuando le pide cosas sencillas».

Tatiana acercó su rostro pecoso al de su marido. Volvió la cabeza un momento, vio que Sayers los observaba y exclamó:

—Por lo visto, no tendré ocasión de darte un beso, ¿verdad? No veo la hora de que podamos besarnos abiertamente. —Le palmeó el pecho—. Muy pronto saldremos del bosque —murmuró.

—Bésame de todas maneras.

—¿De verdad?

—De verdad.

Tatiana se inclinó, sin apartar las manos de su pecho, y sus labios de miel lo besaron en la boca. Apretó la mejilla contra la suya.

—Shura, abre los ojos.

—No.

—Ábrelos.

Alexandr los abrió.

Tatiana lo miró, con los ojos brillantes, y después parpadeó tres veces rápidamente.

A continuación se apartó de la cama, adoptó una expresión grave y le hizo el saludo militar.

—Que duerma bien, comandante. Ya nos veremos.

—Sí, ya nos veremos, Tatia.

Ella caminó hasta los pies de la cama. «¡No! —Quería gritarle—. No, Tania, por favor, vuelve. Qué puedo dejarle, qué puedo decirle, qué palabras puedo dejar con ella, para ella. ¿Qué palabras le puedo dejar a mi esposa?».»

—Tatiasha —llamó Alexandr. Dios, cómo se llamaba el conservador.

Ella lo miró.

—Recuerda a Orbeli.

—¡Tania! —Sonó la voz del doctor Sayers desde el otro extremo de la sala—. Por favor, venga.

—Shura, cariño, lo siento, tengo que irme corriendo. Ya me lo dirás cuando nos veamos, ¿de acuerdo?

Él asintió.

Tatiana se alejó de Alexandr, pasó entre las camas, tocó la pierna de un convaleciente y el hombre se lo agradeció con una sonrisa. Le deseó buenas noches a Ina y se detuvo un segundo a ajustar la manta de alguien. En la puerta le dijo unas palabras al médico, se rio, y luego se volvió hacia Alexandr una última vez, y en los ojos de Tatiana vio su amor. Después cruzó la puerta y desapareció.

«Tatiana —susurró Alexandr—, tú no tendrás miedo del terror de la noche, ni de la flecha que vuela de día, ni de la pestilencia que camina en la oscuridad, ni de la destrucción del mediodía. Un millar caerán a tu lado y diez mil a tu mano derecha, pero no se acercará a ti».

Alexandr se persignó, cruzó los brazos y comenzó su espera. Pensó en las últimas palabras que le había dicho su padre. «Papá, he visto las cosas que di mi vida por romper, pero alguna vez aprenderé a construirlas con mis herramientas gastadas».

Tatiana, descalza, se puso en posición de firme delante de Alexandr, con su vestido amarillo y las trenzas rubias que asomaban debajo de la gorra militar. En su rostro había una sonrisa exuberante. Ella lo saludó.

—Descanse, Tania.

Él respondió al saludo.

—Muchas gracias, capitán —dijo ella, que se acercó para pararse de puntillas en las conteras de sus botas.

Levantó el rostro y lo besó en la barbilla, era lo más alto que podía llegar sin que él inclinara la cabeza. Él la sostuvo con una mano.

Después, ella se apartó un metro y le dio la espalda.

—Atención, me caigo. Será mejor que me cojas. ¿Preparado?

—Llevo preparado cinco minutos. Cáete de una vez.

Se escucharon sus chillidos de gozo mientras ella se caía y Alexandr la levantaba, para besarla desde arriba.

—Muy bien —dijo Tatiana, mientras se reía con los brazos abiertos—. ¡Ahora es tu turno!

Adiós, mi canción de luna y mi aliento, mis noches blancas, mis días dorados, mi agua fresca y mi fuego. Adiós, y que puedas encontrar una vida mejor, volver a encontrar consuelo y tu sonrisa adorable, y cuando tu rostro amado se ilumine al ver el amanecer de Occidente, ten la seguridad de que lo que sentí por ti no fue en vano. Adiós y ten fe, mi Tatiana.

EN EL PÁLIDO RESPLANDOR DE LA LUNA

A la mañana siguiente, Tatiana entró en la sala de cuidados intensivos del hospital de campaña, el edificio de madera que había sido en otros tiempos una escuela, y se encontró con otra persona en la cama de Alexandr. Había esperado encontrar la cama vacía. No había esperado encontrarse con otro paciente en la cama de Alexandr, un hombre sin brazos ni piernas.

Miró al hombre, pasmada, convencida de que se había equivocado. Se había levantado tarde y después había pasado muchas horas en la sala de los terminales. Aquella mañana habían muerto siete soldados.

Pero no, ésa era la sala de cuidados intensivos. Lev, el de la cama número treinta, estaba leyendo. Las dos camas vecinas a las de Alexandr también tenían nuevos ocupantes. Nikolai Ouspenski, el teniente con un solo pulmón, ya no estaba, y lo mismo había pasado con el cabo.

¿Por qué habían puesto a otro paciente en la cama de Alexandr? Tatiana se lo preguntó a Ina, que no sabía nada, ni siquiera había tenido el turno de noche. Ina le dijo que Alexandr le había pedido que le trajera el uniforme, cosa que había hecho, y después se había marchado. Aparte de eso, no sabía nada más. Apuntó la posibilidad de que a Alexandr lo hubieran trasladado a la sala de convalecientes.

Tatiana fue a comprobarlo. No lo habían trasladado.

Volvió a la otra sala y miró debajo de la cama. La mochila había desaparecido. La medalla al valor de Alexandr ya no colgaba del respaldo de la silla de manera que estaba junto al nuevo paciente, con el rostro envuelto en un vendaje; rezumaba sangre cerca de la oreja derecha. Con aire ausente le dijo que llamaría a un médico, y se alejó. Se sentía todo lo bien que podía sentirse una mujer con un embarazo de cuatro meses. Sabía

que comenzaba a notarse la barriga. Era una buena cosa que estuvieran a punto de marcharse, porque no se veía a sí misma dándole explicaciones a las enfermeras y a los pacientes. Iba camino del comedor cuando sintió una punzada. Era el miedo de pensar que a Alexandr lo habían enviado al frente; que se encontrara al otro lado del lago sin posibilidades de volver. No pudo probar ni un bocado. Fue a ver al doctor Sayers.

No lo encontró por ninguna parte, pero sí encontró a Ina, que se preparaba para iniciar su turno. La enfermera le dijo que el doctor Sayers la había estado buscando.

—No debe haber buscado mucho —opinó Tatiana—. He estado toda la mañana en la sala de terminales.

Por fin lo encontró en dicha sala, ocupado con un paciente que había perdido la mayor parte del estómago.

—Doctor Sayers —susurró—, ¿qué está pasando? ¿Dónde está el comandante Belov? —Vio que al paciente sólo le quedaban unos minutos de vida.

—Tatiana, ya casi he terminado —le dijo el médico sin desviar la vista de las heridas del hombre—. Ayúdeme a sujetarle los costados mientras hago la sutura.

—¿Qué está pasando, doctor? —repitió Tatiana, mientras lo ayudaba.

—Deje que primero acabe, ¿de acuerdo?

Tatiana miró al médico, miró al paciente y apoyó la mano con el guante manchado de sangre en la frente del hombre. La mantuvo allí durante unos instantes y después dijo:

—Está muerto, doctor, ya puede dejar la sutura.

El médico interrumpió la sutura.

Tatiana se quitó los guantes, los tiró a un cubo y salió al exterior. El médico la siguió. Estaban casi a mediados de marzo y soplaba un viento muy fuerte.

—Escuche, Tania —dijo Sayers con el rostro pálido. Le cogió las manos—. Lo siento. Ha ocurrido algo terrible. —Su voz casi se quebró cuando pronunció «ocurrido», y su expresión mostró repentinamente una

pena tremenda. Las ojeras eran tan oscuras, que daba la impresión de que lo hubieran apaleado.

Tatiana lo miró un momento, y otro... Apartó las manos.

—Doctor —exclamó, palideciendo, mientras miraba en derredor en busca de algo donde sostenerse—. ¿Qué ha pasado?

—Tania, espere, no grite.

—No estoy gritando.

—Lamento mucho ser yo quien se lo diga, lo siento muchísimo, pero Alexandr... —Se interrumpió—. A primera hora de la mañana se lo llevaron con otros dos soldados a Voljov... —Sayers no pudo continuar.

Tatiana le escuchaba inmóvil, tenía la sensación de que la habían anestesiado.

—¿Qué?

—Tania, escuche, estaban atravesando el lago cuando el fuego enemigo...

—¿Qué fuego enemigo? —preguntó Tatiana, con un tono vehemente.

—Tania, comenzaron el cruce antes de que se iniciara el bombardeo, pero estamos librando una guerra. Usted escucha los bombardeos, los obuses alemanes que disparan desde Siniavino. Un obús estalló en el hielo delante mismo del camión.

—¿Dónde está?

—Lo siento. Había cinco personas en el camión y no sobrevivió ninguna.

Tatiana le volvió la espalda al médico y se sacudió con tanta violencia que creyó que se partiría en dos. Sin mirar atrás, preguntó:

—¿Doctor, cómo se ha enterado?

—Estuve en el lugar. Intentamos salvar a los hombres, el camión. Pero el camión pesaba demasiado y estaba casi destrozado. Se hundió. —La voz del médico apenas si se escuchaba.

Tatiana se sujetó el estómago y vomitó en la nieve. Su pulso era como un tambor que resonaba por todo su cuerpo a más de doscientas pulsaciones por minuto. Se agachó para recoger un puñado de nieve y se limpió la boca. Cogió otro y apretó la nieve contra su cara. Su corazón no

quería calmarse. No podía dejar de vomitar. Sintió la mano del médico en la espalda y su voz que la llamaba.

—Tania, Tania.

—¿Usted vio su cadáver? —preguntó sin volverse.

—Sí. Lo siento —murmuró Sayers—. Tengo su gorra.

—¿Estaba vivo cuando lo vio?

—Lo siento, Tatiana.

Tatiana no pudo soportarlo más.

—No, por favor —oyó que le decía el doctor Sayers, y sintió el contacto de sus brazos que la sostenían—. Por favor.

Tatiana se irguió, se obligó a ello, y se volvió para mirar al doctor Sayers, que le tocó el rostro y manifestó muy preocupado:

—Tiene que sentarse inmediatamente. Está usted en un estado...

—Sé en qué estado estoy —le interrumpió Tatiana—. Deme la gorra.

—Lo siento. Se me parte el...

—Yo cogeré la gorra —dijo Tatiana, pero las manos le temblaban tanto que tardó en cogerla y cuando lo hizo se le cayó en la nieve.

Tampoco pudo sujetar el certificado de defunción. El doctor Sayers tuvo que sostenérselo para que lo leyera. Tatiana sólo vio el nombre y el lugar del fallecimiento: lago Ladoga.

El hielo del Ladoga.

—¿Dónde está? —preguntó con voz desmayada—. ¿Dónde está ahora...? —No pudo terminar.

—Oh, Tania, ¿qué podíamos hacer? Nosotros...

Tatiana le hizo callar con un gesto y volvió a vomitar.

—No vuelva a hablarme nunca más —le dijo ella con los labios sucios de vómito—. ¿Cómo pudo no venir a despertarme? ¿Cómo pudo no decírmelo en el acto?

—Tania, míreme. —Sintió las manos del médico que la ayudaban a incorporarse. Vio las lágrimas en los ojos de Sayers—. Fui a buscarla cuando regresé. Pero apenas si soporto estar delante ahora que ha venido a buscarme, cuando no tengo otra opción. Si hubiese podido, le hubiera enviado un telegrama. —Se estremeció—. ¡Tania, salgamos de aquí!

¡Usted y yo! ¡Acabemos con este lugar de una vez para siempre! Tengo que salir de aquí, no lo soporto más. Necesito regresar a Helsinki. Venga, vamos a recoger nuestras cosas. Llamaré a Leningrado, les informaré de que me marchó. —Hizo una pausa—. Tengo que marcharme esta noche. —Miró a la muchacha—. Tenemos que marcharnos esta noche.

Tatiana no le respondió. Tenía la sensación de que su mente la estaba engañando. Por algún motivo no podía pensar en nada más allá del certificado de defunción. No era un certificado del Ejército Rojo. Era un certificado de la Cruz Roja.

—Tatiana, ¿me escucha? —insistió Sayers—. Tania, ¿me está escuchando?

—Sí —dijo ella con un tono vago—. Le escucho.

—Usted vendrá conmigo.

—Ahora mismo soy incapaz de pensar —manifestó Tatiana—. Necesito unos minutos para pensar.

—¿Quiere acompañarme a mi despacho, por favor? No está... Venga, se sentará un rato. Usted...

Tatiana se apartó del médico, mirándolo con una pasión que sabía que era terrible para él. Dio media vuelta y se encaminó a paso rápido hacia el edificio principal. Tenía que encontrar al coronel Stepanov. El coronel estaba ocupado y se negó a recibirla. Ella esperó en la puerta principal del edificio hasta que lo vio salir.

—Voy al comedor. ¿Quiere acompañarme? —La invitó el coronel, sin mirarla, mientras caminaba.

—Señor —dijo Tatiana sin moverse—, ¿qué le pasó a su oficial...? —No pudo pronunciar su nombre en voz alta.

Stepanov acortó el paso, se detuvo y se volvió para mirarla.

—Lamento mucho lo de su marido —manifestó amablemente.

Tatiana no dijo nada, hasta que se acercó al coronel y le cogió una mano.

—Señor, usted es un buen hombre y era su comandante. —El viento le azotaba el rostro—. Por favor, dígame lo que le ocurrió.

—No lo sé. No estaba allí.

Tatiana parecía muy pequeña junto al fornido coronel.

—Lo único que sé —añadió Stepanov— es que uno de nuestros camiones blindados en el que viajaban su marido, el teniente Ouspenski, un cabo y los dos conductores resultó destruido, al parecer alcanzado por un impacto directo de la artillería alemana, y se hundió en el hielo. No dispongo de más información.

—¿Blindado? Me dijo que esta mañana iba a Voljov, donde harían efectivo su ascenso —replicó Tatiana con voz apagada.

—Enfermera Metanova —dijo el coronel, que vaciló por un momento—. El camión se hundió en el hielo. Todo lo demás carece de importancia. Tatiana no desvió la vista ni un segundo.

—Lo siento —declaró Stepanov—. Su marido era...

—Sé lo que era, señor —le interrumpió Tatiana, con la gorra y el certificado apretados contra su pecho.

—Sí, ambos lo sabemos —asintió el coronel con voz estremecida y una expresión de dolor en sus ojos azules.

Permanecieron mudos, frente a frente.

—Tatiana —dijo el coronel, emocionado—. Váyase con el doctor Sayers. En cuanto pueda. Le será mucho más fácil y estará más segura en Leningrado. ¿Quizás en Molotov? Váyase con él.

Tatiana lo miró mientras se abrochaba el abrigo. No podía apartar la vista del oficial.

—Él le trajo a su hijo —susurró.

—Así es. —Stepanov bajó la vista.

—Pero ¿quién lo traerá a él de vuelta?

El viento helado soplaba entre sus palabras.

«¿Cómo moverme? ¿Cómo me moveré ahora? ¿Puedo moverme sobre las manos y las rodillas? No. Caminaré. Miraré al suelo, me alejaré caminando y no tropezaré.

»Tropezaré».

Se desplomó sobre la nieve. El coronel se acercó. La ayudó a levantarse. Le palmeó la espalda. Tatiana se abrochó el abrigo y, sin mirar

otra vez a Stepanov, se alejó tambaleante camino del hospital, apoyándose en las paredes de los edificios.

Había tenido que ocultarlo cada paso del camino, de Dasha, de Dimitri, de la muerte, y ahora tenía que ocultarlo incluso de ella misma. Su debilidad era insuperable.

Encontró al doctor Sayers en su despacho.

—Doctor, míreme —dijo Tatiana—. Míreme a los ojos y júreme que está muerto.

Cayó de rodillas y lo miró, con las manos unidas en un gesto de súplica. El médico se agachó a su lado y le cogió las manos.

—Juro que está muerto —respondió sin mirarla.

—No puedo —afirmó ella con voz gutural—. No puedo soportarlo. No puedo creer que muriera en aquel lago sin mí. ¿Lo comprende? No puedo soportarlo. —De sus labios escapó un sollozo desgarrador—. Dígame que se lo llevó el NKVD. Dígame que lo han arrestado, que asaltará puentes la semana que viene, dígame que lo han enviado a Ucrania, a Siniavino, a Siberia, dígame lo que sea. Pero, por favor, no me diga que murió en el hielo sin mí. Soportaré lo que sea menos eso. Dígamelo y me iré con usted a cualquier parte. Se lo juro, haré todo lo que me diga, pero se lo suplico, dígame la verdad.

—Lo siento —dijo el doctor Sayers—. No pude salvarlo. Siento de todo corazón no haberlo podido salvar para usted.

Tatiana se arrastró para ir a apoyarse en la pared y hundió el rostro en sus manos.

—No iré a ninguna parte —anunció—. No tiene ningún sentido.

—Tania. —Sayers se acercó a ella y le apoyo la mano en la frente—. Por favor, no diga eso. Querida, por favor, déjeme que la salve para él.

—No tiene ningún sentido.

—¿Ningún sentido? ¿Qué me dice de su bebé? —exclamó el médico.

Ella apartó las manos de su rostro y lo miró con los ojos velados.

—¿Le dijo él que íbamos a tener un hijo?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé —contestó el médico, inquieto, sin apartar la mano de la frente de Tatiana—. No se encuentra bien. Está helada. Está...

Tatiana no le contestó. Se retorció de dolor.

—¿Se va a poner usted bien?

—No. —Volvió a taparse el rostro.

—¿Se quedará usted aquí? Quédese en mi despacho y espere. No, no se levante. Intente dormir un poco.

Tatiana soltó un gemido áspero como el de un animal que aprieta una herida abierta contra el suelo, con la esperanza de morir antes de desangrarse por completo.

—Sus pacientes preguntaban por usted —añadió Sayers suavemente—. ¿Cree usted que quizá podría hacer el esfuerzo...?

—No —respondió Tatiana sin apartar las manos—. Por favor, déjeme. Necesito estar sola.

Tatiana permaneció sentada en el suelo del despacho del doctor Sayers hasta que se hizo de noche. Cerró los ojos, apoyó la cabeza en las rodillas y se quedó sentada contra la pared. Cuando no aguantó más, se tumbó en el suelo, en posición fetal. Oyó vagamente el regreso del médico. Escuchó su exclamación e intentó levantarse, pero no pudo. Sayers la ayudó a levantarse y fue incapaz de contenerse cuando le vio el rostro.

—Dios mío, Tania. Por favor, la necesito.

—¡Doctor! —exclamó Tatiana—. En este momento no puedo hacer todas las cosas que usted necesita que haga. Por lo tanto, haré lo que pueda. ¿Ya es la hora?

—Ya es la hora, Tania. Vamos. —Bajó la voz—. Mire, fui a su cama y le traje la mochila. Es la suya, ¿no?

—Sí. —Tatiana cogió la mochila.

—¿Necesita que le traiga alguna otra cosa?

—No —susurró la muchacha—. La mochila es todo lo que tengo. ¿Sólo nos vamos usted y yo?

El doctor Sayers vaciló un momento, antes de responderle.

—Chernenko vino a verme y me preguntó si nuestros planes habían cambiado ahora que...

—Y usted le dijo... —Las piernas no la sostenían. Se dejó caer en la silla y miró al médico—. No puedo ir con él —afirmó—. Sencillamente no puedo.

—Yo tampoco quiero llevarlo, pero ¿qué puedo hacer? Me dijo, aunque no con tantas palabras, que sin él no conseguiríamos que usted pasara más allá del primer puesto de control. Quiero sacarla de aquí, Tania. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Nada —contestó Tatiana con voz apagada.

Ayudó a Sayers a recoger sus pocas pertenencias, y cargó con el maletín del médico y el suyo. El vehículo de la Cruz Roja era un *jeep* de caja grande sin la carrocería de acero habitual de las ambulancias. Éste tenía la cabina acristalada y la caja se tapaba con una cubierta de lona; no era precisamente lo más seguro para transportar a los heridos ni al personal médico. Pero era el único vehículo que había disponible en Helsinki, y Sayers no podía esperar a que le entregaran una ambulancia. Los distintivos de la Cruz Roja estaban cosidos en la lona.

Dimitri esperaba junto al vehículo. Tatiana hizo como si no lo hubiera visto mientras levantaba la solapa de lona y subía para cargar el botiquín de primeros auxilios y la caja de plasma.

—¿Tania? —llamó Dimitri.

El doctor Sayers apareció en aquel momento y se acercó al soldado.

—Muy bien. Hay que darse prisa. Usted viajará atrás. En cuanto nos marchemos podrá quitarse el uniforme y ponerse el mono del aviador finlandés. Lo que no sé es como hará para pasar el brazo por la manga. Tania, ¿dónde está el mono? —Se dirigió otra vez a Dimitri—. ¿Necesita morfina? ¿Qué tal la cara?

—Terrible. Apenas si alcanzo a ver. ¿Se me infectará el brazo?

Tatiana miró a Dimitri desde la caja. Tenía el brazo derecho enyesado y en cabestrillo. Su rostro era una masa hinchada negra y azul. Quería preguntarle qué le había pasado, pero no podía importarle menos. Ya se lo preguntaría al doctor Sayers si se acordaba.

—¿Tania? —volvió a llamarla Dimitri—. Me enteré de lo ocurrido esta mañana. Lo siento.

Tatiana sacó de su escondite el mono de vuelo del piloto finlandés y lo arrojó al suelo de la caja, delante de Dimitri.

—Venga, Tatiana —dijo el doctor Sayers—. La ayudaré a bajar. Tenemos que irnos.

La muchacha aceptó la mano del médico y saltó al suelo.

—¿Tania? —repitió Dimitri.

Ella le miró con una expresión tal de desprecio y condena que Dimitri se vio forzado a desviar la vista.

—Ponte el mono —siseó Tatiana—, échate al suelo y no te muevas.

—Escucha, lo siento. Sé que tú...

Tatiana apretó los puños y se lanzó como una fiera sobre Dimitri. A punto estuvo de golpearle en la nariz rota de no haber sido por el doctor Sayers, que la sujetó por detrás.

—Tania, por favor, no, no.

—Te acabo de decir que lo sentía —tartamudeó Dimitri, apartándose.

—No quiero escuchar tus sucias mentiras —le gritó Tatiana, que intentaba librarse de las manos de Sayers—. No quiero que me vuelvas a hablar nunca más. ¿Está claro?

Dimitri se montó en la caja del vehículo mientras rezongaba por lo bajo que no entendía a qué venía el enfado.

El médico se sentó al volante y miró a Tatiana con los ojos como platos.

—Preparado, doctor. En marcha. —Tatiana se abrochó el abrigo blanco con el brazalete de la Cruz Roja en la manga y se sujetó la cofia que le tapaba el pelo rubio. Tenía el dinero de Alexandr, su libro de Pushkin, sus cartas y sus fotos. Tenía su gorra y tenía su anillo.

Se pusieron en marcha en medio de la noche.

Tatiana sostenía desplegado el mapa de Sayers, pero no podía ayudarle a llegar a Lisii Nos. El doctor Sayers condujo el pequeño vehículo a través de los bosques del norte de Rusia, por carreteras que eran auténticos lodazales. Tatiana no veía absolutamente nada, aunque no dejaba de mirar a través de la ventanilla, mientras contaba mentalmente como una manera de concentrarse y mantenerse erguida.

El médico le hablaba ininterrumpidamente en inglés.

—Tania, querida, todo saldrá bien.

—¿Eso cree, doctor? —le replicó ella, también en inglés—. ¿Qué haremos con él?

—¿A quién le importa? Que haga lo que quiera cuando lleguemos a Helsinki. No me preocupa en absoluto. En lo único que pienso es en usted. Llegaremos a Helsinki, descargaremos unos cuantos suministros, y después usted y yo subiremos a un avión de la Cruz Roja que nos llevará a Estocolmo. Luego, desde Estocolmo, iremos en tren a Göteborg, en el mar del Norte, y nos embarcaremos en una de las naves de algún convoy que vaya a Inglaterra. Tania, ¿me escucha? ¿Entiende lo que le digo?

—Le escucho —dijo con voz apagada—. Lo comprendo.

—En Inglaterra tengo que ocuparme de un par de cosas. Después podemos elegir entre viajar en avión a Estados Unidos o tomar uno de los barcos de pasajeros que zarpan de Liverpool. Y cuando esté usted en Nueva York...

—Matthew, por favor —susurró Tatiana.

—Sólo intento que se sienta usted mejor, Tania. Todo saldrá bien.

—Matthew, ¿sabe? —dijo Tatiana en inglés—. Ahora sólo ocúpese de que crucemos la frontera.

—Tania, no sabía que hablarás inglés —comentó Dimitri desde la trasera.

Tatiana permaneció en silencio. Después cogió una barra de hierro que el doctor Sayers llevaba debajo del asiento por si tenía problemas, levantó la barra y la estrelló contra el tabique metálico que la separaba de Dimitri, con tanta fuerza que el médico, asustado por el ruido, estuvo a punto de salirse de la carretera.

—Dimitri —gritó—, cierra la boca. Eres finlandés. No quiero oír ni una sola palabra más en ruso. —Dejó caer la barra en el suelo de la cabina y cruzó los brazos sobre el estómago.

—Tania...

—No diga nada, doctor.

—No ha comido, ¿verdad? —le preguntó Sayers amablemente.

Tatiana sacudió la cabeza.

—Ahora mismo no pienso para nada en comer —contestó.

Hicieron un alto a un lado de la carretera en mitad de la noche. Dimitri ya se había vestido con el mono del piloto finlandés.

—Me va enorme —escuchó Tatiana que le decía al doctor Sayers—. Espero que no tenga que ponerme de pie. Cualquiera se daría cuenta de que no es mío. ¿Tiene un poco más de morfina? Estoy...

El doctor Sayers regresó al cabo de unos minutos.

—Si le suministro más morfina, acabará muerto. Ese brazo le traerá problemas.

—¿Qué le pasó? —preguntó Tatiana en inglés.

—Estuvieron a punto de matarlo —respondió el médico finalmente—. Tiene una fractura abierta muy fea. —Hizo una pausa—. Quizá pierda el brazo. No sé cómo está consciente y se mantiene erguido. Creí que ayer entraría en coma y, sin embargo, hoy está caminando. —Sayers sacudió la cabeza.

Tatiana no hizo ningún comentario. «¿Cómo puede estar todavía de pie? —pensó—. ¿Cómo es que el resto de nosotros: jóvenes, decididos, animosos, caímos de rodillas, hemos acabado destruidos por la vida, mientras que él sigue de pie?».

—Algún día, Tania —dijo Sayers en inglés—, tendrá que explicarme la... —Se interrumpió para señalar la trasera del vehículo—. Porque juro por Dios que no entiendo nada en absoluto.

—No creo que pueda explicárselo —manifestó Tatiana.

En el camino a Lisii Nos los detuvieron en media docena de controles para comprobar la documentación. Sayers presentaba sus documentos y los de su enfermera, Jane Barrington. Dimitri era un finlandés herido llamado Tove Hanssen que carecía de documentos, sólo llevaba una placa de identificación con el nombre del piloto muerto. Era un piloto herido que trasladaban a Helsinki para un intercambio de prisioneros. Las seis veces, los guardias levantaron la lona, alumbraron con las linternas el rostro desfigurado de Dimitri y autorizaron a Sayers para que continuara el viaje.

—Es muy agradable viajar protegido con la bandera de la Cruz Roja — opinó el médico.

Tatiana asintió.

Sayers aparcó el vehículo en el arcén y apagó el motor.

—¿Tiene frío? —le preguntó.

—No tengo frío. ¿Quiere que conduzca un rato?

—¿Sabe conducir?

En Luga, cuando ella tenía dieciséis años, el verano anterior a que conociera a Alexandr, Tatiana y Pasha se habían hecho amigos de un cabo del ejército destinado en el *Soviet* del pueblo. El cabo les enseñó a conducir su camión y los dejó practicar durante todo el verano. Pasha era un latoso porque siempre quería ser el único en conducir, pero el cabo era un buen hombre y dejaba que Tatiana también llevara el volante. Ella estaba convencida de que conducía mejor que Pasha, y el cabo le había dicho que aprendía deprisa.

—Sé conducir.

—Ahora no sería prudente. Está demasiado oscuro y hay hielo en la carretera. —Sayers cerró los ojos y durmió durante una hora.

Tatiana se quedó sentada en silencio, con las manos en los bolsillos del abrigo. Intentaba recordar la última vez que ella y Alexandr habían hecho el amor. Había sido un domingo de noviembre, pero ¿cuál? No conseguía recordarlo. ¿Qué habían hecho? ¿Dónde habían estado? ¿Ella lo había mirado? ¿Inga estaba al otro lado de la puerta? ¿Había sido en el baño, en el diván, en el suelo? No podía recordarlo.

¿Qué le dijo Alexandr la última noche? Le contó un chiste, le dio un beso, sonrió, le tocó la mano, le dijo que iría a Voljov para recibir el ascenso. ¿Le había mentado? ¿Le había mentado a ella?

Le había visto temblar. Ella había creído que tenía frío. ¿Qué más había dicho? «Nos vemos». Tan informal. Sin siquiera pestañear. ¿Qué más? «Recuerda a Orbeli».

¿Qué significaba eso?

Alexandr a menudo le había contado cosas muy diversas y fascinantes que escuchaba en las conversaciones en el ejército: nombres de generales,

historias sobre Hitler, Rommel, Inglaterra, Italia, Stalingrado, Richthoffen, von Paulus, El Alamein, Montgomery. Muchas veces decía alguna palabra que ella no comprendía. Pero Orbeli era una palabra que ella no había escuchado antes y, sin embargo, Alexandr le había pedido que la recordara.

Tatiana despertó al doctor Sayers.

—Doctor Sayers, ¿qué es Orbeli? —le preguntó—. ¿Quién es Orbeli?

—No lo sé —contestó el médico con voz somnolienta—. Nunca he oído ese nombre. ¿Por qué?

Tatiana no dijo nada.

El médico puso el vehículo en marcha.

Llegaron a la frontera entre la Unión Soviética y Finlandia a las seis de la mañana. Reinaba el silencio más absoluto.

Alexandr le había dicho a Tatiana que aquello no era en realidad una frontera, sino una línea de defensa, lo que era diferente. Una línea de defensa significaba que había una separación de unos treinta a sesenta metros entre las tropas soviéticas y las finlandesas. Cada bando marcaba su territorio y después se sentaba a esperar que acabara la guerra.

A Tatiana le parecía que tenía el mismo aspecto que el resto del bosque que habían atravesado durante las largas horas del viaje nocturno. Los faros del vehículo alumbraban un trozo de carretera sin pavimentar, pero eso era todo. El amanecer se acercaba lentamente a los idus de marzo.

El doctor Sayers propuso que si todo el mundo estaba dormido quizá podían cruzar la frontera, sin más, y presentar sus documentos a los finlandeses y prescindir de los soviéticos. Tatiana opinó que era una idea excelente.

De pronto, alguien les dio la voz de alto. Tres somnolientos soldados del NKVD se acercaron a la ventanilla del médico. Sayers les enseñó los documentos. Uno de los soldados, después de revisar a fondo los documentos, le preguntó a Tatiana en un inglés macarrónico:

—Un viento muy frío, ¿no?

—Muy frío —contestó ella, en un inglés impecable—. Dicen que nevará.

El soldado asintió y después los tres hombres fueron a la trasera del vehículo para echarle una ojeada a Dimitri. Tatiana esperó.

Silencio.

Vio el reflejo de la linterna.

Silencio.

—Espera. Déjame que le mire la cara otra vez —dijo una voz.

La linterna volvió a alumbrar la caja del vehículo.

Tatiana permaneció inmóvil, con el oído atento.

Oyó que uno de los soldados se reía y le comentaba algo a Dimitri en finlandés. Tatiana no hablaba el idioma y, por lo tanto, no podía garantizar que fuera finlandés, pero el soldado soviético le hablaba a Dimitri en un idioma que Tatiana no comprendía y que evidentemente Dimitri tampoco, por eso no respondió.

El soldado soviético repitió la pregunta en un tono más alto.

Dimitri continuó en silencio. Entonces dijo algo que a Tatiana le sonó a finlandés. Después de un breve silencio por parte de los soldados, uno de ellos dijo en ruso:

—Sal del camión.

—Oh, no —susurró el doctor Sayers—. ¿Nos han pillado?

—Silencio —le ordenó Tatiana.

Los soldados le repitieron la orden a Dimitri para que se bajara del camión. Él siguió sin moverse.

El doctor Sayers asomó la cabeza por la ventanilla y les gritó en ruso:

—Está herido, no puede levantarse.

—Pues tendrá que levantarse si quiere vivir —respondió uno de los soldados—. Dígale a su paciente en el idioma que sea que habla que se levante.

—Doctor, vaya con mucho cuidado —murmuró Tatiana—. Si no puede salvarse, intentará matarnos a todos.

Los tres soldados del NKVD arrastraron a Dimitri fuera del camión, y después les ordenaron a Sayers y Tatiana que se apearan. El doctor salió primero y fue a situarse junto a Tatiana. Su cuerpo delgado la tapaba en parte. Tatiana, cada vez más débil, apoyó una mano en el abrigo de Sayers,

como si quisiera encontrar un poco de fuerza. Tenía toda la sensación de que iba a desmayarse. Dimitri estaba en campo abierto, a la vista, a unos pocos metros de ellos; parecía un enano vestido con un mono de vuelo finlandés que era varias tallas más grande.

Los soldados del NKVD no paraban de reírse mientras lo apuntaban con los fusiles. Uno de ellos le dijo en ruso:

—Eh, finlandés, queremos que nos expliques cómo te has hecho las heridas de la cara, y que nos digas por qué vas a Helsinki. ¿Nos lo quieres explicar?

Dimitri no abrió la boca, pero miró a Tatiana con una expresión de súplica.

—Escuchen —intervino el doctor Sayers—, lo recogimos en Leningrado. Estaba malherido...

Tatiana tocó disimuladamente al médico.

—Cállese —le susurró—. Tenemos problemas.

—Puede que esté malherido —replicó el soldado—, pero éste tiene lo que yo de finlandés.

—Chernenko, ¿no me reconoces? —preguntó otro de los soldados, también en ruso—. Soy yo, Rasskovski. —Dimitri bajó el brazo bueno—. Mantén la mano por encima de la cabeza —le gritó el soldado y se echó a reír—. Ni se te ocurra bajarla.

Tatiana se dio cuenta de que no se tomaban en serio a Dimitri, con el brazo en cabestrillo. «¿Dónde está el arma de Dimitri? —se preguntó—. ¿Llevará una?».

Los otros dos soldados se mantenían un tanto apartados.

—¿Lo conoces? —preguntó uno. Bajó el fusil.

—¿Conocerlo? —exclamó Rasskovski—. ¡Claro que lo conozco! Chernenko, ¿te has olvidado de lo que me cobrabas por los cigarrillos? ¿Y cómo tenía que pagar lo que me pedías porque no podía estar en el bosque sin mis cigarrillos? —Se echó a reír—. Hace sólo cuatro semanas que te vi. ¿Ya lo has olvidado?

Dimitri no dijo una palabra.

—¿Creíste que no te reconocería por el bonito color de tu cara? — Rasskovski parecía estar pasándoselo muy bien—. Dime, Chernenko, cariño, ¿me puedes explicar qué haces vestido con un uniforme finlandés y tendido en la caja de un camión de la Cruz Roja? No hace falta que me expliques lo del brazo y la cara. Supongo que a alguien no le gustaron tus precios abusivos.

—Rasskovski, no creerás que nuestro furriel intenta desertar, ¿verdad? —preguntó uno de los soldados, y los otros dos se troncharon de risa.

Dimitri observó a Tatiana a la luz de los faros; ella le sostuvo la mirada durante un instante. Después se volvió para acercarse al doctor Sayers, mientras se frotaba los brazos para darse calor.

—Tengo frío —dijo.

—¡Tatiana! —le gritó Dimitri en ruso—. ¿Se lo dirás tú o prefieres que lo haga yo?

Rasskovski se volvió en el acto.

—¿Tatiana? ¿Una norteamericana que se llama Tatiana? —Se acercó a Sayers—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué él le ha hablado en ruso? Déjeme ver los documentos otra vez.

El doctor Sayers le mostró los documentos de Tatiana. Estaban en orden.

Tatiana se encaró con Rasskovski y le dijo en inglés:

—¿Tatiana? ¿De qué está hablando? Escuche, nosotros no sabemos nada. Nos dijo que era finlandés, ¿no es así, doctor?

—Por supuesto —afirmó el médico, que se adelantó para apoyar una mano en la espalda del soldado, en un gesto amistoso—. Escuche, no queremos tener problemas. Se presentó en nuestro hospital...

En aquel momento, Dimitri sacó la pistola y disparó contra Rasskovski, que caminaba delante de Tatiana.

Ella no sabía contra quién disparaba Dimitri, que empuñaba la pistola con la mano izquierda, pero no iba a esperar a averiguarlo. Se lanzó cuerpo a tierra. Quizá había apuntado al soldado del NKVD. Quizá. Pero falló el blanco y el disparo alcanzó al doctor Sayers. O quizá Dimitri no falló. Tal

vez disparaba contra ella, que se encontraba entre los dos hombres, y falló. Tatiana no quería ni pensarlo.

Rasskovski corrió hacia Dimitri, que volvió a disparar, y esta vez alcanzó al soldado. Dimitri no fue lo bastante rápido como para volver la pistola hacia los otros dos soldados del NKVD, quienes, como si se movieran en cámara lenta, cogieron los fusiles que llevaban al hombro. Por fin abrieron fuego contra Dimitri, que voló por los aires impulsado por la fuerza de los impactos.

De pronto comenzaron a disparar desde el bosque. Esta vez los disparos no eran los típicos de un fusil: un disparo, accionar el cerrojo, otro disparo, accionar el cerrojo, y así sucesivamente hasta agotar el cargador de cinco. No, esta vez era una ráfaga de ametralladora que destrozó el capó y el parabrisas del camión. Los dos soldados del NKVD desaparecieron de la vista.

El cristal de la ventanilla de la puerta junto a Tatiana voló en pedazos y ella sintió que algo duro y filoso se le incrustaba en la mejilla. Notó un sabor metálico en la boca y al mover la lengua tocó algo cortante. Cuando abrió la boca, se le escapó una bocanada de sangre. Buscó refugio debajo del camión, sin pensar más en la herida.

Vio a Dimitri tendido en el suelo. También el doctor Sayers estaba al descubierto. Se generalizó el tiroteo, las balas acribillaban el capó del vehículo de la Cruz Roja.

Tatiana reptó por el suelo helado, cogió al doctor Sayers y lo arrastró al vehículo. Después se le echó encima para protegerlo con su cuerpo, y fue entonces cuando le pareció que Dimitri se movía, aunque bien podía ser un efecto de los fogonazos. No, era él. Intentaba acercarse al camión. Desde el lado soviético dispararon un mortero y la bomba estalló en el bosque. Llamas, humo negro, gritos. ¿Aquí? ¿Allá? Tatiana no lo sabía. No había aquí o allá. Sólo Dimitri, que se movía hacia Tatiana. Lo vio alumbrado por los faros. La buscaba y la encontró, y, durante un par de segundos de silencio, escuchó que la llamaba: «Tatiana... Tatiana... por favor...», con la mano extendida. Tatiana cerró los ojos.

«No se acercará a mí».

Tatiana oyó un silbido agudo, vio un destello muy cercano, seguido de una explosión tremenda que la lanzó de cabeza contra el eje del camión y la dejó inconsciente.

Cuando volvió en sí, Tatiana decidió no abrir los ojos. No oía muy bien, pero tenía calor, como si estuviera en la casa de baños en Lazarevo, cuando echaba agua sobre las rocas calientes y el agua se transformaba en vapor. Aún estaba en parte sobre el cuerpo del doctor Sayers. No podía ir a ninguna parte. Volvió a tocar con la lengua el objeto cortante que tenía en la boca. Esta vez el sabor era salado además de metálico.

La piel de Sayers estaba pegajosa. Pérdida de sangre. Tatiana abrió los ojos y le pasó las manos por el cuerpo. Un pequeño incendio detrás del camión alumbraba el rostro pálido del médico. ¿Dónde tenía la herida? Fue palpando debajo del abrigo y encontró el agujero de bala en el hombro. No encontró el orificio de salida, pero apretó con la mano el orificio de entrada para cortar la hemorragia. Después volvió a cerrar los ojos. Había un incendio a sus espaldas, pero ya no se escuchaban disparos.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dos minutos? ¿Tres?

Sintió que comenzaba a hundirse en un abismo oscuro. No sólo no podía abrir los ojos, es que no quería.

¿Cuánto tiempo para que su vida se acabara, para que continuara? ¿Cuánto tiempo para que el doctor Sayers durmiera? ¿Cuánto tiempo para que Dimitri continuara solo en el resplandor?

¿Cuánto tiempo para Tatiana? ¿Cuánto tiempo más para ella? ¿Cuánto tiempo tardó Alexandr en rescatar al doctor Sayers y que lo hirieran? Tatiana lo había presenciado todo desde el camión de la Cruz Roja, aparcado detrás de los árboles, en el claro que daba a la pendiente que bajaba hasta el río, la pendiente por donde había corrido Alexandr en auxilio de Anatoli Marazov.

Tatiana lo había presenciado todo.

Los dos minutos viendo cómo Alexandr corría para ayudar a Marazov, gritarle al doctor Sayers, correr hacia el doctor Sayers, sacarlo del agua, y después arrastrar a los tres hombres hasta el camión habían sido los dos minutos más largos de la vida de Tatiana.

Él había estado muy cerca de salvarse. Vio cómo la bomba lanzada desde el avión alemán caía en el hielo y explotaba. Vio a Alexandr volar por los aires y chocar de cabeza contra el vehículo blindado. Cuando vio caer a Alexandr, Tatiana cogió la caja con los recipientes de plasma y el botiquín de primeros auxilios, saltó del camión de la Cruz Roja y echó a correr hacia la orilla. Un cabo la tumbó al suelo cuando estaba a punto de pisar el hielo.

—¿Está loca? —le gritó.

—Soy enfermera. Tengo que ayudar al médico.

—Sí, pero será una enfermera muerta. Quédese en el suelo.

Permaneció tumbada exactamente dos segundos. Vio al doctor Sayers escondido detrás del vehículo blindado que lo protegía a él y a Alexandr del fuego directo. Le vio levantar la mano para pedir ayuda. Vio que Alexandr no se levantaba. Tatiana se levantó de un salto y se lanzó a cruzar el hielo antes de que el cabo pudiera sujetarla. Primero corrió, pero después, asustada por los estallidos de los obuses, se lanzó cuerpo a tierra y siguió a gatas el resto del camino. Alexandr permanecía inmóvil. En el uniforme de camuflaje blanco se veía una mancha roja que aumentaba por momentos en el lado derecho de la espalda, un poco más arriba de la cintura. Un cerco de tela chamuscada rodeaba la herida. Tatiana llegó junto a él y le quitó el casco de la cabeza cubierta de sangre.

Una mirada al rostro de Alexandr le bastó para saber que se estaba muriendo.

La piel tenía una coloración grisácea y no respondía a los estímulos. Debajo de su cuerpo había un charco de sangre helada. Tatiana estaba de rodillas en el charco. «Sufre un choque hipovolémico. Necesita plasma», dijo ella. El doctor Sayers asintió en el acto. Mientras él buscaba un instrumento quirúrgico para cortar la manga del uniforme, Tatiana utilizó la cofia a modo de venda para tapar la herida y reducir la pérdida de sangre. Acercó una mano a la bota derecha de su marido, cogió el cuchillo y se lo arrojó al doctor Sayers. «Tenga, use esto». No creía haber respirado ni una sola vez.

Sayers cortó la tela de la manga para dejar al descubierto el antebrazo izquierdo, buscó la vena y le clavó la aguja conectada al frasco de plasma. Cuando él se marchó en busca de una camilla y alguien que los ayudara, Tatiana, que se había sentado sobre la herida de Alexandr, le cortó la otra manga, cogió otro frasco de plasma, otro catéter, otra aguja, y se la insertó en la vena del antebrazo derecho. Ajustó el ritmo del goteo a sesenta y nueve gotas por minuto, el máximo posible. Continuó sentada sobre su espalda, apretando todo lo posible, con la cofia y el abrigo chorreando sangre, atenta a la aparición de Sayers con la camilla, mientras repetía una y otra vez: «Venga, soldado, venga».

Cuando por fin apareció el médico, Tatiana ya había cambiado el segundo frasco de plasma. Tatiana se quitó el abrigo manchado, lo puso atravesado en la camilla, y cuando pusieron encima a Alexandr, le ató el abrigo bien fuerte a la cintura. Les había costado horrores levantarlo porque tenía la ropa empapada. El doctor Sayers preguntó cómo harían para llevarlo, y ella le respondió que lo llevarían a la voz de «Tres» y lo llevarían, y él le dijo incrédulo: «¿Usted va a cargarlo?». Ella le respondió sin pestañear: «Sí, yo lo llevaré. Ahora».

Después, Tatiana se enfrentó con los médicos soviéticos, con las enfermeras soviéticas, e incluso con el doctor Sayers, quien después de ver el agujero en la espalda de Alexandr y comprobar la pérdida de sangre, lo dio por desahuciado. «No podemos hacer nada por él. Llénenlo con los terminales. Que le suministren un gramo de morfina, pero no más».

Tatiana le hizo una transfusión, le suministró morfina, le suministró plasma, y cuando no fue suficiente le dio su propia sangre. Y cuando tampoco eso fue suficiente, y pareció como si nada fuera a ser suficiente, sacó sangre de sus arterias para verterla directamente en sus venas.

Gota a gota.

Mientras estaba sentada a su lado, le dijo: «Lo único que quiero es que sientas mi espíritu a través de tu dolor. Estoy sentada aquí contigo y vuelco mi amor en ti, gota a gota, con la esperanza de que me oigas, con la esperanza de que levantes la cabeza y me vuelvas a sonreír. Shura, ¿puedes oírme? ¿Puedes sentir que estoy sentada a tu lado para hacerte

saber que todavía estás vivo? ¿Puedes sentir mi mano sobre tu corazón, mi mano que te hace saber que creo en ti? Creo en tu vida eterna, creo en que vivirás, que sobrevivirás a todo esto y que te saldrán alas para volar sobre la muerte, y cuando vuelvas a abrir los ojos otra vez, estaré aquí, yo siempre estaré aquí, porque creo en ti y te quiero. Estoy aquí. Siénteme, Alexandr. Siénteme y vive».

Él vivió.

Mientras Tatiana estaba tendida debajo del camión de la Cruz Roja en el alba de una fría mañana de marzo, se preguntó: «¿Lo salvé para que muriera en el hielo sin tener mis brazos para sujetarlo, para abrazar su cuerpo joven y hermoso, destrozado por la guerra, el cuerpo que me amó con todo su inmenso poder? ¿Pudo mi Alexandr haber caído solo?».

Hubiera preferido enterrarlo como enterró a su hermana antes de tener que pasar por esto. Hubiera preferido saber que le había dado paz en lugar de vivir un segundo más de esto.

Tatiana no podía soportarlo más. Ni un solo momento. Al cabo de un instante no iba a quedar nada de ella.

Oyó vagamente el gemido del doctor Sayers. Tatiana parpadeó, se desprendió del recuerdo de Alexandr, abrió los ojos y se volvió hacia el médico. «¿Doctor?». Estaba semiconsciente. En el bosque reinaba el silencio. La aurora era de un color azul acero. Tatiana se apartó del médico y salió a gatas de debajo del camión. Se pasó la mano por la cara y comprobó que sangraba. Sus dedos tocaron el trozo de cristal incrustado en la mejilla. Intentó sacarlo, pero le dolió mucho. Lo sujetó con fuerza y dio un tirón. Su alarido resonó en el bosque.

La sangre manó de la herida. No le dolía bastante.

Continuó gritando, y el eco de sus gritos le llegó desde el bosque desierto. Con los brazos cruzados sobre el estómago, el pecho, las piernas, se arrodilló en la nieve y chilló mientras la sangre manaba de su cara.

Se tendió en el suelo y apretó la mejilla contra la nieve. No estaba lo bastante fría. No la adormecía todo lo necesario.

Ya no tenía nada cortante en la boca, pero notaba la lengua hinchada. Tatiana se sentó en la nieve y miró en derredor. Reinaba un silencio espectral; el gris de los árboles desnudos contrastaba lúgubrementemente con la nieve. Ya no se escuchaba ningún eco, ni siquiera suyo, ni una rama fuera de lugar. En medio del pantano, cerca del golfo de Finlandia.

Pero las cosas estaban fuera de lugar. El vehículo de la Cruz Roja estaba destrozado. Uno de los soldados del NKVD, vestido con su uniforme azul oscuro, yacía a su derecha. Dimitri estaba en el suelo a menos de un metro del camión. Tenía los ojos abiertos y su mano seguía extendida hacia Tatiana, como si esperara que algún milagro providencial lo sacara de su propia eternidad.

Tatiana miró por un momento el rostro congelado de Dimitri. Cuánto disfrutaría Alexandr con el relato de cómo los soldados del NKVD habían reconocido a Dimitri. Desvió la vista.

Alexandr no se había equivocado: aquel era un buen lugar para atravesar la frontera. Estaba mal equipado y peor defendido. Las tropas del NKVD sólo disponían de armamento ligero; tenían los fusiles y, por lo que ella había visto, un mortero, pero uno no era suficiente para mantenerlos con vida. Los finlandeses disponían de artillería. En el lado finlandés las cosas también estaban tranquilas. A pesar de la artillería, ¿también estaban todos muertos? Tatiana miró entre los árboles y no vio ningún movimiento. Todavía estaba en el lado soviético. ¿Qué debía hacer? Sin duda, los refuerzos del NKVD ya estaban de camino, y en cuanto aparecieran se la llevarían para interrogarla. Y entonces, ¿qué?

Tatiana se tocó el estómago a través del abrigo. Tenía las manos heladas.

Volvió a meterse debajo del camión.

—Doctor Sayers —susurró, al tiempo que le ponía las manos en el cuello—. Matthew, ¿me escucha?

Él no le respondió. Estaba en muy mal estado, el pulso era de cuarenta y apenas si se notaba la presión sanguínea en la carótida. Tatiana se tendió junto al médico y le sacó del bolsillo el pasaporte norteamericano y los

documentos de viaje de la Cruz Roja. Decían claramente en inglés que Matthew Sayers y Jane Barrington viajaban a Helsinki.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Debía irse? ¿Ir adónde? ¿Cómo?

Tatiana subió a la cabina del camión de la Cruz Roja y giró la llave del arranque. Nada. Era inútil. Observó los destrozos causados por las balas en toda la parte delantera. Miró hacia el lado finlandés. ¿Se movía alguien? No. Vio unos cuerpos en la nieve y detrás un camión del ejército finlandés, un poco más grande que el de la Cruz Roja. Ésa no era la única diferencia: el camión finlandés no parecía estropeado.

Se bajó del vehículo.

—Ahora mismo vuelvo —le dijo al doctor Sayers.

Él no le respondió.

—De acuerdo —añadió, y se alejó para cruzar tranquilamente la frontera finlandesa-soviética. No notó ninguna diferencia entre un lado y otro de la frontera.

Tatiana caminó con cautela entre la media docena de finlandeses muertos. En la cabina del camión había otro cadáver caído sobre el volante. Tatiana sujetó el cadáver y comenzó a tirar hasta que consiguió sacarlo de la cabina.

Se sentó al volante y giró la llave del contacto. El motor se había calado. Tatiana puso la palanca de cambio en punto muerto y probó otra vez el arranque. Nada. Otra vez. Nada. Miró el indicador de combustible. Marcaba lleno. Se bajó para ir a la trasera para comprobar si el tanque de combustible estaba agujereado. Estaba intacto. Volvió a la parte de delante y levantó el capó. Miró el interior y durante un momento pareció desconcertada, pero entonces recordó algo. Era un motor diesel. ¿Cómo es que lo sabía?

La Kirov.

El nombre de la fábrica la hizo estremecer con tanta violencia, que a punto estuvo de dejarse caer sobre la nieve una vez más. Ése era un motor diesel, y ella montaba motores diesel para los tanques que fabricaban en la Kirov. «¡Hoy he fabricado un tanque entero para ti, Alexandr!». ¿Qué recordaba de los motores?

Nada. Entre los motores diesel y los bosques de Finlandia habían pasado tantas cosas que apenas si recordaba el número del tranvía que tomaba para regresar a casa.

El uno.

Era el tranvía número uno. Lo tomaban, pero se bajaban antes para pasear junto al canal Obvodnoi. Paseaban, hablaban de la guerra, de Estados Unidos, mientras sus brazos se rozaban.

Motor diesel.

Tenía frío. Se encasquetó la gorra sobre las orejas.

Frío. Los motores diesel tenían problemas para arrancar cuando las temperaturas eran bajas. Comprobó cuántos cilindros tenía el motor. Tenía seis. Seis pistones, seis cámaras de combustión. Las cámaras de combustión estaban demasiado frías; el aire no tenía la temperatura necesaria para encender el combustible. ¿Dónde estaban los tapones encendedores que Tatiana enroscaba en los costados de las cámaras de combustión?

Tatiana encontró los seis tapones. Necesitaba calentarlos un poco para que el aire alcanzara la temperatura correcta durante la compresión. Era imposible meter aire a una temperatura bajo cero y esperar que alcanzara una temperatura de 540 grados con un par de subidas y bajadas de los pistones.

Tatiana miró en derredor. Se fijó en los soldados muertos. Metió la mano en el bolsillo pequeño de una de las mochilas y sacó un encendedor. Alexandr también guardaba el encendedor en el bolsillo pequeño de la mochila. Ella lo cogía para encenderle los cigarrillos en Lazarevo. Lo encendió y acercó la llama al primero de los tapones encendedores durante unos segundos. Después repitió la operación con los demás, pero cuando acabó con el sexto, el primero estaba tan frío como antes. Tatiana ya estaba harta. Buscó una rama baja, la cortó del árbol e intentó encenderla. La rama estaba empapada por la nieve. No se encendió.

Otra vez miró en derredor, pero ahora sabía exactamente lo que buscaba. Lo encontró detrás del camión en una pequeña caja sujeta al cuerpo de uno de los finlandeses, que había sido el encargado del

lanzallamas. Tatiana cogió el lanzallamas y con una expresión decidida se lo ató a la espalda como si fuera la mochila de Alexandr. Sujetó la manguera con la mano izquierda, apretó la palanca de descarga, encendió el mechero y después lo acercó a la boquilla de la manguera.

Pasó medio segundo y entonces una llama de nitrato blanco brotó de la boquilla con tanta fuerza que el retroceso casi tumbó a Tatiana de espaldas sobre la nieve. Casi. Siguió de pie.

Tatiana se acercó al capó levantado del camión y apuntó la llama directamente al motor durante unos segundos. Después otros cuantos más. En total, calculó unos treinta segundos, más o menos. Después apagó la llama, se quitó la caja del lanzallamas de la espalda y lo tiró al suelo. Una vez más se sentó al volante, giró la llave, el arranque chirrió un par de veces y el motor arrancó. Esperó un par de minutos para darle tiempo a calentarse, y a continuación pisó el embrague, puso la primera y apretó el acelerador mientras soltaba el pedal del embrague. El camión se puso en marcha. Tatiana condujo el vehículo lentamente a través de la línea de defensa para ir a recoger al doctor Sayers.

Subir al médico al camión le requirió más fuerzas de las que tenía.

Pero no muchas más.

Después de subirlo, se fijó en el distintivo de la Cruz Roja en el camión de Sayers.

Encontró el cuchillo de Dimitri en la bota. También se llevó las granadas de mano. Luego, se acercó al camión y cortó de la lona la insignia de la Cruz Roja. Ahora el problema era cómo coserla en la lona del camión finlandés. Oyó el gemido del doctor Sayers en la trasera y entonces recordó el botiquín de primeros auxilios. Dispuesta a todo, cogió el botiquín y un frasco de plasma. Cortó el abrigo y la camisa del médico y conectó el frasco a la vena, y mientras se vaciaba, le examinó la herida inflamada y sucia alrededor del orificio de entrada. El doctor deliraba como consecuencia de la fiebre. Le limpió la herida con una solución de yodo y se la vendó. Contempló satisfecha el resultado de su trabajo; luego se echó yodo en la mejilla y se tapó el corte con una gasa. Le pareció que volvía a tener clavado el trozo de cristal. Lamentó no tener un poco de

yodo sin diluir. Se preguntó si necesitaría que le cosieran el corte y cuántos puntos de sutura le harían.

Puntos se sutura.

Tatiana recordó la aguja y el hilo esterilizado que había en el botiquín.

Buscó las dos cosas, se bajó del camión y, de puntillas, cosió la insignia de la Cruz Roja en la lona marrón del vehículo. El hilo se cortó varias veces, pero no tenía mucha importancia. Sólo tenía que aguantar la insignia hasta Helsinki.

Volvió a sentarse al volante, giró la cabeza, le gritó al doctor Sayers a través de la mirilla que comunicaba con la trasera: «¿Preparado?», y después condujo el camión fuera de la Unión Soviética, sin preocuparse del cadáver de Dimitri tendido en la nieve.



Tatiana condujo por la carretera de tierra que cruzaba el bosque con mucha prudencia, con las dos manos aferradas al volante y sentada en el borde del asiento para poder alcanzar los pedales. Encontrar la carretera que bordeaba el golfo de Finlandia desde Lisii Nos a Viborg fue sencillo. Sólo había una. Todo lo que tuvo que hacer fue dirigirse al oeste, y el rumbo se lo marcaba el pálido sol de marzo.

En Viborg le enseñó las credenciales de la Cruz Roja a un centinela y preguntó dónde podía conseguir combustible y cuál era la carretera a Helsinki. Le pareció que el soldado le preguntaba por la herida en la cara, pero como no hablaba finlandés no le contestó y siguió viaje, esta vez por una ancha carretera pavimentada, donde se detuvo a enseñar la documentación y al médico herido que transportaba en ocho puestos de control. Condujo durante cuatro horas hasta que llegó a Helsinki a última hora de la tarde.

Lo primero que vio fue el edificio iluminado de la iglesia de San Nicolás en lo alto de una colina que dominaba el puerto de la capital. Se detuvo para pedir indicaciones para llegar al Hospital Universitario de Helsinki. Sabía cómo decir el nombre en finlandés, pero no entendía las

indicaciones. Después de intentarlo cinco veces, encontró a una persona que hablaba un poco de inglés. El hospital se encontraba detrás de la iglesia iluminada. No había forma de equivocarse.

El doctor Sayers era muy conocido y apreciado en el hospital, donde trabajaba desde la guerra de 1940. Las enfermeras se hicieron cargo del herido y le formularon a Tatiana toda clase de preguntas en inglés, finlandés, pero ninguna en ruso, la mayoría de las cuales no supo responder.

En el hospital conoció a otro médico norteamericano de la Cruz Roja, Sam Leavitt, que le miró el corte en la mejilla y dijo que necesitaba puntos. Le ofreció un anestésico local. Tatiana rehusó el ofrecimiento.

—Sutúrela, doctor.

—Necesitará unos diez puntos —replicó el médico.

—¿Sólo diez?

Leavitt le cosió la herida, mientras ella permanecía callada e inmóvil en la cama del hospital. Después le recetó un antibiótico, un calmante, y le preguntó si quería comer. Tatiana aceptó el antibiótico, pero rechazó la comida. Le enseñó a Leavitt la lengua hinchada y llena de cortes.

—Mañana —susurró—. Mañana estará mucho mejor. Mañana comeré.

Las enfermeras le trajeron un uniforme nuevo y de una talla más grande para ocultar la barriga, medias de lana y una enagua de franela. Se ofrecieron lavarle el uniforme viejo y manchado de sangre. Tatiana les dio el uniforme y el abrigo, pero se quedó con el brazalete de la Cruz Roja.

Después, Tatiana fue a sentarse en el suelo junto a la cama del doctor Sayers. La enfermera del turno de noche, cuando la encontró allí, le dijo que fuera a dormir a otra habitación. La ayudó a levantarse y la acompañó, pero en cuanto la enfermera se marchó a la sala de guardia, Tatiana volvió a la habitación de Sayers.

Por la mañana, él estaba peor y ella mejor. Le trajeron su viejo uniforme, planchado y almidonado, y consiguió comer un par de bocados. Pasó todo el día junto al doctor Sayers, con la mirada puesta en el trozo del golfo de Finlandia cubierto de hielo, que se veía entre los edificios y

los árboles desnudos. El doctor Leavitt apareció al anochecer, le miró la herida y le preguntó si quería ir a descansar unas horas. Se negó.

—¿Por qué está sentada aquí? ¿Por qué no se va y descansa?

Tatiana no replicó, sin apartar la vista de Matthew Sayers. Respondió a la pregunta del médico, pero para sus adentros: «Porque esto es lo que hago; entonces y ahora. Me siento junto a los moribundos».

Por la noche, el estado de Sayers se agravó. Tenía una fiebre de casi cuarenta y dos grados. Sudaba a mares. Los antibióticos no le hacían ningún efecto. Tatiana no comprendía lo que le estaba pasando. Lo único que quería era que recuperara el conocimiento. Se quedó dormida en la silla, con la cabeza apoyada en la cama.

Se despertó en mitad de la noche, con el súbito convencimiento de que el doctor Sayers no se salvaría. Conocía de sobra lo que significaba aquella manera de respirar: eran los últimos estertores de un hombre a punto de morir. Tatiana le cogió la mano, apoyó la otra en la frente y con su lengua herida comenzó a hablarle en ruso, en inglés, de Estados Unidos y de todas las cosas que haría cuando se pusiera mejor. El médico abrió los ojos y con voz débil le dijo que tenía frío. Ella le llevó otra manta. Sayers le apretó la mano; respiraba por la boca cada vez más rápido.

—Lo siento mucho, Tania —murmuró.

—No, yo lo siento mucho —respondió ella, tan bajo que no se oyó. Después alzó la voz un poco—. Doctor Sayers —dijo—. Matthew... —Intentó que no se le quebrara la voz—. Se lo ruego, dígame por favor lo que le pasó a mi marido. ¿Dimitri lo traicionó? ¿Lo arrestaron? Estamos en Helsinki. Estamos fuera de la Unión Soviética. No voy a regresar. Necesito tan poco para mí... —Apoyó la cabeza en el brazo del hombre—. Sólo quiero un poco de consuelo —susurró.

—Ve a América, Tania. —Su voz se apagaba—. Ése será tu consuelo.

—Consuéleme con la verdad. ¿De verdad que lo vio en el lago?

El médico la miró durante unos momentos con una mirada que a Tatiana le pareció una mezcla de incredulidad y comprensión, y entonces cerró los ojos. Tatiana sintió el temblor de su mano en la suya, oyó la respiración cada vez más quebrada, hasta que cesó del todo.

Tatiana no le soltó la mano hasta la mañana.



Una enfermera entró en la habitación y se llevó a Tatiana, y en el vestíbulo la abrazó cariñosamente mientras le decía en inglés:

—Querida, puedes hacer lo imposible por los demás, pero así y todo se mueren. Estamos en guerra. No puedes salvar a todo el mundo.

Sam Leavitt se cruzó con ella en el vestíbulo cuando iba a hacer las visitas y le preguntó qué pensaba hacer. Tatiana le respondió que necesitaba regresar a Estados Unidos. Leavitt la miró con los ojos como platos.

—¿Regresar a Estados Unidos? —Se inclinó hacia la muchacha—. Escuche, no sé dónde la encontró Matthew. Su inglés es bastante bueno, pero no tanto. ¿De verdad que es norteamericana?

Tatiana asintió.

—¿Dónde está su pasaporte? No puede regresar sin un pasaporte.

Ella lo miró en silencio.

—Además, ahora mismo es muy peligroso. Los alemanes están bombardeando el Báltico sin piedad.

—Sí.

—Todos los días hunden no sé cuántos barcos.

—Sí.

—¿Por qué no se queda aquí hasta abril y trabaja con nosotros hasta el deshielo? Tiene que esperar que se le cicatrice la herida. Hay que quitarle los puntos, y a nosotros nos vendría muy bien contar con otra enfermera. Quédese en Helsinki.

Tatiana sacudió la cabeza.

—Tendrá que quedarse aquí de todas maneras hasta que le consigamos un pasaporte nuevo. ¿Quiere que la acompañe más tarde hasta la plaza del Senado? La llevaré al consulado norteamericano. Tardarán por lo menos un mes en darle el pasaporte. Para entonces el hielo ya se habrá fundido. Regresar a Estados Unidos es bastante difícil en estos días.

Tatiana sabía que en cuanto el Departamento de Estado buscara los antecedentes de Jane Barrington descubrirían que ella no era esa persona. Alexandr le había dicho que no podía quedarse ni un segundo en Helsinki, que el NKVD tenía el brazo muy largo. Alexandr le había dicho que debía ir a Estocolmo. Tatiana sacudió la cabeza y se alejó del médico.

Se marchó del hospital, cargada con la mochila, su bolsa de enfermera y los documentos de viaje a nombre de Jane Barrington. Fue caminando hasta la zona sur del puerto, se sentó en un banco y se entretuvo con el espectáculo de los vendedores en el mercado callejero. Los vio recoger los puestos, cargar las mercancías en los carros y barrer la plaza.

Volvió a reinar la calma.

Las gaviotas graznaban sin cesar.

Tatiana se quedó sentada durante horas y horas hasta que se hizo de noche, y entonces cruzó la callejuela que conducía hasta la resplandeciente iglesia de San Nicolás. Apenas si la miró.

Recorrió la zona portuaria en plena noche hasta que vio los camiones con las banderas azules y amarillas, que cargaban troncos. Reinaba bastante actividad en el puerto. Tatiana comprendió que la noche era el momento adecuado para transportar los suministros a través del Báltico. Los camiones no viajaban de día cuando era fácil descubrirlos. Aunque los alemanes no solían bombardear los buques mercantes de países neutrales, algunas veces lo hacían. Por consiguiente, los suecos habían decidido finalmente enviar a sus barcos y camiones en convoyes con escolta. Alexandr se lo había comentado.

Tatiana sabía que los camiones iban a Estocolmo por uno de los conductores que dijo la palabra «Stokgolm», que sonaba muy parecida al nombre de la capital en ruso.

Permaneció allí, contemplando cómo cargaban los troncos en la caja de un camión abierto. ¿Tenía miedo? No, ya no. Se acercó al camionero, le enseñó el distintivo de la Cruz Roja y le dijo en inglés que era una enfermera que necesitaba viajar a Estocolmo, y si por favor podía llevarla en el camión a través del golfo de Bosnia por cien dólares. El hombre no entendió ni una palabra de lo que le dijo, así que ella le enseñó los cien

dólares y dijo: «¿Stokgolm?». El hombre cogió el dinero y le indicó que subiera al camión.

El conductor no hablaba inglés ni ruso, así que apenas si intentaron comunicarse, algo que a ella le vino muy bien. En el camino a través del hielo iluminado por los faros del convoy y las luces de la aurora boreal, Tatiana recordó que la primera vez que había besado a Alexandr cuando estaban en el bosque de Luga, había tenido miedo de que él descubriera inmediatamente que nunca había besado a nadie antes, y había pensado: «Si me pregunta, le mentiré, porque no quiero que me tome por una tonta». Lo había pensado durante un par de segundos, y después dejó de hacerlo, porque su beso había sido tan intenso, y ella lo había besado con tanta pasión que se olvidó de su inexperiencia.

Pensar en la primera vez que se besaron le ocupó gran parte del viaje. Después se quedó dormida.

No se enteró de la duración del viaje. Durante las horas finales del trayecto pasaron por las pequeñas islas frente a Estocolmo.

—*Tack* —le dijo al camionero cuando llegaron al puerto—. *Tack sa mycket.*

Alexandr le había enseñado a decir gracias en sueco. Tatiana caminó por el hielo, con mucho cuidado para no caerse, subió unos cuantos escalones y salió al paseo marítimo. Pensó: «Estoy en Estocolmo. Ahora soy casi libre». Caminó lentamente por las calles casi desiertas. Era la madrugada, las tiendas todavía estaban cerradas. ¿Qué día era? No lo sabía. Encontró una panadería abierta, en cuyas estanterías había pan blanco. Le ofreció pagarle a la panadera con dólares, pero la mujer meneó la cabeza y dijo algo en sueco.

—*Bank. Pengar, dollars.*

Tatiana se volvió. La mujer la llamó, pero con una voz estridente, y Tatiana, asustada ante la posibilidad de que la mujer sospechara que había entrado ilegalmente, no le hizo caso. Ya estaba en la calle cuando la mujer fue tras ella y la detuvo para ofrecerle una barra de pan blanco crujiente, con un olor delicioso que Tatiana no había olido jamás, y una taza de café.

—*Tack* —dijo Tatiana—. *Tack sa mycket.*

—*Varsagod* —replicó la mujer, que sacudió la cabeza al ver el dinero que le ofrecía la muchacha.

Tatiana se sentó en un banco del muelle que daba al mar Báltico y el golfo de Botnia, se comió toda la barra de pan y se bebió todo el café. Contempló sin parpadear cómo amanecía. En algún lugar al este del hielo se encontraba Leningrado. Y algún lugar al este de Leningrado estaba Lazarevo. Y entre los dos estaban la Segunda Guerra Mundial y el camarada Stalin.

Después, recorrió las calles hasta que fue la hora de apertura de los comercios y encontró un banco donde cambió unos cuantos dólares. Ahora que disponía de coronas suecas, compró más pan blanco; entró en una tienda donde vendían queso, en realidad todo un amplio surtido de quesos, y luego encontró un café cerca del puerto donde le sirvieron un desayuno de verdad, y no sólo gachas, ni sólo huevos, o sólo pan, sino beicon. Se comió tres raciones de beicon y decidió que a partir de entonces sería lo único que tomaría para desayunar.

El día acababa de comenzar. Tatiana no sabía dónde ir a dormir. Alexandr le había dicho que en Estocolmo había hoteles donde alquilaban habitaciones sin pedir el pasaporte. Como en Polonia. A ella le había parecido entonces algo increíble. Pero Alexandr, por supuesto, tenía razón.

Tatiana no sólo alquiló una habitación en un hotel, no sólo le dieron la llave de una habitación que estaba caliente, que tenía una cama y una ventana con vistas a la bahía, sino que tenía su propio baño, y en el baño estaba aquello que Alexandr le había descrito, algo parecido a una regadera que le echaba agua caliente desde arriba. Estuvo una hora debajo del chorro de agua caliente.

Después durmió veinticuatro horas seguidas.

Tatiana tardó más de dos meses en abandonar Estocolmo.

Setenta y seis días de estar sentada en un banco del muelle con la vista puesta en el este, más allá del golfo, más allá de Finlandia, en la Unión Soviética, mientras las gaviotas chillaban en lo alto.

Setenta y seis días de...

Ella y Alexandr habían planeado quedarse en Estocolmo durante la primavera mientras esperaban que a él le llegaran los documentos del Departamento de Estado norteamericano. Tenían proyectado celebrar el 29 de mayo el cumpleaños de Alexandr. Cumpliría veinticuatro años.

La primavera suavizó la austeridad de Estocolmo. Tatiana compró tulipanes amarillos, fruta fresca a los vendedores del mercado; y comió carne: jamón ahumado, cerdo y salchichas. Comió helado. Se le cicatrizó el corte en la mejilla. Le creció la barriga. Consideró la posibilidad de quedarse en Estocolmo, buscar trabajo en un hospital, tener a su hijo en Suecia. Le gustaban los tulipanes y la ducha caliente.

Pero las gaviotas no dejaban de chillar.

Tatiana nunca fue a la iglesia de Riddarholm, el panteón de los reyes de Suecia.

Finalmente, tomó un tren que la llevó a través del país hasta Göteborg, donde se embarcó sin problemas en la bodega de un mercante sueco con destino a Harwich, Inglaterra, cargado con bobinas de papel. Lo mismo que en su viaje desde Finlandia a Suecia, ella y el buque formaban parte de un convoy fuertemente armado. Como Noruega estaba ocupada por los alemanes, de vez en cuando los convoyes eran blanco de la aviación y los submarinos nazis en el mar del Norte. La neutral Suecia no estaba dispuesta a aceptarlo, ni tampoco Tatiana.

La travesía se realizó sin sobresaltos y atracaron en Harwich sin novedad. Para ir a Liverpool, Tatiana cogió un tren que tenía unos asientos comodísimos. Llevada por la curiosidad, había comprado un billete de primera clase. Los cojines eran blancos. «Éste hubiese sido un buen tren para viajar a Lazarevo después de enterrar a Dasha», pensó Tatiana.

Pasó dos semanas en la húmeda e industrial Liverpool hasta que se enteró de que una compañía llamada White Star navegaba a Nueva York una vez al mes, pero necesitaba un visado para subir a bordo. Compró un billete de segunda y se presentó en la pasarela. Cuando el joven sobrecargo le pidió los documentos, Tatiana le enseñó su documento de viaje de la Cruz Roja expedido en la Unión Soviética. Le dijo que no servía;

necesitaba un visado. Tatiana le dijo que no tenía. Le dijo que necesitaba un pasaporte. Ella le dijo que no tenía. Él se echó a reír y le dijo:

—Entonces, querida, tú no subes a este barco.

—No tengo visado, ni tengo pasaporte, pero lo que tengo son quinientos dólares que me gustaría darte si me dejas pasar. —Sabía que quinientos dólares eran la paga de un año de un marinero.

El joven aceptó el dinero en el acto y la acompañó hasta un pequeño camarote debajo de la línea de flotación. Tatiana se subió a la litera de arriba. Alexandr le había dicho que él dormía en la litera de arriba en el cuartel de Leningrado. No se sentía bien. Llevaba el más grande de sus dos uniformes, el que le habían dado en Helsinki. El primero ya no le entraba, incluso éste comenzaba a apretarle en la barriga.

En Estocolmo, Tatiana había encontrado un lugar donde lavar sus uniformes llamado *tvatteri*, donde había cosas llamadas *tvatt maskins* y *tork tumlares*, donde ella echaba monedas y treinta minutos más tarde las prendas salían limpias; treinta minutos después las prendas estaban secas, y no había que permanecer de pie en el agua fría, ni tablas de lavar, ni frotar. No tenía nada más que hacer que sentarse y mirar la máquina.

Mientras Tatiana miraba la máquina, recordaba la última vez que ella y Alexandr habían hecho el amor. Él se marchaba a las seis de la tarde, y acabaron cuando faltaban cinco minutos para las seis. Apenas si tuvo tiempo para vestirse, darle un beso y salir disparado. Él había estado encima de ella mientras hacían el amor, y Tatiana le había mirado el rostro todo el tiempo, abrazada a su cuello, mientras lloraba y le suplicaba que no terminara, porque cuando terminara tendría que marcharse. Amor. ¿Cómo se decía amor en sueco?

Kärlek.

Jag älskar dig, Alexandr.

Mientras el uniforme de la Cruz Roja y las medias daban vueltas en el *tork tumlare*, Tatiana daba gracias porque la última vez que ella y Alexandr habían hecho el amor, ella le había visto la cara.

El viaje a Nueva York duró diez días. Cuando llegaron, era finales de junio. Tatiana había cumplido los diecinueve años a bordo de un buque de

la White Star en mitad del océano Atlántico.

En el barco, Tatiana tosía y pensaba en Orbeli.

«Tatiasha, recuerda Orbeli», o era «¿Recuerdas Orbeli?».

Tatiana escupió sangre, y apeló a sus menguadas tuerzas y a las cada vez más escasas energías de su corazón para preguntarse: «¿Si Alexandr sabía que lo iban a arrestar, y no podía decírmelo porque sabía que nunca me iría sin él, no hubiera rechinado los dientes, apretado las mandíbulas y mentido?».

Sí. Todo lo que sabía de Alexandr le decía que eso sería exactamente lo que hubiera hecho. Si él sabía la verdad, le hubiera dado una palabra.

«Orbeli».

El pecho le dolía tanto que tenía la sensación de que le arrancaban los pulmones.

Tatiana no pudo levantarse cuando la nave atracó en el puerto de Nueva York. No es que no quisiera. Sencillamente no podía. Descompuesta después de un muy violento ataque de tos, sintió como si algo goteara desde dentro de su cuerpo.

Muy pronto escuchó voces y dos hombres entraron en el camarote, ambos vestidos de blanco.

—Oh, no, ¿qué tenemos aquí? —exclamó el más bajo—. ¿Otra refugiada?

—Espera, ésta lleva un uniforme de la Cruz Roja —señaló el más alto.

—Es evidente que lo robó en alguna parte. Mira, apenas si le abrocha en la barriga. Está claro que no es de ella. Venga, Edward, vámonos. Ya avisaremos más tarde a los de Inmigración. Tenemos que vaciar este barco.

Tatiana gimió. Los hombres volvieron. El más alto la miró.

—Chris, creo que va a tener un bebé.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Eso creo. —El médico palpó por debajo de las piernas de Tatiana—. Me parece que ha roto aguas.

Chris se acercó a Tatiana y le puso la mano en la cabeza.

—Tócala. Está ardiendo. Escucha cómo respira. Ni siquiera necesito un estetoscopio. Tiene tuberculosis. Dios, ¿cuántos casos más como éste tendremos que ver? Olvídalo. Todavía nos quedan todos los demás camarotes. Éste es el primero. Te garantizo que no será el último.

Edward mantuvo la mano sobre la barriga de Tatiana.

—Está muy enferma. Dígame, ¿habla inglés?

—¿Lo ves? —exclamó Chris, cuando ella no respondió.

—Quizá tiene documentos. ¿Tiene algún documento?

—Se acabó. Me voy —anunció Chris ante el mutismo de Tatiana.

—Chris, está enferma y a punto de dar a luz. ¿Qué quieres hacer, abandonarla? —Se rio—. ¿Qué clase de maldito médico eres tú?

—Uno muy cansado y peor pagado. Por lo que pagan, no voy a matarme.

—Vamos a llevarla al hospital de la isla Ellis. Tienen sitio. Allí no tardará en curarse.

—¿De una tuberculosis?

—Es tuberculosis. No tiene cáncer. Vamos.

—¡Edward, es una refugiada! ¿De dónde viene? Mírala. Si sólo estuviera enferma, diría que de acuerdo, pero sabes que tendrá el bebe en suelo norteamericano, y entonces ¡bam! Tendrá derecho a quedarse aquí como el resto de nosotros. Olvídala. Que tenga el hijo a bordo, así no tendrá derecho a ninguna reclamación en territorio norteamericano, y después envíala a Ellis. Cuanto antes se cure, más rápidamente la deportarán. Es lo más justo. La gente se cree que puede venir aquí sin permiso... Bueno, eso se acabó. Mira cuántos tenemos. En cuanto se acabe esta maldita guerra, la cosa irá a peor. Todo el continente europeo querrá...

—¿Querrá qué, Chris Pandolfi?

—Oh, a ti te es muy fácil juzgar, Edward Ludlow.

—Llevo aquí desde las guerras de los franceses contra los indios. No juzgo.

Chris hizo un gesto y salió. Pero al cabo de un momento asomó la cabeza.

—Ya volveremos más tarde a buscarla. Todavía le falta para dar a luz. Mira lo quieta que está. Vamos.

Edward ya se marchaba cuando Tatiana volvió a gemir. El médico se acercó.

—Señorita, señorita.

Tatiana levantó una mano, buscó a ciegas el rostro de Edward y apoyó la palma en la mejilla del médico.

—Ayúdeme —dijo en inglés—. Voy a tener un bebé. Ayúdeme, por favor.



Edward Ludlow encontró una camilla para Tatiana, y después insistió a Chris Pandolfi, que no dejaba de rezongar, para que le ayudara a bajarla por la pasarela y subirla al transbordador que la llevó a la isla de Ellis en medio de la bahía de Nueva York. Años después de sus días de gloria en la isla, el hospital servía ahora como centro de detención y cuarentena para los inmigrantes y refugiados que llegaban a Estados Unidos.

Tatiana tenía la visión tan nublada que creía estar casi ciega, pero incluso entre la bruma y las ventanillas sucias del transbordador, vio la mano valiente que ofrecía una llama al cielo iluminado por el sol, que levanta su lámpara delante de la puerta dorada.

Tatiana cerró los ojos.

En Ellis la llevaron a un cuarto pequeño y austero, donde Edward la acostó en una cama con las sábanas blancas y almidonadas, y llamó a una enfermera para que la desnudara. Después de examinarla, miró a Tatiana sorprendido.

—Su bebé ha coronado. ¿No lo siente?

Tatiana apenas se movió, apenas respiró. En cuanto salió la cabeza del bebé, apretó los dientes mientras sentía un dolor sordo.

Edward se encargó de todo.

—¿Señorita, me escucha? Por favor, mire. Mire lo que ha tenido. ¡Es un niño precioso! —El médico sonrió, mientras le acercaba el bebé—.

Mire. Es muy grande. Me sorprende que pueda tener un bebé tan grande siendo como es usted tan pequeña. Brenda, mírelo. ¿No está de acuerdo conmigo? —Brenda envolvió al niño en una mantilla blanca y lo dejó junto a Tatiana.

—Se ha adelantado —murmuró Tatiana, mirando a su hijo. Apoyó la mano sobre el bebé.

—¿Adelantado? —Edward se rio—. No, yo diría que nació en el momento exacto. Si hubiera tardado más, lo hubiera tenido en... ¿de dónde es usted?

—De la Unión Soviética.

—¡Dios bendito! ¡La Unión Soviética! ¿Cómo consiguió llegar hasta aquí?

—No me creería si se lo contara —respondió Tatiana, que se puso de lado, con los ojos cerrados.

—Pues ahora ya se puede olvidar de todo eso —comentó el médico alegremente—. Tal como han salido las cosas, su hijo es ahora ciudadano norteamericano. —Se sentó en la silla junto a la cama—. Eso es una buena cosa, ¿verdad? ¿Es lo que usted quería?

Tatiana reprimió un gemido.

—Sí. —Acercó el bebé a su rostro rojo por la fiebre—. Eso es lo que quería. —Le hacía daño respirar.

—Tiene tuberculosis. Ahora mismo le duele, pero se pondrá bien —le dijo el médico con un tono bondadoso—. Ahora puede dejar atrás todo lo que ha pasado.

—Eso es lo que me da miedo —susurró Tatiana.

—¡No, es bueno! —exclamó el médico—. Usted se quedará aquí, en Ellis, se curará. ¿Dónde consiguió el uniforme de la Cruz Roja? ¿Es enfermera?

—Sí.

—Eso es fantástico —afirmó él, complacido—. ¿Lo ve? Es una buena profesión. Encontrará un empleo. Habla un poco de inglés, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de las personas que pasan por aquí. La

separará de la chusma. Confíe en mí. —Sonrió—. Todo le irá de perlas. ¿Quiere que le traiga algo de comer? Tenemos bocadillos de pavo...

—¿De qué?

—Oh, creo que le gustará el pavo. Y queso. Yo se lo traeré.

—Es usted un buen médico —dijo Tatiana—. Edward Ludlow, ¿no?

—Sí.

—Edward...

—¡Para usted es doctor Ludlow! —le advirtió Brenda con un tono desabrido.

—¡Enfermera! Déjela que me llame Edward si quiere. ¿A usted qué más le da?

Brenda se marchó, rezongando por lo bajo. Edward cogió una toallita y le enjugó las lágrimas a su paciente.

—Sé que debe usted estar triste, y es lógico que esté un poco asustada. Pero tengo un buen presentimiento. Creo que todo le irá muy bien. —Sonrió—. Se lo prometo.

—A ustedes, los norteamericanos, les gusta mucho prometer —comentó con una profunda expresión de dolor en sus ojos verdes.

—Sí, y siempre cumplimos con nuestra palabra. Ahora, permítame que vaya a llamar a la funcionaria del Departamento de Salud Pública. No se preocupe si Brenda se muestra un poco antipática. Está pasando un mal día, pero tiene un corazón de oro. Ella le traerá los impresos del certificado de nacimiento. —Edward miró al bebé con cariño—. Es muy bonito. Mire la mata de pelo que tiene. Es un milagro. ¿Ya tiene pensado el nombre que le pondrá?

—Sí —respondió Tatiana, que lloraba sobre el pelo negro de su hijo—. Llevara el nombre de su padre: Anthony Alexander Barrington.

¡Soldado! Deja que acune tu cabeza y acaricie tu rostro, déjame que bese tus queridos y dulces labios, que lllore a través de los mares y que susurre a través de la helada tierra rusa lo que siento por ti... Luga,

Ladoga, Leningrado, Lazarevo... Alexander, una vez me llevaste a mí, y ahora yo te cargo a mi eternidad.

A través de Finlandia, a través de Suecia, a Estados Unidos, con la mano extendida, me levanto y avanzo, con el corcel negro al galope y sin jinete en mi estela. Tu corazón, tu fusil, me consolarán, serán mi cuna y mi tumba.

Lazarevo te trae a mi alma, en los amaneceres y en las noches de luna junto al Kama. Cuando me busques, búscame allí, porque es allí donde estaré todos los días de mi vida.



—Shura, no puedo soportar la idea de que mueras —le dijo Tatiana cuando estaban acostados en la manta, después de hacer el amor junto a la hoguera, rodeados por la bruma del alba—. No puedo soportar la idea de que no respires en este mundo.

—Tampoco a mí me entusiasma mucho la idea. —Alexandr sonrió—. No voy a morir. Tú misma lo has dicho. Dijiste que estaba destinado a grandes cosas.

—Estás destinado a grandes cosas —replicó ella—. Pero será mejor que te mantengas vivo para mí, soldado, porque no puedo seguir viviendo sin ti.

Eso fue lo que ella le dijo, con la vista puesta en su rostro y la mano sobre su palpitante corazón.

Él se inclinó para besarle las pecas.

—¿No puedes continuar, mi reina de las volteretas del lago Ilmen? —Sacudió la cabeza, sonriente—. Encontrarás la manera de vivir sin mí. Encontrarás la manera de vivir por los dos —le dijo Alexandr a Tatiana mientras el río Kama fluía de los Urales junto a un pueblo entre pinos llamado Lazarevo, donde una vez habían sido unos jóvenes enamorados.

La historia de Lev y Maria

Homenaje de Paullina Simons a sus abuelos, supervivientes del terrible siglo XX ruso.

Mis abuelos, Lev y Maria Handler, se conocieron en una fábrica en Leningrado, cuando él tenía veinticinco años y ella veintiuno. Maria era una trabajadora de línea de montaje y Lev era ingeniero y diseñador de motores. Salieron juntos durante dos años antes de casarse en 1934. Mi padre, Yuri, nació en 1936, mi tío, Alex, en 1938. Vivían en Leningrado, en una calle llamada Quinto Soviet, en las dos habitaciones de un apartamento comunal que uso como escenario de *El jinete de bronce*. Eran seis antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial: mis abuelos, mi padre y su hermano, y los padres de mi abuelo.

Mi abuela era una de las pocas mujeres soviéticas de ese tiempo que no trabajaba fuera del hogar. Mi abuelo no quería una esposa regresando tarde y agotada del trabajo, así que se quedó en casa y cuidó de él, de sus padres y de sus hijos. Ella estaba muy contenta con este arreglo, «Porque agradó a tu abuelo».

En agosto de 1941, mi abuela con sus hijos, de cinco y dos años, y sus suegros, subió en uno de los últimos trenes que salieron de Leningrado. Fueron evacuados a un pequeño pueblo a 2500 kilómetros de distancia, en el Condado de Saratov en el Volga, a unos ciento sesenta kilómetros al norte de Stalingrado. Mi abuelo, que era un trabajador cualificado y esencial, permaneció en Leningrado. Su fábrica fue adaptada rápidamente para la fabricación de aviones, y fue destinado a diseñar y reparar los motores que producían.

Durante la evacuación, mi abuela quedó separada de sus hijos y sus suegros —estaba a bordo de un barco por el Volga mientras ellos viajaban en otro—. Llevaba todo el dinero (aunque no por mucho tiempo ya que se lo robaron durante la noche) pero sus suegros tenían los documentos, el equipaje y los niños. Si bien varios días antes estaban todos juntos en el punto de evacuación, ahora se encontraban separados y sin dinero, situación que se mantendría hasta que por fin llegó el sueldo de mi abuelo a la aldea donde iban a vivir durante la guerra.

La madre de mi abuela, Dusia, se había quedado en Leningrado para estar con su pareja de treinta años, Mijail, pero sólo unas pocas semanas después de la evacuación moriría de tuberculosis. Dusia luego se mudó al apartamento en Quinto Soviet con mi abuelo. Allí vivieron durante el terrible primer invierno del bloqueo alemán cuando medio millón de civiles soviéticos perecieron de hambre y enfermedades. Mi abuelo dice que sólo sobrevivió gracias a las caminatas diarias de Dusia por el helado río Neva para el trueque, con sus amigos agricultores, de artículos personales por patatas.

Creando, sin embargo, que no iba a resistir otro invierno en una ciudad bloqueada, mi abuelo se unió al Ejército Rojo en el verano de 1942. Su capacidad y talento para la reparación de todo tipo de motores fue muy apreciada logrando condecoraciones y el grado de teniente. Dusia permaneció en Leningrado durante el resto de la guerra y de su vida, hasta que falleció en 1977 de cáncer de estómago a la edad de ochenta y tres años.

El padre de mi abuelo, Wolf Lazarevich, era profesor de matemáticas. Murió de neumonía en septiembre de 1943 a la edad de sesenta y un años. Durante su corta estancia en la aldea donde fue evacuado, Wolf enseñó matemáticas a los habitantes del pueblo y fue tan querido, que cuando murió le hicieron una procesión funeral —llevaron su cuerpo en hombros por el pueblo— y un entierro cristiano (aunque él era judío). El mayor pesar de mi abuelo fue que nunca volvió a ver a su padre después del día en que lo puso en el tren de evacuación en 1941. Wolf ya había muerto cuando finalmente a su hijo le concedieron un permiso de diez días para

visitar a su familia en el pueblo. A día de hoy, mi abuelo recuerda a su padre con profundo amor.



Una vez terminada la guerra, mis abuelos, mi padre y mi tío estuvieron viviendo en Moscú con unos parientes mientras se reconstruía Leningrado. Volvieron a Quinto Soviet en la década de 1940 y continuaron viviendo allí hasta 1963. Mis dos bisabuelas viudas vivieron en las habitaciones con ellos. La madre de mi abuelo murió en 1953 de insuficiencia cardíaca. En 1962, mi padre, de veintiséis años, conoció a mi madre, de veintidós, y se casó con ella dos meses más tarde (a pesar de lo inconveniente de una boda sin compromiso previo). Mis padres continuaron viviendo por separado después de su boda porque no había sitio para mi madre en las habitaciones de mis abuelos.

Cuando mi madre se quedó embarazada de mí (¡no sé cómo!) la vida mejoró ligeramente. Mis abuelos, después de pasar años en lista de espera, recibieron finalmente un pequeño apartamento, de una sola habitación, para ellos y se llevaron a mi bisabuela. Así, mi madre, mi padre y yo, nos quedamos en una de las habitaciones de Quinto Soviet mientras mi tío, mi tía, y su hijo vivían en la otra.

Mis padres y yo abandonamos la Unión Soviética y nos fuimos a Estados Unidos en 1973; mi tío y su nueva familia poco después. Mis abuelos, ya retirados, perdieron dolorosamente a sus hijos y nietos. En 1979 aceptaron la invitación de mi padre para venir a vivir con nosotros en los Estados Unidos. Mi abuelo, que tenía entonces setenta y dos años, llegó al aeropuerto JFK llevando su preciada caña de pescar soviética — porque no creía que en Estados Unidos pudiesen fabricar cañas de pescar como aquélla.

Vivieron en casa de mis padres durante cinco años, y luego por su cuenta, en Maine, otros diez. Los últimos seis años los han vuelto a pasar en casa de mi padre. Mis padres y mi tío viven en Carolina del Norte.

En julio de 2001, Lev y Maria llevarán casados casi sesenta y siete años —aunque a mi abuela, pestañeando tímidamente, le gusta decir que llevan juntos sesenta y nueve—. En julio él cumplirá noventa y cuatro y ella en agosto noventa. Mi abuelo me dice: «Puede que tu abuela no sea la mujer más bella del mundo, pero sí la más querida».

Mi abuelo aún trabaja en la huerta durante la primavera y planta tomates y pepinos, aunque su espalda está empezando a molestarlo. Mi abuela todavía cocina por sí misma a pesar de que se queja de la artritis. Discuten y pelean como si tuviesen diecisiete años y pasan juntos cada minuto de cada día. Después de una de esas peleas mi padre les preguntó: «¿Ha habido un solo día de vuestro matrimonio en el que no hayáis discutido?». Y mi abuelo respondió: «Sí, pero ése fue un día perdido».

Ambos leen constantemente, siguen con avidez la actualidad, son fanáticos del hockey, ven películas americanas a pesar de que no hablan inglés, y disfrutan de las telenovelas mexicanas traducidas al ruso (al parecer son mejores en la traducción). Mi abuelo tiene dos antenas parabólicas para que pueda sintonizar la programación de Rusia en una y cine en la otra.

«No podemos morirnos, todo en la vida sigue siendo tan fascinante...».
—Comenta mi abuela.

Y mi abuelo me dice: «No voy a morir hasta después de tener en mis manos un ejemplar de tu novela *El jinete de bronce* traducido, Paullina. Una vez que termine de leerlo, podré morir».

Abril de 2001



PAULLINA SIMONS. Nació en Leningrado en 1963 con el nombre de Paullina Handler. Vivió con su madre, ingeniero, su padre, abogado civil, sus tíos y su primo en las dos habitaciones en las que ubicaría la estancia de los personaje de su novela *El jinete de bronce* y de su heroína Tatiana.

En 1968, cuando tenía cinco años, su padre fue arrestado por agitación anticomunista al escribir cartas al diario *Pravda* en las que defendía el imperio de la ley frente al poder del estado. Fue encarcelado durante un

año, y luego juzgado y, en tres días, declarado culpable, enviándolo a un gulag durante dos años más. Después de su liberación y exilio, decidió que era hora de poner en acción su sueño: sacar a su familia fuera de la Unión Soviética. Sus años de prisión le habían dado el tiempo y la oportunidad de hacer algo que les cambiaría la vida: Yuri Handler había aprendido inglés.

En 1973, pidió al gobierno soviético permiso para emigrar y Leónidas Brezhnev se lo concedió. Llegaron a Nueva York el día de Acción de Gracias de 1973.

El sueño de Paullina desde su infancia en Leningrado fue convertirse en escritora, de hecho sus primeros intentos los realizó, ya en inglés, a los doce años.

Graduada por la Universidad de Kansas en ciencias políticas, trabajó como periodista financiera y traductora entre otras varias ocupaciones antes de publicar en 1995 *Tully*, su primera novela.

Aunque sus libros más conocidos son los que componen la trilogía de *El jinete de bronce*, muchas de las novelas de Paullina han llegado a las listas internacionales de los más vendidos en países como Australia y Nueva Zelanda, donde tiene un gran éxito entre sus fans.

En la actualidad Paullina y su segundo esposo viven en Long Island, Nueva York, y tiene cuatro hijos. De mayor a menor son: Natasha, Misha, Kevin y Tatiana (nombre de la heroína de *El jinete de bronce*).